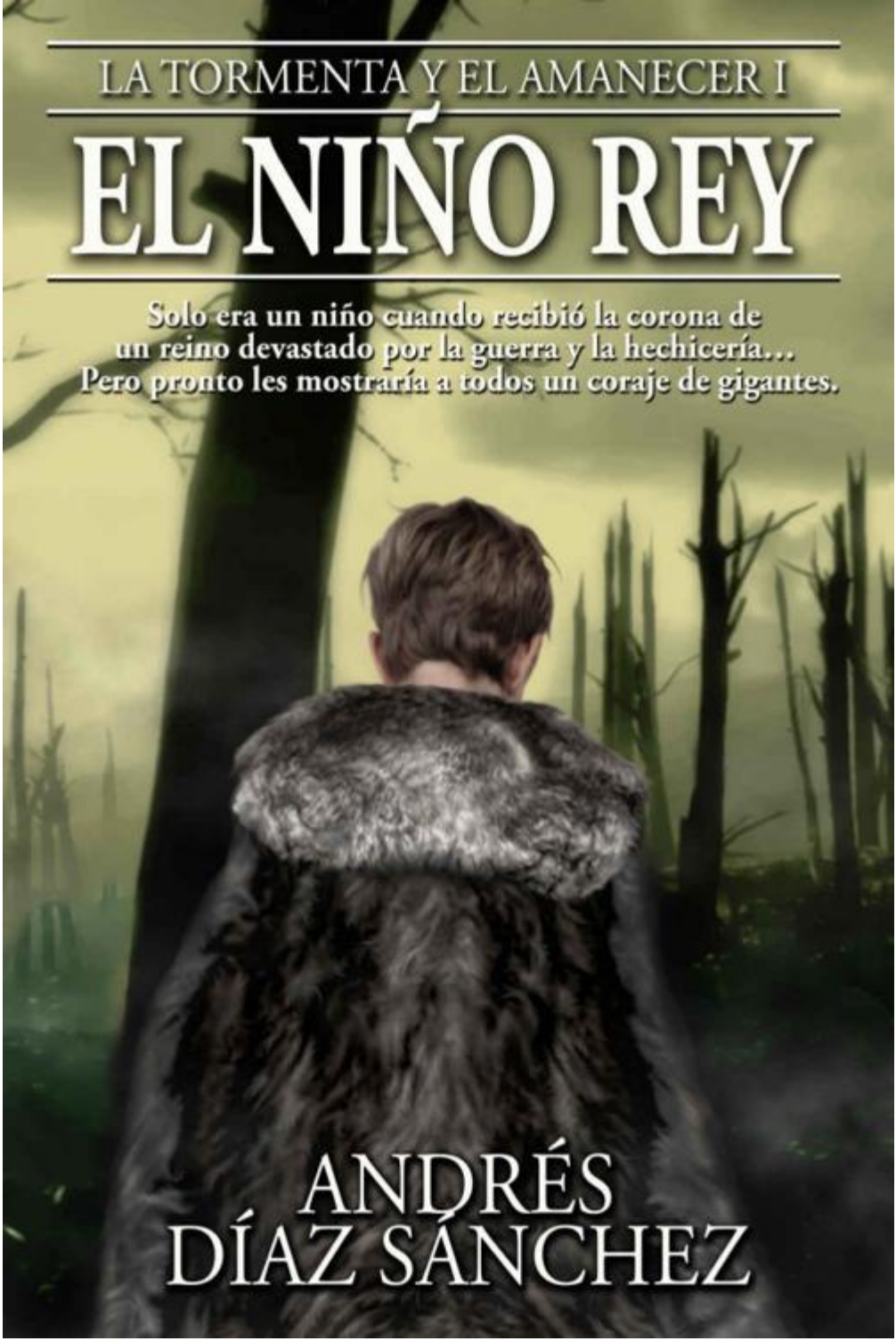
LA TORMENTA Y EL AMANECER I

EL NIÑO REY

Solo era un niño cuando recibió la corona de un reino devastado por la guerra y la hechicería… Pero pronto les mostraría a todos un coraje de gigantes.

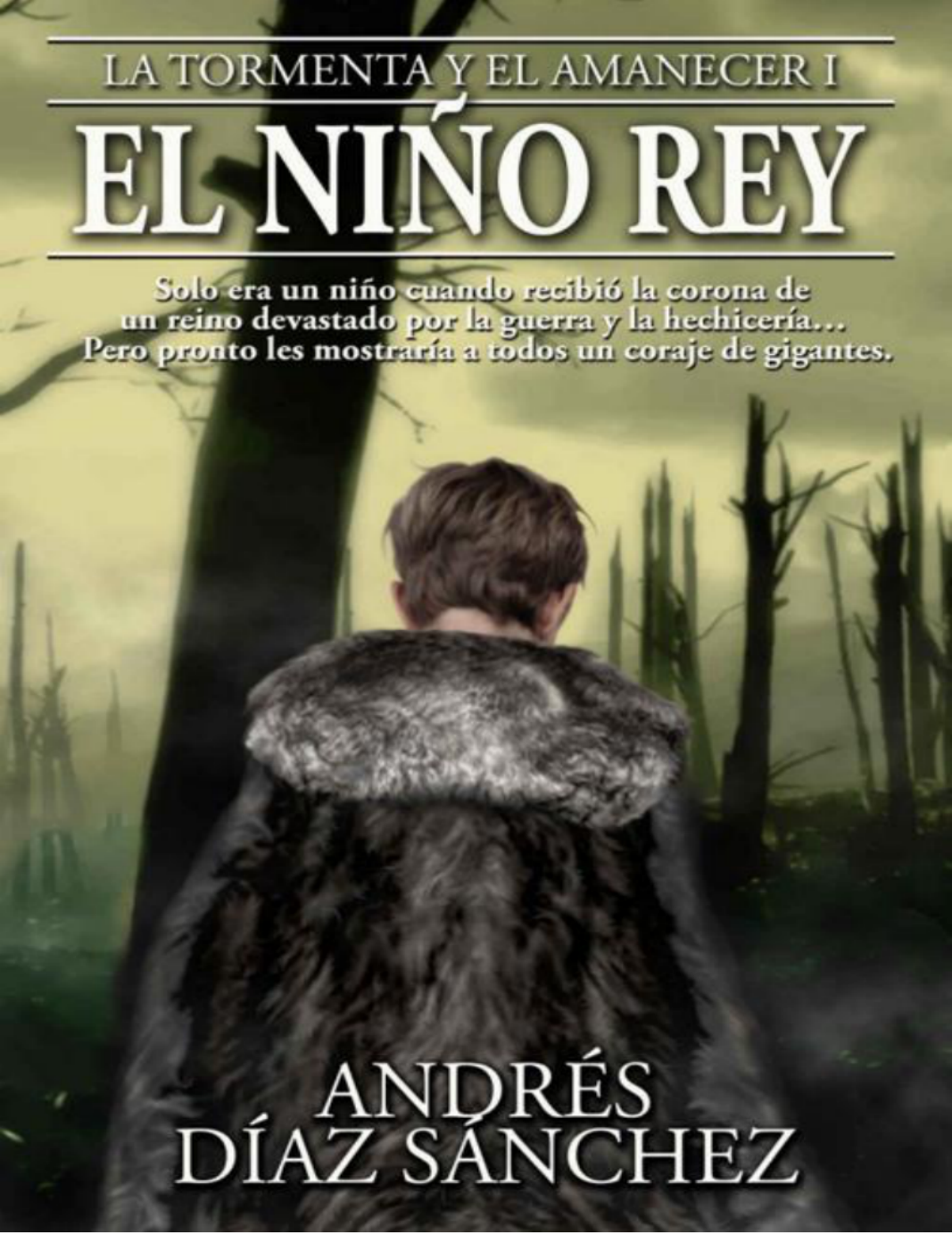


ANDRÉS DÍAZ SÁNCHEZ

LA TORMENTA Y EL AMANECER I

EL NIÑO REY

Solo era un niño cuando recibió la corona de un reino devastado por la guerra y la hechicería... Pero pronto les mostraría a todos un coraje de gigantes.



ANDRÉS DÍAZ SÁNCHEZ

LA TORMENTA Y EL AMANECER

PRIMERA PARTE

EL NIÑO REY

Andrés Díaz Sánchez

© 2018 Andrés Díaz Sánchez

Reservados todos los derechos.

Portada y mapas: Pablo Vila Vayá.

Mi agradecimiento a Pablo Vila Vayá,
por forjar una buena armadura para este libro.

A Thor

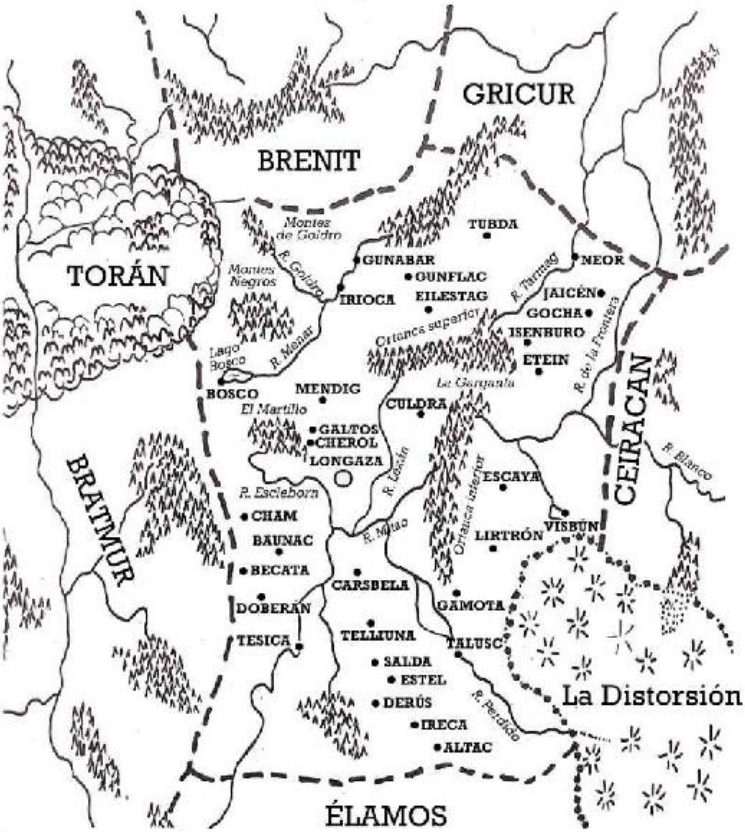
Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
SOBRE EL AUTOR

DIRTÁN

Territorios conocidos

BRAJAIRI


GRICUR
BRENIT
TORÁN
Montes de Gaidro
Montes Negros
R. Gaidro
TUBDA
GUNABAR
GUNFLAC
NEOR
IRIOCA
EILESTAG
R. Tarnag
JAICÉN
GOCHA
Cirtanca superior
ISENBURO
ETEIN
R. de la Frontera
Lago Bosco
R. Menar
BOSCO
MENDIG
La Garganta
El Martillo
CULDRA
GALTOS
CHEROL
LONGAZA
R. Lasán
CEIRACAN
R. Blanco
BRATMUR
ESCAYA
R. Escleborn
CHAM
Cirtanca interior
R. Mitao
LIRTRÓN
VISBUN
BAUNAC
BECATA
CARSBELA
DOBERÁN
GÁMOTA
TESICA
TELLIUNA
TALUSC
SALDA
ESTEL
La Distorsión
DERÚS
R. Perdido
IRECA
ALTAC
ÉLAMOS

1

Si fueras un ave invisible tal vez quisieras desplegar las alas y deslizarte en los vientos de Dirtán.

Podrías volar sobre las cordilleras, esas costras en la piel de los continentes. Desde las nubes divisarías las corrientes jóvenes y alegres de los ríos, las mareas ancianas y quejosas de los océanos, las olas impertinentes de las playas, las explosiones de agua que asperjan plata líquida en las costas cubiertas por un sudario gris y un velo esmeraldino. Reinarías sobre las llanuras dulces y doradas, preñadas de una vida que canta y ríe en su útero amoroso de raíces y de sueños de oscuridad…, sobre toda esa existencia fiera, cimbreña, embriagadora y mareante de tallos y hojas, de flores bárbaras…, sobre las planicies de cereales gloriosos e hinchados de sol, las praderas cuyo horizonte seduce a la mirada, la atrae, la secuestra y la hace suya, la desnuda de voluntad y la conquista con besos de infinitud… Y sobre los campos que son cuna y mecedora de villorrios e imperios, unos y otros convertidos en polvo en los pulmones del tiempo y luego arrojados al aire en alientos de olvido. Podrías gobernar en un reino de nubes o caer como una flecha y volar bajo, casi a ras del suelo frustrado y envidioso. Serías capaz de dominar con riendas vectoriales las caravanas de los desiertos y el ciempiés de los jinetes de las estepas. Flotarías por encima de los ejércitos agolpados en cada batalla, esa incertidumbre de escarabajos enloquecidos. Tu sombra sellaría con el lacre de lo fugaz los templos de los dioses dirtanios, los dioses encadenados a la solidez y los que pueden desplazarse a través de las esferas y los niveles de la arquitectura de la realidad, cada uno acompañado de su propia corte de diablos, genios y demás criaturas etéreas. Sentirías en las entrañas el ansia del grito y lo dejarías escapar por tu pico para que se lo llevara el viento: graznarías y trinarías a los adoradores que embriagan su mente con extrañas sustancias y elaborados rezos, a los profetas y las sacerdotisas que cantan al misterio y al abismo, a los ungidos y oficiantes que untan sangre en panes de granito, a los arúspices, adivinos y chamanes que ejecutan ritos atávicos. Pasarías sobre las ciudades adolescentes y fanfarronas o sobre las urbes de miles de años, cuyas baldosas, sillares y ladrillos rezuman el icor de todas las almas cuyos cuerpos allí sudaron, sangraron y gozaron, y en esos nidos de ruina y abandono presentirías las filas de espectros, encadenados a un mundo que antes les

pertenecía y que ahora los desprecia. Podrías incluso traspasar la membrana del presente y discernir la red de hilos de plata de la historia de Dirtán, el tráfago de apoteosis pretéritas, el devenir de las civilizaciones, su auge áureo y su decadencia herrumbrosa, las hogueras de gloria y triunfo que se alimentan de leña de millones de vidas… Aunque para ti, criatura capaz de reinar en las nubes, todo esto no tendría mucha importancia.

De los incontables lugares de Dirtán que pudieras visitar tal vez eligieras un reino llamado Brajairi y quizá llegaras a su capital, Longaza. Volarías entre los edificios, las torres, los castillos severos y sus dentaduras de almenas. Las banderas y pendones por los que tantos murieron con la espada en la mano serían para ti meros trapos coloridos. Te parecería chocante el enjambre de la civilización humana: un guerrero orgulloso ahí, un viejo rencoroso allá, niños jugando a ser héroes entre correteos y gritos, mercaderes puliendo economías, sacerdotes estudiando libros sagrados, magos de uniforme níveo, un perro meneando el rabo y ladrando a nada en concreto, un asesino hundiendo el puñal en su víctima mientras le tapa la boca, un borracho que canta con voz pastosa, dos amantes entrelazando los dedos, una discusión política en una taberna, el martillo del herrero que cae sobre la hoja ardiente, las manos del artesano educando al barro fresco, el pan hinchándose y endureciéndose en el horno, las viejas riendo en los zaguanes, las calles anchas y estrechas, calles retorcidas, calles vacías y serenas o atestadas y bulliciosas, calles, calles, calles… Gentes vestidas con harapos o con sedas, gentes que empuñan espadas y lanzas o picos y palas, gentes felices y agrias, gentes diminutas que se creen dioses en sus altares de orgullo, gentes afiladas o embotadas, gentes heroicas y cobardes, gentes, gentes, gentes… Los moribundos en sus camas, los recién nacidos que chillan en los brazos de la madre, los muertos en sus tumbas, nichos, panteones y fosas, todos ellos por igual cebando al gusano, los jóvenes que se creen inmortales y los veteranos cuya vida empieza a ser una cuenta atrás. Tal vez les piases, pero no te oirían. Están abismados en sus propias tramas y giran alrededor de sus ombligos. Seguirías volando sobre ellos y quizá te dejaras atraer por el tañer de campanas del Templo de Braladur, el dios del norte, el señor de los pueblos de raza escaldraia, y penetrarías raudo por la boca bostezante de piedra. Dejarías a izquierda y derecha las estatuas graníticas de Goltar, Aquir, Tagma, Joldar, Bati, Calabar y los otros dioses menores, no te fijarías en los relieves y frisos, esas escenas míticas de los seres divinos venciendo a los monstruos del tiempo antes del Tiempo, no atenderías al primer relámpago que cruzó la oscuridad, el fuego esencial del que emergió el Padre Braladur, la primera lucha victoriosa contra Tarumara y su oscuridad, el parto de la Madre Matuma, que dio a luz

a los gemelos Otón y Julcha, primer hombre y primera mujer, y el resto de imágenes labradas al cincel en el granito y el mármol, carne y sangre de creencias. Todo eso apenas sería un jirón borroso para ti. Rodearías columnas y esquivarías las volutas almizcleñas de las hierbas olorosas quemadas en los braseros. Puede que echases un vistazo a ese mar de cabezas de allá abajo, el caldo de humanidad en apariencia inmóvil, pero en realidad tembloroso.

Si lo desearas podrías detener tu vuelo y posarte en la cabeza de algún demonio o dios granítico, o en los bordes de un enrejado, o en la baranda de una escalera de caracol en torno a una columna, o en una baldosa de alguna arcada, o en el alfeizar interior de los ventanales chorreantes de luz. Tal vez eligieras disolverte en el fondo y convertirte en gota del agua, voz de la canción, hilo de la trama y pincelada del cuadro. Serías un pedazo más de la propia realidad, el filtro por el que toda ella pasara.

Tú, el filtro:

Era el 21 del mes cuarto del año 1569 de la Era de la Gultrutana.

Las velas olorosas no lograban disolver por completo el aroma dulzón de la descomposición de la carne, un tufillo pertinaz e insolente que emanaba del cadáver de la reina Gamira I la Alegre. Aquel efluvio poco a poco se imponía a las fragancias olorosas del templo, llegaba hasta las primeras filas de los asistentes a la ceremonia, a las gentes nobles de las grandes familias del país, los orgullosos Ertalce del norte y sus vasallos de las Casas Belín, Colusc, Erguzac, Quierolt, Guista, Estrom, Tilat, Tormblano, Escutar, Socrom y Etiela; los representantes del clan Tiyadara, que controlaba el sur del país, y sus vasallos los Bayanar, Beruz, Brangora, Ebril, Eirano y Simin; y las familias del centro del país, los Etacta, Etgula, Osmar, Farica, Alois, Arline, Eduvig, Erejna, Cariona, Otón y sobre todo los Injeca, tan apegados a la Familia Real. A su vez, todos esos Grandes venían acompañados de otros nobles de linaje inferior, la media y baja aristocracia de caballeros, infanzones e incluso hidalgos que habían logrado meter el hocico en el laberinto aristocrático brajairio. Estaba también allí la burguesía emergente, los mercaderes que compraban títulos para teñir de azul su sangre roja, las gentes ambiciosas que medraban gracias a las caravanas que traían de Bratmur, del Alto Ilnar y de Ceiracán la seda, las especias y sobre todo la sal de los desiertos y mares lejanos. También habían venido los maestres de las órdenes de magos de la Fuente: el Alba Dorada, Telliuna, la Serpiente y el Cascabel, Guzga, el Triángulo de Plata, Ember, la Espada Negra, los Servidores de la Luz, el Zorro, Talma, el Nuevo Día, Saberna, el Árbol Brillante, Abtar, Grinaia, Gamota, los Guardianes del Orden, el Cuerno Blanco, Gatbura y Gatmós. No podían faltar los sacerdotes del culto de Braladur ni sus respectivas legiones de servidores, ayudantes y

hechiceros. Y allende todo este cúmulo de notables se arracimaba el enjambre de pajes, lacayos y sirvientes, funcionarios de la corte y líderes del Ejército Real y de las mesnadas de cada gran familia.

Fuera del templo, en las calles, se agolpaba el pueblo llano, siempre hambriento de acontecimientos que dieran color a su vida gris. Chismorreaban y extraían migajas de diversión. Las viejas farfullaban rezos por el alma de la soberana, las mujeres comentaban los amoríos de la Reina Alegre, los hombres emitían juicios sobre el futuro del país y los niños lo miraban todo con ojos enormes mientras se sacaban los mocos.

Terminó el tañido fúnebre de las campanas y cayó un silencio plomizo sobre la ciudad.

En el templo, el sumo sacerdote del culto de Braladur abrió el Libro de la Verdad, eligió cierto capítulo y empezó a leer. A su derecha estaba el ataúd de mármol con finos relieves donde reposaba el cuerpo de la reina, cubierto por un sudario que solo dejaba a la vista la cara. El sacerdote estaba acostumbrado a los funerales y por eso el tufo a descomposición no le incomodaba, pero mientras su voz se extendía en ecos sonaban aquí y allá carraspeos y toses. Muchas damas se cubrían la cara con pañuelos perfumados y algunos niños empezaban a hacer muecas. Los hombres no movían ni un músculo, como si estuvieran en una competición de impasibilidad. Los más tranquilos eran aquellos que habían estado en la guerra y habían visto soldados destripados por doquier. Para ellos esto no era nada.

A pesar de las incomodidades la ceremonia fue desgranándose etapa tras etapa, con la serenidad y la gravedad correspondientes.

En la primera fila se encontraban los familiares directos de la reina muerta. Estaba allí su hermana Demayara Agrate, acompañada de su esposo Guarner Injeca y sus cuatro hijos: Demayara, Rafucio, Gunasca y Aldara, un puñado de rapaces que disimulaban el hartazgo de todos los niños en estas solemnidades. También estaba allí el marido de la reina, el rey consorte Barac Tiyadara, y su hija Lisca, una pequeña de cuatro años. Y en el centro se encontraba el nuevo rey, Argaut III, un mocito de diez años al que esa misma mañana las Cortes habían jurado fidelidad.

Argaut se sentía sofocado bajo los paños y el terciopelo de su vestimenta regia. Le habían puesto una corona infantil de oro, plata, ónice y esmeraldas, pero él era un chico alto y grande y el aro le apretaba en las sienes y se le clavaba en el cuero cabelludo. Sudaba y estaba muy pálido, pero se esforzaba por mantenerse digno. Flotaba en una sensación de irrealidad que le había acompañado desde que le comunicaran la muerte de su madre. También le pareció onírica la ceremonia de juramento en las Cortes, con todos esos hombres enormes y severos gritando su nombre y lanzando vivas, el que

vinieran uno a uno a arrodillarse para que les tocara el hombro, sus ojos fieros clavados en él, ojos que a veces parecían más de enemigos que de vasallos. Luego se sintió mareado por la pompa y el protocolo de las exequias, la muchedumbre que gritaba su nombre, los desfiles de tropas que levantaban las lanzas a su paso, el arrodillarse de más gente, el besuqueo de las damas en su mano… El vórtice de ese torbellino era él, o quizás fuese la reina muerta y él solo fuera un satélite más del ataúd.

Llegó el momento de las ofrendas y ejecutó su papel como si una voluntad distante moviera sus hilos. Caminó hasta el féretro junto a su hermanastra Lisca, que no cesaba de hacer muecas por el mal olor. Él llevaba una espada ceremonial que representaba a la sagrada Jolca, con la cual el Padre Braladur había segado la oscuridad original de Tarumara para traer luz al universo. Lisca llevaba un ramo de flores frescas en las que hundía la cara para librarse de la peste a muerto y que representaban la fecundidad de la Madre Matuma. Argaut se fijó en el rostro blanco y azulado, el rostro que a la vez era y no era ya el de su madre, con un par de moscas impertinentes sobre la nariz y el labio inferior, a pesar de los repelentes de insectos que los sirvientes habían echado sobre la piel y que daban un aspecto aceitoso y algo repulsivo a la cara macilenta. Pronunció las fórmulas del rito mientras dejaba la espada junto al cuerpo sin vida. A Lisca se le olvidó su parte y el sacerdote la recitó por ella. La niña tiró las flores y la mitad cayeron fuera del féretro. Tosía y arrugaba las facciones, cosa que enervaba a Argaut, pues él hacía todo lo posible para mantener el tipo a pesar del bochorno y el sudor.

Mientras volvía a su sitio Argaut asimiló que en efecto la mujer que lo trajo a Dirtán y lo crio se había ido para siempre. Todo era real. Sintió un impacto en el pecho y una sensación de vacío, como si algún parásito le hubiera succionado las tripas de golpe y le hubiera abierto un boquete gélido. Continuó impasible porque sabía que un rey debía mostrar templanza en todo momento, pero se sintió caer por una grieta de desesperación. Hizo esfuerzos para calmarse y por primera vez agradeció la corona, el símbolo de la fortaleza ganada y la infancia perdida.

Un escupitajo de memoria le trajo una escena con su madre…

Él estaba en la biblioteca del Palacio Real de Longaza, un ratón curioso en la sala vacía, tan absorto en la lectura que le pasó desapercibido el rechinar de la puerta. Pero supo quién había llegado por el aroma almizcleño de la hierbadulce.

—¿Qué lees? —dijo Gamira, mientras la mano le acariciaba el pelo.

—La Gultrutana, madre —respondió Argaut. Ella tomó una silla y se sentó a su lado—. Es el Libro II, *La Bayauntana*, en concreto el

Capítulo VII, cuando el Perro, la Llama y el Aullador se enfrentaron por vez primera al Gusano, el Nido de Serpientes y la Mancha en la Batalla de los Truenos, en el Terem.

—No está mal que leas los viejos mitos —dijo la reina, con la voz resbaladiza y los ojos entrecerrados—. Todos necesitamos algo que nos ayude a escapar de este mundo.

—No son mitos, madre. Todo fue real, pero ocurrió hace tanto tiempo que la gente lo toma por leyenda. Hay un estudio de Golbos de Belet que arroja pruebas sobre esos hechos. Sus teorías son fascinantes.

—Seguro que sí. —El tono de la reina desmentía las palabras. Le dio un beso en la coronilla y volvió a acariciarle los cabellos oscuros —. ¿Y qué más libros estás leyendo?

El chico mostró la pedantería de los niños estudiosos que explican a un adulto sus lecciones:

—Tengo *La Historia de la Orden del Alba Dorada*, de Arbuncho Calitranco, y *Las Crónicas de los Buenos Reyes del Pasado*, de Brun Aleido.

—Los buenos reyes. No deberías leer tanta historia, hijo mío.

—¿Por qué? Al fin y al cabo yo también seré rey. Debo aprender cómo gobernar a mis súbditos.

Gamira puso una mano debajo de su barbilla y le obligó a levantar la cabeza para mirarla. Sus ojos castaños ganaron una dureza que no lograba eclipsar el amor ni la pesadumbre.

—Te he dicho muchas veces que los libros son una cosa y la vida real otra muy distinta. No debes hacer caso de esos ejemplos.

—Pero yo tengo que aprender a gobernar.

—Hijo mío, escúchame con atención. Reinarás, pero no gobernarás. En estos tiempos en Brajairi el rey no manda nada. De eso se ocupan sus privados. Nunca debes intentar imponerte a los nobles. Son demasiado fuertes. Necesitan al rey, pero el rey no puede controlarlos, así que ellos podrían eliminarlo y sustituirlo por otro más cómodo. Vivimos en el presente, no en ese pasado glorioso de tus libros. Tienes que aprender a nadar con la corriente para no ahogarte. Eso es sensatez y lo demás es necedad. Y tú no quieres ser un necio.

—No, madre —susurró Argaut.

—Bien. Eres discreto y por ello sé que escucharás a tu madre y no le darás disgustos. Pero cuidado, porque tampoco debes entregarte por completo a los aristócratas. Por fuera puedes ceder, pero por dentro tienes que ser un rebelde.

—¿Y eso qué significa, madre?

—Que tu mente lo cuestionará todo y a todos. Nunca dejarás de hacerlo, sobre todo ante quienes muestren mayor fortaleza porque los mentirosos son los más convincentes. Indaga, juzga y analiza en tu

fuero interno. Entrega tus actos, no tu alma.

—¿Es como fingir?

—Algo así. Lo entenderás mejor por el camino.

—Parece complicado.

Gamira abrazó a su hijo y pegó su cara al pelo del muchachito para que él no viera la angustia de sus ojos.

—Lo siento mucho, hijo mío.

—¿Por qué?

Ella no respondió. Desterró el miedo y logró sonreír.

—Voy a casarme otra vez —dijo, sin que le temblara la voz.

Argaut apartó la vista.

—Es lógico. Una reina no puede permanecer siempre viuda. Al menos, eso dicen las crónicas.

—Y llevan razón. Ya hace tres años que murió el rey Brelán. Es hora de que otro hombre se siente en el trono del consorte.

—También… También ha pesado en vuestra decisión lo de Baruga, ¿verdad?

Los ojos de la reina se humedecieron y tragó saliva para imponerse al dolor devastador.

—Perdonadme, madre. No debí mencionarlo

—No importa. Tú no tienes la culpa. Fue la voluntad de Braladur. Así son las cosas.

Argaut no sabía cómo desviar el tema de la muerte de su hermanastro. Dijo:

—El próximo rey será Barac Tiyadara.

Ella levantó las cejas mientras se limpiaba los ojos.

—¡Vaya! ¡Sí que eres listo! Pensaba que nadie más lo sabía. Eres el primero al que le anuncio mi decisión.

—Era previsible. El señor Tiyadara os ha pedido muchas veces la mano y su familia es una de las más poderosas del país.

—En efecto. Será el próximo rey.

Los ojos de Argaut se cubrieron de sombra.

—Madre, he oído *cosas* acerca de los Tiyadara. Cosas muy…

Ella le puso un dedo en los labios.

—Silencio. No prestes atención a los chismorreos y ni se te ocurra ponerlos en voz alta. —Los ojos de la reina fueron de derecha a izquierda—. Nunca sabes quién puede estar escuchando.

—¿Pero es un buen hombre?

—Será el próximo rey y con eso basta. —Se miraron en silencio durante muchos latidos y él asintió. Ella pareció satisfecha—. Ahora sígueme hablando de tus queridos libros.

El niño entendió que debía recuperar su papel de erudito y lo interpretó para dar tranquilidad a su madre.

Al cabo de un buen rato, Gamira se levantó.

—He de irme. Tengo cosas que atender. ¿Vas a jugar con tus primos?

—Sí. Dentro de un rato iré con Demayara y Rafucio.

—Puedes ir a dormir a sus aposentos esta noche. Yo tengo que dar audiencia a cierta gente.

Argaut sabía que en realidad celebraría una de sus fiestas y le fue imposible reprimirse:

—Madre, por favor, no bebáis mucho.

—Yo nunca bebo mucho —repuso ella, con el enojo de los adictos. Para suavizar el tono le dio un beso en la coronilla—. No te preocupes por mí y piensa en lo que hemos hablado.

—Sí, madre.

La vio marcharse y quedó solo en la biblioteca.

—…que Goltar les infunda sabiduría y les libre de la tentación de Blica y sus demonios… —recitaba el sumo sacerdote, mientras Lisca tiraba de un pliegue de la capa de Argaut.

La niña lo miraba con sus ojos azules, herencia paterna, y le hacía señas porque quería decirle algo. Esto era intolerable en medio de semejante ceremonia. Argaut volvió a sentirse enojado con la cría, pero al final se agachó un poco. Lisca le susurró:

—Mi padre me ha dicho que te va a matar. Entonces, yo seré la reina.

Gorjeó con diversión. Argaut la miró con los labios apretados y le susurró al oído:

—Algún día tendré tu cabeza cortada en mis manos, mocosa.

Y se irguió, impasible. Lisca quedó horrorizada, se le humedecieron los ojos e hizo un puchero. Se volvió hacia su padre, que estaba a su derecha, se abrazó a sus piernas y hundió la cara en un muslo. Barac Tiyadara le pasó una mano por los cabellos rubios y rizados y echó una mirada fría hacia Argaut, que seguía concentrado en algún punto del vacío ante él.

—Entonemos el Canto de la Gloria Divina de Braladur —anunció el sumo sacerdote.

Con mucha solemnidad se puso la mano derecha primero en la frente y después se agarró los genitales. Todos los presentes, hombres, mujeres y niños, hicieron el mismo gesto en señal de respeto a los dioses escaldraios. Juntos, cantaron la oración de alabanzas al Señor de la Luz y el Fuego.

Mientras recitaba como cualquier otro, Barac Tiyadara tenía sus ojos azules fijos en el ataúd donde reposaba su esposa fallecida. Se le vino a la mente, sin saber por qué, un recuerdo de la noche de bodas:

Los dos estaban en su alcoba del Palacio Real de Longaza. Gamira yacía tirada en la cama, cubierta por el camisón y agotada por el mucho vino que había tomado. Tenía treinta y un años y apenas

conservaba el atractivo de su juventud. Rolliza, abotargada por los excesos, con ojeras negruzcas, a Barac se le antojó un odre medio vacío y arrojado a las mantas. Él era once años mayor y sin embargo parecía más joven, pues se mantenía delgado y fuerte y la alopecia aún no pastaba en sus cabellos. Se desnudó y se puso el camisón.

—Supongo que ya estás satisfecho… —dijo ella, con voz lenta—. Ya estás en el trono. Al final lo has… Lo has conseguido. Solo tuviste que hacer asesinar a unos cuantos desgraciados y… Y…

La reina se encogió de hombros. Tanteó la mesilla en busca de la jarra, la cogió y se incorporó lo suficiente como para echar un trago, sin mediación de la copa.

—Habéis bebido mucho, Majestad —dijo él con voz serena—. Por eso os perdono esas palabras tan dolorosas para mí.

Ella sonrió sin alegría y se limpió los labios con los nudillos.

—Deja las lisonjas para tus amantes… Si es que las usas con ellas…

Sus ojos oscuros no perdieron la zozobra del alcohol, pero se volvieron filosos.

—Me he casado contigo por una sola razón.

—Vuestros temores son infundados, Majestad.

—Júralo de nuevo.

—¿Hace falta? Ya repetí antes esas palabras horribles que, no sé por qué, deseáis oír de nuevo.

—Juralooó —mugió ella.

—Está bien. —En pie ante la cama, Barac se llevó una mano al corazón—. Juro que no haré ningún daño a nuestro hijo Argaut.

—*Mi* hijo —repuso ella—. No tuyo. Mío.

—Está bien. Vuestro hijo. Lo juro por los dioses.

—Y por el nombre de tu familia.

—Lo juro por la Casa Tiyadara.

Ella lo miró con tristeza enojosa y asintió sin energía. Bebió un poco más.

—Y ahora, ¿qué?

—Debemos consumar el matrimonio. Hay que darle un hermanito al pequeño.

—No te atrevas a bromear con eso, bastardo hijo de mil padres.

—Perdonadme, esposa —repuso él, contrito.

Ella suspiró, dejó la jarra y tomó una bandejita con una pastilla de hierbadulce y un pequeño cuchillo. Cortó un pedacito con sumo cuidado.

—Tengo una aún mejor —ofreció él, mostrándole la bolita terrosa en la palma derecha—. Recién traída de Ceiracán. Potente.

—Guárdatela para ti —gruñó ella, mientras se metía su porción en la boca y la masticaba. Se relajó para que hiciera efecto cuanto antes y catapultara su mente lejos de allí.

—Entonces la tomaré yo, si no os molesta —repuso Barac.

Tiró la bolita al aire y la hierbadulce cayó dentro de su boca. La tragó y contó hasta cien. Sintió que sus sentidos ganaban filo y una sonrisa enorme ensanchó su rostro. Todo empezaba a ondular de forma placentera. Se acercó a Gamira. Ella lo veía venir con los ojos entrecerrados y neblinosos. Se le escapaba un gusanito de baba por la comisura de los labios. Al verlo llegar se levantó con desgana el camisón y se abrió de piernas. Él gateó sobre las mantas y también alzó sus faldas.

—Procedamos —dijo.

Terminó el cántico de alabanzas y el sumo sacerdote se tocó de nuevo los centros espirituales de la mente y el sexo. Barac le imitó, igual que todos, y acarició distraído los rizos de su hija Lisca.

El sumo sacerdote recitó las últimas fórmulas. El rito había llegado a su fin.

Las gentes de alcurnia fueron acercándose al cadáver para agachar la cabeza en señal de respeto. Formaban un ciempiés con quitina de sedas, pieles, lino, paño, terciopelo y plumas. El hedor a muerto arreciaba y las personas asentían y se escabullían con rapidez. La mortaja se alzaba a la altura del abdomen por culpa de los gases de la corrupción y la muerta parecía una preñada de pocos meses. El sumo sacerdote pasaba de vez en cuando la mano ante su cara para espantar las moscas, que se pegaban al cadáver con obstinación. Los familiares de la soberana estaban quietos y en pie cerca del ataúd para que todos les expresaran sus condolencias con distintos grados de hipocresía.

Demayara Agrate veía pasar ante ella una ristra interminable de caras que le daban el pésame. Le pareció que todos los rostros se unían en una sola faz que mutaba sin descanso y que todas las voces devenían un zumbido lerdo. Al final daba las gracias incluso a los espacios vacíos entre persona y persona. Su mente había viajado hacia el pasado y recordaba una de las últimas veces que habló con su hermana:

—Debo comunicarte algo importante —le dijo entonces Gamira, sentada en una silla curul teremia de su despacho, vacío excepto por ellas dos. Tenía una copa en la mano derecha y un pañuelo arrugado en la izquierda. Demayara la miraba con reprobación, como de costumbre.—. Me muero, hermana.

—No digas tonterías —repuso Demayara—. Aún tienes mucha vida por delante.

—Una vida que hasta ahora solo me ha dado tristezas —dijo la reina, asintiendo una y otra vez a sus propias palabras—. Hubiera querido ser una pobre campesina y no llevar la corona, con toda su carga de dolores.

—Por favor, no empieces con la misma…

—¡Penosa es mi vida! —se quejó Gamira, con la mano del pañuelo sobre sus pechos enormes—. ¿Por qué me hicieron reina? ¿Por qué? Yo solo quería… Solo quería… Y fíjate… ¡Fíjate!

Demayara se cruzó de brazos y se preparó para el monólogo habitual, que tal vez acabara en lágrimas o tal vez no, dependiendo del alcohol y las drogas que su hermana hubiese tomado. Demayara sabía que tendría que aguantar el vómito emocional antes de pasar a las cosas importantes. Tras la enumeración de quejas los ojos de Gamira ganaron solidez.

—Sé que no me tomas en serio, pero esta vez me tienes que escuchar. Los médicos me lo han confirmado. No me queda mucho tiempo de vida. Tal vez sea lo mejor.

—Los médicos pueden equivocarse.

—Hace dos noches el corazón se me disparó cuando estaba en una audiencia.

—Una francachela, querrás decir.

—Llámalo como gustes. Sentí un dolor horrible que subía por el brazo y llegaba al pecho. Me asusté y una sirvienta lo notó y me sacó de allí con un pretexto, pues hubiera sido terrible que alguien notara mi debilidad. Me dieron un mejunje y se me pasó, pero los médicos me dijeron que en semanas o meses Braladur volvería a alcanzarme con su relámpago invisible. Mis días están contados.

—¿Es cierto eso? —preguntó Demayara, con un miedo creciente—. ¿No exageras?

—¡Yo nunca exagero! —Tomó un sorbo—. Mi vida se aproxima a su fin. Sé que no me respetas, pero a pesar de lo que puedas pensar me tomo mis deberes de reina en serio.

—Eres tú quien no se respeta a sí misma, con esta vida enfermiza que estás llevando. Deberías…

—Alto. Conozco tus reproches. Llevas años echándomelos. Pero no puedes imaginar por lo que he pasado y lo que he sufrido. —Levantó la copa—. Esto me ha permitido soportarlo. Si no tuviera algo para relajarme y escapar me volvería loca.

Demayara calló porque en efecto sabía que su hermana había sufrido más de lo que muchas mujeres podrían soportar. Tal vez Gamira tuviera razón y sus adicciones fueran las muletas que le impedían caer.

—Lo siento —dijo Demayara.

—Ven aquí. —Había sido a medias una petición y a medias una orden. No había otra silla a su lado, así que Demayara se arrodilló junto a ella. Sintió aprensión al ver la decadencia de una mujer que fuera tan hermosa y comprendió que era verdad: estaba muriéndose —. Demi, escúchame. Voy a poner en orden mis asuntos. Sobre todo, voy a proteger a mi niño.

—¿Argaut?

—Voy a cuidarlo aun estando muerta. Mi niño, mi pobre niño… —Agarró los dedos de Demayara con la mano del pañuelo—. ¿Te has fijado en lo listo que es mi pequeño? Empezó a leer muy temprano y siendo un crío ya devoraba los libros que los adultos no podían ni empezar a entender. Me alegro porque en estos tiempos es mejor un rey débil, un intelectual, que un rey guerrero. Braladur quiera que siempre esté en la biblioteca. Escucha, Demi querida, Argaut será el próximo rey, será coronado niño y no adulto, pues a mí me queda poco tiempo, y hasta su mayoría de edad habrá una regencia que gobierne en su nombre.

Demayara sintió el vello de punta y quiso alejarse, pero su hermana le agarraba la mano con fuerza.

—Tú serás la regente cuando yo muera. Así lo haré constar en mi testamento.

—¿Yo? Pero el regente debería ser el rey consorte, no yo, que soy la tía del chico.

—¡No! —rugió Gamira, apretando entre sus dedos gordos y fuertes los finos de su hermana—. ¡Barac nunca debe tener la regencia! ¡Jamás! Entiende esto bien, Demi: en cuanto yo muera Barac querrá matar a Argaut para así convertir a Lisca en reina, ya que es mi siguiente descendiente directa y, a diferencia de Argaut, lleva su sangre—. El rostro de Gamira se arrugó y derramó parte del vino de la copa en la falda—. ¡Ay, mi niña…! ¡El muy canalla me la arrebató! ¡La apartó de mí al poco de nacer, se la llevó al sur para educarla a su manera, me quitó a mi pequeñita!

Demayara frunció el ceño. Conocía los vericuetos de la política, pero no le gustaban. Sintió que el suelo desaparecía bajo sus pies al entender lo que se le venía encima. Gamira se acercó aún más a ella; podía sentir su aliento cargado de vino y hierbadulce.

—Tienes que pensar rápido y fuerte, Demi. Crees que soy una borracha y una necia, ¡pero te equivocas! Comprendo muy bien cuanto ocurre a mi alrededor y actúo en consecuencia. Me casé primero con un Injeca para mantener la neutralidad y Barac lo hizo asesinar, pero gracias a Braladur no pudo acabar con mi Argaut. Luego me uní a un Ertalce y también lo asesinó, pero no antes de que me diera un hijo. Resistí las presiones de los Tiyadara y se me calificó de frívola… ¡Me llamaron *la Reina Alegre*! ¿Qué sabrán ellos de todos mis pesares? ¿Qué sabrán todos esos felones y fementidos que me rodean día y noche y chismorrean a mis espaldas? Estuve viuda casi cuatro años no para darme fiestas, sino para mantener a mis dos hijos lejos de las garras de Barac. Pero cuando murió mi pequeñín del alma se me partió el corazón y no tuve ya fuerzas para resistir las presiones. Tuve que casarme con Barac y le arranqué la promesa de que a

cambio no tocaría a Argaut. Le creí, o quise creerle, tal vez… Pensé que… Ay, pensé muchas cosas, metida en este laberinto de la corte brajairia… Luego me quitó a Lisca y poco a poco fui dándome cuenta de la clase de alimaña que es, un mentiroso incapaz de respetar un juramento incluso poniendo como aval su propio nombre, ¡su propia familia! —Sus ojos se abrieron mucho y Demayara pensó que Gamira oscilaba al borde de la locura, a pesar de que sus palabras tuvieran el peso de la sensatez—. ¿Pero qué podría haber hecho, Demi? Dímelo tú: ¿qué podría haber hecho?

Demayara no supo qué responder, mareada por todas aquellas confesiones. Su hermana no se lo permitió porque en realidad no le hablaba a ella, sino a sí misma:

—He mantenido a Argaut siempre lejos de Barac, lo he protegido lo mejor que he podido, pero cuando yo muera, ¿quién me lo cuidará? Ese malnacido lo hará asesinar, parecerá todo un accidente, lo va a matar antes de que el chico crezca, case y tenga un hijo que pueda hacerse con el trono y quitárselo definitivamente a Lisca. Mi esposo va a controlarla, la manejará como un titiritero, a mi pequeñita… ¡Ay, Braladur!, ¿por qué me has dado esta vida miserable?

Bebió hasta apurar la copa y sin soltar a su hermana la dejó sobre la mesita, agarró la jarra y la llenó de nuevo. Demayara vio en la reina cuajos de una ansiedad y un temor patéticos, pero también la determinación más temible, la de una madre que protege a su cachorro. Gamira bebió hasta apurar la copa, respiró fuerte, asintió mientras se pasaba la lengua por los labios y se volvió hacia Demayara.

—Solo hay una solución, sí, solo una. Tú serás la regente, no el bastardo de mi esposo. Tú mantendrás a Argaut lejos de sus garras.

—¿Y cómo voy a hacerlo?

—Tu marido te ayudará. Los Injeca son fuertes, menos que los Ertalce y los Tiyadara, pero tienen de su parte al Alba Dorada y muchas Casas del centro del país. Pídele consejo a él. ¡Pero ten cuidado, hermana! Los Injeca también quieren el poder, ¡como todos! Tendrás que cuidar a mi pequeñín y no dejar que ellos me lo arrebaten.

—Estás equivocada —dijo Demayara con indignación—. Los Injeca siempre se han mantenido fieles a la Corona. Siempre nos han ayudado.

—¡Qué ingenua eres, Demi! Los Injeca en el centro, los Ertalce en el norte y los Tiyadara en el sur, todos intentando comerse el pastel. Tu marido y los suyos también buscarán su propia gloria y se les dará una higa la vida de Argaut.

—No. Guarner es un buen hombre y su hermano Argaut fue un buen rey.

—Asesinado por Barac —dijo Gamira.

—Sí, eso es verdad. Él murió, pero recuerda que antes abandonó el Alba Dorada solo para casarse contigo.

—No te confundas. Se casó con la corona, no con la mujer que la llevaba puesta.

—Pero él no quería ser rey, solo quería estudiar la Fuente y…

—¡Tú no sabes nada, Demi! —La reina bufó algo parecido a una risa—. No sabes lo que le hace el poder a la gente sencilla, cómo la corrompe y le llena el pecho de larvas. ¡Yo lo he visto día tras día! Argaut no se casó por amor, aunque tampoco lo hizo por el poder, sino por obligación, no tanto hacia el país sino hacia su familia. Después de lo que le pasó a su hermano mayor…

Ahí se contuvo.

—Él también fue un Injeca fiel a la Corona —dijo Demayara.

—¡No me recuerdes a Debrión Injeca! Ni a su esposa la reina.

—Nuestra hermana.

—¡Nuestra hermana mayor y la más necia! ¡Mil veces necia!

Demayara se enojó y trató de zafarse de la mano opresora, sin éxito.

—¿Necia? ¿Por qué? ¿Por querer limpiar el país de toda la nobleza corrupta y degenerada?

—¡Exacto! ¡Tú lo has dicho! ¡Escúchame bien, pequeña boba! El país pertenece ahora a los nobles y nosotros los Agrate tenemos que dejarlos actuar. Fíjate en nuestro padre. Tuvo un reinado de treinta y dos años porque estuvo siempre dedicado a sus diversiones y no se metió en política. Y nuestro abuelo reinó feliz durante… ¿cuánto? ¿Treinta y tres años? ¿Treinta y cuatro?

—Algunos dicen que con ellos empezaron todos los males, por no…

—¡Tonterías! Fueron sabios. Pero Serela quería cambiarlo todo… ¡Serela II la Rebelde! ¿Y qué consiguió? Al marido lo mataron en la guerra civil del cuarenta y dos y a ella y a sus hijos los asesinaron unos diez años después.

—Trajo el orden y la justicia a…

—¡Pues que se queden ella, sus hijos y su marido el orden y la justicia y que los disfruten en el Más Allá! Yo quiero que mi hijo viva, que sea feliz con sus libros y sus amigos y sus distracciones, como los reyes sabios que supieron dónde estaba su lugar. ¿Acaso crees…? —Jadeó, tosió y recuperó la voz—. ¿Acaso crees que a mí no me gustaría limpiar nuestra tierra? ¡Pero es imposible! Además, yo no pedí ser reina. Antes de mí iban Cristana y Darla, pero las pobres murieron antes que la necia de Serela y la corona vino a mí. No, no, no, yo no voy a hacer locuras, he de mirar por el bien de mi hijo. No me lo van a matar por meterse en proyectos insensatos. Tú lo vas a proteger,

Demayara, y además vas a atar corto al Injeca que tienes en tu cama para que no se haga ideas raras sobre mi pequeño.

—¿Y qué pasará con su padrastro?

—Pactarás con él, y con los Ertalce también, claro. Pactarás incluso con Blica y sus demonios si hace falta. Es complicado, pero te acostumbrarás. Una se habitúa a todo. Mantendrás el equilibrio y si no lo consigues habrá una guerra, de acuerdo, pero mantendrás a mi pequeño Argaut lejos de ella. Tú lo cobijarás como la gallina al polluelo. Sobre todo, no se lo entregues a Barac… ¡Eso nunca!

—No sé si podré…

Gamira retorció entre sus dedos los de su hermana, cuyo grito murió al encontrarse con la mirada terrible de alguien que, pese a todas sus debilidades y miserias, aún era dueña y soberana de cientos de miles de personas.

—Lo harás, Demayara. —Los ojos fueron perdiendo poco a poco la fuerza y retornó la tristeza habitual—. Puedes irte. Más tarde seguiremos hablando para atar los cabos sueltos del testamento. Ahora estoy cansada. Dile a Lechaca y Tauri que vengan.

Demayara liberó la mano enrojecida y se la frotó.

—¿Esas folloneras? Te traerán más hierbadulce y vino.

—Eso es lo que necesito ahora. Por favor, no me juzgues, hermana. No me juzgues, te lo ruego.

Demayara se levantó. Sabía que Gamira estaba ya en su propio continente de nieblas. De pronto, entendía que su hermana era más fuerte de lo que parecía. Mientras caminaba hacia la puerta se dio cuenta de que Gamira no le había hecho ninguna pregunta ni petición; aunque sus palabras estuvieran estranguladas por la soga de los sentimientos, fueron una orden.

La última cara se deshizo y el zumbido desapareció. Miró a su sobrino Argaut, el nuevo rey, sudoroso y pálido bajo la corona, haciendo un esfuerzo heroico para mantenerse digno. Luego miró a Barac Tiyadara, tan sereno e impasible como siempre, un hombre atractivo a pesar de su edad, con aquella languidez engañosa, como la bestia cachazuda que en cualquier momento puede morder a su presa y llevársela a las profundidades. Y vio también a la pequeña Lisca, llorosa y asqueada por culpa del hedor de la reina, esa peste que ya les envolvía a todos.

2

Argaut descubrió, como muchos reyes antes y después que él, que un día podía parecer tan largo como un año y contener parecido número de acontecimientos.

Después de la jura de lealtades en las Cortes, el funeral en el Templo de Braladur, el desfile de la carroza con el féretro a través de una ciudad que los miraba con curiosidad antes que con cariño y el entierro de la reina en el panteón de los reyes de Brajairi, en las profundidades del Palacio Real de Longaza, después de todo aquello la locura aún no había terminado. La regente Demayara Agrate le llamó apenas se quitó los ropajes que ya empezaba a odiar.

—Argaut, debes venir a una reunión del Consejo. Has de presidirla porque ya eres el rey.

Estuvo a punto de preguntarle si se podía quitar la corona, pero decidió que eso rebajaría su dignidad. Ella le sonrió con ternura decreciente —Argaut ya entendía que su nueva condición le hacía ganar el respeto y perder el cariño de los cercanos— cuando él asintió con firmeza.

—A partir de ahora he de dirigirme en público a vos como *Majestad* —dijo Demayara.

—Lo entiendo.

—Y camina… Caminad delante de mí, Majestad. Sois vos quien ha de ir siempre en cabeza.

En los mismos pasillos donde había correteado y jugado con sus primos los sirvientes se doblaban a su paso y las personas le hablaban con mucha cortesía. Eso le ponía un poco nervioso, pero masturbaba su orgullo. Los guardias de palacio abrieron la puerta de una sala de reuniones.

Los notables se levantaron en cuanto Argaut y Demayara entraron. Él los conocía porque su madre le había hablado de ellos. Quiso pensar que estaba viviendo alguna de las muchas escenas que había leído en los libros, pero en realidad se sentía desorientado y sintió unos deseos enormes de salir corriendo. De pronto, estaba en pie, presidiendo la mesa, y tras él había una butaca con cojines para elevar su altura. Allí estaban los representantes de la Casa Ertalce, Gotraigo Tilat y su hijo Rayún Ertalce; estaba su tío Baor Injeca, maestre de la Orden del Alba Dorada; Furta Tiyadara, el mayordomo real, y Yabatag Tiyadara, el secretario real; le sorprendió ver a su otro tío, Guarner

Injeca, y a un hombre joven que su tía había nombrado como Elfego Farica y que había visto algunas veces por el palacio. Su padrastro Barac Tiyadara se había colocado en el butacón al otro extremo de la mesa.

Todos seguían de pie y Argaut captó nerviosismo en el ambiente. Demayara permanecía rígida e inmóvil, sin tomar asiento en ningún lado, con la mirada cada vez más filosa clavada en Barac Tiyadara. Dijo: —Alteza, caballeros, presentemos respetos al nuevo rey, Su Majestad Argaut III de Brajairi.

Todos asintieron y murmuraron palabras respetuosas. Antes de que Argaut diera el permiso para que se sentaran su tía retomó la palabra: —Ruego a Su Alteza el reciente rey consorte Barac Tiyadara que ocupe el sitio que le corresponde.

El aludido miró a Demayara con sus ojos tranquilos y le cedió su puesto.

—Señora mía, hacednos el honor.

Ella suspiró con los labios apretados y fue hasta la butaca regia. Barac se colocó a la diestra del nuevo rey. Argaut se preguntó con angustia si podría o no dar permiso de una vez por todas para sentarse y su tía, al otro lado de la mesa, lo miró y asintió.

—Altezas y nobles caballeros, podéis sentaros —dijo Argaut.

Se preguntó qué debería hacer ahora, pero notó que su tía iba a tomar los mandos de la nave y experimentó un alivio inmenso.

—Nos hemos reunido hoy aquí —dijo Demayara—, el mismo día de la marcha de una reina y la llegada de otro rey, para debatir temas de enorme interés para la nación…

—Y el primero de ellos, señora Agrate… —interrumpió Furta Tiyadara, el mayordomo real.

—*Alteza regente* de Brajairi —le interrumpió a su vez Guarner Injeca.

—A eso quería referirme. Al problema de la regencia.

—¿Qué problema? —espetó Guarner.

—Al problema de las irregularidades en el testamento de la reina Gamira.

—¿Irregularidades? —preguntó de nuevo Guarner—. ¿Qué irregularidades?

El mayordomo real levantó las cejas, como si fuese obvio.

—Me temo que el testamento carece de validez. No sobre la sucesión de Su Majestad —miró hacia Argaut—, sino sobre la regencia que ha de guiarlo. Resulta claro y concluyente que dicho cargo debe corresponder al padre del rey.

—*Padrastro* —intervino Baor Injeca, el maestre del Alba Dorada, con su voz pedregosa—. El auténtico padre del rey fue mi hermano Argaut, que murió asesinado por unos canallas.

Con toda intención sus ojos se clavaron en Barac Tiyadara, tan sereno como de costumbre.

—Por desgracia —dijo el mayordomo—, ni siquiera los reyes se libran de esas tragedias. Esperamos hallar pronto al culpable del magnicidio. Ya hay una investigación abierta al respecto.

—Yo también espero que algún día el culpable pague. —Baor Injeca seguía mirando a Barac Tiyadara.

Rayún Ertalce intervino, con su brusco acento del norte:

—Nosotros los Ertalce también esperamos que se haga justicia en cuanto al segundo rey consorte de la reina Gamira, mi hermano Brelán, que fue asesinado por un bastardo hijo de mil padres.

Barac Tiyadara soportó su mirada sin inmutarse, con aquella flema jovial que enloquecía a sus enemigos.

—Hay otra investigación abierta en cuanto al difunto rey consorte Brelán —dijo Yabatag Tiyadara, el secretario. Argaut recordó que tanto él como el mayordomo eran hijos de Barac Tiyadara, nacidos de un antiguo matrimonio de su padrastro; Barac había repudiado a aquella esposa para casarse con la reina Gamira, pero no había rechazado a los hijos del matrimonio e incluso los había colocado en el Consejo Real—. Y dicho sea de paso, me pregunto por qué están aquí los representantes de la Casa Ertalce. Al fin y al cabo, no pertenecen a este Consejo. Y, aunque siempre me alegra hablar con ellos, tampoco entiendo la presencia de Guarner y Baor Injeca y de Elfego Farica.

—Yo les he convocado a todos —afirmó Demayara—. Son personas importantes en cuanto a los asuntos que se deben tratar en esta reunión.

—Señora —dijo el mayordomo—, me veo en la obligación de recordaros antes de nada que el testamento de la reina Gamira ha de ser impugnado. Está lleno de irregularidades.

—No veo cuáles —respondió ella con una suavidad de acero—. La reina Gamira dictó su testamento ante notarios y testigos. También estabais vos y vuestro hermano. No hay ningún problema.

—Sí lo hay, señora —dijo el secretario—. El rey no estuvo presente durante la redacción del testamento y eso lo invalida.

—En primer lugar —intervino Guarner Injeca—, debéis dirigiros a la regente como corresponde, con el título de Alteza.

—No veo por qué ya que no puede ser regente. No es apta.

Demayara comprendió que querían enfurecerlos para hacerles perder los nervios, así que levantó una mano.

—Sobre el testamento, oigamos una voz competente. El señor Elfego Farica es uno de los representantes del Colegio de Letrados de Longaza y un experto en leyes.

El aludido dijo:

—Gracias, Alteza. Existen precedentes sobre la validez del testamento de un monarca brajairio aunque su cónyuge no estuviera presente durante la redacción. Puedo mostrar las pruebas que…

—No me cabe duda de que podéis mostrar muchas cosas —dijo Barac Tiyadara con su voz lenta y dura, que imponía silencio con mayor eficacia que un grito—, pero aun teniéndolas en cuenta, todos sabemos que mi amada esposa no estaba en plena posesión de sus facultades mentales.

Demayara sintió que se le agolpaba la sangre en la cara y tuvo que reprimirse para no insultarle a gritos, a él, el hombre que había destrozado la vida de su hermana, que la había hundido y la había empujado a la degradación. Sobre todo le hería el tono burlón de su cuñado. Hizo un esfuerzo enorme para calmarse, igual que lo estaban haciendo sus partidarios.

Barac la miraba con interés.

—Mi esposa la reina, que Braladur la tenga en su gloria, era una mujer inestable. Resulta desagradable decirlo, pero la verdad no siempre es hermosa. Ella sufría una atracción obscena por el vino y la hierbadulce. Yo mismo le aconsejé que moderara el consumo, pero no me hacía caso. Tenía arrebatos de locura y he de señalar, con gran dolor de mi corazón, que sus desarreglos y vicios la echaron en brazos de varios amantes, comportándose como no debiera hacerlo una reina de Brajairi.

—Tal vez uno de esos amantes fuese el auténtico padre de la niña Lisca —dijo Gotraigo Tilat, y se arrellanó en la silla como un oso grande y viejo.

Sonaron bufidos y risas contenidas, pero el mayordomo y el secretario montaron en cólera.

—¡Eso es una grosería imperdonable! —exclamó el secretario.

—Si tanto os molestan las palabras de mi padre vos y yo podemos resolverlo de un modo natural —dijo Rayún Ertalce—. Vayamos fuera y dejemos hablar a las espadas.

—Por favor, calmémonos —dijo Barac, sin perder la paciencia—. Dejando aparte los comentarios soeces, sabemos que la reina estaba trastornada. Todos la hemos visto, y perdonad mi sinceridad, borracha y embriagada de hierbadulce, hongos de la visión y otras cosas aún peores. El testamento de alguien así no puede ser válido.

—Mi hermana la reina bebía igual que vos y que los demás —dijo Demayara—. También yo os he visto consumir hierbadulce y todos los hombres aquí presentes se han emborrachado alguna vez. Incluso yo lo he hecho. ¿Deberíamos por tanto quedar invalidados? Pero eso ya no importa. El testamento es legal hasta que se demuestre lo contrario. Si alguien piensa de otro modo tiene derecho a iniciar un proceso y si pasa los filtros adecuados el tema deberá ser tratado y votado en

Cortes. Sin embargo, no podemos olvidar una cosa importante: aun cuando a mí se me pusiera en duda como regente del país, la última palabra la tiene el rey.

Todas las miradas se volvieron hacia Argaut, que de pronto se sintió aterrado. Se oyó decir a sí mismo: —La regente es Demayara Agrate. Mi tía. Mi tía Demayara, quiero decir. Ella.

—Ya lo habéis oído —dijo Guarner Injeca—. Su Majestad consiente y su palabra es la ley.

—El rey es demasiado joven como para valorar ciertas cosas —dijo el secretario—. Iniciaremos las acciones pertinentes. Todos respetamos y amamos a Su Majestad, pero las Cortes también…

—Tranquilos —interrumpió Barac—. Está bien. Dejemos ese asunto por el momento. Ya lo trataremos después y no me cabe duda de que hallaremos una solución satisfactoria para todos.

—Solventado ese tema, pasemos al siguiente. —Demayara tomó aire y se encomendó a los dioses—. Se van a efectuar algunos cambios en el Consejo Real.

—¿Cambios? —preguntó el mayordomo—. ¿Qué cambios?

—Cambios que os afectan a vos —repuso Elfego Farica, sonriente —. Y a vuestro hermano el secretario.

Los aludidos miraron a su padre, nerviosos. Barac continuaba impasible.

—En efecto —prosiguió Demayara—. Se ha decidido, y el rey está de acuerdo, que haya un nuevo mayordomo y un nuevo secretario reales. Serán Guarner Injeca y Elfego Farica. A los excelentísimos y nobles señores Furta y Yabatag Tiyadara les agradecemos los servicios prestados hasta el momento y…

—¿Pero esto qué es? —exclamó el secretario —. ¿Es que acaso se quiere expulsar del Consejo a los hijos del monarca?

El maestre de la Orden del Alba Dorada se puso en pie y dio un puñetazo en la mesa.

—¡Silencio, insolente! ¿Cómo osáis levantarle la voz a la regente del país? ¡Guardad las formas!

—¿Regente? ¿La hermana de una reina borracha que no se tenía en pie? ¡Deberíamos echaros a todos fuera de esta sala porque el único que puede mandar en ella es mi padre! —Demayara quedó atónita. Jamás imaginó que los Tiyadara se atrevieran a tanto. El secretario la señaló con el dedo—. Si creéis que vais a mandar aquí, vos, una recién llegada, una aventurera, andáis errada, y más vale que os retractéis cuanto antes o vais a lamentar con amargura vuestra insensatez.

—Yo os enseñaré a amenazar, malnacido… —gruñó Guarner Injeca, echando mano del puño de la espada. También se habían levantado su hermano Baor, y Rayún Ertalce. Nada les haría más felices que acabar allí mismo con sus enemigos los Tiyadara.

—¡Muy valientes sois ante hombres desarmados! —dijo el mayordomo, que como su hermano el secretario no tenía ni una daga siquiera.

—¡Pues a puñetazos os he de reventar, insolente! —exclamó Baor Injeca—. ¡Así no ensuciaré mi espada!

Demayara se sorprendió a sí misma al levantarse y poner las dos manos sobre la mesa.

—¡Silencio, caballeros! ¡Estamos en el Consejo Real, no en una taberna!

La miraron con diferentes niveles de ira, todos menos el rey, cuya sorpresa rozaba el alucinamiento, y Barac, que seguía calmo. Sus ojos azules estaban clavados en Demayara y ella experimentó un escalofrío, como si un acero ardiente la hubiera marcado cual res camino del matadero. No logró sostenerle la mirada, pero sintió que volvía a dominar la reunión.

—Caballeros, estáis ante Su Majestad. Ruego templanza.

Con los labios apretados y las narices hinchadas tomaron asiento de nuevo.

—Sé que esto es una situación nueva para todos y que puede resultar incómoda —dijo Demayara, todavía en pie—. Pero incluso siendo la regente y teniendo poder para tomar estas decisiones, Su Majestad me ha dado su consentimiento. Por tanto, hablo en nombre de la Corona, a la cual todos los nobles deben obediencia. Los cambios ya mencionados en el Consejo Real han sido redactados y tenemos los documentos pertinentes, que serán mostrados a todos los interesados por si alguien quiere llevar a cabo una protesta formal o iniciar un proceso. Nada se hará fuera de la ley. Mayordomo y secretario salientes, os ruego que prestéis toda la ayuda necesaria durante el traspaso de poderes y hagáis así honor a la fidelidad debida a Su Majestad. Como ya dije, se os agradecen los valiosos servicios prestados. Tendréis el cargo de adelantados en la corte, con las rentas pertinentes, y podréis ocupar otros puestos que sin duda necesitarán de vuestra eficacia.

Los aludidos la miraban con el rostro tenso y pálido, echando fuego por los ojos azules. Se volvieron para mirar a su padre, que seguía inmóvil, con la mirada clavada en Demayara. Barac asintió y sus hijos se lo tragaron todo y no dijeron más. Demayara se sentó con el corazón bombeando enloquecido en su pecho y aparentó serenidad.

—Pasemos al siguiente asunto del día. Antes se me preguntó a qué se debía la presencia de los señores Gotraigo Tilat y Rayún Ertalce, representantes de la Casa Ertalce. No es ningún secreto que las familias Tiyadara y Ertalce han mantenido un litigio por la tenencia de algunas fortalezas y burgos en ciertas zonas del…

—¿Litigio? —bufó Rayún Ertalce—. Decid más bien guerra, Alteza,

guerra abierta por los bastiones que esos malparidos de los Tiyadara quieren arrebatarnos.

—Cuidad vuestro lenguaje —espetó Yabatag Tiyadara—. Son muchas las tropelías que acumuláis en vuestra carrera de latrocinio y saqueo.

—Dejaos de palabritas, bufón perfumado, y vayamos a resolver esto como hombres, con las espadas.

—¡Por favor! —gritó Demayara—. ¡Guardad las formas!

—Alteza… —dijo Gotraigo Tilat, aquel hombre gordo pero rápido y fuerte, de barbas y cabellos largos, al estilo del norte—. Creo que podemos ahorrarnos mucho tiempo si nos dejamos de discursos y vamos al grano. Ya sabemos todos que los Ertalce y los Tiyadara estamos en guerra. Decid de una vez qué queréis.

Demayara suspiró.

—Quiero la paz. Mejor dicho, el rey quiere la paz en su país y yo, la regente, hablo en su nombre. Ha habido demasiadas luchas en el este, en Isenburo y Gocha, en Etein, en las ciudades del Río Blanco y del Río de la Frontera, demasiada sangre y muerte. El rey quiere la concordia en el país.

—Eso es fácil de lograr —dijo Rayún—. No hace falta más que ordenar la devolución de las fortalezas que los Tiyadara han ocupado sin permiso y…

—¿Permiso de quién? —interrumpió Furta Tiyadara—. Los castillos son nuestros. Antaño fueron arrebatados por los Ertalce y los hemos ido recuperando gracias a la superioridad de nuestras huestes.

—Un momento —intervino Guarner Injeca—. Esas fortalezas y burgos no pertenecen a ninguna familia nobiliar. Son de la Corona y el rey las da en tenencia.

Los Tiyadara y los Ertalce lo miraron con una seriedad que preocupó a Demayara. Gotraigo Tilat sentenció: —Han caído demasiados hombres en esas luchas como para ceder así como así. Tal vez sobre el papel la propiedad sea del rey, pero en la realidad la tierra ha sido siempre del que peleó por ella. Después, cada señor entregó al rey los tributos correspondientes, como era su obligación. Siento decirlo y no pretendo faltarle al respeto al rey, pero no ha sido el monarca ni sus tropas, ni sus hijos ni hermanos, quienes han derramado su sangre en esta lucha. La Corona se desentendió desde tiempos de Baruga III, el bisabuelo del rey. No considero pertinente venir ahora a reclamarlo.

—Por otro lado —dijo Yabatag Tiyadara—, el propio Argaut II permitió en Cortes el derecho de guerra privada de los nobles.

—Siempre que no afectara a la buena marcha general del país —puntualizó Elfego Farica—. Además, hay usos que deben ser revisados.

—Al abismo de Blica con los legalismos —cortó Gotraigo Tilat—.

Los Ertalce no vamos a ceder ni un palmo del terreno por el que tanto hemos luchado.

—¿Ni siquiera ante el rey? —Demayara se arrepintió de inmediato de la pregunta.

—¿Es necesario responder, Alteza?

Ella guardó silencio. Aquello era mucho peor de lo que había imaginado. Empezaba a pensar que su hermana Gamira fue la sabia y que ella era la loca.

—Alteza regente —dijo Gotraigo Tilat—, agradezco vuestros esfuerzos en busca de la paz, pero este asunto solo quedará zanjado cuando las posesiones de los Ertalce vuelvan a sus dueños legítimos. O la Corona está con nosotros y se nos une en nuestra causa con hombres y armas y no con documentos legales, o nosotros no tenemos más que decir. Sobre el resto de los temas a tratar estamos abiertos a cualquier sugerencia y, por supuesto, confirmamos nuestra lealtad al rey. No hablo en mi nombre, sino en el de mi esposa Urguna Ertalce, lideresa de toda la familia y sus vasallos, pues ella no ha podido venir en esta ocasión.

Furta Tiyadara sonrió con sarcasmo.

—¿Vuestra esposa aún respeta su juramento de no pisar Longaza hasta que no haya otro Ertalce en la Familia Real?

Gotraigo y Rayún clavaron sus miradas en él. El más joven dijo:

—Ruego a Braladur que me conceda la ocasión de enfrentarme a vos en honrada lid.

La sonrisa de Furta desapareció.

—No te molestes en pedirle honor a un desgraciado, hijo mío —dijo Gotraigo—. Majestad, Alteza, ¿hay algo más que tratar con los Ertalce?

—Fuera de la guerra privada que mantenéis con los Tiyadara, no lo hay —casi susurró Demayara, sintiéndose vencida.

—Entonces preferimos marcharnos, si el rey da su permiso. No obstante, pedimos audiencia privada antes de irnos de Longaza. Cuanto antes.

—La tendréis.

—Bien. ¿Majestad? —Pero la pregunta no tenía sentido porque Gotraigo y su hijo Rayún ya estaban en pie—. Con vuestro permiso.

Argaut asintió, intimidado por aquellos hombretones. Los dos salieron sin mirar hacia atrás.

—Esto es lo que ocurre cuando se permite a los bárbaros pisar la civilización —comentó Furta Tiyadara—. Qué gentuza más impertinente.

Antes de que nadie pudiera responderle o añadir algo más, Barac Tiyadara se levantó de su asiento y ante el asombro de los presentes echó a caminar por la gran sala. Argaut pensó que debía ordenarle

tomar asiento, o al menos aconsejárselo, pero en los pasos tranquilos y el aire sereno de su padrastro no parecía haber ninguna falta de respeto, o al menos no en la superficie, pues Barac tenía el don de que cualquier gesto inocente dejara en los demás un regusto amargo a burla e ironía. Mostraba tal desenvoltura que parecía más bien él la autoridad en la sala, una autoridad tan educada como ineludible. Caminaba en torno a la mesa, despacioso, con una sonrisa pensativa. Sus hijos le admiraban y el resto estaba poniéndose cada vez más intranquilo. Demayara sintió que estaba a punto de explotar y le dijo:
—¿Tenéis algo que decir, Alteza?

—¿Eh? Oh, sí lo tengo. Estaba meditando acerca de todo este espectáculo edificante.

—Una reunión del Consejo Real no es ningún *espectáculo*.

La miró con una penetración insolente.

—Alteza, os admiro. Aunque no me creáis, os admiro.

Ella parpadeó sin saber qué decir, pero mantuvo el rostro impasible. Barac prosiguió:

—Admiro vuestro coraje y vuestras buenas intenciones. Es loable querer traer la paz a nuestro país convulso, que sufre desde hace mucho tiempo a gentuza como los Ertalce. Y además alabo que hayáis mostrado tal firmeza. Me habéis sorprendido. No obstante… —La sonrisa siguió en la boca, pero desapareció de los ojos—. Me temo que no tenéis una idea clara de la situación real de nuestro país.

—Alteza, os ruego claridad —dijo Demayara.

—No sabéis en clase de qué fangal os estáis metiendo.

—Eso suena a amenaza.

—Vos pedisteis claridad. Pero si os incomoda podemos seguir mareando la perdiz para no ofendernos unos a otros. El diálogo sutil no me desagrada.

—Hablad con sinceridad pero con corrección y no temáis ofender a nadie.

—Muy bien. Vamos a dejarnos de cuentos. Quiero la regencia, así que os ruego que se cambie el testamento de mi esposa cuanto antes. Me ocuparé de los asuntos de gobierno y además criaré al chico, pues soy su padre, o padrastro, o como deseéis llamarme. Su tutor. Os aseguro que os trataré con suma bondad, a vos y a los Injeca, que seguirán siendo fieles a la Corona.

—Es decir, fieles a vos —gruñó Baor Injeca.

—Fieles a la Corona.

Hubo un silencio cauteloso y pesado. Demayara habló con lentitud:

—¿Y según vos, qué ocurriría si no se os concediera la regencia?

Barac volvió a pasearse con las manos a la espalda.

—Una pregunta interesante. Yo os haré otra: ¿de cuántas lanzas disponéis?

Esta vez el silencio resultó tétrico. Demayara sintió un miedo enorme. Había subestimado a sus adversarios y había sido una ingenua, una necia por pretender detener olas a puñetazos y no escuchar a su hermana cuando le dijo que no desafiara nunca a la aristocracia.

—Ya veo que es una pregunta complicada de responder, a juzgar por vuestro silencio —prosiguió Barac—. Aventuraré la contestación. Ahora mismo el Ejército Real puede movilizar unos diez mil hombres y la Guardia Real cuenta con unos… ¿mil quinientos? Si los honorables Injeca quisieran ayudaros aportarían, ellos y sus vasallos, unos mil trescientos. Y otros tantos magos del Alba Dorada. En fin, que sumándolo todo nos salen unos catorce mil cien. Vamos a ser generosos: subamos hasta quince mil. Yo podría reunir una mesnada en la que marcharían los Tiyadara, nuestros vasallos, los magos de Telliuna y ejércitos de fortuna de Ceiracán y Élamos. En resumidas cuentas, por mí lucharían unos treinta y cinco mil guerreros. No está mal, frente a vuestros catorce mil.

—Hay demasiadas incógnitas en vuestra ecuación —intervino Elfego Farica—. Para empezar, no está tan claro que algunas de esas Casas vayan a ponerse a vuestras órdenes así como así, pues el vasallaje hacia la Corona precede al de cualquier noble. Y además hay muchos otros clanes a lo largo de todo el país que habéis obviado.

—Obviad vos la pompa y el artificio. El sur se levantaría en masa para apoyar a un regente que favoreciera sus intereses, así que en tal sentido no tengo dudas. En cuanto al resto del país, por supuesto que hay muchos otros clanes de la nobleza, pero… ¿vais a convencerles de que se involucren en una guerra de resultado tan incierto para apoyar a una monarquía tan débil?

—Eso es una… —intervino Guarner, enfurecido.

—En estos tiempos —prosiguió Barac, imperturbable—, la Corona ya no tiene la fuerza de antaño y por eso los señores pueden elegir con libertad si responder o no ante una llamada a las armas. Por supuesto, nunca se negarán a las claras y alegarán fueros, usos y derechos, dirán que no tienen suficientes hombres, que ahora les es imposible, que esto, que lo otro… Como mucho enviarán una hueste raquítica de compromiso. Pero incluso eso es dudoso porque tras la guerra el vencedor ajustará sus cuentas y ellos lo saben. Podéis hacer un llamamiento general si lo deseáis, vamos, hacedlo hoy mismo si os place… Pero luego no os sorprendáis de la respuesta.

»Y por otro lado, está el tema de los dineros. Las guerras son caras y no es ningún secreto que las arcas reales no están llenas. Mi hijo el secretario puede dar fe de ese asunto. Por desgracia, mi querida esposa era algo derrochona. Buena mujer, pero dadivosa.

Demayara se contuvo para no responder con acritud porque eso

era lo que Barac esperaba. Su cuñado siguió hablando: —Los señoríos del sur y del este, es decir, los que me apoyarían, se han enriquecido en los últimos tiempos gracias al comercio de las caravanas del Alto Ilnar y de Ceiracán. Nuestros burgos y fortalezas tienen dinero de sobra para mantener una guerra civil; lo harían a disgusto, pero lo harían, pues saben que a la larga medrarán más con un regente como yo que con una como vos. Alteza.

—Os habéis olvidado de las gentes del norte —dijo Demayara—. Los Ertalce y sus vasallos.

—¿Esa chusma? Bien, podéis acudir a ellos. Reconozco que tienen tropas numerosas, pero incluso atrayéndolos no lograríais superarnos en número y mucho menos en calidad. Y por otro lado, ellos tampoco tienen suficiente dinero como para embarcarse en negocio tan dudoso como una guerra civil. Su política económica es deleznable, pues anteponen los prejuicios a la sensatez comercial, estrangulan sus mercados y en consecuencia los extranjeros prefieren nuestras rutas a las suyas. Además, tened en cuenta que los Ertalce no van a ayudaros a cambio de nada. Tendréis que poner el país en sus manos.

—Lo mismo que pedís vos —dijo Demayara.

—Me juzgáis mal. Pero en todo caso habríais de elegir entre un partido moderno y abierto al mundo, a los mercados extranjeros, y un partido cerrado que vive anclado en lo rancio. Al final, comprenderéis que la mejor opción es la mía.

Hizo una pausa y suspiró.

—Hay otro asunto espinoso y desagradable. La seguridad en nuestro país ha caído por los suelos, hasta el punto de que ni siquiera los reyes están libres de los atentados de algunos locos…

Demayara pensó en su hermana mayor y en sus hijos, todos asesinados, y la ira la estranguló, hasta el punto de impedirle hablar. Pero tras unos latidos consiguió decir: —Jamás hubiera pensado que fuerais tan ruin de sacar este asunto a colación. ¿Cómo osáis?

Guarner se levantó y puso los puños en la mesa.

—¿Acaso estáis amenazando con hacer asesinar al rey o a cualquiera de nosotros si no os lo entregamos?

Barac abrió mucho los ojos y la boca.

—¡Por favor! ¡Jamás se me hubiera ocurrido pensar algo así! Solo sostengo que yo protegería a mi hijo de tantos perturbados que odian a la realeza.

—¡Perturbados pagados por vos! —rugió Guarner.

—Escuchadme bien, Alteza —dijo Demayara—. Os advierto que incluso la ironía y el sarcasmo tienen un límite. No agotéis nuestra paciencia si no queréis dar con vuestros huesos en la cárcel.

—Colgado de la soga es donde debiera estar —gruñó Baor.

Barac guardó silencio. Sin perder la calma, dijo:

—No os recomendaría hacer eso porque las consecuencias serían catastróficas. Pero si os he ofendido, lo lamento. Solo planteaba una cuestión que atañe al bienestar de nuestro rey. Sea, dejémoslo. Reconozco que tengo mala fama, aunque inmerecida. Majestad, Alteza y nobles caballeros, puedo ser un buen amigo o el rival más encarnizado. Quienes me conocen lo saben. Ahora me aborrecéis, pero pensad que hago lo mismo que todos vosotros: defender los intereses que considero mejores para la nación y para mi propia familia. Lucharé por ellos con todas mis fuerzas, eso no lo dudéis, y acabaré por vencer. Ahora bien, no entiendo por qué mis intereses y los vuestros no pueden coincidir. ¿Por qué tenemos que ir a una guerra que devastará nuestros campos y sangrará a nuestra juventud, una lucha en la que morirán tantos inocentes y tantos seres amados? Os ofrezco la paz y la amistad. Brajairi no ha tenido un mal rumbo durante el reinado de mi esposa. Las gentes gozaron de tranquilidad, pudieron medrar en sus cultivos y negocios y vieron crecer a sus hijos sin la amenaza de ejércitos que arrasaran sus tierras. Podemos crear una nación fuerte y próspera sin necesidad de luchas. Soy un caballero, pero también tengo algo de mercader y os aseguro que en el fondo odio la violencia. Prefiero el entendimiento y los pactos, los considero tan nobles como las espadas. Haced lo que os he pedido y os garantizo que yo también sabré ceder. Os juro que tendréis peso en las decisiones. No obstante, no contestéis aún. Ni en un sentido ni en otro. Puedo esperar vuestra respuesta durante una semana, y tened en cuenta que es un plazo generoso para alguien tan activo como yo. Meditadlo con serenidad. Sé que tomaréis una buena decisión y que juntos llegaremos a lo más alto. Recordadlo: una semana.

Hizo una seña a sus hijos y los dos se levantaron.

—Ahora, con el permiso de Su Alteza y Su Majestad, hemos de retirarnos para que conferenciéis. Tened buen día.

Y sin más, dejándolos a todos atónitos por su desparpajo, se fue con sus hijos.

3

Una vez que se cerró la puerta Baor Injeca explotó:

—¡Maldita sea la madre que lo parió! ¡Canalla repugnante! El muy traidor nos ha amenazado con la guerra… ¡Y delante del mismísimo rey!

—No se puede negar que incluso como enemigo es encantador —repuso Demayara, con una mueca de cansancio.

—No podemos ceder a su chantaje —dijo el maestre del Alba Dorada—. No vamos a darle el reino al asesino de los hijos de mi hermano Debrión.

—También mató a la reina Serela —recordó Elfego Farica—. Y al rey consorte Brelán.

—Imposible —continuaba negando Baor Injeca—. No, no y no.

Demayara miró a su sobrino Argaut, en el otro extremo de la mesa, y sintió angustia por aquel mozalbete que ayer jugaba con los otros niños y hoy tenía que tratar con los adultos más fuertes de Brajairi. Una hoja entre vientos. Él permanecía serio y su cara era un dique contra el temor.

—Tal vez fuese mejor que Su Majestad no asistiera al Consejo —dijo Demayara, aun sabiendo que no debía decirlo, pero sin poder evitarlo—. Es muy joven.

—No, él debe estar aquí —respondió Guarner—. Debe aprender a gobernar. Tiene que endurecerse desde el primer día.

Demayara miró a su marido con un rencor inútil que enseguida echó a un lado. Llevaba razón, por supuesto, pero le enojaba que nadie, ni siquiera ella, pudiera ayudar a ese niño que acababa de perder a su madre y que aún debía sentirse solo y confuso.

—Quiero quedarme —dijo Argaut.

—¿Lo veis? —Guarner asintió—. El rey desea presidir el Consejo.

Demayara suspiró y se frotó las sienes con la punta de los dedos. Empezaba a notar los primeros mordiscos de una jaqueca. Levantó la barbilla.

—¿Y bien, señores? ¿Qué pensáis del desafío que nos ha lanzado Barac Tiyadara? ¿Tenemos razones para temerle?

—Deberíamos prepararnos para la guerra —afirmó Baor—. Tarde o temprano habremos de enfrentarnos a él.

—Pero hay que hacerlo con cuidado —repuso Guarner—. Es astuto y poderoso.

—¿Qué hay de esos números que nos presentó? —preguntó Demayara—. ¿Cómo está nuestro ejército? ¿Es tan mala nuestra situación o mi cuñado ha exagerado?

—Ha exagerado, eso desde luego —repuso Guarner—. Ha engordado las cifras, pero lo cierto es que nuestra situación, sin ser tan mala como la ha pintado, sí es preocupante.

—Informad con exactitud y no suavicéis nada.

—Habríamos de consultar primero a Videmar Etacta, el general en jefe del Ejército Real, y al comandante de la Guardia Real, pero son buenos amigos de los Injeca y de la Corona y además yo estoy al tanto de sus efectivos. En líneas generales, las cifras que dio Barac Tiyadara del ejército son ciertas. Pero podemos reunir muchas lanzas de las grandes Casas y sus vasallos, así como de las milicias concejiles de los burgos.

—La Orden del Alba Dorada ayudará al rey, de eso nadie puede tener duda —dijo Baor—. En cuanto a las otras ordenes, Telliuna apoyará a Tiyadara. La Orden de Guzgo casi pertenece a los Ertalce y por tanto nunca ayudará a los Tiyadara. En cuanto a las demás, se venderán al mejor postor.

—Entonces irán con los Tiyadara —dijo Demayara, con acritud.

—O permanecerán neutrales. De un modo u otro es casi seguro que no vamos a poder contar con ellos.

—En cuanto a los sacerdotes de Braladur —dijo Guarner—, los del norte son afines a los Ertalce, pero en el sur dependen del gobierno local, no reconocido pero manifiesto, de los Tiyadara. No se les opondrán y pueden pagarles suficiente como para que sus hechiceros luchen a su lado. Podemos conseguir que la comunidad sacerdotal del centro esté con nosotros, pero tendremos que ofrecerles una recompensa. De otro modo se mantendrán neutrales y luego se arrodillarán ante el vencedor.

—Siempre las malditas riquezas… —gimió Demayara—. Está bien. En resumen, señores Guarner y Baor Injeca, expertos en asuntos de armas, ¿cuál sería la estimación de los ejércitos al inicio de la guerra?

Guarner frunció el ceño, preocupado.

—Me temo que los Tiyadara nos superarían en una proporción de al menos cuatro a tres. Si consigue mercenarios de Élamos o Ceiracán incluso podrían doblarnos.

—Conseguirán los mercenarios —dictaminó Elfego Farica—. Los Tiyadara están en buenas relaciones con los gobernadores provinciales de Élamos y con las tribus irlúes de la frontera de Ceiracán. No obstante, queda por ver si puede contratar a tantos como dijo.

—Y hay un problema añadido, señores —dijo Demayara—. A ellos no les llevaría demasiado tiempo reunir todas esas tropas mientras que la Corona perdería mucho enviando mensajeros a las Casas amigas,

que además pueden demorarse en enviar sus mesnadas a la capital.

—Si es que las envían —repuso Farica, cauteloso—. Por mucho que nos pese, Tiyadara no ha exagerado al decir que la mayoría de los nobles no cumplirán como es debido.

—Vivimos tiempos de vileza y felonía —gruñó Baor.

—En resumen —intervino Demayara—, nuestra situación militar inicial es mala.

—Falta por saber qué haría el norte —dijo Guarner—. Es posible que los Ertalce intervinieran para vencer de una vez por todas a los Tiyadara.

Demayara se mordió los labios. No le hacía ninguna gracia contar con los orgullosos Ertalce.

—Ellos también querrán quedarse con el trono, de una manera u otra. ¿Teniéndolos a nuestro lado podríamos ganar?

—Nuestras posibilidades ascenderían —contestó su marido—. Pero querrán mandar en todo.

Demayara asintió varias veces, despacio.

—¿Y en cuanto al dinero? ¿También llevaba razón Tiyadara? ¿La Corona puede asumir el coste de una guerra civil?

Miraron a Farica, el experto en esos asuntos.

—Lamento mucho decirlo, Alteza, pero solo podemos mantener una guerra corta, de no más de dos años, tres a lo sumo, y con mucho esfuerzo. El tesoro real está muy menguado.

—¿Estáis seguro?

—Alteza, no es ningún secreto que los hijos de Barac Tiyadara han dispuesto del dinero de la Corona para su propia Casa. Hay un dicho común entre los contables: lo que desaparece en el cofre real reaparece en el de los Tiyadara.

—Luego han estado sisando a la Corona —dijo Demayara, conteniendo a duras penas su enojo.

—Todo lo que han podido y más, Alteza. No hay pruebas, pero estoy seguro de que cuando ese lechuguino de Yabatag Tiyadara me pase las cuentas estarán llenas de boquetes. He enviado guardias armados a la cámara del tesoro para proteger lo que quede, pues no me cabe duda de que al saber de su destitución querrán llevárselo todo antes de irse de palacio.

—Bien pensado —dijo Demayara. Sintió la cara ardiente de rabia —. Y el muy bastardo le echaba la culpa a mi hermana de la mala situación de la Corona…

—El bellaco miente más que habla —repuso Baor.

—Pero hoy ha dicho algunas verdades amargas que deberíamos tener en cuenta —dijo Farica—. La Corona tiene mucho menos dinero que los Tiyadara y sus aliados. En los últimos tiempos ellos se han hecho con el control de los burgos y fortalezas que controlan las rutas

de comercio con el Alto Ilnar y el este; ellos y no la Corona dominan el tráfico mercantil, sacan mucha ganancia y pagan unos tributos raquíticos.

—¡Y por si fuera poco, después roban lo que recaudan! —exclamó Demayara.

—Así es. Ahora quieren quedarse también con las rutas de entrada de los mercaderes del noreste. Por ello sus huestes han atacado algunas fortalezas de los Ertalce, las que dominaban dicho tránsito. Esa y no otra es la auténtica razón de la guerra privada entre los Ertalce y los Tiyadara.

—Luego todos esos cantos a la nobleza y el valor de la tierra son solo palabrería —se burló Baor—. Al final todo reside en el oro.

Farica sonrió de lado y asintió.

—Lo más sangrante es que todas esas tierras pertenecen a la Corona —dijo Demayara.

—En Dirtán solo hay una ley —dijo Baor—: la tierra es del que empuña la espada con brazo más fuerte.

—Por desgracia, así es —reconoció Demayara—. Los documentos son papel mojado si no hay ejércitos detrás.

—Ni oro para mantenerlos —recordó Farica.

—Y nosotros no tenemos una cosa ni otra —se quejó Demayara.

—No deberíamos ser catastrofistas —dijo Guarner—. ¿Qué pasa con el oeste?

—¿Las Casas occidentales? —dijo Farica—. Lo mismo.

—No, me refiero a Bratmur. Y en el norte están Torán, Brenit y Gricur. Tal vez podríamos establecer pactos con las naciones vecinas.

A nadie le gustó eso, ni siquiera a él, porque pedir ayuda a los extranjeros era la prueba más humillante de su desesperación.

—Es casi imposible lograr el apoyo de esas naciones porque están ocupadas en sus propios problemas —dijo Farica—. Bratmur en teoría forma parte del Imperio de Bestair, pero en la práctica es una nación independiente que no puede ser dominada por las legiones bestairas y que está sumida en guerras internas. Torán es un país boscoso de bárbaros que nunca han ayudado a nadie salvo a sí mismos. Brenit y Gricur andan a la greña por sus interminables luchas fronterizas. De Ceiracán mejor no hablemos; bastante tiene su rey con controlar a las bandas de jinetes de las estepas. Y Élamos es zona peligrosa, pues allí los Tiyadara tienen demasiados amigos.

—Luego estamos solos —dijo Demayara—. Quizá sea lo mejor. Brajairi lleva demasiado tiempo aislado del extranjero y a la larga podemos perder más de lo ganado. —Suspiró—. Estamos en inferioridad de condiciones y además no tenemos mucho dinero. ¿Qué proponéis, señores?

—Tenemos una semana para responder a los Tiyadara —repuso

Elfego.

—No tanto —contradijo Baor—. No podemos permitirnos imaginar que el señor Tiyadara no esté ya moviendo sus fichas. Una semana es tiempo suficiente para llamar a las armas a su gente. No nos ha ofrecido a nosotros un plazo, sino que se lo ha dado a sí mismo para prepararlo todo. Además, hará traer a Longaza a gentes peligrosas.

—¿A qué gente os referís? —preguntó Guarner.

—Asesinos —respondió Demayara—. No seamos timoratos. Ya lo ha hecho en el pasado y volverá a hacerlo. En cuanto le demos un no por respuesta habrá aquí sicarios dispuestos a todo.

—Tal vez ni siquiera espere al *no* —aventuró Guarner—. Así podría coronar cuanto antes a su hija Lisca.

Argaut sintió una corriente de miedo frío y pegajoso subir por la columna vertebral.

—Hay que proteger al rey —afirmó Demayara.

—La Guardia Real le acompañará día y noche —dijo Guarner.

—La Guardia Real no pudo proteger a mi hermana Serela ni a sus hijos —repuso Demayara—. No es suficiente. Los asesinos de los Tiyadara están dispuestos a morir en el curso de su misión. Y alguien que no teme a la muerte es difícil de detener.

—Aun así, lo protegeremos —afirmó Baor—. Y no solo de la daga, la flecha o el veneno, sino de cosas aún peores. Habrá compañeros del Alba Dorada cerca para impedir que le hechicen.

Demayara volvió a sentirse abrumada por el rumbo alocado y siniestro que iba tomando la situación. Otra vez volvió a reprocharse no haber hecho las cosas al estilo sumiso de su hermana Gamira. Experimentó una duda dolorosa y humillante y haciendo de tripas corazón la sacó a la luz: —Tal vez nos hayamos precipitado al juzgar a Barac Tiyadara. Puede que lo mejor sea negociar con él.

—¿Qué? —exclamó Baor—. ¿Qué estáis diciendo, Alteza? ¿Pactar con ese traidor?

—Teneos, por favor —dijo Farica—. Entiendo a Su Alteza. No se trata de rendirnos por completo, sino de discutir un acuerdo. Siempre hay que ceder un poco en toda negociación.

—¿Negociar, decís? —se mofó Guarner—. Ya lo oísteis. Quiere la regencia. Quiere el poder, *todo* el poder.

—¿Y si dárselo fuera lo más discreto? —dijo Demayara, sin osar mirarlos. Su marido y su cuñado la contemplaban con pasmo—. No podemos negar la realidad. Somos más débiles.

—Alteza regente —dijo Baor—, nosotros los Injeca siempre nos hemos mantenido fieles a la Corona. Pero hay límites. Jamás nos rebajaremos a ceder ante Barac Tiyadara.

Demayara miró a su marido y se sintió desolada al ver que él también tenía hierro en los ojos. Recordó con sorpresa dolorida que su

hermana le advirtió también sobre los Injeca: ella le dijo que pondrían por delante de todo sus propios intereses.

—Si entregamos el rey a Barac Tiyadara —dictaminó Guarner— en un mes o en un año Su Majestad fallecerá en un accidente de caza, se ahogará en un río o sufrirá algún tipo de fiebre o malestar sin cura.

—¿Estáis seguro? —preguntó Demayara—. ¿Y si nos equivocamos? ¿Y si se limita a tenerlo a su lado y casarlo después con quien él quiera? Así, al menos Argaut podría vivir. La reina me hizo prometer que protegería a su hijo y eso es lo que quiero hacer.

—Barac Tiyadara solo estará satisfecho cuando muera Su Majestad y corone a su propia hija Lisca, su hija natural, de su propia sangre, lo cual uniría el nombre de los Tiyadara al trono. Argaut es solo su hijastro, sin sangre Tiyadara, y por tanto es un obstáculo en su camino. Barac no parará hasta eliminarlo; siendo regente, lo tendrá más fácil.

—Por otro lado —dijo Baor—, tenemos una oportunidad de limpiar el país de la nobleza corrupta y ambiciosa. Y por Braladur que la aprovecharemos.

Demayara sintió enojo hacia su cuñado.

—Quien ha de tomar las decisiones soy yo, señor Injeca. No lo olvidéis.

Él la miró con dureza, pero no dijo nada.

—Podríamos empezar a pensar en una contraoferta —propuso Farica.

—Acabaremos todos muertos —dijo Baor—. Y el primero será el rey.

—Eso no lo sabemos —repuso Demayara.

—¿Puedo hablar? —dijo Argaut con voz tensa, demasiado aguda para su gusto. Todos lo miraron—. Es decir, quiero hablar al Consejo.

—Dadnos vuestra opinión, Majestad —dijo Demayara.

—A lo mejor es una tontería, pero esta mañana, cuando estábamos en el funeral de mi madre, mi hermanastra Lisca me dijo algo que acabo de recordar.

—¿Qué os dijo?

—La moco… Lisca me dijo que su padre le había asegurado que me iba a matar dentro de poco tiempo y que entonces ella sería la próxima reina.

Cayó el silencio en la sala. Baor miró acusador a Demayara, que bajó la vista. Tras muchos latidos la levantó.

—Esto ha acabado con mis dudas. Bajo ningún concepto entregaremos al rey a su padrastro. No hay nada que negociar con él.

—Bien —afirmó Baor, satisfecho—. Ahora debemos prepararnos para lo peor.

—La guerra —susurró la regente, agotada—. Tenemos por delante

un trabajo de padre y muy señor mío. Bien. Hemos de pensar en la estrategia. ¿A alguien se le ocurren ideas sobre lo que debemos hacer?

Baor Injeca frunció los labios, levantó una ceja y se volvió hacia el rey.

—¿Por qué no le pedimos opinión a Su Majestad? Hasta ahora ha probado tener buen juicio.

Argaut se sintió en la gloria tras oír a su tío pedirle la palabra. Dijo:

—Creo que podríamos darles a los Ertalce esa audiencia que antes nos pidieron. Tal vez ellos nos propongan algo interesante.

Los miembros del Consejo se miraron unos a otros y luego miraron al rey.

—Es verdad —reconoció Farica—. Los Ertalce querían vernos.

—Mañana los haremos venir a esta sala —afirmó Guarner.

—¿Mañana? —preguntó Argaut—. ¿Y por qué no ahora? Aún es pronto. No creo que hayan empezado a cenar.

—Su Majestad lleva toda la razón —dijo Demayara—. Al fin y al cabo solo tenemos siete días para darle la respuesta a los Tiyadara. No hay tiempo que perder.

Baor Injeca levantó una mano hacia Argaut.

—He aquí el tipo de rey que me gusta, ¡uno que va directo al grano!

Argaut intentó reprimir su sonrisa triunfal, pues pensó que no resultaría muy digna.

4

Toda su confianza recién ganada se le escapó como agua entre los dedos cuando Gotraigo Tilat y Rayún Ertalce volvieron. A pesar de sus ropas lujosas había algo salvaje en sus miradas, en sus cabellos y barbas demasiado largos, en su forma de comportarse brusca y sin miramientos, una violencia que otros hombres, también duros, pero limados por la civilización, trataban de ocultar. Ellos hacían ostentación de un desprecio hacia todo lo débil y suave de este mundo. Eso asustaba a Argaut. Para ellos él era un crío cuya presencia ni más ni menos que ignoraban. Supo que no sería capaz de hablar ahora que estaban allí, lo cual le avergonzó. Pero se prometió tomar buena nota de cuanto dijeran.

—Agradecemos que se nos reciba tan pronto —dijo Gotraigo mientras acomodaba sus anchuras en la silla. Los miró con ojos impasibles—. No lo esperábamos.

—Pedisteis audiencia y os la concedemos —respondió Demayara.

—¿Qué os ha propuesto Barac Tiyadara? —preguntó Gotraigo.

—Pensaba que vos hablaríais primero, pues fuisteis vos quien pedisteis audiencia.

Gotraigo sonrió sin alegría

—Después nos tocará hablar, pero primero queremos escuchar.

Demayara lo miró en silencio. Cada vez le repelía más este hombre. Sabía que él lo sabía y que no le importaba; quizás incluso le agradara.

—¿A qué estamos jugando? —Gotraigo bufó una risa ronca—. Por favor, dejémonos de tonterías. Barac Tiyadara ha exigido el poder y os habrá amenazado con la guerra. Si lo deseáis podéis darnos los detalles, pues sería más cómodo para todos, pero si lo preferís podéis omitirlos. Puedo imaginarlos porque conozco a los Tiyadara. Llevamos años luchando contra ellos.

—Masacrándolos —remachó Rayún.

—No es eso lo que se oye por ahí —respondió Demayara—. En los últimos años os han arrebatado los castillos de Etein, Gocha e Isenburo. Yo no llamaría a eso *masacrar* a un enemigo, sino tal vez lo contrario.

—Alteza —contestó Rayún—, os informo de que nuestros vasallos recuperaron Isenburo y vencieron en la batalla de Arcazuza.

—¿Batalla? —intervino Baor Injeca, picado también por el

desprecio de los Ertalce—. Más bien una escaramuza contra los nómadas irlúes.

—Ya me gustaría ver a vuestros magos impolutos luchando contra los bárbaros de Ceiracán —contestó Rayún con acritud—. Ellos también tienen magia, y tal vez más poderosa que la vuestra.

—…Y que la de vuestros aliados de la Orden de Guzga, según dicen algunos.

—Basta —dijo Demayara—. No vamos a discutir sobre eso. Señor, pedisteis audiencia y os la hemos concedido. Decid qué queréis.

Gotraigo le echó una mirada larga y filosa.

—Nos une un mismo fin: vencer a los Tiyadara. Es evidente que ahora nos conviene ser aliados.

—¿Y por qué son nuestros enemigos los Tiyadara? —preguntó Guarner.

Gotraigo hizo un gesto de impaciencia.

—Hemos visto cómo les quitabais los cargos de mayordomo y secretario reales. Eso es una declaración de guerra, tal vez no para vosotros, pero sí para Barac Tiyadara. A partir de ahora ya no sois alguien con quien debe negociar o tratar, sino alguien a quien destruir. Espero que no os haya engatusado con sus palabras dulces. No descansará hasta que estéis todos criando gusanos. —Señaló con una mano a Argaut—. Para empezar querrá matar al rey y colocar en el trono a su hija Lisca. ¿Vamos a hablar como adultos de una vez por todas o vamos a seguir perdiendo un tiempo valioso?

Demayara lo miró impasible durante muchos latidos. Sin cambiar su expresión, dijo:

—Si nuestro enemigo común es Barac Tiyadara, ¿qué ofrecéis los Ertalce a cambio de la ayuda de la Corona?

—Más bien decid qué vais a ofrecernos vos a cambio de ayudaros a mantener la corona sobre la cabeza del joven rey.

—Vos sois quien habéis venido aquí, no al contrario.

—Porque nos conviene ayudaros en estos momentos, pero no a tontas y a locas. Queremos algo a cambio.

—¿A cambio de qué? Todavía no habéis ofrecido nada.

Gotraigo la miró en silencio. Dijo:

—Huestes. Sabéis que sin nuestras tropas es imposible que ganéis una guerra contra los Tiyadara.

—Nadie ha declarado aún ninguna guerra.

Gotraigo miró a su hijo y cruzaron una sonrisa de diversión. Guarner iba a intervenir enojado, pero Demayara levantó una mano para detenerlo.

—De acuerdo, vamos a reconocerlo. Habrá guerra. Barac Tiyadara quiere la regencia y además quiere que le entreguemos al rey. Eso no puede ser y ha amenazado con rebelarse.

—Veo que al fin hablamos el mismo idioma, Alteza. Si vamos a derramar nuestra sangre en vuestra lucha contra los Tiyadara…

—Una lucha que también será vuestra —cortó Demayara—. No os moverá la devoción por el rey, sino la posibilidad de sacaros de una vez por todas una espina, o más bien una lanza entera.

—En efecto, también será nuestra lucha. Vos queréis proteger al rey y nosotros queremos exterminar a los Tiyadara. Que quede claro: si nos metemos en faena será para llegar hasta el fin. La guerra terminará cuando hayamos eliminado a todos esos bastardos. No antes.

Demayara se encogió de hombros con indiferencia.

—Muy bien. Quedaos con Barac si os apetece y acabad con todos sus vasallos. Pero sus posesiones son propiedad de la Corona.

Cayó un silencio espeso.

—Antes ya dijimos que la tierra es de…

—De quien la defiende con la espada, sí, y también oí lo de vuestros hijos muertos y lo demás. Pero también nosotros tenemos hijos que irán a la guerra y también nuestra sangre será derramada. Las posesiones arrebatadas a los Tiyadara en la guerra irán al realengo y solo la Corona elegirá a los que han de cuidarlas en *su* nombre.

—¡Eso es imposible! —exclamó Rayún, mientras su padre la miraba impasible—. No vamos a entregar los castillos que nos han quitado los Tiyadara. No podemos, Alteza.

—Lo repito para que os quede claro: no son vuestros. Barac Tiyadara se las ha quitado a la Corona, no a los Ertalce.

—Aquí no hay nada que hacer, padre. Son unos necios.

—Cuidado con vuestras palabras, cachorro —advirtió Guarner.

—Tengamos la fiesta en paz —dijo Gotraigo, levantando una mano —. Alteza, comprendo que queráis vuestra parte del bizcocho, pero no podéis obligarnos a tanto. Los Ertalce deben quedarse con las fortalezas que ganen en justa lid.

—Repito que son de la Corona y a la Corona volverán.

—Está bien. Podéis quedaros con las fortalezas del sur.

—¡Gran favor nos hacéis! —se burló Baor—. Después de la guerra podríamos quitároslas sin problema porque están demasiado lejos de vuestras bases. No podríais mantener las líneas logísticas desde el norte al sur si no os lo permitiéramos. Parece que nos dais aquello que ya es nuestro. Dejémonos de tonterías, como vos decís. No podéis mandar también en el sur.

—Las fortalezas ganadas en la guerra volverán al poder de la Corona porque son suyas —remachó Demayara—. Todas.

—¡Eso no puede ser! —protestó Gotraigo.

—Todas.

—Entonces, ¿para qué íbamos a entrar en guerra si no es para

recuperar lo perdido? ¡No tiene sentido!

—Todas.

—¿Es que acaso deseáis que os destruya Barac Tiyadara? No podéis ganarle sin nosotros.

—Todas.

—Vámonos, padre. Aquí no hay nada que hacer.

Guarner y Baor miraron con nerviosismo a Demayara, que seguía inmóvil, con sus ojos oscuros clavados en Gotraigo. Este frunció el ceño y apretó los labios.

—Escuchadme, Alteza. En el este podéis quedaros con los castillos y burgos al sur del Río Blanco. En el oeste os damos los que están al sur del Escleborn.

Demayara entrecerró los ojos.

—No. En el este nos quedaremos con todos los que estén al sur de Isenburo y Gocha.

—¡De eso nada, señora mía! Como mucho Isenburo para nosotros y Gocha para la Corona. Y lo del sur para vos.

Ella permaneció impasible, sin mover un músculo.

—De acuerdo —dijo.

Gotraigo suspiró.

—En el oeste…

—En el oeste no os lleváis nada de los Tiyadara —afirmó Demayara con rotundidad—. Allí no tenéis litigio con ellos.

—Nos quedaremos con los castillos y burgos al norte del Lago Bosco y el río Menar.

Demayara sonrió sin alegría.

—Tengo entendido que en aquellas tierras los Tiyadara no poseen tenencia alguna.

—Pero allí hay nobles que les son leales.

—Y si no lo son el resultado será el mismo, ¿no? Comprendo. Muy bien. Las fortalezas del río Menar son para la Corona, así como las del lago Bosco. Y todo lo que esté al norte, quedáoslo.

Gotraigo permaneció inmóvil muchos latidos.

—Padre, esto es una tomadura de pelo —dijo Rayún.

—Silencio. Está bien. Se hará como decís, Alteza.

—A madre esto no le gustará. —Rayún negaba con la cabeza—. ¡Han sacado demasiado de esta negociación!

—Cállate.

—Otra cosa —advirtió Demayara—. Los bastiones que toméis lo haréis en nombre de la Corona Brajairia porque pertenecen a la Corona Brajairia. Las normas del vasallaje se mantienen y como súbditos nuestros que sois seguiréis obligados al régimen de tributos vigente, que será revisado cuando el rey alcance la mayoría de edad.

—Me parece bien. Pero también os diré lo siguiente: la justicia y

usos son los de los señores, no los de la Corona. Es lo que se ha hecho hasta el momento. Y el rey no intervendrá en las guerras privadas de los nobles. En eso os juro que no voy a ceder ni un palmo. Ningún funcionario de Longaza va a decirme como gobernar mis tierras.

—Las tierras que el rey os concede en graciosa tenencia.

—Llamadlo como queráis. ¿Qué decís a eso?

Demayara asintió dos veces, muy despacio.

—Está bien. Se mantienen los fueros y usos en todas las tierras que se os den en tenencia.

—Eso incluye los derechos y tasas de paso y tránsito, los impuestos locales y el arbitrio en los asuntos de mercadería.

La regente se pellizcó un labio, enojada. Lo soltó y asintió.

—Se concede.

—Ha de figurar por escrito —exigió Gotraigo.

—Yo también lo prefiero así.

—Veo que por fin nos entendemos.

—Quedan muchas cosas por tratar en cuanto a la guerra en sí misma —dijo Baor—, como por ejemplo el mando de las tropas y la estrategia.

—Será mando único y lo llevarán los Ertalce —afirmó Rayún—. Llevamos tiempo luchando contra el enemigo y lo conocemos mejor.

—¡Ni en sueños! —exclamó Baor—. El mando es de la Corona.

Siguió otra larga negociación sobre los asuntos militares de la cual la regente se desentendió, pues su marido y su cuñado eran los expertos en el tema. Al final se decidió que la guerra debía consistir en una invasión del sur del país, ejecutada por tres columnas de ejército. Habría de ser un avance rápido y enérgico porque una lucha larga de desgaste convenía más al enemigo, que podría soportarla mejor gracias a sus riquezas. Adoptaron la solución de un mando conjunto general para la guerra y un mando de cada columna correspondiente a quien pusiera mayor número de lanzas en ella. Tras el acuerdo era ya noche cerrada y se sirvió un refrigerio y vinos. Argaut seguía presidiendo la reunión, silencioso y atento a todo lo dicho. Todos parecían cansados, pero Gotraigo levantó una mano y se dirigió a todos con la boca llena:

—Aún no ha acabado todo, Majestad, Alteza y caballeros. Queda lo más importante.

Demayara lo miró con ojos que suplicaban una almohada, pero se puso en tensión. Sospechó que lo anterior había sido un juego y que ahora llegaba la lucha de verdad, solo cuando ella y los suyos estaban agotados.

—Tenemos que hablar sobre el futuro de Su Majestad —dijo Gotraigo, mientras se limpiaba las manos grasientas en la túnica—. Hay que asegurar la vida del rey.

—Ya está asegurada —repuso Farica.

—No en Longaza, donde una daga le rebanará el gaznate o le atravesará el hígado en un pasillo, o un hechizo lo convertirá en una uva pasa humana.

—Nosotros sabremos protegerlo —aseguró Baor.

—¿Igual que supisteis proteger a la reina Serela y a sus hijos? —Clavó sus fieros ojos en Demayara. De pronto, parecía capaz de arrojar la mesa por los aires y lanzarse sobre la regente. Gritó—: ¿Igual que los guardias reales protegieron a mi hijo Brelán? ¿Nos tomáis por idiotas?

—Nadie ha dicho eso —repuso Demayara—. Teneos.

Gotraigo respiraba fuerte y su rostro estaba rojo de ira.

—Mi hijo, el rey consorte, fue asesinado por una flecha emponzoñada en los jardines de este mismo palacio, ante las narices de toda vuestra maldita Guardia Real y todo vuestro ejército. Vuestros jueces, secretarios y el resto de los pisaverdes han ordenado investigaciones… ¿Para qué? ¿Dónde está el asesino? —Señaló a Argaut, que se encogió en su butaca—. ¿Creéis poder salvar a un mocito imberbe que no puede ni levantar una espada de la misma gente que mató a mi hijo, que era un guerrero adulto, criado en las nieves gunabareñas? ¡Entonces sois unos necios! No voy a hacer una guerra para que al rey lo degüellen en su cama. Aquí no podéis protegerlo. Ni siquiera vosotros podéis protegeros de los asesinos de Barac Tiyadara y os aseguro que uno o dos de los que están en este Consejo, tal vez incluso vos, Alteza, vais a encontraros con la tumba antes de que acabe la guerra. Esto es un nido de sicarios y de brujos. Tenéis que enviar al muchacho donde pueda sobrevivir.

—Podemos llevarle a Galtos, el burgo del Alba Dorada —dijo Baor.

—Allí morirá igual. Tardarán un año, dos, tres o cuatro, lo intentarán una y otra vez y al final lo conseguirán. A los asesinos de Barac Tiyadara no les importa morir.

Demayara lo miraba con horror porque aquel hombre brutal estaba desnudando, palabra por palabra, sus peores pesadillas. Y comprendía que llevaba razón. Argaut no estaría a salvo con ellos.

—Vos lo entendéis, Alteza —dijo Gotraigo—. Y ya sospecháis adónde debe ir el pequeño, el único sitio donde estará a salvo hasta que acabe la guerra y yo tenga en mi mano la cabeza de Barac Tiyadara. Podéis hacer la pregunta. ¿O no tenéis el valor?

Ella cerró los ojos.

—¿Dónde?

—En Gunabar. En el centro de nuestro señorío del norte, donde todo hombre de los Tiyadara está muerto o es esclavo, donde ni siquiera sus espías pueden sobrevivir. Solo en nuestra fortaleza el chico tendrá una oportunidad de conservar la vida.

—¿Pretendéis llevaros al rey a vuestra casa? —preguntó Guarner.

Gotraigo agarró otra loncha de carne, la metió en la boca y la masticó.

—Es el único lugar donde no será víctima de un sortilegio o un puñal.

—¿Y cómo sabríamos que nos lo devolveríais vivo? —preguntó Demayara.

—Porque a nosotros no nos interesa muerto, sino en el trono de Longaza. Ha de casarse con una Ertalce, con mi nieta Eldrid, dentro de cinco años, cuando los dos alcancen la mayoría de edad. Hasta entonces vivirá en Gunabar. No admitiremos que nadie venga con él porque no confiamos en nadie salvo en nosotros mismos. O eso o lo dejamos aquí para que os lo maten. Y esto, Alteza, *no* es negociable.

Se levantó y volvió a limpiarse las manos en la túnica.

—Vámonos, Rayún. Podéis darnos vuestra respuesta mañana. Meditadlo, consultadlo con la almohada, haced lo que os parezca, pero si tenéis un poco de seso lo aceptaréis. Recordad que el tiempo corre en nuestra contra. Con vuestro permiso, Majestad y Alteza, nos vamos a dormir.

—¡Un momento! —exclamó Farica—. ¡Vuestra proposición es…!

—Silencio —cortó Demayara—. Sentaos, señor Farica. Ahora hemos de pensar con calma. Dejemos que nuestros invitados vayan a descansar.

—Sois juiciosa, Alteza —dijo Gotraigo.

Asintió en señal de respeto y se fue con su hijo.

—¡Qué canallas! —se quejó Guarner—. Han esperado hasta el final para soltarlo. Por supuesto, no les vamos a dejar que se lleven al rey a sus tierras para que lo conviertan en un Ertalce y luego lo casen con una chica de su prole. ¡Solo faltaría eso!

Sintió una punzada de miedo al ver a su hermano mayor caviloso y lúgubre. Le alarmó también el aire devastado de su esposa. Farica parecía confuso y sorprendido. Demayara recordó a su hermana, el terror en su voz cuando le pidió… No, cuando le *ordenó* mantener a su hijo vivo a cualquier precio.

—A cualquier precio… —musitó.

—Tía… —sonó una voz infantil—. ¿Voy a tener que irme a vivir con esa gente?

Demayara lo miró con ojos preñados de angustia.

5

El relinchar metálico de los caballos, una canción trágica. Los soles blancos de la mañana y los rojos del anochecer. El trueno continuo de los cascos, los pedazos de tierra alzados por los aires, la llanura y el monte y las quebradas y las cañadas entre los picos. Cuchilladas de mundo a un lado y otro. La prisa, la prisa, la prisa. Los gruñidos de sus guardianes, sus silencios, sus palabras arrancadas a la garganta y los labios, robadas, succionadas, chupadas, extraídas de venas de hosquedad. Los ojos de hierro fundido. Las mentes de piedra. La imposibilidad de la duda y la compasión. La visión fugaz de unos labriegos lejanos, muñequitos de cabezas alzadas, su curiosidad distante, su alivio humilde. Manchitas de burgo, granos de castillo, bastiones y motas como chancros en un pellejo monstruoso. El polvo en la boca y las pupilas. El dolor en las piernas. El agotamiento. Luz y sombras y un gris huidizo. Colores. Sábanas de un cielo abierto sobre laberintos de ramaje. El cansancio agolpado en músculos primero rígidos, cuadernas de un barco zarandeado por las olas, luego blandos, ajenos, impropios, hinchados de sangre apelmazada. El agotamiento monótono como un eclipse del pensamiento. El borrón que se agolpa una y otra vez. El olor punzante a sudor de caballo, las crines alzadas, pendones alocados sobre almenas de oreja puntiaguda. El camino interminable, los lomos anchos, las grupas y las colas y las piedras y los retazos inconsistentes de senda, imágenes fragmentadas del espejo astillado de la realidad. El jadeo ahogado del viento, el tañer de las hebillas de los correajes. La frazada en el tálamo pedregoso. Las estrellas como signos indescifrables, lágrimas de plata de un titán viejo y demente, tembloroso, asustado de sí mismo. El sueño esquivo, arruinado por el cansancio retumbante y espeso, manchón de aceite condensado en torno a los ojos, asesino de los recuerdos y verdugo piadoso del temor, el temor, el temor, el temor poco a poco desaparecido, hundido en las aguas de un tremedal de locura convertida en rutina.

El Norte y el Sur no existen. Solo hay norte y solo hay sur. No hay líneas. No hay separación. Los humanos echan sus orines marcadores, pasan sobre ellos los morros, los husmean y reconocen, los lamen y sorben, degustan la sal y el ácido úrico patriótico. Hunden en tal barrizal de incontinencias de vejiga sus trapos coloreados y pelean contra las otras fieras humanas que tienen la osadía de soltar sobre

estos sus propios chorros humeantes. Todo ese océano brillante y denso, amarillo, verdoso, blanquecino, castaño e incluso negruzco, con continentes de sangre e islotes y atolones de víscera triturada, es una bella y gloriosa letrina de pueblos, naciones, comunidades, provincias, regiones y hasta aldeas, con cuajarones de heces sólidas de distinta tonalidad, densidad y, por supuesto, sabor. La humanidad se revuelca en la gran charca corrompida de sus flujos. El gran meadero. La laguna estancada, caliente, humeante, arrulladora, maternal. La humanidad barrita, resbala, se revuelca, hociquea y gruñe con placer. Sufre, sangra, mata y muere para que nadie le quite su exquisita porción de evacuaciones. Pero todo ello en realidad no existe. No hay Norte, Sur, Centro, Este ni Oeste. Solo hay norte. Solo hay sur. Etcétera. Ni eso. En realidad no hay nada. Todo ha desaparecido. Alguien tiró del tapón y todo se fue por el desagüe con un ronco gruñido de succión. Mentira: tampoco fue así porque nunca existió nada que desaguar. Fue un juego de manos del prestidigitador. Un truco de magia. Un delirio de vivos y muertos. Ahora solo quedan las palabras y estas se marchitan y pudren, se convierten en sucesiones de fonemas que pierden todo sentido, en ruidos que devienen un cúmulo de gorgoteos, siseos y tableteos.

Solo hay una cosa: la vastedad aterradora de Dirtán.

Por ello la mente abotargada del niño rey no captó ningún cambio entre unas y otras tierras. Había imaginado que de alguna manera algo, una frontera de percepciones, le haría distinguir entre una zona y otra de su propio reino. Pero los árboles eran semejantes unos a otros, los pájaros piaban igual y las hojas tenían el mismo verdor. Eran el mismo cansancio y el mismo miedo. Incluso las chozas oscuras y las aldeas aplastadas no parecían distintas de las de los alrededores de Longaza y empezaba a imaginar que en el sur ocurriría algo parecido. Ahora comprendía que Dirtán siempre rebosaba por encima de los bordes. El polluelo salía del huevo mítico de los libros. Todo transcurría. Nada mutó.

Abandonaron las trochas y sendas secundarias, a veces simples líneas de tierra entre las piedras y los arbustos, y tomaron por fin un camino ancho que orillaba los burgos, dominados siempre por alguna gran fortaleza. El cansancio de Argaut mataba su curiosidad y además sabía que, de preguntar a sus acompañantes, o mejor dicho *guardianes*, o *captores*, le gruñirían con disgusto nombres que apenas conocía. No entraban en las aldeas y ciudades, las rehuían y como mucho hacían noche en un albergue desierto que a Argaut se le antojaba un palacio tras dormir al raso. El territorio se hizo aún más agreste y las llanuras fueron humilladas por la fronda y la roca. El camino subía y bajaba pegado a las hoces de una línea verdosa que se hundía en la tierra. Sobre una ladera escarpada que alternaba piedra y hierba fresca había

una ciudad amurallada y sobre ella se alzaba una fortaleza negruzca.

—¿Eso es Gunabar? —preguntó Argaut con un hilo de voz, doblado sobre el arzón de la silla.

Ellos no le respondieron con palabras, pero sí con la sonrisa de quien retorna al hogar amado.

No hubo recibimientos triunfales en las calles empinadas. Nadie se inclinaba a su paso, los lanceros no le rendían honores y los burgueses no salieron a mostrarle respeto. Para estas gentes o no era el rey o si lo era se les daba una higa. Todo el empeño que había puesto en mantener un aire de dignidad se iba deshaciendo como la nieve en la primavera. Pasaron al interior del castillo y al fin desmontaron. A Argaut se le doblaban las piernas tras todos estos días viviendo sobre la silla. La fortaleza le parecía un monstruo. Salieron a recibirlo unos mozos que se llevaron los caballos a las cuadras. Luego vino un tropel de niños y adolescentes de ambos sexos; unos estaban vestidos con ropas caras y otros parecían los hijos de los criados, pero se mezclaban entre sí, algo que escandalizó a Argaut. Rayún Ertalce levantó a una niña en brazos. Otro chico le llamó *padre* y él le dio una palmada en un hombro.

Toda esa chiquillería curiosa rodeaba a Argaut.

—¿Y este quién es? —preguntó un niño—. ¿No será…?

—Dejadlo tranquilo —ordenó Rayún. Echó a caminar hacia el edificio principal, que albergaba la torre del homenaje—. Aunque no lo parezca, es el rey.

—¿El rey de todo Brajairi? —preguntó un chico—. ¿Este mocoso?

—¡Pero si es muy poca cosa! —chilló un zagal de cara sucia.

Una niña pequeña se acercó a tocarlo y Argaut se apartó de ella con escándalo. Estaba tan horrorizado por aquel trato que ni siquiera podía hablar. Se limitaba a seguir a Rayún Ertalce.

—¡Vaya un asco de rey! —exclamó un mozalbete—. ¡Es un enclenque! ¡No tiene ni medio torta!

—¡Eh! —exclamó Rayún—. Como alguno le ponga la mano encima lo reviento a palos, ¿entendido? Tú, encárgate de ellos.

—Sí, señor —respondió el criado—. ¡Vamos, largo de aquí! ¡Fuera!

Los chiquillos corrieron a apartarse porque aquel hombre les estaba propinando ya patadas y collejas, incluso a los que parecían hijos de nobles. Todo esto dejaba atónito a Argaut. Los niños echaron a correr quejándose, riéndose e insultando al sirviente, que les prometía mil y un tormentos.

Rayún y Argaut entraron en el edificio de la torre del homenaje y llegaron a un vestíbulo enorme. A izquierda y derecha había dos escaleras con balaustres de granito que ascendían hacia el segundo piso de la mansión.

Rayún se quitó la capa y los guantes y se los dio a otro criado.

—Majestad —le dijo a Argaut—, un sirviente os llevará a vuestros aposentos, donde podréis descansar hasta la cena. Entonces os presentaremos a nuestra fa…

—¡Hijo mío! ¡Has vuelto, y todo es un asco! ¡Ay, qué alegría me da verte!

Rayún sonrió. Había dos mujeres que ya bajaban por la escalera. Les acompañaba el golpeteo rítmico de un bastón en el suelo. Llegaron abajo y Rayún fue con ellas. Argaut le siguió sin saber muy bien qué hacer. Una tenía ropas nobles y severas y la otra debía ser su criada o más bien su dama de compañía.

—¡Me alegré cuando llegó tu mensajero, ayer! —exclamó la señora, que había tomado de un brazo a Rayún Ertalce—. Tu padre se quedó en Longaza, ¿no?, y todo es un asco.

—Sí, madre. Tenía que hablar con los Agrate sobre los asuntos de la guerra.

—Por tanto, va a haber guerra, ¿no? ¡Pues que haya guerra, y todo es un asco! Hay que derramar de vez en cuando la sangre para sanear a los pueblos. Ese de ahí es el hijo de la ramera, ¿verdad?

Los dos se volvieron para contemplar a Argaut y entonces él pudo a su vez estudiar a la mujer. Si era la madre de Rayún no podía ser otra que Urguna Ertalce, la señora del clan, aunque Argaut creía recordar que la auténtica lideresa era Yimera Ertalce, su madre; pero se rumoreaba que estaba loca y que Urguna llevaba las riendas de la familia. De inmediato sintió miedo hacia esa mujer que rondaba los cincuenta años y parecía tener diez o quince más. Aunque no cojeaba, Urguna se apoyaba en un bastón. Encorvaba la espalda quizás por problemas de la columna, hasta el punto de que los hombros picudos estaban al nivel de las mandíbulas. Debió ser alguna vez hermosa, con una belleza no suave y dulce, sino regia y distante, pero su expresión tensa y ávida anulaba cualquier encanto femenino. Había ferocidad en el ceño fruncido, los anchos orificios nasales y los labios apretados. La piel de la cara se le pegaba a los pómulos filosos y parecía toda ella esculpida en madera blanca. Tenía unos ojos grandes, de un azul gélido, avasalladores e impertinentes. Estaba delgada, consumida por su propia e inagotable energía nerviosa, sin senos ni caderas. Tenía el cabello sedoso y dorado recogido en un moño severo. Lo estudió con una agresividad que consiguió avergonzarlo.

—Vaya, vaya… —dijo ella, con su voz dura y extrañamente juvenil —. ¿Este es el rey? Se le ve débil y tímido, y todo es un asco. Hubiera sido mejor que muriera este y que viviera mi nieto.

—El chico está cansado del viaje. Tras dormir unas horas tendrá mejor aspecto.

—Espero que Eldrid lo meta en vereda y le dé un poco de nuestro vigor, o al menos a los hijos que tengan, aunque esa chiquilla tiene la

cabeza llena de pájaros y le hacen falta muchos azotes, y todo es un asco. No hay nada mejor para que los chicos crezcan limpios que una ración de vara cada día. Yo siempre se lo digo a tu hermana, y todo es un asco, pero ella es blanda y débil, una vergüenza de madre. Tiene la sangre diluida y sucia, sí, la sangre sucia, y ya sabemos todos la razón. Y todo es un asco.

Argaut decidió que debía presentarse.

—Yo, Argaut III Agrate, como monarca de la ilustre Casa Real Brajairia, presento mis respetos a la dueña y señora de la honorable Casa Ertalce.

Urguna lo miró durante muchos latidos.

—Al menos, el mozo es educado. Estos de Longaza solo saben parlotear. Otro gallo nos cantaría, y todo es un asco, si a mi Brelán no me lo hubieran matado en esa corte degenerada. Anda, vámonos, hijo, acompaña a tu pobre madre por estas escaleras que la están matando. Y todo es un asco.

—No te quejes tanto, madre. Sigues dura y fuerte como un roble. Y además cada día estás más guapa.

—¡Ay, déjate de lisonjas, malandrín! Si supieras cuánto me duelen los huesos y la cabeza… Ahora también me duelen los pies, ¡y todo es un asco! Y aun así continúo adelante, ¿eh? ¡Cuidado, porque yo siempre sigo adelante con brío!

—Claro que sí, madre. Te acompaño hasta el piso superior y luego voy a descansar.

—Ay, sí, hijo. Morla, gorda holgazana, ven conmigo, que tienes que vestirme para la cena. Qué asco, por Braladur.

—Sí, mi señora.

Los tres, madre, hijo y criada, subieron las escaleras. Argaut quedó abajo, de nuevo sin saber qué hacer. Un criado salió de alguna parte y le dijo:

—Venid conmigo. O mostraré vuestros aposentos.

Caminó tras el fámulo. Una parte de él protestaba porque ni siquiera él le trataba de Majestad, pero esa parte era cada vez más pequeña.

Lo llevaron a un cuarto espacioso y limpio, aunque tan árido que al entrar se le cayó el alma a los pies. Allí solo había un arcón para la ropa, y la cama. Nada de pupitre, ni sillas, ni un mísero escabel, ni estanterías donde poner libros y pliegos. Había una ventana ancha y abierta, con dos hojas de madera, sin cristal, por donde entraba la única luz del cuarto. No había lámparas. Sobre la cama le habían dejado preparada la ropa noble y austera que debería ponerse para cenar. En un rincón había un orinal y una palangana con agua. De un clavo colgaba una toalla. El criado se había ido sin despedirse. Fue a la puerta, pero estaba cerrada desde fuera. Aterrado, dio golpes y

llamó al sirviente.

Abrieron y vio al hombre, muy enfadado.

—¿Dónde está la bañera para asearme? —preguntó Argaut.

—¿Qué bañera? Podéis limpiaros con el agua de la palangana y el paño, señor.

Argaut enmudeció de asombro.

—Si necesitáis algo estaré por aquí cerca —gruñó el criado—. Vendrán a avisaros para cenar, señor.

Cerró y sonó el ruido de la tranca. Argaut no podía aceptar que todo esto fuese real, pero se encontró a sí mismo yendo hacia el agua, que estaba muy fría. Allí todo era frío y comprendió que debería acostumbrarse al helor. Por supuesto, ningún sirviente le ayudaría. Ahora estaba solo. Y encerrado.

6

Cenaron en un salón de reuniones que no debía ser el más grande de la mansión, pues en estos momentos no había invitados —salvo el pequeño rey…, si es que le consideraban un invitado— y no tenía sentido que la familia ocupara una mesa demasiado larga. Había un hogar cuyo fuego extendía una luz rojiza y un calor un poco agobiante. Pero tras el frío de su habitación —o celda— Argaut lo agradecía. Se había limpiado lo mejor posible con el agua y, tras dormir unas horas, se sentía un poco más descansado.

Ya habían venido casi todos los comensales y el propio Rayún se los presentó. Allí estaba su esposa Isela Belín, una mujer hermosa, aunque ancha y blanda. Él la trataba como a un animal y ella le respondía con un respeto atemorizado; pero al dirigirse a los sirvientes la mujer cambiaba y no dejaba de increparles con saña. Argaut ya había visto en el patio a los hijos de Rayún: Arlago, de doce años, alto, ancho, fuerte, clavado a su padre, y Enzora, de diez años, una niña risueña y antojadiza. También estaba allí Gricel, la hermana de Rayún, una mujer que había heredado la delgadez de su madre y los ojos y el cabello oscuros de su padre; siempre educada y correcta, se preocupaba de que todo estuviera en orden y en su sitio. Tenía dos hijos varones, Tibal, de trece años, y Laurón, de once, y una chica, Eldrid, de diez. Derc Colusc era el marido de Gricel Ertalce, un hombre delgado y flojo de ojos claros y una sonrisa triste, mal pegada a la cara.

Los adultos saludaron a Argaut con un respeto distante y curioso, aunque Gricel Ertalce y su marido Derc Colusc fueron bastante amables. Argaut sintió por ellos una corriente espontánea de simpatía. Isela Belín le recibió con frialdad. Se sintió humillado cuando, en lugar de colocarlo en la presidencia de la mesa o al menos al lado del anfitrión, lo sentaron junto a los otros niños, cuyas familiaridades le intimidaban. Aquí no era el soberano, sino otro crío de la nobleza. Por primera vez se sintió enojado, pero se mintió a sí mismo diciéndose que no convenía a su dignidad mostrar ira, así que consintió.

Faltaban Urguna y Yimera.

Ya estaban todos sentados, pero aún no habían servido la comida. Los adultos se desentendieron de los niños y Argaut perdió la esperanza de hablar con ellos como hacía en Longaza. Los chicos seguían mirándolo con ojos como platos, pues nunca habían visto a un

rey en persona. La niña Eldrid, que había heredado los ojos y el pelo castaños de su madre, lo observaba con mucha atención, pues sabía que en cinco años se convertiría en su esposa y por tanto en la reina del país. Tampoco le habían pedido a Argaut permiso para sentarse ni para iniciar las conversaciones y los adultos ya estaban enfrascados en ellas. Vio que Rayún parecía regañar a su esposa, que bajaba la vista y musitaba palabras de perdón. Gricel hablaba con los sirvientes y se aseguraba de que todo estuviera en orden. Su marido Derc Colusc bebía vino como el sediento bebe agua y parecía encerrado en sí mismo. Argaut tenía mucha hambre y si hubiera estado en Longaza hubiera ordenado que sirvieran la comida, pero comprendía que hasta que no llegara Urguna Ertalce no traerían los platos.

—¡Eh, tú!

Argaut se volvió hacia Arlago sin entender nada, pues aún no podía asimilar que alguien le hablara de esa manera.

—¡Tú! ¡Te estoy hablando! ¿Estás alelado o qué?

—¡Alelado! —Laurón rio, dándole codazos a su hermano Tibal—. ¡Ha llamado alelado al rey!

La niña Enzora empezó a dar botes en la silla y a reírse como una loca.

—¡Es un rey alelado! ¡Un rey alelado!

—¿Os dirigís a mí? —preguntó Argaut, engrosando la voz.

—¡Claro! —dijo Arlago—. Oye, escucha, ¿ya te has cepillado a alguna mujer?

Argaut quedó atónito. Laurón soltó una carcajada y su hermano Tibal sonrió y meneó la cabeza.

—¿Le has hecho una tripa a una señora? —preguntó Enzora con su voz aguda.

—Eres un impertinente —increpó Eldrid a Arlago—. ¿Cómo se te ocurre decirle eso?

—¡A ti también te hará un niño cuando case contigo! —exclamó Enzora, sin dejar de reír con voz aguada—. ¡Y te crecerá la barriga y te pondrás gorda, gorda, gorda, y te saldrá un rey por ahí abajo!

—¡Cállate, cría idiota! —contestó Eldrid, roja de ira y vergüenza.

Ambas niñas tenían la misma edad, pero, en efecto, al lado de Eldrid la otra parecía más pequeña.

—¡Gorda preñada!

—¿Cómo va a haberse acostado con una mujer si todavía no se le pondrá duro el rabo? —preguntó Tibal.

—¡A mí se me empinaba ya con ocho años! —exclamó Arlago.

—¡Qué mentiroso! —Laurón se carcajeaba entre gruñidos, pues tenía risa de cerdo.

—He oído que a los reyes les obligan a hacerle hijos a las nobles desde que tienen cinco años —dijo Arlago, con el ceño fruncido—. En

el sur a los niños reyes les dan un brebaje o les hacen magia, el miembro se les pone como el asta de un pendón y luego los colocan ante una hilera de mujeres abiertas de piernas para que les hagan la mayor cantidad posible de bastardos. Y además sus padres y las gentes de palacio lo supervisan todo para que la cosa vaya bien. ¡Por eso se lo pregunto!

—¡Pero qué pedazo de idiota eres! —gruñó Tibal—. ¿Quién te ha contado esas tonterías?

—No sé, son cosas que se oyen por ahí…

Eldrid los fulminó con la mirada.

—¡Qué vergüenza dais todos! ¡Qué bochorno me hacéis pasar! —Se volvió hacia Argaut, que volvía a experimentar esa fuerte sensación de irrealidad a la que ya empezaba a acostumbrarse—. Perdonad a mis hermanos y primos, Majestad. Son unos críos.

—¿Y tú qué eres, sabihonda? —exclamó su hermano Tibal.

—¡Es una gorda preñada! —chilló Enzora—. ¡Gorda preñada!

Eldrid abrió mucho los ojos, apretó los labios, alargó la mano, agarró del pelo a Enzora y dio un tirón. La niña arrugó la cara y empezó a llorar como un recién nacido.

—¡Cuidado, que viene la abuela! —advirtió Tibal.

El silencio cayó como un hachazo. Todos se pusieron en pie menos Argaut. Tibal le hizo señas con la cabeza para que se levantara, así que Argaut acabó por imitarlos. En la quietud, solo quebrada por el llanto sofocado de Enzora, sonó el repique del bastón. Entró Urguna Ertalce. Vestía un traje elegante que en otro cuerpo hubiera resultado una maravilla. La seguía aquella sirvienta de su misma edad que Argaut ya había visto, pero ahora traía del brazo a una mujer anciana que andaba a pasitos cortos. La vieja tenía el rostro tan blanco como el de un cadáver, muy arrugado y flácido. Sus labios temblaban sin descanso y rezumaban gotitas de una baba que la sirvienta limpiaba cada dos por tres con un pañuelo pegajoso. Aquella anciana no cesaba de masticar y hacer ruidos guturales con la boca, chasquidos que restallaban en el silencio. Sus ojos se parecían a los de Urguna: enormes, azules y agresivos, pero enrojecidos, afiebrados por la locura. A Argaut le pareció tan patética y fascinante que le costó separar la mirada de ella.

Urguna caminó hasta el extremo que presidía la mesa y un criado corrió hacia atrás su silla. A su diestra pusieron dos sillas más, para la anciana y la sirvienta. Un pequeño enjambre de criados colocaba con premura y precisión los entremeses y primeros platos. Nadie más se movía. Argaut también estaba quieto. Tenía la impresión de hallarse en una especie de acto militar.

—Ahora que los alimentos están en la mesa —dijo Urguna Ertalce, con voz lenta—, recemos a Braladur y a su esposa Matuma, y todo es

un asco.

Argaut había oído decir que en el norte eran más celosos con el ritual. Se llevaron la mano a la frente, luego a los genitales, y oraron en silencio al dios de los escaldraios. Yimera Ertalce temblaba y no atinaba a colocar bien las manos en los centros sagrados del cuerpo; más bien los frotaba de una manera extraña, siempre masticando y salivando y mugiendo cosas incomprensibles. Nadie excepto Argaut le prestaba atención.

—Podemos empezar a comer —dictaminó Urguna tras el rezo—. Y todo es un asco.

Se sentó y de pronto todos estaban hablando de nuevo. Pero callaron cuando ella levantó la mano con el bastón.

—He oído a un niño llorar mientras rezábamos. ¿Quién fue?

Los chicos miraron a Enzora con un reproche silencioso. La niña aún gimoteaba con debilidad.

—Has sido tú, Enzora Ertalce —dijo Urguna—. ¿Por qué ofendes así al Señor de la Primera Luz? Y todo es un asco.

—¡Ha sido Eldrid, abuela! ¡Me ha pegado!

—Venid aquí las dos.

Las niñas se le acercaron.

—Jojojó, ración de torta —se burló Laurón en voz baja.

Eldrid y Enzora agacharon la cabeza ante Urguna, que con gesto impasible y triste les agarró del pelo de las patillas y tiró hacia arriba, haciéndolas vociferar de dolor, y luego le dio a cada una un bofetón. La anciana Yimera temblaba en su sitio, gimoteaba algo parecido a la risa y la sirvienta le limpiaba la boca. Tras el castigo, Urguna les acarició la cabeza.

—Volved a vuestro sitio, mis niñas queridas. Qué asco.

Las dos volvieron a sus asientos. Enzora lloraba y Eldrid parecía más avergonzada que dolorida y no osaba mirar a Argaut. Los padres de las chicas no habían intervenido, aunque Gricel continuaba ordenando sus cubiertos, una y otra vez, y su marido parecía todavía más absorto en la copa. Los adultos retomaron sus conversaciones como si no hubiera ocurrido nada.

—Eso es lo que pasa cuando disgustas a la abuela —le dijo Arlago a Argaut—. Tenlo presente, alelado.

—Ni siquiera hace falta disgustarla —repuso Tibal—. De vez en cuando te llama y te da una ración de torta solo porque le apetece. Lo peor es cuando te arrea un bastonazo. Pasas a su lado y de repente… ¡Zumba!

—Lo mejor es no ponerse nunca a su alcance —terció Laurón—. Si entra en la misma habitación en la que tú estás debes irte enseguida. No se le acercan ni los perros.

—Es verdad —repuso Arlago—. ¿Os acordáis de *Marroncito*? Un

día lo agarró de la correa y le dio de bastonazos. Casi lo mata. Desde entonces no anda bien el chucho ese. Está como torcido.

—Pero a mí no me puede pegar —dijo Argaut.

Los otros tres niños se miraron y se rieron.

—¡Este es tonto! —dijo Tibal.

—¡El rey alelado! —exclamó Arlago, y volvieron a reírse.

Argaut estaba furioso, pero decidió no rebajarse poniéndose a su mismo nivel y los ignoró. Notaba que Eldrid le echaba miradas furtivas, con media cara roja por el bofetón.

—Ya os habréis dado cuenta, y todo es un asco, de que tenemos un invitado —dijo Urguna. El bastón pasó por encima de los platos y señaló a Argaut—. Se trata del rey de Brajairi, nuestra amada patria, que está aquí para que ninguno de esos asesinos de Longaza, uno de los cuales mató a nuestro Brelán, lo toque. Y todo es un asco. Espero que le mostréis el debido respeto. Que nadie diga que los Ertalce no somos considerados y corteses. Somos duros y recios, sí, pero también educados. Y todo es un asco. Sobre todo vosotros, chiquillos… ¡Comportaos como corresponde!

Se volvió para decirle algo a su madre, que temblaba y asentía con aire angustiado y confuso.

Argaut decidió entablar conversación con Eldrid, la única persona que parecía tratarlo con deferencia.

—Mi estimada Eldrid Ertalce, os saludo y os presento mis respetos. Es un honor y un placer para mí conocer a la que será mi futura esposa y reina del país.

Ella lo miró con sorpresa y luego sonrió.

—El placer es mío, Majestad. Espero que os encontréis bien entre los nuestros. Prometo ayudaros en todo lo que me pidáis.

—Agradecido os quedo. Querría saber dónde está el resto de vuestra familia, si no es indiscreción.

—¿Habéis oído cómo se hablan estos dos? —bufó Tibal a Arlago y a Laurón. Los tres se estaban carcajeando, pero Argaut los ignoraba y Eldrid se limitaba a echarles miradas asesinas. Enzora estaba celosa del rol principesco de su prima, pero no decía nada.

—Majestad —siguió Eldrid—, mi bisabuelo Garzur Quierolt, el marido de la señora Yimera, esa anciana venerable que veis ahí, murió hace muchos años. La hermana mayor de mi bisabuela, Demayara Ertalce, también murió, y su esposo, Claus Guista, que aún vive, se encuentra con los suyos en la fortaleza de los Guista, en Vacha. El otro hermano de mi bisabuela también está muerto y su esposa, Randala Estrom, fue a vivir con los suyos a Zulpich. Mi abuela Urguna tuvo solo una hermana, llamada Emilse, que tomó el juramento de sacerdotisa del Culto de Braladur y eligió el celibato, así que por ese lado la familia no creció. Y mi abuelo Gotraigo está aún en Longaza,

como ya sabréis.

—Entiendo. Y supongo que vuestra madre no tiene más hermanos, aparte de Rayún y el desaparecido rey consorte Brelán, ¿verdad?

—Así es, Majestad.

—¡Oh, qué interesante!

—¡Ya veo que Eldrid y el niño rey están haciendo buenas migas! —sonó la voz de Urguna, que se impuso al resto de las conversaciones y las aplastó—. Así me gusta, y todo es un asco. Espero que mi nieta le dé sangre fuerte al trono de nuestro país porque hasta ahora los Agrate lo único que han hecho es estropearlo todo, por el Sagrado Padre Braladur. En realidad nosotros los Ertalce somos la raza pura de Brajairi. ¡Somos los fundadores de la amada patria! ¡Somos los auténticos brajairios! ¡Brajairi debería ser nuestro! ¡Nos pertenece! ¡Y todo es un asco! ¡Ay, si hubiera sobrevivido mi querido hijo Brelán…! Si aún estuviera vivo, ¡qué buenos hijos le hubiera hecho a la ramera! Qué asco.

—En realidad le hizo uno, madre —intervino Rayún, con la boca llena de pescado.

—Sí, pero el pobrecito se murió de fiebres, cosa lógica porque estaba contaminado por la sangre mala de la ramera, no por la sangre de mi Brelán, que era sangre vigorosa de la auténtica raza brajairia. La culpa fue de la ramera, sí, y todo es un asco.

—¿Ramera? —le preguntó Argaut a Eldrid—. ¿Qué ramera?

La niña sonrió con nerviosismo y se encogió de hombros.

—¡Nadie, Majestad! ¡No importa!

—¡Silencio, niños! —exclamó Urguna—. ¡Cuando yo hablo se callan todos! En esta tierra aún se respeta a los mayores. Cuánta sangre hemos derramado en el sufrido clan Ertalce por este desagradecido país… Puede decirlo mi querida madre, y todo es un asco. —Señaló a Yimera, que la miró con horror y dejó caer la sopa por entre los labios—. Desde que se cayó por aquella escalera hace tantísimos años la pobre no rige bien y me da muchos disgustos cuidarla, ¡muchos disgustos! Pero yo siempre me he sacrificado por los demás, sobre todo por mi familia, porque lo primero es la familia y su buen nombre, y todo es un asco. Por eso ha luchado y ha muerto tanta gente… ¿No es verdad, Rayún, hijo mío?

—Es verdad, abuela —respondió él mientras mordía el trozo de cordero asado que acababan de servirle.

Urguna asintió con rostro solemne y triste. Todos habían dejado de hablar para escucharla.

—Tantos y tantos muertos… —decía, coreada por los gemidos de su madre.

—Empieza el discurso —susurró Laurón.

—Por ejemplo, y todo es un asco, puedo citar a mi propio padre,

que peleó junto a los nuestros en la guerra del treinta y uno. Entonces reinaba Argaut II el Cazador, un rey débil, como todos los Agrate, y no se entrometió en nuestras luchas contra las Casas enemigas.

—¡Muerte a todos los malnacidos que se opongan a los Ertalce! —exclamó Rayún, con hilachas de carne entre los dientes.

—Así se habla, hijo. Pues como iba diciendo, y todo es un asco, mi padre lideró la carga de Tayaur, donde fue acribillado por las flechas de los bárbaros irlúes, los devoradores de boñiga del este, que el Padre los aniquile con sus rayos. Fue el mismo año que me casé con Gotraigo Tilat, sí señor, el mismo año. Aún lo recuerdo. Mi querida madre —miró a Yimera, que empezó a temblar otra vez de modo violento, con los ojos desorbitados y la boca babeante— me cambió el traje blanco de la boda por uno de luto riguroso, como correspondía, y con quince años me casé toda de negro con Gotraigo Tilat, y durante la ceremonia, y todo es un asco, los hombres de las distintas Casas juraron vengar a mi padre, alzando las copas y gritando con recia voz. Esa misma noche de bodas te concebí, Gricel, y antes de que acabara el año te eché a este mundo, y todo es un asco. ¡Te parí con quince años! Me costó lo mío porque aún no tenía cuerpo de mujer: otras habían estirado antes, pero yo salí pequeña. Sí, yo te parí mientras seguíamos en guerra, y todo es un asco. Fue un parto tan difícil que casi no me acuerdo de nada, de tanto como me dolía. Me pusieron un palo en los dientes, de eso sí me acuerdo, y gemía y rezaba a la Madre Matuma para que me diera fuerzas y no saliera un niño muerto o no muriera yo también, que no sería raro. Tenía miedo, pero me sobrepuse porque mi sangre es limpia y pura, sangre Ertalce, sin corrupción alguna. Los hombres luchan en la guerra y las mujeres luchamos al parir. Cada sexo a lo suyo. Yo quería un hijo que tuviera la sangre limpia de los Ertalce, que tuviera los ojos azules y el pelo rubio. Sería un niño fuerte y sano, y todo es un asco, un hijo que, aun si me lo mataran en la guerra, al menos daría honor a la familia. Por desgracia saliste tú, Gricel, que tienes la sangre sucia de tu padre, un Tilat. —Gricel bajó la vista y empezó a colocar sus platos y copas una vez más. Urguna levantó el bastón por encima de la cabeza—. ¡Porque habéis de saber todos que los Tilat no son gente pura del norte! ¡Un antepasado de mi marido se casó con una mujer de la Casa Erguzac, que son del este, cerca ya de la mitad sur del país! ¡Y todo es un asco! Eso explica que Gotraigo y su hermana Chachucha tuvieran los ojos oscuros. ¡Pero cuidado…! Yo no digo que los Erguzac fueran malas personas; de hecho pelearon siempre muy bien y han sido buenos vasallos de los Ertalce… ¡Desde tiempos remotos! Pero tenían sangre sucia, que han transmitido por herencia a algunas de nuestras gentes. La gran tragedia, y todo es un asco, es que las personas bondadosas de esta tierra nos vemos obligadas a hacer mestizaje con los de fuera y

así es imposible mantener pura la raza. ¡Imposible! ¡Y todo es un asco! Y como decía, que no quiero divagar, la suciedad pasó desde los Erguzac al abuelo de mi marido Gotraigo, y esa corrupción, ¡y esto es lo bueno!, saltó por encima de una generación… ¡Porque mis suegros tenían los ojos azules y el cabello claro! ¡Tiene gracia la cosa, y todo es un asco! A veces sucede que la corrupción se queda agazapada en el vientre de una madre y no sale, pero pasa a la hija, ¡y esta se la transmite a sus cachorros! Eso ocurrió en el caso de los Tilat, pues la suciedad se manifestó en los ojos oscuros de Gotraigo y de ahí pasó, por mi vientre, a ti, Gricel.

—Madre, eso tal vez no tenga tanta importancia —repuso la aludida, aunque sin mirarla a los ojos.

—¿Qué carajo es eso de que no tiene importancia? —Urguna dio una palmada en la mesa que hizo temblar el plato. Yimera volvió a gemir. En el aire flotaba un hedor punzante—. ¡Tiene toda la importancia, y tu comentario demuestra la sangre sucia que llevas, hija mía, porque eres tonta, y todo es un asco! ¡Tonta y débil, siempre lo he dicho, tonta y débil, eso eres! ¡Así que cállate y deja hablar a tu madre, pedazo de tonta! ¡Y todo es un asco!

Gricel bajó la vista y no respondió. Seguía haciendo pequeñas correcciones en la posición de su plato. La peste agria se extendía ya sobre toda la mesa.

—¿A qué huele? —susurró Argaut, pero Eldrid le advirtió con los ojos que no dijera nada.

Laurón se tapaba la nariz con los dedos y contenía su risa, medio escondido detrás de los otros. Los adultos estaban impasibles a pesar de ese olor horrible.

—Pues así fue, y todo es un asco, como la corrupción llegó a nuestra familia, queridos míos. Bien se ve que Gricel se la ha transmitido a Eldrid, que tiene los ojos oscuros de los Tilat, que a su vez fueron los ojos oscuros de los Erguzac, los cuales penetraron en la familia al unirse al bisabuelo de mi marido. Por fortuna, los siguientes niños de Gricel han salido limpios: ¡Tibal y Laurón! —Los aludidos se miraron, se encogieron de hombros y reprimieron su risa mientras se tapaban la boca con la mano—. Sus ojos y su pelo lo demuestran. La corrupción se quedó en Gricel porque los siguientes, Brelán, que Braladur lo tenga en la gloria, y nuestro querido Rayún, salieron inmaculados. Y Gricel se nos casó con un Colusc, que son limpios… ¡Pero tuvo que casarse con este inútil, y todo es un asco! —Señaló con el bastón a Derc Colusc, que sonreía apretando los dientes, intentaba aparentar indiferencia y acabó por tomar un sorbo de vino—. No dices nada, ¿eh? ¡Sí, anda, bebe, borracho asqueroso! Los hombres tienen que beber, pero lo tuyo es una vergüenza. Qué lástima que tengamos que unir a los hijos con los diferentes clanes, y todo es un asco, porque

si fuera por mí no te hubieras casado con mi hija. Me han dicho que casi no practicas con la espada y el arco, que eres un vago y rehúyes el combate, ¡pero ya te llegará la hora! Va a empezar otra guerra y lo único bueno de las guerras es que limpian la estirpe de indeseables, y cuando vayas al sur a pelear contra los Tiyadara, ¡que Blica pudra los vientres de sus esposas e hijas!, entonces ya veremos si vuelves con vida. A ti te van a cortar la cabeza, tragón insaciable de vinos, y todo es un asco, sí, a ti te devolverán no sentado en la silla, sino cruzado sobre ella, rodeado de moscas, mientras que mi buen hijo Rayún vendrá de una pieza. ¡Entonces podremos por fin casar a Gricel con un hombre de verdad!

—¡Por favor, madre! —protestó Gricel, aunque sin mucha convicción.

—¡A callar! Sé que tú no tienes la culpa de tu estupidez y de haber sido siempre una bobalicona porque te transmitieron la corrupción sin que lo pidieras, y todo es un asco, pero las cosas hay que decirlas tal y como son. ¡Y a mí no me calla nadie! ¡Nadie me pone la mano en la boca y menos en mi propia casa! —Yimera emitió un berrido y luego gimió descontrolada, dando pisotones en el suelo encharcado y amarillento, como si de algún modo sintiera la misma indignación que su hija. La sirvienta Morla trataba de calmarla y le siseaba dulzuras—. Tente, madre. Paciencia y resignación, y todo es un asco. Tú y yo hemos sufrido mucho por la familia y nadie nos lo agradece. Yo solo espero que Eldrid sea menos idiota que su madre y haga un buen papel en la corte de Longaza cuando case con el hijo de la ramera. Entonces, y todo es un asco, solo entonces yo volveré a pisar la capital de mi amado país. —Desorbitó los ojos y levantó el bastón—. ¡Porque habéis de saber que hice un juramento sagrado después de que muriera mi hijo Brelán! ¡Juré ante el santuario de la Madre Matuma que no volvería a pisar la maldita Longaza hasta que otro Ertalce estuviera en el trono! ¡Y todo es un asco! Pero fijaos cómo son las cosas: cuando yo creía que no volvería a ver ese antro de perversiones resulta que mi nieta va a casarse con el hijo de la ramera. No es una Agrate y por ello será solo reina consorte, pero los hijos que va a parir, ¡y quiera la Madre darle un vientre enérgico!, esos hijos, digo, o alguno de ellos al menos, y todo es un asco, tendrán la sangre limpia de los Ertalce. Y así habrá por fin pureza en nuestro país. Porque todas las desdichas vienen de los Agrate, que están más sucios y asquerosos que un orinal. Rayún, hijo mío, ¿no dijiste que las negociaciones fueron un asco?

—Sí, madre. La regente le sacó demasiados castillos y fortalezas a padre. Si por mí hubiera sido no habrían obtenido ni uno solo.

—¿Lo veis? —Urguna abrió las manos, satisfecha—. ¿Tengo o no tengo razón? Ahí está la prueba de que mi esposo lleva la suciedad

dentro, y todo es un asco, porque si hubiera negociado un Ertalce puro, como Rayún, por ejemplo, la hermana de la ramera no se hubiera salido con la suya. Si yo hubiera estado allí no se habrían llevado ni un palmo de la tierra ganada con nuestras espadas y nuestra sangre, ¡y eso os lo juro por…!

—Señora Urguna Ertalce.

Todos miraron con asombro a Argaut, que se había puesto en pie. Él mismo estaba sorprendido. Había sentido furia e indignación a medida que sucedía aquel monólogo interminable, pero de pronto algo saltó dentro de su pecho y ahora estaba levantado. Sintió miedo al ver cómo lo miraban todos. Antes creerían ver un triángulo de cuatro lados que a un niño, por muy rey que fuese, interrumpiendo a la lideresa del clan.

—Señora Urguna Ertalce, os habéis referido a mi madre de un modo por completo impropio e incluso, me atrevo a decir, ofensivo. Os ruego que deshagáis el entuerto y retiréis tales palabras.

—¿Qué palabras? —Urguna estaba más sorprendida que enfadada.

—Las palabras… Vos habéis llamado a mi madre, Su Majestad Gamira I… La habéis llamado… No me atrevo ni a repetirlo.

—¡Ah, la ramera! ¿Es eso? ¿Y por qué te ofende, chiquillo, si tu madre era una borracha que se liaba con cualquier varón?

—¡Eso no es verdad! —chilló Argaut. Se le llenaron los ojos de lágrimas. La tensión, la angustia, la confusión y las humillaciones de los últimos días, desde que saliera de Longaza, se concentraron en su voz y en sus ojos—. ¡Mi madre era buena! ¡Era la mejor madre del mundo! ¡Y además yo soy el rey! —Los miró a todos, que a su vez lo contemplaban boquiabiertos—. ¡Yo soy vuestro rey! ¡Me tenéis que tratar con respeto! ¡Mi madre no era ninguna ramera! ¡Tú disfrutas humillándolos a todos, pero a mi querida madre no la insultes, vieja asquerosa y repugnante!

Urguna lo miró en silencio con sus ojos azules y enormes. Yimera profería alaridos desgarrados, soltaba espumarajos y sufría convulsiones mientras intentaba señalar a Argaut. Sonó un estampido y al hedor agrió de antes se sumó otro más pesado, pero también impertinente. La sirvienta Morla la abrazaba y le rogaba que se calmara.

Urguna se levantó de la silla y echó andar apoyándose en su bastón, que emitía un crujido cada vez que chocaba con el suelo. Lloroso y confundido, Argaut la veía pasar junto a las espaldas de los otros comensales, rígidos e impasibles. Venía hacia él como un insecto enorme y había media sonrisa en aquella boca, una mueca no de alegría sana, sino de algo espantoso que hundió al niño en un pozo de terror y le impidió moverse. La pequeña mujer parecía agrandarse más y más, hasta dominar el universo.

Se detuvo ante Argaut. Él sintió un chasquido en la cara. Retrocedió, pero una mano huesuda lo agarró del hombro con una fuerza terrible.

—Quieto, niño. Aún no he terminado.

La mano soltó su brazo, se convirtió en jirón y la cabeza de Argaut retrocedió por segunda vez. Aturdido, notó el calor doloroso en las mejillas. Nunca le habían pegado.

—Esto es solo un aviso —le dijo ella—. Y ahora, niño, te vas a ir a tu habitación. A la cama y sin cenar, y todo es un asco. ¡Vamos!

Argaut retrocedió un paso. Dos. Se tocó las mejillas hinchadas de fuego. Horrorizado de sí mismo, asintió y apartó la mirada. Había un criado tras él.

—Acompañadme a vuestro cuarto, señor.

Aquella fue la primera vez que Argaut tuvo consciencia del tiránico peso de la realidad. Cabizbajo, se fue con el sirviente.

A sus espaldas oyó la voz:

—Hay que ver qué desfachatez, y todo es un asco. Maldito crío… ¿Pues no se ha atrevido a interrumpirme cuando yo hablaba? Braladur, dame paciencia, ¡dame paciencia! Pero la próxima vez ya se enterará de lo que cuesta desafiarme… Bueno, vamos a ver, y todo es un asco, ¿por dónde iba cuando me interrumpió el hijo de la ramera?

7

Por fortuna, aquel tipo de cenas no eran frecuentes y Urguna les había reunido a todos esa noche solo porque había venido su hijo Rayún. Pero él hubo de irse al día siguiente para preparar a sus gentes para la guerra y la rutina volvió al castillo. Los miembros de la gran familia vivían existencias independientes, separados unos de otros por muros de desagrado, cuando no de aborrecimiento. Gricel y Derc sí se querían a su manera tranquila y amistosa, pero Isela parecía aliviada cuando no estaba su marido —pasó unos días en sus aposentos después de que él se marchara, hasta que los moretones del rostro dejaron de ser humillantes— y veía a sus hijos solo para regañarles.

En cuanto a Urguna, todos la rehuían y solo permanecía a su lado la sirvienta Morla Encón, una sombra que había aprendido a sufrir sus insultos y bastonazos con una paciencia sobrehumana. Urguna veía a su madre a menudo para hablarle de tiempos pretéritos, del laberinto de genealogías, de los sacrificios que hacía por todos y de lo poco que se lo estimaban. En respuesta, Yimera temblaba, gemía y movía de un lado a otro sus ojos temerosos y confundidos. A pesar de los dolores físicos de los que se jactaba, Urguna parecía inagotable. Era fácil verla paseando de aquí para allá. El repique del bastón parecía el campanilleo de aviso de un leproso porque todos huían al oírlo; sonaba en corredores, salas, escaleras, sótanos, bodegas, almacenes, cocinas, en el patio de armas, en las callejas interiores del castillo e incluso en los caminos de ronda de las murallas. También se oía por la noche, pues Urguna recorría la fortaleza como un alma en pena. En sus periplos se detenía para hablar con criados, soldados, mozos de cuadra, artesanos, herreros y cualquiera que tuviera la desgracia de cruzarse en su camino, y entonces lo entretenía durante un buen rato, lo quisiera el otro o no; a ella le gustaba provocar la impaciencia de los demás y cuanto más nervioso estaba su oyente más tiempo lo inmovilizaba con su cháchara interminable, aderezada con reproches e insultos hacia esa persona, su familia y sus antepasados. Los animales la rehuían: ¡pobre del perro o el gato que cayera en sus garras! Sobre todo, aborrecía a los caballos. Nadie recordaba haberla visto montar en uno y cuando tenía que viajar en carro se ponía lo más lejos posible del pescante y sus quejas se volvían más agresivas que de costumbre.

Cada célula familiar comía por separado y apenas se mezclaban unas con otras. Argaut se adhirió a la familia de Gricel Ertalce. Ella

era una mujer callada, laboriosa y tolerante con los niños. Su marido bebía mucho y parecía un hombre amargado, aunque a veces mostraba estallidos de simpatía que al cabo de poco se teñían de tristeza. A Argaut le gustaba mucho Eldrid porque ella era aficionada a los libros, aunque solo a las novelas de romances. Ella salía de la infancia para incorporarse al universo de la mujer, pero aún vivía entre fantasías y hablaba con Argaut como una princesa de cuentos. Era la única que le hacía sentirse como un rey. Tibal y Laurón no eran malos chicos, pero no le prestaban atención más que para burlarse de él; le consideraban un niño mimado y en realidad no lo entendían. Por desgracia, los chicos vivían aislados de las chicas y Argaut solo veía a Eldrid en las comidas, sus únicos momentos buenos.

Intentó congeniar con los otros niños, pero ellos lo trataban mal, sobre todo Arlago, que le llamaba *Rey Alelado* a todas horas. Era un chico fuerte que disfrutaba imponiéndose sobre los demás; les pegaba hasta que lo aceptaban como líder y solo entonces les prodigaba un afecto torpe y rudo. Pero con Tibal no se metía porque en una ocasión le dio una paliza tremenda. Desde entonces, Arlago le mostraba una especie de humildad perruna. Tibal no buscaba dominar, pero tampoco defendía a nadie. Aceptaba la filosofía Ertalce de que el débil merecía ser dominado por el fuerte y ni siquiera ayudaba a su hermano Laurón. Allí los hijos de los nobles se mezclaban con los de soldados, artesanos, trabajadores y otras gentes bajas, cosa que a Argaut le costó muchísimo aceptar. La chiquillería se enfrentaba en guerrillas a pedradas, hacían carreras, jugaban al escondite, hacían todas las travesuras posibles y huían como liebres cuando los adultos les regañaban. Argaut no encajaba entre ellos. Al principio se esforzó por hacer amigos, pero Arlago disfrutaba humillándolo y los demás le seguían el juego. Le hacía la zancadilla, le insultaba, le daba patadas y tortas y lo arrojaba a los demás para que jugaran a pasárselo unos a otros, empujándolo. En cuanto lo veían corrían a perseguirle. Quizá los otros chicos le hubieran mostrado cierta simpatía, pero Arlago era el líder y dictaba su comportamiento. Argaut se escondía y vagaba solo por los patios y las calles de la fortaleza. Sentía terror hacia los otros niños, se le antojaban monstruos ansiosos de hacerle daño y no lograba entender el porqué. También temía a los adultos. Se hizo amante de los rincones oscuros y anónimos. En ellos aprendió a llorar en silencio.

Recibía la misma educación que los niños nobles gunabareños, basada sobre todo en las artes de la guerra: equitación, manejo de la espada, lanza y arco, y estrategia y táctica. Ya se había adiestrado en ellas en Longaza, pero por razones incomprensibles aquí era torpe y lento. Su inseguridad crónica le hacía equivocarse y le robaba la iniciativa, imprescindible en cualquier luchador. Sin poder evitarlo

representaba el papel de inútil que todos le asignaban y cuando había que ejercitarse en parejas nadie quería unirse a él. El instructor, Ugor Socrom, era un hombre delgado y seco, dotado de una fuerza prodigiosa y una habilidad increíble con las armas. Los Socrom en el pasado lucharon contra los Ertalce, pero al final fueron casi exterminados y los supervivientes tuvieron que servir al enemigo. Socrom era descendiente de ellos, pero nadie le recordaría aquella mancha porque lo temían. Instruía no solo a los niños, sino también a los guerreros, y con todos era implacable. Ningún chico se libraba de sus golpes de vara en la espinilla o el muslo, como relámpagos de dolor. Solía increpar a los muchachos, se reía de su blandura y los despreciaba:

—¡Solo sois un puñado de holgazanes! ¡Puedo convertir a cualquier hombre en un luchador sin miedo, pero con vosotros no se puede hacer nada de nada! ¡Moveos, niñatos!

En cuanto al resto de materias, la educación era mucho peor que en Longaza. Se les enseñaba Historia y poco más, aunque abundaban las lecciones insufribles sobre heráldica y genealogía de las familias nobles, cuyo núcleo era, por supuesto, la gloriosa estirpe Ertalce. Dichas materias eran impartidas por un hombre llamado Telios Carán, profesor extrañísimo porque no era del norte… Ni siquiera era brajairio. Procedía del Terem, aunque nadie conocía con exactitud su origen. Quizás hubiera nacido en Bratmur, aunque los niños aseguraban que procedía de lugares remotos, que era un proscrito y que lo habían expulsado de su tierra por robar, asesinar o hacer cosas aún peores. Aquel hombre de letras era el único maestro del castillo, pues aquí la escritura y la lectura se consideraban rarezas. Telios Carán odiaba a los niños y no les permitía abrir la boca en clase; se limitaba a recitar sus lecciones y ellos permanecían callados, pues a la menor infracción recibían un golpe de vara. Los propios niños aceptaban todo este ensañamiento contra ellos como cosa normal y a Argaut pronto dejó de escandalizarle. Decidió que Carán en el fondo no era un mal hombre. A veces le veía pasar los dedos con suavidad involuntaria por el lomo del libro y abrir las páginas con cuidado y detectaba ese amor a la lectura que también él sentía. Carán era el encargado de la biblioteca del castillo y a veces imaginaba pedirle permiso para visitarla, pues se moría por volver a sumergir la mente en el universo de la palabra escrita. Pero sentía terror hacia el maestro amargado y severo, y callaba. Como también temía a sus compañeros, nunca mostraba su erudición en clase y parecía otro niño espeso más. Era mejor no destacar en nada.

Había otra asignatura, las enseñanzas religiosas del culto de Braladur, impartida por el sacerdote Obgaro Corriñuco, quien también los mantenía callados a golpes. El culto en estos predios tenía un

regusto antiguo. Desde los tiempos de los túnicas rojas —que los primeros reyes Agrate exterminaron— la adoración del tenebroso Tarumara había desaparecido de Brajairi, pero Argaut detectaba en Gunabar cierta melancolía, ciertos comentarios que serían blasfemos en otras partes del país. Los chicos se aburrían en esta asignatura, con la excepción de Tibal, que era muy pío. Pero nadie se burlaría de él porque peleaba duro.

Así transcurría el tiempo para Argaut. Llegaban noticias de la guerra, pero era cosa de adultos y cuando los chicos se interesaban se les mandaba a jugar para que no molestaran. A pesar de que vivía metido en el saco asfixiante del miedo, Argaut preguntó a Urguna con voz temblorosa si habían llegado noticias de Longaza. Ella lo miró como si fuera un bicho absurdo.

—Sí, algo ha llegado, niño, y todo es un asco. Ha habido algunas cartas con esa verborrea estúpida vuestra. Eran de la regente. Ya he mandado la respuesta diciéndole que estás bien, y todo es un asco, que recibes buena educación, que estás sano y eres feliz.

Argaut osó mirarla con ilusión.

—¿Puedo verlas? Por favor, ¿me dejáis leer esas cartas, señora?

—¿Leerlas? Son cosas de adultos, y todo es un asco. Tú ve a estudiar y sobre todo a aprender a manejar las armas, a ver si se puede hacer de ti algo parecido a un hombre.

—¡Por favor, dejadme leer una carta, os lo suplico!

Ella le dio un bastonazo que le hizo chillar y retroceder.

—¡A los adultos no se les contradice! ¡Y todo es un asco!

Argaut se marchó agarrándose el brazo dolorido y deambuló por el castillo con la vista borrosa por la humedad. Hubiera dado una mano por tener la carta de su querida tía, la hubiera leído mil veces, hubiera besado cada palabra y la hubiera tenido siempre guardada junto a su pecho. De pronto, la odió también a ella por haberlo enviado aquí, a este lugar horrendo del que no podría salir en cinco largos años.

—¡Mirad al alelado! ¡Está llorando!

Echó a correr y Arlago y los niños lo persiguieron. A la fuerza se había hecho más rápido que ellos, así que los burló y se metió en uno de sus escondites. Más tarde salió y echó a caminar como un alma en pena, sin que las gentes del castillo se fijaran en él. Se suponía que lo habían enviado allí para proteger su vida y sin embargo nadie le hacía caso. No podía entenderlo. Llegó hasta la entrada del castillo. El portón estaba abierto y el rastrillo alzado, pues aún era temprano y los carros salían para abastecerse en los mercados de la ciudad. El corazón se le desbocó en el pecho porque no había nadie en la puerta. Ya no le importaba nada y a veces incluso había acariciado la idea de suicidarse para acabar con este infierno de una vez por todas. Se le ocurrió entonces que podía escapar del castillo.

¿Lo haría? ¿Tendría suficiente coraje?

Caminó pegado a los carros, imaginando que en cualquier momento alguien lo detendría, pero los soldados estaban ocupados y ni por asomo imaginarían que por allí saldría un niño noble, menos aún ese rey mocoso y lerdo. Lo hizo. Estaba fuera del bastión. Empezó a alejarse caminando con aparente tranquilidad, aunque por dentro el corazón estaba desbocado.

Todo ocurrió con esa facilidad extraña de los sueños y nadie lo detuvo mientras andaba por las calles del burgo de Gunabar. Las gentes estaban muy ocupadas en sus asuntos y tampoco podían imaginar que este chiquillo fuese el rey de todo el país. Se metió en los mercados y bazares al aire libre, entre las mesas con rollos de estameña, telas, sacos de borra, pieles de diferentes animales y pellejos bastos o cueros curtidos. Había saquitos con clavo, canela, pimentón, azafrán, pimienta y muchas otras especias de olor embriagador; sal carísima, el *oro blanco* y el *oro gris* que traían las caravanas; jarras de barro, picheles de estaño, vajillas de cerámica, orfebrería de todas clases, quincalla, bisutería y algunas joyas de valor con custodio de guardianes; había tenderetes con comidas de todo tipo: carnes asadas, jamones colgados de ganchos, panes de trigo y centeno de miga blanca o marrón, bollos, tortas, confites, barbacoas de piedra con cazuelas llenas de sopicaldo humeante, cazos de olla podrida que los transeúntes devoraban allí mismo, agarrando los tropezones con los dedos y usando las rebanadas de pan como cucharas, sartenes con fritanga humeante, cascadas de ajos, túmulos de cebollas, montones de tubérculos, pirámides de lechugas, profusión de zanahorias, cítricos caros del sur, manzanas, peras, altramuces, almendras, avellanas y nueces. Se metió en una lonja de pescado y quedó embriagado por el olor mareoso de los peces frescos del río Menar. Vio al herrero y al orfebre imponer su voluntad a los metales. Entró en los corrales donde se pujaba por los toros, vacas, cabras, ovejas, caballos y mulas. El olor a sudor, bosta y orina de los animales le causó vértigo, pero al cabo de poco se acostumbró. Iba de aquí para allá interesándose por los negocios, tomando al vuelo comentarios, impregnándose del mundo de los adultos. Se zambullía con gusto en el mar de vendedores que voceaban las mercancías, de hombres y mujeres que regateaban, de criadas que se contaban los chismes y de señores ceñudos que discutían sobre la guerra. Oía los gritos alegres de las chicas cuando hablaban de amoríos, la carcajada hija del chiste, las machadas de los adolescentes y todo ese runrún incesante de pasos, toqueteo del material a la venta, susurro de los faldones de túnica y tintineo de hebillas. No tenía miedo porque en Gunabar los descuideros y asaltadores duraban poco: los propios ciudadanos los eliminaban antes de que llegara la milicia concejil. Los carros

avanzaban con pesadez e incluso vio rebaños de ovejas que lo sumían todo en un mar de balidos. Había que apartarse al oír el *¡agua va!* para no quedar empapado y los transeúntes caminaban lejos de las fachadas. Vio mujeres que mostraban escotes bajísimos y llevaban remangadas las faldas hasta el muslo; estupefacto, comprendió que se había metido en una mancebía y salió de esas calles al instante, muy avergonzado. Cruzó parques con criadas que salían a pasear a las criaturas de sus señores. Había allí damas ociosas y corrillos de viejos que farfullaban sobre los buenos y viejos tiempos. Argaut siempre huía de la chiquillería, pues tenía miedo de los niños. Prefería a los adultos, que lo ignoraban.

Se sentía excitado, feliz. Por primera vez era libre, pues tampoco en Longaza había podido escapar de la corte para mezclarse con el populacho de su propio reino. Había un mundo fuera de los palacios que le emborrachaba. No dejaba de fantasear sobre lo que haría cuando tuviera el poder, qué cosas cambiaría, cómo ayudaría a estas gentes a medrar en sus negocios, las iniciativas que tomaría… No veía la mezquindad, o no quería verla, y ensalzaba este hormiguero de súbditos anónimos sobre cuyos hombros descansaba el reino.

Se encontró con las murallas que contenían la urbe y entonces tomó conciencia del paso de las horas. Tal vez en el castillo estuvieran ya almorzando y alguien empezara a extrañarse por su tardanza. Pronto empezarían a buscarlo. Prefería morir a volver a esa jaula asfixiante, así que caminó junto a los lienzos y llegó a los cuarteles de las tropas gunabareñas, menguadas a causa de la guerra en el sur. Evitó a los guardias, pero aquí tampoco se fijaba nadie en él. Allá estaba la Puerta Sur, con las inmensas hojas de madera y metal abiertas y los dos rastrillos subidos. Era un día común y no había restricciones a la entrada y salida, así que circulaban por allí personas, carros y mulas. Argaut tomó aire y echó a caminar entre el gentío con la cabeza baja y el corazón desbocado, esperando que en cualquier momento una mano cayera sobre su hombro.

Pero nadie lo detuvo, así que atravesó los arrabales, los distritos de aluvión en los que se aglomeraban los inmigrantes del campo, con sus cabañas, establos y huertos. Allí las gentes eran más humildes y miraban con hosquedad sus ropas nobles. Argaut no quería llamar la atención, así que chapoteó en los charcos de barro, se untó el cuerpo de polvo y tierra, alborotó sus cabellos y se tiznó la cara de mugre. La suciedad le vistió de pobre.

Dejó atrás las últimas casuchas. Iba por el Camino del Sur. Los arrieros de los carros lo tomaban por un zagalillo más y nadie lo detuvo. La senda cruzaba pastizales donde ramoneaban las vacas. Llegó a la culebra de agua que era el Menar. En el Puente Ancho había guardias que tal vez lo detuvieran y preguntaran, así que se metió en

la pradera. Le apetecía hundirse en alguna fronda donde nadie lo buscara jamás, convertirse en un fauno y vivir junto a los duendes y las hadas. Entró en una espesura cuyo ramaje trazaba telarañas de sombra en el suelo y siguió caminando sin rumbo fijo, abismado en el presente.

El tiempo pasó a traición, como siempre lo hace, y Argaut notó de pronto que estaba anocheciendo. El bosque ya no era hermoso y cautivador, sino una olla de incertidumbres. Se había perdido, no sabía cómo volver a la pradera, al camino y a la ciudad. Se reprochó su estupidez y buscó en la espesura alguna senda que lo devolviera al mundo de los hombres. Por primera vez topaba con el gigantismo arrollador de la naturaleza. Cada sombra se le antojó un demonio devorador de niños y cuando ya era casi noche cerrada hizo esfuerzos para no echar a correr, enloquecido de miedo.

—¡Eh! —gritó alguien, con voz infantil—. ¿Qué haces ahí?

—¡Auxilio! ¡Ayudadme, por favor!

Se abrió paso entre la maraña vegetal hasta descubrir a un mozalbete que lo miraba con sorpresa. Llevaba ropas miserables y estaba muy sucio. No sería mayor que Argaut.

—Vistes raro. ¿Quién eres?

—Soy hijo de un mercader de la ciudad. Venía con mi padre en un carro por el Camino del Sur y me alejé para explorar un poco por ahí. Me he perdido en este bosque. Me llamo Argaut.

—Yo me llamo Pirón. Hola. —Miró hacia arriba—. Ya no hay apenas luz y es mejor ir bajo techo. Te llevaré a casa de mi familia, dormirás allí y mañana te mandaremos de vuelta al Camino del Sur. Vamos.

Echó a andar. A pesar de los modales bruscos Argaut sintió que aquel niño no era como los del castillo, así que sonrió y lo siguió.

Pirón era hijo de un leñador, arrendatario de una concesión del concejo de Gunabar en aquellos bosques. Al niño lo habían enviado en busca de leña, pero se había entretenido en sus juegos y luego se echó una siestecilla. Los gritos de Argaut lo despertaron. Agarró un hato de ramaje casi más grande que él y se lo echó sobre los hombros. Parecía un caracol humano y ni siquiera jadeaba por el esfuerzo. Argaut andaba a su lado, escuchándole, pues Pirón era locuaz y parecía orgulloso de tener alguien que escuchara con interés acerca de su vida. Argaut gozaba oyéndolo, pues la rutina de las gentes humildes le parecía fascinante y exótica. Pirón a veces se reía de él y al final Argaut también le acompañaba con sus carcajadas. Por primera vez desde que dejara Longaza experimentó el infinito placer infantil de la amistad.

La cabaña era enorme. Había también un almacén para los troncos, un corral con cerdos y un chamizo del que salía un ruido de gallinas.

Pirón llamó a voces y salieron dos varones adolescentes, una niña y una muchacha delgada y hermosa, pero tan sucia como los demás. Miraron con curiosidad a Argaut mientras Pirón les contaba con orgullo cómo lo había salvado. Salió también una mujerona que se limpiaba las manos en el delantal y un hombre ancho de hombros, delgado, tan nudoso como la madera que trabajaba, con un rostro arrugado y duro. El matrimonio miraba a Argaut con espanto.

—¿Por qué lo has traído aquí, idiota? —ladró el hombre—. ¿No ves que es un noble?

—Padre, no podía dejar que pasara la noche en la espesura.

—¡En buen lío nos has metido! Y ahora no podemos dejarlo en el camino, no tan tarde.

—Seguro que estabas vagueando, como siempre —exclamó el hermano mayor—. ¡Pareces tonto!

—Amables señores, les aseguro que no les crearé problemas —dijo Argaut—. Si me permiten pasar la noche en su morada me iré al amanecer. Tienen mi palabra de honor.

Todos lo miraban con asombro.

—Llevad al chico dentro —dijo la mujer—. Tiene que cenar y dormir. Parece cansado.

—¡Idiota! —graznó el padre, y le dio a Pirón una pescozada.

El chico se escabulló y se acercó a Argaut con una sonrisa cómplice.

—Oye, luego te vienes a dormir conmigo al almacén de troncos y allí seguiré contándote un montón de historias.

Argaut asintió, muy feliz.

Fue una cena tosca, pero su hambre la convirtió en un cúmulo de exquisiteces. Nadie decía nada mientras comían. Los hijos lo miraban con curiosidad y los padres estaban muy nerviosos. La muchacha pareció dudar, pero al fin se atrevió a decir:

—Señor… ¿Cómo…? ¿Cómo es la gente de…?

—¡A callar! —ordenó el padre.

Y volvió el silencio, inundado por el escándalo del masticar y el tragar.

Oyeron caballos. Los ojos del leñador y su esposa se llenaron de miedo y Argaut experimentó horror.

—¡Callaos! —ordenó el hombre—. ¡Que nadie se mueva!

Salió. Desde el salón oyeron las voces fuertes e imperiosas de los extraños. Argaut empezaba a comprender que había metido en un lío a estas gentes, así que decidió no escapar corriendo para no complicarles aún más las cosas. Entraron tres soldados y las gentes de la casa agacharon la cabeza, como implorando perdón por existir. El leñador se restregaba las manos con nerviosismo.

—Señores, llegó aquí por casualidad, nosotros no…

—Silencio, palurdo. Y tú… Vos, Majestad, nos habéis dado mucho trabajo.

El leñador y su familia miraron a su invitado con estupor. Argaut volvió a sentir el saco de miedo asfixiante cerrándose en torno a él. Bajó la cabeza, derrotado. A Pirón se le habían caído las mandíbulas.

—¿Eres el rey?

—Nos lo llevamos. Pero antes queremos beber. Palurdo, ¿tienes vino?

—Sí, mi señor, guardo un poco para…

—Pues adelante, que tengo la garganta reseca.

—¡Mujer, trae el vino! —exclamó el leñador.

La madre asintió y casi corrió hacia otra habitación de la casa. Los soldados la miraron de arriba abajo y ella agachó la cabeza. También miraron con ojos hambrientos a la chica, que se encogió en su silla como si quisiera desaparecer.

—No está mal tu familia… —dijo el líder. Los otros dos soldados se miraron y sonrieron—. Vamos a comer algo y luego nos llevaremos al crío de vuelta. ¡A estas horas tendría que estar en la mancebía y no aquí, maldición! Aunque eso… —dejó la frase en el aire mientras miraba a la joven, que estaba muy roja y temblaba.

—¡Chicos, a dormir! —ordenó el leñador.

—No. Que se queden.

Los tres guardias se acomodaron en la mesa y empezaron a devorar la cena de la familia. Trajeron el vino y al probarlo el líder escupió a un lado.

—¡Vaya un mejunje asqueroso! —Pero volvió a beber—. Hay que ver los problemas que nos da Su Majestad… —Eructó y se limpió la boca con el dorso de la mano—. Leñador, queremos interrogar a tu esposa y a tu hija. —Se levantó de la mesa y los dos soldados le imitaron, sonriéndose uno al otro—. Nos las llevamos aparte, al cobertizo. Ese sitio servirá.

La mujer bajó la vista con mansedumbre bovina y trágica. La chica miraba a sus padres sin entender muy bien lo que ocurría.

—¡Señores, por favor, no hace falta! —exclamó el padre—. ¡Ellas no saben nada de todo este asunto!

—Si no quieres meterte en más problemas no nos lleves la contraria.

El hombre arrugó la frente, buscó misericordia en aquellos ojos y no la encontró.

—Señores, llevadme solo a mí, por favor —pidió la madre—. Mi hija no sabe nada. Os contaré todo lo que queráis saber, pero ella no. Aún no. Os lo ruego.

—La chica vendrá. Andando.

—¿Madre? —susurró la joven.

La mujer la miró con una pena insondable.

—Ven, hija mía. No te pasará nada. Ven conmigo.

—¿Madre? Madre… ¡No!

—Ven, he dicho. Hay que evitar complicaciones.

—Obedece a tu madre —ordenó el padre, con voz lejana y pedregosa.

El leñador se sentó en un escabel cercano al hogar. El fuego iluminaba la escena y los convertía a todos en espectros. El hombre se acodó en las rodillas y entrelazó los dedos de las dos manos, muy fuerte. Clavó la mirada en el suelo y quedó inmóvil. Los tres guardias y las dos mujeres se fueron de la cabaña. Hubo silencio. Los hermanos mayores miraban hacia delante, impasibles, y empezaron a meterse en la boca las sobras de la cena. La niña estaba confundida y preguntó:

—¿Adónde han ido madre, Carlana y esos hombres? ¿Adónde han ido?

El padre seguía convertido en estatua, sentado junto al fuego, mirando el suelo como si quisiera perforarlo con la vista. Los dos hermanos masticaban y tragaban, embutidos en una indiferencia protectora.

—¿Adónde han ido? —preguntaba la niña—. ¿Adónde han ido?

Pirón miró a sus hermanos.

—Creo que… —empezó a decir.

—¡Callaos todos! —ordenó el padre, sin moverse, sin mirarlos—. Callaos.

Nadie dijo nada y el tiempo fue deslizándose con lentitud pegajosa. Al final, se oyeron pasos y voces. Los guardias entraron en la casa. Muy lejos, sonaba un llanto débil y juvenil y una voz madura que intentaba calmarlo con suavidad.

—Nos vamos, leñador —dijo el oficial—. No te preocupes, las hemos tratado bien. Toma, por la comida, el vino y lo demás. —Tiró unas monedas en la mesa—. No se dirá que no somos generosos.

El padre no movió un solo músculo.

—Andando, Majestad —dijo el líder.

Argaut se levantó cabizbajo e intercambió una mirada huidiza con Pirón.

—Lo siento —murmuró—. Algún día acabaré con estas cosas.

Pirón se limitó a encogerse de hombros. Argaut no tuvo valor para mirar al leñador, aún quieto, espantosamente quieto, apretando una contra la otra sus manos, esas manos que innumerables veces habían empuñado el hacha, apretándolas con mucha fuerza.

Uno de los soldados se había criado cerca del bosque y supo orientarse incluso en la oscuridad. Volvieron a la senda y Argaut echó un último vistazo a la fronda, un animal sombrío bajo las estrellas y la luna.

Lo llevaron ante Urguna y lo dejaron a solas con ella. Argaut temblaba tanto que no atinaba a decir nada coherente.

—Ven aquí —ordenó la señora. Estaba sentada en una butaca y las llamas del hogar iluminaban solo la mitad de su rostro. Apoyaba las dos manos en el bastón.

Argaut obedeció sin levantar la vista.

—Qué de problemas nos estás dando, maldito mocoso, y todo es un asco. Nosotros te lo damos todo: educación, albergue, comida, protección contra esos asesinos vuestros… ¿Y cómo nos lo agradeces? ¡Escapándote!

Le dio un bastonazo en la pierna que le arrancó un chillido.

—¡Ni se te ocurra alejarte de mí! ¡Y todo es un asco! —Otro golpe y otro grito. Urguna se levantó y lo agarró de un hombro—. ¡Impertinente! ¡Bien se ve la sangre sucia de la ramera que te parió! ¡Hijo de una furcia! ¡Malnacido! ¿Quién te crees que eres para desafiarnos?

Le siguió dando golpes y él se aovilló en el suelo y se tapó la cabeza con las manos. Urguna jadeaba de rabia, su nariz se arrugaba como la de una bestia y sus cejas dibujaban una uve infernal. Levantó el bastón sobre su cabeza, pero se contuvo.

—No, y todo es un asco. No te voy a matar, pedazo de estiércol, desgracia de rey que nos ha tocado aguantar. Voy a enseñarte disciplina. ¡Por la memoria de mi padre que voy a enseñarte a obedecer, y todo es un asco!

Le agarró de un brazo, lo levantó y se lo llevó dando tirones. Argaut lloraba, se frotaba los golpes y la seguía con sumisión. Lo llevó por pasillos y corredores y bajaron a un nivel inferior, iluminado por candiles que no lograban ahuyentar del todo la oscuridad. Argaut experimentó el comienzo de un miedo más grande e intentó resistirse, pero ella le dio un bastonazo que lo dobló en dos. Abrió una puerta que tenía la tranca por fuera, agarró al chico de la nuca y lo metió dentro de un empellón.

—Clávate una cosa en la cabeza, niño asqueroso: nunca podrás huir. No hay escapatoria. Y todo es un asco.

Cerró, corrió la tranca y la negrura se lo tragó. Él se lanzó contra la puerta.

—¡Quiero salir! ¡Por favor, no volveré a escaparme! ¡Seré bueno! ¡Por favor, os lo suplico, no me dejéis aquí encerrado! ¡No se ve nada! ¡Obedeceré!

—Claro que obedecerás. —La voz se alejaba, acompañada del golpeteo del bastón—. Un día ahí dentro te ayudará a ver las cosas con claridad, muchachito. Cuando salgas no harás más locuras. Eso te lo garantizo, como que me llamo Urguna Ertalce, y todo es un asco.

La voz desapareció y Argaut sintió que el terror le asfixiaba y

enloquecía. Golpeó la puerta una y otra vez y aulló hasta enronquecer la voz:

—¡Socorro! ¡Quiero irme a casa! ¡Sacadme de aquí, por favor! ¡Quiero irme a casa!

La única respuesta era la oscuridad infinita.

8

Lo sacaron tras un día de encierro. Tenía la mirada perdida, temblaba y se tapaba la cara con las manos. Hedía a orina, heces y sudor reseco. Parecía un animalillo temeroso, no un ser humano, y caminaba encorvado y gemebundo. Esta vez sí lo bañaron, a conciencia. Tuvo agua y comida y le permitieron acostarse. No quería salir de la cama. No podía volver a ese mundo de pesadillas. La noche cayó y él abrió la ventana a pesar del frío y durmió en el suelo, bajo el haz de luz de las estrellas y la luna. Temía demasiado a la oscuridad.

Pero no le permitieron permanecer en ese útero protector, sino que le abortaron y, como al feto desechado, lo arrojaron otra vez al mundo implacable. Consiguió controlar la locura, pero ahora era aún más apocado, apenas hablaba y no osaba mirar a nadie a los ojos. Si alguna vez veía a Urguna empezaba a sudar y temblar, cosa que a ella le agradaba, y tenía que hacer esfuerzos para no echar a correr. Los chicos ya no se reían de él, sino que lo miraban con extrañeza, como a un bicho raro. Ya no era tan divertido perseguirlo porque empezaba a gemir de tal modo que ponía los pelos de punta. Además, huía y se escondía con más eficacia. Incluso rehuía al matrimonio de Gricel y Derc, que lo miraban con espanto y pena.

—Pobre niño —osó decir una vez Derc Colusc, entre sorbo y sorbo—. Maldita sea Urguna Ertalce.

Su esposa no respondía, pero asentía.

Eldrid parecía un poco asustada del nerviosismo patético de Argaut; quería hablarle, pero la repulsión le vencía y se apartaba. Argaut lo agradecía porque ahora solo quería estar solo. Imaginaba que nunca volvería a comunicarse con un ser humano y eso le aliviaba.

Pero el miedo nunca se iba. Sentía los mismos horrores de cuando estuvo encerrado, cuando el tiempo se había estirado de una manera fantástica, sin principio ni fin, infectado de una locura asfixiante. Un día sintió que la mente se le escapaba. Argaut desapareció y en la carcasa quedó un mecanismo repetidor de rutinas. Aquel vacío era peor que el miedo, dolía tantísimo que le hizo a tocar fondo. Llegó a un punto de inflexión a partir del cual solo podría ir en otra dirección, fuera cual fuese.

Se encontró a sí mismo ante Ugor Socrom, el profesor de artes guerreras.

—¿Qué quieres? —preguntó el hombre.

Cabizbajo, Argaut abrió la boca y sus labios temblaron mientras luchaba para conseguir hablarle a una persona.

—¿Qué demonios quieres decirme? ¡No puedo estar todo el día escuchando tus balbuceos, chiquillo!

—Vos… Vos dijisteis que… Que podríais quitarle a cualquier persona… El miedo.

Enterró la cabeza entre los hombros como si esperase un golpe. Ugor lo miró con extrañeza.

—¿*Qué*?

—Quiero que me… Quitéis… Eso.

—¿El miedo? ¿Tienes miedo? ¿Quieres que te quite el miedo? ¿El miedo a qué?

—A todo —musitó Argaut.

Socrom lo miró durante muchos latidos.

—Es verdad. Estás podrido de miedo, muchacho.

—Vos dijisteis que podíais… Que podíais…

—Sé lo que dije, sí, pero… —Se rascó la barba, pensativo, y se cruzó de brazos—. Es verdad. Lo dije y lo que uno dice ha de mantenerlo. Yo solo tengo una palabra y nunca la rompo. ¿De veras quieres que te quite el miedo?

Argaut asintió. Socrom lo contempló con los ojos entrecerrados.

—Puedo hacerlo, pero será duro.

—No me importa.

—Entonces empieza por mirarme a la cara.

—No puedo.

—Mírame a la cara. Ese es el principio.

El niño temblaba tanto que Socrom pensó que iba a reventar allí mismo. Poco a poco, consiguió alzar la cabeza.

—Mírame a los ojos.

Tras muchos latidos, Argaut lo consiguió.

—Bien. Lo has logrado. Te cuesta horrores, ¿verdad? Todo tu ser te pide desviar la vista. Quieres volver al miedo porque el miedo te protege de mí. Pero yo puedo arrancarte ese miedo que te protege del mundo salvaje e implacable. Yo te puedo convertir en un guerrero con dos sombras.

Argaut parpadeó, sin entender.

—El guerrero tiene dos sombras —dijo Socrom—. Una es el miedo y otra es la muerte. Nunca puede alejarse de ellas. Las lleva pegadas a sus pies. Nunca deja de tener miedo y nunca deja de sentir la cercanía de la guadaña. Todo aquel que no tiene miedo es un loco digno de lástima. La vida es una sucesión inacabable de miedos. Superas un miedo y luego viene otro, y otro, y otro… Cada uno es peor que el anterior. Y si esto no ocurre es que eres un patético y miserable

muerto en vida, alguien que ha abrazado la muerte. Un asqueroso esclavo de la muerte. La vida es miedo y es coraje. Solo eso: miedo y coraje. En el fondo, cuando se han superado todas las mentiras, no hay nada más. Dos caras de una sola moneda. Hay que hacer de todo esto un hábito porque ese es el orden natural de las cosas. Y al final siempre está la muerte, la disolución de cuanto sientes y piensas. La disolución de todo lo que eres. El cobarde se deja vencer, enloquece y pierde el control de su voluntad, pero el buen guerrero no intenta alejar ni al miedo ni a la muerte porque sabe que no puede. Ese es el secreto: no destruirlas, sino mantenerlas controladas junto a ti, pegadas a ti, visibles, pero incapaces de aplastarte. Como sombras. Es un juego, un gran juego. Solo entonces se puede vivir en paz con uno mismo y con el mundo. Ese es el camino del guerrero: aceptar incondicionalmente el miedo, el coraje y la muerte. Tal vez haya otros caminos, pero yo no los conozco y por tanto no puedo ni debo hablar de ellos.

Argaut frunció el ceño.

—Si uno acepta ese camino, ¿se convierte entonces en invencible?

—Nadie es invencible. Siempre hay alguien mejor que tú. Los necios se creen invencibles, pero mueren igual. En algún lugar hay alguien más rápido y fuerte, más listo, más hábil, alguien cuya espada conoce tu nombre. Es solo cuestión de tiempo que te encuentres con él.

—Entonces, ¿cómo puede seguir adelante un guerrero si sabe que alguien lo va a matar?

—Porque echa a un lado el miedo. Yo nunca dije que te haría invencible. Eso no lo puede conseguir nadie, ni siquiera el mejor instructor del mundo. Solo puedo transformarte para que te enfrentes a todos, incluido al que acabará por matarte, sin que el miedo te destruya.

—Por tanto no se trata de ganar, sino de no tener miedo a luchar, incluso sabiendo que puedes perder la vida.

—Exacto.

—¿Y cómo se puede conseguir eso?

Socrom suspiró.

—Ahora viene la parte amarga. Se consigue día a día, mediante un trabajo duro, tenaz, continuo y pesado. Se consigue en el adiestramiento. Se consigue cuando le tienes más miedo al adiestramiento que a la batalla. Cuando odies y temas cada jornada de adiestramiento y aun así no la rehúyas, entonces tendrás dominadas a tus dos sombras. Se acabaron los héroes floridos y gloriosos, los paladines alegres y valientes de los romances. El auténtico luchador no es un campeón gallardo que enamora a las damas, sino un trabajador oscuro y tenaz que se forja a sí mismo en un trabajo

anónimo y solitario. Nadie va a aplaudirle ni a valorarle, nunca. Y eso sucederá día tras día, año tras año, hasta que te mueres de viejo o te matan.

—Pero si odias cada día de adiestramiento y eso va a durar hasta el final… ¿Merece la pena vivir así?

Socrom se encogió de hombros.

—Tal vez no. Eso es algo que cada uno tiene que descubrir por sí mismo. Puede que sea mejor la paz y la comodidad de los hombres pacíficos. Puede que esta vida no esté hecha para ti. Tal vez lo mejor sea dejarlo antes de empezar. A lo mejor es de idiotas meterse en este barco. Piénsalo con calma porque no voy a tener compasión. Mi trabajo será demolerte para luego reconstruirte a partir de los escombros. No es imposible que mueras en el proceso o que quedes incapacitado. A veces ha ocurrido.

Argaut lo miró con los ojos muy abiertos. Socrom continuó:

—Cuando lo hayas decidido puedes avisarme, aunque tomaré el silencio por una negativa. Y si no te crees capacitado no te atormentes, pues los imbéciles se abalanzan sin saber lo que hacen, pero los sabios son capaces de retroceder a tiempo. O no empezar.

Dio la vuelta para marcharse.

—Quiero empezar —dijo Argaut.

Socrom se detuvo y lo miró.

—¿Estás seguro?

—Sí.

El instructor sonrió con maldad y Argaut sintió un escalofrío. Pero también sintió una gran fuerza íntima que le sostuvo.

—Ahora crees estar seguro —dijo Socrom—, pero ya veremos qué piensas mañana. Ven.

Fueron a la armería. Socrom trasteó en un arcón y sacó cuatro bandas de cuero con placas metálicas.

—¿Qué es eso? —preguntó Argaut.

—Lastres. Póntelos en las muñecas y en los tobillos.

Así lo hizo Argaut y le pareció que los brazos y las piernas le pesaban como si fueran de plomo.

—Empecemos —dijo Ugor—. ¿Ves aquel poste, al otro extremo del patio de armas? Irás corriendo hasta él a la mayor velocidad posible y luego volverás a la puerta de la armería. Harás eso cinco veces, sin descanso. Después darás cincuenta saltos seguidos, elevando las rodillas hasta el pecho, o hasta donde puedas.

—Primero he de quitarme los lastres. No puedo correr ni saltar con ellos.

—De eso se trata, de no poder correr y seguir corriendo, de no poder saltar y seguir saltando. De no poder hacer nada de nada, y aun así hacerlo. Llevarás esos lastres cuando te adiestres conmigo y

cuando te acostumbres a ellos te pondré unos más pesados, y no creas que algún día acabará la tortura, porque tengo unas preciosas mochilas llenas de piedras. Vamos, corre.

Argaut lo miró con espanto.

—¡Corre! —bramó Ugor.

A duras penas corrió y después ejecutó los saltos. Le dolían todos los músculos y su cuerpo entero chillaba de agonía. Cada respiración era una cuchillada en los pulmones y creyó muchas veces que iba a ahogarse… Pero lo consiguió. Tras hacerlo, tirado en el suelo sobre su propio sudor y casi con la seguridad de que en efecto iba a morirse de una vez por todas, oyó a Socrom decir:

—Levántate. Vamos a empezar a luchar con los puños.

Argaut lo miró incrédulo y horrorizado, pero extrajo energías de algún pozo de su interior y logró ponerse en pie, con las piernas dobladas y los brazos caídos, tembloroso, chorreando sudor, jadeando, tosiendo.

—Levanta esa guardia.

Argaut trató de alzar los puños, pero le resultó imposible.

—Como quieras —dijo Socrom.

Le dio un puñetazo seco en la cara y Argaut retrocedió mareado, con la boca ardiente y vibrante por el dolor, sangrando por el labio roto, escupiendo en cada jadeo.

—¿Vas a levantar los puños para defenderte de una maldita vez o quieres que te reviente la cabeza con mis puños?

No supo cómo diablos lo consiguió, pero levantó los brazos, aunque sus músculos chillaban de puro sufrimiento.

—Vos… no lleváis… lastres… —gimió.

Socrom abrió mucho los ojos y sonrió con crueldad.

—Una pelea real es como la vida misma: no es justa. Vamos a ver cómo te defiendes, pequeño mamón. ¡Y quiero verte atacar! ¡Aún nos quedan una o dos horas por delante, así que saca coraje! ¡Vamos!

Aquella noche, cuando Argaut se desplomó en el catre, se sentía tan agotado que le costó quedarse dormido. La habitación giraba en torno a él y cuando cerró los ojos todo seguía girando. Era horrible. Se sentía como si le hubieran dado una paliza a conciencia y luego le hubieran pasado un rodillo gigante sobre el cuerpo. Varias veces. No podía pensar con claridad, lo cual le aliviaba, porque era incapaz de enfrentarse a la idea de que mañana tendría que pasar por lo mismo. Socrom le había dicho que a partir de ahora emplearían dos o tres horas al día en el adiestramiento. Si ya tenía suficientes problemas ahora había añadido esta nueva locura a su vida. Se dijo que era un perfecto imbécil.

De pronto, descubrió que había dejado de tener miedo a Urguna y a los niños. Habían pasado a un segundo lugar. Solo temía al

adiestramiento infernal del día siguiente. De un modo drástico, el método funcionaba.

Así pues, para Argaut la vida se convirtió en una nube de dolor y agotamiento, de miembros rígidos y moretones. Los otros niños lo veían quedarse con el cascarrabias de Socrom dos horas cada tarde para ser torturado en sesiones extenuantes de ejercicio físico, así como lecciones de lucha sin armas, o bien con espadas y cuchillos sin filo. Era algo que no podían entender y lo aceptaron como una sandez más de aquel niño tan raro. La primera y segunda semanas Argaut sentía unos deseos espantosos de abandonar, pero algo se lo impedía, algo que no podía identificar, un núcleo confuso y ardiente en su interior. Temía a los otros niños y a los adultos, pero cada vez se escondía menos y al fin comprendió que lo hacía solo por inercia. Siempre estaba cansado, pero iba acostumbrándose a la sensación y empezó a dejar de aterrarle. Su cuerpo se fortalecía, pero sobre todo estaba endureciendo la mente. También se acostumbraba al miedo a Ugor Socrom, y si podía soportar ese miedo comprendió que podría con todos los demás. Incluso empezó a imaginar que algún día, tal vez, ya no huiría de los otros chicos.

Las cosas se precipitaron por sí mismas. Aquel invierno ni el frío ni la nieve ablandaron a Socrom. Argaut era cada vez más rápido y fuerte y podía aguantar más sufrimiento. Estaba libre de toda grasa y ganaba en corpulencia incluso a muchachos que le sacaban dos y tres años. Durante unos cuarenta días gozó de paz porque Arlago había ido a visitar a unos parientes de su madre, pero cuando Arlago volvió contempló con asombro los ejercicios físicos del *Alelado*.

—¿Todavía sigue reuniéndose cada tarde con el maldito Socrom? —preguntó a sus amigos.

—Sí —respondió Laurón—. Socrom le da unas palizas tremendas y él vuelve siempre a por más. Parece que le gusta que le zurren.

—Entonces yo también le daré su ración. Le he echado de menos en Gunflac. Allí no había ningún lerdo al que perseguir.

—Parece cambiado —murmuró Tibal—. Sabe esconderse, el muy zorro.

—Pues de mí no va a escapar. —Arlago se dio un puñetazo en la palma de la mano—. Luego le haré una visita. ¡Venga, vamos a hacer una batalla de bolas de nieve!

Los chicos gritaron con alegría y empezaron a formar bandos.

Cuando Socrom terminó con Argaut el niño rey se aseó en su habitación y se sentó en la cama. Ahora que Arlago había vuelto lo mejor sería dejar la alcoba lo menos posible. Estuvo mucho tiempo quieto, experimentando el sencillo placer de permitir descansar a los brazos y las piernas. Pero el núcleo ardiente le quemaba. Se vistió y salió sin hacer caso a los gritos de alarma en su cabeza. Más temprano

que tarde vio a los otros chicos lanzándose bolas de nieve. Dio la vuelta y empezó a irse.

—¡Ahí está el alelado! ¡Rey Alelado, es un honor veros otra vez! ¡Voy a presentaros mis respetos!

Las voces de alarma le ensordecían, pero sus piernas se negaban a correr. Veía sus pies rompiendo la costra de nieve: primero un paso, luego otro… *¿Son mis pies?*, se preguntó. Empezaba a tener dudas.

La cuadrilla de Arlago lo rodeó.

—Ya te echaba de menos, niño tonto. ¿Qué hacemos con él?

—¡Vamos a tirarlo al suelo y darle de patadas! —gritó uno.

—¡Lo enterraremos en la nieve! —propuso otro.

—¡No! —gritó Arlago—. Os lo habéis pasado bien con él mientras yo no estaba, así que ahora es para mí. Ya no corres. ¿Por qué no huyes, tontorrón?

Argaut sintió el fantasma del miedo, pero era solo eso, un fantasma. Arlago lo contemplaba, sorprendido.

—A mí no me mires así, alelado, que te rompo la boca.

Argaut no respondió. Los otros chicos lo observaban con curiosidad. No podía hablar porque el núcleo ardiente le sofocaba. Laurón y Tibal también contemplaban el extraño suceso.

—¡No me mires así! —rugió Arlago—. Muy bien, idiota, tú te lo has buscado.

Cerró los puños y se le acercó.

Esa noche Urguna hizo llamar a Argaut. Era el mismo salón donde aquella noche, muchas semanas o milenios atrás, le había dado de bastonazos para después encerrarlo en una celda oscura. Estaba sentada en la misma butaca, en la misma posición, y la luz del fuego perfilaba su figura de la misma manera. Sus ojos brillaban como diamantes, pero esta vez Argaut no agachó la cabeza ni desvió la mirada. Era otro.

También estaban allí Arlago y su madre. Al chico le habían vendado la mitad superior de la cabeza y la otra mitad parecía una especie de magdalena de carne amoratada. Los ojos eran dos rendijas entre bollos de carne, la boca era un bulto amorfo y alrededor de la nariz rota se había extendido una mancha oscura que llegaba casi hasta las orejas. Argaut recordó que cuando acabó con él miró a los otros niños y les hizo una pregunta muda. Pero nadie había hecho nada por ayudar a Arlago y tampoco nadie quiso vengarlo, así que Argaut se marchó en silencio, haciendo crujir la nieve bajo sus pies. Ahora, en el salón, Arlago gimió al verlo y trató de farfullar algo, pero su abuela le ordenó callar con la mirada. Isela Belín se levantó furiosa de su silla.

—¿Qué le has hecho a mi hijo, pedazo de bestia? —gritó—. ¿Qué le has hecho a mi pequeño?

Argaut supo que si ella trataba de pegarle le iba a dar la misma ración de puño, y al infierno de Blica con todo.

—Siéntate, Isela, y cállate, y todo es un asco. Yo dirigiré esto. Además, no puede ser cierto. Es imposible.

—¡Le ha pegado!

—¡Cállate, por Braladur! —Isela miró con furia a Argaut, pero obedeció y se sentó—. Vamos a ver si alguien al fin me dice la verdad. ¿Quién pegó a mi nieto Arlago? Él dice, y todo es un asco, que fuiste tú, pero es imposible que un monigote pueda vencer a un Ertalce de sangre limpia. ¿Quién te ayudó?

—Nadie —respondió Argaut.

—¿Cómo es posible eso? ¿Cómo lo hiciste?

Argaut levantó los puños y le mostró los nudillos despellejados hasta el hueso y cubiertos de costras húmedas. Urguna frunció el ceño aún más.

—¡Es cierto! Sé cuándo alguien miente, y todo es un asco. —Se volvió hacia su nieto—. ¿De veras te ha dado una paliza?

—¡Fue a traición, abuela! ¡Me atacó por la espalda y tenía una piedra en la mano! ¡Me dio con el palo una y otra vez!

—¡Eso es falso! —exclamó Argaut—. ¡Él me atacó y le respondí de frente! ¡Fue una pelea limpia!

—¡Malparido! —gritó a su vez Isela—. ¡Deberíamos ahorcarte de una vez por todas! ¡Tienes suerte de ser el maldito rey, porque si no…!

—¡A callar todos! —ordenó Urguna—. Vamos a ver, Arlago, y todo es un asco, ¿te atacó con una piedra o con un palo?

—Eeee… ¡Con las dos cosas, abuela! ¡Tenía una piedra y un palo y…!

—¡Mentiroso! —gritó Argaut—. ¿Por qué no lo repetimos ahora para que todos lo vean? Vamos a pelear de nuevo y así ellas podrán juzgarlo.

—¡No, eso no! —gimió Arlago, y se escondió detrás de Urguna.

La señora del clan le agarró de un brazo y le obligó a salir a la luz.

—¿Pero qué están viendo mis ojos? ¿Tú, un Ertalce, le temes a un Agrate?

—¡Abuela, por favor, no dejes que me pegue! ¡Está loco!

—Eres una vergüenza para la familia, y todo es un asco.

—¿No vais a castigarlo, madre? —Isela señalaba a Argaut, que se preparó para la lluvia de bastonazos y el encierro. Le sorprendía pensar que ya no le daba miedo aquella celda pequeña y oscura. Tan solo esperaba que el aislamiento no durase mucho porque se perdería el adiestramiento de Ugor Socrom.

—A quien hay que castigar es al blando de tu hijo, que nos ha dejado en tan mal lugar, y todo es un asco. —Le dio un bastonazo a

Arlago en una pierna y el chico rompió a llorar—. ¡Y encima berrea como una niñita! ¡Qué vergüenza, por el Sagrado Padre Braladur! Esto pasa por no estar tu padre aquí para darte buenas enseñanzas. —Urguna apuntó con su bastón a Isela—. ¡Tú, Isela Belín, deberías educarlo mejor! ¡Anda, idos los dos de aquí, que me abochornáis, y todo es un asco! ¡Vamos, fuera!

Isela abrazó a su hijo y se fueron.

Cuando quedaron solos, Urguna suspiró y miró a Argaut.

—No te voy a castigar porque no lo mereces. Soy dura, pero justa, y todo es un asco. —Le señaló con el bastón—. No obstante, ten cuidado, jovencito. Estás caminando sobre la cuerda floja.

Argaut continuaba mirándola, impasible.

—Querría pediros un favor.

—¡Tu osadía desconoce límites! ¡Vaya un asco! ¿Qué quieres?

—Pido permiso para consultar la biblioteca.

—¿Quieres leer libros?

—Sí, señora.

—Muy bien. Puedes entrar en la biblioteca si lo deseas, aunque primero tienes que decírselo al teremio. Eres más tonto de lo que pensaba porque leer no hace otra cosa que ablandar a los hombres, y todo es un asco. Lee, lee, rey de pacotilla.

—Gracias, señora. ¿Dais permiso para que me vaya?

—Aún no. —Adelantó su rostro y clavó su mirada gélida en él—. Tienes que responderme a una pregunta.

—Decid, señora.

—¿Era tu madre una ramera?

Argaut guardó silencio durante muchos latidos.

—Sí. Mi madre era una ramera.

—Eres el hijo de una ramera.

—Lleváis la razón, señora Urguna Ertalce. Soy el hijo de una ramera.

Ella indagó en su rostro impasible y en sus ojos duros como piedras. Lo que vio no le gustó.

—Ándate con tiento, hijo de la ramera, y todo es un asco. Lárgate.

Argaut asintió y se fue. Urguna lo vio marchar, inmóvil y pensativa, sin saber que Argaut Agrate, futuro rey del país, acababa de hacerse a sí mismo un importante juramento.

9

—¡Jamás! ¡No os dejaré tocar mis libros y menos aún entrar en la biblioteca!

—Señor, Urguna Ertalce me ha dado permiso —respondió Argaut, lleno de angustia—. Podéis consultarlo con ella si queréis.

—¡Desde luego que lo haré! —respondió Telios Carán—. Le voy a decir que ningún mocoso va a andar toqueteando mis rollos ni mis volúmenes para que los llene de babas, rompa las hojas y cometa otros desmanes.

—¡Señor, no haré nada de eso! ¡Trataré bien los libros!

—No, y no hay más que hablar. Iré a ver a Urguna Ertalce para que os retire el permiso.

Echó a andar para salir del aula, vacía excepto por ellos dos. Argaut notó subir una bola de desesperación por su garganta y la sintió escapar en forma de grito:

—¡Amo los libros! ¡Quiero leer!

El profesor se detuvo. Lo miró. Aquel exabrupto había sonado demasiado sincero.

—¿Por qué queréis leer ahora si nunca dais muestras de interés en mis clases? En este lugar se desprecia la cultura y no puedo permitir que por un capricho estropeéis un solo libro.

—No quise destacar porque los otros niños me pegarían por esa misma razón, porque ellos desprecian la cultura. —Carán calló, Argaut vio la brecha y se metió por ella—. Señor, en la corte de Longaza yo leía cuanto caía en mis manos: historia, filosofía, ciencia, novelas de caballerías e incluso la Gultrutana.

—¡Ja, esto sí que es bueno! ¡Un mocoso leyendo la Gultrutana!

—La he leído dos veces y he leído también los análisis históricos que de ella han hecho Golbos de Belet, Tacur el Sabio y Labrino de Calejur.

Carán lo miró con asombro.

—¿Esto es alguna broma que queréis gastarme entre todos los chicos? Si es así lo pagaréis caro. Es imposible que hayáis leído todo eso.

—En la biblioteca del Palacio Real de Longaza tienen esos volúmenes, señor, y otros muchos. Pasaba todo mi tiempo allí.

—No habéis podido leer la Gultrutana. Ya nadie la lee.

—Ponedme a prueba.

—Está bien. ¿Cómo se llama el Libro IV?

—*La Devastación*.

—¿Quién protagoniza el Libro II?

—El mago supremo cindu Bayaún de Tubda.

—¿Qué fue el Escudo de Pueblos?

—Fue una gran alianza de los cindus y humanos de Escaldrai, el Alto y Bajo Ilnar, el Terem y el Mar de Hierbas para combatir a los *bogrodaru*. Ocurrió durante la II Guerra de los Dioses, alrededor del año 22 antes de la Gultrutana, creo… ¿O no? ¡Sí, fue esa fecha! Y se cimentó en los pactos de Gotagorán y Traiaquil. Además, el Capítulo I del Libro V se llamó también así: *El Escudo de Pueblos*.

Carán estaba atónito.

—¿Quién fue Ernearán III?

—Fue el Dios Emperador de todos los wraglus, el mago más poderoso de su especie y uno de los más importantes hechiceros en toda la historia de Dirtán. Descubrió la *Trañur*, la magia de la Brecha, y usándola contactó con los Exteriores Malignos. Gracias a Ernearán III penetraron en Dirtán el Gusano, el Nido de Serpientes y la Mancha. Ernearán III aparece en casi todos los libros de la Gultrutana, por ejemplo en…

—¡Basta! Realmente habéis leído la Obra…

—Señor Carán, os juro que trataré con un cuidado exquisito todos y cada uno de los volúmenes. Dejadme probároslo.

Lo miró con cautela.

—Está bien. Pero no podréis sacar ningún libro, ni siquiera un legajo. Los leeréis dentro de la biblioteca durante una sola hora al día, estando yo presente, y será por la mañana, con la luz del sol, para que no haya ninguna lámpara a vuestro alcance. Solo hay otra persona a la que le doy tales licencias y es la niña Eldrid Ertalce, pero ella solo quiere romances y novelas de amor cortés.

—Muchísimas gracias, señor.

—Solo por curiosidad, ¿qué otros ensayos sobre la Gultrutana hay en la Biblioteca del Palacio Real de Longaza? Habladme de ellos.

—¡Claro! —Argaut sonrió.

Siguieron conversando de los temas que les interesaban mientras caminaban hacia la biblioteca. Llegaron a las puertas y Carán dudó, pero al final le dejó entrar. Encima de la segunda puerta había un cartel de madera lustrosa con dos criaturas aladas labradas al buril que custodiaban una frase de letras de plata:

No entrará quien no venere el saber.

—Es el lema de todas las bibliotecas teremias —explicó Carán—. Por desgracia, tanto allí como aquí, y creo que en todo Dirtán, son legión quienes no lo veneran. Vivimos en un mundo oscuro y sucio.

—¿Qué son esas criaturas aladas con cuerpo de felino y cabeza de mujer?

—Esfinges. Representan a Tecra, la diosa de la sabiduría; pertenece al panteón de los viejos dioses teremios, eclipsados por Tumar. Pero en el Terem todavía se recuerda con cariño a esas deidades remotas y, aunque ya no se las adore, suelen aparecer en los lugares públicos. Algunos dicen que los antiguos dioses teremios provienen del Ilnar, pero allí también fueron sustituidos por otro dios solar, llamado Sesac. En todas partes cuecen habas.

Argaut lo miró extrañado, pero no respondió.

—Supongo que esta biblioteca modesta no será como la de vuestro Palacio Real —dijo Carán—, pero se hace lo que se puede. Tratándose de Gunabar, me atrevo a decir que he hecho un trabajo loable.

Fueron al salón principal, con ventanales para hacer innecesarias candelas y cirios, enemigos letales de todo bibliotecario. Las paredes eran estanterías que mostraban los lomos de libros vetustos, o bien zonas de pequeños nichos en los que se guardaban rollos, atados con cintas o metidos en tubos protectores.

—Diez mil setecientos ochenta y tres libros —dijo Carán, con orgullo—. Más de la mitad están encuadernados al estilo escaldraio, con pasta y lomo, pero también hay muchos rollos. A los Ertalce no les interesa esto, pero algunos antepasados suyos fueron la honrosa excepción y engrosaron esta biblioteca con el material que compraban a la Escuela de Copistas de Gunabar, que depende a su vez de la Comunidad Sacerdotal del Norte; también enviaron agentes a los mercados del sur para que allí adquirieran libros llegados de oriente. Hay un negocio fuerte de compraventa de libros importados; los clientes son pocos, pero están dispuestos a gastarse cuanto tienen para adquirir volúmenes traídos de zonas lejanas. Para algunos nobles la pasión de la lectura es más fuerte que el vino, el sexo o las drogas. —Suspiró—. Por desgracia, hace mucho que ningún Ertalce se interesa por esto y la señora Urguna no compra un maldito legajo, así que la biblioteca no crece, salvo por los pocos volúmenes que pago de mi sueldo. —Sonrió con amargura—. Vivo con lo puesto, no bebo y no visito las mancebías. Todo lo he invertido aquí. Y no me arrepiento.

Argaut se acercó a los libros. Las cubiertas brillaban, impolutas.

—Ni se os ocurra tocarlos —advirtió Carán, y Argaut asintió.

—Habéis hecho un trabajo excelente. Están todos ordenados por materias.

Carán inspiró con placer y orgullo.

—Este es mi hogar y uno ha de cuidar su casa. Hay una gran sala

de estudio, dos salas de amanuenses y un aula de debates y conferencias. Todo ello está desierto porque hace mucho que los Ertalce no tienen copistas propios. Si quieren transcribir una genealogía o algún libro religioso, por ejemplo, se lo encargan a los sacerdotes gunabareños. Les sale más barato. Aunque yo mismo, de vez en cuando, he transcrito algún libro. Y no me ha quedado mal.

—No lo dudo —repuso Argaut, sonriendo para sí mismo.

—Aquí está el índice por materias —Se acercaron a un facistol de madera donde reposaba un volumen enorme y abierto—. Decidme qué os interesa leer y yo os daré el libro.

—Mmmm, me gustaría una historia del norte del país, con el devenir de sus Casas, y *no solo* la Ertalce… ¿Me entendéis?

Carán sonrió, astuto.

—Queréis algo oficioso, no oficial. Lo tengo. —Pasó las hojas crujientes con cuidado—. Siempre hay cronistas impertinentes que relatan una versión distinta a la de los vencedores. Ajá, aquí está. Empezaréis con *La Magna Sucesión de los Hechos*, de Claus Quenta. Los Quenta fueron enemigos de los Ertalce y estos los destruyeron. Si Urguna o su hijo Rayún supieran de este libro lo harían quemar. Confío en vuestra discreción.

—Juro que no diré nada.

—No juréis. Haced.

Carán cogió el volumen, que Argaut ya miraba con hambre, y fueron a la sala de estudio, vacía, limpia y muy iluminada por la luz del sol. Argaut se sentó en un pupitre. Como tenía prohibido tocar el libro Carán pasaba cada página con una varita cuando el chico se lo pedía. Argaut se sumergió en la lectura. El bibliotecario lo vigilaba con recelo, como una madre que ve acercarse una fiera a su cría, pero al cabo de poco le permitió al joven pasar él mismo las páginas. Carán no dejaba de estudiarlo.

Un reloj de arena medía el tiempo de lectura y cuando expiró el plazo Argaut se restregó los ojos cansados con satisfacción.

—Interesantísimo. ¿Podré seguir leyéndolo mañana?

—Sí, y después os recomendaré otro del mismo jaez. ¿Qué os ha parecido la versión de la batalla de Zoblita? Bastante distinta a la versión oficial, ¿no?

—¡En efecto!

Estuvieron hablando y por primera vez en años Carán extrajo placer de su oficio de enseñar. Cuando agotaron el tema le dijo:

—Algún día os convertiréis en el dueño de todo Brajairi. ¿Qué clase de rey seréis?

—Uno que defienda y extienda esto. —Hizo un gesto con la mano para abarcar cuanto había alrededor—. O al menos, todo lo que me permitan.

—En estos tiempos los reyes parecen vasallos de sus nobles y no al contrario. —Argaut bajó la cabeza. Carán pareció dudar un instante y luego se levantó—. Os concederé media hora más de mi tiempo, no para que leáis mis libros, sino para jugar con vos.

—¿Jugar?

—Esperad aquí.

Se llevó el libro y al cabo de poco volvió con un tablero de cuadrículas blancas y rojas y una caja de madera. Los dos se sentaron frente a frente, separados por la mesa. Carán abrió la caja y empezó a colocar las piezas.

—En algunos lugares le llaman *La captura del rey*. En otros, *Ajedrez*. En el Terem le llamamos *El juego*, a secas. ¿Sabéis jugar?

—Sí, aunque no he jugado mucho.

—A partir de hoy jugaréis conmigo en lugar de hacer el tonto con los otros zagales.

—Preferiría emplear ese tiempo leyendo.

—Creedme si os digo que vais a aprender más del juego que de todas esas crónicas pomposas sobre el buen gobierno de los reyes. Cuando establezcáis la conexión entre el juego y la vida comprenderéis que esto no es solo una diversión. El juego os enseñará a atacar y a defenderos en el momento adecuado, a anticiparos a las personas, a analizar circunstancias y posibilidades y a ver sendas ocultas. Lo difícil es hacer cada cosa en su preciso momento y eso, si tenéis la suficiente sensibilidad, aprenderéis a hacerlo jugando. No creáis que perdéis el tiempo. Yo tampoco lo perderé, pues a los de mi especie les interesa que las gentes como vos gobiernen y que conserven la cabeza sobre los hombros. Además, hace mucho que no tengo contrincante y estoy harto de jugar solo. Bien, basta de cháchara. ¿Qué color elegís?

Cuando Argaut abandonó la biblioteca aún no era la hora de comer y tenía por delante casi una hora para perderse en sus vagabundeos, ahora llenos de esperanza, pero topó con la pandilla de chicos de su edad, aunque sin Arlago. Los miró con serenidad y aplomo y decidió que nunca volvería a huir de ellos, aunque lo mataran.

—¿Quién quiere pelear primero? —preguntó.

Tibal levantó las manos.

—¡Quieto, chico! ¡Venimos en paz! Oye, ¿por qué no vienes a jugar con nosotros? Necesitamos uno más para hacer una guerra de nieve.

Argaut parpadeó, tan sorprendido que no podía hablar.

—¡Lo pido para mi bando! —chilló un niño risueño.

—¡No, que venga con el nuestro! —protestó otro—. Si lanza las bolas tan bien como pelea nos lo quedamos.

—¡De eso nada! —contestó Tibal—. Yo se lo dije primero y viene con nosotros. ¡Venga, vamos, que no tenemos todo el día! ¿Vienes a

jugar o no?

—¡Vale! —respondió Argaut—. ¡Pero si alguien me vuelve a llamar *alelado* o algo así le parto los morros!

—¡Tranquilo! —gritó Laurón—. Nadie quiere que le hagas papilla como al tonto de Arlago! Oye, ¿cómo te llamabas?

—¡Argaut! —respondió, brillante de alegría—. ¿Y quiénes son los míos?

—Pues yo, este, ese y ese otro de ahí, y esos dos, Argaut —contestó Tibal—. A los otros hay que machacarlos a bolazos. ¡A por ellos, mis guerreros!

Los muchachos se dividieron en dos grupos y empezaron a arrojarse bolas de nieve. Argaut se agachó, cogió una pelota blanca y se la tiró a un chico del bando enemigo, haciéndola explotar en el centro de su cabeza.

—¡Toma! —chilló entre carcajadas.

10

El tiempo nunca acababa de derramar sus lágrimas, deshojar la margarita, lanzar olas a la costa, dejar las huellas de sus pies en el barro o detener de cualquier otra manera metafórica su flujo y su devenir. Los años pasaban para el rey, que dejaba los torrentes de la niñez y se internaba en los meandros de la adolescencia. Vivía en su burbuja de lecturas, adiestramiento, juegos, descubrimientos, alegrías, melancolías, pesares, plenitudes, fracasos y logros cotidianos. El torbellino confuso de toda vida humana.

De manera semejante, nada en Dirtán se detenía.

Por ejemplo, la guerra navegó con brío desde sus comienzos; salió entre las piernas de su madre la política y dio sus primeros gritos en cuanto el niño rey fue llevado al norte, por sorpresa y con nocturnidad. Barac Tiyadara no tardó en enterarse y sintió la indignación del ladrón al ser robado. Exigió que el rey fuese devuelto a la corte y se arropó en el tecnicismo de que las Cortes no habían aprobado la marcha del pequeño; dijo que si bien la regente podía mandar, debía guardar las formas. Demayara respondió con otros formulismos, pues unos y otros querían ponerle a la voluntad desnuda el traje de la ley. Barac afirmó que la regente había secuestrado al rey y que se lo había entregado a la Casa Ertalce, y declaró la guerra para devolver la libertad a su hijo, la dignidad al reino, la legitimidad a las instituciones, el honor a la patria, etcétera.

No obstante, previó esta guerra civil incluso antes de que muriera su esposa, así que ya había cerrado tratos y asegurado lealtades con el guante de seda del dinero o el puño de hierro de la amenaza. Su señorío entero estaba preparado para el combate. Además, partieron correos para entrar en negociaciones con los ejércitos mercenarios de Ceiracán y Élamos, con el beneplácito de sus monarcas, que también debían ser comprados. Pero la regente y los suyos tampoco perdían el tiempo, pues reunían sus huestes a toda prisa y rebañaban lealtades entre los nobles. Una nube de mosquitos diplomáticos había volado desde Longaza y zumbaba en castillos y burgos de todo el país. La regente apenas podía pagar, pero prometía bastiones y feudos. Ya se sabía que los Ertalce estaban con ella y que el niño rey casaría con una de ellos. A Brajairi se le rompían las costuras y entre los hilos había una tierra de nadie de señores neutrales tentados por unos y otros.

Tras la declaración formal de guerra los simpatizantes de los Tiyadara fueron expulsados de la capital, aunque la mayoría estaban ya al sur de Telliuna. Todos sabían que Barac querría estancar el conflicto para desangrar al enemigo regio pero pobre, así que la pregunta era: ¿qué haría la regente? Sus generales se decidieron por la rapidez y la agresividad. Antes del verano ya tenían sus fuerzas divididas en tres columnas de ejército cuyo objetivo era invadir el gigantesco señorío Tiyadara, llegar a Estel, su corazón, y cortar de un tajo la cabeza del titán. El Ejército del Oeste estaba liderado por Rayún Ertalce y se nutría sobre todo de sus vasallos y los magos de la Orden de Guzga; desde los Montes Negros dejaría a su izquierda el lago Bosco y se derramaría por entre los Montes del Martillo y la frontera de Bratmur; tomaría castillos y forzaría lealtades para después girar hacia el este y cruzar el Escleborn. El Ejército del Centro estaba dirigido por los hermanos Baor y Guarner Injeca y se alimentaba de las mesnadas Injeca, el Ejército Real y los magos del Alba Dorada; bajaría desde Longaza, cruzaría el Mitzo, conquistaría Telliuna y por último Estel. El Ejército del Este quedó al mando de Gotraigo Tilat y estaba formado por tropas de los Ertalce, sacerdotes norteños de Braladur y magos de las órdenes de Ember, Los Servidores de la Luz y La Espada Negra; descendería por los caminos entre la Sierra de Ortanca y el Río de la Frontera, cruzaría el Río Blanco y el Río Perdido y doblaría hacia el oeste. Los tres ejércitos debían confluir en Estel, núcleo del señorío Tiyadara. Si lo tomaban tendrían casi ganada la guerra.

Pero los planes son un zumo dulce comparados con el vinagre de la realidad.

Al principio las fuerzas de la regente mostraron una energía imbatible. El Ejército Occidental apenas halló problemas hasta Nasa, donde las huestes Ertalce tuvieron que pelear con dureza para rendir el burgo. Luego profundizaron en territorio hostil y tomaron Cham, Becata y Doberán. Junto a los bastiones se rendían alcazabas y motas, pero algunos castillos resistían con tenacidad y en ellos se demoraban semanas, un tiempo y unas vidas preciosos. La columna llegó mermada al Escleborn. Era imprescindible tomar la fortaleza de Tesica porque sería un suicidio dejar esa base enemiga a la espalda. En Tesica ocurrió lo que temían, un asedio enconado que parecía no tener fin, también peligroso porque la zona bullía de enemigos que picaban como avispas. Mientras, el Ejército del Centro salió de Longaza y no halló problemas hasta cruzar el Mitzo. Allí hubo escaramuzas con bandas que huían tras dar sus mordiscos. No obstante, los castillos se rendían al ver llegar la mole. Sin embargo, los Tiyadara habían retrocedido solo para coger impulso y les hicieron frente con un gran ejército al norte de Carsbela. Los hermanos Injeca vencieron, pero fue

un combate reñido e igualado y los rebeldes huyeron sin que las gentes de los Injeca pudieran destruirlos del todo. Los sublevados se atrincheraron en Carsbela y hubo otro asedio interminable, sobre todo porque los magos de la Orden de Telliuna querían fijar a los realistas en ese punto para impedir que llegaran al siguiente objetivo, su propia ciudad. En el este pasó algo parecido. Gotraigo Tilat, *El Viejo Oso,* peleó duro para hacerse con cada castillo: Isenburo, Gocha, Etein, Cingen… Pero sus mesnadas se dieron de bruces contra los lienzos de Escaya.

Entonces cayó el invierno. Sus nieves hicieron impracticables los caminos y todo se detuvo. El temor de los realistas ya era realidad. La guerra estaba clavada al madero con los clavos de Tesica, Carsbela y Escaya.

Durante el segundo año el conflicto se estancó en una guerra de posiciones. Todo resultó aún peor para el bando de la regente porque algunas Casas los abandonaron, sin duda compradas por los Tiyadara. Barac quería dejar que sus enemigos se agotaran y fueran perdiendo apoyos hasta forzarlos a rendirse o aplastarlos en un contraataque demoledor. Además, le quedaba el naipe de los mercenarios extranjeros, una carta que podía arrojar al tapete si todo lo demás fallaba. A pesar de todo, en el este y a finales del verano, Gotraigo Tilat rompió las defensas de Escaya y tomó el bastión. Se le planteó la duda de torcer de una vez por todas hacia el oeste o conquistar primero Visbún para asegurarse las espaldas. Esto era lo más sensato, así que fue a Visbún, donde se preveía otro largo asedio. Pero logró trabar contacto con los enemigos de los Tiyadara en el burgo y unos traidores abrieron las puertas en la noche. Las tropas invasoras penetraron por sorpresa y tomaron la plaza. Una vez asegurada la retaguardia Gotraigo marchó sin demora hacia el suroeste. La suerte le sonreía porque se le unieron algunos señores de la zona y casi trescientos magos de la Orden de Gamota, todos ellos disgustados por el control tiránico de los Tiyadara. Fueron tomados Esclarén y Lirtrón y el Ejército del Este al fin cruzó el Río Perdido para marchar de una vez por todas hacia Estel. Pero llegaron las nieves y el Viejo Oso se detuvo para hibernar.

El Ejército del Centro no tuvo tanta suerte, pues el sitio de Carsbela se estancó. Pronto llegarían las epidemias propias de los campamentos de asedio y sería el principio del fin, así que redoblaron esfuerzos y solo entonces los magos de Telliuna abandonaron a traición a sus compañeros carsbelanos, ya que les interesaba más defender su propia fortaleza. Los hermanos Injeca tomaron la ciudad y luego se dirigieron hacia Telliuna. Este asedio fue aún más difícil. Los telliunenses no se limitaban a defenderse y hacían salidas que devastaban sectores del campamento sitiador para luego volver a la madriguera. En Estel,

Barac Tiyadara empezó a sentirse nervioso y ordenó hacer venir a los mercenarios extranjeros para concentrarlos en la defensa de Telliuna, porque si la plaza caía los enemigos estarían a menos de cinco días de su cuartel general.

El Ejército del Oeste sufrió un revés en Tesica al no conseguir tomarla. Y por si fuera poco, los nobles de la zona se agruparon para auxiliar a los sitiados, junto a ellos dieron la batalla y vencieron a Rayún Ertalce. Por fortuna, los enemigos no lo persiguieron para aplastarlo de una vez por todas, pero Rayún había tenido que romper el asedio y retroceder. El Ejército del Oeste ya solo podía cruzar el Escleborn por algún vado o puente sin defensas, pero entonces tendría a los tesicanos detrás, cortando las líneas de suministro que lo unían al norte amigo; además, perdería los bastiones ganados durante casi dos años de guerra; y para colmo de males, los tiyadaranos les atacarían por la espalda y en territorio hostil. La guerra parecía haber terminado para Rayún y sus gentes, pero la solución llegó casi de milagro, pues Barac Tiyadara ordenó retirar buena parte de las tropas de Tesica para llevarlas a Telliuna, asediada por el Ejército del Centro y amenazada, además, por las tropas cada vez más cercanas de Gotraigo Tilat. Sin perder ni un latido Rayún dejó atrás el castillo de Tesica, medio abandonado y por tanto sin importancia estratégica, y cruzó el Escleborn por los puentes desguarnecidos. La nieve y el hielo dificultaban el avance y aun así Rayún llevaba a los suyos a duras penas por las sendas espolvoreadas de blanco, yendo él a la cabeza de las tropas, sufriendo las mismas penalidades, hundiendo los pies hasta los tobillos en la nieve y rompiendo los charcos cristalizados para beber el agua gélida. Consiguió cruzar también el Cibiya, pero sus hombres estaban agotados. Pronto las fiebres los destruirían, así que Rayún se rindió ante la naturaleza y dio la orden de tomar la mota que dominaba el burgo irrelevante de Salda. El Ejército del Oeste pasó allí el invierno.

El tercer año de guerra fue desgarrador para el bando de la regente, incluso en Longaza. El reino estaba al borde de la bancarrota porque la guerra había engullido casi todo el dinero de la hacienda estatal, ya disminuida tras el saqueo de los Tiyadara. Se cobraron nuevos impuestos y los perjudicados fueron, como siempre, los débiles: artesanos, campesinos y pequeña burguesía. Demayara tuvo que anular algunos tributos para evitar las revueltas, que serían el golpe de gracia en la nación convulsa. Además, había asesinos en la capital. La propia regente sufrió los comienzos de un hechizo, rechazado por los magos que la guardaban, y el maleficio no la mató, pero la dejó afiebrada y temblorosa durante diez días. Otros no tuvieron tanta suerte. El secretario real Elfego Farica fue apuñalado y su asesino murió alanceado por los guardias. También cayó su sucesor

en el cargo, su propio hijo Utrom, por culpa de una flecha envenenada. Un banquero que concedió un préstamo a la Corona fue hallado hecho pedazos dentro de un barril medio lleno de sangre. Después de aquello sería aún más difícil conseguir fondos. La gota que colmó el vaso fue un atentado frustrado contra Aldara, la hija pequeña de la regente, salvada en el último momento por los guardias de palacio y por la aya, cuyo comportamiento heroico salvó a la niña, pero le costó a ella la vida. Demayara ordenó que se removiera cielo y tierra para dar con el cubil de los asesinos. Las milicias concejiles se lo tomaron a pecho e investigaron casa por casa hasta encontrar la madriguera y atrapar a cinco hombres procedentes del Alto Ilnar, uno de ellos un mago. Hubo una lucha, murieron tres asesinos y a los dos restantes se les dio tormento público; a todos se les cortó en cuatro partes que se enterraron por separado para que sus espíritus erraran sin descanso. Hubo cierto sosiego, pero nadie sabía cuándo empezarían de nuevo las muertes.

Demayara comprendía ahora que había hecho bien enviando a su sobrino con los Ertalce, aunque eso le hubiera roto el corazón. Pero tampoco se creía los mensajes de Urguna y todavía no había recibido ninguna respuesta de puño y letra de su sobrino. Los Ertalce no permitieron a ningún cortesano acompañar a Argaut y por tanto Demayara no sabía qué estaban haciendo con él, en qué lo estaban convirtiendo, y eso la angustiaba tanto como tener a su marido en el campo de batalla, o quizá más, pues Guarner era un hombre fuerte mientras que Argaut solo era un niño indefenso y dulce. Todos los días rezaba por él y pedía perdón al espíritu de su hermana. Pero sabía que había elegido el menor de los males…, lo cual no quería decir que fuese un mal pequeño. Sabía que esta guerra ruinosa no podría durar otro año más. O su esposo y los Ertalce la ganaban antes del invierno o pronto estarían todos cebando el hacha de un verdugo a las órdenes de Barac Tiyadara.

En el frente las cosas tampoco iban bien.

Ya empezaban a armarse las compañías libres de ceiracanos y elamosios, compradas con dinero rebelde. Pero Barac empezaba a pensar que debería haber movido esa ficha antes, quizás el año anterior, pues ahora tenía a los hermanos Injeca y a Gotraigo Tilat a punto de caer sobre Telliuna, cuya orden de magos —Barac estaba seguro— entregaría la fortaleza en cuanto hubiera auténtico peligro de expugnación. Barac se impacientaba porque los mercenarios extranjeros tardaban en llegar. Al menos, pudo conseguir un ejército elamosio para contener a Rayún Ertalce, que bajo ningún concepto debía unirse a los Injeca y a su padre. Por tanto, Rayún se encontró de pronto con una fuerza extranjera que venía hacia él, reforzada por todos los pequeños señores locales. No había espacio para la lucha y

tampoco para la huida, así que volvió con sus huestes al castillo de Salda. Durante los dos años anteriores había llevado a cabo todo tipo de asedios y ahora le tocaba soportar uno. Sabía que no podría sostener una defensa larga, pero estaba dispuesto a fijar allí al enemigo para así alejarlo de los Injeca y de su padre, que según los rumores ya estaban cerca de Estel. Rechazó todas las condiciones del enemigo e incluso hizo asesinar a los embajadores para que no les quedara otro remedio que luchar.

Lo que tenía que ocurrir ocurrió: los mercenarios extranjeros no llegaban, así que la Orden de Telliuna abandonó la lucha a condición de que la Corona no tomara represalias y que ni un solo guerrero de la regente entrara en el burgo. A Guarner y Baor no les quedó otro remedio que aceptarlo todo. Ahora tenían el campo libre para ir hacia Estel. Mientras, Gotraigo Tilat decidió no ir en ayuda de Rayún porque ahora lo esencial era tomar la capital enemiga antes de que se presentaran más mercenarios extranjeros. Solo después marcharía hacia Salda. Aquel gambito equivalía a perder un hijo para ganar una guerra. El Viejo Oso y los Injeca unieron al fin sus fuerzas y se aproximaron a Estel, pero se encontraron con una sorpresa amarga: habían tardado demasiado y los mercenarios y el grueso de los guerreros de los Tiyadara se interponían entre la urbe y ellos. Barac Tiyadara no podía dejar de aprovechar una oportunidad tan favorable y ya no quedaba otra opción para los dos bandos que jugárselo todo en una batalla campal.

Aquel nuboso y áspero 15 del noveno de 1571 de la Era de la Gultrutana los dos ejércitos se encontraron en las cercanías de Tecrache, un poblado que habría permanecido en el anonimato si no hubiera sido por aquella lucha, la última gran batalla de la Guerra Civil Brajairia de 1569, o *Guerra del Niño Rey*, pues en ella se peleaba por la regencia durante la minoría de edad de Argaut III. En Tecrache Barac Tiyadara lideraba sus tropas; se jugaba demasiado como para quedarse en Estel, cosa que hasta ahora había hecho. Los hombres debían saber que el futuro señor del país estaría junto a ellos; eso les daría, tal vez, el pico de motivación que traería la victoria a su bando. Al otro lado estaban las huestes combinadas del Viejo Oso Ertalce y los hermanos Injeca. Fue un combate sangriento, largo y reñido, pero al final los realistas acabaron por imponerse y tras el punto de inflexión clave en toda batalla los rebeldes empezaron a retroceder y fueron casi aniquilados. No se pudo atrapar a Barac Tiyadara, que luchó con bravura, antes de escapar cuando las cosas se torcieron, junto a un batallón de sus jinetes.

En la lucha murió Baor Injeca, grandísimo guerrero y maestre de la Orden del Alba Dorada.

Después de Tecrache la guerra quedó sentenciada, pero no murió

del todo. Aún quedaban un puñado de fortalezas, bastiones y burgos que se negaban a rendirse. Después de la batalla las fuerzas vencedoras se dividieron en dos: Gotraigo Tilat marchó hacia el oeste para auxiliar a Rayún, atrapado todavía en la ratonera de Salda por el ejército mercenario elamosio, y Guarner Injeca se quedó para rendir por completo el señorío Tiyadara. Gotraigo no tuvo siquiera que luchar, pues cuando los mercenarios conocieron el desastre de Tecrache se dieron a la fuga. Los sitiados emergieron de Salda enfermizos y medio muertos de hambre, pero con el orgullo intacto. Rayún y su padre se abrazaron y luego se repartieron los lugares rebeldes que habrían de someter y en los que los Ertalce plantarían sus pendones.

En cuanto a Barac Tiyadara, nada se supo de él tras la batalla de Tecrache, ni tampoco de su hija Lisca. Guarner Injeca envió regimientos para exigir la entrega de las armas a los aliados del enemigo en el sur, pero halló las motas y los cuarteles casi vacíos; todos se habían ido junto a su señor. Se rumoreaba que Barac había cruzado con su hija y sus fieles la frontera y estaba en Élamos. Resultaba imposible que todas esas tropas entraran en ese país sin el permiso de los gobernantes, así que Guarner envió diplomáticos a la corte de Élamos para pedir la entrega del vasallo traidor. Pero Balto III el Prudente se encogió de hombros con inocencia y aseguró que en su tierra no habían entrado ni Barac Tiyadara ni uno solo de esos cientos de guerreros que le acompañaban. Los brajairios no tenían fuerzas como para exigir su entrega, así que tuvieron que volver con las manos vacías. Guarner sabía que mientras Barac estuviera vivo no habría auténtica paz en su país y mucho menos en su propio corazón, que ansiaba la venganza por la muerte de dos hermanos.

Aún quedaba el trabajo de consolidar la victoria, toda esa labor organizativa, administrativa y militar que le tuvo separado de la corte durante el resto del año. Pero ya podía decirse alto y claro que la guerra había concluido.

Y con guerra o sin ella, la naturaleza siguió rodando. Llegaron las frazadas y capotes, los aullidos de los lobos en el aire lento y gélido, el musgo cristalino de las rocas, los continentes de bruma, las narices coloradas, las manos frotándose una contra la otra, el castañeteo de dientes y el alivio de la chimenea cuando se dejaba atrás la noche heladora y sus misterios de plata oscura. El invierno llegó en silencio y se marchó en silencio, mágico y terrible, tan hermoso que dolía contemplarlo. La primavera abrió sus ojos brillantes. Los hielos bostezaron, se desperezaron en astillas y bloques y se deshicieron en hemorragias de agua limpia y pura, agua que bajaba por las torrenteras con brío inocente, agua que goteaba de los carámbanos, agua que era sudor frío en las hojas y las flores. Los osos salían de sus

cuevas con los estómagos vacíos y los hocicos preñados de curiosidad. El cielo quedaba salpicado de bandadas vociferantes. Las abejas ronroneaban. Los pinos, robles, tilos y hayas dejaban caer la nieve por entre los dedos. El brezo arropaba las laderas, el endrino sacaba las espinas y el laurel se desnudaba con descaro. Olía a enebro y eucalipto, a hortensia y caléndula, a frescor y humedad embriagadores.

En Gunabar también había pasado el invierno, anciano incluso al nacer, y brillaba la primavera, niña incluso al morir. Volvían los hijos de la guerra, volvían vencedores pero mansos, sin borracheras de éxito. Los cascos de los caballos y las botas renegridas rompían los últimos hielos embarrados del camino. Las puertas del burgo estaban abiertas y por allí entraron, saludados a gritos por niños y viejos. Las mujeres abrazaban a sus esposos, que podían olvidar el miedo, la muerte, el sufrimiento y su propia maldad mientras levantaban a sus retoños y los veían gorjear y patear bajo el sol.

El castillo estaba preparado para recibir a Gotraigo Tilat, Rayún Ertalce y todos los hombres que de allí salieron para luchar en tierras lejanas. Los fámulos, mozos y lacayos estaban ya prestos para tomar los caballos y secarlos y almohazarlos en las cuadras, bruñir las armas y lavar las ropas con la esperanza inútil de arrancar la sangre seca. En el patio de armas estaba la familia, como un pequeño ejército: Gricel y sus hijos Tibal, Laurón y Eldrid; Isela y sus hijos Arlago y Enzora; la anciana Yimera del brazo de la sirvienta Morla, y al mando de todos, por supuesto, Urguna Ertalce, embutida en una pelliza que duplicaba su volumen raquítico. También estaba Argaut, el joven rey por el que se había librado la guerra. Derc Colusc desmontó —él también participó en los combates— y su esposa Gricel lo abrazó con calor y alegría, igual que su hija y los dos muchachos, que no paraban de hacerle preguntas sobre las batallas. Rayún saludó con desprecio a su esposa, que tartamudeó una bienvenida. La niña Enzora rio cuando su padre la levantó en brazos con una carcajada. Arlago estallaba de emoción, pero se contuvo porque deseaba parecer un hombre; su padre se limitó a darle una palmada en un hombro.

—Bienvenido, esposo —le dijo Urguna a Gotraigo, sin tocarlo—. Celebro que hayáis vuelto con vida, y todo es un asco. Debéis informarme sobre los pormenores de la guerra y lo que hemos ganado. Sigo sin fiarme de los Agrate.

—Todo ha ido bien, esposa —repuso Gotraigo, con su cachaza habitual—. La regente respetó los pactos y tenemos lo acordado.

—¡Pactos mal negociados, por Braladur! Tendríamos que haber obtenido más. Lo hicisteis mal, esposo, muy mal, y todo es un asco.

—Ya hablaremos después —repuso él, siempre tranquilo.

—Eso, ya hablaremos, y todo es un asco. —Urguna se volvió hacia

Rayún—. ¡Hijo mío! ¡Qué alegría me da de verte! ¡Me dijeron que llevaste todo el peso de la guerra!

—¡Madre, eso es una exageración! —dijo él, riendo, mientras Urguna lo abrazaba con la cara arrugada por la felicidad—. Padre lo hizo casi todo.

—¡Menos ir a buscarte a tiempo a Salda, según he oído! ¡Te dejó allí abandonado, y todo es un asco! ¡Gracias a Braladur que no te pasó nada!

—Eso no tuvo importancia, madre. Padre tenía que pelear en Tecrache, como bien hizo. Son cosas de la guerra.

—¡Ya sé que son cosas de la guerra! ¿Es que crees que no sé nada de esos asuntos? Si yo fuera un hombre y dirigiera los ejércitos, y todo es un asco, esto se habría solucionado mucho antes.

—¡Jajajá! ¡De eso no me cabe duda! Dejad que os dé otro abrazo, madre… ¡Cada día estáis más guapa!

—¡Zalamero y mentiroso! —protestó ella, aunque sonriente—. Anda, y todo es un asco, vamos todos adentro. Aseaos y vestíos porque esta noche habrá un banquete en honor de los Ertalce, que hemos ganado la guerra.

—Señor Tilat —intervino Argaut, muy serio—, celebro veros con vida. ¿Cómo está mi familia? He oído que mi tío Baor murió en Tecrache.

—¡Niño, deja en paz a los adultos! —increpó Urguna—. ¡Cállate de una vez, y todo es un asco, y no molestes!

Argaut no le prestó atención y siguió mirando a Gotraigo.

—Majestad, es un honor veros de nuevo. En efecto, siento comunicaros que vuestro tío Baor murió. Fue un valiente.

—Os ruego que me contéis todo lo relativo a la guerra, señor.

—Así lo haré, Majestad. Después hablaremos de todo ello.

—¿Queréis dejaros de cháchara? —graznó Urguna—. ¡Todo es un asco! ¡Maldito niño impertinente! ¡Te voy a deslomar a golpes, hijo de la ramera!

Gotraigo miró a su esposa y luego estudió a Argaut, que seguía impasible. Aquella frialdad del muchacho le preocupó.

Morla parecía presa de la angustia y, sin soltar a Yimera, tan temblorosa como de costumbre, llamó a Rayún.

—¡Señor, os lo ruego, atendedme!

—¿Qué quieres, Morla?

—Otra que no para de molestar, y todo es un asco. ¿Qué te pasa ahora, vaca holgazana?

—Mi marido y mi hijo mayor, señor. Iban con vos, en vuestra mesnada. ¿Dónde están?

—Ubore y Caral murieron en el asedio de Salda, pero puedes estar tranquila porque cayeron con honor. Sus nombres serán inscritos en el

libro de la gloria de los Ertalce, en el lugar que les corresponde, y a ti se te dará una pensión vitalicia.

Morla abrió mucho los ojos y la boca, como si alguien le hubiera dado un puñetazo en el estómago. Sus ojos enrojecieron y se humedecieron y sus labios empezaron a temblar.

—No puede ser… No, por Braladur, por favor, no… ¿Los dos? ¿Han muerto los dos?

—Resignación, Morla.

—Morla, no holgazanees y lleva a mi madre dentro, y todo es un asco. ¡Vamos, hace mucho fresco como para tenerla aquí fuera! Y no te entristezcas, que no eres la primera que ha perdido a sus hombres en la guerra. Por ejemplo, yo perdí a mi hijo en la corte de la ramera y aquí estoy, fuerte como un roble. ¡Toma ejemplo de mí, y todo es un asco! Además, todavía eres joven y puedes parir unos cuantos mozos. Ya buscaremos alguien con quien casarte. Lo que te conviene ahora es trabajar sin descanso, y todo es un asco, así que no seas perezosa, lleva a mi madre dentro y ayuda a las sirvientas con la cena. ¡Vamos, chica! ¡No tenemos todo el día!

Morla miró a Urguna como si no entendiera nada. Las lágrimas cruzaron su rostro. Al final echó a andar con la anciana Yimera, haciendo esfuerzos para que sus sollozos no molestaran a los señores, que charlaban muy animados. Sobre todo, se oía la voz alegre de Urguna, agarrada del brazo de su hijo.

Tres semanas después, llegaron diplomáticos de la corte.

Los lideraba Brelán Etgula, uno de los nuevos hombres fuertes de la Corona. Los Etgula eran vasallos de los Injeca y habían estado siempre cerca de los Agrate, sobre todo en los tiempos de los reyes consortes Argaut Injeca y Brelán Ertalce. Pero cuando Barac Tiyadara se casó con la reina Gamira los Injeca y sus aliados fueron apartados para dejar entrar a los fieles al nuevo rey. La llegada de Etgula a Gunabar significaba algún asunto importante y Argaut sospechaba cuál podría ser.

Urguna ordenó al chico quedarse en su alcoba porque no quería que nadie de la corte lo viese. Por primera vez en años Argaut estuvo a punto de desobedecerla, pero al final decidió seguirle el juego.

Brelán Etgula traía un mandato de la regente: dado que la guerra había terminado, que Barac Tiyadara estaba lejos y que por tanto no existía peligro de atentado contra el rey, Argaut debía volver a la corte. Urguna, Gotraigo y Rayún le escucharon en silencio y

respondieron que le llamarían en unas horas para comunicarle su respuesta. Eso no gustó nada al diplomático, pero transigió.

Una vez solos, Urguna sonrió con crueldad.

—Esos Agrate nos toman por necios, y todo es un asco. Tienen la desfachatez de decirnos que el hijo de la ramera debe volver a la corte.

—¿No se lo vamos a entregar? —preguntó Rayún—. Al fin y al cabo, parece ya improbable un atentado contra el chico.

—¡Ja! —exclamó Urguna—. ¿Darles al hijo de la ramera para que olviden lo que pactaron y lo casen con cualquiera antes que con Eldrid? ¡Ni hablar, y todo es un asco! Nos quedamos al chico hasta que cumpla quince años y luego vamos todos a Longaza para la boda. Solo entonces saldrá de aquí.

—Entiendo —murmuró Rayún—. Padre, madre, ¿creéis que la regente de veras rompería el compromiso de su sobrino con Eldrid? Parecen honrados.

—Todos lo parecen hasta que dejan de serlo —respondió Gotraigo—. Siempre se puede encontrar una excusa para romper un pacto y aun así mantener el tipo. Tu madre lleva razón. La regente sin duda prefiere una reina de su corte que a una Ertalce, pues sabe que a nosotros no nos podrá controlar cuando Eldrid esté en el trono. Si no es tonta sospechará que en realidad vamos a ser nosotros quienes dominemos el país.

—Tu padre ha hablado con sensatez, y todo es un asco. Quedan unos dos años para que Eldrid y el hijo de la ramera lleguen a la mayoría de edad. Demasiado tiempo para arriesgarlo todo.

—¿Y qué harán ellos si no se lo entregamos?

—¿Qué van a hacer? —gruñó Urguna—. ¡Aguantarse! Torcerán el morro y ladrarán, y punto. ¡Y todo es un asco! Saben que no pueden arrebatarnos al chico. No tienen fuerzas suficientes para venir por él. Están arruinados y deben controlar lo que han quitado a los Tiyadara, lo cual no es poca tarea. Qué asco.

Rayún miró a su padre, que no decía nada, lo cual cuando hablaba su esposa equivalía a darle la razón. Urguna dijo:

—Al energúmeno ese de la corte le aguantaremos los bufidos con buena cara, pero nada de entregarle al chico. Y todo es un asco.

—Rayún, tu madre y yo debemos hablar —dijo Gotraigo.

El aludido asintió y se fue.

—¿Por qué no está Gricel aquí? —preguntó Gotraigo—. ¿Por qué no la has hecho venir a esta reunión?

—¿Llamar a esa boba? Nuestra hija no sabe ni enhebrar una aguja y no entendería nada de lo que se dice aquí, y todo es un asco. La pobre es más tonta que una oveja. Nos estorbaría.

—Gricel es nuestra hija mayor y heredará el mando de los Ertalce

cuando tú mueras. Debe estar en las reuniones importantes para que aprenda sobre los asuntos de gobierno.

—A mí no me digas lo que se debe o no hacer en mi propia casa —advirtió Urguna. Gotraigo la miraba con ese silencio que a veces la inquietaba—. Hay que ser prudentes, esposo, y todo es un asco. Gricel tiene la cabeza llena de pájaros. Es mejor dejarla al margen. Para gobernar tenemos a Rayún. Él sí que sabe. Cuando yo muera él estará aquí para guiarla.

—Te olvidas de que Gricel será no solo la señora de la Casa Ertalce, sino también la madre de la reina de todo el maldito país. Ten cuidado con tus desprecios, Urguna, porque pueden salir caros en el futuro.

—¿Estás diciéndome que Gricel puede intentar vengarse a través de su hija? ¡Vaya tontería! Si Gricel es una boba nuestra nieta lo es aún más. ¡Se pasa todo el día leyendo romances! Y todo es asqueroso, desde luego. La niña ha salido a su madre y al borracho de su padre.

—Es el padre de la futura reina. Las personas no olvidan ningún insulto, Urguna. ¿Y por qué diablos eres tan agresiva con el chico? Te recuerdo, por si lo has olvidado, que va a ser el rey.

—Gotraigo… —Urguna clavó sus ojos en su marido y esta vez fue él quien desvió la vista—. Eres un buen padre, un buen general y un buen aliado. Escucho tus consejos y los aprecio. Pero nunca olvides que en los Ertalce mando yo. Y todo es un asco.

Gotraigo se puso su coraza de impasibilidad.

—Como quieras, esposa, pero cometes un error despreciando a los que estarán en una posición de poder.

—Los únicos con auténtico poder serán los Ertalce. Ya me aseguraré yo de que así sea, y todo es un asco. —Se ablandó un poco—. No te preocupes, esposo, pues lo mejor para Gricel es quedarse al margen. Es una inútil. Que se dedique a sus labores y no estorbe, y todo es un asco. Rayún será el verdadero líder de los nuestros.

—No es que Gricel sea tonta. Simplemente, no es tu favorita.

Se miraron durante muchos latidos en silencio. Al final, Urguna señaló la puerta con el bastón.

—Anda, vamos a ver al chucho de la regente y a aguantarle la rabieta.

En efecto, Brelán Etgula se indignó y protestó, y casi llegó a amenazar, pero como buen diplomático que era sabía dónde estaban sus límites. Urguna se mostró paciente y respondió con aire resignado, como si le pesara no poder dejar que el chico se fuese.

—Está bien —dijo Etgula al fin—. Me iré de aquí sin el rey y transmitiré vuestra contestación a la regente. Pero no antes de que lo vea.

—¿Por qué?, y todo es un asco. ¿Es que acaso no os fiais de que

esté vivo?

Brelán sonrió con dureza.

—Jamás dudaría de la buena fe de los Ertalce, pero la regente me ha pedido que yo contemple a su sobrino y le transmita una descripción física. Es su pariente, le tiene cariño y hace tres años que no lo tiene delante. Estoy seguro de que vos lo entenderéis, como mujer afectuosa que sois.

Urguna lo miró con los ojos entrecerrados.

—Sea. Pero lo veréis aquí, y todo es un asco, en presencia de todos. No en privado.

Argaut fue hecho venir y Etgula lo estudió. Quedaba ya muy poco de aquel niño ingenuo y dulce, siempre con la nariz metida en sus libros. Ahora tenía ante él a un adolescente alto, fuerte y recio. Lo más sobresaliente era la calma y la dureza de sus ojos. Brelán se dobló en una reverencia como nadie en aquel lugar le había hecho. Un gesto sincero.

—Majestad, os traigo un mensaje de aliento de vuestra tía la regente, que siempre os tiene en su corazón, de su marido el señor Guarner Injeca y de vuestros primos.

—Gracias, señor Etgula. Agradezco vuestra amabilidad y deferencia. Yo también tengo siempre en el recuerdo a mi tía la regente y a su familia. ¿Iré con vos?

—Me temo que no podrá ser así, Majestad —intervino Urguna, con una sonrisa tan falsa que parecía una mueca grotesca—. Tendréis que quedaros en Gunabar hasta vuestra mayoría de edad. Y todo es un asco.

—Aún queda por ver la respuesta de la regente —protestó Etgula.

—Estoy segura, y todo es un asco, de que la regente comprenderá que las circunstancias exigen la permanencia de Su Majestad en Gunabar. Pero que nadie se aflija, pues el tiempo pasa rápido.

Argaut la miró con dureza.

—En efecto, pasa rápido. Señor Etgula, ¿puedo hablar con vos en privado?

—Me temo que no, Majestad —respondió Urguna—. Eso es del todo imposible. Y todo es asqueroso.

—Entiendo —murmuró el rey.

—Majestad. —Etgula clavó sus ojos en él—. Os ruego que me contestéis con franqueza: ¿cómo os han tratado aquí?

—¿Pero qué estáis diciendo? —bramó Urguna, poniéndose en pie —. ¡Aquí se le ha tratado…!

—¡Silencio! —rugió Argaut—. Os lo ordena vuestro rey, señora Ertalce. Este hombre me hizo una pregunta y yo la contestaré.

Urguna estaba atónita, igual que su esposo. Apenas podía contener su ira, pero delante del embajador debía mantener las formas. Se sentó

y asintió, con una sonrisa de labios prietos.

—Señor Etgula —dijo Argaut—, deseo que transmitáis palabra por palabra este mensaje: los Ertalce me han tratado con la cortesía, la gracia y la amabilidad propia de ellos. ¿Lo habéis entendido?

Etgula sonrió bajo el bigote.

—Por supuesto que lo he entendido, Majestad.

—Hay otra cosa. Quiero que les digáis a todos en la corte que yo también los aprecio, no solo a la regente y a su familia, sino también a los funcionarios, a los nobles que los apoyan, a todos y cada uno de los soldados que pelearon por mí y a las familias de los que murieron haciéndolo. Todos los días rezo a Braladur para que me dé la inteligencia y la fuerza suficientes como para convertirme en un rey del que puedan sentirse orgullosos.

El diplomático lo miraba sin moverse. Hizo otra reverencia, aún más profunda.

—Majestad, no tengáis la más mínima duda de que transmitiré vuestro mensaje y de que llegará a todos los rincones del reino.

—Os lo agradezco. No hay más que decir porque a los oídos finos les sobran las palabras.

—Así es, Majestad —dijo el diplomático, con una sonrisa.

Hubo algunas frases de cortesía y cuando el embajador se hubo marchado Urguna le pidió a su marido y a los demás que salieran. Quedó a solas con el muchacho.

—¿He de ir a la mazmorra, señora Ertalce?

—Hasta el momento he tolerado muchas cosas porque solo eres un niño malcriado, y todo es un asco. Pero te estás equivocando conmigo, hijo de la ramera.

—No sé a qué os referís, señora.

—Tú no sabes de lo que soy capaz. No puedes ni imaginarlo.

Argaut quedó inmóvil y su máscara impasible casi se rompió por culpa del miedo.

—Largo —ordenó Urguna.

Él asintió con respeto y se fue.

11

Las horas se transformaban en días, los días en meses y los meses dibujaban años.

El joven rey era respetado por los chicos de Gunabar, pues aún recordaban la paliza que le dio a Arlago. El propio Arlago no le guardaba rencor y a veces se jactaba de la nariz rota y deforme, como si fuera una cicatriz de guerra. Había peleas infantiles, juegos rudos en los que Argaut participaba como uno más, pero nunca tuvo que volver a enfrentarse con nadie porque nadie volvió a menospreciarle. Era el que mejor luchaba, el más rápido y fuerte. Incluso parecía capaz vencer a Tibal. Participaba en las travesuras y chiquilladas, como cualquier mozo…

Pero en otro sentido era distinto a todos ellos. No podían entender por qué perdía más de la mitad de su tiempo libre en aquellas sesiones de tortura física que le imponía Ugor Socrom, ni tampoco su gusto por la biblioteca, donde se reunía cada tarde con Telios Carán. Argaut no intentaba explicárselo porque sabía que sería inútil. Por un lado era un zagal más del castillo y por otro se veía como rey y se preparaba para convertirse en arquetipo y en símbolo. Aquellas dos facetas de su vida se alternaban sin esfuerzo aparente.

Conoció el sexo de manera torpe, como un trámite viril y no como algo que de veras deseara. Los chicos y chicas de la nobleza no se entremezclaban, así que los muchachos acudían a las criadas y las campesinas, que se acostaban con ellos a cambio de un puñado de monedas y a veces ni eso, pues, aunque en Brajairi la esclavitud estaba prohibida, los sirvientes eran de facto propiedad de los señores. Al cumplir catorce años lo llevaron con una muchacha labriega que todos conocían, pero Argaut se negó al reconocer en ella la misma tristeza que ya viese años atrás en la cabaña de un leñador. Le dio dinero a la chica y le dijo que se fuera, sin haberla siquiera tocado. Los otros no lo entendieron, pero ya estaban acostumbrados a sus rarezas. Argaut fue a una mancebía de la ciudad y allí cumplió. Tuvo amantes esporádicas y casuales, pero en realidad no le interesaban mucho las chicas, aunque tampoco las despreciaba, pues intuía en ellas una fuerza distinta pero no menos grande.

Su prometida le parecía un misterio. Pocas veces hablaba con ella porque ya pasó la época en que necesitara alguien sobre quien apoyarse. Empezaba a imaginar cómo sería la mujer con la que iba a

compartir su vida, la madre de sus hijos, su compañera de cama y de gobierno. Eldrid crecía encerrada en sí misma, en sus libros de caballerías y romances, e incluso rechazaba a las otras muchachas. Argaut comprendía que les ganaba en madurez, pues no chillaba ni reía a gritos ni parloteaba sobre los chicos. Parecía meditabunda y triste. En una ocasión la encontró en uno de los balcones de la fortaleza, mirando los bosques y los montes aplastados por el cielo. Argaut se le acercó y ella le sonrió, cortés. Pero estaba lejos, siempre lejos.

—¿Qué estáis leyendo ahora? —preguntó Argaut.

—Algo que no os gustaría, Majestad. El *Barbán* de Griscalo. Un libro de caballerías y amor cortés.

—No lo he leído, pero prometo hacerlo.

—No prometáis por cortesía, Majestad, sino solo porque deseéis cumplir la promesa. Sé que no lo leeréis, pero agradezco vuestro detalle.

—Sois directa —dijo él, quitando peso al comentario con una sonrisa.

—No puedo evitarlo, Majestad. Lo siento.

—Consejo por consejo: no digáis *lo siento* cuando no lo sentís en absoluto.

Ella soltó una carcajada.

—¡Cierto! Me está bien empleado.

—No, soy yo el que merece vuestra lección. Lleváis razón en eso de que no voy a leer el libro. He de confesaros que no soy aficionado a los romances.

—Lo entiendo —repuso ella, y se encogió de hombros—. No tiene importancia. Son cosas de chicas.

Y volvió a mirar hacia el horizonte, no con desdén, sino con una serenidad devastadora. Argaut se sentía incómodo y torpe en este silencio que no exigía nada. De pronto, comprendió cómo debían sentirse algunos de sus amigos ante él: como niños ante un adulto. Sin saber por qué, deseó demostrarle a Eldrid que él también podía hacerse digno ante sus ojos. Pero al mismo tiempo tenía miedo de sonar ridículo e infantil.

—Me gustaría… Me gustaría entenderlo.

—¿Qué?

—Me gustaría entender qué veis en esos libros. Yo… —Buscó las palabras y se encogió de hombros, impotente—. No lo entiendo.

—Queréis saber por qué los leo, Majestad.

—Eso es. Sois más inteligente que todas las otras chicas y chicos juntos de Gunabar y por eso me gustaría saber qué encontráis en ellos.

Ella sonrió, pensativa.

—Majestad, vos pensáis que los libros que leo son absurdos.

—Así es, y perdonad si os ofendo.

—No me ofendéis porque sois sincero, Majestad. Por un lado los romances caballerescos son absurdos porque no reflejan la realidad. Pero por otro lado no lo son. En ellos hay cosas importantes.

—¿Cuáles?

—Por debajo de las palabras y los actos bonitos hay algo. Hay… —Frunció el ceño mientras buscaba el término adecuado—. Hay libertad.

—¿Libertad?

—Libertad para amar a quien se desea amar. Para elegir a la persona con la que se quiere vivir. Y libertad incluso para morir antes que unirse a quien no se ama. Las heroínas de esos libros son capaces de matarse antes que forzar su mente y su corazón. Son libres para ser ellas mismas.

Argaut bajó la mirada.

—Lo siento.

—Vos no tenéis la culpa, Majestad. Es la familia, supongo. El mundo.

—Tenemos obligaciones, Eldrid. Somos lo que somos.

—Somos esclavos —dijo ella, y a Argaut le sorprendió su ira repentina—. Vos y yo vivimos rodeados de lujos, pero estamos enjaulados. Somos mercancía que nuestros padres compran y venden, vacas y toros que emparejan en el mercado para conseguir terneros de calidad. No podemos decidir sobre nuestras vidas. —Sonrió con amargura—. Por eso leo estos libros, para vivir en ellos el amor y la libertad que me han prohibido. Pero también me hacen daño porque me recuerdan lo cobarde que soy. Me hacen sentir baja. Y sucia.

Lo miró con rabia, pero luego desvió la vista.

—Ahora os entiendo —dijo Argaut—. Y os admiro. Pero no hay otra salida que obedecer, Eldrid. No podemos cambiar el mundo.

—Nadie puede cambiar el mundo entero, pero sí podemos cambiarnos a nosotros mismos.

Argaut la miró en silencio durante muchos latidos. Ella volvió a concentrarse en el horizonte. Dijo:

—Os he visto adiestraros con las armas como no lo hace ningún otro chico y sé que visitáis la biblioteca a diario. ¿De veras no queréis cambiar el mundo, Majestad?

Argaut la miró con cierto miedo.

—¿Qué…?

Ella puso una mano sobre la de él y lo silenció con sus ojos y su sonrisa.

—No tenéis que fingir conmigo. Sé que vais a saliros de la senda trazada. Lo respeto. Podéis tener la seguridad de que no me opondré nunca. No, no digáis nada más sobre esto, por favor. No es necesario.

Él sonrió y agarró con aprecio la mano de Eldrid.

—No sabéis cuánto os agradezco esas palabras.

Se preguntó si debía hacerlo o no, pero antes de poder decidir nada había acercado su cara a la de ella. Eldrid le esquivó, ruborizada e incómoda. Bajó la vista y separó la mano.

—No. Tendré que hacerlo algún día, pero no ahora. Puedo ser vuestra amiga y algún día seré vuestra esposa. No me pidáis nada más.

Argaut asintió. Quiso sentirse despechado, pero le resultaba imposible enojarse con ella.

—No volveré a molestaros de este modo. Os lo prometo.

Ella sonrió y la tristeza casi desapareció de sus ojos. Casi.

—Ahora soy yo quien se siente agradecida, Majestad.

—¿Queréis que sigamos hablando?

—No. Quiero estar sola. Soy así de rara. Lo siento.

Hubo una despedida educada y Argaut se marchó con una tormenta de pensamientos en la cabeza.

12

—Esta tarde vendrás conmigo, Argaut. Quiero que veas algo.

Tibal se lo había dicho una vez lejos de los chicos.

—¿Dónde quieres que vaya?

—Por ahora no hagas preguntas. Será una sorpresa.

Argaut buceó en sus ojos y descubrió chispazos de temeridad.

—Está bien, pero debes esperar a que salga de la biblioteca. Tendrás apenas dos horas para enseñarme lo que quieras antes de que volvamos para cenar.

—Nos dará tiempo de sobra. De hecho ya había calculado que debía ocurrir cuando abandonaras tus libros.

—¿Y dónde será? ¿O tampoco puedo preguntarlo?

—Tenemos que ir al burgo. En una puerta de la fortaleza hay gente amiga que no hará preguntas.

Gente amiga, pensó Argaut.

Tibal le dio una palmada en un hombro.

—Venga, no receles tanto. Nos veremos en la esquina norte de las cuadras a la hora decimoctava, ¿vale?

—Vale.

—Y no se lo digas a nadie.

—Soy una tumba.

Llegado el momento, Tibal se encontraba apoyado en el muro norteño de las cuadras. El verano estaba a punto de caer y el tiempo era suave, con ramalazos de calor, así que Argaut se extrañó al verlo con un capote. Tenía otro en el brazo. Además, resultaba sospechoso que hubiera elegido un lugar donde los ángulos de los edificios dibujaban sombras.

—¿Esto es un disfraz? —le preguntó Argaut, con un principio de risa que murió al ver la expresión seria en el rostro de su amigo.

Tibal parecía más adulto que de costumbre; tenía diecisiete años y Argaut catorce, una diferencia abismal entre adolescentes, pero si bien Tibal rechazaba a los chicos más pequeños la excepción era el propio Argaut, a quien trataba con un respeto asombroso.

—Póntelo. No hace falta que subas la capucha; aún no.

—¿Y los otros? ¿No va a venir nadie más?

—Solo vendrás tú.

—¿Es porque yo gobernaré en todo Brajairi el próximo año?

—En efecto. Hay cosas que debes ver. Además, los demás son unos

niños.

—¿Y yo no?

—No —respondió Tibal, sin ironía.

—Muy bien. Guías tú.

—Ven conmigo y no hagas preguntas. Recuerda que no estamos jugando. Esto es serio.

—Está bien.

Echaron a caminar sin llamar la atención por sus capas oscuras, pues los adultos estaban acostumbrados a las locuras de los jóvenes y sin duda pensarían que se trataba de alguna otra diablura. Llegaron a una poterna secundaria de la muralla. Estaba abierta y tenía solo un centinela. Tibal se llevó la mano a la frente, luego a los genitales y por último se tapó los ojos. El soldado miró a un lado a otro, asintió y les hizo un gesto con la cabeza para que salieran.

Argaut sintió un latigazo en el corazón al reconocer la variación ominosa del gesto sagrado: la mano no solo tocaba los centros de poder mental y sexual, sino que cubría también los ojos. *La mano que trae la oscuridad*. Era un signo antiguo y prohibido.

—Empiezas a sospechar de qué se trata —dijo Tibal sin mirarlo, mientras caminaban con rapidez por las calles de la ciudad, que a esas horas empezaban a vaciarse, aunque todavía quedaban paseantes en los parques y la típica chiquillería bulliciosa, concentrada en sus juegos—. Abandona los prejuicios y ten la mente abierta. No digas nada aún, Argaut III de Brajairi, y confía en mí.

—Está bien, pero antes de volver al castillo me lo explicarás todo.

—Lo haré, pero no ahora. Ten paciencia.

Siguieron caminando, cada uno sumido en sus pensamientos. Argaut miraba a Tibal y se decía que durante el último año su amigo había estado distante, lo cual conectaba con su piedad. Tibal frecuentaba los santuarios y templos y se reunía a menudo con los sacerdotes para sostener conversaciones teológicas. Argaut creía en los dioses y los honraba, como hacían todos los escaldraios, pero no pensaba mucho en ellos. Por el contrario, en Tibal la dimensión espiritual era profunda y le daba una madurez que no tenían los otros adolescentes.

Tibal dijo, sin mirarlo:

—En uno o dos años voy a entrar en la Escuela de Sacerdotes de Gunabar.

Argaut levantó las cejas y asintió. Era algo que ya sospechaba.

—¿Y tus padres te lo van a permitir?

—No pueden impedirlo porque soy mayor de edad. Incluso podría irme de mi casa y la escuela se preocuparía de mi alojo y manutención. Si no lo he hecho aún es en realidad por mi familia, ya que mi vocación siempre fue clara. No sé si me entiendes.

—Te entiendo.

—Todos respetan a los sacerdotes y los muestran como ejemplo de conducta, pero a la hora de la verdad ningún padre quiere que un hijo o una hija se inicie como religioso. Es una hipocresía. Mis padres torcerán un poco el morro, pero al final lo entenderán. Mi abuela se mostrará más dura, ya que no le hará ninguna gracia que el hijo mayor de la mujer que la releve en la gobernanza de los Ertalce sea un sacerdote. Pero ha de transigir. Y si no lo hace estoy dispuesto a repudiar a mi propia estirpe y dejarme adoptar por la institución sacerdotal. No sería el primero ni el último. Con el tiempo el liderazgo de los Ertalce pasaría a Laurón y asunto arreglado.

—¿Renunciarías a las riquezas y al poder?

—Hay cosas más importantes que eso. Pero no creo que la sangre llegue al río porque mi abuela ha de darse cuenta de las ventajas que puede tener un dirigente Ertalce conectado con las altas esferas religiosas. No obstante, eso pertenece al futuro, que es cosas de los dioses, no de los hombres. —Miró a Argaut—. ¿Quién sabe lo que puede pasar? ¿Quién sabe dónde estaremos entonces tú y yo?

Argaut lo miró durante muchos latidos.

—No entiendo muy bien tus motivaciones, pero te admiro porque vas a seguir tu propio camino, no el que te marcan los otros. Ojalá yo tenga la fuerza de voluntad para hacerlo.

—No se trata de fuerza de voluntad, Argaut. Hay cosas más grandes que uno mismo, cosas que te superan y contra las que no se puede luchar. Ven.

Se metieron detrás de un seto que los protegería de la curiosidad ajena.

—¿Es aquí adonde querías traerme? —preguntó Argaut.

—No, vamos a otro sitio, pero antes tengo que darte algo.

Sacó de su bolsillo una bolita de tela. La desenvolvió y mostró unos pedacitos de algo oscuro y reseco.

—¿Qué es? —preguntó Argaut.

—Hongos de la visión. Debemos tomarlos.

Argaut retrocedió un paso. Recordó a su propia madre, perdida en los abismos de una mente alterada.

—No los probaré. ¿De dónde los has sacado? No sabía que en el norte hubiera estas cosas.

—Las encuentras si sabes buscar. No creas que los tomo con frecuencia, pero cuando hay una ceremonia es bueno abrir la mente. De otro modo pierdes el significado auténtico. La mayoría de las personas echan un vistazo y perciben cierta grandeza, pero con esta sustancia admirarás la verdad en su estado puro.

—¿Ceremonia? —Argaut estalló al fin—: ¿Pero de qué demonios estás hablando? ¿Y por qué has hecho antes el signo prohibido?

—Quiero que veas… Que asistas a algo importante. Argaut, te prometo que no te sucederá nada malo.

—Pero…

—Si no lo haces por mí hazlo por Brajairi. El rey debe saber lo que ocurre en su país.

Aquello aguijó la curiosidad de Argaut.

—Nunca he tomado uno de esos.

—No es tan peligroso como dicen. Al principio distorsiona los sentidos, pero si lo dejas actuar el delirio desaparece y entonces empieza a descorrerse el velo de la mentira para mostrar la auténtica realidad, oculta para los no iniciados.

—Iniciados en el culto prohibido de Tarumara. El culto del mal.

—¡No! —protestó Tibal, y bajó la voz—: Los falsos han negado el culto de Tarumara, pero al norte, en Urgán, aún se adora a Tarumara y se mantienen las tradiciones gloriosas de la raza escaldraia.

Argaut lo miró con asombro y disgusto.

—He leído sobre el Imperio de Caltac de Urgán y sé que allí aún adoran a Tarumara, como se hizo aquí cuando la religión estaba dominada por los túnicas rojas… ¡Y cuando se hacían sacrificios humanos! ¿Me estás hablando de esas aberraciones?

Tibal sonrió sin alegría.

—La historia la escriben los vencedores y por eso la rama blanca lo ha distorsionado todo, ha cambiado los hechos, ha mentido y ha convertido nuestra religión en un cúmulo de maldades y depravaciones.

—Tarumara es el dios de la muerte y la oscuridad —protestó Argaut, escandalizado—. Es la negrura a la que Braladur venció. ¿Cómo puedes hacer su signo?

—Todo eso forma parte de las mentiras que se han escrito en el Libro de la Verdad. Los sacerdotes de la rama blanca lo tergiversaron todo para convertir a Tarumara en un dios del mal e incluso para hacerlo inferior a su hermano Braladur.

—¿Su *hermano*?

—Tarumara no era anterior a Braladur. No era la oscuridad primigenia. Nació junto a Braladur. Los dos eran hermanos e igual de necesarios para mantener el equilibrio del universo. Ambos coexistían en paz. ¡En realidad aún hoy lo hacen! Pero la rama blanca ha mentido y ha convertido a Tarumara en un dios del mal y a Braladur en un dios del bien. Sin embargo, es tan digno alabar a Tarumara como a Braladur.

Argaut parpadeó incrédulo.

—Me estás diciendo que el Libro de la Verdad es falso.

—No del todo, pero hay mucha mentira en él. La rama blanca cambió lo que le interesaba y borró los trozos originales que hacían

alusión a Tarumara. O mejor dicho, los rescribieron. Al fin y al cabo, los sacerdotes son los únicos depositarios de los textos sacros y tras la guerra contra los túnicas rojas fueron ellos quienes guardaron y transmitieron las enseñanzas. Las distorsionaron en su beneficio. —Puso una mano en el hombro de Argaut—. Lo que te digo ha de parecerte una blasfemia. Por ello debes venir a la ceremonia, verlo todo con tus propios ojos y formarte tu opinión.

—Una opinión adulterada por los hongos.

—Son necesarios. De otro modo no *verás*. —Quitó la mano del hombro de Argaut e inspiró—. No puedo obligarte a venir, pero si ahora te vas no tendrás acceso a una información importante de lo que ocurre no solo en tu reino, sino en la propia estructura de la realidad. ¿Vas a ignorar tal saber?

Tibal conocía mejor a Argaut de lo que este sospechaba.

—Eres un tramposo —concedió Argaut.

—Cómete tu parte y no protestes más. Si no te fías, mírame. —Se metió el pedacito en la boca y lo tragó—. ¿Lo ves? No me he muerto.

Argaut al fin cogió su pedazo, lo masticó con mucho cuidado y lo tragó.

—No sabe a nada.

—Tarda un poco en hacer efecto. No te asustes. Mantén la idea de que todo es transitorio y de que al final lo raro pasará. Vamos.

Echó a andar y Argaut lo siguió, regañándose a sí mismo. Se internaron en un barrio pobre y sucio, poco recomendable, con casas convertidas en escombros, tipos ociosos con el delito pintado en la cara y hembras de la calle ante las cuales las mujeres de las mancebías parecían princesas. Argaut descubría los rincones sórdidos del burgo, lugares incompatibles con un rey. Supuso que todas las ciudades habrían de tenerlos.

—No es el lugar más elegante de Gunabar —dijo Tibal— y por ello es una buena tapadera para lo sublime. Aquí en el norte el culto verdadero tiene muchos seguidores, pero aún hay demasiados bastardos de la rama blanca. Debemos ocultarnos.

Argaut se detuvo al notar una onda que acababa de recorrer las calles y el cielo, arrugándolo todo con suavidad. Le siguió una quietud extraña y un eco remoto e incomprensible.

—Relájate y no tengas miedo cuando las cosas se pongan raras —le dijo Tibal, con las pupilas tan dilatadas que el negro invadía casi todo el disco.

Argaut jadeó al notar que el suelo estaba demasiado lejos. Sintió el tiempo pasar a sus costados y luego a través de él; no lo imaginó o intuyó, sino que lo experimentó en sus propias carnes como una materia sensible, la concatenación exacta de los instantes, uno tras otro, como eslabones de una cadena de la que él era parte. Tuvo la

sospecha de que podría palpar los instantes e incluso controlar su velocidad si lo deseaba. Probó a hacerlo y *saltó* desde un momento —cuando entraba en una calleja— a otro no concatenado —al salir de ella—; su voluntad los había unido sin que mediara separación entre ellos.

—El culto se reúne en ese lugar —Tibal señaló una mansión ruinosa—. Déjame hablar a mí.

Había un hombre en la verja oxidada, un matón, con una mano apoyada en el puño del cuchillo envainado. Cuando vio acercarse a los dos jóvenes los miró con recelo, pero Tibal hizo el signo prohibido y Argaut, tras dudar un poco, lo imitó.

—Pasad —dijo el guardián—. Todavía no ha empezado.

Entraron en el jardín de la casona. La vegetación salvaje se enroscaba en cada barrote, trepaba por los muros y asomaba por entre las baldosas agrietadas Las ventanas eran ojos rectangulares y el umbral una tiniebla a la que le faltaba una de las dos hojas. La fachada de la mansión palpitaba como un corazón oscuro, recortada contra cielos cuyos colores se agolpaban como borrones en el cuadro de un pintor borracho. Los pies crujieron sobre tablones rotos, ladrillos desgarrados y charcos de agua estancada y maloliente. La oscuridad se extendía como una mancha aceitosa. Las formas ganaban filo y crudeza, los contornos adquirían una nitidez que arrancaba la respiración… El borde de una puerta, la aridez de las astillas, una teja, una humedad en una pared, una nubecilla de polvo… Cada cosa anunciaba a gritos que ocupaba su lugar exacto, y aquello, de pronto, tenía una importancia extrema. La sensación de pertenencia tironeaba de la mente. A veces los objetos se expandían y ocupaban grandes porciones del universo, o se alejaban sin moverse de su sitio, o se contraían y achicaban dentro de sus límites. Las esencias intentaban escapar de los contornos que las atrapaban. La inmediatez era arrolladora. Pasaron más ondulaciones suaves en el mantel de la realidad. Argaut abrió la boca, asombrado. Experimentaba una caída. El mundo era un fondo plano de imágenes desprovistas de sentido. Los nombres desaparecían. Sintió miedo, así que rebuscó y al final encontró el *Todo pasará* tranquilizador.

Percibió las voces. Escuchó mugidos agudos y aterradores, como los gimoteos de un niño loco, pero sus dueños eran adultos, aunque desprovistos de madurez y quizás también de cordura. Argaut cayó por un agujero de pedazos de realidad y arriba quedó la voz de Tibal, que le explicaba algo con voz monótona. Hubo un tirón y fue devuelto otra vez al interior de su cabeza. Era un conjunto de manos, piernas y fragmentos de madera carnosa recorrido por venas y haces de nervios. Respiraba fuerte. Sentía la humedad. El miedo, el miedo, el miedo. Las cabezas, tan cercanas y tan lejanas. La muchedumbre. Los gemidos

irreales. Tibal. El suelo, bello y oscuro. Nitidez. Podría perderse en la marea de poros, agujeros, chispas de polvo y soles de tierra.

—Presta atención. Imponte.

Cerró los ojos y estalló una luz. Hubo una sucesión de estrellas, cuadrados y círculos brillantes y coloridos que giraban a velocidad de vértigo. Un núcleo se endureció y lo apresó. Se hizo sólido. Las cabezas y los murmullos. La gente. Capas. Todas oscuras menos una, roja y brillante. En el centro había un hueco y la crudeza escarlata se movía en él: se deslizaba: pasaba. Todos miraban. Todos. Las luces de las velas subían y descendían, eran largas como columnas, lo atrapaban y sentía que iba a ser succionado otra vez, arrojado fuera de sí mismo. *Todo pasará*. Cerró los puños y sintió la tensión de la carne y la presencia protectora de los dedos. Se ancló. Empezaba a dominarlo, pero era como mantenerse en pie sobre una balsa en un río furioso. Voces. Códigos ciegos. Personas. Capas. La rojez en el centro. La cosa atada. Las manos. Los cuerpos en pie, meciéndose, meciéndose. Arrugas. Una nuca sudorosa. Arrugas profundas como simas de un terremoto. Las palabras. Tibal con los ojos entrecerrados, pronunciándolas. La falta de entendimiento lo torturaba. Algo se retorcía, algo chillaba y estaba atado. Sabía lo que era, pero no podía recordar su nombre. El significante rehuía al significado. *Todo pasará*. Angustia contra voluntad. Las oraciones de la cosa roja que tenía una cabeza. No podía darle un nombre. La veía abrir y cerrar la boca, su voz se convertía en gusanos de color y volutas brillantes, vómito de geometrías hermosas que ondulaban en el aire como serpientes de luz. Puntas. Pájaros. Graznidos. Ondas. Puntas. Todo. Pared. Eterna. Dibujos. Edificios. Ciudad. Noche. Arrugas. Sábana. Puntas. Expansión. Recuerdos. Corredores. Pasillos. Túneles. Caída. Través. Lugar. Cenas. Exequias. Cosas. Importancia. Ajeno. Algo. Puntas. Prestado. Flautas. Timbales. Leer. Líneas. Textos. Realidades. Puntas. Alma. Sacerdotisa. Ojos. Gato. Heces. Plata. Orina. Bandeja. Alguien. Ofrenda. Puntas. Puntas. Puntaaassss. Plato. Vísceras. Manos. Gris. Ojos. Encierro. Castillo. Puntas. Punnnnnn. Belleza. Fragilidad. Buscó. Escapó. Agua. Punn. Dedos. Viento. Ramas. Cielo. Puuunn. Púrpura. Amarillentos. Vetas. Nubes. Caras. Caras. Caraaas. Graznidos. Puntas. Puntas. No. No. Nnnn. En su justo lugar. Cada cosa en su lugar correcto. Punn. No. No. El sudor. Sudor. El sudor que. No. Que. Nooo. Nn. Punnnnno. No. Las. No. Ahora. Ahora. Sí, ahora que. Volvía a. Recuperar. Punnn. No. Ahora sí. Ahora. Sí. Apretó. Núcleopunno. No. Ahora sí lo. Recuperaba. Lo. Tenía. No. Lo. Dejaría. Escapar. El sentido. Entero. No. Frag. Fragmen. Fragmentados. En. No. Nnn. El sennn. Puntno. No. El. Sudor. Que. El sudorpunnno. No. El seennnnnn. El sudor. Elsddd. Ssssssdd. Ssssddddd. Sssssssdddddddd. Sddddd. Ssssdd. Sdd. Lo. Atrapó. Que. El sudor queeennn. Apretó. Las. Puntas.

En. Puntas. No. Fuerza. Fuer. Recupernooo. Puntasnoooo. Nnn. Todo paspun. Todo pasarpun. Puntas. Punn. Punno. Pno. No. Todo pasará. *Todo pasará*. Pasó. Se fue. El sudor corría por sus sienes y sus mejillas, cadddddd. Cadddddddddd. Caddd. Cad. Cada gota era. Apretar. Contraer. Connn. El. Contraer. El. Sí. Aho. Ahoooo. Aho. Ahora. Alud en la fachada montañosa de carne. La lengua era una cordillera que se deslizaba sobre el continente del paladar. Los dientes eran planetas. Salió de allí, saltó fuera. Había que establecer jerarquías de percepción. Apretó el núcleo y la ola se fue. Se alejaba, suave y arrulladora, tan peligrosa. Lejos.

Había al menos cien personas, todos con capas o ropas oscuras, todos en pie, pronunciando herejías. Aquello también ocupaba su exacta parcela de realidad. El salón tenía cerradas sus ventanas y puertas y estaba iluminado por velas que esparcían una luz melancólica. Tibal susurraba algo con los ojos cerrados. Todo en su lugar correcto. Argaut experimentó una sensación maravillosa que lo elevó e iluminó. Algunos hombres y mujeres lloraban en silencio, con la sonrisa en los labios. Todo era bello y solemne. Lo único que empañaba esta dicha era saber que más tarde este sentimiento escaparía y que no lo podría recuperar; no solo eso: le asquearía y no querría volver a experimentarlo nunca. Las dos caras de la moneda.

El sacerdote con la túnica roja levantó la daga. El cordero no se movía, pero emitía balidos. El oficiante por fin cobró sentido en la memoria de Argaut; era Obgaro Corriñuco, su maestro en las clases de religión. Estalló otra rojez. El sacerdote gritaba con lágrimas de felicidad en los ojos y todos alzaron las manos, también Argaut. Quería hablar aquel lenguaje sin entenderlo, reír aquella risa y disfrutar con inocencia de esa maldad.

Hubo un desgarrón y se postró de rodillas, igual que el resto. Apretó la frente contra el suelo porque no quería mirar el umbral. Sabía que esto ya no era un delirio. Por la comisura de los ojos percibía una negrura que era luz de oscuridades, un sol tenebroso. Oyó su voz, un sonido incomprensible que contenía la implosión de las montañas, el latir de la tierra profunda, la pesadez de las mareas. La voz los zarandeaba, pero ni siquiera era una voz, sino el eco de un vago pensamiento de un ser divino.

Lo que estaba abierto se cerró y la voz se convirtió en marejada de reverberos.

Se pusieron en pie. En el altar, a la ofrenda no le quedaba ni una gota de sangre en su cuerpo exprimido.

El sacerdote rojo les hablaba con mucha emoción. Argaut quiso sonreír igual que ellos, pero sintió zozobra, luego calma, luego astucia. El dios había tocado su corazón, pero no lo había conquistado. A su lado, Tibal lloraba en silencio. Ahora solo cabía entregarse con

sumisión o luchar con las fuerzas del asco. Cada escaldraio estaba en una cara u otra de la moneda y la decisión ni siquiera era voluntaria. Tibal llevaba razón en una cosa: Tarumara y Braladur eran hermanos e iguales. Pero a la vez eran enemigos condenados a pelear. Y Argaut supo en qué bando militaba él.

La ceremonia acabó y las gentes se fueron marchando poco a poco, sumidas en una calma reverente. Argaut fingía. Aún había ondas de locura, pero lo peor había pasado y solo quedaba el agotamiento. No obstante, estaba acostumbrado a los adiestramientos de Ugor Socrom y no temía al cansancio físico o mental. Por el contrario, Tibal se tambaleaba y Argaut hubo de sostenerlo en una ocasión.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó su amigo.

—Me he sentido feliz —contestó Argaut.

—Ahora ya sabes que Tarumara no es malvado.

—Ahora lo sé.

—Me alegro porque tú serás el rey de Brajairi. Vendrán nuevos tiempos. Acabaremos con las mentiras y la verdad resplandecerá.

Argaut asintió y cuando Tibal lo abrazó no pudo evitar sentirse un canalla.

Caminaron en silencio, de vuelta al castillo. Entraron por la puerta secundaria, donde les esperaba el mismo centinela. Argaut se preguntó hasta dónde llegaría la maldad y la podredumbre, cuántos cientos, quizá miles de personas, de esta región o de otras de su propio reino, hacían con orgullo clandestino el signo de *La mano que trae la oscuridad*.

Tibal le dio otra pelotita de tela.

—Dentro de poco nos separaremos, tú irás a la corte de Longaza y yo seguiré en Gunabar. Pero ahora estamos unidos por un vínculo irrompible. Te doy esto para que puedas abrir de nuevo tu mente. Adiós, amigo mío. Adiós, Majestad.

Le dio otro abrazo y se marchó.

Argaut estuvo a punto de tirar la bolita, pero por alguna extraña razón la guardó en su bolsillo.

13

Allí, en la Sagrada Tipi, la Joya Oscura del Todopoderoso dios Toyu, bella y prodigiosa ciudad paridora del mal y las tinieblas amadas por la especie wraglu, allí, digo, se reunieron los nobles caballeros de pálida piel, corazón sereno y maligno y ojos de ávido bermellón, ojos que veían más allá de las nieblas que ofuscaban la mente de los humanos. Brillantes eran sus armaduras y afiladas sus espadas, viril y altivo el porte, suaves las sedas de color rojo y negro, profundas las sombras de sus capas, sombras que parecían pozos sin fondo y agujeros de tiniebla, cuchilladas en el telón de la realidad. Allí, digo, ¡allí!*, grito con mi voz quejosa y teñida de espanto y de fascinación, estaban los reyes y príncipes de la especie tenebrosa, la que ama la negrura como el hombre ama el sol, los que hacen de cada anochecer un alba radiante. Allí estaban los reyes y príncipes bariquios del Mar de Wronga, con peces y calamares grabados en la armadura y grandes cascos de penachos negros, y allí estaban los twgliyanos del oeste de Urgán, contra quienes los propios y valientes bacacus sostuvieron frecuentes guerras, por conquista de tierras y por herejías y blasfemias de religión. Allí estaban las gentes orgullosas y salvajes de Awacuwa, en el gran bosque de Roldrj, esclavizadoras de hombres escaldraios, constructoras de fortalezas en lo más umbrío de la umbría espesura. Allí, sí, estaban los matalios del bosque de Carjún, y los lepwanos y bilaquíreos de la cordillera de Abrateram, también ellos dejaron sus níveas alturas y las graníticas moles que las coronaban para venir a exaltar a Ernearán III y la malvada Trañur, portal entre mundos y espacios, y allí estaban los tabazulios de las orillas del Mar de Wronga, todos con la cabeza rasurada y espantosos jeroglíficos en el cráneo, el terror de los hombres del Alto Ilnar, ya fueran teremios, escaldraios o nómadas irlúes montados en peludos y ligeros caballos, y allí estaban también los goszagios del río Escurbaj, bravos luchadores, descendientes de aquellos que no solo domaban hombres sino también cindus.*

¡Allí estaban todos, sí, los emperadores y los reyes y los nobles y los paladines y los campeones y los grandes sacerdotes y los brujos y los hechiceros de la gran familia wraglu! En el gigantesco patio de baldosas del palacio imperial de Bacacu, allí estaban, y decenas de miles de guerreros fanáticos esperaban una sola palabra para lanzarse a la guerra y extender la sábana roja sobre el lecho de Dirtán. Por primera vez se unían los wraglus, atraídos por el nuevo poder del que las excitadas bocas hablaban en todas partes, el poder de la Trañur, el portal que atraía entidades a las

que adorar y de las que servirse.

Y todos, reyes y nobles y lacayos, guardaron silencio cuando apareció la alta y majestuosa figura de Ernearán III, emperador de Bacacu, la nación wraglu más poderosa, imperio de imperios. El silencio se extendió como hierro líquido sobre las finas baldosas, el granito pulido, el mármol suave, deleitoso para las yemas de los dedos. En el silencio restallaban los pasos del emperador, como verdugazos sobre la tersa piel del mundo. Y todos bajaron la cabeza, incluso los más orgullosos de aquella raza orgullosa, pues Ernearán III los miró con autoritarios y sabios ojos y sintieron la gloria de la sumisión a un poder mayúsculo, atávico. Ernearán se detuvo y levantó sus manos envueltas en cuero crujiente. Su voz tronó en la estancia y llevó sus palabras hasta los rincones más oscuros… ¿Qué palabras dijo? Yo no las sé exactamente, recuerdo algunas, pierdo otras en el agujero del olvido, se mezclan y diluyen y copulan y hacen su mestizaje de realidad e imaginación y ya no sé cuáles son las verídicas y cuáles las que mi propia mente añade. Le escuché y enloquecí, pues en mi horror estuve allí presente y no podía escapar, un espíritu invisible del futuro entre las capas y los yelmos y las hombreras de acero. Sus palabras son irreproducibles porque las palabras eran lo de menos, eran una delicada seda que dejaba entrever la desnudez que había debajo, y esa desnudez se introducía en las mentes, pensamiento sobre pensamiento, y el viril y grande Ernearán III decía que había un nuevo poder en Dirtán, un poder que convertiría por fin a los wraglus, los Hijos de Toyu el Oscuro, en señores absolutos de este y otros mundos, que los conduciría al destino merecido y hurtado por una broma cruel. Y sus palabras no eran vanas ni vano su mensaje. ¡La guerra y no la paz!*, decía.* ¡La violencia y no la suavidad! ¡El látigo y el puño de hierro y el martillo y la filosa espada y la maza claveteada! ¡El azote, nunca la caricia! ¡Venceréis y venceréis y volveréis a vencer! ¡Vuestra prueba no será el fracaso, sino el éxito! ¡Tragaréis el dulce néctar de los cálices de sangre, y los aullidos de hombres y cindus serán el más armonioso canto en vuestros oídos, y toda piedad y duda quedará desterrada de vuestros valientes corazones, hermanos, vosotros seréis no quietud, sino acción!

¡Triturar bajo las botas los cráneos del enemigo, ver sus ciudades en llamas, devorar a sus recién nacidos, desgarrar y morder el cuerpo de sus mujeres, partirles las articulaciones, tironear de los finos nervios para oírlos aullar de dolor! ¡Que los nudillos de metal conviertan la carne en pulpa húmeda, que los dedos de acero partan sus huesos como ramas de madera seca, que la filosa espada hienda la carne débil! ¡Echar a la hoguera su cultura, su religión falsa, todo lo que más aman para que se consuma y desaparezca, encadenar al prisionero y tirar con fuerza del aro de hierro en su garganta, obligar al mundo a ponerse de rodillas y conquistar, siempre conquistar sin

pedir permiso ni perdón! ¡Proceder con brutalidad, porque la prueba de la fuerza será el exceso de la fuerza! ¡Tal es el dictado del Dios Toyu, *La Oscuridad Que Resplandece,* Nuestro Señor Todopoderoso de la Guerra y la Verdad! ¡El mundo está sucio, sucio de humanos y de los horribles cindus, su fealdad ofende la vista, sus ciudades son pústulas, granos brillantes de infección, bulbos hinchados de pus cremoso y maloliente, tumores, inflamaciones, diviesos y purulencias sobre la piel de nuestro hermoso y amado mundo! ¡Son un insulto contra toda belleza y felicidad! ¡Hay que limpiar Dirtán y ahora tenemos el poder para conseguirlo! ¡Contemplad el futuro! ¡Miradlo porque yo rasgo el velo del tiempo y os lo muestro…!

…Y Ernearán III cantó una canción que desnudaba el alma y la llevaba al éxtasis y el dolor, que entumecía el pensamiento y rompía el carácter para forjarlo de nuevo en una fragua de adoraciones. Cantó una magia distinta a la de la Fuente y algo se abrió ante ellos, una rajadura en el aire que les hizo retroceder y llevar trémulas manos a las empuñaduras de los filosos y brillantes sables. Ernearán III tenía ojos febriles y mandíbula tensa, su canto había terminado y su rostro era el triunfo de la voluntad. ¡Allí estaba la Trañur, una llama ardiente de oscuridad, una ventana a otros mundos, un portal por el que se percibían maravillas indescriptibles, lugares que desafiaban la ley natural y la divina, y los wraglus tuvieron el atisbo de un poder que los maravilló y horrorizó al mismo tiempo, una fruta prohibida que deseaban morder y tragar, envenenándose con su jugo lúbrico…!

…El mago emperador abrió los brazos y vomitó un trueno. La Trañur desapareció, la Brecha se cerró y Dirtán y el universo entero gimieron porque habían sido heridos y violados, y su forzador sonreía con ojos dominantes, allí mismo, el grande y fabuloso Ernearán III.

Y los reyes y príncipes wraglus se arrodillaron ante él y gritaron su nombre con recia voz, y Ernearán III se emborrachó de gloria, sabiendo que aquello no era más que un miserable bocado antes del festín de satisfacciones, gozos, fuerzas y plenitudes, la cascada inagotable de justicia y felicidad para su especie y para él mismo, la grandeza que alzaría el vuelo en el huracanado viento del futuro…

Ese era el principio, los primeros párrafos de la primera página del primer Capítulo del Primer Libro de los cinco que componían la Gultrutana, la crónica épica de unos sucesos que devastaron casi todo el Dirtán conocido, que estuvieron a punto de acabar con el propio Dirtán para erigir desde las ruinas otro Dirtán distinto, gobernado por entidades que provenían de otros mundos, o, mejor dicho, de otros universos, de las brechas que comunican este plano de realidad con otros, unos sucesos medio olvidados ahora, mil quinientos setenta y

tres años después, pero tan importantes en su momento que impusieron un cero en el devenir de los años. La Gultrutana, *la Batalla de los Dioses*, marcó el principio de la nueva era.

Argaut separó la vista del texto. Por los ventanales de la biblioteca aún entraba luz, pero era una luz teñida de muerte. Telios Carán ya confiaba en él lo suficiente como para no vigilarlo mientras leía, así que estaba solo. El maestro se encontraba en la sala de copistas, transcribiendo un poemario filosófico de su tierra, pues la copia original empezaba a sufrir los arañazos del tiempo. Argaut deseaba quedarse allí otra hora más, en este silencio maravilloso. Como a incontables personas antes que él, aquella gran obra le fascinaba en cada relectura. No era solo por el tono grandilocuente y majestuoso de Merlat, no era porque narraba en forma de epopeya trágica unos hechos que sucedieron en este mundo y que unieron a todos los hombres y a la misteriosa especie de los cindus en una lucha por la supervivencia de la luz y todo lo bueno y dichoso que pudiera quedar en Dirtán… Era sobre todo porque al leerla se tenía la impresión de que no eran hechos nacidos de la mitología y la leyenda, sino sucesos *vividos* por el propio autor. Merlat se volvió loco tras escribir la Gultrutana y, atormentado por sus visiones, llegó a arrancarse sus propios ojos para dejar de *ver* los hechos que había narrado. Después duró poco tiempo vivo y su última voluntad fue que quemaran la obra para que los hombres no la conocieran. Por fortuna, no se le hizo caso y en el devenir de los siglos las copias fueron multiplicándose, al principio en la clandestinidad porque los gobiernos intentaron prohibirla, pero después de manera oficial y pública, al ser hechizados por ella los reyes y los sacerdotes de todos los países del Dirtán conocido.

Muchas veces había leído Argaut aquellas páginas. Conocía de memoria la estructura de la obra y el contenido de todos los capítulos de sus cinco libros. Había leído también todos los estudios que sobre ella cayeron en sus manos. Grandes sabios habían hecho de la Gultrutana no solo el trabajo, sino la obsesión de sus vidas. Los comprendía.

Los dedos de Argaut tocaron la bolita de tela. Hacía tres días de aquella ceremonia oscura y todavía no había tirado el pedacito de hongo de la visión, ya duro como la piedra. Se preguntó si aún conservaría sus propiedades. Como otras veces, lo miró durante muchos latidos, pero ahora se lo metió en la boca, lo chupó, mordió y tragó. Se arrepintió al instante. ¿Por qué lo había hecho? Tal vez… Apartó la idea antes de que tomara forma y significado. Suspiró y abrió el libro para seguir leyendo.

Saltaba entre capítulos, tomando de aquí y allá párrafos sueltos, a veces al azar, a veces llevado por un deseo explícito. Experimentó los

primeros efectos cuando se encontraba en el Libro II, *La Bayauntana*, que narraba algunos hechos históricos de la Primera Guerra de los Dioses y, sobre todo, el viaje astral del mago supremo cindu Bayaún. Le mareaban un poco las descripciones de los ámbitos que Bayaún había tenido que cruzar en busca de los tres Exteriores Benignos —el Perro, la Llama y el Aullador—, que habrían de enfrentarse al Gusano, la Mancha y el Nido de Serpientes. Argaut cerró los ojos varias veces. Un sudor frío perlaba su cabeza y ya se arrepentía de su acto irreflexivo. El libro adquiría aquella nitidez filosa. Las líneas de tinta salían disparadas como relámpagos de letras que devenían palabras y se tornaban infinitas, sin salir jamás del borde de la página. La paradoja no solo era natural, sino también necesaria. Argaut se dijo que debía dejar de leer, tumbarse y cerrar los ojos, no hacer nada hasta que los efectos desaparecieran, pero no conseguía apartar la mirada del texto. Estaba siendo absorbido por la página y notaba un rugir amortiguado en los oídos, como si gritara bajo el agua. Sin transiciones, se encontró en el Libro V, que se llamaba precisamente *La Gultrutana* por narrar la última batalla de la II Guerra de los Dioses, los hechos que desembocarían en el año cero de la nueva era. Argaut experimentó una disociación entre su cuerpo y su mente. Sus manos se alargaban en la lejanía. Sintió que empezaba a derramarse fuera de su rostro, pero hizo un esfuerzo de voluntad y se contuvo dentro de sus lindes. Las líneas volaban sin perder su nitidez. Estaba atrapado y de una forma morbosa empezaba a gustarle. Se arrojó fuera de la carne. Sintió miedo e intentó agarrarse a algo, pero ya no tenía manos, ni siquiera cuerpo para su consciencia consciencia consciencia solo una mente descarnada que se precipitaba en el vacío la biblioteca pupitre libros Gultrutana Gultrutana Gultrutana cuerpo y materia dónde cómo oscuridad tiniebla recuerdos nebulosos imágenes madre tía por qué me abandonaste por qué me hiciste venir la oscuridad la piedra la fuerza en cada puño antebrazo codo hombro pecho pierna pie patada defensa lucha no retrocedas jamás crees que el enemigo hijo de la ramera pero algún día yo reinaré maldita vieja y batalla bruma tiniebla el Gusano el horror el horror el horror he de saber no saber penetrar la oscuridad el conocimiento volver regresar dónde estoy calmacalmacalmacalma ¡calma! Calma, calma, calma… Así, así, respira fuerte chico pero con qué puedo respirar si no tengo pulmones ni cuerpo solo oscuridad vacío y y y y yyyyyyy calma! Míralo todo, observa, observa, observa, solo observa…

Caigo, estoy cayendo a través de una negrura, sin cuerpo, pero aún consciente de quién soy, de lo que soy, pero hacia dónde caigo, por qué estoy aquí, preguntas preguntas preguntas y no tengo! Calma. Piensa. Fue la droga. Gultrutana. Libro. Texto. Hechizo de las palabras. Despertó algo en mí. Lo sentía, lo sentía lo

sentíalosentíalosen… ¡calma!, mientras estaba leyendo. ¿Qué despertó? Oh lo veo lo veo lo veo me acerco ¡un tirón! ¡Ya no caigo algo tira de mí tira de mí tira de mí con! con! con! coooon! El muro allí está lo voy a atravesar lo romperé y entonces tal vez cálmate, recupera el control de tu mente se acerca se acerca se acerca lo traspaso el mundo cobra color forma vida sustancia olores viento sigo cayendo a través de las nubes veo la tierra lejana acercándose bajando veloz hacia mí me estrellaré y mi cuerpo qué cuerpo se convertirá en un amasijo de sangre y huesos rotos qué huesos campo de batalla miles y miles de guerreros tropas pabellones una ciudad lejana rodeada de ejércitos enjambre de aceros en torno a un pastel de mármol y altas torres ciudad mancillada ciudad mancillada Macaru es la Gultrutana estoy en ella he viajado voy hacia caigo hacia ellos no me ven uno de ellos el casco el casco la armadura voy a aplastarlo ahí voy ahí ahí ahí ahí ahora soy soy soy soy soy soooyyyyyyyyyyyyyy y y y y y y

Y cierro mi mano sobre la empuñadura de la espada aún envainada, la espada forjada en Pumu, mi ciudad y mi patria, a la que tanto echo de menos. En estos años aciagos de guerra interminable, cuando Dirtán entero se balancea al filo del abismo, cuando nosotros los cindus, y los hombres, y tal vez también los wraglus, no somos más que el capricho y el juguete de unas entidades cuyo poder nos desborda, en esta época, digo, recuerdo mi ciudad, la bella Pumu de las Torres Blancas. Cierro los ojos y me separo de la guerra, la miseria, la suciedad, ese miedo que nos acompaña como un perro fiel o nuestra propia sombra.

Entonces puedo recordarme caminando por las anchas avenidas de Pumu, perdiéndome en los vergeles de la Ciudad del Descanso, paseando en los bosques, meditando en el Jardín de Ayurda, deleitándome con las tonalidades mágicas del Parque de los Colores, perdiéndome en el Jardín de la Luz y la Sombra y viendo el cielo reflejado en la Lágrima de Cin. Sigo caminando con los pies de la imaginación y el recuerdo, andando sobre las baldosas blancas y finas de la Vía del Saber, llegando a la propia Ciudad del Saber. Allí visito los museos: el Hogar del Pasado, el Hogar de la Imagen, el Hogar de la Música, la Piedra Viva, la Academia… Leo poesía en la Biblioteca. Tal vez visito la Plaza de las Palabras para escuchar las discusiones filosóficas de los ciudadanos más cultos y si hay una representación atractiva voy a verla en el Teatro Celeste. Termino la jornada caminando por la Vía del Consejo, sin prisas, dejando que las sensaciones y los pensamientos se sumerjan en mi espíritu, como piedras arrojadas a un lago, y en paz visito el Templo de Cin y rezo a Nuestro Señor Todopoderoso para que esta dicha nunca termine.

Esos recuerdos agradables me sostienen en medio de este caos y

este sinsentido al que llaman *La II Guerra de los Dioses*. Necesito la memoria de una vida tan lejana en el tiempo y en el espacio porque si no tuviera un ancla de cordura y belleza podría hundirme en el mar tormentoso en que se ha convertido Dirtán. Los recuerdos de mi querida Pumu me impiden pensar en los Exteriores, sobre todo en los Malignos. Los sacerdotes de Cin aseguran que no debe uno siquiera rumiar sobre ellos porque hacerlo quita las fuerzas y el deseo de vivir.

Abro los ojos y vuelvo al mundo real, al mundo feo y sucio de la guerra. Vuelvo a ser Esdelda Ereuán Tabil Alcalu, capitán de infantería del Sagrado Decimosegundo Ejército de Pumu, por la gloria de Nuestro Señor el Todopoderoso Cin. Ya no estoy en la hermosa Pumu, sino muy lejos, al noreste, en las cercanías de Macaru, ciudad-estado cindu conquistada por los bogrodarus hace cuarenta años, en la Segunda Ola de la Devastación. Entonces también peleé, pues los pumuítas acudimos al rescate junto al resto de los cindus de todo el Dirtán conocido. Parecía imposible que los bogrodarus hubieran conquistado la orgullosa Macaru, que junto a Tubda y Traiaquil eran Los Tres Gigantes, las ciudades que dominaban nuestra civilización y velaban por su seguridad. Pero los wraglus lo consiguieron y el II Cónclave tuvo que huir a Traiaquil. No pudimos liberar Macaru porque los bogrodarus contaban con fuerzas pavorosas; no solo manejaban a los reidores y los hombres-gusano, sino que habían hecho venir a los padres dragones, que nuestros magos apenas podían repeler. Y los cinco utirigaianos trajeron sus huestes de mirigaianos, que nos atacaban desde los cielos como enjambres de músculo, alas, garras, escamas y colmillos. Fue un desastre y tras grandes pérdidas por ambos bandos debimos retroceder. Allí murió mi padre, un cindu que había vivido en paz durante ciento setenta años; peleó con valor y hasta el último aliento, en una tierra extraña. Allí recibí mi bautismo de sangre, cuando yo era un joven idealista de sesenta y cuatro años. Allí comprendí que la guerra no es el espectáculo glorioso y épico que cantan los bardos, sino una locura de suciedad, miedo y furia. Los hombres aman la guerra más que nosotros y los wraglus son criaturas degeneradas que solo viven para la sangre y el combate.

Después de la desastrosa primera campaña de Macaru fui junto a muchos otros compañeros de batalla a Traiaquil, donde humanos y cindus de Escaldrai, del Alto y Bajo Ilnar e incluso del Mar de Hierbas y del este lejano se unieron para formar el Escudo de Pueblos. Sabíamos que la Devastación también había caído sobre el Terem y sabíamos que en Gotagorán se preparaba otra gran alianza para defender aquella zona. De nuevo cindus y hombres se unían ante un peligro mayor, como en la I Guerra de los Dioses.

Llevo ya cuarenta y dos años sumido en esta guerra interminable. Más de un cuarto de la vida de un cindu y más de la mitad de la de un

humano. Mis dos hermanos también murieron luchando, pero por fortuna para ellos no vieron la llegada de los Exteriores, mientras que yo sí. No vieron… No, mejor no pensar en esas cosas. Hay que desterrarlas de la memoria. Ahora soy el único varón de mi familia, los Ereuán Tabil Alcalu, y sé que mis hermanas y mi madre rezarán todos los días en el Templo de Cin de Pumu, junto a miles de mujeres y niños que piden por la seguridad de los vivos y las almas de los muertos. ¿Volveré a verlas algún día? No lo sé. Pero ya no tengo miedo de morir. He descubierto que la memoria de tus seres queridos muertos en la batalla, tu padre, tus hermanos, tus amigos y todos esos héroes anónimos que pelearon en tu bando, esa memoria te sostiene y te hace fuerte y te impide caer. No es cosa del valor o la abnegación, es una posesión de los muertos sobre los vivos. Si sucumbiéramos en la lucha, si no diéramos la talla, les fallaríamos. Antes la muerte que defraudar a las legiones que sangraron y cayeron antes que nosotros.

Allá delante, a una legua, se encuentra Macaru, nuestro objetivo. Si la recuperamos echaremos a los wraglus del Alto Ilnar y habremos dado un paso decisivo hacia la victoria. Lo que ocurra en los cielos… Ahí ya no podemos influir, solo confiar en que los nuestros ganen. Entre los Benignos la Llama murió y el Aullador se fue de este mundo; de los Malignos, la Mancha y el Nido de Serpientes también desaparecieron. Ahora solo quedan el Perro y el Gusano. Los dos pelean desde hace cuarenta y cuatro días. Deseo no volver a ver a esas dos entidades que vuelan entre las nubes, enzarzadas en un combate que no podemos entender. Una vez pasaron sobre nosotros, sobre Macaru, solo estuvieron una hora ahí arriba y después se fueron, y todos —cindus, wraglus y hombres, y tal vez incluso los cinco utirigaianos— agachamos la cabeza, asustados, y olvidamos nuestras pobres vidas, porque al verlos… Basta.

Cinco años atrás estuvimos a punto de tomar Macaru de una vez por todas, pero los bogrodarus nos rechazaron. En previsión de nuevos ataques los wraglus ordenaron a los reidores y a los hombres-gusano levantar una empalizada. Los látigos caían sin descanso sobre los esclavos y al cabo de poco había un círculo defensivo de troncos, terraplenes y fosos salpicados de estacas aguzadas al que se denominó *El Anillo*. Otro obstáculo. Nuestro ejército de asedio se compone de casi ciento treinta mil guerreros y los bogrodarus tienen unos ochenta mil, de los cuales solo sesenta mil son auténticos y disciplinados guerreros wraglus, pues el resto es chusma de humanos, reidores, hombres-gusano y uotgalas. Pero ellos tienen las murallas de Macaru y los dragones y los lidera Ernearán III, *Mirada Cegadora*, el Dios Emperador wraglu, conquistador de la ciudad de Macaru, a la que ellos llaman *Criliyibara* en honor a Criliyi, el Nido de Serpientes, destruido por el Perro.

Hoy ejecutaremos el asalto decisivo. El Cónclave está decidido a llevar las cosas hasta el fin, ahora que solo quedan dos Exteriores y que dentro de días, horas o incluso latidos uno vencerá al otro o los dos morirían. El destino de Dirtán quedará decidido y para entonces, al menos en la tierra, nosotros tendremos que haber ganado. Habrá ataques de distracción en las Puertas Este y Oeste del Anillo para absorber fuerzas de la Puerta Sur, donde mi propia hueste va a actuar. La lucha se concentrará allí y una vez dentro nos seguirá el grueso de los ejércitos. Todos juntos aniquilaremos a la guardia del Anillo, arrasaremos sus campamentos y continuaremos hasta las murallas de Macaru. Los magos supremos del Cónclave se nos unirán y confío en que puedan vencer a los dragones y abrir boquetes en los lienzos. Nos lo jugamos todo en una sola tirada. Debemos echar el resto y pelear como nunca lo hicimos, debemos ser un ariete imparable y un martillo destructor.

Los del Decimosegundo de Pumu seremos la primera fuerza de choque en la Puerta Sur. Nos lidera el general Eraldu, uno de los Elegidos de Pumu. También nos acompañará el gran mago Galga y veinte de sus sacerdotes de la Fuente. La caballería no serviría de mucho en el primer ataque al Anillo, así que actuará después, cuando la Puerta Sur haya sido echada abajo. La infantería hará el trabajo sucio, no solo cindu, pues nos acompañarán tres contingentes humanos: diez mil escaldraios de Brajairi, doce mil altoilnáreos de Deirás y cinco mil axaltios. Los hombres no son tan duros como los cindus y suelen dejarse influenciar por los horrores del ejército bogrodaru, sobre todo por los dragones y los brujos de la Trañur, pero al menos los escaldraios llevan siglos peleando contra los wraglus del norte y son de fiar. Brajairi fue conquistada durante la Devastación y rebautizada como *Teclat*; allí fueron esclavizados, torturados y devorados los amigos y familiares de nuestros compañeros humanos, en cuyos corazones no hay otra cosa que odio, un odio helado que duele latido a latido y que solo termina cuando se derrama la sangre. Si Pumu cayera como cayó Brajairi, si mi madre y mis hermanas y las torres fueran mancilladas por los wraglus… No quiero ni imaginarlo. Los deiráseos tienen más sangre teremia que ilnaria y también son dignos de confianza, pero los axaltios deben ser vigilados, pues aún no se han curtido en esta guerra; solo espero que su valor no flaquee.

—Llega Eraldu —me dice Aguya, otro oficial de la infantería pumuíta, un buen camarada.

Nuestro general Eraldu camina ante sus tropas. Es uno de los Elegidos y por tanto su fuerza y velocidad son prodigiosas. Le acompaña el gran mago Galga, otro Elegido cuyo don se relaciona con la Fuente. Los dos han visto ya mucha guerra y sus ojos están llenos de acero y amargura.

Nos cuadramos y gritamos su nombre. Eraldu no responde mientras camina ante las filas de cindus envueltos en metal, soldados de infantería pesada con escudo, lanza y espada. Oímos los discursos del general brajairio, que invoca al dios Braladur. Los deiráseos cantan el peán en honor a Tumar, pues son más teremios que ilnarios, y los axaltios rezan oraciones al Etioya, ese río lejano que también moja los pies de mi querida Pumu.

—¡Pumuítas! —grita Eraldu—. ¡Pelead con valor! ¡Hacia la victoria!

—¡Hacia la victoria! —rugimos.

No hay más palabras porque no son necesarias. Juntos, echamos a andar hacia el Anillo.

Al cabo de poco llegamos a las cercanías de la empalizada. Está rodeada por un muro de niebla innatural, como un enjambre de puntitos temblorosos. Hechicería de la Trañur. Entramos en la bruma, que no es húmeda sino seca, tiene un olor amargo e irrita la garganta y los ojos. Apenas vemos lo que hay más allá de nuestro brazo extendido. Los sacerdotes ezstini recitan salmos del Uvón y las oraciones traen calor a nuestros pechos helados. Los ataques en las Puertas Oeste y Este han debido empezar y por tanto habrá menos enemigos en la nuestra, pero ya sabrán de nuestra llegada a pesar de la niebla. Los bogrodarus pueden *olernos.*

—¡Atención! —grita el general Eraldu—. ¡Arqueros y escuderos, preparaos! ¡Las brumas pronto desaparecerán!

Los oficiales transmitimos la orden y los arqueros ponen la flecha en la cuerda, sin dejar de caminar. Nos llegan gritos de furia lejanos. Los enemigos. El aire crepita por culpa de la magia de la Fuente y la niebla se aparta de nuestro camino, como aspirada por bocas invisibles. Gritamos el nombre de Galga y gloriamos a los magos pumuítas, que marchan con las manos levantadas, sumidos en el trance. Vemos el Anillo. Esos malnacidos talaron los árboles del bosque sagrado de Macaru, árboles de siglos de antigüedad que guardaban la sabiduría de la tierra y el agua. Debemos pasar sobre toda esa madera noble y vejada. La Puerta Sur tiene la anchura de cincuenta cindus y sus hojas están forradas de metal y flanqueadas por torres. Pero lo que la hace fuerte son los hechizos. Un enjambre de enemigos se mueve nervioso por los caminos de ronda. Decenas de arqueros nos apuntan. Su griterío crece a medida que nos acercamos. Los humanos de la Brecha vociferan las oraciones malignas del *Emog Aca*, el libro maldito escrito por Ernearán III.

—¡Alzad los escudos! —grita Eraldu.

—¡Magos de Pumu! —grita Galga, y su voz asciende de manera innatural, como un trueno—. ¡Volcad el poder de la Fuente! ¡Volcadlo!

Los magos salen de la formación y apuntan las manos hacia la puerta. El aire cruje y huele a naranjas amargas. La tierra tiembla y se alza en dos olas, como si un gusano gigantesco se deslizara por ella, hasta golpear la puerta. Las planchas de metal se doblan con estrépito, se arrugan, retroceden, y las bisagras chirrían doloridas. Saltan chispas cuando los hechizos de ambos bandos chocan. Aunque abombadas, las planchas siguen en pie.

Empieza el chaparrón: flechas con la punta emponzoñada, virotes de balista y bolachas de onagro. Nuestros arqueros apuntan hacia delante y arriba y disparan, haciendo caer a muchos enemigos. Nos hemos detenido para que puedan disparar y los cubrimos con nuestros escudos. Los proyectiles pican y rebotan en ellos como una granizada letal, pero algunos logran hundirse en el bronce e incluso atraviesan el alma de madera. Galga y sus magos arrojan otra onda, hacen volar la tierra por los aires, el puño invisible se empotra en la puerta y la hoja izquierda queda colgando del umbral, retorcida. Hay magos en lo alto de la empalizada, pero son humanos, no wraglus, así que sus lanzas de fuego y sus relámpagos no hacen otra cosa que deslumbrarnos. Otro impacto terrorífico y las dos hojas de la puerta son arrancadas y vuelan por los aires de una vez por todas.

—¡El paso está abierto! —grita Eraldu—. ¡Avanzad!

Así lo hacemos, sin perder la formación, con el escudo alto y la lanza apuntada hacia delante. Galga y sus magos arrojan llamaradas que barren de enemigos las alturas. El aire se llena del hedor aceitoso a carne rustida. Algunos cindus vomitan hacia un lado sin dejar de caminar. Las flechas caen. Esquivamos a los heridos porque no podemos hacer nada por ellos, un solo rasguño en la piel y la ponzoña inmoviliza y luego mata. El enemigo se crece cuando estamos cerca del umbral, a pesar de que Galga y sus magos siguen abrasándolos con su fuego. Pero nuevas huestes llegan para defender la entrada violada: reidores, hombres-gusano y humanos. Llegan en tromba y nos preparamos para recibirlos. Nuestros magos retroceden, se reservan para el enfrentamiento con los hechiceros wraglus y los dragones. Ahí están los reidores, creados con la sangre del Gusano. No tienen pelo, su carne es blanquecina y nauseabunda, carecen de labios y sus ojos son rojos. Nunca paran de reír, pero sus carcajadas no son alegres y parecen más bien sollozos o gritos histéricos. Pueden volver loco a cualquiera y a veces se los mata solo para que dejen de reír. Ni siquiera callan al ser heridos y en la agonía sollozan una risa queda, tal vez dando las gracias a quien por fin les trae la paz de la muerte. Corretean a dos y cuatro patas y pueden manejar aceros, pero es imposible que actúen con disciplina, así que se arrojan sobre nosotros como un vómito de alimañas. Los hombres-gusano son humanos deformados por la magia de la Trañur que pueden retorcer de modo

fantástico la espalda y que tienen demasiadas articulaciones en brazos y piernas. De ahí su apodo.

Resistimos la embestida enemiga, alanceamos y les obligamos a retroceder. Pero ellos vuelven, golpean y empujan y también nos rajan y ensartan y aplastan. Nuestros Elegidos abren claros en la muchedumbre enloquecida. El general Eraldu maneja su espada a velocidad fabulosa, como un segador de cuerpos. Entramos. Seguimos avanzando sin romper jamás la formación, alanceando con precisión y frialdad. Podemos ver las tiendas y pabellones que salpican la tierra yerma donde estuviera el bosque sagrado de Macaru. Luego el terreno se eleva para levantar la ciudad. Golpes, escudo, empujones, caos, continuar adelante, sobrevivir latido a latido, sangre, siempre la sangre en chorros, hilachas y goterones que te salpican la cara y te obligan a parpadear, que se te mete en la boca, cuerpos cercenados y rajados que en los estertores sueltan la vejiga y las tripas. Esta es la guerra que glorifican los bardos y los poetas, los soñadores de vida regalada y cómoda, esta es la guerra auténtica, sin florituras ni virtuosismo, una bronca abigarrada, torpe, fea y confusa donde se lucha con uñas y dientes, la guerra cruda, majestuosa, hipnótica en su horror descarnado, la guerra que despoja de alma al cuerpo y nos transforma en mecanismos desbaratados y pringosos, la guerra que nos convierte a todos en monstruosidades. Esto es lo que nos enseña la guerra, lo que nos grita a la cara con su voz decrépita y maligna.

La hueste enemiga se retira, pero solo para dejar paso a la siguiente barrera viviente, uno de nuestros peores temores hecho realidad. Los cíclopes. En Macaru debe haber unos seiscientos cíclopes uotgalas y ahora los tenemos ante nosotros, formando una media luna. Cada uotgala mide unos diez pies. Su piel es verdusca, parda o rojiza, y tiene un aspecto terroso. Son masas de músculo y apenas tienen cuello. Su cara cuadrada está deformada por sus pómulos emergentes, la nariz es ancha y aplastada y los labios bulbosos son oscuros. El cráneo se alarga hacia arriba para contener la enorme cuenca del único ojo, de color verde o azul, un ojo de tres párpados protectores, dos horizontales y uno vertical. Sus orejas son bultos de carne aplastada y pegada al cráneo. Se rapan la cabeza, pero sus barbas son largas y mugrosas. Forjan sus propias espadas, mazas y hachas enormes. Están descalzos y su único uniforme es una túnica de estameña. Hace milenios, los uotgalas dominaron Dirtán y esclavizaron a cindus y wraglus, pero hubo una gran guerra de liberación que acabó con la especie. Los supervivientes se escondieron en bosques umbríos o en cordilleras inaccesibles y allí malvivieron, embruteciéndose, deslizándose por la cuesta de la extinción. Los que vemos salieron de sus escondrijos al oír las promesas de los magos de la Trañur y ahora sirven al Gusano. Son los descendientes degenerados

de aquella gran civilización, están medio locos y más que hablar, mugen. Sus mentes oscuras viven para la violencia, esa violencia torva y sin sentido, propia de los imbéciles.

Nos detenemos, impresionados. Por entre los cíclopes corretean como lagartijas los reidores y los hombres-gusano. No hay un solo wraglu porque ellos se reservan para el final.

El general Eraldu levanta su espada y señala hacia delante.

—¡Arqueros, disparad!

Así lo hacen. Los uotgalas se cubren con los escudos. Las flechas les hacen sangrar, pero no los matan, excepto cuando se hunden en su punto débil: el ojo; entonces caen sobre las rodillas para morir al cabo de unos pocos latidos. No esperan otra andanada, sino que echan a andar de una vez por todas. Levantamos los escudos y también avanzamos. Los monstruos no saben apenas guerrear, no tienen táctica y pelean por separado, pero cada uno de sus golpes aplasta el escudo y desgracia a su dueño. Los rodeamos y les clavamos las lanzas en los muslos y las pantorrillas.

—¡Los tendones! —grita Eraldu—. ¡Cortadles los tendones de las piernas!

Da ejemplo tajando tobillos y corvas y los monstruos caen como árboles talados. Pero incluso en el suelo siguen luchando y vociferando esos rugidos que llegan al tuétano de los huesos. Los atacamos como las hormigas a la avispa. El resto del ejército invasor entra. Vienen en nuestro auxilio y entre todos, al fin, acabamos con los uotgalas y exterminamos a los hombres-gusano y los reidores.

Echo un vistazo alrededor y encuentro un panorama infernal, un campo de cadáveres de humanos, cindus, hombres-gusano, reidores y uotgalas. Las llamas devoran las lonas enemigas. Nos llega el rumor de combates menores y pasan formaciones de cindus y humanos, que al vernos asienten con respeto. El cansancio me ha dejado la mente yerma y me cuesta pensar con claridad, pero me obligo a gritar órdenes. Hacemos el recuento y compruebo que hemos perdido la mitad de nuestros cindus. Ha sido un precio muy alto por abrir la Puerta Norte, pero los humanos pagaron uno aún mayor, pues los axaltios y deiráseos han quedado reducidos a un tercio y los bravos escaldraios perdieron incluso más hombres.

Crece un murmullo excitado y muchos dedos señalan hacia las torres blancas de Macaru. Allí hay un enjambre de sombras aladas. Los dragones vuelan sobre la ciudad y se preparan para el ataque. Y son los pequeños, los mirigaianos. El miedo aumentará cuando veamos las grandes moles de sus padres, los cinco utirigaianos. Por primera vez, me alegro de que los magos no nos ayudaran en la batalla. Necesitarán todas sus energías para enfrentarse a ellos.

Viene Eraldu, cubierto de una costra de sangre enemiga. Le doy el

parte de las fuerzas que nos quedan.

—Capitán Esdelda, llevaréis a vuestros guerreros a retaguardia para descansar y reponerse de las heridas. El Decimosegundo ha cumplido y es tiempo de que otros trabajen.

—¿Y vos, mi señor?

—Soy un Elegido y aún tengo fuerzas para combatir. Se me necesita en la vanguardia.

—Dejadme ir con vos. Aún puedo seguir luchando.

—Estáis cansado y merecéis reposo.

—En cuanto recobre el aliento podré manejar la espada. Se necesitará el mayor número de brazos posible para tomar la ciudad.

Eraldu clava sus ojos en los míos.

—Como deseéis, pero estaréis en un ejército humano de retaguardia, no porque dude de vuestro valor, sino porque en vanguardia solo puede haber tropas frescas. ¿Entendido?

Pelear en una fuerza atrasada de humanos es humillante, pero Eraldu tiene razón; a veces el cuerpo llega al límite en medio de una batalla campal y entonces, de pronto, puedes caer agotado. No puede arriesgarse a que eso nos ocurra estando en la vanguardia.

—Sí, mi señor. Hay algo más, mi señor.

—¿Qué?

—Quisiera saber cuántos de mis infantes querrán seguirme.

—Como queráis, pero también irán con vos en la retaguardia.

—Entendido, mi señor.

—Muy bien. Nos veremos cuando todo esto haya acabado con nuestra victoria.

Se marcha para unirse a los otros Elegidos cindus. Veo pasar, lejano, un centenar de caballeros de armadura roja y negra. Son los magos supremos del Cónclave, los más poderosos del ejército aliado. Nuestro cerebro. Si hoy caen la guerra habrá concluido. Nos lo jugamos todo en la apuesta. Me vuelvo hacia las gentes del Decimosegundo para preguntar quién quiere presentarse voluntario para continuar luchando. Como esperaba, todos desean venir. Los axaltios no se unen y de los deiráseos apenas la mitad quieren seguir peleando cuando pueden descansar; pero ni un solo brajairio rehúsa la invitación. Para un escaldraio no hay peor ofensa que la cobardía, así que los acepto a todos.

Así, las huestes aliadas avanzamos a través de lo que antaño era el bosque sagrado de Macaru, ahora convertido en un yermo de cenizas, pues los bogrodarus primero talaron y luego incendiaron. Es desolador. Mis gentes y yo estamos inmersos en un conglomerado de tropas humanas de diferente procedencia: irlúes del Mar de Hierbas, escaldraios de ojos azules y barbas rubias o rojas, tarengos de ojos rasgados y pómulos salientes, altoilnáreos de Mis y Yamuirán,

bajoilnarios de Mahtaquir, con la tez más oscura por su mestizaje con la raza goramia de los desiertos, telnegios del Mar de Izuln, descendientes de conquistadores del Terem, axaltios de Omtabarón, e incluso hay hombres de la raza negra nenwili, procedentes de Awariyi, gigantes de ébano y rostro impenetrable con armaduras de bronce y sables y lanzas de acero. Echamos miradas lúgubres hacia los mirigaianos, aún dando vueltas sobre las torres de Macaru, ávidos de lucha pero sujetos por la voluntad de los cinco utirigaianos. Sus gritos remotos parecen maullidos. El rumor se extiende por todo el ejército, transmitido desde la lejana vanguardia: las puertas de Macaru ya están abiertas y por ella salen mesnadas de luchadores de armadura negra como el ala de un cuervo. Son las *Legiones de la Muerte, El Orgullo de Bogrod, el Azote del Gusano, La Espada del Dios Emperador*…

El ejército wraglu.

Buscan la batalla campal. Cada wraglu vale por dos humanos y sus magos son tan poderosos como los nuestros. Y tienen a los malditos dragones.

Hay algo aún peor. Ya se sabe que Ernearán III va a la cabeza del ejército bogrodaru. Se le reconoce incluso a la distancia por sus dos ojos brillantes y cegadores, como faros en la tiniebla, esos ojos que según la leyenda consiguió tras arrancarse los que antes tenía y darlos en ofrenda a los utirigaianos del Monte de la Agonía, en la Barrera del Mundo, el confín norteño de Dirtán. Ernearán III descubrió la magia Trañur y abrió el portal entre los universos, él trajo al Gusano, la Mancha y el Nido de Serpientes, él provocó las dos Guerras de los Dioses y al final de la primera mató en duelo al mago supremo Bayaún, líder del Primer Cónclave y descubridor de los Exteriores Benignos. Ernearán III es inmortal y es, tal vez, un dios menor. En las mentes de hombres y cindus sus poderes crecen y parece capaz de cualquier cosa. El cebo del Cónclave es demasiado apetitoso, así que Ernearán III ha aceptado el desafío. Espero que nuestros líderes sepan lo que hacen.

Los generales dan sus órdenes y los mandos de la tropa las transmitimos a los soldados. El terreno baja en una pendiente ligera hacia los llanos de labrantío que rodean la ciudad, así que la retaguardia se encuentra lo bastante elevada como para que podamos ver con claridad el ejército bogrodaru. Distingo tropas de jinetes que montan caballos endemoniados e infantes en cuadros perfectos. Ya no nos enfrentaremos a una chusma degenerada, sino a un ejército disciplinado, valiente a pesar de su maldad. Sus movimientos son precisos y su silencio resulta más amenazador que el alboroto de la gentuza. Los wraglus siempre esperan hasta el último momento para empezar a gritar y entonces sus chillidos paralizan el corazón y congelan la sangre en las venas. ¿Cuántos son? Unos sesenta mil, tal

vez. Nosotros los doblamos en número, pero quedan por salir los mirigaianos y sus padres, los cinco utirigaianos. Los dos bandos estamos formados en orden de batalla, con la disposición clásica del grueso de la infantería en el centro y las caballerías en los costados. Dada su inferioridad numérica ellos han alargado la formación para impedir que los rodeemos por las alas y por ello tienen menos profundidad. En el choque de infanterías espero que los nuestros puedan atravesarlos y envolverlos en bolsas letales.

Suenan las últimas palabras de ánimo y las últimas oraciones. En nuestra vanguardia veo los diferentes ejércitos cindus, procedentes de las ciudades de Traiaquil, Tubda, Cesla, Soldrani, Vimar, Dulca, y, por supuesto, los supervivientes de la caída Macaru. También están allí los humanos suscritos al Escudo de Pueblos: altoilnáreos de Tendri, Temulaiya, Élamos y Belet, así como exiliados de Cutnaya y Ceiracán, conquistadas durante la Devastación y rebautizadas por los wraglus como *Cragta* y *Wrulja*; irlúes de los pequeños reinos de Bardiya, Ustrag, Dagabai y Lalbi, también conquistados e integrados en un gran país wraglu llamado *Bucrala*; bajoilnarios de Amana, Letara, Sespu, Pula y Amayuripán; y tropas procedentes de los países goramios de Dumai, Selaya y Tamua.

Al otro lado de la llanura nos esperan los wraglus de sus distintas naciones de oriente, pues los occidentales están enzarzados en el asedio de Gotagorán. Ahí abajo hay wraglus awacuwanos del bosque de Roldrj, bariquios del Mar de Wronga, lepwanos y bilaquíreos de la cordillera de Abrateram, tabazulios del Alto Ilnar y los conquistadores de Wrulja, Teclat, Cragta y Bucrala. Todos visten de negro, pero hay diferencias sutiles en sus uniformes, armaduras y pendones. Los lideran los orgullosos guerreros del Imperio bacacu de Urgán Oriental, de donde procede Ernearán III. Puedo distinguir al propio Dios Emperador, con su guardia personal de magos guerreros de la Trañur. En la lejanía son apenas unos muñequitos a caballo que pasan por delante de las filas wraglus, provocando un clamor de voces emocionadas, pero incluso desde aquí puedo sentir el poder que emana de ese gran hechicero, uno de los más fuertes de Dirtán, si no el que más.

Aguardamos la señal de ataque. ¿A qué esperamos? No lo sé. La espera siempre es horrible.

Cindus, wraglus y humanos miramos hacia arriba y agachamos la cabeza, pues podemos *intuirlos* aun antes de oírlos o verlos. El cielo encapotado cruje, pero no hay relámpagos, y el mismo aire parece romperse ante la presencia de seres que no son de este mundo o incluso de este universo. Aparecen a cientos de pies de altura. Muchos guerreros gritan, algunos tiemblan, otros se encogen y murmullan su espanto.

Son los Dioses del Exterior. Los *Gultru*.

El Perro y el Gusano parecen dos nubes más grandes que la nube más grande. La extensión de cada uno abarcaría diez batallas como la nuestra, o más aún. Nadie sabe de qué están compuestos; a veces de icor, a veces de gases, a veces de fuego y energía, a veces de una materia inclasificable ante la que solo podemos quedar fascinados, y casi siempre de una mezcla de todo ello, una mezcla que rebasa la suma de las partes. Ante ellos la realidad se retuerce como una toalla empapada entre los brazos de la lavandera, el tiempo se acelera o ralentiza y es posible ver un moscardón volar con lentitud o una brizna de hierba crecer a velocidad prodigiosa. Algunos han envejecido años en horas solo por estar a la sombra de los Exteriores. ¿Cómo describir a los dos Exteriores más poderosos? Solo de manera vaga parecen un perro de seis patas y un gusano gigantesco, pues la *carne* de sus cuerpos palpita y se destruye y regenera sin cesar. Sobre ellos se mueven olas de un mar bravo y cúmulos de materia terrosa. A veces son opacos y a veces son translúcidos y muestran su interior, un aglomerado de criaturas fantasmales que tiemblan y giran. Sí está claro que el Perro es un ser de luz y el Gusano uno de oscuridad. Las tinieblas de *Bogrod* oscilan entre un gris pizarroso y una negrura aceitosa que a veces deviene vacío, pura ausencia de colores. *Birwir* es un ente amarillento o dorado, en ocasiones rojizo, pero siempre llameante; de él emergen miríadas de chispas y mechones de fuego. Como en el Gusano y el resto de los gultru, sus tonos y colores resultan fascinantes porque no existen en este mundo, o, mejor dicho, *no deberían existir*, y osamos darles nombres solo porque se parecen a los colores que nosotros conocemos. Ambos entes son una incongruencia que se ha colado en nuestra realidad.

Lo peor es que no podemos comprenderlos. Sabemos que hay dos bandos y que luchan entre sí, pero sus mentes —si es que tienen algún tipo de mente— son inalcanzables para nosotros. ¿Se guiarán por la razón, el instinto o el deseo de sobrevivir o serán criaturas ciegas que no pueden dejar de moverse en una u otra dirección? Tras sus formas y sustancias se intuye un abismo en el que podemos caer para no salir nunca más. Cuando llegan algo desagradable corretea por la cabeza, revuelve los pensamientos, trastoca las emociones y te puede obligar a reír como un bobo o llorar como un niño perdido. Muchos se han vuelto locos solo por mirarlos durante mucho tiempo. Los Exteriores no solo actúan en el mundo físico, sino también en el espiritual, y por eso los sacerdotes de la Fuente aconsejan pensar lo menos posible en ellos. Los wraglus, sin embargo, se han entregado al Gusano y sus dos servidores, la Mancha y el Nido de Serpientes. Los wraglus tienen una estructura mental rara y pueden zambullirse en el caos para después volver a la lógica, una paradoja que nuestros sabios son incapaces de

resolver. La mentalidad wraglu es un misterio. Desean ahogar todo nuestro mundo en las tinieblas que siempre han sido su deleite y por eso aman a *Bogrod*.

El Gusano y el Perro pelean sobre todos nosotros. Los que ya han visto a los Exteriores alguna vez agarran por los hombros a sus compañeros para que no huyan. Los mandos tenemos que mantener la disciplina. Los sacerdotes gritan rezos para darles a sus gentes la voluntad necesaria. Lejos, los wraglus ríen porque aman la locura que les trae el Gusano, pero también protestan por la presencia de su enemigo letal, *Birwir*. Les duele su presencia. Si el Gusano derramara su icor pastoso nos transformaríamos en criaturas tan horribles como los reidores y nuestro destino sería peor que la muerte.

Pero los dos Exteriores se marchan de modo tan súbito como llegaron, se alejan como manchas en el cielo y se pierden en el horizonte. Volvemos a respirar tranquilos.

Los wraglus quieren pelear y, ya sin los Exteriores cerca, los nuestros recuperan la determinación. Estalla una grita más fuerte y vemos que la nube de dragones sobre las torres de Macaru se deshace como las hojas en un remolino. Emergen las moles oscuras de alas membranosas, cuello largo y cabeza de serpiente. Son los utirigaianos, los Padres Dragones. Se alzan a golpes de ala como ángeles de la muerte. Flota un rumor bronco cuando alguno expele una llamarada. Y todos los dragones, padres e hijos, echan a volar hacia nosotros.

Los magos cindus salen de sus respectivos ejércitos y caminan hasta los miembros del Cónclave. Hay allí unos doscientos hechiceros, muchos de ellos Elegidos. Pumu está representada por Galga y el aún más fuerte Tacrit, miembro del Cónclave. Desenvainan sus espadas bañadas en conjuros y se elevan, vuelan como flechas. La lejanía los transforma en puntos. Van en busca de los dragones.

En tierra han quedado los magos humanos, pues son menos fuertes que los cindus y no harían otra cosa que estorbar. Pero los hombres de la Fuente no permanecerán ociosos porque deberán combatir a su vez contra los magos wraglus. Oigo los gritos de los mandos y yo mismo doy voces a mis gentes, aunque por el momento no intervendremos por estar en la retaguardia. Los wraglus también se ponen en movimiento. La batalla comienza.

Arriba, los magos cindus combaten contra los padres dragones y hay relámpagos, chispas y chorros de fuego. Los cinco dragones hechiceros aletean, suben y bajan, vomitan cascadas ígneas, intentan abrasar a los pequeños enemigos que zumban en torno a ellos y que les pican una y otra vez.

Abajo, las caballerías chocan y los jinetes vociferan y golpean y hunden la lanza, descabalgan al enemigo o son derribados. La infantería avanza en bloques, con disciplina. Muchos hombres —sobre

todo los bisoños— se asustan al ver a los wraglus por primera vez. Eso es algo que nunca se olvida.

Los wraglus son esbeltos, pero muy fuertes, con rostros de una belleza exquisita. Visten de manera elegante y llevan sedas y joyas tanto en la guerra como en la paz. Sus colores favoritos son el negro y el carmesí. Tienen una piel suave y blanca. Sus ojos no tienen pupilas y son muy rojos, en contraste con la blancura que los rodea. Su nariz y sus labios son delicados y al sonreír muestran una dentadura de colmillos filosos. Tienen cabelleras negras como el plumaje de un cuervo o bien claras como la miel, o castañas y rojizas como las hojas del otoño. Tanto las mujeres como los hombres llevan el pelo largo. Los wraglus tienen el don de la hermosura y la elegancia, pero hay algo repulsivo en su sonrisa y sus miradas, en sus gestos, en su voz clara y profunda, algo que provoca zozobra, angustia y, por fin, terror. En ellos anida y borbotea el gusto por el dolor ajeno. Aman las tinieblas como los cindus y los humanos aman la luz y consideran un placer causar sufrimiento a sus esclavos, sobre todo humanos. Torturar es para ellos gozo y deleite. Los gritos de agonía de sus víctimas son música para sus oídos. Y su hermosura increíble los hace aún más repugnantes, aunque cierta clase de humanos quedan cautivados, hasta el punto de adorarlos y entregarse a ellos en cuerpo y alma. Por desgracia, no son pocos. Pero ningún cindu se rebajará jamás a obedecer una sola orden suya. Cindus y wraglus se odian hasta la médula. Entre las dos especies no hay alianza, tratado ni pacto posible.

Los wraglus son disciplinados y sus guerreros de armadura negra atacan con frialdad, pero los hombres resisten y si flaquean hay tropas cindus para sostenerlos. Los humanos escaldraios se forjaron como raza en la lucha contra los wraglus, sus antiguos señores, durante las Guerras de Liberación Humana, las llamadas *Guerras de la Cadena*. Hombres, cindus y wraglus caen en la vanguardia y son sustituidos por compañeros de refresco que llegan de atrás. La línea de choque se arquea en determinados puntos, pero ningún bando consigue abrir una herida profunda. Las caballerías también se han enzarzado en su propio combate y las maniobras de los jinetes quedan veladas por nubes de polvo. En ambos bandos hay llamaradas y relámpagos y guerreros que de pronto estallan en pedazos de carne y armadura, porque también los magos de ambos ejércitos hacen su trabajo. El horror llega desde las nubes, entre chillidos que sierran los huesos. Mientras los cinco padres siguen peleando contra los magos cindus sus hijos vienen a diezmarnos. Los mirigaianos son grandes como caballos, de colores rojo, azul, verde, negro y blanco, con la piel lisa, listada o manchada. Parecen lagartos con alas membranosas que desplegadas pueden llegar a medir seis varas de punta a punta. Tienen una cola

larga y musculosa y grandes garras con dedos articulados, pero no saben manejar armas ni utensilios, no pueden escupir fuego ni hacer magia y ni siquiera pueden hablar. Sus mentes torpes están llenas de ira y se lanzan aquí y allá según se les antoja. Caen con las alas abiertas sobre los cuadros de infantería, aplastando a los hombres bajo su peso, golpeándolos con las colas, mordiéndolos. A veces hacen pasadas para agarrar a un soldado por la cabeza o un brazo, se elevan y lo sueltan para que se rompa todos los huesos contra la tierra. El ataque de los mirigaianos causa muchos muertos, pero no tantos como para eliminar nuestra ventaja numérica. Los arqueros humanos y sobre todo los cindus los convierten en acericos escamosos. Y si algún mirigaiano se posa en el suelo decenas de soldados lo rodean y pinchan con sus lanzas. Los magos humanos los atacan, les lanzan llamaradas abrasadoras y los golpean con espadas y martillos invisibles. En retaguardia también sufrimos a los mirigaianos. Tres caen atravesados por las flechas cindus, pero antes matan a diez hombres y seis pumuítas. Al final, los dragones se van, pues son criaturas sin constancia y pierden la energía tras la primera embestida.

Muy distintos son sus cinco padres, que todavía pelean en los cielos contra nuestros magos. ¿Cuántos hechiceros cindus habrán muerto ya? ¿Diez? ¿Veinte? Suena un rugido que hiende el alma y vemos caer desde las alturas a uno de los cinco grandes dragones, chorreando chispas amarillentas en lugar de sangre. La monstruosidad choca con las laderas de Macaru y rueda por ellas. Hay tanto polvo alrededor que no puedo ver su cuerpo, un caos de sombra y llamaradas. Lo imposible ha sucedido: ha muerto un utirigaiano, uno de los cinco últimos individuos de la especie que dominaba Dirtán antes del primer cindu y el primer wraglu.

Pero si espectacular ha sido la muerte del utirigaiano, no es comparable a lo que sucede a continuación. Mi mente se llena de imágenes confusas, entremezcladas con las de este campo de batalla, hasta el punto de que ya no sé dónde estoy ni cuál es mi auténtica realidad. La lucha cesa. Los guerreros se detienen y dejan de combatir, víctimas de la misma alucinación. Los caballos se revuelven inquietos y luego bajan la cabeza y la agitan mareados, e incluso los dragones y los magos bajan al suelo. Quizá les ocurra lo mismo a todas las otras personas y animales del Dirtán conocido.

Los Exteriores.

Vuelven a estar en nuestras cabezas, como un pensamiento denso y confuso. Todos *sabemos* que en algún punto del Bajo Ilnar el Perro y el Gusano están a punto de finalizar su combate. El Perro sangra por sus heridas y su savia se solidifica al llegar al suelo y forma montes rojizos, pero si él está herido el Gusano agoniza, atrapado en las fauces implacables de *Birwir*. Hay relámpagos y llamaradas, fuegos

fatuos y nubes de humo negro y espeso, estrellas, soles incandescentes… Un dolor chilla dentro del cráneo, el alarido de *Bogrod* al ser tronchado y partido, desgajado en pedazos que a su vez se disipan en hilachas grasientas y pegajosas. Ese grito llena mi mente y por entre las imágenes parasitarias veo mi propia realidad, llena de guerreros agachados que se agarran la cabeza. La presencia del Gusano se hace más fuerte y me envía su último mensaje, compuesto no de palabras, sino de sensaciones y certezas que fluyen por cauces intuitivos y no racionales… El Gusano *me maldice*, maldice a toda mi especie, la especie de los cindus, sus peores enemigos, los que trajeron a este mundo a su asesino el Perro y a sus sicarios la Llama y el Aullador. Su maldición es una semilla que pone en el fondo del alma de todos los cindus, una semilla que eclosionará en años o siglos, que brotará como un árbol de flores malignas y que nos destruirá. Su venganza póstuma.

Hay un instante de agonía.

La presencia del Gusano desaparece y la niebla de imágenes se difumina. Ahora sabemos que *Bogrod* ha sido derrotado por el Perro y que se desploma en algún lugar del Bajo Ilnar. No quiero imaginar la devastación que producirá el choque del cadáver del Gusano contra la tierra… *Birwir* lame sus heridas sangrantes, maltrecho pero victorioso, y sentimos su marcha. No desea apoderarse de este mundo, al que tal vez solo viniera para acabar con su némesis. El Perro cruza la Trañur y sale de Dirtán y de nuestras mentes. La Brecha se cierra y sentimos un murmullo plácido, como si la realidad suspirase de alivio.

Suceda lo que suceda a partir de ahora, la Batalla de los Dioses ha terminado. Solo quedan conflictos entre mortales, un tipo de lucha que sucedió en el pasado y que seguirá sucediendo en el futuro. No nos hemos dado cuenta del peso que suponían los Exteriores hasta que nos lo han quitado de encima… O al menos así lo vemos humanos y cindus, pues los wraglus adoraban al Gusano, la Mancha y el Nido de Serpientes. Ahora se sienten solos y frágiles.

No hay cosa que más llene de energía a un luchador que ver a su enemigo retroceder, así que los generales del ejército aliado señalan hacia delante con sus lanzas y espadas. Los wraglus trajeron la devastación a Dirtán y ahora tienen que pagarlo. Avanzamos como una chusma bárbara, caballería e infantería, y el Cónclave y el resto de los magos cindus echan a volar de nuevo en busca de los utirigaianos. Los wraglus intentan contenernos y pelean con bravura, pero es el coraje desesperado de la derrota. Huérfanos de su dios, la duda ha penetrado en sus corazones, y cuando eso ocurre el guerrero está perdido. Rompemos sus cuadros de infantería, los abrimos en grietas por las que penetran primero decenas, luego cientos de soldados. La caballería cindu arrolla y envía los jinetes bogrodarus al

suelo. En todas partes los wraglus son repelidos, empujados, aplastados, hendidos, ensartados, degollados y acuchillados incluso cuando ya están muertos, son decapitados y sus cabezas adornan las lanzas, como pendones morbosos.

En las alturas ocurre lo mismo. Los magos redoblan sus esfuerzos contra los ya cuatro utirigaianos. Hay más relámpagos y fuegos y llamaradas y truenos y rugidos. De otro gigante alado brotan rosas doradas, cae hasta chocar con la tierra, la aplasta bajo su mole y la levanta en olas de polvo y escombros. Los tres utirigaianos supervivientes se envuelven en un hechizo que los torna veloces como insectos y escapan hacia el norte remoto, de vuelta a sus cubiles de nieve. Ha sido su última jugada en el ajedrez de las especies y han perdido. Ahora solo queda para ellos el yugo de la extinción.

Los wraglus resisten a pesar de todo e incluso en la peor hora luchan con valentía. No se rinden ni tiran las armas e imponen un alto precio a nuestra victoria. Resulta paradójico que unas criaturas tan malignas sean tan heroicas. El éxtasis del combate ha pasado y ahora solo queda el trabajo sucio y agotador de la degollina.

Queda un mago wraglu con vida, el Dios Emperador Ernearán III. Detenemos nuestra labor para contemplar esta última lucha. Se alza como un ave oscura por encima de sus tropas agonizantes, un cuervo majestuoso contra decenas de halcones. Mata a muchos miembros del Cónclave, hiere mientras lo hieren, se sabe perdido y sin embargo no huye. De pronto, el rumor estalla y se esparce por doquier: *¡El señor de todos los wraglus ha muerto!* Sin él, la II Guerra de los Dioses ya no tiene sentido. Habrá conflictos para recuperar los territorios perdidos durante la Devastación, pero serán luchas menores. La balanza de Dirtán ha caído por un lado, el nuestro.

La batalla termina cuando ya no quedan enemigos que matar. Ha pasado el momento de los gritos de victoria y ahora nos sentimos cansados. Deambulamos por un campo sembrado de cuerpos inmóviles, como espíritus atrapados entre la vida y la muerte. Con los hombros caídos y los brazos y las piernas de plomo, con ese cansancio que deja la mente entumecida, reagrupamos a nuestros soldados. Los sacerdotes oran con voces rotas. La savia de nuestras venas es un orgullo no fatuo ni vano, sino la dignidad íntima del deber cumplido. Veo el cielo encapotado. Debería llover con fuerza para limpiarnos de sangre y de tantas otras inmundicias; tendría que caer un aguacero que calara hasta los huesos y, más aún, hasta el alma. Pero las nubes no se descargan sobre nosotros; este no es uno de esos cuadros que muestran un epílogo redentor. No hay rayos de sol emergiendo desde las alturas. Pero tirón dónde voy me separo me separo de él aún mirándome mirándome mirando hacia el cielo el campo de batalla se aleja el mundo se aleja la ciudad sitiada la suciedad la tierra todo

pequeño pequeño pequeño algo tira de mí fuerte hacia arriba arriba arriba velocidad jirones de color nubes Dirtán lejos tan lejos tinieblas de pronto tinieblas y tinieblas traspasando barrera pared muro ahí atrás queda el recuerdo lo agarro con fuerza lo mantengo junto a mí el recuerdo no lo suelto no lo soltaré tinieblas aferrando desesperado desesperado quién soy mientras asciendo tinieblas identidad perdida recuperada quién soy soy yo volando negrura veloz y jirones de pesadez entre las sombras que me rodean volando sintiendo el tirón soy yo soy yo soy yo soy Argaut Argaut soy Argaut, sí, soy yo. Soy Argaut y soy el rey despertad des…

—…pertad, Majestad! Tranquilizaos. Despertad.

Abrió los ojos y la boca mientras separaba la cabeza del libro sobre el que su cabeza reposaba.

—¿Qué os ha pasado? —le preguntó Telios Carán. Argaut lo miró con los ojos muy abiertos y parpadeó varias veces—. Estabais dormido. O no, tal vez no, era como si estuvierais en trance. Farfullabais y gemíais de un modo apasionado… y extraño.

Argaut se pasó una mano por la frente sudorosa. Poco a poco, iba calmándose.

—No fue un sueño. Estuve allí.

—¿Dónde?

Argaut lo miró.

—En la Gultrutana. La Batalla de los Dioses.

Carán quiso reírse de él, pero algo se lo impidió.

—Contádmelo —dijo.

14

—Sé que no me creeréis, pues yo tampoco lo creería, pero viajé al pasado, no en carne y hueso; en realidad viajó mi mente, o mi espíritu.

Carán guardó silencio. Cerró el Libro V de la Gultrutana y lo llevó a su lugar correspondiente. Argaut seguía en el pupitre. El corazón empezaba a detener su galope desbocado.

—Habéis tenido una pesadilla mientras leíais —dijo Carán—. Le puede pasar a cualquiera.

—No fue una pesadilla ni un delirio. Fue real. Lo sentía todo: mi propia carne, la espada en la mano, la tierra bajo los pies, el cansancio, el miedo, la ira… Ocupé un espacio en la mente de un oficial cindu de la ciudad de Pumu que luchó en la reconquista de Macaru. Incluso vi… No, mejor dicho, *sentí* la caída del Gusano.

—¿Un cindu? ¿Decís que os convertisteis en un cindu, Majestad?

—No me convertí en él. —Argaut frunció el ceño y buscó las palabras adecuadas—. Yo no era él, sino que *estaba en él*; era un observador, un pasajero invisible que él no podía percibir de ninguna manera. Yo no tenía voluntad, solo era un filtro a través del cual pasaban sus pensamientos, emociones y sensaciones.

Carán cruzó los brazos y compuso una expresión irónica.

—¿Y por qué elegisteis un cindu? Y además de Pumu, que está a cientos de leguas de aquí.

—¡Exacto! Tenía los recuerdos de Pumu y a través de ellos vi… Vi una ciudad más bella, elegante y seductora que la mejor ciudad humana. Pero de ello no tengo un recuerdo completo, sino más bien fragmentado, porque él no podía permitirse pensar mucho en eso, teniendo en cuenta que estaba en medio de una gran batalla. Además, los cindus no piensan como los humanos. Son… —De nuevo se esforzó por encontrar las palabras—. Están más evolucionados.

—Los cindus desaparecieron hace más de un milenio y de su civilización solo quedan un puñado de ciudades abandonadas, protegidas por hechizos que impiden a los hombres entrar en ellas. Los wraglus fueron exterminados durante las Guerras de la Venganza, pero los cindus… Se esfumaron.

—¡Esperad! ¡El Gusano arrojó una maldición sobre ellos antes de caer!

—¿Sobre quién?

—¡Sobre los cindus! Esdelda Ereuán Tabil Alcalu, el cindu en el que yo estuve metido, lo sintió en su interior, sintió esa maldición mediante la cual el Gusano se vengaría tiempo después de la especie que trajo al Perro, su asesino. Era algo parecido a una semilla en el fondo del alma de todos los cindus, un germen que eclosionaría y daría frutos en el futuro… —Miró a Carán con los ojos desorbitados—. ¡Claro! ¡Eso le ocurrió a los cindus! ¡De algún modo, la maldición del Gusano se desencadenó siglos después de la Gultrutana y acabó con ellos de manera silenciosa! ¡Por eso ya no hay cindus en Dirtán! ¡Solo tenemos sus ciudades abandonadas, capaces de protegerse a sí mismas de los hombres!

—¿Ciudades que se protegen a sí mismas? —Carán levantó las cejas, burlón.

—¡Sí! ¡Las ciudades cindus no son como las humanas! Yo, o mejor dicho el cindu dentro del cual yo estuve, lo sabía.

Carán negó con la cabeza.

—Majestad, habéis tenido una pesadilla. Dejad los libros por hoy e id a descansar.

—No fue solo… —Se dio cuenta de que Carán miraba su mano, que estaba abierta y tenía un pedacito de tela arrugada. Argaut la cerró al instante.

—Enseñadme eso.

Argaut suspiró y abrió la mano. Telios cogió la telilla y la olió. Sus ojos se endurecieron.

—¿Hierbadulce? ¿Hongos de la visión?

—Hongos —murmuró Argaut.

Carán se cruzó de brazos.

—Eso no es un juego, Majestad. Esas cosas son peligrosas. Solo deberían tomarlas los magos que tienen adiestramiento mental y aun así hay quienes afirman que ni siquiera ellos deben probarlas. Muchos han perdido la razón. Os creía por encima de esta basura.

—Lleváis razón —musitó Argaut—. No debería haberlo tomado.

—¡Y menos mientras leíais la Gultrutana! ¿Os habéis vuelto loco? ¿Sabéis qué tipo de visiones puede inducir esa droga mientras se estudia una obra tan grandiosa y trágica? Bueno, en realidad ahora *ya* lo sabéis.

—No fue una alucinación, fue…

—Escuchadme. Vos seréis el rey de Brajairi y además creo que seréis un buen rey, un rey que protegerá el saber y la cultura, es decir, el único tipo de rey al que yo puedo respetar. Debéis prometerme… No, debéis jurarme por lo más sagrado que nunca volveréis a tomar esa cosa.

—Pero…

—Juradlo o de otro modo no os volveré a dirigir la palabra

durante el tiempo que os quede en Gunabar.

Argaut sintió una puñalada de dolor y solo entonces tuvo una idea clara de cuánto apreciaba y admiraba a este hombre.

—Os juro que nunca volveré a tomar hongos de la visión, ni tampoco hierbadulce, ni cualquier otra droga.

—Ahora quedo tranquilo. No desearía que una mente afilada como la vuestra se embotara por esas tonterías.

Argaut casi sonrió al oír el cumplido, pero se reprimió. Sus ojos se volvieron serios y un poco suplicantes.

—Debéis creerme cuando os digo que no fue un delirio. Mucha gente sostiene que los hongos abren puertas entre diferentes ámbitos de la realidad.

—¡Bobadas! —exclamó Carán con enojo impotente, como si quisiera negar una verdad mediante la violencia de su voz—. ¡Sandeces!

—Por favor, escuchadme. No pocos hechiceros del culto de Braladur, e incluso magos de la Fuente, afirman que es cierto.

Carán lo miró con los labios apretados. Entrecerró un ojo.

—Y decís que estuvisteis allí, en la propia Gultrutana… Solo por pura diversión, contadme qué cosas visteis. O creísteis ver.

Argaut se lo contó y Carán, un estudioso de la Batalla de los Dioses, fue quedándose cada vez más pálido.

—Así fue —dijo Argaut al final—. Así ocurrió.

—Tal vez… Pero no, no puede ser, es una locura.

—Recordad que el propio Merlat narraba los hechos de la gran obra como si hubiera estado allí.

—Merlat acabó loco. ¿Estáis sugiriendo que tomaba esos hongos nauseabundos?

—Estoy sugiriendo que mediante drogas o de algún otro modo, quizás involuntario, la consciencia de Merlat viajó al pasado como me ha ocurrido a mí. Pero él no podía controlar las visiones. Y las plasmó en los cinco libros de su obra.

—Incluso dando por cierto eso, es demasiado peligroso jugar con ciertas sustancias.

—Ya os dije que no volveré a hacerlo.

Carán levantó una ceja.

—¿Es la primera vez que tomáis la droga? No me mintáis.

Argaut inspiró y echó el aire en un suspiro de fracaso.

—No. La primera vez fue hace tres días.

—Magnífico —dijo Carán, en tono sepulcral—. ¿Cómo ocurrió?

Argaut se lo contó todo.

—Los túnicas rojas vuelven y con ellos el culto de Tarumara —dijo Carán, preocupado—. Ya sospechaba algo de todo eso, pues había oído comentarios sueltos y rumores, pero no creí que oficiaran sus

ritos prohibidos incluso en Gunabar. Si lo hacen aquí lo harán en otras ciudades del norte. Y el propio Obgaro Corriñuco es un túnica roja, el mismo hombre que enseña a los niños los preceptos del Libro de la Verdad… Qué grandísimo hipócrita. Vuelven la locura, el fanatismo y los sacrificios. El otro día inmolaron un cordero, pero al final habrá humanos en los altares.

—Los sacrificios humanos están prohibidos desde el siglo XIII, cuando subieron al poder los primeros reyes de mi familia. Ellos acabaron con Garzur XII el Loco, el último rey de la dinastía Uldraga, y también con la devoción a Tarumara que había impuesto en el país.

Carán sonrió sin alegría.

—¿Creéis que se puede acabar así como así con una religión?

—El culto de Tarumara no es una religión, sino una herejía, una desviación de los preceptos sagrados de Braladur. Los túnicas rojas ensangrentaron Brajairi.

—¿Y no ensangrentaron el país vuestros antepasados cuando los combatieron? ¿Cómo creéis que vencieron a los túnicas rojas y a las miles de personas que los seguían? Se forzó a las gentes a negar a Tarumara y a convertirse, y quienes no lo hicieron fueron ejecutados. Cientos, tal vez miles de personas fueron pasadas a cuchillo por no aceptar el culto que otros les querían imponer.

—Fue cruel, pero quizás necesario. Las creencias del Libro de la Verdad son la base de la única fe verdadera de la raza escaldraia.

—También pensé que estabais por encima de eso, de la religión y la fe. Creí que podríais elevar vuestra mente por encima de la superstición y así despreciarla.

Argaut boqueó lleno de escándalo.

—¡No se puede despreciar a los dioses! Están en la tierra y en los cielos, están en las ciudades y los campos, a lo largo y ancho de todo Dirtán. Cada pueblo tiene los suyos. Se los ama, teme y respeta e incluso algunos locos los odian, pero no son ninguna superstición. Existen.

—Los dioses existen, cierto, pero no de la forma en la que creen los hombres. Los dioses son una superstición que ha cobrado realidad en este mundo. Ojalá llegue en el futuro una era de luz y razón que los extirpe por completo de los libros y las oraciones… ¡Porque entonces dejarán de existir!

Calló, como si hubiera hablado demasiado.

—No entiendo nada de lo que estáis diciendo —repuso Argaut, mirándolo con curiosidad. Su maestro era un hombre templado al que nunca había visto mostrar semejante pasión. Era como si estuviera descubriendo un segundo Telios Carán—. ¿Cómo pueden los dioses dejar de existir?

Carán lo miró durante largo rato.

—Venid conmigo.

Argaut lo siguió hasta una sala de la biblioteca a la que no se le había permitido el acceso, pues era el despacho donde Carán hacía sus labores particulares de amanuense, donde copiaba y transcribía textos, donde leía y estudiaba, en el seno de una calma inviolable. Argaut experimentó una curiosidad tan intensa como reverente. Ya era de noche y Carán encendió un candil. En los pupitres había tinteros, cálamos, pisapapeles, secante, ceniza y pliegos, así como un par de libros, todo muy ordenado. Lo llevó a un armario de pared con puertas de cerradura. Abrió una con un llave y sacó un libro enorme que puso sobre una mesa.

Argaut leyó el título del volumen:

—*El viento de hierro*. No lo conozco.

Carán tocó con respeto el lomo del libro. Lo abrió y pasó con ternura unas pocas páginas. Argaut se dio cuenta de que las fuentes eran de estilo teremio y no escaldraio, cosa en cierto modo lógica porque Carán provenía del Terem. No había ilustraciones ni adornos estéticos, ni siquiera letras capitulares, lo cual resultaba extraño.

—Me sorprendería que lo conocierais —repuso Carán, sin apartar la vista del volumen—. Es un texto antiguo. Ocho siglos de vida. Lo escribió Herácrates, un sabio teremio que huyó de su ciudad por culpa de una de esas guerras de mis gentes, antes de que el Imperio de Bestair acabase con la libertad de las ciudades-estado. Herácrates viajó por el Alto y el Bajo Ilnar y transmitió sus enseñanzas a diferentes nobles y eruditos. Fue uno de los hombres más inteligentes que han nacido en Dirtán.

—Si fue tan sabio, ¿por qué nadie lo conoce ahora?

Carán cerró el libro y miró a Argaut con dureza.

—Porque sus enseñanzas fueron prohibidas y borradas de los textos oficiales. Porque el mundo del saber también está en manos de exaltados.

Argaut lo miró sorprendido, pero no dijo nada. Carán prosiguió:

—*El Viento de Hierro* fue lo único que escribió Herácrates y le costó la vida. Antes de este libro sus enseñanzas eran orales y por tanto su blasfemia resultaba más difícil de demostrar.

—¿Blasfemia?

—Herácrates aseguraba que el hombre no necesitaba de los dioses para conocer el universo y que la mente humana podía descubrir todos los secretos sin ayuda de ritos ni sacerdotes. Decía que los dioses eran una invención humana.

Argaut frunció el ceño.

—De nuevo decís cosas con las que no puedo estar más en desacuerdo. Hay dioses en Dirtán. Se han manifestado incontables veces y han aparecido ante miles de personas.

—No dije que los dioses no existieran, sino que los hombres los crearon. Hasta Herácrates, se pensaba que los dioses estaban en Dirtán antes del primer hombre y la primera mujer e incluso antes del primer cindu y el primer wraglu. Se pensaba que fueron los dioses quienes crearon el universo para después originar a las especies inteligentes, los animales, las plantas y las cosas inanimadas.

—¿Y no es así?

—No. En primer lugar debe entenderse que Dirtán es un mundo mágico. Lo sobrenatural impregna cada una de sus partículas. Muchos piensan que el corazón que bombea esta fuerza invisible es la Fuente, sea esto lo que sea. Dicha energía permite moldear la propia estructura de la materia. Y lo que dirige la energía en una dirección u otra es el pensamiento. De él nacen los dioses.

—Luego entonces, ¿los dioses son solo pensamientos de los hombres convertidos en cosa real?

—¡Exacto! ¡Ahora lo entendéis! Los dioses nacen del delirio colectivo de miles y miles de personas, de imágenes mentales provocadas por una interpretación errónea del universo y sus leyes. Cuando los pueblos y las razas creen tales fantasías a pies juntillas, la magia que impregna Dirtán da forma y vida a la superstición y lo imaginado se vuelve real. El Braladur de los escaldraios, el Tumar teremio, el Etioya axaltio, el Caballo de los irlúes, el Sesac de los ilnarios… Al ser repetidos una y otra vez en rezos y liturgias, todos esos mitos y entidades fantásticas acaban por manifestarse fuera de las mentes de los hombres. Pero estos númenes creados por los hombres solo perviven si se cree en ellos. Los dioses de Dirtán son tan poderosos como fuerte sea la fe de los hombres. Los hombres temen a los dioses cuando son ellos mismos quienes sin saberlo los crearon. Lo más triste es que prefieren vivir en la esclavitud porque les resulta más cómodo que intentar desentrañar los misterios del universo mediante la lógica, la experimentación, la observación y el análisis. —Levantó una mano, enfurecido—. ¡Prefieren creer en prédicas y panteones y arrodillarse ante un ídolo! ¡Los hombres crean a sus propios amos y luego besan las cadenas!

Volvió a calmarse, tal vez avergonzado de su pasión.

—Puede ser peligroso hablar de tal modo —dijo Argaut—. Si los dioses nos oyeran…

Carán lo miró con pesadumbre.

—¿Lo veis? La necedad domina Dirtán. Incluso un joven inteligente y culto tiene miedo de unos entes nacidos de la locura colectiva. Quizás fuera una estupidez traeros aquí. Quizás no seáis distinto a los otros.

Argaut guardó silencio, con la vista clavada en el volumen cerrado.

—No. Habéis hecho bien al darme a conocer vuestra opinión. Por

favor, contadme más sobre Herácrates y sus enseñanzas.

—¿Por qué?

—Por el placer del conocimiento.

Carán sonrió y Argaut supo que le había gustado la respuesta.

—Herácrates estudió los misterios de Dirtán y de otros mundos allende el mar de los cielos, estudió el cuerpo de hombres y animales, nuestras emociones y sentimientos y nuestra capacidad de razonar. No solo se ocupó de aquello que podemos tocar, sino que buscó la esencia misma de las cosas… Y todo ello lo volcó en este libro, *El Viento de Hierro*.

Argaut aún estaba asustado por aquellas blasfemias, pero sentía una curiosidad atroz y una especie de exaltación intelectual.

—Si Herácrates descubrió todos esos secretos debió ser el hombre más sabio del mundo.

—Era el hombre más sabio y al mismo tiempo el más ignorante —repuso Carán—. Su máxima era *Solo sé que no sé nada.*

—No lo entiendo.

—En apariencia es una contradicción. Parece imposible saber que no se sabe nada, pues el hecho mismo de saber eso es saber algo. Mas en la paradoja está la clave: cuanto más se conoce menos se conoce. Todo descubrimiento lleva al umbral de un misterio aún mayor y cuando se desentraña la nueva incógnita aparecen otras más. El conocimiento es un proceso infinito porque nunca se desentrañarán todos los secretos; el universo es descifrable en lo momentáneo, pero indescifrable por completo. El ignorante cree saberlo todo, pero el inteligente comprende que todo su conocimiento es apenas una mota de polvo ante un cosmos que quizás no tenga límites, o que de tenerlos resultan desconocidos, un universo dependiente solo de sí mismo, increado y eterno, sin principio ni fin.

—Entonces, ¿para qué sirve el estudio si nunca podrá conocerse todo?

—¿Para qué sirve? Para disfrutar. El amor puede acabarse, la alegría también, la fuerza de los guerreros se va con las heridas o la vejez y la valentía nunca dura para siempre… Pero la búsqueda del conocimiento por sí mismo, la asimilación de los conceptos… Eso durará mientras la mente esté lúcida. El conocimiento es un juego sin final. Es el mejor de los juegos porque no hay que disputarle nada a nadie. Su objetivo último es el placer supremo del ser humano: pensar.

—Ahora lo entiendo. ¿Y por qué tiene ese título tan enigmático?

—Porque la verdad, así como el amor, la nobleza, el valor, la amistad y tantas otras cosas que dan sentido a la vida no pueden verse ni agarrarse, pero son más fuertes y sólidas que la piedra. Son como un viento de hierro.

Argaut sonrió. Al cabo de muchos latidos volvió a fruncir el ceño.

—Ese hombre, Herácrates… ¿Qué le ocurrió? ¿Por qué no tuvieron éxito sus enseñanzas? ¿Por qué nadie habla de él?

Carán suspiró con amargura.

—Lo ejecutaron por blasfemo, por atreverse a decir que la medida de todas las cosas es el hombre y no los dioses. Eso atentaba contra el orden establecido. Fue condenado a muerte en la ciudad de Glivinta, las copias del *Viento de Hierro* fueron quemadas y los seguidores de su escuela también fueron perseguidos y ejecutados. Pero algunos volúmenes se salvaron y unos pocos seguidores, los más fieles y hábiles, siguieron reuniéndose en secreto e hicieron más copias. En el Terem todavía se lo recuerda, aunque su libro siga estando prohibido, pero en el Ilnar y en las naciones escaldraias nadie sabe quién fue.

—Y vos sois uno de los últimos seguidores de su doctrina.

—Sí. Cuando yo era joven… —Se detuvo y desvió la mirada.

—Ahora entiendo por qué estáis aquí y no en vuestro amado Terem —dijo Argaut—. En Gunabar se rumorea que fuisteis expulsado de vuestra tierra por robo, asesinato o algún otro delito por el estilo. Pero no fue por eso, ¿verdad?

La mirada de Carán se había vuelto hacia otra época.

—Mis compañeros… Mis amigos… Todos fueron ejecutados. No perdonaron ni siquiera a quienes se retractaron de las lejanas enseñanzas del maestro. Las autoridades al servicio de los sacerdotes de Tumar nos descubrieron, quizás porque alguien nos delatara, y solo tres conseguimos escapar. Tuvimos que marcharnos lejos de nuestra tierra y de nuestra cultura, huir allá donde nadie nos buscara, donde nadie sospechara la raíz de nuestro… *delito*. Éramos jóvenes y pensábamos que podríamos dar a conocer la verdad del antiguo maestro, y que poco a poco y de manera clandestina el mensaje iría calando en la gente. Queríamos cambiar las cosas. —Sonrió con tristeza—. Qué necios fuimos. Ahora entiendo que no se le puede achacar la culpa a las élites, sino al pueblo, esa bestia cómoda y repugnante que hociquea en el barro.

Argaut guardó silencio mientras Carán rumiaba su ira impotente. Sintió respeto por su maestro, pero no pudo dejar de ver en sus ojos una llama de intransigencia. A su manera, él también era un fanático.

—Me llevé una copia del *Viento de Hierro* —prosiguió Carán—, no esta que veis, por supuesto, sino una más pequeña y manejable, en rollos que podía guardar en mi saca. Vagué por el Alto Ilnar y vuestro mundo escaldraio, empleándome como escriba y maestro de los hijos de los nobles. Al final acabé aquí, donde al menos tengo una biblioteca entera a mi disposición y donde puedo abstraerme para vivir en paz lo que me reste de vida, lejos… —Levantó las cejas—. Lejos, en cierto modo, de la brutalidad de los hombres. Mi consuelo es que en algún punto del futuro los dirtanios entenderán y esparcirán la

verdad, tal vez no mediante las enseñanzas de Herácrates, sino de otro sabio parecido, porque estoy seguro de que vendrán nuevos hombres que llegarán a sus mismas conclusiones. La especie humana ha de dar a luz cada cierto tiempo una inteligencia vasta y poderosa, un hombre o una mujer que eleven al resto. Los encarcelarán y matarán uno tras otro, pero al final habrá un clima y tierra apropiados para que de la semilla brote el árbol. La locura y la superstición acabarán, los hombres abandonarán a sus dioses, los *matarán*, y empezará una nueva era. —Miró a Argaut y sonrió de lado—. Pero yo no lo veré y creo que vos tampoco. El campo aún no está preparado para la cosecha.

Argaut abrió la boca, pero la cerró.

—Hablad sin miedo —animó Carán—. Creéis que estoy loco, ¿verdad?

—Creo que habéis expuesto unas teorías interesantes, pero son solo eso, teorías. Podríais estar errado.

—Me alegra oíroslo decir porque eso demuestra que tenéis una mente filosa. Nunca sigáis a ciegas a ningún maestro o sabio, aunque venga arropado por la erudición o la autoridad. Debéis sopesar y analizar todas y cada una de sus lecciones. El escepticismo es el pilar del saber noble. —Pasó una mano por el lomo del libro—. Leedlo y meditad.

—¿Me dejáis leerlo? —preguntó Argaut, con los ojos brillantes.

—No estaba seguro de querer contaros esto, pues no he hablado de ello con nadie desde que salí del Terem. Vos sois mi excepción. Confío en vuestra cautela. Ni siquiera un rey puede esparcir este saber en un mundo tan atrasado y bárbaro como el nuestro.

—Os agradezco de todo corazón que me permitáis leerlo porque sé cuánto valoráis este libro.

—No, Majestad, vos no podéis saber cuánto valoro este libro —repuso Carán, sin acritud—. No habéis corrido riesgos por guardar y esparcir sus enseñanzas. No habéis sufrido la persecución ni habéis visto a vuestros amigos morir en el cadalso. No habéis tenido que huir lejos de vuestro hogar y empezar de nuevo en tierras ignotas. Pero no me arrepiento de nada. Hay libros pequeños. Y hay libros grandes, libros majestuosos, aniquiladores, bellos y terribles, tan vastos que no pertenecen a nadie, tan sublimes que sus autores son solo instrumentos, las parteras que los ayudan a nacer. Esos libros aparecen una vez cada mil años y por ellos se debe luchar y hasta morir.

Argaut guardó silencio y Carán sonrió.

—Ahora ya conocéis mi pasado.

—Nadie más lo sabrá.

—Os lo agradezco. —Los ojos del teremio se cubrieron de preocupación—. Antes he dicho que los dioses nacen de los hombres y

no al revés. Tal vez los cindus y wraglus crearon de igual manera a sus propias divinidades… Pero esto es así solo en Dirtán. ¿Sabéis a qué me refiero?

—Los Dioses Exteriores.

—Así es. El Gusano, la Mancha y el Nido de Serpientes, así como sus enemigos el Perro, el Aullador y la Llama, no provienen de Dirtán y por tanto no fueron creados por las especies inteligentes de este mundo. Penetraron a través de la Trañur, la Brecha, la corrupción de la Fuente de los wraglus. Los *bogrodarus* pensaron que Bogrod era la encarnación de Toyu, su dios, pero se equivocaban porque ninguno de los *gultru* pertenece a este mundo y puede que tampoco a este universo. Por fortuna, ese peligro parece ya conjurado, ahora que los wraglus han sido barridos de la faz de Dirtán y que ningún mago volverá a usar la Trañur.

—¿Estáis seguro? Sabemos que los grandes imperios wraglus fueron aniquilados durante las Guerras de la Venganza, pero había otros pueblos wraglus en el norte remoto, en Eilutar, por ejemplo. Tal vez allí se preparen más amenazas. Y por otro lado algunos dicen que el Gusano no fue destruido por el Perro, que se hundió en el centro del Desierto Gris y que permanece en el fondo de la tierra, dormido o aletargado. He leído crónicas de viajeros en las que se cuentan rumores sobre una ciudad llamada *Condenación,* en el centro del Desierto Gris; se dice que en ella viven los últimos adoradores del Gusano: humanos enloquecidos e incluso reidores. Aguardan el despertar de *Bogrod*.

—¡Tonterías! —repuso Carán, con demasiada brusquedad, tal vez —. Ya no hay Exteriores en Dirtán y parece poco probable que los wraglus del presente osen abrir la Brecha.

—Espero que sea cierto.

—De cualquier modo, eso queda fuera de nuestras manos. La magia es cosa de los hechiceros porque forma parte de la estructura íntima de este mundo, pero algún día también desaparecerá, igual que los dioses.

—¿Lo creéis así?

—Sí. La magia también se alimenta de una fe irracional y por tanto cuando los hombres hagan del intelecto la luz de sus vidas dejarán de creer en ella y se esfumará.

—No puedo imaginar un mundo sin magia.

—Yo sí. Sería un mundo ordenado y práctico. Un mundo mejor.

Argaut volvió a descubrir aquella chispa fanática y sospechó que la estructura emocional de su maestro no era muy distinta de la de los sacerdotes que habían hecho ejecutar a sus antiguos amigos de la secta de Herácrates. También él impondría sus ideas por la fuerza. También él tenía su propia fe y sus propios dogmas.

Carán tomó *El Viento de Hierro* como una madre cogería a su retoño y lo llevó al armario para después cerrar con la llave. Se la dio a Argaut.

—No os preocupéis por mí porque tengo una copia. A partir de mañana podéis entrar cuando deseéis y leerlo. Sobra decir que debéis tratarlo con un cuidado exquisito.

—Gracias.

—El ser humano es terco. —Carán sonrió, cansado—. Sigue buscando destellos de luz y esperanza en la negrura. Vos sois mi destello, Majestad.

No por primera vez, Argaut se sintió sobrecogido por su destino de rey.

—Ahora volved al mundo gris y mediocre de ahí fuera —dijo Carán—. Yo seguiré un rato más con mis libros.

Argaut asintió, guardó la llave y salió de la biblioteca.

15

El tiempo pasó entre parpadeos y Eldrid Ertalce cumplió la mayoría de edad aquel verano del año 1574 de la Era de la Gultrutana. Mientras Dirtán seguía girando en torno a su eje, en torno a la estrella que le daba la luz y en torno al agujero negro que era el amo de la galaxia, una niña que ya no era niña pasaba de ser una adolescente que ya no era adolescente a la mujer adulta que ya hacía tiempo que era. Ahora podía casarse y empezaron los preparativos del viaje a Longaza.

Urguna Ertalce parecía estallar latido a latido, pletórica y abundosa; daba órdenes, arrojaba insultos aquí y allá y se movía con la energía de una hormiga con una semilla sobre la cabeza, siempre acompañada del soniquete de su bastón, como el latir de un corazón de granito. Al fin cumpliría el sueño de volver a tener uno de los suyos en el trono y por tanto volvería a ese *nido de corrupción y sangre sucia* de la corte para imponer orden en su patria, tan dejada de la mano de los dioses. Su nieta sería reina consorte y por tanto el poder decisorio estaría en manos del *hijo de la ramera*, pero Urguna estaba dispuesta a intrigar, maquinar, dar puñaladas de frente o por la espalda, porfiar, presionar, amenazar y hasta chantajear, a enfrentarse a los Agrate y a los Injeca y a la madre que los parió a todos, hasta imponer su voluntad, como había hecho siempre sobre cuantos estaban cerca. Esta mujer pequeña y encorvada tenía dentro más ganas de pelea que un batallón de infantería. Además, contaba con el poder de la Casa Ertalce, que poseía casi una quinta parte del país. Los Agrate los necesitaban y por Braladur que iba a apoyarse en su estirpe para doblegarlos, *¡y todo era un asco!*

Marcharían al sur en el mes noveno, antes del otoño y sus chaparrones. Se tenía previsto anunciar el compromiso de los novios en una cena que uniría a las dos familias, en el Palacio Real, y días después tendría lugar la boda.

Argaut tuvo tiempo de despedirse de los chicos que antaño lo martirizaran y que ahora irían a los abismos por él, con esa camaradería cristalina de los muchachos, todavía no ensuciada por la mezquindad de los adultos. Laurón, Tibal y los otros chicos le desearon lo mejor con una ternura torpe, pues pensaban que afligirse era indigno de los hombres duros que deseaban ser. Todos lo abrazaron y le dieron palmadas en la espalda. Incluso Arlago se despidió con afecto; todavía estaba extrañamente orgulloso de la

paliza que le propinara Argaut, cinco años atrás, y casi lloró al decirle adiós.

Argaut también se despidió de Telios Carán. Le prometió que le sacaría de allí en cuanto se encontrara firme en el trono y que le haría ir a Longaza, donde podría consultar la gran biblioteca del reino y donde podrían seguir conversando sobre historia, filosofía, política y arte, y jugar al ajedrez. El maestro teremio se lo agradeció con una sonrisa triste.

—Majestad, es posible que entonces ya os hayáis olvidado de mí.

—¡Jamás me olvidaré de vos! Os prometo que…

—No debéis prometer nada a la ligera. Ahora soy una imagen nítida, pero cuando estéis inmerso en el laberinto del poder tal vez me convierta en una forma confusa y débil. Y no me importará. Lo entenderé. Os espera un futuro complicado y yo no seré una de vuestras prioridades. No protestéis. Me basta y sobra con que jamás olvidéis ese amor vuestro por la cultura. Protegedla porque es vulnerable y sin embargo es lo más digno y hermoso que pueden dar los hombres al futuro. Solo os pido una cosa: cuidad del saber.

—Cumpliré vuestra encomienda. De vos he aprendido que nada importa si esa llama se apaga.

Carán sonrió.

—Quiero entregaros algo.

Tomó un cofrecillo de una mesa y lo abrió. Había en él un libro sin florituras ni adornos. Al ver el título Argaut se quedó sin respiración.

—He hecho esta copia para vos en mi tiempo libre —dijo Carán—. La empecé hace más de un año, cuando aún no os había hablado de la obra. Quería que cada palabra hubiera salido de mi puño, quería coser cada una de sus páginas, poner el pegamento que las uniera al canto y cortar y pulir yo mismo sus lomos de madera fina… Un capricho de viejo estúpido.

Argaut tomó *El Viento de Hierro*.

—No sé cómo agradecéroslo.

—Yo sí lo sé —respondió Carán—. Tenéis que leerlo a menudo, cuando os lo permitan los asuntos de palacio. Pero siempre en secreto.

—Lo haré.

—Quedo tranquilo porque estoy seguro de que esto sí lo vais a cumplir. Recordad siempre que, por muy alto que lleguéis, el hombre sabio solo sabe que no sabe nada.

Argaut sonrió y asintió.

—Y ahora, Majestad, me agradaría jugar nuestra última partida.

También se despidió de Ugor Socrom. Cuando Argaut fue a verlo por última vez el instructor lo miró con una sonrisa pensativa. Argaut había pensado mucho en lo que le iba a decir, en cómo expresar el agradecimiento hacia el hombre que lo había sacado del abismo y

había sido el viento en el que pudo alzar el vuelo, pero enmudeció, experimentó un nudo insoportable en el pecho y los ojos se le empañaron. A pesar de todo lo que el instructor le había hecho sufrir día tras día, comprendía que tras la severidad y la dureza solo estaban el amor y la compasión del buen maestro hacia su alumno. Le torturó la vergüenza de aquellas lágrimas infantiles.

—Lo siento. Es imperdonable… que…

—No debéis excusaros, Majestad. Un hombre ha de llorar por lo que le importa. Si no puede llorar por eso no merece llamarse hombre. Vuestra reacción no os rebaja ante mis ojos. Al contrario: os eleva.

Argaut se tranquilizó y recobró el dominio de sí mismo.

—Quiero que vengáis conmigo. En la corte de Longaza continuaréis adiestrándome y haciéndome más fuerte para así poder enfrentarme a todo.

La sonrisa de Socrom se hizo triste. Miró a un lado con los ojos entrecerrados y luego se volvió de nuevo hacia Argaut.

—Ojalá pudiera, Majestad, pero no me es posible.

—¿Es por la servidumbre hacia los Ertalce? Cuando esté en el trono me ocuparé de ese tema.

—No es por eso, Majestad. Sé que lo haríais y os lo agradezco. Los Ertalce no son la cadena porque no existen cadenas en Dirtán que puedan sujetarme. Todo está aquí. —Abarcó lo que les rodeaba con un gesto de la mano—. Pertenezco a esta tierra. Y la prueba del poder de mi ancla es que ni siquiera puedo marcharme por vos. —Lo miró con tristeza—. Ni siquiera puedo hacerlo por vos, Majestad.

Argaut lo miró durante mucho tiempo.

—No sé qué voy a hacer si no estáis conmigo —dijo—. No sé quién me enseñará a seguir en pie cuando todo se desmorone.

—Vos mismo lo haréis. Habéis aprendido lo importante, lo lleváis dentro y lo podréis sacar siempre que lo necesitéis. Ahora las veo.

—¿Qué?

—Vuestras dos sombras. Las veo con más claridad que en la mayoría de los guerreros que me rodean. Sabéis caminar con ellas a vuestra espalda. Ya nadie puede romperos.

—Gracias.

—Yo os las doy a vos. No hay peor amargura para un maestro que no encontrar un buen alumno. Tuve la suerte de que me buscarais. —Puso una mano en su hombro—. Pero hay una última enseñanza. Tal vez penséis que la victoria, el poder, la fama e incluso la supervivencia lo justifican todo, pero hay algo más importante aún: el honor. Mantened vuestra palabra y vuestras convicciones aunque os quedéis solo y aunque nadie os comprenda. Sed vos mismo siempre, a cualquier precio. En eso consiste el auténtico honor.

—Intentaré seguir también esta enseñanza.

—Muy bien. Ahora dadme el abrazo de la despedida.

Argaut le abrazó con todas sus fuerzas.

El día de la marcha, mientras salía a caballo por las puertas del castillo de Gunabar, mientras atravesaba por última vez el burgo y se alejaba de todo aquello, sintió un dolor sordo y creciente. A pesar de todo lo que había sufrido allí, a pesar del miedo y el dolor y el desarraigo de los primeros tiempos de su estancia con los Ertalce, a pesar de todo ello… Comprendió que amaba esta tierra con todo su corazón. El norte se le había metido muy dentro: sus personas, sus costumbres, sus paisajes, su belleza, su alegría, su melancolía, sus cielos nublados o límpidos, sus montañas, sus bosques, sus secretos, sus grandezas y debilidades, su fuerza… Todo era ya parte de él, lo había marcado en lo más hondo y solo ahora, cuando se alejaba, comprendía cuánto lo iba a añorar. En todas partes habría Urgunas, Gotraigos y Rayunes, gentes podridas de odio, ambición y soberbia, pero también habría gentes como Eldrid o sus padres, o sus maestros Telios Carán y Ugor Socrom, y otras muchas personas más o menos anónimas que le habían enseñado a desenvolverse en el arte de la vida. También perdía eso. Sus lágrimas fluyeron mientras se alejaba de Gunabar.

En la comitiva armada viajaban también Urguna y Gotraigo, así como Gricel y Derc, los padres de la novia, y Rayún e Isela, sus tíos. Las mujeres iban dentro de un carruaje y los hombres montaban a caballo. Gricel, Isela y Eldrid tuvieron que soportar a Urguna, que no dejaba de importunarlas, hacer planes sobre el futuro y soltar imprecaciones contra los baches de los caminos, que según decía le iban a romper los pocos huesos aún sanos de su cuerpo. No había traído a su madre para que no se hiciera añicos en el trayecto. Su malhumor rayaba lo insoportable porque odiaba a muerte a los caballos; despotricaba sin cesar contra ellos y ordenaba a gritos al conductor que los azotara, cosa que el buen hombre fingía hacer.

Eldrid estaba silenciosa, tan ojerosa y pálida que su madre se preocupaba por su salud.

—Es la sangre sucia que le has dado, hija mía, y todo es un asco —dijo Urguna—. Le pasa lo mismo que a muchas vírgenes cuando van a la boda: les da miedo el miembro del macho.

Eldrid la miró con horror.

—Por favor, madre, ¿no podéis hablarle con un poco de delicadeza?

—¿De qué le va a servir la delicadeza cuando la monten en la noche de bodas? Eldrid, tú no tengas miedo. Te dolerá al principio, pero eso pasa enseguida. Lo importante es que te quedes preñada, y todo es un asco. —La agarró de una mano con sus dedos de acero y Eldrid casi retrocedió, espantada—. ¡Escúchame! Tienes que tener un

niño cuanto antes. Si el hijo de la ramera no es lo bastante hombre búscale tú, te lo llevas a la cama y lo violas tú misma si es preciso, ¡y todo es un asco!

—¡Madre! —se quejó Gricel.

—¡No interrumpas, estúpida! Aquí nos jugamos algo muy serio, Eldrid. Cuantos más hijos tengas más fácil será controlar a tu marido y a su familia, y todo es un asco. Y como es posible que se te mueran algunos críos hay que tener muchos, cuantos más, mejor. Tendrás que parir sin descanso. ¿Me has entendido, chiquilla?

Eldrid no podía hablar. La palidez de su rostro era ya azulada.

—Eres tan tonta como tu madre, pero obedecerás, y todo es un asco. Es tu deber, chiquilla, como lo fue el mío en mi época y el de tu madre en la suya. Ay, hija mía, si yo te contara lo que he sufrido por tu madre y por ti, por todos los Ertalce… ¡Por nuestra amada patria brajairia, que merece cualquier guerra y cualquier sacrificio, incluso el sacrificio sagrado de la vida, y todo es un asco! Las mujeres somos la base que sostiene el edificio, somos las columnas porque nosotras tenemos el poder de parir y dar la vida. —Miró por el ventanuco del carro y sus ojos de diamante no perdieron dureza, pero sí ganaron pesadumbre—. Ay, mi amada Gunabar… Me alejo de ti tal vez para no volver a verte, y todo es un asco. Me voy a tierras corruptas. Me rompe el corazón pensar que no volveré a ver estos bosques, estas montañas, estos cielos. Lo hago por Brajairi. ¡Y todo es un asco!

Siguió hablando sin parar y sin que nadie osara llevarle la contraria. Eldrid parecía alejada de todos, agobiada por sus angustias íntimas. Desde hacía tiempo buscaba la soledad de los campos y las terrazas, dormía poco y apenas probaba la comida. No hablaba con Argaut y lo miraba con una mezcla de miedo y consternación. Al final quedaban los hombros caídos y la mirada baja, la imagen de la derrota hecha carne y sangre.

—No te preocupes —le decía su madre a veces, por ejemplo mientras le cepillaba el cabello—. Al final te acostumbrarás. Además, Argaut te tratará bien.

—Me tratará bien —murmuraba Eldrid—. ¿Podré quererle algún día? Me gustaría amarle, pero no sé cómo conseguirlo.

—Acabarás amándole. Eso lo da el tiempo.

—¿Y si no le quiero? ¿Y si le odio? ¿Y si alguna vez nos convertimos en enemigos mortales?

—¡No digas tonterías! —repuso Gricel, con una carcajada—. Serás muy feliz junto a un hombre como Argaut. Es un buen chico.

—Pero las personas cambian.

—Él no cambiará. No *debe* cambiar.

La muchacha miró a su madre, extrañada por aquella dureza repentina en su voz, pero Gricel esquivaba sus ojos mientras seguía

cepillándole el pelo, con una parsimonia acerada que marcaba el fin de la conversación.

El viaje transcurrió sin problemas. La comitiva iba acompañada por una escolta armada hasta los dientes, así que ningún delincuente en su sano juicio les saldría al paso. Se detuvieron lo justo para descansar en las fondas, pues Urguna quería llegar cuanto antes. A pesar de que se hospedaban en los mejores sitios Argaut no podía dejar de percibir la ruina que lo impregnaba todo. El país todavía no se había recuperado de la guerra y lo único que importaba a los poderosos era que la miseria se mantuviera en los villorrios y no tocara sus castillos. En las ciudades importantes el concejo les ofrecía un saludo frío y cortés, como si Argaut fuera un príncipe extranjero de paso por estas tierras y no el rey del país. Pero en Galtos, la capital de la Orden del Alba Dorada, les salió al paso el maestre, Serem Erejna, el joven pero competente sustituto de Baor Injeca. Argaut sí halló calor en las palabras de aquel hombre. Los Erejna eran vasallos de los Injeca y por tanto el Alba Dorada continuaba siendo leal a la Corona. El maestre y un par de cofrades los acompañaron hasta Longaza, lo cual supuso un placer para Argaut, que poco a poco iba sintiéndose de nuevo en el hogar. Además, quería saber acerca de la muerte en batalla de su tío, de cómo iban las cosas en el palacio, de la regente y su familia, y quería conocerlo sin el filtro censor de los Ertalce.

Cuando vio las murallas de Longaza todo volvió a él, toda aquella infancia feliz e ingenua, cercenada y aplastada por los cinco años en Gunabar. Experimentó una tristeza dulce al ver las grandes puertas de la ciudad abrirse ante él y al reconocer los tejados, las torres y las almenas del palacio. Lo recibieron gentes del concejo y representantes de la alta burguesía y el sacerdocio. También había nobles, liderados por Brelán Etgula, el diplomático que ya conociera en Gunabar al término de la guerra civil. Lo saludó con alegría y le dijo que la regente, su familia y sus servidores de la corte lo esperaban ya en el palacio. Argaut notó que Etgula se esforzaba por mostrar un entusiasmo que pocos experimentaban. Sentía la frialdad de las gentes: solo unos cuantos agitaban las banderas y apenas se oían gritos de alabanza. No les importaba su llegada quizás porque solo estimaran a la regente que de veras los había gobernado o —empezaba a sospechar— porque no estimaban en nada a una Corona que los había despellejado a impuestos para ganar una guerra que a ellos ni les iba ni les venía.

Los recuerdos lo asaltaron al entrar en el Palacio Real de Longaza. Allí sí sonaron trompas y flautas y sí hubo mesnadas que le presentaron respetos. En el patio de armas le esperaba un enjambre de cortesanos y en el centro estaba la abeja reina, su tía Demayara, la regente, la que había hecho juegos malabares para ganar una guerra

complicada y mantener en pie una Corona tambaleante. También estaba allí su esposo, Guarner Injeca, el mayordomo real, así como Videmar Etacta, general en jefe del Ejército Real, y otros Grandes que Argaut desconocía. La regente podía haberlo esperado en la sala de audiencias, pero había preferido recibirlo fuera para demostrarle, a él y a todos, que iba a cederle el poder de buen grado. Al verla, Argaut sintió que algo le oprimía el pecho. Fue ella quien tomó la decisión de enviarlo lejos cuando era un niño, fue ella quien degolló su infancia con la cuchilla de la necesidad. Sabía que su tía no tuvo otra opción, que no pudo hacer otra cosa para protegerlo, pero toda aquella lógica no era capaz de borrar la angustia de un niño abandonado. Ese dolor corrosivo salió por una herida que se abrió de nuevo al verla. Quiso petrificar su corazón, quiso herirla y demostrarle que no había olvidado lo que le hizo, quiso vengarse, castigarla por aquellos cinco años infernales…

…Pero vio en sus ojos, bajo las capas de madurez y dureza, el temor, el amor y sobre todo la culpa. Y el orgullo y la amargura de Argaut se deshicieron sin poder ni querer evitarlo. Bajó del caballo y se le acercó con una sonrisa. Los ojos de ella se humedecieron de felicidad al sentirse perdonada no por el hombre adulto, sino por el niño que ella arrojó a los lobos. Demayara había perdido los últimos restos de su juventud y era ya una mujer madura. El poder había trazado líneas de tensión en su rostro, pero aún seguía siendo hermosa y conservaba mucho de su esbeltez. Hizo una reverencia ante el rey mientras una lágrima rodaba por su mejilla. La corte brajairia la imitó.

—Majestad, os damos la bienvenida a la capital de vuestro reino y nos sentimos muy dichosos por vuestro retorno.

—Levantaos, por favor, Alteza. —La tomó de las manos—. Os doy las gracias por conducir con mano firme y sabia el reino en los momentos difíciles. Y sobre todo… os agradezco cuanto habéis hecho por mí.

Abrió las manos y los dos se abrazaron. Demayara hundió el rostro mojado en el hombro de Argaut y él la apretó contra sí con todas sus fuerzas. Los dos sintieron que lo roto se recomponía y que una herida de cinco años se cerraba y empezaba a cicatrizar.

16

La misma noche en que llegaron a Longaza tuvo lugar el banquete de compromiso. Era una ceremonia anterior a la propia boda, que se celebraría días después y que sí pondría el broche legal y religioso a la unión de los contrayentes. La costumbre demandaba que las dos familias cenaran juntas para conocerse y crear así un clima cálido y agradable. Los novios intercambiarían regalos ante todos y proclamarían su compromiso. Al abundar los matrimonios de conveniencia, no pocas veces la pareja se veía por primera vez en esta cena.

Se celebró en el gran salón de reuniones del Palacio Real. Había muchas decenas de invitados, empezando por la familia del novio, siguiendo por la de la novia y continuando por un buen puñado de nobles de las mejores Casas, funcionarios palaciegos, generales, ricoshombres de la burguesía, concejales, maestres de las órdenes de magos de la Fuente, representantes de la casta sacerdotal y otras personas de alcurnia. Al cabo de una hora los estómagos estaban llenos, los carrillos rosados y los cerebros achispados por el vino. Había un fragor de conversaciones y alguna que otra carcajada. El contraste lo ponía una orquestina de cítara, mandolina y flauta que ejecutaba sinfonías de un gusto exquisito, siempre en segundo plano para no incomodar la conversación. En ocasiones un doncel de voz fina cantaba tonadillas de amor cortés, pero nadie lo escuchaba. El maestresala estaba en el umbral, tenso y alerta, como un halcón, y en cuanto divisaba una jarra vacía o un plato yermo enviaba un sirviente a solucionar el desaguisado.

En la mesa principal estaban sentados —pero no amigados— los Ertalce y la Familia Real. La regente presidía el acto. A su izquierda estaba sentado su esposo y a su diestra Argaut. El rey departía con Videmar Etacta, Brelán Etgula y su propio tío Guarner, pero con quien más hablaba era con su tía Demayara, que lo devoraba con su amor de segunda madre. Argaut se había reencontrado con sus primos; Demayara, la mayor, ya estaba casada con Garzur Etgula —el hijo del diplomático Brelán Etgula—, tenía una hija y volvía a estar preñada; Rafucio aún estaba soltero, pero pronto casaría con alguna dama vasalla de los Injeca; y Gunasca y Aldara eran casi unas mujeres y pronto serían comprometidas a sendos jóvenes de la aristocracia. Poco quedaba de esos niños con los que Argaut jugaba en los pasillos del

palacio, pero los cuatro lo habían recibido con un calor sincero. Le presentaron también a Gregar Farica, el nuevo secretario y tesorero real; su hermano Elfego y su sobrino Utrom fueron asesinados durante la guerra civil. Los Farica eran expertos en leyes y muy leales a la Corona.

En el lado de los Ertalce estaba sentada la futura novia, Eldrid, silenciosa y cada vez más pálida, con una mueca de desamparo y asco, como si tuviera el estómago revuelto. Sonreía a duras penas cuando alguien —sobre todo la regente— se interesaba por ella. A su lado estaba Urguna, que hoy vestía una ropa y unas joyas tan exquisitas que parecía la auténtica soberana del país. Miraba a todos por encima del hombro, pero también con placer, como si ya se sintiera dueña de cuantos allí estaban. Apenas hablaba con los Agrate y entonces reprimía su lengua filosa, pero cuando departía con Gotraigo o Rayún no escatimaba sus críticas hacia la corte. Isela Belín guardaba un silencio temeroso, lo normal cuando su marido estaba cerca. Gricel y Derc parecían los únicos dispuestos a mezclarse con las gentes de la corte; ella estaba un poco preocupada por el estado lamentable de su hija y le sonreía a menudo para darle ánimos.

Cuando los licores ya circulaban por las mesas llegó el momento de que los novios se dieran uno al otro las ofrendas y se juraran amor ante las familias. Argaut y Eldrid sabían lo que debían hacer, así que se levantaron, él tranquilo y digno y ella cabizbaja y desgraciada. Las gentes aplaudieron y los músicos y el cantor dieron a luz una tonadilla vivaracha de amor juvenil. El maestresala hizo señas desde las sombras y por el umbral entraron un doncel y una doncella que traían sendas bandejas de plata con los regalos ceremoniales. Argaut y Eldrid los esperaban en el centro del salón. El maestresala hizo aspavientos en dirección a los músicos y la tonadilla cesó. En el silencio se levantó el sumo sacerdote y bendijo ante Braladur y el resto de los dioses escaldraios la unión de estos dos jóvenes. Acabado su discurso, el público aplaudió. El maestresala, muy tenso y bañado en sudores, ordenó con gestos a la orquestina que tocara otra vez. Ahora la música fue dulce y calma, el fondo de suavidad adecuado para la escena. El cantante guardó silencio.

Los sirvientes ofrecían sus bandejas a los novios y Argaut tomó de la del doncel una copa de vino y una lamparita con una vela encendida. Se dirigió a Eldrid, que lo miraba cada vez más blanca, con los ojos desorbitados.

—Eldrid Ertalce, mi futura esposa y madre de mis hijos, yo te ofrezco este vino como si fuera mi propia sangre, pues prometo cuidarte y defenderte con todo mi ser. Te ofrezco también la luz de mi amor con la esperanza de que haga brillar tus días y tus noches.

Ella no parpadeaba. Sus manos sudorosas y frías tomaron la copa

de vino y apenas rozó con sus labios el borde. Se tambaleaba un poco. Temblando muchísimo, devolvió la copa a la bandeja. Cogió la lámpara, la levantó un poco y también la devolvió a la bandeja del doncel. Argaut la miraba preocupado, preparado para agarrarla si se desmayaba. Muchos comensales comentaban en voz baja el comportamiento extraño de la joven, aunque lo achacaban a temores pubescentes. Algunas señoras empezaron a llorar con mucha emoción. Eldrid miró a un lado y luego a otro, como si no entendiera bien dónde estaba. De pronto, pareció descubrir a la joven criada y su bandeja. Tomó el trozo de pan tierno y crujiente y la rosa fresca —limpia de espinas—. Abrió aún más los ojos al mirar el pan, apretó los labios e hizo un ruido violento y extraño: una arcada. Los más cercanos lo notaron y abrieron mucho los ojos. Hubo susurros alarmados. Eldrid parpadeó un par de veces. Tuvo otra arcada. Argaut temió que su futura novia le vomitara encima, ante toda esta gente de alcurnia, pero la chica pareció recuperar el control de su cuerpo. Jadeó dos veces. Abrió la boca y en el silencio expectante, roto por la música de la orquestina, sacó la lengua y emitió un eructo bronco y larguísimo que inundó el salón. El público estalló otra vez en murmullos preocupados. Poco a poco, Eldrid se fue sosegando. Pero no se movía. No tomaba las ofrendas. Ahora el gentío sufría un silencio angustioso que chocaba con la musiquilla como la ola en el malecón. Eldrid inspiró fuerte, tragó saliva y, con las ofrendas en la mano, abrió los labios temblorosos.

—Argaut… Agrate…, mi futuro esposo… y… y padre de mis hijos… Yo te ofrezco este pan como… Como… Como… Como…

Y siguió repitiendo la palabra una y otra vez. Las gentes comentaban en voz alta todas estas anomalías. Argaut se adelantó un poco hacia Eldrid, que lo miraba con una intensidad abrumadora, o mejor dicho, miraba algo más allá de él, pues con los ojos atravesaba su cabeza, las paredes del castillo, la ciudad y Dirtán entero.

—Como… Como… Como…

Algunas personas se levantaron del asiento, entre ellas Urguna. Pero nadie osaba inmiscuirse en la ceremonia. Los músicos se detuvieron y el maestresala corrió hacia ellos haciendo ademanes furiosos para que siguieran tocando. La música dulce volvió.

—Como… Como… Como.

El pan y la rosa cayeron. Hubo alaridos femeninos y exclamaciones broncas de los hombres. Argaut se agachó para recoger las ofrendas, pero Eldrid lo detuvo poniéndole una mano en el hombro y él lo miró desde abajo, en cuclillas, paralizado en una posición que evocaba una acción corporal muy poco digna.

—No, Majestad —dijo Eldrid—. No toméis las ofrendas.

Argaut abrió la boca y parpadeó. No consiguió decir nada.

—No voy a casarme con vos, Majestad —dijo Eldrid.

Estalló la grita. Unos soltaban voces de sorpresa y horror porque habían oído con claridad la frase y otros no la habían oído y exigían que se les informara.

—Levantaos, Majestad, os lo ruego.

Argaut así lo hizo. Miró la rosa y el pan tirados y luego a Eldrid. Ella se agachó y tomó las ofrendas, cosa que tranquilizó a muchos, pero el vendaval arreció cuando la vieron devolverlas a su bandeja sin haber pronunciado los votos.

—¿Qué dijisteis? —preguntó Argaut.

—No me casaré con vos, Majestad. Lo siento, pero no puedo hacerlo.

Eldrid se volvió hacia el gentío, que la contemplaba con estupor, y levantó los brazos. Las voces fueron muriendo y se hizo un silencio de piedra en el que la musiquilla continuaba sonando de una manera casi dolorosa. Entre ceños fruncidos y bocas desencajadas, los ojos estaban clavados en ella. El pecho suave y turgente de Eldrid subía y bajaba con rapidez mientras buscaba el valor supremo para hablarles. Al final inspiró, como el que se encomienda a los dioses antes de lanzarse al abismo.

—Familia… Real de Brajairi, mi… querida… familia Ertalce…, nobles damas… y caballeros… —dijo, con una voz al principio tan temblorosa que no se le entendía nada, lo que aumentó la confusión del gentío. Pero a medida que avanzaba el discurso la voz iba tornándose más consistente—: He… de… He… de… pediros disculpas… por no… haber… expresado… antes lo… que demandaban… mi mente… y mi corazón… y haber creado toda… toda esta… expectación… innecesaria. Pero no… no hallé… el valor y… y solo ahora lo he encontrado. Me veo en la… obligación de no aceptar el compromiso con Su Majestad. No puedo… No puedo casarme con él. Me es por completo imposible.

Entre el público unos empezaron a gritar y otros permanecieron callados, mirándola con atención mayúscula, como quien intenta comprender al que le habla en lengua desconocida.

—Damas y caballeros… —siguió diciendo Eldrid, y levantó las manos. Poco a poco, fueron callándose—. No puedo casarme con alguien a quien no amo, a quien ni mi mente ni mi corazón aceptan como el compañero del resto de mis días. Me es imposible. Me ofendería a mí misma y sé que también ofendería a los dioses. Puede sonar vano y caprichoso, pero es la decisión que he tomado y la mantendré hasta el final. Os pido que hagáis un esfuerzo para comprenderme. Y si no consigo hacéroslo entender suplico que al menos respetéis mi decisión. —Miró a Argaut y sus ojos se dulcificaron—. Os pido perdón, Majestad. Vos no tenéis la culpa de

esto. Sois uno de los mejores esposos con los que podría soñar cualquier mujer y sé que seréis… Que ya sois un rey magnífico. Es solo culpa mía, no de vos. Espero que podáis comprenderme. Estoy segura de que encontraréis mejor compañera, alguien que de verdad os ame, que en el fondo de sí misma no os engañe día tras día como lo haría yo.

Argaut la miraba con sorpresa, pero poco a poco se imponían la comprensión y sobre todo el respeto. Sonrió, asintió y ella le dio infinitas gracias con los ojos.

Hubo tres golpes secos que hicieron a la gente respingar y chillar. El cuarto bastonazo sobre la mesa los calló de una voz por todas. Urguna seguía en pie y tenía los ojos clavados en su nieta. Había en ellos tal ira que la joven retrocedió un paso. Urguna dijo con voz lenta, pero audible:

—¿*Qué* es esto?

Dio otro bastonazo en la mesa.

—¿Qué es esto? —repitió—. ¡Y que dejen de tocar los músicos, que me están poniendo enferma! ¡Y todo es un asco!

Los de la orquestina miraron al maestresala y él asintió muchas veces, así que al fin el silencio fue perfecto.

—¿Qué tonterías estoy oyendo? —preguntó Urguna—. ¡Tú, Eldrid Ertalce! ¡Deja de ponerte en ridículo a ti misma y a tu familia, y todo es un asco, y sigue con la ceremonia!

Eldrid tragó saliva y negó con la cabeza.

—No, abuela, lo siento, pero…

—¡A callar! —rugió Urguna—. ¡Obedece ahora mismo y cumple con tu deber, y todo es un asco! ¡Coge el pan y la rosa y ofréceselos al hijo…! ¡A Su Majestad!

En el salón había dos polos opuestos: Eldrid y Urguna. El resto solo eran observadores. La joven apretó los puños.

—No lo haré.

Urguna quedó petrificada. Soltó el aire poco a poco. Miró alrededor y sonrió con acritud.

—Familia Real y nobles damas y caballeros de Brajairi, mi nieta se encuentra mal en estos momentos. Es joven y no sabe lo que dice, y todo es un asco. Por tanto, no es necesario que finalice el ritual. Cuando se le pase el nerviosismo doncellil recuperará el buen juicio y todos nos reiremos de esta tontería. Sobre todo *ella*. Doy por terminada la ceremonia. Las familias pactaron la boda y eso es lo importante. Que continúe la fiesta, y todo es un asco.

Ahora las gentes parecían más tranquilas porque al fin alguien había impuesto orden en el sinsentido. Pero Eldrid abrió mucho los ojos y la boca y gritó:

—¡No! No me casaré con el rey. No doy mi consentimiento.

—¡Nadie te lo ha pedido, niña! —Urguna la apuntó con el bastón—. ¡Y no es necesario! Las familias pactaron y te casarás con el rey, y todo es un asco. Esta ofuscación se te pasará en un par de días.

—No doy mi consentimiento —repitió Eldrid—. No me casaré con quien yo no elija casarme.

—¿Pero tú estás loca, chiquilla? —rugió Urguna—. ¿Quién te crees que eres para impedir una boda pactada por las familias de los contrayentes?

—¡Soy la prometida!

—¡Tú no eres nadie, y todo es un asco! ¡Tienes que obedecer a tu familia!

—No me casaré con el rey. No me casaré con nadie a quien yo no haya elegido. Jamás daré el *sí.* Y si la novia no lo da no hay boda.

Urguna estaba atónita.

—¡Qué desfachatez y qué asco, por todos los dioses! ¡El pacto ya está hecho y ahora no se puede deshacer!

—Nadie me pidió permiso ni opinión. Ese pacto se hizo por personas distintas a los contrayentes. No está mi firma en él.

—¿Cómo va a estar tu firma si eras una cría cuando se formalizó? Tus tutores legales firmaron por ti, como debe hacerse. ¡Y todo es un asco!

—Ahora soy adulta y por tanto puedo tomar la decisión legal de no respetar un acuerdo que yo no firmé.

—¿Que tú puedes…? ¡Tú no puedes hacer nada de nada! Vas a casarte con el rey y se acabó. ¡Es la última palabra en todo este asunto! ¡Y todo es un asco!

—La última palabra será mi negativa y por tanto no puede haber boda. Y además… —Eldrid enrojeció, pero al final las palabras salieron como un torrente—: ¡Además, nunca consumaré la unión carnal con quien yo no haya elegido como esposo!

Hubo una tormenta de gritos escandalizados. Urguna dio otro bastonazo en la mesa.

—¡Qué desvergüenza la tuya y que bochorno el que estás causando, cría estúpida! Señoras y señores de Brajairi, y todo es un asco, Familia Real, amigos de los Ertalce, no escuchéis a esta niña porque no sabe lo que dice. Que las cosas sigan su curso y que nadie se preocupe porque dará el *sí* cuando llegue el momento, y todo es un asco.

—Nunca me casaré con el rey. Y lo afirmó aquí, ante todos estos testigos, como persona mayor de edad y dueña de sus decisiones ante las leyes brajairias y ante los dioses escaldraios.

—¡Deslenguada! ¡Ya me encargaré yo de que des el sí, aunque sea a bastonazos, y todo es un asco!

Y en efecto dio otro golpe en la mesa que espantó a todos, incluso

a Eldrid, por cuyos ojos pasó un rayo de temor.

—Alto —intervino Argaut. Todos lo miraron—. En mi corte nadie golpeará a nadie sin mi permiso. Eldrid Ertalce es mayor de edad y por tanto puede revocar un acuerdo legal que ella misma no ha firmado. Las leyes de Brajairi lo permiten.

Ahora la sorpresa fue mayúscula porque el problema, que a todos les había parecido en el fondo una chiquillada doméstica, cobraba seriedad al intervenir el monarca. Argaut prosiguió:

—Es mi voluntad como soberano de Brajairi que Eldrid Ertalce cumpla con su decisión de no contraer matrimonio con mi persona. Lo respeto y lo acato. Si ella no quiere no habrá boda y el pacto matrimonial quedará rescindido por las dos partes. Los juristas de la corte pueden tratar este asunto para que todo se haga acorde a derecho. Por supuesto, eso no impedirá que la amistad continúe entre la Corona y la noble familia Ertalce, que…

—¡Traición! —rugió Urguna—. ¡Esto es una traición contra los Ertalce, que tanto han hecho por este país, que tanta sangre han derramado para que ese niño vuelva al trono! ¡Y todo es un asco!

Se levantó del asiento Guarner Injeca.

—¡Señora Urguna Ertalce! Os pido que no utilicéis palabras gruesas en presencia del rey, a quien debéis respeto porque es vuestro soberano. Aquí nadie ha hecho traición contra nadie. Os recuerdo que ha sido vuestra nieta la que ha roto el pacto.

Rayún Ertalce a su vez se levantó de la silla.

—¡Pero el rey la apoya y se niega a cumplir! ¿Qué rey es este que rompe sus acuerdos?

Videmar Etacta, el líder del Ejército Real, un hombre enorme y rubio, de grandes mostachos y cejas pobladas, también se puso en pie.

—Señor Rayún Ertalce, ¡teneos! Vuestras palabras se acercan a la injuria contra Su Majestad.

—¡Eso es porque aquí a la verdad se le llama injuria!

—Retirad eso, señor mío, o habrá consecuencias —advirtió Etacta.

—¡Mi hijo dice lo que le viene en gana, y todo es un asco! ¡El rey debe casarse con Eldrid porque así lo pactaron las familias! ¿Ahora lo niega todo? ¿Por quién tomáis a los Ertalce? ¿Por mercaderes a los que estafar?

—Teneos, señora Ertalce… ¡Teneos!

—¡Teneos vos, y todo es un asco!

Demayara se puso en pie y levantó las manos. Ya no era la regente, pero conservaba el aura de dominio impuesto durante aquellos cinco años, así que la tempestad amainó.

—¡Silencio! ¡Sosiego! ¡Haya paz, por Braladur! Hablemos como adultos. Creo que lo mejor sería dejar este asunto en suspenso hasta mañana. Entonces las dos familias nos reuniremos en privado para

tratarlo de manera amistosa y llegar a un acuerdo.

—¿Acuerdo? —rugió Urguna—. ¿Pero qué demonios…?

Calló al notar la mano de su esposo en la muñeca.

—No hace falta esperar a mañana —dijo Gotraigo Tilat, ya en pie, como todos en aquel salón. Hablaba con la pesadez engañosa de siempre—: Hemos oído que mi nieta Eldrid no quiere casarse con el rey. Si siguiera adelante con esa decisión tan descabellada aún queda una posibilidad conveniente para todos. —Hizo una pausa y lo miraron con curiosidad—. Mi nieta Enzora, hija de Rayún e Isela, aquí presentes, tiene en estos momentos la edad del rey. Puede casarse con él.

Hubo unos momentos de quietud cavilosa, mientras unos y otros estudiaban la nueva jugada.

—¡Es cierto! —exclamó Rayún, lógicamente entusiasmado por la idea—. Mi hija Enzora tiene quince años y os aseguro que sustituirá con gusto a su prima Eldrid. Casará con el rey y las dos familias permanecerán unidas. ¿Qué decís vos, madre?

Urguna entrecerraba sus ojos brillantes y venenosos, todavía clavados en Eldrid. Sin duda le escocía no doblegar a la mocosa insolente, pero la idea de su marido la empezaba a seducir, pues Rayún, y no Gricel, era su favorito.

—Está bien, y todo es un asco. Se pueden modificar los términos del acuerdo matrimonial para que la novia sea mi nieta Enzora, que tiene más seso que esa niña estúpida. Os aseguro que ella no pondrá pegas, y todo es un asco. Pero exigiremos la firma del rey, que ya es mayor de edad, y así ya no habrá *malentendidos*. —Levantó la cabeza —. Supongo que estaréis de acuerdo, Majestad.

Argaut seguía en pie en el centro del salón. No dijo nada, así que Demayara intervino para acabar con el silencio angustioso:

—Sigo pensando que deberíamos reunirnos todos mañana para hablar de este asunto en privado y con tranquilidad.

—Alteza —dijo Urguna—, dejemos que el rey sea quien hable para tomar la decisión. Su Majestad, y todo es un asco, ¿convenís en casaros con Enzora Ertalce y ser fiel, por tanto, al pacto de unión matrimonial que firmaron las familias?

—No se firmó ningún pacto referente a mi boda con Enzora Ertalce.

—¡Qué carajo de pacto! —Urguna hizo un esfuerzo y logró calmarse—. Majestad, y todo es un asco, debemos celebrar la unión de las familias porque así se pactó.

—Solo se pactó mi boda con Eldrid Ertalce. Por tanto, si la dama Eldrid ha decidido de forma legal invalidar tal pacto ya no existe compromiso alguno de boda entre la Familia Real Brajairia y los Ertalce.

Urguna abrió mucho los ojos y la boca.

—¿Estáis diciendo que no queréis casaros con mi hija? —gritó Rayún.

—Estoy diciendo que nada me obliga a suscribir un nuevo pacto de matrimonio con los Ertalce.

—¿Pero os casaréis con mi hija, sí o no?

Argaut guardó silencio durante muchos latidos. Dijo:

—Nada me obliga a hacerlo, así que la respuesta es: no.

Estalló la tormenta. Urguna y Rayún clamaban que aquello era una traición y una ignominia e incluso Gotraigo protestaba con su voz profunda. Demayara pedía calma. Guarner Injeca y Videmar Etacta exigían a los Ertalce más respeto al rey. Brelán Etgula y Gregar Farica recordaban a gritos las leyes del país. En el resto de las mesas las gentes comentaban y discutían cuanto allí había sucedido. Argaut aguantaba las miradas de los presentes y la que más lo hería era la de su tía, que lo contemplaba como si estuviera loco. Se volvió hacia Eldrid al darse cuenta de que ella le estaba hablando:

—Majestad, ¿dais vuestro permiso para que me ausente? No me encuentro bien.

—Por supuesto. Podéis iros.

Ella así lo hizo, y en medio del guirigay la joven pasó desapercibida mientras se escabullía hacia sus aposentos. Argaut se dio cuenta de que Gricel Ertalce le pedía con la mirada permiso para ir detrás de su hija y él asintió. Gricel también se marchó con premura, agarrándose los faldones. En la mesa presidencial los ánimos estaban muy caldeados, cada vez más, y el ambiente empezaba a llenarse de aires de violencia física. Argaut levantó las manos y gritó:

—¡Silencio! —No le hicieron caso, así que aulló con toda la fuerza de sus pulmones—: ¡Silencio! ¡El Rey de Brajairi os ordena callar!

—¡Obedeced al rey! —gritó Videmar Etacta con su voz de trueno.

Cuando todos miraron hacia Argaut ya no vieron a un joven al que le venía grande la corona. Aunque no lo supieran, allí estaba el que durante cinco años se había adiestrado día tras día como un guerrero, el que había sufrido encierros en las tinieblas, el que se había hecho fuerte contra el miedo y la soledad. Su aspecto recio y sus ojos los obligaron a callar.

Dijo:

—Vuestro rey y señor ha hablado y la palabra del monarca es la ley última del país. Yo os juro, nobles miembros de la distinguida familia Ertalce, que la Corona mantendrá la amistad y la alianza que nos llevó a la victoria en la guerra. Pero también os digo que no voy a echarme atrás en cuanto he dicho. Como ha dicho Su Alteza la regente, mañana nos reuniremos ambas familias para tratar estos asuntos con el sosiego que merecen. Por esta noche todo queda

zanjado. Señoras y señores, vamos a seguir disfrutando de la velada. Si alguien más desea irse tiene mi permiso.

Hubo un silencio atroz.

—Majestad, solo tengo una pregunta que haceros, y todo es un asco —dijo Urguna—. Si mi nieta Eldrid cambiara de opinión y volviera a querer desposarse, ¿la aceptaríais como reina?

—No voy a romper el pacto que suscribió mi familia con la vuestra porque soy hombre de palabra. Por tanto sí, la aceptaría como reina de mi país.

—Entonces no hay más que hablar. Me voy, y todo es un asco.

Se levantó y echó a andar con rapidez, haciendo sonar el bastón. Rayún echó una última mirada venenosa a Guarner Injeca y abandonó la mesa con mucha dignidad. Le hizo un ademán a su esposa y ella lo siguió. Gotraigo Tilat los imitó, así como Derc Colusc, tan silencioso y taciturno como de costumbre. Los Ertalce se marcharon y su lado de la mesa presidencial quedó vacío.

Argaut volvió a su silla, dio una palmada y sonrió.

—Bien, súbditos y amigos, ¡que siga la fiesta! ¡Músicos, tocad algo alegre!

La orquestina atacó una tonadilla popular y el juglar cantó con voz de falsete. Argaut se sentó y tomó un sorbo de tinto, aparentando indiferencia ante aquellas gentes que lo miraban con asombro.

—¿Sabes lo que acabas de hacer? —le susurró su tía—. No, no tienes ni idea. Pero aún podemos enmendarlo.

Argaut mantenía la mirada clavada en el aire y no respondió. Guarner lo miró con una sonrisa extraña.

—Majestad, permitidme deciros que no sé adónde nos va a llevar esto. Pero una cosa queda clara: no os falta valor.

—O locura —siseó Demayara.

—Más tarde hablaremos de estos asuntos —dijo Argaut—. Tendremos una reunión del Consejo Real antes de la medianoche y así estaremos preparados para la negociación tormentosa de mañana. Pero esta es la primera fiesta tras mi retorno al hogar y no voy a permitir que ni siquiera los Ertalce me la estropeen. Bastante he tenido que aguantarlos ya.

Demayara soltó el aire con fuerza por la nariz.

—Como ordenéis. Majestad.

Argaut hizo una seña a los músicos para que tocaran algo más vivo.

17

El aura de violencia que la rodeaba era tan intensa que los sirvientes, cortesanos e incluso algún que otro guardia palaciego que encontró en su camino se apartaron sin necesidad de que ella lo ordenara. Sus ojos ardían y el golpeteo del bastón tenía su propio tono de avidez. Su buena memoria la llevó por el camino correcto hacia los aposentos que habían destinado a su familia. Tras ella caminaba su esposo, como una sombra demasiado grande para un cuerpo tan pequeño. También iban con ellos Rayún y por último su mujer, convertida en una estela de temores.

—No vengáis conmigo —ordenó Urguna, sin mirarlos—. Esto es cosa mía. Y todo es un asco.

—Como queráis —respondió Gotraigo—. Pero conteneos, esposa. Habéis de convencer a la chica, no… En fin, ya lo sabéis.

—Haré lo que tenga que hacer por el bien de mi familia, como siempre he hecho. Volved a la fiesta si lo deseáis. Qué asco.

—Imposible —contestó Rayún—. Se nos ha humillado demasiado allí como para volver con esa gente.

—No te inquietes, hijo mío, y todo es un asco. Ya nos cobraremos cada una de las ofensas. Y con intereses.

Gotraigo tomó a su hijo del brazo.

—Vámonos, Rayún. Esposa, te esperaremos en mi alcoba.

Urguna asintió sin decir nada, sin mirarlos, sin dejar de caminar ni hacer sonar su bastón. Llegó a la puerta de la habitación de Eldrid y la encontró cerrada. Dio una palmada en la madera.

—¡Abrid ahora! ¡Abridme!

Sonó un grito ahogado, luego un intercambio de palabras y un crujido en la puerta. Por el hueco asomó la cara asustada de Gricel.

—Por favor, madre, dejadme a mí la tarea de convencerla. Dejad que sea yo quien…

—Apártate —ordenó Urguna. Puso la punta del bastón en el pecho de su hija y la empujó, obligándola a retroceder—. Y cállate de una vez, so idiota.

Urguna entró en la alcoba, dotada de su propia chimenea, cuyo fuego esparcía un calor reconfortante y una luz que hacía innecesarios los candiles. No solo era dormitorio, sino incluso despacho, pues cerca de la cama había una mesita con frutas y vino, y un par de sillas. En una de ellas estaba sentada Eldrid. La chica pareció encogerse al ver a

la lideresa del clan Ertalce.

—Madre —susurraba Gricel, cada vez más asustada—, os aseguro que la voy a convencer y que ella…

—Que te calles.

Eldrid se levantó para recibir a su abuela, todo ojos en la cara sin sangre.

—Lo siento mucho, abuela, os pido perdón, pero mi decisión…

Urguna le dio una bofetada con todas sus fuerzas, que no eran pocas. Eldrid se tambaleó mareada y se sujetó al brazo de la silla para no caer de una vez por todas. Sonó el chillido de Gricel, que se tapó la boca con las manos. Urguna dio un bastonazo en el muslo de su nieta, Eldrid aulló y, más que sentarse, se desplomó en la silla. Se agarró la falda a la altura de la pierna con los ojos muy abiertos y llenos de lágrimas de dolor. Se limitaba a jadear y mirar con terror a su abuela. Urguna continuaba en pie, con la cabeza adelantada y las dos manos apoyadas en el bastón. Tenía los ojos clavados en Eldrid. No pestañeaba. Parecía un águila a punto de abalanzarse sobre el conejo.

—No hables. No digas nada. Vas a escucharme con atención, pequeña boba. Y todo es un asco.

—Madre, por favor, no le peguéis, por favor, os imploro que me dejéis hablar con ella. Yo la convenceré.

—Tú a callar, y todo es un asco, que tienes mucha culpa por haberla educado tan mal.

Gricel apretó los labios y bajó la cabeza, tan derrotada como de costumbre.

Urguna levantó el bastón y lo apuntó hacia la cara de Eldrid, que atrasó la cabeza.

—¿Sabes cuántos hombres murieron en la guerra que se hizo para que tú te casaras con el hijo de la ramera, para que al fin hubiera una reina Ertalce en este país? ¿Sabes cuántas mujeres han perdido a su esposo? ¿Sabes cuántas viudas aún lloran en sus camas solitarias? ¿Sabes a cuántas madres les han sido arrebatados sus hijos en la lucha, los hijos que ellas mismas parieron y a los que dieron su leche y su vida, a los que criaron y amaron con todo su ser? ¿Sabes lo que se siente al perder un hijo? Yo perdí a mi hijo Brelán aquí, en esta corte asquerosa, cuando fue asesinado por los sicarios de Barac Tiyadara. Aquí mismo me lo mataron. Y también murió mi nieto, poco después. Y vi a la grandísima furcia que fue la esposa de mi hijo casarse con el asesino. Lo vi con los mismos ojos que ahora te miran, jovencita. Y todo es un asco. Fíjate en estos ojos, chiquilla, porque ellos han visto muchas cosas. Han visto a miles de hombres que dieron su vida por nuestra familia. ¡Miles de buenos hombres se han sacrificado por nosotros! Yo he visto el dolor de esas mujeres valientes y abnegadas que jamás le echan la culpa a nadie, que lo aguantan todo como las

columnas aguantan el templo, mujeres fuertes que jamás dejarán de cumplir con su deber… ¡Su deber!

Asestó un bastonazo en el suelo y Eldrid dio un respingo y cerró los ojos, como si esperara otro golpe, que no llegó. Urguna levantó la cabeza e inspiró.

—¿Quién te crees que eres, jovencita estúpida, y todo es un asco, para despreciar e insultar a toda esa gente? —Urguna negó despacio—. No, tú no entiendes nada porque eres una mocosa malcriada a la que se le han dado todos los caprichos, una niña boba que nunca ha tenido que luchar y que ha llevado una vida regalada desde la cuna, y todo es un asco. ¡Tú qué vas a saber…! Eres tan tonta que ni siquiera comprendes de qué te estoy hablando. —Guardó silencio y Eldrid, que se agarraba con una mano el carrillo hinchado y con la otra el muslo, seguía mirándola con asombro y miedo. Urguna sonrió sin alegría y asintió un par de veces—. Pero no hay que preocuparse porque vas a saberlo, chiquilla, sí, vas a tener tiempo de conocer todas esas cosas. Dejémonos de cuentos, y todo es un asco. Ahora mismo volverás ante el rey, ante todos esos gusanos del banquete, les pedirás perdón, les dirás que lo has pensado mejor y que aceptas casarte con él. Antes, por supuesto, tu madre te aplicara unos afeites en esa mejilla hinchada para estar bonita y presentable y les sonreirás a todos, les pondrás tu mejor cara y estarás encantadora y amable, tan digna como una reina. Cumplirás con tu deber. Honrarás a esas miles de buenas personas que dieron la vida para que llegaras a lo más alto.

—Yo… —musitó Eldrid—. Yo no les pedí a esas gentes que murieran por mí. Se lo agradezco, pero yo no lo quería.

Urguna expectoró una carcajada reseca.

—¿Y quién pide la vida que tiene? Yo tampoco he pedido la responsabilidad que cargo sobre mis hombros y que llevo encima sin una sola queja. Cada una tiene que hacer lo que tiene que hacer, y todo es un asco.

—¿Y qué he de hacer yo?

—Casarte con el rey, parir muchos hijos y trabajar siempre por tu familia.

—¿He de sacrificarlo todo por ese fin?

—Todo. En eso consiste ser noble.

—¿Y dónde quedan mis propios sentimientos y mis aspiraciones? ¿Y mi felicidad? ¿Y mi libertad?

Urguna frunció el ceño y arrugó la nariz como una alimaña furiosa.

—Ante todo está el deber contraído con tu familia. Y cuanto más duro sea mayor será el honor. Y todo es un asco.

—El honor —musitó Eldrid—. Pero no la felicidad.

—La felicidad es la fantasía de los débiles, y todo es un asco. Los fuertes no la necesitan. La felicidad no existe. Solo existe la limpieza

del honor y del deber.

Eldrid apartó la cabeza y sus ojos llorosos miraron hacia un lado. Su frente se llenó de arrugas. Sus labios temblaban, pero no decía nada.

—Hija mía… —intervino Gricel, dulce e implorante—. Algún día serás feliz junto al rey. Tendrás el amor de tu esposo y el de tus hijos. Vivirás una vida plena y dichosa. Todo llegará, todo lo que buscas. Confía en mí. Yo te lo prometo.

—Escucha a tu madre si eso te ayuda, Eldrid —le dijo Urguna—. Escúchala, y todo es un asco.

Eldrid cerró los ojos y dos lágrimas rodaron por sus mejillas. Su rostro se arrugó en un llanto de derrota amarga. Gricel empezó a acercarse, pero Urguna levantó una mano y su hija se detuvo.

—Todas hemos pasado por esto, Eldrid, y todo es un asco. No es más que una etapa. Súfrelo y deja que suceda. Después llega la paz.

Eldrid se limpió la cara con la mano. Quedó serena durante muchos latidos, mirando el suelo. Levantó sus ojos hacia Urguna Ertalce.

—No me casaré con el rey —dijo.

—¡Hija mía! —chilló Gricel—. ¡No!

Urguna no movió un solo músculo.

—Vas a casarte con el rey aunque tenga que romperte todos los huesos del cuerpo a bastonazos y aunque yo misma haya de arrastrarte por los pelos hasta el altar. Y todo es un asco.

—Entonces podéis empezar a golpearme. Pero aunque me convirtáis en un despojo mis labios nunca pronunciarán el *sí*.

—¿Serías capaz de morir antes que dar tu brazo a torcer?

—¡Madre! —chilló Gricel. Cayó de rodillas y agarró las faldas de Urguna—. ¡Madre, por favor, no la escuchéis! ¡Yo puedo convencerla!

—Sí —respondió Eldrid, sin desviar la mirada de los ojos de Urguna.

—¡Madre, por Braladur os lo ruego, no me quitéis a mi niña! ¡No le peguéis! ¡Yo haré que cambie de parecer! ¡Lo juro!

—La culpa es tuya, y todo es un asco. Le pasaste la sangre corrompida. Bien se ve que ella tampoco es una buena Ertalce.

—¡Sí! ¡Yo soy la culpable! ¡Pegadme a mí, castigadme a mí, pero no a ella! ¡Por favor!

Urguna la agarró de la cabeza y la empujó a un lado, separándola de su cuerpo. Apretó los labios y atrasó un poco el bastón.

—Eldrid, si no obedeces te juro que te mato a golpes aquí mismo, y al abismo con todo. Qué asco.

Temblorosa, Eldrid no respondió.

El bastón cayó sobre un hombro y la chica se protegió la cabeza con las manos.

—¡Loca! —rugió Urguna—. ¡Insolente! ¡Desmelenada!

Levantó el bastón para dar un segundo golpe, pero se le vino encima un cuerpo que la empujó con torpeza, la desplazó un par de pasos y casi la hizo caer. Urguna se apoyó en su bastón para recuperar el equilibrio y miró con incredulidad a Gricel, que se interponía entre nieta y abuela.

—¿*Tú*? ¡Tú! ¡Quítate de en medio, y todo es una asco!

—No —repuso Gricel, luchando para escapar de toda una vida de obediencia y sumisión. Pero ahora había fuerzas poderosas en ella, fuerzas recién nacidas que la sorprendían y a las que se entregaba—. No le hagáis daño, madre. Solo es una niña. Os imploro que no la peguéis.

—Apártate, y todo es un asco. Voy a hacer entrar en razón a esa loca. No lo compliques más.

Gricel apretó los labios y negó con la cabeza.

—Entonces tendré que apartarte yo a golpes, como siempre he hecho, y todo es un asco, y luego me ocuparé de tu hija. Las dos sois unas ovejas estúpidas y como a ovejas se os ha de tratar.

Gricel miró alrededor hasta encontrar lo que buscaba. Fue hasta la mesita que tenía la jarra de vino dulce y el plato con frutas, agarró el cuchillo para pelarlas y volvió a interponerse entre Urguna y Eldrid.

—No vais a hacerle daño a mi hija. A mí podéis castigarme, pero a ella nunca. No permitiré que la peguéis o le hagáis algo aún peor.

Urguna abrió mucho la boca. También Eldrid miraba a su madre con sorpresa.

—¿Osas desobedecer a tu madre? ¿Pero quién te crees que eres? Tú me perteneces, igual que ella, y todo es un asco. ¡No es vuestro ni el aire que respiráis!

—Si intentáis pegar de nuevo a mi hija os mataré —fue la respuesta.

—Esto es… —Urguna se quedó sin palabras. Parecía dispuesta a avanzar para castigarlas a las dos, pero algo en la inmovilidad de la mano que sostenía el cuchillo la disuadió. Gricel se había convertido en una montaña—. ¿Estarías dispuesta a alzar la mano contra tu propia madre? ¿Es que no ves lo que va a hacernos esta mocosa, el daño que va a causar a su propia familia, y todo es un asco? ¡Nos llevará a la ruina solo por un capricho!

—Pues que así sea. Que se vaya todo al infierno, incluidos los Ertalce, antes que ella sufra ningún daño. Si no quiere casarse con el rey, que no case. Yo la apoyo.

—Tú eres una…

—Soy una inútil y una estúpida. Me lo habéis dicho mil veces, madre. Y también soy una cobarde, una esclava, una mujer rota. Pero no voy a permitir que hagáis con ella lo mismo que habéis hecho

conmigo. Sobre todo, no permitiré que volváis a tocarle ni un solo pelo.

Urguna apretó los labios y asintió varias veces, con lentitud.

—Cría cuervos y te sacarán los ojos. Qué asco. Así pagas todo lo que he hecho por ti y por esa bobalicona que en mala hora echaste al mundo. Por Braladur que nunca pensé llegar al día en que viera a la hija desafiando a la madre. Te lo advierto por última vez: apártate de mi camino, Gricel Ertalce.

—No.

Quedaron inmóviles como estatuas, frente a frente, iluminadas por el fuego del hogar. Eldrid las miraba con los ojos muy abiertos, primero a una y luego a la otra, todavía sentada en su silla. Después de mucho tiempo, Urguna se apoyó en su bastón y levantó la cabeza.

—Has arruinado lo que tanto costó conseguir. Pero lo vas a pagar caro. Para empezar, te repudio como hija. Ya no eres una Ertalce. Llevarás la deshonra encima y tu marido y tus hijos también la llevarán. En cuanto lleguemos a Gunabar os quiero ver fuera de mi castillo, pero no del Señorío de Ertalce, pues seréis mujeres vasallas y por tanto estaréis sujetas a mi obediencia. Después, ya veremos qué se me ocurre. Y todo es un asco.

Gricel acusó el golpe, abrió un poco la boca y un rayo de dolor cruzó sus ojos. Pero no movió la mano con el cuchillo.

—No comprendes lo que has hecho, y todo es un asco. Ahí te quedas, Gricel *Colusc*. Me da náuseas compartir la habitación contigo y con la asquerosa de tu hija.

Dio la vuelta, echó a andar, salió y cerró dando un portazo. El soniquete de su bastón se perdió en la distancia.

Gricel miró la mano con el cuchillo como si acabara de despertar de un mal sueño y no entendiera nada. Se llevó los dedos de la otra mano a la frente pálida y húmeda y se tambaleó.

—¡Madre! —exclamó Eldrid. Se levantó y la sostuvo cuando las rodillas se le doblaron.

—Ayúdame a sentarme… —musitó Gricel. Parpadeaba y abría mucho los ojos. Su hija la condujo a la silla y Gricel se desplomó en ella. Miró otra vez el cuchillo y lo soltó en un espasmo de horror.

—¿Estáis bien, madre?

—Sí, sí… Solo quiero… Respirar un poco… Dame ese vino.

Eldrid corrió a llenarle un vaso y Gricel lo bebió de un solo trago. Le dio la copa a su hija, que volvió a llenársela. Esta vez la apuró en tres sorbos. Entregó el recipiente a su hija.

—Lo necesitaba.

—Madre, ¿os habéis recuperado? Estáis muy pálida.

Gricel acarició con mucha suavidad la mejilla hinchada y oscura.

—Cómo te ha dejado la cara esa… Esa… —Respiró fuerte y se

contuvo.

Eldrid la abrazó con fuerza y rompió a llorar en su hombro.

—Mi pobre niña… —le susurraba Gricel, acariciándole el cabello y hablándole como a una criatura—. Tranquilízate, hija. Ya ha pasado todo. Ya pasó. No te preocupes por nada.

—Pero… la abuela… va a… a repudiaros. ¡Va a *deshonraros*!

Gricel la tomó de los hombros y la miró, sonriente. Le limpió las lágrimas con los dedos, cuidando de no tocar el moflete hinchado.

—Eso ya no me importa porque estás a salvo, cariño. Tu abuela estaba dispuesta a… A cualquier cosa, pero ya no te hará nada porque sabe que no permitiré que nadie toque a mi niña. Eso ya se acabó.

—Lo siento. Ha sido por mi culpa. Lo he estropeado todo.

—No, hija mía. Te casarás con quien quieras, harás con tu vida lo que desees y yo te apoyaré.

Eldrid la miraba con sorpresa.

—¿No estáis enojada conmigo?

Gricel le colocó el pelo detrás de la oreja.

—No, hija mía. No estoy enojada contigo.

—Habéis mostrado un valor increíble, madre.

—No, mi amor, tú has sido la valiente. Has sido tú la que te comportaste con el coraje que yo nunca tuve, en ese banquete y ahora aquí, en esta habitación. Has sido tú quien me ha liberado. Tú me has hecho volar de una vez por todas. Estoy orgullosa de ti.

Eldrid sonrió de nuevo, pero luego sus ojos se agravaron.

—¿Y qué va a ocurrir ahora?

Gricel suspiró, cansada.

—Que tendremos que pagar el precio de ser libres. No será fácil, pero saldremos adelante porque estaremos siempre juntas. Pase lo que pase.

Eldrid volvió a abrazarla.

18

El brillo de las estrellas que entraba por los ventanales acariciaba la mesa del salón de reuniones del Consejo y se diluía en la luz de los candiles. Hacía poco que el rey diera por concluido el banquete y ahora había hecho reunir, a horas avanzadas de la noche, al núcleo duro de sus consejeros. Allí estaban la hasta hacía poco regente Demayara Agrate, su esposo Guarner Injeca, mayordomo real, Gregar Farica, secretario y tesorero, Videmar Etacta, general en jefe del Ejército Real, Brelán Etgula, el líder de la diplomacia, y Rafucio Injeca, el hijo de Demayara y Guarner, que parecía destinado a ser un buen embajador y consejero y a quien el rey permitía estar presente para aprender el oficio.

Todos se fueron sentando y el rey lo hizo en la presidencia.

—Alteza y caballeros del Consejo Real —les dijo—, voy a ir al grano. En primer lugar, y como ya sabéis, el compromiso de unión matrimonial ha quedado roto al invalidarlo Eldrid Ertalce. Secretario, quiero que me confirméis la legalidad de este hecho.

—Majestad —dijo Gregar Farica—, la decisión de Eldrid Ertalce puede sorprender, pero está ajustada a derecho según nuestras leyes. No se puede obligar a ningún hombre ni mujer adultos a casarse a la fuerza. Estoy seguro de que mis ayudantes pueden encontrar antes de mañana algún precedente que nos avale, pero en todo caso siempre tenemos la ley pura y dura.

—Cuando salgáis de esta sesión prepararéis una buena defensa. No obstante, ¿estáis seguro de que al ser Eldrid menor de edad y sujeta a la tutela de sus mayores cuando se hizo el pacto matrimonial, no está ahora obligada a mantenerlo?

—La ley brajairia es clara. Todo pacto matrimonial de una persona realizado por sus tutores legales durante su minoría de edad solo rige mientras esa persona es menor. Una vez llega a la edad adulta, puede invalidarlo.

—Majestad —intervino Demayara, aún enojada—. Con todos los respetos, quiero expresar mis dudas acerca de vuestra decisión.

Argaut suspiró.

—Hablad con libertad, Alteza.

—Para empezar, es muy posible que Eldrid cambie de parecer y mañana esté dispuesta a casarse. Sin duda sus familiares estarán presionándola en estos momentos para dar el sí. Me gustaría saber

cuál sería vuestra respuesta en tal caso.

—No voy a invalidar ningún acuerdo firmado por la Corona Brajairia mientras yo fui menor de edad ni faltaré a la palabra dada por mis tutores. Pero como ya expresé en el banquete, si ella invalida el acuerdo anterior yo quedo libre y por tanto elijo no unir la Corona a los Ertalce.

—¿Habéis pensado en ello, Majestad?

—Sí —respondió Argaut.

Guarner Injeca casi tocó el brazo de su esposa, que iba a soltar un comentario impropio, y dijo con suavidad:

—Majestad, si me lo permitís os daré mi opinión.

—Por supuesto.

—Soy el primero al que no le gusta la idea de una unión con los Ertalce, pero quizá sea aún peor no aceptar la oferta de matrimonio con la dama Enzora. Hay que tener en cuenta las consecuencias.

—¿Y cuáles serían?

—La Casa Ertalce ya era una de las más fuertes antes de la guerra, pero tras la victoria su prestigio y su poder han crecido. No solo controlan todo el norte del país, sino también parte del este y el oeste, por un lado hasta el lago Bosco y por el otro hasta Isenburo. Tendrán el dominio sobre algunas de las rutas de la seda, sal y especias que llegan de oriente, por lo que sus riquezas, ya considerables, también crecerán. Además, cuentan con el apoyo de la Comunidad Sacerdotal del Norte y de las órdenes de la Fuente de su señorío.

—Pero todo ese territorio pertenece en su mayor parte a la Corona —dijo Argaut—. Y ellos deben ser fieles al rey.

Los consejeros se miraron entre sí. Demayara dijo:

—Esa es la situación en los documentos, pero no la real. Para obtener el apoyo de los Ertalce hubo que hacer concesiones. Su señorío es una tenencia, pero a efectos prácticos la Corona no puede imponer su voluntad en él. No podemos enviar adelantados, corregidores ni justicias a sus burgos y aldeas y en las fortalezas la guarnición del rey es testimonial. Allí no podemos cobrar tasas extraordinarias y solo obtenemos el diezmo real de todos los beneficios que ellos mismos dicen obtener. No hubo otro remedio que hacerlo así y os aseguro que la negociación fue dura.

—Sé que no pudisteis hacerlo mejor, Alteza.

—Gracias, Majestad. Lo importante ahora es entender que los Ertalce son un aliado incómodo pero imprescindible. No nos conviene desairarlos y mucho menos convertirlos en enemigos. Seamos claros. La Corona era débil antes de la guerra y ahora quizá lo sea aún más. Gobernar este país con unos Ertalce hostiles se nos hará cuesta arriba. Por todo esto, deberíais aceptar el matrimonio con Enzora si Eldrid mantiene su negativa.

Argaut asintió en silencio.

—Vuestros argumentos suenan contundentes.

—Vos permitís hablar con libertad.

—Y os lo agradezco. Pero si bien los Ertalce controlan el norte nosotros tenemos el este, el oeste, todo el centro y sobre todo el sur, ahora que el imperio Tiyadara se ha derrumbado. ¿O no es así?

Intervino Brelán Etgula:

—Majestad, aún hay mucho trabajo que hacer en el sur. La estructura que los Tiyadara mantuvieron firme durante tanto tiempo es difícil de cambiar. Ellos y sus vasallos fueron expulsados, pero aún hay allí muchos simpatizantes y el poder de la Corona, aunque por supuesto mayor que en el norte, tampoco es por completo seguro. Llevará años afirmarlo y será una labor que exigirá una mezcla talentosa de mano dura y suave.

—Luego en el sur las aguas también están agitadas.

—Digamos que en la superficie parecen calmas, pero por debajo hay remolinos. Debemos nadar con precaución.

—Comprendo.

Demayara dijo:

—El señor Etgula ha hablado con sabiduría y yo añado que vamos a tener tanto trabajo no solo en el sur, sino en todo el país, como para, además, sufrir la amenaza de los Ertalce.

—¿Qué pensáis que harán los Ertalce cuando rechace el compromiso con la dama Enzora? No agüéis el vino, por favor.

Etgula levantó las cejas y suspiró.

—Aparte de todas las quejas formales, creo que empezarán por presionar en las fronteras de su señorío para hacerse con tierras sobre las que no tienen jurisdicción.

—¿Las invadirán?

Fue Demayara quien respondió:

—Por oriente los Ertalce querían quedarse con todo el territorio al norte del Río Blanco, pero en las negociaciones conseguimos poner la frontera de sus reclamaciones en Isenburo y mantuvimos Gocha para nosotros. Si les damos cualquier excusa ellos van a presionar para obtener el dominio de todas esas tierras. En cuanto al oeste, la frontera de su señorío es el río Menar y el lago Bosco, a pesar de que ellos exigían que fuera el Escleborn. Queda claro, pues, que en el mejor de los casos tendríamos problemas *solo* en esas dos zonas.

—El análisis de Su Alteza es correcto —intervino Guarner—. Una vez que los Ertalce hayan roto relaciones con la Corona nada les impedirá ser cada vez más agresivos, y nosotros nos veríamos obligados a defender lo nuestro e incluso contraatacar.

—¿Estáis hablando de una guerra?

Cayó el silencio en la estancia. Al final, Guarner respondió:

—Sí. Braladur no lo quiera, pero una escalada de tensiones nos llevaría a un conflicto armado con los Ertalce.

—Otra guerra civil —remachó Demayara—. Y precisamente cuando más necesitamos la paz para levantar Brajairi.

—En caso de guerra —dijo Argaut—, ¿cuáles son nuestras expectativas?

Todos tomaron la calma del rey con espanto. Videmar Etacta, líder del Ejército Real, contestó:

—Majestad, pedisteis el vino puro y así os lo serviré. Nuestras huestes están mermadas. Por supuesto, también tenemos las tropas de las Casas fieles a la Corona y las del Alba Dorada, pero aun así no es seguro que pudiéramos vencer a los Ertalce en caso de guerra abierta. Más bien estaríamos en una situación de igualdad. No obstante, ellos pelearían a la defensiva en las fronteras de su señorío porque saben que debemos mantener muchos hombres en las guarniciones del sur; no podemos olvidar que Barac Tiyadara sigue en paradero desconocido. Si tenemos un frente abierto en el norte él podría volver por el sur.

Farica dijo:

—Tampoco podemos olvidar que su hija Lisca lo fue también de vuestra madre, Majestad, así que podría alegar derechos al trono.

—Tras la guerra se invalidaron tales derechos.

—Nuestros enemigos siempre recordarán que Lisca lleva sangre Agrate. Ese frente tampoco está cerrado del todo.

—Lleváis razón —contestó Argaut—. Lo estará solo cuando Barac Tiyadara muera. Y en cuanto a la Hacienda, ¿cómo estamos?

Farica sonrió con amargura.

—Me temo que tampoco hay buenas noticias por ese lado, Majestad. El tesoro real estaba menguado al inicio de la guerra civil y quedó mucho peor tras el conflicto. En este poco tiempo de paz se ha hecho lo que se ha podido para enriquecer las arcas, pero la situación no es buena. Una nueva guerra volvería a contraer la actividad comercial del país y la recuperación sería aún más difícil.

—¿La Hacienda podría sostener esa guerra?

—Tal vez durante un año, dos con suerte. Después estaríamos en bancarrota y quedaríamos al capricho de los prestamistas, quienes por supuesto solo nos ayudarían si vieran perspectivas de triunfo.

Argaut guardó un silencio lúgubre.

—Majestad —dijo Demayara, con voz menos severa—, todos los aquí presentes sentimos animadversión y hasta repugnancia ante la idea de que los Ertalce vuelvan a la corte, pero hemos demostrado con argumentos que rechazarlos puede ser peor. Si algo he aprendido en todo mi tiempo de regencia es que el gobernante debe ser siempre realista. Necesitamos la paz.

—La paz de los esclavos —dijo Argaut.

—No, Majestad. La paz de los inteligentes. No confundáis prudencia con cobardía.

—No lo he hecho. Jamás pondría en duda vuestro coraje, del cual habéis dado tantas muestras. Señor Rafucio Injeca, hasta ahora habéis permanecido callado. ¿Qué opináis vos?

—Majestad, creo que un rey tiene derecho a elegir con quién ha de casarse, más aún que el resto de los hombres, porque en él reside la soberanía de todo un país. Nadie debería imponérselo.

—Me alegra oír tales cosas.

Demayara se llevó los dedos a la frente.

—Con todos mis respetos, Majestad, mi hijo aún es demasiado joven.

—Entonces también lo sería yo, pues tengo su edad —dijo Argaut. Demayara miró hacia otro lado con los labios prietos—. Señor Rafucio, proseguid.

—A pesar de lo que he dicho creo que debéis sopesarlo y meditarlo. A veces hay que doblegar al corazón.

Argaut sonrió sin alegría.

—No se trata del corazón. Sé que mi deber está por encima de eso. Todos habéis hablado con mesura. Pensáis, y no protestéis ni me contradigáis, que estoy tomando una decisión torpe y alocada. Pero yo os digo que no. Durante mucho tiempo he rumiado este tema y sé que, de haber la menor oportunidad de que los Ertalce no lleguen al trono, debemos aprovecharla. Esta noche Eldrid me la ha dado y por el bien de mi país yo la aprovecho. He vivido cinco años entre los Ertalce. Los conozco como no podéis ni siquiera imaginar. Sé cómo piensan y actúan. Y por ello estoy seguro de que lo peor que podemos hacer es dejarlos entrar en la corte. Una vez en ella, no podremos sacárnoslos jamás de encima. Absorberán primero la Corona y luego el país entero. Desconocéis a Urguna Ertalce. Ella lo quiere todo. Y es implacable.

Tras el silencio, Argaut prosiguió:

—Sé que nos exponemos a la hostilidad de la Casa más fuerte del país y sé que hay peligro de guerra. Pero estamos viendo árboles, no el bosque. ¿Creéis que tendremos paz si les damos lo que quieren? Yo os digo que no. Sé por experiencia que los matones no tienen freno y que la única respuesta posible ante ellos es la firmeza. Los Ertalce nos avasallarían aunque la reina fuera de los suyos, ¡y con más razón aún, pues tendrían impunidad para campar a sus anchas! Nuestras tierras y nuestras arcas ahora pasan por dificultades, pero con los Ertalce en la corte en diez o veinte años no tendremos ya ni tierras ni Hacienda. Todos los de esta sala, y yo el primero, seremos monigotes en sus manos. Os aseguro que con ellos solo queda elegir entre la lucha y la

esclavitud. No hay medias tintas.

Tras el silencio fue Etacta quien habló:

—Todos queremos la libertad y la dignidad, Majestad, y yo como guerrero estoy dispuesto a luchar hasta el fin, pero… ¿Podremos ganar una nueva guerra? Resulta dudoso. Es mejor que comprendamos bien esto antes de hacer nada.

—Os aseguro que no habrá guerra. He estado con los Ertalce y sé que ellos también han sufrido mucho. Son fieros, pero no tontos. Querrán intimidarnos, pero no creo que declaren la guerra abierta hasta que no estén seguros de ganarla.

—¿Y nosotros? —preguntó Guarner—. ¿Podremos permitirnos no declarársela si sufrimos atropellos?

—Seremos flexibles y defenderemos lo nuestro sin empezar un conflicto mayor. Aún tenemos buenos diplomáticos.

—¿Flexibles hasta dónde, Majestad? —preguntó Demayara—. ¿Qué vamos a decirles mañana para que vuelvan a su tierra como aliados y no como enemigos?

—Enemigos ya lo son, aunque aún no lo veáis. Si queremos que cedan nosotros también habremos de ceder.

—¿Ceder? —Guarner frunció el ceño—. ¿Ceder qué, Majestad?

—Territorios y fortalezas. Bregaremos y porfiaremos, pero al final les daremos algunos bastiones e incluso burgos. Eso los calmará.

—¿Cederles más territorios? —se indignó Demayara.

—Sí. Será poco comparado con el trono de la reina, pero lo vestiremos todo como si los derrotados fuéramos nosotros. Así se irán tranquilos. Si confiáis en mí yo os garantizo que algún día lo recuperaremos todo.

Farica preguntó, con voz muy lenta:

—Majestad, permitidme preguntaros qué tipo de gobierno va a ser el vuestro.

—Sé a lo que os referís. Voy a devolver el control de este país a la Corona, que es su legítima dueña. Voy a acabar con el poder agresivo de los nobles. Voy a hacer que el pueblo no esté sujeto a todo tipo de afrentas y abusos. Voy a limpiar esta tierra de criminales y me dará igual que vistan estameña o sedas. Tanto los funcionarios corruptos del rey como los caballeros que cometan malos usos colgarán de la soga. Voy a hacer que los caminos sean seguros, que los comerciantes puedan circular por ellos, que los pastores lleven sus rebaños por las cañadas sin temor y que las ferias no queden vacías por culpa de los ladrones. Voy a traer la justicia a cada ciudad, aldea y choza. Tales son mis objetivos y exigiré a mi gente que se comprometa en cuerpo y alma con ellos, como yo haré. Por tanto, señor Farica, os respondo que mi gobierno va a ser de todo menos cómodo.

El aludido sonrió.

—Y yo os digo, Majestad, que estaré orgulloso de serviros.

—Me habéis convencido, Majestad —dijo Guarner Injeca—. No sé adónde nos conducirá esto, pero sí sé que sois el mejor rey para estos momentos. Las cosas han de cambiar en Brajairi y yo ya había perdido la esperanza. Vos me la devolvéis. Os obedeceré con gusto.

—Me alegra oíros, señor Injeca, porque mi primera orden es que no abráis la boca mañana en la reunión de los Ertalce.

Guarner lo miró con horror.

—¿Pero por qué, Majestad?

—Porque como caballero aguerrido que sois no tenéis paciencia con las ofensas y mañana tendremos que aguantar un auténtico chaparrón. Les dejaremos ladrar, sobre todo a Urguna, porque si respondemos al fuego con fuego son capaces de mandarlo todo al carajo y acabar con una declaración formal de guerra, cosa que les conviene más a ellos que a nosotros. Ya habrá tiempo de responder en el futuro, pero mañana hay que manipularlos. Por esa misma razón vos, señor Etacta, tampoco diréis nada. —El general se sorprendió—. La negociación será conducida por Su Alteza y los señores Farica, Etgula y Rafucio Injeca, que para estas cosas tienen más cuajo. Esto no es una sugerencia, sino una orden del rey. ¿Entendido?

Guarner y Etacta apretaron los labios, pero asintieron.

—¿Y vos, Majestad? —preguntó Etgula—. ¿Acaso no vais a hablar?

—Poco. Para los Ertalce soy un mocoso y considerarían un insulto que llevase las riendas.

—¡Vos sois el rey de este país, Majestad! —contestó Guarner, indignado.

—¿Lo veis, señor mío? Ese es el tipo de comentarios que mañana no nos podemos permitir.

Guarner apartó la mirada, avergonzado.

—Tenemos que ser generosos y corteses —dijo Argaut—, así que vamos a delimitar lo que estamos dispuestos a conceder para que se larguen y nos dejen en paz.

—Pero solo en caso de que la dama Eldrid siga en sus trece —recordó Demayara.

—Por supuesto.

Continuaron debatiendo y haciendo planes durante otra hora, tras la cual el rey dio por terminada aquella sesión tan extraordinaria del Consejo. Les quedaba poca tiempo de sueño antes de que saliera el sol.

19

En efecto, tal y como había previsto el rey, la reunión con los Ertalce fue… *complicada*.

Por una parte estaban Urguna, Gotraigo Tilat y Rayún, y por la otra Demayara, Guarner, Etacta, Etgula, Farica, Rafucio y el propio Argaut. En su fuero interno el rey suspiró de alivio cuando los Ertalce comunicaron que la dama Eldrid mantenía su decisión de no casarse con él. A partir de ahí los Ertalce volvieron a exigir que el rey desposara con Enzora porque la Corona estaba obligada a mantener la unión de las familias aunque cambiara la novia, y los cercanos al rey defendieron la misma posición de no aceptar ninguna boda si no era con Eldrid. Urguna y Rayún insultaron y agraviaron, hablaron de falta de nobleza e incluso de mentiras y traición. Guarner Injeca y Videmar Etacta tuvieron que agarrar los brazos de sus butacas, soltar el aire con fuerza por la nariz y apretar los labios; pocas veces harían tantos esfuerzos por mantener los dedos lejos de la espada. Gotraigo era la parte serena, que no amable, del trío Ertalce. Etgula, un diplomático curtido, y Farica, abogado experto en juicios y careos, absorbían los golpes con firmeza y cortesía. Demayara imponía una dignidad apaciguadora. Argaut apenas decía nada, como si la decisión no fuera suya, sino de sus consejeros. Al final, los Ertalce comprendieron que sus adversarios no iban a ceder y entonces llegaron las exigencias. Tras mucha resistencia la Corona fingió una derrota humillante al cederles bastiones en el este y el oeste, pero ni siquiera entonces los Ertalce se dieron por satisfechos y exigieron con fuerza que desapareciera el único impuesto que pagaban. Esto no se lo esperaba Argaut y solo entonces intervino para dar la negativa. Urguna leyó entre líneas que aquello sí les había dolido, así que prometió que sus huestes invadirían a sangre y fuego los territorios de la realeza si no se les eximía de tal pago. Esto equivalía a romper por completo con el rey y la Corona no podía permitirlo. Pero ni Argaut ni Demayara sabían hasta dónde estaba dispuesta a llegar la señora de los Ertalce, así que tras mucha discusión tuvieron que rebajar el impuesto a la mitad: los Ertalce solo habrían de pagar un cinco por ciento de cuanto obtuvieran en su pequeño imperio. Además, no habría auditores que confirmaran la veracidad de las cuentas y por tanto el fraude estaba asegurado. Era una cantidad ridícula, pero al menos así continuaban, aunque solo fuera en la forma y no en el fondo, sometidos al rey.

Tras algunas últimas palabras subidas de tono los escribientes prepararon los acuerdos y por la tarde el rey y Urguna los firmaron. Argaut presentó también un documento que le libraba de casarse con Eldrid aunque ella en el futuro cambiara de opinión. A regañadientes, Urguna lo firmó. Los Ertalce se despidieron de mala manera y expresaron su deseo de no quedarse en la corte ni un latido más. Preferían dormir en una posada, según dijeron.

Avanzada la tarde, la comitiva estaba preparada para la marcha. Argaut se despidió de manera cortés y Urguna le advirtió:

—Esto no vamos a olvidarlo nunca. Y todo es un asco.

La dama dio la vuelta y le dejó con la palabra en la boca. Argaut se dio cuenta de que la familia de Eldrid viajaría en otro carro distinto al de Urguna y se acercó a ellos. Eldrid, Gricel y Derc le saludaron con respeto.

—Lamento que os vayáis tan pronto —dijo el rey—. Me hubiera gustado agasajaros mejor.

Gricel dijo:

—Gracias, Majestad, pero hemos de obedecer a mi… a la señora Urguna Ertalce.

Argaut frunció el ceño, pero la impasibilidad de aquella mujer le hizo comprender que la humillaría si pedía explicaciones, así que no dijo nada.

—Quiero que sepáis que os tengo en mucha estima —les dijo—. Fuisteis las personas que mejor me trataron durante mis cinco años en Gunabar. Eso jamás lo olvidaré. Tened por seguro que las puertas de mi casa siempre estarán abiertas para vosotros.

—Somos nosotros los que agradecemos tales palabras, Majestad —dijo Derc Colusc—. Os deseamos ventura en vuestro reinado.

Argaut comprendió que era sincero. Se volvió hacia Eldrid y fingió no darse cuenta del moretón que ni siquiera los afeites habían logrado ocultar del todo.

—Majestad —dijo ella—, de nuevo os pido disculpas por mi negativa a casarme con vos. Estoy segura de que encontraréis una mujer que os ame y que sea la mejor reina.

—Y yo estoy seguro de que no hallaré nunca mujer más valiente que vos. Ni mejor amiga. —Los dos se miraron y de nuevo volvieron a ser aquellos chiquillos inadaptados que solo se tenían el uno al otro. Argaut deseó abrazarla, pero eso era ya imposible—. Os deseo lo mejor, Eldrid Ertalce. Estoy seguro de que lo obtendréis.

—Gracias, Majestad —repuso ella, con una reverencia.

Los Ertalce se fueron y Argaut volvió al interior del palacio, donde le esperaban los miembros del Consejo.

—Quiero felicitaros a todos —les dijo—. Habéis hecho un trabajo excelente.

—Majestad, después de lo que han obtenido hoy los Ertalce —dijo Etgula con una sonrisa dolorida—, el trabajo es algo que no nos va a faltar.

Argaut sonrió y le dio una palmada en el hombro.

—Eso es cierto, pero se trabaja mejor cuando uno es libre y no esclavo. Hoy nos hemos sacado de encima las cadenas.

Guarner no lograba desatar el nudo de su ceño.

—Algún día esos bastardos pagarán todos sus insultos.

—Algún día, pero no hoy —repuso Argaut.

—Majestad —intervino Demayara, con los ojos serios y clavados en él—. Me gustaría hablar con vos en privado.

Argaut asintió y luego se dirigió a los otros:

—Nobles miembros del Consejo, por hoy podéis descansar, que falta nos hace. Mañana nos reuniremos otra vez.

Se despidieron y Argaut y Demayara fueron a un despacho vacío. Ella se mantuvo callada durante algunos momentos y al fin dijo:

—Majestad, quiero presentaros mi renuncia como miembro del Consejo Real. —Argaut quedó helado—. No lo he hecho público antes para no entorpecer la reunión con los Ertalce, pues vos me pedisteis que estuviera en ella. Os ruego que sea el último servicio que le hago al Consejo.

Argaut logró ocultar el relámpago de dolor que cruzó sus ojos.

—¿Por qué deseáis abandonar?

—He sido la regente durante cinco años terribles, tres de los cuales transcurrieron durante una guerra que ha devastado el país. Lo hice porque era mi deber y porque no quedaba otro remedio. No creo exagerar si digo que en esa tarea me empleé en cuerpo y alma.

—Cosa de la que nadie duda, como tampoco de que nadie podría haberlo hecho mejor. Nadie podría haber conseguido tanto empezando de una situación tan mala. Siempre os quedaré agradecido por todos vuestros esfuerzos y desvelos.

—Gracias, Majestad. No fue solo un deber patriótico, sino también personal. Mi propia hermana me encomendó la tarea y en su memoria, y para dejarle a su hijo el mejor reino posible, no me negué. —Hizo una pausa—. Sin embargo, nunca me gustó la encomienda. En realidad soy una mujer sencilla y no ambiciono riquezas, poder ni prestigio. Durante la regencia cada día fue una prueba, cada mañana quería renunciar y dejárselo todo a otros… Cada parte de guerra en el que se informaba sobre decenas, cientos, miles de muertos… Para mí todos esos hombres, y sus esposas e hijos, así como las gentes inocentes que siempre son devoradas por el monstruo de la guerra, cada uno de ellos pesará sobre mi conciencia a pesar de que sé que hice lo correcto. Pero lo correcto puede ser doloroso. Perdonad mi debilidad.

—No veo debilidad, sino todo lo contrario. Es fácil ordenar la lucha cuando a uno le da igual la vida ajena. Pero enviarlos a morir cuando se quiere su felicidad… Eso solo pueden hacerlo personas fuertes.

Demayara sonrió sin alegría y miró hacia el suelo. Levantó la cabeza y clavó sus ojos en el rey.

—Las cosas han cambiado. Me doy cuenta de que ya no sois un muchacho al que se deba proteger, sino un hombre con más determinación que muchas personas maduras que conozco. Mi labor en el Consejo ya no es necesaria y deseo empezar a vivir de nuevo, a disfrutar un poco de mis hijos, de mi familia y de mí misma. No os faltará gente competente. Conozco a mi esposo y sé que ya os adora y que está deseoso de serviros. Hay más como él. Por eso os pido que aceptéis mi renuncia. Me atrevo a decir que en justicia me la he ganado.

Argaut permaneció silencioso durante muchos latidos.

—A vos no os gusta mi política, ¿no es así? Os ruego que seáis sincera.

Demayara estaba seria y pensativa.

—Majestad, yo vivía en el error. Pensaba que cuando llegarais habría paz en el reino. Creía que los horrores no volverían a repetirse. Pero compruebo que no será así. —Lo miró con dureza—. Vos no traéis la calma, sino el enfrentamiento.

—¿Acaso puedo esquivarlo? ¿Creéis que debería doblegarme?

—No lo sé. Tal vez llevéis la razón y no se pueda tener paz perpetua con los nobles de este país. Tal vez lo mejor sea no ceder. No es imposible que yo sea una ingenua.

—Podéis ser muchas cosas, Alteza, pero no una ingenua.

—Tengo dudas sobre el tipo de gobierno que vais imponer. No solo eso; tengo dudas sobre vos.

—Explicaos —pidió Argaut, con el ceño fruncido.

—No sé cuánto hay en vuestras decisiones de amor por el reino y cuánto hay de venganza.

—Ahora sí os entiendo.

—Pero no os reprocho nada. Si los Ertalce ya son insoportables en unas negociaciones no puedo ni imaginar lo que habrá sido para vos tenerlos encima durante cinco años.

—Mi vida en Gunabar no fue fácil, pues los Ertalce se esforzaron por… —El gesto se le agrió. Apoyó los puños en la mesa y clavó los ojos en la tabla—. ¿Sabéis cómo llamaba Urguna a mi madre? Le llamaba *La ramera*.

Demayara jadeó con escándalo.

—¿Cómo se atreve esa bruja asquerosa? —exclamó.

—Pocas veces pronunció mi nombre. Para ella era *El hijo de la*

ramera. Así me llamaba en privado y en público.

—¡Maldita sea la madre que la parió! —rugió Demayara—. ¡Si la tuviera aquí delante le sacaba los ojos!

—Podéis poneros a la cola, tía, porque hay mucha gente que desea hacerle eso, y cosas peores.

—Vos entre ellos, sin duda. —Demayara se le acercó y puso una mano en su brazo—. A eso me refiero, Argaut… Majestad. Debe ser imposible haber vivido con semejante arpía y no tener ganas de hacérselo pagar caro. ¿Viene de ahí vuestro enfrentamiento con ellos? No os juzgaré digáis lo que digáis.

Argaut fruncía el ceño.

—Quiero vengarme, sí, pero hay algo más profundo. He sufrido muchas humillaciones en Gunabar y ahora sé cómo viven incontables personas anónimas, día tras día. Allí me hice uno con toda la gente aplastada por los poderosos. Tengo dentro una rabia helada, persistente.

—Luego es verdad eso que dijisteis ayer noche. Queréis traer justicia al reino. ¿Justicia por lo que les hacen a otros o por lo que os hicieron a vos?

—No lo sé. Solo hay una forma de averiguarlo y es yendo hacia delante con fuerza. —Le tomó de la mano—. Y para eso os necesito.

Ella lo miró con un temor repentino y trató de separar la mano. Pero él la retenía.

—Majestad, no me necesitáis en el Consejo.

—Os equivocáis, Alteza. Sois cauta y sabia y habéis llevado las riendas del reino en tiempos difíciles. Vuestra experiencia y vuestras opiniones son valiosas.

—Majestad… ¿No me vais a permitir renunciar?

—No.

Demayara cerró los ojos como si sufriera un dolor muy fuerte.

—Os imploro que me deis la libertad.

—Nadie está libre de su deber, Alteza. Se os necesita en el Consejo y por tanto serviréis a vuestro rey y a vuestro país. —Argaut la tomó de la barbilla y la miró a los ojos—. Escuchadme bien. No solo os necesita el monarca… —La tomó de los hombros y ella se ablandó al ver su sonrisa—. También os necesita vuestro sobrino, que es más que vuestro sobrino, pues vos sois para mí la segunda madre que me cuidó cuando murió la primera.

—Nunca dudes del inmenso amor que siento por ti, Argaut. Para mí tú eres como un hijo. Pero me pides… Me pedís algo difícil.

—Lo sé. No obstante, confío en vos porque sois fuerte como un roble. Incluso cuando os creéis débil, sois fuerte. Y yo necesito gente así a mi lado. Debo confesaros que en Gunabar os odié por haberme dejado allí. Pero en el fondo nunca pude dejar de quereros con toda

mi alma. Y en los momentos más duros vuestro recuerdo y el calor que me llevé de aquí… Eso me mantuvo a flote.

—No puedo resistir toda esta presión, Argaut. Quiero empezar a vivir.

—Miradme, Alteza. —Ella así lo hizo—. Mi madre os hizo prometer que siempre velaríais por mí. ¿No es cierto?

Demayara asintió.

—Entonces tenéis que cumplir vuestra palabra porque me voy a enfrentar a muchos peligros y necesitaré hasta la última onza de vos para mantenerme a flote.

Demayara suspiró, apretó los labios y dijo:

—Está bien. Haré lo que me pide mi rey. Podéis estar seguro de que me entregaré a la encomienda en cuerpo y alma. Lo haré sobre todo por la memoria de mi hermana. Y por vuestro bien.

Argaut sonrió y la abrazó fuerte. Ella al final también le devolvió el calor.

—No sabéis cuánto os lo agradezco —dijo él. Se separó de ella, llenó de vino dos copas y le tendió una a Demayara, que la aceptó—. Y bien, Alteza, ¿qué me aconsejáis que haga primero?

—¡Vaya! —Ella no pudo evitar reír—. ¡Tenéis prisa por gobernar!

—Lo que ha de hacerse, que se haga cuanto antes.

—En primer lugar debéis ordenar una auditoría para conocer de cuánto dinero dispondremos en el futuro. No me refiero solo a las cuentas actuales, sino a una estimación *realista* de todas nuestros ingresos y gastos a corto, medio y largo plazo. —Sonrió sin alegría—. El buen gobierno no es cosa de honor y discursos patrióticos, sino de planificación económica. La realidad es asquerosamente prosaica.

—No tomaré ninguna decisión importante hasta que sepamos de cuántos dineros dispondremos. Encargaré la tarea a Farica y sus contables.

—Es el hombre adecuado, sobre todo porque no endulzará los platos que os sirva. Desconfiad de quien alaba en exceso porque las críticas duras son las mejores maestras.

—Mañana sacará el tema en el Consejo. He de fortalecer el ejército y eso es caro.

—Que Braladur nos asista —se quejó Demayara.

—Tened por seguro que haré todo lo posible para evitar la guerra, pero no podemos ser ingenuos. La aristocracia está desbocada. Quiero hacer del Ejército Real una herramienta eficiente.

—Por lo pronto, debéis reforzar las guarniciones en las fronteras del Señorío de Ertalce.

—Lo haré, aunque no creo que haya peligro inmediato. Urguna es agresiva, pero no inconsciente. Esperará un poco antes de apretarnos ese dogal. Empezará por humillarnos demorándose en el pago de los

tributos.

—Habrá que aguantar esas provocaciones porque nuestra posición todavía es débil.

—Bien lo sé, tía. Todavía es pronto para someter a los Ertalce, pero a otros sí debo empezar a meterles en vereda.

—Preparad al ejército, pero no seáis impaciente. Golpead solo cuando estéis seguro de ganar.

—Antes de hacer nada quiero viajar por el país y conocerlo en persona. Quiero presentarme en todas las ciudades importantes para hacer comprender a todos que no seré un rey encerrado en su palacio, que este reino es mío y que puedo recorrerlo cuando lo desee.

—Es un buen comienzo, Majestad, pero esas no son las palabras ni el enfoque correctos. Nunca os mostréis tan arrogante y posesivo. Por el contrario, tratad a todos los brajairios con mucha consideración. Interesaos por sus costumbres porque el pueblo se encariña enseguida de los reyes sencillos y cercanos. Sed paciente con los que porfían. Mantened siempre los usos y costumbres de cada lugar y no violentéis nunca el orgullo de nadie por satisfacer vuestro propio orgullo personal. Respetad y seréis respetado. Amad y seréis amado. Servid y os servirán. Escuchad, dialogad y negociad con mucha generosidad antes de ordenar nada. Y solo cuando todo esto no resulte podréis en justicia levantar la vara. Pero solo entonces.

Argaut sonrió.

—¿Veis como os necesitaba? Ese tipo de consejos no me los daría vuestro esposo ni tampoco el general Etacta. Y son tan necesarios como los otros.

Demayara sonrió con cansancio.

—Vais a tener suficiente jaleo con los desleales como para enfadar por tonterías a quienes aún os respetan.

—Lleváis toda la razón. ¿Por qué me miráis de ese modo?

Había melancolía en los ojos de Demayara.

—Ahora tenéis su mirada… Esos ojos duros y determinados.

—¿Os referís a mi madre?

—No. Ella hizo lo que pudo, pero no era tan fuerte como nuestra hermana mayor.

Argaut levantó las cejas.

—La Reina Rebelde.

—Así la llamaban. Supongo que conocéis la historia.

—Conozco al personaje, no a la persona. ¿Cómo era?

—Me llevaba unos diecisiete años; casi podría haber sido la madre que no conocí, pues mi nacimiento le costó la vida a la reina consorte Serela. La otra Serela, mi hermana mayor, tuvo que ponerse la Corona a los veintitrés años, cuando ya estaba casada con Debrión Injeca. —Sonrió—. Por lo que se ve, los hermanos Injeca hacen buenas migas

con las hermanas Agrate. Todos creían que sería una reina dócil, como lo fue nuestro padre Argaut II el Cazador, que lo dejó todo en manos de los nobles al creer, supongo, que así el reino estaría en paz… Al menos prefiero pensar que no lo hizo por pereza o cobardía. Pero no le sirvió de nada mantenerse al margen porque la aristocracia devastó Brajairi en una nueva guerra civil y cuando la lucha acabó unos simpatizantes del bando perdedor lo secuestraron, lo descuartizaron y clavaron su cabeza en una pica.

—He leído sobre ese regicidio espantoso.

—Yo por entonces tenía seis años y vuestra madre ocho. Éramos unas niñas y nos horrorizamos, como el resto, pero en realidad no sufrimos mucho porque nuestro padre nunca estuvo cerca de nosotras; desde la muerte de mi madre frecuentaba otras *compañías*, por así decirlo, y tenía olvidados a los suyos. Serela siempre estuvo al cargo de sus cuatro hermanas pequeñas… En realidad de dos, Gamira y yo, pues Cristana y Darla murieron siendo ella una niña, cuando yo aún no había nacido. No sé si fue por venganza o por patriotismo, pero Serela abandonó la política sumisa de los reyes anteriores. Tal vez quisiera emular a nuestra antepasada Demayara I la Guerrera, que no solo dominó el país, sino que incluso luchó contra Brenit. —Hizo una mueca amarga—. Parece mentira, pero en tiempos lejanos Brajairi tenía peso en Dirtán.

—Ya nadie lee historia y la gente no sabe que en realidad las excepciones fueron mi abuelo y mi bisabuelo, pues desde el principio los Agrate demostraron firmeza no solo dentro, sino también fuera del país. Por desgracia, dos reyes malos pueden destruir una labor de tres siglos.

Demayara lo miró con severidad.

—No seáis tan duro. También vuestra madre tuvo que echar el ancla y nadie dirá en mi presencia que fue una mala reina. No tuvo otra opción.

—Merezco la regañina. Trataré de ser más comprensivo con mis mayores. Pero seguidme contando sobre vuestra hermana mayor.

Demayara de nuevo sonrió con melancolía.

—Siempre fue impaciente y enérgica, pero también era justa, buena y generosa. Amaba con la misma intensidad que odiaba. Era muy bella. —Levantó una ceja—. Aunque en honor a la verdad, descuidaba un poco su imagen. Pero tenía tanto carácter que allá por donde iba resplandecía como un sol. Debrión era muy apuesto y los dos hacían una pareja perfecta. A vuestra madre y a mí nos parecían un matrimonio de una novela de caballerías. Los adorábamos. Cuando Serela subió al trono quiso imponer su voluntad en todo el país. Se enfrentó a dificultades muy grandes, pero nunca se rindió y obtuvo triunfos sobre los nobles.

»Por desgracia, el poder la alejó de nosotras. Apenas la veíamos y cuando lo hacíamos ella estaba distante y enojada. Debrión murió en la guerra y eso la rompió por dentro. No volvió a casarse a pesar de que incluso sus fieles le aconsejaron hacerlo. Gobernó durante unos ocho años más con mano de hierro, pero al final la mataron a traición, aquel día fatídico, junto a sus tres hijos. Fueron sicarios de Barac Tiyadara.

—Una deuda que algún día los Agrate nos vamos a cobrar.

Demayara lo miró un instante. Prosiguió:

—Tu madre no estaba preparada para gobernar Brajairi. No era del mismo fuste que nuestra hermana mayor, sino una chica sencilla que solo deseaba vivir con alegría y desenvoltura, como cualquier joven. Pero le cayó encima la corona de un país turbulento y eso la aplastó. Hubo de casarse primero con un Injeca, al que asesinaron los mismos que mataron a nuestra hermana mayor, pero del cual obtuvo un hermoso hijo: tú. Luego se unió a un Ertalce, que también fue asesinado, y el hijo que nació de ambos murió en menos de dos años por culpa de unas fiebres. Eso le quitó las energías que le quedaban y al final tuvo que ceder a las presiones y unirse al asesino de su hermana y de sus dos maridos anteriores, y darle una hija. No es extraño que ella… tuviera sus pequeños vicios. Pocas personas podrían haber aguantado tanto sin romperse. En mi necedad llegué a pensar que era cobarde y frívola; en el fondo la despreciaba por no ser otra *Reina Rebelde*, pero ahora sé que lo hizo lo mejor que pudo y espero que, esté donde esté, pueda perdonarme.

—Ella os ha perdonado, tía, pues también vos lo hicisteis lo mejor que supisteis.

Demayara le acarició una mejilla.

—Tengo miedo. Veo en ti a Serela y recuerdo cómo acabó. Vas a enfrentarte a fuerzas terribles.

—Entonces pondremos los medios no solo para resistirlas, sino incluso para vencerlas.

—Que el Padre Braladur te oiga y te ilumine, hijo mío.

Argaut le puso las manos en los hombros y sonrió.

—¡Dejémonos de tristezas! Ahora tenemos que descansar. Estoy roto y deseando caer en la cama. Antes prefiero vérmelas con un batallón de lanceros que enzarzarme en negociaciones políticas.

—Pues id acostumbrándoos, Majestad. Id acostumbrándoos.

20

Argaut pasó el resto del año en Longaza, pero no ocioso. Tenía mucho interés en poner a punto el Ejército Real y como la debilidad económica hacía casi imposible multiplicar sus efectivos, decidió aumentar su calidad. Dio orden a Etacta y a los otros generales de adiestrar sin descanso a los soldados y convertirlos en la mejor tropa de élite del país. La mesnada del rey debía ser no solo respetada, sino también temida. Se reunió con los mandos y con su tío Guarner, ducho en temas bélicos, para dotar a la hueste de movilidad y dinamismo, pues quería que llegaran con rapidez a cualquier lugar de Brajairi donde se la necesitara. Argaut recordó sus lecturas sobre estrategia y táctica y ordenó la creación de unidades de intervención rápida, a la manera de la infantería y caballería ligeras del Ilnar, capaces de golpear como un relámpago. El propio rey se adiestraba junto a los soldados, con la misma dureza. Quería que ellos lo vieran porque sabía que los guerreros eran capaces de atravesar una montaña cuando estaban al mando de un rey que luchaba junto a ellos. Además, los cinco años de adiestramiento con Ugor Socrom le habían acostumbrado —y aficionado— a las artes bélicas y no quería embotarse por falta de acción.

Argaut visitaba todos los días la biblioteca del palacio y consultaba libros de historia, política y economía. Además, se reunía cada pocos días con el Consejo para pulir su proyecto. Pero no podría empezar a hacer nada hasta después de viajar por todo el país para conocerlo en persona.

El invierno se fue deslizando con la lentitud de un gusano de escarcha y tras la ventisca, la blancura y la oscuridad llegó la primavera. Argaut partió de Longaza por segunda vez en su vida. El Consejo había recomendado enviar heraldos a los bastiones y burgos por los que iba a pasar, pero Argaut se negó, pues no quería darle a nadie tiempo para meter la basura bajo la alfombra. Le acompañaban el embajador Brelán Etgula, su pupilo Rafucio Injeca y el secretario y tesorero Gregar Farica, que traía un enjambre de contables que levantarían acta sobre las cuentas en cada lugar. Por supuesto, llevaban escolta armada. Argaut había dado plenos poderes para gobernar en su ausencia no solo a Guarner Injeca, el mayordomo real, sino también a Demayara Agrate.

El viaje transcurrió sin prisa ni pausa. El rey visitó el sur alegre y

soleado, hermoso, vital, fuerte, hechicero, arrollador, con su aroma de especias y su mezcla de firmeza escaldraia y embrujo ilnario. Pasó también por el este exótico y por el oeste recio y tradicional. Llegaron al norte y en el Señorío de Ertalce se le recibió con una cortesía gélida. El rey y sus acompañantes recorrieron los caminos del país, las sendas y las cañadas; visitaron las ferias y su bullicio de mercado y lonja; y recorrieron los burgos, donde se le recibía con sorpresa y con diferentes grados de amabilidad. Se alojó en fondas y hospederías. Cruzó por los puentes de piedra o de madera los grandes y pequeños ríos y navegó en los barcos fluviales. Atravesó las sierras por sus puertos angostos y durmió en castillos sobre fachadas y riscos de piedra. Rezó a Braladur en los templos urbanos y en los santuarios de los caminos. Contempló la Distorsión, en la frontera suroriental; allí se desplomó la Llama durante la Gultrutana y su cadáver desintegró la ciudad cindu de Traiaquil y el reino wraglu de *Cragta* —antes el humano Cutnaya, conquistado durante la guerra por los bogrodarus—, matando a sus decenas de miles de habitantes y a los ejércitos que allí estaban peleando. El yermo era inhabitable por el remanente mágico de la Llama, vigente incluso hoy, un milenio y medio después. Desde la distancia la Distorsión parecía una masa gigantesca de niebla fantástica y colorida. Nadie que entrara en ella salió para contarlo y se desconocía qué tipo de criaturas la habitaban. Era evidente que allí dentro no imperaban las leyes naturales. Argaut contempló aquella mancha borrosa que dominaba el horizonte, sobrecogido de maravilla y espanto, y se sintió un poco mareado al mirar esas tonalidades y formas, que no pertenecían a este mundo y quizás tampoco a este universo. Se acercó a Tubda, la ciudad maldita de los legendarios cindus. Poco se sabía de ellos, salvo que en tiempos remotos vivieron en ciudades-estado desperdigadas por Dirtán, que tuvieron un papel primordial durante las Guerras de los Dioses y las Guerras de la Venganza y que habían desaparecido de modo misterioso hacía casi un milenio. Ahora solo quedaban sus ciudades, rodeadas de una magia que las mantenía firmes contra el tiempo y que además espantaba a los humanos. Ningún viajero y ningún ejército de hombres osó aproximarse a sus lienzos, torres y cúpulas porque entonces la mente quedaba dominada primero por la angustia y luego por un miedo invencible. Tubda lucía un brillo onírico y Argaut deseó poder vencer el terror para entrar en ella. Pero eso era imposible. Él mismo había sufrido una especie de regresión mientras leía la Gultrutana y había vivido los hechos dentro de un auténtico cindu, pero el recuerdo iba diluyéndose poco a poco sin que pudiera evitarlo, como una pesadilla que se desdibujara en la memoria, y pronto desaparecería del todo. Se preguntó si quedarían cindus en Tubda. Y en tal caso, ¿cómo vivirían? ¿Saldrían alguna vez? Argaut no lo sabía y con un poco de rabia

íntima comprendió que nunca podría desentrañar los misterios de Dirtán. Ni siquiera los de su propio país.

Recorrió la nación de cabo a rabo y habló no solo con los nobles y los grandes señores de los castillos y los concejos, sino también con los mercaderes, los viajeros e incluso los pastores y campesinos, a quienes pedía sinceridad ante todo.

Avanzado el verano retornó a Longaza y no esperó ni dos días para reunir al Consejo. Permanecía impasible y lúgubre, en pie, mirando por una de las ventanas los tejados y las torres de la ciudad. Demayara rompió la quietud:

—Majestad, hemos leído los informes que han hecho los señores Etgula y Farica. Algo sospechamos sobre los resultados del viaje, pero queremos conocer vuestra opinión.

Argaut asintió en silencio varias veces, sin apartar la mirada de la ventana. Se volvió y los miró con enojo.

—Ahora puedo decir que la situación en Brajairi no es mala, sino penosa.

Guardaron silencio. El rey se sentó.

—En el Señorío de Ertalce me dieron una acogida fría y en Gunabar ni la señora Urguna, ni Gotraigo, ni Rayún quisieron recibirme. Enviaron subalternos. Ya lo esperaba. Pero en la mayoría de las capitales brajairias el recibimiento ha sido igual de tibio y en algunos sitios incluso fue peor. Demasiados nobles me han hecho esperar de manera intencionada y en unas cuantas ocasiones incluso se negaron a abrirme las puertas, amparándose en fueros locales. Ni siquiera tuvieron el detalle de la hospitalidad. Los grandes sacerdotes apenas me dedicaron unas horas y algunos maestres de las órdenes de la Fuente pretextaron obligaciones y enviaron segundones. No niego las excepciones, pero en casi todas partes el clima no es ni siquiera de hostilidad, sino más bien de indiferencia. No puede haber monarca escaldraio más ninguneado que yo.

Nadie dijo nada durante muchos latidos.

—La obediencia a la Corona esta relajada o ni siquiera existe —prosiguió Argaut—. Los aristócratas hacen cuanto les viene en gana en sus señoríos. Son muchas las quejas de nuestros adelantados y justicias, pues se los desprecia y si toman decisiones sujetas a derecho nadie les obedece. En los concejos reina el desgobierno; los ricoshombres ponen y deponen a quien más paga, cuando les conviene respetan la ley real y cuando no la violan, y ni siquiera lo ocultan. Yo esperaba eso en el Señorío de Ertalce, pero fuera de él ocurre lo mismo… ¡Lo mismo! —Dio un puñetazo en la mesa. Inspiró fuerte para calmarse—. Y por supuesto eso también reza en cuanto a la administración económica. En cada lugar los nobles cobran las tasas y alcabalas que se les antoja, las suben a capricho o se inventan otras

nuevas, crean monopolios y en los peores casos ahogan el tráfico mercantil. ¿No es así, señor Farica?

—Por desgracia, Su Majestad no exagera. El sistema tributario es un caos y la Corona saca poca ganancia. Peor aún: a menudo las cuentas están plagadas de irregularidades.

—¡Decid mejor que nos están robando!

—De nuevo estáis en lo cierto, Majestad. Los recaudadores reciben casi siempre menos de lo que debieran y este estado de cosas es tan normal que ya no hay apenas quejas oficiales.

—Se os olvida algo, secretario. —Argaut lo miró con dureza y Farica bajó la vista—. Muchos contables de la Corona están amigados con los señores, reciben el soborno y callan. Es algo que todos saben… ¡Todos menos el rey, por supuesto, a quien se le queda cara de tonto cuando los mercaderes y las gentes llanas se lo cuentan!

—Majestad, os tratáis a vos mismo con una dureza excesiva —intervino Etgula.

—Y con más dureza habría de tratarme si no pongo coto a tanta tropelía. No solo me roban los aristócratas, ¡también lo hacen mis propios servidores! Y en cuanto a la seguridad del país… ¡Horrible! Los castillos de las fronteras tienen guarniciones minúsculas y podemos agradecerle a Braladur que los países vecinos tengan sus propios problemas y no quieran invadirnos porque llegarían a la capital en una semana. Algunos señores hacen guerra privada sin aceptar arbitrio del rey y devastan los territorios año tras año. Los caminos son peligrosos y hay bandidaje por doquier. El campesino lleva una garrota para que no le roben mientras ara. En las ciudades hay que salir acompañado de mozos por las noches y a veces también por el día. Los cuadrilleros no están donde deben y se me ha dicho que algunos incluso roban a los ciudadanos. Los señores han de imponer la ley en sus feudos, pero se les da una higa la gente humilde. Ellos mismos aplican malos usos sobre los villanos. Un noble que me recibió en su castillo se jactaba de haber ahorcado a más de cien labriegos y de haber aplicado la pernada a todas las novias de su tierra. Hay lugares donde los niños mueren de hambre mientras el señor cría panza. El pueblo llano hace culpable de todo esto al rey. Se me tiene por un tirano y escupen sobre mi nombre.

—¿Alguien osó decíroslo a la cara? —se indignó Etacta.

—No fue necesario. Pude verlo en sus miradas aviesas y su silencio impotente. El pueblo no solo me teme; también me odia.

—Hay que atajar tales sentimientos sin dilación —afirmó Guarner.

—En efecto, pero no son los humildes quienes deben ser castigados. Ellos no tienen la culpa.

—Majestad —intervino Demayara—, vos ya sabíais que si deseabais imponer vuestra voluntad os enfrentaríais a estos

problemas.

—Lleváis razón, Alteza, pero en mi ingenuidad no creí que las cosas estuvieran tan mal.

—¿Y qué vais a hacer? Ahora que lo conocéis todo de primera mano, ¿deseáis seguir con vuestra línea dura de gobierno? Tal vez deseéis meditarlo mejor.

—¿Estáis acorralando al rey, Alteza? —se quejó Guarner.

—Lejos de mi ánimo está causarle trastornos al rey, pero hemos de ser maduros. Si algo aprendí de la guerra es que una vez que se empieza no hay vuelta atrás. Majestad, no es innoble reconsiderar las cosas para buscar una solución práctica.

Argaut cerró los ojos. En su fuero interno sentía que su tía llevaba razón. Al fin y al cabo, ¿quién era él para cambiar el rumbo de un país entero? ¿El rey? Hacía mucho que los reyes brajairios eran comparsas y los que intentaron cambiarlo tuvieron un final horrible, como su propia tía Serela, la Reina Rebelde. Argaut se vio a sí mismo como un chiquillo con la cabeza llena de pájaros. Toda su resolución vaciló y el corazón se le llenó de miedo.

—Majestad —intervino Guarner—, este es el momento adecuado para empezar a hacer bien las cosas. Podemos cambiar la historia.

—O ser barridos por ella —repuso Demayara.

Su esposo la miró con enojo y el general Etacta intervino antes de que pudiera responder:

—Alteza, parecéis contraria a la decisión que tomó Su Majestad de poner orden en la nación.

—No estoy en contra de tal idea —repuso Demayara—. Es una idea preciosa en nuestras mentes, pero hay que asumir los costes y riesgos de llevarla a la práctica. De otro modo podemos provocar una catástrofe.

—¿Y cuáles son tales costes y riesgos? —preguntó Argaut.

—Tendríamos que iniciar un conflicto con muchas Casas del país cuando ya tenemos otro abierto con los Ertalce. La victoria no es segura y la derrota podría no solo costaros la vida, Majestad, sino el fin de la dinastía Agrate. Ese es el riesgo. El coste… Miles de vidas perdidas y el país arrasado. Por no hablar del gasto, que dejará las arcas aún peor de lo que están ahora.

—No tiene por qué ser tan terrible si se actúa con rapidez y energía —dijo Rafucio Injeca. Su madre lo miró con sorpresa y cierto enojo—. Pero Su Alteza lleva razón en que es mucho lo que nos jugamos.

—Si empezamos debemos hacerlo cuanto antes —dijo Guarner—. Los enemigos todavía no esperan nada del nuevo rey. Si dejamos pasar el tiempo perderemos la sorpresa y ya se sabe que quien golpea primero golpea dos veces.

Demayara miró a Argaut con seriedad.

—Majestad, habéis escuchado las opiniones del Consejo. La decisión es vuestra.

Argaut reprimió la tentación de mirar hacia el suelo porque sentía que se abría un abismo bajo sus pies. Su propia voz le pareció extraña:

—Mantengo la política de firmeza ante los nobles.

Demayara permaneció impasible, Farica levantó una ceja e inspiró, Etgula se acarició la barba, Rafucio frunció los labios y Etacta y Guarner asintieron en silencio.

—¿Cuáles son vuestras disposiciones? —preguntó Demayara.

—Lo primero es quitarle la tenencia de los castillos a los nobles que hayan cometido los mayores desmanes. Aún es pronto para castigarlos, por lo que se les ofrecerán motas y tierras menores, donde no podrán volver a cometer abusos.

—Me temo que para ellos eso será por sí mismo un castigo —dijo Etgula—. Los que más han abusado son los más soberbios, así que será difícil someterlos de buen grado.

—Cuento con ello y por eso me he preocupado tanto por darle filo al Ejército Real. Si esos vasallos no acatan la orden de su señor recuperaremos las propiedades de la Corona por las malas.

—¿Habláis de *ellos*? —preguntó Rafucio—. ¿En plural?

—Ya tengo a tres en mente. Sé que no aceptarán mis condiciones, pero ya veremos si continúan levantiscos cuando nos presentemos con las tropas ante sus murallas. Todo se hará con rapidez y energía, y por sorpresa. Si hay lucha debe ser breve y en los resultados no cabe la ambigüedad. Debemos dar ejemplo para que a esos tres no les sigan otros.

—¿Y qué ocurrirá con los Ertalce? —preguntó Demayara.

Argaut hizo una mueca de amargura.

—Ni tocarlos. Por ahora son un bocado demasiado grande.

—Las arcas van a sufrir un nuevo trastorno —dijo el secretario.

—Cuento con vos para que sea mínimo —repuso Argaut.

—La mejor medicina será convertir en realengo esos señoríos cuanto antes para beneficiarnos de su caudal. Viviremos de lo que se conquiste, como un ejército invasor.

—Más bien como un ejército *liberador* —repuso Etacta.

—Por supuesto —contestó Gregar, con una sonrisa.

—Secretario —dijo Argaut—, hay otro asunto que no admite demora y del cual vais a encargaros vos.

—Decid, Majestad.

—La corrupción de nuestros recaudadores.

—Estáis en lo cierto. Tengo la intención de limpiar nuestra administración y pronto muchos malos contadores serán relevados y enviados de vuelta a sus casas.

—Eso no me basta —dijo Argaut—. Los quiero ver ahorcados.

Todos lo miraron con asombro.

—Majestad, ¿he oído bien? ¿Habéis dicho…?

—Ahorcados. Robaron al pueblo y robaron al rey.

—Pero muchos de ellos pertenecen a familias de la alta nobleza. Jamás se nos perdonará que…

—Ahorcados. Vos tenéis los libros de cuentas y las pruebas. Llevad a cabo el proceso como gustéis, pero antes de que acabe el año quiero que cuelguen de la soga no menos de veinticinco malos servidores. Y conste que un número tan bajo es prueba de mi generosidad. No voy a tolerar ni un solo corrupto a mi servicio. No discutáis con vuestro rey ni le obliguéis a repetir dos veces la misma orden.

Farica asintió y dijo, un poco tembloroso:

—Por supuesto, Majestad. Se hará como digáis.

—Bien. Sigamos entonces con todo lo anterior.

Demayara disimuló su sonrisa, y no fue la única en la sala. Recobró la seriedad.

—Hay un asunto de distinto jaez, Majestad, pero también importantísimo. Vuestra sucesión.

Argaut torció la boca.

—¿No puede esperar?

—No. Debéis casaros a la mayor brevedad posible y darle príncipes al reino. Braladur no lo quiera, pero si murieseis el país no tendría sucesor.

—Pero vos sois también una Agrate de sangre pura, así como vuestros hijos. Hay herederos legales de sobra.

—Olvidáis que hay otra persona con sangre regia: Lisca Tiyadara.

Argaut la miró con dureza.

—En las capitulaciones de la guerra tanto la Corona como las Cortes decidieron que la hija de Barac Tiyadara perdería cualquier derecho al trono.

—Lleva la sangre de los Agrate y sigue en paradero desconocido. Si vos morís puede haber una crisis sucesoria y no os quepa duda de que tanto Lisca como su padre abandonarían ese paradero *tan* desconocido. Vuestros enemigos, que preveo numerosos y enérgicos, los apoyarían. Majestad, ¿no comprendéis que se necesita un hijo para asegurar el futuro?

—En este asunto estoy de acuerdo con Su Alteza —dijo Guarner—. No se puede demorar vuestro matrimonio, que sería rápido y no estorbaría a la gobernanza del país. De hecho, ya hay aspirantes.

—Compruebo que no perdéis el tiempo —dijo Argaut, sardónico.

—Ha sido cosa mía, Majestad —repuso Demayara—. Me gustaría que estudiarais las candidatas, mujeres de noble cuna, leales a la Corona y capaces de haceros dichoso.

—De noble cuna *brajairia*, supongo.

—¡Claro! —Demayara abrió los ojos con sorpresa—. ¿De dónde iban a ser?

—Majestad —dijo Guarner—, me atrevo a deciros que una mujer Injeca sería la mejor opción. Los hombres y las mujeres de ambas familias son muy compatibles, tanto en lo político como en lo personal. —Miró a su esposa y ella sonrió—. Estoy seguro de que con vos pasaría lo mismo.

Argaut dijo:

—No me casaré con una mujer de la nobleza brajairia.

—¡Majestad! —protestó Demayara—. ¡No creáis que todas son como las Ertalce! Creo que lleváis demasiado lejos vuestro odio hacia los aristócratas.

—No es por ser aristócrata, sino por ser brajairia. Tengo la intención de casarme con una princesa extranjera.

—¿*Qué*?

—Nuestro país ha estado demasiado tiempo aislado. Hay que establecer alianzas internacionales. Solo así recuperaremos la gloria perdida.

—Majestad… —La voz de Guarner sonó más dura en cada palabra —: Con todos mis respetos, erráis. La mejor reina para este país sería una mujer de los Injeca.

Argaut tuvo que hacer esfuerzos para no apartar la vista, pero al final Guarner comprendió que su actitud rozaba la impertinencia, así que fue él quien bajó la mirada.

—¿Vos qué opináis, señor Etgula? —preguntó Argaut.

—Que vuestra idea es buena —respondió el diplomático—. Si consiguiéramos un aliado internacional tendríamos más posibilidades de alcanzar nuestros objetivos internos.

—O de enredarnos en aventuras extranjeras que no nos convienen —repuso Guarner.

—Mi decisión es firme —anunció Argaut—. Me casaré con una princesa extranjera para que Brajairi se abra al exterior. Señor Etgula, os encargo a vos la encomienda.

—Enviaré gentes de confianza a los países vecinos con propuestas de matrimonio para sus princesas. Pero he de advertiros que no debéis entusiasmaros, porque nuestro reino… Digamos que ya no es tan relevante.

—Es decir, que no valemos ni una berza. No temáis decir las cosas a las claras, señor diplomático, pues bien sé en lo que nos hemos convertido. Pero con tesón eso cambiará, tanto dentro como fuera. Y ahora, vamos con el siguiente asunto.

21

—Señor, ha llegado un embajador de la Corona —anunció el secretario.

Dogmo Eirano, señor del dominio de Baunac, dejó el muslo de pollo asado a mitad de camino entre el plato y los dientes. Se sorbió los mocos de manera estruendosa.

—¿De la Corona? ¿Del rey?

—Eso parece. Quiere veros. Dice que es un asunto de importancia extrema.

Eirano frunció el ceño, mordió el pollo y sorbió otra vez las mucosidades que infestaban su nariz gigantesca. Se preguntó qué demonios podría querer de él ese joven rey que le visitara antes del verano. Recordó que sus leguleyos quisieron meter las zarpas en sus libros de contabilidad, cosa que por supuesto él no había permitido, pues les había entregado unas copias falseadas que tenía cerca, en previsión de tales sobresaltos. Él era un superviviente que medraba a la sombra de los poderosos, fueran quienes fuesen. Aunque vasallo de Barac Tiyadara, supo mantenerse al margen de la guerra civil y no hubo de enfrentarse a nadie; y por supuesto, al terminar la contienda se apresuró a ofrecer su lealtad al ganador. Tenía el don de ver venir los golpes y hacerse a un lado para dejarlos pasar. Pero este embajador… ¿Para qué habría venido? ¿Tendría algo que ver con el desprecio que el rey hizo a los Ertalce el año pasado, cuando dejó plantada a la novia? Levantó su única y tupida ceja al pensar que en efecto debía ser eso: el rey necesitaba aliados porque su arrogancia lo había enemistado con los Ertalce. Se limpió las manos en el faldón de la túnica y entrecerró los ojos mientras imaginaba qué pediría al rey a cambio de su apoyo… Un apoyo que por supuesto no iba a conceder, pues estaba dispuesto a negociar también con los Ertalce. ¿Habría otra guerra? ¿Ahora? Cosas más necias se habían visto y si los necios querían matarse entre sí él sabría obtener buena ganancia. No solo era experto en nadar y guardar la ropa, sino también en mantenerse a flote en aguas turbulentas.

—Dadle acomodo —dijo—. Pero que aguarde. Y decid al criado que traiga más vino, que se me ha acabado el de la jarra.

Haría esperar al embajador para demostrarle que este era su territorio y que él imponía las normas. Le encantaba hacer perder los nervios a la parte contraria. Siguió comiendo con parsimonia, cuando

acabó se echó una siesta y después fue a reunirse con el diplomático del rey en el salón de audiencias del castillo. Le acompañaba su secretario, un hombre astuto y razonablemente leal. Ambos quedaron sorprendidos al encontrarse a un hombre no mayor de dieciocho años, vestido con atavíos reales y acompañado de dos hombres de confianza.

—Oh, vos sois el lacayo del diplomático del rey, ¿verdad?

—No, yo soy *el* diplomático. Me llamo Rafucio Injeca y soy primo de Su Majestad e hijo de Su Alteza la regente y del mayordomo real.

—Ah. Pues entonces bienvenido a mi castillo, señor… eee…

—Injeca.

—Claro. Mmmm, creo haberos visto antes.

—Acompañé al rey en la visita que os hizo en la primavera, pero compruebo que no me recordáis. —Rafucio sonrió con dureza—. Por cierto, tenéis una manera extraña de tratar a los invitados, sobre todo cuando son personas del rey y además vienen con urgencia. Me habéis hecho esperar más de dos horas, señor mío.

—Perdonad, pero había asuntos urgentes que atender. Por favor, tomad asiento y probad el vino de esta tierra. —Su rostro se ensanchó en una gran sonrisa y se sorbió con fuerza los mocos—. Hablaremos con calma y seguro que llegaremos a buen entendimiento.

—No será necesario que me siente, señor Eirano. A diferencia de vos, seré rápido.

El castellano se encogió de hombros y sonrió, aunque en su fuero interno deseó echar a este petimetre a patadas. Se dijo que debía tener paciencia.

—Como gustéis. ¿Qué os trae a mi castillo? ¿Cómo puedo ayudaros, o, mejor dicho, ayudar al rey, a quien sirvo con tanta lealtad?

Rafucio sonrió.

—Abandonándolo.

Eirano frunció el ceño peludo sin dejar de sonreír.

—¿Abandonando el qué?

—El castillo.

La sonrisa desapareció. En el silencio, la absorción de las mucosidades sonó como un trueno.

—Me temo que no os entiendo.

—Entonces entenderéis esto mucho mejor.

Rafucio levantó una mano abierta y uno de sus hombres puso en ella una carta cerrada y lacrada. Alargó el brazo y el secretario se la dio a su amo. A medida que Eirano leía la sangre abandonaba su rostro. Pero volvió de golpe, tiñéndolo de carmesí.

—¿Qué es esto? —bramó.

Rafucio clavó sus ojos en el castellano.

—Vuestro señor Argaut III os ordena abandonar a la mayor brevedad posible el Señorío de Baunac. Deberéis ocupar la fortaleza de Edrún y haceros cargo de los campos de labranza que dependen de ella.

—¿Pero cómo voy a abandonar este castillo si es mío?

—El castillo es propiedad del rey. Vuestra solo es su tenencia y, haciendo uso legal de sus atribuciones, el rey os releva del cargo y os entrega otro, en el que sin duda laboraréis en pro de la Corona con la misma *honradez* que lo habéis hecho aquí durante años y años.

—Señor, no tolero insultos de nadie, por muy pariente del monarca que sea.

—¿Quién os ha insultado? Ah, y una cosa más: ni se os ocurra llevaros nada de la recaudación de los tributos correspondientes al Señorío de Baunac. En cuanto a la guarnición, se queda aquí. Os acompañará una escolta de cuarenta hombres. Ni uno más.

Eirano parpadeó y contuvo la ira. Ahora más que nunca, debía pensar con frialdad. Necesitaba tiempo.

—Señor mío, exijo una audiencia con el rey. Estoy en mi derecho. ¡Las Cortes me amparan!

—Por supuesto que tendréis esa audiencia, pero después de abandonar este feudo. Yo mismo le diré al rey que os reciba, y además con la misma prisa que vos os disteis conmigo.

El secretario tomó la carta y la leyó. Dijo:

—¡Señor, estáis loco si pensáis que mi amo…!

—Teneos —ordenó Eirano, mirando con un ojo entrecerrado a Rafucio—. Creo que ya lo entiendo. ¿Seréis vos el nuevo teniente de Baunac?

Rafucio guardó silencio y Eirano prosiguió:

—Si vos vais a ser el nuevo dueño de la fortaleza y de estas tierras creo que podremos llegar a un acuerdo conveniente para ambos. Nadie mejor que yo sabrá guiaros en su gobernanza. —Eirano sorbió los mocos y sonrió—. Este dominio puede enriqueceros, pero solo si sabéis extraer…

—Solo soy un enviado del rey y por el poder que se me otorga os ordeno abandonar cuanto antes la fortaleza.

—¡Maldición! ¡No sois razonable! Escuchadme. Puedo levantar toda esta tierra en armas y puedo enviar mensajeros a otros señores amigos. ¿Qué creéis que harán cuando sepan que el rey está dispuesto a arrebatarles también sus territorios? ¿Puede vuestro soberano enfrentarse a una rebelión de miles de caballeros? ¿Puede empezar a asediar decenas de castillos? No puede, señor mío, ¡no puede y lo sabéis! ¡No es lo bastante fuerte! —Ablandó su mirada y abrió los brazos—. ¿Es que el monarca no tiene consideración con sus amigos de la aristocracia? Señor, os ruego que no toméis decisiones drásticas

que nos lesionarán a todos. Puede que haya algunos aspectos de mi gobierno que el rey no entienda, y si es así los discutiré con él o incluso con vos. Os he hecho esperar y estáis disgustado… ¡Gran yerro el mío! Ruego vuestro perdón. Cenad conmigo y entonces charlaremos de lo que queráis. ¿Qué supone para vos una noche en mi morada? Si lo deseáis podemos renegociar los términos del cobro de tributos y la parte destinada a la Corona. ¡Os aseguro que el rey va a ganar una auténtica fortuna! —Se frotó las yemas del pulgar y el índice—. Y vos también podríais llevaros un buen pellizco…

—¡Callad! Dad gracias de que no está aquí el rey para oíros. Aceptad lo que se os ofrece y cumplid la orden sin dilación.

Eirano guardó un silencio lúgubre.

—¿Cuánto tiempo me dejáis para marcharme?

—Tenéis diez días. Por mi parte no hay más que decir. Adiós, señor Eirano. No es necesario que se nos guíe hasta la salida.

Abandonó el salón junto a sus dos hombres.

—¡Qué desfachatez! —exclamó el secretario—. ¿Cómo osa el rey querer echaros de vuestra tierra?

—Osa porque es joven e inexperto. Quiere mandar como un tirano, pero no tiene suficiente poder.

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

—Por lo pronto tenemos diez días, suficientes como para avisar a los señores de Becata, Doberán y Camos y a las gentes del Escleborn. Cuando sepan lo que el rey pretende me apoyarán porque ellos podrían ser los siguientes. Me haré fuerte aquí dentro y provocaré una revuelta. El rey no puede permitírsela, no con la amenaza de los Ertalce sobre los hombros. Al final tendrá que pactar y entonces las aguas volverán a su cauce. Entenderá dónde quedan sus límites, nos mostraremos humildes en la victoria para que su orgullo de crío mimado no sufra, y todos contentos. —Arrugó la nariz y sorbió haciendo un ruido monstruoso—. Traed tinta y papel para escribir cartas a nuestros amigos. Enviaremos mensajeros esta misma noche, en dos días recibiremos la respuesta y en cinco habrá una revuelta desde la Sierra del Martillo a Doberán. Por cierto, ¿ese joven impertinente vino acompañado de tropas?

—No, que se sepa. Solo trajo cuarenta lanzas.

—Entonces no hay nada que temer. Que se largue.

Al cabo de dos días un jinete del castillo llegó al bosque donde cazaba Eirano. Venía al galope y saltó de la silla antes de que el animal se

detuviera.

—¿Qué ocurre, mentecato? —gritó el noble—. ¿Acaso has visto a Blica y sus demonios?

—¡Mi señor, hay una fuerza armada a menos de una legua!

—¿Qué?

—¡Tropas, mi señor! ¡Unos mil hombres!

Eirano soltó una risa que se mezcló con el tronar de la reabsorción de sus flujos nasales.

—¡Deben ser los nobles amigos! ¿Tan pronto se han levantado en armas? ¡Qué diligencia! Me prepararé para recibirles.

—Señor, sus pendones son los del Ejército Real. Y también hay banderas de la Orden del Alba Dorada. Magos.

La sonrisa desapareció, la mandíbula cayó y los ojos se desorbitaron.

—¡Rápido, al castillo! ¡Vosotros, traed mi caballo!

Montó y empezó a trotar hacia la fortaleza, pero oyeron un trueno de cascos y por el camino apareció una decena de jinetes pertrechados para la batalla.

—¡Alto en nombre del rey! ¡Alto!

Los monteros y siervos de Eirano desenvainaron sus espadas, pero los jinetes de la Corona les apuntaron con sus lanzas y el castellano y sus hombres tuvieron que frenar. El líder de la soldadesca se les adelantó con la espada en la mano.

—¡Vos! —gritó Eirano—. ¿Pero qué hacéis aquí? ¡Y vosotros bajad las armas, idiotas!

Sus hombres obedecieron.

—Vengo a hacer cumplir la ley regia —dijo Rafucio.

—¿Cómo os habéis atrevido a invadir mi hogar? —gritó Eirano—. ¡Me prometisteis diez días, traidor!

—Llamadme otra vez eso y os ensarto como a un cochino. —Rafucio le puso la punta de la espada en la barbilla y Dogmo cerró la boca—. Así está mejor. Os di diez días para iros, pero eso no quería decir que yo sí me marchara. Me quedé cerca de estas tierras, donde esperaban las tropas del rey, prestas para venir cuanto antes.

—Pero… No hay ninguna mesnada que pueda moverse tan rápido.

—Vos no conocéis a los guerreros de mi señor. Ahora son veloces como el viento.

—Todo ha sido una celada. Me habéis engañado.

—Hablando de engaños… Mucha prisa os disteis en enviar correos a los otros nobles. —Eirano palideció—. Pero mis hombres custodiaban los caminos que parten de Baunac. Esas cartas son interesantes: rebelión armada, conspiración contra el rey y un etcétera largo y jugoso. Elegid el delito que más os guste, señor mío.

—Esperad, os lo ruego. Todo esto ha sido un malentendido y puede

ser solucionado.

—Por supuesto. —Levantó la espada y obligó a Eirano a alzar la barbilla—. Hay una solución, solo una: la sumisión inmediata y perfecta a nuestro amo y señor, el rey. Lo entenderán todos los demás nobles cuando sepan que vuestro cadáver engorda a los buitres. Pero no seré yo quien os dé la muerte, felón miserable; será el verdugo, tras el proceso al que seréis sometido.

Dogmo sorbió los mocos de nuevo, cada vez más atemorizado. Siempre había visto venir a tiempo los golpes, pero hay una primera vez para todo y en algunos casos la primera es la última.

22

En Cherol no fue tan fácil.

Aquel señorío del centro de Brajairi estaba gobernado por Brelán Eduvig, cuya Casa no participó en la guerra del sesenta y nueve porque la Corona no pudo obligarlo a enviar mesnadas para la regente. Su deslealtad hacia el rey era pública e incluso se jactaba de que en su tierra no entraría ningún monarca sin su permiso. De hecho, fue uno de los que se negó a recibir a Argaut. Sus cuentas mostraban todo tipo de irregularidades y los adelantados y justicias del rey eran allí hombres de paja, cuando no traidores a la Corona. Argaut había decidido quitarlo de en medio cuanto antes.

—El señor Eduvig rechaza la orden, Majestad —dijo Brelán Etgula, recién llegado de la fortaleza de Cherol—. Afirma que está dispuesto a honrar a la Corona, pero que vuestro mandato de abandonar esta tierra es un atropello a sus derechos. Como me dijisteis, aumenté lo que se le ofrecía a cambio y al dominio de Talayón le sumé el de Atra. Pero no quiso ni oír hablar de negociaciones. Me echó de su fortaleza con violencia y tuve que reprimirme para no tirar del hierro.

—¿Cómo ha osado afrentaros? —exclamó Argaut—. La vida de todo embajador es sagrada.

Se encontraban en un pabellón a pocas leguas de Cherol, en el campamento del pequeño ejército que acompañaba al rey. En la tienda estaban también su tío Guarner Injeca, Garzur Erejna, hermano del maestre del Alba Dorada y adelantado de la orden, y los otros mandos de la hueste.

—Osa porque se sabe fuerte —dijo Guarner—. Puede encastillarse en la fortaleza y resistir.

—Pero, ¿tan fuerte es? —preguntó Argaut—. Sin duda ya conoce que hemos venido con dos mil ochocientas lanzas, incluidos los magos, que el rey en persona lidera la mesnada y que podríamos tomar el burgo, los puentes, los labrantíos y las vegas. ¿Acaso quiere que le arruinemos y que luego montemos el asedio? Debería ganar tiempo negociando. Eduvig es orgulloso, pero no tonto. Aquí hay algo más.

—Los informes dicen que no tiene más de mil lanzas, Majestad —dijo uno de los capitanes—. Y menos de la mitad son caballeros.

—Deberíamos llevar las tropas a las puertas del burgo y exigir que el concejo se rinda —dijo Guarner—. Una vez dentro será más fácil

atacar el castillo.

Pensativo, Argaut se pellizcó el labio.

—Estoy seguro de que conocían nuestra llegada incluso antes de que pisáramos el feudo. Eduvig ha tenido tiempo de prepararse.

—¿Teméis una celada? —preguntó Etgula.

—Nunca debemos esperar que el enemigo sea perezoso. ¿Se tienen noticias de Rafucio y del general Etacta?

—Aún no. —Guarner sonrió, malévolo—. Pero perded cuidado en cuanto a mi hijo; es astuto y enérgico y sabrá dominar la situación en Baunac. En cuanto al general Etacta, debemos confiar también en él para imponer vuestra voluntad en Ireca y Derús. Llevaba fuerzas suficientes como para someter a sus nobles.

—Lo principal es evitar que corra la sangre.

—Haremos lo posible, pero no podemos mostrarnos débiles.

—¿Qué proponéis hacer aquí en Cherol, pues? —preguntó el rey, a todos.

—Ir cuanto antes al burgo, Majestad —respondió Garzur Erejna—. No podemos…

Se volvieron hacia los dos hombres que acababan de penetrar en la tienda: un soldado sin armadura, sudoroso y angustiado, y un sargento.

—¿Qué ocurre? —preguntó Argaut.

—Este jinete del cuerpo de cazadores trae nuevas, Majestad —dijo el sargento.

—Dadle un trago porque está agotado.

El soldado bebió de una bota de vino. Jadeó y asintió ante los presentes.

—Majestad, señores, esta madrugada, cuando vigilaba el horizonte, descubrí una fuerza armada que se acercaba por el oeste. Deben ser unas dos mil quinientas o tres mil lanzas, caballería incluida.

Todos se miraron, pero no dijeron nada.

—¿Te acercaste para ver sus pendones? —preguntó Argaut.

—Sí, Majestad, me aproximé lo suficiente para verlos y luego tuve que partir al galope porque sus propios exploradores me descubrieron y vinieron por mí. Los tuve a uña de caballo, pero al final entré en nuestro radio de acción y ellos tuvieron que volver con los suyos. Os describiré las banderas. —Así lo hizo y los rostros de los presentes se tornaron lúgubres—. Majestad, el ejército venía hacia aquí. Mañana mismo debería estar a la vista.

—Muy bien. Ve a comer y a descansar y no le cuentes esto a nadie, ¿entendido? Sargento, acompaña a este hombre.

Cuando salieron, Argaut puso los puños en la mesa y respiró fuerte.

—¡Lo sabía! ¿Qué pendones son los que describió el jinete?

—Uno de ellos es el de la Casa Eduvig y otro el de los Arline —

informó Etgula.

—Baruga Arline domina Mendig —gruñó Argaut—. También se la tengo jurada. Pero no creí que sería tan osado.

—Hay más —dijo Garzur Erejna—. El tercer pendón que describió el jinete es el de la Orden de Talma, cercana a estos dominios. Son la basura de los magos de la Fuente y están amigados con Arline.

—Quien a su vez es aliado de Eduvig —siguió Guarner—. Los Arline serían los siguientes en ser controlados por vos, Majestad, así que todo cuadra.

—En efecto —suspiró Argaut—. Ahora sabemos por qué Eduvig fue tan impertinente con vos, señor Etgula. Hemos sido burlados.

—¿Pero qué demonios se proponen? —exclamó Garzur Erejna—. ¿Acaso van a enfrentarse al rey del país?

—Por supuesto —dijo Guarner—. Saben que ahora estamos igualados o incluso en inferioridad numérica y por tanto quieren forzar una batalla campal.

—¡Por todos los dioses, una batalla contra el rey! —exclamó Etgula —. ¿Se han vuelto locos los nobles?

—Me temo que no —repuso Guarner—. Hay que reconocer que tácticamente es lógico. Podrían tomaros prisionero, Majestad, lo cual os obligaría a firmar cualquier cosa con tal de liberaros. Vuestro prestigio se derrumbaría y el control de la nobleza sería después mucho más difícil.

—Y si muero el país se hundirá en el caos —dijo Argaut—, cosa que tampoco le viene mal a la aristocracia insumisa. He sido un ingenuo al pensar que ellos no iban a atreverse a todo. Por lo que se ve, el centro del país está podrido.

—¿Y si retrocediéramos? —propuso Etgula—. No es cobardía, sino prudencia. Podríamos retirarnos a la capital y volver con un ejército aún mayor que al final los aplastaría.

—Mostraríamos debilidad cuando más firmeza debemos tener —repuso Guarner—. Aún hay muchos señores que están a la expectativa y si huimos perderemos su respeto y de inmediato se unirán a los levantiscos; la rebelión podría extenderse por otras zonas del país que de momento están tranquilas.

—Habláis del futuro, siempre nebuloso —repuso Etgula—. El presente dice que buscar la batalla sin estar seguro de ganarla es una locura, más aún cuando arriesgamos la vida del rey.

—La guerra siempre es incierta —dijo Erejna—, y aunque el riesgo es grande, también lo es el beneficio. Si venciéramos eliminaríamos de un solo revés a dos señores rebeldes y a toda una orden de magos malparidos.

—No podemos huir, pero luchar es arriesgado —dijo Argaut—. Nos han hecho un jaque. Tiene que haber una forma de romperlo.

—Necesitaríamos refuerzos para asegurar la victoria, Majestad —dijo Etgula.

—Nuestras fuerzas quizá sean suficientes —afirmó Guarner.

—O no.

—El señor Etgula está en lo cierto —dijo Argaut—. Necesitamos refuerzos.

—Pero estamos lejos de Longaza —objetó Guarner.

Argaut miró al mago.

—No estamos tan lejos de Galtos, el núcleo del Alba Dorada. ¿Cuánto magos tenéis allí?

—Unos setecientos, Majestad. Pero tardarían un día o dos en llegar y para entonces tendríamos al enemigo encima.

Argaut clavó sus ojos en él.

—Señor Erejna, traedme en menos de un día a todos vuestros magos de Galtos y con ellos junto a mí ganaré la batalla. Si eso ocurre os garantizo que el Alba Dorada absorberá por completo a la Orden de Talma. Su maestrazgo, sus encomiendas y sus rentas serán vuestras.

—¿Os proponéis desintegrar una orden entera de magos de la Fuente?

—La Corona concedió hace siglos los permisos de creación y por tanto tiene potestad para disolverla. La Orden de Talma se ha alzado contra Nos y merece ser destruida. La beneficiaria sería el Alba Dorada.

Erejna tragó saliva, parpadeó y dijo:

—Os juro que vendrá hasta el último hombres de Galtos y que los liderará mi hermano el maestre en persona. ¿Dais permiso para irme?

—¡Corred!

El caballero mago salió de la tienda como una liebre, ordenando ya a gritos que viniera el jinete más rápido.

—Con semejante recompensa a la vista los del Alba Dorada pelearán con valor —dijo Etgula, sonriendo de lado.

—El Alba Dorada siempre ha peleado con valor —repuso Guarner con dureza—. Recordad que mi hermano fue el anterior maestre.

—Perdonad si os ofendí. Vuestro hermano fue un gran hombre.

—Y murió en la batalla, como un bravo —remachó Argaut—. Pero dejemos eso. Tenemos que prepararnos para contener al enemigo hasta que vengan los hechiceros. Señor Etgula, hay que marear la perdiz.

—Es decir, el trabajo de un diplomático —repuso el aludido, con una sonrisa sarcástica.

Avanzada la tarde, el ejército formado por los Eduvig, los Arline y la Orden de Talma apareció en la llanura. Allí había más de tres mil cien hombres. Incluso si los refuerzos del Alba Dorada llegaran a tiempo, la gente del rey pasaría dificultades. Además, la caballería rebelde era abundante y no les faltaban magos. Las tropas de la Corona retrocedieron, pero no huyeron. Los salvó la caída de la noche. En la madrugada los nobles avanzaron un poco más. Pronto dispondrían a sus gentes en orden de batalla y darían la orden de ataque. Entonces los hombres del rey no podrían hacer otra cosa que pelear porque si trataban de huir serían aniquilados.

Se envió un jinete con bandera blanca y los rebeldes aceptaron parlamentar. Para perder más tiempo el rey hizo levantar una tienda enorme en la tierra de nadie, a la vista de los dos ejércitos. Los nobles rebeldes se quejaron, pero Etgula les aseguró que solo así el monarca se sentiría seguro. Los soldados tardaron horrores en alzar la tienda y después Argaut también se demoró en ir, acompañado de una escolta de diez hombres escogidos y del propio Etgula. El sol estaba alto cuando se reunió con los nobles levantiscos, hombres que casi triplicaban su edad y que lo trataron como a un niñato incapaz de hablar con sus enemigos al aire libre. Argaut se esforzó por parecer timorato, caprichoso y testarudo; volvía una y otra vez sobre los mismos temas, no daba nunca un sí ni un no y tan pronto ofrecía recompensas como las retiraba. Sus enemigos estuvieron a punto muchas veces de irse del pabellón, pero Argaut y Etgula casi les suplicaban la paz, con ofertas tan generosas que los otros no abandonaban de una vez por todas la negociación. El sol bajaba y no había rastro de los refuerzos. Argaut se preguntaba cuánto tiempo más podría mantener la farsa, así que ofreció un almuerzo allí mismo, pues según aseguraba no podía hablar con el estómago vacío. Los nobles rebeldes se levantaron de las sillas con furia.

—¡Majestad, habéis acabado con mi paciencia! —exclamó Eduvig—. ¡Habéis invadido mis tierras y perdemos el tiempo cuando las armas ya tendrían que haber decidido!

—¡Está bien! —Argaut levantó las manos—. Comprendo que erré viniendo aquí de este modo. Para compensarlo os ofrezco a los dos todas las tierras entre Mendig y el Lexán. Sé que tienen dueño, pero ordenaré que os las den. Y además me casaré con una de vuestras hijas o nietas. Estoy dispuesto a acogeros en la Familia Real para evitar un baño de sangre.

Eduvig y Arline quedaron impasibles. Etgula miró al rey con preocupación.

—¿La hija o la nieta *de quién*? —preguntó Arline.

—Decididlo entre vosotros y me casaré con ella antes de fines de año.

—Ya que habéis invadido mi señorío, ha de ser mi nieta —dijo Eduvig—, que es moza casadera.

—Esperad. —Arline levantó una mano—. Mi hija también debe casarse.

—Señor mío, vuestra hija está ya prometida a mi hijo Farago, que por cierto se encuentra hoy aquí.

—Entonces mi sobrina Yara desposará con el rey.

—Nobles señores —dijo Argaut—, por favor, yo he garantizado que me casaré con la mujer que decidáis y veo que no os ponéis de acuerdo. Esto es algo de suma importancia. Se trata de la futura reina. Debéis discutirlo con tranquilidad.

—¡No hay nada que discutir! ¡Ha de ser mi nieta!

—¡Eso es…! Un momento. Antes de decidir nada, Majestad, habéis de poner por escrito cuanto habéis prometido.

—¿Cómo, si no sé aún con quién voy a casarme?

Arline miró a los ojos a Eduvig durante muchos latidos y luego los clavó en el rey.

—Habréis de firmar que os casaréis con la mujer que el señor Eduvig y yo decidamos, sea ahora o dentro de mil ahoras. Firmad y tendréis la paz. De otro modo salid de este pabellón y preparaos para la batalla.

—Estoy de acuerdo con mi aliado. ¡Escribientes, traed el papel!

Argaut y Etgula cruzaron una mirada de angustia.

—Señores, he de meditarlo el tiempo ne…

—Escuchadme bien, Majestad —atajó Eduvig—. Os llevaréis nuestra copia del documento, que se redactará como Arline y yo deseemos, y si no se nos devuelve firmada por vos en el plazo de una hora nuestra hueste cargará. No aceptaremos ninguna otra componenda y no alargaremos el plazo. Si intentáis huir también daremos la orden de ataque.

—¿Acaso no van a poder mis letrados revisar tal pacto con…?

—¡No! Y no hay más que hablar. Vamos, secretarios, disponed el papel y la tinta.

Etgula protestó, pero los otros hicieron oídos sordos y al cabo de poco le dieron las copias. Los señores rebeldes salieron juntos del pabellón. Al rey y a Etgula no les quedó otro remedio que volver con los suyos. Una vez lejos de los nobles, el rey rompió los documentos.

—Solo tenemos una maldita hora y los magos de Galtos no aparecen.

—Deben estar dándose toda la prisa posible —dijo Erejna.

—No lo dudo, pero aun así pueden llegar tarde.

—Majestad, irnos ahora sería suicida —advirtió Guarner—. Tendremos que pelear, con refuerzos o sin ellos, y vencer.

—Será difícil —musitó Etgula.

—Ganaremos —dijo el rey, fingiendo convicción—. Id preparando a los hombres, pero no de manera evidente. Tiene que parecer que dudamos para no precipitar una respuesta por su parte.

Muchas veces miraron el reloj de sol, pero el tiempo no detenía su caminata. Cuando el plazo estuvo ya a punto de expirar, Argaut asintió un par de veces.

—No se puede retrasar más el combate. Vamos a ver qué hacen ellos.

Se pusieron en pie sobre los estribos y forzaron la vista para distinguir, allende la tierra de nadie, los pendones.

—La formación clásica, Majestad —dijo Guarner—. El grueso de su infantería en el centro y la caballerías en las alas.

—Fijaos… —intervino Erejna—. Las banderas de la orden de Talma se concentran en su costado derecho. Allí están casi todos sus magos y mucha de la caballería de los nobles.

—Hay descompensación porque en su flanco izquierdo parece que la caballería es menos nutrida y no tienen magos.

—Luego entonces… Ajá, ya lo veo. Van a concentrar su ataque en una embestida de caballería desde su derecha; intentarán arrollarnos por allí, aprovechando que tienen más magos, para luego caer sobre la retaguardia. ¿Qué os parece, Guarner?

—Que lleváis razón, Majestad. Deberíamos, pues, engrosar la defensa izquierda para contenerlos y…

—¡Majestad! —El jinete apenas pudo frenar su caballo a tiempo para no golpear al del rey—. ¡Los refuerzos! ¡Ya vienen!

—¡Al fin! —bramó Erejna—. ¡Sabía que no nos fallarían! ¿Cuántos son?

—¡Unos quinientos jinetes y casi setecientos infantes, con banderas no solo de Talma, sino también de otros nobles!

—Mi hermano ha conseguido el apoyo de nuestros amigos de la zona. ¡Bien! ¿Cuánto tardarán en llegar?

—Una hora, al menos.

Las sonrisas desaparecieron.

—¡En una hora ya habrá terminado la lucha! —se quejó Guarner—. ¡Maldita sea nuestra suerte!

—Esperad —dijo Argaut—. La caballería podrá llegar aquí en media hora si deja la infantería atrás. Tendremos que contar solo con ellos.

—Lleváis razón —repuso Guarner—. Esto lo cambia todo, pues ahora se trata de resistir y ganar tiempo. La infantería debe avanzar más despacio de lo debido. En cuanto a la caballería, concentraremos el grueso de los jinetes, sobre todo magos, en el ala izquierda.

—Yo mismo lideraré a mis hombres —dijo Erejna—. Les pararemos los pies a esos bastardos de Talma.

—Bien —continuó Guarner—. Majestad, lo mejor será que yo lidere nuestra caballería del lado izquierdo y que vos vayáis por el derecho.

—No —repuso Argaut—. Yo iré con vos. En el derecho estará el señor Etgula, que es tan buen capitán de caballería como diplomático, y otros oficiales competentes.

—Majestad —dijo Etgula—, vuestras palabras me honran, pero vos tenéis que venir conmigo por el lado derecho.

—Ya sé que es el del honor, pero hoy prefiero el otro.

—El señor Etgula no se refiere a eso, Majestad —dijo Guarner—. Por nuestro flanco izquierdo nos va a caer una avalancha de enemigos y nos costará muchísimo contenerlos. No podemos arriesgar vuestra vida de ese modo. Vos debéis liderar la carga por la derecha.

—¿Qué carga, si no tenemos apenas caballería para atacar? También por allí habrá que resistir. He de ir por el lugar clave para que los hombres me vean y luchen más fuerte. Eso puede ser la diferencia entre la victoria y la ruina. No es una cuestión de orgullo. Sé lo que hago. —Guarner frunció el ceño e iba a hablar, pero Argaut levantó la mano—. Silencio, señor Injeca. Obedeceréis a vuestro rey. —Sin hacer caso de los labios apretados y las miradas cortantes, prosiguió—: Que vaya el mejor jinete en el caballo más fresco hacia nuestros refuerzos, que le diga al maestre que debe presentarse con sus jinetes cuanto antes porque acaba de empezar la batalla, y que cuando nos tengan a la vista corran a reforzar el flanco izquierdo porque allí se concentrarán los magos de Talma. ¡Vamos!

Un soldado partió al galope hacia el sur.

—Bien, señores —dijo Argaut—, los dos bandos ya están formados para la batalla. Ahora solo queda desearnos suerte.

—La tendremos, Majestad —dijo Etgula.

—Y si no la tenemos tiraremos del coraje —repuso Guarner, cortante—. ¡Como siempre!

Etgula y los otros capitanes de caballería se marcharon a su lugar y Argaut, Guarner y Erejna empezaron a moverse hacia el suyo, pero el señor de la Casa Injeca contuvo las riendas del caballo del rey.

—Majestad, tenemos algún tiempo antes de que empiece la bronca. Debéis hablar a vuestros hombres.

Argaut estuvo a punto de contestar *¿Y qué les digo?*, pero aquello sería imperdonable, así que calló. Guarner sonrió con frialdad.

—No os embrolléis con discursos patrióticos. Eso es cosa de los cronistas, que mienten más que hablan. Sed claro y contundente y los soldados os lo agradecerán.

Argaut asintió y echó a trotar, acompañado del gastador con el estandarte del país. Era la primera vez que daba un discurso a sus soldados y en realidad no sabía qué decirles. Muchas veces había

imaginado cómo sería este momento, qué hermosas y motivadoras palabras les diría, pero ahora todo esta situación le parecía estúpida. Aquí no había nada de la épica de los libros; solo había una muchedumbre de hombres sucios y hediondos, un mar de caras hoscas, feas y grotescas, de cascos, arneses, cotas, lanzas, espadas, martillos, alabardas, ballestas y arcos. Los caballos soltaban sus chorros de heces y orina con parsimonia y el lugar olía peor que una lonja de esclavos del Bajo Ilnar. La llanura misma no era ningún escenario heroico, sino una planicie de hierbajos y tierra seca, bajo un sol de justicia, y el único canto glorioso era el soniquete monótono de las chicharras. ¿Qué podía decirles a estas gentes que iban a luchar y morir por él? Se le cerró un puño en la garganta mientras pasaba a caballo ante ellos y sentía sus miradas llenas de esperanza, curiosidad, ira, nerviosismo, ansiedad y sobre todo miedo. Se le ocurrió algo y desenvainó la espada y la levantó, y de pronto los guerreros lo imitaron y levantaron sus armas y puños y rugieron con una sola voz de trueno. Esto sí lo entendían.

—¡Brajairi! —aulló el rey, cada vez más iracundo, mientras trotaba ante ellos con la espada en alto—. ¡Brajairi! ¡Brajairi!

Se limitó a repetir la palabra una y otra vez y aquello enardeció a sus gentes, que ya voceaban sus vivas al rey. Ese fue todo el discurso.

Cuando volvió con Guarner su tío sonreía, satisfecho y un tanto burlón.

—No ha estado mal, Majestad.

—¡Me alegro! —gruñó Argaut, con la voz ronca por los gritos.

—Es vuestro bautismo de sangre, así que os daré algunos consejos. Para empezar, nunca perdáis el control. Tan nefasta es la temeridad como el acobardamiento, así que mantened la sangre fría pase lo que pase.

—Lo tendré en cuenta —repuso Argaut, con voz un poco temblorosa.

—No os alejéis de mi lado. Y repito: no hagáis locuras. No solo por el país, sino también por mí. Si os pasara algo vuestra tía me cortaría los cojones. —Argaut lo miró y Guarner le guiñó un ojo y le dio una palmada en un hombro que casi lo tiró de la silla—. Esto os va a gustar. Al principio casi os cagaréis en la túnica, pero después veréis que no existe goce más bárbaro que la lucha y la sangre. ¡Ánimo, Majestad, y no flaqueéis!

Argaut no encontró la voz y sonrió con debilidad. Guarner se volvió para dar las últimas órdenes. Estallaban por doquier los relinchos de los caballos y sonaban mil y un crujidos y tintineos de correajes y bridas, así como los vozarrones de los mandos mientras terminaban de ordenar a sus gentes. Del otro lado del campo llegaba un rumor parecido.

Las tropas enemigas empezaron a moverse.

—¡Los bastardos ya se ponen en marcha! —exclamó Guarner—. ¡Dad la orden, Majestad, y que empiece la bronca!

Argaut desenvainó la espada. Todas las armas salieron de las fundas y hubo un bosque de aceros brillantes entre los caballos, los cascos, escudos y cotas de mallas. Argaut tragó saliva y voceó:

—¡Mis guerreros fieles! ¡Avanzad! ¡Por Brajairi!

—¡Por Brajairi! —corearon los soldados, y el grito se extendió sobre todo el ejército, desacompasado y arrollador. Después los capitanes aullaron—: ¡Por el rey!

—¡Por el rey! —respondió la hueste.

La caballería se puso en marcha en ambos costados, llevando los animales al paso para no agotarlos antes de tiempo; solo les meterían prisa justo antes del choque, y eso ocurriría al trote, no a galope tendido, pues la caballería debía actuar como un rodillo lento pero seguro, no como una horda de diablos veloces. Si alguien no experto en la guerra los viese pensaría que las caballerías se movían con una gracia engañosa, como en un desfile. Atrás, la infantería caminaba también calmosa, pues los hombres, como animales que eran, igualmente podrían agotarse antes de tiempo. Había que ahorrar hasta la última onza de energía para la lucha.

Argaut se vio rodeado por una veintena de jinetes de élite que lo protegerían con sus propias vidas. Entre ellos se encontraba su tío Guarner. Los magos se adelantaron un poco sobre el resto de la caballería porque debían enfrentarse en primer lugar con los magos enemigos. Los códigos de las órdenes dictaban que en batalla primero había que luchar contra los magos rivales y solo después, cuando todos hubieran sido vencidos, ocuparse de los otros guerreros. Y aunque pareciera extraño, los caballeros de la Fuente no eran tan mezquinos como para romper la norma. Los del Alba Dorada entraron en aquel trance suyo que los ponía en contacto con la Fuente. Sus espadas chirriaron y estallaron en llamas azules, blancas y amarillas, un fuego mágico al que sus caballos estaban acostumbrados. Los escudos y las armaduras quedaron rodeados de un aura tenue y azul. Argaut miró hacia atrás y sintió un espasmo de horror al ver que estaban muy lejos de la infantería, la madre protectora de todo ejército. Delante podía ver, a través de la confusión de cascos, hombros y lanzas y espadas que subían y bajaban, a la caballería enemiga, como un enjambre de muñequitos. Sintió un miedo como jamás había experimentado. Mucho se había adiestrado en las artes de la guerra, pero hoy no se enfrentaba a una derrota ocasional contra un maestro o un compañero de armas; hoy se dirigía, tal vez, hacia la disolución total de sí mismo: la muerte y la nada. El miedo se levantó y le cayó encima como una ola tenebrosa. Sintió deseos de tirar de las

riendas, salir de allí como alma perseguida por los demonios y galopar y galopar lo más lejos posible, hasta el fin del mundo. Sus dientes castañeteaban y sus manos temblaban tanto que sentía que se le iba a caer la espada de un momento a otro. Experimentó un retortijón doloroso en el abdomen y con horror pensó que las tripas se le iban a soltar, pero apretó los músculos y tras unos latidos agónicos controló su cuerpo. Empapado de sudor, con los ojos desorbitados y la garganta seca y rasposa, había olvidado su reino y sus planes magníficos. Solo veía acercarse el borde del abismo… Más y más y más cerca.

Traspasó la membrana y se apoderó de él una extraña paz, o quizás resignación. Los temblores disminuyeron y empezó a pensar en la batalla y en sí mismo con cierto distanciamiento, como cosas ajenas que pudiera controlar desde un lugar seguro. Comprendió que no podía reprochársele nada a los cobardes y que el valor ni siquiera se elige; es algo involuntario y espasmódico, como un orgasmo o una arcada. Y todo había ocurrido en cuestión de latidos, con la plasticidad fantástica que la violencia da al tiempo.

Los enemigos seguían acercándose. Ya podía ver la oscuridad de sus bocas abiertas, el marrón de las barbas y el blanco de los ojos. Los magos echaron a trotar para encontrarse de una vez por todas y sus armas brillaron más fuerte. Hubo un encontronazo entre las dos órdenes, un caos de armaduras, túnicas, fogonazos, cuerpos, caballos, explosiones y llamaradas. A Argaut se le congeló algo en el pecho cuando vio a un mago estallar en pedazos —la cabeza y el tronco volando en distintas direcciones—, en medio de una llovizna de sangre. Otro caballero de la Fuente quedó abierto en dos y por la rajadura salió una llamarada cegadora. Había humaredas y le llegó el hedor nauseabundo de la carne rustida. Vio culebras de relámpago que al tocar el suelo lo alzaban en surtidores de tierra. Vio un caballo correr y dar coces, envuelto en llamas, con el jinete colgando de los estribos. Vio las espadas flamígeras ir y venir y chocar con crujidos que parecían truenos, morderse y soltar un aliento de centellas.

—¡Hay que esquivar a los magos! —gritó Guarner—. ¡Caballeros, torced hacia la izquierda! ¡Sin romper la formación!

No tendría sentido inmiscuirse en la lucha de los magos, así que el resto de la caballería regia esquivó la muchedumbre de hechiceros. Hubo un nuevo estruendo y por entre las cabezas de hombres y bestias Argaut no vio, sino que adivinó en aquella lejana confusión de cuerpos, el choque de las infanterías. Pero tenía otras cosas a las que atender. Frente a ellos estaban los caballeros rebeldes. Con una serenidad fantástica, como si estuvieran en un torneo y no en una batalla campal, las dos caballerías se alinearon en tres bloques —los bloques del rey de menor profundidad, al contar con menos hombres—. Y se dio la orden de cargar. Los animales relincharon y sus amos

les dejaron ir al trote, controlándolos para no desbaratar la formación. Hubo gritos de furia y ánimo desde ambos bandos, se alzaron escudos y los lanceros de las vanguardias levantaron los astiles de madera y apuntaron las moharras hacia la cabeza del enemigo. Argaut estaba en el bloque central, protegido por la guardia de honor, pero volvió a sentir miedo al ver acercarse aquella ola de hombres y bestias. De pronto, estalló en él una ira que le hizo fuerte y lo llevó a desear con una avidez enfermiza la violencia y la sangre.

—¡A matar y a morir, caballeros! —vociferó Guarner—. ¡Por Brajairi! ¡Por el rey!

Los hombres corearon la respuesta y los gritos devinieron alaridos en el encontronazo. Las lanzas rechinaron contra los escudos y los cascos, o bien hallaron la cara bajo el borde del yelmo y la atravesaron y llegaron al cerebro, matando en el acto al jinete. Los caballos enormes y adiestrados se golpearon y se revolvieron mientras sus amos intentaban pinchar al enemigo. Algunos hombres perdieron el equilibrio y los estribos les libraron de caer al suelo, donde serían pisoteados bajo los cascos y convertidos en pulpa. La lucha era torpe y abigarrada porque no había apenas espacio para estocar, se empujaba más que se hería y algunos golpeaban incluso con el borde del escudo. A la compresión le siguió la distensión: las formaciones se extendieron y abrieron hacia los lados, quedó espacio libre entre los hombres y la lucha devino un conjunto caótico de combates entre individuos aislados o entre grupos enteros, una combinación y recombinación continua de amigos y enemigos. Los hombres se levantaban sobre los estribos para dar lanzadas desde arriba o lanzar tajos con sus mandobles. Había un estruendo ensordecedor y majestuoso de aceros vibrantes, de gritos de furia y dolor, de relinchos y bufidos. Se arrastraban los heridos por la tierra, se movían a cuatro patas, intentaban herir desde abajo. La nube de polvo llegaba hasta las sillas y convertía a los hombres en fantasmas enloquecidos. Sobre todo se buscaba destruir al líder, así que la lucha más violenta ocurrió en torno al propio rey. Una masa de caballeros rebeldes cayó sobre su guardia de honor, a la que a su vez se le unieron decenas de jinetes regios. Era una pequeña batalla dentro de la gran batalla. Los rebeldes embestían y los realistas soportaban su furia. Argaut se vio comprimido entre los fieles. La locura hizo presa en él y deseó pelear de una vez por todas, pero estaba rodeado por un anillo de leales. Por entre la muchedumbre vio a su propio tío dar tajos con su espada y quedar pegado a su enemigo, escudo contra escudo. Hubo una convulsión espantosa, los rebeldes abrieron brecha y metieron casi diez jinetes por el hueco. En el caos había caballos derribados y hombres heridos en el cuello y la cara. Argaut se vio obligado a retroceder y tuvo que esforzarse para controlar a su montura.

—¡Proteged al rey! —oyó que alguien gritaba.

Pero los rebeldes lograron su propósito y Argaut vio venir hacia él una cabeza equina inmensa, con los ojos muy abiertos. El relincho estuvo a punto de romperle los tímpanos. Tras el animal había un hombre con yelmo y cota de mallas hasta la rodilla, barbudo, siniestro, que lo miraba con ira y lo apuntaba con su lanza. Argaut reaccionó sin pensar: levantó el escudo y sintió el chirrido de la moharra resbalando en el bronce, la echó hacia un lado y metió estocadas difíciles, nada que ver con el adiestramiento ordenado y predecible. Sintió que la punta de su espada pasaba sobre el escudo y pinchaba algo blando, algo que cedió, vio la cara ensangrentada y abierta en un tajo pavoroso, y el enemigo fue tragado por otros caballeros que ya le seguían.

—¡Proteged al rey! —seguían gritando.

Vio a un hombre de la Guardia Real que resbalaba por la silla tras recibir un tajo en el cuello; el cuerpo quedó colgando de un solo estribo como un muñeco inútil y su caballo caracoleó y luego se alzó de manos. Argaut levantó el escudo y se encogió para protegerse de las lanzas que lo buscaban. Sintió un impacto en la cabeza que le mareó, pero el casco le había salvado la vida. Otra moharra dio contra su pecho, rechinó en la coraza y le hizo un corte en un costado del cuello, no rebanándole la oreja de milagro. Sintió una ira sucia y lanzó tajos a un lado y otro, él mismo sorprendido de su furia, golpes que sonaban como campanazos vibrantes en los escudos. Obligó a su animal a avanzar a pesar de todo, empujó a un enemigo, vio el hueco y allí estaba su brazo estirado; la espada se hundió en el rostro y el enemigo boqueó y echó un cuajo de sangre. El arma ya estaba fuera de la vaina humana y se movía a un lado y a otro. En cada tajo Argaut metía el alma entera. Estaba avanzando y haciendo retroceder a dos contrarios al mismo tiempo, pero notó un impacto brutal en el casco y se tambaleó en la silla.

—¡Dejádmelo a mí! —gritó un caballero tan grande y barbudo que más parecía ogro que hombre—. ¡Fuera de aquí! ¡El rehén es mío! ¡Reclamo su captura!

Argaut levantó el escudo para detener el nuevo golpe de mandoble que le arrojaba el gigantón. La hoja hendió el borde broncíneo del escudo y llegó al alma de madera. Argaut casi cayó de la silla. Desesperado, hizo caracolear a su caballo para huir, pero el del enemigo se le acercaba de nuevo. Con horror se dio cuenta de que estaba solo: sus fieles estaban siendo hostigados de tal modo que no podían protegerlo. La batalla estaba ya avanzada, había muertos por doquier, caballos sin dueño que escapaban a la carrera y cada vez más espacio para luchar.

—¡Rendíos! —bramó el gigante—. ¡Rendíos antes de que os

reviente la cabeza, mierda de rey!

Argaut hizo retroceder al caballo y logró sostenerse en la silla y levantar el escudo. Aún estaba mareado y el mundo oscilaba como si estuviese en la mar picada. Se oyó decir:

—¡Mal rayo te parta, bastardo!

El enemigo aguijó a su animal, que casi saltó hacia delante y embistió al de Argaut. El monarca y su montura retrocedieron a los trompicones. Argaut levantó su espada para protegerse y el mandoble dio en ella, lanzándola hacia un lado con un tañido agudo; la vibración dolorosa ascendió por el brazo, llegó al hombro y al cráneo, y Argaut quedó sin aliento. El titán daba golpes y él se protegía lo mejor que podía con el escudo. El enemigo volvió a lanzar su montura hacia delante, la testera dio en el escudo de Argaut y lo hizo girar sobre la silla, obligándole a sacar un pie del estribo para no dislocarse la pierna y casi arrojándolo entero por el otro lado. Logró volver a la silla a duras penas. En un instante vio el blanco y allí estaba la espada, atravesando la rodilla del gigantón. El monstruo barbudo aulló y aquel instante de debilidad fue el último, pues la espada de Argaut entró en su boca. Sacó de un tirón la hoja, manchada de babas y sangre, con un diente pegado. Retrocedió mientras luchaba contra la debilidad, pues el golpe en el casco le había dejado un eco de ondas de vértigo. Se dio cuenta de que había al menos cinco jinetes enemigos que ya trotaban hacia él, así que apretó los dientes y buscó en algún rincón del alma las fuerzas para seguir peleando. Otros caballos y hombres pasaron a un lado y otro y luego lo rodearon. Uno de ellos tenía la cara tan manchada de sangre que solo pudo reconocerlo por la voz:

—¡Majestad! —gritó Guarner—. ¿Estáis bien? ¡Vamos, todos aquí, rápido, daos prisa, por todos los dioses, que el rey está solo!

Los guardias reales habían conseguido por fin deshacerse de sus contrarios y cerraban filas en torno Argaut. Se formó otra vez el rompeolas donde chocaban los rebeldes, mientras Guarner tiraba de las riendas del caballo del rey y lo hacía recular a su lado.

—¡Argaut! ¿Te han herido?

—No, estoy bien, ha sido un rasguño en el cuello, nada más. ¿Y vos?

—Eso no importa. ¡Los malnacidos nos alejaron de vos, Majestad, y os dejamos solo! ¡Qué vergüenza! ¡Pero no volverá a ocurrir! ¡Os lo juro!

Argaut parpadeaba y trataba de recuperar la sangre fría a medida que el mareo iba atenuándose. Se preguntó cuánto tiempo habría pasado desde el comienzo de la lucha; muy poco, sin duda, pero en combate cada latido parecía una hora.

—¿Cómo va la batalla? —preguntó. Era difícil descubrir un patrón en aquella confusión de hombres, caballos y cadáveres.

—¡Mal! Por lo que puedo ver aún resistimos aquí, nuestros magos todavía no han sido aniquilados y la infantería aguanta, pero dentro de poco abrirán brecha en ella o la superarán por los costados. —Le agarró del brazo—. Majestad, debéis iros. Aún podemos dar la cabalgada y salir con vida de esta.

—¡No! ¡De aquí me voy con la victoria o con los pies por delante!

—¡Calmaos! Estáis enloquecido por la lucha, pero tenéis que pensar en el reino. No podemos dejar que os maten o que os capturen; ¡todo por lo que hemos luchado durante años se perdería en una sola jornada!

—¡No!

—¡Recapacitad, por el Padre!

Argaut seguía intentado dilucidar el sentido de la batalla, pero los jinetes que lo rodeaban dificultaban la visión. El combate de infanterías era una mancha confusa y los magos eran otro barullo ininteligible, salpicado de llamas y luces brillantes.

—¿Y qué pasa si la caballería del señor Etgula fracasa en el flanco derecho? —casi le rugió Guarner en la cara. Le obligó a mirarlo a los ojos, que parpadeaban por la sangre de un corte sobre una ceja, la sangre que bañaba su faz—. ¡Estaríamos perdidos! ¡Hay que huir ahora, Majestad, mientras aún se puede!

Argaut comprendió que su tío llevaba razón y tuvo la tentación de gritar como un niño enrabiado, pero se lo tragó todo. Cuando iba a dar la orden oyó gritos a su espalda:

—¡Majestad! —Llegaban dos jinetes al galope y por sus sonrisas supo de inmediato lo que iban a decir—: ¡Majestad, ya viene el refuerzo de magos! ¡Una caballería de seiscientos hombres! ¡Se nos unirán enseguida! ¡Ya se les ha dicho dónde estáis y vendrán aquí, con vos!

—¡Loado sea Braladur! ¡Que los capitanes reagrupen a nuestros caballeros! ¡Dad la orden de que se reúnan con nosotros! ¡Hay que resistir una nueva carga! ¡Vamos!

Sería ya imposible llevarse al rey, así que Guarner lo soltó y empezó a dar órdenes y hacer gestos con la espada. Los caballeros del rey salieron de sus luchas como pudieron, reculando, auxiliándose unos a otros, y se unieron a la masa que rodeaba al monarca. Los rebeldes hicieron lo mismo en sus filas, entendiendo que iba a producirse un nuevo choque. Los hombres de ambos bandos agradecieron la pausa y llenaron de aire los pulmones. Se oían gritos de ánimo por doquier.

—Allí veo al traidor de Eduvig… —dijo Guarner, con la voz temblando de ira. Sonrió con maldad—. Por cierto, ya he dado cuenta de Baruga Arline, yo mismo lo descabalgué y cuando se levantó del suelo le metí la espada por un ojo. ¡Ojalá pueda hacerle lo mismo a su

amiguito del alma!

—Primero hay que resistir hasta que lleguen los magos.

—Resistiremos, Majestad, ¡por mi padre que resistiremos!

No hubo tiempo para más palabras porque la caballería enemiga echó a trotar. Los jinetes vociferaban y sus mandos, viendo el triunfo tan próximo, ordenaron a la hueste arrollar a los enemigos de una vez por todas. Cerraron unos contra otros y el bando regio hubo de retroceder, aunque sin perderle la cara al enemigo. Los rebeldes los rodeaban y envolvían en un anillo mortífero.

—¡Ya vienen los caballeros del Alba Dorada! —gritó alguien.

Hubo más voces de alegría de los realistas, que parecieron recuperar el brío. Por el contrario, los rebeldes sintieron miedo al oírlos, más aún cuando vieron una nueva hueste de jinetes que se les acercaba. Venían despacio, tal vez porque sus monturas estaban cansadas, pero estarían allí en poco tiempo.

—¡Matad al rey! —aulló el señor Eduvig—. ¡Matad al tirano antes de lleguen sus perros!

El combate se volvió aún más duro, pues unos querían resistir a toda costa y otros deseaban acabar cuanto antes la pelea. Pero esta vez los guardias reales protegieron al rey como una madre a su cachorro, con el orgullo muy picado por el desastre anterior. Argaut de nuevo quería pelear, pero ni su tío ni sus leales se lo permitían. A medida que se acercaban los refuerzos los rebeldes perdían el vigor, pues el miedo penetraba en sus mentes y deshacía la disciplina. Los flojos huyeron y contagiaron su miedo a los fuertes. Brelán Eduvig vociferaba y sus capitanes golpeaban a los cobardes, pero era imposible contener la estampida. De pronto, la hueste se deshizo como un castillo de arena golpeado por las olas del terror. Huían al galope en grupos de cinco, diez y hasta quince hombres y los mandos no podían hacer nada para contenerlos. Ni siquiera hizo falta que los magos trabaran combate porque la mesnada del rey se metió por entre los huecos y venció a los últimos enemigos, los más obstinados y valientes. Muchos rebeldes tiraban las armas y levantaban las manos; algunos tenían suerte y eran hechos rehenes, pero otros daban con enemigos enloquecidos que los mataban sin piedad.

Aquello fue el punto de inflexión, pero aunque el veredicto había sido emitido, el fallo tardaría en hacerse cumplir. La hueste de Argaut destrozó a los últimos jinetes e incluso hizo preso a Eduvig, que se había negado a escapar. Se dio la orden de no perseguir a los huidos porque había que ayudar a la caballería del flanco derecho y también a la infantería. La hueste victoriosa se dividió en dos, reforzada por los magos recién venidos, y una mitad se dirigió hacia la retaguardia enemiga y otra la rodeó, en busca de la caballería del flanco derecho. Encontraron a la segunda caballería rebelde tras el ejército realista,

cuando ya estaba a punto de embestirlo por la espalda. Gracias a los dioses llegaron a tiempo para impedir el desastre y tras un combate corto y sangriento los caballeros del rey dieron cuenta también de estos enemigos, liderados por el hijo de Brelán Eduvig, Farago, que murió de una lanzada en el rostro. Se produjo la rendición en masa de todos los rebeldes que quedaban en el campo de batalla. Murieron muchos antes de que los capitanes realistas impusieran la disciplina en sus soldados, pero aun así el grueso de los vencidos recibió el perdón. El monarca los necesitaba para integrarlos en su propia hueste.

Cuando todo terminó Argaut comprendió lo cerca que habían estado de la derrota y el alto precio que habían pagado, sobre todo en la caballería. El Alba Dorada había sacrificado a muchos de los suyos para contener a los de Talma antes de que llegaran los refuerzos. A los vencidos se les hizo jurar lealtad al rey allí mismo, ante las banderas del país y el escudo de la dinastía Agrate, cuando todavía no se habían abierto las fosas para enterrar a los cadáveres. El señor Eduvig dio orden a los suyos de rendir pleitesía al vencedor y así acabó con la reticencia de los puntillosos. Los lugartenientes del caído señor Arline hicieron otro tanto y los magos de la Orden de Talma dieron su brazo a torcer. A pesar de todo, y como suele suceder siempre, algunos hombres orgullosos negaron su lealtad al rey y fueron puestos de rodillas, se les agarró del pelo, se les levantó la cabeza y se los degolló de un solo tajo, para ser arrojados después a la fosa, con los otros cadáveres.

El señor Eduvig pidió audiencia con el rey y fue llevado al pabellón real.

Dentro estaba el Estado Mayor del ejército de la Corona. Argaut tenía una venda en el cuello y un chichón prodigioso en la frente. A Guarner le habían vendado la mitad superior de la cabeza y tenía los labios rotos e hinchados. Etgula consiguió huir cuando la caballería del flanco derecho fue arrollada por su enemiga, aunque después volvió al ver que la batalla cambiaba de signo. Se apoyaba en una muleta porque una maza le había machacado el muslo; además, le habían vendado el tronco por culpa de una costilla rota. Estaba demacrado y pálido y sudaba y se tambaleaba, pues había bebido mucho vino para soportar los dolores. Los nobles y los capitanes parecían matasietes y truhanes de taberna, hediondos a sudor agrio y cubiertos de roña y costras de sangre, de la cabeza a los pies. Eso rezaba también para el monarca.

Argaut se sentía como si le hubieran molido todos los huesos en una paliza. Ahora entendía que una batalla de verdad era cosa muy distinta al adiestramiento, incluso el más rudo. Había bebido todo lo que pudo, con un ansia enfermiza, agua sobre todo, y aun así se sentía reseco y ardiente por dentro. Sentado en una silla, el trono

improvisado, contemplaba con ojos duros a Brelán Eduvig, tan sucio y maloliente como los demás, pero maniatado, cabizbajo por culpa de la derrota.

—Majestad —dijo Eduvig, con voz humilde—. Os felicito por la victoria. No solo me habéis vencido, sino que… —Tembló un poco, pero se recuperó—. Os habéis llevado la vida de mi hijo.

Argaut asintió en silencio un par de veces.

—Ahora veis las consecuencias de vuestra felonía, señor Eduvig. Habéis pedido verme y bien podéis darme las gracias por perder el tiempo con vos en vez de ajusticiaros de una vez por todas.

El aludido bajó la cabeza.

—Os pido libertad para mis manos y así poder pediros perdón, Majestad.

—No. A los criminales se los ata y luego se los cuelga.

El reo lo miró a los ojos durante muchos latidos y acabó por humillar la cabeza. Postró una rodilla en el suelo.

—Majestad, yo os juro que si perdonáis mi vida seré el más fiel de vuestros vasallos. Os serviré en cuerpo y alma.

Argaut permaneció callado durante algún tiempo. Dijo:

—Vuestro cuerpo me servirá cuando se lo coman los cuervos y vuestra alma me servirá al escapar de la carcasa que ahora habita. Poneos a bien con los dioses y pedidle a ellos perdón porque de mí no lo obtendréis, mal vasallo.

El vencido pareció derrumbarse sobre la rodilla doblada y casi cayó al suelo. Pero se rehízo y levantó su mirada orgullosa y estrangulada.

—Ya lo esperaba, Majestad. La suerte del caído es ser pisoteado. Lo acepto. Pero he de pediros algo más.

—¿Es que vuestra osadía desconoce límites? —gruñó Argaut.

—No pido para mí, sino para mi familia. —Levantó las manos atadas en un gesto de súplica—. Os ruego que no destruyáis mi Casa ni mi linaje. Permitid que los míos conserven alguna propiedad. Que el nombre de los Eduvig no desaparezca de Brajairi. No encarceléis ni ajusticiéis, ni echéis al camino a mi esposa, mis hijos y mis nietos, ni a mis hermanos y sus familias. Os servirán mucho mejor que yo.

Argaut se echó atrás en el asiento, sin apartar la mirada de él.

—Majestad, no debéis escuchar a este traidor asqueroso —repuso Guarner—. Hay que acabar con todos los Eduvig. Los otros nobles han de pensárselo dos veces antes de oponerse a vos.

—Muy cierto —intervino Etgula—. Si no aplastáis los huevos de ellos nacerán las crías de la sierpe y en el futuro también os morderán.

Argaut los miró y luego miró de nuevo a Eduvig, aquel hombre que horas antes imponía condiciones y ahora suplicaba con voz rota.

—Voy a ser generoso. Asignaré a vuestra familia una mota en

algún rincón perdido del reino, un pequeño señorío que administrar, y conservarán vida y honra.

Eduvig medio sollozó y medio suspiró de alivio.

—Gracias, Majestad.

—¡Os equivocáis, Majestad! —protestó Guarner.

Argaut levantó la mano y su tío tuvo que morderse la lengua.

—Escuchadme bien, señor Eduvig —dijo el rey—. Yo os garantizo que vuestra Casa sobrevivirá y que tendrá tiempo para enmendar vuestros grandísimos yerros. Pero les escribiréis de vuestro puño y letra una última carta en la cual les ordenaréis que me obedezcan a la perfección, ellos y sus descendientes. Se lo ordenaréis como padre y líder que aún sois. Yo leeré la carta y si detecto una sola palabra que me disguste o haga sospechar todos los varones adultos de vuestra familia acabarán en una celda y los niños y las mujeres limpiarán la choza de un labriego. ¿Lo habéis entendido?

—Sí, Majestad. Perded cuidado.

—Un escribiente traerá papel y pluma. Luego tendréis una hora para poneros a bien con el Padre y antes de la noche seréis ahorcado delante de vuestros hombres. No hay más que decir, así que fuera de mi vista.

Eduvig se levantó con la debilidad de un anciano. Se lo llevaron.

—Vuestra generosidad es exagerada, Majestad —se quejó Etgula.

—Los hijos no han de pagar por los errores de los padres —repuso Argaut.

Etgula y Guarner intercambiaron una mirada de disgusto, pero no dijeron nada.

—¿Qué más asuntos debemos tratar antes de poder dormir un poco? —preguntó Argaut.

El rostro blanco y sudoroso de Etgula se abrió en una sonrisa cansada.

—Antes de entrar en este pabellón un conocido me dijo que han llegado nuevas de Baunac.

—¡Rafucio! —exclamó Guarner—. ¿Qué tal le ha ido a mi hijo?

—Ha tenido éxito. El señor Eirano ha cedido el señorío sin derramamiento de sangre. Hay una guarnición del rey en la fortaleza y los caballeros del felón están mansos.

—¡Menos mal! —exclamó Argaut.

—¡Ya os dije que mi hijo es un zorro!

—Pero no todo son fiestas —continuó Etgula—. Rafucio dice que prefiere mantenerse en la zona durante un tiempo. Eirano intentó contactar con los señores de Doberán y Becata y con gentes del Escleborn para que secundaran su rebeldía. Por fortuna interceptó las cartas, pero cree que ellos también pueden dar problemas y va a hacerles una visita con las tropas. En principio no se les va a despojar

de ningún señorío, pero ha de recordárseles su vasallaje al rey.

—¿Es que solo hay traidores en este país? —bufó Argaut—. Acabamos de solucionar un problema, a dos contando al señor Eirano, y ahora nos salen felones hasta de debajo de las piedras, como los alacranes.

—Dejad hacer a mi hijo, Majestad, que tiene entendimiento y energía.

—Confío en él. Señor Etgula, enviad un mensajero a Rafucio para contarle lo que ha sucedido aquí y hacerle saber que me parecerá bien cuanto haga para mantener el orden. ¿Y qué pasa con el señor Etacta? ¿Se tienen noticias de su campaña?

—Aún no —repuso Etgula—. Esperemos que nuestro querido general logre que Derc Brangora y Caro Simin devuelvan los señoríos de Ireca y Derús.

—Lleva suficientes hombres como para sojuzgarlos y además tiene una fuerza de magos del Alba Dorada —dijo Guarner—. Debería bastar.

—No podemos estar del todo seguros —contestó Etgula—. Al fin y al cabo, los Brangora y los Simin eran vasallos de Barac Tiyadara y, aunque juraron fidelidad al rey tras la guerra, pueden quedarles ganas de pelear. Majestad, ya sabéis que no apruebo meternos en este nuevo lío.

—Lo sé, Etgula, pero los Brangora y los Simin llevan enriqueciéndose a nuestras espaldas demasiado tiempo. Sus rentas casi duplican las de la Corona. Allí se cometen todo tipo de irregularidades y además ellos controlan las rutas comerciales que pasan por Altac y comunican con Élamos. Esa zona tiene que estar en nuestras manos.

—Por eso mismo será un hueso difícil de roer —dijo su tío—. Tienen muchos amigos muy poderosos, toda esa chusma de mercaderes podridos de dinero a fuerza de chanchullos. No quieren que los auditores del rey inspeccionen sus cuentas.

Argaut se pellizcó el labio, pensativo. Dio una palmada en el brazo de la silla.

—¡Vamos a ir con el señor Etacta! Ahora que tenemos el centro del país controlado dejaremos en Cherol y Mendig unas guarniciones razonables y nos iremos con el resto de las tropas.

—¿Acaso pensáis que Etacta no puede hacerlo él solo?

—Hoy hemos vencido de milagro —dijo Argaut—. Ha faltado un pelo para que me derrotaran en mi primer desafío como rey y todo esto ocurrió porque subestimamos al rival. Fui un necio al pensar que se me rendirían solo por llevar una corona en la cabeza. No volveré a cometer el mismo error. Iremos con todas nuestras fuerzas contra los señores de Ireca y Derús.

Guarner asintió.

—Me parece bien, Majestad. Aún quedan seguidores de los Tiyadara y no conocemos todavía el paradero de ese demonio de Barac Tiyadara y su hija Lisca.

Cada vez que la mencionaban a Argaut se le revolvía el estómago.

—Razón de más para que vayamos con Etacta. Mi presencia en carne y hueso, junto al Ejército Real y la Orden del Alba Dorada, disuadirá a los que se hagan ideas raras sobre una posible usurpación.

—Hablando del Alba Dorada —dijo Etgula—, el maestre vino con los refuerzos, pero está con los heridos debido a un tajo en la pierna. Por eso aún no os ha presentado sus respetos, Majestad.

—¿Es grave? —preguntó el rey.

—Por fortuna, no lo es. Además, esos magos tienen sus propios recursos y sanan más rápido que nosotros, los pobres mortales. Por desgracia, su hermano Garzur murió en la lucha.

—Le daré el pésame al maestre. Su hermano mostró la lealtad que siempre ha honrado a esta gran orden.

Etgula se pasó una mano por la frente para quitarse el sudor.

—Majestad, habéis dicho que queréis llevaros a todos los magos del Alba Dorada al sur…

—¿Hay algún problema?

—Antes de venir aquí hablé con el maestre y me dijo que deseaba acelerar el proceso de absorción de la orden rebelde. Me expresó su deseo de partir hacia Talma en cuanto la pierna se lo permita.

Argaut levantó una ceja.

—¿Y vos qué opináis?

—La Orden de Talma es próspera. Si su maestrazgo estuviera en el realengo fluiría mucho dinero hacia nuestras arcas.

—¡Un momento! —exclamó Guarner—. ¿Estáis proponiendo que no le entreguemos Talma al Alba Dorada? ¿Osáis decir eso después de que vinieran en nuestro socorro?

—Las órdenes han de acudir siempre en ayuda del rey. También son vasallos de la Corona.

—Señor mío, el propio rey le garantizó a Garzur Erejna, que precisamente murió en esta batalla, que se les daría el maestrazgo de Talma.

Etgula se encogió de hombros.

—Pero no hubo ningún documento escrito y además tampoco hay testigos, aparte de los que estamos aquí.

—No puedo creer lo que estoy oyendo. —Guarner estaba cada vez más enfadado—. Mi hermano fue maestre y murió para ayudar al rey… ¡Y ahora vos pretendéis que le hurtemos lo prometido a sus sucesores!

—Nadie ha hablado de hurtar. Solo digo que deberíamos volver a negociar y…

—No sigáis por ahí, señor Etgula —atajó el rey—. Di mi palabra y, aunque ya empiezo a arrepentirme, la mantendré. El Alba Dorada se quedará con Talma. Así se lo diré yo mismo a su maestre, pues iré a verlo esta noche para darle el pésame por lo de su hermano. Ahora bien… —Entrecerró los ojos—. No ha de echar a correr tan pronto para cobrar la presa. Se la entregaremos *solo después* de que sus gentes y él nos acompañen a Ireca y Derús. Prepararé los documentos aquí mismo y los llevaré a su tienda para que allí los firmemos. Así no podrá desconfiar.

Guarner negó con acritud.

—Es triste pensar que puede haber recelos entre los caballeros magos y nosotros.

—No los hay —respondió Argaut, sonriendo de lado—. Y si todo se normaliza de este modo, jamás los habrá.

Guarner se cruzó de brazos y no respondió. Etgula se tambaleó un poco.

—Señor —le dijo Argaut—, hacedme el favor de iros a las mantas y dormir como un lirón para que se os curen las heridas. No tendríais que haber venido vos mismo a este Consejo de Guerra. Tenéis delegados.

—Gracias, Majestad. Os mandaré un hombre de confianza por si necesitáis algo e iré a descansar. He de viajar con vos al sur.

—Os quedaréis aquí para reponeros. Es una orden.

—Y tendré que obedecerla, me temo. Así pues, me voy a dormir. Pero hay un último asunto: tenéis que entrar al menos en el burgo de Cherol y en su fortaleza para que el pueblo os vea tomar posesión del señorío.

—Cierto. Lo haré mañana por la mañana. Por la tarde levantaremos el campamento e iremos en busca de nuestro amigo el general Etacta.

—¿Tan pronto?

—No voy a dormir tranquilo hasta que no sepa lo que ocurre allí.

23

Los temores de Argaut no eran exagerados. Mientras su primo Rafucio tomaba Baunac y él vencía a los señores Eduvig y Arline en la batalla de Cherol, los señores Brangora y Simin se negaban a entregar los dominios de Ireca y Derús a Videmar Etacta. Por supuesto, su respuesta no fue clara e inequívoca, sino que la demoraron mediante negociaciones y excusas sin cuento. Al final el general planteó un ultimátum y solo entonces estalló la revuelta. Esta vez no hubo batallas campales, sino ataques aislados a las tropas de la Corona en una lucha de guerrillas en los montes, bosques y cañadas. Etacta decidió atacar primero Ireca, el más débil de los dos señoríos, pues tenía que empezar a asfixiar el levantamiento enseguida para que no se extendiera aún más. Asedió la fortaleza principal de los Brangora pensando que los magos del Alba Dorada la tomarían sin problemas, pero recibió una sorpresa amarga al descubrir que también el enemigo tenía sus propios hechiceros, tanto elamosios como —lo más sangrante— brajairios de la Orden de Grinaia, cercana a Estel, que rindieron pleitesía a la Corona tras la guerra del sesenta y nueve y ahora se portaban como felones. El sitio se atascó porque los magos realistas no podían vencer las defensas de los hechiceros rebeldes. Mientras, aparecían cada vez más enemigos —entre ellos soldados de fortuna extranjeros— que roían las fuerzas del general. Todo estaba demasiado bien orquestado y sin duda participaban en la rebelión las oligarquías locales, que habían medrado a la sombra de los Tiyadara y no iban a permitir que nadie les arrebatara el monopolio de las caravanas que subían desde el Ilnar.

Etacta recibió con alivio la llegada del rey, victorioso en el centro del país. La determinación del joven soberano no dejaba lugar a dudas: hizo detener y encerrar a todos los simpatizantes de las Casas rebeldes hasta llenar las cárceles de los principales burgos y arrasó a sangre y fuego las villas de los enemigos, sus haciendas y casonas, las perlas de su patrimonio. Quería obligarles a combatir, cosa que logró en varias ocasiones, venciendo gracias a su aplastante poder militar. Trajo consigo a los magos del Alba Dorada y en aquel pulso de relámpagos, llamaradas y ondas invisibles que hacían estallar lienzos enteros en nubes de cascote y polvo, la Corona logró expugnar Derús. El rey no tuvo piedad e hizo ahorcar a los nobles y sus capitanes y después puso sus cabezas en las picotas de los pueblos y burgos.

Entonces recibió el primero de sus muchos apodos: *El Cruel*. Sin embargo, permitió a la soldadesca vencida unirse a su causa y respetó las vidas y propiedades de quienes se le rindieron.

Pasaban los meses y la revuelta se deshinchaba como una grano que soltara el pus. Fue un otoño horrible que trajo mucho dolor e ira. Cada vez estaba más claro que los desastres solo tendrían fin cuando este rey testarudo lograra todos sus objetivos. Sus diplomáticos trabajaban sin descanso para convencer a los pequeños vasallos de los Brangora y los Simin y poco a poco los líderes rebeldes fueron perdiendo apoyos. Algunos mercaderes comprendieron que la revuelta no podía ganar y también cedieron. Llegó el invierno y la rebelión sobrevivía, pero estancada en un charco hediondo. Ni siquiera el frío atroz hizo desistir a Argaut III el Cruel, que seguía hostigando sin descanso a los enemigos. Dio la orden de confiscar todas las propiedades de los últimos simpatizantes de los rebeldes y entonces le llamaron *el Rey Ladrón*. Por fin cayó Ireca. Pero no habían atrapado aún a Derc Brangora ni a Caro Simin, así que el rey ofreció una recompensa fabulosa por sus cabezas, cosa que hizo gemir de dolor a Gregar Farica y a los contables de la corte. El dinero se reveló como el mejor aliado, pues unos traidores guiaron las tropas regias hasta la madriguera de los levantiscos. Hubo algunas escaramuzas violentas y por fin cayeron. Argaut III el Cruel, el Tirano, el Rey Ladrón, el Obstinado y el Sangriento presenció el ahorcamiento de Brangora, Simin y sus lugartenientes en un acto público. En este caso también desoyó a su tío y al señor Etgula y no exterminó a las familias de los ajusticiados, sino que les concedió señoríos modestos y una oportunidad de vivir con honra.

Una vez nombrados los gobernadores e incorporados los grandes señoríos de Ireca y Derús al realengo, Argaut volvió a la corte, donde, imaginaba, podría al fin descansar. Se equivocaba, pues siempre había problemas. El más acuciante era el económico. Gregar Farica no puso pomada en la herida: —Estamos en bancarrota. De hecho, ahora vivimos de los préstamos de algunos grandes mercaderes.

—Pero hemos vencido —dijo Guarner—. ¿Acaso eso no mejora la situación?

—La mejora en el sentido de que tenemos más avalistas. Los que antes se negaban a dejarnos dinero ahora sí lo harán. Por lo demás, estamos metidos en deudas hasta las orejas.

Argaut se agarró la frente con la mano, cerró los ojos y suspiró. Los abrió. Poco quedaba de aquel joven impetuoso que volvió a Longaza lleno de ilusiones, hacía tres años. La guerra y el poder habían echado paletadas de cansancio en su rostro y su mirada.

—Los señoríos conflictivos están de nuevo en nuestras manos —dijo—. Ahora que hemos puesto administradores leales en ellos

empezarán a dar ganancias.

—Por supuesto, Majestad —repuso Farica—. El año que viene será mejor que este. Dudo que pueda ser peor.

—Nunca deis nada por hecho —dijo Rafucio, con su sonrisa irónica de costumbre.

—Seriedad —amonestó Demayara.

—Entonces, cuál es el problema? —preguntó Guarner.

—Que no vamos a ingresar dinero con suficiente rapidez —contestó Farica—. Las cosas mejorarán a partir de ahora, pero habrá que reducir aún más los gastos.

—Dudo que eso sea posible. —Rafucio levantó las cejas—. Hace mucho que no se celebra una fiesta en palacio y no creo que haya corte en todo Dirtán con más sietes en los chalecos y agujeros en las calzas.

Demayara le echó una mirada severa a su hijo y luego preguntó:

—¿No se puede ingresar más de los señoríos reconquistados? ¿Y del resto del país?

—Alteza —contestó Farica—, mi estimación es que esos nuevos ingresos serán tan preciosos como el aire que respiramos, e igual que el aire, nos permitirán sobrevivir. Pero poco más. Estaremos endeudados durante algún tiempo.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Argaut.

—Como mínimo pasarán cinco años antes de empezar a salir de la ruina.

Cayó el silencio.

—Tendremos que depender de los mercaderes —gruñó Guarner.

—E incluso mis previsiones son optimistas —dijo Farica—. Como todos sabemos, las guerras son caras y, si ya estábamos dañados, la última ha hecho volar en pedazos lo poco que nos quedaba.

—¿No se pueden aumentar los impuestos? —preguntó Etgula.

—He estado pensando en ello, pero no recomiendo aumentar el porcentaje real de los dominios.

—Es decir —intervino Rafucio—, que si exprimimos a los aristócratas pueden producirse nuevas rebeliones que nos arruinarían aún más.

—Correcto, pero no perfecto. En realidad ni siquiera podríamos afrontar nuevas luchas. Por eso ahora debemos mantener la paz con la nobleza.

—No a cualquier precio —dijo Guarner.

—Debemos mantener la paz —remachó Demayara—. No nos conviene entrar en disputas con nadie.

—¿Y las otras tasas que cobran los recaudadores de la Corona? —preguntó Etgula—. Me refiero a los impuestos de las clases medias y bajas. Esos sí podríamos subirlos, ¿verdad?

—Pretendéis sangrar a los humildes porque ellos no se pueden defender —dijo Argaut, con el ceño fruncido.

—Yo lo expresaría con otras palabras, Majestad —repuso Farica.

—La guerra ha devastado ya demasiados labrantíos y dehesas —contestó el rey—. El pueblo no va a pagar ni una sola moneda y ni una sola fanega de trigo más. Es mi última palabra al respecto.

—Como ordenéis —repuso el tesorero con aire humilde—. Por tanto, debemos apretarnos el cinturón.

—Lo haremos —dijo el rey—. Tanto alimentan las gachas como las natillas.

—Así es, por desgracia —añadió Rafucio con tristeza, cosa que provocó otra severa mirada de su madre.

—No solo se trata de los gastos de protocolo —prosiguió Farica—. Hay cosas bastante onerosas que deberíamos suprimir.

—Hablad claro —ordenó Argaut.

—El Ejército Real. Es un gasto excesivo. Hay que desmovilizarlo ahora que estamos en paz y volver al sistema de recluta solo en caso de guerra. Además, los nobles están obligados a prestarnos sus tropas.

—Sabed una cosa, secretario real —dijo Argaut—. Ahora mismo medio país desea con toda el alma separarme la cabeza de los hombros. Y en ese cálculo no meto a los Ertalce. Lo único que puede evitarlo es la espada que empuño. Y esa espada es mi ejército.

Farica buscó la ayuda de los otros, sin resultado.

—El rey lleva razón —dijo Rafucio, ya sin ironía—. Hemos controlado a los señores más duros y solo por ello los demás nos respetan y obedecen. Tal vez en otros cinco o diez años de firmeza no se necesite bajar la guardia, pero por ahora el Ejército Real sigue siendo imprescindible.

—Está bien. —Farica abrió las manos, conciliador—. Me habéis convencido.

—Sé que hacéis lo posible por sanear las cuentas y os lo agradezco —dijo Argaut—. Confío por completo en vos. Y eso me hace recordaros un asunto pendiente…

—¿Cuál?

—Os encomendé que acabarais con nuestros servidores deshonestos y aún no he visto ningún proceso ni juicio.

—Majestad, lo estoy preparando para que todo quede ajustado a la ley.

—Eso me alegra, pues no quiero ningún abuso en las formas. —Argaut le apuntó con el índice—. Pero recordad que quiero al menos veinticinco corruptos colgando en el cadalso antes del próximo año, así que no os demoréis. Habremos de administrar muchas nuevas tierras en el realengo y no voy a tolerar de nuevo malas hierbas en mi sembrado. Vos os ocuparéis de arrancarlas y de impedir que salgan

más.

—Prometo no defraudaros.

—Eso espero, señor Farica. ¿Hay más asuntos?

—Sí, Majestad —dijo Etgula—. Han llegado noticias de los países vecinos con la respuesta a vuestro ofrecimiento de casar con infantas y princesas.

Argaut hizo una mueca de hastío.

—¿Y bien?

—Me temo que no hay respuesta positiva. En el mejor de los casos se nos ha dado largas y en el peor ha habido una negación inequívoca.

Argaut sonrió con amargura.

—Parece que se nos hace de menos en el extranjero.

—No es raro, Majestad. Nuestro país pasa por serias dificultades con la nobleza.

—Eso sin contar con que estamos arruinados —intervino Rafucio.

—Es una lástima porque la dote de una princesa nos vendría muy bien —dijo el tesorero.

—Hay que resignarse y esperar —dijo Argaut.

—No parecéis muy triste por estas malas noticias —repuso Demayara.

—Pues me pesan, Alteza.

—Ya lo veo. Y hacéis bien en sentirlo porque debéis darle un heredero al país. Esta paz es insegura y además todos somos mortales. Incluso los reyes.

Argaut se encogió de hombros.

—¿Qué puedo hacer si la realeza extranjera se niega?

—Podéis casaros con una dama de vuestra propia tierra.

—No.

—Por favor, escuchadme —intervino Guarner, más conciliador que su esposa—. Pensad de nuevo en lo que os propusimos hace tiempo. Una mujer de la extensa Casa Injeca sería la mejor opción.

—No me casaré con la nobleza de Brajairi.

—Majestad, los Injeca no son como los otros. Hemos dado sobradas muestras de lealtad. ¡La hemos pagado muy cara!

—Lo sé y os estaré siempre agradecido. Pero el país debe abrirse hacia fuera. —Se volvió hacia el diplomático para esquivar las miradas corrosivas de sus tíos—. Señor Etgula, que vuestra gente insista en las cortes vecinas. La constancia da sus frutos.

—Así se hará.

Hubo otros asuntos y por fin terminó la sesión del Consejo. Fuera, Rafucio se unió al rey.

—Majestad, os veo cansado.

—Creía que la vida en la corte sería un alivio, pero compruebo que los problemas nunca acaban.

—La vida es una sucesión continua de problemas, uno detrás de otro. El truco está en aceptarlo y relajarse mientras se resuelven.

—Ojalá pudiera hacerlo.

—Se puede, Majestad. Tenéis que divertiros un poco. ¿De qué sirve ser rey, si no?

—Empiezo a pensar que más me valdría ser un labriego.

—No digáis tonterías. Os hace falta un poco de acción, y no me refiero a los ejercicios de guerra en el patio de armas. De eso ya tenéis bastante. Hablo de otro tipo de *acción*.

—¿Me estáis proponiendo ir a una mancebía? Hace mucho que no visito ninguna.

—¿Para qué necesitáis una mancebía si vuestra corte entera es la mejor de todas? ¡Por Braladur, vos sois el rey! ¡Hay muchas jóvenes dispuestas a agasajaros!

—No quiero obligar…

—¿Obligar? ¡Pero si lo están deseando! Majestad, en la guerra y la política sois un león, pero en otras lides sois un cachorrito. Hace mucho que no fornicáis, ¿verdad?

—Bueno, en los últimos meses no he tenido tiempo para esas cosas…

—¡Es decir, que tenéis ya la mano agarrotada! ¡Braladur me asista! ¡Qué horror! ¡No quiero oír más! Para empezar os voy a presentar a una joven maravillosa que hará vuestras delicias, todo fuego y nada de pudor. Mi madre está empeñada en casarnos a todos y ponernos a criar como si fuéramos conejos, así que algún día tendréis que desposaros y sois tan… En fin, que a lo mejor os empeñáis en serle fiel a la reina. Hasta entonces tenéis que disfrutar un poco de la vida. ¡Hay que holgar y divertirse! Vamos, seguidme y no refunfuñéis.

24

Las últimas semanas de aquel convulso 1575 transcurrieron de manera pacífica, pues, al menos, las rebeliones nobiliares se habían terminado.

Tal y como exigiera el rey, hubo un proceso fulminante contra algunos malos administradores. El secretario y tesorero Real, Gregar Farica, dirigió las acusaciones y presentó las pruebas. Por expreso deseo del rey los acusados no fueron todos subalternos y hombres de paja, sino personas ricas e influyentes, nobles que, como era costumbre en el país, habían comprado a la Corona el cargo de cobradores de los diezmos y otras tasas de incumbencia regia. Sin nadie que los controlara muchos enriquecieron a fuerza de mordidas, coimas, sobornos, cohechos y un largo caudal de dinero más negro que la pez. Hubo protestas y presiones, pero la determinación del rey era rocosa y su piedad, nula. En un acto público extramuros y a la vista de miles de longazanos, un acto presidido por el rey y los grandes de la corte, a los acusados se les leyó la sentencia y fueron ahorcados para regocijo de la plebe. Farica estaba satisfecho porque había aprovechado el proceso para confiscar los bienes de los corruptos, unas riquezas que pasarían a la Hacienda. Como solía ocurrir, se dejaron unas propiedades mínimas para que las familias de los ajusticiados pudieran vivir con dignidad. El rey quiso que el hecho se conociera en todo el país. Por mucho que lo aborreciesen ya no había dudas sobre los riesgos de contrariarle. No obstante, en algunas aldeas y burgos ya no solo se le llamaba *el Tirano* o *el Cruel*, sino también *el Justiciero*.

Pero si el Consejo Real pensaba que el año 1576 traería la calma, estaba equivocado. En la primavera el rey les informó de sus nuevos planes:

—Alteza y caballeros, no es necesario decir que el año anterior fue turbulento, aunque también fructífero, pues sentamos las bases del orden que ha de imperar en este país, donde mandaban más los nobles que el rey. Todo ese esfuerzo sería baldío si no formalizáramos por ley el nuevo estado de las cosas. Me he reunido con el secretario real, un experto en Derecho, para llevar a cabo una reforma de las leyes en los señoríos y maestrazgos y en las tierras administradas por el culto de Braladur, que son más de las tres cuartas partes de Brajairi.

Los consejeros se miraron entre sí con preocupación. Gregar Farica estaba muy serio y ya tenía en sus brazos varios rollos.

—Secretario —dijo el rey—. Adelante.

Farica le dio un rollo a cada uno de sus compañeros. Al leerlo algunos palidecieron, otros desorbitaron los ojos, otros levantaron las cejas y otros fruncieron los labios.

Argaut dijo:

—Deseo conocer las opiniones del Consejo antes de tomar una decisión en firme.

—Majestad —dijo Demayara—, parece que vuestra decisión *ya* es firme.

—Aun así, quiero saber lo qué pensáis.

Etgula acariciaba el documento.

—Es una lista de nuevas leyes en los señoríos. —Miró al rey—. Estas normas van a recortar de modo formidable el poder de los nobles. Majestad, todo esto me parece una maravilla y nos acerca a nuestro objetivo de poner coto a los abusos, pero tal vez este no sea el momento de lanzar una reforma tan… *intensa*.

—Hablad claro.

—Los ánimos están caldeados en muchos lugares después de los conflictos del año anterior. Tal vez sea el momento de dejar que el horno se enfríe porque se nos pueden quemar los bollos.

—Entiendo. Y vos, señor Guarner, ¿qué pensáis?

—Algo parecido, pero ya sabéis que no soy diplomático, sino hombre de armas, así que me expresaré con claridad: estas medidas restrictivas soliviantarán a los nobles. Tendremos más levantamientos. Por ahora debemos esperar.

—¿General Etacta?

—Habrá problemas si imponéis tales medidas, por muy justas que sean. No obstante, ya sabéis que el Ejército Real está para hacer valer vuestras decisiones.

Etgula dijo:

—Nadie puede dudar de los guerreros del rey ni tampoco de nuestros amigos los Injeca y las otras Casas leales, pero debemos preguntarnos si tendrán agua para apagar tanto fuego. Nuestras energías son limitadas.

—Y nuestras arcas también —expresó Farica, con cara de vinagre —. He diseñado estas medidas junto Su Majestad, pero desde el principio expresé mis reservas a hacerlas cumplir en estos momentos, no porque sean malas, pues ayudarían a sanear las cuentas, sino porque el remedio será peor que la enfermedad. No podemos enfrentarnos a más rebeliones. Empezamos a ver la luz al final del túnel y si hay conflictos tendremos que pedir más préstamos.

—La lucha no será local —dictaminó Guarner—. El año pasado aprendimos que las revueltas se multiplican como hongos y que un solo señor desobediente contagia a otros dos o tres. Es una reacción en

cadena.

Demayara remachó:

—Lo siento, Majestad, pero todo esto tiene que dejarse para dos o tres años en el futuro, cuando seamos más fuertes.

—Alteza, vuestras previsiones son generosas —dijo Farica, con una sonrisa amarga—. Necesitamos aún más tiempo de mansedumbre.

—Tiempo… —dijo Argaut, pensativo. Levantó una ceja—. ¿Y vos, Rafucio, qué pensáis?

Su primo se rascó la barba y sonrió con su jovialidad habitual.

—Creo que vuestra decisión parece ya tomada, así que no tiene mucho sentido tratar de convenceros de lo contrario. Sería más fácil conseguir que una ola no cayese. —Argaut sonrió y le animó a continuar con la mano—. Por tanto, debemos pensar en cómo poner en marcha estas medidas de la manera más práctica.

—He ahí un hombre sabio —dijo Argaut—. En efecto, mi decisión ya estaba tomada, pero para mí es fundamental escuchar cuanto puedan decir las personas más inteligentes de mi corte. La mayoría argumentáis que no es el momento adecuado para hacerlo, pero… ¿Cuándo llegará tal momento? Desengañaos. Nuestros enemigos, que son muchos y poderosos, nunca lo aceptarán. Ni en un año ni en veinte. Siempre pelearán con todas sus fuerzas para destruir todo lo que hagamos. Tal vez penséis que más adelante tendremos más recursos, pero yo os aseguro que los recursos y la habilidad nacen no del acomodo, sino del riesgo. Solo ante el desafío más grande sale la fuerza más grande, la que nos sorprende. Esto no es un discurso pomposo. Lo he aprendido no solo durante el año anterior, sino también durante los que estuve en Gunabar. —Puso el índice sobre el documento de la mesa—. Esto se va a poner en marcha antes de que finalice el año, que no os quepa ni la más mínima duda. Ahora, Alteza y caballeros, vuestro rey os pide que os estrujéis el seso para hacerlo del mejor modo.

Todos permanecieron mucho tiempo callados. Al final, Demayara levantó las cejas.

—En primer lugar, y dado que se van a formular leyes nuevas e importantísimas, deben ser convocadas las Cortes para anunciarlas allí.

—¿Para que los nobles voten en contra? —preguntó Guarner.

—Aunque lo hagan —dijo Farica—, el rey tiene potestad para sancionarlas y hacerlas cumplir. Hoy por hoy, las Cortes son consultivas.

—Razón de más para no convocarlas —repuso Guarner—. Tendremos que soportar las quejas de nuestros enemigos y el resultado será el mismo. ¿Por qué hacerlo si nos podemos librar de eso?

—Porque el rey no puede comportarse como un déspota —

respondió Demayara—. El rey debe escuchar con respeto a todos, incluso a los que no opinen como él. Debe honrar las instituciones y no humillar ni a plebeyos ni a nobles.

—Precisamente los nobles de este país nos han llevado a esta situación —contestó Guarner—. Ellos sí se han comportado como déspotas en sus señoríos.

Demayara los miró a todos, incluido el rey, y respondió:

—La nobleza no es la enemiga del rey. La Corona necesita a los nobles para administrar y gobernar las tierras del país y para que le apoyen sus huestes en caso de guerra. Son vasallos, no esclavos. Más aún: aliados. Recordemos que el rey es otro noble, el primero entre sus pares. Debemos castigar no a todos, sino solo a los perversos. Por ello el rey en persona tiene que informar y consultar con la nobleza, las órdenes, los sacerdotes y las ciudades en Cortes. Si sembramos desprecio nos granjearemos la enemistad de los que todavía no nos miran mal.

Intervino Etgula:

—Su Alteza lleva razón, no solo porque el rey debe respetar las instituciones, sino también porque hacer todo esto a las claras es una señal de fortaleza, cosa muy necesaria en política.

—Me habéis convencido. —Guarner levantó las manos en un gesto de impotencia y Demayara sonrió con satisfacción—. Está bien, será conveniente llevar todo esto a Cortes. Pero no contéis con la bendición de los que estén allí.

—Muchos nos apoyan, aunque no lo parezca —repuso Farica—. Demasiada gente está ya harta de cierto sector de la aristocracia que mete las zarpas en todo. Tenemos muchas quejas oficiales, sobre todo de los concejos urbanos y de la casta de los mercaderes. Eso sin contar con los desmanes que se comenten con el pueblo llano.

—Que, por desgracia, no tiene representación en Cortes —remató Argaut.

—Tal cosa es imposible de cambiar —contestó Farica.

—En algún momento del futuro habrá de cambiar. —El rey entrecerró los ojos y lo miraron con extrañeza. Suspiró—. Reconozco que algunas medidas parecerán represivas, así que tendremos que soportar con buena cara las palabras fuertes.

Rafucio frunció el ceño, pensativo.

—Majestad, puede que estemos viendo esto desde el lado equivocado. Damos por hecho que todos saldrán furiosos. ¿Y si pudiéramos darle la vuelta a la torta para que les diera contento?

—Imposible —respondió Etgula, tajante.

—Su Alteza —Rafucio miró a Demayara— lleva razón: hay que considerar a los nobles como aliados. Tenemos que ganárnoslos. No a todos, porque siempre habrá felones, pero sí a la mayoría.

—¿Ganárnoslos? —preguntó Farica—. ¿Estáis hablando de negociar con ellos?

—Estoy hablando de dar algo a cambio de su apoyo y de lograr que la mayoría voten a favor de las nuevas leyes. Si ganamos esa votación quienes se rebelen perderán la legitimidad, mientras que si la perdemos nosotros, la Corona parecerá tiránica y hasta los más suaves verán con simpatía a los revoltosos.

—Dar algo a cambio… —La voz de Guarner sonaba como un cuchillo en la piedra de amolar—: Como si fuéramos unos vulgares mercaderes.

—Por favor, escuchemos a Rafucio —dijo Argaut—. ¿Qué proponéis darles a los nobles para que voten a nuestro favor?

—¿Qué va a ser? Dinero.

Hubo unos instantes de sorpresa y después Farica se levantó.

—¿Qué estoy oyendo? —exclamó—. ¿Qué locura es esta? ¿Pretendéis repartir sobornos por doquier? ¿Y de dónde vamos a sacar el dinero si tenemos un agujero en las arcas por el que cabe todo Dirtán?

—Teneos, secretario —dijo el rey—. Dejemos hablar al señor Injeca.

—Gracias, Majestad. No se trata de distribuir coimas a lo loco, sino de bajar el porcentaje del impuesto real. Algo tan apetitoso amansará a las fieras.

—¡Ultraje! —gritó Farica.

—Por favor —intervino Argaut—, respetad el turno del señor Injeca y después podréis contradecirle si queréis.

—¡Pero Majestad, eso…!

—Calma, os lo ruego. Proseguid, Rafucio.

—Debemos jugar esta partida con habilidad. Desde el principio anunciaremos las nuevas y polémicas leyes, pero sin decir nada de la bajada del diezmo. Por supuesto, muchos nobles se indignarán, y nosotros les dejaremos ladrar y nos defenderemos sin perder la calma, aunque sin ceder ni una uña. Solo al final, uno o dos días antes de las votaciones, sacaremos a la luz el dulce de la bajada de impuestos y lo incluiremos, *como una simple medida más*, junto a las leyes de nuevo cuño, de tal modo que haya que votarlo todo en bloque y no por separado. Los nobles creerán que hemos cedido en el último momento al sacarnos de la manga este último naipe y por ello se sentirán vencedores mientras votan positivamente a *todo* lo propuesto. No sospecharán que lo habíamos planificado desde el principio. De tal modo saldremos de estas Cortes vencedores no solo por imposición, sino con la legitimidad que dan los votos. Y eso aislará a los rebeldes del futuro.

Miraron a Rafucio durante mucho tiempo.

—No sé de dónde habéis sacado esa inteligencia tortuosa vuestra —le dijo su madre—. Sin duda no de vuestra familia, sino tal vez de esos ambientes tenebrosos que frecuentáis.

—Se puede aprender mucho en las tabernas y las mance…

—¡Dejemos eso por ahora! —intervino su padre a tiempo—. Hay que valorar la propuesta. A mí me parece interesante.

—Si ganáramos la votación muchos empezarían a dejar de vernos con desagrado —dijo Etgula—. Eso le quitaría apoyos a los rebeldes.

Rafucio dijo:

—Majestad, si no vencemos con los votos tendremos a todas las Cortes en contra. ¿Podemos permitírnoslo?

Argaut seguía pensativo. Miró a Farica, que a duras penas se mordía la lengua y estaba ya rojo como un tomate, y lo animó con la cabeza.

—Majestad, Alteza y caballeros —dijo el tesorero, con voz temblorosa de ira—. Quiero haceros entender que estamos en una situación económica que raya la desesperación. Toda merma de nuestros ingresos es un hachazo en este árbol que es Brajairi. Por tanto, rechazo de manera categórica cualquier idea de bajar el impuesto a los nobles.

—Imaginad por un momento que lo hiciéramos —dijo Argaut, y el secretario hizo un gesto de sufrimiento, como si le doliese una muela —. Solo imaginadlo. ¿Cuánto bastaría para llevar el rebaño aristocrático a nuestro corral?

—Majestad, solo podría bajarse un punto. ¡E incluso eso es excesivo! Si del diez se pasara al nueve por ciento no os quepa duda de que las ovejas balarían muy alegres, pero habéis de entender que el Estado no puede sacar el dinero de los aires. Tal reajuste nos obligaría a pedir más préstamos.

—Vos dijisteis que la victoria en la guerra amansa a los avalistas.

—Así es, pero la deuda es un tumor maligno para cualquier país. Resulta imposible recuperarse si es excesiva.

—Costaría más tiempo, pero si hacemos bien las cosas acabaríamos por pagarlo todo, ¿verdad?

—Sí, pero hay muchos imprevistos, como por ejemplo la guerra, que nos chupa la sangre cual mosquito gigantesco.

Argaut frunció el ceño y se volvió hacia Etacta.

—General, hasta ahora habéis permanecido callado.

—Majestad, he aprendido que de lo que no se sabe es mejor no hablar. Mi cometido es la guerra, no la economía.

—Aun así, decid: ¿creéis que habrá guerra?

—En mi opinión, por supuesto que la habrá, en un plazo máximo de tres años. De hecho, en el Consejo de Guerra mis gentes y yo hemos rediseñado la estructura de nuestro ejército para hacer frente a las

amenazas del reino, que por ahora son internas. Pensaba enseñaros tal plan en unos días, pero ya os adelanto que se trata de dividir el Ejército Real en unas diez columnas, que se dispondrán en distintas fortalezas estratégicamente situadas por toda nuestra geografía. De tal modo se puede acudir de inmediato a donde haya problemas. Tener la mayoría de los efectivos en Longaza nos resta movilidad.

—Majestad —intervino Guarner—, yo mismo he visto esos planes y os los recomiendo.

—Me parece una idea excelente —dijo el rey—. Estoy deseando ver tal proyecto terminado y quiero ponerlo en práctica cuanto antes.

—Gracias, Majestad —dijo Etacta.

—Y ahora, decid: ¿qué opináis de todo lo que hemos hablado?

—Que como tarde o temprano habrá más rebeldes lo sensato es procurar que sean los menos posibles. Todo lo que quite fuerza a los enemigos nos conviene. Si la política lo logra, bienvenida sea.

—Nuestro general ha hablado con mesura —dijo Argaut.

—Pero como bien dijo —objetó Farica—, él entiende de guerra y no de economía.

—Una cosa y otra están relacionadas —dijo Rafucio—. Tener a todo el país en contra será más oneroso a largo plazo.

—Tampoco es seguro que ganemos la guerra —añadió el general Etacta—. El año pasado nos encontramos con un avispero en el sur.

—Y no olvidemos la sorpresa desagradable de Cherol, en el centro —recordó Guarner.

—Hay otro asunto relacionado… —Todos miraron a Demayara—. ¿Qué pasará con los Ertalce? ¿Se les van a aplicar las nuevas medidas también a ellos? Recordad que solo cobramos un cinco por ciento de sus rentas. ¿Vamos a cambiarlo?

Argaut crispó sus facciones, como si le hubieran clavado una aguja.

—Contestarían con las armas, así que se les eximirá de cumplir las nuevas leyes. Solo a ellos. Me revuelve el estómago, pero no hay otra opción. Aún son demasiado fuertes.

—Eso indignará al resto de la nobleza —objetó Etgula.

—Deben aceptarlo. También por ello es fundamental ganar con los votos. Así suavizaremos el agravio comparativo. Pero yo os juro que algún día les cobraremos a los Ertalce todas las cuentas pendientes.

—Mientras tanto —dijo Farica, mordaz—, debemos ajustar las cuentas de la Corona, que no son pocas. Ni sencillas.

Guarner abrió la boca para responder, pero Argaut lo silenció levantando la mano.

—Ruego a todos que solo se intervenga para expresar nuevas ideas. No quiero una discusión repetitiva e interminable.

Demayara suspiró.

—Creo que no se puede exponer nada nuevo. Ahora os toca

meditar y decidir, Majestad.

Argaut hundió su mirada pensativa en el aire y permaneció silencioso durante un rato.

Dijo:

—Llevaremos adelante la propuesta del señor Rafucio Injeca y así ganaremos la votación en Cortes. De tal modo demostraremos al país entero que la Corona no es despótica y además arrebataremos apoyos a nuestros posibles enemigos. Para ello bajaremos del diez al nueve el impuesto a los nobles, con la excepción de los Ertalce, que seguirán pagando solo cinco partes de cada cien. Las Cortes no se celebrarán en la capital, sino en la ciudad de Cham, donde sé que tenemos una oposición fuerte. Así demostraremos que no le perdemos la cara a nadie. Hay que convocarlas antes del otoño. Cada uno de vosotros, miembros del Consejo Real, os reuniréis con los integrantes de vuestros respectivos consejos para hacerlo del modo más conveniente. En cuanto a los gastos, serán mínimos; deben ser unas Cortes austeras, aunque no mezquinas. Señor Farica. —El aludido lo miraba con ira impasible—. Vos os encargaréis de hacer una nueva planificación económica que asuma este ajuste y estoy seguro de que lo haréis con vuestra eficacia habitual. —El aludido apretó los labios y asintió—. Miembros del Consejo, habéis de agradecerle al secretario y tesorero sus esfuerzos. —Todos inclinaron la cabeza hacia Farica—. Y Nos, personalmente, agradecemos vuestra lealtad y buen hacer.

—Gracias, Majestad —respondió Farica, un poco ablandado—. Espero estar a la altura de este nuevo… desafío.

—Lo estaréis, sin duda. Y ahora, miembros del Consejo Real, podemos tomarnos un descanso. Mañana a la misma hora volveremos a reunirnos.

Antes del verano hubo Cortes en la populosa ciudad de Cham. Acudieron los representantes de las Casas más importantes del país y sus respectivos vasallos, los maestres de las órdenes de la Fuente, las altas jerarquías del Culto de Braladur y los procuradores de las oligarquías urbanas. Las calles de Cham se llenaron de gentes de alcurnia, de guarniciones armadas, de ricoshombres y de una muchedumbre de hidalgos, infanzones y caballeros de medio pelo que querían dejarse ver, hacer relaciones y subir de categoría. El rey llegó con una pequeña corte y algunos de sus principales consejeros. Hubo un despliegue formidable de soldadesca, sobre todo de guerreros del Ejército Real, pues Cham no era zona amiga de la Corona —aunque no

llegó a sublevarse, Dobrios Gatmona era uno de los nobles a los cuales Dogmo Eirano dirigió sus cartas de rebeldía, las mismas que Rafucio interceptó al tomar posesión del Señorío de Baunac, hacía dos años—. Gatmona fue cortés, pero frío. A duras penas podía disimular lo mucho que le disgustaba tener en su fortaleza al monarca que había sometido a varazos a los Grandes del país.

El rey presidió las Cortes. Tras serles presentados respetos y promesas de obediencia de sinceridad relativa, empezaron las quejas y las peticiones. Argaut las escuchaba y dejaba que sus escribientes tomaran nota de todas. Mientras transcurrían las sesiones y debates, en los que el rey parecía más bien árbitro y moderador, pues dejaba la defensa de sus argumentos a Brelán Etgula y Rafucio Injeca, se concretaban los diferentes bandos. Las cosas estaban peor de lo que esperaba, pues los rebeldes se habían aglutinado en un sólido partido, liderado por Debrión Deriya, señor del dominio sureño y oriental de Lirtrón y antiguo vasallo de los Tiyadara. Deriya dirigía los discursos más duros contra el rey y disputaba cada dos por tres con sus representantes. Le aplaudían y ovacionaban no solo los aristócratas, sino también ricos burgueses e incluso algunos maestres. Los Ertalce se mantenían al margen del partido rebelde, o *Partido de los Libres*, como se llamaban a sí mismos. Urguna no había enviado a las Cortes a Gotraigo Tilat ni tampoco a su hijo Rayún, sino a un pariente lejano sin mucho peso que se mantenía callado e impasible, como si a ellos las Cortes no les importaran e hicieran su voluntad al margen de todo este tinglado…, cosa que en efecto ocurría. Había muchos simpatizantes del rey, sobre todo de la burguesía ciudadana, cansada del poder de la alta nobleza, y un número sorprendente de Casas de todos los rincones del reino que deseaban orden. Pero no formaban partido alguno. Y la gran mayoría, como solía ocurrir, no mostraba simpatías hacia nadie y se mantenía a la expectativa.

Pasados diez días de reuniones el rey sacó a la luz las nuevas medidas. Mientras Guarner Injeca las iba leyendo con voz recia las gentes de alcurnia desorbitaban los ojos y murmuraban, para después exclamar e incluso gritar. Hubo muchas llamadas al orden y el tumulto cesó cuando el propio rey advirtió que llamaría a los hombres de armas para echar a los protestantes. Guarner continuó leyendo las nuevas leyes, que habrían de cumplirse en los señoríos, ciudades, tierras de la casta sacerdotal y maestrazgos en el plazo de un mes tras las Cortes:

—Quedarán suprimidos todos los malos usos sobre las clases bajas del campo y la ciudad. Los campesinos no quedarán sujetos de por vida a las parcelas de los señores y podrán abandonarlas cuando quieran. Se prohíbe el derecho de pernada o *de primera noche.* Toda violencia contra los plebeyos debe ir precedida de un proceso legal,

supervisado por un funcionario del rey. El cumplimiento de la ley no quedará solo a cargo de los señores, sino que en cada dominio habrá un justicia real que podrá vetar sus veredictos. Cualquier persona podrá apelar a la justicia regia si la del señor local no le convence. Habrá un pesquisidor que supervisará la contabilidad de los señores. Se llevará a cabo al menos una auditoría general al año en todos los dominios. Los delitos de fraude y corrupción ya no serán faltas menores, sino delitos de lesa majestad y por tanto se castigarán siempre con la muerte. Los señores no podrán crear o modificar ninguna tasa o impuesto sin permiso del rey y por tanto no se podrán establecer aduanas, pontazgos, portazgos u otras cargas sobre la circulación de bienes y personas, sin el permiso del rey. El rey arbitrará toda disputa entre nobles y ellos estarán obligados a acatar su decisión. Se prohíbe la guerra privada, pues solo el rey tiene el derecho y el deber de castigar a los malos señores. En los concejos urbanos habrá siempre un funcionario real que supervisará las reuniones y tendrá voz, voto y derecho de veto…

Había más medidas de control a la aristocracia y las oligarquías burguesas, pero aquellas eran las que más protestas generaron.

El más agresivo fue el señor Deriya, líder del Partido de los Libres. Muy acalorado, apeló a los lugares comunes del atropello a la libertad y autoridad de los señores, que con tanta lealtad habían servido a la Corona —esto casi hizo sonreír al rey—, y a quienes a cambio se les pagaba con semejante humillación. Incluso llegó a advertir que la fidelidad quedaba limitada por la justicia, más importante que ninguna ley. Sus compañeros aplaudieron y vocearon el discurso y otros, en principio neutrales, asintieron con gravedad. La mayoría de las Cortes estaba ahora a favor del Partido de los Libres. Argaut manifestó que otorgaba una demora de diez días para que todos argumentaran y deliberaran. Después habría votaciones y, aunque él tenía la última palabra, valoraría los resultados antes de tomar su decisión.

En esos diez días los enemigos del rey ya se veían con todo el poder de las Cortes en sus manos. Por los pasillos, las calles, las tabernas y los salones sonaba la misma palabra: *¡Tiranía!*, e incluso los que antes defendieran al rey se veían atraídos hacia los radicales. No ayudaba al monarca su posición intransigente, pues ni siquiera respondía a peticiones, ruegos y críticas, ni tampoco sus representantes, que se mostraban cerrados y altivos. La indignación y el enojo aumentaban aún más porque el monarca no impondría las nuevas leyes en el Señorío de Ertalce, con la excusa de los acuerdos firmados tras el fallido compromiso con la dama Eldrid. Así, el rey no solo parecía despótico sino también cobarde, pues no se metía con los fuertes. Transcurrido el plazo, Argaut se presentó en las Cortes con

gesto menos fiero y entonó un nuevo discurso. Dijo haber estado meditando sobre todo lo oído y haber comprendido que exigía demasiado a sus vasallos. Tras muchas palabras bonitas anunció que junto a las primeras medidas había incluido otra, la de bajar en un punto todas las rentas que les cobraba. Creía justo recompensar a sus servidores y pidió que aquello se tuviera en cuenta a la hora de la votación, pues, recordó, el resultado sería decisivo para aplicar o retirar *todas* las medidas.

Como había previsto Rafucio, hubo un vuelco. La mayoría empezó a echar cuentas de lo que iban a ganar con la bajada de impuestos y, como no cometían demasiados abusos en sus tierras, les salía más rentable pagar menos aunque estuvieran sometidos a un control mayor. El Partido de los Libres continuó protestando, pero ahora ya no se los escuchaba porque en la competición de cantos de sirena al final siempre gana la voz del dinero. Además, Rafucio, Etgula y los otros hombres fuertes de la diplomacia real llevaron a cabo una labor enérgica con los neutrales para tranquilizarlos respecto a sus libertades y derechos, así como para advertirles sobre la determinación del rey. Fue entonces cuando nació aquella imagen simbólica de Argaut III y sus dos manos: una abierta y generosa y otra cerrada en un puño destructor. Y que cada cual eligiese.

En las votaciones ganó la Corona, aunque no por mayoría absoluta. Los Libres se sentían furiosos porque sospechaban que todo esto no era espontáneo, sino fruto de un plan. Pero habían quedado deslegitimados por la votación y además habían perdido muchos apoyos. El señor Deriya dio un discurso final agresivo e insultante. Argaut hizo un esfuerzo para contenerse y no castigarlo, pues *sentía* que era lo políticamente correcto. Y así fue, porque Deriya, en su rabia, ofendió a los que habían votado a favor del rey con palabras tan gruesas como *esclavos* o *vendidos*. Hubo abucheos. Por el contrario, el silencio dolido del rey provocó la simpatía natural de muchas gentes. Poco importó que en el dominio de los Ertalce se mantuviera la tasa anterior. Al término de las Cortes cada uno de sus miembros se vio obligado a jurar cumplir las normas que allí se habían acordado y que habían votado la mayoría de los participantes. A los rebeldes ya no les quedaba ni siquiera el argumento de la imposición, pues si incurrían en desacato traicionarían no solo a un déspota, sino al conjunto de nobles del país. Los Libres juraron obediencia uno tras otro con voz temblorosa de ira y luego se marcharon, no sin antes advertir por última vez que todo aquello era un yerro. Empezaba a calar la idea de que el rey no solo vencía a sus enemigos en el campo de batalla, sino también en la arena política.

Una vez terminó todo, Argaut se reunió con los suyos y suspiró con alivio.

—Espero que esto nos traiga el sosiego que buscamos —dijo.

—No os engañéis, Majestad —contestó Rafucio—. Nos hemos ganado a la mayoría, pero Deriya y sus seguidores no van a respetar las leyes.

—¿Tan seguro estáis?

—Por supuesto. Los más flojos quizá desistan, pero los obstinados acabarán por rebelarse. Se han enriquecido demasiado y están podridos de poder. No van a tolerar de buen grado que alguien les arrebate los privilegios. Pero tampoco son necios y se asegurarán antes de dar el siguiente golpe.

Argaut miró a Etgula y a su tío:

—Y vos, señores, ¿qué opináis?

—Sea en medio año, un año o dos, al final habrá guerra —dictaminó Guarner.

—Durante algún tiempo se reunirán a escondidas para hacer sus planes —repuso Etgula—. Intentarán convencer a los dubitativos, malmeterán contra estas leyes, apelarán a todo tipo de razones y cuando crean que ha llegado el momento se alzarán en armas para forzarnos a retirar lo dispuesto en estas Cortes.

—Entonces no me conocen, porque antes voy a reposar en féretro que quitar un solo punto de esos párrafos. No quiero cuitas y bien sabe Braladur que las batallas harán daño a nuestras arcas, pero si persisten en su empeño habrá lucha. —Miró a su tío—. Cuando volvamos a Longaza os ocuparéis junto al general Etacta de afilar aún más el ejército. Me expondréis de inmediato ese proyecto de repartirlo en fortalezas por todo el país. Y en cuanto a los diplomáticos, quiero que todos vigilen los movimientos del enemigo y que no perdamos ni un solo aliado por culpa de sus intrigas. Si ellos tienen un pico de oro el nuestro ha de ser de diamante. ¿Lo habéis entendido?

—Por supuesto, Majestad.

—Hay otra cosa: debéis ser pacientes con el señor Farica. Soportad sus reproches con buena cara y esforzaos por alabarle en todo momento. Está sudando sangre para hacer cuadrar las cuentas en estos tiempos difíciles. Esto lo digo sobre todo por vos, Rafucio, que tenéis lengua presta para el zumbido y la ironía.

—Prometo tratar con respeto al tesorero, Majestad.

—Volvamos a Longaza. Aún queda mucho por hacer. Siempre queda mucho por hacer.

25

Argaut acarició la mejilla y deslizó el dedo por el mentón, la barbilla y la garganta delgada y cálida. Ella sonrió, tomó su mano y la besó, sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Verte es un placer no solo para mis ojos, sino sobre todo para mi corazón —dijo Argaut, y ella sonrió con aquel deje travieso que tanto le gustaba, aquel matiz de niña que se mezclaba sin torpeza con sus honduras de mujer.

—No sabéis lo feliz que me hacéis cada vez que venís a mi casa, que es la vuestra, Majestad.

El rey dejó su caballo al mozo. Detrás estaban los guardias reales que lo acompañaban siempre. La dama Queila Nicario se recortaba contra un macizo de flores y durante unos latidos Argaut se preguntó si aquel fondo hermoso era algo casual o parte de una táctica de seducción. Esto último ya no era necesario porque ella le gustaba tanto que no necesitaba artificios de romance. De cualquier modo, estas dudas pertenecían a una etapa anterior. Ahora ya ni siquiera le importaban.

—Por favor, Queila, deja las formalidades.

Ella echó una mirada al criado, que se marchó. Sus ojos brillaron un poco menos que su sonrisa.

—Me alegro mucho de verte. Vamos dentro.

—Sí, vamos, porque me dan ganas de tomarte en mis brazos aquí mismo. Pero no creo que fuera apropiado, ¿verdad?

Ella rio divertida y enlazó un brazo en el de él, pegándose hasta acercar los labios a sus oídos.

—¿Quieres tomar un refrigerio antes de que vayamos a la alcoba?

—¿Acaso piensas que quiero comida o bebida? Solo quiero devorarte a ti.

Ella sonrió y le dio un beso muy dulce.

Hubo pasión carnal, y risas, y conversación amistosa y entretenida, y buenos y divertidos momentos, y paseos en los cuales Argaut podía relajarse y olvidar la carga sobre sus hombros. Vibriosa, la villa de la dama Queila Nicario, a menos de dos horas de Longaza, tenía su propio bosque, una pradera de hierba fresca y esmeraldina y unos jardines cuidados con tanto esmero que eran una delicia para el visitante. En cuanto a la compañía, Argaut no podía desear nada mejor.

Se deslizaba en la moldura de Queila como la pieza idónea. Ella era elegante sin pretenderlo, habilidad rara tanto en hombres como en mujeres, y a él le gustaba su cuerpo y su forma de comportarse. A veces pensaba que le gustaba demasiado porque alguien como él no podía depender emocionalmente de nadie. Pero eso fue otra etapa que quedó atrás en algún momento de la relación, que ya duraba cinco meses. Y de un modo sutil supo que ella pasó por el mismo miedo, acrecentado por la posición de poder supremo de su amante y por el hecho de saber que nunca podría exigirle otra cosa que aquellas visitas, dos o tres veces por semana, aunque más frecuentes cuando los asuntos de Estado se lo permitían. Argaut, que era poco sensual por naturaleza y prefería los placeres intelectuales de la lectura y la entrega al trabajo diario, había descubierto en esta mujer una pasión que casi excedía a su otra pasión, la gobernanza del país. Había tenido otras amantes antes que ella, pero nunca halló magia, sino solo alivio físico y una cómoda simpatía. No escaseaban las jóvenes que buscaban al rey como gatas en celo. En el fondo siempre era lo mismo: ellas lo rondaban por su posición, algunas casi obligadas por sus padres y otras movidas por la lujuria del poder, más fuerte en algunas mujeres que el deseo sexual. No era ingenuo y sabía lo que veían en él, y como no era enamoradizo se cobraba su parte y no se involucraba. Y si no había cortesanas a la vista el depravado de Rafucio le traía villanas alegres. Su primo sostenía que excepto su madre toda mujer era zorra y mil veces zorra, aunque ni ella misma lo sospechara, y que si el macho ganaba reinos por las malas la hembra ganaba imperios por las buenas. Rafucio era a la vez un sátiro que le arrastraba al vicio y un hermano vigilante.

El primer sorprendido en cuanto a Queila fue Argaut. De algún modo se deslizaba cuando estaba con ella, caía por una cuesta resbaladiza y eso, lejos de preocuparle, le agradaba; en realidad, le preocupaba que no le preocupase. Rafucio empezó a inquietarse de veras al saber que Argaut no veía a ninguna otra mujer.

—Eso es grave —le dijo entonces—. Majestad… Argaut… Esa sonrisa boba que apenas puedes disimular… Ese aire distraído… —Negó con disgusto—. ¡Estás enamorado!

Argaut soltó una carcajada.

—¿Pero qué tonterías dices? Dedícate a la diplomacia y déjate de tanto romance.

—Ay, ay, ay… Ya verás, Argaut, tú te estás buscando la ruina. Deberías desposarte de una vez por todas y luego serle infiel a tu esposa con un buen puñado de hermosas furcias, como debe hacer todo monarca honrado, y no prendarte de una sola mujer. En algunos lugares te llaman *El Rey Solitario*. Al pueblo le gustan las bodas regias.

—Lo que el pueblo quiere es que no falten el pan en la mesa ni la

seguridad en el camino, y lo demás son tonterías. Y por cierto, yerras al decir que estoy enamorado de la señora Nicario. Me place su compañía, pero de ahí no pasa. Conozco mis límites.

No atendió a la respuesta burlona de su primo, pues ya estaba pensando en la próxima visita a Vibriosa.

Mientras la observaba hablar, o reír, o guardar un silencio pensativo, se preguntaba si de verdad estaba enamorado de ella. ¿Estaban equivocados los cantores? ¿Era el amor no un desenfreno, sino esta dicha cómoda y serena que no necesitaba declaraciones apasionadas ni ayuntamientos volcánicos? Al fin y al cabo, ¿qué sabía de ella? Queila tenía tres años más que él y era viuda. Rafucio la llamaba irónicamente *la Viudita*, pero no era de ese tipo de mujeres que mata el aburrimiento a fuerza de amantes. Desde el principio supo que ella se tomaba estas cosas con cierta seriedad. La familia Nicario provenía de Bratmur y sus raíces se perdían en el oeste, en el Terem. Todos los Nicario, Queila incluida, se enorgullecían de su ascendencia occidental y sus casas y villas tenían la elegancia de la civilización teremia, con sus columnas, sus estatuas de hombres y mujeres desnudos, sus atrios abiertos al cielo e incluso sus termas, cosa rara en Escaldrai, pero común en el Terem. La Casa Nicario pertenecía a la baja nobleza, pero se había enriquecido gracias a sus negocios de paños y telas, que vendían tanto en Bratmur como en Brajairi. De hecho, vivían a caballo entre los dos países. Queila se casó con un Alois para enlazar a los Nicario con la alta nobleza brajairia, pero aquel matrimonio fue aciago, ya que ella sufrió un aborto natural el primer año y su esposo murió al siguiente por culpa de unas fiebres. A pesar de las presiones familiares la joven viuda se negó a tomar otro esposo; la ley brajairia permitía a las mujeres tener patrimonio y rentas propias y por ello, gracias a la participación en el negocio familiar y a la herencia de su marido, ella gozaba de independencia económica. Además, no era mala empresaria y había creado su propia manufactura de tejidos en Longaza. No se le conocían apenas amantes, no daba escándalos y rechazaba a los pretendientes con amabilidad y firmeza. Se rodeaba de artistas a los que patrocinaba y era más amiga de aquellos simposios intelectuales del oeste que de los banquetes vocingleros escaldraios. Frecuentaba poco la corte, pero en una de esas visitas fue presentada al rey. Los dos congeniaron enseguida y en la primera visita que Argaut le hizo terminaron encamados. Ella nunca le había negado su cuerpo, pero tampoco le pidió nada a cambio; incluso rehusó aceptar un título que engrandecería aún más su linaje y su patrimonio.

—No quiero eso —le dijo—. Quiero al hombre, no al rey.

Argaut se sintió sorprendido y al principio enojado por el desplante, pero al final lo aceptó y la imagen que de ella tenía creció

en su mente y en su pecho. Con Queila se sentía libre para hablar de todo, incluso de lo que no le revelaría jamás a nadie.

—Tengo miedo —le dijo en una ocasión, cuando los dos estaban en la cama, abrazados después del ayuntamiento, con el peso y el calor de la cabeza de ella sobre su hombro.

—Todos tenemos miedo de algo —repuso Queila—. Pero tú… No puedo imaginar a qué le tiene miedo Argaut III el Fuerte.

Argaut sonrió, pero la seriedad volvió poco a poco a sus ojos. Ella se dio cuenta y lo miró mientras él observaba las estrellas, atrapadas en el rectángulo de la ventana.

—También se me conoce de otras maneras. Algunos me llaman el Cruel, el Asesino, el Rey Ladrón… Argaut III el Tirano.

—No hagas caso de las hablillas de los envidiosos.

—No es solo envidia, sino rabia. Nunca me perdonarán lo que les hice y los tendré siempre a mi espalda, prestos para destruirme a la menor ocasión. La derrota es dura, pero también lo es la victoria, porque te das cuenta de que la lucha no terminará jamás. Debajo de la superficie tranquila bucean los demonios. Y sin embargo, yo solo quiero un reino próspero y justo. ¿Estaré equivocado? ¿Debería actuar de otro modo y no ser tan brutal? Vivo en la incertidumbre y no puedo permitir que nadie llegue siquiera a imaginar lo que llevo dentro. Solo tú lo ves. —Le dio un beso en la frente—. Solo tú.

Ella sonrió y se deslizó sobre él para que el siguiente beso fuera en la boca. Le contestó no con palabras, sino con su cuerpo enardecido, húmedo, acogedor, vibrante y cómplice. Y cuando todo hubo acabado, cuando pasaron el goce y el sueño y llegó el alba, Argaut abrió los ojos y la encontró despierta, medio tumbada sobre las sábanas, con la cabeza apoyada en una mano, mirándolo con una seriedad que le extrañó.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Que al fin he tenido el valor de aceptar aquello contra lo que tanto he luchado —dijo ella—. Te quiero.

Los dos quedaron inmóviles durante mucho tiempo y al final sonrieron con una diversión casi infantil, tan absurda que al final rompieron a reír. La besó en la boca y dijo:

—Voy a casarme contigo, Queila. Tú debes ser mi compañera. La reina.

Un relámpago de terror y tristeza cruzó por los ojos de la dama y le puso los dedos en los labios para callarle.

—No, Argaut. No lo estropees. No digas nada de lo que luego te arrepientas.

Él apartó su mano.

—¿Acaso dudas de mí?

—Precisamente porque no tengo dudas te pido que no hagas

promesas que no puedas mantener. Ahora sé en qué terreno me muevo y no quiero hundirme en esperanzas inútiles. Sería demasiado doloroso. No sigas por ahí, te lo ruego.

—Entonces, ¿qué tenemos tú y yo?

—Tenemos el presente. Solo el presente, hasta que el futuro lo barra. Debemos disfrutarlo con intensidad, latido a latido, porque es vulnerable. Y por eso mismo, tan precioso.

Cuando todo acabó, le dio la espalda y se levantó para vestirse. Argaut quedó en la cama, sentado. Quiso contradecir de nuevo a Queila y decirle que la haría su esposa, pero algo profundo se lo impedía, algo que odiaba y de lo que no podía escapar. Ella se ponía sus ropas con una tranquilidad devastadora.

—Debemos asearnos y tomar la primera comida —le dijo, sin mirarlo—. Hay que aprovechar este día radiante de otoño, cuando todavía no han caído las heladas. He hecho venir de Longaza a unos músicos muy buenos y será maravilloso escucharlos en el jardín, bajo este sol dorado.

Se volvió hacia él, le sonrió y le tendió la mano. Argaut la tomó.

Una hora después los dos estaban en el jardín de la casona, sentados y cogidos de la mano mientras disfrutaban de unas trovas de amor cortés que un cantor les regalaba, acompañado de dos músicos que tocaban la flauta y el rabel:

…Ay, señora de mis pasiones,
Pues no hay puñal tan filoso
Ni manjar tan dulce y sabroso
Como el acero y la fruta de los amores.

Bella dama, venid con premura
a calmar a este siervo vuestro
que tiene hendido el corazón bermejo
por amor sin coto ni mesura…

Argaut y Queila sonreían con deleite, hechizados por la música. Al rey nunca le habían atraído las baladas de amor y se preguntó qué hubiera dicho su duro maestro de Gunabar, Telios Carán, si lo viese ahora ensimismado en una en lugar de emplear el tiempo en el estudio de *las cosas serias*. Sin embargo, Argaut estaba empezando a disfrutar también de estas frivolidades y cada vez les cogía más el gusto. Se le torció la dicha al recordar que su maestro de artes y ciencias ya no estaba en Dirtán. Cuando terminó la guerra contra los Tiyadara Argaut envió misivas a Gunabar pidiéndole que viniera a la corte, pues como

hombre libre no estaba sujeto a servidumbre alguna hacia los Ertalce. Argaut ya se relamía pensando en las discusiones filosóficas y las partidas de ajedrez, pero la vida, o mejor dicho la muerte, truncó sus esperanzas: Carán había fallecido por culpa de un enfriamiento invernal que derivó en un mal de los pulmones y unas fiebres que acabaron por llevárselo de este mundo. Argaut siempre lo imaginó tan serio como indestructible, pero Carán era un hombre muy mayor y la muerte por culpa de infecciones, epidemias, enfermedades o trastornos que se complicaban no era extraña en un mundo donde la ciencia médica aún daba sus primeros pasos. Al rey le dolió mucho esta pérdida. Pensó que aquel ateo irreductible y un tanto fanático, pero brillante de todas maneras, habría conocido al fin la respuesta al misterio más importante, la misma respuesta que todos, tarde o temprano, acabarían por conocer.

Los músicos siguieron ejecutando su arte. Argaut y Queila intercambiaron miradas brillantes, hechizados por la música, las flores y el amor. Él se preguntó cuánto duraría esta felicidad y deseó congelar el momento para que nunca terminase.

La música se detuvo cuando en el jardín entró un sirviente acompañado de un hombre de uniforme, sudoroso y polvoriento. El soldado se inclinó ante el rey y dijo:

—Majestad, el mayordomo real pide que os presentéis en la corte lo antes posible. Hay asuntos de extrema gravedad que debéis conocer.

Argaut intercambió una mirada de preocupación con Queila.

—He de irme.

Se dieron un beso de despedida, luego Argaut se marchó con el mensajero y ella quedó inmóvil en el jardín florido, en un silencio solo roto por los chirridos de los pájaros.

26

Argaut encontró reunidos a los miembros del Consejo Real: Demayara, Guarner, Rafucio, Etacta, Etgula y Farica. La mirada de Argaut se tornó aún más lúgubre al ver un mapa del país extendido sobre la mesa.

—¿Y bien? —preguntó.

—Majestad —dijo Guarner—, se trata de una nueva rebelión de nobles.

Argaut sonrió con acritud.

—Al menos nos han dado tres años de tregua desde las Cortes de Cham.

—Tres años durante los cuales esos felones no han permanecido ociosos, como ya sospechábamos y ahora sabemos. Se dedicaron a intrigar, sembrar cizaña y buscar aliados.

—Tarde o temprano debía ocurrir —contestó el rey, mientras tomaba asiento—. Informadme.

Guarner se levantó y puso el dedo en el mapa.

—Ha empezado aquí, en el este.

—El señor Deriya —dijo el rey—. Parece lógico porque es el líder de ese partido que se nos opuso en las Cortes de Cham.

—En efecto. Debrión Deriya en Lirtrón y sus vasallos Argaut Socuella y Garzur Aronja en las cercanas fortalezas menores de Amula y Telabara. Ellos también estaban en ese pomposo Partido de los Libres.

—Ajá. ¿Y cómo se han rebelado? ¿Qué quieren?

—Se niegan a pagar el tributo a la Corona y para demostrarlo… —Guarner respiró fuerte—. Han hecho ejecutar a nuestros recaudadores y luego nos han enviado mensajeros para darnos a conocer sus exigencias.

Argaut quedó congelado. En el silencio, Farica dio un puñetazo en la mesa.

—¡Bárbaros! ¡Esos hombres no tenían culpa de nada! ¿Por qué tuvieron que matarlos? ¿Por qué no se limitaron a enviarlos de vuelta?

—Porque quieren hacernos perder la calma —contestó Argaut—. Por tanto, no les daremos ese placer. Señor Guarner, ¿cuáles son las peticiones de los rebeldes?

—No peticiones, sino *exigencias*. Dicen que los impuestos en sus señoríos son injustos porque no son iguales en todo el país. Quieren

que del nueve por ciento se baje al cinco, como en el dominio Ertalce. Y no solo eso. Pretenden una revisión de todas las nuevas leyes de las Cortes de Cham con la excusa de que ahogan y asfixian a los señores.

—Los mismos señores que juraron cumplirlas —intervino Etgula—. Es una felonía.

—Nada nuevo —dijo Rafucio, con su sonrisa irónica.

—Estimados miembros del Consejo —dijo Argaut—, ¿qué creéis que debemos hacer?

Guarner fue el primero en hablar:

—Majestad, han escogido el momento del cobro en muchos señoríos del país; la noticia debe correr por todos los caminos de Brajairi y otros tal vez sientan la tentación de hacer lo mismo en sus propios feudos. Si no respondemos con rapidez y contundencia puede haber más rebeliones. Hay que aplastar a Deriya y sus secuaces.

—¿Vos, general Etacta, pensáis lo mismo?

—El Ejército Real está repartido por todo el país: Estel en el sur, Talusc y Gocha en el este, Baunac en el oeste y Longaza en el centro. Tenemos un amplio radio de acción para controlarlo todo… Salvo el dominio Ertalce, claro. Podemos enviar dos columnas desde Talusc y Gocha contra los rebeldes. Además, tenemos el apoyo del Alba Dorada. Si somos rápidos y contundentes en dos semanas podríamos acabar con la revuelta.

Argaut asintió, pensativo. Se volvió hacia su tía.

—¿Qué opináis vos?

—Que deberíamos agotar el diálogo antes de utilizar las armas.

—¿Diálogo? —casi rugió Guarner—. ¿Diálogo con los que han asesinado a los servidores del rey?

Argaut levantó la mano.

—Por favor, dejad hablar a Su Alteza.

—Gracias, Majestad. Soy consciente de lo que han hecho, pero también lo soy de que debemos evitar la guerra a menos que sea imprescindible. Enviémosles un ultimátum y pidámosles un culpable, algún chivo expiatorio para que el asesinato de los funcionarios no quede impune. Si aun así no entran en razones yo seré la primera en defender que se les ataque con la mayor contundencia, pero tal vez haya sido un calentón y en una o dos semanas se les pase.

—¡No ha sido un calentón! —repuso Guarner—. ¡Aquí no hay nada al azar! El otoño está avanzado y pronto caerá el invierno, los caminos quedarán helados y hará tanto frío que el ejército no podrá mantener el asedio de los bastiones rebeldes. Ellos lo saben y por eso no han hecho esto en la primavera o el verano. No podemos perder ni un día porque entonces habremos de esperar al año próximo, se nos tomará por débiles y se extenderá la insumisión por todo el país.

—Solo tenemos cuatro o cinco semanas —dijo Etacta—. O se hace

todo de inmediato o no se hace nada hasta la primavera.

—Entiendo —dijo Argaut—. ¿Y qué pensáis vos, señor Farica?

El tesorero real tenía el semblante dolorido.

—Que toda guerra es desastrosa para las arcas. En estos años de paz casi habíamos solventado las deudas de la Corona.

—Habéis superado los objetivos y las previsiones —dijo Argaut—. Una labor magnífica.

—Gracias, Majestad, pero esta lucha volvería a arrojarnos al foso de los préstamos.

—¿Obtendríamos los fondos necesarios?

—Sí —respondió Farica, a regañadientes.

—Toda demostración de fuerza predispone a los avalistas a nuestro favor —dijo Argaut—. Nadie deja sus dineros a un Estado débil.

—Cierto, Majestad, pero lo mejor sería evitar el gasto. —Farica miró a Demayara—. Apoyo la proposición de Su Alteza. Quizás una última advertencia evite males mayores, y si no lo consigue apoyaré la respuesta militar, cueste lo que cueste.

—Bien. ¿Señor Etgula?

—Estoy con el señor Guarner y con el general Etacta. Al asesinar a los recaudadores los rebeldes nos han puesto contra la pared. Soy amigo del pacto y el acuerdo, pero la diplomacia tiene sus propios límites.

El rey miró a su primo y le invitó con la cabeza a hablar.

—Aquí hay más de lo que parece —dijo Rafucio—. Creo que vamos a meter el cucharón no en un sopicaldo, sino en una olla podrida muy caliente y salpimentada. Se nos puede atragantar.

Demayara suspiró.

—Haced el favor de abandonar las metáforas culinarias e id al grano.

—Nuestros enemigos no han mostrado todas sus cartas; se guardan los triunfos. ¿Por qué han esperado tres años para rebelarse? ¿Y por qué solo lo hace Deriya, sabiendo que podemos aplastarlo en cuatro semanas? Es traidor, pero no tonto. En poco tiempo aparecerán nuevos brotes rebeldes.

—¿Pensáis que se trata de algo grande? —preguntó Argaut.

—Sí. El Partido de los Libres tiene sus miembros repartidos por el sur, el este y el oeste, así que en el mejor de los casos los mudos esperarán a ver qué hacemos con Deriya y sus sicarios. Y en el peor, ya estarán preparando sus propios alzamientos.

—Razón de más para imponer el orden cuanto antes —respondió Etacta—. Si me lo permitís, Majestad, yo mismo lideraré la hueste que castigará a los traidores. Están en inferioridad numérica y no tienen magos, mientras que nosotros podemos llevar caballeros del Alba Dorada. Sus castillos caerán en pocos días.

Argaut guardó silencio durante muchos latidos. Dijo:

—Debemos atajar el problema, así que en efecto os encargaréis de preparar la mesnada. Tiene que hacerse rápido. Os acompañaré. Brajairi entero debe saber que el rey se enfrenta en persona a quienes le desobedecen.

—Con todos mis respetos, Majestad, eso sería una locura. —Todos miraron a Rafucio—. Sigo pensando que aquí hay más de lo que vemos. Lo que más desean es que vos vayáis al este. Todo esto un cebo para atraparos.

—¿Cómo podéis estar tan seguro? —preguntó el general Etacta.

—Lo siento en los huesos. —Rafucio clavó sus ojos en el rey—. No vayáis, Majestad.

Argaut le sostuvo la mirada y le sorprendió que su primo no la apartara. Fue él quien la desvió.

—Está bien. Me duele no encargarme de esto en persona, pero me habéis metido la duda en el cuerpo. Tal vez en este arcón haya un gato encerrado. Vos, general Etacta, dirigiréis el ataque contra los rebeldes. Quiero ver sus fortalezas expugnadas, sus huestes rendidas y a los cabecillas de camino a la corte para ser ahorcados, aunque si mueren durante la lucha tampoco me disgustaré. No obstante, se respetará a la población civil. No perdonaréis ni un solo desmán de vuestros hombres contra las gentes pacíficas, ¿entendido?

—Por supuesto, Majestad.

—Ocurra lo que ocurra en el este se enviarán mensajeros a Bosco, Baunac y Estel para que las tropas acantonadas estén preparadas para sofocar cualquier otra revuelta. Y se enviarán advertencias rigurosas a las principales Casas del país para que no se hagan ideas raras sobre lo de Lirtrón. Vos, señor Etgula, os ocuparéis de redactarlas para que el mensaje sea firme, pero no ofensivo.

—Como ordenéis, Majestad.

—En cuanto a los mensajeros que nos han enviado los rebeldes —intervino Rafucio—, ¿qué haremos con ellos?

El rey lo miró con el ceño fruncido.

—Hablad claro.

—No estaría de más interrogarles sobre nuestros adversarios. Bajo tormento podríamos sacarles mucha información.

—No torturaré a los embajadores. Se les dejará ir.

—Los rebeldes no respetaron a vuestros recaudadores —recordó Rafucio.

—Yo no me comporto como un malnacido.

—Como deseéis, Majestad.

—Por otro lado, poco obtendríamos en un interrogatorio —dijo Etgula—. Esos hombres no son nobles ni capitanes, sino jinetes de la soldadesca, así que desconocerán los planes de sus señores. Deriya no

es tonto.

—Y aunque lo supieran habría que tratarlos como es debido —afirmó el rey—. Les dejaré volver con los suyos, pero sin ninguna respuesta por nuestra parte; les diremos que aún estamos meditándolo y que les mandaremos la decisión en una semana. Nosotros ya estaremos en movimiento, pero ellos no han de saberlo hasta que nos tengan encima.

—Bien pensado, Majestad —dijo Rafucio—. Al menos, no les pondremos las cosas fáciles en esta revuelta general del país.

—Ojalá vuestras sospechas anden erradas —dijo Argaut.

—Ojalá, Majestad. Ojalá.

27

El invierno se negaba a quedarse en su útero otoñal y ya asomaba su rostro espectral y huesudo. Aún no lloraba sus lágrimas de granizo ni arrojaba sus esputos de nieve, pero daba manotazos y soplaba, levantaba rachas de un viento cortante que se metía bajo las capas, los chalecos, los jubones, los embozos, las bragas y los pañuelos, un aire gélido que hendía la carne y helaba la boca y la nariz, un aire tan frío y seco que incluso escocía en los ojos, los humedecía y convertía a hombres hechos y derechos en plañideras con rostro de granito.

—Mal tiempo tenemos —dijo Videmar Etacta, en aquel campamento de casi cuatro mil quinientas lanzas.

—Y va a empeorar, señor —respondió Olivenzo Chachucho, el general del Ejército Real de la demarcación suroriental, con centro en Talusc—. Solo espero que podamos tomar Lirtrón antes de que caigan las nieves.

Etacta miró hacia arriba y halló un cielo despejado. Pero el sol no lograba ahuyentar el frío.

—Tendremos helada, aunque sin nieve. Tomaremos Lirtrón en dos o tres días porque ellos no tienen magos. Se rendirán.

—¿De veras creéis que se rendirán? —preguntó Chachucho.

—Han de hacerlo.

—Toda esta campaña parece absurda, señor. No hemos hallado resistencia desde que salimos de Talusc y no ha habido ni siquiera una puñetera escaramuza de exploradores. Es como si se hubieran evaporado.

—Están ahí dentro —dijo Etacta, y señaló la fortaleza.

—Eso debe ser. —Chachucho sonrió de lado, carraspeó y soltó una flema—. Como ratas acorraladas.

Etacta miró a su lugarteniente.

—¿Alguna vez habéis visto a una rata amenazada por hombres o por perros?

—La verdad es que no.

—Yo vi una de tal guisa cuando era un mozo. Unos zagales y yo la acorralamos contra una pared para matarla a palos. Pensábamos que sería un juego divertido. La bestezuela se alzó de manos, nos miró con sus ojos sangrientos y mostró unos dientes curvos y filosos, espeluznantes… Lanzó un chillido agudo, un ruido silbante que jamás podré olvidar; incluso hoy, al recordarlo, se me pone la carne de

gallina. Aquello ya no parecía tan divertido, pero ninguno de nosotros iba a reconocer que le tenía miedo a una rata, así que continuamos acercándonos al animal. El bicho se revolvía hacia un lado y otro sin poder huir, hacía latiguear su cola, se levantaba como un hombrecito peludo y nos chillaba. Había un chico muy valiente, ya ni recuerdo su nombre, un niño de nuestra pandilla que siempre era el primero para las travesuras… Esta vez no fue la excepción, así que se acercó a la rata dando palos, con más miedo que otra cosa, y el bicho… Se le enroscó en la pierna y no se limitó a morderla, no, sino que la royó y desgarró hasta el hueso. Aquel niño aullaba y saltaba y daba patadas, pero la rata no se despegaba de él. Los demás estábamos helados de horror. El animal lo abandonó, tal vez porque él le diese un palo o porque se hartó de roerle la carne, así que huyó como un relámpago y desapareció en las sombras. El chico se agarraba la pierna ensangrentada, de la que colgaban jirones de pellejo. No dejaba de maldecir a la rata y jurar que algún día se vengaría de ella. Se vendó con unos trapos y al cabo de una hora todos estábamos riéndonos y haciendo chiquilladas.

Guardó silencio durante muchos latidos.

—¿Y qué pasó con la rata? —preguntó Chachucho—. ¿Vuestro amigo la encontró y se vengó?

—No. Esa misma noche la herida se le infectó y a la mañana siguiente tenía la pierna hinchada y oscura. Tuvieron que amputársela.

Los dos callaron. Etacta se volvió hacia Chachucho con una sonrisa siniestra.

—Nunca subestiméis a un animal acorralado.

Continuaron observando la fortaleza de Lirtrón: enorme, cuadrada, ominosa.

Esa misma tarde llegó el embajador con la respuesta de los castellanos. A pesar de que se le prometía respetar su vida si demostraba auténtico propósito de enmienda en el servicio al rey, Deriya no solo se negó a rendir la plaza, sino que persistió en la exigencia de anular las leyes aprobadas en las Cortes de Cham y además tildó al rey de *tirano y déspota*. A la felonía, pues, se añadía el insulto. Acto seguido echó al embajador con cajas destempladas.

Esa misma noche el Estado Mayor de Videmar Etacta dispuso que el ataque tendría lugar al día siguiente, poco después del amanecer.

—¡Caballeros de la gloriosa Orden del Alba Dorada! —bramó Esar Papete, el capitán de los magos—. ¡Atacad!

Sus doscientos magos ya habían entrado en trance y habían cruzado el umbral luminoso que llevaba a la Fuente, ese lugar místico, o quizás estado de la mente, del que brotaban las energías que ellos iban a utilizar. Tenían los dos brazos estirados y apuntaban hacia el portón de madera y tachas, al otro lado del foso lleno de zarzas y estacas puntiagudas. En lo alto de las murallas los defensores contemplaban al ejército invasor y algunos disparaban sus flechas, que impactaban en los escudos que los peones alzaban sobre los magos. El vello se puso de punta, sonó un crujido tenue que devino un fragor de truenos, el aire brilló en torno a los dedos como un sudor de centellas y de las palmas emergieron relámpagos cegadores. Las planchas y las tachas saltaron en pedazos y hubo rosas de fuego y cascadas de chispas. Incluso el enladrillado cercano a la puerta se deshizo en cascotes y nubes de polvo.

—¡Que cese el ataque! —gritó Papete.

Los caballeros de la orden bajaron los brazos. Jadeaban y estaban bañados en un sudor que ya empezaba a helarse. Los castellanos no tenían hechiceros que levantaran defensas mágicas, así que donde hubiera una puerta solo quedaba un boquete negruzco y humeante.

El general Chachucho se acercó a Papete.

—Habéis hecho bien vuestra labor. Ahora nos toca a nosotros. Podéis acompañarnos, pero no tenéis por qué luchar.

—No nos quedaremos de brazos cruzados en la batalla —respondió Papete—. Mis hombres no son pajes ni escuderos.

—Como queráis. —Chachucho levantó la espada—. ¡Adelante, guerreros del Ejército Real de Brajairi! ¡Atacad! ¡Por el rey!

La masa de infantería avanzó con una grita poderosa. De poco servía allí la caballería, así que todos marchaban a pie, sin prisa ni pausa, en formación cerrada, con los escudos sobre la cabeza. Una veintena de hombres se destacaron del resto; llevaban una plancha de madera que serviría de puente improvisado y parecían hormigas transportando una hoja. Seguían cayendo las flechas desde las aspilleras y las almenas. Chachucho caminaba como uno más, llevando alto el escudo, donde alguna que otra flecha golpeaba de refilón y rebotaba, o bien se hundía en el bronce e incluso en el alma de madera.

—¡Señor Chachucho, permitid a mis hombres limpiar las alturas! —gritó Papete.

—¡Os lo agradeceremos!

Papete dio las órdenes precisas y veinte magos lanzaron sus

relámpagos e hicieron volar en pedazos no solo las almenas, sino también a unos pocos defensores, convertidos en muñecos abrasados. El resto huyeron de los caminos de ronda. Ahora el Ejército Real tenía el paso libre y los hombres aullaban su alegría de conquistadores. Chachucho no dejaba de echar miradas hacia lo alto en busca de bandera blanca, pero nadie anunciaba la rendición. Acabarían por claudicar, pero, al parecer, antes los invasores deberían llevar a cabo no una lucha, sino una carnicería.

Las gentes del rey pusieron la plancha sobre el foso, lo cruzaron y penetraron por el hueco humeante, tosiendo y dándose ánimos, apuntando las lanzas hacia lo desconocido. Caminaban sobre una masa de cascotes y escoria carbonizada. Las cadenas del puente levadizo colgaban, retorcidas y aún calientes. La reja estaba echada, pero los magos la redujeron a un puñado de hierros fundidos. No había nadie en los pasillos del cuerpo de guardia, salvo dos guerreros medio abrasados; uno aún temblaba y alguien lo remató por compasión. La turba emergió al patio de armas desierto. El castillo tenía una segunda muralla interior que a su vez protegía los edificios principales y la torre del homenaje. Chachucho supuso que allí estarían Deriya y sus gentes. Eso solo retrasaría la conquista. Esperaba que Deriya entrara pronto en razones porque no le gustaba la idea de pelear en las escaleras y los pasillos.

Su tropa se extendía sobre el patio de armas. Allí no había nadie, pero sonaban gritos lejanos y había hombres sobre la muralla interior, como muñequitos frenéticos.

—¡Papete! —llamó Chachucho—. No ataquéis aún el portón de la segunda muralla; antes enviaré soldados a inspeccionar los barracones de la guardia y las caballerizas. No quiero dejar enemigos a nuestra espalda cuando entremos en el recinto interior.

—Es una medida prudente. Algunos de mis hombres acompañarán a los vuestros.

—Bien.

Chachucho y sus mandos empezaron a hacer grupos, pero de pronto el portón de la muralla interior se abrió de par en par.

—¿Qué ocurre? ¿Es que van a hacer una salida desesperada?

—¡Esperad! —gritó Papete—. ¡No avancéis! ¡Hay magia en el aire! ¡Puedo sentirla!

—¿Magia? —preguntó Chachucho.

El primer chorro ígneo fundió los anillos de las cotas y convirtió los cuerpos en un amasijo de carne y hueso abrasados. Por el umbral emergieron magos con espadas encendidas. Les flanqueaban otros compañeros que a su vez continuaban arrojando sus llamas. Las gentes del rey aullaban y corrían para escapar del fuego.

—¡Levantad defensas, por todos los dioses! —gritó Papete.

Sus gentes se agruparon, alzaron muros invisibles y las llamas chocaron y resbalaron sobre ellos. Pero los soldados del rey en estampida les estorbaban y tenían que abrirse paso por entre una muchedumbre de cuerpos que gritaban y huían, algunos convertidos en teas aullantes. Venían más magos, procedentes de puertas secundarias de la muralla interior, con pendones exóticos. En casi todos se repetía el mismo dibujo.

—¡Es el Dios Caballo! —gritó Papete—. ¡Son irlúes! ¡Extranjeros!

Pero también estos magos usaban la Fuente, aunque preferían el fuego al relámpago. El patio de armas se convirtió en un caos de llamas y escudos esféricos azules y translúcidos. Los hombres del Ejército Real retrocedieron, pero los caballeros del Alba Dorada avanzaron porque aquello se había convertido en una batalla de hechiceros; no obstante, los caballeros de la Fuente brajairios no podían contraatacar a gusto porque debían defender a toda la soldadesca que los acompañaba.

—¡Idos de aquí! —ordenó Papete a Chachucho—. ¡Llevaos lejos a vuestros hombres! ¡Nos estorban para luchar contra los irlúes!

Chachucho miró a un lado y otro; podía dar la orden de irse del castillo o bien penetrar aún más en él y dejar que los magos brajairios se encargaran de los irlúes.

Antes de poder decidir nada se oyó el tronar de caballos: no solo por la puerta principal de la muralla interior, sino por las secundarias, no demasiado lejanas, emergía una turba de jinetes que se extendía con rapidez por el patio. Era caballería ligera irlú, pero se bastaba y sobraba para deshacer a la muchedumbre de infantería, que no había tenido tiempo siquiera de formar cuadros. Chachucho miró hacia arriba y vio soldados corriendo por los caminos de ronda de la primera muralla. Los estaban rodeando. La mayoría eran arqueros y ballesteros y ya estaban tomando posiciones.

—Por el Sagrado Braladur, es una trampa… —gimió. Se lamentó con amargura por no haber enviado hombres a controlar los pasos elevados. Pero… ¿quién hubiera podido prever esto?

Sus hombres también se dieron cuenta; el terror se abrió paso en sus mentes y barrió cualquier disciplina. Muchos echaron a correr hacia la única salida que les quedaba, el umbral humeante por el que habían entrado, y aquello era en realidad lo peor que podrían hacer, porque solo formando un frente unido y compacto saldrían de allí con vida. Pero el miedo se extiende con facilidad entre las masas y es difícil conservar el espíritu de lucha cuando alrededor decenas de compañeros gritan y se empujan para escapar.

—¡Capitanes, mantened el orden! —rugió Chachucho—. ¡Hay que retirarse sin perderle la cara al enemigo!

Chasquidos y zumbidos. Las flechas rebotaban en los escudos y las

armaduras, pero también encontraban el cuello, la mejilla, la boca y el ojo. Los hombres empezaron a caer mientras retrocedían. Se aplastaban unos contra otros, pisaban a los caídos y en el pasillo que conducía al exterior se formó un caos de cuerpos apretujados.

Mientras, los magos brajairios seguían combatiendo, pero los extranjeros eran más numerosos y además tenían el apoyo de la soldadesca del castillo, que disparaba sus flechas también contra los caballeros del Alba Dorada. Estos se veían superados por todas partes y al final eran consumidos por un fuego que los reducía a una ventolera de cenizas, pues no hay lucha más salvaje que la de los hechiceros. Sus relámpagos alcanzaban en ocasiones a los irlúes y segaban sus cuerpos en dos, los hacían volar entre chispas, los atravesaban y dejaban boquetes humeantes en el cuerpo. Pero toda esta lucha también la estaban ganando los defensores y los magos brajairios se limitaban a retroceder.

Casi doscientos jinetes irlúes estaban ya ordenados en filas y levantaban los escudos y las lanzas. Chachucho se encomendó a los dioses al comprender que iban a cargar. Los jinetes avanzaron al trote y en orden hacia el pegote de cuerpos en el cuello de botella que llevaba al exterior. Los infantes, horrorizados ante este nuevo enemigo, sufrieron una compresión fantástica. Los irlúes cayeron sobre ellos y los alancearon, los atropellaron y dejaron que los caballos se alzaran y los pisotearan y aplastaran bajo los cascos. Las lanzas y los sables caían sobre manos y cabezas. Desde las alturas ya no solo llovían flechas y cuadrillos, sino también bolachas y sillares, y era imposible no acertar en aquella muchedumbre apretada. Los brajairios perdieron la poca disciplina que pudiera quedarles y echaron a correr como locos por entre los caballos. Aquello se convirtió en una cacería de hombres. Muchos tiraban las armas y se arrodillaban en busca del perdón, y si bien los nobles tal vez fueran hechos prisioneros para pedir rescate, con la mayoría de los guerreros no se tenía piedad. Quizá los defensores brajairios les hubieran perdonado, pero luchaban contra mercenarios irlúes de Ceiracán, los bárbaros de las estepas de oriente que desconocían cualquier código caballeresco y que gozaban alanceando y degollando.

Chachucho ya había asimilado la catástrofe y, atrapado en la maraña de cuerpos, proclamaba a voces la rendición. Oyó un crujido espantoso y vio volar un cuerpo envuelto en llamas, que dibujó una trayectoria parabólica humeante e impactó en el suelo, unos pasos a su derecha. Fue empujado, trastabilló, cayó, se levantó y se abrió paso a empellones. Vio un caballo enorme, vio los ojos negros del animal y levantó el escudo, pero el pecho musculoso de la bestia fue una montaña arrojada contra él y cayó de nuevo. Sufrió un dolor agudo en el cuello y notó un líquido caliente que lo empapaba por dentro de la

armadura y la ropa. Por el rabillo del ojo vio el hermoso chorrito escarlata de la arteria que le acababan de cortar. Buscó algo a lo que agarrarse, pero sus piernas se doblaron y el mundo desapareció.

Videmar Etacta se culpaba a sí mismo de la catástrofe. Debía haber hecho caso de ese escozor que se había arrastrado durante horas por los bordes de su mente. En el fondo lo esperaba y ni siquiera le sorprendió mucho ver, allá lejos, en la entrada recién abierta del castillo, a los hombres salir en tromba. El desastre entumecía su capacidad de asombro, pero una voz interna le aseguraba que quizás no lo hubiera podido evitar, pues nadie cambiaba toneladas de lógica por gramos de intuición.

—¡General! —exclamó uno de sus lugartenientes, una voz más en la grita consternada de la tropa—. ¡Los nuestros huyen! ¿Qué ocurre allí?

—¿Qué ocurre? —gruñó Etacta—. ¡Una maldita emboscada, eso ocurre!

—Debemos ayudar a los nuestros. Si están pasando dificultades entre esos muros hay que socorrerlos o al menos cubrirlos durante su huida. —El capitán desorbitó los ojos ante el silencio de su general—. ¡No podemos dejar que mueran, señor!

—Si vamos en su auxilio también nosotros estaremos muertos antes de caer la noche —auguró Etacta.

Pero el subordinado tenía razón al decir que no podía abandonar a sus camaradas. Toda una vida de códigos que no solo embellecían su oficio sangriento, sino que también le habían procurado la supervivencia en diferentes ocasiones, le prohibía marcharse de allí y abandonar a sus compañeros de armas.

—General Etacta, dad la orden de avanzar hacia el castillo. ¡Dad la orden, por Braladur!

Etacta apretó los labios y entrecerró los ojos, preso en aquella encrucijada horrible.

—¡General!

Se volvió hacia un jinete recién llegado.

—¿Qué ocurre ahora?

—Desde oriente llega una hueste de enemigos. Caballería.

—¿Son los caballeros de las Casas Aronja y Socuella?

—No, mi señor. Son extranjeros, bárbaros del este.

—¿De Ceiracán? ¿Irlúes? ¿Estás seguro?

—Seguro, señor. Jinetes veloces. Mis otros dos compañeros no

lograron escapar y yo estoy aquí de milagro. Son más de mil. Llegarán en breve, en media hora o menos aún.

—Mercenarios. —Etacta frunció el ceño—. ¿Pero de dónde…? ¡Da igual! Capitán, ahora ya nos es imposible ayudar a nuestros compañeros, por mucho que, como vos, lo desee. Nos han tendido una trampa.

El oficial asintió, desolado. Pelear contra una hueste de caballería casi a la sombra de una fortaleza enemiga era una locura.

—Debemos irnos —dijo Etacta—. Tenemos que huir hacia tierras amigas o al menos a un lugar en el que podamos pelear contra los bárbaros con posibilidades de ganar. Marchémonos cuanto antes. ¡Vamos!

La persecución duró apenas dos horas. Cuando el sol llegó al cenit avistaron una muchedumbre a caballo que se deslizaba sobre el horizonte como un gusano de innumerables patas.

El general Etacta hizo llamar a los otros líderes de su quebrantado ejército.

—No tendremos tiempo de llegar a castillo ni refugio. Hay que luchar.

—Ojalá se nos echen encima de una vez por todas —dijo un capitán de caballería—. Esos bárbaros no pelean a las claras, como hacemos los escaldraios, y prefieren dar picotazos aquí y allá para así menguar a sus enemigos poco a poco.

—Esta vez quizás acepten dar la batalla porque trabajan para los señores rebeldes de Brajairi, quienes no solo tienen que vencer, sino también convencer. Una victoria aplastante contra el Ejército del Rey haría que se les unieran muchos otros nobles aún indecisos. Habrá combate.

—¿Podremos vencerlos? —preguntó el capitán que se hacía cargo de los caballeros del Alba Dorada en ausencia de Esar Papete—. Su caballería es mucho más numerosa.

—No es caballería pesada —dijo un líder de infantería—. Mis gentes pueden resistir sus cargas.

—No cargarán —repuso Etacta—. Los irlúes dan vueltas en torno a sus enemigos y los asaetean desde el caballo. Van diezmándolos y solo cierran cuando el enemigo está muy quebrantado. Y ni siquiera entonces buscarán el choque brutal, sino arremetidas y huidas rápidas, una tras otra. Es su forma de batallar. Y es terrorífica. —Miró al mago—. ¿Cuántos caballeros tenéis?

—Treinta, general. Por desgracia, la mayoría de los nuestros fueron al castillo.

Etacta apretó los labios para no soltar un reniego. Expulsó el aire con fuerza por la nariz.

—Ellos no habrán venido sin sus propios magos. No son necios.

—Haremos lo posible por mantenerlos a raya.

—Bien. Señores, escuchadme. Fijaos en estas suaves laderas. Son los últimos terrenos desnudos antes de la Sierra de Ortanca por el oeste o bien los bosques del Río Perdido por el sur. En esos territorios difíciles nos sangrarían poco a poco, así que solo podemos ganarles aquí, en tierra despejada, donde se les ve venir. Subiremos a un cerro, formaremos cuadros y rezaremos para que acepten el desafío. Lo único que puede limpiar la mancha de una derrota es el jabón de la victoria, así que debemos ganarles. Por tanto, a trabajar. Y que Braladur nos proteja.

En menos de media hora el tercio superviviente del Ejército Real de Talusc ya estaba formado en orden de batalla, en la cumbre de un altozano de tierra y maleza. Era una posición natural fuerte que tal vez les diese la victoria, pues iban a pelear a la defensiva. Incluso los caballeros se quedarían en el cerro, pues Etacta no quería que cayesen en la trampa de una falsa huida de los irlúes. Colocó a los arqueros y ballesteros en las filas exteriores y repartió a los pocos magos por toda la hueste, en lugares estratégicos.

Los bárbaros se detuvieron y los contemplaron desde una distancia segura. Todos eran jinetes, una masa de hombres y caballos cubiertos con armaduras ligeras de cuero o fibra vegetal. Más de la mitad llevaban los temibles arcos compuestos de oriente. Etacta palideció al comprender que ellos tenían una fuerza considerable de magos de la Fuente, pero se esforzó por demostrar una confianza en la victoria que para nada sentía. También había ahí abajo un pequeño contingente de caballería pesada escaldraia, los representantes de los señores brajairios rebeldes. El general se preguntó si entre ellos estarían Deriya, Socuella y Aronja. Lo dudaba.

El tiempo se deslizaba en láminas aceitosas. El sol caía como una perezosa bola de flemas. El viento desapareció y hubo tregua para la garganta. La espera estaba acabando con los nervios, pero Etacta advertía a sus mandos que no les hicieran el juego a los irlúes, duchos en todo tipo de tretas.

Al fin hubo movimiento. La hueste enemiga se dividió en seis partes, se acercaron con lentitud engañosa y empezaron a subir, poco a poco.

—¡Cerrad los cuadros! —gritaron los mandos del rey—. ¡Arqueros, disparad solo cuando estéis seguros de acertar!

Los irlúes ulularon como lechuzas y echaron a trotar ladera arriba,

entre nubes de polvo, pero antes de llegar a las manos con el enemigo torcieron con una agilidad pasmosa, giraron sobre la silla y dispararon el arco con medio cuerpo vuelto. Sus flechas derribaron a muchos hombres de la Corona, pero las de la arquería regia solo desmontaron a unos pocos jinetes. Los bárbaros bajaron entre nubes de polvo.

—¡Han herido a decenas de hombres, general! —informó el capitán de infantería.

—Que se lleven a los caídos al centro del cuadro.

—Si las cosas siguen así irán diezmándonos poco a poco, señor.

—Tendremos que resistir —gruñó Etacta.

Sus peores temores se confirmaron porque la caballería de arqueros daba vueltas una y otra vez en torno a sus hombres y les regalaba una lluvia de muerte. En el intercambio de flechas los de Etacta siempre salían perdiendo porque tenían menos tiradores. Hubo una crisis cuando los magos irlúes se acercaron a caballo, vociferando en su idioma brusco y exótico, y arrojaron ondas de fuerza; la tierra se levantó en surtidores y los infantes casi volaron por los aires, como golpeados por el puño de un dios invisible. Los magos del Alba Dorada levantaron defensas, pero eran pocos y sus muros azulinos se rompieron entre miríadas de chispas. Dos magos bárbaros y sus caballos fueron alcanzados por los relámpagos y convertidos en espantajos de fuego, pero al menos treinta soldados de la Corona habían explotado entre cuajarones de sangre. Los magos orientales no volvieron a atacar porque no les interesaba perder hechiceros; sus arqueros se bastaban y sobraban para vencer.

Al cabo de dos horas de combate lento y exasperante los realistas habían perdido casi la mitad de los hombres. Etacta comprendió que no podían vencer y se reunió con los mandos.

—Vamos a contraatacar. La próxima vez que los bárbaros suban nuestra caballería pesada se lanzará como un ariete y ellos tendrán que apartarse. Así llegaremos hasta los señores escaldraios, sus amos, que no serán tan rápidos como para lograr huir. Los destruiremos y solo entonces, tal vez, ellos pierdan la moral.

—¿Y qué ocurrirá con la infantería? —preguntó un capitán.

—Nos seguirá a la carrera para apoyarnos.

—Vamos a meternos en un avispero. Nos dispararán a placer mientras carguemos cuesta abajo.

—Lo sé —dijo Etacta—. Pero no hay otra opción, salvo la rendición incondicional. Señores, si esto no resulta doy permiso para que ordenéis a los soldados tirar las armas y pedir clemencia. ¿Entendido?

Respondieron afirmativamente.

Ocurrió: los irlúes subieron una vez más para sangrar aquel absceso en la piel del cerro que era el Ejército Real, pero entonces la

caballería pesada brajairia bajó como una avalancha, levantando una polvareda inmensa. Los caballeros escaldraios gritaron de júbilo porque ahora podían enfrentarse en pelea limpia a esos demonios traicioneros. Muchos bárbaros fueron desmontados a lanzadas y sablazos, pero la mayoría consiguió huir. La infantería también corría cuesta abajo, matando a los irlúes que no se habían apartado a tiempo. Los guerreros de las estepas se reagruparon y entonces lanzaron un contrataque devastador, asaeteando a infantes y jinetes para después meterse entre ellos y dar por fin la batalla. La ladera se convirtió en un caos de cuerpos, polvo, gritos y aceros, e incluso los magos dieron rienda suelta a su poder.

El general Etacta galopaba a la cabeza de esa carga heroica y patética. Allá abajo estaban agrupados los mandos brajairios, los malditos rebeldes que habían destruido su ejército. Vio nobles que gritaban y montaban con rapidez, pajes y escuderos que repartían lanzas, capitanes vociferantes, nerviosismo, terror, y entonces sonrió con fiereza, deseando devolverles al menos un golpe, un mísero golpe.

El suelo estalló en un surtidor oscuro ante él, su caballo resbaló y él sacó los pies de los estribos mientras la boca y la nariz se le llenaban de polvo y le caía encima una cortina de tierra pulverizada. Dio contra el suelo y rodó. Sin ver nada por culpa del polvo en los ojos se arrastró, golpeó contra algo, tal vez un cuerpo, oyó gritos, olió el hedor de la carne abrasada y sintió un calor insoportable bañando su rostro. Se lo protegió con una mano y se levantó. Metió los dedos en los ojos y se sacó el barrillo, tosió tierra, empuñó con fuerza su espada y siguió avanzando a los trompicones, mareado y cegado. Había hombres llameantes alrededor y caballos histéricos que saltaban y daban coces. Vio un jinete que lo miraba con sus ojos negros orientales y que le apuntaba. Hubo un chasquido y una punzada de dolor y se dio cuenta de que tenía una flecha clavada en el costado del cuello. Tropezó y a duras penas siguió en pie. Un hombre con armadura se le aproximaba, como un monstruo confuso en la polvareda. Etacta se levantó rugiendo y lanzó dos tajos a pesar del dolor de la maldita flecha. Los golpes en el escudo del rival parecían campanadas. Oyó algo a su espalda y se volvió con un revés que apartó el acero. Su arma pasó por encima de la enemiga y cortó una cara. Un hombre retrocedió agarrándose una boca vertical. Oyó otro crujido, pero esta vez no fue lo bastante rápido y la moharra se hundió en el muslo. El dolor le arrancó las fuerzas y cayó de rodillas.

—¡Rendíos! —le gritó alguien. Sintió una hoja de espada bajo la nuez—. ¿Sois el general de la hueste?

—¡Lo soy! —jadeó—. Decid a mis gentes… que les ordeno rendirse… Respetad… sus… vidas.

—Lo haremos. Soltad la espada.

Atravesado por una lanza y una flecha, el general Videmar Etacta obedeció.

La noche los aplastó bajo su frío y su oscuridad. Las estrellas ya no eran lucecitas amables, sino espinas de una escarcha tan hermosa como cruel. Los jinetes irlúes podían soportar aquellos rigores porque su vida era más propia de bestias que de hombres, pero sus amos brajairios habían levantado grandes tiendas de lona gruesa y en su interior calentaban las manos al amor de los hornillos.

El general Etacta yacía sobre las mantas. La flecha no había interesado la arteria principal y el vendaje lo había solucionado todo, pero la lanza había causado una hemorragia desastrosa. Al despertar, tenía los ojos febriles.

—Sed… Quiero…

Le acercaron agua fresca, pero él hizo una mueca de enojo.

—Dadme vino… ¿No veis que… voy a morir… de todas formas? Quiero ver al general… No al comedor de boñiga, sino… al que pagó.

Tras beber, cerró los ojos. Los abrió al sentir la ráfaga de aire helado que entraba por la abertura. Había dos hombres con armaduras y capotes. Y también había un irlú de ropas exóticas pero lujosas, con el rostro cruzado por cicatrices horribles, pues en su tierra a los hijos de los guerreros les herían el rostro cuando eran criaturas de pecho y les untaban pomadas para que la cicatriz jamás desapareciera. No solo por ello se les consideraba demonios aterradores en el oeste, sino sobre todo por su mirada negra y directa, en la que había de todo menos piedad.

—Vos… —gimió Etacta.

—Me conocéis —dijo uno de los brajairios—. Soy Debrión Deriya y este es Argaut Socuella, amigo y compañero en la lucha por la libertad.

Etacta soltó algo que oscilaba entre la risa y la tos.

—Que Blica… se os lleve al infierno… A vos y a vuestra palabrería… ¿Dónde está Aronja?

—Se quedó en Lirtrón —repuso Socuella.

—Los tres nos… esperabais allí. Ya veo. Y ese diablo… ¿Quién… es?

—Es el general Tactai, líder del ejército de apoyo irlú.

—Ejército mercenario irlú… querréis decir…

El extranjero habló en un antiguo teñido de un acento seco y brusco:

—Sois un enemigo valiente. Solo por eso no os arranco la lengua.

—Y vos sois… hábil. Felicitad a vuestros jinetes… Lo hicieron bien.

El oriental no dijo nada. Se marchó del pabellón. Etacta se limpió con dificultad los labios húmedos y luchó para enfocar su mirada en Deriya.

—Venís a hablar con un moribundo. —Suspiró—. Permitid que me siente. No quiero estar… tumbado… ante vos.

Deriya asintió. Trajeron la única silla con respaldo del campamento y con esfuerzo dos hombres levantaron el cuerpo del general herido y lo acomodaron en ella. El rostro de Etacta se puso amarillo y rompió a sudar. Las piernas estaban rojas desde los muslos a los pies.

—No cambiéis la… venda. Tras hablar con estos… caballeros… dejaré de luchar y moriré de una vez por todas. Estoy cansado… —Levantó la mirada hacia Deriya—. ¿Qué pasó con las gentes que envié… al castillo?

—Casi todos cayeron en la lucha. A los supervivientes se les ofreció unirse a mis tropas o morir. En cuanto a los nobles, se pedirá rescate por ellos.

—Es lo correcto. Habéis destrozado el Ejército… de Talusc. Alabo vuestra capacidad estratégica. Si venís aquí a regodearos en vuestra victoria… Muy bien, hacedlo. Pero que sea breve… Quiero descansar.

—Os respeto y no he venido a humillaros. El motivo de esta visita es otro.

—Hablad, pues. No me queda… mucho tiempo.

Deriya bajó la cabeza y las llamas del hornillo hicieron brillar sus ojos oscuros.

—Ganaremos. Triunfaremos sobre el rey igual que os hemos vencido hoy.

—Una victoria, nada más. Se enviarán nuevos ejércitos y al final os… aplastarán. Con mercenarios o sin ellos.

—¡No! —intervino Socuella—. ¡Los días del tirano están contados! ¡Ese mocoso imbécil tendrá que dejar de violentar las libertades de los Grandes de la Nación Brajairia!

Etacta lo miró y mostró los dientes en una mueca rabiosa y enfermiza.

—Conceded al moribundo una última cosa… No… insultéis… a mi señor.

Deriya levantó la mano para atajar la respuesta apasionada de su amigo.

—Perdonad al señor Socuella, general. Está muy disgustado, igual que yo, igual que muchas otras gentes. No es solo esta zona. Habrá levantamientos en el este y en el sur. E incluso en el norte.

Etacta lo miró, lúgubre. Sonrió con desprecio.

—Ahora ya sé… quién pagó a los mercenarios. Los Ertalce.

—Exacto. No estamos solos. Lirtrón es solo el principio. La aristocracia ultrajada del país se levantará en armas y obligará al rey a cambiar sus leyes enloquecidas. Volverá el viejo y buen orden.

—El viejo y buen orden.

—Y vos me ayudaréis.

—Bastante os he ayudado dándoos mi ejército para que lo… hagáis pedazos. Pero descuidad, que vendrán otros menos torpes que yo… y os lo harán pagar. A vos… y al que sea.

Deriya hizo una señal con la mano y alguien le entregó una carta plegada.

—Firmad esto, señor Etacta.

—¿Qué es? Mi cabeza va a estallar… Leedlo vos, os lo ruego.

Deriya lo hizo. Etacta sonreía al principio, pero al final solo había desagrado en su cara húmeda y brillante.

—¿Me tomáis por… un traidor?

—Os tomo por un hombre cabal. Es imposible que vuestro rey pueda sobrevivir a lo que le va a caer encima. Si de veras queréis lo mejor para él y para nuestra patria debéis firmar esta declaración, en la que se le informa del desastre de hoy y se le recomienda que se reúna con el Partido de los Libres para revisar todas las leyes injustas aprobadas en las Cortes de Cham. A mí no me hará caso, pero a vos sí. Firmadlo y evitaremos males mayores. Nosotros somos leales a la Corona y no tenemos nada personal contra el rey. Pero solo obedeceremos a uno que nos respete.

—Es decir, a uno que sea vuestro esclavo.

—Señor Etacta, esto no es un juego. —Se agachó para acercar su rostro al del moribundo—. ¿Creéis que habríamos esperado tres años de no tenerlo todo perfectamente planeado? Si vuestro rey no entra en razones no solo acabará destronado, sino muerto. —Se levantó y tendió el documento—. Si en algo apreciáis la vida de vuestro señor, firmad.

—¿Me someteréis a tormento para que firme?

—Yo soy un caballero.

Etacta bajó la mirada.

—Perdonad mis palabras. —Le miró a los ojos—. No firmaré.

—Es una lástima. Vais a morir en cuestión de horas. Si en algo puedo complaceros, decid.

—Solo quiero… un sacerdote de Braladur… para ponerme a bien con el Padre. Y quiero que me enterréis no en una fosa común, con la tropa, sino en una tumba para mí solo.

—Se hará como deseéis.

—Gracias. Ahora dejadme solo, por favor. Me duele mucho la

cabeza. Enviad al sacerdote cuanto antes. Quiero descansar… de una vez… por todas.

—Señor Etacta, ha sido un honor.

Deriya asintió en señal de respeto y se marchó de la tienda. Le siguió Socuella, cuya despedida fue una mirada de odio. Mareado y agotado por la conversación, Etacta se volvió hacia el cirujano.

—Dadme un poco más… de ese vino.

LA TORMENTA Y EL AMANECER

EL NIÑO REY

EL REY JUSTICIERO

EL VIEJO REY

SOBRE EL AUTOR

Andrés Díaz Sánchez es un escritor de Fantasía, Terror, Ciencia Ficción y Aventura. Esta es la lista de sus obras publicadas:

LIBROS

Los guerreros sin rostro (2003, Timun Mas/Planeta) La maza sagrada (2004, Timun Mas/Planeta)

El camino del acero (2006, Editorial Ábaco. 2010, Equipo Sirius. 2018, Createspace) El Imperio contra Dios (2010, Equipo Sirius. 2018, Createspace) Argar, el hijo del demonio (2013, Dlorean Ediciones) Burkran, el licántropo (2016, Dlorean Ediciones) El laberinto del gusano (2016, Ronin Literario) Skarrion Gunthar. Sangre en el hielo (2017, Libros.com) Los siete caballeros (2018, Createspace)

El niño rey (2018, Createspace)

El rey justiciero (2018, Createspace)

El viejo rey (2018, Createspace)

Serie de Skarrion Gunthar

Los guerreros sin rostro (2003, Timun Mas/Planeta) La maza sagrada (2004, Timun Mas/Planeta)

Burkran, el licántropo (2016, Dlorean Ediciones) Skarrion Gunthar. Sangre en el hielo (2017, Libros.com)

Trilogía La tormenta y el amanecer

El niño rey (2018, Createspace)

El rey justiciero (2018, Createspace)

El viejo rey (2018, Createspace)

Participación en antologías

Planeta Neopulp nº. 1 (2015, Dlorean Ediciones): Hierro y huesos nº. 1 (2016, Saco de Huesos)

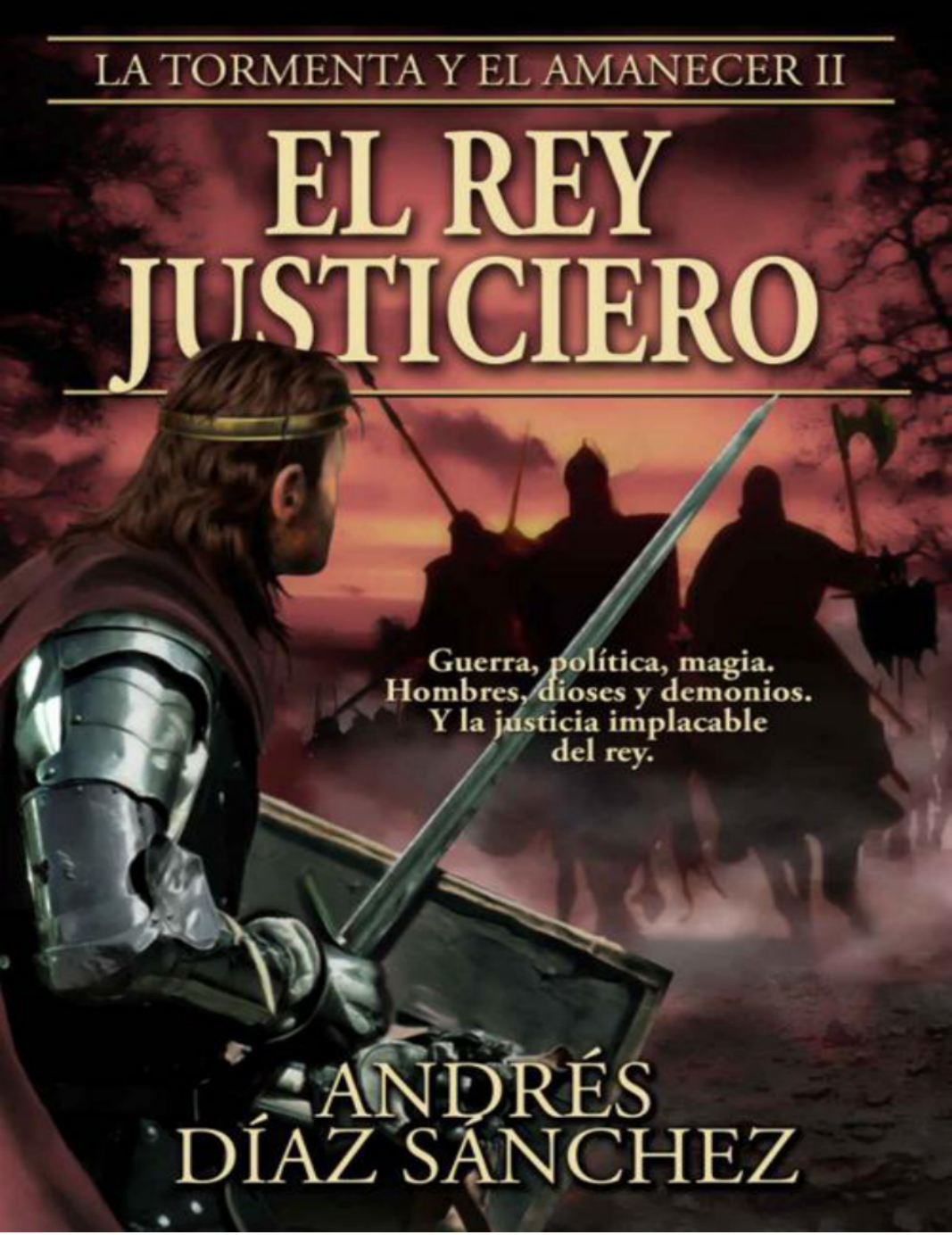
Calabazas en el trastero: Casas embrujadas (2017, Saco de Huesos) Calabazas en el trastero: Distopías (2018, Saco de Huesos) Calabazas en el trastero: Libros malditos (2018, Saco de Huesos) Sueños de la Gorgona: Ritos de sangre (2018, Saco de Huesos) Cantos de locura y horror (2018, Wave Books)

COMICS (guion)

El espartano (2004, Aleta Ediciones)

LA TORMENTA Y EL AMANECER II

EL REY JUSTICIERO



Guerra, política, magia.
Hombres, dioses y demonios.
Y la justicia implacable
del rey.

ANDRÉS DÍAZ SÁNCHEZ

LA TORMENTA Y EL AMANECER
SEGUNDA PARTE

EL REY JUSTICIERO

Andrés Díaz Sánchez

© 2018 Andrés Díaz Sánchez

Reservados todos los derechos.

Portada y mapas: Pablo Vila Vayá.

Mi agradecimiento a Pablo Vila Vayá,
por forjar una buena armadura para este libro.

A Dalila

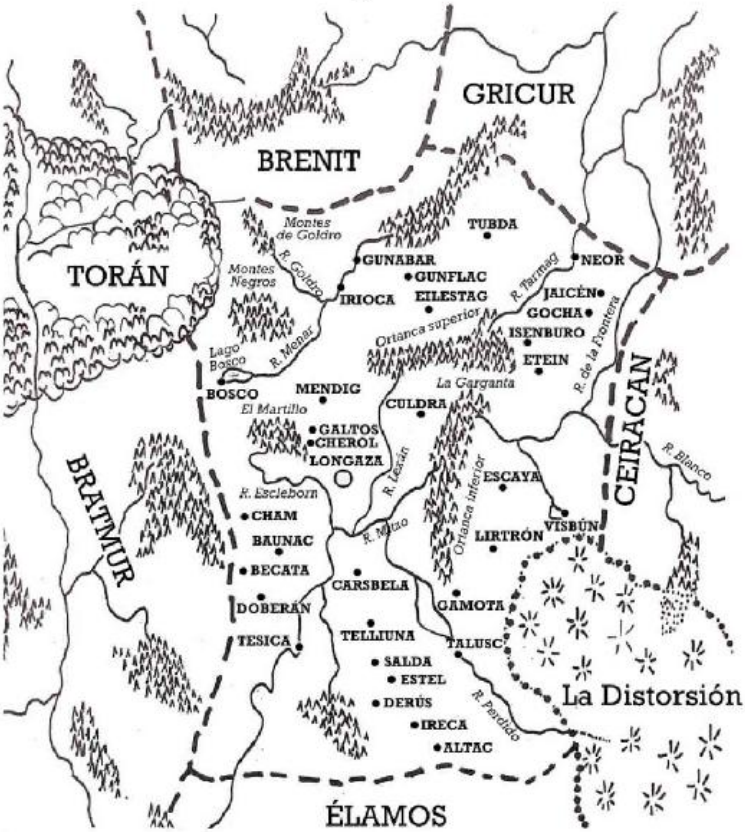
Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28

SOBRE EL AUTOR

DIRTÁN
EILUTAR
Cordillera de Urgão
ESCALDRAI
R. Ogaya
Escolas Superior
R. Escurbaj
CARJÚN
Mar de Wronga
ROLDRJ
ESCALDRAI
ABRATERAM
R. Mogurana
R. Escorpión
La Distorsión
MAR DE HIERBAS
ALTO ILNAR
Mar de Izuln
R. Jastu
R. Gorm
Escolas Inferior
BAJO ILNAR
R. Eltosa
Desierto Gris
AGUJERO DEL GUSANO
ABRATERAM
ANAJARAI
Océano Bárigano
Territorios conocidos

BRAJAIRI


GRICUR
BRENIT
TORÁN
Montes de Goldro
Montes Negros
R. Goldro
TUBDA
GUNABAR
GUNFLAC
IRIOCA
EILESTAG
R. Tarnag
NEOR
JAICÉN
GOCHA
ISENBURO
ETEIN
Orianca superior
R. de la Frontera
Lago Bosco
R. Menar
BOSCO
MENDIG
El Martillo
La Garganta
CULDRA
GALTOS
CHEROL
LONGAZA
R. Lasan
CEIRACAN
R. Blanco
BRATMUR
R. Escleborn
CHAM
BAUNAC
BECATA
R. Mitro
Orianca inferior
ESCAYA
LIRTRÓN
VISBÚN
CARSBELA
DOBERÁN
TESICA
GAMOTA
TELLIUNA
TALUSC
SALDA
ESTEL
DERÚS
IRECA
ALTAC
R. Perdido
La Distorsión
ÉLAMOS

1

—El oeste y el sur se han sublevado, Majestad —anunció Guarner Injeca al poco de comenzar aquella reunión extraordinaria del Consejo. Demayara, Rafucio, Etgula y Farica lo miraron con sorpresa y espanto. El rey frunció el ceño, iracundo. Guarner dio un golpe con la palma de la mano en la mesa—. ¡El malnacido de Deriya no actúa solo!

—Explicaos —dijo el rey—. Y teneos.

Guarner asintió.

—Lo siento, pero me resulta difícil controlar la ira. Majestad, Alteza y señores del Consejo, hoy han llegado noticias terribles. Los señores de las Casas Gatmona, Esmire y Zurote, que gobiernan los dominios occidentales de Cham, Torda y Lirón, cercanos entre sí, han proclamado en acto público que no prestarán obediencia al rey hasta que no retire las leyes *tiránicas* que los ahogan y que impiden *el buen gobierno de sus tierras*. Los muy atrevidos lo han leído en acto público, en el mismo lugar donde se celebraron las Cortes del setenta y seis. E invitan a todos los hombres *libres* del país a seguirlos. En estos momentos la declaración circula por todos los caminos de Brajairi.

—Era de esperar —dijo Rafucio.

—Por desgracia, no estabais equivocado cuando hablasteis de un plan a gran escala —repuso Argaut. Se volvió hacia su tío—. Señor Injeca, aparte del oeste mencionasteis el sur.

—En efecto. Los señores Enelo Togoncha, Geracat Cubeira y Comios Pepi, tenientes de las fortalezas de Altac, Amtra y Cerceya, próximas a la frontera con Élamos, proclaman su rebeldía. También hoy nos han llegado sus cartas de insumisión.

—Esos bastardos eran simpatizantes de los Tiyadara —recordó Etgula.

—Pero no lo bastante como para ser castigados tras la guerra del sesenta y nueve —dijo Demayara—. Su apoyo a los Tiyadara fue oficioso, no oficial. La posguerra fue difícil y no nos sobraban tropas ni adelantados, así que se prefirió dejarlos en sus feudos.

—No se está culpando a nadie —dijo el rey—. Las decisiones que se tomaron en su momento bien tomadas están. Señor Injeca, habéis leído las cartas de esos tres señores del sur. ¿Qué quieren?

—Los perros de Deriya ladran todos por igual. Exigen la retirada de las normas aprobadas en Cortes y quieren que se igualen los

tributos nobiliares del país entero con los de los Ertalce.

—Eso es por completo imposible —dijo Farica—. Las arcas ya sangran y si recaudamos aún menos la hemorragia será mortal. ¿Es lo que esos locos desean?

Argaut negó con la cabeza.

—No, ellos saben que no podemos bajar tanto los tributos, pero piden y piden para ponernos contra la pared y agobiarnos, hasta el punto de obligarnos a ceder no tanto en eso como en las medidas que les impiden hacer lo que les viene en gana en sus señoríos. Esa es su meta.

—Así pues, ahora tenemos más enemigos de los que ocuparnos —dijo Rafucio.

—El Ejército Real puede encargarse —contestó Guarner—. Las tropas de Estel y Baunac aplastarán a los revoltosos, como a estas alturas ya debe haber hecho el general Etacta en el este.

—¿No se sabe nada de Lirtrón? —preguntó Rafucio—. Han pasado catorce días desde que Etacta partió y aún no hay noticias.

—Llegarán pronto —repuso Guarner—. Y han de ser por fuerza buenas. Etacta debe haber expugnado los bastiones rebeldes y sin duda quiere esperar a tenerlo todo controlado para hacernos saber de sus triunfos.

—Ojalá no tarde —dijo Demayara—, pues nos conviene cerrar cuanto antes la brecha de oriente. Tres frentes abiertos a la vez son cosa complicada.

—Y onerosa —recordó Farica—. Vamos a tener que apretarnos los cinturones. Una vez más.

—Podemos acabar con los nuevos traidores en poco tiempo gracias a los ejércitos acantonados en el este y el sur —afirmó Guarner—. Hay que hacerlo enseguida para que la rebelión no se extienda. Por fortuna, nuestra victoria en el este ha de restarles brío a los felones.

—Parecéis muy seguro del triunfo de Etacta —dijo Rafucio.

—Goza de una superioridad aplastante y es un buen estratega. Nada puede haberle ido mal.

—Así lo espero —musitó Rafucio.

—Yo también confío en Etacta —dijo el rey—, pero mientras él trabaja en el este nosotros no podemos haraganear. Señor Guarner, en ausencia del general Etacta encargaos vos de hablar con los mandos del Ejército Real y con el maestre del Alba Dorada. Hay que enviar mensajeros a Baunac y Estel para que preparen la hueste de castigo. Tenemos poco tiempo antes del invierno.

—Permitid que lidere una de ellas, Majestad.

—No, señor Guarner. Vos coordinaréis desde la corte todo este esfuerzo bélico. Seré yo quien dirija la columna del sur.

Rafucio echó el cuerpo adelante y miró con intensidad al rey.

—Majestad, vuelvo a aconsejaros que no vayáis al foco del peligro. Sobran mandos competentes y si se quiere representación de la corte podemos ir mi padre, el señor Etgula o yo mismo.

—El rey debe hacerse ver cuando impone su voluntad. De otro modo, es imposible que se le respete. Estoy harto de esconderme como una tortuga en su caparazón.

—No es lo más sen…

—No insistáis. En mi ausencia Su Alteza —miró a Demayara— dirigirá los asuntos de la corte. Señor Farica, vos y yo iremos después a estudiar los aspectos económicos de esta empresa. Los demás, reuníos con vuestros respectivos consejos para ultimar los detalles. Esta tarde habrá una reunión del Consejo de Guerra para planificar la campaña. Si no hay más que decir, esta sesión ha terminado.

Menos de dos horas después, Guarner Injeca entró en el despacho donde el rey y el tesorero real estaban reunidos. Tenía el rostro blanco y parecía que no solo la sangre, sino también la carne, habían abandonado sus mejillas. Era la viva imagen del espanto sometido a control.

—Majestad, debéis venir al despacho del Consejo. Ha llegado un mensajero del este.

—¿Del general Etacta? ¿Cuándo volverá con sus tropas victoriosas?

Guarner tragó saliva y respondió con voz queda:

—Majestad, venid. Os lo ruego.

Farica y el rey se miraron y los dos siguieron al mayordomo real.

En la sala de reuniones estaban otra vez Demayara y Rafucio. Había un oficial del ejército y un caballero del Alba Dorada. Los dos se habían refrescado un poco, pero aún tenían en su vestimenta el polvo del camino. Cuando vio sus rostros sepulcrales Argaut sintió un vacío helado en el pecho y casi gritó:

—¿Qué ha ocurrido en el este? ¿Han sido ya reducidos los nobles traidores?

—Majestad —gimió el capitán del ejército—. Lo siento.

Argaut retrocedió con los ojos clavados en él. No se sentó en su butaca, sino que más bien cayó en ella. En ese momento llegó Brelán Etgula. Parecía preocupado.

—Perdonad mi tardanza —se excusó—. Acaban de llegar mensajeros del norte. Me temo que no traen buenas noticias, Majestad.

Argaut lo miró con el ceño fruncido y luego se volvió hacia el

oficial y el mago.

—Contadme qué ha ocurrido en el este.

Ellos se lo contaron, y mientras lo iban haciendo la sangre abandonaba las mejillas de Argaut. Demayara se llevó una mano a la frente, Guarner y Farica hacían esfuerzos para no mostrar su horror y Rafucio permanecía tenso y pensativo.

—¿Y el general Etacta? —preguntó Argaut.

—Majestad, yo estaba en aquella última carga que él lideraba y lo vi caer del caballo y luego ser herido de flecha y de lanza. Aquello era letal, pero su agonía debió alargarse durante horas, pues sé que el señor Deriya se reunió con él en un pabellón.

—Debrión Deriya… ¿Y cómo sabéis vos todo eso?

—Fui hecho prisionero y se respetó mi vida para que os trajera un mensaje del propio señor Deriya.

—¿No hubo supervivientes?

—Creo que unos doscientos o trescientos hombres lograron escapar, pero los jinetes extranjeros salieron en su busca tras la batalla; al ser más rápidos y numerosos supongo que los alcanzarían antes de la noche. En cuanto a los que atacaron el castillo, no sé cuántos de ellos salieron de allí con vida, pero debieron ser pocos.

Hubo un silencio de consternación. Argaut miró al caballero del Alba Dorada.

—¿Y vos? ¿Qué me podéis contar?

—Algo parecido. Se me dejó con vida para que volviera aquí, junto a este hombre. El señor Deriya sin duda quiso que os informara acerca de los magos irlúes que le apoyaron.

—¿Y…?

—Son una fuerza poderosa, Majestad. Se les puede vencer, pero habrá que llevar al este a muchos hermanos de la orden. No tengáis dudas de que el Alba Dorada hará lo que sea para lavar esta afrenta.

—¡Nos atacaron a traición, Majestad! —exclamó el oficial—. ¡No podíamos saber que ellos eran tantos!

Argaut asintió, cansado y envejecido.

—No se os reprocha nada. Hicisteis cuanto pudisteis. Dadme ese mensaje del señor Deriya.

El hombre le entregó una carta lacrada. En el silencio opresivo los crujidos del papel sonaban como truenos lejanos. Tras leerla Argaut la tiró a la mesa. Miró al hombre del ejército y al del Alba Dorada.

—Podéis retiraros. Decid a un criado que os den de comer y beber y que os permitan descansar, pero quedaos en el palacio. Se os llamará para que nos contéis más cosas sobre el ejército enemigo y sus tácticas.

Los dos asintieron y se marcharon.

—Haced el favor, Alteza —pidió el rey, señalando la carta.

Demayara la leyó en voz alta. Sonaron bufidos y respiraciones fuertes por culpa de la ira. Cuando terminó, dejó el documento en la mesa con suavidad.

—Así pues, el señor Deriya exige una reunión con el rey para retirar todas y cada una de las leyes aprobadas en las Cortes de Cham. De otro modo nos asegura que la rebelión se extenderá por todo el país y que nuestra derrota en Lirtrón será solo un entremés del banquete…, por así decirlo.

—Ese bastardo se ha convertido en el cabecilla de todos los insurrectos —dijo Guarner, con voz pesada y dolorida.

—Llevaba la voz cantante en las Cortes —dijo Rafucio—. No es raro que haya sido el primero en alzarse en armas.

Argaut sintió un nudo casi intolerable en el pecho. Le costó, pero lo dejó salir:

—Hemos perdido en un solo día una séptima parte de nuestras fuerzas: más de tres mil quinientos hombres, incluidos nuestros aliados del Alba Dorada. Y hemos perdido a nuestro amigo Videmar Etacta. El ejército de Talusc ha sido aniquilado. Ya no existe. —Tomó aire y lo soltó en un suspiro—. Debemos clarificar cuál es nuestra situación, por muy doloroso que sea el análisis. En el este y cerca de Lirtrón no hay nadie que imponga la ley del país. Es un agujero dentro del Estado. Y además se han rebelado otros nobles del oeste y el sur. Tenemos tres frentes abiertos y uno de ellos es peligrosísimo.

—También los otros dos pueden serlo —dijo Rafucio—. Quizás allí nos aguarden otras celadas.

—No debemos descartarlo. Llevabais razón al aconsejarme que no fuera al este, pues de haberlo hecho ahora podría estar preso o muerto.

—Creedme si os digo que lamento no haber errado. Y avalado por los hechos, reitero que no debéis enfrentaros al peligro en persona. Sois demasiado valioso.

Argaut respiró fuerte.

—Eso ya se verá. Pero hay algo que no comprendo: ¿de dónde han sacado Deriya, Socuella y Aronja el dinero para pagar un ejército mercenario, magos incluidos?

—Aun si todos los rebeldes del país unieran sus rentas sería difícil alquilar una hueste tan grande —dijo Farica.

—Y en caso de hacerlo —dijo Demayara—, dejarían sin fondos los otros frentes de la revuelta.

—Majestad, Alteza, señores —intervino Etgula—. Debéis conocer los nuevos hechos.

—¿Las malas noticias de que antes hablabais?

—Muy malas.

—Adelante, y que sea lo que el Padre quiera.

—Hay problemas tanto en el noroeste como en el noreste.

—Por Braladur y por todos los dioses… —Argaut cerró los ojos y se agarró la frente con una mano—. No me digáis que también hay revueltas allí.

—No exactamente, Majestad. Se trata más bien de correrías dispersas. Han atacado a los campesinos y han ahorcado a funcionarios de la Corona, para luego volver a sus predios.

—¿Bandidos? —preguntó Guarner—. ¿Dónde fue eso?

Etgula guardó silencio durante muchos latidos.

—No fueron bandidos, sino guerreros de los Ertalce. Ocurrió en las tierras fronterizas con su señorío.

Argaut sintió que se abría un vacío helado bajo sus pies. Le pareció oír el repiqueteo de un bastón lejano, muy lejano…

—Ahora se entiende quién paga a los mercenarios del este —murmuró Farica—. Solo una Casa tan rica como la Ertalce podría costearlos.

—Luego están conchabados con los traidores —coligió Demayara—. Pero… ¿desde cuándo?

—Desde el principio —contestó Rafucio—. Todo estaba atado y bien atado, con los Ertalce como cerebro o como uno de los brazos ejecutores.

—Señor Etgula —dijo Guarner—, ¿se sabe qué quieren los Ertalce? ¿Por qué se rebelan si no les afectan las leyes de las Cortes de Cham?

—No ha habido declaración alguna. Solo se sabe que bandas de Casas vasallas de los Ertalce cometieron tropelías y luego volvieron a sus dominios. Fue en Loratón, cerca del lago Bosco, y en Pilamira, cerca de Isenburo.

—En el oeste y el este —dijo Demayara—. No puede ser casual.

—Pero tampoco ha sido una invasión en toda regla. —Etgula frunció el ceño—. ¿A qué están jugando? ¿Qué ganan con apoyar al Partido de los Libres? ¿Venganza?

—No —contestó Argaut—. Los Ertalce son agresivos en las formas, pero juiciosos en el fondo. —Hizo una mueca de asco, como si le hubiera subido bilis a la garganta—. Van a darnos problemas en las fronteras de su señorío, pero sin declararnos guerra abierta. Los nobles rebeldes nos sangrarán por el este, el sur y el oeste y ellos lo harán por el norte, hasta que no tengamos otro remedio que ceder. Entonces, a los rebeldes se les devolverá el poder despótico de antaño y a los Ertalce… Cuando estemos débiles harán llegar una nueva oferta de matrimonio y tendré que casarme con una de los suyos. Una reina Ertalce les permitirá introducirse en la corte y convertirme a mí, al rey, en su marioneta. Al final, se apoderarán de todo.

Permanecieron callados, víctimas de un silencio cada vez más agobiante. Argaut sintió que el sofoco le vencía y dio un puñetazo en

la mesa.

—¡Maldita sea esa familia de los demonios! —gritó—. ¿Es que jamás podré quitármelos de encima?

Se llevó una mano a la boca en un gesto compulsivo. Hizo un esfuerzo para calmarse y vencer no tanto al enojo como sobre todo al miedo. Apretó los labios y asintió un par de veces.

—Muy bien —dijo—. El desafío ha crecido y por tanto nosotros también hemos de crecernos. No subestimemos nuestras fuerzas. El Ejército Real y el Alba Dorada aún son fuertes y gracias a las medidas previsoras del general Etacta, que Braladur lo tenga en su reino, podremos enfrentarnos a los distintos enemigos con rapidez.

—Majestad —dijo Guarner—, vos me conocéis y sabéis que soy hombre de acción, pero ahora hemos de considerar qué ganancia obtendremos al declarar la guerra a los Ertalce.

—Nadie ha dicho que les declaremos la guerra. Vigilaremos los lindes de su señorío, no permitiremos que nos hostiguen y si lo hacen perseguiremos a sus gentes y las castigaremos, aunque sin adentrarnos mucho en su territorio. Preveo un juego de algaras y cabalgadas y no de asedios ni batallas campales.

—Eso va a quitarnos fuerzas valiosas que podríamos mandar contra los nobles rebeldes.

—Por eso mismo lo hacen nuestros queridísimos Ertalce —intervino Rafucio, con una sonrisa irónica—. Forma parte de la estrategia general.

—Traed un mapa del país —ordenó Argaut—. Debemos plantear nosotros nuestra propia estrategia.

Guarner tomó un plano del armario donde se guardaban las cartas geográficas, lo extendió sobre la mesa y lo fijó con pisapapeles.

—¿Qué proponéis, Alteza y señores? —preguntó Argaut.

Rafucio frunció el ceño, pensativo.

—Para sojuzgar Cham, Torda y Lirón deberíamos enviar el ejército de Baunac. Para someter Altac, Amtra y Cerceya tenemos al de Estel. En el norte debemos cubrir una amplia franja de terreno, desde el lago Bosco a Isenburo. Tenemos el ejército acantonado en Gocha, pero será insuficiente, así que debemos recurrir a otros regimientos y llevarlos a lo largo de toda la frontera con el Señorío de Ertalce. De ese modo habría patrullas rápidas que saldrían en defensa de cualquier aldea o burgo atacado y que perseguirían a los agresores; y una vez que los hubieran castigado retornarían a sus castillos y cuarteles. Es la única manera posible de controlar la franja entera. No se lo pondremos fácil a los Ertalce.

—Frente a ellos toda debilidad es suicida —dijo Argaut—, así que prefiero que nos vean dispuestos a no ceder ni un palmo. Me gusta vuestro plan, Rafucio. ¿Y el este?

—Ahí está el problema. Ya no tenemos a nadie en Talusc y todas las otras columnas estarán ocupadas en sus respectivos escenarios.

—No todas. —Argaut señaló con el dedo—. Aquí mismo, en Longaza, se encuentra la última gran división del Ejército Real.

—Pero si os lo lleváis dejaríamos la corte indefensa —dijo Etgula, alarmado.

—No tanto. Hay muchas Casas leales en las cercanías de la corte. Cederán sus mesnadas para acantonarlas en la capital.

—No es suficiente —dijo Demayara—. Longaza quedaría con una guarnición demasiado pequeña. Si los rebeldes lograsen llegar hasta aquí y no estuviéramos preparados la guerra terminaría de manera inmediata y lo perderíamos todo.

Argaut se pellizcó la barbilla, pensativo.

—Si los rebeldes quisieran la capital Deriya y sus irlúes habrían llevado a cabo ya una marcha veloz nada más vencer a Etacta, hubieran atravesado con rapidez la Sierra de Ortanca por la Garganta, luego cruzado el Lexán, y los tendríamos encima antes de poder prepararnos para ese golpe. Pero no lo han hecho. Ellos no quieren apoderarse del país, sino obligarme a ceder. Su guerra es de posiciones y desgaste, no de conquista. Y de cualquier modo, aunque llegaran a Longaza, las murallas de la capital son fuertes y hay suficientes magos y hechiceros de la casta sacerdotal como para defenderla. Y en todo caso, si no enviamos un ejército al este, ¿cómo vamos a recuperar Lirtrón y todo lo perdido?

Guarner lo miró con gravedad.

—Tendremos que ganar en todos los frentes abiertos, que son muchos. Si perdemos uno solo será el principio del fin.

Etgula dijo:

—Debe tenerse en cuenta que ellos conocen bien nuestras fuerzas y nosotros no lo sabemos todo de las suyas. ¿Y si hay otros ejércitos mercenarios extranjeros en el sur o en el oeste?

—Enviaremos espías para que nos informen de lo que está ocurriendo en territorio enemigo —respondió Argaut—. Iremos con pies de plomo. Lirtrón fue una añagaza. No nos volverán a tomar por sorpresa.

—Majestad —dijo Demayara—, ¿habéis considerado la otra posibilidad?

—¿Cuál?

—Negociar.

Argaut inspiró y levantó la cabeza.

—Se han declarado en rebeldía y por ello han de ser castigados.

—En eso estoy de acuerdo, pero solo castiga quien puede hacerlo, y nosotros… ¿podemos hacerlo? Tal vez sea mejor conseguir en los despachos lo que es harto dudoso lograr en el campo de batalla.

Podemos mantener una imagen de fuerza y a la vez evitar una guerra tan riesgosa. Ya no nos las vemos con un partido de revoltosos. Ahora también están los Ertalce. —Clavó los ojos en él—. Pensadlo bien porque quizá estemos caminando hacia el abismo.

Argaut controló su impaciencia, no solo hacia su tía, sino también hacia sí mismo, ya que una parte de él también le susurraba rendirse de una vez por todas.

—Coincido con Su Alteza —afirmó Guarner—. Debemos negociar.

Todos lo miraron con asombro, incluida su esposa.

—¿Vos también? —se extrañó Argaut.

—Sabéis que no le hago ascos a la lucha, pero solo cuando las probabilidades están a favor. De otro modo no hay valentía, sino locura. Tenemos muchos frentes abiertos y será dificilísimo ganar una guerra civil liderada por los Ertalce.

—Ya dije antes que no habrá guerra abierta.

—Permitidme dudarlo. Mi propuesta es que efectivamente movilicemos las tropas tal y como ha dicho Rafucio, pero que al mismo tiempo nos reunamos con los nobles rebeldes e incluso con los Ertalce. De tal modo mantendremos una posición de fuerza durante la negociación.

Argaut apretó los labios y se volvió hacia los otros.

—¿Y el resto?

—Majestad —dijo Farica—, yo no entiendo de cuestiones bélicas, pero sí de números. Tendremos que sudar sangre para hallar prestamistas porque esta guerra es negocio incierto. Me inclino por la paz.

—Estoy de acuerdo con Su Alteza, el mayordomo y el secretario en que ahora toca negociar —manifestó Etgula—. No puedo añadir más a sus argumentos.

—Pues yo me inclino por la lucha —dijo Rafucio—. Pienso que si nos movemos no solo con decisión, sino sobre todo con inteligencia, a la larga podemos ganarles a todos.

—¿A la larga? —casi bufó su madre—. ¿Y cuánto tiempo es ese *a la larga*? ¿Un año? ¿Dos? ¿Cinco? ¿Podremos resistir tanto tiempo esta situación?

—Lo que no podremos resistir es a los Ertalce en la corte —respondió Argaut—. Y tened por seguro que no negociarán nada si antes no les prometemos el trono.

—Entonces tal vez haya que dárselo —repuso Demayara—. Majestad, os hemos aconsejado tomar esposa entre la nobleza del país y no habéis querido. Si nos hubierais hecho caso tal vez ahora no tendríamos este problema.

—Aspirantes de calidad no faltaron —remachó Guarner. Por mucho que lo amara nunca podría olvidar que había rechazado a una

dama del extenso clan Injeca—. No ha sido prudente permanecer soltero, Majestad.

—Alteza regente y mayordomo —contestó Argaut—, ya expresé mi voluntad de casarme con una princesa extranjera para hacer a Brajairi más fuerte en el plano internacional.

—¿Y cuál es el resultado? —prosiguió Demayara, tan serena como implacable—. Ningún país vecino nos quiere. Tal vez sea hora de aceptar a una noble brajairia en el trono y empezar a pensar en los Ertalce como aliados y no como enemigos. ¿Resultan incómodos? ¡Por supuesto! Pero es la Casa más fuerte del país. Con ellos a nuestro lado aplastaríamos a cualquier señor levantisco e impondríamos leyes mil veces más severas que las de las últimas Cortes sin que nadie osara levantar la voz. —Su voz se volvió tan implorante como enojada—: ¡Por Braladur, Majestad! ¡Estamos siempre ahogados! ¡Nos falta hasta el aire para respirar! —Inspiró para calmarse—. Creo que debemos emplear nuestra inteligencia no en combatir a los Ertalce, sino en manejarlos y servirnos de ellos.

—Imposible —respondió Argaut—. O te manejan ellos a ti o te aplastan. Sé lo que digo porque estuve en su cubil cinco malditos años. Los peores de toda mi puñetera vida.

—Entonces estabais por completo a su merced —repuso Demayara, más suave—. Ahora tenéis a vuestro alrededor gentes que os aman y os sirven con lealtad y que nunca dejarán que nadie os haga de menos. Sois el gobernante. Tenéis el poder.

—Vos no lo entendéis. No los habéis sufrido como… —Argaut levantó una mano—. Basta. Desde el principio dije que nunca habría uno de ellos en el trono mientras yo estuviera vivo, y lo mantengo. ¡Antes morir mil veces que dejar a Urguna Ertalce meter la zarpa en mis asuntos! Agradezco vuestras opiniones, pero la decisión está tomada. Alteza y señores del Consejo, os necesito para ganar esta nueva guerra. Pongámonos a la tarea de inmediato.

2

Labrantíos abandonados y cosechas agostadas. Hogares reducidos a las heces del fuego. Gimoteos de niños que sufren la locura de los adultos. Aldeas conquistadas por fantasmas de culpables e inocentes. Hombres convertidos en fonda de gusanos, lupanar de moscas, cuna de huevos y escuela de larvas. Sanguijuelas humanas que roban a los caídos en la lucha, que les cortan los dedos para sacarles los anillos y que arrebatan a fuerza de tirones las botas, calzas y jubones que los cuerpos rígidos se obstinan en conservar. Serpientes de humo en la distancia intentando alcanzar el cielo limpio que les fue negado. Voces iracundas, gemidos dolientes, alaridos de terror, sollozos de criaturas huérfanas y madres desesperadas, llanto amargo de muchachas ultrajadas y de padres sin esperanza, rugidos de guerreros dispuestos a matar hasta morir, reniegos y juramentos, promesas vengativas, la risa demoniaca de los victoriosos y el gruñir lento de los derrotados.

Guerra en el norte, sur, este y oeste. No guerra limpia —si alguna puede llegar a serlo—, sino hipócrita, avara, mezquina y engañosa, una guerra no de batallas campales y expugnaciones rápidas, sino de emboscadas, algaras, correrías, persecuciones y trifulcas, de sitios largos y exasperantes, de asedios rotos por la llegada de refuerzos inesperados. Guerra de empate de magos foráneos y extranjeros, empate de mesnadas, empates más agotadores que el fracaso. Un año de ruina para las gentes del país y de fortuna para los mercenarios extranjeros. Un año no solo de tajos y estocadas, sino también de infecciones en los campamentos, de tercianas y cuartanas, de vómitos y diarreas, de suciedad y hambre. Un año de desgaste para los dos bandos.

—¡Hermanos! —rugió el mago—. ¡Atacad!

Los caballeros del Alba Dorada lanzaron sus relámpagos y sus ondas de energía e hicieron explotar entre llamas y chispas las defensas que defendían el bastión de Amula. Estallaron el sillar, la madera, el hierro y las vigas. También se deshizo la materia humana. Acabó el ataque sobrenatural y en el aire quedaron sus ecos, una energía sucia que ponía el vello de punta y provocaba un zumbido flojo en los oídos.

—¡Guerreros! —gritó el rey Argaut III, con la espada desnuda, brillante bajo el sol del verano—. ¡Tomad el bastión! ¡Por Brajairi!

—¡Por Brajairi! —aullaron miles de hombres—. ¡Por el rey!

La masa armada entró por la brecha abierta. El rey iba con ellos, protegido por la Guardia Real y la élite del Alba Dorada. También sobre él caían las flechas y los cascotes y también él tenía que levantar el escudo y defenderse de los proyectiles. Hubo lucha abigarrada en los pasillos de los acuartelamientos del portón de la fortaleza y allí se produjo el momento de crisis, el instante de fuerzas igualadas y enfrentadas que es el clímax de toda batalla. Uno de los dos bandos sobrepasó al otro y le obligó a ceder y a replegarse. Los castellanos, casi la mitad mercenarios irlúes, retrocedieron pisoteando a sus compañeros caídos y echaron a correr hacia el interior de la fortaleza, o bien tiraron las armas, cayeron de rodillas y se rindieron, encontrando casi siempre la muerte a manos del vencedor enloquecido por la sangre y la victoria.

Argaut no quería más emboscadas como la de Lirtrón del año pasado, así que antes de entrar a fondo aseguró los acuartelamientos de la guardia del castillo y dispuso fuerzas que permitieran un repliegue e incluso una retirada rápida si las cosas se ponían feas. Solo entonces, cuando las murallas estuvieron bajo control, dio la orden de invadir los edificios de Amula.

Pero ya no habría más liza. Venía hacia ellos una comitiva de capitanes con bandera blanca que traían preso a Argaut Socuella. Le obligaron a arrodillarse ante el monarca.

—¿Veis a dónde os ha llevado vuestra locura? —le reprochó Argaut.

El reo bajó la cabeza y no respondió. Tenía la cara llena de sangre por culpa de un golpe que le habían dado sus propios subordinados. Todos mostraban heridas, así que Argaut coligió que hubo una bronca entre los castellanos después de la caída del portón principal; los más prácticos debieron comprender que no había posibilidades de victoria y por ello ahora entregaban a su propio señor. Uno de aquellos hombres puso una rodilla en el suelo y dijo:

—Majestad, la fortaleza de Amula se rinde y os entrega al felón.

Argaut sonrió sarcástico.

—Este felón era vuestro señor hasta hace muy poco, cuando aún creíais poder ganar.

—Majestad, reconocemos nuestro yerro, os juramos fidelidad y pedimos vuestra gracia. Nuestros soldados deponen las armas. Ruegan clemencia.

—La tendrán, igual que vosotros, señores de poca lealtad pero mucha sensatez. No me conviene hacer una degollina, sino incorporaros a mi mesnada. Pero si no me servís en cuerpo y alma recordaré vuestros crímenes y os haré ajusticiar. ¿Entendido?

—Sí, Majestad. Seremos vuestros servidores más fieles.

—Lo dudo, pero al menos lucharéis para mí, lo cual me basta.

Hablad con mis capitanes para que ellos tomen el mando de vuestros guerreros. Y que esos mercenarios apestosos tiren las armas. Marchaos, pero dejadme a vuestro antiguo señor.

—Gracias, Majestad.

Socuella seguía allí, atado y arrodillado ante el rey, que dijo:

—Vos, Argaut Socuella, por vuestro delito de lesa majestad seréis ahorcado como el delincuente despreciable que sois, en este mismo patio de armas, a la vista de vuestros hombres y vuestra familia…, a la cual, y como suelo hacer, respetaré por no tener culpa alguna de vuestros desmanes. Vuestra cabeza acabará en la picota del burgo y vuestro cadáver penderá de las murallas para que lo vean durante días todos los que entren y salgan del bastión. El castigo servirá de ejemplo. —Lo agarró del pelo y levantó su cabeza para mirarlo a los ojos—. Y habéis de saber que a vuestros compañeros de rebelión les espera el mismo destino.

Empujó la cabeza con asco y Argaut Socuella casi cayó al suelo. Pero levantó la barbilla y lo miró a los ojos.

—¿Creéis que por matarme vais a acabar con la revuelta? —le dijo, con una sonrisa cruel—. Además de ser un tirano sois un necio. Otros vendrán después de mí, otros que también aman la libertad, y al final harán rodar vuestra cabeza de mocoso malcriado. No sois más que el hijo de una furcia borracha que llevaba una corona, y así habéis salido.

Los servidores del rey empezaron a desenvainar las espadas para matarlo allí mismo, pero él los detuvo.

—Que los carpinteros construyan el cadalso —ordenó, sin apartar sus fríos ojos del reo—. Y traed a un sacerdote. Falta le va a hacer a este hombre, para ponerse a bien con los dioses y pedirles perdón por sus muchas tropelías.

Se fue y los guerreros levantaron al prisionero para llevárselo a la prisión del cuerpo de guardia.

Esa misma noche llegaron jinetes con bandera regia. El principal de la comitiva fue llevado al despacho donde se encontraba el rey.

—¡Rafucio! ¡Qué placer verte!

—Majestad, el placer es mío.

Se abrazaron y Argaut le dio una copa de vino especiado y caliente. Su primo estaba más delgado y había tensión y ojeras en su rostro, así como la marca de un tajo ya seco en el pómulo derecho. La guerra le había pasado factura, pero sus ojos aún chispeaban con esa malicia divertida, habitual en él.

—Enhorabuena por la victoria, Majestad. He visto cadáveres colgando del patíbulo. Parece que a ese perro rabioso de Socuella le habéis puesto una correa de cáñamo.

—Ya sabes que no tengo mucha paciencia con ciertas gentes. Más

tarde te contaré la expugnación del castillo, pero primero deseo saber de ti. Me han llegado noticias sobre tus éxitos en el oeste. ¿Cómo fue la cosa?

Rafucio tomó un sorbo, paladeó el vino y chasqueó la lengua antes de responder:

—Un buen caldo, sí señor… Bien, Majestad, el general Fantiño y yo planeamos juntos la estrategia para someter a los rebeldes de occidente. Él llevó la mitad del ejército de Baunac a Torda y yo fui con la otra mitad a Cham, que estaba en poder de nuestro querido amiguito Dobrios Gatmona…

—Que Braladur lo maldiga.

—Eso. Fantiño haría su trabajo, yo el mío y después iríamos contra el tercer castillo en discordia, Lirón, de menor relevancia, pero aun así importante. Enviamos espías para tantear el terreno y descubrimos que los rebeldes, aparte de buenas mesnadas, tenían magos de las órdenes de Ember y Ternagul.

—Algo oí de eso. Esas órdenes están lejos, en el norte.

—En teoría son neutrales —repuso Rafucio—, pero en la práctica son vasallas de la Orden de Guzga, amiga de los Ertalce. Por tanto, ya sabemos quién envió a los magos.

—Pero los Ertalce han de negarlo todo, así como el maestre de Guzga. Parecerá que es cosa solo de Ember y Ternagul y, como están dentro del Señorío de Ertalce, tampoco podemos invadir sus castillos.

—Solo podemos atacar a sus caballeros mientras estén fuera del dominio, cuando ayuden a Gatmona y sus felones. —Rafucio dio otro sorbo mientras el rey se servía él mismo una copa—. Dado que ellos tenían magos nuestra labor se nos hizo cuesta arriba. El asedio ha durado meses, todo ello agravado por las salidas de los castellanos contra nuestro campamento, el peligro de infecciones y los refuerzos que enviaban desde Lirón. En una ocasión incluso hube de retirarme, pero volví cuando las aguas estuvieron de nuevo tranquilas. No obstante, al final la persistencia da sus frutos porque Cham cayó en mis manos hace una semana.

—¡Excelente! ¿Cómo lo conseguisteis?

Rafucio le guiñó un ojo.

—Si puedo meter una sola moneda de oro en un bastión sitiado, ya es mío. Contacté con gentes del interior, hubo un soborno, se abrió una poterna secundaria y… —Hizo chasquear los dedos—. ¡Se acabó el problema!

—Me llegaron rumores. —Argaut sonrió, miró el vino de su copa y luego a Rafucio—. En algunos lugares te llaman *El zorro*.

—¡Qué apodo más bonito! —contestó Rafucio con alegría.

La sonrisa de Argaut desapareció por completo.

—También oí que sometiste a saqueo no solo el castillo, sino

también la ciudad.

—Son las leyes de la guerra. Si la plaza se rinde se respeta a sus habitantes. Si no… —Se encogió de hombros—. Obtuvimos buenas ganancias, Majestad, dineros que nos ayudarán en esta guerra.

—Dinero robado a gentes que también son mis súbditos.

—Se empecinaron en resistir y pagaron por ello.

—Los soldados son soldados, pero la población del burgo no tenía la culpa de estar dominada por un felón como Gatmona.

—Prometo contenerme la próxima vez, Majestad —aseguró Rafucio, con una humildad que Argaut decidió tomar por sincera.

—Eso espero, señor Injeca. ¿Y qué pasó con el traidor?

—Lo he enviado custodiado a la capital para que vos hagáis con él lo que os plazca.

—Yo lo hubiera colgado, pero tampoco me disgusta que se pudra en la prisión de la corte. De cualquier modo, acabará muerto. ¿Y el resto de la campaña?

—Tacho Fantiño está haciendo un buen trabajo, pero aún no ha podido conquistar Torda.

—No todos son tan *zorros* como tú.

—Es posible, pero creo que acabará pronto la tarea, ahora que le he enviado las fuerzas que peleaban en Cham. Después irá por Lirón y también tendrá éxito. Confío en él. Y es un buen candidato para sustituir a Etacta, que Braladur lo tenga en la gloria.

—Creí que tal vez tú querrías liderar el Ejército Real.

—Oh, no, yo puedo mandar tropas, pero soy más diplomático que soldado. En este juego me veo como un caballo, no como una torre.

Argaut asintió y bebió. Rafucio estudió su cara y se dio cuenta de que el rey estaba preocupado y cansado; le notó más amargado y endurecido de lo que esperaba.

—¿Cómo va la guerra, Majestad?

—Mal. Llevamos casi un año de contienda con los rebeldes y estamos enfangados en una lucha de desgaste que a ellos les conviene y a nosotros nos perjudica. Los informes que siguen llegando del norte no son buenos. Los Ertalce continúan dándonos golpes por sorpresa en las aldeas y los campos cercanos a su señorío y nuestras huestes persiguen a sus sicarios y a veces logran capturarlos… Y a veces no. No osan declararnos guerra abierta y tras cada ataque hay un cruce de acusaciones diplomáticas que al final no llevan a nada. —Frunció los labios con asco—. Todo es una maldita hipocresía. La defensa de las tierras del norte absorbe tropas y guarniciones que nos resultan casi imprescindibles en otros escenarios. En cuanto al sur, es un avispero. Se repite la dinámica del setenta y cinco, cuando hubimos de someter a las Casas de Brangora y Simin… ¿Lo recuerdas? —Rafucio asintió en silencio—. Es la misma guerra *guerreada* en las cañadas, los bosques y

los montes. Tu padre no solo debe expugnar las grandes fortalezas de Altac, Amtra y Cerceya, sino también las motas y los pequeños castillos de los rebeldes, y eso, además, mientras le dan picotazos por todas partes. Para colmo de males, nuestros enemigos tienen mercenarios extranjeros, gentes sureñas de Élamos, entre ellos muchos magos. Tu padre está haciendo una labor extraordinaria porque ha tomado ya diez castillos, incluido Cerceya, pero sus fuerzas son limitadas. Allí aún hay muchos simpatizantes de mi padrastro, que Braladur lo maldiga por toda la eternidad.

—¿Barac Tiyadara ha vuelto? —preguntó Rafucio.

—No, no ha aparecido aún, ni su hija Lisca, pero tal vez apoye a los rebeldes desde Élamos, donde se rumorea que está escondido; hay quienes dicen que cuenta con el favor del rey elamosio. —Bufó una risa amarga—. ¡Solo me faltaría tener que pelear también contra un país vecino!

—No vayáis tan rápido, Majestad. Por ahora solo tenemos problemas internos.

—Cierto. Y con ellos está colmado el barril del disgusto y el líquido se desborda. —Suspiró—. En cuanto al este, desde el principio quise tomar la fortaleza de Lirtrón, donde se esconde ese grandísimo bastardo de Deriya, el caudillo de toda la gentuza del país. Monté el asedio y pasé meses allí, sin éxito, porque ellos tenían muchos magos de Ceiracán y porque además hacían salidas devastadoras…, sin contar una maldita infección que me arrebató casi ciento cincuenta hombres y me tuvo tosiendo y sudando durante tres días. Cuando creía que ya iba a apoderarme del bastión nos atacaron desde otro frente, compuesto de más traidores y más mercenarios pagados por los Ertalce. Se me echaron encima y no me quedó otra solución que levantar el campamento. —Clavó su mirada rabiosa y amargada en las sombras, allá donde no llegaba la luz de chimenea—. El rey tuvo que huir de sus enemigos con el rabo entre las patas. Qué humillación.

—No os atormentéis, Majestad. Un repliegue a tiempo es cosa discreta.

—Llevas razón, pero es un mal ejemplo para los que aún dudan. No obstante, me concentré en esta fortaleza de Amula y en ella he lavado parte de la mancha. Al menos uno de los tres cabecillas de la rebelión oriental ya es carne de horca.

—Y yo os he traído noticias de mi victoria en el oeste.

—No es suficiente, Rafucio. La guerra marcha mal. Y se nos agota el tiempo.

—¿Qué queréis decir?

Argaut dejó la copa en la mesa y miró hacia la noche y su sábana de diamantes.

—Hace unos días me llegó una misiva de la corte. Del señor Farica.

—¡Oh, vamos, nuestro amigo es un cuervo que no cesa de graznar! ¡Ya lo conocéis!

—Esta vez no son simples quejas. El Estado está arruinado y cada vez es más difícil hallar prestamistas. —Miró a Rafucio—. El próximo año se acabará todo. No quedará dinero para las pagas de los soldados y eso provocará motines, saqueos y deserciones. Ni siquiera podremos mantener la logística para alimentar a tantos hombres y caballos. El hambre y las enfermedades les harán el trabajo sucio a los rebeldes. Ellos lo saben, continuarán haciendo sangre y al final habremos de rendirnos y aceptar sus imposiciones. Seremos sus esclavos.

Rafucio guardó silencio. Argaut volvió a hablar, sin mirarlo:

—Yo solo quería que mis súbditos vivieran tranquilos sin que los señores pudieran hacer con ellos cuanto se les antojara en cada dominio. Quería acabar con los abusos y la corrupción. Quería que las vidas de las personas estuvieran sujetas a la ley y la justicia. ¿En qué me equivoqué? —Hizo una larga pausa—. Tal vez ellos lleven la razón. Puede que en Brajairi el tiempo de los reyes haya pasado. Quizás deba aceptar el yugo de privados que dicten mis decisiones, como ocurría en tiempos de mi madre. Puede que la época de los Agrate esté muerta y ahora empiece la de los Deriya, o incluso… —arrugó la nariz— la de los Ertalce.

Silencio. El rey continuaba estudiando las estrellas y Rafucio elegía en su mente las palabras.

—Majestad, os habéis preguntado en qué os equivocasteis. —Argaut lo miró—. Yo lo sé.

—Entonces dímelo.

—Hemos errado al planear la estrategia. —Rafucio levantó un dedo—. El sistema es el siguiente: empleamos el Ejército Real para someter a los nobles revoltosos, les despojamos de sus tierras, las incorporamos al realengo y son administradas por adelantados y custodiadas por soldados de la Corona. Así, todos el esfuerzo cae sobre las espaldas del Ejército Real, mientras que los nobles del país, que están obligados a ayudar al rey, apenas se involucran y solo prestan una pequeña parte de sus mesnadas.

—Eso si no están en el Partido de los Libres.

—La mayoría de las Casas no están en ese grupo. Pero tampoco nos ayudan con todas sus fuerzas.

—No me lo recuerdes —se quejó Argaut—. Resulta casi imposible obligar a cada uno de mis vasallos a darme todos sus hombres, y más aún ahora, cuando estoy enfangado en una empresa tan complicada. Por eso fortalecí el Ejército Real, para no depender de los aristócratas.

—Majestad… Argaut. Lo estás viendo del modo equivocado. Todos lo hemos visto del modo equivocado y por eso nos va mal. Si queremos ganar la guerra no podemos hacerlo solos. Debemos

enfrentar a los nobles contra los nobles. —Tomó un sorbo e hizo chasquear la lengua—. Durante decenios los aristócratas de Brajairi han peleado entre sí. Se enzarzaban en disputas que los reyes o bien permitían o bien a duras penas podían arbitrar. ¿Y por qué luchaban? Por el motivo de siempre: territorios. —Se echó hacia delante en la silla y sonrió con malicia—. Busquemos a los enemigos de nuestros enemigos y prometámosles sus dominios si los invaden y los destrozan. Entonces la pereza menguará y ellos nos harán el trabajo sucio.

—El problema es que las tierras de los vencidos quedarían no en el realengo, sino en tenencia férrea de esos otros nobles malnacidos, que así se harían más poderosos.

—Pero serían *nuestros* malnacidos. Acatarían la voluntad del rey no por lealtad, sino por su propio interés. Los señores de las grandes Casas tienen rencillas que se remontan a sus bisabuelos; están tan llenos de odio que no podrán resistir la tentación de aplastar a sus enemigos ancestrales de una vez por todas. Si les ponemos esa zanahoria en el hocico tirarán de nuestro carro. Solo así ganaremos esta guerra.

El rey lo miró durante mucho tiempo, pensativo.

—No has venido hasta aquí solo por el placer de la visita, ¿verdad?

—Tenía que proponértelo antes de que las cosas se nos vayan de las manos. Pero no creas que es una idea pasajera. Ya hay un plan. Y por cierto, no solo yo participo de él, pues antes de venir al este pasé por Longaza y me reuní con Etgula, que está de acuerdo conmigo. Tenemos una lista de nobles rivales de los rebeldes que nos ayudarán con todas sus energías cuando les prometamos castillos, campos y burgos. La presión de esos señores nos permitiría liberar muchas tropas para así emplearlas donde más se necesiten. De este modo la guerra terminaría el año próximo. Con nuestra victoria.

Argaut lo miró asombrado y un nuevo fuego prendió en sus ojos.

—¿Tan seguro estás?

—Sí. —Su mirada se endureció—. Pero para conseguirlo necesito tu apoyo. Necesito que el rey de Brajairi nos permita a Etgula, a mí y a nuestros hombres fuertes proponer alianzas y prometer recompensas en tu nombre. Majestad, necesitaremos vuestra palabra, vuestro sello e incluso vuestra firma.

—Nada ha de hacerse de manera innoble y cuanto se pacte se habrá de cumplir en el futuro. El rey de Brajairi no puede ser un felón.

—Por supuesto. Los señores de las Casas Esmire, Togoncha, Pepi, Aronja y Deriya caerán.

—¿También Deriya? Es el líder rebelde. Sería un golpe devastador.

—Ese bastardo acabará degollado por sus propios enemigos. Me ocuparé de ello.

El rey permaneció silencioso mientras el fuego seguía consumiendo los troncos del hogar. Asintió varias veces, despacio. Se sentó frente a su amigo y servidor y se sirvió otra copa.

—Contadme cómo ha de hacerse, señor Injeca.

Rafucio sonrió de lado, satisfecho.

3

La palma invisible y abrasadora del sol aplastaba aquellos predios ajados. El aire caliente trazaba arrugas en el vacío, los arbustos parecían pañuelos sucios y rugosos, arrojados aquí y allá, y los árboles torcían sus ramas en un tormento perpetuo de madera vieja y gris. El verano se resistía a desaparecer de una vez por todas. Lejos, tras unos montes de piedra blanquecina y vegetación más negra que verdosa, el horizonte humeaba una masa de niebla colorida, desasosegante e hipnótica, iluminada por brillos que no eran de este mundo. Allí hubo países enteros, pero fueron aplastados y destruidos al caerles encima la Llama, tras ser vencida por el Gusano. Ocurrió durante la Gultrutana, un milenio y medio atrás, y aún hoy nadie osaba entrar en aquel lugar maldito. Era la Distorsión.

Muchas leguas antes de esa aberración mastodóntica había un poblacho, una costra oscura de tejas, ladrillo y madera sobre la carne terrosa de un altozano. La corona del villorrio era el castillo de Toranuza, mota antes que bastión, una construcción fea que apenas transmitía un poso de dignidad.

La decena de hombres a caballo no tenían armadura ni escudo, pero sí llevaban espadas. No lucían uniformes, pendones ni emblemas, vestían ropones bastos y parecían soldados de fortuna o incluso salteadores de caminos. Se detuvieron cuando les salió al paso un jinete, este sí identificable por sus colores como perteneciente a la Casa Deriya.

—¡Alto! —gritó.

El líder del grupo levantó la mano para que nadie sacara los hierros.

—Vuestro señor ya sabe de nuestra llegada. ¿Tendréis la bondad de llevarnos con él?

—¿Quién eres tú? —ladró el soldado.

La amabilidad desapareció del otro hombre.

—Como sigas haciéndote el gallito con quien no debes, vas a quedarte sin plumas. ¡Llévanos con tu señor, patán! ¡Ahora!

El guerrero mantuvo a flote el orgullo lo mejor que pudo y les hizo una seña para fueran con él.

—Muchas, gracias, amable señor —dijo el forastero, con una sonrisa forzada.

Llegaron a un bosquecillo donde les esperaban veinte guerreros de

la tierra. Había allí una mesa con una jarra y tazas, y un par de bancos. Uno de los monteros se acercó a su líder.

—Parece que esta gente no nos recibe como es debido.

—No os enojéis. Igual se puede parlamentar en un palacio que en una mancebía. —Esbozó una sonrisa—. Yo mismo lo he hecho en ambos lugares. Al menos, aquí estamos a la sombra.

—¿Os acompaño, mi señor?

—No, Galvero. Quedaos con los hombres. Que nadie cometa una estupidez, ¿entendido?

El líder bajó de la silla y se acercó a la mesa. También vino a ella un hombre con atuendos señoriales. Era joven y altivo, ancho de hombros y de cintura, de movimientos enérgicos, con ojos duros que miraban sin pestañear.

—Encantado de conoceros, señor Añaso Deriya —dijo el extraño—. Agradezco que aceptéis reuniros conmigo, dadas las circunstancias.

—Las circunstancias se refieren a la guerra que el rey mantiene contra nuestra Casa y muchas otras del país —respondió el otro con voz severa—. Y vos, señor Rafucio Injeca, sois mi enemigo.

—Y también vuestro invitado, por lo que veo. —Señaló la mesa y las sillas—. No obstante, hubiera preferido que me recibierais en vuestro castillo, o al menos en una fonda.

—Podéis agradecer que no os cargue de cadenas y os envíe a Lirtrón, donde está mi señor padre.

Rafucio sonrió como si hubiera oído un chiste ya viejo. No esperó a que le invitaran, sino que se sentó y se sirvió él mismo una copa y bebió con gusto.

—Gracias por el tinto fresco. Este tiempo no es amable.

—Esta tierra nunca es amable —gruñó Añaso Deriya.

También él se sentó y bebió.

—Supongo que os estaréis preguntando —dijo Rafucio— por qué uno de los consejeros del rey, es decir, un enemigo de vuestro padre…

—Y por tanto también enemigo mío.

—Como gustéis: enemigo también vuestro. Decía que os estaréis preguntando por qué un enemigo os envió una carta por canales no habituales en la que se os pedía una entrevista secreta, una carta que prometía mucha ganancia si accedíais a celebrar este parlamento en vuestras tierras de Toranuza.

—En efecto, yo también me lo pregunto. Buenos argumentos debéis tener para disuadirme de haceros reo y entregaros a mi padre.

—No buenos, sino excelentes. Pero yo también me hago mis preguntas. Por ejemplo, me pregunto por qué aún no le habéis dicho nada a vuestro señor padre, siendo yo tan enemigo como decís…

—Tal vez sienta curiosidad.

—¡Ay, la divina curiosidad…! —suspiró Rafucio.

—Señor Injeca, no colméis mi paciencia, que por cierto no es grande.

—Perdonad si mi ironía os ha molestado. Muy bien, hablaremos en serio. —La sonrisa desapareció de su cara y clavó sus ojos en los de Añaso—. ¿Os place gobernar este lugar alejado de los dioses, esta tierra miserable que ningún aristócrata en su sano juicio querría?

—¡Señor, ya está bien! ¡No he venido hasta aquí para ser insultado! Haced el favor de entregarme vuestra espada y decid a vuestros hombres que se rindan.

—Teneos, amigo mío —dijo Rafucio, sin perder la calma. Incluso dio un nuevo y largo sorbo, provocando el pasmo de su interlocutor—. Solo estaba expresando vuestros propios pensamientos. Vos merecéis más que esto y lo sabéis. Vuestro padre se ha vengado de vos alejándoos de Lirtrón, de los lugares donde se guerrea y donde un joven puede ganar honra y fama. No os quiere donde podáis hacerle sombra. Os ningunea y lo sabéis.

—¿Ahora insultáis a mi padre? Vuestra audacia no tiene límite.

—A la verdad le llaman insulto solo cuando no es aceptada, pero la verdad es más tozuda que todos nosotros juntos, y la verdad es que vos no vais a ganar nada en esta guerra. Otros se llevarán gloria, títulos y beneficios. Otros serán premiados por vuestro padre. —Se encogió de hombros con disgusto—. Y mientras, ¿qué hacéis aquí? ¿Gobernar sobre un puñado de aldeanos?

—Cuido de las propiedades de mi familia —contestó Añaso. Pero su enojo se dirigía no tanto hacia el invitado impertinente, sino hacia su progenitor—. ¡Cuido de ellas!

—No. Sufrís un castigo. Vuestro padre os quiere escarmentar y además os tiene miedo y vos sabéis por qué. Lo sabe todo Brajairi. —Rafucio entrecerró los ojos—. Hace dos años os alzasteis en armas contra él. Quisisteis soliviantar a sus capitanes para derrocarlo y así haceros con la Casa Deriya. Fuisteis ambicioso, tal vez demasiado… Y no hubo suerte. La rebelión fracasó, pero vos sois el hijo único de vuestro padre, o al menos su único hijo *limpio*, así que no os hizo colgar de un árbol, sino que os mandó a este gran pegote de boñiga reseca en la última frontera de su dominio. Está dejando que os pudráis aquí mientras él gana la guerra.

Añaso respiraba fuerte, tan furioso que no era capaz de hablar. Aquel deslenguado ponía en palabras los pensamientos que lo torturaban día y noche.

—No solo eso —continuó Rafucio—. El reino entero también sabe que hace menos de un año vuestro padre legalizó la paternidad de Lequio Arras, uno de sus bastardos. Incluso le ha dado una capitanía en sus tropas.

—¡Ese hijo de una ramera no vivirá mucho en el campo de batalla!

—bufó Añaso—. ¡Si hay justicia en Dirtán el Padre ha de darle la peor de las muertes!

Rafucio se encogió de hombros.

—No entiendo de teología y desconozco qué suele hacer Braladur con los bastardos encumbrados. Pero sí sé una cosa: uno no puede quedarse cruzado de brazos mientras espera la justicia divina. —Bebió un sorbo, mirando al otro por encima de la copa. Chasqueó la lengua —. Uno ha de buscarse su propia justicia.

—¿Acaso creéis que yo mismo no mataría…? —Añaso se interrumpió al darse cuenta de que había hablado demasiado—. Os llaman *El zorro del rey* y ahora entiendo la razón. Retorcéis la verdad y las palabras.

—Oh, yo me limito a defender mis intereses, como vos hacéis con los vuestros. Unos y otros pueden ir de la mano.

Añaso soltó una carcajada incrédula.

—¿Me proponéis darle la puñalada a mi propio padre?

—Os estoy proponiendo vuestra supervivencia. Y por dos razones.

—¿Cuáles? —exclamó Añaso, intentando sonar burlón.

—La primera de ellas es que el rey va a ganar esta guerra. No sonriáis, señor mío, pues ganará. Con o sin vuestra ayuda. Y como todo vencedor, recompensará a los que estuvieron a su lado y castigará a quienes se le opusieron. Pero tal vez esta primera razón no os convenza, tal vez la consideréis una bravuconada, así que os daré la segunda: ¿qué creéis que hará con vos vuestro padre, ahora que ya tiene otro hijo *legal*?

Añaso quedó helado y la sonrisa desapareció de su rostro. La de Rafucio, en cambio, creció.

—Yo os lo diré. En el mejor de los casos os dejará pudriros aquí, como hasta ahora, y en el peor os desheredará. Pero aún quedarán más tragos en el cáliz de vuestra amargura, pues si bien vuestro padre ha respetado hasta ahora vuestra vida, ¿creéis que también lo hará ese hermanastro que os atormenta como una muela picada? Cuando vuestro padre vaya a reunirse con Braladur el antaño bastardo y ahora hijo legal os eliminará de un modo u otro. Al menos, es lo que yo haría. E imagino que vos también.

Añaso respiraba con mucha agitación.

—Perdonad mi franqueza —dijo Rafucio—, pero sea cual sea el resultado de este conflicto, vos perdéis. No pretendo humillaros, engañaros ni aprovecharme de vos. Vuestros objetivos y los del rey no son tan distantes. Todos saldremos ganando si me escucháis con la mente abierta. Y luego, si no os gustan mis ideas, podéis ponerme los grillos y entregarme a vuestro padre.

Añaso lo miró con dureza durante muchos latidos.

—Está bien. Solo por curiosidad, solo por eso, os haré la merced de

escucharos.

Rafucio reprimió su sonrisa triunfadora.

Hizo otras visitas de este jaez durante lo que restaba del año y también las hicieron Etgula y otros diplomáticos amigos. Se citaron con diferentes nobles en castillos, tabernas e incluso en el campo, como en Toranuza. A veces eran encuentros secretos y a veces eran públicos. En todos ellos se usaba una mezcla de argumentos razonables y promesas apetecibles, pero en ocasiones también flotaba la amenaza, aunque no tan brutal como para resultar ofensiva. Detrás de cada palabra estaba la sombra del rey. Como arañas laboriosas y pacientes, las gentes de Rafucio y Etgula iban tejiendo una red de pactos, alianzas, promesas, sobornos y garantías, el cemento que unía los sillares de la ambición. Pero los planes y los guisos necesitan su tiempo, así que los frutos de estas semillas tardarían en llegar. Durante los restos de 1580 la guerra prosiguió sin cambios, estancada aún más por el frío, la nieve en los caminos y la lluvia helada que convertía los campos en barrizales.

Nació un nuevo año, la primavera sacudió la sábana y arrojó por los aires la nieve y el hielo, y solo entonces empezó la diversión:

En el oeste el señorío Esmire sufrió el ataque de la Casa Oñapa, contra la cual había mantenido disputas fronterizas durante decenios… En el este los Socrén invadieron las tierras de Aronja… Y en el sur los Togoncha sufrieron la embestida de sus vecinos más fieros, los Sasam y los Querda… Algo se había barruntado sobre este juego de alianzas del rey con otros nobles, pero la mayor parte de los rebeldes fueron tomados por sorpresa, sus tierras quedaron arrasadas, sus burgos saqueados, sus cubiles —desconocidos para las tropas realistas pero no para quienes vivían tan cerca— destruidos, sus patrullas y mesnadas asaltadas en las veredas y trochas y sus castillos invadidos en la noche, a veces mediante la traición. Los embajadores del rey habían prendido fuego a la yesca de la venganza y habían explotado todas esas disputas rancias que venían de padres, abuelos y ascendientes lejanos: querellas enquistadas y pústulas de rencor. Incluso participaban pequeñas órdenes de magos hasta ahora neutrales. Se había pactado con todos ellos el reparto de las tierras de los rebeldes, como si fueran un pastel cortado en trozos, una tarta sobre la que pudieran arrojarse los hambrientos.

La presión de los nuevos jugadores permitió a la Corona mayor movilidad. Por ejemplo, Guarner Injeca recibió refuerzos preciosos

para usar contra la fortaleza de Amtra, que había resistido durante largo tiempo y que al fin cayó. También se pudo castigar a nobles y mercaderes unidos a la revuelta. En el norte se reforzó la línea defensiva contra los Ertalce. En el este los refuerzos presionaron sobre Lirtrón, el centro neurálgico desde el que actuaba Debrión Deriya, el caudillo de los levantiscos del país. El propio rey lideró el segundo sitio y penetró con sus huestes en el bastión, pero su alegría se trocó en furia porque allí no estaba Deriya, que había logrado romper el cerco y había huido hacia el este, donde aún tenía posesiones y amigos.

A pesar de la intervención de los nuevos aliados del rey, el conflicto estaba lejos de acabar. La Corona había contraatacado, pero sobre todo en el este, cerca de Ceiracán, aún había un núcleo de enemigos liderados por Deriya, cuya huida milagrosa de Lirtrón no le había hecho parecer un cobarde, sino más bien un adalid heroico que se escurría por entre los dedos del tirano. Hasta que no acabaran con él no obtendrían la victoria definitiva. Además, apenas había fondos para mantener la lucha. Y para colmo de males los espías aseguraban que Deriya y sus amigos estaban preparando —con dinero Ertalce— la llegada de un segundo ejército mercenario irlú.

A comienzos del otoño los embajadores del rey marcharon al este. Habían pedido una reunión con el propio Debrión Deriya, asegurándole que deseaban proponerle algo de su interés. El líder rebelde accedió y dictó el lugar del encuentro. El negociador era Rafucio Injeca y a su lado iba su hombre de confianza, Enardo Galvero, quien ya lo acompañara el año pasado cuando se entrevistara con Añaso Deriya en Toranuza. Galvero no pertenecía a la aristocracia, sino que era un hidalgo de una familia noble venida a menos, un tipo siniestro que Rafucio había conocido en sus visitas a las tabernas.

—Mi señor —le dijo Galvero a Rafucio mientras marchaban por una senda entre pinos—, creo que nos estamos metiendo en la boca del lobo. Este territorio en teoría es neutral, pero en la práctica está controlado por Deriya. Si sufriéramos una emboscada nuestros ocho hombres no nos servirían de mucho.

—No temáis, amigo. Debrión Deriya es un traidor a la Corona, pero aún le queda nobleza entre pecho y espalda. Dudo que hiciera algo tan sucio como atacar a unos embajadores.

—Los hombres son como líneas que traza la vida, mi señor. Pueden ir rectos durante años y de pronto se tuercen.

—¿Qué beneficio obtendría Deriya prendiéndonos? Al rey le sobran diplomáticos.

—No como vos. Sois el más hábil. Los enemigos os temen tanto como os odian.

—Si pretendéis endulzar mis oídos, ahorraos el trabajo. Desconfío de las alabanzas.

—No es lisonja necia, mi señor. Habéis conseguido alianzas valiosas para la Corona. Seríais un buen bocado para el monstruo. Creo que el rey no hizo bien promoviendo esta reunión con el enemigo.

—En primer lugar, Galvero, nunca volváis a porfiar sobre las órdenes del rey en mi presencia. —Rafucio lo miró con ojos acerados y su segundo bajó la vista—. Eso es competencia única y exclusiva de los consejeros de Su Majestad y vos podéis ser útil, pero no llegáis a tanto.

—Perdonadme, mi señor.

—Y en segundo, lugar la idea de este encuentro no fue del rey, sino mía.

—¿Vuestra?

—Calma, Galvero. Sé lo que hago. El señor Deriya debe sentir curiosidad por lo qué podamos ofrecerle. Tal vez piense que queremos la paz.

—¿Y es así, mi señor? ¿Vais a proponerle eso?

Rafucio lo miró con una sonrisa astuta.

—Se pueden proponer mil cosas al enemigo, pero cumplirlas es harina de otro costal.

—¿Y qué vais a…?

—Tirad del freno. No os he traído para debatir sobre alta política. Los ocho soldados que nos acompañan son de vuestra confianza, ¿verdad?

—Por supuesto. Tal y como ordenasteis, los elegí yo mismo.

—Bien. Y ahora… Ah, por allí viene un heraldo. Al fin nos recibe el grandísimo hijo de la ramera. Yo mismo exigí en la carta que debíamos encontrarnos no bajo techo, sino al aire libre. Supongo que nos llevará a un claro de este pinar.

Galvero miró quejumbroso a su señor, quien por el contrario parecía bastante alegre. Pero lo conocía bien y sabía que, cuanto más difícil era la partida, más fresco y desenvuelto se mostraba ante todos. El jinete los llevó a un claro de hierba fresca y enormes rocas grises. Sentado en una se encontraba el propio Debrión Deriya. Veinte guerreros lo acompañaban.

—Solo iréis vos, señor Injeca —dijo el heraldo—. Vuestros hombres os esperarán aquí.

—¿Estáis loco? —exclamó Galvero—. ¿Pretendéis que mi señor vaya solo a un lugar donde lo esperan veinte tipos armados hasta los dientes? No vayáis, señor. Esto hiede a añagaza.

—Perded cuidado y esperad aquí con nuestros hombres —ordenó Rafucio—. Intervenid solo si yo os lo ordeno a gritos. ¿Entendido?

Galvero se removió impaciente en la silla, pero al final asintió de mala gana. Quedó en los bordes del claro con los hombres y Rafucio fue con el heraldo hasta las piedras. Desmontó y caminó hacia el señor Deriya, que lo observaba con frialdad.

—Tentado estoy de traspasaros de pecho a espalda con el acero —fue su saludo—. Pero el honor me lo impide.

—Vuestro honor no os impidió traicionar a vuestro señor el rey.

—Se debe obedecer a los buenos señores, no a tiranos y déspotas.

Rafucio se sentó en otra piedra ovalada y enorme, frente a Deriya.

—No he venido aquí para intercambiar ofensas, así que ruego que nos comportemos como adultos.

—¿Adultos? —Deriya bufó una risa estrangulada—. ¡Vuestro rey es un mozalbete y vos sois también un muchacho! Solo su inmadurez puede justificar sus atropellos a las personas libres de Brajairi.

—Es posible que mi señor sea joven —contestó Rafucio—, pero os aseguro que en firmeza y determinación, comparado con él vos sois una criatura de pecho. Y en cuanto a cuestiones de sabiduría hacéis mal en subestimarlo porque se rodea de consejeros inteligentes.

Deriya lo miró con odio y la sangre abandonó su cara, señal de que iba a responder con ira. Pero Rafucio levantó una mano.

—Tengamos paz. Vuelvo a pediros que dejemos los insultos para gentes de menor grado. Por favor.

Deriya entrecerró un ojo.

—Sea. ¿Por qué demonios me habéis pedido esta entrevista?

Rafucio suspiró con alivio.

—Como sabéis, la guerra ha dado un vuelco. El rey cuenta ahora con aliados poderosos que…

—¿Aliados poderosos? Un puñado de nobles de aquí y allá que están picoteando a mis amigos en el sur y el este. A la larga serán aplastados.

—Sabéis tan bien como yo que ha habido un giro y que ahora el Ejército Real está venciendo en cada escenario de la guerra. Por ejemplo, y no os toméis esto como una ofensa, se consiguió expugnar Lirtrón.

—Reconozco esas victorias de los vuestros, pero aunque son dolorosas, no son decisivas. ¡Vamos, por Braladur, no me vengáis con bravuconadas! El Partido de los Libres todavía no ha sido doblegado y es difícil que vuestro señor lo consiga, pues tenemos amigos fuertes.

—Los Ertalce. Buenos prestamistas os habéis buscado.

—Tan buenos para nosotros como malos para el rey. Vuestro señor pagará caro el desprecio que le hizo a la chiquilla Ertalce. Ellos estarán siempre a nuestra vera.

—No veo sus tropas por ningún lado —repuso Rafucio.

—¡Ni falta que hacen! Con su apoyo podemos obtener mercenarios

extranjeros del este y el sur. Así mantendremos vivo el fuego de nuestra lucha.

—Por favor, señor Deriya, dejad las palabras bellas a los poetas y centraos en los hechos.

—¿Queréis que me centre en los hechos? Bien, pues os daré hechos. Las arcas del rey están agotadas. Antes del invierno no tendrá con qué pagar a sus tropas, mientras que nosotros todavía podremos pelear durante un año o dos. Podemos resistir, revolvernos, contraatacar, huir… Somos como lobos que rodean a un oso viejo y moribundo, un animal grande que ya no tiene apenas fuerzas, que puede matar a uno o dos lobos dando zarpazos desesperados, pero que se desplomará de un momento a otro, sin energías. —Deriya sonrió con dureza—. Si a vuestro señor le queda algo de seso el próximo año vendrá hasta nosotros pidiendo la paz. Y la tendrá. Pero le saldrá cara.

—No todos vuestros aliados parecen tan firmes como vos.

—Sabré convencerlos. Pueden confiar en mí.

Rafucio asintió un par de veces, pensativo.

—Es por ello que he venido a veros, señor Deriya. A vos, personalmente.

El noble lo miró durante muchos latidos y luego sonrió burlón.

—¿Pretendéis ganaros mi confianza? ¿Acaso creéis que voy a abandonar a mis gentes para pasarme a vuestro bando moribundo?

—Vais a perder la guerra. Os pido que entréis en razones y desistáis de tanto esfuerzo inútil. Si valoráis vuestra vida y vuestras posesiones estáis a tiempo de…

—¿De traicionar a mi gente? —interrumpió Deriya—. ¿Y qué me ofrecería el rey a cambio?

—La vida. Tendréis que dejar de liderar vuestra Casa y se os darán propiedades y un trato digno. Ni siquiera se os exigirá un juramento de lealtad público.

Deriya parecía más asombrado que iracundo.

—¿Habéis venido hasta aquí solo para decirme que debo rendirme, así, sin más?

—He venido hasta aquí para que no persistáis en el yerro. Mi rey os ofrece el perdón.

El rebelde volvió a sonreír.

—Ahora lo entiendo. Estáis desesperados. Habéis llevado a cabo esta última bufonada porque ya no sabéis que hacer. Os creía más discreto, sobre todo a vos, señor Injeca, *El zorro del rey*, que supisteis atraeros con habilidad a tantos amantes de la esclavitud.

—No fui yo solo.

La faz de Deriya se endureció.

—Sé incluso que visteis a mi hijo en Toranuza el año pasado. —Rafucio lo miró con el rostro impasible y los ojos alerta—. Oh, sí, eso

también lo sé. ¿Acaso creéis que no iba a enterarme? Me lo dijo él mismo. Habéis intentado atraéroslo para vuestro bando. ¡A mi propio hijo! ¿Acaso creéis que soy un necio? Añaso cometió errores en otra época, pero los ha enmendado de golpe al advertirme de vuestra jugada. ¿Pensabais que él estaba con vos? ¡En realidad estuvo siempre conmigo! ¡Habéis hecho el tonto!

Rafucio frunció el ceño y bajó la vista. Deriya le señaló con el dedo.

—¡Quisisteis poner al hijo en contra de su padre! Dad gracias a Braladur, pues yo sí respeto los códigos y solo por eso no os mato aquí mismo, ¡bastardo intrigante!

—Señor Deriya, os ruego que no me insultéis más.

—No insulto. Solo digo lo que sois, sabandija asquerosa. Ahora idos antes de que me arrepienta y os parta en dos de un mandoble. ¡Largo, miserable! ¡Fuera de mis tierras!

Con las mejillas enrojecidas Rafucio se levantó despacio de la roca, miró al señor Deriya, que aún lo contemplaba con odio, y luego echó una mirada a los soldados. Vio la afirmación en sus breves asentimientos y en sus miradas de complicidad.

—Prendedlo —ordenó.

Los guerreros agarraron por los brazos a Deriya. Uno de ellos desenvainó y puso la espada bajo su nuez.

—No os mováis —advirtió el soldado.

Deriya los miró, boqueando y abriendo mucho los ojos, como un pez fuera del agua. Rafucio dio la vuelta y levantó las dos manos hacia sus hombres, que aún estaban lejos.

—¡No intervengáis, Galvero! ¡Seguid allí con los hombres! —Se volvió hacia Deriya—. Daos por preso.

—¿Qué es esto? —gritó el noble, echando miradas a sus guerreros, que o bien lo tenían sujeto y lo estaban desarmando, o seguían inmóviles como estatuas—. ¿Qué estáis haciendo, malnacidos? ¡Ayudad a vuestro señor!

—Ya no sois su señor —dijo Rafucio—. Hace mucho que no mandáis en ellos.

—¿Qué locura es esta? ¡Son hombres de mi Casa!

—Son hombres de vuestra Casa, en efecto, pero… ¿los elegisteis vos?

—¿Qué? —bramó Deriya. Intentó zafarse, pero los soldados le tenían bien agarrado y además la espada bajo la nuez le disuadía de cometer locuras—. ¿Qué ocurre aquí?

—Esta escolta armada la escogió vuestro hijo, vuestro querido hijo, que tan rápido os habló sobre ese encuentro secreto conmigo del pasado año. Yo mismo le sugerí que os lo dijera. De ese modo conseguiría de vos la confianza, ese bien tan preciado.

Deriya lo miraba con un horror creciente.

—Sin embargo —prosiguió Rafucio—, vuestro hijo no os dijo que hemos seguido en contacto durante todo este tiempo y que juntos hemos hecho grandes planes. Y que esos planes tienen que ver con el futuro de vuestra Casa, con el futuro de esta guerra… y con vuestro propio futuro personal. Vuestro hijo es más hábil de lo que pensáis y, aunque está mal que yo lo diga, ha tenido un buen consejero. Ha trabajado duro para hacerse con el favor de gentes de vuestra propia Casa, gentes descontentas con vuestro liderazgo, pues siempre las hay en toda organización de poder. Ha recabado afectos y alianzas secretas aquí y allá, sobre todo de personas a las que no les gusta ser mandadas por un bastardo.

—¡Asqueroso! —rugió Deriya—. ¿Qué habéis hecho con mi hijo Lequio?

—¿Yo? Yo no le he hecho nada. Será vuestro hijo Añaso el que decida qué hacer con su hermanastro. Aunque, conociéndolo, supongo que a vuestro hijito bastardo le espera un final no muy rápido. Ni dulce.

—¡Traidor! ¡Traidores! ¡Estoy rodeado de traidores! ¡Pero no dará resultado! ¡Hay mucha gente que se rebelará contra esta canallada!

—¿Habéis leído sobre magnicidios? Los hubo en la historia de este país. En realidad los ha habido en todo Dirtán. Es una lectura interesante. Para que un golpe de tal calibre tenga éxito hay que planificarlo con cuidado y después hay que ejecutarlo por sorpresa y con energía: puñaladas en los riñones, detenciones inesperadas, cambios súbitos de mando de guarniciones y tropas… Si se hace bien el éxito puede ser fulminante. Me temo que algo así está ocurriendo ahora mismo en vuestra propia Casa. —Rafucio dejó de sonreír—. Os ofrecí la piedad del rey y la habríais obtenido, pues nos servís más como ejemplo de gracia regia que como mártir. Pero fuisteis obstinado.

—¿Creéis que voy a suplicar al déspota? ¡Antes prefiero morir mil veces!

—No corráis tanto. Con una será suficiente.

Deriya jadeaba y miraba alrededor; este paraje natural que antes pareciese tan seguro se había convertido en el decorado de una alucinación espantosa.

—Todo ha sido una artimaña. Por eso se me atrajo hasta aquí con la excusa de parlamentos, para prenderme lejos del castillo. Y yo caí como un bobo.

—Bien explicado.

—Ya veo… ¿Sabéis una cosa, señor Injeca? Yo respetaba a vuestro amo. Le creía un joven loco y dictatorial, pero pensaba que tenía su propio sentido del honor. Me habéis sacado del yerro. El rey no

respeta ni siquiera las vidas de los embajadores de una negociación. Vuestro rey es un perro, ¡un perro coronado! No, es aún peor, porque el perro es un animal noble y fiel. ¡Es un gusano! Lo único que siento por él es desprecio. Y lo que siento por mi país es miedo y tristeza.

—Cerrad la boca —advirtió Rafucio, con el rostro muy pálido.

—Responded: si vuestro señor es un gusano, ¿en qué os convierte eso a vos?

Rafucio desenvainó su daga, apartó la espada del cuello de Deriya y se lo rebanó. No se apartó a tiempo y la sangre cayó sobre su pecho y tiznó su faz impasible. Deriya abrió mucho la boca y los ojos, las piernas se le doblaron y los hombres lo dejaron caer sobre las rodillas. Rafucio se limpió la cara con la capa, después limpió la daga y la envainó, todo ello sin dejar de mirar el cadáver del rebelde.

—¿Qué pensabais hacer con él? —preguntó al líder de los guerreros.

—Lo mismo que habéis hecho vos, señor, pero en lo profundo del bosque.

—¿Y luego?

—Se le echaría la culpa a los bandidos, muy numerosos en estas tierras; habríamos dicho que ellos eran muchos, que no pudimos protegerlo y algunas cosas más. Se organizaría una batida, se atraparía a unos desgraciados, se les obligaría mediante tormento a confesar el crimen y se los ajusticiaría cuanto antes.

—Eso convinimos vuestro señor Añaso y yo en caso de que este necio no aceptara la gracia del rey.

—Si el señor Deriya hubiera aceptado vuestra oferta de piedad, ¿la habríais cumplido?

Rafucio lo miró con dureza.

—Os recuerdo que la curiosidad mató al gato.

El hombre asintió, humilde.

—Otra cosa —dijo Rafucio—: ¿vuestros hombres son de fiar?

—Lo son. Añaso Deriya responde por ellos.

—Ni uno solo se irá de la lengua.

—Perded cuidado, señor.

—Perdedlo vos, y sobre todo vuestro señor, porque nada le convendría menos que ciertos rumores sobre la muerte de su padre.

—Por supuesto.

—Hay algo más. Todo esto que ha pasado aquí es cosa exclusiva de vuestro señor Añaso, y mía. El rey no sabe nada.

—¿El rey no sabe nada?

—El rey no sabe nada. Repetídselo a vuestro amo para que no meta la pata hasta la cadera cuando se reúna con Su Majestad para rendirle pleitesía.

—Se lo comunicaré.

—Entonces no hay más que decir. Dadle saludos a vuestro señor. Y expresadle mis condolencias por la muerte de su querido padre —echó una última mirada al muerto—, vilmente asesinado por bandidos.

—Lo haré —respondió el hombre.

Rafucio dio la vuelta y echó a andar hacia sus propios guerreros, que lo observaban todo con asombro.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Galvero—. ¿Está muerto Debrión Deriya?

Rafucio lo agarró de un brazo y se lo llevó aparte. Lejos de los soldados, clavó sus ojos en él.

—Decidme lo que habéis visto. Y meditad la respuesta.

Galvero abrió un poco la boca, pero enseguida la cerró. Su rostro se volvió impasible.

—Lo único que he visto es una reunión entre Debrión Deriya y vos.

—¿Ha ocurrido algo extraño en tal reunión?

—No, mi señor. Habéis parlamentado, pero no oí nada desde la distancia. Una vez terminado el encuentro vos habéis vuelto conmigo y el señor Deriya se ha marchado con sus hombres.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

—Muy bien, Galvero. Antes me dijisteis que para esta misión elegisteis hombres de confianza.

—Ellos han visto lo mismo que yo.

—Me agrada oír eso. No me gustaría que les ocurriera ningún percance fatal, ni a ellos ni a vos, Galvero. Supongo que ninguno sufre delirios ni tiene una imaginación fértil, ¿verdad?

—Ni uno solo de ellos.

—Bien, mi querido Galvero, muy bien. Necesito a mi lado hombres no solo enérgicos y fieles, sino sobre todo discretos. Recordadlo y llegaréis alto junto a mí.

—Podéis confiar en mí por completo, señor.

—Procurad que así sea si queréis disfrutar de esta hermosa vida que Braladur nos ha concedido. —Rafucio soltó su brazo, empujándolo —. Y ahora volvamos con el rey. Hemos de darle la triste noticia de que Debrión Deriya se obstina en su rebelión.

4

Extramuros de Longaza, a menos de media hora a pie, había una hoya de tierra a la que llamaban *El Campo del Ahorcado*, un anfiteatro natural donde las autoridades ejecutaban a los culpables de delitos graves. Cuando ello ocurría —a menudo, porque Longaza era una de las ciudades más grandes del reino y por tanto tenía su buena ración de ladrones, secuestradores, violadores y otras gentes de mal vivir— los ciudadanos y las gentes de los villorrios próximos acudían en masa para ver cómo los reos danzaban el *baile de la soga*, o eran decapitados, o azotados, o arrastrados por caballos, o desmembrados. Al pueblo le encantaba el espectáculo sangriento de la ley y la justicia.

En este día primaveral del año 1582 los pájaros cantaban alegres, el cielo vestía su celeste más hermoso, el sol brillaba como un dios de las alturas y la temperatura era amable. Todo acompañaba. Decenas de miles de personas charlaban mientras esperaban la crueldad hecha institución. Desde hacía dos semanas los pregoneros habían estado anunciando en ciudades y aldeas una ejecución fastuosa, así que hoy había en el Campo del Ahorcado familias enteras, criaturas que mamaban de las madres, niños que jugaban y correteaban, ancianos que recordaban otros tiempos, labriegos, artesanos, granjeros, soldados, busconas, matachines, bravucones, letrados, escribanos, terratenientes, obreros y mercaderes. Un caldo humano en ebullición. En el fondo de la hoya no estaba el patíbulo de costumbre de una sola horca, sino un cadalso enorme construido para la ocasión de cuyo largo travesaño colgaban cinco sogas… ¡Cinco! Además, y para el acomodo de las gentes de alcurnia, se habían construido unas gradas de madera, custodiadas por soldados para que los espabilados no las ocuparan.

Hubo clamor y convulsiones entre la muchedumbre. Los ojos se abrían y las bocas sonreían con regocijo. Aquí y allá estallaban las voces: *¡El rey! ¡Ya viene el rey! ¡Llega Argaut III Agrate, que ha ganado la guerra contra los nobles traidores! ¡El mismísimo rey viene para contemplar el ajusticiamiento de los felones asquerosos! ¡Fijaos! ¡Ahí está! ¿Dónde, dónde? ¡Apartaos, que quiero verlo! ¡Qué guapo y qué gallardo! ¡Y qué serio! ¡El rey, es el rey! ¡Mira, hijo, ahí está el rey! ¿Dónde?¡No veo nada! ¡Que los dioses lo bendigan! ¿De veras es tan joven? ¡Parece un hombre hecho y derecho! ¡Pues claro, es un guerrero bragado en el combate! ¡Peleó en la guerra! ¡Y aún no está casado! ¡Qué buen mozo!*

¡Ay, dichosa la que despose con él! ¡Vamos, vamos, agachad la cabeza, que ya está ahí! ¡Rendid respeto al rey, bellacos! ¡Ríndeselo tú a la furcia de tu madre! ¿Quién dijo eso, quién lo dijo, que le parto el morro? ¡Yo creía que era más alto! ¿Tú qué vas a creer, zopenco? ¡Él solo mató a cien traidores! ¡Y sin armas! ¡No, fueron mil! ¡Yo lo vi! ¡Bueno, en realidad me lo contaron! ¡Aparta, que no me dejas ver! ¡Cuidado con la bolsa, que hay descuideros! ¡Callaos, necios, callaos, que va a hablar el rey! ¿Va a hablar de verdad?¿Pero qué está diciendo? ¡No le oigo! ¿Seguro que ese es el rey? ¡No, es ese, el de la derecha de la señora del vestido brillante! ¡Ah, es verdad, está ahí! ¡Es el rey, el rey, ay, qué alegría, el rey, ay, ay, ay! ¿Y este rey de quién es, quien fue su padre? ¿Y cómo dices que se llama? ¡Cerrad el pico, maldición, que quiero oír al rey cuando hable!

Pero nadie callaba; de hecho, en cuanto Argaut III fue visto las gentes habían empezado a parlotear como locas, pues contemplar al soberano los sacaba del pozo mediocre que eran sus vidas, existencias mortales que a nadie interesaban y que jamás aparecerían en ninguna crónica. Ahí estaba lo más parecido a un dios que verían jamás, el monarca, el amo de sus existencias, acompañado de su tía, que fue la regente del país cuando él era un zagal y estuvo lejos, cuando se libró otra guerra, de la cual ya se habían olvidado los motivos, una guerra más, al fin y al cabo. También estaban allí las gentes del Consejo del Rey: el mayordomo, el tesorero, los generales del Ejército Real, los aristócratas, los poderosos Injeca y sus vasallos los Erejna, Etacta, Farica, Cariona, Osmar, Etgula… Había nobles llegados de otros puntos del país, como los Bauán, Saram, Sugmín, Querda, Erez, Pellar, Socrén, Oñapa y otros Grandes, acompañados de sus propios vasallos. Algunos habían ayudado a la Corona y a cambio se les había concedido las tierras y rentas de los revoltosos. Se los veía exultantes. Pero no había un solo representante de la Casa Ertalce ni de sus muchos vasallos, incluida la Orden de Guzga. Sí estaban los maestres de las otras órdenes de la Fuente: el Alba Dorada, Telliuna, la Serpiente y el Cascabel, el Triángulo de Plata, el Zorro, el Nuevo Día, Saberna, el Árbol Brillante, Abtar, Grinaia, Gamota, los Guardianes del Orden, el Cuerno Blanco, Gatbura y Gatmós. Y no podían faltar los sacerdotes del culto de Braladur.

Toda esta gente altísima ocupaba las gradas anejas al palco del rey. En las laderas y los campos adyacentes estaba el populacho. Y todos, pueblo, nobles y realeza, orbitaban en torno al núcleo de la función: el patíbulo.

El año anterior Debrión Deriya, líder de los rebeldes, fue extrañamente asesinado por bandidos en su propia tierra y su hijo Añaso se proclamó señor de la Casa. La sucesión no estuvo exenta de polémica, pues Añaso hizo detener y encerrar no solo a quienes se opusieron a su ascenso, sino también a los que juzgó que *podrían*

oponérsele en el futuro. Dicho en pocas palabras, hizo una purga de padre y muy señor mío, con una rapidez y una determinación sospechosas, como si lo tuviera ya planeado. No se libró Lequio el Bastardo, a quien acusó de conspiración contra su persona y envió a la celda. Pero lo más asombroso fue el giro que imprimió a la política de la Casa Deriya. Proclamó que la guerra contra la Corona había acabado, rindió pleitesía al rey y ordenó a todos sus vasallos hacer lo mismo. La mayoría obedecieron, pero otros lo acusaron de traidor y huyeron hacia el este. Añaso se hizo con los dineros que su padre tenía guardados para pagar a los mercenarios extranjeros y rompió las negociaciones. Sin los bárbaros, el Partido de los Libres apenas tenía posibilidades de vencer. El Ejército Real y sus nuevos aliados aristócratas presionaron aún más y, faltando el carismático Debrión Deriya, la moral de los rebeldes se desplomó. Todos los oportunistas pidieron tregua al rey, que quería acabar la contienda cuanto antes y declaró la amnistía para quienes se le rindieran, aunque les quitó rentas y señoríos y los envió a villas y dominios raquíticos donde no pudieran medrar. A principios de 1582 la guerra estaba ya decidida. Incluso los Ertalce pidieron una reunión con los embajadores del rey, se estableció una tregua por ambas partes y Argaut no tuvo otro remedio que hacer borrón y cuenta nueva. De nuevo Urguna y los suyos se libraban del castigo, pero era otra deuda más y el rey se juró a sí mismo que algún día se las cobraría todas juntas. Los castillos de los últimos señores rebeldes fueron cayendo uno tras otro y quienes no murieron en batalla fueron enviados a la capital para ser juzgados. El bastardo Lequio Deriya y sus capitanes fueron colgados en la propia fortaleza de Lirtrón, bajo la mirada satisfecha de Añaso Deriya, considerado por muchos tan fiel a la Corona como traidor a la memoria de su padre. No fue el único caso de castigo fulminante. En los burgos rebeldes las cabezas de otros líderes fueron puestas en la picota y de los puentes y las almenas colgaron sus cuartos, como prueba de la justicia real.

Hoy se celebraría el escarmiento postrero y más importante, el ajusticiamiento de los últimos nobles rebeldes. Debía hacerse a la vista de miles de personas para que no hubiese duda sobre el destino de todo aquel que osara enfrentarse al rey.

El propio Argaut, sentado en el palco, ajeno a las multitudes, conversaba con sus cercanos mientras esperaba la llegada de los reos. El público aguardaba con expectación casi dolorosa. Al fin se oyó un rumor lejano, un redoble de tambores. Por el camino de tierra venían hombres armados precedidos de tamborileros, como en una marcha militar. Traían a los condenados maniatados y sujetos a los caballos. Eran quince y parecían espectros miserables antes que hombres, pues vestían ropa interior desgarrada, un poco menos sucia que sus carnes

abiertas por el látigo y machacadas por la porra. Les seguía una turba de mozalbetes que les arrojaban fruta, huevos podridos, pellas de barro y boñigas. Los cautivos arrastraban los pies desnudos y despellejados y sufrían los insultos del vulgo. Algunos miraban con ojos asombrados ese caos de rostros furiosos que les deseaban sufrimiento, muerte y condenación; otros parecían atontados, como si la mente se les hubiera roto durante su largo cautiverio; unos pocos alzaban la cara con orgullo estrangulado y eran estos los que más insultos y proyectiles recibían, como si aquella última dignidad le pareciese al pueblo escandalosa y obscena. El rey los miraba con rostro impasible. La soldadesca abría un camino en la muchedumbre furiosa, empujando y casi pinchando con las lanzas. Dos presos cayeron sin fuerzas y fueron arrastrados por el polvo, entre las risas del gentío. Los verdugos daban un repaso al mecanismo de las trampillas y tironeaban de las sogas. Los matarifes habían colocado ya las mesas donde los cadáveres serían eviscerados y cortados en trozos, afilaban los cuchillos y calentaban los braseros donde quemarían las tripas. El público se frotaba las manos, reía y desorbitaba los ojos.

Los soldados dispusieron a los quince cautivos en tres líneas de cinco hombres frente al palco del rey. Se les obligó a arrodillarse y se les agarró del pelo para presentar el rostro al soberano. Ninguno trató de resistirse, pues el horror del momento y las palizas les habían quitado las fuerzas. Hubo un último redoble de tambores y luego cayó el silencio.

El oficial al cargo siguió el protocolo y pidió permiso al rey para que diera comienzo la ejecución. El monarca levantó la mano. El funcionario desplegó un documento y leyó con voz fortísima la lista de los cautivos. Algunos habían sido líderes del partido rebelde: Tulo Esmire, Endrán Zurote, Geracat Cubeira, Comios Pepi y Garzur Aronja. Los otros reos eran sus capitanes, consejeros y algún que otro señor vasallo. Aquel acto no solo tenía como objetivo eliminar a los enemigos del rey, sino hacerlo del modo más humillante, como ejemplo para todo el país, así que el oficial nombró todas las posesiones, títulos y regalías que los delincuentes habían perdido, así como sus muchos delitos, que se resumían en el más grave: lesa majestad. Traición al rey. No solo no se les decapitaría como a caballeros o prisioneros de guerra, sino que tampoco se les enterraría en tumba, ni siquiera en la fosa común destinada a los pobres. Se les ahorcaría a la vista de todos, se les trocearía y sus cabezas y cuartos estarían en la picota y en las grandes puertas de la ciudad durante semanas, hasta que ya no quedara carne o cosa que se le pareciera sobre los huesos. Sin duda ellos barruntaban la sentencia, pero algunos sollozaron al oírla, aunque no les dejaron bajar la cara porque un soldado la mantenía agarrada por los pelos para que la viese todo

el mundo. No obstante, y fiel a su costumbre, el rey había perdonado la vida de sus familias, algo que disgustaba a muchos en la corte.

Tras la lectura el oficial del acto ordenó al público agachar la cabeza porque el rey iba a hablar. Así lo hicieron los miles de espectadores, los soldados, los funcionarios y también las gentes de las gradas y del palco. A los condenados se les obligó a hundir la barbilla en el pecho. El rey se levantó y emitió un discurso breve pero contundente, alabando el trabajo de sus guerreros, sus consejeros y de todas las demás personas que habían hecho posible la victoria y que habían devuelto la paz y el orden al país. Acusó a los condenados de malos vasallos, de traidores y felones, y les deseó que Braladur perdonara su iniquidad para que no ardieran en los infiernos de Blica, cosa que, no obstante, merecían. Por último recordó que este era el único futuro posible para los enemigos de la Corona y, por tanto, del país.

Terminado el discurso volvió al asiento y el público le aplaudió y ovacionó. Miró al oficial y levantó la mano. Sonaron los tambores. Los primeros cinco reos fueron llevados al patíbulo. El público lo miraba todo con ojos muy abiertos para no perderse ni un solo detalle. Los padres montaban a los hijos sobre los hombros, las madres se levantaban de puntillas, los ancianos preguntaban sin cesar qué estaba ocurriendo y por doquier las gentes comentaban los pormenores. Los cinco primeros cautivos subían por las escaleras. Algunos iban despacio y tenían que ser empujados, otros bajaban la cabeza con sumisión, otros lo miraban todo con aire enloquecido. Una vez arriba el redoble de tambores cesó. El oficial ejecutivo permitió a cada uno decir algo, lo que fuera. En realidad se esperaba que pidieran perdón al rey, al pueblo y a los dioses por sus maldades, y dos de ellos así lo hicieron, entre lágrimas y con la voz rota. Los otros tres guardaron silencio. Daba igual que dijeran algo o estuvieran callados porque el pueblo les insultaba con la misma saña.

Se les puso la soga en el cuello. El oficial leyó el nombre del primer condenado y los títulos que ostentara antes de sus delitos. Para alegría del público no caerían los cinco a la vez, sino uno tras otro; así habría más tiempo de diversiones. El primer reo temblaba y tenía los ojos desorbitados. Hubo un chasquido y la trampilla se abrió. No había barreras en la trama que sostenía el patíbulo, así que las gentes vieron el espectáculo grotesco y macabro de aquel hombre poniéndose rojo, luego azul, luego casi negro, moviendo las piernas de forma alocada y sufriendo convulsiones, hasta quedar por fin quieto, con la lengua emergiendo de la boca como una serpiente de carne. Ya solo era un cuerpo absurdo que se balanceaba con lentitud. La muchedumbre aulló con alegría y aplaudió. Todos comentaban cómo había muerto, menudeaban las risas y los niños sacaban la lengua, saltaban y

gimoteaban. Los funcionarios descolgaron el cuerpo y lo llevaron a la primera de las mesas de los matarifes, que solo empezarían a trabajar una vez caídos los cinco.

Y en efecto fueron ahorcados uno tras otro. Sus cadáveres acabaron en las otras cuatro mesas y entonces, también ante el público, los carniceros dieron comienzo a la tarea de abrirlos en canal y sacarles las vísceras y los intestinos. Llevaban a cabo su labor con profesionalidad, sin torcer siquiera un músculo de la cara. Habían despiezado y limpiado tantos cerdos y vacas que los humanos no les sorprendían. El público abría mucho los ojos mientras lo sacaban todo y el espanto y el horror devinieron una fascinación hipnótica. Se llevaron los desechos a los braseros y hubo una humareda pestilente que un vientecillo malicioso llevó hasta el público. Muchas personas, sobre todo mujeres, sufrieron arcadas, y al hedor de la muchedumbre poco higiénica se unió el aroma punzante del vómito. Los hombres que se mareaban sufrían la burla de los varones que lo aguantaban todo sin problemas. Algunos se relamieron con hambre porque este olor les recordó el de la fritanga de sus propias cocinas. Ya eviscerados los cinco facinerosos, se procedió a decapitarlos. Los matarifes levantaban las cabezas para que todos pudieran verlas y las gentes les aplaudían y felicitaban. Luego se dividió en cuartos los cadáveres y todo ello, trozos y cabezas, fueron metidos en cestones que a su vez fueron subidos a carros. Sobre ellos había una nube de moscas golosas.

Subió al patíbulo otro quinteto. Una vez visto con sus propios ojos lo que les iba a pasar, en sus rostros amoratados y sucios solo había una desesperación aplastada y calmosa. El noble y digno pueblo empezaba a acostumbrarse al espectáculo; lo disfrutaba, pero ya sin la excitación de los comienzos. Las gentes empezaban a comentarlo todo con ojo crítico y a comparar a unos y otros condenados. Seguían insultándolos y cuando alguno rompía a llorar o se derrumbaba sin fuerzas lo tachaban de blando y se reían de él. Al vulgo le encantaba ver a estas gentes ricas sufriendo una humillación impropia hasta del mendigo más asqueroso. Eran el deleite del rencor y la envidia satisfechos. Todo sucedía acorde al protocolo, sin prisa ni pausa, mientras la mañana se desenrollaba azul y límpida, con lentitud gozosa. Pero en el tercer quinteto uno de los reos, Geracat Cubeira, antiguo señor del feudo de Amtra, un hombre alto y fuerte, se adelantó unos pasos con gesto fiero, cosa que sorprendió a la multitud, y gritó:

—¡Sabed que os gobierna un canalla fementido que no respeta ni su propia palabra! —Hubo un silencio alucinado e incluso el verdugo quedó inmóvil por el asombro—. ¡El rey que gobierna este país hizo asesinar a mi amigo Debrión Deriya durante un parlamento! ¡Lo mató a traición! ¡El rey es un mentiroso! ¡Un cobarde! ¡Y yo lo digo bien

alto para que me oigan los dioses y los hombres! —Se volvió y clavó su mirada en Argaut—. ¡Tú, tirano, serás conocido como Argaut III el Felón!

Argaut continuaba sentado y rígido y su rostro estaba lechoso, casi azul.

—¡Rey felón! —gritó Cubeira—. ¡El Rey Felón!

También lo gritaron dos de los hombres que lo acompañaban, pertenecientes a su ejército derrotado:

—¡Rey felón! ¡Rey felón!

Y entre los reos que había abajo, en el suelo de tierra, el señor Comios Pepi y el señor Garzur Aronja levantaron sus cabezas y aullaron esas dos palabras terribles con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Rey felón! ¡Rey felón! ¡Rey felón! ¡Rey felón!

—¡Soldados! —gritó alguien, tal vez un capitán, mas no el rey, que seguía blanco y agarrotado en la silla—. ¡Cerrad la boca a los revoltosos!

Los gritones recibieron golpes, cayeron al suelo y el castigo prosiguió con saña. Pero el oficial ejecutor se apresuró a detener a los guardias porque los maleantes debían morir ahorcados y no de una paliza. Se tomó la prudente decisión de amordazarlos, a ellos y a los que no habían abierto aún la boca. El oficial, con voz trémula y secándose el sudor con un paño, retomó la lectura de los nombres de los presos, que ya no podrían decir nada antes de morir. La ceremonia continuó por sus cauces propios, pero ahora había cambios sutiles… Muchas gentes insultaban aún con más fuerza a los condenados por haber increpado a su amado rey, pero otros cuchicheaban sobre lo dicho por el señor Cubeira, asegurando que bien podría ser cierto. De ahí al rumor había solo un paso. Hubo peleas, pues algunos se atrevieron a repetir las dos palabras horribles, tal vez para hacer una gracia, y eso les costó insultos y algún que otro golpe.

Los ahorcados bailaron uno tras otro y el pueblo siguió disfrutando del espectáculo del castigo y el poder. Pero todo ha de terminar en esta vida, así que la carreta partió con los despojos, se leyó el último pregón y el rey se levantó y saludó a las masas, que lo ovacionaron, agradecidas por todo aquel divertimento. Se marchó y con él se fueron las gentes de alcurnia y los soldados. Los carniceros tenían el torso y los brazos enrojecidos y se quitaban la inmundicia de las manos lavándolas en palanganas de agua fresca. Los carpinteros empezaron a desmontar el cadalso y las gradas. El público se movía. Las gentes llanas se marchaban remolonas y flotaba cierto aire de tristeza, pues volvían a sus vidas anodinas y oscuras.

5

Esa misma noche Argaut hizo llamar a Rafucio.

Una vez solos, clavó en él unos ojos acerados y lúgubres. Sin aparentar intranquilidad alguna por esa mirada, Rafucio se sirvió una jarra de cerveza.

—Ha sido un día satisfactorio, Majestad. Por fin se ha hecho justicia con los traidores. —Sonrió, pensativo—. Parece que fue ayer cuando supimos de las primeras revueltas. Y sin embargo han pasado tres años de penalidades y luchas.

Argaut tomó un sorbo de vino, sentado en su butacón e iluminado por las llamas de la chimenea.

—Yo también lo recuerdo —respondió en tono tranquilo, aunque no amable—. El primero que se rebeló fue Debrión Deriya. *Precisamente* él.

—Ahora su hijo nos prestará la obediencia que nos debe. Es un hombre discreto. —Abrió los brazos y sonrió con jovialidad—. ¡Incluso los Ertalce están mansos en sus tierras! El peligro ha sido conjurado y ya no habrá otros nobles que osen desobedeceros, Majestad. Después de lo de hoy nadie se atrevería. *El miedo guarda la viña*, como dicen los viejos. Se han acabado los problemas.

—Nunca se acaban los problemas —repuso Argaut—. Y menos, después de lo de hoy. —Rafucio lo miró, pero no respondió—. Sentaos, señor Injeca. Tenemos asuntos que tratar.

Rafucio se acomodó en una silla frente al monarca.

—Habéis oído cómo me han llamado hoy durante el acto de justicia.

—Oh, ¿os preocupa eso? Majestad, es solo…

—Sí me preocupa. ¿Y sabéis por qué? Porque temo que ese malnacido de Cubeira tuviera razón.

—Majestad, no hay que dar crédito a un condenado a muerte. Estaba lleno de rencor y quería heriros de la única forma que podía, con la palabra.

—Hay demasiados rumores. Por supuesto, nadie me los ha dicho a la cara, pero puedo olerlos. Rumores peligrosos.

—Es imposible impedir la labor de los folloneros. Gente así la hay en todos los sitios. No os preocupéis. El país entero sabe que habéis actuado no solo como un rey fuerte, sino también como un señor honorable.

Argaut entrecerró un ojo mientras miraba a Rafucio. Tomó un trago sin desviar la vista de él.

—Decid: ¿llevaba razón Cubeira? ¿Murió Debrión Deriya tal y como se me informó o hay algo más? Y llevad cuidado, señor Injeca, porque no le tolero la mentira a nadie.

Rafucio permaneció impasible durante mucho tiempo. Con mucha templanza, respondió:

—Majestad, por el respeto que os debo como vasallo y el amor que os tengo como amigo y pariente, os pido que no me obliguéis a responder a eso. La guerra ha terminado y todo se ha resuelto a nuestro favor. Es mejor que lo dejéis tal y como está.

Argaut cerró los ojos, se llevó una mano a la frente y suspiró.

—Me lo temía. —Torció la cara y lo miró de lado—. Lo planeasteis vos, ¿no es cierto? Sois experto en celadas y artificios, pero… —Una sospecha abrió mucho sus ojos—. ¿Fuisteis vos? ¿Vos mismo lo hicisteis?

Rafucio continuaba impasible, sin desviar sus ojos de hierro de su amo. Tomó la jarra de cerveza y con toda tranquilidad dio un sorbo. La dejó con un cuidado exquisito en la mesita a su derecha. No contestó.

—Vuestro silencio me basta y sobra —dijo Argaut. Dio un puñetazo en el brazo de la silla—. ¡Me basta y sobra! —Se levantó y echó a andar por el despacho con las manos a la espalda. Rafucio lo miraba, sereno—. ¿Sabéis lo que va a ocurrir, señor Injeca? ¡Mañana los rumores se multiplicarán! ¡Habrá hablillas por doquier! ¡Los juglares inventarán canciones contra mí!

Rafucio se encogió de hombros.

—Entonces detenedlos y ahorcadlos por injurias contra el rey. O hacedlos desaparecer sin que nadie se entere. Después, pagad a otros poetas para que canten vuestras alabanzas en los caminos y los burgos. Sobran artistas paniaguados en la corte. Que trabajen para nosotros. Así, en unas semanas nadie se acordará de Cubeira y sus fantasías. Nosotros mismos podemos inventar mil y una historias grotescas sobre él; le convertiremos en un bufón.

Argaut lo miró con asombro.

—Me dejáis anonadado. ¿Seríais capaz de hacer todo eso? —Rafucio volvió a dar la callada por respuesta—. ¿Sabéis que puedo aparecer en los libros de historia como un…? ¡Como un rey felón!

Rafucio soltó una risa divertida.

—Nos ocuparemos de esos libros, Majestad. Arderán en la hoguera y también desaparecerán los necios que los escribieron. Hay buenos cronistas en la corte, eruditos de mucha sabiduría y sobre todo de mucha *prudencia*.

—¿Pero qué me estáis diciendo? ¿Falsearlo todo, mentir, engañar

por doquier? ¿Es que no tenéis freno? Por todos los dioses, Rafucio, ¿hay algo en lo que aún creas?

El otro lo miró con enojo.

—Creo en vos y en lo que hacéis por este país, Majestad. Por eso hago lo que hago.

—¡Pero no se pueden hacer las cosas de tal manera! Sabe el Padre que yo he trampeado a mis enemigos durante la guerra e incluso en las negociaciones, pero asesinarlos a traición, bajo bandera de parlamentos… ¡Es demasiado! ¿Es que no lo entendéis?

Rafucio permaneció silencioso durante muchos latidos. Tomó un trago de cerveza y se limpió la boca con un dedo.

—Permitidme contaros una historia, Majestad.

—¡Ahora no estoy para fábulas ni chanzas!

—No chanceo. Es un relato que me permitirá aclararos algunas cosas. Oídlo, por favor.

Argaut lo miró con ira reprimida, pero al final hizo un gesto afirmativo e impaciente con la mano.

—Gracias, Majestad. Mi historia empieza en una mansión muy grande. En ella vivían gentes honradas y maravillosas, gentes nobles de trato encantador y de cortesía exquisita. También había allí buenos vasallos: fámulos, lacayos, secretarios y el resto de la servidumbre. Todos vivían en paz y armonía, los niños, los adultos y los ancianos. Se querían, eran dichosos y lo celebraban con bailes y fiestas. Las risas y la conversación amable llenaban los pasillos. Como en todas las grandes casas, también allí eran necesarias las chimeneas, que calentaban los salones y las alcobas, las estancias tanto de los humildes como de los poderosos. Era una tierra fría y todos disfrutaban de esas chimeneas. El fuego agasajaba los huesos de los ancianos y permitía dormir a gusto a las criaturas, ahuyentaba las enfermedades y deshacía las sombras. Las mujeres cosían y charlaban sobre sus asuntos frente al fuego, los hombres hablaban ante el hogar y los perros dormitaban, todo ello gracias al calor generoso y amable de las chimeneas.

»Pero su uso constante producía carbonilla e inmundicia, tanta, que al final se quedaban sin tiro. Por eso cada cierto tiempo venía un deshollinador. Solo había uno en aquella tierra. Era un hombre rudo y sucio, tanto, que resultaba asqueroso para las gentes limpias y nobles de la casa. Por donde iba dejaba un rastro de pisadas negruzcas y cuando apoyaba las manos en cualquier mueble, allí quedaba la mugre. No tenía educación y era un impertinente al que le gustaba airearle las vergüenzas a todos. Importunaba con lujuria a las doncellas y a las matronas y se burlaba incluso de los señores. Había malicia en sus ojos y sus palabras. Pero él era el mejor en lo suyo. Subía a los tejados, donde nadie osaba hacerlo, se movía sobre ellos

como una cabra entre riscos y se metía y descolgaba sin miedo por los tubos de la chimenea, tan cuajados de hollín que otros se habrían ahogado en pocos latidos. Arrancaba los pedazos de inmundicia, cerraba las fisuras y dejaba las chimeneas como nuevas. Sin su labor las casas se llenarían de un humo pestilente y ya no habría calor ni luz, todos se helarían de frío y vivirían en la oscuridad. Por tanto, aguantaban su presencia incómoda y tras pagarle y decirle que se fuera lo olvidaban y seguían disfrutando del fuego maravilloso de los hogares. Nadie más quería hacer lo que él hacía. Lo necesitaban.

Rafucio tomó un trago para refrescarse la boca. Miró a Argaut.

—Majestad, si queréis que en vuestra casa todos disfruten del calor y la luz, necesitáis un buen deshollinador.

Se miraron uno al otro durante mucho tiempo. Argaut le volvió la espalda y apoyó sus manos en la mesa.

—Cuanto estuve en Gunabar hubo un hombre que me devolvió la confianza en mí mismo —dijo el rey—. Me enseñó a luchar y a no retroceder ante nada ni nadie. Mi vida era un pozo tenebroso y sus enseñanzas me llevaron a la luz. Fue como un padre para mí. Al despedirnos, su último consejo fue que me comportara siempre con honor. —Miró hacia arriba, aún de espaldas a Rafucio. Después bajó la cabeza—. He intentado hacerlo y he fracasado.

—Majestad, ¿a qué se dedicaba ese hombre?

—Era un instructor de armas. Me enseñó a pelear de todos los modos posibles. Sobre todo, me enseñó a pelear contra el miedo y a vencerlo.

—¿Ese hombre era rey?

Argaut lo miró con el ceño fruncido.

—Por supuesto que no.

—¿Sus decisiones afectaban a un país entero? ¿Tenía sobre sus hombros la responsabilidad de dirigir las vidas de centenares de miles de personas?

—No. Solo gobernaba sobre sí mismo.

—Acabáramos. —Rafucio sonrió—. Así cualquiera puede dar ese tipo de consejos. Majestad… Argaut, si esto fuera una novela podríamos comportarnos de otro modo. Pero es la realidad. Si no hubiéramos tomado un atajo la guerra se hubiera alargado tanto que la habríamos perdido. Y ya sabes lo que eso significa, no solo para ti o para mí, sino para toda esa gente anónima y humilde que tanto te preocupa.

Argaut apretó los labios.

—Lo sé, maldición, pero te dije que no hicieras nada innoble y me desobedeciste. ¿Por qué no me advertiste?

—Porque lo hubieras impedido.

Argaut volvió a guardar silencio. Rafucio prosiguió:

—Por otro lado, tú en realidad has querido que sucediera así.

—¿Qué estás diciendo?

—¿Por qué me pides explicaciones ahora, cuando la guerra ha terminado, y no justo después de que Deriya muriese? Era imposible que no oyeras rumores. ¿Nunca sospechaste de mí? —Argaut desvió la vista y Rafucio abrió los brazos—. ¿Lo ves? Podrías haberme pedido explicaciones el año pasado, podrías haberlo hecho durante todos y cada uno de los meses hasta el fin de la guerra. Pero lo haces solo cuando todo está resuelto. En el fondo te sentiste tan aliviado por la muerte de Deriya que no quisiste remover nada. Puede que te engañaras a ti mismo con mil y una excusas, pero en el fondo siempre supiste lo que pasó. Callaste y otorgaste. Ahora necesitas lavar tu conciencia, necesitas que yo te dé las palabras correctas que te permitan sobrellevarlo. Bien, aquí me tienes. Ahora los naipes están boca arriba. No puedes cambiar nada ni castigarme porque sabes que llevo la razón.

Argaut lo miró largo rato sin saber qué decir. El enojo infantil y la razón adulta peleaban en el fondo de sus ojos.

—¿Y cómo serán las cosas a partir de ahora? ¿Cómo he de gobernar?

—En cada encrucijada tendrás que decidir por ti mismo. No hay manuales.

—¿Y si el camino es tenebroso?

—A veces hay que hundirse en las tinieblas para llegar a la luz.

Argaut se frotó los ojos con el índice y el pulgar, con aspecto cansado. Asintió varias veces, en silencio.

—Has destruido lo poco de inocente que aún quedaba en mí. Pero llevas la razón. —Se volvió, clavó sus ojos severos en Rafucio y le señaló con el índice—. Ahora bien, señor Injeca, también os digo lo siguiente: jamás volváis a ocultarle nada a vuestro señor ni actuar al margen de él. No volveré a advertíroslo. —Bajó la vista—. Soy el culpable de los crímenes del Estado, así que al menos primero he de conocerlos.

Rafucio asintió, grave y respetuoso.

—Podéis retiraros —dijo el rey.

Rafucio se fue. Una vez solo, Argaut se sentó y meditó sobre aquellos asuntos, sin apartar la vista de la chimenea.

6

—¡Miradlo! ¡Mi primer hijo!

El padre primerizo levantó aquella bola de carne arrugada e inquieta. El pequeño abrió la boca y soltó un berrido que hizo reír con cara de bobos a los hombres y las mujeres, pues como de costumbre las criaturas daban patente de corso a los adultos para abandonar su gravedad habitual y convertirse en bufones, y además disfrutarlo.

—¡Felicidades, Rafucio!

Argaut le dio una palmada en la espalda y su primo le mostró a su vástago con orgullo y alegría. El recién nacido no dejaba de abrir y cerrar las manos diminutas y hacer aspavientos.

—¡Majestad, fijaos, ya os está haciendo reverencias el pequeño malandrín! ¡Es enérgico, el condenado! ¡Cómo llora!

—¡Tiene la sangre guerrera de los Injeca! —intervino Guarner, gruñendo sus risitas por entre las barbas—. ¡Dejad que coja a mi nieto, demonios!

—De eso nada. —Demayara se entremetió y casi arrebató al chiquillo de los brazos de su padre—. ¡Primero lo tendré yo!

—¡No valen componendas ni tratos con las abuelas! —se quejó Guarner—. ¡Siempre tienen que salirse con la suya!

Demayara meció al niño y enseguida el rorro se calmó y empezó a emitir una cadena de maullidos y eructos.

—¡Llevadlo al Consejo, madre, para que dé sus opiniones! —bromeó Rafucio, y todos rieron, salvo Demayara, que estaba en cuerpo y alma solo para el cachorrillo humano—. ¡Será el más escuchado!

—Eso es porque tiene más sensatez que todos los consejeros juntos —dijo Brelán Etgula, de buen humor—. Por cómo ha conquistado a los presentes ha de ser un buen diplomático. Mejor que vos y yo, Rafucio.

—Silencio, que está durmiéndose —dijo Demayara. Se volvió hacia Rafucio y susurró—: Ve con tu esposa, hijo mío. Ha tenido un parto difícil y está cansada, pero le reconfortará verte a su lado.

—Así lo haré. Y mientras, que alguien traiga una espátula de albañil para despegar al nieto de la abuela. —Se acercó al niño y le dio un beso en la frente diminuta—. Duerme tranquilo, pequeño Guarner.

El otro Guarner, el abuelo, no logró disimular su enorme sonrisa boba al saber que le habían puesto su nombre. Rafucio se marchó a la alcoba donde se recuperaba su esposa y fuera quedó la muchedumbre

de familiares y cortesanos y por supuesto el rey, que lo contemplaba todo con satisfacción. El pequeño Guarner fue pasando por todas las manos —sobre todo femeninas—; casi se lo disputaban y soportó con gestos de asombro aquella sucesión de caras grotescas, deformadas en diferentes expresiones de cariño.

Argaut también fue a ver a la madre, Sundina Erejna, a la que ya habían cambiado las ropas y descansaba, limpia y satisfecha, en la gran cama. Su matrimonio con Rafucio fue de conveniencia, algo inevitable entre las gentes de alcurnia. Sundina era una mujer hermosa pero un poco rolliza, alegre y bondadosa. Argaut sentía mucho aprecio por ella. Reía a menudo, pero había siempre un deje de tristeza que asomaba al bajar la guardia, pues sin duda amaba a su marido y le herían sus infidelidades. Pero ya se había acostumbrado a ellas y no daba escándalo; todo lo soportaba acorde a la educación recibida. Al menos él no la humillaba en público y siempre escogía sus amantes lejos, fuera de la corte. Eso para él era una muestra exquisita de respeto hacia ella. Quizás a su manera también la quisiera, o al menos la apreciara, pues le dirigió palabras cariñosas tras dar a luz a un varón sano. Argaut le felicitó y le impidió incorporarse en la cama ante su rey, pues quería que descansara. Los demás también pasaron a verla y le llevaron a su hijo recién nacido. En la misma alcoba, Rafucio tomó del brazo a Argaut y se lo llevó aparte.

—Esta noche voy a celebrarlo por todo lo alto y me gustaría que vinieras —susurró.

—¿Vas a organizar un banquete? Un poco prematuro, ¿no? Tu esposa aún guarda cama.

—¿Mi esposa? —se extrañó Rafucio—. No, por Braladur, no me refiero a *ese* tipo de celebraciones. —Le guiñó un ojo y Argaut suspiró —. Los del consejo diplomático y algunos muchachos de confianza iremos a cierta casona en la ciudad, donde nos espera buena comida, vinos de calidad, músicos, juglares, bufones y otras cosas…

—Supongo que te refieres a mancebas y entretenidas. Rafucio, ¿estando tu mujer aún convaleciente te vas de jarana? ¿Es que no tienes vergüenza?

Rafucio frunció el ceño, sorprendido por la pregunta.

—Creo que no. Cuando el Padre repartió sus virtudes no me dio esa. ¡Vamos, Argaut! ¡No pongas cara de palo! ¡Lo pasaremos bien! ¡He de celebrar que ya tengo un hijo!

—¡Vaya ejemplo que le darás a la criatura! No iría ni aunque pudiera, pero es que, además, no puedo. Tengo cosas que hacer.

Rafucio levantó las cejas.

—Ah, ya entiendo. Vas a ver a la Viudita. Olvidaba esos amoríos tuyos…

—¡Anda y que te den vientos!

—Ándate con cuidado, amigo, pues mi madre, una vez que ya me ha sacado el cachorro, quiere uno tuyo. Va a por ti. Ve con malos ojos tu relación con la señora Nicario. Incluso me ha dicho que te presente a las mujerzuelas más bonitas para ver si así olvidas a tu amada. Ya que no te puede casar, al menos quiere *sacar con ayuntamiento el enamoramiento*, como reza el dicho.

—Ahora entiendo de donde te viene la desvergüenza. Pues teneos tu madre y tú, que ya tengo mujer de sobra para todo.

Rafucio suspiró y adoptó un aire más grave.

—A mí se me da una higa lo que tengas con la señora Nicario, pero coincido con mi madre en que tienes que casarte de una vez por todas. Hay que darle príncipes al reino.

—Lo haré cuando alguna princesa extranjera me dé el sí. Mientras tanto, no hay más que hablar.

—¡Más tozudo que un yunque! Está bien, como quieras. Oye, y esa señora tuya, ¿qué tal es en la cama? ¡Me hablas muy poco de esas cosas! ¡No me haces confidencias! ¿Es tradicional o le gustan los juegos?

Argaut le lanzó una mirada de reprobación.

—Anda y ve con tu hijo y tu mujer. Y al menos, esta noche no des escándalo.

—Descuida, que sé comportarme.

Le guiñó un ojo, le dio una palmada en el hombro y volvió a la muchedumbre en torno a la cama con la madre y el pequeño.

Argaut salió del palacio con su escolta armada, cruzó la ciudad, recibió los saludos y vivas del populacho y recorrió los campos hasta llegar a la villa de Vibriosa. Ella le recibió con una sonrisa y él la estrechó entre sus brazos y la besó con el placer habitual. No obstante, la notaba cansada y le preguntó qué le ocurría.

—Dormí mal —respondió ella, sin mirarlo a los ojos. Se lo llevó de la mano—. Vamos, ven adentro, hay una cena maravillosa esperándote. Estoy deseando que me cuentes todo acerca del nacimiento de ese niño.

Fue una velada muy agradable, como siempre. Argaut empezaba a acostumbrarse a los placeres de la paz, pues habían pasado más de dos años desde el fin de la gran rebelión de los nobles y desde entonces el reino vivía tranquilo. Nadie cuestionaba ya el poder de la Corona en el país, salvo, por supuesto, en el Señorío de Ertalce, donde aquella familia seguía haciendo lo que le venía en gana y pagaba menos impuestos que las demás. Pero el rey aún no era lo bastante fuerte, así que debía aguantarlos. Una vez sometidas a control las rentas de los otros nobles, la Hacienda Real empezaba a salir del agujero. En poco tiempo se satisfarían todas las deudas y por fin el tesorero y Argaut respirarían tranquilos. El rey se preocupaba por evitar todo abuso

contra los humildes y sus pesquisidores y justicias vigilaban con celo el comportamiento de los señores. Las denuncias de los campesinos, obreros, artesanos y burgueses eran escuchadas y tenidas en cuenta. A nadie le cabía duda de la determinación de este rey y por eso los nobles acataban en sus dominios las decisiones de los magistrados de la Corona. Diez recaudadores estatales más acabaron ahorcados por malversación de fondos y eso mantuvo las manos lejos del cofre. Había cierta sensación de orden y justicia, aunque por supuesto a los grandes señores esto no les hiciera ni puñetera gracia. Sin embargo, Argaut no se mostró despótico y les permitió un grado razonable de autoridad. Se esforzaba por tratarlos con respeto, cosa que los amansaba, pues antes lo odiarían por no honrar títulos y genealogías que por suprimir un portazgo. El gran obstáculo era la seguridad civil, ya que los bosques, montes y sobre todo caminos estaban aún infestados de criminales, en grupos pequeños o en bandas de decenas de hombres. Los señores o bien no podían controlarlos o no ponían suficiente celo, y el Ejército Real no podía vigilar cada trocha. Brajairi servía de puente entre los reinos del Ilnar, el Terem, el norte escaldraio y Oriente y gozaba de un flujo fortísimo de mercancías. Pero el bandidaje lo dificultaba, hasta el punto de que solo los mercaderes capaces de contratar hombres de armas se beneficiaban de él. Así pues, el grueso del comercio quedaba en manos de los poderosos y había mucho lastre en el intercambio entre las aldeas y las ferias pequeñas.

A pesar de todo, Argaut se sentía bastante satisfecho.

Como siempre, la conversación con Queila le era grata. Llevaba ya tanto tiempo junto a ella que más parecían un matrimonio hecho y derecho que un concubinato. Casi a diario iba a verla y dormía en la villa de Vibriosa, pues hubiera sido inconveniente llevarla a la corte y además ella no quería perder su independencia para convertirse en la barragana del rey. Argaut no le era infiel con otras e incluso de vez en cuando discutían y se peleaban para luego hacer las paces, como cualquier pareja. Argaut deseaba casarse con ella de una vez por todas, pero no era políticamente apta para reinar y, por mucho que a él le escociera, debía aceptarlo. Más tranquila parecía ella. Los dos sabían que tenían lo que tenían y que debían disfrutarlo mientras aún pudiesen. Argaut le habló sobre los asuntos de palacio, los chismorreos y el nacimiento del nuevo miembro del clan Injeca. También departieron sobre literatura, pues ella era una lectora voraz.

Y sin embargo, Argaut la notaba distante, a pesar de los esfuerzos que ella hacía por enmascararlo.

—¿Vas a decirme de una vez lo que te pasa o seguiremos fingiendo que todo está bien?

Ella palideció.

—No he podido ocultarlo, ¿verdad?

—Es mucho tiempo el que llevamos juntos como para no detectar que estás preocupada. ¿Son los negocios? ¿Va bien la venta de las telas?

—Ojalá fuera eso. No hay problema alguno por ahí.

—¿Entonces?

Ella bajó la cabeza y su faz enrojeció.

—He de decirte algo, Argaut. He cometido un error. —Lo miró, tomó aire y lo soltó junto con las palabras—: Estoy preñada.

Argaut frunció el ceño.

—¿*Qué*?

—Lo siento, lo siento mucho. Fue un error mío. No tomé la infusión de salza a tiempo, o tal vez no tomé la ración adecuada, y no se me cortó la fertilidad.

—¿Estás segura?

—¡Claro que estoy segura! —respondió ella, impaciente, enojada, preocupada y culpable—. ¡Todas mis sirvientas y damas de cierta edad me lo han confirmado! Y además, ya quedé encinta hace mucho, aunque perdí el niño en el alumbramiento. ¡Los síntomas son evidentes! —Negó una y otra vez—. Lo siento, lo siento muchísimo.

Argaut desorbitó los ojos, como si de pronto se hiciera la luz en la cabeza.

—Voy a ser padre… —musitó.

—Argaut, por favor, no me pidas que haga algo de lo que me arrepienta después.

—¿Pedirte? ¿Pedirte el qué?

—No me pidas que acabe con ese niño antes de que nazca. Lo mantendré oculto, nadie lo sabrá, nadie sabrá que es hijo tuyo, ¡te lo juro! Pero no me pidas que lo mate.

Argaut se levantó casi de un salto.

—¿Pero qué estás diciendo? ¿Quién diablos va a matar a mi hijo? ¡Lo reviento con mis propias manos! ¡Lo parto en dos! —Tiró la copa a un lado en un movimiento convulso, la agarró de los hombros y la puso en pie—. ¡Ni se te ocurra hacerle nada al niño!

—Entonces, ¿quieres que lo tenga?

—¡Claro que sí, por todos los dioses! ¡Me has hecho el hombre más feliz de Dirtán! ¡Quiero que nazca y que crezca sano! ¡Jamás renegaré de él! ¡Lo reconoceré como hijo mío y tendrá una buena educación, y cargos, y honores, y al que le diga una mala palabra lo abro en canal! —En su frenesí casi zarandeaba a la mujer, aún cogida por los hombros—. ¿Un hijo? ¡Voy a tener un hijo!

—Será nuestro hijo —dijo ella, con una sonrisa de alivio y dicha—. ¡Nuestro niño!

La abrazó y luego la besó en la boca. Su felicidad devenía una

fuerza que lo recorría en ondas gruesas y rápidas, de la cabeza a los pies.

—Voy a tener un hijo… —susurró, incrédulo—. ¡Por todos los dioses!

Entonces se le vinieron a la cabeza las palabras de Rafucio, aquella misma mañana: *Hay que darle príncipes al reino.*

Y un escalofrío tiñó de miedo la dicha.

—Nada malo le ocurrirá a nuestro hijo —le dijo a Queila, con la boca pegada a su pelo largo y suave—. Nada.

A pesar de todas las presiones el rey reconoció como su hijo natural a Brelán Nicario, que nació sano, rojizo y chillón a su debido tiempo. Pero los consejeros lograron hacer entrar en razón al rey e impidieron que el pequeño Brelán tuviera derechos sucesorios sobre el trono. Incluso Argaut comprendía que un bastardo no podía gobernar el país. Su tía Demayara casi dejó de hablarle y cuando lo hacía era para recordarle que eligiera una mujer de la alta nobleza de una vez por todas para casarse y darle príncipes al reino.

A finales de año ocurrió otro hecho feliz: la llegada del segundo hijo de Rafucio Injeca y Sundina Erejna, en este caso una niña, a la que le pusieron de nombre, precisamente, Demayara. Eso acabó con el enojo de la abuela y hubo paz.

Argaut no logró convencer a Queila de que fuera al Palacio Real a vivir con él. Ella no cambiaría jamás su amada villa de Vibriosa por el *nido de víboras* de la corte y aseguraba que *solo la llevarían allí presa y aherrojada*. Pero la educación del vástago del rey era fundamental y debía hacerse entre gentes de alcurnia para que nadie lo considerara inferior, así que al final Queila transigió en presentar el niño a la corte, aunque solo cuando ya pudiese caminar con soltura. Pero *no* viviría allí. Argaut transigió. Ahora más que nunca parecían un matrimonio, unidos por la argamasa del hijo. El rey dormía a diario en Vibriosa y por la mañana volvía a palacio para tratar los asuntos de gobierno. Se lo veía tan dichoso que incluso debía esforzarse para tomarse en serio los asuntos del país.

7

La mente humana se enfrasca en un tráfago continuo de problemas. Y cuando no los hay incluso los busca.

Así, aunque las cosas marchaban bien en Brajairi, a Argaut le importunaba que en lo económico todo fuese tan lento. Ahora ya podían empezar a respirar, pero quizás por eso mismo sentía que el aire que entraba en los pulmones era poco, y enrarecido.

—Teneos, Majestad —le dijo Gregar Farica durante una reunión del Consejo—. Las cosas de palacio van despacio. Y las de la Hacienda, con paciencia.

—Dejaos de refranes. Somos un país pobre, el más pobre entre las naciones escaldraias. Fijaos en que todavía ningún rey vecino quiere que me case con una hija suya.

Al instante se arrepintió porque Demayara no perdió la oportunidad:

—Razón de más para que elijáis esposa entre las damas altas y nobles del país.

—Conozco vuestras opiniones al respecto, Alteza, y *las agradezco,* pero sigamos con lo anterior. ¿No hay manera de acelerar las cosas, señor Farica?

—No. Debemos escribir despacio y con buena letra. Al menos ya no le debemos nada a ningún avalista. La paz estimula el comercio y poco a poco iremos obteniendo los beneficios naturales de las tasas y los tributos.

—Poco a poco —gruñó el rey—, siempre poco a poco…

Una mañana recibió en audiencia privada a un burgués notable, oriundo de la ciudad oriental de Seyuna. Allí había amasado una fortuna prodigiosa gracias al comercio de los ricos productos de oriente que llegaban por el Río Blanco. Sin embargo, en los últimos años había hecho de Longaza su base de operaciones. Rafucio, bien enterado de todo y de todos, había advertido al rey sobre aquel individuo:

—El señor Sofredo Eñanca no es noble —le dijo antes de la reunión—, pero lo que le falta de sangre azul le sobra de dorada, así que allá por donde va es agasajado, pues los aristócratas sacan buen provecho de sus negocios. Incluso prestó dineros a la Corona. No tiene esposa, ni hijos, ni parientes, no se da comilonas ni disfruta del vino, ni apenas goza de las mujeres. Lo único que le mueve es la ambición. Es

el tipo de hombre que debéis tener cerca, tanto para que os ayude como para controlarlo con correa corta. Por cierto, le llaman *El Viejo Buitre*.

Y en efecto el apodo le hacía justicia, pues era un individuo ya maduro, bajo y de carnes secas, enteco, de rostro filoso, con una nariz enorme y ganchuda que hacía las veces de pico. Estaba completamente calvo y no tenía barba, lo cual también le hacía parecer un carroñero alado. Tenía un aire amable y obsequioso, pero Argaut, que había conocido a muchos tipos de personas, descubrió una voluntad y una astucia descomunales en sus ojos verdes. Vestía ropas caras pero severas y no llevaba encima anillos, collares ni adornos chabacanos. Quienes no lo conocieran jamás imaginarían que era uno de los hombres más ricos del país, si no el que más.

—Bienvenido, señor Eñanca —saludó Argaut, una vez a solas con él—. Celebro conoceros. Se hablan maravillas de vos.

—El honor es mío, Majestad. Agradezco la deferencia de atenderme. Sé que estáis muy atareado.

—Así es, pero siempre hay tiempo para recibir a las personas importantes del país. Por favor, tomad asiento. ¿Deseáis vino o algún manjar?

—Oh, con una copa de blanco me conformo. A mi edad uno debe empezar a cuidarse.

Argaut ordenó con la mano al criado que les sirviera. Una vez hubieron traído las bebidas el rey dijo:

—En primer lugar he de agradeceros vuestros préstamos cuando la Corona pasaba dificultades.

—No hay nada que agradecer, Majestad. Vuestra causa era justa y tenía el deber de ayudaros en lo posible.

—Bien dicho. Pero no todos nuestros avalistas suprimieron los intereses. Fue todo un detalle por vuestra parte.

—Gracias, Majestad. Vos erais el monarca idóneo y por tanto había que hacer lo posible para que siguierais en el trono.

Argaut asintió en señal de agradecimiento.

—¿Y de qué queréis hablarme? Perdonad mi brusquedad, pero los vuestros suelen decir que el tiempo es oro.

Sofredo Eñanca sonrió.

—Cierto, Majestad. El tiempo es la mayor de las riquezas porque cuando uno pierde tierras, u oro, o productos, tarde o temprano puede recuperarlos si es listo y diligente. Pero en cuanto al tiempo… Es un valor irrecuperable. —Suspiró y sus ojos se agravaron—. Por eso me parece bien que vayamos al meollo. Se trata de vuestra política económica.

Argaut levantó una ceja.

—¿Acaso tenéis quejas? Creo que habéis medrado bajo las nuevas

leyes que impuse en el país.

—Majestad, os diré que son las adecuadas y que pocos se alegraron tanto como yo cuando decidisteis controlar con mano firme a los nobles. —Puso las manos en su pecho delgado—. Los mercaderes hemos salido muy beneficiados gracias a que ya no hay tanta arbitrariedad.

—Entonces, ¿qué os parece mal del desarrollo económico del país?

Sofredo Eñanca entrecerró un ojo.

—Me parece mal lo mismo que a vos, Majestad: que marcha muy lento.

Argaut lo miró impasible durante muchos latidos.

—¿Cómo podéis saber vos lo que opino o dejo de opinar?

—Perdonad mi atrevimiento, pero vos mismo lo habéis expresado en diferentes ocasiones, en reuniones concejiles y en visitas a nobles y ricoshombres. Os entiendo porque yo pienso lo mismo. Brajairi tiene potencial suficiente como para convertirse en uno de los países más ricos del entorno escaldraio. Pero oso deciros que, si bien las cosas no se hacen del todo mal, podrían hacerse mejor.

—Ya tengo consejeros que me informan y me asesoran. ¿Por qué habría de escucharos antes a vos que a ellos, trabajando vos por vuestro beneficio propio o, como mucho, el de vuestra casta de mercaderes, y no en beneficio de la Corona?

—Ambos beneficios son compatibles. —Entrelazó con fuerza los dedos de las manos—. Se ayudan entre sí. Majestad, conozco a todos los grandes mercaderes de esta nación y sé de sus problemas. Yo mismo tengo mis propios negocios. El devenir de estos asuntos nos ayuda a enriquecernos o arruinarnos. Tenemos una visión mucho más íntima, cruda y real que la de vuestros hombres.

—Cuidado, señor Eñanca. No despreciéis a mis consejeros económicos.

El mercader bajó la cabeza con humildad.

—Perdón. A veces voy demasiado rápido. No deseo ofender a nadie.

—Eso lo doy por hecho. Sois mercader, pero ellos se ocupan de todo el espectro económico: la agricultura, la ganadería, la artesanía, las manufacturas… ¿Acaso por ello no son más sabios?

—Majestad, la mayoría de los ingresos del país provienen del comercio. Brajairi tiene riquezas naturales, pero es lugar de paso para las caravanas, y ese tráfico de mercaderías produce más oro que todas las dehesas y minas juntas. Os garantizo que se pueden duplicar los ingresos, tanto de los individuos particulares como del Estado. Pero se requieren medidas extraordinarias… y valientes.

Argaut se frotó la barba, pensativo.

—¿Y cómo pensáis vos que se podría conseguir?

Horas después, cuando la reunión hubo acabado, Argaut le dijo que meditaría lo que le había dicho antes de tomar cualquier decisión. Sofredo Eñanca asintió con respeto y se fue. Su larga experiencia en todo tipo de tratos y negocios le permitía saber cuándo debía hablar y cuándo callar. Por supuesto, reprimió su sonrisa de triunfo.

Cinco días después, el rey le invitó a una reunión del Consejo Real para exponer sus ideas a las mentes lúcidas de la nación. El Viejo Buitre quedó sorprendido y un poco contrariado, pues sin duda prefería tratarlo todo con el rey y no con los consejeros, muchos de los cuales, si no todos, se le opondrían. Pero disimuló el desencanto con una de aquellas sonrisas humildes suyas.

—Quiero veros debatir con ellos —le dijo el rey—. Mi costumbre es permitir que las personas inteligentes discutan con libertad. Solo después de escucharlos a todos tomo cualquier decisión.

—Eso, Majestad, os convierte a vos en el más inteligente.

Argaut sonrió solo por un lado y le hizo pasar a la sala del Consejo. Ya les había advertido sobre el invitado y allí lo esperaban Guarner, Demayara, Rafucio, Etgula, Farica y el general en jefe del Ejército Real, Tacho Fantiño. Eñanca se sintió atravesado por sus miradas. Algunos lo contemplaban con faz impasible y otros ni siquiera ocultaban su desprecio, como por ejemplo Guarner Injeca y Gregar Farica.

—Alteza y caballeros del Consejo —dijo el rey, tras sentarse en su butaca presidencial—, he hecho venir al señor Eñanca para que él os exponga, como hizo conmigo, ciertas ideas sobre la política económica de la nación. —Farica respiró fuerte y se revolvió en la silla—. Es mi voluntad que se le escuche y que se le trate con cortesía aun cuando no se esté de acuerdo con él. Somos todos civilizados y estoy seguro de que podemos discutir con mesura. Por favor, señor Eñanca, hablad con libertad.

Le señaló una silla vacía y el Viejo Buitre fue a ella. Guarner y el general Fantiño cerraron con fuerza los puños, como si alguien les hubiera insultado, pero guardaron silencio.

—Doy las gracias a Su Majestad, a Su Alteza y a estos nobles caballeros por escucharme —empezó Eñanca—. Para mí es un honor supremo asistir a una reunión del Consejo Real.

—Señor Eñanca —intervino Farica con dureza—, os ruego que vayáis al grano.

El aludido asintió, tan humilde como siempre.

—Así lo haré. Como ya le transmití al rey en audiencia privada, Brajairi recibe un flujo riquísimo de mercaderías que provienen sobre todo de oriente y del sur. Nosotros somos, por así decirlo, el cruce de caminos entre el norte escaldraio, el oeste teremio, el este del Mar de Hierbas y el sur ilnario. Especias, sedas, metales preciosos, maderas y sobre todo la preciada sal, todo ello pasa por nuestro país para quedarse o bien para partir rumbo a las otras naciones. No solo eso, sino que además producimos mercancías y las exportamos. Tenemos una posición de privilegio. Gozamos de buenas materias primas, sí, pero la mayor parte de lo que recauda la Corona proviene no de las cosechas, la cabaña ganadera o la explotación de bosques y montes, sino de las alcabalas que graban la compra y la venta de los productos.

Hizo una pausa para mirarlos. Farica se cruzó de brazos.

—No contáis nada nuevo. ¿Para eso venís aquí cuando tenemos asuntos importantes que atender?

El rey intervino con voz suave:

—Por favor, dejemos que nuestro invitado acabe su exposición. Señor Eñanca, continuad. Y sed conciso.

—Gracias, Majestad. Ya le dije al rey que conozco a los grandes mercaderes no solo de Brajairi, sino también de los países vecinos, y por tanto creo saber bien de lo que hablo. Estamos desaprovechando nuestro potencial y de hecho muchos comerciantes forasteros prefieren las rutas de Gricur o Élamos a pesar de que sería más rápido cruzar por nuestra tierra o bien comprar y vender en ella. ¿Por qué? Por dos razones. La primera es la seguridad; parece que tanto los señores como las fuerzas del rey se ven incapaces de contener el bandidaje en los caminos y las frondas. —El general Fantiño y Guarner Injeca fueron quienes se revolvieron ahora en sus sillas, muy enojados—. Sobre eso poco puedo decir porque no soy juez ni guerrero. La segunda razón, y ahí sí entro, es la cantidad excesiva de tasas en forma de portazgos, pontazgos, aduanas y peajes que deben soportar los mercaderes, no solo en las fronteras sino también dentro del país. Para cruzar un río hay que pagar, para entrar o salir de un burgo hay que pagar, incluso para pasar de una provincia a otra hay que pagar. Los mercaderes están asfixiados. Por eso muchos ni siquiera pueden costearse una guardia armada y no se atreven a hacer negocios y por eso otras gentes del exterior prefieren rutas alternativas para sus expediciones. Y hay algo más: los peajes excesivos fomentan el contrabando dentro del país y en las fronteras, pues parece más rentable vender bajo cuerda que pagar cada tasa del camino. Y así el Estado no goza ni del peaje ni de la alcabala.

Indignado, Farica volvió a interrumpir:

—Señor, ¿estáis justificando el delito de contrabando?

Argaut no intervino, pues quería ver cómo se desenvolvía Eñanca

bajo presión. El mercader lo entendió, así que de pronto pareció convertirse en un hombre más alto y fuerte, de ojos más penetrantes; pero, extrañamente, sus modales resultaban igual de blandos.

—No defiendo el crimen. Solo trato de evitarlo cambiando unas condiciones tan difíciles que algunos no pueden dejar de cometerlo si quieren obtener una ganancia.

—¿Y qué pretendéis, pues? —intervino Guarner—. ¿Sacar a los contrabandistas y la gentuza de las cárceles para que sigan eludiendo los impuestos de la Corona?

—No. Me inclino por otra opción.

—¿Cuál? —preguntó Farica.

Eñanca guardó silencio durante muchos instantes de expectación casi dolorosa. Apretó los labios, soltó el aire por la nariz y levantó la cabeza.

—Lo que sugiero es acabar con todos los impuestos extraordinarios que graban el comercio y dejar solo las alcabalas.

Todos quedaron helados, salvo el rey, que ya había escuchado la proposición.

—Un momento… —Farica levantó una mano—. ¿A qué os referís con *todos*?

—A todos. Peajes, aduanas, pontazgos, portazgos y el largo etcétera. Hay que cobrar solo la tasa fija por la compra y la venta de cada mercancía. Y el resto hay que suprimirlo. En todo el país.

Farica se levantó de su silla.

—¿Habéis perdido el seso? —exclamó—. Majestad, ¿este hombre ha venido aquí para burlarse de nosotros? Nos dice que debemos dejar de cobrar lo que alimenta nuestras arcas, y eso tras años de dificultades increíbles. ¡Y nos lo suelta a la cara con semejante desparpajo! —Señaló al mercader—. Este… Mejor me reprimo, pues vos, Majestad, habéis pedido que se le trate de manera cortés. Este *señor* nos está sugiriendo que nos arruinemos. ¿Y por qué? Porque así defiende sus propios intereses y los de su casta.

—Quiero defender los intereses del rey tanto como los de los mercaderes. Ya le dije a Su Majestad que ambos intereses no son incompatibles.

—¿Y se puede saber cómo demonios vais a ayudar a la Corona si anuláis los impuestos? ¿De dónde va a salir el dinero, pues? El Estado no es un mercader. El rey no compra ni vende. La Hacienda obtiene dinero de los impuestos de las gentes que viven en el reino y que medran en él, sean nobles o villanos.

—Villanos —masculló Fantiño, mirando de mal modo a Eñanca—. O peor aún: *mercaderes*. De eso parece que hay mucho hoy aquí, en este Consejo.

Eñanca lo miró, mas no perdió la calma. Se volvió hacia Farica.

—Os diré cómo ha de hacerse. —Plantó las yemas de los dedos en la mesa y se inclinó para mirarlos a todos, uno por uno—. Cuando desaparezcan todos esos tributos asfixiantes el tráfico de mercancías se agilizará y fortalecerá. Muchos comerciantes podrán permitirse contratar guardias para llevar sus mercancías de un lugar a otro. Muchos labriegos y granjeros querrán vender sus excedentes en los zocos de cada pueblo, burgo y capital. El volumen de los negocios ascenderá como la espuma porque ya no será tan oneroso emprenderlos. Cuando eso ocurra, habrá tanta gente dispuesta a negociar en este país que se multiplicarán las cosas vendidas y compradas. Y al haber dejado las alcabalas, lo recaudado de esta manera no solo crecerá, sino que se multiplicará de manera asombrosa. El impuesto ordinario de la compra y venta, por sí mismo y en un ambiente que favorezca el negocio, producirá para las arcas reales mucho más dinero que lo que producen ahora todas las tasas agobiantes. Además, el contrabando se verá reducido porque ya no tendrá sentido alguno, al no existir aduanas ni peajes entre provincias. Pensad en ello, Majestad, Alteza y nobles señores. Abrid vuestras mentes.

Aquel hombre adusto y calmo, sin vicios, había hablado con ardor. Ahora ya comprendían que su pasión no era tanto la riqueza personal como la riqueza en un sentido conceptual, abstracto.

—No vengo sin pruebas —continuó—. He hecho una planificación detallada y puedo daros a cada uno una copia de esos documentos para que los estudiéis con tranquilidad. Con gusto solventaré cualquier duda y discutiré…

—No hace falta que os molestéis —repuso Farica—. No hay lugar para semejante plan. Agradecemos vuestras opiniones, pero no las aceptamos.

Eñanca parpadeó sorprendido.

—Señor tesorero real —intervino Argaut, tranquilo y filoso—. Os recuerdo que no sois vos quien tiene la última palabra.

Farica lo miró, incrédulo y dolido.

—Por supuesto, Majestad, vos sois quien decidís, pero todo esto es una locura.

—Si lo es no hará ningún daño que el señor Eñanca nos dé esos informes y que los discutamos aquí. Lo peor que puede pasar es que nos riamos de ellos. Por tanto, decido que en efecto se traigan esos planes y que todos y cada uno de nosotros los estudiemos y comentemos en sucesivas sesiones del Consejo, a las cuales el señor Sofredo Eñanca acudirá.

—Majestad —intervino Guarner, indignado pero cauteloso—, como excepción este señor puede venir hoy al Consejo, pero creo que es un error permitirle que se persone más veces.

—¿Por qué? —preguntó el rey.

Guarner levantó las manos, como si le hubieran preguntado algo obvio.

—Porque no es un noble. En el Consejo Real, así como en los Consejos de Economía, Guerra, Diplomacia…, solo pueden hablar las personas altas del país. —Se volvió hacia Eñanca, que lo miraba impasible—. No pretendo ofenderos, pero esa es la realidad. Los funcionarios y los servidores de baja cuna de la Corona son necesarios y su lealtad les honra, pero tienen el límite natural que les impone la naturaleza de los hombres y los gobiernos.

—Ese límite es el color de la sangre, ¿verdad? —dijo Eñanca—. Y la mía no es azul.

—No es la sangre, que en todos es roja, sino la educación y los valores. Vuestros mayores y ancestros no son de alcurnia. Nadie os ha transmitido la grandeza. Vuestro árbol genealógico puede ser respetable, pero no os avala para tratar los grandes temas ante Su Majestad.

—Eso debería decidirlo el propio rey, ¿no creéis? —dijo Argaut.

—Majestad —Guarner lo miró con seriedad—, es mi deber protegeros de ciertas gentes que pueden haceros daño.

Eñanca inspiró fuerte, pero no dijo nada. Argaut levantó las cejas.

—¿Hacerme daño?

—Sí, Majestad. Lo diré sin ambages: este… *mercader* pretende encandilaros con sus ideas solo para beneficiar a la gente de su oficio ruin.

Argaut lo miró con un ojo entrecerrado. Se volvió hacia Eñanca.

—¿Qué podéis responder a eso?

—Respondo que no he venido aquí para recibir insultos. Mis padres no son nobles, nadie en mi familia lo es, pero he medrado gracias a mi esfuerzo personal y a mi…

—¡Dejaos de historias! —bramó Guarner—. Vos sois un aprovechado, como todos los de vuestra ralea. Callad o no podré ya morderme la lengua más tiempo.

Eñanca miró al rey y abrió y cerró la boca, incrédulo.

—Majestad…

—¡No apeléis tanto al rey! —intervino el general Fantiño—. Estoy de acuerdo con el señor Injeca, igual que otros muchos ciudadanos del país. Los vuestros aumentan el precio de cada mercancía, la dotan de un valor innatural, especulan con los bienes que todos desean y así os enriquecéis. Una barra de pan multiplica su precio dos, tres, cuatro veces al pasar por vuestras manos. Y ese excedente, ¿adónde va a parar? A los intermediarios, no a los productores. ¡Es inmoral! Si por mí fuera… Pero mejor callo para no ofender al rey, que me ordenó hablar con mesura.

—No ofende quien dice la verdad —intervino Guarner, mirando con acritud a Eñanca—. El rey tiene como vasallos a los nobles y estos han de regir al pueblo en sus feudos con orden y justicia. En todo esto hay relaciones de honor y deber para que el país avance en la dirección correcta. ¿Dónde tiene cabida aquí el enriquecimiento personal? Ese enriquecimiento obsceno, ya sea del rey o de sus malos vasallos, los nobles corruptos, o del pueblo llano, lo envilece todo. Y eso, señor mío, es lo que hacéis vos y los vuestros.

—Los *míos* producen riqueza día tras día —respondió Eñanca, acalorado—. Llevan y traen las cosas donde no las hay para que las disfruten todos y deben recibir un beneficio por el tiempo, el dinero e incluso la seguridad personal que empeñan en tal misión. Señor mío, os diré algo: por mucho que os empeñéis, resulta imposible domar al hombre como si fuera un perro. Existe un deseo natural en todo ser humano de enriquecerse y medrar por sus propios méritos. Pero vos, en vuestra ceguera, no lo veis. Todo el que trate de hacer lo que pretendéis desencadenará un fracaso monstruoso. Lo importante es controlar ese anhelo natural y encauzarlo para que todos se beneficien de él.

—¡Argumentos viciosos! ¡Pretendéis vestir el egoísmo de generosidad!

El rey levantó las manos.

—¡Silencio!

Callaron. Eñanca bajó la cabeza y casi susurró:

—Pido perdón al rey por el tono de mis palabras. Pero tenía que defenderme.

Guarner bufó algo entre el gruñido y la carcajada.

—Las discusiones sobre filosofía económica son interesantes —dijo el rey—, pero no han de tener lugar en este consejo. Como ya dije antes, los informes de nuestro invitado os serán entregados a todos. Es mi voluntad que los leáis y que se discutan en próximas sesiones *con mucha calma,* ante el propio señor Eñanca, que podrá defender sus argumentos. Y después, Nos decidiremos.

—De nuevo agradezco a Su Majestad la oportunidad que me concede —dijo Eñanca.

Argaut asintió y sonrió de lado.

—Me place mucho escuchar las opiniones de todos y vos no sois la excepción. —Sus ojos se endurecieron—. Pero ese placer se torna disgusto cuando sospecho que no se busca el bien del país, sino el propio. Y a vos no os interesa disgustarme. ¿Me comprendéis?

—Por supuesto, Majestad.

—Entonces no hay más que decir. Enviadnos esos informes cuanto antes y pronto se os hará llamar de nuevo. Por hoy ha terminado la labor del Consejo Real. Alteza y señores, pasad todos un feliz día.

Esa misma tarde Argaut fue a ver a Demayara a su despacho.

—¿Me darás una alegría pidiéndome que te ayude a buscar esposa? —le saludó su tía una vez que estuvieron solos los dos.

Argaut puso los ojos en blanco y suspiró.

—No es eso. Lo lamento muchísimo, pero… No. Es. Eso.

—Más lo lamento yo. Está bien, ¿qué quieres? Aunque me parece que está relacionado con el espectáculo de esta mañana en el Consejo, ¿verdad?

—Verdad.

—Ya tienes decidido lo que hacer respecto a ese proyecto de Eñanca.

Argaut la miró.

—¿Por qué demonios has de saber siempre lo que pienso?

—Porque soy tu tía y tu segunda madre. Y además, porque soy muy inteligente.

—Y humilde, por añadidura.

Demayara soltó una carcajada.

—¡También, por supuesto! —Poco a poco recuperó la seriedad—. Anda, ven aquí, siéntate y dímelo, Argaut.

—Voy a hacer caso a ese hombre. Durante dos o tres años de prueba. Y después ya veremos.

Ella silbó por lo bajo.

—¿Todas sus medidas?

—Todas. No se puede hacer a medias.

—¿Cuándo has hecho algo a medias, querido sobrino? Siempre te lanzas con todo.

—Espero que esta vez no me estrelle.

—Eso es algo que nunca podemos saber; en cada momento decidimos lo que mejor nos parece y luego el destino, o los dioses, tiran los dados.

—Confío en lo que dice Eñanca, pero no creo en él a ciegas. Habrá que vigilarlo. He leído sus informes y me han convencido.

—¿Y si es un embaucador?

—Eso es lo que me atormenta. Por ello quiero que todo el Consejo debata con él, aun cuando no sepan que ya he tomado mi decisión, por si alguien puede sacarme del yerro.

—¿Y por qué has venido a decírmelo mientras que a los demás les vas a mantener en ascuas? ¿Qué quieres de mí, Argaut? ¿Qué quiere de mí el rey?

—Quiero que aplaques a tu marido.

Demayara frunció el ceño.

—No te entiendo.

—Mi tío es un hombre excelente, pero es demasiado impulsivo y tiene la mente cerrada en ciertos asuntos. Muchas cosas van a cambiar en este país y tal vez él no pueda asimilarlas con facilidad. Sé que Farica se enojará, pero puedo dominarlo. Sin embargo, tu marido es tan orgulloso que puede echarlo todo por la borda en un arrebato. No quiero perderlo.

Ella entrecerró los ojos.

—No quieres perderlo… como servidor

—El rey necesita a Guarner Injeca.

—Y el rey también me necesita a mí, por lo que veo.

—Eres su mujer. Puedes influir en él de una manera que a mí me es imposible. Tienes que convencerlo de que todo esto es necesario para el reino. Ha de aceptarlo.

Ella lo miró durante muchos latidos, pensativa. Levantó las cejas.

—No va a ser fácil. Tu tío puede llegar a parecerse a un toro furioso.

—He ahí la razón. Yo no puedo dominar a ese toro, pero tú sí. —Clavó sus ojos en ella—. Esto es importante.

Demayara guardó silencio. Al final respondió:

—Lo haré. No temas por tu tío, Argaut. Sabré llevarlo por donde quieras.

—Gracias —dijo él, dándole un beso en la mejilla—. Sabía que no me defraudarías.

—¿A quién no he defraudado? —le preguntó ella, con una mirada filosa—. ¿A mi sobrino o al rey? Porque ya no sé dónde empieza uno y acaba el otro. Ni siquiera sé si son la misma persona.

—A los dos.

—Bien. Pero quiero que tengas en cuenta algo: voy a manipular las ideas y los sentimientos del hombre que amo por razones políticas. Eso no me hace feliz.

—Lo comprendo. Y lo valoro como se merece.

Le dio otro beso en la mejilla y se levantó.

—Gracias.

Se fue y la dejó sola.

Casi al mismo tiempo, Sofredo Eñanca se reunía en un despacho de su casona con su hombre de confianza, Jarón Valtaro.

Valtaro era el hijo de un buen amigo, también mercader, y al morir el padre el Viejo Buitre lo acogió bajo sus alas. Aunque más joven que otros lugartenientes del imperio empresarial de Eñanca, no había

subido por nepotismo, sino por méritos propios, y ya destacaba por su astucia, su disciplina y su prudencia. Además, Sofredo sentía un afecto sincero por el huérfano de su amigo. Como los Eñanca, los Valtaro provenían de la alta burguesía y no había sangre azul en sus venas, pero tenían el genio de los mercaderes y la capacidad de multiplicar cada moneda invertida por dos. Jarón Valtaro era alto y un tanto rollizo, de ojos y pelo oscuros y un rostro serio que sabía ocultar las emociones, algo útil en las negociaciones que su señor le encomendaba. Ya estaba comprometido con una mujer de otro clan de ricoshombres burgueses, pero no había en esto amor, sino conveniencia. Nada ni nadie podría distraerlo de los deberes de su cargo. No existían secretos entre el maestro y su alumno, así que Valtaro saludó con respeto y preguntó:

—Mi señor, ¿cómo fue la reunión en el Consejo Real?

Eñanca estaba sentado ante su mesa, tan ordenada como el resto del despacho. En la sala había tres gatos, pues el mercader sentía predilección por los felinos. Uno de ellos, *Blanquito*, estaba tumbado sobre un costado, en el centro de la mesa, y se lamía una pata con aire majestuoso. Sofredo lo acariciaba distraído y el animal solo movía la lengua rasposa y, a veces, la cola.

—Más turbulenta de lo que imaginaba —respondió Eñanca—. Tenemos una oposición muy fuerte allí dentro.

—¿Y el rey? —preguntó Jarón mientras se sentaba frente a su amo.

—Receptivo, mas no tanto como creía. Es joven, pero juicioso. No muestra sus cartas a la ligera. Pensé que solo tendría que tratar con él, pero me ha tendido una especie de… ¿celada? ¿O favor? Ha interpuesto el Consejo entre él y yo como un escudo y ahora he de convencerlos a todos. —Entrecerró un ojo—. O Puede que no. Tal vez ya esté convencido de las bondades del plan y solo quiera ponerme a prueba para ver cómo me muevo entre las fieras del Consejo. Es posible, sí.

—¿Creéis que dará vía libre al plan?

Sofredo rascó al gato mientras sopesaba la pregunta.

—Creo que lo hará. Es del tipo impaciente y desea la riqueza rápida. Le gusta jugar fuerte y acepta los riesgos, como bien ha demostrado desde que llegó al poder. Pero no será sencillo. Como ya dije, tenemos enemigos dentro del Consejo y tendré que lidiar con ellos una día sí y otro también. Son enemigos no solo de mis planes, sino de toda nuestra gente.

—Entiendo. Nos odian, pero eso no les impide pedirnos ayuda cuando pasan por dificultades. ¿O es que ya han olvidado quién les deja el dinero para ganar sus guerras?

Eñanca sonrió sin alegría.

—Precisamente porque no lo olvidan, nos odian. Y luego están los

prejuicios de nobleza y casta.

Valtaro resopló.

—Algún día espero que esas cosas cambien.

—Tal vez cambien, pero yo no lo veré. Y tú tampoco. El rey tiene la mente más abierta, otros no e intentarán hacernos fracasar. Pero sabremos defendernos. Tenemos nuestras propias armas.

—¿El dinero? —Valtaro sonrió—. Al fin y al cabo, somos más ricos que esos lechuguinos de sangre azul.

—Más ricos que el propio rey —afirmó Eñanca—. Pero no me refiero al dinero, que es importante, pero está sobrevalorado. Llegados a ciertos niveles la clave no está en el oro, sino en la información. Ese es el auténtico poder. —Su mirada se agravó—. Y ahí entras tú.

Valtaro esperó a que su señor continuara hablando.

—Tengo una encomienda para ti —dijo Eñanca mientras frotaba la oreja del gato, que entrecerraba los ojos con placer—. Necesito que dejes cuanto tengas ahora entre manos para dedicarte a una sola tarea: saberlo todo sobre los miembros del Consejo Real, sobre sus parientes cercanos y lejanos, sus amigos, conocidos y las gentes que los rodean… Eso también se extiende a las personas que trabajan con ellos en los diferentes consejos de la nación. Y cuando me refiero a saberlo todo, me refiero a saberlo *todo*. ¿Me entiendes?

—Por supuesto. Tenemos amigos en las ciudades, las ferias y los burgos, y ellos a su vez tienen ojos y oídos en cada zoco y mercado, en las lonjas, en la intendencia de cada cuartel, entre los lacayos y los siervos de cada castillo y mansión…, e incluso conozco a la gente adecuada en las mancebías, las tabernas y los barrios de baja estofa. Perded cuidado, señor, porque pronto lo sabréis *todo* de nuestros enemigos en el Consejo.

—Y también de los amigos. Me refiero al rey.

Valtaro levantó las cejas un solo instante. Asintió.

—Comprendo. En breve os llegarán informes precisos y valiosos.

—Estoy seguro de que llevarás a cabo esta empresa con la diligencia y eficacia de siempre. Y ya no hay mucho más que decir por hoy, mi joven amigo.

—Entonces me pongo de inmediato con la tarea. Hoy mismo empezaré a hablar con la gente adecuada. Con vuestro permiso, me retiro.

Sofredo levantó una mano y su lugarteniente se fue. Blanquito se había rendido y estaba panza arriba para que le rascaran el vientre, cosa que el Viejo Buitre hizo mientras meditaba. Pasado un rato el gato cambió de parecer y se marchó en busca de otros goces felinos. Eñanca se levantó y fue al jardín de su casona para seguir cavilando y planeando, entre los árboles y la maleza.

8

Brelán Etgula, jefe del Consejo Diplomático, había pedido una reunión extraordinaria del Consejo. Se encontraban también allí el otro gran embajador, Rafucio Injeca, Demayara Agrate, el mayordomo real Guarner Injeca, Tacho Fantiño, general en jefe del Ejército Real, y Gregar Farica, secretario y tesorero real. El monarca presidía la sesión.

—¿Qué ocurre ahora, señor Etgula? ¿Tiene algo que ver con esa sonrisa que os ensancha la cara?

—Lo tiene, Majestad. Traigo noticias buenísimas.

—Estoy al tanto de ellas y doy fe de que lo son —afirmó Rafucio, bienhumorado.

—¡Maravilloso! —contestó el rey—. ¡Nunca sobran las nuevas dichosas! Sentaos e informadnos, señor Etgula.

—Han llegado diplomáticos del extranjero, Majestad, en concreto de la corte de Gricur. Nuestra labor ha dado sus frutos: ¡ya hay futura esposa para vos!

La sonrisa de Argaut quedó helada en una extraña mueca que, a su pesar, resultaba casi cómica.

—¿Al fin hay una princesa extranjera dispuesta a casarse con el rey? —preguntó Guarner.

—¡Sí! —respondió Etgula—. El rey Otón VII de Gricur ha tenido a bien entrar en tratos matrimoniales con nuestra gente. Su hija Isela es la elegida.

—¡Alabado sea Braladur! —exclamó Demayara—. ¡Ya era hora! ¡Al fin habrá príncipes en Brajairi!

—Contadnos las condiciones, señor Etgula —apremió Fantiño—. Por lo que sé, Gricur es un país fuerte que ha ganado hace poco una guerra contra Brenit, así que su alianza es provechosa.

—Aún no hay nada por escrito —contestó el embajador, muy ufano—, pero ya hay entendimiento. Como decís, Gricur ha sostenido un conflicto en sus fronteras occidentales y tras las batallas el rey Otón ha conseguido una paz ventajosa. Su prestigio es enorme y sus ejércitos poderosos, así que miel sobre hojuelas.

—¿Y qué hay de la dote? —se interesó Farica—. ¿También se ha hablado de eso?

—Estamos en ello, pero puedo afirmar que será sustanciosa. Otón VII ama a su hija Isela y no permitirá que le falte nada cuando viva entre nosotros.

—Esa dote hará mucho bien a nuestras arcas —se regocijó el tesorero.

—Parece que todo es positivo —dijo Guarner—. Lamento que el rey no se case con una noble del país, pero una vez en esa tesitura, al menos que lo haga con la princesa de un reino fuerte. Dará relumbre y honores a nuestra nación, que falta le hace.

—Por fin tendremos peso en el ajedrez internacional —dijo Demayara, sonriente.

Rafucio intervino:

—El peso nos lo hemos ganado ya con sangre y sudor. En el extranjero se ve con buenos ojos el fortalecimiento de la autoridad real sobre la aristocracia y el orden y la paz que ello ha traído. Ya no somos un dolor de cabeza, sino un objetivo prometedor. El tesón da sus frutos.

—¿Cómo nos obligarán los tratados en cuanto a las armas? —preguntó Fantiño.

—Por supuesto —respondió Etgula—, nuestras naciones deberán ayudarse en caso de lucha contra un enemigo, aunque deseamos introducir una cláusula ambigua para que solo se intervenga cuando el país atacado no sea capaz por sí mismo de repeler la amenaza. Dado que Gricur es más fuerte tal cláusula nos conviene porque ellos sí nos ayudarían, pero nosotros podríamos esquivar la obligación. En fin, todos estos temas serán tratados con detenimiento en sucesivas reuniones entre los diplomáticos. Pero os aseguro que los nuestros hilan fino por los intereses de Brajairi.

—De eso no cabe duda —dijo Farica—, estando vos y el señor Rafucio Injeca al mando de la nave.

—Casi todo lo ha hecho Etgula —dijo Rafucio—. Suyo es el mérito.

—Ha sido una labor de conjunto —contestó el aludido—, tanto de nuestros hombres como de vos, compañero.

—Si lo decís así, ¿quién soy yo para negarlo?

Y todos rieron, excepto el rey, que permanecía serio. Taciturno.

—¿Cómo es la princesa? —preguntó.

Etgula recuperó la compostura.

—Majestad, es una dama educada de modo exquisito para sus deberes como reina. Y será una mujer hermosa.

—¿*Será*? —Argaut torció la cabeza con lentitud y lo miró de lado —. ¿*Cuándo* será hermosa?

Rafucio miró hacia otro lado y Etgula logró mantener la sonrisa.

—Solo hay un inconveniente, Majestad, uno tan nimio que no invalidará el tratado con Gricur.

Argaut se echó hacia delante en la silla y lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué inconveniente?

—Se refiere a la princesa; ¡pero no temáis, políticamente no…!

—¿Qué le ocurre a la princesa Isela de Gricur?

—¿A ella? —Etgula rio—. ¡Oh, a ella no le ocurre nada! ¡Es una niña sana y normal!

Argaut quedó helado.

—Una niña.

—Sí, una niña.

—Niña.

—La princesa Isela tiene doce años.

—Doce años.

—¡Pero eso no tiene importancia!

—No tiene importancia. No la tiene, ¿verdad? —Argaut dio un puñetazo en el brazo de la silla y rugió—: ¿Pero qué monstruosidad soltáis por las barbas? ¿Habéis perdido el juicio?

—¿Cómo? —Etgula soltó una carcajada—. ¡Ah, claro, ya entiendo! ¡Me he explicado mal, Majestad! ¡Perdonadme, por favor! El matrimonio… y todo lo que conlleva, ha de celebrarse cuando la princesa Isela Albeir alcance la mayoría de edad, es decir, dentro de tres años. Mientras tanto, ella vivirá con su familia en Gricur. Pero no hay nada que temer porque las condiciones del tratado se mantendrán también durante el tiempo de espera.

Argaut se echó hacia atrás en la silla.

—Dentro de tres años ella tendrá quince y yo treinta. Le duplicaré la edad. Seré un viejo a su lado. Pareceremos padre e hija y no marido y mujer. Será grotesco. ¿Y me estáis diciendo que he de tener relaciones de alcoba con ella?

—Es necesario —afirmó Guarner—. El matrimonio ha de consumarse.

—Vuestra esposa ha de darle hijos al reino —aseveró Demayara—. Es su deber. No ha de extrañaros tanto, Majestad, porque a esa edad las mujeres ya son fértiles. Puede que haya algunas dificultades iniciales, pero yo hablaré con ella y aplacaré sus miedos.

—¿Y qué hay de los míos? ¡Por Braladur, todo esto es una locura!

—Por mi parte yo eliminaré esos recelos vuestros, Majestad —intervino Rafucio—. Sé que puede parecer extraño el ayuntamiento con una mujer tan joven, pero cosas más raras se han visto. Doy fe de ello.

Su madre giro la cabeza con lentitud y clavó en él una mirada asesina. Rafucio adoptó una expresión impasible e inocente. Demayara se volvió hacia el rey.

—Sois ya un hombre hecho y derecho que debería tener al menos cuatro o cinco hijos. Hay que asegurar el futuro del país. En esta cuestión no hay lugar para titubeos absurdos.

—Titubeos absurdos.

—Eso es.

Argaut se llevó una mano a la frente. Miró a Etgula con una sospecha ominosa.

—Tengo entendido que al rey de Gricur le llaman Otón VII el Gordo…

—Sí, al parecer es ancho. Fuerte. Pero perded cuidado porque su hija Isela no ha salido a él, sino a la madre, que es esbelta y cimbreña.

—¿Os han descrito a la niña físicamente esos embajadores vuestros? ¿La habéis visto?

—No, pero es de sobra conocida la fama de hermosa de la princesa.

—De sobra conocida en su casa, supongo, porque yo hasta ahora no había oído nada de la cría.

—Majestad, estamos hablando de una alianza valiosa para el país. No podemos demorarlo o perderemos la oportunidad. Hay que enviar la respuesta hoy mismo.

Argaut suspiró y se pellizcó la barbilla, mirando con angustia hacia ninguna parte.

—No me casaré con la mocita. Lo siento, pero no puedo hacerlo.

Cayó un silencio atroz. Al final Etgula dijo:

—Pero… ¡Majestad, no podéis hacer eso! ¿Os dais cuenta del tiempo y esfuerzos invertidos en esta empresa?

—No voy a casarme con esa niña —repitió Argaut.

—¡Ofenderemos al rey de Gricur! ¡No nos lo podemos permitir!

—Confío en vuestra habilidad para amansarlo. Estoy seguro de que vuestros diplomáticos suavizarán las cosas entre los dos reinos.

Etgula parpadeó, sin poder hablar de puro asombro y consternación.

—Majestad, es una oportunidad de oro —dijo Guarner—. Hemos peleado duro para que Brajairi se engrandezca. ¡No podemos echarlo todo por la borda ahora!

Rafucio intervino:

—Majestad, no debe preocuparos la vida íntima con vuestra futura esposa. Los matrimonios de conveniencia son el garante del orden social. Se llevan a cabo entre campesinos y entre reyes. ¿Por qué se va a casar la gente, si no?

—¿Por amor, tal vez? —preguntó Argaut.

Rafucio hizo un gesto de extrañeza.

—¿Qué demonios tiene que ver el amor con el matrimonio?

—Majestad, pensad en la dote —intervino Farica, levantando las manos—. ¡La dote!

—Además —terció Fantiño—, ¿qué otras pretendientes hay? No podéis estar soltero toda la vida. El país necesita una reina que os dé herederos.

Argaut pareció reunir fuerzas y por fin lo soltó:

—Ya tengo futura reina y también tengo herederos. Uno, al menos.

—¿De quién habláis? —bramó su tío.

—De la señora Queila Nicario. Voy a casarme con ella. Y nuestro hijo Brelán será el heredero del trono.

Rafucio se llevó las manos en la frente.

—Braladur nos asista…

—¿Qué oigo? —rugió Guarner, ya en pie—. ¿Habéis rechazado a todas las damas de la familia Injeca e incluso rechazáis a la princesa de Gricur solo por una entretenida?

—Cuidado con lo que decís. Guardadle a la señora Nicario el respeto debido a vuestra futura reina.

—¿De veras pretendéis hacer reina a una cortesana?

—¡Teneos! Alteza, señores, lamento comunicároslo de esta forma, sobre todo después de tantos desvelos para amigarnos con un país vecino, pero voy a casarme con Queila Nicario. Como súbditos y vasallos habréis de acatar la voluntad del rey de Brajairi. ¡Y no se hable más!

Todos lo miraban con horror y pasmo, salvo Demayara, que permanecía impasible.

—¡No os entiendo! —exclamó Guarner—. ¡Os juro que no os entiendo, Majestad!

Preso de la furia, se marchó sin pedir permiso y cerró con un portazo que sonó como un trueno.

—Majestad, perdonad los malos modos de mi padre —pidió Rafucio.

—Están olvidados. Señor Etgula, preparad la respuesta para enviarla cuanto antes a la corte de Gricur. No habrá boda con su princesa. —El aludido asintió con cara de velatorio—. Por hoy no hay más que decir.

Se levantaron de sus asientos y empezaron a irse. Demayara, no obstante, quedó quieta en su silla.

—Majestad, quiero hablar con vos en privado.

En el tono había más orden que ruego y Argaut asintió.

Una vez solos, Argaut se levantó y se sirvió una copa de vino. En ningún momento miró a su tía, incluso mientras ella se le acercaba con las manos cruzadas sobre el regazo.

—A mí no me puedes engañar. Ni a ti mismo. Sabes que al final vas a casarte con la princesa de Gricur. Todo esto es una rabieta.

Argaut seguía sin mirarla. Tomó otro sorbo.

—Soy el rey. ¿Tengo el poder sobre la vida y la muerte de muchos cientos de miles de personas y ni siquiera puedo elegir con quién he de vivir?

—Así es.

Se volvió para mirarla.

—¿Por qué?

—Por eso mismo: porque eres el rey.

Argaut suspiró, desvió la vista y tomó un trago.

—Ya te has desfogado ante todos —siguió su tía, con ese aire sereno e imbatible que él odiaba y contra el que no podía luchar—. Has soltado la ira, una ira comprensible, y eso te lo digo de corazón porque te entiendo. Pero también inútil. Ahora te calmarás y llamarás a Etgula para decirle que has cambiado de decisión y para que responda de manera afirmativa al rey de Gricur.

—La quiero. Quiero vivir junto a esa mujer. No quiero esconderla, ni esconderme yo.

—Lo entiendo. Pero no puede ser tu esposa. No puede ser la reina y lo sabes. Tendrás que despedirte de ella para siempre.

Argaut la miró con horror.

—No tienes piedad.

Ella sonrió, cansada.

—Al contrario. Por piedad, destruyo tus falsas esperanzas. Mi compasión me obliga a hablarte así. Mejor un corte limpio que una infección larga y mortífera.

—¡No emplees ese lenguaje, por todos los dioses! Yo… no puedo dejar de verla.

—Sí puedes. Y lo harás por el bien del reino.

—¿Y mi bien? ¿Dónde queda?

—Eres el rey —fue la respuesta.

—El rey.

—Todos tenemos un deber. Pero no te digo nada que no sepas, así que despídete de esa mujer. Que se le den honores y rentas y que el hijo que habéis engendrado sea tratado como un Grande del país. —Clavó sus ojos en él—. Pero no vuelvas a verla. Extírpala.

—Tendré que seguir viéndola, sea mi esposa o no. No voy a renunciar a ella.

—Sácate esa tontería cuanto antes de encima. No escuches al alocado de mi hijo cuando te habla de infidelidades. La verdad es que no sé a quién ha salido ese chico. Su comportamiento es vergonzoso, pero él se lo puede permitir porque está casado con una noble. Tú tendrás por esposa a la reina de Brajairi.

—Pero algunos reyes…

—¿Sabes lo que puede ocurrir si ofendes a la reina de tal modo? ¿Sabes qué puede pasar si ella no es sumisa, sino orgullosa y terca, y no consiente en llevar los cuernos con mansedumbre? ¿Has pensado en las consecuencias de que la reina sea tu peor enemiga? Ella va a tener peso político. Ella decidirá. Será la madre de tus hijos. La madre del futuro rey. Ella le arrullará, le amamantará y le educará. ¿Vas a

correr el riesgo de gobernar junto a una mujer que te odie y se vengue a través de tus vástagos, o con mil y una artimañas peligrosas? No, Argaut, tú no vas a cometer la locura de ofender a la reina de ese modo.

Él bajó la mirada.

—No la quiero. No elegí a esa chica extranjera.

—Deja de hablar como un chiquillo. Ese no es el Argaut que ha domeñado a los nobles en la guerra. ¿Crees que el sacrificio acaba en el campo de batalla?

—Para ti es fácil decirlo. Mi tío y tú sois una pareja ideal. Os queréis mucho.

Ella sonrió y pareció ablandarse un poco.

—Llevas razón. Amo a mi esposo y él también me quiere con ternura, aunque por fuera parezca tan duro. Pero cuando me uní a él yo ni siquiera lo conocía y estaba más muerta que viva de miedo. Y sin embargo ahora lo estimo con toda el alma. ¿Sabes una de las razones por las que eso ha ocurrido?

Argaut la miró y Demayara sonrió aún más.

—Tu tío jamás me ha sido infiel. Podría haberlo hecho porque es un noble poderoso y un varón gallardo, incluso hoy, cuando ya cría canas y algunas arrugas. Le han sobrado las oportunidades, pero siempre me fue leal y yo se lo valoro.

—¿Tan segura estás de que nunca picó en otra flor?

Ella soltó una carcajada.

—Para mí tu tío es como un libro abierto. Lo conozco mejor que a mí misma. Siempre me respetó no solo como cónyuge, sino como aliada y amiga. De ahí al cariño y luego al amor profundo hay menos de un paso. —Le tomó de la barbilla y su sonrisa se ensanchó—. Debes hacer lo mismo con tu futura esposa. Sé atento con ella, cuídala y sobre todo nunca la traiciones. Eso multiplicará su afecto por ti y más temprano que tarde se te rendirá por completo. ¿Sabes lo feliz que puede hacer a un hombre una esposa enamorada? No, no lo sabes. Ni siquiera lo imaginas. Por el contrario, un marido que ha de soportar a una mujer rencorosa no deberá cumplir condena en los abismos de Blica porque su vida será ya de por sí un infierno. Sé bueno con tu reina y ella no solo te respetará, sino que también te querrá.

Argaut separó los dedos de su barba.

—Ya tengo a una mujer que me quiere.

Demayara se tornó severa.

—Imposible. Tienes que alejarte de ella y olvidarla. Y has de empezar hoy mismo.

Argaut casi huyó y tomó un nuevo sorbo.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó su tía.

Argaut la miró con odio, pero ella esbozó una sonrisa vieja y sabia,

pues esa mirada era la respuesta que esperaba.

—Me casaré con la princesa de Gricur. La trataré bien. Pero hasta que se celebre la boda voy a ver a quien quiera. Al menos tendré tres años de libertad. Y en eso no voy a ceder ni un palmo.

—Cometes un error, pero… —decidió que ya había conseguido bastante, así que suspiró—. Sea.

—Márchate y hazme el favor de ordenar que venga el señor Etgula. He de hablar con él sobre la respuesta positiva al rey de Gricur.

Ella asintió y se fue.

Una vez solo, Argaut rugió y tiró la copa contra un muro. En él quedó una mancha roja.

Esa tarde se lo comunicó a la propia señora Nicario.

—Así ha de ser —dijo Argaut.

Ella bajó la vista y se sentó en una butaca. Había una palidez desesperada en su rostro y sus ojos se habían convertido en dos diminutos espejos de tristeza.

—Era previsible. Ya lo sabía cuando empezó todo. Lo sabíamos los dos. Quejarse no tiene sentido. Hemos tenido nuestro tiempo y lo hemos aprovechado.

—Nos quedan tres años aún.

Ella cerró los ojos y asintió con amargura.

—Tres años, con sus días y sus noches. Pero no esta noche. Hoy no te quedes aquí, Argaut. No puedo estar contigo. Necesito… —La voz se le quebró. Inspiró y logró recuperarla—. Mañana sí, pero hoy no te quedes.

Él la miró durante muchos latidos. Asintió y se fue despacio, con la cabeza baja.

Solo entonces la señora Queila Nicario hundió la cara en las manos y lloró.

9

Sofredo Eñanca tocó la hoja fresca y dejó que las yemas se deslizaran sobre la fina y porosa carne vegetal. No fue un contacto avasallador, no el del hombre que domina la naturaleza, sino más bien el de quien se rinde ante ella y la adora. Le gustaba visitar su jardín privado, en su villa de Longaza. Sus sirvientes ya no lo importunaban pidiéndole que les dejara limpiarlo de rastrojos, sacar las malas hierbas, podar los arbolitos y dar forma a los setos. Sofredo Eñanca, el mercader más poderoso de Brajairi, quizás el hombre más rico de la nación, dueño de un imperio de bancos, casas de cambio, lonjas y caravanas y desde hacía no mucho miembro del Consejo de Economía y del Consejo Real, amaba su jardín desastrado precisamente por eso, porque estaba hecho un completo desastre. Le gustaba que las plantas crecieran a su libre albedrío, que los tallos se doblaran de forma poco estética, que la vegetación abigarrada hiciera casi imposible el tránsito por los senderos y que en ellos las raíces hubieran levantado las piedras y hasta las baldosas. Aquella explosión vegetal le fascinaba porque en ella no participaba la mano del hombre. No la ensuciaba. Sofredo, tan amante de la pulcritud y las matemáticas de la prosperidad, detestaba a la humanidad de la que él formaba parte. Conocía de primera mano la mezquindad, la ruindad, la avaricia y todos los demás defectos de sus semejantes y de él mismo, los veía a diario y, a diferencia de sus congéneres, no trataba de ocultarlos mediante sofismas. Sabía que la especie humana era sucia y baja, tan baja que, teniendo la mentalidad privilegiada que el destino o los dioses le habían concedido, se refocilaba en abismos de degradación. Y lo más interesante, grotesco y trágico era que resultaba imposible no hacerlo.

Había conocido todo tipo de corrupción moral a lo largo de su vida. La pobreza o la riqueza no eran excusa, pues sabía que los pobres eran tan malvados como los pudientes y que la única diferencia estaba en la falta de inteligencia o de coraje, ya que de otro modo harían lo mismo o algo aún peor. Tampoco los idealistas se salvaban; cuando ascendían al poder iniciaban baños de sangre, encarcelaban en nombre de la libertad, mentían en nombre de la verdad, guerreaban en nombre de la paz y aplastaban al pueblo en nombre del pueblo. Lo había visto varias veces, pues ya era hombre mayor y había conocido a muchos y diferentes líderes. Al final todos lo buscaban, a él y a los de su casta. Se arrodillaban ante el oro y eso, que en otro tiempo

hinchó su orgullo, ahora le daba asco. Nadie se salvaba. La paradoja estaba en que para mejorar la vida de las personas era necesario tener poder sobre ellas, pero el poder en sí mismo corrompía y sus frías ecuaciones invalidaban los escrúpulos morales, los iban empujando poco a poco hasta echarlos fuera del tablero, y al final solo quedaba el monstruo. La bestia humana. No había escapatoria ni forma de romper el círculo vicioso. Todo el que pensara que esto era exagerado o era un imbécil o un hipócrita. Tal vez ambas cosas.

Por eso le gustaba su jardín feraz y salvaje. En su seno se alejaba de sus semejantes y de sí mismo. Allí se abismaba en la contemplación de lo grande: las ramas, las raíces aéreas, la fronda invencible… Pero le fascinaba aún más el reino de lo diminuto: los insectos en los troncos y tallos, las perlas de rocío, las nervaduras de las hojas, los pelillos de las flores… Cuánta perfección. Muchas veces se sentaba en la tierra y la tocaba con las manos desnudas, cerraba los ojos, apoyaba la cabeza en un árbol y permitía que las hormigas se desplazaran sobre su piel. Eso, lejos de incomodarlo, lo purificaba. E incluso deseaba convertirse él mismo en tronco de árbol. Qué gran placer sería olvidarse de todo y de todos, descansar, sentir el rumor confuso de la vida en lo más profundo, limitarse a nutrirse y crecer sin esfuerzo, sin bregar ni pelear por nada, sin sufrir la tiranía de decidir en cada cruce de caminos…

Oyó crujidos. Era *Princesa*, su gata, que venía a visitarlo y le traía un regalo, un ratón moribundo. Lo dejó caer a su lado y lo empujó con el morro tiznado de sangre.

—Ah, bribona, ¿me das un presente? —Rascó el lomo de la gata, que se estiró, puso el rabo vertical y ronroneó—. Muchas gracias, pero me temo que esto no es bueno para mi pobre estómago. Quédatelo, amiguita.

El roedor aún estaba vivo. Temblaba y sufría convulsiones. Princesa, con la crueldad inocente de los felinos, le daba un zarpazo, luego otro, y su presa se retorcía y sufría. Eñanca volvió a cerrar los ojos, pegado al tronco, y dormitó un rato, oyendo los murmullos de aquel juego de vida y muerte que tenía lugar a su lado. Princesa, aburrida, abrió por fin el vientre del ratoncillo y empezó a devorar sus tripas, muy feliz. Sofredo le acariciaba de vez en cuando el lomo.

Un sirviente se abrió paso entre la maleza y la gata echó a correr con su presa en la boca. El criado ya conocía a su amo y no se sorprendió al verlo de tal guisa.

—Mi señor, ha venido el señor Valtaro. Desea veros.

—¡Ah, mi buen Jarón! Dile que pase al despacho. Iré enseguida.

El sirviente se fue. Sofredo permaneció sentado un poco más, apoyado en el árbol, y al fin suspiró, abrió los ojos y se levantó con la pereza de la vejez prematura. Entró en la sala quitándose el polvo de

la túnica con las manos.

—Saludos, amigo. Siéntate, por favor. —Él hizo lo propio, al otro lado de su mesa de trabajo. De nuevo sus ojos verdes eran filosos y duros. De nuevo era el Viejo Buitre—. Has estado fuera algún tiempo.

—Lo pedía mi tarea, señor. Debí desplazarme a diferentes puntos del país en persona para efectuar ciertas indagaciones. ¿Cómo han ido las cosas por la capital?

—Oh, no han sido del todo malas…, ni buenas. El rey dio vía libre al plan de saneamiento de la economía, aunque algunos en el Consejo se opusieron. Pero él mantuvo firme su apoyo. —Sonrió con malicia—. Eso escuece a las gentes de sangre azul que lo rodean, pero sus gruñidos ya ni siquiera me incomodan. —La sonrisa se endureció—. En realidad me placen. Ahora formo parte del Consejo de Economía y el rey me permite incluso asistir a las sesiones del Consejo Real que tienen que ver con las arcas del país. En cuanto a lo demás, me deja ciego. Es un monarca extraño, audaz para algunas cosas, prudente en otras, y a menudo imprevisible. En conjunto, es un buen rey.

—Entonces todo marcha bien.

—No todo lo bien que yo quisiera. Hace casi medio año que estoy en la corte y, aunque en efecto se ha dado la orden de romper las cadenas que impiden un comercio fluido y próspero y por tanto el enriquecimiento del país y sus gentes, la empresa no llega a buen puerto. Hay mejoras, pero avanzamos despacio.

—¿Por qué?

—Porque se me pone la zancadilla un día sí y otro también.

—No lo entiendo. ¿El rey os permite trabajar y luego os lo impide?

—No se trata del rey, sino de mis compañeros del Consejo de Economía. Ralentizan las cosas con artificios legales y técnicos, con mil y un impedimentos estúpidos. Están haciendo todo lo posible para que no se haga nada, ¡nada de nada!

—¿Y el rey?

—El rey se desentiende. Ordena que el señor Farica y yo trabajemos codo con codo y que solucionemos juntos los problemas. ¿Pero cómo se puede llevar a buen puerto una nave cuando el segundo capitán quiere que se hunda?

—Ahora lo entiendo. Los enemigos de la corte desean vuestro fracaso.

—Mi fracaso es el fracaso del sistema. Esa gente cerrada no quiere que nadie intente nada nuevo porque tienen miedo de quedar como idiotas. El líder de los obtusos es ese maldito Gregar Farica. ¡Se opone a todo, lo impide todo, lo embrolla todo! ¡No hace más que darme puñaladas por la espalda!

—Luego el problema es Gregar Farica.

Eñanca lo miró con astucia.

—Jarón, dame buenas nuevas.

—No buenas, sino excelentes. Leed estos documentos, mi señor.

Le tendió unos rollos de teneduría, Eñanca los desplegó y sus ojos expertos leyeron todas aquellas líneas y lo que había entre ellas. El Viejo Buitre entrecerró los ojos de puro deleite.

—Magnífico trabajo.

—Gracias, señor.

—Esta tarde tendré una reunión privada con nuestro estimado tesorero real. Y quiero que estés presente.

Farica los recibió en su propio despacho, con la mirada enojosa y despectiva que siempre reservaba a Eñanca.

—No entiendo a qué vienen estas prisas por verme en privado. ¿No podéis tratar estos asuntos mañana, en la reunión del Consejo de Economía?

En respuesta, Eñanca mostró aquella humildad tan suya, un comportamiento obsequioso que a Farica se le antojaba aún más ofensivo que el insulto directo, pues era falso y los dos lo sabían. Uno trataba de incomodar al otro con su tono agresivo y el otro le devolvía la bofetada con su modestia burlona.

—Os agradezco infinito el favor de recibirme, y por ende en vuestro refugio personal. Pero hubiera preferido que nos viéramos en mi villa, tal y como os pedí.

—¡De ningún modo, señor mío! Tengo faena pendiente y no puedo perder ni un instante yendo a cualquier lugar al que se me llame. Daos por satisfecho con esta audiencia.

—Muchas gracias, estimado compañero.

—¿Y quién es este joven, si puede saberse?

—Es el señor Jarón Valtaro. Mi hombre de confianza. Entre nosotros no hay secretos y, ya que lo estoy formando como aprendiz, desearía que hoy estuviera presente. No nos incomodará porque es tan avisado como discreto.

—Encantado de conoceros, señor Valtaro —dijo Farica, en un tono que desmentía las palabras. El aludido asintió respetuoso y se mantuvo un paso detrás su señor, que seguía en pie. Hubo un silencio incómodo, hasta que Farica soltó el aire por la boca y dijo—: Sentaos, os lo ruego. ¡Lacayo, trae unas butacas! ¡Y alguna bebida!

—Un garnacha suave sería lo correcto —dijo Eñanca—. Mi estómago… En fin, ya no es lo que era.

—Yo prefiero un tinto —dijo Valtaro.

—¡Ya lo has oído! —ladró Farica al sirviente, que corrió a obedecer. Al cabo de poco todos estaban sentados con sus respectivas copas en la mano—. Muy bien, señor Eñanca, ¿a qué se debe vuestra visita?

—Os ruego que reviséis ciertos documentos que he traído.

Farica levantó las manos, exasperado.

—¿Y para eso me hacéis perder el tiempo? ¿Para discutir de cuentas?

—No son unas cuentas normales, sino extraordinarias en muchos sentidos. Estoy seguro de que vos también lo estimaréis así.

Le tendió los rollos y Farica lo miró con el ceño fruncido y cierta sospecha. Cuando empezó a leer su expresión de disgusto se trocó en otra de espanto. Sus ojos se abrieron mucho y luego se entrecerraron. Perdió el color e incluso las mejillas parecieron hundirse de un modo fantástico, como si alguna criatura encerrada en su cabeza estuviera succionando la carne hacia dentro. Poco a poco levantó la mirada hacia Eñanca, que a su vez mantenía la sonrisa en la boca, no en los ojos.

—¿De dónde habéis sacado esto? —preguntó Farica con voz espectral.

—¿Eso importa?

Farica se pasó la mano por la barba. Los dedos le temblaban un poco. Se volvió hacia un lado y ordenó:

—Lacayo, sal y cierra la puerta.

Ahora estaban los tres solos. Farica miró a Eñanca con una repugnancia de niveles cósmicos.

—Os respetaba —le dijo—. Os tenía por un advenedizo y un aventurero que había engatusado al rey, pero os respetaba. Ahora salgo del error. No sois más que un canalla y un miserable.

Eñanca bajó la cabeza y su sonrisa se ensanchó.

—¿Podemos dejarnos de juegos, señor Farica? Y de indignación inútil.

Farica echó una mirada a Valtaro.

—¿Vuestro sicario también está al corriente de todo?

—Fue él quien lo descubrió.

—¿Quién más lo sabe?

—Por mi parte, solo los tres que estamos aquí. Por la vuestra… Vos sabréis.

Farica asintió, siempre con su mueca de asco. Señaló los documentos.

—Esto ocurrió hace mucho.

—Lo sé —contestó Farica—. Y sé además que vos no tuvisteis nada que ver con tales malversaciones de fondos en la gestión de los tributos. Y fue en una zona tan lejana del país… Vos no fuisteis el

culpable. Vos sois honrado y jamás habéis metido la mano en la bolsa. Pero vuestra familia… —Levantó las cejas—. ¡Ay, la familia…! Eso es otro cantar.

—Yo mismo destituí al esposo de mi hija en cuanto supe lo que estaba haciendo. Lo aparté del cargo. No volvió a repetirse. Mi yerno jamás ha vuelto a tener un empleo público. ¡No se lo permití! Estuve a punto de matarlo, ¿sabéis? Perdí los nervios en su presencia y le llamé de todo delante de mi esposa y mi hija. Casi llegué a las manos. Arreglé el problema. Limpié la basura y lo dejé todo inmaculado. Incluso hice que devolviera lo que había sustraído, hasta la última moneda.

—Si, lo dejasteis limpio, señor, pero no lo bastante. Del delito siempre queda alguna prueba, alguien que al final habla, un cabo suelto, unos documentos que alguien se guarda y que años después puede vender por una buena cantidad… —Señaló los rollos de la mesa —. El señor Valtaro es un buen lebrel y sabe dónde olisquear para levantar la presa.

—No soy culpable de nada.

—Oh, sí lo sois, mi querido compañero. Sois culpable de falsear las cuentas y de encubrir un delito fiscal bastante grave.

—¿Y qué hubierais hecho vos? —estalló Farica—. ¡Era el esposo de mi hija! ¿Vos permitiríais que vuestra hija sufriera tal humillación? Ella no tenía la culpa de nada. Fue el necio de su marido.

—No tengo hijos, así que nada sé de eso, pero sospecho que habría hecho lo mismo que vos. En realidad no veo nada malo en vuestra conducta. Es lógica. —Levantó el índice derecho—. El problema está en saber si al rey le parecerá lo mismo. Ya sabemos la repugnancia que siente hacia los corruptos de su propia administración. La prueba está en todos esos cuerpos que cuelgan como frutos malolientes. Esos ahorcados también tenían sus propias esposas y sus propios suegros. A ellos sí los hicisteis ejecutar. Con ellos no tuvisteis tanta delicadeza. Ese doble rasero tal vez disguste al rey.

—El rey sabe que le soy leal. Jamás abriría un proceso legal contra mí. Tengo su confianza.

—Acertáis en lo del proceso, pero en eso de la confianza ya no estoy tan seguro. La confianza es un bien frágil. Alguien puede contaros la verdad durante años y años y años, pero si osa mentir una sola vez, una mísera vez… ¿Seguiréis confiando en esa persona? ¿Volveréis a poner la mano en el fuego por ella u os asaltarán tarde o temprano las dudas? Entonces esa confianza granítica se resquebraja y las grietas se extienden con rapidez, y suena un crujido lento y ominoso y el bloque de mármol se hace añicos tan pequeños que devienen tierrecilla. Y el viento se la lleva. Eso es la confianza. —Cruzó las manos sobre su vientre flaco y levantó una ceja, ya sin

sonreír—. El rey no va a haceros colgar, ni encarcelar, ni someteros a ningún proceso. Pero jamás volverá a confiar en vos. Os apartará de su lado.

Farica se echó hacia atrás en la butaca. Se le cayeron los hombros.

—Me he dejado la piel, la sangre, los huesos y hasta el alma en mi puesto de secretario y tesorero real. Nadie conoce las montañas de angustia y de trabajo necesarias para hacer posible lo imposible, para que una casa con cimientos de barro se transforme en bastión de piedra. Todos los dolores de cabeza, todas las noches sin dormir… He dedicado mi vida entera al servicio de mi país cuando podría haberme enriquecido como hubieran hecho otros. Mi hermano y su hijo fueron también tesoreros del rey y murieron asesinados en la guerra del sesenta y nueve. Mi familia ha pagado un alto precio durante su servicio a la Corona. Y vos vais a destruirlo todo solo por vuestra propia ambición. Enhorabuena. Vuestra venganza es exquisita. Ya os habéis regodeado bastante, así que idos de una vez por todas y presentadle esa basura apestosa al rey. Habéis ganado, pero si pensáis que voy a humillarme ante vos, erráis. Seré yo mismo quien abandone el cargo. Mañana se lo comunicaré al rey. Ahora, salid de mi hogar.

Eñanca cogió los rollos con mucha lentitud.

—No tiene por qué ser así —dijo.

El tesorero ladeó un poco la cabeza, pero no dijo nada.

—Esto puede ir al fuego —continuó Eñanca, meneando los rollos —. Nadie tiene por qué enterarse de esos yerros vuestros, tan lejanos.

—¿Queréis extorsionarme?

Pero no sonaba tan indignado como debiera.

—Dejémonos de dramas —dijo Eñanca—. Sé que pensáis que soy un desalmado, pero os equivocáis. A estas alturas de mi vida ya tengo suficiente dinero. No necesito más. Y en cuanto al poder, habéis comprobado que me basto y sobro para doblegar a cualquier enemigo. No. En realidad yo también quiero servir a este rey tan impetuoso, pero de buen corazón. Quiero mejorar las cosas y pensar que antes de irme a la tumba he hecho algo bueno en este mundo. No tengo hijos y lo único que quedará de mí en este valle de lágrimas serán mis obras. Deseo, pues, que sean loables. Y para eso —lo señaló con un rollo— os necesito a vos.

Farica guardó silencio durante muchos latidos. Dijo:

—¿Qué queréis de mí?

—Que dejéis de hacerme la vida imposible. Quiero que trabajemos juntos, *de verdad*. Quiero que me prestéis no solo vuestra atención, sino vuestro apoyo.

—¿Deseáis hacerme vuestro esclavo?

Eñanca expectoró una carcajada seca.

—¡De esos ya tengo muchos, y algunos tienen la sangre más azul

que la vuestra! No, señor mío, no quiero otro perro porque además vos no estáis hecho de esa pasta y al final me morderíais la mano. Quiero que me ayudéis a llevar a buen puerto la nave que acabamos de botar.

—Yo no comparto vuestras ideas.

—Porque os negáis a escucharlas. Pero si os sacáis la cera de los oídos comprenderéis que no son tan malas. Dadles una oportunidad.

—Entonces, ¿no me vais a destruir?

—¿Para qué? ¿Para que luego venga otro aún peor que vos? No me interesa una estela de enemigos muertos, sino un puñado de aliados vivos. Vos vais a ser mi mejor amigo en el Consejo. Y así, juntos pero no revueltos, seguiremos laborando a favor de nuestro señor el rey.

Se levantó de la silla.

—Gracias por vuestro tiempo y vuestra atención, señor tesorero real. Nos veremos mañana.

Se fue con los documentos en la mano y Valtaro lo siguió. Farica lo vio salir y luego dejó su mirada clavada en la puerta durante mucho tiempo.

Cuando volvieron a la villa del señor Eñanca fueron al despacho principal, donde estaba otra gata, a la que Sofredo había llamado *Ladrona*. Ni Blanquito ni Princesa aparecían por ningún lado. El Viejo Buitre rascó la cabeza de Ladrona, que pareció ofenderse porque le habían privado de su sagrado sueño. Se levantó, rezongó un poco y se fue dando muestras de una impertinencia sublime; era una gata aristocrática.

—Podemos estar tranquilos en cuanto a Farica —dijo Eñanca.

—¿Estáis seguro, señor? —preguntó Valtaro—. ¿Consentirá?

—El tesorero real es un hombre sensato y por tanto no va a hacer ninguna tontería. Torcerá el morro y gruñirá cada dos por tres, pero nos ayudará. Cuanto más alto se sube mayor es el orgullo de los que te encuentras; por eso, cuando los vences hay que dejar que ladren, deben soltarlo porque si no la rabia los hincha por dentro y acaban por reventar en pedazos. Y a ti te salpica. El problema está resuelto, en gran parte gracias a tu excelente investigación.

Valtaro permanecía silencioso.

—Te veo taciturno —dijo Eñanca—. No has dicho nada en el camino de vuelta. ¿Qué ocurre?

El secretario sonrió con embarazo.

—Es una tontería.

—Cuando se subestiman las tonterías uno se cava su propia tumba.

Vamos, habla de una vez y ya juzgaré yo si es o no una tontería.

Valtaro titubeó, pero al final dijo:

—Mi señor, ¿habríais ido hasta el final si el tesorero no hubiera consentido?

—Si no estás dispuesto a matar no desenvaines. Del mismo modo, nunca amenaces en vano.

—Pero ese hombre… No puedo dejar de sentir simpatía por él, a pesar de su cerrazón, su orgullo y todos sus otros defectos. ¿De veras lo habríais destruido?

—Lo habría aplastado bajo mi pie.

Valtaro bajó la mirada con tristeza.

—¿Qué ocurre? —preguntó Eñanca.

El secretario suspiró y dijo:

—Mi señor, soy fiel por completo a nuestra causa. Creo que sois el mejor estratega económico y político y alguien de quien mucho puedo aprender.

Hizo una pausa.

—¿Pero…? —preguntó Eñanca.

—Pero no sé si hago lo correcto. Siento a veces… Siento ciertos escrúpulos, mi señor, y no puedo evitarlo. A pesar de su obcecación, ese hombre es honrado. Es un buen servidor de su señor y de su país. Y nosotros íbamos a eliminarle. De hecho, le hemos… —Titubeó.

—Chantajeado. Extorsionado. A las cosas hay que llamarlas por su nombre. Es la primera vez que lo haces, ¿verdad?

—Creo que sí. He cumplido muchas misiones y no soy un ingenuo, pero ninguna…

—Ninguna como esta. Ya.

—Señor, a veces me pregunto si existe eso que algunos llaman *honor*. Y si alguna vez yo podré conocerlo.

Eñanca entrelazó los dedos, pensativo.

—Lo siento, mi señor —se disculpó Valtaro—. No he debido decir…

Eñanca levantó una mano para silenciarlo.

—Tus escrúpulos son naturales dado que aún eres joven. Te propongo una adivinanza.

El secretario se sorprendió, pero nada dijo. Eñanca sonrió.

—Dime qué puede ser lo que peor huela en todo Dirtán.

—¿Cómo?

—Vamos, vamos, piensa un poco. Dime algo que huela espantosamente mal.

Valtaro no pudo evitar sonreír.

—El vómito o las heces, por ejemplo.

—No, no, algo que huela aún peor.

—Vaya, pues no sé… Una ciudad contagiada de infecciones. La

carne podrida.

—No, no, algo que huela muchísimo peor.

—Las letrinas de un ejército que tiene la peste. —Valtaro se echó a reír—. ¡Y esas letrinas están en un campamento recién atacado y lleno de cuerpos destripados que se corrompen bajo un sol abrasador! ¡No puedo imaginar algo peor para la nariz!

—Pues lo hay. ¿Y sabes cómo se llama eso que huele mil veces peor que todo lo dicho?

—No. ¿Cómo se llama?

—Política.

Los dos permanecieron callados durante muchos latidos.

—Pero con el tiempo, Jarón, empezarás a acostumbrarte a esa pestilencia. La tolerarás y empezará a gustarte. Llegado un momento la considerarás el más embriagador de los perfumes y ya no podrás vivir sin aspirarla día a día e impregnarte de ella.

Valtaro seguía callado y miraba a su maestro con gravedad.

—Ahora estás en la primera de las etapas —continuó Eñanca—. Pero la superarás, amigo, la superarás, te lo aseguro. Todos hemos pasado por ella. No te inquietes. Será algo… natural. Y luego te sentirás libre como un pájaro.

Se levantó con una sonrisa bondadosa.

—Si no hay nada más que comentar, creo que podemos dar por terminada la reunión.

Valtaro asintió sin decir nada. Se llevó su silencio y dejó solo a su amo. Sofredo Eñanca empezó a trabajar con sus documentos y sus planes. Como cada día.

10

Los años pasaban entre latidos y parpadeos, siempre rápido, demasiado rápido, como la estela de espuma que deja el navío, esa estela que se deshace y desaparece en el azul inmenso del mar…

En solo dos años Brajairi floreció. Las reformas que un buitre había obtenido mediante una amenaza que doblegó a un halcón dieron como fruto el enriquecimiento del país. Desaparecidos la inmensa mayoría de los impuestos extraordinarios que gravaban el comercio, este se disparó y las mercancías se movieron de un extremo a otro de Brajairi como semillas en el viento. El contrabando menguó y emergió la espuma antaño oculta del mercado negro, ahora blanco. Tras un primer año de aparente ruina de las arcas el incremento de las operaciones en los zocos, lonjas y ferias provocó la subida de la recaudación mediante las alcabalas y las tasas mínimas. El dinero llegó a una Hacienda temblorosa. Pero el efecto más beneficioso no se vería hasta años más tarde, pues Brajairi estaba cobrándose una reputación de país atractivo para los negocios. Muchos grandes mercaderes desviarían sus rutas para hacerlas pasar por allí. Las grandes urbes no solo de la frontera, sino también del interior, verían la llegada de gentes de paso que se dejarían el dinero en fondas y tabernas, que incluso crearían sus propias empresas, sus bancos y casas de cambio.

Todo esto enriquecía a la burguesía de mercaderes, pero también repercutía en el pueblo, más en las ciudades que en el campo. Los apegados a la tradición veían con asco y temor el ascenso de una casta de gentes que buscaban el beneficio por encima de todas las cosas y que no atendían a esos valores de acero un tanto oxidado como el honor y la virtud. La nobleza sufría el empuje cada vez más fuerte —pronto sería agresivo— de la burguesía. La sangre azul acabaría teniendo el mismo valor que la roja. Se desenmascaró la realidad de que el dinero, al final, es el rasero con el cual se mide a todos. No solo los mercaderes bullían como el guiso en el fuego, sino también una emergente clase de escribientes y letrados de origen villano, capaces de hacerse cargo de todas las operaciones y su transcripción. El Estado ya no podía depender solo de gestores y contables de la nobleza, así que hubo de crear su propio funcionariado civil para controlarlo y gestionarlo todo. La aristocracia veía escandalizada a todos esos leguleyos y picapleitos tomar el control de las tenedurías y notarías,

exigir auditorías y expedir cartas de pago y notas de cobro. Los Grandes los miraban con desprecio, pero debían someterse a sus dictámenes no solo porque el rey así lo ordenaba, sino porque los funcionarios empezaban a hacerse con todos los resortes de la maquinaria económica.

El problema continuaba siendo la seguridad en los caminos. Bosques y sierras eran nidos de bandoleros. Una vez lejos de los burgos, los mercaderes debían llevar escolta armada y en muchas aldeas no se podía abandonar la cabaña en las horas de oscuridad. Las gentes demandaban justicia, pero el Ejército y sus patrullas no daban abasto para vigilar todos los rincones del país. En algunos lugares los asaltadores actuaban en partidas de decenas de hombres y se rumoreaba que incluso algunos señores locales los apoyaban.

El segundo quebradero de cabeza del rey era el Señorío de Ertalce, donde todavía no podía aplicar las mismas leyes que en el resto del país por temor a una lucha armada. El rey sentía la tentación de invadir de una vez por todas ese dominio, pero el clan enemigo y sus muchos vasallos, con sus correspondientes ejércitos de magos y guerreros, se atrincherarían en decenas de castillos, bastiones, fortalezas y motas, y dominarían los pasos para tender emboscadas. Sería no un conflicto local, sino una guerra larga y encarnizada que por ahora el rey no se podía permitir. Los diplomáticos brajairios habían buscado la ayuda de Gricur, dado que el futuro matrimonio regio sellaba una alianza armada. Querían que el ejército gricurio ayudara al brajairio para aplastar a los Ertalce, pero la cláusula de ayuda entre los dos países solo se refería al enfrentamiento de uno o los dos contra otro país enemigo y Otón VII alegaba —razonable y astutamente— que los Ertalce no eran ningún país, sino una casa nobiliar brajairia, y que al ser un problema de orden interno no estaban obligados a prestar su ayuda. Argaut maldijo en privado a su futuro suegro, pero hubo de consentir. Por el momento, no podía hacer nada contra aquella familia.

La vida proseguía en la corte. Nació el tercer hijo de Rafucio Injeca, al que llamaron Garzur en honor al abuelo materno. Rafucio no tenía intención de enmendar su comportamiento y aún visitaba las mancebías y las tabernas. Mientras, Brelán Nicario, el hijo bastardo de Argaut, correteaba por Vibriosa a sus dos alegres añitos y sus padres lo veían crecer con júbilo. Queila quedó preñada de nuevo, aunque esta vez no por error. Les quedaba poco tiempo de dicha antes de la separación final, cuando Argaut se casara con Isela Albeir de Gricur, y querían darle un hermanito a Brelán, otro hijo a quien el rey reconocería y honraría.

Aquella mañana de principios del año 1589 de la Era de la Gultrutana el Consejo Real se reunía a petición de Gregar Farica.

Estaban allí Rafucio Injeca, sus padres Demayara y Guarner, Brelán Etgula, el general Tacho Fantiño y también Sofredo Eñanca. El tesorero traía un invitado al Consejo, o, mejor dicho, *invitada*.

—Majestad, Alteza y señores del Consejo, me he permitido pedir al rey que deje participar en esta sesión a uno de los mejores miembros de mi gabinete económico. Me refiero a una dama notable, una de las mejores gestoras y cabezas pensantes de este país, una auténtica maravilla en cuestiones de planificación económica: la señora Liyoba Farica.

Señaló con la mano a la mujer que se encontraba dos pasos atrás.

Liyoba Farica tenía veintisiete años, estaba casada con un noble de alcurnia y tenía ya dos hijos. Pero la maternidad no le había arrebatado la esbeltez, pues era delgada y atractiva. Sus ojos de color marrón claro y sus facciones dulces tendían a la sonrisa, aunque hoy estaban graves al encontrarse ante toda aquella gente de altura, incluido el propio rey. Llevaba atuendo recatado, no lucía cosméticos, tenía el pelo recogido y sus pendientes y anillos eran discretos, pues quería dar una imagen seria y trabajadora, no frívola. Y aun así, sus labios carnosos y su nariz un tanto respingona y pecosa le prestaban cierto aire travieso y sensual. No parecía acostumbrada a los honores públicos, lo suyo era el trabajo anónimo de los libros de cuentas y además estaba acostumbrada al gabinete de la Tesorería, no al temible Consejo Real. Se había puesto roja como un tomate y tenía los ojos muy abiertos y serios.

—Bienvenida, señora Farica —saludó el rey—. Si venís avalada por el tesorero vuestras virtudes no dejan lugar a dudas.

—Gracias, Majestad —dijo ella, con una voz temblorosa que moduló tras carraspear un poco—. Y doy también las gracias a Su Alteza y a todos los demás consejeros.

—Yo me alegro mucho —dijo Demayara con una gran sonrisa—, pues ya estaba cansada de ver a tanto varón, día tras día. No nos viene mal un refuerzo femenino.

—Ni una cara femenina —dijo Rafucio, con su mirada de halcón clavada en Liyoba—, siendo, además, tan bella como la vuestra.

Ella enrojeció aún más si cabe y esbozó una sonrisa más incómoda que agradecida.

—Perdonad a mi hijo y no lo toméis en serio —intervino Guarner —. Si os molesta no dudéis en decírmelo y yo le ajustaré las cuentas como se merece.

—¡No, por favor, no me molesta! No tiene importancia.

Eñanca intervino:

—No solo el tesorero avala el trabajo de la dama Farica, sino que yo doy fe de su buen hacer en el gabinete económico. Estoy deseando escuchar las cosas que quiere decirnos.

Ella lo miró y asintió, pero esta vez no había calor en sus ojos. Los del Viejo Buitre también eran fríos.

—Los Farica siempre hemos servido a la Corona con devoción —dijo Gregar—. Hemos sido secretarios y tesoreros, oficios menos gloriosos pero tan importantes como el de la espada. Por desgracia, también hemos corrido riesgos y hemos hecho un sacrificio de sangre. Mi hermano Elfego y su hijo Utrom fueron asesinados aquí mismo, en la corte, durante la guerra contra el malvado Barac Tiyadara, hace veinte años. Asumí el relevo y he desempeñado tal papel lo mejor posible, en tiempos muy complicados.

—Habéis hecho una labor extraordinaria —dijo el rey—. No habríamos conseguido nada sin vos.

—Gracias, Majestad. He intentado honrar a mi rey, a mi país y a mi familia. Soy un hombre mayor y antes de que los achaques de la edad me impidan cumplir con mi deber he de preocuparme por encontrar alguien que me suceda. Y esa persona es esta mujer, Liyoba Farica, hija de mi sobrino Utrom Farica, hijo a su vez de mi hermano Elfego. Confío en que ella estará a la altura no solo de mí, cosa que doy ya por hecha, sino también de ellos dos. Solo una persona de lealtad sin tacha ha de estar al mando de la tesorería y secretaría reales. Y además, ha de pertenecer a la Casa Farica.

Liyoba se mantenía casi en posición de firmes, reprimiendo con voluntad férrea sus nervios. Todos la miraron con interés y después echaron miradas furtivas a Sofredo Eñanca, que permanecía muy sereno. Algunos sonrieron por lo bajo al comprender que le acababan de dar con la puerta en las narices.

—Que nadie prejuzgue a esta dama por su condición de mujer o por su juventud —continuó Farica—. Ha ascendido gracias a su eficacia y su capacidad de trabajo. No solo es tan apta como cualquier hombre de mi gabinete, sino que los supera a todos. Solo por eso la he traído hoy aquí.

El rey dijo:

—En la historia de la dinastía Agrate son numerosas las reinas, como mi propia madre y su hermana mayor, y aquí tenemos a mi tía Demayara, que fue regente mientras yo fui menor de edad y que libró con éxito una guerra; la mantengo en su cargo de consejera por su experiencia y sensatez. Las leyes brajairias permiten a las mujeres desempeñar muchos oficios, entre ellos los que tienen que ver con la economía. No es frecuente, pero sí posible. Por tanto, si queréis que os releve la señora Farica yo valido vuestra decisión.

—Gracias, Majestad —dijo Gregar—. No obstante, aún no voy a retirarme del cargo. Me quedaré en él un año más, dos como mucho, y mientras tanto querría que la señora Farica asistiera a las reuniones del Consejo Real, como si fuera una extensión de mí mismo, para ir

aprendiendo sobre la marcha.

—Se hará como deseéis. —El rey señaló una butaca vacía junto a la del tesorero—. Ahí tenéis un asiento libre, señora Farica. Hacednos el favor de tomarlo y consideraos desde este mismo instante como un miembro más. Sabed que doy a mis consejeros libertad para dar sus opiniones; es más, se lo exijo. No se está aquí para ser obsequioso con el rey, sino para ayudarlo a decidir lo mejor.

—Agradezco el honor inmenso que se me hace, Majestad, y haré todo lo posible para estar a la altura del cargo.

—Muy bien. Así pues, ¿qué asuntos se proponen para esta sesión?

—Si me permitís, Majestad —dijo Gregar Farica—, desearía sacar uno de mucha trascendencia.

—Decid, pues.

—Prefiero que lo exponga la señora Farica. Además de para presentárosla, la he traído para que hable de él.

Argaut miró a Liyoba.

—Me parece muy bien. ¿De qué se trata?

Ella empezaba a controlar los nervios. Su mirada había ganado peso y su voz ya no tembló al decir:

—Se trata de la seguridad del reino. En concreto, del bandidaje.

La miraron con sorpresa, salvo el señor Farica, que sonreía por lo bajo.

—Eso atañe al ejército, las milicias concejiles y los señores feudales —intervino el general Fantiño—. No sabía que los economistas se ocuparan de tales cosas.

Ella miró al tesorero y luego al rey, que asintió con la cabeza para animarla.

—Su Majestad me dijo que podía hablar con libertad. —Desvió la mirada de Fantiño, que tenía clavados sus duros ojos en ella—. Sin ánimo de ofender a nadie, creo que… el Ejército Real no es capaz de proteger las aldeas, los campos y los caminos alejados de sus cuarteles. Además, el grueso de las tropas se encuentra en los lindes del Señorío de Ertalce y en los castillos fronterizos del país, sobre todo en el este y…

—Fue el propio rey quien dio tal orden —interrumpió Fantiño, severo—. De tal modo se protegería la nación de las hordas bárbaras de Ceiracán, que de manera cíclica devastan los países escaldraios. Que no haya sucedido en decenios no quiere decir que no vuelva a ocurrir.

—Es cierto —concedió Argaut—. Hace más de un siglo, mi antepasado Baruga II el Implacable ordenó construir todos esos castillos fronterizos para proteger el país de cualquier invasión extranjera. He recuperado dicha costumbre, aunque no con la misma fuerza de antaño, claro. En cuanto al posicionamiento de tropas cerca

del Señorío de Ertalce, de todos es conocida mi posición de firmeza ante semejantes *vasallos*.

—Por supuesto, Majestad y señor Fantiño —respondió Liyoba, conciliadora—. Jamás he pensado que el ejército cumpliera mal sus funciones, solo dije que está ocupado en otros menesteres que le son más propios. Queda un resto de tropas que patrullan los caminos del realengo, pero es demasiado amplio como para ser controlado. En cuanto a los señoríos, los nobles en teoría imponen la ley, pero los resultados no son, creo, del todo satisfactorios.

—¿Se puede saber por qué decís *en teoría*? —preguntó Etgula con cierta diversión pérfida.

Esta vez Liyoba no dudó, pues ya entendía que en este lugar cualquier muestra de debilidad o ambigüedad sería castigada:

—Porque en la práctica muchos nobles se desentienden de estas labores y permiten a los bandidos actuar a sus anchas. Y los señores que sí tratan de imponer la ley se encuentran con el problema de siempre: los bandidos se les escurren por entre los dedos. En cuanto a las milicias concejiles, a pesar de algunas desgraciadas excepciones hacen su trabajo y las urbes son cada vez más seguras. Es en el campo y sus caminos donde los facinerosos actúan con impunidad, casi siempre antes de que pueda personarse la autoridad armada para detenerlos. Esto perjudica el comercio, que es nuestra mayor fuente de ingresos.

Eñanca intervino:

—Gracias sobre todo a las medidas que le propuse al rey y que tan buen resultado han dado.

—Cierto —concedió Liyoba, con una sonrisa gélida—. A cada cual lo suyo. A pesar de todo, la inseguridad persiste. Solo los grandes mercaderes que pueden permitirse escolta viajan entre ciudades. Si lográramos erradicar el bandidaje la circulación de personas y mercancías se multiplicaría y la economía sería aún más fuerte. He ahí la razón de que el problema esté también en mi terreno.

—Habéis expuesto un problema —dijo el rey—. Ahora quiero la solución.

—La solución es crear un nuevo cuerpo de seguridad, uno que actúe directamente en las aldeas y los pueblos pequeños y que tenga sus bases en ellos, no en los castillos y los burgos. Debe estar compuesto por personas armadas que vivan en el propio terreno, lo conozcan como como la palma de su mano y sepan dónde se esconden los maleantes.

—Un momento. —Fantiño levantó la mano—. ¿De dónde vais a sacar los soldados que compongan esa nueva milicia que os estáis inventando? ¿De las fortalezas y los cuarteles? ¿O pretendéis hacer levas?

—No se tratará de soldados, sino de gentes de la zona. Campesinos. Granjeros. Pastores.

La miraron en silencio durante muchos latidos.

—¿Villanos? —casi bufó Guarner Injeca—. ¿Pretendéis que los villanos se organicen con disciplina para defender sus terruños?

Liyoba lo miró con cierto enojo involuntario.

—¿Por qué no? ¿Acaso ellos no sufren también el ataque de los criminales? Creo que… *Sé* que estarán muy motivados para defender sus propiedades y a sus familias. Y de paso limpiarán el país.

—¿Y con qué van a armarse? —preguntó Fantiño, sonriendo de lado—. ¿Con horcas y azadones?

—No. Con espadas, lanzas, escudos y cotas de malla. Y además deben tener caballos.

Hubo otro silencio lleno de asombro. Gregar Farica continuaba sonriendo bajo el mostacho.

—Señora —dijo Guarner—, ¿estáis diciéndonos que les demos a los palurdos acero noble? ¿Queréis armar al pueblo llano?

—No hay que darles nada. Dejemos que lo sufraguen ellos. La Corona les permitiría imponer la justicia en sus tierras, pero ellos tendrían que costearse el equipo.

—Esperad —dijo el rey—. Describidlo todo con exactitud.

—Se trataría de hermandades compuestas por los vecinos de cada aldea e incluso de las cabañas desperdigadas. Ya han existido antes hermandades de hombres que se unían eventualmente para acabar con algún enemigo local y que volvían a sus casas después de eliminar al malhechor. Lo que propongo es hacer esto, pero controlado por la Corona y a escala nacional. —Hablaba con tal pasión que sin darse cuenta se puso en pie y plantó las manos sobre la mesa—. Llevo medio año trabajando en este proyecto y lo he calculado todo. Se hará del modo siguiente: por cada cien personas habrá un hombre con pertrechos de guerra y por cada ciento cincuenta habrá un hombre a caballo. Las armas procederán del arsenal de la Corona, pero serán pagadas por esas gentes. A cambio, se concederá a los ciudadanos de Brajairi la capacidad de hacer ellos mismos justicia en sus propias tierras. Podrán limpiarlas de los malhechores que les han atacado durante tanto tiempo. De tal modo puede obtenerse una milicia que operaría en cada rincón del país, que conocería los cubiles de los criminales y que les darían caza. Aún más: esos cuerpos de gentes armadas deberían prestar juramento de obediencia personal al rey y estarían obligados a defenderlo en caso de guerra.

—¿Qué estoy oyendo? —exclamó Guarner, cada vez menos divertido—. ¿Un juramento de lealtad personal hacia el rey pronunciado por gentes del vulgo?

—Pueden luchar también por el rey y por…

—No son de fiar. Son palurdos. Gentuza. Populacho. Son buenos para arar, sembrar y llevar las ovejas de un lado a otro, mas no para las cosas elevadas. Como mucho se les puede utilizar como carnaza en los cuerpos de infantería, pero no se les puede equiparar a los nobles.

—Pero si las gentes llanas juraran servidumbre personal al rey, tal cosa los ensalzaría y los convertiría en nuestros más leales servidores.

—¿Quiénes? ¿Los porqueros y los hijos de porqueros? Señora, no corráis tanto que os salís de la vereda. El orden social debe ser respetado.

—¿Orden social? —se extrañó Liyoba.

—El orden que nos legaron nuestros mayores y que tan bien nos ha conducido hasta el momento. —Guarner Injeca superaba los sesenta y cinco años, pero mientras la mayoría de sus contemporáneos estaban muertos o en cama él aún podía empuñar con energía el acero. Echó una mirada filosa hacia Eñanca—. Sé que algunos han logrado socavar los cimientos de nuestra forma de pensar y de ser, pero permitir que el pueblo llano organice la seguridad en los caminos y convertirlos casi en caballeros… ¡Por Braladur, qué sandez! Son buenas gentes, pero tontas, sin seso para las armas. Darles espadas y lanzas sería como darle a un pez un laúd y pretender que cante una canción. Necesitan adiestramiento.

—También he pensado en eso —continuó Liyoba, un tanto angustiada por aquel ataque—. Se les puede enseñar a luchar. Se les enviarían capitanes del ejército para adiestrarlos durante un tiempo y, pasado este periodo, ellos mismos podrían…

—¿Capitanes de mi ejército enseñando a los pelagatos? —interrumpió Fantiño—. ¿Para que luego aren el suelo con las buenas espadas de las armerías?

—¡No! —exclamó Liyoba, desesperada—. ¡Para que sepan luchar con ellas!

Etgula levantó las manos, conciliador.

—Señora, vuestras intenciones son buenas, pero pasáis por alto varias cosas. El vulgo apenas hace otra cosa que bregar como bestias. No tiene entendimiento. Encargarles algo tan enrevesado como impartir justicia es cosa peregrina.

—Ese *vulgo* es tan humano como cualquiera de los que estamos aquí —respondió ella—. Si se les da una oportunidad pueden ocuparse de cosas importantes. La sensatez no tiene nada que ver con la cultura; es una capacidad innata del ser humano.

—Los campesinos y pastores son gente lerda —afirmó Etgula, categórico—. No se debe confiar en ellos. Podrían empezar a darse de coscorrones por un trozo de tierra.

—En otra escala, no es muy distinto a lo que hacen los nobles. —Al instante Liyoba se arrepintió y levantó una mano—. Olvidad lo que he

dicho, os lo ruego. Comprendo vuestra suspicacia. La ley no puede quedar por entero en manos de particulares y por eso todos los actos de las hermandades han de quedar registrados y serán estudiados por jueces de la Corona. Las ejecuciones arbitrarias recibirán castigo.

—Suena razonable, pero no lo bastante —continuó Etgula—. Si les damos permiso, los destripaterrones empezarán a matarse entre sí.

—No creo que les interese hacerlo. Más bien querrán que sus tierras estén limpias de bandidos para que sus familias vivan tranquilas y para servir con orgullo al rey, como cualquiera de nosotros.

—¿Orgullo de servidumbre al rey? —Fantiño negó con la cabeza, incrédulo—. Los patanes solo sienten orgullo por la cosecha o por el burro piojoso del establo. Señora, los miráis con ojos demasiado buenos.

—Tal vez vos los miréis con ojos demasiado malos.

—Hay otra cuestión —dijo Demayara. En la dureza de sus ojos leyeron que solo por ser mujer no iba a tratar mejor a Liyoba. Además, por muy abierta que tuviera su mente, entre ambas había más de veinticinco años de diferencia—. ¿Qué va a ocurrir con las patrullas de los nobles en los señoríos? Ellos son los que imparten allí la justicia directa; si esas hermandades vuestras chocan con sus guerreros, ¿por quién ha de decidirse el rey?

Liyoba tomó aire y dijo:

—Por sus Hermandades de Justicia. Siempre. Serán un elemento más del control del rey sobre los nobles.

Argaut, que había permanecido callado y muy atento, como siempre que discutían sus consejeros entre sí, entrecerró los ojos con mayor interés.

—Luego entonces —coligió Demayara—, en un conflicto entre nobles y Hermandades estas quedarían por encima.

—Por principio, sí; a menos que se demuestre que los cuadrilleros actuaron de mala fe, el rey debe apoyarlos. De otro modo sería imposible que las Hermandades sean fieles a la Corona.

—Es decir —intervino Guarner—, que entre caballeros y villanos vos preferís a los villanos.

—No serán solo villanos, señor Injeca, sino leales servidores de la Corona.

—¿Y cómo se lo tomarán los nobles? —preguntó Demayara.

—Mal —intervino Argaut—. Pero ya estamos acostumbrados a eso, ¿no?

Liyoba lo miró con esperanza.

—¿Entonces os parece bien mi propuesta, Majestad?

Argaut les echó una mirada a todos.

—Decid uno por uno qué os parece todo esto. Y sed concisos, por

favor. ¿Señor Guarner?

—Me parece un desatino. Una locura.

—Pienso igual —secundó Fantiño.

—¿Señor Etgula? —preguntó el rey.

—Sé que vuestras intenciones son buenas, señora Farica, pero están alejadas de la realidad. Por lo tanto, no puedo apoyaros.

—¿Y vos, Alteza?

Demayara frunció los labios. Dijo:

—Por ahora no me declaro ni a favor ni en contra. Veo tantas bondades como yerros. He de meditarlo antes de opinar.

Liyoba cerró los ojos, desesperada. Los abrió al oír al rey:

—¿Y vos, señor Farica?

—Entiendo los escrúpulos de quienes se oponen, pero como economista me parece un plan excelente para limpiar el país y obtener con un coste bajísimo una fuerza armada y leal.

—El coste es destruir la sociedad tal y como la conocemos —dijo Guarner—. ¡Ponerlo todo patas arriba!

—Teneos, señor Injeca —pidió Argaut—. Rafucio, aún no habéis dicho nada, cosa rara en vos.

Su primo miraba con ojos serios a Liyoba. Ella se sintió incómoda ante ese escrutinio y de nuevo enrojeció.

—Apoyo a la señora Farica.

—¿Por qué? —preguntó Argaut.

—Porque la gente es gente en todas partes, en la corte o en el sembrado. Si sabemos usar la palanca de las motivaciones convertiremos al vulgo en un mastín fiel. Quizá el más fiel.

Argaut asintió en silencio.

—¿Y vos, señor Eñanca?

El Viejo Buitre también había permanecido callado, estudiándolos a todos. Liyoba y Gregar Farica lo observaban con cautela, como se miraría a un enemigo. El mercader sonrió de lado.

—Apoyo a la señora Farica. Nunca me había puesto al corriente de sus planes, a pesar de que se supone que remamos en el mismo barco… Pero aun así me parece factible. Y rentable.

—No es raro que vos apoyéis el ascenso de los villanos —repuso Guarner.

Eñanca hizo como si no le hubiera oído.

El rey se pellizcó la barba, caviloso.

—He escuchado argumentos a favor y en contra, pero me faltan datos para decidir. Señora Farica, haced llegar a todos los miembros del Consejo, y a mí también, el estudio pormenorizado que sin duda habréis confeccionado ya. Seguiremos debatiéndolo mañana, con los datos en la mano.

Ella asintió, luminosa y satisfecha.

—Por hoy no hay más que decir sobre este asunto —dijo Argaut—. Pasemos al siguiente que toque.

Cuando terminó la sesión y todos salieron, Sofredo Eñanca se acercó a su colega Gregar Farica.

—Enhorabuena por la presentación de vuestra discípula. Ha sido una entrada… triunfal, si me permitís la expresión.

Farica no pudo averiguar si el mercader estaba burlándose. Dijo:

—No creáis que porque habéis apoyado su plan va a obedeceros cuando sea la nueva tesorera y secretaria. Ya me encargaré yo de ponerla al corriente sobre vos. Desengañaos. Nunca tendréis en vuestras manos la economía del país.

Eñanca sonrió con aire cansado y dolido.

—Erráis de nuevo. Hemos tenido nuestras diferencias, pero yo solo miro por los intereses de Brajairi.

—Y por los de vuestra casta.

—Que son los mismos, aunque no lo creáis. Quiero ser vuestro amigo y también quiero serlo de esa joven tan enérgica y despierta.

Farica se le acercó hasta rozarlo con la nariz.

—Jamás.

Y se fue, malhumorado.

Más tarde, cuando Eñanca le hubo contado todo a Jarón Valtaro, añadió:

—Quiero que vuelvas a ventear y olisquear, mi estimado lebrel. Investiga a la cachorrilla de Farica. Necesito algo para tenerla igualmente sujeta en mis manos.

Valtaro sonrió con la mitad de la boca.

—Me ocuparé de ello, señor.

11

—Deseo que todos conozcáis a mi hijo Brelán Nicario y que lo améis y honréis tanto como yo lo amo y honro.

Las gentes de la corte, reunidas en la gran sala de audiencias, miraron al rey y al niño que llevaba de la mano y que a su vez los miraba a todos con asombro infantil. Argaut estaba que no cabía en sí de orgullo al presentar a su hijo en sociedad. Eso le quitaba un peso de encima. Por mucho que aquellas gentes no vieran con buenos ojos su relación con Queila Nicario, él quería demostrarles que no tenía por qué esconder a su hijo, es más, que deseaba mostrarles el fruto de esos amores para legitimarlo. Su rostro barbado sonreía y sus ojos brillaban de satisfacción. Brelán era un niño de cuatro años vivo y despierto al que le gustaba jugar y reír. Era tan hermoso y sociable que encandilaba a muchos. Pero otros lo miraban con severidad, pues los bastardos reales siempre acababan trayendo problemas.

El rey había ordenado a sus gentes que honraran a este niño en público, así que los Grandes del país, los funcionarios poderosos, los sacerdotes y los maestres de las órdenes de la Fuente fueron pasando ante el rey y su hijo, que estaban en pie y cogidos de la mano, e inclinaron la cabeza ante el pequeño Brelán. El niño asentía en respuesta, como le había indicado su padre, y al cabo de poco lo hacía de manera automática, a veces asintiendo al aire entre cada dos personas. Demayara y Guarner no suavizaron su disgusto al inclinarse. Ella le había advertido a Argaut sobre la incorrección de esta ceremonia, máxime cuando antes de terminar el año iba a casarse con Isela Albeir de Gricur. Pero Argaut no había cedido. Cuando le tocó el turno, Rafucio hizo una reverencia exagerada que alegró al pequeño.

—¡Muy honrado me siento de serviros, grandísimo y a la vez pequeño señor! —exclamó, abriendo mucho los ojos y hechizando al mocito—. Y si me lo permitís, quiero daros un presente.

—¿Un regalo? —exclamó Brelán. Miró hacia arriba—. Padre…, ¡no, perdón, Majestad!, ¿puedo cogerlo?

—Claro que sí, hijo —dijo Argaut, sonriente.

Rafucio sacó de algún sitio un muñeco de madera pintado con vivos colores, un soldado de juguete del tamaño de medio brazo.

—¡Aquí tenéis, gran señor Brelán, al primer guerrero de vuestra futura hueste victoriosa!

El chiquillo se puso muy nervioso, tanto, que empezó a patear con

los pies en el suelo. Agarró el muñeco y empezó a manosearlo y a estudiarlo de arriba abajo.

—¿Qué se dice, hijo?

—¡Ah, sí! ¡Gracias, muchas gracias, señor Injeca!

Rafucio hizo otra reverencia florida.

—¡Quedo a vuestros pies, honrado caballero y grandioso general! Y os pido audiencia, señor, para que mis pequeños vasallos, mis hijos, vayan a jugar con vos. Están deseando conoceros.

Señaló cierto lugar de la gran estancia y Brelán se fijó en tres niños, Guarner, Demayara y Garzur, junto a la madre, Sundina Erejna. La pequeña Demayara sonrió, mostrando un hueco entre dos dientes, y agitó una mano. Brelán sintió un latigazo de simpatía hacia esos chiquillos, tan espontáneos y alegres como su padre, y supo que ya tenía amigos en la corte.

—¡Quiero conocerlos!

—¡Agradezco infinito vuestra cortesía, mi general! —exclamó Rafucio, y Brelán le devolvió la reverencia. Se acercó un poco más a Argaut.

—¿Cómo se encuentra la dama Nicario? —le susurró al oído.

—El embarazo va bien y el niño llegará en una semana, tal vez menos.

—Lo celebro. Comprendo que no haya venido, así que dadle mi abrazo y mis deseos de que vuestro hijo llegue sin problemas.

—Se lo haré saber —susurró Argaut—. Gracias, Rafucio.

El otro asintió con respeto, luego le guiñó un ojo y se fue.

Rafucio volvió con su esposa, que había engordado y aún tenía ese aire bondadoso y un poco triste de siempre, y empezó a jugar y hacer el bobo con sus hijos. Al cabo de un rato los dejó para charlar con otras gentes de la corte. Notó que cierta persona salía y se excusó para seguirla.

En los pasillos desiertos la alcanzó.

—¡Señora Farica! ¡Buenos días tengáis, mi querida dama!

Liyoba se volvió para mirarlo y esbozó una mueca en la que se mezclaban el temor y cierto placer huidizo. De inmediato, se puso seria.

—Hola, señor Injeca.

—He visto que vuestro esposo ya se ha marchado con vuestros hijos. Parecía un hombre afable, aunque un tanto mayor. Y gris.

—Sí, se ha ido —repuso ella en tono cortante—. Tenía cosas que hacer, y yo también.

—¿Debéis trabajar en un día tan maravilloso como este? ¡Oh, vamos, eso me rompe el corazón!

—Hay que sacar el reino adelante y todos debemos tirar del carro. ¿Acaso no tenéis vos nada que hacer?

—Tengo que cumplir un deber ineludible —repuso él, mirándola con seriedad a los ojos. Luego su mirada se deslizó por las curvas femeninas y atractivas que el vestido apenas podía disimular—. Y ese deber mío incuestionable es disfrutar de los placeres que esta vida nos ofrece.

Ella giró y le dio con el pelo en la cara.

—¡Pues yo he de irme! Tengo trabajo. Nos veremos en la próxima reunión del Consejo, señor Injeca.

Rafucio caminó a su lado.

—¿Por qué estáis tan seria? Al fin y al cabo, habéis triunfado sobre todos. Las Cortes han aprobado la creación de vuestras Hermandades de Justicia. Os felicito.

Ella suavizó un poco su expresión.

—Gracias. Y también os agradezco el apoyo que siempre me habéis mostrado en este asunto. Espero que todo vaya bien.

—Será un éxito. Creedme.

Ella se detuvo y lo miró a los ojos con interés, cosa de la que enseguida se arrepintió. Pero no logró moverse, aunque una voz en su cabeza le gritaba que ni se le ocurriera darle conversación.

—¿De veras pensáis que el proyecto irá bien? He empleado mucho tiempo y he puesto todo mi prestigio en él. Si las Hermandades de Justicia no erradican el bandidaje quedaré como una inepta ante los ojos del rey y él me retirará su favor. Y si eso ocurriera…

Él le puso un dedo en los labios y ella cerró los ojos sin poder evitarlo, aunque separó de inmediato la cabeza y dio un paso atrás. Rafucio la tomó de los hombros no con fuerza, sino en una especie de caricia suave, un foco de ondas placenteras que la turbaban.

—No os preocupéis tanto, señora mía. Habéis hecho un trabajo magnífico que se verá recompensado con el triunfo. Soy un buen juez de las personas y sé que el pueblo responderá como debe ante vuestra llamada.

Ella sonrió con alivio y gratitud genuinas. Aquel hombre conseguía ahuyentar sus preocupaciones, las barría como una ola. Y ella deseaba relajarse y dejarse llevar, a pesar de que sabía lo que él deseaba; siempre lo había sabido y cada vez le costaba más alejarlo de su cabeza. De pronto, sintió horror al comprender que estaban demasiado cerca uno del otro. Era lo que tanto había temido. Las barreras estaban caídas y podía suceder cualquier cosa. Se separó y retrocedió hasta que su espalda dio contra la pared. Intentó escapar, pero encontró un brazo que se lo impedía.

—¿Por qué huis de mí? —susurró él con una dulzura maligna, clavando en ella sus ojos brillantes.

—Porque vuestro comportamiento es inconveniente y lo que sugiere es imposible. No habéis dejado de hacerme requiebros y de

hablarme y tratarme con impertinencia.

Él tomó un largo mechón de su pelo y lo acarició con los labios, sin dejar nunca de mirarla a los ojos.

—Creo que tal impertinencia no os resulta tan desagradable como parece.

Ella le dio un empujón, enojada.

—¡Sois demasiado arrogante! ¿Qué creéis que soy? ¿Una buscona cualquiera, como esas que frecuentáis por ahí? ¡Dejadme en paz de una vez por todas!

Él la miró con una nueva seriedad.

—He intentado dejaros en paz. El problema es que no puedo.

Liyoba cruzó los brazos sobre su pecho agitado y su voz se ablandó un poco.

—Señor Injeca, por favor, abandonad estos juegos. No nos convienen a ninguno de los dos. Somos personas casadas y con hijos y tenemos cargos de responsabilidad. No podemos andar tonteando ni haciendo locuras. Debemos mantenernos fieles a nuestros cónyuges.

—Yo no pedí la esposa que tengo y vos tampoco pedisteis a vuestro marido. Nos los han impuesto. No entiendo, pues, por qué hemos de negarnos a disfrutar uno del otro.

Ella negó con la cabeza.

—No puede ser.

—Dejadme preguntaros una cosa, una sola cosa: si no estuvierais casada y yo tampoco, si no tuviéramos que atender esos deberes…, ¿seguiríais rechazándome?

Liyoba bajó la mirada.

—La pregunta no tiene ningún sentido. No se puede cambiar la realidad.

—Sí se puede. Cambiémosla. —Clavó sus ojos de lobo en ella—. Ahora.

Liyoba retrocedió de nuevo y topó con la pared a su espalda.

—Dejadme tranquila, por favor.

—Eso me es por completo imposible. Y en el fondo vos tampoco queréis que os deje en paz. Ya no.

Ella lo miró en silencio durante muchos latidos.

—Vos no me respetáis.

—Os respetaría más si os tuviera desnuda y en mis brazos.

Ella abrió mucho los ojos, buscando una ira que se le escapaba al vuelo.

—Sois un deslenguado y un impertinente. Me habláis como se hablaría a una golfa.

—Eso es porque quiero conocer a la golfa que lleváis dentro.

Liyoba enrojeció hasta la raíz de los cabellos. Sin poder evitarlo y sintiéndose de nuevo horrorizada, pero a la vez sensual, entrecerró los

ojos. Fue algo instantáneo, pues Rafucio ya estaba encima y unía sus labios a los suyos. Él envolvió su cintura con los brazos mientras la besaba. Liyoba sintió una ola de extrañeza porque no había estado nunca con otro hombre que no fuera su esposo, el cual hacía ya mucho que ni siquiera la abrazaba, pero su organismo tomó las riendas y respondió con una pasión que la sorprendía, pero a la que se entregó sin poder ni querer evitarlo. Las lenguas también se abrazaron y escuchó sus propios gemidos de placer. De pronto, comprendió que deseaba a este canalla tan asquerosamente atractivo. Quería tenerlo como amante secreto.

Separaron las bocas y se miraron a los ojos.

—¿Cuándo y dónde? —preguntó ella, queriendo sorprenderse de sus propias palabras, sin éxito.

—No lejos de aquí hay un cuarto donde lo hacen los sirvientes cuando les pueden las ganas. —Ella sonrió y se dejó acariciar la mejilla por los dedos de él—. Vamos.

—¿Ahora?

—Ahora.

Antes de poder resistirse la tomó de una mano y se la llevó a paso rápido. Liyoba bajó la cabeza y deseó que en esos momentos nadie los viera. Mil mariposas enloquecidas aleteaban en su estómago. La llevó a una habitación oscura y pequeña con cepillos, escobones y otros utensilios de limpieza, iluminada por un ventanuco. Ella miró con asombro aquel sitio lúgubre, el último lugar en el que hubiera esperado ayuntarse con varón alguno. Pero sintió las manos de él en su cintura y otra vez la lengua en su boca y se dejó llevar, permitiéndose a sí misma restregarse contra su cuerpo como una gata encelada y acariciar y agarrar su nuca, sus cabellos y su espalda.

—Date la vuelta y apoya las manos en la pared —susurró él en su oído, con una voz diabólica—. Vamos a hacerlo por detrás. Como los perros.

Ella lo miró con asombro. Un último pedazo de la antigua Liyoba le dijo que debía darle un bofetón con todas sus fuerzas y luego dejarlo allí plantado, pero se encontró a sí misma haciendo lo que él le había dicho e incluso arremangándose las faldas con una mano para facilitar la tarea. Miró hacia la puerta con temor.

—¿No tiene cerradura? —preguntó.

—No —susurró él en su oreja—. Cualquiera puede entrar y descubrirnos. Forma parte del juego.

—¿Qué? —exclamó ella—. ¡No podemos…!

Pero en ese momento él la penetró, con decisión y sin problemas, pues el cuerpo de Liyoba estaba ya muy bien dispuesto. Rafucio la agarró de las caderas y empezó a moverse en el interior húmedo de ella, primero despacio, luego más y más rápido. Ella había plantado

las manos en la pared y pronto participaba con sus propios movimientos. Él puso una mano en su zona lumbar y empujó hacia abajo para que ella arqueara su espalda y se proyectara hacia él aún más, permitiendo al miembro entrar hasta el fondo. A Liyoba le encantaba aquella posición inclinada, la hacía sentirse muy sensual. Se dio cuenta de que estaba jadeando y no sabía durante cuánto tiempo lo había hecho. Empezó a desanudarse y a bajarse el escote a tirones, agarró una mano de él y la llevó a sus pechos turgentes y ya desnudos. Los dedos acariciaron, estrujaron y amasaron, pellizcaron los pezones duros como pequeñas piedras, muy sensibles, en fuego, hinchados de sangre y vida. A los gemidos femeninos se sumaban los gruñidos masculinos, al mismo ritmo de las embestidas. Ella se apoyó en la pared con los antebrazos y pegó la frente al muro oscuro y rugoso, arrojada a un abismo de placer violento, descarnado y avasallador que llenaba su cuerpo y vaciaba su mente. Aquello no tenía nada que ver con lo que había hecho con su esposo, no era ningún trámite conyugal y predecible, no era algo suave y civilizado, sino algo animal, primitivo, oscuro, demasiado dominante, algo atávico que desconocía barreras. Él la agarró aún más fuerte de las caderas mientras continuaba penetrándola una y otra vez, una y otra vez, cosa que a ella le encantó, y deseo que esas manos jamás dejaran de sujetarla y abrazarla y que la huella de esos dedos de hierro quedara para siempre en el lienzo tierno de su piel. En el silencio del cuarto restallaba el entrechocar de las carnes húmedas y las voces se fueron haciendo más roncas y entrecortadas. El placer se volvió punzante, enérgico, hasta hacerla explotar en espasmos vibrantes, oleadas que recorrieron como lenguas de fuego blanco su columna vertebral, con la mejilla y la boca abierta pegados al muro, gimiendo con una voz cavernosa, cayéndole el pelo desordenado sobre el rostro, los ojos cerrados. Él siguió, hasta llegar a su propia explosión, y cuando estalló cayó sobre ella y la abrazó, hundiendo sus labios en la melena, gruñendo como lo haría un lobo, desde el fondo de las entrañas. Luego siguió moviéndose dentro de ella, pero con suavidad, de una manera más dulce, mientras la besaba en las orejas y la espalda y continuaba acariciándole los pechos y sus pezones. Salió del cuerpo femenino, ella se encaró con él y apoyó su espalda en el muro. Los dos se miraban, cerca uno del otro, intercambiando respiraciones. Liyoba tenía el rostro encendido, lleno de sangre, con los labios entreabiertos y húmedos, y los ojos serios, antiguos, incandescentes. Al verla así, salvaje y entregada, Rafucio sintió que un relámpago dulce y doloroso cruzaba su pecho. La besó en la boca, sin dejar de acariciarla y explorarla con sus manos, y ella le abrazó y siguieron pegados uno al otro, el pecho fuerte de él aplastando los senos de ella. Al fin, tras mucho tiempo besándose como dos adolescentes, separaron las bocas

y las lenguas, pero siguieron unidos por la punta de la nariz. Sonrieron.

—No pareces preocupada por los frutos de esta locura… —susurró él, mientras recorría con la boca su cuello.

—Llevo tomando salza desde hace semanas —dijo ella—. Por si pasaba esto.

—Era imposible que no pasara. Eres demasiado bonita y caliente como para dejarte escapar. Vamos a seguir.

—¿Aun puedes?

—Dame un poco de tiempo. Pero mientras tanto…

Soltó una carcajada y ella casi chilló al sentir los dedos de él, que habían entrado a traición. Él la apretó contra sí y la frotó por dentro con la destreza y energía adecuadas, mientras ella gemía y ronroneaba, luego jadeaba con violencia, pegándose a él como si quisiera traspasarlo y salir por su espalda, enlazando sus piernas en las de él, abriéndolas más para que él hiciera su trabajo con aquellos dedos que la desquiciaban y la llevaban al cielo y al infierno al mismo tiempo. Le besó en la boca, las mejillas y los ojos, y de pronto ya no pudo ni siquiera besar, pues el placer de aquellos dedos veloces le arrancaron las energías: la estaban matando. Sintiendo un ramalazo de picardía, bajó la mano y agarró y manoseó el miembro de él, y al sentir su sorpresa soltó una carcajada, lo aferró y empezó a frotarlo adelante y atrás, con fuerza, de la manera correcta. Cada uno estaba dando placer al otro con la mano. Ella sintió la explosión, se le doblaron las piernas y le mordió el hombro para no gritar de puro goce y alegría.

—¡Por favor, para —suplicó él—, o acabaré antes de tiempo!

Ella sonrió, le dio unos cuantos tirones más al miembro, divirtiéndose al ver los ojos en blanco y el rostro de placer de él, y solo entonces lo soltó.

—Eres malévola… —susurró él, contra su mejilla.

—Tengo un buen maestro —respondió ella.

Se besaron durante algún tiempo y después él se agachó, metió la cabeza bajo las faldas y usó los labios y la lengua. Liyoba dobló una pierna sobre el hombro de su amante prohibido, gimió, le acarició y le agarró la cabeza, a veces tironeando un poco de los cabellos, puso los ojos en blanco y se sintió transportada a regiones celestiales. Una vez que él salió de debajo de sus faldas se abrazaron y besaron con mucha dulzura, y ella no se resistió cuando él la empujó hacia abajo para que se pusiera de rodillas y utilizara la boca. Volvía a sentirse una sucia ramera, pero le gustaba dicha sensación y sospechó que no pasaría mucho tiempo antes de que empezara a amarla. Demostró tal interés que Rafucio tuvo que apartarla con un jadeo ronco y estrangulado, pues ya el miembro estaba muy enhiesto y hermoso. Se tumbaron, ella

boca arriba; ella levantó su falda y abrió sus piernas y él hundió el falo en su cuerpo otra vez. Ahora sentían que podían controlarse mejor y lo hicieron durar, continuando en diferentes posiciones, con las ropas revueltas y hechas un desastre, empapados de sudor y hediondos de sexo. Ni la mugre de las paredes en que se apoyaban y del suelo en el que yacían, ni la estrechez del cuartucho, eran obstáculos que les impidieran fornicar como bestias.

Cuando acabaron se besaron con dulzura y se toquetearon durante un tiempo, con una diversión no lúbrica, sino más bien juguetona y tierna, casi infantil, como niños con un muñeco nuevo. Los útiles de limpieza estaban caídos y desparramados, aquí y allá. El lugar era un caos.

—¿Cuándo será la próxima vez? —preguntó ella.

—Cuando quieras.

—Esta noche.

—Lo intentaré, pero me has dejado destrozado.

Ella sonrió con malicia y acarició el miembro exhausto y flácido.

—Ya encontraremos el modo de devolverle las energías a este caballerito. A medianoche puedes venir a mi despacho, cuando todos mis ayudantes se hayan ido a dormir. Muchas veces me quedo allí la noche entera para trabajar en mis asuntos y a mi esposo ya ni siquiera le extraña. Ven solo cuando no quede nadie en las cercanías. Sé cauteloso. Que nadie te vea.

—Estaré allí para cumplir con mi sagrado deber.

Le guiñó un ojo y sonrió de aquel modo lujurioso que ella encontraba irresistible. Le besó con fuerza en la boca, Rafucio le devolvió el beso y las bocas bebieron una de la otra durante muchos latidos, solo por entretenimiento. Luego él se levantó, se arregló las ropas y se fue. Liyoba se dio cuenta de que no la había ayudado a levantarse; ni siquiera se había despedido con un mínimo de romanticismo. Aquel hombre no era en absoluto un caballero. Pero le gustaba. Demasiado. Mientras intentaba adecentarse y empezaba a rezar para que nadie la viera salir de allí con un aspecto tan horrible, sintió que había traspasado alguna barrera, que había cedido algún resorte de sí misma. Era una perdida y una desgraciada, y lo aceptaba con una tranquilidad pasmosa.

Salió y miró a un lado y otro. El pasillo estaba vacío. ¿La habría visto alguien? No podía saberlo. Se sintió sorprendida de su calma, de la verosimilitud de las excusas que emplearía si alguien la encontraba con las ropas manchadas y arrugadas y la cara sudorosa. Ahora entendía que la mentira y el delito otorgaban una fuerza tremenda; de ahí que los políticos hablaran siempre con tanta seguridad.

Se alisó una vez más el vestido, compuso el gesto y con toda naturalidad echó a andar hacia su despacho.

12

—Así es, mi señor, Liyoba Farica y Rafucio Injeca se ayuntan en comercio carnal.

Eñanca dejó inmóvil la mano que daba la raspa de pescado a Blanquito. El gato continuó mordisqueándola con los ojos entrecerrados y en el silencio restallaron los chasquidos de sus dientes y su lengua.

—¿Pero qué me estás contando, Jarón? ¿Es verdad eso?

—Os lo aseguro. Alguien entre la servidumbre del Palacio Real ha visto a Rafucio Injeca meterse en el despacho de Liyoba Farica a altas horas de la noche con mil y una precauciones… Pero estas cosas no se pueden ocultar del todo.

Eñanca frunció el ceño, aún asombrado, y miró a Blanquito cuando empezó a lamerle los dedos. Acarició distraído la cabeza peluda y apartó a un lado el plato con las sobras de la cena. De inmediato Ladrona y Princesa subieron y empezaron a devorarlas. Blanquito parecía harto, pues se limitaba a dejar que le rascaran mientras se pasaba la lengua por el hocico.

—¡Por todos los dioses! —exclamó Eñanca.

Hizo una mueca desabrida y se llevó una mano al vientre.

—¿Qué os ocurre, mi señor? —preguntó Valtaro.

—El maldito estómago y sus ácidos asesinos, que no me dejan disfrutar de la comida ni una sola vez. —Tomó un trago de una copa—. Ya ni siquiera puedo beber vino y he de conformarme con agua, como las ranas. En fin, olvidémoslo. —Sonrió—. ¡Vaya con nuestra damita laboriosa…! ¡Parecía una mosquita muerta y resulta que es una avispa!

—Y se ha unido a un abejorro de cuidado.

—Ahora que lo pienso, recuerdo que él le echaba sus miradas hambrientas desde el principio, pero tiene fama de audaz con todas las mujeres y lo eché en saco roto. Pensaba que ella no caería. Pero sí ha caído.

—Más bien *se ha tirado*.

—¡Ja! ¡Qué grandísima zorra! Me has dado una alegría inmensa. De nuevo encuentras la presa allá donde nadie la ve, donde mejor se esconde. Supongo que esos dos se creerán muy listos y pensarán que nadie va a descubrirlos con la falda subida y el calzón bajado. No es la primera vez que me encuentro con líos de cama. Los amantes

enloquecen de tal manera que se creen invencibles; la prohibición y la maldad hacen tan gozosos sus encuentros que se olvidan de todo y de todos. —Miró con gravedad al secretario—. ¿Quién más lo sabe?

—Solo la persona que me lo contó, un sirviente que vio dos veces al señor Injeca entrar por la noche en el despacho de la dama Farica. —Rio con alegría—. ¡No creo que fuera allí para echar cuentas! El fámulo ha recibido no solo dinero, sino también amenazas. No hablará.

—Bien. ¿Y desde cuando están amancebados esos dos?

—Por lo menos llevan así cuarenta días. Cincuenta, tal vez.

—Ajá.

—¿Cómo vamos a usarlo?

Eñanca se lavó los dedos en el aguamanil y los secó en el lomo de Blanquito, que gruñó un poco, pero no se movió.

—No basta con tener la información. Hay que saber emplearla. Por ahora nos guardaremos este triunfo entre los demás naipes y cuando nos interese lo echaremos al tapete para ganar la partida.

—¿De qué partida estamos hablando, mi señor?

—Del Consejo de Economía. No queda mucho antes de que nuestro querido Gregar Farica se retire y dé a la cachorrilla el relevo. Una vez que ella mueva los hilos será cuando cantemos este triunfo.

—¿Queréis provocar su dimisión o su caída en desgracia?

—¿Para qué, si puedo dominarla desde la sombra? Le pondremos el yugo para que tire del carro y nosotros la guiaremos desde el pescante. Mas por ahora hay otros asuntos. Van a armarse los primeros cuadrilleros de las Hermandades de Justicia, el rey acaba de tener un segundo bastardo, o bastarda, mejor dicho, pues es una niña, y se avecina la boda con la princesa de Gricur. Cuando las aguas se calmen moveremos ficha. Por ahora sigue vigilante y no levantes la presa, mi buen lebrel.

Al cabo de cinco días Eñanca llamó a Valtaro y le hizo venir a ese mismo despacho, su lugar de trabajo habitual.

—Hoy tendremos una visita interesante.

—¿Mala o buena?

—Aún no lo sé. Parece que las cosas se están precipitando.

—¿De quién se trata?

—Del mismísimo Rafucio Injeca. Esta mañana un lacayo vino para anunciarme su llegada. Quiere entrevistarse conmigo.

Valtaro frunció el ceño.

—No me gusta, señor. Hace poco que descubrimos sus líos con la dama Farica y ahora lo tenemos aquí, en vuestra casa. ¿Puede ser casualidad?

—En la política y el crimen no hay casualidades. Vamos a ver qué quiere. Estarás presente cuando hable con él.

Rafucio Injeca vino al cabo de una hora vestido con gusto exquisito, como era habitual en él, y luciendo esa sonrisa campechana que invitaba a la amistad y el compadreo. Pero Eñanca ya había conocido a muchos hombres como este, capaces de estrechar la mano con la diestra mientras hundían el puñal con la zurda. También le sonrió, cortés y obsequioso.

—¡Qué alegría me da vuestra visita, señor Injeca! Hasta ahora solo nos habíamos visto en el Consejo. Bienvenido a mi hogar, que desde ahora es el vuestro. ¿Deseáis beber algo?

—Un tinto fuerte, sin aguar. Agradezco vuestra acogida. Sé que siempre andáis atareado con esos asuntos de cuentas que a nosotros, pobres mortales, nos causan vértigo.

—¡Oh, no os hagáis de menos! Toda la corte sabe de vuestra eficacia.

—A mí se me da bien el trato con las personas, no con los números. —Se sentó en la butaca frente a la mesa, cruzó una pierna, tobillo sobre rodilla, y le señaló guiñándole un ojo—. Aunque los mercaderes son también buenos en el trato humano.

—¿Qué queréis que os diga? Pues sí, algo sé de las gentes y de cómo sacarles una monedilla o dos…

Rafucio echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada tan estruendosa y forzada que resultó grotesca. Eñanca también rio, por lo bajo y soltando gruñidos. Valtaro estaba en pie, detrás de su amo, y sonreía solo con la boca.

—Os presento a mi secretario, el señor Jarón Valtaro —dijo Eñanca—. Supongo que no os molestará su presencia. Es hombre de confianza.

—¡Por supuesto que no! ¡Vuestros amigos son mis amigos! Honrado estoy de conoceros, señor Valtaro. ¡Pero tomad asiento, buen hombre! Señor Eñanca, por favor, ¿no dejaréis descansar a vuestro servidor? ¡Parece un soldado de la guardia!

—Claro, claro. Jarón, decid al criado que os traiga una silla y lo que gustéis para beber. Para mí que sea un mosto. —Miró a Rafucio con pesadumbre—. Habéis de saber que tengo el estómago delicado y ya no puedo darme ciertos placeres.

—Lo siento en el alma, querido amigo —contestó Rafucio con cara de pena. Levantó las manos y miró hacia el techo—. ¡Bien sabe Braladur los esfuerzos que hacéis por este país y lo que eso debe afectar a vuestro organismo!

—Ay, sí, y que lo digáis. Algunos me critican de manera acerba, pero solo busco el bien de la patria y del rey.

—Cuánta verdad lleváis, ¡y qué injusta es la gente con vos! Yo, sin embargo, os admiro. Sois hombre de mente filosa y práctica, cosa que siempre he valorado, pues yo, como todo el mundo sabe…, ¡estoy un poco loco!

—No digáis tonterías, amigo mío. ¿Qué haría el rey sin vuestros buenos servicios?

—Está mal que yo lo diga, ¡pero lleváis razón! ¡Jajajajá!

—¡Jajajajá! ¡Jajá…! Ja… Bien, señor Injeca, ¿qué os trae a mi morada? ¿Queréis hablar de algo en concreto?

Rafucio abrió mucho los ojos.

—¿Quién, yo? Oh, no, solo deseaba veros en vuestra salsa, por así decirlo. Mi curiosidad es insaciable y me intereso por los buenos amigos que me rodean. Por cierto, muy buen vino.

—Gracias. Es de Élamos. Y caro.

—El paladar lo agradece. ¡Uy, un gato! Graciosas criaturas, los felinos. Siempre me han gustado; son suaves, independientes, fieros, dulces y orgullosos. Son animales que no se dejan conducir por nadie. ¡Ven aquí, gatito!

—Gatita. Es una hembra.

—¡Ay, qué belleza de animal! ¡Mirad! ¡Se me ha subido al regazo!

—Es cosa rara, porque suele dar de lado a los desconocidos.

—¿Y cómo se llama?

—Ladrona.

—¡Ladrona! ¡Qué gracioso! ¡Hola, ladroncita! ¿Qué tal, chica? Fijaos, ya hace ese ruidillo de placer…

—Ronroneo —contestó Sofredo.

—Ladroncita, ¿te gusta estar conmigo? Eso es porque se me dan bien las hembras. Les caigo bien, ¿sabéis? Parece que les gusta mi compañía. Y no solo me refiero a las del reino animal…

Eñanca asintió, cauteloso pero aún sonriente. Se encogió de hombros.

—Yo de esas cosas no entiendo. Soy un auténtico patán con las mujeres. Siempre lo fui, incluso cuando era un mozo. Y ahora ya me veis, viejo y con achaques…

—Pero tenéis dinero —dijo Rafucio, que en una mano tenía la copa y con la otra rascaba la cabeza de la gata sentada sobre sus piernas—. Y eso atrae a ciertas mozas como las moscas a la miel.

—Eso dicen, pero debe ser todo chanza y exageración. Soy un solitario empedernido. No como vos, ¿verdad?

Rafucio levantó las cejas.

—¿Yo? ¡Oh, ya entiendo! ¡Jajajá! Me habéis entendido mal, señor mío. Cuando decía que se me dan bien las hembras me refería al trato

cortés y a la conversación amistosa. Me encanta hablar con las mujeres porque en el fondo son más vivas y alegres que los hombres, tan serios y estirados, siempre con esa cara de palo de orgullo. Las mujeres son más frescas y lozanas, más entretenidas. Pero solo hablar, ¿eh? Por supuesto, jamás he pensado siquiera en tener ayuntamiento con otra que no sea mi esposa.

—¡Claro! ¡El Padre me libre de tales sospechas!

—Sin embargo, ya sabéis cómo es la corte, donde abundan los envidiosos y maledicentes. Basta que uno baile con una dama para que lo amanceben con ella.

—Jamás he dudado de vuestra virtud conyugal.

Rafucio se le quedó mirando con la sonrisa pegada a la cara.

—No es eso lo que se escucha por ahí.

La sonrisa de Eñanca pareció congelarse durante un instante y, sin desaparecer, se convirtió en otra cosa distinta.

—No os entiendo.

—Se rumorea que pensáis cosas obscenas acerca de mí y de cierta dama que forma parte del Consejo Real. E incluso he oído decir que habéis prestado oídos a cierto criado fementido que inventa algo acerca de… —Se encogió de hombros e hizo un gesto de extrañeza y disgusto—. De unas visitas fantásticas que yo hago por la noche al despacho de esa señora.

Eñanca y Valtaro lo escuchaban con inocencia, sin que se les moviera un músculo del rostro. Rafucio miraba a la gata, que seguía ronroneando mientras le rascaban la barbilla y el cuello.

—Por supuesto, ese felón ha recibido ya lo suyo y está muy lejos de la corte, allá donde sus hablillas no harán daño a nadie. Pero las mentiras hieren. A mí me hacen sufrir mucho, pues yo también tengo mi corazoncito, no creáis. Las mentiras se alimentan de sí mismas, se multiplican y engrosan. —Lo miró con la sonrisa en la boca, no en los ojos—. Como los gusanos en el cadáver. Pero mentiras son, y nada más. Solo quería saber si vos les prestáis crédito.

—Por supuesto que no. Yo jamás…

—También yo oigo cosas terribles sobre los demás, ¿sabéis? Sobre vos se cuentan unos relatos que ponen los pelos de punta.

—¿A qué os referís? Y por cierto, no me gusta el rumbo que están tomando vuestras palabras.

Rafucio levantó las cejas.

—¿Por qué? Solo hablamos por hablar. Yo no presto atención a los rumores, pero si lo hiciera os felicitaría por vuestra buena jugada con el señor Gregar Farica.

—¿Qué? ¿Pero de qué carajo habláis?

—Hablo de cómo lo manejasteis para que os apoyara con vuestras nuevas regulaciones económicas. ¿O acaso creéis que no sé reconocer

una extorsión a la legua? Por favor, señor, no intentéis enseñarle a un ladrón cómo robar. Soy más joven que vos, pero en algunas cosas no os voy a la zaga.

Eñanca palideció y sus ojos cobraron filo. La sonrisa de Rafucio se tornó fría y amenazadora mientras seguía acariciando a Ladrona. Dijo:

—Hay una diferencia entre el señor Gregar Farica y yo: él es un hombre civilizado. No tratéis de manipularme o hacerme chantaje, señor Eñanca. Y ni se os ocurra importunar a la dama Liyoba Farica. Creedme si os digo que no os conviene desafiarme de tal modo.

—No me gusta que me hablen así y menos en mi propia casa. Si creéis que vais a echarme del Consejo o quitarme el favor del rey…

—Por favor, ¿pensáis que voy a perder el tiempo con quejas y protestas formales? Si me importunáis lo más mínimo enviaré un sicario a degollaros mientras dormís. O haré que prendan fuego a esta casa. O alguien os dará una puñalada en las costillas cuando estéis entre el gentío del mercado. Y vuestro polluelo —señaló a Valtaro— correría la misma suerte. No duraríais más de un día, a lo sumo dos, en este hermoso mundo.

Eñanca y Valtaro lo miraban con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo osáis amenazar a mi amo? —gritó Valtaro, en una explosión más de asombro que de ira.

—¿Amenaza la lluvia con mojar? ¿Amenaza el fuego con quemar? Yo no amenazo. Yo soy.

—¡Pero…!

—Silencio —ordenó Eñanca, que miraba a Rafucio a los ojos—. Señor Injeca, habéis pronunciado palabras muy fuertes. Nada me impide ir a contárselas al rey.

—Cierto. Nada os lo impide. —Rafucio señaló la puerta con la mano—. Hacedlo ahora. Vamos. Corred. Su Majestad me conoce y sabe que soy impulsivo. Tal vez se enoje un poco y me suelte una regañina, pero no creo que me encarcele ni me aparte de su lado. Me perdonará este nuevo disgusto. ¿Sabéis por qué? Porque yo le soy más leal a él de lo que vos lo seríais en cien vidas. Y él lo sabe. Y vos también lo sabéis. Yo soy no solo su primo, sino su amigo y su compañero en la batalla. Fui a la guerra por él. Sangré por él. ¿Estáis dispuesto vos a sangrar por él? —Negó con la cabeza un par de veces, muy despacio—. No os conviene empezar ese juego porque os llevo ventaja. Y de cualquier modo, si vais a ver al rey con cuentecitos no duraríais mucho con vida para ver qué ocurre después. Como buen mercader que sois, debéis sopesar los riesgos y las ganancias de cada negocio.

Eñanca y Valtaro lo miraban con odio y con cierto miedo.

—Pero… —Rafucio sonrió y se encogió de hombros—. ¿De qué estamos hablando? Solo se trata de rumores, pues vos sabéis que yo no

tengo nada con Liyoba Farica y yo sé que vos no habéis oído ninguna calumnia al respecto. Solo estamos fantaseando.

—Os ruego que salgáis de mi casa.

Rafucio no pareció ofenderse. Clavó sus ojos en los de Farica y los estudió durante un buen rato. Sonrió con la mitad de la boca. Rascó la cabeza de la gata.

—Adiós, Ladrona. Espero que algún día nos volvamos a ver. —La echó con suavidad y se levantó—. Muchas gracias por vuestro tiempo, señor Eñanca. Señor Valtaro, ha sido un honor.

Y se fue, silbando una tonadilla.

Valtaro se levantó de la silla rojo de furia.

—¡Qué desfachatez! ¡Ha osado venir a amenazaros aquí, a vuestra propia casa!

Eñanca seguía inmóvil, mirando pensativo hacia la puerta.

—Hay que hacer algo contra él —dijo Valtaro.

—No vamos a hacer nada —repuso Eñanca.

—¿Qué?

El Viejo Buitre volvió la cabeza y lo miró.

—No haremos nada contra ese hombre. Ni contra Liyoba Farica. Si él la protege ella es intocable.

Valtaro parpadeó, incrédulo.

—¿Mi señor, vais a permitir que se salga con la suya?

—Sí.

—¿Por qué?

Eñanca suspiró.

—Cuando llevéis tanto tiempo como yo en este mundillo comprenderéis que hay muchos tipos de jugadores. Unos son ambiciosos, otros son prudentes, otros quieren la gloria y el reconocimiento, otros quieren pasar desapercibidos, otros quieren el poder, otros son idealistas, otros quieren el dinero y los hay que incluso desean fracasar… A todos ellos puede uno ganarles si se es hábil y se tiene una buena mano. Pero hay un tipo de jugador al que le da lo mismo ganar que perder porque solo ama una cosa del juego: el riesgo. Esa es su pasión. Es impredecible y por tanto es el más peligroso. He aprendido a reconocerlo y sé que debe dejársele en paz. —Eñanca se levantó y le dio una palmada triste y amistosa en el hombro—. No siempre se puede vencer. Es una lección dura, pero también hay que aprenderla.

Y se marchó, dejando a su discípulo confuso y con la palabra en la boca.

13

A principios del otoño la princesa Isela Albeir de Gricur llegó a Longaza. Venía acompañada de su séquito de damas y de ciertos nobles de su país. Era un cortejo fastuoso de carrozas de madera barnizada y brillante, metales bruñidos y caballos con tirabuzones en las crines. Otón VII el Gordo no se desplazaría fuera de su país ni siquiera por la boda de su hija, pero deseaba que en el extranjero se supiera de la riqueza y el poder de su reino.

Había un clima festivo en la ciudad, pues al pueblo le emocionaban estos eventos folclóricos. Por todas partes ondeaban los banderines y los lazos con los colores de las dos naciones. Habían venido gentes importantes desde todos los rincones del reino. La excepción eran los Ertalce, que no habían enviado a nadie. Acudieron también los maestres de las ordenes de la Fuente y las calles bullían también de sacerdotes de Braladur. Hasta el Palacio Real llegaba el flujo de regalos: vajillas, sedas, cuberterías, ropajes, barriletes con especias, toneles de vino exquisito, tarros y frascos con perfumes embriagadores, espadas y arneses de la mejor calidad… Gregar Farica se lamentaba en secreto por la ausencia de joyas y dinero líquido, pero se regocijaba pensando en la dote de la novia. La expectación era mayúscula. Muchos viajeros deseaban contemplar el espectáculo de una boda regia, los campesinos hacían noche extramuros para ver los carruajes de los nobles, los buscavidas se ofrecían para cualquier cosa, los soldados de fortuna buscaban amos y las mancebías, tabernas y tugurios no daban abasto para agasajar a tanto visitante con ganas de diversión.

Cuando la caravana gricuria arribó a la capital la muchedumbre gritó con su alegre y típica necedad al paso de los Grandes que ni siquiera se fijaban en ellos. Todos querían ver a la princesa Isela, de la cual solo se sabía que tenía quince primaveras, pero el carruaje estaba cerrado a cal y canto. La comitiva llegó al Palacio Real y una nube de mozos, lacayos y fámulos se ocupó de las monturas y los carros y guio a los soldados a los cuarteles y a los nobles a sus aposentos. La prometida estaba envuelta en ropajes anchos y en velos que impedían ver su rostro. Sus damas también estaban muy tapadas. No sería pertinente que su futuro marido o los cortesanos la recibieran de tal guisa, tras el viaje agotador, así que los vería esa misma noche, en la cena de presentación de los cónyuges, aseada y vestida de manera

pertinente.

Todos felicitaban a Argaut, todos se inclinaban ante él y le deseaban felicidad. Rafucio era el más alegre; había conseguido arrastrarlo a una fiesta de despedida de soltero unos días atrás, una celebración grosera en uno de esos tugurios que tanto amaba. Allí el rey acabó borracho y mugió las mismas canciones picantes que sus compañeros mugían. Había lagunas de olvido en su memoria, pero lograba recordar a Brelán Etgula sentado sobre los muslos de una furcia de pechos prodigiosos que lo acunaba como si fuera un niño; a su primo Rafucio pelearse a puñetazo limpio contra un barbián enorme, para después amigarse los dos y acabar sentados sobre un charco de vino, jugando a hacer palmas, rodeados por una gentuza que bailaba y cantaba, como brujas que invocaran a Blica; y al general Fantiño danzar borracho sobre una mesa, caerse al suelo una y otra vez y volver a subir para seguir bailando, con ese tesón imbatible que le caracterizaba. Su maldito primo había intentado liarlo con todas las furcias de aquel agujero y Argaut trató de evitarlas, pero él insistía y al final una rubia de pelo ensortijado y risa chillona intentó violarlo en un cuartucho, sin éxito porque el alcohol había aniquilado la virilidad del rey. Al día siguiente Argaut tenía una resaca descomunal y se prometió a sí mismo no volver a emborracharse jamás. Rafucio tenía unos moretones en su rostro *que no sabía de dónde diablos salieron* y quería llevarlo a otra jarana, una por cada noche hasta el día de la boda. Por supuesto, Argaut se negó.

Dejando aparte las francachelas, el ánimo del rey estaba por los suelos. Cuanto más se alegraban los demás mayor era su depresión. Ya se había despedido de Queila, que le había dado otro precioso vástago, la niña Raulia. Durante su última noche juntos desearon revivir con felicidad todo lo que habían compartido durante aquellos diez años. Era demasiado para cortarlo de un solo golpe, pero sabían que no podrían volver a verse como lo que eran, enamorados, y eso les rompía el corazón latido a latido. Esa noche fue triste y sin embargo dulce, y al final ella rompió a llorar sin poder evitarlo y él, maldiciéndose por su debilidad, también lloró. Esas lágrimas parecieron llevarse lejos la melancolía, de alguna forma los limpiaron, y después empezaron a recordar los momentos más dichosos y divertidos e incluso rieron juntos. Al amanecer se despidió de ella, sabiendo que en Vibriosa dejaba la mitad de su alma.

Argaut sentía una ira sorda y no se la podía sacar de encima. Empezó a odiar la corte y sus gentes, al maldito país, a Dirtán entero. Se habían confabulado para arrebatarle la vida que deseaba y lo arrojaban en brazos de una mujer desconocida de la que se cantaban maravillas que sospechaba tan falsas como los retratos bellísimos que le habían mostrado. Ellos no tenían culpa de nada y menos aún la

tenía la princesa, pero le resultaba difícil no aborrecerlos. Ella era el núcleo de su rabia amarga y oculta. Llegó a desear que su carro volcara, que le cayera un rayo encima, que le atacaran unas fiebres letales, que se muriera de una vez por todas para dejarle libre de nuevo. A punto estuvo de rezarle al Padre para que eso ocurriera, pero al final se reprimió. Sonreía apretando las mandíbulas y respiraba fuerte para controlarse cuando algún nuevo cretino le auguraba un futuro venturoso. ¿Quiénes eran estos imbéciles y qué sabían de su vida? Nadie notaba su disgusto, con la excepción de su tía Demayara, que lo conocía bien. Cautelosa, no tocaba el tema.

Así, malhumorado, pero obligado a sonreírles a todos, recibió durante la cena a la princesa Isela Albeir de Gricur. Todos se pusieron en pie cuando el mujerío de damas de compañía cubiertas de velos penetró en el salón. Una orquestina tocaba una música plácida. Argaut se esforzaba por averiguar quién era la princesa entre todas aquellas mujeres tapadas. Al fin, una se aproximó al rey. Llevaba un traje tan lujoso y enjoyado que causó la envidia y el placer de las damas brajairias; era amplio y abullonado, pero se adivinaba que la princesa era delgada —Argaut suspiró aliviado porque al menos en eso no había salido a su padre—. La princesa se detuvo ante él y la orquestina dejó de tocar. Las damas gricurias le quitaron la compleja maquinaria de velos y al fin las lámparas iluminaron el rostro de la princesa Isela Albeir de Gricur.

Argaut abrió mucho los ojos y su faz palideció, pero se controló para mantener la sonrisa de bienvenida.

Isela Albeir tenía rostro no delgado, sino escuálido. La piel cerúlea, salpicada de un acné furioso de granitos rojos y brillantes, se pegaba a los huesos hasta hacerla parecer una osamenta. Tenía unos ojos enormes y saltones de batracio que parecían a punto de escapar volando desde las órbitas, ojos azules que miraban en todas direcciones como los de un pájaro, con miedo mayúsculo. La nariz era enorme, ancha, bulbosa, y los labios muy gruesos y rojos, brillantes de saliva. Las grandes orejas le colgaban del cráneo como lonchas de carne. Se habían esforzado para aplicarle afeites exquisitos y aun así a Argaut le pareció una de las mujeres más feas que había visto en toda su vida. Sintió un espasmo de horror al imaginar cómo sería cuando se quitara el maquillaje. Experimentó odio infinito hacia todos los que le habían descrito la belleza infinita de la chiquilla y se prometió ajustarles las cuentas a Etgula y sus diplomáticos.

—Bienvenida a mi país, Alteza —le dijo Argaut—. Espero que en él encontréis la felicidad y la dicha que yo os deseo. Y que nuestro enlace cimente la amistad entre nuestros dos países.

Ella abrió la boca. Parecía a punto de hablar, pero miraba aquí y allá con un terror muy grande, y al final solo dijo unas palabras

protocolarias, en tono agudo, con voz trémula. Argaut se encontró asintiendo sin entender la mitad de lo que ella le decía. Le invitó a sentarse a su lado en la mesa e Isela croó un agradecimiento. La orquestina volvió a sonar con alegría y el salón bulló de conversaciones. Argaut intentó por todos los medios hacerle hablar, pero Isela seguía petrificada de horror y casi no volvía la cabeza hacia él. Contestaba con monosílabos temblorosos y el rey se encontró monologando junto a un esqueleto femenino envuelto en ropajes bulbosos. Había desdicha en los ojos esféricos y saltones y Argaut quiso apiadarse de ella… Pero solo sintió ira. Se preguntaba por qué ella no se esforzaba lo más mínimo para hacer agradable este mal trago para los dos. *¿Por qué esta mocosa no intenta ni siquiera hablar? ¿Es esta su educación exquisita y su inteligencia ilimitada? ¡Mentiras!*

Así transcurrió la cena. En cuanto acabó, la princesa se fue como una liebre junto a sus damas de compañía, dejando al rey y su séquito con las copas.

Cuando todos se hubieron marchado Argaut se llevó a Etgula y Rafucio a un cuarto y les echó una bronca apocalíptica. Los dos diplomáticos le permitieron ladrar y desfogarse y después, cuando el rey estuvo ya desinflado de ira, se disculparon lo mejor posible y se escabulleron.

Al día siguiente Argaut quiso volver a hablar con Isela, pero con pasmo supo que ella se negaba a salir de sus aposentos; según decían sus damas, se encontraba enferma y prefería descansar hasta la boda. En realidad él tampoco quería verla, pero deseaba al menos conocer un poco más a su futura esposa y a la reina del país. Envió a Demayara a hablar con la chica y cuando su tía volvió le dijo que el malestar de la princesa era perdonable por su mocedad, el largo viaje, la añoranza de su reino… Falsedades. Argaut de nuevo la aborrecía, pues él también había hecho sacrificios y al menos intentaba mantener las apariencias.

En la boda Isela vistió un traje de novia majestuoso. Por desgracia, también era ajustado y Argaut imaginó su cuerpo sin caderas ni pechos, más propio de varón adolescente y malnutrido que de mujer en ciernes. Ella seguía envarada, aterrorizada hasta la médula. Cuando Argaut le tomó la mano notó unos dedos fríos y viscosos y tuvo que hacer un esfuerzo para no apartarla. La chica parecía al borde de un ataque de pánico. No podía verla como a otra cosa que una niña malcriada a la que no habían preparado para la ocasión. Isela se equivocó al recitar las fórmulas sagradas y entró en un bucle de temblores y yerros. Al final el sumo sacerdote dio por válido el chorro de palabras, para alivio de los presentes. Argaut a veces miraba con fascinación morbosa los granos de la chica, como saquitos a punto de explotar y derramar su contenido infecto. Mal que bien, la ceremonia

terminó. Durante el paseo en la carroza ella volvía a ser una estatua con ojos de sapo y él saludaba al pueblo con una sonrisa feroz.

Hubo otro banquete y más esfuerzos infructuosos por hacerle hablar. De pronto, ella farfulló algo sobre su querido padre y su casa, se echó a llorar y salió corriendo, seguida por sus damas de compañía, para asombro de los presentes.

Horas después los recién casados fueron a la alcoba. Y las cosas no pintaban bien.

Fuera, esperaban las damas de compañía de Isela y los nobles gricurios, así como los notarios que darían fe de que la sábana pregonera estaba manchada de sangre y por tanto que el matrimonio había quedado consumado. En los pasillos la muchedumbre murmuraba.

Dentro, Argaut trataba de calmar a su esposa, pero ella no podía dejar de temblar y ya no hacía esfuerzos para ocultar su terror. Los dos llevaban puesto el camisón y se metieron en el lecho. La princesa se arropó hasta la barbilla, como si las mantas fueran un escudo. Argaut pensó que aquello iba a ser complicado. Volvió a prometerle que la trataría con gentileza, pero ella seguía parapetada bajo la colcha, mirándolo con sus ojos gigantescos, bañada en sudores. No parecía muy dispuesta ni animosa. Y el rey tampoco, pues su miembro viril cayó como un árbol talado.

—Esposa mía, debéis excusarme, pero he de ayudarme a mí mismo. En fin, no os asustéis, esto es algo natural entre los varones y a veces ocurre en la noche de bodas.

Argaut metió la mano bajo el camisón y empezó a ejecutar movimientos enérgicos para solventar aquel problema. Ella lo vio hacer, frunció el ceño y en su rostro se pintó una expresión de perplejidad y repugnancia infinitas.

—¿Pero qué estáis haciendo? —chilló.

—Señora, debo ayudarme a mí mismo porque la situación no es propicia para los actos lúbricos. Tal vez si vos pusierais algo de vuestra parte… Por ejemplo, podríamos quitarnos el camisón. La visión de nuestras desnudeces tal vez nos estimulara.

—¿Desnudarme ante vos? —Sus ojos se fijaron en el bulto enorme bajo el camisón de Argaut, donde aún estaban la mano y el antebrazo, y soltó algo entre el eructo y la arcada—. ¡No!

Agarró con más fuerza la colcha. Argaut apretó los labios y miró al vacío durante muchos latidos.

—Muy bien. Entonces tendré que ir yo con vos, ahí dentro. Si eso os tranquiliza lo haremos bajo las mantas y con el mayor decoro posible. Debéis dejar que me acerque.

Ella miró su camisón, crispó la faz en una mueca de espanto y gimió algo ininteligible. Argaut se metió dentro de la cama y ella

profirió una alarido.

—¡Id con cuidado! —gritó.

—¡Solo he puesto una mano en vos! —protestó Argaut—. Por favor, sosegaos, señora. ¡Por todos los dioses, no sois la primera ni la última que pasa por este trance!

—¡Sois cruel! —protestó ella—. ¿No podríais hablarme con un poco de amabilidad?

—Perdonad mis palabras. No quería ser brusco. No temáis, esposa, todo terminará muy pronto y es posible que incluso gocéis.

—¿Gozar? —escupió ella—. ¿Gozar de esa…? ¿Cómo podéis ser tan impertinente?

—Está bien, entonces no gocéis si no queréis. Podéis pensar que es un deber, una responsabilidad que os enaltecerá y engrandecerá.

—¡Habláis de lo más sucio como si fuera lo más noble!

—¡Por todos los dioses! ¿Es que ninguna de vuestras damas de compañía os ha preparado para este momento?

—¡Sí! ¡Sí lo han hecho! ¡Me lo describieron todo, con sus repugnantes detalles!

Tras muchos latidos, Argaut recuperó la voz:

—Os propongo algo: ninguno de los dos hablará. Vos solo quedad quieta y yo haré todo el trabajo. Seré blando y suave, os lo prometo.

Ella lo contempló con angustia indecible y asintió. Poco a poco, Argaut logró arrancar las sábanas y las mantas de los crispados dedos y empezó a tocarla. Ella estaba tan rígida como una columna y emitía gemidos perrunos.

Fuera, las gentes esperaban, caminaban con las manos en la espalda y comentaban otras situaciones parecidas por las que algunos habían pasado. Al fin, se abrieron las puertas. Salió el rey, vestido solo con el camisón, y cerró tras él. Las damas miraban hacia abajo con vergüenza, pero había que respetar el protocolo, así que los notarios se le acercaron.

—¿Y la sabana pregonera, Majestad? ¿Hubo consumación?

Argaut se pasó una mano por la cabeza.

—No ha podido ser. La reina… En fin, señoras, agradecería que vosotras la hablarais. Tal vez podáis ayudarla para que las aguas discurran por buen cauce.

Las damas gricurias se metieron en tromba en la alcoba. Argaut fue a un rincón. Allí lo esperaban Etgula y Rafucio.

—¿Qué ha pasado? —le preguntaron.

El rey barrió el aire con las manos para que se marcharan los curiosos.

—¡Fuera, mirones! ¡Dejadnos en paz!

Los tres quedaron solos y Argaut miró a sus amigos con enojo y desesperación.

—¿Qué ha pasado? Pues que no entra, ¡eso ha pasado!

—¿Que no entra el qué? —preguntó Etgula.

—¡El miembro viril! Esa mujer es más estrecha que una grieta en el hielo. E igual de fría.

—¡Vaya! —Etgula se acarició la barba, pensativo—. Es un problema serio. ¿Pero vos, Majestad, habéis hecho los esfuerzos y movimientos pertinentes?

—¡Claro que los he hecho! He empujado como un loco, pero nada de nada. Y yo tampoco la tengo tan grande; no había tenido semejante dificultad con ninguna mujer.

—¿Os habéis puesto el ungüento que os di? —preguntó Rafucio.

—Sí, me puse esa cosa asquerosa y ella ha utilizado unos óleos femeninos que le dieron sus damas. Entre tanto aceite parecía que estuviéramos haciendo una fritura. Esos artificios tampoco han servido.

—¡Qué cosa más rara! —se extrañó Rafucio—. A mí siempre me funcionó el mejunje.

—Vos no frecuentáis precisamente a virgencitas aterradas —señaló Argaut con acritud.

—¿Habéis probado a cantarle algo? Muchas mujeres enloquecen por los juglares.

—Le he recitado una poesía romántica y ella me ha acusado de ensuciar el amor. No sé qué quiere de mí… ¡Todo le parece mal! Esto es una locura. Es mejor posponer este asunto para otro día, cuando ella esté más calmada.

—La noche de bodas es sagrada, Majestad —sentenció Etgula—. Es un asunto de Estado.

—¿Y qué puedo hacer?

—Si el castillo no cae por las buenas habréis de expugnarlo a las bravas —repuso Rafucio—. A golpes de ariete.

—Me niego. Jamás he forzado a ninguna mujer y no voy a empezar a hacerlo ahora.

—¿Y si le dierais de beber? —propuso Etgula—. Un conocido mío tuvo el mismo problema en su noche de bodas, pues también se casó con una doncella muy joven. Le dio un par de copas de licor, ella se achispó y todo fue como la seda.

Argaut lo miró.

—No había pensado en ello.

Se le acercó su tía Demayara con rostro malhumorado.

—Sobrino, ¿se puede saber qué le has hecho a esa chica?

—¿Quién, yo? ¡Ese es el problema, que no le he hecho nada!

—Pues ella jura que la tratas con una brutalidad infinita.

El rey levantó las manos.

—¡Eso no es cierto! ¡Hago lo que puedo, maldición!

—Pues debes esforzarte en ser más gentil porque la estás asustando. Creía que te habían educado para ser un caballero.

—¡Mi educación es inmejorable! —susurró Argaut—. El problema es que esa cría no pone nada de su parte para que todo termine bien. ¡Se acabó! Debemos dejarlo por esta noche. En unos días, cuando ella esté más tranquila, cuando nos conozcamos mejor, sin duda podremos ejecutar el acto con naturalidad. Pero hoy es imposible.

Ella le agarró de un brazo.

—¿Estás loco? ¿Sabes lo que nos estamos jugando? No hablo solo de dicha conyugal, sino de alta política. No consumar el matrimonio es prueba suficiente para invalidarlo en el futuro. Y no se puede demorar, hay que hacerlo cuanto antes, en la noche de bodas, para que no haya lugar a dudas. Los notarios necesitan la sábana pregonera para hacer constar en acta que has acabado con la doncellez de tu esposa. Así pues, cumple con tu deber de varón, de esposo y de rey, ¡y sé delicado con la chiquilla, que bastante sufre ya!

Argaut parpadeó, perplejo. Miró a sus amigos, pero ellos torcieron la vista y no le ayudaron.

—Sea —dijo, de mala gana.

Se abrió paso entre el gentío y soportó las miradas asesinas de las damas de la reina.

Entró en la alcoba y otra vez quedaron los dos solos. La reina continuaba sepultada bajo las mantas y al verlo gimió y dobló las rodillas hasta pegarlas contra su pecho.

—Amada señora mía… —empezó a decir.

—¡No soy vuestra amada!

—Está bien. Esposa mía. Los dos sabemos que tenemos un deber que cumplir. Tal vez no sea lo más grato ni agradable, pero hemos de consumarlo…

—¡Jamás creí que acabaría casada con semejante bestia insensible!

Argaut prosiguió como si no la hubiera oído, en tono razonable y calmoso:

—…Debemos hacer un esfuerzo. Creedme al decir que comprendo vuestros temores…

—¡Es imposible que los comprendáis! ¡Ahora decís mentiras!

—…Pero por el bien de nuestros países debemos hacerlo de una vez por todas. No queda otra opción que relajarse… ¡Relajarse! —explotó al fin—. ¡Relajaos de una vez por todas, demonios!

Ella lo miró con horror indecible. Inspiró, hizo una mueca de asco y asintió.

—Está bien. Me sacrificaré.

Abrió las mantas.

—¡Gracias! —dijo Argaut—. Muchas gracias.

De nuevo tuvieron lugar las maniobras, con los gritos, temblores y

convulsiones de antaño. Y otra vez fue imposible culminar la empresa con éxito. Argaut se levantó de la cama con los cabellos y la barba desordenados y fue hasta la mesita para servirse una copa de vino. Se la bebió de un trago mientras ella continuaba sepultada bajo las mantas. El rey miró la jarra, pensativo. Llenó dos copas y fue hasta el tálamo.

—Esposa, por favor, atendedme.

—¿Qué queréis ahora? —fue el rugido.

—¿Por qué no tomamos una copa? Es un vino excelente. No hace falta que hagamos nada más que charlar de lo que queráis. Podéis contarme vuestros problemas y cuitas si lo deseáis.

—¿No vais a hacerme nada? —preguntó ella—. ¿Seguro?

—Seguro. Tomad esta copa y habladme de lo que os parezca bien.

Ella cogió la copa y la miró cautelosa con sus ojos saltones y húmedos.

—Bebed, bebed… —animó Argaut, y dio ejemplo con un buen sorbo.

Isela entrecerró los ojos y ladeó la cara.

—Queréis embriagarme.

—¡No, por favor! ¡Yo solo quiero escucharos!

—¡Me queréis borracha y sin voluntad para que podáis hacerme cualquier monstruosidad que os plazca! ¿Qué intenciones abominables tenéis?

—¡Ninguna!

—¡No puedo creerlo! ¡Jamás reina alguna ha sido tratada de peor manera!

Argaut le arrancó la copa de la mano y sonrió mordiéndose el labio inferior.

—Olvidadlo. Nada de vino. ¡Al abismo con el vino!

Arrojó las copas hacia atrás y ella gritó.

—Sois un hombre violento… —siseó la reina.

—Ojalá lo fuera. Ojalá… Perdón. Me he comportado como un bellaco. Os pido disculpas. Pero volvamos a intentarlo, ¿queréis? Por vuestro reino. Por vuestra familia.

—Lo haré solo para no disgustar a mi padre.

—¡Buen motivo! En efecto, hay que honrar a los padres. Honrad al vuestro de esta manera.

—¡No oséis mencionar a mi querido padre en esta coyuntura tan sucia!

—Perdón. No he dicho nada.

Ella abrió las mantas y él entró en el tálamo. Se colocó encima y tuvieron lugar, una vez más, los forcejeos de rigor. Argaut cerró los ojos para no ver aquel rostro tenso y sudoroso, bermellón por estar hinchado de sangre, que bufaba y silbaba, y esos ojos enormes. El rey

trajo a su mente imágenes lúbricas de otras mujeres, conocidas durante su vida e incluso urdidas por su imaginación. Los dos gruñeron y resoplaron como toros trabados por la cornamenta, con los tendones del cuello hinchados como cables. Con una especie de balido ella al fin se abrió de piernas, él soltó un mugido y la penetró. La reina empezó a subir y bajar las piernas y a dar vigorosas patadas con los talones en el colchón, acompañadas de gritos que devenían alaridos, y no precisamente de placer. Pero la barrera aún no había sido vencida. Argaut empujó cada vez más fuerte, admirado de aquel virgo indestructible. Bajo él había una boca y unos ojos muy abiertos. Sintió las bolitas de saliva estallando en su cara y reconoció en el aliento los aromas de la cena. El rey continuó moviendo las caderas sobre Su Majestad con el rostro congestionado por algo parecido a la angustia, y por fin la desfloró. Ella crispó la cara en una mueca furiosa, arrugó la nariz como una loba iracunda, formó con las cejas una uve demoniaca y profirió un grito agudo y sostenido, enemigo de los tímpanos. Un granito estalló en la frente y su contenido blancuzco saltó al aire y manchó la cara de Argaut. Al cabo de poco el rey volcó su semilla en la reina, para mayor gloria de la patria.

Se separó de ella y se limpió el sudor de la frente con una mano trémula. Isela Albeir estaba tirada en la cama sobre un costado y no dejaba de sollozar. Argaut se incorporó.

—Isela, debemos levantarnos para retirar la sábana del colchón.

—¿Cómo podéis pensar en eso ahora? Monstruo… Rufián… Saco y costal de iniquidades…

Argaut se levantó y apartó las mantas. Estiró la sábana, buscó la mancha con nerviosismo y emitió un suspiro de alivio al encontrar la evidencia diminuta y rojiza.

—¡Gracias a los dioses! —susurró—. Majestad, levantaos, por favor, que he de llevar la sábana pregonera a los testigos. Ahí fuera hay mucha gente aguardando.

Ella lo miró.

—¡No puedo moverme! ¡Me habéis destrozado! ¡Me duele todo!

Argaut se acercó y la tomó por los hombros con la mayor gentileza posible.

—Vamos, vamos, señora, levantaos, os lo ruego.

—¡No me toquéis, bestia inmunda! ¡Ya me levanto yo sola!

Y así lo hizo, agarrándose las partes pudendas. Fue hasta la mesita con los vinos, llenó dos copas y las engulló de sendos tragos. Argaut la miró boquiabierto y con el ceño fruncido. Luego volvió a la cama y empezó a arrancar a tirones la sábana.

Salió de la alcoba y entregó el bollo de tela a las damas y notarios de ambos reinos.

—¡El matrimonio real ha sido consumado! —anunció.

Todas aquellas personas aplaudieron con alivio y con mucha gravedad. Las mujeres gricurias entraron como un vendaval de faldas para comprobar en el propio cuerpo de la reina que en efecto el virgo estaba roto. También pasó Demayara, con gesto severo. Argaut fue hasta sus amigos y se apoyó en la pared.

—¿Cómo…? —empezó a preguntar Rafucio, pero Argaut levantó una mano para callarlo.

—Que nadie diga nada.

Guardaron silencio.

Las damas salieron y transmitieron su dictamen favorable a los notarios. Abundaban las miradas femeninas que acuchillaban al rey. Cuando todos se hubieron ido él volvió a la alcoba. Isela estaba de nuevo bajo las mantas. Sonaba su llanto quedo, interminable. Argaut experimentó piedad hacia ella, se sentó en la cama y le tocó un hombro.

—Señora, lo siento mucho. Perdonadme si no he sido lo bastante cuidadoso.

—¡Dejadme! ¡No quiero hablar!

—Está bien. Lo comprendo. Ha sido un día complicado y los dos necesitamos descansar. Mañana hablaremos con calma. Seguro que las cosas irán mejor. Sed fuerte.

Argaut se metió en la cama, se arropó y cerró los ojos. Al cabo de poco los abrió al percibir un soniquete:

—Mi destino aciago… Mi destino aciago… Mi destino… Mi destino aciago… Mi destino aciago… Mi destino aciago… Mi destino… Aciago… Mi destino aciago…

Argaut miró a la reina, tumbada de lado y de espaldas a él. Isela no dejaba de murmullar tales frases. El rey levantó las cejas. Decidió que no era momento para pedirle a esta pobre chica que se callara y cerró los ojos de nuevo.

Pero la letanía continuaba:

—Mi destino aciago… Mi destino aciago… Mi destino aciago… Mi destino aciago… Mi destino aciago… Mi destino aciago… Mi destino aciago… Mi destino aciago… Mi destino aciago… Mi destino aciago… Mi destino aciago… Mi destino aciago… Mi destino aciago… Mi destino aciago… Mi destino aciago…

Argaut resopló y dio un par de vueltas sobre la cama. Se cubrió las orejas con la almohada, pero aquella voz baja, que sonaba como una campana en la quietud del cuarto, perforaba sus oídos:

—Mi destino aciago… Mi destino aciago… Mi destino aciago… Mi destino aciago… Mi destino aciago… Mi destino aciago… Mi destino aciago… Mi destino aciago… Mi destino aciago… Mi destino aciago… Mi destino aciago…

—Isela —dijo Argaut—. Esposa. ¿Estáis despierta?

—¿Acaso creéis que puedo dormir después de lo que me habéis hecho? —dijo ella, sin volverse.

—Esposa, ¿qué murmuráis acerca de un destino aciago?

—¡Nada! ¡No os importa!

—Esposa, por favor, deberíais intentar dormir. Sosegaos. No habléis.

—¡No soy vuestra esclava! ¡Puedo hablar si me place!

—Pero es de noche y tenemos que dormir en paz.

—Jamás volveré a dormir en paz.

Argaut cerró los ojos con lentitud. Le dio la espalda y volvió a arroparse.

—Mi destino aciago… Mi destino aciago… Mi destino aciago… Mi destino aciago… Mi destino aciago… Mi destino aciago… Mi destino aciago… Mi destino aciago… Mi destino aciago… Mi destino aciago… Mi destino aciago… Mi destino aciago… Mi destino aciago… Mi des…

—¡Majestad! —explotó Argaut—. ¡Por lo que más queráis, os suplico que calléis! ¡Me estáis volviendo loco!

—¿Y ahora me gritáis, después de todo lo que me habéis hecho?

—Señora, de nuevo os pido perdón, pero yo no…

—¡Nunca os perdonaré! —exclamó ella, y se volvió para mirarlo con el rostro lleno de furia—. ¡Me habéis violado! ¡Me habéis forzado como a una prisionera de guerra!

—¿Qué yo *qué*?

—¡Sois un viejo pervertido!

—Un viejo pervertido.

—¡Y un carcamal lujurioso!

—Un carcamal lujurioso.

—¡No solo habéis pasado por encima de mi doncellez como una alimaña hambrienta, sino que, además, queríais emborracharme para hacerme…! ¡Para hacerme Braladur sabe qué aberraciones! Pero ya me lo habían advertido…

—¿Qué os habían advertido?

—Me habían hablado sobre las costumbres perversas de Brajairi. Pensé que eran exageraciones, ¡pero he tenido oportunidad de comprobar que son ciertas! ¡Y en mis propias carnes! Maltratada, injuriada, insultada, perseguida, ofendida, humillada, emborrachada, violada, mancillada, ultrajada y arrastrada.

—Pero si yo no he…

—¡Que te calles, viejo verde! ¡Se suponía que este sería el día más feliz de mi vida y todos vosotros lo habéis convertido en una pesadilla horrible!

—¿*Todos vosotros*? ¿Pero de quién demonios habláis?

—¡De vuestra corte infecta! ¡De todos vuestros nobles, que se han

reído de mí! ¡Y de esa bruja, vuestra tía, que ha intentado humillarme!

—¿Mi tía? ¡Ella ha sido quien mejor os ha tratado!

—¡Todo falsedad! Y para colmo de males vos me atacáis con salvajismo…, ¡a mí, a vuestra esposa la reina!

Argaut estaba aturdido. Logró responder:

—Estáis muy equivocada, señora. Mañana hablaremos con sosiego y veréis que…

—¡Callaos! ¡No hacéis más que parlotear! ¡Dejadme dormir de una vez por todas!

Se tumbó dándole la espalda y se arropó.

Él se llevó una mano a la frente. Se tumbó de nuevo.

—Mi destino aciago… Mi destino aciago… Mi destino aciago… Mi destino aciago… Mi destino aciago… Mi destino aciago… Mi destino aciago… Mi destino aciago… Mi destino aciago… Mi destino aciago… Mi destino aciago…

—Majestad, ¿os importaría que fuese a dormir fuera de la alcoba?

—¡Haced lo que os plazca, anciano perverso!

Argaut se levantó, se puso unas zapatillas y un capote.

—Nos veremos mañana, Majestad. Espero que entonces estéis más tranquila. Que tengáis dulces sueños.

—¡Y ahora os vais! —bramó Isela—. ¡Dejáis a vuestra esposa sola cuando más os necesita! ¡Sola en tierra extraña! ¿Qué clase de rufián despiadado sois?

Argaut quedó inmóvil, mirándola durante muchos latidos.

—Al carajo. —Abrió la puerta y salió.

Los pasillos estaban vacíos, a excepción de un soldado de la guardia que se inclinó ante él en muestra de respeto. Impaciente, Argaut llegó al cuarto donde pasaban la noche los sirvientes de aquella sección del palacio. Había dos hombres allí; uno dormía y otro estaba despierto y comía una manzana. Este abrió mucho sus ojos, se levantó de un salto y casi adoptó posición de firmes.

—¡Majestad! ¿Deseáis algo?

—No. Descansa. ¿Hay alguna cama libre para mí?

El fámulo lo miró sin entender nada.

—Quiero saber si tienes alguna cama libre para mí en este cuarto.

—Eh… Sí, Majestad, podéis usar la mía mientras estoy de guardia.

—Perfecto. No me despiertes hasta que salga el sol.

—Pero es un catre, Majestad.

—Servirá. —Argaut se tumbó sobre el colchón de paja, se arropó con el capote y suspiró aliviado—. Tú sigue a lo tuyo, buen hombre, y no me molestes.

—Majestad, puedo decirle a mi compañero que se vaya.

—¿Por qué?

—Porque ronca como un jabalí. Tal vez os incomode.

Argaut miró al otro lacayo, aún dormido. En efecto, gruñía y resoplaba igual que un verraco.

—No hay ningún problema.

Argaut cerró los ojos. El lacayo de la manzana quedó mudo de asombro. Al cabo de poco el rey también roncaba.

14

La reina no estaba contenta en la corte de Brajairi. Una y otra vez les recordaba a todos —sobre todo a su marido— la vida feliz que tuvo en su Gricur natal, donde todos siempre se preocuparon por agasajarla y hacerla dichosa, mientras que aquí —sostenía ella— la menospreciaban y se burlaban de ella. En realidad ocurría justo lo contrario: cuanto más intentaban agradarla más la enojaban porque estaba convencida de que solo buscaban su malestar. Tenía un carácter caprichoso y su lengua filosa era de temer, sobre todo cuando sufría arrebatos de ira contra quienes la rodeaban. Cualquier cosa de Brajairi le daba disgusto, ya fuesen alimentos, vestidos, costumbres, el clima e incluso el acento que allí le daban a la lengua antigua. Sobre todo se quejaba de la humildad de la corte brajairia, pues ciertamente la Casa Real Gricuria era más rica y opulenta. Así, le horrorizaba descubrir que los tapices y cortinajes no se cambiaban cada año o que las tachas de las grandes puertas fuesen de hierro y no de bronce. Sostenía que Brajairi *era en todo inferior al maravilloso Gricur* y que los brajairios vagueaban mientras los gricurios trabajaban con diligencia, lo cual explicaba las diferencias económicas. Y aunque alababa la laboriosidad de los suyos, ella no tocaba el telar, no quería aprender a tocar ningún instrumento, ni estudiar, ni hacer nada que no fuera reunirse con sus damas gricurias para malmeter contra el reino adoptivo.

Este comportamiento no le granjeó muchas amistades en la corte; mejor dicho, no le granjeó ni una. Las gentes la toleraban solo por su rango y los sirvientes la obedecían con rostro severo mientras que al rey y a otros muchos hombres y mujeres más amables les servían con gusto. Las nobles huían cuando llegaba ella, acompañada siempre de su cohorte de damas gricurias. Sobre todo se burlaban de su fealdad, único defecto del que la pobre muchacha no era culpable. Ella adivinaba lo que cuchicheaban sus enemigas y eso la mortificaba porque estaba obsesionada con su aspecto, sobre todo con el acné. Probaba mil y una cremas y además se las ponía siempre bajo el sol, en el patio y las terrazas del castillo, lo cual provocaba las risas sofocadas de las otras mujeres de la corte. Ella se daba cuenta y se refocilaba en sus teorías conspirativas.

Isela no dejaba de vilipendiar a su esposo por cualquier cosa que hacía o decía y también por lo que no hacía ni decía. Se mofaba de sus

logros mientras ensalzaba la labor de su querido padre, *mil veces mejor rey que vos*. Durante las primeras semanas Argaut intentó ser comprensivo y recurrió a una templanza que desconocía tener, pero al final la dio por imposible y tomó la decisión de evitarla siempre que pudiera. Ella se daba cuenta y cuando se encontraban, durante las comidas o ciertas audiencias imprescindibles, lo aguijoneaba con sus invectivas. Si él se defendía era mucho peor, pues ella era mucho más hábil y siempre lograba hacerle perder los nervios. Ese era, tal vez, uno de sus pocos goces. Por supuesto, dormían en habitaciones separadas, pero como no quedaba encinta el rey la visitaba tres veces por semana para cumplir sus obligaciones maritales. El espectáculo de la noche de bodas no fue una excepción. Las relaciones íntimas con la reina eran complejas y escandalosas y ella siempre acababa asegurando que era la reina más maltratada de todo Dirtán.

Su desdicha no era fingida. Ya fuera culpa suya o *de todo el maldito Brajairi*, se encerraba en estados melancólicos que duraban horas. Argaut empezó a preguntarse si no sufriría algún tipo de enajenación y le aconsejó visitar a un médico de la corte experto en problemas mentales. La respuesta fue una explosión de insultos y objetos arrojadizos.

Una sola persona era paciente con ella: Demayara Agrate. Su Alteza intentaba animar a la reina con una constancia y una suavidad casi inhumanas. Sin éxito. Pero los intentos de Demayara no eran del todo desinteresados, pues con astucia diabólica Isela soltaba de vez en cuando que iba a escribir a su padre para narrarle sus mil y una humillaciones, y así el rey de Gricur la liberaría del contrato matrimonial que la ataba a *los perversos brajairios*; esto preocupaba a Demayara, que pedía paciencia a Argaut, pues tal vez con el tiempo ella cambiara y se mostrara agradable, o, al menos, soportable. Sobre todo, le advertía que ni se le ocurriera buscarse una amante ni visitar a la señora Nicario.

La ausencia de Queila hería a Argaut y lo peor era saber que ella no vivía a decenas de leguas, sino a menos de dos horas a caballo. Muchas veces estuvo a punto de ir a Vibriosa, pero las cosas estaban tensas con la reina y además se jugaban la alianza, tal vez incluso la paz, con Gricur. A duras penas Isela aceptaba que el rey tuviera ya dos bastardos y que uno de ellos se empezara a educar como un noble en la corte —en eso Argaut no estaba dispuesto a ceder—. Isela no toleraría infidelidades y Argaut no podía poner en riesgo la amistad de Otón VII el Gordo, que adoraba a su hija. Tendría que sacrificar su propia felicidad.

Ahora por fin conocía el precio más amargo del poder. Siempre, incluso en los momentos difíciles, se había sentido orgulloso de ser el rey. Trabajar por el país y sus gentes, por su propia honra y por la

fama de su clan, todo ello daba sentido y finalidad a su vida, le hacía formar parte de algo superior. Pero ahora añoraba muchísimo a Queila y recordaba lo felices que fueron juntos. Si al menos su mujer fuera dulce, o culta, o simplemente tratable, tal vez pudiera olvidarla. Además, tampoco podía probar a otras y no habría ningún segundo clavo que sacara al primero, tan hundido en la madera de su corazón. El carácter se le estaba agriando y empezaba a aborrecer su vida y condición de rey. La existencia se le presentaba como una sucesión ilimitada de días oscuros junto a una arpía insoportable.

Sus únicas satisfacciones eran sus hijos Brelán y Raulia. El niño era un mocito alegre que iba a menudo al Palacio Real para recibir allí su educación de noble caballero: equitación, esgrima, táctica y estrategia; pero Argaut quiso que aprendiera también historia, cálculo, geometría y otras disciplinas elevadas. Como su padre, Brelán aprendió enseguida a leer y escribir y además era un líder natural al que los otros chiquillos seguían. Sobre todo se llevaba bien con los hijos de Rafucio, unos pillos redomados que no paraban de hacer travesuras. Argaut frecuentaba a su hijo y hablaba con él sobre su madre; todos en la corte sabían que el rey había abandonado a la señora Nicario y que ya la visitaban los pretendientes. Esto volvía loco de celos a Argaut, pero le consolaba saber que ella aún no había aceptado a ninguno. La pequeña Raulia era una miniatura de su madre, una muñequita que empezaba a caminar y hablar. Argaut se deshacía de alegría al verla y entonces jugaba con la chiquilla sin que le importaran el país ni Dirtán entero. Pero aunque veía a sus hijos a menudo, no los separó de su madre. Queila le escribió una carta agradeciéndoselo, en un tono cortés…, y nada más. Reprimiéndose, Argaut se esforzó para que su respuesta fuera formal y concisa y no dejara traslucir lo que aún sentía por ella. Tenía que extirparla de su corazón y su mente de una vez por todas.

Dos meses después de la boda llegó la noticia feliz: la reina estaba preñada. Quienes esperaron que la maternidad suavizara su carácter comprendieron su error, pues Isela se volvió aún más intratable y sus quejas quedaron teñidas de angustia por su vida y por la del niño. En lugar de hacer caso a los doctores se abismaba en manías incomprensibles —exigió que la tratara un médico gricurio, no brajairio—; volvía locos a los cocineros con sus cambios continuos de dieta, sufría rabietas sin cuento y multiplicaba sus extremos melancólicos, en los cuales siempre se lamentaba de su *destino aciago*… Al rey ya no le cabía duda de que su esposa sufría un trastorno emocional y volvió a recomendarle que visitara a un experto, pero ella le respondió con tal furia que Argaut desistió.

Y si la preñez regia discurría por sus cauces normales, también lo hacían los asuntos del reino. La edad no perdonaba, así que Gregar

Farica abandonó el cargo y le dio el relevo a Liyoba. La nueva tesorera y secretaria trabajaba con su estilo propio, pero no le iba a la zaga a su maestro en diligencia y eficacia. Su mayor triunfo fueron las Hermandades de Justicia. Al año de su aprobación en Cortes ya funcionaban en todo el país —excepto en el Señorío Ertalce, claro—. Tuvieron un éxito espectacular, pues no solo no faltaron voluntarios, sino que incluso sobraron; los campesinos, los burgueses, los obreros…, el vulgo en general estaba dispuesto a sufragar las armas y caballos y hubo que aumentar el número de instructores del ejército para adiestrar en las armas a tantos solicitantes. Todos ellos juraron lealtad personal al rey, personificado en una bandera. Las cuadrillas atacaron con energía a los bandidos y malhechores que durante años habían asaltado a los viajeros y habían violentado propiedades y personas, siempre intocables porque la ley nunca permitió a los humildes defenderse. Ahora estos devolvían el golpe, con una eficacia brutal. En sus asaltos a los cubiles de los delincuentes no hacían prisioneros, pues el pueblo llano desconoce la paciencia con el criminal. No pocos cuadrilleros murieron en las refriegas, emboscadas y detenciones, pero la mayoría se impusieron no solo por su determinación, sino porque, además, estaban a la sombra del rey. Los escribientes no daban abasto para documentar cada acción y ajustarla a derecho. Hubo pocas injusticias y los cuadrilleros que se vengaron de los vecinos a los que odiaban recibieron un castigo letal. A principios de la primavera del 1590 la criminalidad del país había descendido casi hasta la mitad y seguía bajando. En los señoríos la Corona advirtió a los nobles que no impidieran ni estorbaran el trabajo de las Hermandades. Aquello escoció a los aristócratas, pero hubieron de consentir. A la impotencia se le sumó el bochorno, porque los cuadrilleros hacían el trabajo que ellos no habían hecho. Ahora se veía a las claras que a los nobles se les daba una higa las personas corrientes que en teoría debían proteger y que solo les importaba medrar en sus castillos. Cayó el mito de que solo los caballeros podían mantener el orden. El vulgo también podía organizarse.

Todo esto supuso un clavo más en el ataúd del viejo orden y un síntoma de que los tiempos marchaban hacia otra organización de los Estados. Tal cosa entristecía a gentes como Guarner Injeca, que veía cernirse sobre el mundo una época tenebrosa, carente de códigos y de honor. A pesar de su edad avanzada aún era mayordomo del rey y Argaut lo conservaba en el Consejo no por simpatía o nepotismo, sino porque deseaba tener cerca a personas de la vieja guardia, como también lo era su tía Demayara, para contrapesar a defensores de los cambios, como Sofredo Eñanca o Liyoba Farica. Argaut sabía que sería tan desastroso anclarse en el pasado como hacer del futuro un caballo sin freno. Les necesitaba a todos.

Liyoba Farica había empezado con buen pie en el Consejo Real, pero en lo personal su vida era más desordenada. En la corte todos sabían ya de sus amoríos con el señor Rafucio Injeca, pues tales cosas no se pueden ocultar por siempre. Sundina Erejna estaba acostumbrada a las infidelidades de su marido, pero sufrió aún más al ver que ahora se la humillaba con una dama de la nobleza. Osó echárselo en cara y él le respondió que se ocupara de sus propios asuntos. Había sido educada para aguantarlo todo, así que calló y consintió. El esposo de Liyoba se llamaba Andano Alois y pertenecía a una próspera Casa del centro del país. Fue un matrimonio de conveniencia, pero los cónyuges se llevaban bien y tuvieron dos hijos. Andano era alto y rechoncho, un hombre amable y pacífico al que todos querían, un amante de la buena cocina, la buena conversación y los buenos libros. Liyoba no atendió a sus quejas, órdenes, peticiones y súplicas y siguió viéndose con su amante. Un duelo contra Rafucio Injeca hubiera sido un suicidio, así que Andano Alois ahogaba su vergüenza en alcohol. Tampoco Liyoba era feliz, pues se sentía culpable y avergonzada de lo que le hacía a su esposo y de la imagen que estaba dando ante los demás. Para colmo de males, Rafucio no era hombre de una sola mujer y ella sufría unos celos enloquecedores al saber que a menudo pasaba la noche con mancebas y entretenidas, en esas juergas nauseabundas que le gustaba correrse con los amigotes. Varias veces había intentado ella romper con él y casi lo había conseguido, pero Rafucio la perseguía, la acorralaba, no la dejaba en paz y ella terminaba por rendirse de nuevo en sus brazos. Esta pasión era como una droga porque tras el éxtasis llegaban el cansancio y la suciedad. Llegó a suplicarle que la abandonara, pero él no tenía ninguna compasión por sus sentimientos, y eso a ella en el fondo le gustaba, de una forma tan inexplicable como vergonzosa. Por supuesto, no permitían que su relación privada enturbiara la pública y ni sus compañeros del Consejo ni el rey tocaban el tema. De hecho, Liyoba era competente casi hasta la obsesión, como si así pudiera limpiar la mancha de su vida íntima.

Una mañana, estando Rafucio con su pandilla de amigos, entre ellos su lugarteniente Galvero, ocurrió algo extraño. Se encontraban en un patio secundario del Palacio Real, adiestrándose con la espada. Los aceros embotados brillaban bajo el sol de la primavera y los hombres llevaban coseletes, cascos y brazales de protección para no matarse unos a otros, pero se tomaban el ejercicio en serio y menudeaban los moretones y cardenales. El eco daba una resonancia imponente a los chasquidos del metal.

Uno de los contendientes se detuvo y su pareja en el combate le imitó.

—Mirad —dijo.

Todos se volvieron hacia el individuo que acababa de entrar en el patio. Agarraba a dos manos una espada cuya vaina, sujeta a un correaje flojo, arrastraba por el suelo. Vestía ropas lujosas, pero sucias. Se tambaleaba y hacía eses al andar. Tenía las mejillas y la nariz rojas y los ojos inyectados en sangre. Con brazos temblorosos apuntó la espada hacia los hombres del patio; señalaba a uno en concreto: Rafucio Injeca. Los demás se apartaron de él.

—Señor Alois —dijo Rafucio, con la espada en una mano, el rostro encarnado y brillante de sudor y el pelo húmedo y caótico—. ¿Qué hacéis aquí?

—¡Vos! —tronó Andano Alois, señalándole aún con la espada. Bajó el arma un poco, pero la levantó de nuevo—. ¡Vos sois…! ¡Sois un canalla!

Impasible, Rafucio clavó sus ojos en él. En el silencio sepulcral estalló el graznido de un pájaro de las alturas y se oyó su aleteo. Andano dejó caer la espada y sonó el chasquido del acero contra el empedrado.

—¡Vos habéis…! Habéis deshonrado… a mi mujer… A la noble… y excelsa… señora… Farica. —Se llevó una mano al pecho en un gesto patético de furia y dolor—. ¡Me habéis deshonrado! —Levantó la barbilla y su rostro se dignificó con la seriedad majestuosa de los borrachos—. Exijo una retribución. Quiero limpiar mi honor. Demando justicia.

—Señor Alois —dijo Rafucio, hablando con lentitud—. Os ruego que os serenéis y volváis a vuestra casa.

—¡Justicia! —bramó Alois. El rostro se le contrajo en un sollozo, pero se controló para no llorar—. ¡Me habéis deshonrado y exijo justicia! ¡Debéis batiros conmigo! ¡En duelo de honor!

Los ojos de Rafucio se endurecieron aún más.

—Señor Alois, os aconsejo que os marchéis. Aún estáis a tiempo.

—¿Es que yo no puedo tener honor? ¿Es que no tengo…? —Parpadeó, agarró la espada como si fuera una maza y echó a andar, tambaleándose, hacia Rafucio—. ¡Vamos, pelead conmigo! ¡Ahora! ¡Luchad!

Rafucio levantó un poco la espada para interponerla entre ambos y retrocedió un par de pasos.

—Bajad el arma, señor Alois.

—¡Vamos a luchar! —vociferó Andano, sin dejar de perseguirlo. Rafucio se limitaba a rehuirle caminando, sin perderle jamás la cara e interponiendo siempre su espada entre los dos—. ¡No huyáis, cobarde! ¡Luchad!

Uno de los observadores soltó una carcajada.

Andano profirió un alarido, cargó como un toro y soltó un martillazo con la espada que Rafucio no tuvo dificultades para

esquivar. Andano perdió el equilibrio por culpa de la inercia, giró y casi cayó al suelo. Sonó otra risotada entre el público.

—No sigáis por este camino, señor Alois —advirtió Rafucio, con la mirada cada vez más tenebrosa—. Soltad el arma.

Andano bufaba y resollaba, pues no estaba acostumbrado a los esfuerzos físicos. Además, el alcohol lo había mareado.

—No… Luchad… ¡Luchad!

Rafucio lo esquivó un par de veces, sin esfuerzo. El gracioso del grupo reía ya a carcajada limpia. Era el único. Andano mugió y cargó con la espada en ristre para ensartar de una vez por todas a su contrincante. Rafucio endureció el rostro. Desvió el arma en un movimiento de revés y cuando Andano se le pegó le puso la zancadilla. El hombre se estrelló contra el suelo y perdió la espada. Las carcajadas se transformaron en alaridos de burla.

—¡Silencio! —ladró Rafucio.

El gracioso obedeció.

Rafucio se acercó al caído y lo miró desde arriba.

—Ahora… —gimió Andano—. Me mataréis. Por fin.

—No digáis tonterías. Poneos en pie.

Tiró la espada, se agachó y lo agarró por la espalda y un brazo. Consiguió levantarlo. Alois se dejó llevar, arrastrando los pies, hasta una mesa cercana.

—Sentaos ahí. En el banco.

Alois lo miró con ojos miserables y obedeció. Sus hombros subían y bajaban al ritmo de sus sollozos.

—Controlaos —dijo Rafucio—. Miradme.

Alois levantó la cabeza y se limpió los mocos y las lágrimas.

—Vos… Vos me… habéis… deshonrado.

Rafucio suspiró con disgusto.

—Sois un hombre inteligente, señor Alois, así que dejaos de esas memeces del honor y los códigos. Son para los idiotas. La vida es corta y bella. Disfrutadla. Tomad lo que podáis y el resto dejadlo pasar. Y un último consejo: aprended a beber con medida.

Alois lo miró frunciendo el ceño, con una expresión de asombro estrangulado. Sus ojos se movieron de un lado a otro con angustia.

—Yo… Yo no sé… Yo…

Rafucio se acuclilló para acercarle la cara.

—Por lo que a mí respecta vos no habéis estado nunca aquí. No ha ocurrido nada. Nadie lo sabrá. —Clavó sus ojos en él—. Nunca volváis a buscarme.

Alois lo contempló durante algún tiempo y luego asintió, derrotado, avergonzado y aliviado.

Rafucio se puso en pie, se metió dos dedos en la boca y silbó.

—¡Mozo! ¡Lleva al señor Alois a que se refresque y luego

acompáñalo a su casa!

El lacayo llegó corriendo y ayudó a Andano Alois a levantarse. Rafucio los siguió con la mirada hasta que desaparecieron de vista.

Se volvió hacia sus hombres.

—¿Quién de vosotros era el que reía?

—¡Yo, mi señor! ¡Fue muy divertido ver cómo tratabais al cornudo! ¡Le disteis una buena lección a ese desgraciado!

—Ven aquí.

—Sí, mi señor. ¿Qué queréis?

Rafucio le asestó una patada en los genitales. Cuando el hombre se dobló en dos, con la boca y los ojos muy abiertos, lo agarró con las dos manos del pelo, atrajo su cabeza hacia él y le incrustó la rodilla en el centro de la cara. No le permitió caer al suelo, sino que le cogió del cuello y alzó el rostro chorreante de sangre hasta la altura de sus propios ojos.

—Esto ha sido un aviso. La próxima vez que te burles de ese hombre te mato.

Lo arrojó a un lado y el tipo quedó en el suelo, en posición fetal.

—Y eso también vale para todos vosotros, gañanes —advirtió Rafucio—. Por hoy se acabó la esgrima. Vamos a echar unos tragos.

Echó a andar y ellos cogieron sus armas y le siguieron. El hombre golpeado levantó una mano temblorosa.

—Socorro… —sollozó en voz baja y aguda—. Socorro…

—Tú te quedas ahí, por bocazas —le respondió Galvero, mientras se iba con los demás.

El hombre del suelo gemía y se retorcía en el patio vacío. El pájaro volvió a graznar.

15

Fue un verano ardiente. El sol empujaba hacia abajo las cabezas, doblegaba el cuello sudoroso y hundía la barbilla en el pecho. No había ganas de trabajar y en las horas del bochorno casi nadie hablaba. El calor tornaba hosco y malhumorado el carácter. Solo las chicharras cantaban con alegría. En un país tan frío como Brajairi, donde sus habitantes gruñían al invierno, ahora se echaba de menos la racha de aire fresco y la lluvia. Cualquier cosa era mejor que esta canícula de los mil demonios.

La reina no llevaba bien el embarazo y se quejaba mucho, aunque esta vez con motivos, pues su cuerpo era débil y el calor lo empeoraba todo. Sudaba a todas horas, siempre estaba agotada y sufría sofocos y mareos. Otras mujeres lo habrían soportado con entereza, pero ella siempre durmió en colchones de seda y nunca había probado los jergones ásperos de la vida. Nadie le había enseñado a ser dura.

Una tarde se oyeron sus gritos desgarrados y sus damas de compañía y el médico gricurio corrieron a atenderla. Hallaron a la reina sentada en el tálamo, con la mirada horrorizada clavada en la mancha que enrojecía su camisón y las sábanas.

Horas más tarde se abrieron las puertas de la alcoba y el rey casi corrió hacia su tía Demayara, que salía junto a una dama gricuria y el médico.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Argaut, más blanco que la leche.

—Majestad —dijo el médico—, vuestra esposa se encuentra fuera de peligro.

—¡Gracias sean dadas a los dioses! —exclamó Argaut. El alivio se le fue de la cara al ver los ojos bajos de su tía y el rostro sepulcral del médico—. ¿Y mi hijo?

El médico negó con la cabeza, despacio.

—Fue un aborto natural. No se pudo hacer otra cosa que extraer al niño y salvar a la madre.

Argaut quedó inmóvil, sin poder entender lo que le habían dicho o más bien sin querer entenderlo. Sintió un golpe helado en el fondo del pecho y casi bajó la vista para comprobar que nadie le había hundido allí una daga.

—¿Cómo se encuentra ella? —preguntó, ronco.

—Su Majestad está débil por todos los esfuerzos que ha debido hacer y sobre todo por la hemorragia, que gracias a Braladur pudimos

cortar a tiempo.

—¿Puedo verla?

—Sí, pero hay que tratarla con dulzura. Tiene que recuperarse.

Argaut casi los empujó y entró en la alcoba. Sus ojos se abrieron mucho al ver en una cesta de mimbre de una mesa un bulto envuelto en lienzos, del tamaño de un melón. Argaut hizo un esfuerzo y apartó la vista. Su esposa estaba en la cama, cubierta por sábanas ligeras debido al calor espantoso. Una mujer le daba aire con un abanico. La palidez de Isela daba espanto. Su delgadez habitual era hoy tan extrema que parecía una calavera recubierta de pellejo. Pero lo más impactante era la desolación que toda ella rezumaba, como si la tristeza y la resignación se hubieran cosificado en su cuerpo frágil. Argaut se sentó en la cama y tomó la mano pequeña entre sus dedos.

—Majestad. Esposa mía.

Las pupilas de ella se movieron hacia él.

—Estáis aquí —dijo, con voz casi ininteligible.

—Os recuperaréis. Descansad y fortaleceos. Todos nos alegramos de que estéis bien.

—Pero mi hijo… —Se le arrugó la cara, mas no lloró. Estaba demasiado cansada incluso para eso.

—No os atormentéis. Tendremos otros niños que os harán olvidar este momento. Ahora lo importante es que hagáis caso al médico y que pongáis todo de vuestra parte para recuperaros. Vuestro país y el mío os necesitan. Yo os necesito.

Ella le apretó con sus dedos. Luego los dejó flojos.

—Todo es inútil.

—Por Braladur, no digáis eso. No penséis ahora más que en recobrar la salud y la fortaleza.

—Es mi destino aciago. Empieza a cumplirse.

Argaut quiso buscar algo apropiado que decir, pero las palabras se le agarrotaron en la garganta.

—Por favor —dijo ella—, dejadme ahora.

—Muy bien. Descansad y reponeos, os lo ruego.

Le besó la mano y se fue. Cuando Argaut salió recibió una cascada de pésames que escuchó con la mente entumecida. Encontró a Etgula.

—Lo siento muchísimo, Majestad.

—Gracias. Hay que enviarle a mi suegro el rey de Gricur un mensajero con estas malas nuevas, a la mayor brevedad. Tiene derecho a saberlas. Escribid la misiva en mi nombre y firmad con mi sello. Yo ahora no tengo ánimo para redactarla.

—Por supuesto, Majestad.

El rey se marchó cabizbajo por el pasillo, hacia sus propios aposentos.

La reina se recuperó físicamente, pero su carácter quedó dañado. Aquellos extremos morbosos de antes se convirtieron en la normalidad. Pasaba las horas callada y solo respondía con frases breves y lapidarias a quienes intentaban conversar con ella. Cuando hablaba pocos lograban aguantar su parla porque sus temas favoritos eran la muerte, la fatalidad, la desdicha y la ausencia de sentido de la vida humana. Ya no insultaba, no sufría arrebatos caprichosos ni se quejaba de todo, pero ahora les parecía incluso peor porque de un modo extraño ella parecía arrancarles las energías a quienes intentaban consolarla, y ellos acababan también deprimidos. Se había convertido en una especie de vampiro que no les chupaba la sangre, sino la esperanza y la ilusión. Su mirada triste desintegraba las sonrisas. Nadie podía culparla de nada tras perder a un hijo, pero aquella melancolía era tan mórbida que debía achacarse sin duda a su propia naturaleza desordenada. Argaut intentó animarla de mil maneras y ella le respondía con el silencio o con mensajes cargados de negatividad. El rey se sorprendió deseando que ella volviera a ser la de antes, pues así al menos uno la odiaba, pero no la compadecía. Ahora era imposible no sentir ambas cosas. No solo se sentía asfixiado y pesaroso cuando ella estaba presente, sino también cuando no lo estaba. Argaut empezó a tener pensamientos rarísimos; por ejemplo, imaginaba que el espíritu fatalista de la reina emergía por los poros e impregnaba todo el palacio, de tal modo que allí nadie podría volver a ser feliz. Y menos, él.

Pero un mes después del aborto natural de la reina llegaron nuevas que lo trastocaron todo.

—Majestad —anunció Etgula en el Consejo—, se trata de las Hermandades de Justicia, en concreto las que actúan en el Señorío de Culdra.

—Decid.

—Ha muerto una partida entera de cuadrilleros.

—¿Murieron peleando contra los bandidos?

—No. Algo mucho peor. Los hizo colgar el señor de ese feudo.

Los ojos de Argaut se tornaron duros y lúgubres.

—¿Cómo han osado? —exclamó Liyoba—. ¡Las Hermandades han jurado lealtad directa al rey! ¡Atacarlas es como atacar al propio rey!

—Además —intervino Demayara—, si los cuadrilleros hubieran cometido alguna tropelía deberían haber sido detenidos y juzgados, pero al parecer no ha habido proceso legal, o al menos la Corona no ha tenido conocimiento de él, ¿verdad, señor Etgula?

—Verdad, Alteza. Esto ha sido arbitrario y para nada sujeto a derecho o norma. El justicia real ha sabido estas cosas solo porque se

las contaron los vecinos. Entonces, nos envió un mensajero para darnos cuenta de todo.

—¿Quién manda en Culdra? —preguntó Argaut.

—El señor Agasto Pellar —respondió Etgula.

Rafucio hizo un gesto de extrañeza.

—Los Pellar nunca han dado problemas. No se unieron a los nobles traidores de la rebelión del setenta y cinco, ni tampoco la del setenta y nueve. ¿Se ha vuelto loco ese hombre para desafiarnos ahora?

—Hay cierta explicación —dijo Etgula.

—Contadlo todo —ordenó el rey.

—El justicia de Culdra nos refiere que, al parecer, los cuadrilleros mataron al hijo de Agasto Pellar.

Hubo silencio.

—Eso explicaría la furia de ese hombre —contestó el rey—. No legitima que hiciera ahorcar él mismo a los asesinos de su hijo, pasando por encima de las leyes, pero resulta comprensible. Y creo que también es perdonable.

Liyoba apretó los labios, contrariada. Cuando se supiera que las Hermandades habían asesinado al hijo de un noble su aceptación en todo el país resultaría difícil.

—Hay más en todo esto —dijo Etgula—. Al parecer, y siempre según la versión de los lugareños, el hijo del señor Pellar estaba asaltando por la fuerza una granja, ayudado por otros hombres armados. Habían matado a un hombre y estaban agrediendo a las mujeres.

—¡Eso lo explica todo! —exclamó Liyoba—. Las gentes llamaron a las cuadrillas en cuanto empezaron los hechos, se personaron con rapidez y se enfrentaron a los criminales. Porque son criminales, pertenezcan o no a la nobleza.

Eñanca dijo con aire resignado:

—Por desgracia, este tipo de cosas han sucedido desde tiempo inmemorial. Son las tropelías que los poderosos cometen con los débiles.

—No solo en Brajairi —intervino Guarner, ceñudo. Se encogió de hombros—. Es triste, pero a veces ocurre.

—No aquí ni mientras yo gobierne —repuso Argaut—. No hemos pasado por guerras sin cuento contra los nobles y no nos ha costado sangre y sudor atarlos con correa corta para que ahora vuelvan a hacer lo que les dé la gana con mis súbditos. Y no pongo en la cuenta el ahorcamiento de mis servidores juramentados.

—No olvidéis que el señor de Culdra también es servidor juramentado vuestro —dijo Guarner—. Y además, los cuadrilleros mataron a su hijo.

—Lo mataron como a un criminal porque se comportó como un

criminal —repuso Liyoba.

—No nos dejemos llevar por los nervios. —Guarner levantó una mano—. Estamos hablando del asesinato del hijo de un noble a manos de unos villanos. Hay que tratar estas cosas con calma.

—Lo que debe hacerse es aplicarle un castigo ejemplar al señor de Culdra. —Liyoba miró al rey—. Majestad, si dejamos que un noble pase por encima de las Hermandades el resto también lo harán y entonces será imposible impartir justicia en los señoríos.

—La justicia de las cuadrillas ha de impartirse sobre el vulgo, señora Farica —insistió Guarner—. Es el propio rey quien debe controlar a los aristócratas, y nadie más. Lo que vos proponéis los rebajaría demasiado.

—¿Y esos campesinos muertos y sus mujeres ultrajadas? ¿Acaso no los han rebajado ya suficiente?

—¡Por favor, señora Farica, abandonad la demagogia! —protestó Guarner, dando una palmada fortísima en la mesa—. ¡No podéis cambiar el mundo en dos días! ¡Las cosas son como son!

Ella lo miró durante muchos latidos. Se volvió hacia el rey.

—Majestad, no es esto lo que se había convenido al aprobar el proyecto en Cortes. Es el momento de demostrar con quién está la Corona: con las Hermandades o con los nobles.

—¡Otra vez lo reducís todo a una disyuntiva absurda! —bramó Guarner—. ¡No es todo tan sencillo, por el Padre!

—Teneos los dos —dijo el rey—. En primer lugar, conocemos una sola versión de los hechos. Antes de decidir hay que escuchar a todas las partes, incluido Pellar. Se promoverá una investigación para esclarecer qué demonios ha pasado.

—Habláis con acierto, Majestad —repuso Guarner—. Debemos oír a ese pobre hombre que ha perdido a su hijo.

Liyoba apretó los labios para controlarse.

—Ahora bien —prosiguió Argaut—, si se descubre que la versión de esa carta es cierta significará que los cuadrilleros cumplieron con su labor y que por tanto su ahorcamiento no solo fue ilegal, sino también injusto. Pellar tendrá que pagar por ello.

—Claro, Majestad —repuso Guarner, conciliador—. De ser así estoy seguro de que ese señor estará dispuesto a pediros disculpas. También puede ofrecer una compensación monetaria a las familias de los cuadrilleros muertos. Eso lo solucionaría todo.

—No —contestó el rey—. Si ese hombre mató a mis servidores injustamente lo despojaré de todas sus tierras y tendrá suerte si no acaba colgado en el patíbulo.

—Majestad —dijo Guarner con dureza—, eso sería un error lamentable por vuestra parte.

—Os recuerdo, señor Injeca, que soy vuestro rey y que haríais bien

no solo en acatar mis decisiones, sino también en respetarlas.

Guarner lo miró con severidad durante muchos latidos.

—Jamás he dejado de hacer eso.

—Lo sé, y por ello tengo la máxima confianza en vos. —Clavó con más fuerza la mirada en su tío, que al final bajó la vista y asintió con respeto malhumorado—. Alteza, dama y señores del Consejo, es mi deseo que la investigación empiece cuanto antes. Yo mismo viajaré a Culdra para presidirla.

Lo miraron con sorpresa.

—El rey se personará en el lugar de los hechos para que la resolución no se demore —continuó—. De este modo Brajairi entero sabrá que, sea culpable el cuadrillero o el señor, las Hermandades son asunto importante. Señor Fantiño, quiero que preparéis una hueste armada y que contactéis con los cuarteles del Ejército Real más cercanos a Culdra, por si Pellar da problemas.

—En menos de tres días podréis salir de Longaza con una mesnada tan fuerte que ningún noble levantisco lograría venceros, Majestad.

—Muy bien.

—Majestad —intervino Guarner—, el señor de Culdra podría ofenderse si acudís de tal guisa a sus tierras, sobre todo teniendo en cuenta la reciente pérdida de su hijo.

—Esas tierras son mías y por tanto puedo personarme en ellas cuando quiera y como quiera. No entiendo por qué un buen vasallo ha de ofenderse cuando su señor lo visita.

Guarner no respondió.

—Así pues —dijo el rey—, concretemos los aspectos técnicos de este asunto y después pasaremos al siguiente del orden del día.

16

Acompañado de una muchedumbre de soldados y magos de la Fuente, el rey salió de Longaza en dirección este y cruzó el Lexán. Más parecía aquello una invasión que la visita del monarca a uno de sus vasallos, pero el pasado le había demostrado a Argaut que los excesos de confianza con los nobles podían pagarse caros. Además, estaba dispuesto a impartir justicia cayera quien cayese y por tanto necesitaba de un brazo fuerte para aplicar la ley. No debiera ser, por tanto, un viaje agradable, pero Argaut lo disfrutaba. Al fin había salido de la corte agobiante, de la atmósfera pesimista que lo rodeaba todo desde la muerte de su hijo nonato. Hacía mucho que no salía de la capital y otra vez disfrutaba del ejercicio físico del viaje, que cansaba y fortalecía y permitía dormir sin preocupaciones, y del contacto con gentes rudas y sencillas que no hablaban con dobles ni triples sentidos y ante las cuales no debía fingir ni estar en guardia. Estaba harto de la política palaciega, sus intrigas y los innumerables problemas en las reuniones del Consejo. Ahora disfrutaba del aire fresco y limpio, los bosques oscuros, las lenguas de agua de los ríos, los roquedales, los montes, la noche al raso y la magia de las fogatas bajo el manto de estrellas. También le aliviaba saberse lejos de Vibriosa y de la mujer que aún amaba, el otro núcleo emisor de fuerzas que tironeaban de él. Llegó a preguntarse si su decisión súbita de impartir justicia él mismo obedecía a una necesidad real o a sus ganas de escapar de la corte por un tiempo. No lo sabía, pero tampoco indagaba, pues estaba cansado de introspecciones fatigosas. Junto a Fantiño y sus soldados, se limitaba a ser.

Cuando llegaron a las tierras de Culdra les salió al paso una comitiva enviada por el propio señor feudal. El heraldo le comunicó que Pellar invitaba al rey a pernoctar en su castillo para así arreglar el malentendido de los cuadrilleros que *asesinaron vilmente a su hijo*. Argaut respondió que se alojaría no en el castillo, sino en el burgo que era capital de la zona. Envió al concejo de la ciudad la orden de que le buscaran un alojo adecuado y también advirtió a las gentes de Pellar que quería verlo a la mañana siguiente en el propio concejo, donde se reunirían todas las personas relacionadas con la investigación.

El rey durmió en el palacio del concejo de la ciudad, el edificio más lujoso de la urbe. Sus escribientes y abogados ya se habían puesto en contacto con todos los testigos, con los propios letrados de la zona

y sobre todo con el justicia del rey en Culdra.

El proceso empezó a la mañana siguiente, pero sin Agasto Pellar. Enviaba a su secretario, que le expresó el pesar de su señor por todo este aparato legal innecesario. Pellar volvía a invitar al rey a su castillo, donde lo resolverían ambos como buenos vasallo y señor que eran. El rostro de Argaut se endureció de un modo que conocían bien sus cercanos, pero no los otros, pues de otra manera no hubieran insistido en llevarle la contraria. El rey advirtió que si Agasto Pellar no se presentaba allí mismo en menos de tres horas se vería obligado a ordenar que lo detuvieran y lo trajeran de malos modos, y añadió que si tan buen vasallo era de su señor no tendría ningún inconveniente en venir a verlo donde este quisiera. Tal cosa le ahorraría tener que expugnar la fortaleza. Los enviados palidecieron y se marcharon de vuelta al castillo.

No fueron tres horas, sino cuatro, y cuando Argaut estaba ya a punto de llamar al general Fantiño se presentó en el palacio del concejo el propio Agasto Pellar. Altivo y dominante, dio la bienvenida al rey a sus tierras y reafirmó su lealtad a la Corona. Argaut se lo agradeció y dio orden de que por fin empezara el proceso.

—¿Pero qué proceso? —preguntó Pellar, confundido—. Majestad, creía que íbamos a hablar vos y yo de este asunto, en algún lugar privado, con un buen vino por medio, y no en este salón, con toda esta gente.

—Es una investigación legal y todo quedará recogido en actas. Escucharé a los testigos y las partes implicadas, incluido vos, señor Pellar, y después, como juez supremo del país, tomaré la decisión que corresponda.

—No entiendo nada, Majestad. ¿Qué testigos? ¡No hay nada que testificar! ¡Mi hijo fue asesinado y yo lo vengué! Comprendo que queráis indagar porque los asesinos pertenecían a ese nuevo cuerpo de milicianos que habéis creado hace poco, pero una vez que os deis cuenta de su perfidia no habrá más que indagar.

—Indagaremos. Y si es como vos aseguráis no tendréis nada que temer.

—¿Temer? —Pellar casi se echó a reír—. ¿Temerle a quién? ¿Y por qué?

—Temer a la justicia del rey, si es que habéis ahorcado de modo injusto a mis servidores.

Pellar lo miró con fijeza. Su rostro se endureció y entrecerró los ojos.

—Un momento, Majestad. No sé qué os habrán contado ese hatajo de palurdos mentirosos —señaló a algunos lugareños, que esperaban en un rincón de la sala y lo miraban con temor—, pero yo afirmo que aquí no ha habido injusticia ninguna. Puede que los villanos quieran

controlarse entre sí y que se maten a palos por una oveja o una reyerta vecinal, pero no pueden tocar a los nobles. —Su rostro se crispó de ira —. ¡Y mucho menos a mi hijo!

—A todos mis vasallos de los señoríos se les hicieron llegar las normas que atañían a las Hermandades de Justicia. ¿No os llegaron a vos, señor Pellar?

—Sí, me llegaron esas ordenanzas, pero no tenía tiempo de leerlas, Majestad.

—Deberíais haberlas leído con atención porque en ellas se decía que los nobles tenían que dejar actuar con libertad a las Hermandades para poner orden en sus feudos. Y que en caso de conflicto, los nobles deberían apelar al rey, que sería siempre quien tendría la última palabra.

—¡Pero era mi hijo! ¡Esos canallas lo asesinaron!

—Siento muchísimo lo que le ocurrió a vuestro hijo y os compadezco, pues yo también soy padre, pero sois un caballero y un buen vasallo y deberíais haberos limitado a encarcelar a los cuadrilleros, dar parte al rey y que fuera yo quien los castigara. No vos.

Pellar abrió mucho los ojos, incrédulo.

—Además —prosiguió Argaut—, hay que esclarecer ciertos hechos. Según algunos testigos vuestro hijo había matado a un hombre y estaba agrediendo a unas mujeres cuando ocurrió todo.

—¿Os referís a los palurdos? Sí, parece que fue así. ¿Y qué?

Esta vez fue Argaut quien quedó atónito. Apoyó las manos en los brazos de la butaca, adelantó la cabeza y frunció el ceño.

—¿Estáis afirmando que vuestro hijo cometía tales actos cuando lo mataron?

—Mi hijo era un mozo impulsivo y cuando salía con sus amigos al campo perdía los estribos y… Bien, a veces ocurren estas cosas; ya sabéis cómo son los jóvenes cuando no hay una guerra en la que echar el exceso de energía. No me siento orgulloso de muchos de sus actos, pero en el fondo no era un mal chico. Después de hacer tales cosas, él compensaba y pagaba a sus víctimas. —Levantó el índice—. Y yo le amonestaba con severidad. Pero solo eran travesuras.

Argaut se echó hacia atrás sin separar ni un momento la mirada del noble.

—Por tanto, no era la primera vez que vuestro hijo cometía ese tipo de… *travesuras*.

—¡Claro! Pero a los villanos siempre se les pagaba una compensación, y todo arreglado. ¡Deberían estar agradecidos porque otros no hubieran sido tan generosos!

El rey se volvió hacia el justicia de la Corona.

—¿Por qué nunca se han investigado tales hechos?

—Majestad, os juro que no he recibido ninguna denuncia. Confieso que algo sospechaba, pues no dejan de oírse cosas aquí y allá, pero sin denuncia la ley no me permite abrir una investigación.

Argaut miró a los miembros del concejo urbano.

—¿Tampoco en el burgo se conocía nada de esto?

—No, Majestad, nada sabíamos. De otro modo, algo hubiéramos hecho.

—Ya. —El rey miró a los cinco aldeanos que esperaban en el rincón más humilde de la sala consistorial. Todos bajaron la cabeza al instante—. Y vosotros, gentes del campo, decidme: ¿por qué nadie le contó nada al justicia?

—¡Majestad! —se horrorizó Pellar—. ¿Vais a rebajaros a hablar con la gentuza?

—Os ruego que no me interrumpáis —respondió Argaut. Miró de nuevo a los humildes—. Hablad con libertad porque yo os garantizo que nada malo va a sucederos.

Se miraron los unos a los otros. Sin duda eran los más valientes de la zona y aun así dudaban. Por fin, un joven de pies descalzos y ropas miserables se adelantó. Argaut lo animó:

—A ver, cuéntame, buen hombre.

—Su Majestad, que el Padre os proteja siempre, yo os digo, Su Majestad, con todos los respetos de Dirtán, yo os digo Su Majestad que, por ejemplo, se me pasa por la chola que el hijo del amo mató al Indacio, el de la Vega de los Tomates. Eso fue el año pasado, Su Majestad. Y yo os digo Su Majestad que hace cosa de medio año o por ahí que dejó preñada a la Ramira, es decir, que la dejó preñada el hijo del amo y no el Indacio, que ya estaba muerto el pobrecillo, como ya os dije antes, Su Majestad, y bueno, por si acaso os informo de que la Ramira es la hermana del Barbo Picospardos, por si lo queréis saber, Su Majestad, que es este hombre que está aquí junto a nosotros, y que os ama y os honra, Su Majestad, como todos nosotros, y que el Padre os conserve la salud muchos años, Su Majestad. Y también forzó, y me refiero al hijo del amo y no al Indacio, ni al Picospardos, pues eso, Su Majestad, que el hijo del amo se pasó por la piedra, digo, que se ayuntó, con perdón por el lenguaje, a la chica mayor del Cagarro…, ¡digo, del señor Furrio!, el que cría las vacas del Prado de Matalsapo. —Se rascó la coronilla—. Y un día llegó un poco bebido, el hijo del amo y no el Furrio el Cagarro, quiero decir, al molino del Arroyo de Saltalarrana y empezó a pegarle al señor Cascorro, al molinero quiero decir, vamos, que empezó a arrearle así sin más ni más, sin razón alguna, tal vez porque se aburría el hombre o porque se había bebido sus azumbres de vino, y lo dejó bien sordo de una oreja de las patadas y las puñadas que le dio, y no se pasó por la piedra, perdón, quiero decir que no se benefició a la Cascorra, la señora del Cascorro, el

molinero, porque la mujer salió corriendo a los trompicones, dando saltos como una liebre, como quien dice, así, Su Majestad, y el hijo del amo no la pudo coger de lo bebido que estaba el hombre, que iba haciendo eses y dando vueltas, como las peonzas que tiran los zascandiles, Su Majestad. Y a mi primo el Colodrillo, que es cabrero de la honrada aldea de Macieduña, que está de aquí a media hora de camino por la senda de los algarrobos, lo agarraron entre el hijo del amo y sus amigos, y se me hace a mí que también le habían pegado unos buenos tientos a la bota ese día. ¡Pues eso!, que cogieron a mi primo cuando llevaba los chivillos a darles un poco de agua adonde el Patacio y luego a llevarlos a pacer a la Higuerilla, que está entre la Tapia de las Boñigas, ¡con perdón!, y lo del Patacio, y cuando estaba en esas el Colodrillo, que es mi primo, no sé si os lo dije, Su Majestad, y si no es así por si acaso os lo digo ahora, a mi primo el cabrero, digo, ¡el hijo del amo y sus amigos lo agarraron del cogote y empezaron a darle empujones! Y se reían mucho, de lo que se me hace a mí que le habían dado bien a la bota ese día, y al final acabaron por darle trompadas y mojicones, y luego lo tiraron al suelo al pobrecico y siguieron arreándole hasta que se quedaron bien a gusto, y todo esto lo sé porque me lo contaron dos personas distintas y de fiar, que son, a saber: ¡la Enajuna, la mujer del Sojutiño!, que es este señor de aquí, a mi derecha, ¡y el Picharro!, que es el hombre más viejo y sabio del barrio de la Tapia de las Boñigas, con perdón, pero es que se llama así, Su Majestad, pido perdón, por favor, Su Majestad. Y en eso estamos, que a mi primo el Colodrillo lo dejaron más muerto que vivo de tanta paliza que le dieron, me refiero la que le atizaron el hijo del amo y sus amigos, vamos, que ellos fueron los que le arrearon a base de bien a mi primo ese día, Su Majestad, y a resultas de tanto golpe le entró una flojera y unas tercianas que se murió a los tres días, y me refiero a mi primo el cabrero, que se llamaba el Colodrillo, no al hijo del amo, Su Majestad. Y yo no sé más, pero otras gentes de bien y muy honestas y honradas pueden deciros más cosas. Y yo no sé más, Su Majestad. Con perdón.

Argaut levantó una ceja.

—¿Y por qué nadie de estas tierras ha denunciado al justicia del rey ni uno solo de tales hechos?

—Porque se les pagó bien —repuso Pellar—. ¡Demasiado bien, a mi juicio! Esta gentuza siempre saca buena tajada. No deberíais escucharlos, Majestad.

Argaut lo miró y luego se volvió otra vez hacia los lugareños.

—¿Nadie va a responder a mi pregunta?

Se adelantó otro hombre, más mayor y con la cara tostada por el sol y arrugada por las penurias. El ceño cubierto por la única ceja estaba eternamente fruncido.

—Su Majestad. El hijo del amo a veces pagaba. No siempre. ¡No siempre, Su Majestad! Pero lo que siempre hacía era meter miedo. Mucho miedo, Su Majestad. ¡Mucho miedo!

—¡Canalla! —rugió Pellar—. ¡Mentiroso! ¿Cómo te atreves a hablar así de mi hijo, montón de estiércol andante! ¡Pero ya os ajustaré las cuentas!

—No vayáis tan rápido —dijo el rey—. En primer lugar hemos de ocuparnos de este proceso y después ya se verá.

Su mirada no era amistosa y Pellar decidió guardar silencio.

Dos días después, tras escuchar a los testigos —que se multiplicaron en cuanto se supo que tendrían el amparo del rey— y reunir todas las pruebas, Argaut dictaminó que los cuadrilleros habían sido injustamente ahorcados tras cumplir su deber de acabar con unos criminales —el hijo de Pellar y sus amigos— que durante mucho tiempo habían estado haciendo violencia abusiva contra el pueblo. El castigo fue despojar de la tenencia de todas las tierras y sus respectivas rentas al señor de Culdra, liberar de vasallaje a todos los hombres que lo servían y quitarle los títulos nobiliares. Además, su fortuna personal quedaría muy menguada por las indemnizaciones que habría de pagar a las familias de los cuadrilleros muertos, a las de otras gentes humildes de la zona que sufrieron los malos tratos de su hijo y a la propia Corona por el incumplimiento de sus leyes. Pero se le dejaba una cantidad suficiente como para vivir con dignidad junto a su familia en otra parte alejada del país, donde se encargaría de la tenencia no de un castillo, sino de una cabaña o casa solariega, como mucho, y además bajo la supervisión de funcionarios.

—¡Y dadme las gracias porque no os aplique la misma pena que vos aplicasteis a mis servidores! —le advirtió el rey.

Pellar no supo qué responder. Apoyó una mano en el brazo de la butaca y se dejó caer en ella. Lo peor de todo era que no podía entender qué había hecho para merecer esto.

El rey ordenó que se ejecutara la sentencia cuanto antes, firmó los documentos pertinentes y se marchó para descansar de una vez por todas, sin prestar apenas atención a los vítores entusiastas del gentío. No lo había fatigado el proceso en sí mismo, sino la sensación de que estaba empezando a cerrar una puerta gigantesca para abrir otra aún mayor. Era como pasar a través de un punto de inflexión porque después de aquello los días de poderío de la nobleza y de toda una concepción de las sociedad… Esos días estaban contados. Tal vez fueran miles o decenas de miles, pero ya estaban contados. Saberse responsable de tal enormidad pesaba como una montaña de plomo sobre sus espaldas humanas.

17

La reina paseaba por los jardines del Palacio Real de Longaza, un lugar destinado al descanso y el recogimiento entre los árboles frescos o bien a la conversación alegre sobre la hierba mullida y los bancos de granito pulido y suave. Pero mientras sus botas hacían crujir la tierra, Isela se enfrascaba en reflexiones tenebrosas. Aún guardaba luto riguroso y llevaba el pelo recogido en un moño feroz. No lucía las joyas ni los abalorios que siempre le había gustado ponerse y ya nunca se aplicaba sus célebres mascarillas de barro y sus pastas de rara mixtura. Pasaba como alma en pena junto a los macizos de rosas y gardenias y parecía capaz, por sí sola, de apagar toda esa belleza y convertirla en fibra vegetal absurda, sin sentido. Se detuvo al ver a otra mujer: Demayara Agrate.

—Buenos días tengáis, Majestad —saludó Demayara, con una sonrisa resplandeciente y amistosa que rejuvenecía su rostro maduro.

—Ya no hay buenos días, Alteza. Solo hay dos clases de día: los malos y los peores.

—Eso equivale a decir que unos son de algún modo menos malos que los otros y por tanto pueden considerarse *buenos*.

—Si al dolor de hoy, un poco menos horrible que el de mañana, podéis calificarlo como bueno, eso quiere decir que todavía no alcanzáis a ver el abismo sin fondo por el que nos despeñamos. Todos creen que yo me equivoco, pero los errados son ellos. Se esfuerzan por no quejarse, pero la vida también los lacera latido a latido. Cada golpe de corazón es el toque de un tambor que anuncia la muerte y la tumba. Y mientras esperamos a que nos arrojen a la fosa no tenemos un momento de paz. El dolor no cesa. Tarde o temprano todos nos rompemos y advertimos la inutilidad de todo por lo que hemos luchado. Todo es sufrimiento. No hay más.

Demayara tomó su mano.

—Debemos hablar, Majestad. Sentémonos en ese banco.

—Como gustéis.

Demayara la miró a los ojos.

—¿Qué os ocurre, Majestad?

—¿Qué me ocurre? —Isela miró las flores con repugnancia—. Podría deciros que he perdido a un hijo y que eso me roba las ganas de vivir, hasta el punto de que odio la cobardía que me impide acabar con todo.

—¿De qué estáis hablando? —se escandalizó Demayara—. ¿Estáis pensando en quitaros la vida?

Isela entrecerró los ojos.

—Es mi sueño más dulce… Dejarme caer de una vez por todas en la nada. Eso me permitiría descansar y dejar de sufrir.

—Debéis mudar ese ánimo tan sombrío. Habéis pasado por un trance durísimo y es posible que jamás podáis deshaceros por completo del dolor por la muerte de vuestro pequeño, pero muchas mujeres han pasado por ese túnel y han salido para ver la luz. Hay dolor en esta existencia que nos ha tocado en suerte, pero también hay momentos de dicha que podemos alcanzar, y cada uno de ellos es tan precioso que merece la pena todo lo que tengamos que sufrir para saborearlo. —Isela la miró con un mínimo de interés, una diminuta resquebrajadura en su coraza, y Demayara la aprovechó para hablar con mayor fuerza, con una convicción arrolladora—: Yo os garantizo, Majestad, que si no flaqueáis, que si lucháis por manteneros a flote y alcanzar un poco de dicha, cuando la logréis os sentiréis estúpida por no haberlo intentado antes con todas vuestras fuerzas, por haber dejado pasar tantos momentos valiosos. Es tan posible el disfrute de la vida, de sus placeres grandes y pequeños, que cuando una se da cuenta es como abrir los ojos después de tenerlos cerrados desde hace años, creyendo que no hay otra cosa que oscuridad. Pero hay luz, Majestad, y esperanza, y alegría, y amor.

Isela volvió la cara.

—Dejaos de palabrería. Para mí no existen esas cosas. Me están vedadas.

—¿Y se puede saber por qué? ¿En qué sois tan diferente de todas las demás mujeres?

—Estoy marcada.

—¿Marcada por qué? ¿Por quién?

Isela bajó la vista. Demayara la tomó de la barbilla con suavidad y la obligó a mirarla a los ojos.

—Respondedme, Majestad. Os lo ruego.

Isela cerró los ojos y sus facciones temblaron. Al abrirlos estaban húmedos. Respiró fuerte.

—Estoy marcada por un destino aciago que ha de cumplirse.

—Todos os hemos oído hablar de ese destino vuestro tan aciago… Pero ¿cuál es? ¿Y cómo es posible que lo conozcáis, si el destino, de existir, está siempre oculto en alguna madriguera del futuro?

Isela se limpió las lágrimas.

—Vos no lo entendéis.

—Podéis contármelo. No se lo diré a nadie.

—¿Me lo juráis?

—Os lo juro por lo más sagrado. Por mi familia. Por mis hijos.

Isela luchó contra sí misma antes de hablar de nuevo:

—Yo era una niña y debía tener siete u ocho años. No lo recuerdo bien. Había unos titiriteros en Tujulba, la capital de Gricur, y vinieron a palacio. Quería verlos de cerca porque llevaban unos vestidos brillantes y exóticos, bailaban y saltaban y tenían unas marionetas maravillosas. Hubiera dado media vida por ver de cerca a esa gente. Pero mi padre me lo prohibió, me dijo que no era un espectáculo para niños de la realeza, que solo era para villanos, que era algo… *sucio*. Lo dijo de tal modo que sentí mucho miedo, como si de pronto mirase por un agujero y viera el mundo horrible y lejano del cual él siempre me había protegido. Pero aun así yo quería ver a los titiriteros, aunque en realidad ya los había visto desde las almenas, pues hacían una función diaria en el patio de armas para los hijos de los lacayos y de los soldados. Y yo… —Isela bajó la vista y sonrió avergonzada—. Yo me escapé de mi dama de compañía cuando ella dormitaba, como siempre ocurría mientras hacíamos costura. Con el corazón en un puño corrí por el castillo, escondiéndome de todos, y por fin bajé al patio de armas y fui con los titiriteros. Sabía que estaba haciendo algo malo y que sin duda sería castigada, pero yo *tenía* que verlos de cerca, sin importar lo que me pasara, así que me uní a los otros niños, tan ensimismados en el espectáculo que ni se percataron de mi presencia. Me senté en el suelo como los demás y contemplé la función de títeres. Dirtán entero desapareció, yo misma desaparecí, y ya solo existía un mundo mágico de marionetas graciosas o temibles, bonitas o grotescas, de muñecos que se movían con vida propia y hablaban y cantaban, de damiselas y príncipes, de héroes y dragones, de ogros y magos. Yo reía con los otros niños, chillaba con ellos, insultaba a los malos y animaba a los buenos… Sobre todo me impactó una bruja, es decir, la marioneta de una bruja… Era tan grande, tan brillante, tan… Tan *real*. No paraba de chillar que los niños que desobedecían a sus padres tendrían… tendrían…

Isela empezó a temblar y a gemir algo ininteligible con una voz aguda y quebradiza. Desorbitaba los ojos como si estuviera viendo algo espantoso y lejano que se le fuera acercando poco a poco y que estuviera a punto de tragársela. Demayara la tomó de los hombros.

—¡Tranquilizaos, Majestad! ¿Qué os pasa? ¿Qué tenéis?

No sabía qué hacer, así que el instinto le dictó abrazarla, lo cual funcionó, porque Isela se aferró a ella con todas sus fuerzas. El cuerpo de Demayara le transmitió firmeza y protección e Isela dejó de temblar y lloró con amargura, con la desesperación propia de los niños perdidos.

—Calma… —susurró Demayara—. Ya pasó… Todo está bien.

Isela fue tranquilizándose poco a poco. Al final recuperó la cordura y se separó de ella con lentitud. Se limpió la cara, que ahora estaba

muy roja, y sonrió de un modo como Demayara nunca la había visto sonreír.

—Perdonadme. Me he comportado como una loca.

—No importa, hija mía —dijo Demayara, y a ninguna de las dos le extrañó que tratara a la reina con tanta familiaridad—. A veces es bueno llorar porque así se limpia el alma. Estoy segura de que ahora os encontráis mejor.

Isela sonrió y asintió.

—Pero decidme, chiquilla, ¿qué visteis en esos títeres, en esa bruja de pega, para que su recuerdo os trastorne tanto?

—No lo sé, señora. Siempre relaciono esta memoria con mi destino aciago, pero todo se borra cuando la bruja empieza a hablar, como si tuviera una laguna en la mente, y lo único que recuerdo es que de pronto estoy de nuevo con la sirvienta y que ella sigue dormida en su silla, tal y como la dejé, pero yo estoy acurrucada bajo una mesa, y tengo mucho miedo, y no sé cómo he vuelto al cuarto, pero me duelen las rodillas y las manos y las tengo rasguñadas.

—Creo que os asustó mucho esa bruja de juguete, vuestra mente impresionable la tomó por un ser real, huisteis como una conejilla y os debisteis tropezar o caer por los escalones, en vuestra prisa por volver a la sala de donde os habíais escapado.

Isela frunció el ceño.

—Entonces, ¿por qué no recuerdo nada?

—¿Quién sabe, hija mía, lo que pasa en nuestras cabezas, sobre todo en la niñez? Quizá tuvisteis tanto susto que lo habéis borrado todo.

—¿Se pueden borrar los recuerdos?

—A juzgar por lo que me contáis, parece posible. Pero no tengo formación médica y no me atrevo a opinar. Lo que sí os aseguro, y os lo digo con perfecto conocimiento de causa, es que el destino no existe. Nadie nos marca la casilla final del juego. Tal vez ni siquiera los dioses puedan marcar nada.

—¿Estáis segura?

—Por completo. Mirad, os diré por ejemplo que he tenido cuatro hijos hermosos como cuatro soles: un varón y tres chicas. Pues bien, al principio yo estaba segura de cómo iban a ser, lo que iban a hacer con sus vidas y cómo sería su carácter. Lo creía con una seguridad de hierro. Y sin embargo, he ido dándome cuenta de que cada uno ha ido por su propio camino, a veces distinto por completo a como yo lo había imaginado. Yo *creía* saber cómo iban a ser mis hijos y en mi mente cada uno tenía su propio destino, pero después se desarrollaron como les vino en gana y tuve que aprender a aceptar que no hay nada seguro en esta vida. No existe el destino, hija mía, ni para vos, ni para mí, ni para nadie. Solo existe nuestra propia voluntad, o la falta de

ella, y, quizás, la voluntad de los dioses. Pero nada de eso es el destino.

Isela miraba con mucha intensidad a Demayara, que sonreía con tanta bondad y fuerza que la reina se dejó llevar y también sonrió.

—¡Así me gusta, hija mía! Quiero veros sonreír más a menudo. ¿Por qué demonios no lo hacéis? Tenéis una sonrisa muy bonita.

Isela bajó la cabeza con vergüenza.

—Por favor, no os burléis de mí. No hay nada bonito en mi cara, ni tampoco en mi carácter.

Demayara volvió a levantarle la barbilla con los dedos.

—Eso han de juzgarlo los demás, no vos.

Ella apartó la cara, dolida.

—Os agradezco vuestro apoyo, pero no insistáis en eso. Solo hace falta un espejo para ver que ninguno puede quererme. Como mucho, soportará mi presencia.

—¿Os referís a un hombre? Hija mía, ¡pero qué ingenua sois! ¡Claro que os puede querer un hombre! ¡Y mucho!

—¡Eso es imposible! —exclamó, al borde de la rabia—. ¡Soy feísima! ¡Mi cuerpo me da asco!

—Lo que os afea es ese carácter huraño y esquivo que os gastáis. He visto mujeres con una naturaleza peor que la vuestra conquistar a varones guapísimos. Y he visto a hombres casi repulsivos con mujeres hermosas del brazo. —Se acercó un poco más a Isela—. Atendedme: sed fuerte, sed dulce, sed inteligente y cariñosa, cuidad vuestro aspecto, sed orgullosa y alegre y no habrá hombre que se os resista. Pero no tendréis que ir lejos para pescar al adecuado. Ya tenéis al mejor de todos.

—¿El rey?

—¡Claro! ¡No imagináis qué tesoro os ha tocado, chiquilla! Si sabéis manejarlo, mi sobrino será con vos el hombre más bueno del mundo. Pero hasta ahora lo único que habéis hecho es maltratarlo. Dadle una oportunidad.

—No creo que me perdone nunca. Me odia. Y con razón.

—Conozco tan bien a vuestro esposo como si lo hubiera parido yo misma. De hecho, soy su segunda madre. Empezad por ser su amiga, hablad con él, y se os abrirá por entero. De ahí a que llegue a quereros hay dos pasos.

Isela bajó la cabeza.

—Olvidáis una cosa. Él ya quiere a otra. Esa mujer. Según se dice, ella es más atractiva que yo… ¡Aunque cualquiera puede serlo! Y además le ha dado dos hijos a los que ve a menudo, mientras que el mío se me murió. —Cerró los ojos con pesar—. Yo no puedo competir con eso. Es imposible. Ella me gana en todo. Y en cualquier momento él se irá con ella y me dejará abandonada, como a un perro en el

camino.

—Eso no va a ocurrir y os diré el porqué. Vos tenéis una ventaja que ella jamás tendrá. Vos sois la reina. Argaut es ante todo rey. Incluso antes que hombre, es símbolo, es rey. Aunque ni él mismo lo sepa. Vos sois la reina, hija mía, y si sabéis cómo jugar ese triunfo el rey estará siempre a vuestro lado. Jamás os engañará y al final aprenderá a quereros. Porque él necesita querer a una mujer. —Demayara hizo una mueca de disgusto—. No es como mi hijo, que está hecho de otra pasta…

Isela permaneció pensativa durante muchos latidos. Dijo:

—Creo que he estropeado demasiado las cosas.

—Pues si las cosas están torcidas hay que enderezarlas. Tenéis que conquistarlo. —Los ojos de Demayara se endurecieron—. No olvidéis tampoco que vos sois la reina. Eso ha de estar por encima de todo en vuestra vida.

—Señora, yo no soy tan fuerte como vos. Siempre he sido débil. Hay una parte de mí que me arrastra hacia la oscuridad.

—Pues habréis de aprender a dominaros. Os haréis fuerte, Majestad. Y si os sirve de consuelo, hija mía —sonrió y le acarició la mejilla—, sabed que en mí tendréis a vuestra mejor aliada.

Isela también sonrió.

18

La mente y el espíritu humanos son plásticos y se amoldan a casi todo. Por tanto, durante el camino de vuelta a Longaza la sensación de pesadez *histórica* que asaltó al rey tras su dictamen en el conflicto de Culdra acabó por desaparecer.

Pero la relevó otro agobio ya conocido. Retornaba a la vida triste y desdichada de la corte. Nada se le hacía más insoportable que pasar un solo instante con su esposa, respirar el aire plomizo que la rodeaba y sentir la presión invisible de los muros de palacio, como si se cerraran sobre él poco a poco, para aplastarlo de una vez por todas. Aquel lugar le parecía una cárcel de la que no podía escapar. O mejor dicho sí había huida, pero prefería no pensar en eso porque si caía una sola vez en la tentación sabía que ya no podría vencerla.

Deseó un nuevo problema político, una contienda con otro noble impertinente, incluso una guerra, algo que le diera la libertad que no tenía en su propia casa. Era todo tan patético que casi sonreía con amargura al pensar en sí mismo, aunque maldita la gracia que le hiciera.

Para colmo de males se puso enfermo al cruzar de vuelta el río Lexán. Tal vez fue algún alimento en mal estado, una infección pasajera o cualquiera otra de las muchas dolencias impredecibles que asaltaban a los hombres de un ejército y que incluso los diezmaban. El rey sufrió un mal de tripas y echó por el agujero superior y el inferior todo lo que había entre ambos. El ejército se detuvo y el rey descansó en una tienda. Vomitaba cuanto tragaba y quedó escuálido y sin líquidos, primero blanco y después amarillento. El dolor de cabeza era tan fuerte que le hacía sospechar que se moriría de un momento a otro. Si pudiese bromear le parecería irónico que después de tanta batalla y tanta guerra vencida ahora reventase por culpa de unas fiebres. Empezó a delirar y a decir cosas ininteligibles. Ordenaba que le trajeran agua, pero no pasaba media hora antes de que la echara de nuevo por la boca. El médico de campaña le daba diferentes remedios, pero el mal no remitía. Fantiño y sus capitanes ordenaron a decenas de hombres ir al galope en busca de los mejores médicos e incluso los curanderos de la región. El rey estaba tan débil que no podía moverse de sus mantas; cualquier intento de llevarlo en parihuelas se le antojaba capaz de reventarle los sesos. En cuanto a subirlo en un caballo, ni pensarlo. Tras la primera noche fatídica el estómago del

rey seguía sin admitir nada y todo volvía fuera. Si su organismo no se curaba por sí mismo, en uno o dos días empezaría a agonizar de pura deshidratación. Muchos soldados rezaban a los dioses pidiendo la curación de su buen amo. Llegó un curandero y Argaut casi le escupió en la cara el mejunje asqueroso que le dio. Un pastor de la zona le hizo tragar una pasta semilíquida y el rey también la echó fuera. Su piel tenía la consistencia de una telilla y los músculos se le marcaban de un modo tétrico y fascinante. Mandó hacer venir al sacerdote del ejército para ponerse a bien con Braladur. Fantiño y los otros mandos se sentaron en piedras con las manos en la cabeza, consternados, incapaces de creer lo que estaba ocurriendo. Más muerto que vivo, el rey pidió con su voz ronca agua una vez más. Se la trajeron y bebió como un viajero del desierto. Luego cerró los ojos y quedó inconsciente. Lo estudiaron con atención y trajeron leche y caldos sustanciosos. Argaut lo bebió todo y no volvió a vomitar. Se había salvado.

Tres días después, cuando pudo al fin caminar, salió por su propio pie de la tienda y las tropas le ovacionaron y aullaron sus agradecimientos a Braladur. Sus guardias tuvieron que apartar a quienes querían abrazarlo. Argaut pidió un caballo y, convertido en una sombra de lo que fue, se puso a la cabeza del ejército. Estaba débil, pero recuperaba poco a poco las fuerzas. Su organismo ya admitía alimentos sólidos. Había una mirada extraña en él, como si estuviera contemplando algo que a la vez le inquietara y fascinara. Pero nadie le preguntó porque al fin y al cabo había estado cerca de la muerte. Ya en las cercanías de la capital hizo detener a su caballo y quedó inmóvil, con la vista clavada en el horizonte, esa línea tras la cual le esperaban Longaza y el Palacio Real.

—Fantiño, id con el grueso del ejército a la capital y dad parte al Consejo de lo ocurrido en Culdra. Decidles que estoy bien y que he debido entretenerme por unos asuntos de índole política. No comentéis nada acerca de mi malestar.

—Majestad, debéis dejar que os vea el médico de la corte.

—Antes del anochecer estaré en palacio. Esto os lo digo por si mi esposa pregunta, aunque lo dudo.

—Majestad, habéis sufrido…

—Obedeced, Fantiño, y no os preocupéis más por mí.

—Como ordenéis, Majestad.

Argaut fue con una pequeña escolta de guardias reales a un lugar que conocía demasiado bien. Al entrar en la villa se dio cuenta de que nada había cambiado. Allí estaban los mismos jardines cuidados y hermosos, la misma fuente, los mismos árboles… Los lacayos vinieron enseguida a atenderlo y con ellos llegó corriendo su hijo.

—¡Padre! —gritó Brelán. Argaut lo abrazó y le acarició los cabellos

—. Estáis muy flaco, Majestad.

—Ha sido un viaje duro, hijo mío. ¿Está tu madre?

—Sí, ahí viene.

Queila salió a recibirlo también al jardín y se llevó una mano a la boca para reprimir un grito al ver lo delgado que estaba.

—¡Majestad! ¿Estáis bien? ¡Criados! ¡Haced traer al médico de la aldea! ¡Id a la capital, rápido!

—No hace falta —dijo Argaut.

—Pero… —empezó a protestar Queila.

—Quiero hablar contigo. —La tomó de un brazo y se la llevó al lugar más cercano donde pudieran estar a solas, un simple cobertizo en aquel jardín.

—¿No quieres que hablemos en casa, Argaut? —le preguntó ella, mirándolo con ojos luminosos—. Por todos los dioses, ha pasado tanto tiempo…

—Este lugar es perfecto —contestó él—. Solo quiero un poco de intimidad.

—¿Por qué has…? Majestad, ¿por qué habéis venido?

Él la miró a los ojos durante mucho tiempo y todas las palabras que había pensado decirle le parecieron de pronto inútiles. Se le cayeron los hombros en un gesto que no solo tenía que ver con ellos dos, sino con todo.

—Ya no puedo más.

La tomó del talle y la besó. Ella quedó rígida un instante, pero al siguiente se apretó contra él y respondió con dulzura. Y con hambre. Ninguno de los dos hubiera imaginado nunca que aquel lugar pequeño, oscuro y con olor a tierra húmeda podría ser el mejor tálamo de Dirtán.

Isela estaba en su alcoba, sentada ante un espejo, y miraba su rostro maquillado con tino y gracia. Llevaba un vestido maravilloso, joyas y complementos exquisitos, y se había dejado suelta la cabellera larga, brillante, sedosa y fina que era el orgullo de su anatomía. La mujer que la miraba desde el espejo se le antojaba una extraña, pues casi parecía… bella.

Había hecho caso a Demayara durante los últimos días, desde aquella conversación en los jardines. En este tiempo el rey había estado en Culdra y hoy los heraldos anunciaban que volvía a palacio. Isela quería estar hermosa para él, quería abrir una puerta a la esperanza, intentar hacer algo bueno con su matrimonio y con su vida.

Pero si dejar los lutos físicos podía resultar fácil, los de la mente y el alma eran más obstinados y se aferraban por dentro con tenacidad. Sentía aquella oscuridad tirando de ella hacia abajo, la negrura y la ira sorda la agarraban del tobillo y querían hundirla de nuevo en las profundidades. Pero esta vez estaba dispuesta a luchar. Tenía que mostrarse amigable con su esposo, tenía que hablar con él, reír con él, utilizarlo como herramienta para mover las cosas, cambiarlas y alcanzar pronto esa dicha de la que tanto hablaba la señora Demayara. Había un rayo de esperanza, pero sentía a la vez un miedo atroz, pues quizás el rey la rechazara, no le hiciera caso, la considerara torpe, o inculta, o insuficiente, o aburrida, y sobre todo fea… Se sentía tan segura en sus papeles de arpía despectiva y de víctima desconsolada que debía esforzarse para no volver a ellos de inmediato. Pero Demayara confiaba en ella, o eso decía, e Isela se agarró a eso. Además, si tenía que vivir el resto de su vida junto al rey sería mejor buscar la armonía. Pero la desesperación era tan fuerte, y en el fondo tan cómoda… No. Iba a salir adelante. Iba a hacer que el rey fuera su amigo, que la quisiera, y así empezaría a ser feliz. Tenía que lograrlo.

Eso se decía, mientras cerraba las manos para vencer los temblores. Ojalá aquel día estuviera allí Demayara, pero había ido fuera del palacio para ver a uno de sus nietos y no volvería hasta el día siguiente. Precisamente hoy, que no estaba su aliada, el rey volvía de sus asuntos en Culdra. Y además se retrasaba por alguna cuestión de última hora, pues el grueso de la mesnada estaba ya en los cuarteles. Se levantó y fue hasta la ventana, muy nerviosa. Allí abajo, el patio de armas de la fortaleza seguía vacío; no lo atravesaba ninguna comitiva de hombres a caballo. Y ya estaba a punto de caer la noche. ¿Dónde demonios estaría el rey?

Llamó a una de sus damas de compañía y le ordenó una vez más que enviara un lacayo al cuerpo de guardia del castillo para saber si el rey estaba ya a punto de entrar. Luego se frotó las manos, nerviosa, y volvió a sentarse en el espejo para intentar ocultar mediante afeites esos granitos diabólicos.

Al cabo de poco dieron golpes a la puerta e Isela casi dio un brinco. Era una de sus damas de compañía, con el capote aún puesto. Isela la había enviado hacía unas horas a los cuarteles, a la puerta del castillo, a donde fuera, con la orden de averiguar cuándo iba a llegar el rey.

—Majestad, traigo nuevas sobre vuestro esposo.

—¿Viene ya?

—En estos momentos viene de camino. Está a punto de entrar en la capital.

—¡Alabado sea Braladur! ¡Al fin! ¿Sabéis dónde ha estado durante todas estas horas? Bueno, no tiene importancia, supongo que sería por

culpa de algún asunto de esos de Estado… ¡Ah, ya sé, le preguntaré, me interesaré por ello y así tendremos un tema de conversación que le gustará! ¡Miradme! ¿Creéis que voy bien peinada? ¿Y cómo me queda el vestido?

—Majestad… —La dama de compañía bajó los ojos—. Hay algo que… No me atrevo a deciros una cosa, pero creo que deberíais saberla.

—¿De qué se trata? ¡Hablad! ¡Vamos! ¿Es que han herido al rey? ¿Lo traen muerto? ¿Traen a mi marido muerto?

—No. Es otra noticia, no tan luctuosa, pero sin duda dolorosa para vos. Como fiel servidora vuestra, no puedo callármelo. Debéis saberlo.

Isela parpadeó y preguntó con la mirada.

—Majestad —continuó la dama de compañía—, ya se sabe dónde ha estado el rey. Estas cosas se cuentan y es imposible ocultarlas del todo. Un hombre que conozco de la guardia me lo ha revelado, y a él se lo han dicho otros que son de fiar…

—¡Hablad de una vez por todas! ¿Dónde ha estado mi marido?

—En Vibriosa. Con esa mujer.

El rey y sus hombres no se detuvieron en los cuarteles de las murallas ni en el burgo, sino que fueron directamente al Palacio Real. No se dio publicidad a su llegada y por las avenidas desiertas no hubo el jolgorio típico de un desfile, aunque algunos ciudadanos sí lo saludaron a voces. Argaut entró en el castillo. Lo único que deseaba era tumbarse en la alcoba, donde dormiría solo. Quería cerrar los ojos y abandonar este mundo durante ocho o nueve horas. Mañana tendría tiempo de pensar en todo lo que había sucedido. Por ahora, lo mantenía lejos de su mente.

En el patio de armas, tras bajar del animal y dárselo a los mozos de las cuadras, oyó gritos y voces recias.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Sus hombres llevaron una mano a la espada y lo rodearon para protegerlo. Un fámulo venía corriendo y detrás de él llegaba también una mujer cortesana.

—¡Majestad! ¡Venid! ¡Rápido! ¡Es la reina!

—¿Qué le pasa a la reina?

—¡Venid, aún estamos a tiempo! ¡Por favor!

—¡Quitaos de en medio! —Se abrió paso a empujones entre los hombres y echó a correr como un diablo, adelantando a esas gentes—. ¿Dónde está la reina?

—¡Allí arriba! ¡Acaba de salir!

Argaut se detuvo y buscó con la mirada y entonces vio la pequeña figura que caminaba por la cornisa de la fachada, al borde del vacío. Sintió que el horror se lo tragaba, pues comprendía que no podría evitar, ninguno de ellos podría evitar, lo que iba a suceder. Y sin embargo gritó y aulló igual que los demás, pero bajo aquellos cielos sangrientos del ocaso la pequeña figura creció y creció y se desbordó fuera de sus propios límites, y se convirtió en una ola de desesperación que los barrió a todos.

19

Cuando acabó aquella jornada de ceremonias solemnes, vestiduras oscuras, cirios encendidos, lamentos, protocolo y colas de personas que daban el pésame, Argaut pudo al fin tener un poco de tranquilidad y se reunió en privado con sus tíos Demayara y Guarner.

—Pobrecilla —dijo Demayara, con los ojos hinchados y rojizos, pero ya secos—. ¡Pobre muchacha!

—Es triste —dijo Guarner, asintiendo con pesar—. Braladur nos lo da y Braladur nos lo quita. Hay que aceptarlo.

—Estuvo a punto de lograrlo —dijo Demayara—. Estuvo *tan* cerca de vencer sus propios demonios… ¡Por todos los dioses, qué desdicha!

Argaut permanecía serio y silencioso. Demayara lo miró con dureza y con lástima.

—Cometiste un error muy grave, Argaut. No debiste ver a esa mujer.

—Demayara —intervino su marido, conciliador—, por favor, ahora no es momento para estas cosas.

—Te lo advertí, Argaut —prosiguió ella, señalando con el dedo a su sobrino—. ¡Te dije que no volvieras a verla! Lo hiciste y… —Torció la cara con pesadumbre—. Y fíjate lo que ha pasado.

—Ya no tiene sentido lamentarse por lo que hice o dejé de hacer —contestó Argaut—. Ahora debemos pensar en el futuro. La reina de Brajairi ha muerto.

La frase lapidaria les devolvió a los tres el sentido práctico.

—Es cierto —dijo Guarner—. Lo más importante ahora es mantener la alianza con Gricur.

—¿Aunque la reina haya muerto? —se extrañó Demayara—. La unión matrimonial cimentaba el tratado; tal vez ahora Otón VII quiera renegociarlo. Quizás lo invalide. Estaría en su derecho.

—Pues tendremos que conseguir que no ocurra. No podemos perder un aliado tan valioso. —Guarner levantó una ceja—. Por cierto, ¿qué se hará con el cuerpo de la reina? ¿Se lo devolveremos a su padre?

—De ninguna manera —respondió Demayara—. Fue soberana de Brajairi y por tanto descansará con los nuestros, en el palacio, en el panteón de los reyes.

—Estoy de acuerdo —afirmó Argaut—. Respecto a Gricur, he pensado en ello y creo que podemos proponerle a su rey otra alianza

matrimonial.

—¿Con quién? —preguntó Demayara—. Todas sus hijas están casadas y el rey de Brajairi no debería unirse a nadie de su Casa Real que sea menos que una princesa.

—Pero Otón VII tiene nietos. Estoy pensando en ofrecerle mis dos hijos en futuro matrimonio con dos de los nietecillos que él tiene. Un doble enlace con un niño y una niña. De este modo nuestras familias seguirían emparentadas y la alianza se mantendría firme.

Demayara se levantó de su asiento y lo miró con los ojos desorbitados.

—¿Vas a ofrecerle bastardos al rey de Gricur? ¡Y encima son los hijos de la mujer con la cual traicionaste a su hija! ¿Acaso quieres que nos declare la guerra?

—Tal vez él deje de lado algunos asuntos y le parezca bien.

Guarner levantó una mano para contener a su esposa y miró con firmeza a Argaut.

—Esa *no* es una buena idea.

—¡Es una idea espantosa! —explotó Demayara—. Argaut, ¿se puede saber qué pretendes? No puedes convertir en futuros reyes a unos niños que tuviste fuera de matrimonio. ¡Ningún rey los aceptaría! Debes ser tú el que se case de una vez por todas, pero has echado a perder la mejor oportunidad que teníamos de ser algo en el concierto internacional y ahora tendremos que volver a mendigar princesas por todas las cortes. ¿Y dónde vamos a encontrarlas si todas están ya casadas? ¿Tendremos que esperar a que alguna enviude? ¡Y tampoco quieres enlazarte con una señora poderosa de nuestro país porque no aceptas a las nobles!

—Demayara, por favor, cálmate —le pidió su esposo. Argaut permanecía serio e impasible mientras aguantaba el vendaval.

—¡No me calmo! ¡No me da la gana! —Y sin embargo, Demayara bajó un poco la voz, aunque sin perder nada de su filo—. Yo sé lo que te pasa. Te he observado. No has derramado ni una sola lágrima por tu mujer. ¡Ni una sola! La otra te ha sorbido el seso. No piensas más que en volver a encamarte con ella.

—¡Demayara, por favor! —protestó Guarner—. ¡La reina está de cuerpo presente!

—Déjame, esposo. Alguien tiene que cantarle cuatro verdades al rey. —Entrecerró un ojo mientras miraba a su sobrino—. Vuelves a acariciar la idea de casarte con esa señora. Desengáñate: no lo permitiré jamás. No dejaré que arrastres por el lodo el buen nombre de nuestra familia, la dinastía que ha gobernado este bendito país durante trescientos años, uniéndolo al de una mujer de la baja nobleza cuya Casa no tiene apenas linaje, ni tropas, ni peso político, ni vasallos, ¡ni nada de nada!, una mujer cuyos únicos méritos son los

encantos que ha usado para hechizarte. No he enterrado a tantos seres queridos para esto. No voy a permitir que una aventurera se siente en el mismo trono que ocuparon mis dos hermanas. —Le mostró las dos manos—. ¡Antes le saco los ojos con mis propios dedos a la maldita perra! ¡Entérate!

En el silencio sepulcral le echó una mirada desafiante. Con mucha dignidad se fue de la estancia y cerró con un portazo que sonó como un trueno.

Los dos hombres se miraron y Guarner levantó las cejas.

—Disculpa a tu tía, Argaut. En los últimos tiempos había estado muy unida a la reina. Le había tomado cariño.

—Su tono puede ser fuerte, pero en el fondo tiene razón. No puedo casarme con la señora Nicario.

—¡Menos mal! ¿Y qué va a pasar con Gricur?

—Mi tía también está en lo cierto en que tampoco puedo ofrecerle mis hijos a Otón VII. Pero hay que templar las cosas con él. Mi esposa estuvo intercambiando cartas con su padre y se sabe que antes de suicidarse le escribió una última misiva.

—Eso puede ser un problema. Temo lo que esa chiquilla desgraciada pudiera contarle.

—Exacto. —Argaut suspiró—. Desde el principio Rafucio me propuso intervenir la correspondencia de la reina y dejar ir solo las cartas que nos interesaran.

—Esas artimañas son muy propias de mi hijo.

—Yo me negué, por supuesto, pero ahora creo que Rafucio llevaba la razón.

—Etgula y él son buenos diplomáticos. Lo suavizarán todo.

—No creo que sea suficiente. Quiero presentarle yo mismo mis respetos y condolencias a mi suegro. Voy a ir a verlo.

—¿Piensas que será buena idea?

—Puede salir bien o mal, no lo sé, pero esto es serio y debemos apurar hasta el límite. No obstante, los dos reyes hemos de encontrarnos en terreno neutral, en las fronteras de nuestros países. Y me acompañará una hueste generosa. Si las cosas van bien me gustaría invitarle a nuestra capital, o bien aceptar la invitación que él tenga a bien hacerme.

—¿Vas a ir a un país extranjero cuando acaba de morir aquí alguien de su Casa Real? Es arriesgado.

—A veces hay que arriesgar para ganar. Por cierto, la hueste me acompañará no solo para protegerme de los gricurios, sino también de los Ertalce. Tendremos que pasar por su dominio para llegar a la frontera con Gricur.

—Tal vez se lo tomen como un acto de guerra.

—No lo creo, pues les haremos saber nuestro destino y entenderán

que quiera suavizar las cosas con Gricur. A ellos no les conviene empezar una guerra y a nosotros tampoco. Por si acaso tendrán preparadas sus mesnadas, pero nosotros no abandonaremos el Camino de Gricur. Y por otro lado, ¡qué demonios!, esa aún es mi tierra. Si les pica verme, que se rasquen.

—Bien dicho —repuso Guarner, con una sonrisa. Se le borró de la cara—. Pero no te confíes.

El invierno se retrasó lo suficiente como para permitir la entrevista de los dos reyes. Hacía frío, pero todavía no habían caído las heladas como hachazos y los caminos no estaban cubiertos de nieve.

Ambos monarcas habían traído ejércitos, como si fueran enemigos y no aliados, y tampoco se celebraría la reunión bajo techo, donde uno u otro pudieran ser hecho presos, sino en el campo. Mucho le hubiera gustado a Argaut que las cosas fueran de otro modo, pero no se fiaba del ánimo de su suegro, rey colérico e impetuoso que había amado muchísimo a su hija pequeña. Se citaron en un punto de Gricur cercano a la frontera del país, una zona de lomas suaves, salpicadas de matorrales y rocas, sin cerros ni frondas en las cercanías. Allí no se podían llevar a cabo emboscadas ni otros ardides de guerra.

Argaut se hizo acompañar de Rafucio Injeca y Brelán Etgula y Otón VII se acercó al punto de encuentro con sus propios embajadores. Argaut aún no había visto en persona a su suegro y ahora comprendió que el apodo era adecuado, pues Otón era un hombre grueso, del tipo enérgico, no indolente, con una espalda temible, cuello de toro y unos brazos anchos y fuertes. Aquel rey batallador había vencido hacía poco en su larga disputa con Brenit. No era de los que se quedaba en palacio, pues iba con sus tropas al campo de batalla y abundaban los testimonios sobre su coraje y su destreza en la lucha. Tenía una cabeza cuadrada de mandíbula y mejillas rocosas, nariz ancha, cejas espesas que dibujaban un ceño perpetuo y barbas y cabellos largos y blanquecinos. Sus ojos oscuros miraban recto a los hombres con quienes hablaba.

Los dos reyes quedaron frente a frente, aún sobre el caballo, y sus respectivos diplomáticos se mantuvieron también en sus animales, un poco atrás.

—Majestad —Argaut hizo un asentimiento de la cabeza—, mucho deseaba encontrarme con vos, no solo para afianzar nuestros lazos familiares, sino también para haceros llegar mi admiración y mi respeto por vuestros triunfos.

—Majestad. —Otón también asintió—. Habéis pedido verme y aquí estoy. Decid qué queréis.

Argaut comprendió que su suegro no iba a ponerle las cosas fáciles.

—¿No preferís bajar del caballo para que hablemos con comodidad?

—No es necesario. Nuestra reunión será corta. Tengo asuntos que atender en mi corte y sin duda vos también.

—Como gustéis. En primer lugar deseo mostraros mis condolencias por la muerte de vuestra hija, mi esposa, la reina de mi país. Lamento muchísimo su final tan desgraciado.

Otón quedó impasible. Su rostro se endureció y el ceño se frunció un poco más.

—Majestad —dijo—, hubiera sido suficiente con que enviarais una misiva de condolencia. Si habéis venido hasta aquí para decirme que lamentáis el fin de mi hija os podéis guardar esas palabras, tan deshonestas que me parecen insultantes. No añadáis la ofensa a vuestros muchos yerros.

Argaut quedó inmóvil. Rafucio y Etgula intercambiaron una mirada de preocupación.

—Majestad —prosiguió Argaut, con humildad y firmeza—, sé que mucho he errado. Lo reconozco y os pido disculpas. Ruego vuestro perdón de padre.

—Vos no sois mi hijo político. La muerte ha roto ese lazo y yo no quiero recuperarlo.

—Pero estuve casado con vuestra hija y eso no se puede borrar. He venido hasta aquí en estos momentos de desdicha para fortalecer la amistad entre nosotros dos y entre nuestros pueblos.

—¿Amistad? —gruñó Otón, y su caballo se removió un poco, inquieto—. ¿Amistad con quien no esperó ni un mes tras la muerte de mi nieto nonato para serle infiel a mi hija? ¿Amistad con semejante traidor lujurioso, incapaz de guardar ningún luto ni de respetar las apariencias? ¡No! ¡Jamás tendréis mi amistad! ¡Ni la de mi pueblo!

Argaut aguantó con seriedad aquellas palabras gruesas.

—Os suplico que me perdonéis, Majestad, y que me deis la ocasión de explicarme.

—Ya tengo suficientes explicaciones. —Un rayo de dolor cruzó por sus pupilas—. Tomad, leed esto. Aquí hallaréis explicación para todo.

Se sacó de un bolsillo una carta ya abierta. Uno de sus hombres la tomó, se acercó al rey de Brajairi y se la tendió con la cabeza baja. Mientras Argaut la leía su rostro iba perdiendo la sangre. Al terminar dobló la carta y se la devolvió al embajador gricurio.

Otón dijo:

—Esa carta la escribió mi hija momentos antes de quitarse la vida y me la trajo una de sus damas de compañía, que acompañó al

mensajero que vino a mi país a darme la mala nueva. En la misiva, mi pobre hija me explicaba sus motivos. Ya lo acabáis de leer vos mismo: decía querer agradaros, ser una buena esposa para vos, comportarse con dulzura e inteligencia para que vos la aceptarais… Pero acababa de enterarse de que todo eso era inútil porque os habían descubierto con otra mujer, de la cual ya teníais dos hijos. Mi hija aseguraba que no podía soportar ese golpe, que se sabía incapaz de ser amada por ningún hombre por mucho que se esforzara, que la dicha de otras mujeres le estaba vedada, que no podía luchar contra la oscuridad de su propio espíritu… Y que prefería acabar con todo. Mi niña… —La cara se le arrugó y los ojos se le humedecieron. Apretó las mandíbulas y recuperó el control—. Perdonad mi estado bochornoso, pero soy padre además de rey.

—Majestad, estoy abrumado por la culpa y la vergüenza. No sé qué puedo hacer o decir para enmendar mis errores. Si os sirve de algo, os entrego mi amistad eterna. Me gustaría empezar de nuevo y ser para vos el buen hijo que no he sido. Dejadme probároslo.

—Ya no hay amistad posible entre vos y yo. Y en cuanto al tratado entre nuestros pueblos, podéis echarlo a las llamas porque la muerte de Isela no solo ha roto la alianza matrimonial, sino también la política. No lo voy a renovar. Ya no hay nada entre nuestros dos países, así que esta será la última vez que entréis en el mío y no acabéis ensartado en una espada. Podéis volveros con vuestra hueste porque hoy no os voy a atacar. A diferencia de vos, yo no soy un traidor. Tampoco iniciaré una guerra, si es eso lo que os preocupa, pues bien sé que la memoria de mi hija se os da una higa y que habéis venido solo por la conveniencia política. No habrá guerra solo porque no conviene a mi país. No obstante —se echó sobre el cuello del caballo y le señaló con el dedo—, guardaos mucho las espaldas, porque si en el futuro tengo ocasión de haceros pagar lo que le hicisteis a mi hija, vais a satisfacerme tal deuda. Y con intereses.

Argaut permaneció inmóvil en el caballo. Su rostro y sus ojos se endurecieron.

—Majestad, vuelvo a pedir que lo reconsideréis. Si no por mí, al menos por la concordia entre nuestras naciones.

—Yo soy mi nación y vos sois la vuestra. Eso lo dice todo. Vos asesinasteis a mi hija.

—Eso no lo acepto. Puedo ser culpable de muchas cosas, pero fue ella quien se arrancó la vida. Hizo su voluntad.

—¡Vos la empujasteis! Ella me lo contaba todo en sus cartas, me decía lo mal que la trataban en vuestra corte, lo mucho que se burlaban de ella y lo poco que escuchaban sus ruegos. Sobre todo me hablaba mal de vos, de vuestro comportamiento intolerable. Yo sabía que mi hija tendía a exagerar y preferí dejaros el beneficio de la duda.

¡Qué injusto fui! En realidad, la tratasteis peor de lo que ella decía, tanto, que al final se mató. ¡Vos la hicisteis desgraciada, felón asqueroso!

Argaut respondió:

—Majestad, he venido aquí para mantener la amistad entre nuestras naciones y vos no la deseáis. He venido aquí rebajándome y suplicando como ningún otro rey lo haría y tampoco aceptáis mis disculpas. Puedo tener parte de culpa, pero no toda… ¡Y ya está bien!

Otón lo miró con asombro. Rafucio se acercó un poco a Argaut.

—Majestad, creo que… —empezó a susurrar.

—No interrumpáis a vuestro señor cuando está hablando —le dijo Argaut, sin mirarlo. Rafucio asintió y se retiró—. Majestad, habéis dado rienda suelta a vuestro dolor y vuestra ira sin consideración alguna hacia mí. Me habéis insultado y no me permitís explicarme. Pues lo siento, pero ahora me toca hablar a mí. Desde el principio todos en la corte intentamos hacer feliz a vuestra hija y, lo creáis o no, yo fui el primero que estuve a sus pies para intentar satisfacer sus deseos. Pero ella jamás lo tuvo en cuenta y en realidad cuanto más la agasajábamos más nos hería. Ahora sé de quién lo aprendió.

—¿Cómo osáis…?

—Todavía no he acabado. No es elegante hablar mal de los muertos, pero tampoco vos habéis sido elegante conmigo, así que os diré que ella estaba desequilibrada. Vuestra hija sufría un desorden emocional muy grave y fue eso lo que en realidad la llevó a la muerte. Yo la traicioné, pero os juro por mi honor y por mi país entero que tal cosa ocurrió no con premeditación, sino en un momento de absoluta flaqueza, cuando estaba débil, desesperado y agotado, y consideraba imposible el hacerla feliz algún día. Esa es toda mi culpa y la acepto con humildad y vergüenza; pero no tengo ninguna culpa más. Y ya que hablamos de culpas, Majestad, no estaría de más que vos reconocierais la parte que os toca.

Otón estaba rojo de ira y no atinaba siquiera a hablar. Pero Argaut prosiguió:

—No os asombréis tanto, Majestad, pues no digo sandeces. La princesa que llegó a mi país no estaba preparada para subir al trono. Nadie la había educado para semejante cargo. Es muy duro ser reina. Poner a una joven sin preparación en tal brete es como arrojarla a las fauces de un dragón. Vos la malcriasteis con vuestra sobreprotección y la hicisteis inconstante y débil. —Respiró fuerte—. Y ahora que todo está ya dicho por ambas partes yo sigo ofreciéndoos la alianza entre nuestros dos pueblos. Tomadla o no, pero no volváis a amenazar a mi país. No es tan poderoso como el vuestro, pero es un adversario temible. Dicho todo esto, una vez más os suplico el perdón por mis yerros. Quiero que sigamos siendo, si no amigos, al menos sí aliados.

Por favor, dejemos atrás lo malo y hagamos juntos un camino de paz. ¿Qué me decís?

Otón quedó mucho tiempo en silencio, mirándolo con el ceño fruncido.

—Majestad, haced el favor de salir de mi tierra y no volver a pisarla jamás.

Sin esperar la respuesta se alejó con sus hombres.

—Nos vamos —dijo Argaut.

Dieron la vuelta y permitieron que los caballos caminaran de regreso a las tropas. Rafucio sonreía con los labios apretados.

—Majestad, sois un gran gobernante, pero permitidme deciros que la diplomacia no es lo vuestro.

—Puede que llevéis razón y que debiera haberme reprimido, pero mi paciencia tiene un límite.

—No ha sido una buena jornada —terció Etgula con pesadumbre —. Nos hemos quedado sin la alianza con Gricur y además tenemos el odio de su rey. Mucho habremos de esforzarnos para enmendar las cosas. Majestad, no os toméis a pecho las palabras del rey Otón. Comprended que aún está dolido por lo de su hija.

—Lo comprendo y no las tomo como una declaración de guerra. Pero por si acaso, tendremos siempre al ejército dispuesto para el combate.

—Por si nos aburríamos —señaló Rafucio con una sonrisa irónica —, ahora hemos de añadir también países extranjeros a nuestra lista de posibles enemigos.

—Eso, siempre —repuso Argaut—. Agradezcamos al rey Otón que al menos él sí lo reconozca.

—Ahí lleváis razón —concedió Rafucio.

—Volvemos a la corte. Aquí ya no hay más que hacer.

20

Argaut abrió los ojos y en lugar de hallarse en el lecho, junto a Queila, se encontró sentado sobre las baldosas de un patio semicircular rodeado de gradas de granito. Era una especie de teatro teremio. El sol lucía fuerte por entre unas nubes que se movían demasiado rápido, haciendo pasar las sombras sobre la cávea atestada de público, la orquestra, el proscenio y la escena. Las nubes se estiraban y contraían de un modo a la vez hipnótico y repugnante y dibujaban rostros enfermizos. Oyó el eco de una risa lejana y grotesca. Aquel sonido abrió un vacío helado en su pecho.

Se puso en pie. Estaba en el centro del proscenio y allá delante el graderío se elevaba sobre una ladera cuya cúspide degollaba el cielo. No había más edificios alrededor del teatro, sino un yermo polvoriento e infinito. Estaba en medio de la nada. Cada onza de realidad tenía una cualidad acuosa que a veces ondulaba con suavidad y a veces parecía chorrear como una mucosidad translúcida. Había lugares donde la imagen perdía nitidez y devenía un borrón confuso. Parecía que de un momento a otro todo fuera a desplomarse en una gran catarata, pero algo detenía aquella debacle, como si hubiera pinzas y manos invisibles que sostuvieran las cosas y les impidieran derramarse fuera de sí mismas.

Miles de espectadores lo contemplaban con avidez y a su vez Argaut no podía apartar la vista de ellos. No eran deformes o monstruosos, y aun así le parecían repulsivos. Había niños, hombres, mujeres, ancianos, adolescentes, y todos sonreían con los ojos desorbitados y murmuraban comentarios y chistes cuyo protagonista, estaba seguro, era él.

—¿De quién os burláis? —gritó.

Al oírlo, el público estalló en carcajadas. Los viejos ladraban su risa pétrea, los niños se retorcían, las mujeres chillaban con voz aguda y los hombres echaban truenos por la boca.

—¿Por qué reís? —gritó Argaut, caminando hacia un lado y luego hacia el otro—. ¡Os mataré a todos! ¡Silencio! ¡Obedeced a vuestro rey!

Sus movimientos y su voz se le antojaron histéricos e infantiles, pero no podía comportarse de otra manera. Debía detener esas risas; tenía que lograr que todos dejaran de burlarse de él. Pero por mucho que les chillara y les hiciera aspavientos las risas arreciaban, lo

ensordecían, atravesaban su cráneo y su cerebro. Las gentes se agarraban la tripa, pataleaban con las piernas en el aire, jadeaban, lloraban, moqueaban y daban puñetazos en la grada.

Argaut miró hacia atrás y halló la escena y su fachada. Había frisos y pinturas que representaban actores en momentos cómicos o dramáticos. Tuvo la sensación horrible de que también las figuras del muro se reían de él.

—¡Callaos! —gimió—. ¡Por favor!

Por supuesto, la súplica no hizo otra cosa que aumentar el regocijo del público.

Sonó un chirrido metálico y en el extremo derecho del muro se abrió una puerta. El público dejó de reír. Salió un hombre pequeño, de hombros estrechos y un vientre tan hinchado como el de una embarazada. Tenía las piernas y los brazos muy delgados y unas manos demasiado grandes. Vestía una túnica corta y un cinto del que pendía una espada en su vaina. Llevaba un yelmo cerrado, tan grande que tornaba aún más ridícula su figura. Andaba con chulería tabernaria y arrastraba la punta de la espada por el suelo. Alzó las manos y el público entero se levantó y aulló sus ovaciones. Lo adoraban. Era su héroe. Se volvió hacia Argaut, que lo miraba alucinado desde el otro extremo del proscenio, lo señaló y también se rio de él. Argaut pensó que si bien no podía hacer callar a todas esas miles de personas al menos le daría su merecido al bufón. Lo destrozaría con sus propias manos y entonces el público por fin cambiaría sus carcajadas por gritos de horror.

Dio un paso hacia el personaje, luego otro…, y su determinación se disolvió como la sal en el agua. La figura pequeña y barriguda no crecía físicamente, pero cobraba importancia en el universo. Horrorizado de sí mismo, Argaut encogió la cabeza y se agachó. No podía creerlo, pero le aterrorizaba ese hombrecillo grotesco que le hacía movimientos con la mano y lo invitaba a pelear. Supo que a pesar de ser más alto y más fuerte no podría vencerlo y aquella verdad ineludible lo torturaba porque ni siquiera podía entenderla. El público lo abucheaba y una palabra sobresalía por encima del resto:

¡Cobarde!

—¡No soy ningún cobarde! —gimoteó—. ¡He ganado batallas! ¡Soy el rey! ¡Obedeced al rey!

Las gentes le silbaban e increpaban. Quería huir y perderse en el desierto, pero no podía salir de los márgenes del proscenio y caminaba de un lado a otro como un insecto enloquecido, suplicando que se

callaran.

¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Argaut III el Cobarde!

El hombrecito del casco echó a andar con la determinación de los ganadores y, como perdedor que era, Argaut se agachó.

—¡No me pegues! —Su voz se convirtió en un gañido infantil—: ¡Por favor, no me pegues!

Con todo el desprecio del mundo el hombrecillo le dio un empujón. Argaut gimió y cayó de rodillas.

—No eres más que un cobarde —dijo el tripudo, con voz ronca y pedregosa.

—¡Perdón, señor! ¡Perdonadme!

Del casco emergió una risotada despectiva. Argaut no lo pudo soportar más, echó a correr y se lanzó sobre las puertas de la escena. Halló la primera atrancada, cosa que aumentó la diversión del público. La segunda tampoco se abría y cuando ya tiraba del mango de la tercera el hombrecillo le dio una patada en las nalgas y Argaut saltó y lloriqueó, mientras miles de personas aplaudían a su héroe. Por fin la cuarta puerta se abrió de un tirón y él se metió en un pasillo que olía a moho y a cerrado. No había ventanas ni tragaluces y los vomitorios estaban apenas iluminados por la luz espectral de unos pocos candiles de sebo en —¿o flotaban?— las paredes. Continuaba oyendo las risas del público, amortiguadas por la pared. Alguien debió abrir alguna puerta porque las carcajadas lo inundaron todo y levantaron una tormenta de ecos. Argaut se agachó, torturado por las burlas, merecidas porque había suplicado piedad de manera ignominiosa, como no haría ni el peor de los esclavos. No huía tanto de las risas como de su propia vergüenza, de la que no podría escapar jamás. Siguió adentrándose en la red infinita de corredores.

A veces descubría figuras borrosas en los rincones, rostros diluidos, perversos. Sus palabras lo herían:

Cobarde.
¡Mirad cómo corre!
Toda su vida fue un cobarde.
¡Corre, conejito, que ya viene el lobo!

Las risas quedaron atrás y el pasillo devino oscuridad perfecta.

Ahora debía palpar las paredes granulosas y mojadas. A veces tropezaba y tenía miedo de que el suelo desapareciera bajo sus pies y él cayera por un abismo, pero no podía detenerse, pues algo lo empujaba hacia delante, una fuerza superior. La negrura se condensó y se convirtió en un agujero opaco y profundo que palpitaba como un corazón viejo, hinchado de sangre corrompida, y sus latidos eran palabras:

Ven, ven. Te espero, te espero. Eres mío, eres mío.

—¡No! ¡Déjame en paz! ¡No quiero ir!

Argaut el Cobarde, Argaut el Cobarde. Ven, ven.

Bañado en lágrimas, Argaut siguió acercándose al boquete de oscuridad, a pesar de no querer hacerlo.

Algo prendió en su mente, una chispa de voluntad que provocó una explosión. Salió catapultado hacia arriba y abrió los ojos. Tembló durante muchos latidos. Estaba en la alcoba, junto a Queila, dormida y de espaldas a él.

Argaut permaneció sentado en la cama, rememorando la pesadilla. Las impresiones fueron difuminándose y el sueño se deshizo en hilachas que se perdían en la profundidad. Cuando apoyó la cabeza en la almohada húmeda ya lo había olvidado todo. No podía dormir. La luz entraba a raudales por un ventanal abierto. Oía las voces lejanas de los sirvientes, ocupados en sus tareas. Tal vez fuese ya mediodía.

Apartó las sábanas y se levantó. Se desperezó y pensó que era maravilloso sentirse fuerte e invencible y tener dentro energías que poder derrochar en algún tipo de ejercicio físico intenso. Se acercó a la cama y le dio una cachetada en las posaderas a Queila. Ella soltó un grito, arrancada de los brazos del sueño. Se volvió con los ojos muy abiertos y los mechones de cabello en la cara.

—¿Qué forma es esa de despertarme? —protestó.

—¡No hay que vaguear! ¡Hoy no iré a palacio! Me tomaré el maldito día libre. ¿Acaso no puedo hacerlo? ¡Demonios, soy el rey! ¡Puedo hacer lo que me venga en gana!

Ella cogió la almohada y le dio con ella en la cabeza.

—¡Esto por lo de antes! —Se le acercó y lo besó—. Y esto otro por lo de ahora. ¿Qué quieres que hagamos hoy?

—Podemos salir a pasear por los campos y los bosques.

—¡Está todo nevado! —se quejó Queila.

—Pero el sol luce. Debemos aprovechar antes de que el cielo se nuble y lleguen las heladas. Quiero hundir las botas en la nieve. Estamos siempre metidos en casa, como los topos.

—Los topos son sabios porque se quedan en sus madrigueras cuando hiela.

—Hay que salir y disfrutar del campo y el aire limpio y fresco.

—¿A qué viene tanta prisa? —preguntó ella, perezosa como una gata.

—No lo sé —respondió Argaut—. Hay que disfrutar de la vida antes de que nos arrojen a la tumba.

Los dos quedaron sorprendidos de esas palabras, tan espontáneas como lúgubres. Al final, Argaut se encogió de hombros y dio una palmada.

—¡Arriba, señora! ¡Hay que ponerse en movimiento!

Ella protestó sin fuerzas y al final también se levantó.

1591 había sido un año fructífero. El reino se fortalecía y prosperaba en la paz. Las Hermandades de Justicia habían limpiado los caminos de malhechores y la seguridad civil dio el empujón definitivo a la actividad comercial brajairia, el impulso que empezara cinco años atrás, cuando Eñanca y el resto del gabinete económico pusieran en marcha las medidas que soltaron las correas de los mercados del país. El tránsito de mercancías era seguro y Brajairi pudo explotar su situación privilegiada como enlace entre culturas y civilizaciones. Las rutas comerciales no solo se fortalecieron, sino que se multiplicaron. Todo eso traía riquezas a los burgos, las villas y las ciudades, pero también beneficiaba a las gentes del campo, que daban mejor salida a sus productos en el mercado minorista. Por supuesto, las arcas estatales se alimentaron de esta situación. Y la nobleza estaba ya controlada por completo, excepto en el Señorío de Ertalce, donde no podían entrar las Hermandades de Justicia.

Tras el matrimonio catastrófico con Isela Albeir el rey continuó libre, pero no solo. Seguía empecinado en casarse con la realeza extranjera, bien por razones de Estado o bien por motivos egoístas, pues quizás quisiera demorar un poco más el momento de separarse de Queila. Los dos vivían otra vez como cónyuges que se hubieran saltado la boda. Vibriosa, y no la corte, era el verdadero hogar del rey. Siempre había problemas que atender en el reino, pero había pasado

la época de las crisis y el rey empezaba a disfrutar de la paz general y de su propia dicha particular.

No obstante, ese mismo día de invierno en que fue a pasear con su dama, sufrió un desmayo atípico en él y se llevó una mano al pecho, como si le doliera el corazón. Jadeaba y tosía, falto de aire, y Queila se asustó muchísimo. Llamó a gritos a los lacayos y llevaron al rey a la casona. Allí, los síntomas graves remitieron, pero la molestia en el pecho persistía.

—No es nada —se quejó Argaut, con el enojo de los hombres enérgicos cuando la enfermedad los debilita—. Se me pasará con un poco de descanso. Voy a levantarme de una vez por todas.

—¿Cómo que no es nada? —protestó Queila. Se volvió hacia el médico—. Señor, haced el favor de decirle al rey que siga vuestros mandatos.

—Majestad —dijo el médico—, me temo que la dama está en lo cierto. Habéis sufrido un ataque al corazón. Podría haberos costado la vida. A partir de ahora tendréis que llevar más cuidado.

—¿Cómo es posible eso? —se extrañó Argaut—. Aún no soy tan mayor, como y bebo sin excesos, me adiestro con armas y caballos a diario y no tengo una uña de grasa bajo la piel.

—Tenéis hábitos sanos, pero os ha ocurrido algo tan grave que no se puede olvidar así como así. Ha de veros vuestro médico de la corte, que os conoce mejor, pero seguid mi consejo: tendréis que evitar los esfuerzos físicos y mentales.

Argaut lo miró con enfado y temor.

El médico de la corte dio el mismo veredicto

No era frecuente, pero el mal del corazón a veces atacaba también a los hombres sanos. Le prescribió descanso durante unos días y una dieta suave. Argaut hubo de obedecer a disgusto porque estaba acostumbrado al ejercicio físico y le gustaba. Fuera por ello o por otras cosas, cada día se levantaba de peor humor; dormía mal, tenía pesadillas y estaba siempre irritable y ojeroso. Los problemas del país lo impacientaban como nunca lo habían hecho. Se mostraba arisco e impaciente y todos debían aguantar sus desplantes e impertinencias. Lo peor era que la enfermedad no remitía, pues a veces sufría ahogos y jadeaba y tosía como si le faltara el aire; pero se le pasaba enseguida y quedaba sumido en una ira impotente. Once días después del primer ataque sufrió otro, en plena sesión del Consejo Real. Primero fue una punzada en el estómago, luego sintió como si una coraza estuviera cerrándose sobre su pecho, comprimiéndolo de modo insufrible, y por último el dolor agudo lo hizo retorcerse en la silla. Todos se lanzaron a socorrerlo y llamaron a voces al médico. Por fortuna se recuperó, pero la molestia en el pecho ya no volvería a abandonarlo; la sentía pegada al corazón, agazapada, preparada para clavarle los colmillos. A

partir de ahí hubo de guardar cama porque incluso caminar le resultaba odioso. Se le prohibieron el alcohol y las comidas fuertes, así como cualquier tarea preocupante. Demayara Agrate volvió a ser la regente y tomaría las decisiones en su nombre, ayudada por el Consejo. Eso lo exasperaba, lo cual a su vez intensificaba el malestar. Fueron llamados los mejores médicos del país; pinchaban y buscaban la arteria congestionada, sin resultado, y algunos propusieron abrir el pecho del rey para estudiar el corazón, buscar el mal y extirparlo, pero era una operación prácticamente suicida, así que fue descartada.

No había cura y para colmo de males la opresión en el pecho aumentaba poco a poco. Los médicos estaban seguros de que el rey acabaría por sufrir otro ataque, quizás el último. Su estado físico era lamentable: cualquier esfuerzo era excesivo, todo le cansaba y solo encontraba alivio en los libros y en las personas que quería. Queila pidió —mejor dicho, exigió— cuidarlo de día y de noche. Estaba siempre a su lado y se esforzaba por darle ánimos, aunque por dentro ella supiera —como todos— que el fin del rey estaba próximo. También estaban cerca las gentes del Consejo y sobre todo sus tíos Demayara y Guarner, sus segundos padres. El infortunio había hecho amigas a Demayara y a Queila y la regente en su fuero interno se lamentaba de que aquella mujer no perteneciera a una familia de alcurnia porque entonces hubiera sido una reina ejemplar. También lo veían a menudo sus hijos, que miraban a su padre convaleciente con ojos enormes y tristes, llenos de un miedo del cual nadie quería hablarles.

A la debilidad del rey se le sumaba ese mal carácter que lo volvía quejoso y enojado. No parecía el mismo que hiciera frente con templanza a tantos y tan graves problemas; pálido y cadavérico, estaba siempre malhumorado y soltaba reniegos cada dos por tres. Se lo perdonaban porque la agonía lo redime todo. Y el sufrimiento no acababa ni siquiera cuando caía en manos del sueño…

Argaut abrió los ojos y se encontró sumergido en la oscuridad. Las tinieblas se iban aclarando con lentitud y las imágenes tenían un aire nebuloso, como si lo viese todo a través de un vidrio sucio.

No puede ser la realidad, se dijo. *Es una pesadilla.*

Pero todo era demasiado nítido. Se pellizcó a sí mismo hasta que el dolor le hizo gruñir, mas no despertó.

Sentía una angustia pesada y pegajosa, como un sudario invisible adherido a la piel. No pudo evitar encogerse de hombros y doblar la

espalda. Empezó a jadear. El corazón se le disparó en el pecho y de pronto comprendió que de veras *se podía morir de miedo*. Sintió deseos de echar a correr, sin importar hacia dónde: huir y huir y huir hasta que se acabara el mundo.

Trató de comprender lo que le rodeaba y las manchas fueron cobrando sentido y se transformaron en objetos que podía reconocer. Era una especie de salón gigantesco con estanterías atestadas de rollos y volúmenes.

Una biblioteca.

Se dijo que tal vez los libros le dieran la clave para escapar. Cogió un volumen pesado con pastas de cuero y lo sacó entre nubecillas de polvo. Consternado, se dio cuenta de que no podía leer el título. Conocía el idioma, *pero no podía entenderlo*. Pasó las páginas y le sucedió lo mismo con las frases y los párrafos. Su significado se le escapaba una y otra vez, como la palabra olvidada en la punta de la lengua. Era horrible sentir la huida de la inteligencia y el avance conquistador de la espesura y la torpeza.

Se estaba volviendo tonto.

Aterrado, tomó otro libro y lo abrió. Lo desechó y luego desplegó un rollo. ¡No sabía leer! Las ideas iban y venían por su cabeza e intentaba atraparlas, como el gato cuando intenta cazar una mosca. Ante él se alzaba la estantería llena de libros, subía hasta el techo lejano y sombrío y parecía a punto de desplomarse sobre su cabeza, como un monumento a su analfabetismo y su ignorancia. Gritó y retrocedió, y su pie tropezó con libros tirados por el suelo, con volúmenes que se abrían con vida propia y le mostraban mensajes que no podía descifrar. Echó a correr, pero resbalaba cada dos por tres, incapaz de sobreponerse a su torpeza. Jadeante, sudoroso y con los ojos desorbitados vio un gran muro al final del pasillo; había aparecido desde ninguna parte, de pronto.

En ese muro había una puerta.

Y tras la puerta había *algo* que le esperaba.

Si creía que el miedo no podía aumentar, estaba equivocado. Un relámpago de horror le puso el vello de punta. Quería alejarse de la puerta, pero cada vez que miraba hacia atrás estaba más próxima. Seguía tropezando en este suelo atestado de unos libros que apenas le permitían caminar, menos aún correr. Se movió a cuatro patas como un animal enloquecido y por último se arrastró como un reptil.

Ven.

Tras él estaba la plancha de madera podrida, húmeda, hedionda,

con un pomo de metal oxidado. La puerta estaba entreabierta y por el hueco emergía una oscuridad viva, latente.

Te estoy esperando. Pasa. Eres mío.

Argaut jadeaba tanto que le resultaba difícil respirar. Acercó la mano al pomo. Su ser entero le chillaba que se alejase del ente, pero no podía desobedecer.

¿Qué había allí?

El mal.

Te espero.

De algún lugar extrajo la voluntad necesaria como para apartar la mano y entonces la puerta se alejó, y también se fueron el pasillo y sus estanterías llenas de libros, y la oscuridad y las formas grises, y ascendió través de un gel nebuloso.

Te espero…

Se encontró a sí mismo en la cama de su aposento del Palacio Imperial. Aún jadeaba. Se dijo que solo había sido una pesadilla, una maldita pesadilla más. Queila estaba a su lado con una compresa fresca para limpiarle el sudor.

—Has tenido un mal sueño —dijo ella.

—Ya lo sé. —Argaut apartó su mano con enojo—. Ojalá pudiera dormir tranquilo.

—Todas las noches sufres pesadillas, pero nunca hablas de ellas. ¿Cómo son?

La miró con tal ira y suspicacia que ella se sintió herida, pero aguantó y permaneció firme.

—¿Para qué quieres saberlo? —gruñó él—. ¿Acaso quieres atormentarme?

—Solo deseo ayudarte, bien lo sabes. Tal vez si me contaras sobre esos malos sueños, si te descargaras…

—¡Déjame en paz! ¡Largo! ¡Quiero estar solo!

Se agarró el pecho y boqueó como si le faltara el aire. Queila llamó

a gritos al médico, que prácticamente vivía en un cuarto anejo. Le preparó una infusión relajante, Argaut la tomó y se tranquilizó un poco. Le dijo al hombre que se fuera y después se volvió hacia Queila, agotado.

—Lo siento. No debía haberte hablado así.

—No tiene importancia —repuso ella, muy cansada.

—Sí la tiene. Debería estarte agradecido y en cambio te trato con aspereza. Siempre estás a mi lado, incluso ahora, cuando estoy muriéndome.

Le tendió una mano, ella se la tomó e hizo un esfuerzo para no romper a llorar.

—No digas tonterías. Eres más tozudo que un yunque, así que vas a curarte. —Sonrió a duras penas—. Entonces me resarciré de este malhumor tuyo, eso te lo prometo.

Argaut también sonrió, agotado, con la cabeza hundida en la sábana húmeda de sudor.

—Hasta aquí he llegado, Queila.

Al fin, ella no pudo evitar llorar.

—También quiero pedirte disculpas por no haberme casado contigo.

—Argaut, hemos hablado tantas veces de eso que ya…

—Déjame, por favor. Tengo que decirlo. Es importante para mí, sobre todo ahora. Lamento no haberte hecho mi esposa, pero sé que volvería a hacerlo de la misma manera. No puede ser de otro modo.

—Lo sé. Y no me importa.

—Pero a mí sí. —Tragó saliva con dificultad—. A mí sí. Y aún lamento más otra cosa, referente a nuestros hijos. Brelán debería llevar la corona cuando yo muera, pero en mi testamento he dejado escrito que la reina ha de ser mi tía. Cuando ella fallezca le sucederán sus hijos, empezando por la mayor, Demayara. —Apretó la mano de Queila—. Tienes que lograr que Brelán lo entienda cuando crezca. No quiero que me odie por haberle dado de lado. Por favor, prométeme que no me odiará.

—Argaut, tu hijo te adora y te ama con locura. Es imposible que llegue a odiarte.

—Queila, tú no vives en la corte, no sabes lo que pueden hacer las malas lenguas y cómo envenenan los corazones. Conozco a mi hijo. Es enérgico.

—Más inquieto que un mosquito. Como tú.

Argaut sonrió.

—Sí, soy un mosquito convertido en rey. Un buen símil. —Su mirada se agravó—. Brelán es un líder natural y será un capitán de hombres. Hará grandes cosas por este país. Pero nunca reinará. Tienes que hacérselo entender. Debe aceptar sus límites porque de otro modo

acabará destrozado. Confío en ti para que le sepas guiar.

—Lo haré. Pierde cuidado.

—En cuanto a Raulia, mi niñita querida, solo ruego a los dioses que crezca tan hermosa y sabia como su madre. Ojalá sea tu fiel reflejo.

Queila sonrió por entre las lágrimas.

—Y sobre ti —Argaut le acarició una mejilla—, ¿qué puedo decir que no sepas ya? Eres la única mujer a la que he amado. Siempre estuviste dentro de mí, siempre cerca, incluso cuando estábamos lejos uno del otro, incluso cuando estuve casado con esa pobre chica de Gricur. Me gustaría poder describirte lo que siento por ti, pero no puedo. He leído muchos libros y sé que al final las palabras, incluso las mejores, son inútiles. No soy viejo y aun así he vivido una vida muy larga. He sufrido mucho y he gozado mucho. He tenido muchas cosas buenas, pero ninguna como tú. Tú eres lo mejor de todo.

Deshecha en lágrimas, Queila apretó la mano de él contra su mejilla. Estuvieron así durante un buen rato y al final él volvió la vista hacia el techo.

—Por favor, llama a mi tía. Quiero que vengan los miembros del Consejo Real. He de despedirme de ellos y hablar sobre cómo deben dirigir el país. Luego me despediré de nuestros hijos. Y por último veré al sacerdote para ponerme a bien con los dioses antes de irme de Dirtán.

Queila intentó decir algo, pero no lo consiguió. Se limitó a darle el beso más dulce del mundo y eso bastó para ambos, pues, como había dicho él, al final las palabras no sirven de nada.

Aquella tarde del segundo de 1592 las personas del Consejo, los más allegados al rey, sus familiares y personas de confianza, pasaron a verlo para darle el adiós. Hubo muchas lágrimas y hasta algún reniego en voz baja contra los dioses, pero Argaut los recibió a todos y a todos les dio consejos y órdenes sobre cómo dirigir su reino. Llegado un instante le atacó la angustia, se agarró el pecho y crispó las facciones en una mueca de dolor. Todos se asustaron mucho, pero fue un falso ataque. Quedó sudoroso y cansado, mas no hizo caso a quienes le decían que guardara las fuerzas, sino que continuó con lo que consideraba su última tarea de gobierno.

Lejos de la cama, algunos de los presentes hablaban entre susurros:

—Qué desgracia —se quejaba Brelán Etgula, con los ojos enrojecidos. También estaba allí Liyoba Farica, con un pañuelo en su mano izquierda, así como Queila Nicario y Sofredo Eñanca—. Si fuera un hombre mayor… Pero alguien tan joven, en la flor de la vida…

—Es muy injusto —dijo Liyoba—, pero nada podemos hacer, salvo darle la seguridad de que todo lo que ha hecho en Brajairi nunca quedará malogrado.

—Si al menos el pobrecillo pudiera descansar… —repuso Queila, más para sí que para los otros, en el tono resignado con el que se repiten una y otra vez las fórmulas de dolor en estas situaciones—. Pero ni siquiera puede dormir tranquilo. Sufre unas pesadillas horribles.

Eñanca levantó una ceja y se volvió para mirarla.

—¿Pesadillas? ¿Y con qué sueña el rey?

—¡No lo sé! —susurró Queila, exasperada—. No me lo quiere contar y cuanto más le pregunto más se enoja.

Sofredo Eñanca entrecerró los ojos, pensativo.

—Señora, ¿el rey lleva mucho tiempo sufriendo esos malos sueños?

—Creo que empezaron con la enfermedad de su corazón. Antes dormía como un tronco, pero ya no pasa un día sin que se revuelva en la cama.

—¿Y decís que se niega a hablar de sus sueños?

—No solo se niega, sino que se enfurece cuando alguien le pregunta. A veces me da miedo. Jamás se había comportado así. En esos momentos es como si mudara y no fuese él, sino otra persona.

Las pupilas del Viejo Buitre se movieron de un lado a otro.

—Disculpadme. He de atender asuntos urgentes.

Y se fue, dejándolos un tanto sorprendidos. Pero pronto lo olvidaron, zarandeados por la marejada de dolor.

21

Al anochecer Eñanca pidió una reunión privada con la regente. El asunto atañía a la curación del rey. Muy ilusionada, Demayara llamó a Guarner y los dos se vieron en un despacho con Eñanca, que vino acompañado de dos religiosos: Braúl Otón, sumo sacerdote del Culto de Braladur, y una mujer cuyos ropajes la anunciaban como sacerdotisa de la diosa Matuma, esposa de Braladur y madre de los otros dioses del panteón escaldraio.

Demayara los miró con el ceño fruncido.

—¿Qué es esto, señor Eñanca? Pensaba que haríais venir a un doctor con algún remedio para la enfermedad del rey. Ya hay un sacerdote que apacigua su espíritu. —Miró impaciente y enojada a los dos ungidos—. Agradezco vuestra presencia, sumo sacerdote, pero… ¿Para qué ha venido esta servidora de la Madre? No estamos tratando asuntos de fertilidad ni cosas de mujeres.

—Alteza, señor Injeca, dejad que me explique —respondió Eñanca—. Ciertos síntomas del malestar del rey me han recordado otros casos de los que oí hablar hace tiempo a un par de mercaderes amigos; esos hombres habían viajado por todo Dirtán y me contaron algunos relatos sobre una… *enfermedad* parecida a la del rey.

—¿Y qué remedio os dieron? —intervino Guarner—. Vamos, dadnos la fórmula y que el médico la prepare cuanto antes.

—Será mejor que hablen los entendidos.

Braúl Otón tomó la palabra:

—El señor Eñanca vino a verme esta tarde pidiéndome un experto en ciertos asuntos… Al principio no le di crédito, pero insistió tanto que al final he hecho venir a esta mujer, una de las mejores hechiceras del país.

—¿Hechicera? —Demayara abrió mucho los ojos—. ¡El rey sufre del corazón! ¡No podemos perder el tiempo con tonterías!

—Alteza —intervino la sacerdotisa—, me llamo Chansa Mareto y he dedicado la mayor parte de mis cincuenta y cinco años no solo a servir a la Madre, sino al estudio de cierta rama de la magia.

La miraron con curiosidad. Era una mujer pequeña y rechoncha que en un principio pasaba desapercibida; pero en aquel rostro abotargado los ojos azules miraban con una serenidad y fuerza turbadoras. También su voz tranquila engañaba, pues enseguida se entendía que estaba acostumbrada más a mandar que a obedecer.

—Sé mucho sobre magia negra. Puede que el mal del rey esté relacionado con esas cosas.

En el silencio se miraron unos a otros. Chansa Mareto prosiguió:

—Por ahora no puedo emitir ningún juicio. En primer lugar debo hablar con el rey y llevar a cabo ciertas operaciones. —Levantó una mano para callar a Demayara, que, sorprendida por tal familiaridad, guardó silencio—. Es posible que el problema del rey sea solo fisiológico, pero si hay algo más debéis confiar en mí sin reservas.

—Yo avalo a esta mujer —afirmó Braúl Otón.

Demayara acabó por asentir, aunque de mala gana.

—Doy permiso para que tratéis al rey, pero os lo advierto: si agraváis su malestar lo pagaréis caro.

—Os aseguro que ninguno de nosotros podemos agravar su mal —contestó la sacerdotisa—. Ya es bastante pernicioso por sí mismo. Si me lo permitís, quiero hablar con el rey.

Al cabo de poco se encontraban en la alcoba del enfermo. Demayara pidió a todos que se fueran para que en el cuarto solo quedaran con Argaut ella, su esposo, Chansa Mareto y Braúl Otón. Queila se negó en redondo.

—No voy a salir. Estaré con el rey hasta su último aliento.

—Señora, por favor… —empezó a pedir Demayara.

—Tendréis que llamar a la guardia y llevarme a la fuerza. ¿Queréis que el rey vea semejante cosa?

—Tía… —intervino Argaut con un hilo de voz—. Dejad que la señora Nicario se quede. —Tomó de la mano a Queila—. Su presencia me hace mucho bien.

Demayara asintió.

—Sea. Esta mujer quiere hablar con vos, Majestad. Es una sacerdotisa de Matuma.

—Ya hablé con un sacerdote.

Chansa Mareto se acercó a la cama del rey.

—Majestad, deseo haceros unas preguntas sobre vuestra enfermedad.

—Preguntad lo que queráis.

—¿Os encontráis cansado? No solo física, sino mentalmente.

—Aparte del dolor constante en el pecho, tengo la cabeza pesada, como envuelta en nieblas. Pero eso ya lo sabe el doctor.

—¿Dormís bien?

Argaut la miró receloso, sin levantar la cabeza de la almohada.

—¿Por qué lo preguntáis?

—Señora —dijo Queila—, ese tipo de cuestiones le molestan.

Mareto levantó una mano para silenciarla.

—¿Dormís bien, Majestad?

—No.

—¿Tenéis sueños?

—Todo el mundo sueña.

—¿Recordáis alguno de esos sueños vuestros?

—No. Y vuestras preguntas me molestan mucho.

A la sacerdotisa pareció no importarle, porque ahondó en el tema:

—Majestad, habladme de vuestras pesadillas.

—Me incomodáis. —La ira arrugó la nariz del rey y frunció su ceño —. Fuera de aquí. Largo.

—Debéis contarme vuestras pesadillas, Majestad.

—¡Guardias! ¡Echad a esta vieja asquerosa!

—Las pesadillas, Majestad.

Argaut la señaló con el dedo y a todos les asustó la maldad de su rostro.

—Voy a hacer que te encierren y voy a ordenar que te arranquen el pellejo a tiras. Mis hombres te violarán, te meterán el miembro por todos los agujeros, te reventarán las entrañas y luego usarán hierros candentes y yo lo contemplaré todo y disfrutaré viendo tu final, vieja repugnante, manceba de los demonios, sí, disfrutaré mucho viendo tu cuerpo destrozado, descoyuntado y desmembrado, y luego castigaré de igual manera a todos tus seres queridos. ¡Los mataré a todos! ¡Guardias! ¡Prended a esta furcia!

Todos estaban horrorizados, salvo la sacerdotisa, que asintió despacio y retrocedió con lentitud. El rey jadeaba y Guarner corrió a llamar al médico para que le diera alguna infusión tranquilizante.

La sacerdotisa salió de la alcoba y Demayara y Guarner la siguieron.

—Nunca le había visto hablar de ese modo… —dijo la regente, confundida.

—No importa —dijo Mareto—. Mis temores parecen confirmarse, pero esta noche saldremos de dudas. Necesito que vengan dos compañeras mías, también expertas en estos asuntos, y además quiero a uno de los mejores magos de la Fuente. Alteza, sé que los caballeros de las órdenes tienen prejuicios contra los hechiceros de Braladur, pero son imprescindibles si queremos salvar al rey.

—Yo misma se lo ordenaré y os obedecerán. No temáis.

¿Dónde estoy?

Espadas, lanzas, hachas, dagas, mazos, mayales, martillos de batalla, alabardas… Había hojas filosas hasta donde alcanzaba la vista, unidas en una malla de aceros que formaban el suelo donde se

encontraba, un horizonte de armas letales que se extendía hasta el infinito, bajo un cielo sanguíneo en el que destellaba un sol agonizante cuyos haces se reflejaban en todos esos instrumentos de guerra. Permaneció confuso durante unos momentos, pero enseguida comprendió que así es como debía ser, que cada una de las piezas encajaba en la siguiente y que no había eslabones débiles en la cadena de esta realidad.

No hay donde huir, pensó.

Se sintió débil y al mirarse las manos las vio delgadas y pequeñas. En la cara no había barba ni bigote, ni siquiera bozo adolescente. Era un niño. Eso le hacía sentirse desvalido, como en una época que creía olvidada. Todo volvía. Pero aquí no había escondrijos donde ocultarse.

Empezó a andar rápido, casi a correr. Vio un árbol cuyo cuerpo estaba hecho de astas de lanza dobladas, apelmazadas y entrelazadas en haces de nervios de madera. De sus ramas colgaban dagas, hachas y mazas claveteadas que una brisa débil hacía moverse y tintinear, como el sonajero de un pequeño dios. Corrió hasta el árbol, pero los tintineos de las armas tenían un matiz burlón y casi gritó al ver un ojo en cada hoja de acero. Había decenas de ojos en las ramas, con pupilas que se movían para seguir sus movimientos, que permanecían fijas como las de un pez, que iban de izquierda a derecha o que giraban como las de un loco; ojos ansiosos y desorbitados, ojos que sonreían malévolos, ojos que no se cerraban nunca o que parpadeaban sin descanso. Se abrieron rajas en la corteza de las astas y por ellas emergieron más globos oculares.

Se alejó del árbol con horror. En las hojas del suelo también había ojos, miles, millones, y daba saltitos para evitarlos, y las nubes ensangrentadas dibujaban ojos malévolos y divertidos. A su alrededor emergieron más árboles. Se encontraba dentro de un bosque feraz, un océano de armamento que había cobrado vida. Las hojas de acero seguían moviéndose, hacían bailar los ojos y reían con su voz metálica:

Clingclingclong, ¡ssscchnnn! Clincgnnn, sssschng, clingncling, clinggg, ¡clingshhhnnggclongclong! Clingclangscling, cling, cling, cling, ¡clanggcling clongg! Clingcling, clingclongsss… ¡Cnnncliiincgnnn! Ssschngcling, cling, shhhnngg, clong, clong, cling, clang, shchcling, clinnnng, schichnnng, cling, clingcling, clnngg, clong, cling, cling, ¡clnnng! Clang, clang, schlinnng, cnng, clang, clang, clinnng…

Quiso gritarles que se callaran, pero le salió un gañido quejoso. No había lugar donde esconderse, así que al final cayó al suelo de metal, se aovilló y se refugió en sí mismo, deseando que se lo tragara aquella tierra metálica. Pero comprendió que eso no sucedería y que el tormento solo tendría fin cuando su cordura se hiciera pedazos.

Oyó voces lejanas por entre las risas vibrantes del metal. Su corazón casi escapó por la boca mientras se despeñaba por un nuevo abismo de horror. No podría soportar que alguien lo descubriera así, tan pequeño e indefenso. Se levantó como un animalillo asustado. Ya podía oír con claridad las voces masculinas e infantiles que él conocía tan bien. Corrió a esconderse detrás de un árbol y las decenas de pupilas del tronco giraron y se movieron para clavar en él sus miradas divertidas.

Apareció la comitiva, un gusano de niños y caballos. Vestían cotas de malla, cascos, túnicas fuertes y botas altas. Llevaban escudos, lanzas, espadas, dagas, mazas, hachas, arcos y estuches con flechas. Eran niños crueles, orgullosos, triunfales, soldados infantiles que desconocían la piedad y que estaban siempre deseosos de martirizar a los débiles.

Que no me vean, por favor, quenomeveanquenomeveanporfavorporfavor…

Se escabulló de árbol en árbol para alejarse del ejército, pero cuanto más corría más cerca estaban. Se los encontró de pronto, ante él. Eran decenas, cientos de guerreros infantiles que al verlo guardaron silencio. Permanecían inmóviles y lo contemplaban desde sus caballos. Incluso las armas de los árboles habían dejado de moverse y ya no emitían sus tintineos.

Los niños lo señalaron y sonrieron. Hacían comentarios en una lengua que él no entendía. Pero sí comprendía el sentido despectivo y burlón. Quería decirles que era un guerrero como ellos, pero se sentía avergonzado y ridículo. Uno de los chiquillos se abrió paso entre los demás. Sin duda era el líder. Llevaba una armadura de diseño exótico y un yelmo que ocultaba sus facciones, pero en el visor sus ojos brillaban como carbones al rojo vivo. Argaut no pudo soportar su escrutinio y retrocedió hasta dar con la espalda en un árbol. El pequeño líder desmontó y se le acercó. Su odio y su desprecio lo mareaban. Tenía una espada envainada en una mano y la sacó de su funda con un siseo. La tiró a sus pies y desenvainó otra que había aparecido de la nada. Le apuntó con su acero y luego señaló la espada tirada.

—Cógela y defiéndete.

Argaut se agachó y tomó el arma, sin dejar de temblar. Los niños se rieron. La espada pesaba como un yunque y le resultaba difícil sostenerla.

—Defiéndete —ordenó su némesis—. Pelea.

Argaut quiso levantar la espada, no tanto para luchar sino al menos para mostrar un poco de dignidad, pero su enemigo lo miraba con desprecio y su ejército de chiquillos también mostraban repugnancia.

—No puedo. —De inmediato odió su propia voz aguda y lastimera —. Dejadme en paz. Por favor.

El guerrero no dijo nada. Se quitó el casco, dejando a la vista su rostro.

Era él, su propio rostro infantil, altivo, cruel y majestuoso.

—Te odio. Y te mataré.

Argaut tiró la espada y escapó a la carrera. Su enemigo y los otros niños quedaron atrás, lejos, y el bosque fue tornándose más oscuro y las nubes del cielo se volvieron ominosas. Las sombras cobraban espesor y devenían cuerpos retorcidos. Su huida no era errática, pues se dirigía a un lugar determinado, hacia una voz que convertía los horrores anteriores en preocupaciones pasajeras:

Me conoces y sabes quién soy. Soy tu dueño, aquel hacia el que te diriges sin poder evitarlo…

—¡No! —gritó. Se dejó caer y quedó arrodillado y encogido—. ¡No quiero ir contigo!

…Pero lo harás, pues tú me perteneces. No puedes huir. No puedes hacer nada para evitarlo. Eres de mi propiedad…

La oscuridad creció y se extendió como un ente vivo, una mancha que devoraba los árboles, el cielo y el suelo de hojas de espada, una criatura ávida de luz, una ola que se alzaba para caerle encima y llevárselo igual que el mar se lleva las algas rotas. Levantó una mano y vio sus propios dedos recortados contra un techo de vigas. Se dio cuenta de que estaba gritando y cerró la boca de golpe. Miró a Queila, que lo observaba a su vez con angustia.

—Ha sido otra pesadilla, amor mío, solo eso. —Se volvió hacia el médico—. ¿No podéis darle un calmante más fuerte, algo que le permita dormir en paz?

—Señora, os juro que estas medicinas amansarían a un caballo enloquecido. Estoy tan sorprendido como vos.

Se abrió la puerta y entraron Demayara, Chansa Mareto, dos sacerdotisas más y un par de caballeros del Alba Dorada. Uno de estos era el maestre Serem Erejna, que se encontraba en la capital por culpa del hecho luctuoso de la agonía del rey. Había exigido acompañar él en persona a las sacerdotisas de Matuma, pues como buen mago de la Fuente que era no se fiaba de los hechiceros de Braladur. En épocas lejanas unos y otros incluso habían sido enemigos. Pero hoy debía cumplir las órdenes de la regente y, aunque receloso, haría lo necesario para salvar al monarca.

—Señor —le dijo Chansa al médico—, dadle al rey el calmante más fuerte. Lo necesitamos dormido.

El hombre miró a la regente, que asintió, y fue al cuarto anejo a preparar una infusión adormecedora.

—Todos saldrán de la estancia salvo mis compañeras sacerdotisas y los magos de la Fuente —dijo Mareto—. También vos, Alteza. Señora Nicario, si de veras lo amáis me obedeceréis.

Las dos mujeres titubearon, pero al final asintieron. Antes de salir Demayara le dijo a Mareto:

—Espero que sepáis lo que hacéis.

—Por desgracia, conozco bien estas cosas.

En la habitación quedaron las tres hechiceras, los dos magos y el enfermo. Argaut la miraba con odio, pero estaba tan débil que ni siquiera podía hablar. El doctor volvió y le dio una taza humeante, pero el rey se negó a cogerla.

—La bruja me quiere drogar. No tomaré el mejunje.

—Majestad, es por vuestro bien.

—Dejadlo —repuso Mareto—. Desconfía de todo y de todos. Idos vos también.

El médico obedeció.

—¿Y ahora qué, señora? —preguntó Erejna.

—Maestre, por favor, levantad una membrana protectora para que no pueda entrar ni salir ninguna nueva fuerza mágica. Las que ya se encuentren en esta habitación no deben sufrir ningún daño. Tenemos que convertir la alcoba en un campo lo más neutral posible.

El maestre dudó unos instantes, pero al final asintió. Su lugarteniente y él entraron en trance entre parpadeos, pues eran veteranos del Arte, hubo un chisporroteo que no se sentía en los oídos, sino en la mente, y la atmósfera se volvió tensa, pero de un modo extrañamente sutil. Había una película traslúcida y brillante sobre las paredes, el techo y el suelo, como si allí se hubieran condensado las partículas de polvo.

Argaut miró con ira a la sacerdotisa.

—Márchate de aquí, ramera asquerosa. Te lo ordena tu rey.

Ella levantó una mano, entrecerró los ojos y bisbiseó algo

incomprensible. También lo hicieron las otras dos sacerdotisas. Hubo una voluta de gasa incorpórea que emanó de los dedos y la boca de las hechiceras, una serpiente de niebla que culebreó en el aire y llegó hasta el enfermo. Argaut desorbitó los ojos durante un instante. Luego los cerró. Todo su cuerpo estaba relajado. El vapor etéreo penetró en él y lo convirtió en una figura blanquecina. En el interior aparecieron otros zarcillos de bruma, aunque de un color marrón muy oscuro, casi negro, algo tan sucio y repugnante que costaba no apartar la vista.

—Ahí está —susurró Mareto—. ¿Lo podéis ver?

—Por todos los dioses… —murmuró el maestre.

La bruma blanca hacía visible aquella sustancia oscura, una especie de icor que se extendía por la red de venas y arterias del rey, recorriéndola, contaminando su sangre y apelmazándose en el corazón. La sustancia nauseabunda también se espesaba en el cerebro, donde era tan densa que casi parecía una piedra ovalada. La cosa emergía de la frente del rey y culebreaba en el aire como un gusano que se confundía con las sombras, recorría el vacío del cuarto y se perdía después de atravesar el techo.

—Ya es suficiente —dijo la sacerdotisa—. Hemos visto lo que tiene dentro.

La bruma fantasmal dejó de manar de su boca y sus manos y también de los cuerpos de sus ayudantes. Se desintegró y por tanto dejó de revelar la otra sustancia, la oscura.

—Señor Erejna, podéis bajar el escudo.

El maestre y su lugarteniente dejaron de ser enlaces entre la Fuente y Dirtán y desaparecieron las luciérnagas diminutas de las paredes, el techo y el suelo. El rey aún dormía, ajeno a estas operaciones.

—Descansará durante unas horas y luego volverá a sufrir el mal que esa cosa le produce —dijo la sacerdotisa—. En primer lugar, debemos informar a la regente. Luego empezará el auténtico trabajo.

Se reunieron con Demayara y Guarner en otra habitación.

—Señora Mareto —dijo Demayara—, explicadnos de una vez por todas qué le ocurre al rey.

—Su Majestad está sufriendo un ataque de magia negra.

—¿Alguien atenta contra el rey?

—Sí. Están asesinándolo poco a poco. Llevan haciéndolo durante meses, desde el primer día en que empezó a sentir el malestar del corazón. Cuando el señor Eñanca me habló de ello también yo sospeché lo que era, pues aunque no he tratado directamente casos

como este, sí aparecen en nuestros tratados de demonología y artes oscuras. Esta noche he visto confirmados mis temores. El maestre puede corroborarlo.

—La señora Mareto lleva razón —afirmó Erejna.

—¿Qué le ocurre al rey? —preguntó Guarner—. ¿Lo ha poseído un demonio?

—No es exactamente una posesión, sino más bien la labor de un parásito que lo contamina y que poco a poco mina su salud. En cada víctima actúa de un modo distinto. A veces destroza el sistema digestivo, a veces lo va sumiendo en una demencia paulatina, a veces provoca tumores letales… En este caso eligió el corazón. Siempre actúa del mismo modo: se mete dentro de la víctima y crea y desarrolla una enfermedad física degenerativa. Sus amos, es decir, los hechiceros que invocaron y que controlan al parásito, se aseguran así de que la muerte parezca natural.

—¿Y por qué en este caso habéis descubierto que no es mal fisiológico, sino mágico? —preguntó Demayara.

—Por las pesadillas. Forman parte del proceso. El parásito provoca en su víctima unas pesadillas que están conectadas con sus miedos más fuertes. Por lo que sé de estos casos el ser se representa en ellas como un ente nebuloso que quiere apropiarse por completo de la víctima, la cual poco a poco y sueño a sueño va perdiendo la fortaleza y al final acepta por fin que es propiedad, o esclavo, de ese ente oscuro. Solo entonces, cuando el parásito es, por así decirlo, invitado a entrar de una vez por todas, se apropia por completo de la mente y termina de matar a su víctima. —Hizo una pausa que devino un silencio horrorizado en los demás—. Lo más interesante es que el parásito provoca en la víctima una animadversión enorme hacia el propio pensamiento de las pesadillas; la víctima las olvida al instante y se revuelve con saña contra quien le pregunte o se interese por ellas. De este modo el parásito se defiende de las intrusiones. Esa ira irracional contra quien ose preguntarle por sus sueños es lo único que puede poner sobre aviso al hechicero sanador. Por lo común la víctima dura tres o cuatro semanas con vida, pero el rey lleva resistiendo durante meses porque su voluntad es grande. No obstante, si no lo liberamos del parásito puede morir de un momento a otro.

—Braladur nos asista… —musitó Demayara, con una mano en la frente—. ¿Y cómo podéis arrancarle esa cosa del cuerpo?

Mareto sonrió sin alegría.

—No actúa sobre el cuerpo, sino sobre la mente. La teoría tradicional es que el cuerpo y la mente son cosas distintas, pegadas o entrelazadas, quizás, pero distintas. Sin embargo, otras teorías sostienen que la mente y el cuerpo son lo mismo, que forman parte de una misma sustancia indivisible y que, por tanto, cuando se actúa

sobre la mente el cuerpo sufre las consecuencias, y viceversa. La distinción no sería cualitativa, sino cuantitativa, es decir, una cuestión de grados. Así, dentro de la misma y única sustancia que es el hombre el cuerpo sería un extremo y la mente el otro. El parásito se ha introducido en el extremo mental del rey, ataca la mente y esta *crea* la enfermedad física. De hecho, el parásito se manifiesta con mayor fuerza durante los sueños, cuando la mente no sufre el dominio de la voluntad. No podemos extirparlo del rey como si fuera un tumor; debemos conseguir que se desenganche de su mente.

Guarner se pasó una mano por la cabeza y suspiró.

—Lo siento, pero todo esto me supera.

Mareto sonrió sin alegría.

—La magia nos supera a todos, incluidos los que tratamos con ella. Para hacéroslo entender, voy a tratar de condensar en unas pocas frases vidas enteras de estudio, un saber que no es exacto, sino problemático e incluso contradictorio. Si tuviéramos fórmulas rígidas y concluyentes estaríamos hablando no de magia, sino de ciencia. Tratar con la magia es… —Frunció el ceño mientras buscaba las palabras—. Es como palpar con los ojos tapados la escultura más fantástica que pueda existir. Y además, dicha escultura va cambiando poco a poco y por tanto lo que conocemos de ella no es siempre seguro. Sabemos cómo funciona la magia y de hecho podemos usarla, pero no sabemos ni de dónde proviene, ni cuál es su verdadera naturaleza, ni por qué actúa como actúa. Es como manejar el artefacto más poderoso sin poder abrirlo para ver lo que tiene dentro. Por otro lado, no siempre funciona como imaginamos que debería. Los hechiceros y los magos aprendemos a disciplinar nuestras mentes para ponerlas en un estado que nos permita usar ciertas energías mágicas, pero en cuanto a su comprensión, casi siempre especulamos, o, mejor dicho, intuimos.

Suspiró y prosiguió:

—No obstante, parece seguro que hay tres tipos de magia: la magia que obtiene su energía de la Fuente, la magia animista de las fuerzas naturales de Dirtán y de sus criaturas elementales y la magia que obtiene sus energías de seres de planos diferentes al nuestro, es decir, de entes y demonios a los que se invoca y se domina mediante diferentes fórmulas y liturgias. Sobre la Fuente el maestre podría informaros mejor, pues los hechiceros de Braladur no tratamos con ella. Y además, este no es el caso.

Erejna asintió.

—La señora sabe de lo que habla. También nosotros tenemos un conocimiento limitado de nuestro arte. Podemos ponernos en contacto con la Fuente para descargar su energía en Dirtán de unas pocas y devastadoras maneras…, y poco más. Aun así, continuamos

investigando. Los otros dos tipos de magia son cosa de los hechiceros de Braladur, así que le devuelvo la palabra a la sacerdotisa.

—Gracias. El mal del rey no tiene que ver con los elementales ni con las fuerzas naturales de Dirtán, sino con el último tipo: la invocación de seres de otras esferas. Resumiendo mucho, diré que hay diferentes niveles de realidad en este universo. Aparte del mundo que nuestros sentidos físicos pueden explorar, hay otros planos que son tan ricos como este, habitados por criaturas etéreas que tienen sus propios países, reinos y civilizaciones. Hay niveles superiores y excelentes, habitados por criaturas celestiales, y los hay inferiores, habitados por demonios. En este caso unos hechiceros han invocado a un tipo concreto de demonio de un ámbito inferior y cercano al nuestro, lo han atraído y dominado con el poder de sus mentes y le han encargado que asesine al rey del modo que ya describí. Este demonio tiene un nombre propio que sería casi impronunciable y que además *no se debe pronunciar*. Por eso me limito a llamarle… *parásito*.

—¿Y cómo podemos liberar al rey de ese monstruo? —preguntó Demayara—. ¿Cómo podemos destruirlo?

—Nosotros no podemos destruirlo porque es demasiado fuerte, pero lo que sí podemos hacer es eliminar a los hechiceros que lo han traído a Dirtán y lo mantienen sujeto; solo entonces el ente quedará libre para volver a su ámbito y así dejará en paz a la víctima. En realidad, lo que hay dentro de Su Majestad no es el parásito en sí mismo, sino una excrecencia de la criatura, unida por un cordel etéreo a la parte más importante de él. Siguiendo ese hilo daremos con el cubil de esos hechiceros, que no puede estar muy lejos de aquí, lo invadiremos, mataremos a los brujos y el parásito abandonará al rey. Solo entonces sanará. —Sus ojos se agravaron—. Esa es la teoría, porque en la práctica unos enemigos tan poderosos han debido de protegerse muy bien. En esta misión deben actuar tanto hechiceros de Braladur como caballeros de la Fuente.

—En cuanto a mis hombres, contaréis con toda la ayuda que pidáis —aseguró Erejna.

—Entonces empezaremos ahora mismo. No hay tiempo que perder.

22

El cordel oscuro quedó envuelto en zarcillos de niebla plateada que emergían de cinco hombres y cuatro mujeres, todos hechiceros de Braladur. Las volutas se enroscaban en la serpiente marrón que atravesaba vigas, falsos techos y tejados, que emergía a la noche y culebreaba sobre las casas y las torres de Longaza como un gusano ondulante. Los sacerdotes salieron del palacio y caminaron por las calles vacías, escoltados por veinte caballeros del Alba Dorada, a su vez liderados por Serem Erejna. Chansa Mareto había prohibido que vinieran personas sin experiencia en la magia porque podían ser no solo un estorbo, sino incluso un peligro para los demás. Aseguró que el núcleo del demonio no podía estar muy lejos de la víctima —en la ciudad o los campos lindantes—, así que no hacían falta caballos. Aquel grupo de magos y hechiceros caminaba despacio, mirando hacia arriba, hacia las columnas blanquecinas que unían las bocas, los ojos y los dedos de los sacerdotes con el cordel oscuro y lejano. A veces debían esquivar edificios o tenían que atravesar jardines, pero no perdían nunca de vista las volutas pálidas que los unían al hilo. Los pocos vecinos que se asomaron y los vieron quedaron boquiabiertos, se llevaron la mano a la frente y el sexo y se encomendaron a Braladur.

Llegaron a las murallas y tuvieron que dar un rodeo para salir por la puerta más cercana. Los soldados de la guardia callaron cuando el maestre enseñó los permisos firmados por la regente. La comitiva emergió de la ciudad y atravesó los arrabales de chozas y cabañas que se apretujaban extramuros. Los caballeros ordenaban a los curiosos volver a sus casas y por supuesto eran obedecidos de inmediato. Siguieron andando durante una media hora, atravesando vegas y labrantíos, y se detuvieron al descubrir una casa solariega, un palacete abandonado y ruinoso en una loma sombría. El hilo oscuro descendía y se metía allí dentro. Mareto y sus sacerdotes dejaron de soltar la materia plateada, que desapareció en el aire. A pesar de su edad se movía con determinación y había algo de soldado en su figura pequeña y rechoncha. Clavó los ojos azules en la mole negra sobre el horizonte.

—Ahí están.

—¿Y ahora qué hemos de hacer? —preguntó Erejna.

—Invadir la mansión y matar a todos los seres humanos que

encontremos. Pero no son ellos los que me preocupan, sino los entes que los protegen, pues deben haber invocado a criaturas poderosas. Decid a vuestras gentes que rodeen el edificio, se acerquen a él poco a poco y extremen las precauciones.

—Haré dos grupos, uno exterior de vigilancia y otro interior que acompañará a los vuestros para serviros de protección.

Mareto sonrió sin alegría.

—Nosotros ya sabemos protegernos, pero sería necia si rechazara vuestra ayuda. Ahí dentro hay un buen puñado de brujos, de cinco a diez, quizá más. Estarán reunidos en el lugar de la invocación y hay que matarlos a todos porque mientras uno solo siga con vida el demonio continuará en Dirtán.

—Pues adelante y al trabajo.

Mareto habló con los suyos y Erejna hizo otro tanto con sus caballeros. Los magos de la Fuente desenvainaron las espadas, se distribuyeron en dos grupos y empezaron a avanzar hacia la mansión. Hallaron calma en sus jardines polvorientos, invadidos por una vegetación impertinente que todo lo cubría. Las verjas tenían una pátina de herrumbre. En las piscinas brillaban charcos miserables de agua estancada. No había luces en las ventanas y las fachadas eran superficies de sombra con lunares de boquete y relámpagos de grieta. Aún más negros eran los umbrales, cuyas puertas yacían en el suelo, podridas, devoradas por la termita y la carcoma. Una brisa movía las ramas moribundas y silbaba al pasar por los orificios. Los invasores sintieron que el vello se les erizaba. Flotaba algo maligno y peligroso. Mareto y Erejna entraron y toparon con una oscuridad más profunda. Se detuvieron cuando una sacerdotisa emitió un jadeo.

—He visto una cara —susurró—. Pero no era una cara, en realidad. Era… No sé lo que era.

—Sosegaos —ordenó Mareto—. A partir de ahora vamos a ver cosas que no son de este mundo. Estad preparada.

La mujer asintió.

Fuera.

Quedaron inmóviles.

—Lo habéis oído, ¿verdad? —dijo Mareto—. Es el primer aviso, el que ha de asustar a los vagabundos. Estamos muy cerca de un enjambre de diablos.

En la oscuridad brilló una cosa blanca que enseguida desapareció, algo con tres agujeros. Fue como el parpadeo de un ojo.

Os vamos a matar.

Los humanos quedaron inmóviles y sintieron el sudor frío del miedo en el cuero cabelludo y la nuca.

—Maestre, dadnos luz —pidió Mareto.

Las espadas de los magos chisporrotearon y brillaron con la energía blanca y azul de la Fuente. La oscuridad se disipó no de un modo natural, sino como si estuviera hecha de diminutas figuras que se deslizaran unas sobre otras.

—Adelante —dijo Mareto—. A partir de ahora ya no habrá más avisos.

Echó a caminar junto a Erejna. Les seguían los sacerdotes y los magos. El fuego blanco y helado de las espadas creaba una tormenta de luces y sombras en las paredes, el suelo y el techo. Aquí había un montón de escombros, allá un mueble hecho trizas, ahí unos tapices podridos y allí un rostro blanco y furioso. Tres magos dirigieron hacia ese lugar un chorro de llamas que atravesó el aire y culebreó sobre la materia sólida. Ese fuego solo calcinaría la materia sobrenatural. Y ya no había nada.

—Queréis jugar, ¿eh? —susurró Mareto a la oscuridad, con una sonrisa cruel—. ¿Por qué no aparecéis de una vez por todas?

Sonó un zumbido que se desplazó por la pared y vieron algo que palpitaba y se deslizaba por ella, como un insecto o una mano deforme. La cosa desapareció.

—Sigamos —dijo Mareto—. Pero que todo el mundo lleve cuidado.

Que todo el mundo lleve cuidado. Ja. Ja. Ja.
Vieja.
Os vamos a matar.

Se adentraron en un pasillo estrecho con puertas a un lado y otro.

—Hay que abrirlas todas. Los brujos pueden estar en cualquier habitación. No tengáis contemplaciones con ellos.

Erejna se colocó ante la puerta cerrada, levantó la rodilla y la arrancó de sus goznes herrumbrosos de una patada. Hubo una nube de astillas y polvo y un viento que dibujó un torbellino y se lo llevó todo por los aires. Los magos dirigieron sus chorros de blancura al interior del cuarto y oyeron un grito agudísimo que les hirió los tímpanos. El viento desapareció y las llamas de las espadas mostraron un despacho

polvoriento y vacío.

—Aquí no hay nada. Vamos a la siguiente habitación.

No había puerta, pero el hedor era espantoso. Las llamas iluminaron una masa húmeda, cremosa y cambiante. Gusanos. Se elevó una nube de moscas azules y los invasores retrocedieron con repugnancia.

—Ese desgraciado no salió a tiempo —dijo Erejna—. Los demonios lo mataron.

—Pero dejaron vivir a las moscas y los gusanos. Son sus amigos.

El zumbido volvió y la nube de moscas se apretujó hasta formar una boca en el aire, con una lengua de mil cabezas y alas diminutas Un chorro de fuego la envolvió y, esta vez sí, los insectos fueron calcinados y quedaron transformados en humo nauseabundo. Los magos rociaron de llamas el cadáver, pero los gusanos siguieron reptando en su paraíso de carne pútrida, indiferentes al fuego sobrenatural.

Fueron a la siguiente habitación, también abierta. El maestre iba a entrar cuando algo emergió, una especie de tubo de carne translúcida con venas azuladas que se deslizó por el aire y alcanzó la cara de la sacerdotisa que estaba junto a Mareto. La mujer no tuvo tiempo de gritar antes de que su rostro se deshiciera en una explosión de carne, hueso y cerebro pulverizados, como si estuviera siendo picada por un torbellino de cuchillas de acero. El tubo carnoso se hundió por el agujero de su cuello y la mujer estalló en pedazos que golpearon a quienes estaban cerca y los empaparon de vísceras y sangre. Los magos la rociaron de llamas, pero la culebra carnosa y blancuzca había escapado y ondulaba sobre el techo. Giró con gracia y volvió hacia ellos, atrapó el brazo de un mago y lo convirtió en pulpa desde el codo a la mano. Las espadas brillantes cayeron sobre el demonio y lo cortaron en pedazos que cayeron al suelo y se deshicieron en un icor dorado y nauseabundo. La parte anterior de la criatura continuó arrastrándose, como una babosa medio aplastada a pisotones, y uno de los magos fue tras ella y se internó en el pasillo.

—¡Que nadie se aleje! —gritó Mareto.

Era tarde. Algo, tal vez una mano gigantesca, atrapó al mago y se lo llevó a la negrura. Sus compañeros dirigieron los chorros de luz hacia allá. Hubo gruñidos, sollozos, gritos entrecortado y un alarido escalofriante. El mago que se había quedado sin brazo temblaba, enloquecido de dolor.

—Tiene larvas del demonio —dijo Mareto—. Hay que matarlo.

El hombre se convirtió en una degeneración gelatinosa y bajo todo aquello asomó algo evanescente y carnoso, como un insecto rompiendo su crisálida. Erejna descargó un mandoble y convirtió a la criatura en un explosión de llamas blancas y purificadoras que al

desaparecer dejaron algo negruzco y rígido, indescriptible. El cadáver de un hombre poseído.

Se miraron unos a otros. Estaban cubiertos de inmundicia pegajosa y jadeaban de asco y rabia.

—Ahora ya sabemos a lo que nos enfrentamos —dijo Mareto—. O no. Tal vez a partir de ahora sea aún peor. Adelante.

Siguieron adentrándose en las tinieblas, abriendo las puertas a golpes y entrando en habitaciones que previamente habían sido rociadas con el poder de la Fuente. El pasillo desembocaba en una puerta de doble hoja, cerrada. Se detuvieron al ver el cadáver del mago atrapado por la mano: yacía sobre un charco de sangre, como un amasijo de huesos partidos y articulaciones dislocadas. En su rostro había una mueca de agonía. Pasaron junto a él para acercarse a la puerta.

—Ese olor almizcleño… —dijo Erejna—. Hierbadulce.

—Los brujos la toman para entrar en trance —repuso Mareto—. Están ahí dentro, pero también están los demonios familiares que los protegen, esos a los que ya nos hemos enfrentado. Tal vez haya más.

Erejna se volvió hacia las más de diez personas reunidas en el pasillo.

—¡Uno de vosotros, que llame a la gente de fuera! ¡Que vengan cuanto antes! ¡Vamos a entrar ahí de una vez por todas!

—Está bien que vengan refuerzos, pero no podemos esperar —advirtió Mareto—. El rey puede morir de un momento a otro.

—Está bien. —El maestre apretó las mandíbulas—. ¡Adentro!

Embistió con un hombro y la madera medio podrida casi se hizo pedazos y cayó a sus pies. Erejna entró en una estancia inmensa, plagada de sombras. A la luz de las espadas flamígeras sus ojos captaron cinco figuras sentadas en el suelo, con las piernas cruzadas, formando un círculo. De los pebeteros emergía aquel olor a hierbadulce, tan pegajoso que le mareó. En el centro del círculo había una *cosa* que palpitaba, una especie de corazón gigantesco y deforme. De su extremo superior emergía un hilo oscuro que se perdía en el techo.

No tuvo tiempo de fijarse en más porque la culebra carnosa voló hacia él. Le asestó un mandoble y la criatura chilló entre una nube de chispas cegadoras, cayó al suelo y se arrastró convertida en una masa de anillos temblorosos y confusos, más una mancha que una sustancia sólida. Los magos y los sacerdotes también penetraron en la gran estancia. Del techo cayó algo que pasó sobre las tablas y los muebles, como una ola aceitosa. Se levantó y cayó sobre un mago que no tuvo tiempo de defenderse con su espada, lo envolvió en una especie de saco y hubo un horripilante crujido de huesos destrozados y un grito de horror que se transformó en chillido de locura. Los magos se

lanzaron sobre la cosa que envolvía a su compañero y le asestaron tajos llameantes. El demonio borboteó, de él emergieron algo parecido a tentáculos puntiagudos y uno de ellos empaló a un mago a la altura del estómago, lo alzó y de un latigazo lo arrojó por los aires. Los caballeros rociaron llamas sobre el monstruo y el ser devino una estela de suciedad. Allá por donde iba dejaba un rastro de cosas rasgadas, aplastadas, agrietadas. Los magos lo siguieron con rabia, pero el ente se levantó y voló —o saltó— hacia las alturas, como un pañuelo de oscuridades. Hubo chorros brillantes y al fin lo alcanzaron entre las vigas del techo. Intentó agarrarse a ellas, las arrancó y se desplomó en medio de una nube de astillas y polvo. Los magos continuaron bañando al ser en fuego blanco. Hubo una explosión y una nube de pétalos ígneos. La criatura quedó inmovilizada en una escoria de carne pétrea, recorrida de venas gruesas como antebrazos.

El segundo demonio culebreaba por el aire y el suelo y trazaba curvas rápidas y elegantes. Alcanzó a un sacerdote y le segó en dos latigazos el tronco y la cabeza. Los magos le asestaban tajos y la criatura quedaba cortada en trozos menores y abrasados, pero el fragmento largo seguía incólume. En aquel caos de cuerpos y llamas el ser quebró y cerró contra Mareto. La hechicera bisbiseó algo, hubo un zumbido bajo sus pies y una ola de energía subió por su cuerpo y emergió por su frente en forma de escudo contra el cual el demonio se golpeó con un crujido seco. El monstruo retrocedió entre convulsiones de carne tenue y lechosa. Los magos cerraron, golpearon a la criatura una y otra vez y la rociaron de fuego blanco. El demonio chillaba, estallaba en pedazos y de su cuerpo torturado emergían entes que parecían manos o mariposas turbulentas. Todo se deshacía, todo desaparecía en chispas cegadoras. Al fin quedó inmóvil, como una tubería alocada de hierro podrido.

Los demonios protectores habían sido anulados. Ya nada se interponía entre los magos y sacerdotes, y los brujos.

—¡No dañéis al parásito! —gritó Mareto mientras se acercaba al círculo de enemigos—. Si lo atacáis puede cortar el hilo que lo une al rey y entonces el otro extremo quedaría dentro de la víctima.

—¡Ya habéis oído a la sacerdotisa! —aulló Erejna—. ¡Que cese la magia de la Fuente!

Sus hombres le obedecieron y sus espadas se apagaron. Solo él mantuvo la suya encendida y en alto, para darles luz. Las cinco sombras continuaban inmóviles en torno al núcleo demoníaco, aquel corazón deforme que flotaba a dos o tres palmos del suelo. Había líneas de tiza en las tablas que dibujaban dos círculos concéntricos, que a su vez encerraban una retahíla de símbolos mágicos, con una gran estrella de cinco puntas en el centro. De los pebeteros emergía el olor asfixiante a hierbadulce. Los cinco hechiceros estaban vestidos

con harapos, tenían el pelo y las barbas salvajes y las uñas tan largas que dibujaban espirales. Los ojos estaban cerrados y respiraban con lentitud. Cada uno tenía su propio charco de heces y orina resecos.

—No se han movido desde que invocaron al demonio —dijo Mareto.

—¿No se han movido en meses? —se extrañó Erejna.

—No pueden romper el círculo porque entonces el parásito escaparía. Han estado siempre en trance, alimentados por algún lacayo que debe estar escondido en un agujero de esta casona. Siempre estuvieron bajo los efectos de la hierbadulce, pues la necesitan para hacer magia; son hechiceros degenerados. —Miró a Erejna—. Matadlos.

—¡Ya lo habéis oído, caballeros de la Fuente!

Los decapitaron y los cuerpos cayeron junto a las cabezas. No emitieron un solo sonido al morir. La sangre no se extendió en charcos, sino que fue *absorbida* por las líneas de tiza del pentáculo y se deslizó por ellas como por un desagüe. Hubo un murmullo ronco y el corazón oscuro sufrió tres convulsiones. Luego quedó inmóvil. Algo cayó desde las alturas, un hilo pesado que se recogía dentro del demonio. En el último extremo había una maraña enredada que también fue absorbida. La criatura emitió un gruñido largo y cavernoso y también, de algún extraño modo, tierno. Empezó a hundirse en el suelo sin dificultad alguna, hasta desaparecer.

—Lo hemos conseguido —dijo Mareto. Emitió un suspiro aliviado —. Alabado sea Braladur.

Argaut abrió mucho los ojos y la boca y se agarró el pecho. Jadeó, como si sufriera un dolor indecible en el corazón. Queila se arrojó sobre él y trató de calmarlo y a la vez calmarse a sí misma. El médico corrió a auxiliarlo y Demayara y Guarner se llevaron la mano a la frente y a la entrepierna y rezaron a los dioses escaldraios. El rey quedó rígido, luego cayó en las sábanas húmedas. Cerró los ojos, se relajó y su respiración se hizo pesada y regular.

—No está muerto —dijo el médico, después de tomarle el pulso—. Solo dormido.

Queila se echó sobre el cuerpo del rey con los nervios destrozados. Demayara buscó una silla para sentarse. Guarner fue a su lado y la agarró de un hombro. La regente suspiró y unió una mano a la de su marido.

23

El parásito ya no estaba en él, pero aún quedaba cierta impronta que debería deshacerse poco a poco. El rey sufrió jaquecas y cierta niebla mental, pero el signo más evidente de su curación fue la desaparición de las pesadillas. La zozobra fue decreciendo hasta desaparecer del todo, pero había estado a punto de morir con el corazón reventado, así que el médico recetó reposo estricto y advirtió que no se le debía preocupar con ningún problema. Demayara continuó siendo la regente del país y ocho días después de la expulsión del parásito el rey gozó de la suficiente claridad de pensamiento como para recibir toda la información. Su expresión fue endureciéndose mientras sus tíos, así como Chansa Mareto y Serem Erejna, relataban los hechos. También estaba allí Queila, que no se marcharía de la alcoba hasta que no lo viera en pie y recuperado del todo. Argaut ya no se recataba de tomarla de la mano ante toda esa gente y a nadie le parecía mal, pues habían aprendido a respetarla.

—Han intentado asesinarme —dijo el rey, muy serio—. Y lo habrían conseguido de no ser por vuestros servicios, señora Mareto y señor Erejna. Estoy en deuda con los dos.

—Majestad, nuestro deber es protegeros —respondió la sacerdotisa, que parecía aún más vieja tras el episodio en la casona abandonada. Tanto ella como Erejna, y muchos de los que los acompañaron, habían encanecido de golpe. Había un peso en sus ojos que nunca desaparecería, pues ciertos horrores no se pueden olvidar —. Nos limitamos a cumplirlo. Al menos, nosotros salimos con vida; algunas de las personas que nos acompañaron no tuvieron tanta suerte.

—Se les rendirán honores y sus familias serán recompensadas. Tanto la Orden del Alba Dorada como la cofradía de sacerdotisas de Matuma gozarán del favor regio.

—Hay algo que sí deseo pediros, Majestad —dijo Erejna.

—Decid.

—Os haréis acompañar siempre por uno de mis mejores hombres. Os protegerá de cualquier nuevo ataque.

El rey torció el gesto.

—¿Lo consideráis necesario? No me gusta perder mi intimidad.

—Apoyo la propuesta del maestre —dijo Mareto—. No solo es necesario, sino imprescindible.

—Está bien. ¿Se sabe quiénes eran esos brujos?

—Hallamos un hombre escondido en la casa abandonada —respondió Erejna.

—Fue interrogado y sus confesiones resultan interesantes —intervino Guarner.

—¿Qué contó? —preguntó Argaut.

—Majestad, sería más conveniente tratar de todo esto en el Consejo Real.

—Comprendo. Convocad una reunión para dentro de una hora. Yo mismo la presidiré.

—No —repuso Queila—. El médico ha dicho que no podéis levantaros al menos hasta mañana por la tarde.

—Pero…

—Si es necesario yo misma os ataré con grillos y cadenas.

Argaut buscó ayuda en los demás, pero ellos permanecieron impasibles. Demayara sonrió, un tanto burlona.

—Me parece que debéis hacer caso a esta dama, Majestad.

—Sea —gruñó el rey—. La reunión del Consejo tendrá lugar mañana al atardecer.

—Majestad —dijo Demayara, en pie y con una gran sonrisa—, hablo en nombre de todo el Consejo al expresaros nuestra alegría por vuestra recuperación.

El rey se sentó en la butaca presidencial y asintió a todos los presentes, que parecían muy felices por su vuelta. Estaba aún demacrado, pero los miró con su determinación habitual.

—Y yo os agradezco a todos, Alteza, señora y señores del Consejo, que hayáis llevado con tanto acierto los asuntos de gobierno durante mi convalecencia. Un monarca no podría tener mejores servidores. —Ellos asintieron con agradecimiento—. Y sin más dilaciones, vamos a lo principal: mi intento de asesinato. El mayordomo real dijo que se había hecho un prisionero en el cubil de los brujos.

—En efecto —dijo Guarner—. Lo encontraron escondido en un cuartucho de la mansión abandonada y Erejna nos lo dio.

—Mis mejores hombres llevaron a cabo el interrogatorio —siguió Fantiño—. Os aseguro que le extrajeron toda la información que tenía. Ningún hombre resistiría el tormento que le infligieron.

—¿Y ha sobrevivido? —preguntó el rey.

—Sí, pero ahora está en una celda con el cuerpo y la mente destrozados. Le queda poco tiempo de vida.

—Lo importante es que habló. Quiero saber quién está detrás de todo.

—El prisionero es un mercader brajairio de poca monta que fue contratado por mercaderes extranjeros —dijo Fantiño—. Debía esconder a cinco forasteros en un lugar discreto, no muy lejos de la capital. Le pagaron generosamente y compró esa villa abandonada a su anterior dueño, un noble medio arruinado que no es culpable de nada salvo de venderles la casa. El prisionero recibió a los cinco hechiceros y recibió instrucciones sobre el trato que había de dárseles. Les dejó hacer su liturgia, los alimentó y mantuvo siempre cebados de droga los pebeteros, ayudado, según dijo, por un par de lacayos que no hemos hallado por ninguna parte. Pero son irrelevantes y no creo que sepan más que su amo. Este desconocía el objetivo de los brujos; solo sabía que querían asesinar a alguien importante mediante la magia negra y no quiso conocer nada más, aunque por supuesto no descartó de entre sus sospechas que la víctima fuera el rey. Por tanto no era ningún pobre inocente, sino todo lo contrario.

—¿Qué dijo sobre quienes lo contrataron?

—Procedían del sur, de Élamos. Son mercaderes con los que más de una vez ha hecho negocios. No viven en Brajairi y no podemos atraparlos, pero nuestro prisionero dijo que trabajaban a su vez para un viejo y gran señor de Brajairi, un noble de nuestra tierra caído en desgracia: Barac Tiyadara.

En el silencio que siguió Argaut apretó los labios y su rostro se crispó en una mueca de ira.

—Parece que mi padrastro no ha permanecido ocioso durante todos estos años. Enviar asesinos y actuar desde la sombra cuadra con su estilo. Ahora debe tener unos setenta años. Ese viejo rencoroso seguirá intrigando contra mí hasta que se muera de una vez por todas.

Rafucio intervino:

—Nos interesa conseguir que la muerte le llegue mucho antes de lo que dicte la naturaleza.

Argaut lo miró, pensativo. Se volvió hacia los otros.

—¿Qué sabemos de Barac Tiyadara? Han pasado casi veinte años desde que escapó de Brajairi. ¿Por qué ha tardado tanto en golpear?

Eñanca carraspeó.

—Majestad, mientras os recuperabais he hecho averiguaciones entre los mercaderes que tienen negocios en Élamos. Ellos saben todo lo que allí acontece, tanto lo oficial como lo oficioso. Les sondeé sobre el señor Tiyadara y me han revelado cosas interesantes. Pero primero hay que conocer algo sobre la alta política elamosia… —Volvió a carraspear e hizo una mueca desabrida mientras se agarraba el vientre. Todos sabían que sufría males gástricos y estaban acostumbrados a ese gesto—. Durante decenios Élamos ha estado

gobernado por la dinastía de los Arisai, que han defendido el reino frente a sus vecinos de Temhar y Ustalabar, de quienes obtuvieron paces muy favorables. Su mayor problema es de índole interna. Debo hacer una nueva digresión para hablaros de él. Se trata de una organización criminal elamosia a la que llaman *La secta de los asesinos*.

»Su origen se pierde en el tiempo, aunque tal vez tenga uno o dos siglos de antigüedad. No es solo una logia o un culto, pues cuenta con miles de integrantes que forman un verdadero ejército, con sus propios cuerpos de infantería y caballería. Tienen más de veinte fortalezas y sus centros de poder se hallan en una zona montañosa sureña de difícil acceso. Muchos grandes señores los apoyan, gente no solo del país, sino también del exterior.

—Como Barac Tiyadara —coligió Argaut.

—Exacto. Es muy posible que él estuviera en contacto con la secta y que de ella obtuviera los asesinos que trabajaron para él en el pasado, cuando era un noble de Brajairi y también cuando fue rey consorte. La secta de los asesinos pone sus agentes a disposición de quienes pagan bien. Son fanáticos dispuestos a morir en cumplimiento de su deber, y esa es la verdadera razón de su eficacia, pues, ¿cómo detener a quien no teme morir? Se sabe que la secta está dirigida por un líder carismático, un personaje misterioso que es a la vez estratega y gurú. Se llama Bagwán, pero se le conoce como *el Maestro* o *el Viejo de la Montaña*, pues lidera a sus fieles desde un bastión rocoso cuya localización es secreta.

»La secta de los asesinos ha cometido en Élamos tropelías sin cuento. Durante decenios muchos nobles fueron asesinados en sus camas o sus jardines sin que nadie pudiera impedirlo, así que todos temían al Viejo de la Montaña e incluso le pagaban un tributo. La secta ganó tanto poder que osaron desafiaron a los reyes del país. El anterior rey, Navid VIII el Bello, actuó contra ellos con vigor. Parecía dispuesto a erradicarlos y atacó y tomó muchas de las fortalezas de Bagwán. La secta perdió fuerza y parecía que estaba a punto de ser vencida.

»Pero todo cambió hace casi dos años, cuando se produjo un golpe de Estado. En una sola noche casi toda la Familia Real, incluidos el rey, la reina y cuatro de sus siete hijos fueron asesinados. Le siguieron otros golpes menores en los cuarteles y palacios del país. La secta y sus simpatizantes mataron en menos de dos días a cientos de personas afectas al monarca. Se desencadenó una guerra civil corta y sangrienta y el bando real perdió.

—¿Y por tanto ese Viejo de la Montaña subió al trono?

—No. Eso hubiera sido demasiado atrevido. Se necesitaba un mínimo de legitimidad, alguien con sangre regia. Fue uno de los hijos del rey Navid quien se puso la corona. Ahora se sabe que estaba con la

secta y que él mismo degolló a sus padres y a sus hermanos. Después se hizo coronar y ahora es el rey Bauán IV el Divino.

—¿Decís que ese hombre degolló a sus padres y a sus hermanos?

—No es un rumor sin fundamento, Majestad. Él mismo se vanagloria de su crimen en público.

—Un traidor sanguinario.

—Desde luego. Tras la usurpación, Bauán IV impuso un régimen brutal e hizo ajusticiar a miles de personas, no solo por considerarlas enemigas, sino también por los motivos más increíbles. Sus verdugos no descansan y en las plazas públicas las cabezas ruedan a diario. No exagero. A la felonía se une la locura, ya que este joven gobernante se cree una encarnación de Sesac, el dios ilnario, y sus privados alimentan su insania para tenerle contento y sumiso. Se cree por encima del bien y el mal y ordena matar casi por diversión, como haría un dios con los simples mortales. Todos lo temen porque en cualquier arranque de malhumor puede hacerlos asesinar, a ellos y a sus familias.

—¿Y tal régimen es sostenible?

—Por desgracia, lo es. Aunque él está loco no lo están sus consejeros. Saben manejarlo y ellos son quienes de veras gobiernan el país. Han hecho tales purgas en la administración y el ejército que no se puede organizar ya ninguna revuelta. Además, cuentan con el apoyo de la secta de los asesinos. Los únicos posibles enemigos del rey son dos hermanos que lograron escapar a la matanza en el palacio y que ahora están en paradero desconocido.

—Empiezo a ver la relación de estos asuntos con mi padrastro, pero haced el favor de aclarármela.

Guarner Injeca intervino:

—Si me permitís, señor Eñanca, seguiré yo. —El Viejo Buitre asintió—. Gracias. Hemos deliberado en el Consejo mientras vos guardabais cama, Majestad, y tenemos pergeñada una teoría consistente. Creemos que el señor Tiyadara se escondió en el país de Élamos, junto a sus fieles huidos, tras su derrota en la guerra civil del sesenta y nueve. Por aquella época había un rey amigo de la secta que le protegió y por eso no nos lo entregaron, pero murió y subió al poder su hermano Navid VIII, que sí mantuvo a raya a la secta. El nuevo clima político no era favorable a Tiyadara, así que no tuvo la fuerza o el dinero para volver a atacarnos mediante esos asesinos diabólicos. Se mantuvo agazapado y a la espera de la ocasión, que llegó cuando el rey actual subió al poder mediante un golpe de Estado. Entonces todo cambió en el país, Tiyadara por fin pudo moverse con libertad y consiguió que el Viejo de la Montaña le prestara cinco de sus brujos. El resto ya lo conocemos. Es solo una teoría, pero parece sólida.

—Todo encaja —repuso Argaut—. Si mi padrastro puede enviar asesinos a Brajairi estamos en un aprieto.

—El problema es aun de mayor envergadura —repuso Eñanca, con lentitud ominosa—. Al parecer, el señor Tiyadara cuenta con los mejores aliados. Se le ha visto en la corte elamosia.

Argaut suspiró con disgusto.

—¿Pudiera ser que el rey le ayude?

—Pudiera ser —convino Eñanca—. No obstante, por ahora no se conoce ningún pacto o alianza con el rey. Tal vez fue solo una visita de cortesía para rendirle lealtad, como haría cualquier hombre que desee ser algo en ese país.

—Conociéndolo, mi padrastro es muy capaz de haberle aconsejado él mismo que matara a sus padres y hermanos. —Miró a Eñanca—. Debemos saber hasta qué punto ese malnacido goza del favor del rey.

—Sigo recogiendo toda la información posible gracias a mis gentes, Majestad. Ya hay mercaderes en Élamos que son nuestros ojos y oídos, pero por el momento no se sabe más de lo dicho hoy aquí.

—Ya es bastante malo que el señor Tiyadara tenga la ayuda de esos asesinos fanáticos —dijo Argaut—, pero si se ha aliado con el rey de Élamos el escenario sería mucho peor. Esto podría desembocar en una crisis entre naciones que no nos interesa lo más mínimo.

—Hemos tomado medidas —intervino Demayara—. Mientras os recuperabais di orden al señor Fantiño de fortalecer la línea defensiva del sur.

—El ejército está dispuesto —remachó Fantiño—. Estamos preparados para detectar y repeler cualquier ataque.

—Bien —dijo Argaut—. Pero ahora lo que menos conviene es una guerra contra Élamos. Eso sería catastrófico. Debemos cazar a mi padrastro sin que la cosa pase a mayores. ¿Qué posibilidades hay de que lo atrapemos?

—Pocas, Majestad —dijo Eñanca—. Para empezar hemos de averiguar dónde está, y sabiéndole tan astuto se habrá metido en algún lugar recóndito. Además, debe tener las espaldas bien cubiertas.

—Y por otro lado —pensó el rey en voz alta— nosotros no podemos llevar a cabo ninguna captura de nadie en Élamos sin pedirle primero permiso al rey. Meter hombres armados en un país extranjero sin consultar a sus gobernantes es un acto de guerra.

—Además —dijo Etgula—, el rey de Élamos es de todo, menos paciente. Ese orate no medita las consecuencias de sus actos porque se cree un dios.

—¿Qué fuerzas tienen? —preguntó Argaut—. ¿Qué ocurriría si entráramos en guerra con ellos?

—Por lo que cuentan los mercaderes que van y vienen de Élamos —repuso Eñanca—, el ejército elamosio es fuerte, pero el auténtico

problema es la secta de los asesinos. Majestad, no soy experto en estrategia militar, pero dudo que pudiéramos invadir con éxito el país, o al menos conseguir por las armas que el rey nos entregue a Tiyadara. Tampoco parece probable que ellos nos quieran invadir.

Argaut se volvió hacia el general.

—¿Señor Fantiño?

—Pienso lo mismo que el señor Eñanca. Las dos naciones podrían repeler una invasión y por tanto a ninguna le conviene atacar a la otra.

—Entonces nosotros vamos perdiendo porque ellos tienen la pieza que a nosotros nos interesa cobrar —se quejó Argaut—. Y ni siquiera sabemos cómo obtenerla.

—Debemos acabar con Tiyadara cuanto antes porque tarde o temprano enviará más asesinos —dijo Rafucio—. No podemos mantenernos a la defensiva. Debemos romper las tablas.

—Sí, hay que capturarlo, pero no podemos hacerlo con brutalidad. Tendremos que pedirle al propio rey de Élamos que nos lo entregue.

—¿Qué nos entregue a un señor afincado en su país? —se extrañó Guarner.

—Habremos de negociar. Si le explicamos todo el mal que Tiyadara nos ha hecho ha de entender por qué lo queremos aherrojado y en una celda. A cambio le ofreceremos dinero, alianzas políticas, tratados comerciales y económicos… Todo lo que seamos capaces de darle. Ya no somos un país pobre, sino tan rico como Élamos, o quizá más. A su rey le conviene tenernos como amigos. A cambio solo pediremos un criminal que se ha ocultado en su tierra.

—Todo eso estaría muy bien si tratáramos con un hombre cabal —repuso Demayara—, pero recordad que estamos hablando de un joven traidor a su familia que se cree un dios encarnado. Podría responder cualquier cosa.

—Tal vez él esté loco, pero estoy seguro de que sus privados no son estúpidos. Ellos sí escucharán con atención. Tendremos que ganárnoslos. Debemos enviar a su corte una embajada. Parecerá que queremos rendirle respetos a este joven rey, como buenos vecinos que somos, pero una vez allí nuestro hombre tratará el tema de Barac Tiyadara con tacto y firmeza.

—Ha de ser valiente —contestó Demayara—. Por lo que sabemos, ese rey es muy peligroso. Ha hecho matar a nobles y altos cargos de su país solo por capricho. ¿Qué nos hace pensar que no mataría también a nuestra gente? Estoy segura de que no teme provocar un conflicto internacional.

—Entonces quien vaya habrá de ser lo bastante hábil como para tratar con él y salir airoso. Y además ha de conseguir que nos entregue a mi padrastro.

—No me gustaría estar en el pellejo de esa persona —musitó Fantiño—. Si el rey es en verdad amigo de Tiyadara…

—Nuestro negociador lo hará bien. Ya he decidido quién será.

Miraron al rey y luego se miraron entre sí. Etgula dijo:

—Majestad, si lo deseáis puedo encargarme yo.

—No, señor Etgula. Sois uno de nuestros mejores diplomáticos, si no el mejor, pero os necesito aquí. Estaba pensando en vos, Rafucio.

El aludido miró al rey. Sonrió de lado.

—Quedaré muy honrado de llevar a cabo tal empresa.

—Podéis ser exquisitamente cortés, diabólicamente astuto o terriblemente enérgico. Si alguien puede conseguirlo, ese alguien sois vos.

—Majestad, no os defraudaré.

—Un momento. —Demayara levantó una mano—. Con el debido respeto, Majestad, estamos hablando de una misión muy arriesgada. Vais a mandarlo a la boca del lobo. Deberíais elegir a otro hombre.

—Lo conozco bien y sé que es el indicado.

Demayara respiraba fuerte, como si estuviera manteniendo a raya su preocupación. O su miedo.

—Lo siento, Majestad, pero no enviaréis a mi…, al señor Rafucio Injeca a una misión de la que es harto difícil que regrese.

—¿Estáis cuestionando la voluntad del rey? —se enojó Argaut—. Alteza, agradezco vuestra preocupación, pero os recuerdo…

—¡No! —exclamó Demayara. Por sus ojos pasó un rayo de súplica —. No debéis hacerlo, Majestad. —Se volvió de inmediato hacia Guarner, que permanecía impasible y rígido—. ¿Y vos, no tenéis nada que decir?

—Debemos hacer lo que Su Majestad ordene.

—¿Aunque eso suponga que nuestro…? —pero Demayara se contuvo a tiempo.

—¡Alteza! —intervino Rafucio, muy enfadado—. ¡Me estáis dejando en evidencia! Iré a Élamos, hablaré con el rey o con sus consejeros, los convenceré y volveré con ese hijo de mil furcias de Barac Tiyadara atado al caballo. ¡Y no se hable más!

Demayara lo miró, enojada y temerosa, y apartó la vista. La señora Farica estaba muy blanca, pero se contuvo y guardó silencio.

Argaut dijo:

—No puedo añadir nada a las palabras del señor Injeca. Vamos a ultimar los detalles de este asunto, pero primero haremos un descanso porque estamos un poco tensos. Que todo el mundo salga menos Su Alteza Demayara Agrate.

Cuando estuvieron los dos solos, Argaut la miró con el ceño fruncido.

—Señora, he de pediros que nunca volváis a…

—Cállate —ordenó Demayara. Argaut quedó atónito, pero antes de que pudiera hablar ella se levantó de su asiento y se le acercó—. Argaut, no puedes hacerlo. No puedes enviar a mi hijo a morir a Élamos.

—Rafucio no va a morir allí, él…

—¡Va a morir, maldita sea! ¿Es que no lo entiendes? El rey de Élamos es un loco impredecible y Barac Tiyadara es su amigo…, ¡su aliado! En cuanto le pida que se lo entregue lo matarán y lo harán pasar todo por un accidente o un robo con violencia. ¡Allí no se respeta a los embajadores como se hace aquí!

—Todo eso no lo sabemos, tía —respondió él, poniéndose a la defensiva sin poder evitarlo.

—¿Y por qué demonios se ha visto justo ahora a Barac Tiyadara en la corte elamosia? ¿Es casualidad? ¿Y es casualidad también que la secta de los asesinos apoye tanto al rey loco como a Tiyadara? ¡No! ¡En la política y el crimen no hay casualidades y lo sabes muy bien!

—Por favor, cálmate.

—¡No puedo calmarme cuando estás enviando a mi hijo a la muerte!

—¿Cómo puedes estar tan segura? ¿Acaso no confías en él?

Demayara se llevó una mano a la frente e intentó serenarse.

—No lo hagas, Argaut. Envía a otro. No a él. No a mi hijo.

—Estás llevando las cosas demasiado lejos. Tus temores son infundados.

—Sé que esa embajada acabará en catástrofe.

—¿Y cómo puedes saberlo?

—*Lo sé*. Lo he visto claro desde el principio.

—Es decir, que lo basas todo en una corazonada. Bien sabes que no podemos decidir sobre pálpitos y augurios.

—No oses burlarte de mí —respondió ella, cortante—. Yo he parido a Rafucio y eso no lo cambia nadie. Sé que él correrá demasiado riesgo. —Suspiró, cansada—. Escúchame. Comprendo que debemos coger a tu padrastro, soy la primera que quiere hacerlo porque él estuvo detrás de la muerte de dos hermanos de mi esposo, uno de ellos tu padre, por cierto, y también mató a mi hermana mayor y a sus hijos, y arruinó la vida de otra hermana. Incluso hizo asesinar a Brelán Ertalce, que fue rey de Brajairi. Y a punto ha estado de matarte a ti. Los trastornos que nos ha causado Barac Tiyadara son tantos que debemos acabar con él cuanto antes. Pero no al precio de mi hijo. Envía a otro negociador o busquemos una solución distinta.

Argaut la miró con gravedad.

—No hay otro modo. Conozco a mi primo y sé que es el único que puede lograrlo.

Los ojos de Demayara se llenaron de un temor que lo vencía todo,

incluso su orgullo.

—Argaut, te lo pido… Te lo *suplico*. Por el amor que me puedas tener y el que le tengas a Rafucio, por favor, *por favor*, no lo hagas.

—Nada me hará cambiar de opinión —contestó el rey, con dureza. Ella abrió mucho los ojos, como si la hubiesen herido con un puñal. Argaut suavizó su expresión y puso las manos en sus hombros—. Tía, sé razonable. Sé que hay posibilidades en contra, pero…

—¿*Posibilidades*? —repitió ella, mirándolo con el ceño fruncido—. ¿*Quién* eres?

—¿Quién soy? —Argaut soltó una risa jovial—. ¡Soy el sobrino que tanto te quiere!

—No. Tú ya no eres el Argaut que conocí. He visto cómo iba desapareciendo poco a poco y me he mentido a mí misma pensando que estaba equivocada, pero de ese muchacho, de ese hombre que nos amaba a todos, ya solo queda la máscara. Sé cómo nos ves ahora, incluso a esa mujer, la señora Nicario. Para ti no somos más que piezas de tu juego y si crees que las *posibilidades* lo justifican estás dispuesto a arriesgarnos e incluso a desecharnos. Eso es lo que vas a hacer con mi hijo. Puedes permitirte perderlo porque ya no es un amigo, ni un primo, ni el hermano que nunca tuviste. Ahora solo es un cúmulo de posibilidades.

—No entiendo nada de lo que me dices.

Ella lo miró con tristeza y con dureza. Apartó sus manos.

—Solo eres mi rey, así que no me toques. Ojalá lleves razón y yo esté loca y tú cuerdo, ojalá mi hijo vuelva de su misión… Porque si él muere serás el único responsable y te juro por lo más sagrado que nunca te lo perdonaré.

—Te aseguro que Rafucio volverá indemne y victorioso. Confía en mí.

—No me queda otro remedio, así que lo haré. Pero ya has sido advertido.

Argaut asintió. Demayara hizo un esfuerzo para acabar con el miedo que llenaba su pecho y darle la suficiente firmeza a su voz:

—¿Hay algo más de lo que debamos hablar?

—No. Por favor, sal y di a los criados que llamen al resto de los consejeros. Hemos de seguir trabajando.

Ella obedeció.

24

Las pezuñas de los caballos pasaron sobre las fronteras invisibles y absurdas que separaban esas entelequias, esos delirios que los hombres llamaban *países*. No hubo membrana entre los mundos escaldraio e ilnario porque también las civilizaciones eran solo fantasías, palacios de humo de grandeza alzados sobre una extensa hoguera de palitos, sobre cimientos caliginosos de política, religión, historia, tradición y costumbre, todo ello a primera vista sólido y nítido, pero más traslúcido y etéreo a medida que los ojos enfocaban no el árbol, sino el bosque. En el vasto e inconquistable imperio de la naturaleza tales construcciones eran excrecencias, polvo y cenizas, puntitos en un mapa, masturbaciones de imaginación sobre las llanuras, los montes, los cerros, los oteros, los ríos, las cañadas, las hoces, las frondas, las estepas y las alturas vestidas de blanco. Clavos diminutos en un tablón desmesurado. La paradoja estaba en que los clavos eran a su vez torres de ladrillos de carne de cadáver, atalayas de incontables muertos, cada uno de ellos con su devenir de pesares, alegrías, mezquindades y virtudes. Pero al fin y a la postre, no eran más que clavos. El legado de la humanidad. Víctimas de la necedad existencial que los definía, los hombres seguían haciendo equilibrios de vanidad en su red de cuerdas flojas y entrelazadas, sobre un abismo sin fondo llamado Dirtán.

Los embajadores de espada en la cintura, cortesía en los labios y acero en los ojos fueron recibidos por soldados y capitanes del país no amigo, sino solo vecino. Se les escoltó —y vigiló— por las sendas de tierra que usaban los mercaderes y los ejércitos. Persistía el mismo idioma, el antiguo, la lengua que los misteriosos cindus legaron a los hombres en épocas anteriores a la Gultrutana, pero el acento ganaba exotismo y aparecían términos nuevos. En los cruces de caminos ya no había estatuillas ni efigies de Braladur, su esposa o sus muchos y divinos hijos, sino del guerrero con cabeza de león que era Sesac, el dios solar ilnario. Todavía se veían las túnicas sobrias, las capas pesadas y las espadas rectas, pero la estética del sur y del oriente se alzaba en olas cada vez más altas y en las fondas y los castillos aparecían turbantes, caftanes con motivos geométricos, batas largas hasta los tobillos, cinturones con borlas y calzones abullonados. La sobriedad escaldraia era relevada por ese gusto casi femenino en la ropa de los hombres del Ilnar. Los señores llevaban tiaras, pulseras,

collares y pendientes; dejaban crecer sus barbas hasta el pecho, las aceitaban para que brillaran, las rizaban e incluso componían con ellas trenzas y tirabuzones. Todo esto, que repugnaría a los varones escaldraios, era aquí el culmen de la elegancia. Pero no había amaneramiento. Los puños se cerraban con la misma fuerza en las espadas y los ojos eran igual de duros.

Apenas se detuvieron en unas pocas plazas fuertes del camino y pronto divisaron la capital del país, que recibía el mismo nombre: Élamos.

Miles de años atrás Élamos fue una colonia de origen teremio, fundada por viajeros procedentes del Mar de Izuln. Se erigió en ciudad-estado y resistió el devenir de los siglos y sus mareas de política y guerra, y se convirtió en el centro de una nación pequeña, pero firme. La civilización ilnaria se extendió también sobre Élamos y le impuso sus modos. Así, las puertas de la urbe estaban rodeadas de mampostería de ladrillos esmaltados y coloridos, abundaban las efigies de leones y toros alados, Sesac imperaba sobre los otros dioses y en el centro de la ciudad había un zigurat gigantesco. No obstante, bajo la superficie ilnaria quedaba un poso teremio que no desaparecería jamás: templos cuadrados con tejados a dos aguas y sostenidos por columnatas majestuosas, que guardaban en su nave central la efigie de Tumar, el dios teremio; estatuas de hombres y mujeres desnudos; grandes avenidas enlosadas; una arquitectura ordenada que luchaba contra el caos laberíntico de callejas y casas bajas del sur… En Élamos se mezclaba lo escaldraio, lo ilnario y lo teremio, todo convivía en un caos que se reordenaba a sí mismo y que resistía mil y una tensiones sociales, económicas y políticas. El culto oficial era el del propio dios titular de la ciudad, Élamos, y sobre todo el de Sesac, *el León*, pero también había templos dedicados a Braladur y Tumar, y santuarios y lugares de culto para divinidades remotas, como el dios Etioya de los axaltios, el Merlat de los fanáticos de la Gultrutana, el Pescador, que tutelaba a los navegantes de los grandes ríos y mares, el Caballo de los irlúes, el Bastir de los severos bastirios del este, Tuil, el sabio de los iluministas irlúes del Lejano Oriente, el Sesac de los goramios de los desiertos de Tamua y Tamura, muy distinto del Sesac ilnario, la Tejedora, señora del destino de los hombres y mujeres de Dirtán, o el Inmortal de las cercanías del Desierto Gris. Y junto a las religiones importantes florecían y se desarrollaban decenas de sectas menores y un enjambre de pitonisas, videntes y oráculos. A diferencia del mundo escaldraio y su rigidez espiritual, en el Ilnar convivían todo tipo de creencias y en sus ciudades había plazas donde los profetas podían gritar sus sermones apocalípticos a todo el que deseara escucharlos.

En los mercados también se mezclaban las culturas. En ellos flotaba el aroma exótico y penetrante de la mirra, la pesadez mareosa

de la hierbadulce, prohibida pero tolerada en todas partes, la dulzura del agua de rosas y el sándalo, el olor punzante de los almizcles, la emanación refrescante de los limones, la caricia en las fosas nasales del jazmín y el loto y el efluvio boscoso de diferentes resinas. En los puestos había sacos con especias llegadas de los lugares cercanos o remotos de Dirtán: azafrán, canela, tomillo, romero, pimienta, mostaza, clavo, sésamo, jengibre, cúrcuma y perejil. Por sí mismas, las especias justificaban el tránsito de las caravanas entre los países y había lugares donde eran un valor más sólido que la propia moneda en curso… Pero más codiciada aún era la sal que provenía del Mar de Izuln en el oeste o bien del desierto de Anajarai en el este, el *oro blanco* y el *oro gris* que tornaba deliciosa la comida más basta. En los puestos de venta de sal había guardias armados porque una bolsa equivalía a lo que ganaría un guerrero o artesano en medio año, o quizá más. Había emporios comerciales dedicados al transporte y la venta de sal, la auténtica impulsora de las rutas que ponían en comunicación los países. También había sedas vaporosas teñidas de diferentes colores, mantones espectaculares, bufandas con borlas, chalecos, chaquetas con flecos, mantelerías, telas rarísimas, talabartes, tahalíes y cintos de cuero repujado. Las ánforas y los pellejos encerraban vinos llegados de todos los rincones del Ilnar. Había barriles de cerveza, frascos de vidrio con licores pesados y tinajas llenas de aceite de oliva y de palma.

En esta mezcla de cercanía y lejanía, de rutina y exotismo, en este encuentro de los cuatro puntos cardinales, reinaba un producto de olor pesado y embriagador: el incienso. Incluso en Élamos, que a veces parecía tan escaldraio como ilnario, ascendían incontables serpientes humosas desde los pebeteros y quemadores. Los ilnarios amaban ese olor y los teremios y los escaldraios lo repudiaban por mareante. Se quemaba incienso en el interior de las casas, en los mercados y zocos, en los palacios y en los templos. Había incienso barato y punzante y caro y dulce, y cada oración y loa a Sesac debía ir acompañada del humo sagrado.

Mientras surcaban las calles atestadas de Élamos, escoltados por los guerreros del país, los embajadores norteños también percibían el aroma a incienso: el olor del Ilnar.

—¡Por Braladur, qué peste! —se quejó Galvero—. Y si ahora estamos en las calles, ¿cómo será dentro de una casa?

—No os quejéis tanto —contestó Rafucio—. Allá donde fueres, haz lo que vieres. En este caso, en vez de hacer hay que oler. No es un aroma tan malo. Uno puede acostumbrarse.

—Señor, creo que no me acostumbraría a los usos de estas gentes ni en un siglo.

—Pues a mí no me desagradan. De hecho, cada vez me gustan más.

Y por cierto, Galvero, cuando estemos en la corte del rey no torzáis el morro de esa manera. Aunque se os revuelvan las tripas, sonreíd. Sonreíd siempre, amigo, pues la sonrisa es el único idioma universal.

Y dio ejemplo, sonriendo a unas mujeres que a su vez le mostraban sus dientes, sentadas en el alfeizar de una ventana y los escalones de una casa blanca de cal. Era sin duda un prostíbulo, pues las mujeres tenían los senos al aire, con los pezones untados de rojo, y levantaban sus faldas para airear lo que había debajo.

—¡Vaya! —exclamó Galvero—. ¡Ni las mancebas más atrevidas de Longaza mostrarían así las vergüenzas!

—¿Veis cómo no todo es malo en el Ilnar, Galvero?

Los dos, seguidos de otros ocho hombres de confianza de Rafucio, y escoltados por los guerreros de la Corona Elamosia, llegaron a una zona exclusiva de la capital, un distrito de gentes ricas. Allí no había mendigos ni personas humildes. Abundaban las villas ajardinadas, con piscinas y fuentes cantarinas, y unos árboles enormes y extraños que asombraron a Galvero y a otros embajadores, mas no a Rafucio.

—Son palmeras —les informó.

—Nadie diría que eso de ahí son troncos —dijo Galvero—. Más bien parecen columnas de diseño extraño.

—Pues troncos son —repuso Rafucio—. Y las cosas planas de arriba son las hojas. Deberíamos decirle a nuestro rey que ordenara plantar un palmeral en su palacio de Longaza.

—Donde estén los pinos o los robles que se quiten estos árboles raros. —Galvero miraba hacia arriba—. A mí me dan miedo.

—¡Vos sois un zoquete, señor! —rio Rafucio—. Estamos en un lugar de prodigios y belleza y no hacéis más que quejaros. Fijaos en eso… ¡Qué maravilla!

Vieron el zigurat de Élamos, en cuya cúspide estaba el templo donde residía la efigie del propio Élamos, el dios de la urbe, el espíritu de la ciudad.

—No hay en todos los pueblos escaldraios ningún castillo que pueda compararse a esa construcción —murmuró Rafucio con una sonrisa de placer—. A estas gentes les gusta lo grandioso. No estaría de más que algo se nos pegara.

—La grandeza está en el alma de las personas y las cosas, señor —contestó Galvero—. Como dicen los viejos, *dime de qué presumes y te diré de qué careces*.

—Pues yo os digo que cerréis la bocaza porque vuestros gruñidos me tienen harto. —Se le acercó un poco más—. ¿Acaso creéis que estos guerreros que nos escoltan están sordos? Ellos también hablan el antiguo. Si no os gusta lo que veis fingid, señor mío. Fingid.

—Perdonadme —repuso Galvero.

Pero incluso él jadeó de asombro y placer cuando llegaron al

Palacio Real, una ciudadela más que un castillo, protegido por murallas altísimas. Las puertas tenían tachas de bronce y estaban custodiadas por toros alados de mármol. Las torres que orillaban el umbral tenían mampostería de ladrillos esmaltados de azul y rosa que brillaban bajo el sol. Una vez dentro vieron más edificios cubiertos de esmalte en alegres colores y más estatuas de leones y toros alígeros. Vieron terrazas con maceteros tan grandes que la vegetación se desbordaba y caía en cortinas verdosas. Aquello les pareció el escenario de un cuento de hadas. El capitán de la escolta los llevó a un edificio secundario del complejo; aquel alojamiento parecía una pequeña villa, con un atrio con piscina y un jardincito.

—Señores —les dijo el capitán elamosio—, ahora vendrá a recibiros un hombre de importancia que atenderá vuestras peticiones. Adiós.

Se fue y dejó a los brajairios en el atrio de la casita. En la azotea y en los pasillos había centinelas, así que estarían vigilados en todo momento.

Llegó un hombre vestido con una túnica muy colorida y llena de adornos. Estaba gordo y su estatura baja le hacía parecer el doble de ancho. Tenía la cabeza rapada y llevaba cosméticos. Lucía anillos de oro y plata. Sus aros, pulseras y pendientes tintineaban a cada paso. Los recibió con una sonrisa que abombó aún más su faz.

—Nobles señores de Brajairi, os doy la bienvenida al Palacio Real de Su Divinidad Bauán IV. Me llamo Parviz y soy el Primer Consejero de Su Divinidad. Honrado estoy de conoceros.

—Muchas gracias por vuestra amable acogida. Me llamo Rafucio Injeca y soy primo de Su Majestad el Rey de Brajairi. He venido acompañado de algunos hombres para rendirle respetos a Su Divinidad, el Todopoderoso Señor de Élamos, en nombre de mi rey.

Parviz lo miró con interés.

—Veo que tratáis a Su Divinidad de la forma adecuada. Permitidme deciros que debéis extremar los buenos modales ante Su Divinidad porque se toma muy en serio las formas y la etiqueta. No quisiéramos que por vuestra condición de extranjero le ofendierais sin querer. —Sus ojos se volvieron acerados—. Habéis de saber que Su Divinidad no es paciente con quienes le disgustan.

—Os garantizo que Su Divinidad no encontrará en mí motivo alguno de disgusto.

—Oír eso me tranquiliza. Pediré audiencia y en cuanto Su Divinidad me la conceda os lo haré saber. Hasta entonces, disfrutad de vuestra estancia en el palacio.

—Os quedo muy agradecido. Tengo una última petición que haceros.

Parviz levantó sus cejas finísimas.

—Decid, señor.

—Quisiera salir a ver la capital. Me gustaría aprovechar esta misión para estrechar lazos comerciales con gentes de vuestro país que tienen trato con el nuestro. Podría hacerlo mientras espero a que Su Divinidad me conceda la audiencia. —Se encogió de hombros—. Se trata de meros trámites económicos; seguro que vos entendéis estos asuntos de política mundana. Si lo deseáis pueden acompañarme los guardias de palacio. Lo agradecería porque así no me perdería en vuestra enorme y hermosa ciudad.

Parviz lo miró durante muchos latidos, con media sonrisa en los labios pintados de rojo. Al final, asintió.

—Se os concede la gracia. Podréis visitar a quien os plazca en la ciudad, pero primero habréis de informar al lacayo y os acompañará una escolta armada. Como habéis dicho, no deseamos que os perdáis. Podría ser incluso peligroso para vos.

—Muchísimas gracias. Quedo muy honrado de haberos conocido.

—La honra es mía.

Y se marchó.

Cuando estuvieron otra vez solos, Galvero se acercó a su señor con una mueca desabrida.

—¿Os habéis fijado en su aspecto? Llevaba los ojos pintados de negro y los labios de rojo. Como una vulgar ramera.

—En el Ilnar muchos hombres se pintan los ojos y los labios y puede que sean más viriles que vos, así que dejad de farfullar. Este que nos ha recibido es un eunuco.

Galvero abrió mucho los ojos.

—¿Un castrado?

—Venid aquí, señor impertinente —le dijo Rafucio, llevándoselo hasta una zona con columnas donde había una mesita con vinos y copas—. Tomad asiento, pues hemos de hablar.

—¿Y dónde nos vamos a sentar, si no hay sillas?

—En los cojines del suelo. —Así lo hizo. Galvero le imitó, con mucho descontento por su falta de flexibilidad—. Excelente vino. Antes de venir aquí me informé sobre estas gentes. El tal Parviz puede ser un capón, pero es uno de los hombres fuertes de Élamos. Es el privado del rey, el que lleva las riendas del gobierno. Será él, y no Su Divinidad, quien decida cuándo tendremos la audiencia. En el Ilnar los hombres poderosos tienen muchas esposas, no solo una, como en Brajairi, y las guardan a todas, y a los hijos que tienen con ellas, en un solo lugar.

—El harén. Eso ya lo sé, señor.

—Al mando del harén ponen a un hombre castrado para resistir los encantos de tanta mujer bella y ambiciosa. Es un funcionario altísimo, alguien a quien el rey permite escalar puestos en la corte porque

jamás podría dar un golpe de Estado y quitarlo de en medio. Ningún general seguiría a un castrado y el pueblo jamás lo aceptaría en el trono. El rey puede confiar en el eunuco incluso más que en sus propios hijos.

—Ajá, ahora lo entiendo. ¿Y cuándo creéis que el eunuco nos dará audiencia con Su Majestad?

—Su Divinidad. Vamos a tratar con un rey que se cree un dios, así que habréis de hablar con cuidado. Podemos relajarnos porque nos van a hacer esperar.

—¿Por qué? ¿Es que Su… Divinidad está tan ocupado como para tardar tanto en vernos?

—Sin duda podría hacerlo hoy mismo, pero el eunuco querrá mostrarnos su poder haciéndonos esperar cuanto se le antoje. Días. Semanas, tal vez.

—¡Pero eso es indignante! ¡No se puede tratar así a los enviados del rey de Brajairi!

—Se puede y se hace. Y nosotros vamos a lucir siempre una sonrisa espléndida y a mostrar paciencia, agradecimiento y amabilidad. ¿Lo habéis entendido?

—No me gusta, pero lo entiendo.

—Son juegos políticos. El capón sin duda es diestro en ellos, pero yo no le voy a la zaga. Así pues, disfrutad del vino y de este lugar tan hermoso. Mañana le pediré a Parviz que me permita salir del palacio. He de ir a ver a algún que otro individuo de esta ciudad. Vos me acompañaréis. Por cierto, olvidaos de la compañía femenina que sin duda el eunuco nos ofrecerá. Decídselo a los hombres. Nada de mujeres. Son las mejores espías.

—Claro, señor.

—Ahora voy a echarme una siesta. Este patio se presta para el descanso.

Tomó unos cuantos cojines más y se acomodó con gran placer en ellos, con las manos entrelazadas sobre el estómago, como un gato bajo el sol. Galvero apuró el vino y se fue con los demás hombres de la embajada para echarle un vistazo a los aposentos que les habían asignado.

25

El día siguiente Parviz concedió a Rafucio permiso para visitar la ciudad, aunque acompañado por hombres armados del palacio. Galvero y él volvieron a sumergirse en las calles bulliciosas, ese hormiguero humano que gustaba a Rafucio tanto como incomodaba a su lugarteniente. Tenía las direcciones de dos mercaderes muy ricos que hacían muchos viajes a Brajairi y, según le aseguró al capitán que lo acompañaba, debía consumar con ellos ciertos acuerdos económicos que beneficiarían a su nación. Rafucio acudió a las citas siempre acompañado de Galvero y del capitán elamosio, que no lo dejaba a sol ni a sombra y que, sin duda, daría buena cuenta al eunuco de cuanto el embajador brajairio dijera e hiciera. A Rafucio parecía no incomodarle nada de todo esto, pues era la cortesía y la amabilidad encarnadas. Conversaba a menudo con el oficial y al final lo conquistó con su don de gentes. Tras visitar a los mercaderes, Rafucio se permitió incluso invitarle a unos tragos.

—Señor, no sé si debo…

—¡Por favor, amigo mío, venid conmigo a beber! —pidió Rafucio—. Estoy todo el día metido en ese palacio, muy bello, por cierto, pero que me hace sentir como un pájaro en una jaula de oro. Vos sois hombre de armas, igual que yo, pues sabed que he peleado en las guerras de mi país. —Se permitió darle un codazo y le guiñó un ojo—. A mí me gustan los vinos fuertes y los de palacio, aunque sabrosos, no tienen chispa, ¿verdad?

—Señor, yo…

—No diréis que exagero, ¿eh?

—Bueno, la verdad es que lleváis razón. En palacio son un poco…

—¿Suaves? ¡Hablad sin miedo, hombre! Me he dado cuenta de que allí todo es tibio. ¿Acaso no hay vinos fuertes y carnes sabrosas en esta ciudad? ¡Me habían dicho que en Élamos se bebía y comía como mandan los dioses!

El oficial rio y asintió.

—Estáis en lo cierto. En palacio lo dan todo aguado y muy asado y cocido.

—¡Pues a eso vamos! Mirad, vos me lleváis al mejor lugar para comer y beber, me aconsejáis y me acompañáis en el placer del banquete, y no os preocupéis que yo lo pago todo. Recordad que vuestro deber es no solo escoltarme, sino también guiarme en vuestra

ciudad. ¡No os hagáis más de rogar, compadre, que ya me rugen las tripas y las vuestras parecen una manada de lobos! ¿O es que van a llevar razón los que dicen que aquí se come caro y mal?

—¡Sea! Preparad el buche, que vais a cerrarles la boca a unos cuantos al volver a casa.

—¡Magnífico! —Rafucio dio una palmada—. ¡Vamos, que tengo hambre!

El capitán le llevó en busca de cierta casa de comidas que le gustaba mucho. Poco a poco se le iba soltando la lengua y Rafucio, ducho en el arte de ganarse a las personas, sabía cómo tirar de ella. Se detuvieron al descubrir una muchedumbre agolpada en una plaza.

—¿Qué ocurre?

—Es una ejecución pública.

—¡Vaya! Pues quiero verla.

—¿Seguro? No es un espectáculo agradable.

—Señor mío, he estado en la guerra y también he presenciado ahorcamientos. En el fondo me gustan ese tipo de cosas y en Brajairi… En fin, ahora ya no hay tantos problemas y la paz me aburre un poco.

—¡Sois un hombre sanguinario! —El oficial rio—. Está bien, si os place iremos.

Se abrieron paso sin dificultad entre las gentes temerosas y llegaron a las cercanías del cadalso. El funcionario leyó en voz alta el delito: falta de respeto a Su Divinidad. Los condenados eran una familia entera, compuesta de los cónyuges y sus cuatro hijos, uno de ellos un mozalbete. Sucios y harapientos, estaban de rodillas, lloraban e imploraban compasión.

—¿Qué han hecho? —preguntó Rafucio—. ¿Cómo le han faltado al respeto a Su Divinidad?

—No lo sé. Esta familia pertenecía a la nobleza rica del país. Ayer eran poderosos y hoy… Ya veis.

—Ajá. Y supongo que su fortuna ha sido confiscada por la Corona, como se hace con cualquier delincuente.

El capitán lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué estáis insinuando?

—No insinúo, señor, ¡yo afirmo que esos malnacidos tienen que pagar por su crimen! —Sonrió con crueldad—. ¡Que sufran, por felones y canallas!

El capitán compuso una mueca asombrada y divertida.

—¡De veras que sois cruel!

—A veces hay que serlo. ¡Mirad, ya van a ajusticiar a los bellacos!

El capitán se volvió hacia el cadalso y entonces la sonrisa desapareció de la faz de Rafucio. Contempló con rostro impasible la decapitación de la familia entera.

Fueron a comer a la taberna recomendada y allí Rafucio invitó a

comer y beber no solo al capitán y a Galvero, sino también a los otros hombres de la escolta. Al final todos acabaron cantando canciones obscenas, pues Rafucio había propuesto que ellos les enseñaran las de Élamos y a cambio él les cantaría las de Brajairi. Rugieron sus carcajadas, cada vez más fuertes al calor del vino fuerte y abundante. A Rafucio se le escurría la voz y se tambaleaba sobre los cojines.

—Es que aquiií… ¿No hay sillas?

—¡Señor, en Élamos nos sentamos en el suelo! ¿Y sabéis por qué?

—Por. Queé.

—¡Porque así no nos caemos cuando estamos borrachos!

Rafucio bramó una carcajada y dio golpes fortísimos en la mesita.

—¡Vino! Quiero… ¡Eso! El. Vino.

—Creía que los brajairios teníais más aguante. Vuestro amigo también está un poco mareado.

Galvero estaba comentando algo a los otros soldados, entre carcajadas de unos y otros.

—Es que aquí… —gimió Rafucio—. Vaya, que aquí se bebe bien… ¡Caaaarajo!

—Permitidme quitaros el pichel. Si mi señor Parviz os ve llegar en este estado me va a regañar.

—¿Ese capón? ¿Y qué va a…? ¿A? ¿Pone…? ¿Eerse a cacarear?

Desorbitó los ojos y empezó a imitar a un gallo, cosa que provocó otra explosión de carcajadas.

Cuando salieron, Rafucio se apoyaba en el capitán y cantaba una canción picante que su guía le había enseñado. El oficial lo miraba, sonreía y negaba con la cabeza.

—Deberíamos volver ya al palacio —dijo.

—No, aún nooooó. Me quedan por probar ciertos placeres de vuestra capital. Me. Me han recomendado cierto lugar…, llamado *La posada del lobo.*

—Lo conozco, aunque de oídas. Es un sitio lúgubre para un noble escaldraio.

—Amigo mío, en mi tierra… no existen esooós… sitios… lúgubres. Dejad que disfrute de nuevas eeé. Experiencias. Antes de que vuelva a mi… A mi.

—No creo que sea…

—Tengo algo para vos.

Rafucio tomó una bolsita cuyo contenido tintineaba con alegría y el oficial negó con la cabeza.

—Lo agradezco, pero no puedo aceptarlo.

—¡Vamos, hombre! ¿Me vais a hacer ese desplante? Lo consideraría como una. Una. Ofensa. Habéis sido un buen compañero y quiero que os lo gastéis en un banquete cuando yo me haya ido. Así me recordaréis con aprecio.

Le puso la bolsita en la mano y el capitán al final consintió.

—Solo para no ofenderos.

—¡Pues claro! Y ahora llevadme… a ese sitio. Después ya tendré tiempo de dormir en el palacio.

—Como queráis.

Se metieron en un distrito de baja estofa. Las casas estaban sucias y mal cuidadas, en los soportales había mancebas y en los rincones oscuros se sentaban los adictos a la hierbadulce, con los ojos entrecerrados y la boca babosa. Había truhanes con el asesinato pintado en la cara, pero ninguno de ellos osaría meterse con aquellos hombres de uniforme. Tampoco era extraña su presencia, pues de vez en cuando los ricachos venían en busca de perversiones imposibles de encontrar en sus barrios de lujo y los acompañaban hombres armados hasta los dientes. Llegaron a una casona que tenía una cabeza de lobo pintada en negro sobre la fachada. El guardián de la puerta habló un momento con el capitán y todos entraron. No parecía la típica taberna escaldraia, de ambiente animado y clientes que charlaban, reían y cantaban al calor de la cerveza y el vino; por el contrario, allí los clientes estaban silenciosos en sus mesas mientras rumiaban sus pastillas de hierbadulce o aspiraban el humo de los pebeteros. Algunos bebían, pero estaba claro que allí se consumían otro tipo de sustancias. El hedor dulzón los mareó un poco, pero siguieron caminando. Había una estatuilla del Sesac de los desiertos, los mozos llevaban turbantes, ropas amplias y gumías en el cinto, y además tenían la tez más oscura; eran goramios.

—Quiero esa droga nueva que viene del este —exigió Rafucio—. Y aderezada de compañía femenina.

El mozo miró al capitán y este asintió.

—Por supuesto —dijo el mozo de la taberna—. Aquí encontraréis lo que buscáis. Seguidme, os lo ruego.

—Tú, ven aquí —ordenó el capitán, y el empleado se le acercó—. Este señor es extranjero y lleva una buena tajada, así que no le des nada fuerte, sino algo que le haga dormir durante una o dos horas para que se le pase. En cuanto a la mujer, si quiere una se la das, pero que esté limpia y sana. Y como me entere de que le habéis quitado una sola moneda mañana vengo con un pelotón y os destrozo la taberna. ¿Entendido?

—Por supuesto, señor. —Se volvió a Rafucio—. Venid conmigo y vuestros sueños se harán realidad.

—Vaaaale. —Le dio al capitán una palmada en el hombro—. Vos quedaos aquí con mi amigo escaldraio y vuestros hombres. Tomad lo que queráis. Invita Brajairi. Jejejé.

Rafucio fue con el sirviente goramio. Cruzaron un umbral con una cortina de abalorios, bajaron por unas escaleras y llegaron a una sala

enorme y tenebrosa. La única iluminación provenía de los quemadores y los braseros, que expelían un humo aún más pesado y mareante que el de la hierbadulce de arriba. No había ya mesas, sino cojines tirados por todas partes, sobre los que se sentaban individuos con pipas encendidas. Algunos hombres estaban tumbados y gemían cosas sin sentido. Otros movían los dedos en el aire, como si tocaran sustancias maravillosas. Otros reían en voz baja. Otros emitían sonidos quedos y espeluznantes. En los rincones oscuros se adivinaba el ayuntamiento lento y perezoso de clientes y furcias. De vez en cuando una manceba desnuda pasaba por entre los hombres. Además de a drogas, hedía a sudor y a la roña pertinaz de los cuerpos enemigos de la limpieza. A Rafucio le pareció que había descendido a los abismos de Blica, donde los demonios torturaban las almas de los malvados.

Lejos del capitán, sufrió una transformación. La sonrisa boba desapareció de su rostro, levantó los hombros y su mirada se volvió dura y peligrosa. Cogió del brazo a su guía.

—Escúchame. Vengo de parte de Sofredo Eñanca y quiero ver a Ubaid.

El hombre lo miró durante muchos latidos y luego asintió.

—Seguidme. Os llevaré con mi señor Ubaid.

Rafucio clavó sus ojos en él y cerró la mano en la empuñadura de la espada.

—Ni se te ocurra jugármela.

—Perded cuidado, señor.

Rafucio le animó a ir por delante con un movimiento de la cabeza y lo siguió sin despegar la mano del acero. Abandonaron la estancia cargada de humo y el sirviente lo guio por corredores y luego por callejones estrechos en los que Rafucio vio más furcias, un poco más vestidas, y otras mujeres, tapadas de la cabeza a los pies. Ellas lo miraban con curiosidad y recelo. Había sicarios con turbante, calzones anchos y gumías envainadas. Unos niños jugaban y chillaban y un perro los perseguía y ladraba con entusiasmo canino. De las casas encaladas emergían discusiones a gritos, carcajadas y conversaciones más tranquilas, siempre en idioma goramio. Llegaron al patio interior de una casona, un lugar precioso y florido, salpicado de palmeras. Sonaba el rumor del agua de una fuente. En un extremo del jardín había una mesa alta y dos butacas.

En una de ellas estaba sentado un hombre gordo, de espaldas grandes. Llevaba un caftán de tela lujosa, ribeteado de hilos de oro y plata, un turbante de seda fina, y anillos, ajorcas, collares y pendientes. Era un goramio puro, un hombre de tez aceitunada, nariz aguileña, cabello y barbas muy oscuros y ojos negros como la pez. Se levantó y sonrió al ver llegar a Rafucio, pero si bien sus rasgos eran blandos, no había suavidad en su mirada.

—Bienvenido a mi casa, señor Injeca —dijo, en un antiguo teñido de acento goramio.

Se estrecharon los antebrazos y se dieron un abrazo. El goramio le invitó a sentarse en la otra butaca y Rafucio accedió.

—Gracias por la bienvenida, señor Ubaid. Me honra conoceros. Me han hablado muy bien de vos. Sofredo Eñanca me recomendó que os buscara en esa taberna vuestra. Me aseguró que sois uno de los mercaderes más ricos de todo Élamos, quizás incluso del Alto Ilnar, y que estáis bien informado de cuanto sucede aquí. No exageraba porque conocéis mi nombre y estabais ya esperándome.

—Hace mucho tiempo que no veo a Eñanca, pero hice tratos con él y siempre se comportó como un mercader honorable, un hombre de palabra e incluso un amigo. —Levantó sus cejas y sonrió—. Ha exagerado sobre mi riqueza, pero he de reconocer que en efecto las cosas no me van mal. —Señaló con la mano enjoyada el jardín de la mansión—. Eñanca me hizo llegar mensajes sobre vuestra llegada y además tengo ojos y oídos en toda la ciudad. Por cierto, habéis sido hábil con ese capitán de la guardia palaciega. Pero llevad cuidado, pues Parviz tiene ojos y oídos en todas partes y gentes más despiertas que ese hombre.

—Lo sospechaba. El eunuco tiene aspecto de dirigir un ejército de espías. —Rafucio echó una mirada alrededor—. ¿Este es lugar seguro para hablar, señor Ubaid?

—El castrado no podría meter uno solo de sus agentes en el distrito goramio sin que yo me enterase. Aquí podemos conversar tranquilos.

Rafucio sonrió y dio una palmada en los brazos de la silla.

—Agradezco estos usos norteños. Me temo que mis posaderas y mi espalda no están acostumbrados a los cojines.

Ubaid rio con buen humor.

—En nuestra tierra la hospitalidad no solo es cortesía, sino deber. Pero debéis perdonarme porque aún no os he ofrecido nada para distraer el paladar. ¿Queréis vino, cerveza, licores…?

—Gracias, pero me temo que por hoy he bebido suficiente. Me conformo con agua fresca.

—Os la traeré, y también una infusión excelente de mi país, y unos dulces. —El mercader tomó la boquilla de metal plateado, unida a una enorme pipa de agua en el suelo, a su derecha—. ¿Queréis probar? La picadura es excelente.

—Lo agradezco, pero el único humo que ha entrado en mis pulmones es el de los incendios en la guerra y me temo que es tarde para cambiar de costumbres. Por cierto, ¿qué es esa cosa?

—Una cachimba. Una pipa de agua. Me perdonaréis si yo sí inhalo estos humos deliciosos.

—Estáis en vuestra casa.

Mientras el lacayo servía el agua, la infusión y un plato con pastas, almendras y dátiles, Ubaid fumó y exhaló una nube de humo hacia el cielo. Sus ojos brillaron con las brasas de la droga, pero no perdieron nada de su astucia y su dureza.

—¿Eso que aspiráis es lo mismo que he visto consumir a las gentes de la Taberna del Lobo? —preguntó Rafucio.

—¡Oh, no! —negó Ubaid, riendo—. Esto es hierbadulce suave y aderezada. Lo otro es una sustancia nueva que viene del este y que hace furor en los barrios bajos de todas las ciudades orientales. Lo llaman *opio*. Ya estoy diseñando las rutas para traerlo masivamente a Élamos. Confío en que su implantación me reportará mucha ganancia.

—Pero vos no lo consumís —dijo Rafucio.

—No soy tan loco ni necio como para consumir esa cosa.

—Pero sin duda os encantará que los locos y los necios de Dirtán sí os la compren.

Ubaid asintió de buen humor.

—Por supuesto. Cada cual es libre de arruinar su vida como quiera. —Adoptó un aire más serio—. Señor Injeca, mi amigo Sofredo Eñanca me comentó en sus mensajes algo sobre el auténtico motivo de vuestra visita a Élamos, pero me gustaría que vos me lo aclararais.

Rafucio lo miró pensativo mientras bebía el agua fresca. Al fin pareció decidirse y respondió:

—Confiaré en vos. Sin duda sabréis que el rey de Brajairi tiene enemigos poderosos en Élamos.

—Sé que no hace mucho sufrió un atentado perpetrado por unos indeseables, unos hechiceros de la peor especie, que Sesac los haga arder por toda la eternidad.

—Estáis bien informado, así que iré al meollo. Detrás del atentado está Barac Tiyadara, un criminal que huyó de Brajairi hace muchos años y que sospechamos que se esconde en Élamos. ¿Habéis oído hablar de él?

—Sí. Es un pájaro de cuidado no solo en vuestra tierra, sino también aquí.

—Es prioritario acabar con él y, ya que no podemos intervenir en Élamos, debemos pedirle al rey que nos lo entregue. Parece la única forma de conseguir su cabeza.

—Sí, es la única, pero eso no significa que sea fácil, sino más bien todo lo contrario. Tiyadara no gozó de las simpatías de Navid VIII, el rey anterior, y de hecho hubo de esconderse durante años por su amistad con la secta de los asesinos, que nuestro buen rey Navid intentó eliminar. Su Majestad no lo consiguió y… En fin, ya sabéis el final que tuvo. Ahora las cosas han cambiado y Bauán IV ayuda bajo cuerda a los enemigos de su padre, entre ellos Tiyadara, a quien se le ha visto por la corte.

—Supongo que Barac Tiyadara está bien protegido en su feudo.

—Por supuesto. Además, se informa de lo que ocurre en Élamos y antes de que os acercarais se habría ido a cualquiera de los castillos de sus amigos, otros nobles conchabados con Bagwán. Intentar secuestrarlo sería una locura.

—Por tanto, he de ceñirme al plan original: convencer al rey de que me lo entregue.

Ubaid soltó una vaharada de humo y negó con la cabeza.

—No debéis hablar con el rey de política porque es un joven insensato que únicamente vive para los placeres. Solo cabe adularlo y hacerle fiestas y carantoñas, pues de otro modo se sentirá ofendido y os hará ejecutar. No exagero. Ha matado a gentes de la corte solo porque le hablaron como a un hombre y no como a un dios.

—Ya lo sospechaba, pero os agradezco la advertencia.

—Con quien habéis de tratar las cosas serias es con Parviz. El eunuco es quien de verdad manda en Élamos. Tiene sometido al rey mediante el halago y la astucia y sin él Su Divinidad no duraría vivo ni dos noches. El castrado alienta su locura porque así le resulta más fácil manejarlo.

—Gracias por el consejo. ¿Cómo puedo convencer al eunuco para que me entregue a Tiyadara?

Ubaid lo miró con un ojo entrecerrado.

—¿Qué pensáis ofrecerle?

—Tratados comerciales y políticos generosos para Élamos y una recompensa para las arcas de su nación.

—Olvidaos de la nación. A quien debéis enriquecer es al eunuco, que es ambicioso sin medida.

Rafucio sonrió de lado.

—Entiendo. No hay problema; el beneficiario de las dádivas y monopolios no será el país, sino él en persona. Así se lo haré saber.

—Eso le gustará más. Aun así, dudo que os ayude.

—Ya pasaron los tiempos en que Brajairi era pobre. Ahora podemos permitirnos un soborno digno de un rey… O de su eunuco, ya puestos.

—¡Jajajá! Sí, sin duda el capón traicionaría a Tiyadara o a cien como él a cambio de un buen soborno, pero si lo hiciese duraría poco con vida.

—Explicaos —pidió Rafucio.

—Ya he dicho que quien manda sobre el rey es Parviz, pero a su vez hay alguien que está por encima de todos: Bagwán. El Viejo de la Montaña. Por desgracia, Tiyadara se ha comportado durante años como su aliado fiel y ahora tiene su protección.

—¿Es más fuerte ese gurú que el propio rey o su consejero?

—Por supuesto que sí. Al anterior rey le costó muchísimo controlar

a la secta de los asesinos, pero tras las purgas que Bauán IV hizo cuando subió al poder el Ejército Real está manso, así que ya nadie puede enfrentarse al Viejo. Bagwán es el auténtico poder en este país. Parviz no os dará a Tiyadara ni por un mar de monedas porque no le quedaría mucho tiempo de vida para disfrutarlas. Me gustaría ofreceros otras explicaciones, pero así están las cosas.

Rafucio se frotó la barba, pensativo y preocupado.

—No logro entender qué puede ofrecerle el Viejo de la Montaña a sus hombres para quitarles el temor a la muerte.

—Les ofrece el paraíso antes del auténtico paraíso. Adoctrina a sus sicarios desde niños, los convierte en adictos a la hierbadulce, el polvo de dragón, los hongos de la visión y otras sustancias destructoras de la voluntad, les abrasa el cerebro con ellas y les hace creer cuanto se le antoja. Morirían por él sin dudarlo, y cuando un hombre no tiene miedo a morir no se le puede parar.

—¿Y nadie se opone al rey loco y a ese gurú de asesinos? En todo país siempre hay una facción contraria al poder.

—En cuanto Bauán IV subió al trono llevó a cabo tal carnicería que ya no queda grupo ni partido que se le oponga. Aun hoy sigue ejecutando a todo el que le parece sospechoso. No obstante, dos hermanos suyos escaparon a la masacre del palacio. Uno, el varón, debería sentarse en el trono porque es mayor que él; la otra es una chica. Siguen en paradero desconocido, a pesar de que el rey pone mucho empeño en encontrarlos. No pocos nobles y militares estarían dispuestos a apoyar a ese joven príncipe porque el país no puede aguantar mucho más tiempo este régimen de terror. No hay cosa más peligrosa que un rey loco.

—Lúgubre panorama el que pintáis.

Ubaid se encogió de hombros, chupó de la boquilla, soltó con lentitud sus aros de humo, y guardó silencio.

—Estáis muy callado —dijo el mercader, al cabo de algún tiempo —. ¿En qué pensáis?

—En esta vida nadie da nada a cambio de nada. Por eso me pregunto qué sacáis vos al recibirme en secreto y asesorarme como lo hacéis.

Ubaid hizo un último aro de humo, dejó la boquilla en la mesa, entrelazó las manos enjoyadas y miró a su invitado con gravedad.

—Señor, recordad el dicho: *el enemigo de mi enemigo es mi amigo*. El rey de Élamos se está convirtiendo en enemigo de mucha gente. Demasiada. Se le pueden tolerar caprichos y hasta crueldades a cualquier gobernante, y más siendo tan joven como este, pero todo tiene un límite. Se cree el mismísimo Sesac, los sacerdotes deben arrodillarse ante él y a las estatuas divinas se les ha arrancado la cabeza de león para poner la suya. Muchos están escandalizados.

Además, asesina a cualquiera por los motivos más peregrinos. Si le parece que alguien lo ha mirado mal él mismo lo degüella, con su propia daga. Ni siquiera los nobles están a salvo de su locura…, que tampoco es del todo necia, porque está haciendo matar a muchos hombres ricos del país para quedarse con sus fortunas; se inventa cualquier tontería, los ordena detener y les corta la cabeza.

—Hoy mismo he visto la ejecución de toda una familia.

—Ahí lo tenéis. Sin duda el castrado está detrás y dicta la ejecución no solo de sus enemigos políticos, sino también de aquellos a quienes quiere robar.

—Ahora lo entiendo. Os sentís amenazado.

—Cualquiera debería sentirse amenazado con este rey. Ha eliminado a algunos amigos míos, mercaderes diligentes y honestos.

—Como vos —apuntó Rafucio, con aire inocente.

—Exacto. Les cortan la cabeza para satisfacer la locura de un joven y la avaricia de su eunuco. —Los ojos se convirtieron en discos de acero negro—. Cada día rezo a Sesac para que el capón caiga en mis manos. —Se arrellanó en la silla, chupó la pipa y soltó una espesa lengua de humo—. Por eso muchos estamos deseosos de ayudar a los enemigos del rey, de Parviz y Bagwán.

Rafucio levantó una mano.

—Alto, señor. Por ahora yo solo busco a Tiyadara.

—*Por ahora*. —Volvió a soltar el humo y contempló las volutas que se deshacían bajo los rayos del atardecer—. Obedecéis a un rey enérgico y batallador. Hacedle saber que en Élamos siempre tendrá servidores buenos y fieles.

—Como vos.

—Ajá.

Rafucio frunció los labios mientras digería las palabras.

—Ha sido una conversación interesante. Os agradezco vuestra hospitalidad y vuestros consejos.

—Dicha hospitalidad no tiene por qué restringirse al arte de la palabra, señor Injeca. Puedo ofreceros diversiones muy agradables.

—También os lo agradezco, pero me temo que ya va siendo hora de volver a palacio. No queremos que Parviz empiece a sospechar, ¿eh?

—¡El maldito capón! —gruñó Ubaid—. ¡Cuánto lo odio! En unos pocos días os llevará con el rey y os repito que entonces tendréis que extremar las precauciones. Pero no os dejéis engañar por las maneras suaves de Parviz porque él es aún más peligroso. Y un último consejo: no os fieis de nadie mientras estéis en Élamos.

—Pero eso no reza con vos, ¿verdad?

Ubaid soltó una carcajada.

—¡Claro que no, señor Injeca! Yo soy el único en el que *debéis*

confiar.

Y sin dejar de sonreír con la boca, no con los ojos, chupó la pipa y soltó tres aros de humo.

Poco después, Rafucio estaba de vuelta en la Taberna del Lobo. Representó el papel de extranjero tontorrón y cantó las excelencias de la joven ramera con la que había pasado el tiempo. El capitán sonrió con burla y lo devolvió al Palacio Real.

Una vez en privado, Galvero dio rienda suelta a su enfado:

—He tenido que contenerme muchas veces para no romperle la cara a alguno de esos soldados elamosios. Hoy he cantado más canciones picantes que en toda mi puñetera vida. ¡El fingimiento no es lo mío!

—Pues tendremos que seguir simulando, Galvero.

—¿Qué os ha dicho ese hombre que buscabais, el mercader goramio?

—Las cosas se nos presentan complicadas, pero mañana hablaremos del tema. Ahora estoy agotado.

Se despidió de su lugarteniente, se dejó caer en el lecho y al cabo de poco empezó a roncar.

26

El encuentro con el rey tardó diez días en llegar, pero los embajadores brajairios lo agradecieron todo con buenos modales.

El monarca los recibió en un salón lujoso, más apropiado para jaranas que para audiencias, pues allí no había pendones del país, ni cuadros o estatuas de sus héroes, sino mesas bajas llenas de jarras y copas, y platos con restos de comida. Y de veras que allí se había celebrado una francachela porque todavía quedaban unos pocos juerguistas, los profesionales de la adulación que suelen rodear a los reyes necios que aman la lisonja. Sobre un charco de vino dormitaba un noble, dos mujeres medio desnudas roncaban una encima de la otra y una pareja de jóvenes se besaba y toqueteaba sin recato a la vista del rey. Al monarca parecía gustarle ese ambiente distendido. Estaba tirado sobre los almohadones, vestido con una túnica tan estrafalaria y cargado de tantas joyas que resultaba casi grotesco. Era un hombre joven, alto y fuerte, pero el vientre le colgaba fofo y ya tenía papada. Mostraba los ojos azules y grandes de la dinastía Arisai y no era feo, pero los excesos habían ablandado sus mejillas y habían curvado su boca en una sonrisa despectiva y estúpida. Había dejadez en sus movimientos y ademanes. Sus mejillas estaban coloreadas de rosa, sus ojos estaban ribeteados de negro, sus labios tenían pasta morada y se había hecho pintar las uñas de manos y pies. No lucía bigote, pero sí barba, larguísima, trenzada al estilo ilnario. La melena oscura y ensortijada caía sobre los hombros y brillaba a causa del aceite.

A su izquierda y derecha había sendas jóvenes con gasas livianas, una morena y otra rubia y con los ojos azules. Las dos eran hermosas y miraban con descaro a los embajadores. Tras el rey se encontraba Parviz, también maquillado y vestido con opulencia. Su cráneo pelado esplendía a la luz de las lámparas. Lejos, había cinco guardias inmóviles.

Una gran efigie de mármol se alzaba en el centro de la estancia, el dios Sesac con atuendo de guerrero ilnario. Pero le habían quitado la cabeza original de león y le habían puesto otra con los rasgos sonrientes y bondadosos de Bauán IV. El resultado era absurdo.

—¡Aquí están los mortales que vienen del norte! —exclamó el rey—. ¡Los bárbaros escaldraios!

Rafucio y Galvero se arrodillaron y tocaron las baldosas con la

frente.

—¡Muy honrados nos sentimos de contemplar vuestra grandeza, Su Divinidad! —exclamó Rafucio.

El rey sonrió encantado y dio dos palmadas.

—¡Magnífico! ¡Creía que los escaldraios eran unos brutos, pero estos dos mortales saben comportarse como es debido ante su dios! Mi querido Parviz me ha dicho que hoy los astros están en la posición adecuada para recibiros y aquí estoy, hombrecitos, dispuesto a permitir que gocéis de mi presencia.

—En efecto, Su Divinidad —dijo el eunuco, con una sonrisa amable—. El astrólogo de la corte me lo reveló y los cuerpos celestes no pueden equivocarse.

—¡Claro! Yo mismo los ordené en el cielo y como soy infalible… ¡el error es imposible! —Parviz asintió con aire bondadoso—. Mortales extranjeros, podéis levantaros. Soy generoso y deseo que los hombres se sientan cómodos en mi presencia.

Los embajadores se pusieron en pie.

—¿Me permitís hablar, Divinidad? —preguntó Rafucio.

—Os lo concedo.

—A nuestras tierras ha llegado vuestra fama, Divinidad. Oímos decir que había un dios sobre la faz de Dirtán y nuestro rey nos ordenó verificarlo. Y ahora… —Rafucio parpadeó varias veces y sonrió con tal embeleso que el joven rey no pudo evitar devolverle el gesto de alegría—. Ahora comprendo que los rumores eran ciertos. Yo… No sé… No puedo explicarlo, pero entiendo que estoy ante un ser que no procede de este mundo… ¡Sois realmente un dios!

—No *un* dios, sino *el* dios. Ni siquiera soy el Sesac de los ilnarios. Esa fue una simple etapa en mi evolución trascendental. La he rebasado y me he convertido en el dios de todos los dioses. Deberías recordarlo, mortal, porque puedes ofenderme si no utilizas bien los términos. Y no es juicioso ofender *al* dios.

Llevó una mano a la empuñadura enjoyada de la daga sujeta a su cinto y cayó un silencio pesado. Incluso los amantes dejaron de besarse. Bauán IV continuaba sonriendo, pero aquella mueca se había transformado en una expresión tensa y enloquecida. Parviz intervino con voz suave:

—Divinidad, debéis perdonar al mortal. Pensad que no es ilnario, sino escaldraio, y allí todos son torpes. Además, recordad que los astros decían que hoy debíais ser comprensivo.

El rey levantó una ceja y asintió.

—En efecto, soy un dios de la generosidad. Es difícil porque me hiere la necedad de los mortales, pero yo lo perdono todo. Permito que vivas, insecto, aunque morir por mi mano sería el mejor favor que podría hacerte, pues de todos es sabido que aquel a quien yo mato

asciende hasta las nubes.

—En efecto, Divinidad, acepto mi destino en este mundo, ¡el que vos, en vuestra sabiduría infinita, ordenéis para mí! Venimos a este país para manifestaros nuestra amistad. Traemos presentes que ruego aceptéis.

—Ningún regalo de un mortal podría satisfacerme, ¡pero sea!, quiero ver qué me habéis traído.

Rafucio reconoció la avaricia en sus ojos y comprendió que este dios en el fondo era bastante humano.

—Tenéis joyas y oro en el cofrecillo que trae mi ayudante.

—¡Qué bien! Las baratijas me entretienen.

—Y os he traído algo más, Divinidad: una estatuilla del dios Braladur.

El rey perdió la alegría.

—Vas a morir por tu atrevimiento, mortal. ¿Cómo osas presentarte ante mí con ídolos blasfemos?

—¡Perdón, Divinidad! —Rafucio volvió a arrodillarse—. No terminé de hablar. He traído al dios Braladur… para que Él también os rinda pleitesía.

Bauán IV levantó las cejas y sonrió.

—¡Oh! Eso sí me agrada.

Rafucio extrajo del cofre una figura de madera que había ordenado tallar a un ebanista no muy pío; era el dios Braladur, pero con una rodilla en tierra y la cabeza baja. Rafucio la puso ante el joven rey con mucha humildad.

—¡Presenciad cómo nuestro pobre dios se inclina ante vuestra magnificencia!

—¡Qué bonito! ¡Qué maravilla! —El rey dio palmadas y luego se volvió hacia el eunuco con una expresión feroz—. ¡Esto es lo que yo deseo, Parviz! ¡Quiero que todos los dioses se inclinen ante mis pies! ¡Que los pueblos me adoren! —Se volvió hacia Rafucio—. Eres el primer extranjero que reconoce mi superioridad. Entre tanta estupidez me reconforta saber que aún quedan hombres lúcidos.

—Divinidad, no he hecho otra cosa que expresar lo que muchos ya saben en mi país: que no hay más dios verdadero que vos.

—¿Muchos? ¿No todos? ¿Y cómo es eso?

—La nueva de vuestro poderío se extiende con rapidez.

—¡A sangre y fuego! ¡Mi religión ha de extenderse a sangre y fuego entre los descreídos! ¡Sin piedad!

—Creed que mi rey es firme en su admiración. Pronto seréis conocido en todo Brajairi.

—Y temido, señor embajador, sobre todo temido. Los mortales han de sentir por mí un terror sano. ¿No es así, hermosa? —Se volvió hacia la mujer morena, que intentó sonreír mientras él acariciaba su

rostro—. Tú me temes, ¿verdad?

—¡Sí, Divinidad! ¡Os temo sobre todas las cosas!

El rey empezó a desenvainar la daga.

—Y sé que estarías también dispuesta a morir por tu dios. Sería el más gozoso de los sacrificios.

Ella temblaba. Los ojos se le humedecieron y una lágrima cruzó su mejilla. El rey disfrutaba con su miedo, lo absorbía.

—Por favor… —gimió la chica, sin poder decir otra cosa—. Por favor…

—Divinidad —intervino Parviz—, recordad al astrólogo. Hoy es día de generosidad. Ya habrá otros en los que impongáis vuestro dominio sobre los mortales.

—Es cierto. Hoy he de mostrarme dadivoso. ¡Por eso no voy a matarte, bella mortal!

—¡Gracias!

—Solo marcaré tu rostro. —El rey desorbitó los ojos y rio—. ¡Así!

Le hizo un tajo en la cara y ella gritó y se agarró la herida.

—¡No chilles tanto, hermosa, que solo fue un corte!

Ella lloraba y sufría convulsiones, agarrándose la cara embadurnada de sangre. Todos miraban al rey con espanto.

—¿Por qué estáis tan serios? —gritó Bauán IV—. ¡Reíd en presencia de vuestro dios!

Abrió la boca y soltó una carcajada que parecía un ladrido. Parviz dio palmas y empezó a reír. El rey abrió mucho la boca y los ojos y aulló otra carcajada inmensa. Rafucio y Galvero rieron, los dos amantes rieron, los guardias rieron sin abandonar su posición marcial, la mujer rubia rio e incluso su compañera morena reía y lloraba a la vez, mientras se agarraba la cara herida. Había miedo, tensión y nerviosismo en las bocas abiertas, pero todos reían a gritos.

El rey levantó las manos.

—¡Alto! ¡Basta! ¿Lo habéis visto? ¿No soy un dios de la alegría? ¿No hago felices a mis adoradores? ¡Ay, es tan duro ser un dios encarnado…! Porque habéis de saber que este cuerpo de carne y hueso tiene sus imposiciones. —Se volvió hacia la mujer rubia y tomó su barbilla. Ella sonrió a duras penas, intentando controlar su terror—. Mi carne viril me tiraniza y me obliga a unirme a humanas como esta. —Miró a los embajadores—. ¿Sabéis que la he convertido en mi primera esposa? ¡La primera del harén! ¡Sus hijos serán los futuros reyes de Élamos! ¡De Dirtán entero! ¡En ellos estará mi divinidad! ¿Podrás soportarlo, mujer hermosa?

—¡Sí, Divinidad! ¡Será para mí una fuente de orgullo y dicha!

—Pues claro. Así ha de ser. —Se volvió hacia los embajadores—. Hombrecitos de Brajairi, marchaos. Ya me habéis entretenido lo suficiente. Os hurto el placer de mi compañía. Me voy con esta belleza

para darle contento a mis carnes. Parviz, haz que lleven los presentes de los palurdos al tesoro real.

Se levantó con ligereza y se llevó a la mujer rubia de la mano.

El eunuco miró a la morena, que aún sollozaba y se agarraba la cara cortada.

—Ve a que te curen. —Ella salió a la carrera. Parviz se volvió hacia Rafucio—. Habéis sido hábil, embajador. Le caísteis en gracia a Su Divinidad. Una vez que ya le habéis presentado vuestros respetos y los de vuestro rey es mejor que no volváis a pedirle audiencia. No forcéis vuestra suerte.

—Estoy de acuerdo. No obstante, quisiera entrevistarme con vos en privado. Hay asuntos que debo tratar con el consejero de Su Divinidad.

Parviz lo miró pensativo.

—Acompañadme a mi despacho.

—Gracias. Galvero, id a los aposentos y esperadme allí.

—Como ordenéis, señor.

Una vez que estuvieron los dos a solas en el despacho de Parviz, el eunuco le señaló una silla de estilo teremio y Rafucio se sentó en ella con un suspiro de alivio. El anfitrión sirvió dos copas de vino blanco y refrescante y se sentó en otra butaca, frente a él. Ya no había humildad en su comportamiento y de hecho parecía en realidad un monarca. Rafucio pensó que el eunuco se vería de tal modo en su fuero interno.

—Y bien, ¿de qué queréis hablar con el Primer Consejero del Rey de Élamos?

—Si me lo permitís, quisiera mostraros ciertos documentos. Son cartas que el propio rey de mi país ha firmado. Tratados de amistad y cooperación. Y algunas donaciones.

Sacó de un bolso las cartas y se las dio. Parviz las sopesó en sus manos. Observó a Rafucio, que había vuelto a la silla y lo miraba por encima de la copa mientras tomaba un sorbo. Parviz leyó las cartas sin que su rostro abotargado revelara expresión alguna. Las dejó con lentitud en una mesa.

—Debéis reconocer que son oportunidades fabulosas para vuestra nación —dijo Rafucio. Le señaló con un dedo—. Y por supuesto, vos seríais el único gestor, organizador y administrador de estos asuntos. Sería un honor grandísimo para vos y os reportaría evidentes ventajas personales. Estamos hablando de mucha riqueza.

Parviz sonrió con cinismo.

—¿Y qué quiere vuestro rey a cambio?

—Solo quiere que se haga justicia.

—No os entiendo.

—Justicia con un enemigo de nuestro país, un traidor y un

criminal que se encuentra en Élamos. Mi señor quiere que lo hagáis detener y que me lo entreguéis. —Se encogió de hombros—. Solo eso, y de inmediato hará efectivo lo que hay en esas cartas.

—Mucho debe temer vuestro rey a ese hombre si está dispuesto a dar tanto a cambio de su cabeza.

—Os aseguro que mi rey no le teme a nada ni a nadie, pero grande es su rencor hacia quienes lo atacan. El criminal cometió ese error y ahora debe pagar. El rey de Brajairi no olvida a quienes le causan disgusto… Ni a quienes le ayudan.

—¿Y quién es ese hombre tan buscado?

—Barac Tiyadara.

El rostro del eunuco no mudó, no hubo cambio alguno, pero algo pareció petrificarse en él.

—¿Barac Tiyadara? Ese nombre me suena… ¡Oh, sí! Es un noble de Brajairi que vive aquí desde hace algunos años.

—Decenios. Consideramos que debe sernos entregado cuanto antes. Como veis, estamos dispuestos a pagar un buen precio por él.

—Lamento que haya agraviado a vuestro señor.

—Lo ha agraviado tanto que no quedará satisfecho hasta verlo aherrojado a sus pies. ¿Y bien? ¿Qué decís?

Parviz miró las cartas de la mesa con relámpagos de ambición en los ojos, pero al final apartó la vista.

—Lo siento mucho, pero desconozco el paradero del señor Tiyadara.

—Tengo entendido que hace poco fue visto en la corte.

Parviz se encogió de hombros.

—Pasa tanta gente por la corte para rendirle honores a Su Divinidad… No puedo estar al tanto de dónde viven todos.

Rafucio se inclinó hacia delante y clavó sus ojos en los de Parviz.

—Señor, estoy seguro de que podréis averiguar dónde se esconde para así detenerlo. Las tropas de la Corona os sirven. Vamos. Haced ese pequeño esfuerzo.

—Lo siento, pero no puedo ayudaros. Élamos es un país tan grande que esa búsqueda llevaría años y al final, estoy seguro de ello, no daría resultados.

—Así pues, ¿no ayudaréis a Su Majestad el Rey de Brajairi?

—Lamentándolo mucho, me es imposible hacerlo.

Rafucio asintió con lentitud, sin hacer desaparecer del todo su sonrisa. Se levantó, suspiró y tomó las cartas de la mesa.

—Es una lástima. Nos hubiera gustado tanto que hubiese amistad entre nuestros pueblos…

—¿Y por qué no ha de haberla? Debe existir concordia entre países vecinos.

—Señor, a veces los vecinos son los enemigos más encarnizados.

Parviz pareció enojarse.

—¿Qué insinuáis?

Rafucio lo miró con tal severidad que el eunuco frunció el ceño.

—No es juicioso enemistarse con mi rey. Estoy seguro de que habéis oído hablar de las cosas que ha hecho y de cómo ha ganado todas y cada una de las batallas. Sin duda habréis oído hablar también de las dos manos de Argaut III el Justiciero: una mano está abierta y ofrece su amistad leal y generosa, pero la otra está cerrada en un puño, preparado para aplastar a quienes le contrarían. Y vuestra decisión va a contrariarle.

Parviz se levantó de la butaca.

—No voy a tolerar que vengáis a mi país, al palacio de mi rey, y me amenacéis.

—Mi señor el rey de Brajairi siempre consigue lo que se propone. De un modo u otro, lo consigue. Su determinación es férrea. A vos os toca decidir qué tipo de vecino queréis tener. Por favor, reconsiderad vuestra decisión. Meditadla. Solo eso. Y luego hablad conmigo.

—No hay más que hablar. —Parviz entrecerró los ojos—. Y os diré otra cosa: me veo en la obligación de pediros que abandonéis el Palacio Real. Por desgracia, necesitamos vuestros aposentos para alojar a otras embajadas llegadas de diferentes países. Estoy seguro de que comprenderéis que también han de ser atendidas.

—Por supuesto que lo comprendo. Mi presencia no os incomodará más. Me alojaré en alguna fonda de vuestra ciudad maravillosa. —Sonrió—. Tengo intención de visitar vuestros monumentos y vuestras grandes construcciones. Sin duda eso no os molestará, ¿verdad? Sabréis encontrarme si cambiáis de idea. —Levantó las cartas—. Estaré siempre dispuesto para hablar con vos.

—Cinco días —dijo Parviz—. Tenéis cinco días para disfrutar de mi tierra. Solo durante ese plazo os daré escolta hasta las fronteras del norte.

—¿Y qué ocurrirá si rebaso el plazo?

Parviz se encogió de hombros con pesadumbre.

—Me temo que entonces ya no podré ocuparme de vuestra seguridad. Élamos tiene también su parte oscura y aquí la vida de un extranjero puede correr peligro.

Rafucio asintió en silencio un par de veces.

—Comprendo.

—Os deseo una feliz, aunque breve, estancia en mi tierra. Y ahora he de pediros que me dejéis para ocuparme de otros asuntos. Reitero mi agradecimiento por vuestros presentes y por el respeto mostrado a Su Divinidad.

—Yo también agradezco vuestras atenciones.

—Abandonad hoy el palacio, señor Injeca.

Rafucio asintió sin dejar de mirarlo a los ojos, y luego se fue.

Cuando volvió a los aposentos y Galvero le preguntó por la entrevista, lanzó las cartas sobre la mesa.

—¿Qué os puedo contar de la entrevista con el capón? ¡Que me cago en todos sus muertos!

—Deduzco que no hemos obtenido lo que vinimos a buscar.

—¡Pues no! Ya me advirtió Ubaid que aquí Barac Tiyadara tiene aldabas de calidad. No solo Parviz se niega a entregárnoslo, sino que además nos echa del Palacio Real y nos da cinco días para salir del país. Luego, podemos darnos por muertos.

—Entonces no podemos hacer otra cosa que volver a Brajairi.

Rafucio miró a Galvero con un ojo entrecerrado.

—¿Volverme con las manos vacías? De eso nada. El rey me ha encargado llevarle la cabeza del traidor y no voy a rendirme tan pronto. Nos largamos de este palacio, mas no del país. Id a buscar una buena hospedería en la capital, un lugar limpio y cómodo, y decid a nuestros hombres que a partir de ahora tengan el ojo vivo y la mano rápida, que solo salgan a la calle cuando yo les dé permiso y que nunca estén solos, ni siquiera en la letrina. Aquí no nos quieren y en cualquier momento nos pueden dar una puñalada en los riñones. Esta tarde vos y yo volveremos a la Taberna del Lobo. He de hablar otra vez con nuestro amigo goramio.

27

—La respuesta del eunuco era previsible —dijo Ubaid—. Ya os advertí que teme a la secta de los asesinos.

—En efecto, me lo advertisteis —contestó Rafucio—. Pero debía intentarlo.

Ubaid sopló sobre la taza de infusión humeante, sorbió e hizo un gesto de placer. Tomó una barrita de pasta de dátil y empezó a comérsela haciendo mucho ruido. Sonaba de fondo el rumor de las aguas del jardín y los trinos de los pájaros. Rafucio sorbió de su taza y se comió una pastita.

—Debéis volver cuanto antes a vuestro país —aconsejó Ubaid—. El capón no amenaza en vano y si os prometió cinco días de tregua no habéis de echarlos en saco roto. Tampoco sería raro que os tendiese una trampa antes de que expire el plazo. Es un felón.

—¿Cómo pretende eliminarme?

—No de modo oficial porque provocaría un incidente entre países.

—Es decir, que no me detendrán los soldados ni habrá ningún proceso público. Unos matones me degollarán mientras duermo o unos maleantes me atacarán en un callejón. Y todo parecerá un robo.

—Exacto. Por eso os ha echado del palacio, para que no le salpique. No engaña a nadie, pero mantiene las formas. Luego enviará condolencias a vuestro rey y prometerá hacer justicia con los culpables. Encargará una investigación oficial y todo quedará en nada.

—Y mientras, yo estaré tirado en algún callejón oscuro.

—Lamento deciros que es muy posible —respondió el mercader, mientras se chupaba los dedos—. Por eso debéis iros de Élamos cuanto antes.

—Me temo que aún tengo cosas que hacer aquí.

Ubaid frunció el ceño.

—No os entiendo.

Rafucio clavó sus ojos en el mercader.

—Quiero una entrevista con el hermano del rey de Élamos, el hombre que escapó de la masacre palaciega, el monarca legítimo del país.

Ubaid levantó las cejas con asombro.

—Pero…

—Estoy decidido a cazar a Tiyadara y mi rey mi apoya. Si el problema es que la presa tiene aliados fuertes, el problema son esos

aliados. Cuando desaparezcan caerá en nuestro poder. Parece ser que la única oposición a Su Divinidad es su hermano y, como vos mismo dijisteis, mucha gente estaría dispuesto a ayudarlo en esta tierra. No parece imposible que también haya otros dispuestos a ayudarlo, desde el exterior.

Ubaid contempló a Rafucio.

—¿Querría vuestro rey apoyar un alzamiento contra Bauán IV?

—Como ya le dije a Parviz, Argaut III siempre consigue lo que desea. —Levantó una mano—. Pero no puedo asegurar nada. Primero he de entrevistarme con el hermano del rey y ver qué podemos ofrecernos el uno al otro. Tengo que estudiarlo en persona. Después le llevaré mis opiniones a mi rey y él decidirá si conviene apoyarlo.

—Es una jugada osada, aunque tiene su lógica. No obstante, Rayán Arisai, el hermano del rey, está en paradero desconocido.

—Para eso os necesito, querido amigo. Estoy seguro de que alguien como vos, que está al tanto de todo en este país y que conoce a las personas más influyentes, podría ponerme en contacto con él, por muy fugitivo que sea.

—Agradezco los cumplidos, pero habéis de comprender que yo correría mucho riesgo. Si Su Divinidad conoce que estoy en tratos con su hermano mi vida no valdría nada.

—¿Y no corréis riesgo viviendo en un país cuya justicia está en manos de un loco y de su ambicioso privado? ¿No estáis en peligro cada latido solo por tener una fortuna que el rey pueda desear? Habéis caminado por el borde al entrevistaros conmigo en secreto. Un mercader como vos sin duda está acostumbrado a las empresas peligrosas, pues de otro modo no habríais llegado tan lejos. La otra vez dijisteis que en Élamos mi rey podría encontrar servidores fieles. Ahora podéis demostrarlo. ¿Quién es ahora el enemigo de vuestro enemigo?

Ubaid sopesó las palabras mientras se frotaba con dos dedos una oreja.

—Puedo ponerme en contacto con determinadas personas que a su vez pueden llegar hasta el príncipe Rayán. Pero no es seguro que él venga a veros.

—¿No es seguro? —Se burló Rafucio—. Ese hombre vendrá corriendo a hablar con cualquier posible aliado, sobre todo si es el rey de Brajairi. Hacedle saber que no tengo paciencia y se dará más prisa. Además, mi estancia aquí no puede ser larga.

—Ese es el problema. Me resultará imposible traer a Rayán Arisai en menos de cinco días. No será antes de diez. Tened en cuenta que es un fugitivo y que no está en la capital.

—Estoy dispuesto a ir donde me diga.

—No. El encuentro se celebrará aquí, en mi casa.

—¿Por qué?

—Porque es un lugar seguro y porque además quiero estar presente.

Sonrió. Rafucio también sonrió.

—Lo comprendo.

—No voy a quedarme al margen. Pero habréis de tomarme solo como un observador.

—La información es poder. Por mí no hay problema. Conseguid que el hermano del rey se entreviste conmigo, en este mismo jardín si os parece, y os deberé un favor. No es cosa baladí que la Corona Brajairia os deba favores.

—Me honrará servir a vuestro rey como buenamente pueda. —La sonrisa desapareció—. Pero llevad cuidado. Parviz se tomará como una afrenta personal que no os marchéis en cinco días y tratará de lavarla con sangre.

—Señor, pertenezco a la alta nobleza brajairia, pero mi segundo hogar son las tabernas. —Llevó una mano a la daga—. No temo los callejones sombríos.

—Aun así, os aconsejo prudencia. Si os veis apurado venid a la Taberna del Lobo y os esconderé en el barrio goramio. En él correréis peligro, pero menos que en otros lugares de la ciudad.

—Lo agradezco y lo tendré en cuenta. Supongo que ya sabréis dónde me alojo ahora, así que en cualquier momento podéis hacerme llegar vuestro mensaje.

—Contactaré con el príncipe Rayán e intentaré que os reunáis los dos cuanto antes. Pero no será rápido. Tened paciencia. Y sobre todo, seguid con vida.

—Siempre me he tomado muy en serio ese trabajo —contestó Rafucio.

Se cumplió el plazo y los brajairios seguían en la capital, alojados en una posada de la zona más céntrica y populosa, pues Rafucio suponía que los sicarios de Parviz preferirían actuar en un lugar solitario y oscuro. El dueño de la fonda recibió buenos dineros y permitió que los diez extranjeros durmieran juntos, en el salón principal, sobre las propias mesas, y no en cuartos separados. Hacían guardias, vigilaban la calle desde las ventanas y apenas salían de la hostería, convertida en una especie de fortaleza improvisada en la que podrían encastillarse ante cualquier banda de bellacos. Rafucio había elegido bien a sus hombres, más guerreros que diplomáticos; algunos habían

servido en el ejército, pero otros venían de los bajos fondos de Longaza y tenían experiencia en broncas a cuchillada limpia.

El séptimo día entraron doce hombres de pésima catadura que se sentaron en dos mesas de un rincón. Llevaban cuchillos y facas y un par empuñaban barras metálicas sacadas de alguna herrería. Rafucio y sus gentes se sentaron frente a los rufianes, apoyaron las manos en los aceros envainados y los miraron con calma. Los dos grupos estuvieron calibrándose en silencio y al final el líder de los elamosios hizo una seña a los suyos y se fueron de allí sin buscar problemas.

—La próxima vez serán más —dijo Galvero.

Rafucio asintió, preocupado. Ojalá Ubaid se pusiera pronto en contacto con él porque empezaba a sentir el aliento de la muerte en la nuca.

En el noveno día el dueño de la fonda se le acercó con los nervios deshechos.

—Señor, he de pediros que abandonéis mi negocio.

—¿Acaso no pago bien?

—Sí, y os lo agradezco, pero… —Lo miró con angustia—. Señor, hay personas poderosas que me obligan a suplicaros que os marchéis.

—Pierde cuidado, buen hombre, que no te voy a buscar la ruina. Ya nos atenderán en otro sitio.

—Me temo que eso será difícil, señor. A los otros compañeros del gremio les han dado la misma orden.

—Se nos niega el alojo. Tendremos que dormir en la calle, como los vagabundos.

—Lo siento muchísimo.

—Está bien. Ten, por las molestias.

—No, por favor, no es necesario.

—Cógelo y no se hable más. Vosotros, agarrad los bártulos, que nos vamos.

Salieron de la posada, a las calles bulliciosas. Miraban a un lado y otro buscando mil y un peligros ocultos y se movían casi en formación cerrada, como un diminuto cuadro de infantería, siempre con la mano sobre el acero. Descubrieron ojos hoscos y caras hostiles. Sin duda los vigilaban, cosa fácil porque al ser extranjeros era imposible pasar desapercibidos.

Se les acercó un viejecillo miserable con cara de rata.

—Señores, si buscáis alojamiento os llevaré al sitio adecuado. ¡Allí aceptan a los extranjeros! ¡Os harán buenos precios, la comida es excelente y hay mujeres!

—¿Está en el distrito goramio? —preguntó Rafucio.

—¡No! ¡Los goramios son traicioneros! Os aseguro que en mi fonda estaréis tan seguros como en los brazos de vuestras madres, ¡jajajá!

—Algunos de mis hombres no conocen ni a la madre que los parió.

¿Está muy lejos la fonda?

—¡Oh, no! ¡Seguidme!

—Espera, buen hombre, primero quiero hablar contigo. Me caes bien.

—¿Ah, sí? ¡Jejejé!

Rafucio hizo una seña a sus gentes y todos juntos se metieron en una arcada sostenida por columnas, lejos del bullicio. Rafucio metió al hombrecillo en el interior del grupo y le puso la daga en la garganta.

—¿Cuántos hombres nos esperan en esa posada tuya?

El viejo lo miró con pavor.

—¿Cuántos? ¡Ninguno! ¡No sé de qué me habláis!

Rafucio le metió la punta de la daga dentro de la nariz y la abrió de un tajo. El viejo empezó a gritar y lloriquear, pero él lo agarró del cuello y le obligó a mirarlo.

—Lo siguiente será el ojo. ¿Cuántos hombres armados nos esperan en ese sitio al que quieres llevarnos?

El anciano harapiento lo miraba con terror mientras sangraba por la nariz.

—Creo que son unos veinticinco, o treinta.

—Y te han pagado bien por meternos en esa trampa, ¿verdad?

—¡No! ¡Me obligaron! ¡Os juro que me amenazaron! ¡Yo no tengo nada que ver! ¡No…!

El hombre jadeó con sorpresa al hallar la daga clavada en su corazón. Rafucio lo dejó sentado en el suelo, como si fuera un borracho más. Sus hombres lo habían tapado, pero había uno o dos tipos de la calle que miraban con recelo.

—Vámonos —dijo Rafucio.

Echaron a andar todos juntos otra vez y se internaron en la multitud. Rafucio les ordenó detenerse al entrar en un parque donde jugaban unos mozalbetes.

—¡Chavales! —Les mostró unas monedas que los niños miraron con ojos muy abiertos—. Esto es para vosotros. Os daré el doble si me lleváis al distrito goramio. ¿Podéis hacerlo?

—¡Claro que sí, señor!

—Otra cosa: hay unos señores malos que nos buscan, así que quiero que unos cuantos vayáis por delante y vengáis a avisarme en cuanto veáis gente con palos y cuchillos. —Les guiñó un ojo—. Para cada uno habrá una moneda.

Los zagales obedecieron con mucho contento: dos se quedaron con Rafucio y sus hombres y el resto corrieron como liebres a explorar las cercanías. Los brajairios caminaron por calles cada vez más retorcidas y estrechas, siempre atentos a cualquier peligro. Las gentes los miraban con sorpresa porque los extranjeros no solían pisar barrios tan humildes. Caía el sol y las sombras se alargaban en las fachadas y

los tejados. A Rafucio no le hacía ninguna gracia que la noche se les viniera encima antes de alcanzar la Taberna del Lobo.

Dos niños llegaron corriendo.

—¡Hemos visto un grupo de diez hombres que viene hacia aquí!

—¡Señor! —llamó un brajairio—. ¡Por allí vienen otros! ¡Son cinco!

Los brajairios se encontraban en una vía empinada de la cual partían diferentes callejas. En la cúspide había cinco matarifes que ya empuñaban sin disimulo sus cuchillos. Uno llevaba una cadena gruesa que tintineaba a cada paso.

—Esos malnacidos no quieren que lleguemos al barrio goramio —gruñó Galvero.

—No pueden estar solos —dijo Rafucio—. Vendrán otros con ellos y se unirán a los diez que anunciaba el chaval. —Se volvió hacia los niños—. Eh, vosotros, ¿cómo se va al barrio goramio? ¿Queda lejos de aquí?

—No, señor, tenéis que ir siempre hacia abajo por estas calles y llegaréis enseguida. Está en la parte baja de la ciudad.

—Aquí tenéis las monedas. Largaos. ¡Corred, que esto ya no es un juego!

Los chiquillos salieron en estampida. En la cuesta, los cinco matachines se habían detenido y hablaban entre sí, mirándolos.

—Están esperando refuerzos, señor —dijo uno de los brajairios—. ¿Qué hacemos?

—Sacad los hierros y que nadie se separe del grupo. ¡Seguidme!

Desenvainaron dagas y espadas y anduvieron con rapidez detrás de él. Bajaban por calles miserables, con suelo de tierra y con fachadas llenas de desconchones que permitían ver el alma de ladrillo. Los residentes se metían en sus casas al ver tantos ojos duros y tanto acero; nadie quería inmiscuirse y los miraban con asombro desde las ventanas y los umbrales a medio cerrar. Doblaron esquinas y pasaron bajo los arcos de corredores oscuros, siempre pendiente abajo. Descendieron por una escalinata ruinosa y fueron a parar a una plaza entre edificios de dos plantas de altura, con fachadas blancas de cal, pero sucias y agrietadas. En el centro había una fuente con las efigies de Liryamur y Aerisi, *los Gemelos Hermosos*, los hijos de Sesac, dos hermanos de distinto sexo que eran los dioses ilnarios del amor. Las estatuas tenían las caras desmochadas a pedradas y carecían de brazos. Por los caños no salía agua y la pequeña piscina estaba seca y polvorienta. Allí tampoco había baldosas, sino tierra apisonada, plagada de baches. Era una parte de la ciudad muy venida a menos. Unas viejas estaban sentadas en taburetes, tomando el sol y charlando junto a una casa. Dos hombres platicaban en un portal. Cuando vieron llegar a los extranjeros armados hasta los dientes todos se metieron en los zaguanes, cerraron la puerta y corrieron la tranca.

Los brajairios ya cruzaban la plaza a paso rápido, pero se detuvieron al ver aparecer diez hombres armados frente a ellos. Sin duda eran los que había mencionado el chiquillo. Por la segunda calle que desembocaba en la plazoleta llegaron otros seis energúmenos con cuchillos, hachas y palos. Y por donde habían venido entraron los cinco de la cuesta. No había más calles que desembocaran en la plaza. Estaban atrapados. Quedaron quietos, cerca de la fuente. La gentuza que los perseguía los doblaba en número y parecían acostumbrados a pelear recio. Empezaron a acercárseles. Uno, un truhan alto, muy moreno y de barba larga y mugrienta, con un martillo en una mano y un cuchillo de carnicero en la otra, levantó un brazo y sus gentes se detuvieron.

—¡Señores, soltad las armas y os juro que no se os hará daño!

—¡Vete a jurar a la mancebía donde te hicieron! —respondió uno de los brajairios.

—¡Silencio! —gritó Rafucio—. ¿Estáis dispuesto a prometer por vuestro honor que no nos atacaréis si nos rendimos?

—¡Por supuesto! —afirmó el líder de los maleantes—. Por mi honor y por el de todas estas buenas gentes os prometo que os llevaremos a un lugar seguro; allí, las personas que nos han contratado hablarán con vos.

—¿Y luego se nos dejará ir de la ciudad?

—Claro. Y con escolta. Os iréis todos en paz, señor. ¡Lo juro!

—Dejadme consultarlo con mis hombres.

—Daos prisa, señor.

Rafucio se volvió hacia los suyos y susurró:

—No tiréis las armas. Cuando yo grite todos echaremos a correr hacia el grupo de seis hombres, les pasaremos por encima y seguiremos huyendo calle abajo. —Se volvió hacia el barbudo, levantó los brazos y empezó a andar hacia él en actitud amistosa—. No queremos problemas, así que os haré caso. Voy a entregar las armas yo el primero y luego lo harán mis hombres.

—Muy bien, señor, venid, que…

—¡Ahora! —bramó Rafucio.

Y echó a correr hacia la calleja donde estaban los seis enemigos. Sus hombres lo siguieron armando un escándalo de mil demonios.

—¡Id por ellos! —gritó el barbudo—. ¡Que no quede ni uno vivo!

Rafucio llegó al grupo de seis barbianes, de los cuales dos ya habían echado a correr con mucho miedo. Los otros cuatro aguantaron a pie firme y empezaron a soltar varazos y cuchilladas. Rafucio desvió una con su espada, hundió la daga en el cuello del enemigo y lo empujó. Galvero le cortó en la cara y la mano a otro hombre. Los otros dos enemigos eran bravos y resistieron pese de todo; uno incluso le abrió el cráneo a un brajairio con su hacha y el caído hizo tropezar

a un compañero, que casi se desplomó sobre él. Llegaron los otros quince sicarios, atacaron por la espalda a los dos últimos brajairios, los cosieron a puñaladas y les abrieron la cabeza a palos. Mientras, Rafucio, Galvero y dos más ya habían dado cuenta de quienes les cerraban el paso y echaron a correr casi saltando por encima de ellos. A sus espaldas otros brajairios se volvieron y recibieron a la marabunta con estocadas y tajos, al mismo tiempo que retrocedían. Tres enemigos cayeron sangrando como pellejos de vino; en la salida se formó un caos de cuerpos. La grita de insultos, reniegos y aullidos de ira y dolor era espantosa y el eco de las callejas la magnificaba. Siete brajairios bajaban corriendo por la calle empinada, que se doblaba en codos vertiginosos. Uno de ellos cojeaba y otro se agarraba el vientre. Les seguía la turba de maleantes. El último brajairio tropezó y se le echaron encima; aún pudo herir en la ingle a uno, pero alguien le dio una patada en la boca que le desgració los dientes; rodó sobre sí mismo e intentó levantarse, pero le dieron un varapalo en una oreja y luego lo llevaron contra un muro y le asestaron no menos de once puñaladas. Otro brajairio, el que se agarraba la herida del abdomen, tropezó y resbaló, se agarró a una pared e intentó levantarse, pero de pronto descubrió que se le salían los intestinos por la rajadura. Lo remataron. Los cinco brajairios supervivientes aún escapaban, resbalando y casi cayéndose por la cuesta. Al fin, la calle pareció abrirse y dio lugar a otra de esas escaleras que comunicaban diferentes niveles del barrio. Las bajaron a saltos, intentando no pisar mal los escalones para no romperse los tobillos. Un elamosio saltó dando un alarido y cayó sobre el último brajairio, y los dos rodaron en una confusión de brazos y piernas. Los otros cuatro brajairios seguían corriendo, jadeando y echando miradas atrás. Eran gente adiestrada y podían aguantar el cansancio, pero sus enemigos eran matones y asesinos de callejón, valientes, pero no acostumbrados a los esfuerzos largos, así que algunos se detuvieron, a punto de echar las tripas por la boca, y otros se limitaron a caminar, muy sofocados. Rafucio se dio cuenta de que solo seis enemigos estaban en condiciones de perseguirlos a la carrera. Al doblar una esquina llamó a sus tres hombres y les hizo señas para que aguardasen a los seis elamosios. Estos aparecieron y se encontraron con los cuatro brajairios; no los esperaban y apenas pudieron cubrirse. Un asesino era rápido con sus puñales e hirió a Rafucio en una oreja y un hombro, pero él le abrió con la espada el muslo y al acercarse le partió la nariz de un cabezazo; acto seguido, Rafucio le hundió la daga en el vientre y la sacó rajando para causar el mayor daño posible, y por último lo apartó de un empujón. Dio una estocada en la espalda a un enemigo que hostigaba a un compañero. Un brajairio tenía un tajo en el pecho y trataba de levantarse, pero se le formó una pompa rosada en la nariz, tosió un

cuajo de sangre y se desplomó de una vez por todas, muerto. Galvero remató a un enemigo herido con la daga. Un elamosio huía medio a rastras, agarrándose la entrepierna teñida de rojo. Otro escapaba a la pata coja. Ya no quedaban enemigos en las cercanías. Rafucio miró a Galvero, que tenía los labios partidos y la manga derecha empapada y pegajosa. El tercer brajairio también había recibido su ración de chirlos, en un brazo y en una pierna, y cojeaba al andar. Los tres tosían y jadeaban.

—¿Estamos bien, señores? —preguntó Rafucio, mientras se apoyaba en una pared para recuperar el aliento.

—He estado mejor, eso lo juro —gruñó Galvero, mientras se agarraba la boca chorreante y se tocaba un diente movido—. ¡Me cago en todo!

El tercer hombre se limitó a levantar la daga, roja hasta la empuñadura, y gemir una afirmación.

—Hay que seguir huyendo —dijo Rafucio, mientras se limpiaba la sangre que empezaba a salir de una heridita en una ceja, el roce de un cuchillo, quizás—. Pronto llegarán los amigos de estos desgraciados. El distrito goramio tiene que estar ahí abajo, en algún sitio. ¡Venga!

Echó a andar y los otros lo siguieron. Al mirar hacia atrás vieron a los elamosios del grupo principal, con el líder barbudo al frente. Rafucio masculló un reniego y echó a correr, seguido por sus dos hombres, que cojeaban y trotaban lo mejor que podían, dejando un reguero de gotas de sangre en el polvo. Al cabo de poco les salió al paso un individuo muy moreno, con el pecho al aire y un turbante en la cabeza.

—¡Me han dicho que os perseguían! —les gritó, en un antiguo con acento goramio.

—¿Trabajas para Ubaid?

—¡Sí! ¡He venido a buscaros! ¡Vengo con amigos!

En efecto, le seguían al menos diez goramios, armados con palos, martillos, hachas y cuchillos triangulares de carnicero.

—¡Menos mal! —exclamó Rafucio—. Llévanos con tu señor, que estamos ya más muertos que vivos. Pero cuidado, que nos sigue una manada de fieras.

—¡No os preocupéis por ellos! ¡Venid!

Se volvió y empezó a gritarles a sus compañeros en su idioma. Los goramios pasaron junto a los tres brajairios y vociferaron a los perseguidores liderados por el barbudo. Los elamosios se detuvieron. Los goramios no dejaban de gritarles cosas incomprensibles, mostraban los cuchillos y daban palos y acuchillaban al aire. Más goramios llegaban de abajo, todos armados, incluso con piedras, todos aullando a los matones de arriba. Estos se lo pensaron mejor y huyeron por donde habían venido. Los goramios les gritaban con

furia, daban patadas al suelo y escupían. Pero no los siguieron. Al cabo de poco el bullicio se disolvió y las gentes volvieron a sus casas.

Los tres brajairios entraban al cabo de poco en la Taberna del Lobo. Se quitaron las prendas ensangrentadas y se dejaron limpiar los tajos. Les dieron tinto fresco, cosa que agradecieron por encima de todo.

28

Por suerte, las heridas de la gresca no fueron de importancia. El hombre que los había salvado, un lugarteniente de la organización de Ubaid, les aseguró que en el distrito goramio estaban bastante seguros, pues allí ni siquiera la guardia de la ciudad osaba meterse; a los gobernantes les bastaba con que los habitantes del sector goramio pagaran los impuestos y no dieran problemas, y ellos mismos hacían su propia justicia. Tampoco entrarían los matarifes que casi acabaron con Rafucio y los suyos, pero no podían estar tan seguros en cuanto a la secta de los asesinos, cuyos miembros no temían a la muerte. Rafucio sabía que esta situación era muy transitoria y que no podría quedarse mucho tiempo en este escondrijo.

Pero Ubaid estaba fuera de la urbe y tardaba en regresar. A Rafucio no le revelaron su paradero, pero sospechaba que estaría en tratos con los aliados del príncipe Rayán para traerlo de una vez por todas a la ciudad, como le prometiera.

Cuatro días después de la pelea, Ubaid se presentó vestido con sus ropas de viaje.

—¡Señor Injeca! ¡Me alegro mucho de veros! Sobre todo, de veros *con vida*.

—Ha faltado el pelo de un calvo, pero ya hablaremos de eso después. ¿Habéis dado con el príncipe?

—Algo aún mejor. Viene conmigo. He logrado introducirlo en Élamos. Esta noche os entrevistaréis con él, en mi propia casa.

—¡Magnífico!

—Espero que tengáis en cuenta los peligros que alguien tan buscado como él está corriendo solo para veros.

—En eso de los peligros no le voy a la zaga. Pero se lo agradezco. Estoy deseoso de hablar con él.

—Mientras tanto, contadme vuestra aventura callejera.

Al anochecer se reunieron los tres en el jardín florido, el rincón que más amaba Ubaid de su propia casa y el lugar donde celebraba las reuniones importantes.

—Estamos aquí como hombres serios y corteses, para discutir

asuntos muy graves —dijo—. Pero antes pido que sigamos una costumbre de mi país, Tamua. Bebamos juntos el té de la concordia.

Ubaid parecía cómodo en su papel de anfitrión y moderador. Sabía que de esta reunión podía brotar el futuro del país y estaba muy orgulloso de que ocurriera en su propiedad. Les sirvió la infusión y además ordenó al fámulo que trajera los mejores vinos y licores. Para él se reservaba su querida cachimba.

Rafucio estudió al hombre sentado al otro lado de la mesa. Se parecía al actual rey de Élamos en el cabello oscuro y los ojos azules y grandes, pero ahí acababan las similitudes porque todo lo que Bauán tenía de lasitud, amaneramiento y blandura este lo tenía de rigidez, determinación y dureza. Estaba delgado, con las carnes consumidas, sin duda por las penalidades de ser un fugitivo al que medio país quería cazar. Tenía menos de veinticuatro años, pero ya no quedaba juventud en su expresión severa. Vestía ropas goramias, pues había tenido que hacerse pasar por un hombre de Ubaid, y el cuello y los antebrazos al aire eran duros como rocas. Bajo los ojos había ojeras y los labios estaban apretados por culpa de una ira obstinada.

—Me honra conoceros, Alteza —le dijo Rafucio—. Permitidme deciros que mi amo y señor, Argaut III, rey de Brajairi, habla también por mi boca. Os ofrece su amistad y su respeto.

—Quedo muy honrado —contestó Rayán Arisai—. Yo también presento mis respetos a vuestro rey. Sé que es un hombre enérgico y un luchador. En eso nos parecemos.

—No lo dudo, Alteza. Además, quiero expresaros mi solidaridad por los desmanes e injusticias que se han cometido con vos.

—Gracias. Pero no me volváis a tratar de Alteza, sino de Majestad. Soy el auténtico rey de este país. El miserable que ocupa el trono es un usurpador.

—Por supuesto. Perdonadme, Majestad.

Rayán asintió, más tranquilo.

—Lamento que os hayan perseguido en Élamos. Sé que los sacamantecas del usurpador intentaron daros la muerte. Es una desgracia que nuestros vecinos sean tratados de este modo intolerable. Es otra de las muchas tropelías del usurpador y su eunuco.

—Sé cuánto os duelen estas cosas, Majestad, pero de todas ellas me veo en la obligación de hablaros.

—Me dijeron que teníais interés en entrevistaros conmigo.

—El interés también es de mi rey.

—Hablad, pues.

Rafucio se arrellanó en su butaca y miró a Rayán a los ojos.

—Majestad, sin duda nuestro amigo común, el señor Ubaid, os habrá comentado ya el motivo de mi venida a Élamos, así que si me lo permitís iré al meollo.

—Por supuesto.

—Es de la mayor relevancia que el traidor Barac Tiyadara nos sea entregado, pero el usurpador se niega. Dado que Tiyadara es enemigo letal de mi rey y que cuenta con el apoyo del usurpador y su eunuco, estos se convierten también en enemigos de mi rey. Por tanto, tenemos un problema común y sería juicioso deliberar sobre cómo podemos resolverlo juntos.

Rayán asintió.

—Me interesa lo que decís. Muchísimo. Yo os juro por lo más sagrado que en cuanto el usurpador caiga Barac Tiyadara no tendrá un lugar donde esconderse en mi país. Levantaré hasta la última piedra para buscarlo y entregároslo atado de manos y pies.

—Magnífico. Brajairi es un país rico y fuerte. Tenemos mesnadas y tenemos dinero para apoyar una guerra que os devuelva al trono y convierta a nuestras naciones en aliadas. Ahora bien, habéis de comprender que nosotros estamos ciegos en vuestra tierra. Vos debéis ser el guía. Queremos saber qué planes tenéis y qué podéis aportar en todo este asunto. —Rafucio tomó un sorbo de la infusión y dejó la taza en el plato—. Majestad, nada más lejos de mi intención el ofenderos, pero os ruego que seáis realista.

Rayán sonrió con dureza.

—Si teméis que infle mi poder, estáis errado. Quien me conoce sabe que soy recto y huyo de toda exageración, así que os pondré las cosas claras. Tengo pocas fuerzas, pero son muy leales.

—¿Y de qué fuerzas hablamos?

—De unos cuatrocientos guerreros.

Rafucio levantó las cejas.

—Pocas son para recuperar un trono, Majestad.

—De ahí que aún no esté en él. Pero el usurpador tiene ya soliviantado a medio país. Su locura resulta intolerable para muchas personas importantes de la nobleza y el ejército. Si aún no se han rebelado es solo porque no hay un liderazgo y una estrategia claras. —Arrugó la nariz con fiereza—. Yo le garantizo a vuestro rey que si ganara una sola batalla al menos una cuarta parte de Élamos se alzaría para ayudarme a echar al usurpador. —Abrió las manos—. Pero no tengo tropas ni dinero. Al principio de la partida yo pondría la ficha del rey y vuestro señor las demás.

—Entiendo.

—Por otro lado, he de advertiros que aunque el usurpador cayera en mis manos y yo llevara la corona en mi cabeza, quedaría otro escollo.

—¿Que es…?

—La secta de los asesinos. Mi padre estuvo a punto de destruirla, pero ese que nació de mi madre pero que no merece ser su hijo nos

traicionó a todos y le devolvió a Bagwán todo el poder perdido. —Levantó un dedo—. Recordad que Bagwán apoya a Tiyadara. Si no matamos al Viejo de la Montaña jamás lo tendréis y volverá a atacaros precisamente a través de los fanáticos de la secta, igual que me atacarán a mí y a cualquier otro rey de este país. Podemos tener el trono, pero si no cortamos la cabeza del monstruo no servirá de nada.

—Así pues, también necesitaréis refuerzos de Brajairi para acabar con la dichosa secta.

—En efecto. Los ejércitos de nuestro país serían hoy por hoy incapaces de vencer a sus huestes.

—Tengo entendido que Bagwán está escondido en un lugar secreto.

—Yo lo conozco —contestó Rayán.

Ubaid lo miró asombrado.

—Permitid que intervenga en esta interesante conversación… Majestad, ¿habéis dicho que sabéis dónde se esconde ese diablo?

—No he permanecido ocioso mientras los sicarios del usurpador me perseguían. He viajado mucho, he hablado con mucha gente, he escarbado como un perro en busca del hueso y sé cómo llegar al escondrijo de Bagwán. Tengo la ruta. Tengo el plan. —Clavó su mirada en Rafucio—. Solo necesito tropas y dinero.

Ubaid dijo, solemne:

—Majestad y señor Injeca, doy garantía de que este es un lugar seguro para hablar. Lo juro por mi alma inmortal, por mi familia y por mi país, Tamua.

Rafucio observaba a Rayán Arisai con rostro impasible.

—Aún es pronto para daros la respuesta de mi rey. Primero, él debe conocer todos los detalles.

—Lo entiendo. Os los contaré, del primero al último.

La reunión se alargó durante toda la noche y acabó cuando el amanecer bañó en miel y sangre las hojas de las palmeras. Los tres estaban cansados, pero satisfechos. Cuando se pusieron en pie se estrecharon los antebrazos y se abrazaron.

—Informaré a mi rey de todo esto —prometió Rafucio—. Estoy seguro de que tales cosas le interesarán, y por medio de nuestro amigo —miró a Ubaid— os haremos saber la respuesta. En caso de ser afirmativa se establecerán los canales pertinentes de comunicación.

—Me ocuparé de que sean tan discretos como fuertes —dijo Ubaid—. Señor Injeca, una vez concluida esta reunión debéis marcharos de Élamos. Conozco personas en la guardia de las puertas de la ciudad que podrían haceros salir de incógnito, pero ello no ocurrirá hasta dentro de unos días. Y será peligroso. El eunuco tiene ojos y oídos en todas partes.

—Si me frenara el riesgo habría elegido un despacho tranquilo en

la corte —contestó Rafucio—, pero eso me mataría más rápido que una espada. Me pongo en vuestras manos.

—Bien. En cuanto a vos, Majestad…

—No os preocupéis. Yo también conozco gentes dentro y fuera de la ciudad que me llevarán a sitio seguro. Os quitaré esa carga.

—Creedme si os digo que lo agradezco —suspiró Ubaid—. Todos corremos peligro.

—Pensando en ello… —Rafucio se quitó un anillo, el único que llevaba, además de su alianza de matrimonio—. Tomad esto, Majestad. Es el sello de mi familia, los Injeca. Si a mí me ocurriese algo dádselo a los emisarios que enviéis a Brajairi. De esa manera mi señor sabrá que yo estuve con vos y que os di mi confianza.

Rayán tomó el sello de la Casa Injeca, cerró el puño y asintió.

—Guardaré esto como oro en paño.

Tras aquella reunión, Rafucio hubo de esperar dos días más, escondido en aquel laberinto de callejas y vestido con ropas goramias, antes de que Ubaid le avisara:

—Se ha producido el relevo esperado en la guardia. Hay un oficial sobornado que os dejará salir por una poterna, a vos y a vuestros dos hombres. Una persona de confianza os llevará fuera de la ciudad, a una cabaña con caballos y una escolta armada. Viajaréis al norte dando rodeos, sin pisar camino ni hostería. Será incómodo, pero necesario. Vuelvo a deciros que en cuanto salgáis de este barrio caminaréis por la cuerda floja. Parviz os busca por toda la ciudad. Haced cuanto se os diga y sed siempre cauteloso.

—Perded cuidado. De nuevo os doy las gracias. Nada de lo que habéis hecho por mí caerá en saco roto cuando aquí cambien las tornas.

—¡Que Sesac os escuche! —exclamó el mercader.

Esa noche, y vestidos con prendas anchas, capote y turbante, los tres brajairios abandonaron por fin el distrito goramio, acompañados por un hombre de Ubaid. Caminaban por calles solitarias y oscuras porque los soldados de palacio patrullaban la ciudad de día y de noche. Los fugitivos no hablaban y se dejaban guiar por el goramio, que tenía los ojos y los oídos alerta y la mano cerrada en la empuñadura de la gumía. Las sombras de los cuatro hombres se alargaban como espectros sobre las fachadas y los gatos los miraban con curiosidad desde los tejados y las esquinas.

Llegaron a las murallas y siguieron su recorrido por entre las casas más próximas a los lienzos, para que los guardias de las almenas no los vieran. Alcanzaron el cuartelillo que custodiaba la poterna, cerrada a esas horas. Como esperaban, allí fuera no había ningún soldado. El goramio les advirtió que lo esperasen escondidos tras la esquina de un barracón; fue a una puerta y llamó con suavidad. Sonó un chirrido de

bisagras, luego bisbiseos. De pronto, el goramio se zafó de una mano que quería agarrarlo y echó a correr.

—¡Nos han traicionado! —aulló mientras desenvainaba la gumía—. ¡Que no os cojan vivos!

Un tropel de soldados salió del barracón dando voces y se arrojó sobre él. El goramio gritaba en su lengua y daba cuchilladas, pero las espadas cayeron y le robaron la vida. Alguien empezó a abroncar a los soldados por haberlo matado.

Por aquel entonces Rafucio, Galvero y el tercer brajairio ya corrían como galgos. Intentaban orientarse por las calles tenebrosas y procuraban siempre bajar allá donde hubiera una cuesta para llegar a la zona goramia. Pero no conseguían dar esquinazo a los soldados, que les pisaban los talones. Los pasos sonaban como truenos en el silencio de la ciudad dormida. Galvero tropezó y cayó con estrépito. Se levantó de inmediato.

—¡Huid, señor, que yo me encargo de estos bastardos!

No se entregó, sino que desenvainó y cerró dando voces. Es difícil apresar con vida a quien busca pelear hasta morir, así que las espadas lo atravesaron y enviaron su alma lejos de Dirtán.

Rafucio soltó un reniego y siguió corriendo junto a su compinche. Penetraron en las sombras de una arcada, perseguidos por las voces que ordenaban la rendición. Hallaron un corredor de arcos de ladrillo y techo abovedado, un lugar tan oscuro que apenas podían ver el suelo sobre el que volaban. El túnel acabó en un portón cerrado. Rafucio se arrancó el maldito turbante, que lo sofocaba, y miró la sombra que era su camarada mientras desenvainaba los aceros.

—¡Si nos agarran nos torturarán hasta hacernos hablar y luego nos matarán de todos modos! —exclamó—. ¡A pelear y a morir como hombres! ¡Por Brajairi! ¡Por el rey!

—¡Por Brajairi y por el rey! —respondió el otro, con una mueca de rabia y amargura.

Los dos cerraron contra la turba de soldados. Rafucio sintió que su espada chirriaba contra otro acero y que su daga se hundía en carne. Continuó bregando como un loco, pero sintió un dolor agudo en el brazo derecho, como si se le desgarrara y partiera algo en él; soltó la espada y el brazo le colgó medio muerto y echando sangre a borbotones. Retrocedió para tomar aire y luego avanzó acuchillando por lo bajo con la daga. Un hombre se dobló en dos. En el caos de sombras y cuerpos sintió un golpe en la cabeza, tan fuerte que imaginó que se la habrían arrancado de cuajo. Notó la dureza cortante en sus entrañas. Los ladrillos del techo giraron, la tierra vino hacia su cara y la oscuridad se lo tragó.

Peleó contra la negrura gelatinosa. Sin necesidad de abrir los ojos, notaba que el mundo estaba dando vueltas. Le llegaban escombros de

realidad, chispazos de dolor y una sensación de que algo funcionaba muy mal en su cuerpo. Golpeteos… Una superficie irregular bajo sus pies… Brazos que le agarraban con fuerza… Voces:

—¡…cuartel! ¡Llevadlo allí, idiotas! ¡Hay que vendarlo y curarlo! ¡Lo necesitamos vivo!

—Pero ya está medio muerto, señor, le…

—¡Vamos, daos prisa! ¿Y dónde está el otro?

—El otro no…

La niebla se condensó en algún lugar dentro de su cráneo. Le dolía la cabeza y sentía un frío que bajaba por su cuerpo, un frío que entumecía sus piernas y se las arrebataba. Perdió la noción de sí mismo desde el pecho para abajo. Ni siquiera sentía la humedad pegajosa. Podía mover una mano, pero si intentaba llegar a los dedos de la otra el dolor le serraba el cerebro. Hubo una eternidad de pasos, gritos y jadeos, y después hubo algo bajo su espalda, y el mundo giró otra vez en las tinieblas, y notó una sustancia helada, algo que lo arrancaba de las profundidades.

—¡Despierta, bastardo! ¡No te mueras! ¡Vendadle!

Vio manchas en las que se abrían y cerraban agujeros y una luz brumosa y amarilla. Una superficie plana. Ascendía. *Me muero*, pensó. No sentía miedo, ni dolor, ni amargura, ni siquiera alivio. Era una idea neutra, como la imagen de una mosca en una pared. No tenía importancia. Simplemente, se moría. Mientras la cosa líquida y fría resbalaba por su piel, todo cobraba tintes banales, todo salvo la niebla del dolor. Se le acercó otra cosa borrosa y enorme, con un óvalo anaranjado encima, y luego le cayó más sustancia húmeda, y resopló y tragó el agua, y sintió frío en la garganta reseca, y eso lo arrancó de su limbo de bendita estupidez. Ese frío lo ancló al cuerpo, lo ató a él, a toda su carga de sufrimientos, a la pesadez, y se sintió desgraciado. Quería flotar de nuevo, pero el ansia que acompañaba a todos los seres vivos desde el primero al último aliento le impedía liberarse de una vez por todas. Cerró los ojos. Bajo los párpados, el tiempo se estiraba. No tenía voluntad. Era un objeto inerte, capaz de recibirlo todo e incapaz de hacer nada. Ni siquiera podía pensar. El sonido de su propia respiración hinchaba y deshinchaba su consciencia. Se deslizó por un pasadizo que unía dos momentos lejanos entre sí, separados por un desierto de olvido. El mundo estaba siendo zarandeado otra vez. Notó una dureza en los dientes y luego una humedad que se convertía en fuego.

—Es inútil que le deis licor. Tiene las tripas destrozadas. A lo mejor se le sale todo.

—Da igual. El sabor ardiente lo despertará.

Notó que algo raspaba su garganta y la abrasaba, y empezó a toser. Volvía la sensación de catástrofe física. Algo malo le había sucedido,

algo irreversible. El dolor goteaba desde el codo roto. El fuego consiguió expulsar el olvido, pero al cabo de poco el frío volvió. El frío y la nada. Se preguntó si le habrían cortado el cuerpo a la altura del esternón porque más abajo solo había un vacío. Pero supo que aún tenía abdomen, cintura y piernas. Y eso era lo peor: saberlo.

Bebió, tosió, se atragantó, y luego dio las gracias al fuego de la vida.

—Está en las últimas. No aguantará el interrogatorio.

—Eso ya lo veremos. Tiene que hablar. Señor Injeca. ¡Señor Injeca, despertad!

Notó que le agarraban de algún sitio, que le apretujaban unos dedos tan grandes como países. Abrió los ojos y vio sombras anaranjadas, agujeros que se abrían y cerraban, un techo.

—Traed el licor. Señor Injeca, bebed. Es bueno. Bebed.

Otra vez el fuego. Arriba, las formas cobraron nitidez. Vio el rostro de un anciano, un hombre devastado menos por la edad que por los excesos. No había apenas pelo en su cráneo salpicado de manchas oscuras. Una delgadez enfermiza estiraba la piel de sus pómulos, la pegaba a los huesos y lo convertía en una calavera grotesca. Los ojos claros parecían no enfocar del todo bien las cosas que miraban y había un velo de fiebre en ellos, un velo soñoliento, perenne. Le faltaban algunos dientes y los que conservaba estaban ennegrecidos. Su aliento hediondo violaba las fosas nasales.

—Ya estáis despierto, ¿eh? Bien, señor Injeca, seguid vivo. Vivid. Bebed.

Le pusieron la barrica en la boca y él chupó como una criatura de su madre. Tosió y se sintió otra vez atrapado en la dictadura de la materia sólida, pero llegó otra tiranía aún más cruel, la de las palabras y su sentido. De nuevo tenía un nombre, un pasado y una historia. Otra vez era un cúmulo de significados.

Logró doblar la cabeza para enfocar a las otras personas. Lejos, había guerreros. Cerca, también estaba Parviz, mirándolo con sus ojos calmos y crueles, empotrados en la blandura. Notó la suavidad infinita de la almohada bajo el cráneo. Intentó incorporarse, pero el viejo nauseabundo le puso una mano en el pecho y le obligó a quedarse quieto.

—No os mováis. Guardad las energías.

Hizo un esfuerzo para hundir el gancho de la voluntad en la voz.

—¿Para… qué?

—Para seguir vivo. Tenéis que darnos la información. Decidnos quién os ayudó. Quién os dio cobijo.

Cerró los ojos, pero los dedos se clavaron otra vez en las mejillas y volvió a experimentar la zozobra del mundo.

—¡Despertad, señor Injeca!

Bebió licor y de nuevo las llamas lo mantuvieron a flote. Quería mirarse a sí mismo, pero no tenía fuerzas.

—Voy a morir —dijo.

—En efecto —contestó el anciano de dientes negros—. Pero podéis elegir cómo morir: en paz o en dolor.

—Idos al… infierno.

Algo se endureció en los ojos febriles. Los dedos de hierro se cerraron con fuerza en el codo roto y el dolor estalló como una flor de chispas y le hizo abrir la boca y gritar. Quiso huir, pero no tenía fuerzas. Los dedos lo soltaron y el dolor se volvió sordo y rítmico, como si el corazón hubiera saltado desde el pecho al codo y latiera desde allí.

—Señor Injeca —murmuró el viejo en su oído—, puedo infligiros mucho dolor antes de que muráis de una vez por todas. Un dolor insoportable. Debéis contárnoslo. No va a serviros de nada resistir.

Parviz se le acercó con una mueca de falsa piedad.

—Sed razonable.

Rafucio miró al anciano.

—¿Quién… demonios… sois… vos?

El viejo sonrió.

—¿No me reconocéis? No, seguro que no. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos y además vos erais entonces solo un mozalbete.

Rafucio parpadeó, intentando pensar. Pero eso también dolía.

—Soy aquel a quien vinisteis a buscar —murmuró el anciano.

Rafucio abrió mucho los ojos. Una sonrisa torcida se abrió en su faz amarillenta y húmeda.

—Encantado de… veros…, señor Tiyadara.

—Os habéis tomado muchas molestias para encontrarme y aquí me tenéis. En realidad siempre estuve cerca de vos, en este mismo palacio.

Rafucio miró a Parviz.

—Estamos en… el palacio… Ahora sí me dejáis… estar aquí, ¿eh?

—Señor Injeca, no es tiempo de bromas —repuso el eunuco—. Sabemos que estáis sufriendo, pero debéis ayudarnos. Contádnoslo todo y os daremos el descanso que anheláis.

Rafucio cerró los ojos. *Descanso*. Qué dulce palabra. Volvieron a agarrarle la cara y a zarandearlo. Barac Tiyadara continuaba sentado en el catre, muy cerca, como una especie de amante grotesco que estuviera a punto de besarle en la boca.

—Descanso o dolor. ¿Qué elegís, señor Injeca?

Rafucio giró la cabeza hacia un lado. Cerró los ojos y aulló con voz ronca cuando los dedos de hierro volvieron a hundirse en la articulación quebrada y presionaron y aplastaron los huesos rotos.

Subió con la marea de dolor punzante y luego experimentó una sensación de caída. Le pusieron otra vez la boquilla en los labios, pero esta vez contuvo el líquido en la boca y lo escupió sin fuerzas, manchándose solo a sí mismo.

—Sois tozudo, señor Injeca, pero claudicaréis. Y todo para nada.

—Y vos sois… un desecho… —Rafucio esbozó una mueca medio dolorida y medio zumbona—. Miraos… Dais pena y asco. Apestáis… a hierbadulce.

—Una pastilla de hierbadulce os ayudaría.

—Guardaos esa boñiga maloliente… y metéosla… por la bocaza. Estáis atado a las drogas… Si no fuera por ellas… ni siquiera… os tendríais en pie.

Los ojos febriles se volvieron acerados de nuevo.

—Cada uno tiene sus recursos, señor Injeca. Vos no deberíais daros tantos aires. Se os conoce como el Zorro del Rey, el sacamantecas de los Agrate, el muñidor de sus traiciones, el que da la puñalada por la espalda mientras el rey sonríe de frente, el que se mancha las manos para que su amo las tenga impolutas. Sois un hombre sin honor. Sois un desgraciado.

—Es verdad… Soy un mal bicho… Pero sirvo a un buen hombre… Y eso me redime. ¿Qué os redime a vos?

Tiyadara lo miró en silencio durante muchos latidos. Rafucio sonrió y cerró los ojos.

—Lo sospechaba.

—Vuestro rey tiene los días contados. Ya se puede despedir del trono.

—¿Qué haréis? ¿Mandar… más asesinos?

—Eso es agua pasada. El rey de Élamos me servirá Brajairi en bandeja cuando él se haga con el poder en nuestro país.

Rafucio frunció el ceño.

—¿Ese imbécil… pintarrajeado? Desvariáis. Nadie le aceptaría en Brajairi.

—Tal vez a él no, pero sí a mi hija Lisca, que lleva la sangre regia de los Agrate en sus venas.

—¿Lisca Tiyadara?

—Visteis al rey de Élamos hace unos días, ¿verdad? —Barac Tiyadara se acercó un poco más a él y su sonrisa creció—. Creo que os presentó a su primera esposa.

Rafucio parpadeó, confundido.

—¿La rubia?

—Mi hija. La hija de Gamira I la Alegre. Mi hija transmitirá la sangre real al hijo que tenga con el rey de Élamos. Pero antes, ella ocupará el trono que le arrebataron.

—¿Queréis convertir… a ese loco… en el rey consorte de Brajairi?

—Eso es. Defenderá los derechos legítimos al trono de su esposa y se hará con el poder en Brajairi.

Rafucio cerró los ojos.

—Estáis enfermo.

—No, señor Injeca, no lo estoy. Todo ha sido ya planeado. No solo tengo de mi parte al ejército del rey de Élamos, sino también a la secta de los asesinos. Y además ni siquiera tendrán que declararle la guerra a Brajairi porque será vuestro propio rey quien cargue contra nosotros, loco de furia, cuando vea lo que le han hecho a su querido primo, el embajador Rafucio Injeca. Al principio teníamos pensado dejaros ir, pero vuestra tozudez lo hizo imposible. En realidad nos habéis ayudado, porque cuando aparezca en la frontera vuestro cuerpo roto y vejado, pero reconocible, mi hijastro no tendrá más remedio que declarar la guerra a Élamos y él en persona vendrá con su ejército. Y nosotros estaremos aquí, esperándolo.

Rafucio miró hacia el techo.

—Es una inmensa… trampa.

—Señor Tiyadara —intervino Parviz—, creo que estáis hablando demasiado.

—No, señor mío —repuso Barac—. He tenido que soportar a esta familia endemoniada durante demasiados años, he debido esconderme y comerme las ganas de devolver todos los agravios que se me han hecho. Estoy harto de callar. Además, no va a salir de aquí con vida. Solo cuando nos diga todo lo que queremos saber le daremos la libertad para morir.

Rafucio torció la cabeza para mirarlo.

—No es un mal plan —dijo, con voz ronca. Tosió y carraspeó—. Pero fallará.

—¿Por qué?

—Porque no podéis vencer a mi señor… Al rey. —Suspiró, cansado—. No importa lo que hagáis. Él ganará.

—Me temo que tenéis una idea exagerada sobre vuestro señor.

—No la tengo. Por fuera parece ingenuo y llorica, pero por dentro… es más duro que vos y yo, juntos. Hará todo lo que tenga que hacer… Se despellejará el alma por el camino… y al final… vencerá. Siempre vence. —Sonrió—. Creedme. Él va a enterrarnos a todos… A mí… A vos… A vuestra hija… A ese cerdo de ahí y a… su rey bufón… Y a todo el que pretenda… separarlo… del trono. Si lo deja será solo porque… él quiera. Y vos… no podéis con él. Nadie puede con él. Nadie… puede… con mi señor.

Barac lo miró con los ojos entrecerrados. Los abrió mucho.

—¡No os muráis, hijo de una furcia!

Le agarró del brazo y lo apretó. Rafucio sintió el dolor, pero ya era tarde. Estaba cortando los últimos hilos. Todo se iba, poco a poco.

Abandonaba el cuerpo. Ahí abajo quedaba ese racimo inacabable de dolores que era la vida. Y sin embargo no se marchaba con amargura ni rencor. Con una claridad mental inusitada, pensó que su existencia había sido buena. Desde pequeño detestó la hipocresía y por ello hizo siempre lo que le dio la gana, riéndose de todo y de todos. Solo temió a la muerte en vida del aburrimiento y la esquivó una y otra vez. Tuvo riqueza, acción, mujeres y placeres, todo ello sin medida. Incluso tuvo amor, y sintió un ramalazo de ternura al recordar a Liyoba. La única. Había sido un viaje intenso y divertido. Ahora todo le parecía justo, bueno y necesario, como un rompecabezas en el que cada pieza encajara. Muchas veces creyó que en sus últimos momentos se arrepentiría de todas sus malas acciones, pero ahora solo le producían satisfacción y orgullo. Era un buen chiste. En realidad, todo era un gran chiste del que uno podía reírse con ganas. Le pareció maravilloso irse de este mundo saboreando la última de sus bromas.

Se dejó caer con suavidad hacia las honduras. Se hizo más y más pequeño… Más y más pequeño… Hasta desaparecer.

Así murió el señor Rafucio Injeca. El Zorro del Rey.

Tiyadara le dio un puñetazo en el pecho.

—¡Muerto! El bastardo se ha ido sin hablar. Esto es culpa vuestra, Parviz. Los soldados tendrían que haberlo traído indemne.

—Ya no tiene sentido buscar culpables.

Barac Tiyadara asintió.

—Cierto. Hay que prepararlo antes de que se ponga rígido. Ya que no nos sirvió vivo, lo hará muerto.

—Voy a llamar al hombre adecuado. Es un profesional.

Tiyadara se levantó de la cama y contempló el cadáver. Sus manos empezaron a temblar, así que rebuscó en el bolsillo, se metió la pastilla de hierbadulce en la boca y empezó a mascar con energía. Solo esto podía calmarlo. Sin despedirse del eunuco, salió de la estancia. A pesar de todo, sonrió al pensar en el brillante futuro de venganzas que le esperaba.

Había mucho trabajo por hacer.

LA TORMENTA Y EL AMANECER

EL NIÑO REY

EL REY JUSTICIERO

EL VIEJO REY

SOBRE EL AUTOR

Andrés Díaz Sánchez es un escritor de Fantasía, Terror, Ciencia Ficción y Aventura. Esta es la lista de sus obras publicadas:

LIBROS

Los guerreros sin rostro (2003, Timun Mas/Planeta) La maza sagrada (2004, Timun Mas/Planeta)

El camino del acero (2006, Editorial Ábaco. 2010, Equipo Sirius. 2018, Createspace) El Imperio contra Dios (2010, Equipo Sirius. 2018, Createspace) Argar, el hijo del demonio (2013, Dlorean Ediciones) Burkran, el licántropo (2016, Dlorean Ediciones) El laberinto del gusano (2016, Ronin Literario) Skarrion Gunthar. Sangre en el hielo (2017, Libros.com) Los siete caballeros (2018, Createspace)

El niño rey (2018, Createspace)

El rey justiciero (2018, Createspace)

El viejo rey (2018, Createspace)

Serie de Skarrion Gunthar

Los guerreros sin rostro (2003, Timun Mas/Planeta) La maza sagrada (2004, Timun Mas/Planeta)

Burkran, el licántropo (2016, Dlorean Ediciones) Skarrion Gunthar. Sangre en el hielo (2017, Libros.com)

Trilogía La tormenta y el amanecer

El niño rey (2018, Createspace)

El rey justiciero (2018, Createspace)

El viejo rey (2018, Createspace)

Participación en antologías

Planeta Neopulp nº. 1 (2015, Dlorean Ediciones): Hierro y huesos nº. 1 (2016, Saco de Huesos)

Calabazas en el trastero: Casas embrujadas (2017, Saco de Huesos) Calabazas en el trastero: Distopías (2018, Saco de Huesos) Calabazas en el trastero: Libros malditos (2018, Saco de Huesos) Sueños de la Gorgona: Ritos de sangre (2018, Saco de Huesos) Cantos de locura y horror (2018, Wave Books)

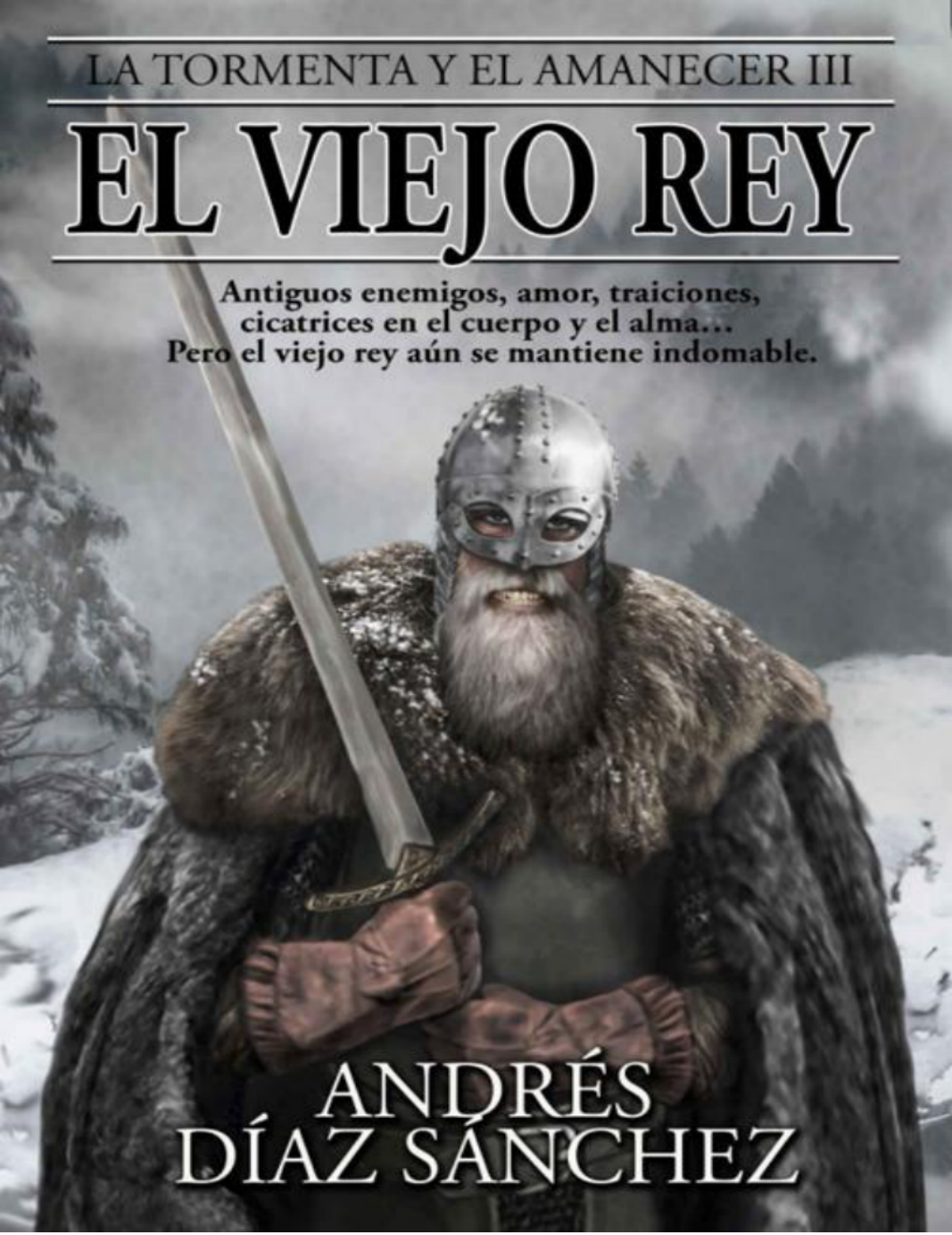
COMICS (guion)

El espartano (2004, Aleta Ediciones)

LA TORMENTA Y EL AMANECER III

EL VIEJO REY

Antiguos enemigos, amor, traiciones, cicatrices en el cuerpo y el alma… Pero el viejo rey aún se mantiene indomable.



ANDRÉS DÍAZ SÁNCHEZ

LA TORMENTA Y EL AMANECER
TERCERA PARTE

EL VIEJO REY

Andrés Díaz Sánchez

© 2018 Andrés Díaz Sánchez

Reservados todos los derechos.

Portada y mapas: Pablo Vila Vayá.

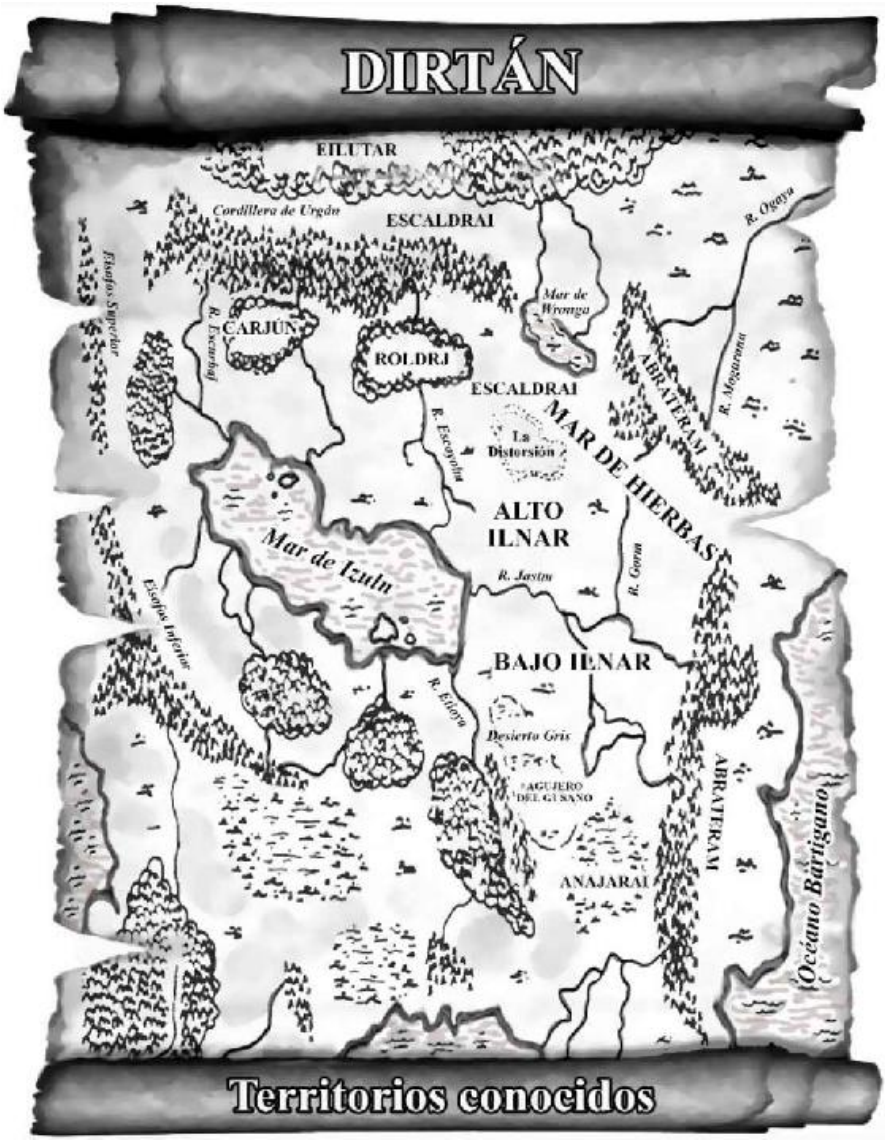
Mi agradecimiento a Pablo Vila Vayá,
por forjar una buena armadura para este libro.

A Rocky

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27

28
29
30
31
32
33
34
EPÍLOGO
APÉNDICE 1: LOS REYES AGRATE DE BRAJAIRI
APÉNDICE 2: LAS GUERRAS DE LOS DIOSES Y LA GULTRUTANA
SOBRE EL AUTOR



Territorios conocidos

BRAJAIRI

GRICUR
BRENIT
TORÁN
BRATMUR
CEIRACAN
ÉLAMOS
La Distorsión
Montes de Goldro
Montes Negros
R. Goldro
R. Menar
Lago Bosco
R. Tarmag
R. de la Frontera
R. Blanco
R. Escieborn
R. Lozán
R. Mizo
R. Perdido
Orianca superior
Orianca interior
La Garganta
El Martillo
TUBDA
NEOR
GUNABAR
GUNFLAC
IRIOCA
EILESTAG
JAICÉN
GOCHA
ISENBURO
ETEIN
BOSCO
MENDIG
CULDRA
GALTOS
CHEROL
LONGAZA
ESCAYA
VISBÚN
LIRTRÓN
CHAM
BAUNAC
BECATA
CARSBELA
GÁMOTA
DOBERÁN
TESICA
TELLIUNA
TALUSC
SALDA
ESTEL
DERÚS
IRECA
ALTAC

1

Argaut esperaba en el despacho, sentado, con las manos en los brazos de la butaca. Tenía la mirada clavada en el fuego. Estaba inmóvil, como una efigie marmórea. Echó un vistazo a la mesa con mapas enrollados, cartas, documentos, el tintero, el secante, el cálamo, la luminaria encendida. Luego miró de nuevo la chimenea. Afuera, el sol seguía cayendo. Pronto, las sombras dominarían Dirtán.

El rey esperaba. Y temía.

Sonaron golpes en la puerta y levantó su mirada hacia las dos planchas teñidas de barniz oscuro.

—Adelante.

Entraron Brelán Etgula y Guarner Injeca. No estaban solo pálidos, sino más bien teñidos de un blanco azulado, repugnante. La carne se había hundido alrededor de las mejillas y los ojos. Esto era lo más duro de contemplar: los ojos. Argaut se fortaleció a sí mismo antes de levantar la barbilla.

—He oído que han llegado noticias de la frontera con Élamos. ¿Se trata de Rafucio?

Etgula lo miró con ojos húmedos. Una lágrima rodó sobre sus arrugas y se perdió en su barba blanquecina. Argaut nunca lo había visto llorar y de pronto se dio cuenta de lo poco que conocía a sus gentes. Etgula se limpió con dedos temblorosos. Abrió la boca, la cerró, suspiró y respondió con voz trémula:

—En efecto, Majestad. Han llegado mensajeros del sur. De la fortaleza de Altac. Hace unos seis días vieron caballos en la distancia. Un pelotón de jinetes fue a investigar y encontraron… —La cara se le arrugó—. Lo encontraron.

Argaut pareció inmovilizarse aún más en su butaca. Miró a su tío y se sintió espeluznado. Guarner Injeca no lloraba. No temblaba. No había nada en sus ojos y en su cara impasible. Se limitaba a respirar. Por lo demás, estaba muerto.

—¿Cómo lo encontraron? —preguntó Argaut, con voz firme.

Etgula cerró los ojos con fuerza.

—¡Barbaros! —gimió—. ¡Esos salvajes…! —Buscó una silla y se sentó—. Lo siento, Majestad. No puedo hablar.

—¿Cómo lo encontraron? —volvió a preguntar Argaut.

Guarner lo miró y respondió con voz átona:

—Mi hijo estaba muerto. Habían puesto listones en la silla y lo

habían atado a ellos para que no cayera. Su cuerpo estaba desnudo. Despellejado, desde el cuello a los pies. En carne viva, con todos los músculos y los tendones al aire. Solo la cara mantenía el pellejo, pero le habían arrancado los ojos y la lengua y le habían amputado las orejas. Le habían cortado… sus partes. Le habían clavado un pendón brajairio que lo atravesaba de pecho a espalda. Un examen posterior reveló que habían hecho con su cuerpo cosas… obscenas. Por supuesto, los jinetes elamosios que lo habían traído se marcharon al galope en cuanto llegaron nuestros hombres. Fue imposible atraparlos. Lo tenían todo bien urdido. Nuestros soldados han traído el cuerpo a la capital para que aquí le demos sepultura. Lo han cubierto y tratado con la mayor dignidad posible.

Argaut apartó la mirada de aquellos ojos sin vida. Se llevó una mano a la frente y sintió que se le escapaban años junto al aire que había estado conteniendo.

—¿Quién sabe esto? —preguntó, mirando hacia las baldosas.

—Hasta ahora hemos intentado mantener el secreto, pero estas cosas no se pueden ocultar del todo. La noticia ya debe correr por la corte entera. Y hay algo más.

Argaut levantó la mirada. Guarner sacó una carta con el lacre roto.

—Estaba junto a mi hijo. Iba destinada a vos, pero la he leído.

No había disculpa en sus palabras. Argaut se limitó a tomar la misiva y leerla. Apretó las mandíbulas y cuando terminó la estrujó en una mano.

—No solo matan a nuestro embajador, sino que nos ordenan que ni un solo brajairio vuelva a poner los pies en su país.

—Está firmada por el rey de Élamos —añadió Guarner—. Por tanto, se hace responsable de estos hechos monstruosos.

Argaut cerró los ojos y negó con la cabeza.

—Lo siento, querido tío, lo…

—Esas cosas podemos tratarlas después —interrumpió Guarner, con aquella voz sin inflexiones, terrorífica—. Ahora debemos ocultar esta noticia, o al menos los detalles escabrosos. Debe celebrarse cuanto antes una reunión del Consejo para decidir lo que ha de hacerse.

Argaut lo miró con extrañeza. Asintió.

—Majestad, no llaméis a la regente —dijo Guarner. Su mirada se tornó filosa—. Seré el único que hable de esto con ella.

—Por supuesto. ¿Cuándo queréis que se celebren las exequias por Rafucio?

—Lo antes posible. Dado el deterioro que sufre su cuerpo, daré la orden de que se le meta en un ataúd sellado. Nadie lo verá.

—¿Vos lo habéis visto?

Guarner lo miró y Argaut descubrió en sus ojos un rayo de dolor

casi intolerable. Pero enseguida cayó otra vez la cortina de acero.

—Sí. Nadie más debe verlo.

—Lo dejo todo en vuestras manos, señor Injeca.

Guarner iba a decir algo, pero todos se volvieron hacia la puerta, donde sonaban unos golpes fortísimos.

—¡Dejadme entrar! ¡Dejad entrar a la regente!

—Maldición —susurró Guarner—. ¡Que ninguno de los dos diga nada!

Fue hasta la puerta y abrió. Demayara penetró en el despacho y cerró tras ella. Estaba palidísima y tenía los ojos hinchados de angustia y humedad.

—¿Dónde está mi hijo? —preguntó, con voz temblorosa—. Me han dicho que ha sido visto en la frontera.

—Demayara. —Su marido la tomó de un brazo con suavidad—. Vamos fuera. Yo te lo contaré.

Ella se zafó y se separó de él.

—¡No! —exclamó, con un miedo enloquecido borboteando en la voz—. ¡Quiero saberlo ahora! ¡Sin trucos ni mentiras! ¿Qué le ha ocurrido a mi hijo?

Brelán y Argaut se miraron, pero no dijeron nada. Guarner se puso delante de su esposa y dijo:

—Nuestro hijo está muerto. Ha fallecido durante su misión, en acto de servicio. Cumplía con su deber.

Ella abrió mucho los ojos y la boca, retrocedió y se inclinó un poco, como si le hubieran dado un golpe en el estómago. Parpadeó y cayeron las lágrimas. Negó con la cabeza, pues hay ciertas cosas que, aun sabiendo que son ciertas, la mente se niega a creer.

—Demayara —le dijo Guarner—, vamos fuera, amor mío.

De ella brotó un sonido quejumbroso, mitad sollozo y mitad gemido. Se llevó las manos a la boca y cerró los ojos con fuerza. Guarner la cogió de los hombros y la atrajo para abrazarla, pero ella volvió a liberarse y retrocedió unos pasos. Se llevó una mano al pecho, como si le doliera muchísimo.

—¿Dónde está mi hijo? —gimió—. Mi niño. Quiero ver a mi niño querido.

—No se puede ver.

Ella parpadeó, sorprendida.

—¿Por qué no puedo verlo? ¡Es mi hijo!

—No se le puede ver. Mañana celebraremos el funeral.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué le ha ocurrido a mi hijo? —Abrió mucho los ojos, con un miedo inmenso—. ¿Qué le han hecho? ¿Cómo murió?

—Murió en acto de servicio —respondió su esposo, tajante.

El rostro de Demayara se contrajo en una expresión de ira

demoniaca.

—¿Cómo murió? —gritó—. ¡Ni se te ocurra ocultármelo! ¡Tengo derecho a saberlo! ¡Es mi hijo! ¿Quién lo mató?

—Lo mataron los sicarios del rey de Élamos.

—¿No fueron los bandidos?

—No —respondió Guarner con dureza—. Le dieron muerte en la corte de Élamos.

Ella apretó las palmas de las manos contra sus ojos y mostró los dientes.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que lo iban a matar allí! ¡Por todos los dioses, lo sabía! —Se quitó las manos de los ojos, rojos como tomates—. ¿Cómo lo mataron? ¿Qué le hicieron?

—Es mejor que no lo sepas.

—¿Qué le han hecho? ¡No me lo ocultes! ¡Tengo que saberlo!

Guarner inspiró fuerte.

—Está bien. Tienes derecho a saberlo.

Se lo contó todo.

Demayara se llevó una mano a la frente y su esposo la tomó de un brazo porque parecía a punto de caerse. Pero se rehízo y logró sentarse en una silla, donde se limitó a mirar hacia el suelo.

—Vámonos, cariño —le dijo Guarner con suavidad—. Vamos a algún sitio donde podamos llorar juntos.

Ella lo miró, desesperada. Luego, poco a poco, dobló la cabeza hasta encontrar a Argaut. Permaneció inmóvil. Se levantó y caminó hacia él.

—Demayara —dijo Guarner—, ¿qué vas a hacer?

Ella llegó hasta el rey y le cruzó la cara de una soberbia bofetada cuyo sonido restalló entre las cuatro paredes. Le dio otra que dejó roja la segunda mejilla. Un anillo le había hecho un arañazo y de él salía sangre.

—¡Demayara! —gritó Guarner—. ¡Deja al rey en paz!

Ella señaló a su sobrino con el dedo, con tantísima ira que Argaut, sorprendido e intimidado, echó la cabeza hacia atrás.

—Déjame, esposo. Tengo que decírselo. ¡No me toques, Guarner! ¡Suéltame! Escúchame, Argaut. Te lo advertí. Te dije que no le enviaras a él. —El rostro se le arrugó de dolor—. ¡Te lo supliqué! Y tú no me escuchaste. Sabías que lo más probable era que lo mataran y aun así lo mandaste a esa misión. Me aseguraste que nada malo le ocurriría. Me manipulaste, como has hecho con todos. Te advertí que no te lo perdonaría nunca y lo voy a cumplir. —Se sacó del dedo, tironeando fuerte, el anillo con el sello real, y se lo echó encima—. Renuncio a mi cargo de regente. Renuncio a mi puesto en el Consejo. Y si no lo aceptas puedes encerrarme hasta que me coman las ratas. Jamás vuelvas a pedirme nada. Ni siquiera oses dirigirme la palabra

en lo que te quede de vida.

Dio la vuelta, salió de la estancia y dejó la puerta abierta.

Argaut se tocaba las mejillas rojas, incapaz de hablar. Se fijó en el anillo con el sello real, en el suelo, entre sus pies. Guarner se le acercó.

—Por favor, Majestad, perdonad a mi esposa. No sabe lo que dice. El dolor la ha trastornado.

—No importa. —Argaut se agachó y cogió el sello que había llevado su tía en el dedo desde que su propia madre muriera, hacía veintitrés años. Se sentó de nuevo en la butaca y adoptó un aire serio y tranquilo—. Organizad las exequias de vuestro hijo. Podemos dejar la sesión extraordinaria del Consejo para después. Cuando todo haya pasado, nos reuniremos. Y si la regente…, si vuestra esposa no quiere venir a la sesión…, que no venga. Dejadme. Quiero estar solo.

—Como ordenéis, Majestad.

Brelán y Guarner asintieron con respeto y se marcharon.

Cuando Argaut estuvo completamente solo se agarró la boca con fuerza.

Y rompió a llorar.

Acudió muchísima gente al funeral de Rafucio Injeca y a su posterior entierro. El templo estaba abarrotado de nobles y cortesanos, cosa lógica, pero lo más sorprendente fue el gentío de los alrededores, pues parecía increíble que alguien con una vida tan disoluta despertara en el pueblo semejante cariño y admiración…, o tal vez fuera en realidad por eso. Cuando el cortejo fúnebre llevó el ataúd bien cerrado —nadie vería el cuerpo—, muchas personas humildes aplaudieron a su paso por las calles. Había entre el público gentes de los barrios bajos: truhanes, barbianes de taberna, aventureros, buscavidas, borrachines, posaderos, tahúres, gentes de la canalla e incluso muchas mujeres de mala vida que hoy llevaban ropones negros. Todos en Longaza sabían que Rafucio Injeca nunca fue trigo limpio, pero muchos lo habían amado no por su posición, sino sobre todo por su carácter. No hay nada mejor en esta vida que un compañero dispuesto siempre para la chanza y la broma, alguien capaz de reírse de todo y de todos, alguien que sabe animar los momentos aburridos. Una persona de tal jaez alumbra con luz propia cualquier lugar por donde vaya y hace de cada trabajo una fiesta. Por eso lo amaban todos, a pesar de sus vicios.

Sus padres soportaron con paciencia la cadena interminable de pésames. Ni Guarner ni Demayara lloraron en ningún momento, a

pesar de que solo había desolación en sus ojos. Sí lo hicieron las tres hermanas del muerto, acompañadas de sus esposos e hijos. Sundina Erejna miraba con tristeza serena el féretro donde yacía su esposo, con sus tres pequeños agarrados a las manos y las faldas. Los niños contemplaban el ataúd con un asombro aplastado, como si no pudieran asimilar que su padre estuviera allí dentro, como si todo esto fuera algo irreal y él pudiera aparecer de un momento otro, gritando que les había gastado un bromazo de los suyos, trayéndoles dulces y juguetes, cogiéndolos en brazos y saltando y bailando sin importarle hacer el ridículo, como un chiquillo más.

Pero la persona más destrozada era Liyoba Farica. No estaban su marido ni sus hijos, pero ella sí había venido. O no quiso o no pudo reprimir su llanto desgarrado, e incluso tuvo que apoyarse en alguien para no desmayarse cuando metieron el sarcófago en la fosa y empezaron a echar la tierra. Nadie hizo ningún comentario sobre aquel dolor tan improcedente, pues al final la muerte y el sufrimiento lo redimen todo. La viuda incluso la miró con cierta piedad, como si ambas fueran amigas remotas.

Antes de las paletadas el rey dio un discurso no largo, pero sí sentido y contundente, en el que alababa las virtudes de Rafucio Injeca, que tan bien le había servido como leal y valiente súbdito y a quien tanto había amado como pariente y como amigo. Fue el que echó la primera tierra. Después le tocó el turno a Guarner, que permaneció inmóvil durante muchos latidos, mirando el féretro hundido en la fosa, ante sus pies, y al final clavó la pala en el montón y echó la tierra. No abandonó el trabajo grosero y ayudó a los otros enterradores hasta el fin, como uno más. Nadie se lo impidió.

Tras la solemnidad y el recogimiento típicos en estos actos estalló una tormenta de comentarios a media voz. Nadie había visto el cuerpo de Rafucio y ya se rumoreaba que lo habían asesinado en Élamos y que además lo habían torturado de manera horripilante. Las hablillas se tornaron osadas… Unos decían que Rafucio murió batallando contra decenas de enemigos, otros que fue envenenado, otros que pereció en un duelo de honor, e incluso que murió en una mancebía, en pleno acto amoroso, o bien tras una jarana descomunal, y no faltaron quienes aseguraron que había tenido un lío con la reina de Élamos y que el monarca engañado lo mató para vengarse… Todo ello engrosó su leyenda negra, o blanca, o gris, lo convirtió en un héroe mitológico de los excesos, y cabía imaginar que allá donde estuviera ahora, si pudiera oírlos, no se sentiría ofendido ni agraviado, sino más bien divertido, y no sería extraño que, fiel a su costumbre, se riera de buena gana, incluso en el día de su propio funeral.

Horas más tarde, tuvo lugar una sesión extraordinaria del Consejo. Había dos ausencias terribles: Rafucio Injeca y su madre. Los presentes no podían dejar de echar vistazos a las dos sillas vacías y algunos ya sospechaban el malestar entre Demayara y el rey. Pero nadie lo comentó.

Argaut los miró con gravedad.

—Es muy duro tener que tratar los asuntos de Estado el mismo día en que nos hemos despedido de nuestro querido amigo, pero hay cosas que no admiten demora y que además tienen que ver con su muerte. Algunos sabemos lo que le ocurrió y otros tal vez lo sospechéis. Para que no haya lugar a dudas yo mismo informaré de los hechos. No han de salir de esta sala y por tanto confío en vuestra discreción, dama y señores.

Les contó todos los detalles sobre el cadáver de Rafucio y les reveló el contenido de la carta del rey elamosio. El silencio se tiñó de horror y luego se volvió iracundo. La señora Farica se tapó la boca con una mano, pero no lloró.

El rey alzó la mirada y su expresión se tornó severa.

—Un embajador de Brajairi, un miembro de la Familia Real, un consejero, un noble altísimo de este país, un amigo, fue en misión de paz a Élamos… Y no solo le asesinaron a traición, sino que lo torturaron como no se haría ni con el peor criminal. Además, tuvieron la desfachatez de devolvernos su cuerpo para que todos lo viéramos. Y por último, han ordenado al rey de Brajairi que no envíe ni un solo hombre más a ese país. Quiero conocer las opiniones del Consejo.

—Empezaré yo, si os parece bien —dijo Tacho Fantiño—. No ha sido solo un ataque contra un hombre, sino contra nuestra nación. Hay espacio legítimo y legal para declararle la guerra a Élamos. Es el único camino posible.

Argaut miró a Etgula.

—¿Qué pensáis vos? Siempre habéis sido un diplomático prudente.

—Estoy por completo de acuerdo con el general, y no solo por vengar a mi amigo, sino sobre todo por el bien común. Élamos le ha dado un bofetón a Brajairi. Ningún país podría quedarse inmóvil tras lo ocurrido; si lo hiciéramos no nos respetaríamos a nosotros mismos y nadie más nos respetaría. Y en política internacional perder el respeto es cavarse uno su propia tumba. Debemos declarar la guerra cuanto antes a Élamos y aplastar a ese loco que tienen por rey, hacerle doblar el espinazo y obligarle a pedir disculpas y aceptar todas nuestras condiciones. Eso si no acabamos con él, de modo literal.

Argaut miró a Eñanca, que dijo:

—No soy amigo de las aventuras bélicas, pero esta sí tendría

justificación. Por otro lado, no olvidemos la razón por la que el señor Injeca fue a Élamos: queríamos que nos entregaran a Barac Tiyadara. Es evidente que su rey no va a hacerlo por las buenas y por tanto no queda otra salida que recurrir a métodos drásticos.

—Eso es verdad —concedió Argaut—. El traidor aún ha de ser atrapado.

—Razón de más para atacar enseguida —dijo Fantiño—. Majestad, podemos empezar a trabajar en un plan para invadirlos. Si lo hacemos con rapidez y energía llevaremos nuestras columnas hasta la capital en menos de cuatro semanas. Cada latido que desaprovechamos el enemigo ya lo está empleando en organizarse.

—Las guerras son onerosas. —Argaut se volvió hacia Liyoba—. Vos sois la responsable de las cuentas y las arcas. ¿Estamos preparados para una contienda de semejante calibre?

Liyoba permanecía pensativa y lúgubre.

—Señora Farica —dijo el rey con suavidad—, si deseáis tomar un descanso lo comprenderemos. Podéis salir y volver cuando ya estéis repuesta.

Ella parpadeó. Clavó sus ojos en él.

—Perdonad si parezco distraída, pero lo he oído todo. —Inspiró—. Como habéis dicho, toda guerra es cara y no bienvenida en mi Consejo de Economía, pero también pienso que esta vez hay que hacer justicia. La Hacienda está saneada y es fuerte. Yo misma estoy dispuesta a estudiar con vos y con el señor Fantiño el asunto de los gastos.

—Bien. No me gustan estas cosas, pero a veces no se pueden evitar. Debemos responder con la mayor energía. Declararemos la guerra al rey de Élamos, les invadiremos cuanto antes y le obligaremos a pagar caro por su crimen.

—No.

Todos se volvieron hacia Guarner Injeca, que tenía la mirada clavada en el vacío.

—¿Qué habéis dicho? —preguntó el rey.

—Que no hay que declararle la guerra a Élamos, ni atacar. Al menos, no tan pronto.

Lo miraron con sorpresa.

—Señor Injeca, comprendo que por vuestra relación tan cercana a Rafucio tal vez en estos momentos…

—Estoy muy capacitado para opinar y por eso mismo digo que ahora debemos comportarnos con templanza.

—¡Señor, no os entiendo! —exclamó Fantiño—. ¡No podemos tolerar lo que nos han hecho! ¡Lo que le hicieron a vuestro hijo!

—Sé muy bien lo que le hicieron a mi hijo y por eso mismo no voy a humillarlo aún más.

—¿Pero qué decís? —casi gritó Liyoba.

—Que no voy a convertir a mi hijo en el cebo de una trampa. Majestad, dama y caballeros, todo esto es una emboscada. El asesinato de mi hijo, la saña con que lo trataron y la forma insultante como se nos devolvió obedecen a un único propósito: quieren hacernos perder los estribos y que vayamos a por ellos cegados por la ira. —Los miró a todos—. Frialdad. Sobre todo ahora, hay que pensar con calma. No podemos permitirnos imaginar que el rey elamosio y sus consejeros se arriesguen a una guerra solo por capricho. Si les seguimos el juego entraremos en su país con una o varias columnas de ejército, habrá escaramuzas, aparentarán retroceder y nosotros seguiremos avanzando creyéndonos vencedores, pero ellos cortarán nuestras líneas de suministro con Brajairi y quedaremos aislados en tierra extraña. Luego, nos encerrarán en una bolsa letal y acabarán por destruirnos, ya sea en batallas campales u hostigándonos poco a poco. Y habremos perdido la guerra.

—Lo que decís tiene sentido —reconoció Etgula—. Pero entonces, ¿qué proponéis? ¿No vamos a responder?

—Habrá guerra, pero no como ellos la quieren. Primero tenemos que informarnos sobre sus fuerzas, sus posiciones, todo lo que nos sirva. Señor Eñanca, vos tenéis amigos mercaderes en Élamos. Sin duda podrán informarnos.

—Desde luego. Puedo ponerme en contacto con mis gentes para saber la dirección y la fuerza de los vientos de ese país.

—Eso nos serviría. Ahora más que nunca, necesitamos saber más. Que nadie piense que no estoy dispuesto a hacerles pagar lo que le hicieron a mi hijo, pero lo haremos en su momento, cuando estemos seguros de vencer, y no antes. —Entrecerró un ojo, pensativo—. Hay algo que no entiendo… ¿Por qué el rey de Élamos quiere una guerra con Brajairi? ¿Por qué nos obliga a declarársela?

—Tal vez solo quiera proteger a Barac Tiyadara —repuso Etgula.

—No me convence. Podría haberse desentendido de nosotros y mantenerlo oculto en su país, sin necesidad de combatir. No. Quieren algo de nosotros, pero no imagino el qué.

—Mis gentes lo averiguarán —afirmó Eñanca.

—¿Y si no son tan astutos como pensáis? —preguntó Liyoba—. ¿Y si solo es el arrebato de un rey loco?

—Entonces tampoco nos hará ningún daño ir con tiento —contestó Guarner—. Esté su rey enfermo o no, la guerra es un asunto demasiado serio como para dar un solo paso en falso.

—No obstante —dijo Fantiño—, sería conveniente que las tropas estuvieran preparadas en las fronteras para actuar en cualquier momento.

—Claro —afirmó Guarner—. Las precauciones nunca sobran. Os encargaréis de ese asunto.

Se volvió hacia el rey. Todos lo hicieron al comprender que el señor Injeca estaba tomando las decisiones sin contar con él y que los demás le habían seguido el juego. Pero el monarca no parecía contrariado, sino que sonreía, pensativo.

—Nos habéis dado a todos una lección de sabiduría, señor Injeca. Me disponía a cometer una imprudencia y vos me habéis frenado a tiempo.

—Más que sabiduría, es experiencia —replicó Guarner—. He visto ya tanto que no me fío ni de mi sombra.

—Hacéis bien. Hemos escuchado al señor Injeca y creo que nos ha convencido. Seguiremos sus consejos e iremos con pies de plomo. Una vez definida nuestra línea general, vamos ahora a tratar los detalles.

Así lo hicieron, en una sesión que se alargó muchísimo. Era noche cerrada cuando terminó y los consejeros se fueron para descansar hasta el alba, cuando volverían a levantarse para seguir trabajando y planificando, cada uno en su gabinete. Aunque diferida y no inmediata, se trataba de una guerra, y los asuntos bélicos requerían esfuerzos en todos los frentes. Antes de salir, el rey retuvo a Guarner.

—Quedaos, por favor.

El mayordomo real asintió y permaneció muy serio mientras el rey cerraba la puerta. Una vez solos, Argaut suspiró con pesar y dijo:

—Ya hemos visto que mi tía va a cumplir sus amenazas.

—Por favor, Argaut, dale tiempo. Hablaré con ella para que vuelva con nosotros.

—Los dos la conocemos y sabemos que eso no va a ocurrir. —Negó con tristeza—. La he perdido. Si no quiere volver a ocupar ningún cargo en el gobierno le concedo la libertad. Díselo, por favor.

Guarner iba a decir algo, pero se lo pensó y cerró la boca. Suspiró.

—Lo siento mucho, Argaut.

—Ruego a los dioses para que algún día me perdone, pues solo ellos saben cuánto la quiero. —Levantó la cabeza y su mirada se volvió firme—. Pero las ruedas del reino han de seguir girando y yo necesito que alguien ocupe su lugar. —Guarner lo miró con sorpresa, pues Argaut le había tomado la mano y ahora le ponía en la palma el anillo que ella le echara encima la noche anterior—. Quiero que tú ocupes la regencia. Quiero que tú lleves las riendas del reino cada vez que yo me ausente. Y si yo muero sin haber tenido hijos legítimos, quiero que tú lo organices todo para que el poder pase sin problemas a tu hija mayor, Demayara. Ya que mi tía no desea para sí tal peso, ella es la siguiente en la línea sanguínea de los Agrate. Quiero que prepares a tu hija para ser la próxima reina de Brajairi.

Guarner miró el anillo de la regencia y permitió que Argaut cerrara sobre él sus dedos.

—Será un honor, Argaut. Pero yo soy ya un hombre viejo.

—Eres perfecto para el cargo. En nadie confío más que en ti.

—Gracias. —Clavó su mirada en Argaut—. No obstante, hay algo que quiero pedirte… Algo que debéis concederme, señor de Brajairi. Y no aceptaré un no por respuesta.

—Decid.

—Tarde o temprano tendremos guerra con Élamos y nuestras tropas entrarán en ese país para pelear. Yo iré con ellas. Guardaré las últimas fuerzas que me queden para esa aventura. Se lo debo a mi hijo.

Argaut lo miró durante muchos latidos. Asintió.

—Vos iréis con las tropas, señor Injeca.

Guarner se puso el anillo de la regencia, cerró el puño y lo miró. Se volvió hacia Argaut y asintió con respeto antes de marcharse.

2

Dieron comienzo los preparativos de la guerra, pero se quedaron solo en eso, en preparativos, pues no se haría nada hasta conocer qué pretendía realmente Su Divinidad. Eñanca envió sus agentes a recoger información en el país vecino, a través de la telaraña de la casta de mercaderes. Aseguraba que en un plazo de quince días empezarían a llegar los informes. Al mismo tiempo, Etgula movilizó a su enjambre de embajadores, que se desplazaron a las cortes de todos los países lindantes con Élamos. Se sabía en ellas que Brajairi estaba en muy malas relaciones con su vecino sureño por culpa del agravio espantoso que los elamosios habían cometido contra Rafucio Injeca, y sospechaban que Argaut III no se quedaría de brazos cruzados. Etgula buscaba el apoyo de esos países, o al menos una promesa de neutralidad, pues estaba seguro de que los elamosios intentarían por todos los medios granjearse para sí la ayuda extranjera. En el campo de batalla diplomático los brajairios contaban con una ventaja: hasta hacía poco los países fronterizos con Élamos fueron a la vez sus peores enemigos y, si bien ya estaban en paz, aún flotaba mucho rencor en el aire. Las gentes de Etgula añadirían cizaña para provocar la anulación de los acuerdos y las paces.

A pesar de la escalada de tensiones, la guerra no terminaba de estallar de una vez por todas. De hecho, Brajairi todavía no había enviado a Élamos ninguna declaración formal.

Una nueva noticia cayó como un mazazo en el Consejo Real de Brajairi:

—Mis gentes de Élamos —dijo Eñanca— me han dado cuenta de un suceso que el propio rey ha hecho público. Su primera esposa, es decir, la mujer que ha de darle los herederos para el trono de Élamos, es Lisca Tiyadara.

Todos quedaron en silencio. Argaut dio un puñetazo en la mesa.

—¡Ese hijo de mil padres ha conseguido que el rey de Élamos se case con mi hermanastra!

—Esto lo complica todo —dijo Liyoba—. Ya nunca nos lo entregarán porque ahora su hija es la reina del país.

—Otra ofensa —repuso Etgula—, pues Bauán IV sabe que Tiyadara es enemigo de la Corona Brajairia. Haciéndole su suegro convierte de inmediato nuestros dos países en enemigos. Ese loco quiere que le declaremos la guerra a todo trance. —Miró a Guarner—. Llevabais

razón. Lo de Rafucio no fue arrebato, sino parte de un plan.

Guarner asintió, lúgubre.

—Ahora lo veo todo claro. Lisca Tiyadara tiene sangre pura de los Agrate porque es hija de Gamira I, así que Barac Tiyadara no dudará en cambiar el apellido de su hija para que sea Lisca Agrate.

—Lo que en realidad ese rey malparido de Élamos quiere es esgrimir derechos al trono de Brajairi —dijo Argaut, con la voz tensa de rabia—. Sin duda, dirá que es su mujer quien debe llevar mi corona.

—Lisca Tiyadara no tiene derecho al trono brajairio —dijo Liyoba—. En las capitulaciones de la guerra del sesenta y nueve se especificaba que perdía cualquier posibilidad de reinar.

—Si nos ponemos legalistas —intervino Eñanca—, ella podría sostener que no firmó nada y que tampoco lo hizo su padre, que por entonces era su tutor legal.

—Es lógico que no firmara nada porque era una fugitiva —repuso Liyoba—, igual que su padre. Como criminales que eran, no tenían voz ni voto en tales acuerdos.

El rey movió la mano para quitar importancia.

—Todos esos detalles legales caen por tierra ante el hecho de que mi hermanastra es hija de mi madre. No hay mayor justificación que la sangre a la hora de exigir un trono.

—¡Pero todo esto es absurdo! —exclamó Fantiño—. Vos sois mayor que Lisca y por tanto ella no puede exigiros el trono.

—No puede exigirlo mientras yo esté vivo —repuso Argaut—. Al no tener yo hijos legales, si muriera podrían argüir que el trono debe ser para el siguiente hijo de mi madre, en este caso hija: Lisca. De ahí mi intento de asesinato de hace meses. No era una venganza personal de Barac Tiyadara, sino una pieza más en el plan para hacerse con nuestra nación. Pero sobreviví y por eso la han mantenida oculta hasta el último momento. Quieren forzarnos a declararles la guerra. Y os diré algo más: conozco a mi padrastro y ahora que sabe que estoy en guardia ni siquiera va a esperar a que muera; se inventará cualquier excusa para exigir que yo le dé la corona a su hija. Y como sabe que no se la voy a dar se ha procurado un aliado fuerte, el rey de Élamos. Sin duda, le habrá prometido que él será el dueño de Brajairi, pues en el Ilnar quien manda es el hombre, aunque sea rey consorte. Y el loco se ha dejado embelesar por sus palabras.

—Ahora todo está claro —repuso Guarner—. Desean forzarnos por todos los medios a declararles la guerra. Mi opinión es que debemos hacerlo.

Etgula lo miró sorprendido.

—Vos erais el mayor partidario de la calma.

—Por supuesto, pero solo en el campo real de las operaciones.

Cuando hay un peligro tan público y evidente para la Corona de Brajairi, ya no podemos ser ambiguos. No obstante, primero declaremos la guerra… y después, la haremos cuando nos convenga.

Argaut los fue mirando uno por uno para pedirles su opinión y todos le dijeron que Guarner les había convencido de nuevo.

—Señor Etgula —dijo Argaut—, redactaréis un ultimátum para el rey de Élamos. Exigiréis que se nos entregue a Barac Tiyadara y a su hija, pues son criminales buscados en mi país. Se le dará un margen de una semana para contestar y si no transige nos veremos obligados a declarar la guerra. El silencio será considerado como una negativa.

—Por supuesto, no aceptará.

—Claro, pero hemos de mantener las formas. Mientras, seguiremos obteniendo información sobre Élamos. Señor Eñanca, meted prisa a los vuestros porque antes del otoño debemos principiar la invasión. Una cosa es actuar con tiento y otra no hacer nada. Brajairi no pelea a la defensiva.

—Tendréis informes en breve, os lo aseguro.

Dos días después hubo otra sorpresa en el Consejo. Menos de una semana antes, unos jinetes elamosios habían cruzado la frontera y se habían entregado a las tropas brajairias que las vigilaban. Pedían parlamento con el rey Argaut III y decían venir en nombre del auténtico rey de Élamos: Rayán V Arisai. Los habían traído a Longaza y esperaban una audiencia con el rey.

—¿Qué chanza es esta? —preguntó Argaut a las gentes de su Consejo—. Solo hay un rey en Élamos.

Eñanca respondió:

—Majestad, el tal Rayán Arisai es uno de los dos hermanos de Bauán IV que lograron escapar de la matanza que lo llevó al trono. El segundo huido es una mujer llamada Mumtaz Arisai. Los dos han estado en paradero desconocido desde entonces. Parece ser que hay gente en su país que los apoya.

—¿Cuánta gente?

—Pocos, pues Bauán IV ha aplastado a la mayoría de sus opositores. Aun así, Rayán Arisai se ha proclamado a sí mismo único rey legítimo y goza de simpatías entre el pueblo.

—Deberíamos ver a esos embajadores suyos —dijo Guarner, pensativo—. Puede ser interesante.

—Bien —repuso Argaut—. Decidles que vengan.

El elamosio que dirigía la embajada fue hecho pasar al Consejo y allí se inclinó ante Argaut y cada uno de sus miembros. No llevaba ropas lujosas, era de carnes entecas y chupadas, tenía la mirada dura de quienes viven en el peligro y parecía antes un guerrero tribal que un noble de alcurnia.

—En nombre del rey Rayán V de Élamos presento respetos al rey

de Brajairi. Mi nombre es Jamsid Sorous.

—Bienvenido a la corte de Brajairi. Yo también presento mis respetos a vuestro señor. Pero pensaba que ya había un rey en Élamos.

Los ojos de Sorous se convirtieron en discos de plomo.

—El que se sienta en el trono de Élamos no es rey, sino un bellaco que solo merece la horca o la espada del verdugo. El auténtico señor de Élamos es Rayán V Arisai.

Argaut levantó una ceja.

—¿Y qué desea vuestro señor de mí?

—Una entrevista personal.

—¿Qué quiere? Podéis hablar con libertad porque estamos entre amigos.

—Su Majestad quiere una alianza de los dos reinos, Brajairi y Élamos, para acabar con el usurpador. Sabemos que el usurpador se ha casado con la hija de un criminal buscado en Brajairi y que, por tanto, ambos reyes compartís objetivos. Los detalles podréis tratarlos con Su Majestad.

Argaut lo miró con un ojo entrecerrado.

—En los últimos tiempos he sufrido atentados y me he vuelto receloso. Por tanto, voy a hablaros claro: ¿cómo sé que esto no es una celada?

Impasible, Sorous metió una mano dentro de la capa. Fantiño se levantó de inmediato con la mano en la espada y los guardias armados de la sala se acercaron al extranjero con cara de pocos amigos.

—Solo quiero darle un presente a Su Majestad —se explicó Sorous.

—Está bien —dijo Fantiño—, pero primero me lo entregaréis a mí.

Sorous asintió y le dio al general un pequeño objeto que a su vez entregó al rey.

—¡Por Braladur! —exclamó Argaut.

—Su Majestad os lo envía para demostraros que podéis confiar en él —dijo Sorous—. Ese anillo se lo entregó alguien muy querido para vos.

Argaut se levantó y le dio el anillo a Guarner, quien al tomarlo tembló un poco.

—Es el sello de los Injeca. Pero… ¡lo tenía Rafucio!

—A petición suya —dijo Sorous—, mi rey y él se reunieron y trataron los mismos temas que ahora mi señor quiere tratar con vos, Majestad. Vuestro fiel servidor le dio este anillo para que vos también confiarais en mi rey.

Guarner tragó saliva mientras acariciaba el sello de su familia. Los ojos se le humedecieron.

—Gracias por este presente —dijo, con voz ronca—. Para mí es muy querido.

Sorous asintió.

—Acepto —concedió el rey—. Me reuniré con vuestro señor, pero en territorio brajairio. Partiréis de inmediato y le diréis a vuestro señor que cruce la frontera y vaya al castillo de Altac. Desde allí, mis hombres lo conducirán al punto de encuentro que yo elija.

Sorous apretó los labios, pero al final suspiró.

—Como deseéis, Majestad, pero tened en cuenta que nos pondremos por completo en vuestras manos. Espero que valoréis semejante muestra de confianza.

—La valoro y la agradezco. Os alojaréis en palacio esta noche y al alba partiréis.

El embajador se inclinó con respeto y se marchó.

—¿Puede ser falso? —preguntó Argaut.

Guarner aún miraba el sello.

—No. Es el de Rafucio, sin duda alguna.

—¿Y si se lo hubieran robado antes de matarlo? —preguntó Fantiño.

—Permitidme intervenir —dijo Eñanca—. Ayer me llegó una misiva de un viejo conocido de la capital de Élamos. En ella se cita una reunión entre el señor Rafucio Injeca y Rayán Arisai. Los detalles de la entrevista no estaban claros por si la carta era interceptada por el camino, pero el remitente es de confianza. Puede que el embajador elamosio haya dicho la verdad.

—Saldremos de dudas en pocos días, cuando me reúna con ese fugitivo.

La reunión tuvo lugar en el castillo de Ireca, en el sur de Brajairi. La zona era un enjambre de guerreros de la Corona y, en claro contraste, Rayán Arisai solo traía consigo un séquito de cincuenta hombres armados. Fue llevado ante el rey de Brajairi junto a sus dos lugartenientes, Jamsid Sorous y Balto Gazsi. Argaut a su vez venía acompañado de Tacho Fantiño, Sofredo Eñanca y Guarner Injeca. Su tío había exigido estar presente en la entrevista, así que delegó la regencia de la capital en Liyoba Farica. La reunión tuvo lugar en una sala con una fuerte presencia de soldados brajairios e incluso de caballeros del Alba Dorada.

Rayán Arisai vestía ropas poco lujosas que llevaban encima el polvo del camino. Su aspecto era impropio de un rey, pero había en él señorío y determinación, una dureza y una dignidad que lo elevaban por encima de la mayoría de los nobles que Argaut conocía.

—Bienvenido a mi país, señor Arisai. Tomad asiento.

Rayán permaneció en pie.

—Majestad, me siento muy honrado de conoceros y de presentaros mis respetos, pero os ruego que me deis el tratamiento adecuado. Soy pobre, pero soy rey.

Los brajairios lo miraron con asombro e indignación, pero Argaut terminó por asentir.

—Tenéis razón. Perdonad mis palabras. Os ruego que toméis asiento, Majestad.

—Gracias. —Rayán se sentó y sus dos hombres le imitaron—. Durante dos años no he conocido más palacio que los pabellones de lona y las cabañas, eso cuando no dormía al raso o en una cueva, ni otra corte que las tribus salvajes, pero leales, que me cobijaron. Por tanto, pido disculpas adelantadas por mis modales bruscos.

—Majestad, pocas cortes hay que enseñen tanto como esas que decís, y aunque son menos cómodas sin duda son más honestas.

Hizo las presentaciones pertinentes y después su tono se agravó:

—Soy enemigo de perder el tiempo, así que vamos a ir al grano. Vos, Majestad, me proponéis una alianza. Explicad los objetivos, así como las ventajas y obligaciones de cada parte.

—Majestad, de todos es conocido que Barac Tiyadara, vuestro enemigo personal, es el suegro del usurpador. Además del crimen imperdonable contra el señor Rafucio Injeca, tenemos el hecho de que su hija es de sangre real brajairia, así que sin duda el usurpador va a reclamar vuestro trono para ella. Por favor, Majestad, no intentéis negarlo. Como habéis dicho, no queremos perder el tiempo.

—Vaya por delante que esa mujer, Lisca Tiyadara, no tiene derecho alguno sobre el trono de Brajairi.

—Por supuesto —contestó Rayán—. Es un artificio más de Tiyadara y del usurpador. Pero aun siendo mentira, ellos lo esgrimirán porque quieren vuestra corona. Más temprano que tarde ha de haber guerra. Algunas de estas cosas ya las hablé con Rafucio Injeca; me reuní con él por medio de Ubaid, un mercader que es amigo de vuestro servidor el señor Eñanca.

Todos miraron al aludido.

—Es verdad —confirmó el Viejo Buitre—. Sabemos que en efecto se produjo tal reunión.

—Rafucio Injeca me llamó para conversar sobre una alianza de nuestros países —continuó Rayán—. Era un hombre tan despierto que captó al vuelo todas las ventajas.

—¿Cómo murió? —preguntó Guarner.

Rayán lo miró a los ojos con firmeza.

—Los sicarios del usurpador y de su primer consejero, un eunuco llamado Parviz, lo perseguían. El señor Rafucio se escondió en casa de Ubaid y allí me reuní con él. Rafucio fue apresado cuando las gentes

de Ubaid intentaban sacarle de la ciudad de incógnito.

Guarner arrugó la nariz con ira.

—¿Me estáis diciendo que mi hijo fue tratado como un delincuente en la capital de Élamos?

—Sí. Parviz le dio un plazo de cinco días para irse de la ciudad, pero Rafucio lo rebasó solo para reunirse conmigo. Hay que decir que se enfrentó a muchos peligros y que tuvo lances violentos con los sicarios del usurpador. Señor, vuestro hijo era un valiente. Podéis estar orgulloso de él.

—Lo estoy.

—Tras capturarlo no debieron sacarle nada porque ni Ubaid ni sus gentes fueron detenidas. —Clavó sus ojos en Guarner—. Vuestro hijo no habló a pesar de todo lo que sin duda le hicieron. Era un gran hombre.

Guarner frunció el ceño con dolor y asintió.

—Dejemos eso por ahora —intervino Argaut—. Hablemos sobre los ejércitos y preparativos del rey de Élamos y sobre la mejor estrategia para vencerle. ¿Qué podéis decirnos de eso, Majestad?

—Os lo puedo decir todo, pero antes quiero saber si vais a apoyarme.

—No. Primero hablaréis vos, Majestad. No voy a arriesgar miles de hombres y un gran caudal de dinero en una empresa de la que apenas sé nada.

Rayán permaneció pensativo unos instantes.

—Sea. Os contaré todo antes de tener vuestro apoyo firme. Tomadlo como otra muestra de confianza. —Levantó una mano y Sorous le entregó un rollo. Lo desplegó sobre la mesa y lo afirmó con pisapapeles—. Este es un mapa de mi país. Si queremos reconquistarlo debemos marcarnos dos objetivos. El primero, desde luego, es Élamos, la capital, el centro político y moral del gobierno. El segundo objetivo está aquí, en el sureste, en los Montes de Garona: la fortaleza de Bagwán, el Viejo de la Montaña, el líder de la secta de los asesinos. El usurpador se apoya en ellos y son tan peligrosos que incluso vos y vuestra familia han sufrido sus zarpazos. Podemos conquistar la capital, pero si no destruimos la secta estaremos siempre en peligro de muerte.

—Sé que vuestro padre intentó acabar con ellos y no tuvo éxito —dijo Argaut.

—Así fue, por desgracia. Los partidarios de Bagwán tienen muchas guaridas y la mayoría son conocidas, pero el centro de la organización está en un lugar secreto, en el fondo de los Montes de Garona. Pero yo sí conozco su ubicación y eso lo cambia todo. Es un bastión muy bien protegido, tanto por guerreros como por brujos, pero si oponemos suficiente fuerza lo conquistaremos. Mataremos a Bagwán y,

descabezada, su secta desaparecerá. Esto ya se lo dije al señor Rafucio Injeca y él mostró mucho interés.

—También lo muestro yo —dijo Argaut—, pero seguid exponiendo la estrategia de la guerra, os lo ruego.

—Bien. Tengo amigos en todo Élamos, gentes descontentas con el gobierno terrorífico del usurpador. Ellos me han informado de muchas cosas…

»Nuestros enemigos cuentan con que los brajairios bajen con un gran ejército hacia la capital para tomarla cuanto antes. Ellos se proponen haceros frente con un ejército menor aquí, en Guirioz, en el punto medio de ese camino. Llevarán a cabo escaramuzas y ataques de avanzadillas, pero retrocederán antes de presentar batalla, como si os temieran. Eso os hará pensar que la victoria está próxima y vuestro ejército seguirá bajando hacia la capital. Es una gran trampa. El usurpador ha dispuestos dos ejércitos fuertes en estas dos ciudades: Uruca en el oeste y Larsa en el este. Junto a Élamos, forman un triángulo invertido cuyo extremo inferior es la capital. Cuando vuestro ejército esté en el centro de ese triángulo las huestes de Uruca y Larsa saldrán de su escondrijo, os rodearán por la espalda y cortarán vuestras líneas de comunicación con Brajairi. De ese modo, quedaréis aislados en un país hostil. Entonces, los dos ejércitos bajarán hacia el sur para buscaros y al mismo tiempo partirá una hueste desde Élamos. Las tres columnas caerán sobre vosotros desde distintas direcciones para aplastaros en una gran batalla campal, o bien os sangrarán poco a poco en ataques menores. No tendréis más remedio que pelear, o huir a través de una nación enemiga en la que sufriréis un hostigamiento constante. De un modo u otro, seréis aniquilados. Por vuestra fama de batallador ellos saben que lideraréis vuestro ejército. Su objetivo será capturaros para obligaros a firmar cualquier tratado que les convenga o para daros la muerte. Entonces, la partida habrá terminado.

Argaut intercambió miradas con sus consejeros, sobre todo con Guarner, que estaba pensativo.

—¿Qué recomendáis hacer para desbaratar sus planes, Majestad? —preguntó Argaut.

Rayán señaló con el dedo dos puntos del plano.

—Atacar aquí y aquí: Larsa y Uruca. En esas ciudades están escondidos los dos ejércitos que quieren rodearos por la espalda. Si los destruimos no tendríamos ya ningún enemigo detrás y las líneas de comunicación con Brajairi seguirían firmes. Para conseguirlo, vuestro ejército tendría que dividirse en dos columnas cuyos respectivos blancos serían esas dos capitales.

—Estamos hablando de ciudades grandes —intervino Fantiño—. Su expugnación será difícil.

—Uruca sí será un hueso duro de roer, pero en Larsa hay muchas gentes contrarias al usurpador que pueden facilitarnos las cosas.

—Una traición desde dentro —murmuró Fantiño, pensativo.

—En Élamos solo hay un traidor y es el que está en el trono —contestó Rayán, enojado—. Todos los que se le oponen son unos patriotas.

—Por supuesto, Majestad —le tranquilizó Argaut—. ¿Estáis seguro de esa ayuda interna en Larsa?

—Lo estoy. En realidad cuento con simpatizantes en todas las ciudades del país, pero los de Larsa son los más fuertes. El usurpador hizo allí purgas tan crueles que mucha gente está dispuesta a arriesgarlo todo para vengarse. Si conquistáramos Larsa con rapidez podríamos sacar refuerzos de allí y llevarlos a Uruca para terminar de expugnarla. Escuchadme con atención, Majestad: la clave de esta guerra son esas dos ciudades. En cuanto obtengamos una victoria en las dos, o solo en una, medio país se nos unirá al ver posibilidades de victoria. La rebelión prenderá solo después de que probemos nuestra fuerza. Una vez conquistadas Uruca y Larsa, el camino hacia la capital será más fácil.

Argaut miraba el mapa y se pellizcaba la barbilla, pensativo. Miró a Rayán.

—¿Y qué decís del segundo objetivo, la guarida de ese tal Bagwán?

—Como ya dije, tengo su ubicación. Ha costado mucho conseguirla, pero esa es una historia para ser narrada en otro momento. Lo importante es que está en cierto lugar de los Montes de Garona, una sierra escarpada y difícil. Mi plan es el siguiente: del ejército apostado en Larsa ha de escindirse una columna de unos diez mil hombres que bajará por el sur, hasta llegar a Garona y la fortaleza del Viejo. Será un viaje complicado porque dicha hueste deberá ir por sendas y trochas salvajes que atraviesan bosques, roquedales y ríos. Hay que llegar a la fortaleza de Bagwán con rapidez, antes de que el Viejo tenga tiempo de salir de Garona. Tengo buenos guías para ese ejército. En él irán muchos magos porque el núcleo de la secta de los asesinos es un enjambre de hechiceros.

—¿Y esa columna no hallará resistencia por el camino?

—Es muy posible que sea atacada por algunos pueblos bárbaros de esas zonas; son bandas de guerreros, no letales, pero sí molestas. Os suministraré guías que librarán a esa hueste de las emboscadas; además, habrá que comprar el paso por los terruños de las tribus. En cuanto a los nobles vasallos de Bagwán, la mayoría están en el norte, al servicio de las huestes del usurpador. Nadie espera un ataque a la secta y por eso el núcleo está desguarnecido.

—¿Cuánta gente tiene el Viejo de la Montaña?

—Como mucho, unos cinco mil. Pero cuidado: todos son fanáticos

y lucharán hasta la muerte.

Fantiño dijo:

—Un enemigo así vale por dos.

—Por eso debemos llevar tanta gente armada. Sin olvidar a los magos.

—Tenemos suficientes guerreros y magos en Brajairi como para someterlos —le tranquilizó Argaut—; o exterminarlos a todos, si tanto desean inmolarse en la batalla. Bien, ya nos habéis mostrado las líneas maestras de vuestro plan. En principio me convence, pero aún debéis ilustrarnos sobre todos los detalles antes de aceptarlo.

—Por supuesto, Majestad. Preguntad cuanto deseéis.

—En primer lugar quiero saber qué vais a aportar vos.

—Majestad, seré tan sincero con vos como lo fui con Rafucio Injeca: mi fuerza es muy reducida. No puedo aportar más de quinientos hombres armados porque el usurpador ha hecho con los míos una sangría espantosa. No obstante, son los hombres más leales y fieros de Dirtán.

Argaut negó con la cabeza.

—Ni aunque fueran gigantes podrían hacer frente a las decenas de miles de guerreros del enemigo, pues el rey de…, el usurpador no solo tiene su propio ejército y el de sus vasallos, sino que además puede contratar compañías mercenarias.

—Es cierto que Brajairi ha de aportar el grueso de los hombres y el dinero. Pero sin mí jamás venceréis.

Argaut endureció la mirada.

—¿Cómo es eso?

—Majestad, por mucho que vuestros motivos os parezcan fundados, si yo no os acompaño entraréis en Élamos como un invasor extranjero y el país se cerrará como un puño sobre vos. Pero conmigo a vuestro lado tendréis una causa legítima: llevar al trono al auténtico rey. Puedo conseguir que en cada ciudad y bastión las gentes se levanten para ayudarnos. Eso marcará la diferencia.

—Hablamos, pues, de prejuicios patrióticos.

Rayán sonrió de lado.

—¿Acaso no ocurriría lo mismo en vuestra tierra?

Argaut lo miró durante muchos latidos y luego se volvió hacia sus consejeros, que permanecían graves. Se fijó de nuevo en Rayán.

—Arriesgaré las vidas de miles de brajairios y gastaré muchísimo dinero. Por tanto, no me basta con daros el trono y capturar al traidor Barac Tiyadara y su hija.

—¿Qué deseáis? —preguntó Rayán, con el ceño fruncido.

—Se firmará una alianza entre nuestros dos países que los obligará no solo a ayudarse cada uno al otro contra cualquier país enemigo, sino también en caso de guerras internas. La cantidad de tropas y

dinero que se ha de prestar quedará estipulada en tales acuerdos para que en el futuro no haya lugar a dudas. El pacto no solo nos obligará a nosotros dos, sino a los reyes que vengan después.

—Me parece correcto.

—Las tasas fronterizas, las aduanas y todo lo referente al intercambio comercial entre ambos países se hará siempre por acuerdo, mediante decisión mutua y no particular de cada uno.

—Bien.

—Además, Élamos deberá pagar durante veinte años indemnizaciones de guerra a Brajairi. —Rayán abrió mucho los ojos, pero Argaut prosiguió—: Sé que la culpa de esto no la tenéis vos, sino el usurpador, pero él manda en vuestro país y de vuestro país viene el problema. Por supuesto, la cantidad a pagar quedará fijada antes de que empiece la campaña y no podrá ser cambiada por ninguna de las dos partes. Os garantizo que será un monto razonable que no hundirá vuestra economía.

Rayán miró a sus dos hombres de confianza y uno de ellos asintió.

—Está bien —dijo el rey fugitivo—. Pero al sufrir Élamos los desastres de la guerra, pido que sean diez los años de cobro.

—¿La mitad? —Argaut sonrió con cinismo—. Mucha reducción me parece. Élamos goza de un tránsito de caravanas aún mayor que Brajairi. Vuestro potencial para la riqueza es enorme.

—No acepto veinte años, Majestad, porque entonces la deuda pasaría a mis hijos y no quiero transmitirles mis problemas. Diez.

—Busquemos una solución intermedia: quince años. No me diréis que no esperáis vivir quince años más, pues sois joven y fuerte. Tened en cuenta que os rebajo cinco.

Rayán lo miró con un ojo entrecerrado. Suspiró.

—Está bien. Quince. Pero solo si la cantidad es razonable.

—No temáis por ello.

—¿Y qué más condiciones pedís?

—En principio ninguna más. Si vuestro plan nos parece posible y acertado se recogerá todo por escrito y nos pondremos a trabajar cuanto antes.

—Pues yo sí tengo una condición.

Esta vez fue Argaut quien frunció el ceño antes de invitarle a hablar con la mano.

—La alianza política será mucho más sólida y duradera si viene acompañada de una alianza matrimonial. Estáis soltero, así que propongo que os caséis con mi hermana, Mumtaz Arisai. De este modo uniremos las dos Casas Reales. Os aseguro que es una mujer fuerte y sana. Es leal, inteligente y más vigorosa que la mayoría de las mujeres. Siempre me acompañó mientras huía de un lado a otro y nunca desfalleció. Os dará hijos poderosos. Muchos caudillos tribales me

pidieron su mano, pero yo la reservaba para alguien grande, alguien como vos.

Argaut se pellizcó la barbilla, sin hacer caso de las miradas preocupadas de Guarner. Fantiño y Eñanca parecían meditar con cuidado la proposición. El rey de Brajairi estuvo mucho tiempo caviloso.

—Me parece bien —dijo al fin—. Siempre he querido desposarme con una mujer de la realeza extranjera y sería un necio si no aprovechara esta ocasión. No obstante, y para ser justos, también ha de haber sangre brajairia en el trono de Élamos. Vos estáis soltero, así que os casaréis con la mujer de mi país que yo elija.

—Majestad, me temo que eso no será posible. Una vez que suba al trono deberé cerrar muchas heridas abiertas por el usurpador, que, por desgracia, es mi hermano. Para cimentar el poder resultará imprescindible que mi primera esposa sea una noble elamosia. Pero en mi tierra los hombres pueden tomar más de una mujer, así que…

—De eso nada —cortó Argaut—. La mujer que venga de Brajairi no ha de ser una segundona. Ha de estar en el trono. Eso, Majestad, también es imprescindible. Si yo he de hacer reina a una elamosia vos debéis convertir en reina a una brajairia, así que buscad la solución.

Rayán se rascó la mejilla mientras pensaba. Levantó las cejas y asintió un par de veces.

—Ya sé cómo solucionarlo. Me comprometo a hacer casar a mi primer hijo, el futuro rey de Brajairi, con una hija vuestra. En cuanto acabe la guerra, o incluso antes, tomaré esposa para engendrar herederos y mi primer varón se casará con la primera niña que tengáis con mi hermana. Así, habrá una futura reina elamosia de ascendencia Agrate.

—Un momento. En esa hipotética unión la madre de la novia sería la hermana del padre del novio. Esos futuros reyes compartirían la sangre filial y eso en nuestro país sí es un problema.

Rayán levantó una mano, impaciente.

—Entonces casad a mi hijo mayor con la mujer que os plazca. La que queráis.

—Elijo a mi hija actual, que ahora tiene tres años. No habría lazos sanguíneos entre los novios, solo políticos, y su unión no resultaría problemática. Cuando vuestro hijo alcance la mayoría de edad se casará con ella y será la reina de Élamos.

Argaut levantó la mano de inmediato para callar a Guarner.

—¿Tenéis una hija fuera de matrimonio? —preguntó Rayán.

—Habéis dicho que podía elegir a la mujer que quisiera. Debéis cumplir.

—No me opongo, Majestad. Creo que en mi país estas cosas no se miran con tanta severidad como en el vuestro, así que vuestra hija

podrá casarse con mi hijo y ser la futura reina de Élamos.

—El escollo ha sido salvado. Si no hay más condiciones por ambas partes, deberíamos concentrarnos ahora en la guerra. Después, necesitaré unas horas para sopesarlo todo junto a mis consejeros. Cumplido ese plazo, daré mi respuesta definitiva.

—Me parece justo.

—Mandaré a los sirvientes traer comida y vino porque vamos a estar aquí metidos durante todo el día.

Enterraron los hocicos en mapas hasta que cayó la noche. Solo cuando los mil y un asuntos de la guerra parecieron aclarados, Argaut pidió a Rayán un tiempo para consultarlo todo con sus hombres y prometió que al amanecer tendría una respuesta en firme.

Una vez solo con sus consejeros, Argaut preguntó:

—Señor Fantiño y señor Injeca, los dos sois expertos en batallas. ¿Qué os parecen los planes de ese hombre?

—La guerra es un negocio arriesgado y siempre hay mil imprevistos —dijo Fantiño—, pero el plan es sensato.

—A mí también me parece factible —repuso Guarner.

—Se cumplen vuestras previsiones —le dijo Argaut—: el enemigo quería llevarnos a una celada. Y por cierto, señor Eñanca, ¿qué podéis decirnos vos? Tenéis muchos amigos en Élamos.

—Majestad, se sabe que en los últimos meses ha habido movimientos de tropas con destino a las ciudades de Larsa y Uruca, así que Rayán Arisai parece saber de lo que habla. En cuanto a Bagwán, poco sé de eso porque incluso para los mercaderes las cosas de la secta de los asesinos son un misterio. Pero bien podría ser cierto lo que nos ha contado este hombre.

—Majestad —dijo Fantiño—, ¿qué podemos esperar de los otros países?

—Los diplomáticos de Etgula han hecho un buen trabajo y podemos contar con la neutralidad de los países que rodean a Élamos. Los embajadores enemigos no han conseguido ninguna alianza. —Sonrió con malicia—. Casi nadie quiere inmiscuirse en una riña contra nosotros. Parece que nuestro prestigio ha crecido.

—Muchos sacrificios ha costado —gruñó Guarner. Miró a Argaut —. Majestad, debemos conseguir la futura alianza con Élamos, pero no al coste de una reina extranjera.

Argaut puso los ojos en blanco.

—¿Por qué será que me esperaba tal objeción por vuestra parte?

—No veo prudente darle nuestra corona a una mujer bárbara.

—Señor Injeca, en tiempos pasados, cuando Brajairi era mil veces más fuerte y respetado, sus reyes se habrían ofendido si se casaran con menos que reinas, infantas y princesas. Os recuerdo que mi antepasada Darla II se desposó con un elamosio. Ya conocíais mi

decisión de renovar esa costumbre.

—La conozco, Majestad, y de hecho no me opuse a vuestra boda con la hija de Otón de Gricur. Pero ellos eran de Escaldrai. Los elamosios pertenecen a otra cultura y adoran a otros dioses. Son bárbaros.

—Al extranjero siempre se le tacha de bárbaro, pero la civilización ilnaria es tan antigua como la escaldraia.

—¿Acaso la preferís? No adoran al Padre Braladur. Son unos blasfemos. Y así con todo lo demás.

—Señor Injeca, la política es política en todas partes. Pueden rezarle a un espantajo con coloretes, pero fueron paridos por mujer humana, así que podremos entendernos si la conveniencia es mutua. Mumtaz Arisai respetará nuestros usos y costumbres; conociendo a su hermano, estoy seguro de que no es ni caprichosa ni indisciplinada.

—Traerá sangre extraña a la estirpe de nuestros reyes.

—No lo fieis todo en la sangre. Son más importantes el valor y la inteligencia. —Suspiró—. Por favor, no temáis. Todo saldrá bien.

—También está el asunto de la mujer que habéis prometido al futuro hijo de ese hombre.

Argaut endureció la mirada.

—Estáis hablando de mi hija Raulia.

—Majestad, no os ofendáis, pero… ¿creéis juicioso haber elegido a una bastarda?

—¡Teneos! —explotó Argaut—. No volváis a pronunciar tal palabra en mi presencia. Os lo advierto.

Guarner bajó la cabeza con humildad.

—Perdonadme, Majestad, pues no elegí bien los términos. Pero debéis reconocer que no proviene de matrimonio alguno; hay otras muchas que podrían cumplir ese papel.

Argaut apenas podía controlar su ira.

—Señor Guarner, con un dolor inmenso he aceptado que mis propios hijos no sean nunca los reyes de Brajairi por culpa de esos… escrúpulos vuestros y de tantas otras gentes. Pero si veo la oportunidad de convertirlos en reyes de otro país juro por todo lo más sagrado que la voy a aprovechar. En esto no voy a ceder ni una uña.

—Si tanto lo deseáis, adelante, Majestad, ¿pero habéis pensado en la suerte de vuestra hija? En el Ilnar la vida de las mujeres es más dura que en Escaldrai. Y eso incluye a las reinas.

—Educaré a mi hija para que sea tan fuerte y digna que nadie ose tratarla como a un caballo. Ni siquiera su esposo lo hará. Cumplirá su deber de reina con tanta grandeza que será un sol brillante para todos los elamosios. —Le sonrió con dureza—. No os preocupéis tanto, señor Injeca.

—No he pretendido ofenderos.

—Lo sé, y siempre agradezco vuestras opiniones, pero por encima de ellas está la del rey. —Soltó el enfado en un largo suspiro y se volvió hacia Eñanca—. Tendremos que decidir el monto de las indemnizaciones que Élamos ha de pagarnos y para eso cuento con vos. No hay que mostrar avaricia; debe ser una cantidad importante, pero cómoda de pagar.

—Sería una buena oportunidad para nuestras arcas.

—Lo que me interesa no es tanto sacar tajada como hacerles saber que nos deben un favor, y que eso dure quince años. Aliados, pero no iguales. Nosotros hemos de quedar por encima de ellos.

Sofredo Eñanca sonrió con astucia.

—Una estrategia inteligente. No temáis. Al hacer los cálculos no tensaré la correa.

—Bien. Quedan unas horas antes del alba y yo estoy desvelado, así que seguiremos trabajando. Hay que redactar los acuerdos. Haced llamar a los escribientes.

Al amanecer volvieron Rayán Arisai, Jamsid Sorous y Balto Gazsi. Por sus caras pálidas y abotagadas y por sus ojeras, se entendía que tampoco ellos habían visitado la cama.

—Majestad —dijo Argaut—, dejadme abrazaros como amigo y futuro pariente.

Se abrazaron y se dieron palmadas en la espalda, sin que ninguno de los dos dejara de sonreír con dureza. Los consejeros aplaudían con gravedad esta concordia entre reyes.

Argaut señaló los documentos.

—Aquí tenéis los pactos, Majestad. Por favor, leedlos con calma. Después los firmaremos.

—Muy bien, amigo mío.

Los elamosios los estudiaron de cabo a rabo.

—Todo me place —dijo Rayán—. Firmaré con tinta en el papel, pero en las tribus de mi tierra he aprendido que lo importante es la sangre. —Los brajairios lo miraron con sorpresa y luego con estupor cuando desenvainó la daga y se cortó la palma de la mano—. Os toca, Majestad.

Argaut se levantó, extrajo la espada entera, la agarró por el filo y de un tirón hacia abajo se abrió la palma. Los dos reyes estrecharon las manos heridas.

—Que la sangre nos una para siempre —dijo Rayán.

—Que la sangre nos una para siempre —repitió Argaut.

Cuando los elamosios se hubieron marchado Argaut se miró la mano vendada y sonrió, pensativo.

—Parece que ese hombre es de todo menos blando.

—Y un tanto… *teatral* —repuso Eñanca, mientras metía los documentos en la cartera. Se encogió de hombros—. En fin, supongo

que esas serán las costumbres de su país.

—Bárbaros —gruñó Guarner.

3

Dieciséis días después de que se enviara el ultimátum a Élamos, llegó la respuesta: Bauán IV se negaba a entregar a Barac Tiyadara y a la nueva reina, y además en términos poco diplomáticos. Era una formalidad que sirvió a Argaut para declarar la guerra, tras unas Cortes convocadas con premura —otra formalidad, pero a Argaut le gustaba que las cosas se ajustaran a derecho—. En dichas Cortes los nobles juraron prestar la cantidad de hombres a que estaban obligados por su vasallaje; tras los precedentes del rey en cuanto a los nobles rebeldes, ya nadie se negaría. Pero se produjo la perenne excepción: los Ertalce ni siquiera contestaron al llamado. Argaut no dejó de anotarlo en su lista de agravios y volvió a jurarse a sí mismo que algún día se los haría pagar todos. El grueso del contingente estaba formado por el mastodóntico Ejército Real, acrecentado por las Hermandades de Justicia, obligadas por juramento a servir al rey en combate. Ahora tendrían que demostrar que no solo podían detener delincuentes.

Se acercaba la hora de partir y siempre había mil y un cabos que atar, pero Argaut no descuidó a Queila. Tenía que decírselo todo en persona. Ella se llevó una mano a la frente y volvió la cabeza para que él no viera sus ojos. Pareció buscar las fuerzas y logró que su voz no temblara:

—Sabía que algún día me dejarías. Sabía que lo nuestro no tenía futuro y me refugié en los placeres del presente. Me bastaban para seguir adelante.

—Lo siento —repuso Argaut.

Los dos estaban sentados en un banco de los jardines de Vibriosa, ese lugar que tanto amaban. No lejos, Raulia jugaba, dando saltos con una y dos piernas y parloteando con sus amiguitos imaginarios. Queila miró a Argaut.

—En efecto, nuestra separación era un dolor que siempre esperé. Sobreviví cuando te casaste por primera vez y luego, a pesar de que la razón me dictaba no volver contigo, el corazón me derrotó. Y aquí estamos.

Argaut bajó la vista. La alzó y la miró a los ojos.

—Queila, cásate con otro hombre. No podré vivir tranquilo sabiendo que estás tan cerca, y sola.

—Y yo no sería feliz junto a un hombre al que no amase. No

necesito ningún marido de conveniencia y no le tengo miedo a la soledad. Solo elegiré a quien de veras me guste. Ese hombre tal vez llegue, o tal vez no.

—Comprendo —dijo él—. No volveré a buscarte. No quiero importunarte de nuevo.

—No es que me importunes, es que te quiero demasiado como para negarme a ti, con reina o sin ella. No tengo suficiente voluntad, así que tú debes tenerla por los dos. Tienes que ser firme. Prométemelo.

Argaut asintió.

—Lo prometo. Pero quiero que te unas a otro hombre no solo para evitar mis tentaciones, sino porque me gustaría que fueras dichosa. Aún eres atractiva y no te faltan los pretendientes. Podrás olvidarme y perdonármelo todo.

—No he de perdonar nada. Al contrario, te lo agradezco porque me hiciste feliz. Si hay otro en el futuro, dudo que él me dé tanto como me diste tú.

Argaut intentó penetrar en sus ojos con la mirada.

—Sin embargo, hay rencor. Lo veo.

—Lo hay. —Volvió el pesar. Luego, la angustia—. Has comprometido el futuro de nuestra hija.

Argaut levantó la barbilla, impasible.

—¿Lo ves? —dijo ella—. Has alzado de nuevo esa barrera entre los dos. Te alejas de mí. —Sus ojos se humedecieron un poco más—. Para ti el reino y el poder son más importantes que yo, eso lo sabía, ¡pero también son más importantes que nuestra propia hija!

Argaut no desvió la mirada y tampoco dijo nada. Queila miró hacia Raulia, que seguía cantando y bailando en la hierba, ajena a ellos. Su madre se limpió las lágrimas con una mano.

—La mandarás a un país extranjero… La casarás con un desconocido… Y la someterás a la presión horrible de una corona en su inocente cabeza.

—Yo he llevado la corona durante veintitrés años y seguiré llevándola durante muchos más. Mi hija también podrá hacerlo.

Queila lo miró con ira.

—¿Y qué te ha dado esa corona?

Argaut no respondió.

—¡Mírate! —estalló ella—. Mira la efigie de mármol que era el hombre que yo amaba… ¿Quieres que a nuestra hija le pase lo mismo que a ti?

—Queila, tú sabías quién era yo desde el principio y sabías las consecuencias que eso iba a traer. No solo para nosotros dos, sino también para nuestros hijos. La cerrazón de las gentes de Brajairi les ha quitado lo que les corresponde por derecho. Quiero hacerle justicia al menos a uno de ellos. Nuestra hija ha de ser reina.

—¿Y sus sentimientos? ¿A ellos no les harás justicia?

—Tus palabras son absurdas.

—Lo único que sé es que la corona te ha robado la felicidad. También se la robará a mi hija.

—Ella debe cumplir con su deber y su destino —respondió Argaut.

—¿Aunque eso la haga desgraciada? ¿Te parece más importante la corona que la felicidad de nuestra hija?

Oyeron la voz de Raulia y los dos se volvieron porque la niña se les acercaba dando brincos. Su madre intentó sonreír.

—¿Te diviertes, mi amor?

—¡Sí, madre! ¡Mira, he encontrado un trébol de cuatro hojas!

Se lo mostró a sus padres con orgullo.

—Un trébol de cuatro hojas —dijo Argaut. Lo cogió y lo observó con detenimiento. Miró a la chiquilla con orgullo—. Es un símbolo de buena suerte. Serás afortunada.

—¿De verdad, padre?

—¡Ven aquí, princesita! —La subió sobre sus piernas y la niña se acomodó y tomó de nuevo el trébol de cuatro hojas con sus deditos—. Por supuesto que serás afortunada, hija mía. Serás reina.

—¿Una reina? —Raulia abrió mucho los ojos.

—Cuando crezcas serás una reina bella, fuerte y sabia. Eso te gustaría, ¿verdad?

—¡Si puedo ponerme vestidos bonitos, sí!

—Tendrás los vestidos más bonitos, y no solo eso, hija. Incontables personas se inclinarán ante ti y obedecerán todas y cada una de tus órdenes. Muchos hombres valientes estarán dispuestos a pelear e incluso a morir por ti. Tendrás responsabilidades, pero también tendrás poder. El poder.

Ella lo miraba muy seria, sin saber qué decir.

—Y lo harás bien, hija mía, porque hay sangre de reyes en tus venas. Yo te haré fuerte y nadie podrá contigo. —Le besó una manita —. Te lo juro.

—¿Y podré tener un perrito? —preguntó la niña—. Por favor, padre, dile a madre que me traiga un perrito. ¡Quiero uno!

Argaut tronó una carcajada.

—¡Claro que podrás tener un perrito! ¡Tendrás cientos! ¡Miles!

—¡Entonces sí quiero ser reina!

Su padre le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Anda, mocita, sigue jugando.

—¡Vale!

La niña se fue canturreando y dando saltos.

—Me la vas a arrebatar —dijo Queila.

—No pasarán menos de quince años antes de que ella se marche, quizá más, porque su futuro esposo aún no ha nacido.

—Vas a arrebatarme a mi niña —dijo Queila con la voz temblorosa—. Y quizás no pueda volver a verla una vez que se haya ido.

Argaut dejó de mirar a su hija para concentrarse en Queila.

—Es verdad. Tal vez nunca vuelvas a verla.

—¿No hay nada más importante que la corona?

—Así es. No hay nada más importante que la corona. Nada.

Queila cerró los ojos y se llevó una mano a la boca. Argaut no desvió la mirada. Cuando ella se tranquilizó, le dijo:

—Como súbdita tuya puedo entenderlo, pero me es imposible hacerlo como mujer y como madre. Márchate, Argaut. No quiero vengarme. No quiero ser tu enemiga. Seguiremos viéndonos porque compartimos hijos, pero ya no puedo tratarte como a otra cosa que como a mi rey.

Él se levantó.

—Lo comprendo. Quiero que sepas que siempre te he amado y que siempre te amaré.

—Eso es lo peor: que de veras me amas.

La contempló durante muchos latidos.

—Adiós, Queila.

—Adiós, Argaut.

Fue hacia su hija, la tomó en brazos, la hizo girar en el aire y le dio muchos besos antes de despedirse también de ella.

4

En la primavera de 1592, Brajairi atacó a Élamos.

Salvo algunas escaramuzas menores con las avanzadillas, el ejército de Argaut III no halló resistencia al cruzar la frontera. Unas pocas de las primeras fortalezas elamosias, muy menguadas de guarnición, se les rindieron sin luchar, pero la mayoría habían sido abandonadas. Era como si nadie quisiera hacerles frente y el camino hacia la capital parecía expedito. La primera ciudad con que toparían sería Guirioz, pero en lugar de seguir en línea recta para expugnarla el monstruo con epidermis de metal la evitó y se dividió en dos columnas. La primera estaba compuesta por veintiún mil hombres, la lideraban los dos reyes, Argaut III y Rayán V, y tomó dirección suroeste, hacia Uruca. La segunda columna estaba liderada por Guarner Injeca y Tacho Fantiño, aconsejados por Balto Gazsi y Jamsid Sorous, los dos hombres de confianza de Rayán V; tenía veintitrés mil hombres y partió hacia Larsa, al sureste.

Rayán envió mensajeros por todo el país para dar la noticia de que él, el único hijo varón de Navid VIII que escapó de la masacre regicida, reclamaba la corona. La nueva corrió de cabaña en cabaña, de villorrio en villorrio, de ciudad en ciudad, como corre el fuego sobre el trigal en el estío. Aquello sorprendió casi a todos, incluido Bauán IV y su corte, que esperaban una lucha contra Brajairi pero no contra el auténtico heredero del trono. Esto cambiaba las cosas, pues volvía legítima una guerra que, de otro modo, habría parecido solo una invasión extranjera. Habían sido tantas las locuras sangrientas del Divino que muchos decidieron en su fuero interno ayudar a los brajairios en todo lo posible. Las autoridades elamosias se apresuraron a anunciar que la presencia de Rayán Arisai era un engaño de los enemigos norteños y declararon traidor a todo el que transmitiera la hablilla, pero la nueva oleada de ejecuciones en realidad provocó más odio hacia Bauán IV y más simpatía hacia los brajairios. No obstante, el rey de Élamos era aún fuerte, pues el ejército estaba de su parte y además había contratado mercenarios. El país no estaba todavía maduro para la rebelión.

Las dos columnas llegaron a sus respectivos objetivos, Uruca y Larsa. Ya se sabía que en ambas ciudades había sendos ejércitos poderosos, los mismos que los hubieran rodeado y atacado por la espalda si los brajairios hubieran seguido en línea recta hacia el sur.

Bauán IV y Parviz, que dirigían la campaña desde Élamos capital, comprendieron que los invasores conocían sus planes. El burlador se sintió burlado. Pero no retiraron las huestes de sus dos acantonamientos, así que los brajairios tendrían que tomar Uruca y Larsa si querían seguir avanzando, pues sería suicida rodearlas y dejarlas atrás. Unos y otros se lo jugarían todo en ambas plazas.

El enemigo principal de los brajairios no eran los miles de hombres armados de cada ciudad, sino las murallas. El asedio sería complicado y el tiempo jugaría en contra de los sitiadores, expuestos a las salidas del enemigo desde la ciudad, los ataques de los refuerzos venidos de otras partes y, sobre todo, el aliento exterminador de las infecciones sobre la muchedumbre acampada. El verano elamosio, más severo que el brajairio, también sería un adversario cruel.

Uruca tenía dos grandes murallas, una exterior que guardaba la urbe entera y otra interior que delimitaba la ciudadela, que a su vez albergaba los grandes templos, el palacio del gobernador y el zigurat. La *ciudad nueva*, la zona residencial, un laberinto de casas de una o dos alturas, se extendía entre ambos lienzos. Cerca de Uruca fluía el río Asara, que convertía en pantanosa una buena porción de terreno próxima a los lienzos. Intramuros, había una laguna natural y decenas de pozos, tanto en la ciudad nueva como en la ciudadela, y además los silos estaban llenos, por lo que no se podría tomar Uruca mediante el hambre o la sed. En realidad, sufrirían más los extranjeros, sobre todo porque el pantano favorecería las epidemias veraniegas. Además, el pequeño río Asara solía secarse cuando apretaba el calor; si ello ocurría los sitiadores tendrían que ir lejos por agua. Había que tomar la plaza cuanto antes.

La generosa oferta de los sitiadores fue rechazada, así que tras estudiar los planos se llevaron a cabo asaltos en dos de las cinco grandes puertas de la ciudad. Los magos brajairios arrojaron sus llamaradas y serpientes de luz, pero los urucanos también tenían hechiceros y defensas sobrenaturales, así que tras una hora de rayos, nubes de chispas y estallidos cegadores, y el escándalo habitual de truenos y chirridos, las defensas mágicas resistieron.

Entonces se recurrió a los guerreros, aunque siempre cubiertos por los magos. El ataque se llevó a cabo en las dos puertas, mediante sendos arietes con cabeza de hierro; cada artefacto estaba dentro de un cobertizo rodante con techo y paredes de madera, y para moverlo se necesitaban más de cincuenta hombres. Los arqueros de ambos bandos no estaban ociosos y pronto hubo muertos tanto en los caminos de ronda como extramuros. Además, los sitiadores castigaron a los brajairios con artillería de onagros, balistas y escorpiones. Los zapadores colocaron sobre el foso un puente improvisado de planchas, bajo la lluvia de flechas, llamaradas y cascotes, el ariete pasó rodando

sobre la tabla y al fin llegó a la puerta. Dentro de su carcasa los hombres hicieron oscilar adelante y atrás el tronco una y otra vez, dándose ánimo a gritos. Cada golpe de la cabeza de hierro provocaba un retumbo pavoroso.

En una de las dos puertas, las hojas metálicas empezaron a moverse hacia dentro, haciendo crujir las sujeciones de las trancas. Sonó un chirrido espeluznante cuando los relámpagos brajairios consiguieron atravesar una membrana defensiva elamosia y hacer estallar la cumbre de una torre mural. La explosión provocó una avalancha de ladrillos pulverizados y pedazos de carne que cayó sobre el cobertizo del ariete sin dañar a la gente de su interior, siempre ocupada en el movimiento pendular del tronco. Las bisagras empezaban a salirse con crujidos agonizantes y los sitiadores ya creían saborear el triunfo. Las chispas y llamas que bañaban las esferas protectoras azulinas brillaban como soles diminutos. Una columna ígnea consiguió romper la defensa mágica brajairia, deshizo el tejadillo de madera y fundió la carne y los huesos de dos hombres que ni siquiera tuvieron tiempo de gritar. Las llamas se extendieron dentro del cobertizo del ariete y lamieron la madera, los cabellos, las ropas y la carne. Los hombres salieron de la estructura incendiada aullando y agitando los brazos. Todo quedó convertido en una pira que vomitaba un humo negro y pestilente. Al ser la puerta de metal y sus torres de flanqueo de ladrillos de adobe, no había posibilidad de incendio y por tanto el ariete seguiría ardiendo hasta consumirse por sí mismo. En realidad, sería un obstáculo para los asaltantes. Los elamosios gritaron su alegría y los brajairios hubieron de retirarse.

En la otra puerta tampoco hubo suerte. Los magos brajairios no consiguieron vencer las defensas sobrenaturales elamosias y además los arqueros de las alturas ganaban a los de abajo. Los urucanos trajeron bolachas y sillares y los arrojaron desde los merlones. Los mazacotes atravesaron el techado de madera, dañaron algunas vigas principales y la mitad del cobertizo se combó y desmoronó con estruendo. Un proyectil impactó en un rueda, la partió y el eje quedó clavado en el polvo. Ahora, hacer rodar el artefacto sería imposible; la estructura había quedado inmovilizada y era un trasto enorme e inútil. Los capitanes dieron la orden de abandonarla y el ariete se quedó junto a la puerta, como un monumento a la derrota.

Argaut, Rayán y sus consejeros se decidieron por una nueva estrategia. Durante cuatro días el ejército arrasó los campos de cultivo circundantes para obligar al ejército defensor a salir y entablar batalla. Pero los defensores no picaron el anzuelo. O mejor dicho sí salieron, pero no de la forma esperada, pues llevaron a cabo dos ataques por sorpresa, mediante batallones de caballería ligera que causaron muchos estragos antes de retornar casi indemnes a la ciudad

protectora. Los brajairios tuvieron que comerse la derrota y la humillación.

Habían comprendido que podían ser agredidos en cualquier momento, así que se ordenó a los guerreros estar pertrechados y tener las armas cerca día y noche, y se dispusieron fuerzas de guardia para repeler en cualquier momento una salida de los urucanos. En cierto modo, el ejército sitiador estaba sitiado. Los elamosios no volvieron a ejecutar ataques de caballería, pero se valieron del pantano que rodeaba buena parte de la ciudad, pues de noche decenas de hombres lo atravesaban con sigilo, caían por sorpresa sobre los brajairios y causaban el mayor daño posible antes de volver a Uruca. Eran combates confusos y sangrientos, con muchas bajas por ambas partes, ya que apenas podía verse nada en la negrura, y su objetivo no era tanto acabar con los sitiadores como hacerles comprender que jamás estarían seguros. Por muy mal rey que fuese Bauán IV, sus guerreros mostraban un coraje y una acometividad sorprendentes.

Argaut, Rayán y sus ingenieros decidieron batir día y noche las murallas con bolachas de piedra, hasta provocar un derrumbe y una grieta letal. Pero antes había que construir catapultas, así que se enviaron leñadores a los bosques de las cercanías y empezó la tala. Los canteros improvisados acudieron a los roquedales próximos, tomaron las piedras y las moldearon para convertirlas en proyectiles. Una nube de obreros y capataces, como una masa de hormigas humanas, laboraba sin descanso para construir los altísimos ingenios de guerra. Los defensores debieron sospechar estos movimientos porque atacaron por la noche e incendiaron dos catapultas y desgraciaron a hachazos la tercera, antes de ser exterminados. Al amanecer, Argaut y Rayán miraban los restos de la maquinaria que tanto trabajo había costado construir.

—No importa —gruñó Argaut, con el rostro tenso—. Construiremos otras. ¡Empezad ya, por todos los dioses!

Los carpinteros, herreros, capataces y leñadores volvieron a afanarse en la misma tarea, ahora protegidos por un enjambre de guerreros. Mientras, los ingenieros estudiaban la posibilidad de abrir una mina subterránea para hacer caer el lienzo. Había dos lugares donde el terreno parecía adecuado y Argaut ordenó que se metieran en faena cuanto antes. La entrada de la galería debía ser secreta y tuvieron que abrirla lejos de las murallas. Como lombrices, los zapadores avanzaban por el túnel.

Los defensores no querían estarse quietos. Hicieron otra salida contra las catapultas medio construidas, pero esta vez no fueron decenas de hombres, sino miles. Era casi una batalla campal. Argaut ordenó a sus gentes acudir a la riña, protagonizada sobre todo por escuadrones de caballería y por magos de uno y otro bando. Esta vez

los brajairios pudieron desquitarse, pues infligieron a los elamosios una soberana derrota e hicieron muchos prisioneros, y los urucanos defensores retrocedieron diezmados, sin haber conseguido destruir las catapultas. Esa noche los reos fueron torturados y revelaron que dentro de Uruca había un ejército de casi veinte mil hombres, una muchedumbre armada tan grande que no cabía en los cuarteles y debía dormir en los edificios de gobierno y hasta en las casas de los particulares.

Argaut y Rayán se miraron con preocupación.

—Es la mitad del gran ejército que nos hubiera atacado por la espalda si hubiésemos marchado en línea recta hacia el sur —dijo Rayán.

—En efecto —contestó Argaut, malhumorado—, pero ni por asomo imaginaba que fuera tan grande. No les superamos en número y además ellos tienen las murallas. Aun cuando las echemos abajo, ¿cómo vamos a vencer a tantísimo guerrero?

—Majestad, debéis tener confianza. Cada día recibimos noticias de gentes que se nos unen.

—¿Qué gentes? —bramó Argaut—. ¡No paráis de hablar sobre la rebelión de todo vuestro país, pero apenas se nos adhieren unos pocos cientos de hombres! ¡Y la mayoría son gentes pacíficas que no nos sirven de nada! ¿Dónde están las guarniciones de los castillos? ¿Dónde están las mesnadas que os quieren tanto? ¡No las veo por ninguna parte!

—Paciencia. Una vez que hayamos tomado Uruca o Larsa miles de guerreros vendrán a nuestro lado.

Argaut lo miró con enojo.

—Por el momento, no obtenemos avance alguno en Uruca y tampoco han llegado noticias de Larsa, aunque me asegurasteis que allí vuestros amigos abrirían las puertas al ejército de mi tío Guarner.

—Lo harán, Majestad. Pronto recibiremos nuevas dichosas.

—Eso espero, porque necesitamos que vengan de inmediato. De otro modo, tendremos que irnos de aquí con las manos vacías.

Antes de que los túneles llegaran a los lienzos y las catapultas fueran terminadas, el verano cayó a plomo. El calor los bañó en sudores. Los soldados se cocían dentro de las armaduras como cangrejos en la parrilla. El río Asara empezó a menguar, cosa preocupante porque si se secaba del todo tendrían que alejarse para buscar agua. Las charcas y lagunas del pantano que rodeaba casi una quinta parte de la ciudad se estacaron y de allí emergió una nube de mosquitos avariciosos. Los hombres se daban palmadas en el cuello, la cara y los brazos cada pocos latidos. El zumbido se volvió tan monótono como la respiración. Por la noche se dormía mal y de día los ánimos estaban tensos. Ocurrió lo más temido al producirse un

brote de fiebres en el campamento brajairio. Primero decenas, luego cientos de hombres, yacían con la piel amarillenta y los ojos cubiertos por la membrana acuosa de la fiebre y el delirio. Las diarreas y las vomitonas causaban más bajas que un regimiento de caballería. Empezaron las muertes. Los cadáveres caían unos sobre otros en las fosas comunes y después la tierra piadosa los cubría. El propio Argaut sufrió el mordisco de la enfermedad, pero no quiso quedarse en las mantas a pesar de las órdenes de su médico. Sudoroso y mareado, cada día lograba reunirse con los consejeros. La construcción de las catapultas se había detenido por la maldita peste y las minas avanzaban con una lentitud exasperante.

La única buena noticia era que dentro de Uruca también había epidemias, a juzgar por las columnas de humo negro. Sin duda, la muchedumbre armada había provocado un descalabro higiénico y su correspondiente infección. Llegaron al campamento grupos de personas huidas de la urbe, no soldados, sino ciudadanos pacíficos. Contaban que la situación en Uruca era crítica; allí no faltaban el agua ni la comida, pero las calles estaban desiertas y nadie salía de casa por culpa de la peste, que no perdonaba a ricos ni a pobres. Algunos estaban tan desesperados que preferían irse a cualquier precio, aunque fueran capturados por los sitiadores.

—No podemos quedarnos con esta gente —le dijo Rayán a Argaut.

Argaut lo miró desde las mantas en que yacía, sudoroso y demacrado, con los ojos rojos y húmedos.

—Son vuestros compatriotas… —dijo, ronco. Hacía esfuerzos no solo para hablar, sino incluso para pensar—. ¿Queréis dejarles morir?

—Si hiciera falta que muriesen hasta el último hombre, mujer y niño de Uruca para obtener la victoria, no vacilaría en matarlos yo mismo.

—Pero…

—Cuanta más población haya ahí dentro más devastará la enfermedad a sus tropas.

Los otros generales asintieron. Argaut los miró a todos y luego pareció concentrarse en algo lejano y esquivo del fondo del pabellón. Se dejó caer, mareado.

Sus soldados degollaron a una cuarta parte de las personas que les habían pedido ayuda y al resto les ordenaron volver a la ciudad. Aquellas pobres gentes sollozaron y retornaron a la urbe apestada.

Al cabo de unos días cayó otro mazazo: los exploradores descubrieron una hueste de unos seis mil hombres, procedentes del sur.

—Ahora no, por favor… —jadeó Argaut, aún tirado en las mantas. La señora huesuda había pasado de largo y ya empezaba a recuperarse —. ¿Quiénes son esos guerreros?

—Sin duda pertenecen al ejército de Guirioz —contestó Rayán—, el que debía atraernos hacia el interior del reino. Deben haber recibido la orden de socorrer a Uruca.

—Luego entonces… Les han pedido auxilio desde Uruca porque la peste los está diezmando y temen… Temen que la conquistemos de una vez por todas.

—Es muy posible.

—Sus mensajeros cruzaron nuestras líneas. Se nos han escurrido entre… los dedos. Maldición.

—No podemos permitir que ese ejército de auxilio se acerque a Uruca, Majestad. En cuanto los vean desde las almenas, los defensores saldrán en tromba para unírseles. Todos juntos caerán sobre nosotros y nos harán cisco.

Argaut se agarraba la cabeza sudorosa con una mano.

—Cierto. —Miró a Rayán y a sus generales—. Hay que salirles al paso y detenerlos por el camino. Enviad… Enviad unos nueve mil hombres y obligadlos a dar la batalla. Y por todos los dioses, aplastadlos o hacedlos huir. Si no lo conseguís estamos condenados.

—Muy bien, Majestad —dijo uno de sus comandantes—. Se hará como decís. En dos horas yo mismo partiré con la tropa.

—Esperad. —Argaut tragó saliva, cerró los ojos, los abrió y levantó una mano—. Vuestra marcha reducirá nuestras fuerzas casi a la mitad. Si los de Uruca lo descubren… no vacilarán en salir a atacarnos. Debéis iros por la noche, amparados… por la tiniebla. Nadie en esas malditas almenas debe descubrir vuestra salida.

—Es lo más juicioso —dijo Rayán.

—Daré las órdenes pertinentes y esta misma noche partiré —afirmó el comandante—. En unos días traeré la victoria que buscáis, Majestad.

Argaut asintió y el hombre se fue. Agotado, el rey enfermo dejó caer la cabeza sobre la almohada húmeda. Tenía los ojos cerrados, pero seguía consciente.

—Los otros… No os vayáis. Las personas inocentes de Uruca…

—No os preocupéis por eso —dijo Rayán—. Ahora tenéis que descansar.

—No. He dicho… No. —Abrió los ojos y clavó la mirada en Rayán—. El otro día os aprovechasteis de mí. La fiebre… no me dejaba pensar claro.

—Majestad, vos sabéis tan bien como yo que a veces debemos tomar decisiones difíciles. Hay que sacrificar a unos pocos para salvar a la mayoría.

—He recordado algo… Algo estúpido, tal vez, pero importante para mí.

—¿Qué habéis recordado? —preguntó Rayán, impaciente.

—Hace mucho tiempo, me juré a mí mismo no destruir a los débiles… No porque yo sea mejor o peor persona, sino porque fui uno de ellos… Soy de esa casta. Estoy marcado. Sí, Majestad, hace mucho tiempo…, yo fui débil Sé lo que es vivir humillado y aplastado y sentir miedo a todas horas… Sentir miedo hasta de respirar. Siempre me he esforzado por no olvidarlo y por llevarlo conmigo a todas partes. —Se tocó el pecho—. Lo guardo aquí dentro, como un tesoro. Me ha dado fuerzas cuando todo lo demás me abandonaba. —Miró a Rayán—. La diferencia entre vos y yo… es que vos nunca habéis sido débil. Y esa es vuestra debilidad.

—Majestad, estáis delirando.

—Deliraba al dejar que dierais esa orden fatídica. Ahora no.

—No os entiendo, Majestad.

—No os esforcéis. Nunca vais a conseguirlo. —Se apoyó en un codo para levantar la cabeza y lo miró a los ojos—. Pero esto sí vais a entenderlo: yo soy el que dirige esta campaña. Yo soy el que manda. Y por eso, no se volverá a ejecutar a la gente pacífica que quiera irse de Uruca. Les dejaremos pasar.

—¿*Qué*?

—Me habéis oído… perfectamente.

—¡Eso es una locura! ¡Hay que alimentar la epidemia dentro de esos muros! ¡No podemos dejar huir a nadie! ¡Majestad, no podéis hacer eso!

—Majestad —intervino uno de sus oficiales, cauteloso pero firme—. Estáis enfermo y por eso no veis las cosas con perspectiva. Por favor, permitidnos ayudaros a decidir.

—No me gusta repetir una orden. Limitaos a… cumplirla.

Los líderes se miraron unos a otros, luego miraron al rey, y asintieron. Rayán contemplaba con asombro a Argaut.

—¿Qué clase de rey pretendéis ser si anteponéis unos escrúpulos absurdos a la victoria?

—Soy un necio —contestó Argaut. Cerró los ojos—. Eso es lo que soy.

Rayán parpadeó, asombrado. Se volvió hacia los comandantes.

—Señores, vuestro rey está quebrantado por la fiebre, así que no debéis atender sus palabras. Mañana lo habrá olvidado todo.

—Pero Su Majestad ordena…

—Mañana lo habrá olvidado todo —remachó Rayán.

—No —dijo Argaut, sin abrir aún los ojos—. Cumplid la orden. Y dejadme a solas con el rey de Élamos.

Los generales asintieron y salieron. Rayán estaba furioso, pero callaba. Argaut lo miró.

—Majestad, hasta ahora hemos sido aliados. No os aconsejo tenerme por enemigo. No volváis jamás a invalidar una orden que le

dé a mis gentes.

—No voy a perder mi patria por culpa de vuestros escrúpulos.

—No la perderéis. Nuestros esfuerzos acabarán en victoria. Os lo aseguro.

Rayán lo asesinó con la mirada, apretó los labios y se fue de la tienda.

El día siguiente, Argaut consiguió levantarse; a partir de ahí, asistió a todas las reuniones del Estado Mayor de su ejército. Ahora ya dejaban pasar y marcharse a los urucanos que preferían los campos a la ciudad infestada, pero aquel flujo de huidos se cortó al cabo de cinco días, quizá porque las autoridades urucanas hubieran dado la orden de no dejar salir a nadie. Era una instrucción cruel pero lógica, porque si no custodiaban las salidas pronto empezarían a desertar también los soldados. No obstante, había menos columnas de humo negro y en el campamento brajairio el ritmo de las muertes también decreció. La epidemia había sangrado a los dos bandos y por fin los abandonaba. Argaut había perdido casi dos mil hombres en menos de cuarenta días.

—Por Braladur —gruñó—, ha sido una catástrofe. Peor que una gran batalla. Y hablando de batallas, espero que pronto lleguen noticias de la hueste que enviamos al sur.

—Debemos confiar en su victoria —dijo Rayán.

—La paciencia no es una de mis virtudes.

—En eso nos parecemos, Majestad. —Rayán sonrió y Argaut le devolvió el gesto.

Entró un hombre manchado de polvo, un jinete que hedía a sudor de caballo.

—¿Qué sabes, buen hombre? —preguntó Argaut con preocupación —. ¿Hemos ganado en la batalla contra los enemigos del sur?

El otro levantó las cejas.

—No sé de qué me habláis, Majestad. A mí me envía el general Guarner Injeca.

—¿Qué ha ocurrido en Larsa? —preguntó Rayán.

—¡Habla de una vez! —apremió Argaut.

—Majestad, al general Injeca lo ayudaron desde el interior y ha penetrado en Larsa, pero los enemigos pelean en cada calle. Os quiere hacer saber que continuará luchando hasta conquistar la ciudad por completo.

—¿Aún no la ha tomado? —preguntó Argaut.

—Me temo que todavía queda mucho para que eso suceda.

—¡Maldición! ¡Necesitamos sus tropas aquí! ¿Por qué demonios se demora tanto?

—Majestad, yo he participado en las operaciones de Larsa. Si hubierais visto lo mismo que yo, no diríais eso.

—¿Cómo osas hablarle así a tu rey? —increpó Rayán.

—Dejadlo. —dijo Argaut—. Este hombre lleva razón. Si mi tío aún no ha tomado la plaza no es por falta de energía. Lo conozco y sé que no cejará en su empeño; Larsa puede ser un hueso duro de roer, pero ha topado con un mastín tenaz. Soldado, cuéntanoslo todo.

El hombre lo hizo.

Cuando se fue, Argaut negó con la cabeza.

—Más contratiempos. Por el momento, tendremos que valérnoslas por nosotros mismos. Solo deseo que nuestra gente haya aniquilado a esa maldita hueste de refuerzo de Guirioz. Lo único que nos faltaría es que se uniesen a los de Uruca para aplastarnos de una vez por todas.

—Nuestra causa es justa y los dioses han de ponerse de nuestra parte. Al final ganaremos, Majestad. Por ahora debemos concentrarnos en la expugnación de Uruca. Las catapultas siguen batiendo la muralla y pronto habrá tal boquete en ella que permitirá pasar a nuestras gentes.

—¿Y de qué nos va a servir eso si no tenemos suficientes soldados? Necesitamos que vuelvan cuanto antes los que enviamos al sur. ¡Y victoriosos!

Otra complicación: cuando las minas estaban ya cerca de las murallas, toparon con contraminas abiertas por los defensores; hubo una batalla subterránea, un derrumbe, y los túneles quedaron cegados. Todo aquel trabajo no había servido de nada. Furioso, Argaut ordenó abrir otras minas, pero desconfiaba de que tuvieran éxito cuando las anteriores habían fallado.

Al día siguiente recibió —¡por fin!— una buena noticia: la mesnada que había enviado al sur volvía, y además victoriosa. El ejército enemigo había tratado de huir en cuanto supieron de su llegada, pero los brajairios estaban demasiado cerca y los persiguieron hasta obligarlos a dar la batalla, que ganaron. No fue una victoria aplastante porque los brajairios prefirieron retornar cuanto antes a continuar la persecución… Pero fue victoria, al fin y al cabo.

—¡Gracias a Braladur! —suspiró Argaut—. Si los guerreros de Uruca hubieran salido a buscarnos hubiésemos tenido que levantar el campamento y huir. Al menos, ahora estamos más tranquilos porque sabemos que ya nadie va a ayudarles.

Rayán sonrió malicioso.

—Majestad, se me ocurre que podemos darle un buen uso a los estandartes capturados.

Envolvieron una de las bolachas de la catapulta con tales pendones y la enviaron volando por encima de la muralla.

—Ahora esos malparidos sabrán que ya nadie vendrá a socorrerlos —dijo Rayán—. Eso les quitará las energías.

—Desde luego —contestó Argaut—. Me he permitido enviarles una

oferta cosida a los pendones. He prometido respetar la vida de todo aquel soldado que se entregue.

Rayán soltó una carcajada.

—¡Ahora sí que deberán guardar bien las salidas porque van a multiplicarse las deserciones!

—No cantemos victoria —dijo Argaut—. Aún queda mucha partida en este tablero.

5

Mientras la maraña de sucesos de Uruca se iba desenredando, en el este, en Larsa, el tiempo tiraba de otros hilos…

Casi al mismo tiempo que las tropas de Argaut plantaban sus reales frente a los ladrillos de adobe de Uruca, la otra gran columna del ejército brajairio llegaba a Larsa, la segunda capital norteña que debía ser tomada, pues también albergaba una fuerza armada que había de ser anulada cuanto antes. La mesnada brajairia estaba liderada por Tacho Fantiño y Guarner Injeca, aconsejados por Jamsid Sorous y Balto Gazsi, los lugartenientes de Rayán Arisai. Se montó el sitio y la ciudad quedó rodeada de campamentos. Aquí tampoco sirvieron de nada las peticiones de rendición.

Larsa era más pequeña que Uruca y aun así era un burgo muy importante. No tenía cerca ningún río, pero había depósitos naturales que abastecían sus pozos y además tenía cisternas para aprovechar la lluvia. Los silos estaban llenos de grano y había incluso campos de cultivo interiores, así que los defensores podrían aguantar durante muchos meses. A los larsanos les convenía resistir a todo trance, porque un asedio largo sangraría tanto a los brajairios que al final tendrían que irse, o bien quedarían maduros para una salida devastadora de las tropas de la ciudad.

Se presentaron en el campamento brajairio los aliados internos de la plaza. En Larsa, la oposición contra el Divino había sido muy fuerte e incluso hubo una especie de rebelión, aplastada de manera sangrienta. Algunos levantiscos sobrevivieron y se organizaron en un partido secreto; ahora se desquitarían ayudando a los invasores a entrar. Su líder era un noble terrateniente al que se lo habían quitado todo y que, además, había perdido dos hijos en las revueltas. Se llamaba Xeres Aúra.

—Señores —dijo, mientras desenrollaba sobre una mesa el plano de la urbe—, permitid que os informe sobre lo que vais a encontrar en Larsa. La ciudad está compuesta de cinco distritos importantes. El principal es el Distrito del Templo, que contiene el zigurat, algunos edificios públicos y el Palacio de la Gobernación. Otro barrio es la Ciudad Baja, un laberinto de callejas retorcidas y casitas blancas de cal donde vive la gente humilde. El tercer distrito es la Ciudad Alta, el hogar de los ricos, con villas ajardinadas y casonas que dibujan una red civilizada de calles rectas. Tenemos también la Segunda Ciudad,

pegada al Distrito del Templo, un lugar con muchos edificios públicos, habitado sobre todo por las clases medias, los sacerdotes, funcionarios y escribas; está rodeada por una muralla. Y por último tenemos la Ciudad Nueva, una ampliación de la urbe llevada a cabo desde principios de siglo; aquí también hay muchas casas, pero están espaciadas entre sí; las avenidas son anchas y menudean los parques y las glorietas; incluso hay una zona de sembrados que podría abastecer a la ciudad en caso de hambruna. Como se puede ver, el centro de la ciudad es el Distrito del Templo y el resto de los barrios prácticamente lo rodean.

—¿Y cuál es el plan? —preguntó Guarner.

—Nuestro objetivo es el Distrito del Templo. —Lo señaló con el dedo—. Si tomamos el Palacio de la Gobernación nos haremos con el poder. El problema es que todo el distrito está rodeado de una muralla que lo convierte en una especie de bastión gigantesco. Solo hay una entrada, la Fortaleza Tariala, el mayor acuartelamiento de la ciudad, un castillo con cuatro torres esquineras. Y una vez dentro, aún nos quedaría por conquistar el propio Palacio de la Gobernación.

»Pero incluso antes de acceder al Distrito del Templo no solo hay que entrar en la ciudad, sino también recorrerla hasta llegar a él. La Ciudad Baja y la Ciudad Alta están descartadas porque allí hay demasiado edificio junto que estorbaría el paso de las tropas. Lo mejor es ir por la Ciudad Nueva, cuyas avenidas son muy anchas, con más espacios abiertos. Aun así, habrá que derruir la mayoría de sus casas grandes. Tampoco hay que descartar entrar en la Segunda Ciudad para después atacar la Fortaleza Tariala o la propia muralla del Distrito del Templo.

Fantiño puso las manos en las caderas, preocupado.

—Proponéis un escenario diabólico. Deberíamos atravesar toda la maldita ciudad para expugnar un barrio que es en sí mismo una gran fortaleza. Y además primero hay que salvar la muralla exterior que rodea toda Larsa.

—Olvidáis algo crucial. —Aúra esbozó una sonrisa cruel—. Tenéis amigos en el interior. Va a haber un golpe de Estado.

Lo miraron y él paladeó su interés antes de continuar:

—Hay mucha gente desafecta con el régimen en Larsa, gente dispuesta a luchar, incluso dentro del ejército. En cinco días una facción rebelde dará un golpe en el Palacio de la Gobernación: asesinarán al gobernador y su gabinete, así como a los generales fieles al Divino, y tomarán el control en algunos de los cuarteles más importantes para provocar una insurrección de todo el ejército.

—¿Y esa facción va a dominar toda la ciudad? —preguntó Guarner, escéptico.

—No resultará fácil, pero es gente enérgica. Ya se sabe en todas

partes que con los brajairios viene el auténtico rey, así que los ánimos están prestos para el cambio. Aquí, cerca de la Puerta de la Ciudad Nueva, hay un grupo de rebeldes armados. A la vez que se produzca el golpe de Estado en la Gobernación, estos hombres tomarán por sorpresa el acuartelamiento de dicha puerta y la abrirán. —Miró a Guarner—. Vuestras tropas han de estar preparadas para entrar en ese momento y conquistar el edificio de la guardia, donde aún resistirán los patriotas. Después, deben seguir penetrando y hacerse fuertes dentro de la Ciudad Nueva.

—Eso me gusta más —repuso Guarner—. Mis gentes estarán preparadas y embestirán en cuanto el paso quede abierto.

Fantiño intervino:

—Sería conveniente llevar a cabo un ataque de distracción en el otro extremo de la ciudad, aquí. O aquí. Eso concentraría la mayor parte del ejército elamosio en tales lugares y restaría tropas tanto al Palacio de la Gobernación como a la puerta por donde realmente vamos a entrar.

—Bien pensado, Fantiño —dijo Guarner. Miró a Xeres Aúra—. ¿Pero qué ocurrirá si el levantamiento del Palacio de la Gobernación fracasa?

El señor Aúra suspiró.

—Que el combate dentro de la ciudad será largo y encarnizado. Recemos a Sesac para que tal cosa no suceda.

Esa misma noche, tras la reunión donde se trataron los pormenores de la batalla, Fantiño fue a ver a Guarner Injeca.

—¿Está ya preparada vuestra hueste? —preguntó Guarner.

—Lo está. Partiremos en la oscuridad y con sigilo para que nuestra marcha no se note desde las murallas de Larsa.

—Mi tarea aquí va a ser dura —dijo Guarner—, pero la vuestra no le irá a la zaga. Llevad mucho cuidado en vuestro viaje y sobre todo sed precavido cuando os enfrentéis al Viejo de la Montaña. No será fácil vencerlo.

—¿Alguna vez ha sido fácil? —preguntó Fantiño, con una sonrisa de lado. Recobró la seriedad—. Ya sabéis que no me gusta andarme por las ramas…

—Decid, pues.

—Vos sois un roble, pero un roble ya maduro.

—Viejo, más bien —corrigió Guarner, con una mueca sardónica.

—Pues *viejo*, si lo deseáis. Por ello mismo debéis ir con calma. No os expongáis. Dejad que los jóvenes corran los riesgos. Sois estratega, no abanderado.

Guarner levantó las cejas.

—Los viejos nos volvemos cada vez más rígidos, así que me temo que ya es tarde para cambiar de costumbres. Siempre he estado en la

vanguardia y no creo que ahora vaya a hacer una excepción.

—Señor, vos no debéis…

—Escuchad —interrumpió Guarner—. Cuando me ofrecí al rey para ayudarle en esta campaña sabía que probablemente no volvería con el escudo en el brazo, sino tumbado en él. —Algo se ablandó en sus ojos—. Permitid a un anciano elegir su propio final.

Fantiño lo miró durante muchos latidos.

—Sea. ¿Pero habéis pensado en lo que ocurrirá si vos faltáis?

—La sucesión en el mando está bien atada. No temáis; cuando yo muera esta campaña no se va a desbaratar.

—Conociéndoos, estoy seguro de que habréis tomado las medidas pertinentes. ¿Por qué habéis dicho *cuando* y no *si*?

Guarner volvió a sonreír y le dio una palmada en el hombro.

—No os preocupéis por nada. Todo saldrá bien.

—Ha sido un honor y un privilegio serviros y contar con vuestra amistad —dijo Fantiño—. Pocos han tenido la fortuna de ser guiados por un maestro como vos.

—En este caso el alumno le superará. Trabajad por Su Majestad con toda el alma. Y como favor personal, cuando volváis a Longaza decidle a mi esposa que todos y cada uno de los latidos de mi corazón siempre le pertenecieron.

—Se lo diré.

Los dos se abrazaron con emoción. Fantiño asintió en señal de respeto y se marchó de la tienda.

El añoso guerrero quedó en el pabellón vacío, junto a la mesa con los planos desplegados. Solo entonces se permitió el lujo de dejar caer los hombros, sentarse y dar rienda suelta a los achaques y al cansancio de sus huesos.

El día amaneció espléndido, libre de nubes que estorbaran el poder del sol. Una brisa tenue acariciaba la hierba y las hojas de los árboles. Los animales correteaban, se arrastraban o deslizaban, o bien volaban, o saltaban, ocupados en el trajín de la supervivencia.

La muchedumbre de guerreros y magos brajairios avanzó como un monstruo ávido hacia la Puerta de la Ciudad Baja, en la primera muralla. Se acercaron a ella formados en cuadros de infantería que parecían deslizarse sobre la llanura. En la vanguardia rodaba un ariete de cobertizo movido por cincuenta hombres. La mesnada se movía despacio. Sus líderes querían que los elamosios se prepararan a conciencia para recibirlos.

Y así fue, porque en el interior de la ciudad los mensajeros corrieron por las calles y llevaron la nueva a los diferentes cuarteles; y hubo órdenes apresuradas, gritos de los mandos y movimientos de cuadros de infantería por las avenidas. Un contingente muy fuerte se congregó en la Puerta de la Ciudad Baja a la espera del ataque brajairio. Los defensores se arracimaron en los caminos de ronda sobre la muralla, los arqueros pusieron la flecha en la cuerda, los soldados colocaron sacos de escombros en los merlones, los magos entraron en trance para servir de puente entre la Fuente y Dirtán y una muchedumbre armada se ordenó en formaciones compactas en la explanada aneja al cuartel de la guardia.

Estalló la grita espantosa. Cruzaron las andanadas de dardos el aire. Cayeron los hombres flechados. Brillaron los relámpagos de magia asesina. Volaron en pedazos los cuerpos. Saltaron por los aires las almenas. Sangraron, gimieron y aullaron los combatientes. Mataron los hombres. Murieron los vivos. Ardieron la tela y el pelo. Humeó la carne abrasada. Batió el portón el ariete acabado en punta férrica. Crujieron las grandes hojas de madera. Chirriaron las sujeciones metálicas. Avanzó la mesnada. Cayeron los escombros, impactaron en los cascos y en el tejadillo del ariete. Resistieron las defensas mágicas los chorros de fuego y los rayos zigzagueantes.

El espectáculo horrendo y majestuoso de la guerra.

Y todo aquello no era más que una distracción, pues lo importante sucedía en la Puerta de la Ciudad Nueva, al otro lado de Larsa. Allí, extramuros y a prudente distancia, las tropas brajairias empezaban a reunirse; pero lo hacían con disimulo para no mostrar sus verdaderas intenciones a los vigías de las almenas. En el cuartel interior que protegía la Puerta había gentes con uniforme, pero no dispuestas a defender la ciudad, sino a entregarla. Intercambiaban miradas tensas y cómplices entre ellos, con el cuerpo bañado en sudor y las manos cerradas, casi agarrotadas, sobre el astil de las lanzas y el puño de los sables. Se deslizaron por los corredores, cerca de la rueda con la cadena que movía las puertas, cerca de las trancas, cerca del dispositivo del rastrillo. Traidores para unos, patriotas para otros, esperaban la señal. El líder se metió dos dedos en la boca y lanzó un silbido. Otros lo repitieron y entonces las lanzas se clavaron en las espaldas y las espadas cortaron los cuellos de las gentes desprevenidas. Hubo grita iracunda y tronar de pasos a la carrera, portazos, asesinatos por doquier, luchas fugaces, y los rebeldes se hicieron fuertes. De inmediato empezaron a hacer girar la rueda, a tirar de las trancas y a subir el rastrillo. Los soldados del camino de ronda aullaron de sorpresa y horror, primero porque estaban viendo abrirse las puertas de la ciudad, bajo sus propios pies, y segundo porque el ejército brajairio frente a ellos se ponía en movimiento.

Decenas de soldados fueron a las salas de los mecanismos de la puerta y las hallaron cerradas. Dieron voces, pero nadie les abrió. Empezaban a entender que habían sido traicionados. Los mensajeros corrieron a otros puntos de la ciudad en busca de refuerzos. Otros guerreros intentaban detener la lenta apertura de las puertas, cuyo umbral ya mostraba una anchura de tres soldados, hombro con hombro. El rastrillo seguía subiendo y los hombres se colgaron de él como monos. Aquellos esfuerzos lograron que las puertas no se abrieran más y que el rastrillo se detuviera. Llegaron hacheros, destrozaron la cerradura y abrieron la sala de la traición, pero hallaron una barrera de mesas, arcones y mobiliario pesado. Empujaron, pero del otro lado los traidores —o patriotas— les oponían su propia fuerza. Unos y otros gritaban, resoplaban, jadeaban. Llegaron magos del ejército elamosio, todos se apartaron y arrojaron relámpagos cegadores que hicieron volar entre llamaradas y chispas la puerta y los muebles. Los elamosios entraron por fin y hallaron una resistencia ferocísima. Tras un combate reñido, los del exterior arrollaron a los del interior, tomaron la sala y acabaron con los sediciosos.

Era demasiado tarde. Veinte caballeros del Alba Dorada cabalgaban hacia la Puerta de la Ciudad Nueva. Apuntaron sus espadas brillantes y reventaron en pedazos el portón semiabierto. Había pocos magos elamosios en la zona, así que los del Alba Dorada segaron y abrasaron los cuerpos de los soldados que intentaban bajar el rastrillo. Los caballeros magos pasaron por el umbral violado. Sabían lo que debían hacer, así que la mitad mantuvieron a raya a los pelotones de infantería que ya se acercaban al lugar de los hechos y a los pocos magos elamosios que les hacían frente, y el resto entraron en el propio cuerpo de guardia y dieron cuenta con sus espadas flamígeras de la soldadesca elamosia. Por último, colocaron los topes sobre las cadenas y las ruedas.

Las tropas brajairias entraron y de inmediato invadieron los pasillos del cuerpo de guardia y la explanada cercana al cuartel. Se enfrentaron a una fuerza reducida, recién llegada, y la obligaron a huir; después, tomaron posiciones y se prepararon para repeler a las fuerzas que sin duda ya venían hacia ellos.

Y mientras sucedía el ataque de distracción en la Puerta de la Ciudad Baja y la penetración por la Puerta de la Ciudad Nueva, estalló el motín en el Palacio de la Gobernación. Aquí también hubo lanzadas por la espalda, puñaladas en los riñones, trifulcas y peleas, carreras por los pasillos y soldados vociferantes. Una turba armada penetró en la sala del Consejo de la Ciudad, donde estaban reunidos el gobernador y sus consejeros. Los políticos salieron en estampida, agarrándose los faldones de sus túnicas blancas y brillantes; muchos fueron degollados, pero hubo soldados leales que permitieron al

gobernador escapar. Hubo más llamadas a la rebelión en los despachos y pasillos, más movimiento de escuadrones y más vuelo de heraldos.

Llegaron mensajeros al grupo que manejaba el ariete. Se les daba la orden de retroceder, pues la distracción ya no tenía sentido. Además, se necesitaban con urgencia tropas de refuerzo en la Ciudad Nueva, recién conquistada.

Allí se encontraban Guarner Injeca y Jamsid Sorous. El viejo guerrero tenía el semblante muy pálido, pero no daba muestras de flaqueza y estaba en todas partes, supervisando la entrada de sus huestes. Ya había miles de hombres dentro de la ciudad y la riada penetrante no menguaba. El cuartel de la puerta estaba tomado y en los caminos de ronda había suficientes guerreros como para impedir la llegada del enemigo por la muralla.

Un explorador llegó a la carrera.

—¡Señor, está produciéndose una concentración de enemigos, allí, tras esas casas! —Señaló un complejo de villas, a una media legua—. Hay al menos cinco mil elamosios y siguen llegando refuerzos.

—¿Y los habitantes del barrio? —preguntó Guarner.

—Casi todos los civiles abandonan sus hogares a la carrera. El distrito está vaciándose con rapidez.

—Bien. Es mejor que se vayan antes de que empecemos a derribarlo todo. Soldado, vuelve con los tuyos y no dejéis de traernos nuevas de cuanto ocurra. —Guarner miró a Sorous—. Esa concentración enemiga es comprensible. Quieren echarnos cuanto antes, pero ahora que hemos entrado les será difícil. Tanto para ellos como para nosotros entablar una batalla campal dentro de la ciudad es tarea compleja.

—Pero no podemos esperarlos aquí. Debemos seguir avanzando hacia el Distrito del Templo.

—Veo que sabéis de las cosas militares —repuso Guarner con una sonrisa torcida—. En menos de media hora, cuando tengamos una fuerza de importancia dentro de Larsa y haya otra que nos guarde las espaldas extramuros, los zapadores empezarán a demoler; abrirán un camino para nuestra gente. Espero que el golpe de Estado haya dado frutos y que la Gobernación pase a manos rebeldes. Eso facilitaría las cosas.

—Aún no nos han llegado noticias del Distrito del Templo —dijo Sorous—. Rezo a Sesac para que sean benignas.

—Rezad fuerte a vuestro dios, que yo rezaré al mío. Necesitamos el éxito de los rebeldes como el sediento necesita el agua.

Al cabo de poco se presentó Xeres Aúra y su cara tenebrosa les informó antes que su voz:

—Los patriotas no se hicieron con el poder. El gobernador, que

Sesac lo maldiga mil veces, consiguió escapar. El alzamiento fue sofocado por las armas.

Guarner puso las manos en las caderas y bajó la cabeza con los labios apretados.

—¡Maldición! —gruñó Sorous—. ¿Y ahora qué vamos a hacer?

Guarner levantó la cara con el rostro tenso por la ira.

—Tendremos que avanzar a través de la Ciudad Nueva, plaza por plaza, calle por calle, para expugnar el Distrito del Templo, y eso frente a un ejército tan grande como el nuestro, que va a pelear con todas sus fuerzas para echarnos de su ciudad. Señores, nos espera una campaña larga y difícil. Por lo pronto, vamos a empezar a derribar los edificios que nos estorban.

Los zapadores atacaron con sus picos y las casas cayeron con estruendo. Donde hubiera jardines, salones, pasillos y patios ahora solo había escombros. E incluso eso desapareció porque los soldados se los llevaban en grandes sacos. Por la tarde había ya un camino libre a través de la urbe. Los mandos ordenaron a las tropas en cuadros y todos juntos empezaron a avanzar.

Poco después, los exploradores contaron que el ejército elamosio estaba ya disponiéndose en orden de batalla. Guarner no detuvo el avance. Se produjeron los primeros combates de las avanzadillas, peleas en las que menudeaban las emboscadas y las trifulcas en las calles y las glorietas, e incluso dentro de los edificios. Cada azotea era una posición que tomar y las espadas y las lanzas se encontraban en los zaguanes y los corredores.

Por fin, las dos huestes quedaron frente a frente en una plaza salpicada de palmeras. Y se desencadenó la batalla, que se salió de la plaza y se desarrolló también en las calles adyacentes. Apenas se podían llevar a cabo cargas de caballería en aquellos espacios tan reducidos, así que Guarner ordenó a la mitad de los jinetes desmontar. Los magos de uno y otro bando se enfrentaron a pie, por los costados, y hubo incendios. Los elamosios empezaron a retroceder y acabaron por huir, produciéndose la carnicería habitual en estos casos. Pero Guarner no permitió que los persiguieran ciudad adentro por temor a una añagaza. Sudoroso, cansado, con el escudo abollado por el golpe de una maza, recibió los partes de la lucha. Habían muerto más elamosios que brajairios, pero las cosas se complicaban hasta la locura porque los combates aislados en las calles proseguían. Aquello era un infierno de pequeñas operaciones y había que coordinarlo y organizarlo todo.

Por la noche, las estrellas y la luna iluminaron una Larsa de calles teñidas de rojo y salpicadas de cadáveres.

A la mañana siguiente, las noticias no eran halagüeñas. Los enemigos se habían dispersado por toda la Ciudad Nueva, divididos en

compañías y batallones que los atacarían con rapidez para después huir.

—Tendremos que tomar la Ciudad Nueva por completo antes de pasar a la Segunda Ciudad —dijo Guarner.

—Eso nos llevará muchos días —protestó Sorous.

—Es imposible hacerlo de otro modo, a menos que queráis tener un enjambre de enemigos a la espalda.

—¿Y cómo vais a hacerlo? Hay demasiados edificios que derribar.

Guarner lo miró con ojos lúgubres.

—El fuego será nuestro aliado.

Sorous y Aúra lo miraron con horror, pero al final tuvieron que asentir.

Los brajairios no solo derrumbaron, sino que también incendiaron. Las llamas obligaron a salir de sus cubiles a los enemigos y otra vez ocurrieron las escaramuzas, una tras otra, pues los larsanos eran de todo menos cobardes. Sobre la ciudad se levantaron nubes de humo. Aquellos fuegos debían ser controlados para que la ciudad entera no quedara reducida a cenizas; por fortuna, el distanciamiento entre los edificios ayudaba. Otros generales se hubieran desesperado, pero Guarner persistió, testarudo y maligno como un demonio, y al cabo de cinco días las tropas defensoras abandonaron la Ciudad Nueva, medio abrasada y derrumbada, y se refugiaron tras la muralla que protegía la Segunda Ciudad.

Otro desafío.

Los brajairios concentraron el ataque en la Puerta de la Segunda Ciudad, custodiada por un pequeño cuartel. No había más remedio que tomarlo. El tercer día del sexto una de las dos torres que guardaban la puerta se derrumbó gracias a la labor de los caballeros del Alba Dorada. El desplome produjo una polvareda que cegó a las tropas durante muchos latidos, pero cuando la nube desapareció las huestes vociferaron y cargaron. Los elamosios hubieron de retroceder hasta otras posiciones defensivas. Esa noche la fortaleza durmió en poder de los brajairios.

Guarner cayó en las mantas entre temblores, jadeando y tosiendo, como si le faltara el aire. No había flaqueado durante el día y precisamente ahora, lejos del peligro, su cuerpo protestaba. Con sorpresa y disgusto, descubrió sangre en la nariz y el bigote. Se limpió con un paño e hizo venir a sus generales, pero no a Sorous, Aúra ni los otros elamosios. A la luz de los candiles, los guerreros de su Estado Mayor parecían niños dispuestos a cometer alguna travesura nocturna. Guarner miró el paño negruzco, tosió tres veces más y bebió un trago de vino fuerte.

—Ya sabéis lo que habéis de hacer si yo caigo —les dijo, con voz ronca—. Vos, señor Armigino, me sucederéis como líder de este

ejército. Y si en el transcurso de la lucha también murierais os relevaría el siguiente en la cadena de mando.

—Como ordenéis —respondió Medardo Armigino, un líder veterano, pero mucho más joven que Guarner—. Me permito sugeriros que hagáis ya el relevo. Estáis muy quebrantado.

—Sí, sí, ya sé que tengo un pie en la tumba, pero todavía me queda el otro fuera para dar patadas. Y eso haré, hasta que me hunda de una vez por todas. Nada debe detenerse si yo falto. Conocéis los planes, pero confío en vuestro criterio para variarlos si fuera necesario, como suele suceder en la guerra. Sin embargo, el objetivo no cambia: hay que conquistar la ciudad y rendir o aniquilar a su ejército.

Ellos asintieron. Guarner recibió al médico con fastidio.

Los brajairios habían superado la Segunda Muralla y ya se encontraban en la Segunda Ciudad, pero ahora debían expugnar el Distrito del Templo, donde se habían encastillado las fuerzas elamosias. Sería difícil, sobre todo en esta época veraniega y ardiente. No se sentían seguros, pues en cualquier momento podían sufrir un ataque por sorpresa, capaz de desfondarlos; entonces deberían huir a través de la ciudad y pocos saldrían vivos de semejante descalabro. Guarner sabía que debían ir con pies de plomo, pero tampoco podían perder el tiempo porque podían llegar refuerzos elamosios de otra parte del país y entonces ellos quedarían atrapados en la ciudad. El objetivo inmediato era la Fortaleza Tariala, un castillo de cuatro torres que protegía la puerta principal.

—Podemos construir rampas de acceso —propuso el general Armigino, mientras señalaba en el plano con el dedo—. Tres: aquí, aquí y aquí. De ese modo les obligaríamos a dividirse para defender los accesos.

—Rampas… —musitó Guarner.

—Puede hacerse porque tanto los lienzos de la Fortaleza Tariala como los de la muralla del Distrito son bajos. Llevará trabajo construirlas, sobre todo por el hostigamiento de los defensores, pero una vez hechas habrá un sendero holgado por el que nuestras tropas subirán casi hasta las almenas, en formación cerrada. Los caminos de ronda tienen un ancho de unos cuatro hombres, así que ellos no podrían resistir la llegada de nuestros cuadros de diez o doce por lado. Los aplastarían como lo haría un rodillo, luego se extenderían por la muralla y serían la cabeza de puente que nos llevaría al interior de la Fortaleza.

Guarner lo miró.

—¿De veras creéis que podemos hacerlo?

—Estoy seguro.

—No parece mala idea —intervino un capitán de zapadores—. Con la debida protección, mis hombres pueden construir las rampas.

Tomaremos los materiales de la Ciudad Nueva.

—¿En cuánto tiempo estarían preparadas?

—Teniendo en cuanta que los defensores intentarán arruinar el trabajo, podrían estar acabadas en unos veinticinco o treinta días.

—Mucho tiempo —intervino Aúra—. ¿No podría intentarse otra cosa, como por ejemplo cavar minas para derrumbar las murallas?

—Demasiado difícil —respondió el zapador—. Estamos a los pies de una especie de meseta cuya cima es el propio Distrito del Templo. La pendiente complica abrir galerías, desde nuestro campamento hasta los cimientos del muro. Además, desde su posición elevada los defensores podrían arruinarlas sin mucho esfuerzo con una contramina

Guarner miró al capitán de zapadores.

—No podemos permitirnos tanto tiempo. Esas rampas han de estar construidas en veinte días.

—¿Veinte? Pero eso…

—Veinte. Tomad todos los hombres que necesitéis, incluso emplead a los caballeros si es necesario. Que todos trabajen como hormigas. Estableced turnos para que la faena no cese de día ni de noche. En cuanto a los demás, y eso incluye a la gente del Alba Dorada, hay que proteger a los obreros como si fueran nuestros hijos porque sobre ellos van a llover flechas, ladrillos, fuego y relámpagos. Y una cosa más: no solo levantaremos rampas para tomar la Fortaleza Tariala, sino que también las construiremos en otros lugares de la Segunda Muralla. Eso distraerá fuerzas del castillo y, ¿quién sabe?, puede que por allí consigamos entrar.

Los soldados se convirtieron en obreros y agarraron el pico, la pala, el hacha, el serrucho y el saco. Poco a poco iba levantándose el armazón de vigas que sostendría la rampa, una lengua rígida que se elevaba sobre el propio terreno en pendiente que rodeaba el Distrito del Templo. Los defensores no se quedaron quietos, pues dispararon sus flechas y cuadrillos y arrojaron bolas de piedra que al caer por la cuesta saltaban y rodaban y causaban estragos. Y los magos, por supuesto, arrojaron relámpagos y llamas. Los sitiadores tenían cobertizos de madera, decenas de infantes levantaban sus escudos y planchas sobre aquellos carpinteros y albañiles improvisados y los caballeros del Alba Dorada alzaban sus esferas de protección. Guarner dispuso regimientos de infantería pesada frente a la puerta principal de la fortaleza, por si los defensores hacían una salida. El dispositivo brajairio era tan concienzudo que las rampas iban avanzando a pesar de todas las agresiones. Los hombres trabajaban también a la luz de las estrellas y la luna, como insectos tenaces. Aquel trajín se volvió rutinario y al cabo de dieciocho días las rampas ya casi tocaban los muros de la fortaleza.

—Pronto estaremos ahí arriba —le dijo Armigino a Guarner—. Y les venceremos de una vez por todas.

Guarner entrecerró los ojos con disgusto y tosió un par de veces. La campaña estaba arruinando su cuerpo y ya no había manera de ocultarlo.

—Que Braladur os oiga —gruñó.

Esa mañana, dos rampas tocaron las almenas. Lo imposible había sucedido. Los cuadros de infantería empezaron a subir sin prisa ni pausa, con los escudos formando muros laterales y un techo metálico. Llovían las flechas y los cascotes, pero aquella tortuga acorazada no se detenía, dentro de la esfera protectora de los magos. En los caminos de ronda se agolpaban los guerreros elamosios, nerviosos y vociferantes. Abajo, los brajairios no dejaban de disparar flechas para cubrir a los compañeros que subían.

Sonó una especie de bostezo largo y monstruoso. Después hubo otros, y entonces la tierra bajo la rampa empezó a abrirse en grietas por las que emergían lenguas de humo gris. Guarner abrió mucho los ojos y levantó los brazos. Los que le rodeaban también lo habían visto e igualmente aullaban:

—¡Volved! ¡Ordenad que vuelvan! ¡Es una trampa! ¡Que vuelvan todos, maldición!

Pero ya era tarde. El suelo bajo las dos rampas se desplomó y se abrió en fallas por las que emergió ya no humo, sino lenguas de fuego. La trama de vigas caía por el agujero creciente. La rampa tembló, se partió por mil y un lugares y el cuadro de infantería que había en ella se deshizo y devino una confusión de individuos que chillaban de pánico. Muchos saltaron fuera de la rampa destruida y rodaron por la cuesta de tierra, pero la mayoría no tuvieron tanta suerte, no pudieron escapar y cayeron por el agujero que se lo estaba tragando todo. Era un pozo infernal cuyas llamas se les pegaban a las ropas y el pelo. Empezó a apestar a carne abrasada. Los elamosios aprovecharon para concentrar sus flechas en la muchedumbre que huía y muchos brajairios fueron alcanzados por los proyectiles. Ya había decenas de muertos, pero muchos más heridos cojeaban o se arrastraban, de vuelta al campamento. El extremo final de las dos rampas había desaparecido bajo un inmenso boquete de llamas y el fuego empezó a extenderse sobre el resto de la obra. Los elamosios aullaban carcajadas e insultos desde las almenas. En contraste, los invasores estaban mudos y desolados. Veían tantísimo trabajo reducido a una ruina llameante, imposible de apagar.

—Minas —musitó Armigino, más blanco que la leche—. ¿Cómo no pudimos pensar en ello? ¡Por todos los dioses, esto es una catástrofe!

—Cerrad la boca —ordenó Guarner, cuyo rostro huesudo parecía esculpido en hierro—. La tropa puede oír vuestros lloriqueos.

Armigino lo miró, primero sorprendido y después avergonzado. Buscó en sí mismo la firmeza de su señor.

—¿Cuál será nuestro siguiente movimiento?

—Levantaremos otras rampas y redoblaremos la vigilancia para impedir que ellos vuelvan a construir túneles que las derrumben. A la menor señal de alarma nosotros haremos contraminas, incluso en terreno elevado. Aún tenemos tres rampas más y las vamos a defender con uñas y dientes. Pronto tocarán esas almenas y todos los bastardos que ahora ríen acabarán ahogados en su propia sangre. —Apretó los labios rugosos y asintió dos veces, en silencio—. Vamos a ver quién es más fuerte: ellos o nosotros. Señor Armigino, dad las órdenes pertinentes.

—Me pondré manos a la obra enseguida. Y vos, ¿qué vais a hacer?

Guarner tosió varias veces, con el ceño fruncido.

—Hay que mandarle un mensaje al rey, que estará sitiando Uruca. Debemos decirle que nos vamos a retrasar. Espero que él haya tenido más suerte.

Y se alejó hacia el pabellón de los escribanos. Armigino reunió a los capitanes y empezó a ladrar órdenes.

El verano se hinchaba como un pellejo de vino pútrido, lleno de calor, esfuerzo, ira y miedo. Los brajairios continuaron trabajando en las rampas aún indemnes. Casi a cada hora, los peritos ponían sus cuencos de agua en la tierra para detectar vibraciones y llegaban a la conclusión de que los elamosios no estaban abriendo nuevas minas. Pero eso no significaba que estuvieran dispuestos a ceder. Cuando a la tercera rampa de la Fortaleza Tariala le faltaba poco para llegar al muro, hubo una salida de tropas defensoras, por sorpresa y un poco a la desesperada. La batalla ocurrió en la propia cuesta, con muchas bajas por ambos bandos. Los elamosios tuvieron que retroceder y la rampa quedó intacta.

Al fin sucedió: los cuadros de infantería llegaron a las almenas. Los dos ejércitos se atacaron como aberraciones monstruosas que quisieran devorarse entre sí. El combate fue reñido, pero al final los elamosios retrocedieron para resguardarse en el interior de la Fortaleza Tariala. Los brajairios conquistaron la muralla y se descolgaron por el lado interior para afirmar posiciones. Ya podían ver el zigurat. En su cúspide estaba el pequeño santuario con las imágenes de Larsa, el dios tutelar de la urbe, y Sesac, dios supremo de todos los ilnarios. También vieron los edificios administrativos y el Palacio de la Gobernación. Allí no había calles, sino explanadas de baldosas de granito. Los ladrillos vidriados, el mármol de los leones y los toros alados, las hojas esmeraldinas de los jardines colgantes, todo ello esplendía bajo el sol. En otras circunstancias los brajairios habrían disfrutado de este hermoso lugar, pero ahora sus almas violadas por la

guerra estaban ya demasiado embrutecidas.

El lugar no estaba vacío: contingentes elamosios retrocedían por los espacios entre los palacios y los templos, en orden cerrado y sin perderle la cara al invasor. Se compactaron en una formación de miles de hombres.

—Pretenden darnos la batalla —le dijo Armigino a Guarner—. Quieren pararnos los pies ahora, cuando todavía no ha entrado el grueso de nuestras gentes.

—Y por si eso fuera poco, además tenemos que conquistar la Fortaleza Tariala. Quieren cogernos entre dos fuegos.

—No podemos ignorar su desafío. Pronto estarán formados y avanzarán. Debemos prepararnos para la lucha.

—Así es —concedió Guarner—. Bien, esto es lo que haremos: dejaremos una pequeña fuerza para contener cualquier salida desde la Fortaleza Tariala y el resto se preparará para el combate en esta explanada de baldosas. Debemos hacer entrar a la mayor cantidad de hombres posible, así que ordenad que hagan venir a las tropas que siguen al otro lado de esta muralla, y no solo a ellos, sino a las de los otros barrios. Necesitamos refuerzos y los necesitamos ahora.

Los elamosios estaban ya dispuestos para el combate, pero los brajairios también habían formado a sus gentes, con un enfoque más defensivo, para resistir mientras los soldados seguían entrando a paso rápido por la rampa. Sería un combate de infanterías muy ceñido, pues no había espacio para alargar la formación, tan profunda que casi era un cuadrado. Además, sería una lucha cruel, ya que no existía espacio libre por el que huir. Los elamosios se movieron como un puercoespín gigantesco y aquellas baldosas, acostumbradas a las pisadas suaves de nobles, sacerdotes y funcionarios, sufrieron el paso de la muchedumbre de armas. Los brajairios también echaron a andar, mientras por la retaguardia sus compañeros de las rampas se descolgaban por el muro y se agrupaban con mucha prisa en cuadros de refuerzo. Los arqueros de los dos bandos dispararon sus flechas, que dibujaron trayectorias parabólicas y cayeron como agujas de muerte. Hubo tropiezos, aullidos y el picar alegre de las puntas en los escudos y los cascos. Los magos de uno y otro bando se adelantaron por los costados y empezaron a atacarse con una barahúnda de crujidos, rugidos y relámpagos, y una nube de llamaradas y chispas.

Guarner había aceptado a regañadientes quedarse en la retaguardia, supervisando los cuadros de refuerzo, mientras Armigino lideraba el combate. El viejo guerrero maldecía su organismo, hambriento ya de tumba y descanso. Empezó a toser con tal violencia que tuvo que apoyarse en el muro, mientras tranquilizaba entre jadeos a su ayudante. Miró a sus gentes, la batalla que iba a empezar, y luego miró el cielo azul e inocente. Se pasó una mano temblorosa por los

labios y se quitó una costra de baba seca. Notaba el puño de la señora huesuda cerrándose dentro de su pecho, estrujándole, arrastrándole poco a poco a las profundidades. Oyó la grita salvaje de la batalla, el trueno del choque de escudos y el tintinear de los aceros al acariciarse. Sintió que las rodillas se le doblaban y apretó la espalda contra el muro para no caer.

—Aún no… —gimió.

Quería ver cómo acababa todo. Debía resistir, mientras libraba su propia batalla particular. Se apoyó en su ayudante.

—¡Eh, tú! —gritó el soldado—. ¡Ven aquí, ayúdame a sostener al general!

Agarrado por dos guardias, se obligó a mantener los ojos abiertos a pesar de que su mente iba a y venía como una cáscara de nuez en aguas agitadas. El peso de los párpados era intolerable y por fin se entregó a la oscuridad. Pero no se sumergió del todo. Dirtán entraba en él por sus oídos, su nariz, los poros de su piel e incluso por la lengua mojada en saliva y sangre.

—Cuéntamelo.

—Desde aquí es difícil ver lo que ocurre, mi señor, pero… Parece que nuestra vanguardia se mantiene firme… Y los guerreros siguen entrando… Los magos… Bueno, solo puedo ver toda esa locura de luces que los rodea siempre. La batalla se mantiene estable y los compañeros siguen entrando y formando cuadros para auxiliar a los que luchan… Pero… ¡Mi señor, allí hay tumulto y movimiento! ¡La Fortaleza Tariala! ¿Están…? ¡Sí, están saliendo! ¡Esos bastardos hacen una salida! —Guarner tuvo que hacer un esfuerzo para entender las palabras porque ahora había un fragor de voces y de pasos a la carrera, y un nuevo rumor de armas y arneses. La mano huesuda seguía tirando de él, le hundía en charcos del olvido—. ¡…cimos! ¡Les hemos vencido, mi señor, nuestra gente ha deshecho la salida de la Fortaleza Tariala, ellos vuelven a meterse dentro, se puede ver incluso des…!

Paréntesis de oscuridad.

—…cuentra muy débil, pero aún respira, aún está consciente, no…

—¿Por qué no habéis llamado al médico, imbéciles? ¡Vamos, que venga el físico! ¡Tiene que…!

—…ñor. Tenéis que beber. Vamos, abrid los ojos. Debéis luchar. ¿Sabéis que hemos ga…?

—…un combate duro, mi señor. Por el costado derecho nuestros…

—…atrincherado en el Palacio de la Gobernación, pero la mayoría han sido masacrados o bien se han rendido. Sus fuerzas están muy mer…

—…no le reanima, no sé lo que le devolverá…

—…se recupere, pero no es seguro. No debería haber venido a esta

campaña.

—Lo sé, pero ya le conocéis, resulta imposible conven…

Etcétera.

Cuando al fin abrió los ojos, su ayudante se le acercó con premura.

—¡Señor! ¿Estáis bien? ¿Cómo os encontráis? ¿Qué queréis?

—Nneral… Armigino. Ee… vennga. Ieeeroo… saber.

—¡Llamad al médico! ¡Y al general Armigino! ¡Rápido!

La batalla de la explanada había terminado con la derrota de los elamosios, cuyos supervivientes retrocedieron hasta el Palacio de la Gobernación. También había caído la Fortaleza Tariala: tras la salida infructuosa, los mandos del castillo se rindieron una vez que se les prometió respetar sus vidas y las de sus hombres.

Pero aunque la campaña de Larsa agonizaba, se negaba a morirse de una vez por todas.

—Será difícil rendir el Palacio de la Gobernación —informó Armigino a Guarner, que parecía fuera de peligro, pero aún estaba débil. No permitía que nadie viniera a verlo a la Fortaleza Tariala, su cuartel general improvisado, pero todos sabían ya que seguía vivo. Eso regocijaba a los soldados, que lo consideraban una especie de alimaña vieja y coriácea, aunque también entrañable.

Guarner tragó el sorbo de aquel caldo caliente que tan bien le venía a sus pulmones podridos.

—No debemos atacarlos —dijo, con voz tan débil que a Armigino le costaba oírlo—. Aún no.

—Tienen provisiones y pueden resistir durante semanas. Tenemos que acabar cuanto antes con Larsa para ir a Uruca a auxiliar al rey. Según los mensajes que nos van llegando, ellos están en peor situación que la nuestra.

—Lo sé, pero se trata de un edificio cerrado por completo. El terreno no admite minas y tardaríamos mucho con el ariete. Y ellos aún tienen magos. Lo vamos a rendir, pero no por hambre.

—¿Cómo lo haremos, pues?

Guarner sonrió sin alegría.

—Nuestros arqueros dispararán cien flechas que llegarán a las terrazas y las azoteas del Palacio. Cada una llevará el mismo mensaje: se respetará la vida de todos los que se rindan y se ofrecerá una recompensa a quien nos entregue, vivos o muertos, al gobernador y sus hombres de confianza.

—Pretendéis desunirlos y hacer que se peleen entre sí.

Guarner volvió a sonreír sin alegría.

Durante los cinco días siguientes los sitiadores permanecieron quietos, pues eran otros los que luchaban. A veces les llegaba un rumor de gritos y de aceros que procedía del interior de la fortaleza. Vieron cadáveres arrojados por las terrazas y una columna de humo

que salía por un balcón. El incendio fue apagado.

Todo terminó cuando la puerta principal fue abierta y por ella salió una comitiva de hombres con bandera blanca. Llevaban atados al gobernador y a unos cuantos de sus lugartenientes. Los reos aún vestían túnicas caras, pero desgarradas, manchadas de sangre y de otros fluidos más groseros. Los llevaron a la Fortaleza Tariala y les obligaron a arrodillarse ante el decrépito Guarner Injeca, sentado en una butaca enorme. También estaban allí Medardo Armigino, los otros grandes mandos brajairios y Jamsid Sorous y Xeres Aúra.

—Aquí tenéis a los delincuentes que han llevado nuestra ciudad a la ruina —dijo el líder de la comitiva. Agachó la cabeza ante Guarner—. Mi señor, sois nuestro liberador y salvador. Os entregamos la ciudad y nos ofrecemos para gobernarla en vuestro nombre.

—No —repuso Guarner—. Los felones como vos me son útiles, pero los prefiero a leguas de distancia. Tendréis la recompensa y se os respetarán vida y posesiones, pero no intervendréis en el nuevo gobierno de la ciudad.

El noble parpadeó con asombro, pero decidió no tentar a la suerte y asintió con respeto.

—Como vos deseéis. Agradezco vuestra generosidad y reafirmo mi total lealtad a…

—Fuera —gruñó Guarner.

El noble y sus gentes hicieron otra reverencia y se marcharon. Guarner miró a Xeres Aúra.

—Señor, quiero que vos administréis la ciudad. Os ayudará un adelantado militar brajairio hasta que la guerra acabe.

—Gracias, general Injeca. Cumpliré mi cometido con lealtad no solo hacia mi rey, sino también hacia el vuestro.

—Y hablando de esos dos reyes nuestros… Hay que ayudarlos. Señor Armigino, partiremos cuanto antes hacia Urica con el grueso de las tropas.

—No, mi señor. Estáis tan enfermo que el viaje os mataría. El ejército irá, pero vos vais a quedaros aquí.

Guarner encontró la mirada férrea de Armigino y al final claudicó.

—Lleváis razón. Me quedaré en Larsa. —Levantó un dedo—. Pero me enviaréis mensajes de lo que ocurre en Urica día sí, día también.

Armigino sonrió.

—Por supuesto.

Guarner emitió un suspiro cochambroso.

—Tras ciento ocho días infernales, por fin hemos culminado con éxito esta campaña. —Se volvió hacia Xeres Aúra—. Me temo que deberéis soportar mi presencia gruñona durante algún tiempo más. Yo seré el adelantado de que os hablé antes.

—Será un honor y un placer —repuso el aludido, con una sonrisa

sincera.

—¿Y cuál será vuestra primera orden como nuevo gobernador de Larsa?

La sonrisa desapareció cuando Xeres Aúra miró a los prisioneros, ayer gobernantes orgullosos y hoy víctimas del infortunio.

—Decapitar a los bastardos.

6

—¡Tengo buenas noticias! —anunció Argaut, con una sonrisa de satisfacción—. ¡Larsa ha sido por fin conquistada!

Rayán jadeó de alegría y sin poder contenerse lo abrazó. Los otros mandos de aquel pabellón, el cuartel general del ejército que aún sitiaba Uruca, también expresaron su regocijo.

—¡Majestad y señores! —Argaut levantó las manos, una de las cuales tenía la carta que le acababa de dar el mensajero—. El propio general Injeca me lo ha confirmado en esta misiva. Costó mucho esfuerzo y sacrificio porque los larsanos presentaron una resistencia feroz, pero hace cuatro días que por fin se rindieron. El gobierno ha pasado a manos de nuestros aliados elamosios.

—¡Gracias a Sesac! —exclamó Rayán—. ¡Y a vuestra ayuda, Majestad!

Argaut asintió, muy contento.

—Pero hay algo más que nos atañe directamente a nosotros. Viene hacia aquí el grueso de las tropas que pelearon en Larsa… ¡Más de cinco mil hombres! —Las gentes del pabellón volvieron a gritar con mucho contento—. Nuestras catapultas y minas no han conseguido todavía hacernos entrar en Uruca, pero con ese nuevo refuerzo, que llegará en unos siete días, podremos tomar la plaza de una vez por todas.

—No solo eso, Majestad —dijo Rayán—. La victoria de Larsa convencerá a todos los indecisos de mi país. Mis gentes llevarán la noticia del triunfo hasta los últimos rincones de Élamos; aunque Uruca persistiera en su empeño y no pudiéramos tomarla ni con los nuevos refuerzos, pronto se nos unirán todos los descontentos de mi país.

—Que vuestro dios y el mío os oigan, Majestad. Ya va siendo hora de que las cosas empiecen a salir bien.

Argaut ordenó paralizar todas las operaciones, pues podían permitirse descansar hasta que llegaran las huestes del general Armigino. Solo entonces, con un ejército mucho más fuerte, se reanudarían los ataques.

Al alba, un capitán le despertó con nuevas asombrosas:

—Majestad, los urucanos están saliendo de la ciudad: ¡son miles y miles de hombres, a pie y a caballo! ¡Y se dirigen hacia nuestro campamento!

Argaut se levantó de un salto y salió como una liebre. Ya venían

hacia él otros líderes, con la preocupación pintada en el rostro. En el pabellón de reuniones encontró a Rayán con la armadura puesta.

—Majestad, esos malparidos quieren combatir. Están ordenando sus tropas y en menos de una hora van a atacarnos, en esta misma llanura.

—Es lo más lógico —repuso Argaut, tenso y preocupado—. También ellos han debido conocer lo ocurrido en Larsa; sin duda algún mensajero consiguió cruzar nuestro perímetro y se lo dijo. Ya saben que viene un ejército brajairio de refuerzo y que no tendrán ninguna oportunidad cuando esté aquí. Por eso, intentarán eliminarnos ahora que aún pueden.

—Pero es demasiado arriesgado para ellos —dijo un comandante de caballería.

—No —contestó Rayán—. A la larga lo más arriesgado para ellos es no hacer nada y enfrentarse a un enemigo fortalecido. Se lo jugarán todo en la baza de la batalla campal. En realidad, no tienen mucho que perder.

—Excepto sus vidas —dijo Argaut—. El usurpador está lleno de defectos, pero hay que reconocer que a sus guerreros no les faltan virtudes.

—No porque él las merezca, Majestad, sino porque mi pueblo es así de obstinado. Demasiado buen vasallo para tan mal señor.

—¿Y qué vamos a hacer, Majestad? —preguntó uno de los líderes del Alba Dorada—. Los elamosios pronto estarán preparados para la lucha. No podemos quedarnos inmóviles. Tenemos que empezar a formar a las gentes.

—O marcharnos —repuso el jefe de los ingenieros.

—¿*Qué*? —exclamó Rayán—. ¿Estáis proponiendo una huida?

—Teneos, Majestad —le tranquilizó Argaut—. A este hombre no le falta lógica. Tal vez lo más juicioso sería ir hacia el este en busca de los refuerzos, para después, todos juntos, enfrentarnos a los urucanos con una mayoría numérica aplastante.

—Me temo que ya no hay tiempo, Majestad —intervino un general de infantería—. Los elamosios se mueven con rapidez y su decisión de luchar es firme. No podríamos ni levantar el campamento antes de que se nos echaran encima, y aunque lo consiguiéramos entablarían una persecución y nos alcanzarían antes del anochecer. Antes o después tendremos que pelear.

—¡Sea! —dijo Argaut—. Si batalla es lo que quieren, por Braladur que la van a tener. Señores, disponed las tropas en la llanura. ¡Vamos!

Los líderes asintieron y salieron.

—Tal vez esto sea lo mejor —dijo Rayán—. Si hoy vencemos el usurpador se habrá quedado no solo sin su ejército de Larsa, sino también sin el de Uruca. Tendríamos vía libre hacia la capital.

—Puede ser, pero no me gusta que el enemigo dicte mis movimientos. Y también nosotros nos lo jugamos todo hoy.

—Razón de más para dejarnos el alma entera en la lucha.

En menos de una hora los dos ejércitos estaban ordenados en lo que sería el campo del honor para unos y del horror para los otros. En ambos bandos se adoptó la formación de rigor, con la infantería en el centro y las caballerías de magos y guerreros en los costados. No hubo apenas tiempo de enviar avanzadillas para conocer las fuerzas enemigas, pero ambas parecían bastante igualadas, aunque los elamosios tenían una ligera ventaja en la infantería y por eso su bloque era más profundo que el brajairio.

—Sé cómo actuarán —le dijo Rayán a Argaut, los dos en la caballería del ala derecha, el lado de honor—. No han ensanchado su formación de infantería, así que van a aguantar allí todo lo posible mientras sus formaciones a caballo se enfrentan a las nuestras. Ellos lo fían todo en la caballería, tanto ligera como pesada. Sus jinetes acorazados se enfrentarán a los nuestros, pero los ligeros, más veloces, intentarán esquivarnos y dejarnos atrás para luego rodear a nuestra infantería y golpearla por la espalda. Eso es un problema grave, pues nosotros no tenemos apenas caballería ligera.

—Entiendo. ¿Qué proponéis?

—Dejar una fuerza de reserva de caballería pesada detrás de nuestra infantería. Servirá de escudo si sus jinetes ligeros llegan allí.

—Me parece juicioso. Pero eso nos dejará con menos caballería para luchar por los costados.

—Entonces tendremos que luchar más duro.

—Puede funcionar. Nuestra caballería pesada es de mejor calidad que la suya y creo que también nuestros magos son mejores. No es imposible que ganemos en el encontronazo. Después, rodearemos a la infantería y la embestiremos por la retaguardia.

—Eso es. Pero el plan solo tendrá éxito si la infantería brajairia resiste. A nuestro favor tenemos que muchos de los infantes enemigos son también mercenarios y la tradición en Élamos es no mezclarlos con los otros guerreros. Ellos son más, pero no estarán tan cohesionados como vuestra gente.

—Ojalá sea como decís. Ahora solo queda decirles unas palabras a los hombres. Nos reuniremos en breve.

—Me parece bien.

Argaut trotó por delante de las filas de vanguardia de sus casi quince mil guerreros. Les dirigió un discurso breve y ardiente, sin pompa ni florituras, algo que estas gentes rudas pudieran entender, y creer. Hizo un alto para hablar en especial a la tropa de las Hermandades de Justicia, que por primera vez iban a servir al rey en combate, tal y como estaban obligadas por juramento. Aquellos

labriegos y granjeros uniformados y pertrechados se habían comportado de un modo admirable durante el sitio. Eran soldados enérgicos, sufridos y espabilados, y quienes los hubieran prejuzgado negativamente por su origen humilde ahora podían comerse las palabras. Por cómo ovacionaron al rey, parecían dispuestos a luchar con brío.

Volvió a la caballería del costado derecho y vio que Rayán estaba terminando de arengar a su gente, apenas una compañía de noventa jinetes, hombres fieles que lo habían acompañado durante su proscripción. Los brajairios les habían prestado sus cotas de malla y el resto de la armadura, pero llevaban una banda de tela con los colores de Élamos para distinguirse de sus aliados. Eran gente orgullosa. Muchos pidieron a los dos reyes que no se arriesgaran en la batalla, pero ambos sabían que los hombres luchaban mejor cuando el líder estaba junto a ellos, y además tenían un concepto un tanto caballeresco de sus cargos.

El sol aún no había llegado al cénit cuando los elamosios se pusieron en movimiento. Las botas, las sandalias y los cascos aplastaron la tierra y la hicieron crujir. Las dos infanterías avanzaban despacio, pero pronto las caballerías empezaron a separarse de ellas. E incluso entre los jinetes también hubo división, pues los magos se dedicarían a los magos y los simples caballeros a los simples caballeros. Argaut llevaba su montura al paso, como el resto de los jinetes. Rayán y sus fieles no estaban lejos. Se apartaron para no interferir en la pelea de los magos y pronto divisaron una formación de parecidas dimensiones a la suya que también los había descubierto y que se les aproximaba. Del regimiento enemigo se despegó un batallón de jinetes ligeros que se alejó para esquivar a la hueste montada del rey de Brajairi. Argaut sintió alivio por haber atendido el consejo de Rayán de dejar caballería tras la infantería, para protegerla de esos jinetes enemigos. Ordenó que nadie fuera en su busca porque sería inútil intentar alcanzarlos. Ahora tenían otras cosas de las que ocuparse.

El regimiento urucano era más grande que el brajairio, pero, en efecto, la caballería pesada norteña era más recia. Todos cerraron filas y prepararon la lanza, el sable o el mandoble. En la vanguardia levantaron los escudos. Se multiplicaron los gritos y los caballos iniciaron una marcha un poco más rápida, casi al trote. Fueron ganando velocidad, las dos formaciones devoraron la tierra y por fin chocaron con estrépito. Las lanzas golpearon escudos, cascos, hombros, pechos, testeras y launas. Los animales relincharon y empujaron. El polvo se lo comía todo. Muchos fueron descabalgados y también se desplomaron unas cuantas monturas, a veces reventando al dueño bajo su peso. Sucedió un intercambio violentísimo de estocadas

y cuando los hombres se separaron hubo espacio para el tajo. Aquel caos indescriptible adoptó cierto sentido porque los mandos de un bando y otro ya ordenaban reagruparse y retroceder. No podían perder la cohesión y la conciencia de grupo. Las compañías se reunieron y se prepararon para efectuar otra carga. Había algunos cadáveres en el suelo. Pronto habría más.

También colisionaron las infanterías, con su crujir de escudos y su chillar de aceros. Los brajairios se enfrentaban a un enemigo denso y obstinado, pero los norteños no les iban a la zaga en coraje y resistieron a pie firme las acometidas que intentaban abrir brecha. A veces penetraban cinco, diez y hasta quince hombres, los brajairios se gritaban unos a otros, se daban ánimos para que nadie cediera ni un palmo, y entonces la lucha era tan apretada que no se podía golpear de tajo, sino apuñalando, y a veces ni eso. En ocasiones, las dos vanguardias se separaban y tomaban aire hasta el siguiente ataque. Entre medias, los heridos cojeaban y se arrastraban para volver con los suyos.

Tras la infantería brajairia, los jinetes ligeros elamosios se llevaron un chasco al encontrar una formación de caballería pesada que ya salía a recibirlos. Fueron golpeados y arrollados con tal contundencia que de inmediato volvieron grupas y emprendieron una carrera veloz. Pero Rayán le había advertido a Argaut sobre las tretas de su gente y por eso los brajairios no los persiguieron, sino que tiraron del freno y retrocedieron sin perder el orden, preparados ya para la siguiente embestida.

El combate de las caballerías de los costados no se aclaraba, ni tampoco el de los magos. Peleaban, huían por el momento, se reagrupaban y volvían a atacarse en una sucesión de asaltos torpes, cada vez más confusos. Todos sangraban, pero nadie vencía.

La lucha de infanterías era cada vez más violenta. Sus vanguardias continuaban golpeando y empujando, con muchas bajas por ambos partes, y por los costados también peleaban, tan recio que no lograban rebasarse unos a otros para luego envolver al enemigo en una bolsa letal. Se abrían y cerraban las brechas a lo largo de aquella línea larga e irregular de fricciones. Era cuestión de tiempo que una se hiciera tan profunda que hendiera de una vez por todas el ejército entero. Y así ocurrió: una treintena de brajairios atacaron a la vez en cierto punto, con tal salvajismo que se abrieron paso a fuerza de lanzadas. Los elamosios intentaron cerrar la herida, pero ya era tarde, pues más de cincuenta brajairios corrieron a ayudar a los que habían entrado, y a estos los siguieron muchos más. Todos juntos presionaron y empujaron y la brecha se tornó fatal. Entró un batallón entero y los elamosios se vieron imposibilitados de echarlos de una vez por todas. Entonces explotó el pánico en sus mentes, el miedo devastador, el

horror que destruía todo sentimiento de valor y disciplina y convertía al hombre en una bestia chillona. Hay un momento exacto que lo decide todo, un instante en el cual un bando pierde la determinación de ganar. Es algo espontáneo e irreversible. El espectro de la muerte penetra por los ojos, los poros, los oídos, la boca, se apodera de la mente y de todo el organismo y prende llamas en él. La muchedumbre se agita y convulsiona, presa de un miedo ya no individual, sino colectivo y por completo irracional. Y si al que cede le abandona la determinación, a su contrario se le multiplica y enloquece de ganas de matar, machacar, destruir y aniquilar, de echar por tierra al enemigo y aplastarlo de una vez por todas.

Por tanto, la batalla no se decidió en las alas ni en la retaguardia; los caballeros o los magos no fueron la clave, sino los soldados de a pie. Cuando los jinetes elamosios vieron las convulsiones de su infantería, también ellos sufrieron el ansia de huir para salvar el pellejo. Caballeros y magos escaparon no al trote, sino al galope. Argaut no permitió a sus gentes perseguirlos, sino que ordenó cargar contra la infantería elamosia para destrozarla de una vez por todas. Había que hacerse dueños del campo cuanto antes.

Lo que siguió no fue lucha, sino huida y matanza.

Por la tarde, una comitiva de políticos emergió de Uruca para rendirla. Argaut y Rayán los recibieron no lejos de la llanura infestada de cadáveres y salpicada de buitres que se daban el atracón. Argaut no había sido herido, pero un golpe de escudo le había roto el pómulo y tenía la mitad de la cara tan hinchada y oscura como un odre de vino tinto. Rayán había sufrido dos lanzadas, en un hombro y un costado, y si bien la cota de mallas le salvó la vida, los impactos le habían roto un par de huesos. Mientras recibía a los gobernantes de la urbe hacía esfuerzos para asfixiar sus dolores bajo una almohada de impasibilidad. Miró con el rostro pálido y sudoroso a los hombres blandos y ricos que habían venido a verlos. Ellos se espantaron al hallar dos reyes que parecían más bien caudillos bárbaros, con las ropas manchadas de la sangre ajena y los ojos inyectados en la propia.

—La rendición será incondicional —fue el saludo Argaut.

—Pero, Majestad, vos no podéis…

—En primer lugar debéis mostrar respeto a vuestro rey Rayán V, el auténtico señor de Élamos.

Los embajadores se apresuraron a arrodillarse ante Rayán.

—Vuestras vidas y propiedades serán respetadas —les dijo Rayán—. La ciudad no sufrirá saqueo. Nadie hará violencia sobre sus gentes.

Los políticos emitieron un suspiro de alivio.

—Solo una cosa os encargo —dijo Rayán—. Esta tarde entraré victorioso en Uruca en compañía de mi amigo el rey de Brajairi. Os ocuparéis de organizar el recibimiento.

—¡Seréis recibido en loor de multitudes, Majestad!

—Eso espero, por vuestro bien.

Hubo más reverencias y aquellas gentes se fueron.

Rayán miró a Argaut.

—Hemos ganado esta batalla, pero aún queda guerra en el tablero. No descansaré hasta que el usurpador caiga en mis manos y el último de sus fieles me rinda pleitesía.

—En efecto, aún hay trabajo por hacer. —Argaut sonrió—. Pero tenéis que aprender a disfrutar de los buenos momentos. Y este es uno.

Rayán también sonrió.

7

Tras contemplar todos esos hechos trágicos e importantes de Larsa y Uruca, aún quedan por ver los referentes al tercer vértice del triángulo: la lucha contra el Viejo de la Montaña y la secta de los asesinos.

Nuestra mirada puede atravesar como una flecha el tiempo y el espacio y clavarse en una diana concreta, el momento en que el general Tacho Fantiño y su hueste se separó con sigilo y nocturnidad del ejército de Guarner Injeca, al comienzo del sitio de Larsa. Entonces, las gentes de Fantiño dejaron los terrenos larsanos y se encaminaron hacia el sureste. Aquel contingente estaba compuesto por unos nueve mil hombres y contaba con una participación muy fuerte de expertos en lo sobrenatural: más de seiscientos magos de la Fuente y casi sesenta hechiceros del culto de Braladur. Fantiño viajó por caminos secundarios y por sendas estrechas que hacían lento e incómodo el viaje, pues Balto Gazsi, guía y consejero, aseguraba que debían alejarse de todo burgo y castillo cuyas fuerzas pudieran entorpecer su paso. Lo principal era llegar cuanto antes a los Montes de Garona y al cubil de Bagwán. Estaban siempre rodeados de exploradores y escaramuzadores, encargados de descubrir cualquier posible emboscada, y las avanzadillas de infantería ligera precedían al grueso del ejército. Gracias a la guerra en Larsa y Uruca la mayoría de las tropas del Divino estaban en el norte. Nadie esperaba que una columna brajairia bajara hacia el sur por estos lugares bárbaros, alejados de las plazas importantes que cualquier general querría tomar. Pero Fantiño sabía que el paso de una hueste tan grande no podría mantenerse en secreto durante mucho tiempo y que tarde o temprano tendrían que hallar alguna resistencia importante.

Por el momento, los señores de los feudos preferían quedarse en sus castillos y, como mucho, enviaban emisarios para indagar sobre su presencia. Fantiño llevaba un buen tesoro de campaña porque prefería sobornar a enredarse en luchas, así que el soborno acabó de tranquilizar a los nobles locales. Distinto problema eran las tribus, muy celosas de sus territorios. Gazsi conocía bien a estas gentes y era él quien negociaba con ellas, comprando el derecho de paso y la comida que necesitaba la tropa. Fantiño no permitía a sus hombres visitar las aldeas para evitar problemas con la población civil.

Y sin embargo, hubo contratiempos. Algunas zonas estaban

habitadas por pueblos tan agresivos que ni siquiera las autoridades del país podían someterlos; allí el rey tenía el poder de modo nominal, no fáctico. Los salvajes les ordenaron no pisar sus territorios y de nada sirvieron los presentes y las promesas de paz. No había otro remedio que pasar por allí y por tanto las gentes de Fantiño sufrieron los ataques de los bárbaros. Gazsi conocía bien la zona y sabía cómo enfrentarse a ellos, así que neutralizaron sus añagazas y emboscadas. Costó más tiempo que vidas, pero al final lograron solventar estos problemas, primero con mano dura y luego, tras la pertinente degollina, con dádivas que los clanes se vieron obligados a aceptar.

A principios del séptimo hallaron el primer obstáculo realmente serio. Debían cruzar el río Aras y no había puentes en aquellos predios atrasados; solo podían pasar por una zona poco profunda, los Vados de Urtra. El problema era que había una hueste armada en la otra orilla.

—Son unos seis mil hombres —informaron los exploradores—. Infantería pesada y caballería ligera.

—Tarde o temprano debíamos topar con algo así —reflexionó Fantiño—. Era imposible que nuestra marcha pasara desapercibida. —Se volvió hacia Gazsi—. Vos conocéis bien esta parte de Élamos. ¿Qué opináis?

—El Aras es la barrera natural idónea para detenernos. Una vez cruzado, les resultaría más difícil. Atendiendo a la descripción de los pendones, se trata de ciertos nobles acérrimos a Bagwán, pero también hay banderas de la secta de los asesinos, que tiene sus tropas particulares.

—¿Pensáis que Bagwán estará con ellos?

—Imposible. El Viejo nunca sale de su escondrijo, o al menos eso se cuenta. ¿Por qué habría de arriesgarse ahora? Ha enviado a sus guerreros, no creo que a todos, pero sí a buena parte. Eso me preocupa porque si bien los vasallos nobiliares pueden escapar o rendirse si las cosas marchan mal, los integrantes de la secta solo dejarán de luchar cuando estén muertos. Cuando uno se enfrenta a esos fanáticos no se puede confiar en exceso en la superioridad numérica.

—Y además está el propio río. Ellos no tienen prisa por cruzarlo, pero nosotros sí, y en ese momento, cuando estemos con el agua por las rodillas, la cintura o el pecho, seremos vulnerables. Hay que andarse con ojo.

Al día siguiente llegaron a los Vados de Urtra. En esa zona el río había hendido el terreno hasta formar un valle de laderas forradas de bosque y salpicadas de piedra gris. A los lados del Aras había sendas explanadas, pequeñas playas de guijas y arenales sucios, a la sombra de las elevaciones verdosas. El mejor lugar para cruzar era una zona

cuya profundidad no superaba la braza.

Al otro lado del río manso y dulce les esperaba una hueste de miles de hombres, preparada para combatir.

—Ni siquiera nos dejarán cruzar en formación —se quejó Fantiño—; solo podremos formar cuadros de infantería una vez fuera del agua, pero justo en ese momento estaremos desordenados, seremos vulnerables y ellos nos destrozarán. Hay que buscar otro modo.

—Existe otro lugar propicio para el cruce —repuso Gazsi—. Está en esa zona lejana, ¿la veis? Pero la profundidad es mayor: el agua alcanza la barbilla, los ojos e incluso puede que rebase la cabeza.

Fantiño miró hacia ese lugar y entrecerró un ojo, pensativo.

—No si cruzamos a caballo. —Asintió y sonrió con dureza—. Dividiremos nuestra caballería en dos grupos, que cruzarán con rapidez por los dos vados; una vez fuera del agua, cargarán contra los enemigos para obligarles a concentrarse en ellos. Mientras eso ocurre la infantería cruzará solo por el vado menos profundo y en cuanto salga se agrupará y participará en la refriega. Si actuamos con rapidez y energía es posible que logremos hacernos fuertes al otro lado del río y facilitar el paso de todo el ejército. Entonces sí podríamos ganarles.

—No es mal plan —dijo un capitán de infantería—, pero ellos también tienen jinetes, que intentarán contener a los nuestros. Eso sin contar con su arquería, que disparará a los caballeros mientras estén en el agua.

—Cuento con eso. Nosotros tenemos más caballería y sobre todo tenemos más magos. —Miró a Serem Erejna, el veterano maestre del Alba Dorada—. Vuestros hombres cruzarán por la zona menos profunda y con vuestras artes habréis de resistir contra el enemigo para dar tiempo a nuestra infantería a cruzar. Tened en cuenta que ellos también tienen magos.

—Perded cuidado, Fantiño. Lo conseguiremos.

—En cuanto al otro vado, el profundo, por allí irá nuestra caballería ligera, pues se trata de cruzarlo cuanto antes para lanzarse de inmediato contra el enemigo. Así, los golpearemos fuerte por un costado y les impediremos enfrentarse cómodamente al grueso de nuestras tropas.

—¿Y si ellos envían parte de su caballería ligera para recibirlos en el segundo vado? —preguntó Gazsi.

—Entonces los habremos dividido, cosa que también nos conviene. En el segundo grupo también debe haber magos.

—Me ocuparé de ello —dijo Erejna.

Fantiño miró hacia arriba.

—El sol aún no ha llegado al cénit, así que vamos a ordenar a los hombres que coman fuerte para que tengan energías. Una hora después, daremos la batalla.

Cuando el ojo dorado llegó a la cumbre el ejército brajairio empezó a moverse. En el otro lado los enemigos también se aprestaron para la lucha. Todo se llevó a cabo como de costumbre, con mucha prisa y grita de mandos, y al cabo de poco la caballería brajairia se acercó al Aras. Se partió en dos y la segunda fuerza, un batallón de cuatrocientos hombres liderados por Fantiño, fue hacia el segundo vado casi al trote. Esto sorprendió a los elamosios, que no sabían muy bien qué pretendían los norteños; quizás por desconocer el segundo vado, siguieron todos en el mismo lugar, aunque sin dejar de vigilar al enemigo.

El grueso de la caballería, con una presencia fuerte de magos del Alba Dorada, empezó a cruzar. Los caballos se hundieron en el río hasta el lugar más profundo, donde el agua lamía los tobillos de los jinetes, y continuaron progresando. Tras ellos, la infantería brajairia se convirtió en un gusano que también entraba en las aguas. En la otra orilla los magos y los arqueros elamosios empezaron a castigarlos. Los caballeros del Alba Dorada no habían salido todavía del Aras y ya levantaban defensas traslúcidas, contra las que se deshacían los relámpagos cegadores; pero la magia no podía detener las flechas, así que contra ellas levantaban sus escudos mundanos de madera y metal. La mayoría de las saetas rebotaban en cascos, escudos, launas y testeras, y tampoco penetraban la malla de las cotas, pero algunas sí hallaron la carne desnuda del rostro, así que unos pocos magos aullaron y se hundieron en el agua. Los hechiceros elamosios ejecutaban invocaciones y conjuros y sus demonios y elementales se arrojaron sobre los brajairios, pero no podían atravesar las defensas de la Fuente y además los sacerdotes de Braladur enviaban sus propios espectros. Hubo riña y confusión de figuras nebulosas y espeluznantes. A pesar de todo, los brajairios continuaban adelante, así que un batallón de magos elamosios salió al trote, haciendo crujir las guijas y saltar la arena, y llegó hasta los norteños aun antes de que salieran del agua.

—¡Luchad, caballeros del Alba Dorada! —vociferó el maestre Serem Erejna.

Su espada se encendió en llamas y se lanzó el primero al combate. Tuvo lugar una pelea feroz entre las caballerías sobrenaturales, con gran aparato de chispas y fuego. La liza era farragosa porque ocurría sobre todo en el agua. Los brajairios cerraron filas, bregaron con furia, siguieron avanzando y obligaron a retroceder al enemigo, ya que este tenía menos magos. Al final, los elamosios volvieron grupas y huyeron. Los brajairios salieran del río de una vez por todas, pero no embistieron como una turba de salvajes, sino que se agruparon con rapidez en una línea frontal. Solo entonces, efectuaron la carga. Los magos elamosios les arrojaron sus relámpagos y algunos brajairios

cayeron de la silla, pero la mayoría continuó hacia los arqueros, que echaron a correr como liebres, y luego hacia la primera línea de infantería. Abrieron grietas en ella, pero no la deshicieron porque los fanáticos de Bagwán, que aguantaban a pie firme con la lanza apuntada hacia el frente y hacia arriba, daban firmeza y cohesión al conjunto. El enemigo estaba menguado, pero no roto, así que los brajairios se alejaron para reagruparse y efectuar otra carga. Sin embargo, en esos momentos los jinetes elamosios huidos volvían y se preparaban para recibirlos.

Mientras, la infantería brajairia seguía cruzando el río. Los hombres se hundían hasta la cintura y resoplaban y jadeaban. Los mandos rugían que fueran más rápido y miraban nerviosos el combate de la caballería en la orilla. Muy cansados, los primeros salieron de las aguas y los capitanes empezaron a formarlos.

Sonó un nuevo rumor de cascos de caballo y todos se volvieron hacia al segundo vado, que los de Fantiño habían cruzado hacía muy poco; aquella segunda fuerza de caballería venía al trote para auxiliar a los compañeros. Los elamosios entendían por fin, con horror, el sentido de aquella maniobra extraña. Su líder decidió enviar al grueso de su caballería contra el nuevo batallón brajairio, pues había que detenerlo antes de que los golpeara como una maza por un costado.

Casi dos tercios de los brajairios habían cruzado ya el río. Empezaron a avanzar en bloque y la caballería brajairia, muy cansada por todas las cargas infructuosas, se abrió para dejarlos pasar. La infantería elamosia también avanzó y tuvo lugar el esperado choque en aquel paraje idílico que en cualquier otra ocasión invitaría al reposo y la admiración de la naturaleza.

—¡Destrozadlos! —gritó Fantiño—. ¡Por Brajairi! ¡Por el rey!

Sus jinetes respondieron con los mismos gritos, cerraron los huecos y se lanzaron en una carga tronadora contra la caballería elamosia. En el choque Fantiño recibió una lanzada en un costado que casi lo arrancó de la silla, pero la cota de mallas impidió que lo atravesara de un lado a otro. Masticó el dolor con los dientes del coraje y dio golpes furiosos de espada. Su caballo y el del enemigo giraron uno en torno al otro mientras sus dueños daban estocadas y tajos, en un baile mortal y esperpéntico. Un brajairio que venía al galope le hundió la lanza en la cara al elamosio, que salió volando por encima de la grupa. En el caos de jinetes y hombres Fantiño ya no podía lograr que sus hombres se agruparan en una formación ordenada. Era una suma de combates casi heroicos entre pares de caballeros. Aquella fugacidad se le antojó infinita, pero de pronto el campo se vació como por arte de magia, algo común en las batallas; los elamosios estaban muy quebrantados por esta lucha y por las anteriores del primer vado, y retrocedían a duras penas, cuando no daban la vuelta y huían a galope

tendido.

En el combate principal, las dos infanterías aún bregaban una contra la otra, pero ante la llegada de Fantiño la mayoría de los elamosios salieron a empujones de las filas, echaron a correr hacia los bosques e incluso tiraron la lanza y el escudo para ir más rápido. Sin embargo, no se fue ni uno solo de los guerreros de la secta. Se hicieron una piña de un millar y medio de hombres y se prepararon para resistir la nueva embestida. El batallón de Fantiño les asestó un golpe fortísimo, pero los fanáticos supervivientes resistieron e incluso a golpes de lanza obligaron a los jinetes a retroceder. La infantería brajairia se ensañó con el pequeño cuadro, lo rodeó y cerró su presa de hierro en él. Los sectarios estaban tan apretados que apenas podían mover los brazos, pero aun así causaban bajas al enemigo, tantas, que Fantiño ordenó a la infantería retroceder. Solo quedaban unos setecientos fanáticos con vida, rodeados de una alfombra de cadáveres y moribundos.

Fantiño se reunió con otros líderes de caballería e infantería, entre ellos Erejna y Gazsi, los dos con heridas leves y salpicados de sangre de la cabeza a los pies.

—Vamos a ofrecerles rendición —dijo Fantiño—. No podemos perder ni un solo hombre más.

—No servirá de nada —jadeó Gazsi—. Son unos locos.

—Ya veremos —gruñó Fantiño.

El líder de los asesinos respondió a la oferta del siguiente modo:

—Nuestra vida no nos pertenece. Es de nuestro señor Bagwán, que a su vez sirve al todopoderoso Urrala. Nos ha dado cuanto deseábamos y seguirá dándonoslo en el otro mundo. Preferimos la libertad infinita de la muerte a una esclavitud en vida.

Fantiño lo miró con un ojo entrecerrado, sin dar crédito a lo que oía. Arrugó la nariz en una mueca furiosa.

—¡Sea! ¡Si tanto deseáis inmolaros, por mi padre que lo vais a conseguir!

Muy enojado, volvió con sus gentes.

—Ya os lo dije —remachó Gazsi.

—Señor Erejna —dijo Fantiño—, que vuestros magos arrasen a esos imbéciles.

—Muy bien.

—Y además recibirán el castigo de nuestros arqueros. Los exterminaremos desde la distancia. No pienso perder ni un solo hombre más.

Lo que siguió fue asombroso y horrible, tan heroico como patético. Los magos de la Fuente rociaron de fuego y relámpagos a los sectarios, que se retorcieron envueltos en llamas, entre alaridos de dolor. Pero nadie abandonó el cuadro. Los magos retrocedieron y los arqueros se

adelantaron y empezaron a disparar. Como todos los de su ejército, Fantiño contemplaba los hechos desde la distancia.

—Realmente están dispuestos a morir —musitó, estupefacto.

—Hay que aplastarlos como a insectos —afirmó Gazsi.

—Su líder no mencionó a Sesac, sino a otro dios.

—Urrala —gruñó Gazsi—. Es la némesis de Sesac. Urrala es el Enemigo, la Oscuridad, la Tiniebla y la Locura. En el principio de los tiempos Sesac venció a Urrala, pero el dios oscuro escapó y aún pervierte los corazones y las mentes de los hombres malvados, como esos de ahí. Me alegro de que no hayan aceptado la rendición.

Fantiño lo miró con el ceño fruncido. Gazsi contemplaba la masacre con una sonrisa satisfecha.

Estalló una grita fabulosa. Todos a la vez, los últimos sectarios echaron a correr hacia sus verdugos. Si iban a morir, preferían hacerlo peleando. Se les acercaban con premura, aunque muchos anduvieran a los tropezones, fueran a cuatro patas o incluso a rastras. Los arqueros rompieron filas y huyeron.

—¡Señor Erejna, no permitáis que lleguen! —vociferó Fantiño.

Los magos barrieron a la hueste enloquecida. Después, los soldados de infantería remataron a todos los sectarios heridos. En el cielo, los buitres comentaban estos hechos con voces agudas.

Fantiño celebró no haber perdido un número elevado de hombres en aquella jornada. Tenían unos dos mil cautivos, ninguno de ellos perteneciente a la secta, sino guerreros de los nobles vasallos de Bagwán que no habían logrado huir.

—¿Qué vamos a hacer con ellos? —preguntó Erejna.

—Hay que matarlos —respondió Gazsi, tajante—. Están desarmados y será fácil.

—No —dijo Fantiño—. Esos hombres se rindieron por su propia voluntad.

—Son enemigos. Traidores a su legítimo rey.

—Entonces ajusticiaremos a los líderes, pero no a los soldados, cuya única culpa fue cumplir con su deber al obedecer las órdenes.

—El soldado nace para morir en la guerra —dictaminó Gazsi—. Además, ellos nos hubieran matado igual.

—En el transcurso de una batalla.

—Tiraron las armas como cobardes y como a cobardes se les ha de matar. —Gazsi lo miró con maldad febril—. Aun estando dispuestos a ser piadosos, no podemos llevárnoslos. Nos retrasarían. No podemos perder el tiempo justo cuando estamos tan cerca de la meta.

Los dos se miraron durante muchos latidos.

—Les obligaremos a jurar fidelidad y los uniremos a nuestra hueste —propuso Fantiño, aunque no con toda la fuerza que deseaba.

Gazsi soltó una carcajada cínica.

—¡Eso no os lo creéis ni vos! ¿Cuántos respetarán el acuerdo? ¿Cuántos no desertarán? ¿Y qué vais a hacer entonces, mandar nuestros exploradores a buscarlos? ¿Y cuántos no nos traicionarán en cuanto puedan? Seamos cabales. No podemos vigilar día y noche a esa gentuza y tampoco hay ningún castillo amigo cerca adonde mandarlos. No queda otra solución que darles la muerte cuando menos lo sospechen, mientras duermen, por ejemplo. Nuestros soldados los rodearán y los despacharán en menos de una hora… ¡Y se acabó el problema!

—Se les prometió la vida si entregaban las armas.

—¿Queréis ganar esta guerra, sí o no? —preguntó Gazsi.

—No me tratéis de ingenuo, os lo advierto. Llevo peleando desde que era un mozo y he visto los mil y un desastres de la guerra. Aunque doy fe de que lo de esta mañana… Bien, eso no lo había visto jamás. Yo os garantizo que vamos a vencer. ¿Acaso dudáis de mi empeño?

—Por supuesto que no. Agradezco infinito vuestra ayuda y rezo a Sesac por todos y cada uno de los soldados brajairos que han caído por nuestra causa. Pero hay que ser realistas.

Fantiño hizo una mueca al sentir una punzada de dolor en el costado, donde le había golpeado la lanza. Allí tenía la piel teñida de negro a causa de una hemorragia interna, pero no le parecía que le hubieran reventado nada valioso.

—Esta mañana propuse a las gentes de la secta respetar sus vidas si se rendían. ¿También los hubierais matado después?

—Por supuesto.

Fantiño miró a Erejna, que a su vez lo contemplaba con una serenidad lúgubre.

—Sé que sois hombre de honor y yo también desapruebo ciertas cosas —dijo el maestre del Alba Dorada—, pero el señor Gazsi lleva la razón. Hay que eliminar a los prisioneros. Estorban.

—Vos y yo tenemos mucha mugre en el alma y algún día tendremos que rendirle cuentas al Padre. Hoy ya he exterminado a demasiada gente.

El maestre sonrió con sarcasmo triste.

—Dejemos los asuntos de los dioses en manos de los teólogos. Nosotros somos guerreros.

—Si para vos es un mal trago —intervino Gazsi—, cuanto antes lo toméis antes se os pasará la amargura. Dejad que los capitanes se encarguen de todo. Pero tenéis que dar la orden. Ahora.

Fantiño desvió la vista. De pronto se sintió avergonzado, se sintió un poco infantil ante ellos, le parecieron ñoños sus escrúpulos y ñoña su conciencia, tan agujerada como un odre cosido a chirlos. Deseó aquella falta de piedad de sus compañeros. Bajó la cabeza y quedó así durante muchos latidos, inmóvil, mientras las dos estatuas de carne

esperaban su decisión.

—No. —Los miró—. No mataré a esa gente.

—¡Pero…!

—¡Cerrad la boca! No vamos a cargar con ellos, pero tampoco vamos a matarlos. Les dejaremos irse al alba, descalzos y en paños menores, de vuelta a sus castillos. Sin armas es imposible que puedan hacernos daño. Además, tendrán que sobrevivir durante días en los bosques. Muchos caerán.

—La inmensa mayoría sobrevivirán.

—El problema está resuelto. No confundáis el sentido práctico con la venganza, señor Gazsi.

El aludido lo miró con desprecio.

—No soy yo quien confunde las cosas —dio la vuelta y se fue.

—Cometéis un error —dijo Erejna.

—Recordad quién tiene el mando de la hueste —advirtió Fantiño.

El maestre no añadió nada antes de marcharse.

Después, ya solo, Tacho Fantiño se sentó y apoyó la espalda en un árbol. Estaba cansado, cada día más cansado, cada año más cansado, en la paz y en la guerra, al raso y bajo techo. Empezaba a sentir la carcoma de la vejez royendo su trama de vigas. Deseó ver a su esposa y sus hijos, pero ese universo sencillo y apacible estaba demasiado lejos de aquí. Los mil dolores de la batalla empezaban a despertar. A pesar del puño de la disciplina, siempre terminaban por salir de sus covachas. Lo único que deseaba era desplomarse en las mantas, pero antes buscó en sus oraciones el sosiego que no había en este mundo. Como cada noche.

8

Cinco días después de la batalla de los vados de Urtra el terreno empezó a tornarse arisco. De la tierra emergían rocas y laderas que al cabo de poco devenían colinas y cerros. Era el umbral de las grandes elevaciones de Garona. No se trataba de una sierra alta, pero sí enrevesada y compleja, una trama de valles y gargantas, ora hoces y ora pasos angostos y sombríos. Parecía lógico que Bagwán hubiese elegido su madriguera en este laberinto, pues en él su castillo sería la aguja del pajar.

En un punto determinado del camino les esperaba un noble local venido a menos, llamado Cosrou Casatra. Fue vasallo de Bagwán, pero hubo desavenencias entre ellos —Casatra se negaba a dar explicaciones— y el Viejo hizo asesinar a su familia y luego arrasó sus tierras. A duras penas Casatra pudo escapar y desde entonces era un fugitivo. Trabó contacto con Rayán Arisai —otro fugitivo— y le reveló el cubil secreto de Bagwán, algo que conocía muy poca gente en el país. Incluso se ofreció a guiar la expedición. A Fantiño Casatra le pareció un hombre hosco y amargado a quien ya no le quedaba en este mundo otra cosa que la venganza. Decidió confiar en él, pero por si acaso, encargó a sus hombres que lo vigilaran y lo prendieran en cuanto hiciera algo extraño.

Con más razón que nunca, fueron desplegadas las avanzadillas para evitar una emboscada. Todos sospechaban que Bagwán ya conocería su presencia en Garona y esos temores se vieron confirmados pocos días después. Debían pasar por el Barranco de Artazo, lugar perfecto para una encerrona, y los exploradores no solo descubrieron allí guerreros del Viejo, sino que incluso hubieron de escapar para que no los mataran. Contaron que había una fuerza de cientos de hombres en lo alto de los cerros. Un regimiento de infantería ligera fue a limpiar la zona y durante el resto del día se sucedieron los encontronazos. Los escaramuzadores brajairios dieron al fin con el grueso de los enemigos, hubo algo parecido a una batalla campal en las cuestas y laderas pedregosas y al final los sectarios terminaron por huir.

—Parece que esta vez los fanáticos no eran tan fanáticos —dijo Fantiño.

—No os confiéis —respondió Casatra—. Están dispuestos a morir por el maldito demonio, pero no son necios. Se reservan para la última

batalla. Los reencontraremos en el castillo de Quisa, el cubil de Bagwán.

—¿De veras creéis que él está allí?

—Jamás abandona sus aposentos.

—¿Y si fuera todo un artificio? ¿Y si no existe ningún Viejo de la Montaña?

—Existe. Yo mismo lo vi cuando era un mozalbete. Estaba junto a mi padre, que también fue su vasallo.

—¿Cómo era Bagwán entonces?

Casatra desvió la vista, nervioso.

—Prefiero no hablar de ello. Hay algo… No puedo recordar bien sus rasgos ni lo que dijo, pero sí esa sensación de… maldad que transmitía. Recuerdo sus barbas, como un nido de serpientes, y sus ojos inyectados en sangre. Nunca parpadeaba. Ya entonces era un anciano.

—¿Un anciano? Pero si entonces vos erais un niño, ¿cuántos años tiene ese hombre?

—Nadie conoce su edad, pero se rumorea que hace más de un siglo ya era viejo.

Fantiño frunció el ceño con asombro.

—¿Traéis buenos magos? —le preguntó Casatra.

—Traigo a los mejores.

—Eso me reconforta.

El viaje proseguía, difícil y lento por lo abrupto de estos lugares y porque además debían cargar con la intendencia. Allí no había burgos ni labrantíos y la caza no podía abastecer a tanto soldado, así que tenían que llevar los carros con las raciones de campaña. Por fortuna menudeaban los riachuelos, así que el suministro de agua estaba asegurado. No hallaron más resistencia, pero casi podían notar las miradas vigilantes del enemigo.

Dos días después llegaron a una hoz enorme, abierta por el río Quisa. Casatra aseguró que siguiendo la lengua azul llegarían al bastión del Viejo. Antes del anochecer vieron un valle enorme donde el río se depositaba y formaba un lago de aguas serenas, rodeado de colinas boscosas de las que emergían crestones rocosos, como lenguas petrificadas que quisieran lamer el cielo. El más alto estaba coronado por un castillo que ansiaba tocar las nubes. El paraje era tan majestuoso que detenía el pensamiento.

—Ahí está la fortaleza del Viejo de la Montaña —dijo Gazsi—. Es el centro de la espiral de muerte que azota todo Élamos.

—Jamás había visto un alcázar tan alto y arriscado —murmuró Fantiño.

—¿Cómo demonios vamos a entrar? —dijo Erejna.

—Hay una ruta —respondió Casatra—. Si os fijáis, la montaña solo

es vertical por una de sus fachadas, la que da al lago, pues las otras en realidad son un cúmulo de laderas boscosas que forman una especie de rampa natural. En esas frondas hay un camino, el único que comunica la fortaleza con el mundo exterior. La senda acaba en un cruce lejano que a su vez lleva a las distintas poblaciones que abastecen al castillo. Pero ni siquiera en esos villorrios se conoce cómo llegar al cubil del Viejo. Todo lo compran y lo traen sus lacayos. Me costó mucho tiempo y dinero saber todo esto, por no hablar de los riesgos, pero al final hasta el secreto más fuerte puede ser violado. Si subimos por el camino llegaremos a la entrada principal. La única.

—¿Decís que solo hay una entrada? —preguntó Erejna, asombrado.

—Hace tiempo había otras, pero fueron tapiadas y ahora forman parte de los lienzos. Hay una poterna en el flanco del abismo para tirar la basura, pero es demasiado pequeña y además la fachada no se puede escalar. E incluso si algunos hombres temerarios lo intentaran, los vigías los descubrirían y no les permitirían ni siquiera acercarse. Tened en cuenta que ellos conocen ya nuestra venida.

—¿Qué sabéis del propio castillo? —preguntó Fantiño.

—No tiene foso, pero la única entrada se compone de dos puertas. La primera está protegida por una barbacana con dos torres circulares y la segunda está en la muralla principal y tiene un rastrillo. Tras superarlas tendremos acceso al patio de armas, la plaza y los edificios secundarios. Pero hay un recinto interior central que contiene el fortín y la torre del homenaje, todo ello protegido por otra muralla. En la torre están los aposentos de Bagwán.

—Magnífico —gruñó Fantiño. Miró al líder de la infantería y al ingeniero que los acompañaban. —¿Hay posibilidades de minar el lienzo?

—No, general. El terreno es demasiado rocoso como para abrir túneles y además la fronda que lo rodea no ayuda nada.

—Un asalto con escalas parece difícil por la altura de los muros y sus torres de flanco —siguió Casatra.

—Además, el terreno es demasiado empinado como para colocar onagros y catapultas —dijo el ingeniero.

—…Que ni siquiera tenemos —añadió Fantiño—. Nos llevaría demasiado tiempo construir esos artefactos y hay que tomar la fortaleza cuanto antes. El rey de Élamos puede que ya sepa sobre nuestros movimientos; en tal caso, podría enviar una mesnada en ayuda de Bagwán. —Miró a Casatra—. ¿Cuánta gente armada hay en el castillo?

—Por lo que sé, la guarnición no rebasa los dos mil hombres.

—Nosotros superamos los ocho mil. Si concentramos el ataque en la única entrada por fuerza tenemos que arrollarlos.

—Recordad que nos enfrentamos a fanáticos sin miedo a morir —

advirtió Gazsi—. Lucharán hasta el último aliento.

—Vamos a pagarlo caro, pero hemos venido aquí para cumplir esta misión y la llevaremos a cabo, por mucho que cueste. —Se volvió hacia Erejna—. No tenemos ariete, así que vuestros magos tendrán que hacer volar en pedazos las puertas de la barbacana y de la muralla.

—No me hace falta entrar en trance para detectar las barreras invisibles que protegen el castillo. No será fácil. Además… Hay algo que debéis saber.

Miró a Rafucio Ñascón, el líder de los sacerdotes hechiceros de Braladur. Era un hombre fornido y de cara aplastada que solía mantenerse en silencio durante las reuniones. Todos sabían que Erejna y él habían perfilado juntos la estrategia para luchar contra los peligros sobrenaturales. Ñascón se adelantó y habló con voz fuerte y serena:

—Tanto mis sacerdotes como los magos del señor Erejna hemos detectado una hechicería poderosa, de la peor especie. El auténtico peligro no serán sus guerreros, sino sus brujos.

—No entiendo de esas cosas —repuso Fantiño—. Por favor, explicaos con claridad.

—Hay emanaciones que provienen del castillo. Sus hechiceros están invocando a criaturas de la peor especie. Los magos de la Fuente y los sacerdotes nos ocuparemos de todo ello, pero no será fácil. Cuanto más tiempo tengan para sus manejos mayor será la dificultad, así que debemos acabar con el Viejo cuanto antes. Y el problema no será solo el castillo, sino también sus alrededores. Los bosques y el lago son un nido de demonios. Mis hombres velarán por nuestra seguridad, pero aun así los soldados van a ver y *sentir* cosas que pondrán a prueba al más valiente. Debéis mantener la disciplina.

Fantiño suspiró con enojo y cansancio.

—Parece que nos enfrentamos a una empresa ardua y además con prisas, así que debemos espabilar. Estableceremos el campamento aquí mismo, cerca del lago, para tener asegurado el suministro de agua. Habrá siempre exploradores en el camino que avisarán sobre la posible llegada de refuerzos enemigos y dejaremos un regimiento de retaguardia por si aparecen. Mientras, el grueso de las tropas subirá a la fortaleza. Pero eso será mañana porque hoy ya es tarde. Estableceremos un perímetro de vigilancia. Ñascón, quiero que los vuestros estén alerta. —El sacerdote hechicero asintió—. Al alba subiremos, daremos el asalto y con la ayuda de Braladur conquistaremos la fortaleza y mataremos a Bagwán.

No fue una noche tranquila.

Como había augurado Rafucio Ñascón, los guerreros sufrieron no pocos sustos. En los bosques merodeaban seres que flotaban en el aire,

como manchones de niebla. Los líderes de la tropa ya habían advertido a los soldados que no les flaqueara el ánimo viesen lo que viesen, pero era difícil controlar los nervios. Los magos y los sacerdotes vigilaron las lindes del campamento y las criaturas no osaron entrar en él. Ñascón aseguró que estos seres no eran más que elementales del bosque invocados por los brujos enemigos y que solo estaban allí para asustarles. A medida que la noche se hacía más tenebrosa aumentaba el número de criaturas, que mutaban a cada latido y emitían gemidos escalofriantes; pero al cabo de unas horas desaparecieron y volvió la quietud, que no la tranquilidad, al campamento.

Cuando el sol desintegró la oscuridad los hombres respiraron tranquilos. Comieron fuerte y una media hora después los mandos les ordenaron subir. Así lo hicieron, como una oruga que se deslizara por el camino serpenteante. Nadie les salió al paso y pronto divisaron el bastión, recortado contra el cielo. El silencio del bosque era extraño y atemorizaba. En la vanguardia iban los magos y los sacerdotes. El camino se ensanchó y culebreó entre grandes afloramientos de roca. Ante ellos estaba la barbacana con el portón doble, flanqueado por dos torres circulares. Había hombres en las almenas. Su silencio y su inmovilidad sorprendían.

Erejna y Ñascón le dijeron a Fantiño que dejara atrás a los soldados, pues solo estorbarían, y continuaron con sus magos y sus sacerdotes. Los caballeros del Alba Dorada desenvainaron los aceros, que al instante soltaron chispas. Se detuvieron y arrojaron relámpagos cegadores. Al estruendo de los rayos se sumó una barahúnda de chillidos inhumanos que ponía el vello de punta. El ataque mágico no conseguía atravesar la barrera. De las almenas brotaron chorros de un icor inasible, como si el castillo fuese una fuente de diablos; cruzaron el aire en forma de haces grasientos, brillantes y traslúcidos, en busca de los invasores, pero los sacerdotes a su vez invocaron seres blancuzcos que se enfrentaron a los monstruos de la fortaleza. Las criaturas de los dos bandos se mordieron y arañaron, giraron como perros enzarzados en riña mortal, sangraron hilachas de humo pesado, aullaron con voces agónicas… A veces un demonio de la secta vencía a su rival, caía sobre un sacerdote de Braladur y lo convertía en un amasijo de vísceras, sangre y huesos pulverizados. También había espectros brajairios que superaban las almenas y atravesaban a uno o dos hombres y los hacían estallar en pedazos antes de ser anulados de una vez por todas.

La batalla sobrenatural prosiguió con bajas por ambas partes y al final los caballeros del Alba Dorada y los hechiceros de Braladur empezaron a retroceder, temblorosos y empapados de sudor. Llegaron hasta el grueso del ejército.

—El ataque… —jadeó el maestre, que se apoyaba en un árbol y se agarraba el pecho, como si acabara de correr una legua—. No ha tenido… éxito. El castillo…

No pudo más y dos hombres lo agarraron antes de que se derrumbara de una vez por todas. Ñascón no ofrecía mejor aspecto y su voz aguda sonaba ronca:

—Esos… brujos… tienen buenas defensas…

—Descansad —dijo Fantiño—. Necesitáis reposo. Además, habéis tenido bajas.

El sacerdote esbozó una sonrisa malévola.

—Han muerto… más… de los suyos.

—¿Estáis seguro de eso?

—Os diré algo… Este tipo de lucha… Agota y socava… más de lo que podáis imaginar. Pero nosotros somos… más fuertes. Dos o tres asaltos más y… les habremos vencido. Entonces, cuando el castillo… no tenga protección mágica…, vuestros hombres… lo tomarán blandiendo el acero.

—¿No antes?

—¡No! —exclamó Ñascón—. ¡Ni se os ocurra! Si no anulamos primero su hechicería… los soldados… acabarán… hechos picadillo.

—Está bien. ¿Cuándo será el siguiente ataque?

Ñascón esbozó una sonrisa de amargura.

—Me temo que eso… va a tardar. Estos combates exigen una recuperación profunda. Al menos… ocho días.

Fantiño estuvo a punto de soltar una maldición, pero se contuvo al ver el aspecto maltrecho del sacerdote.

—No puedo exigiros lo imposible y de hecho agradezco vuestro trabajo. Confío en vos.

—Ahora… voy a descansar. No temáis, habrá gente que seguirá vigilando el campamento.

Durante dos días más no hubo problemas, pero en la tercera noche unas figuras se les acercaron con tal sigilo que consiguieron burlar a los centinelas, o bien se les echaron encima y los asesinaron en silencio. Estalló la grita:

—¡Urrala! ¡Bagwán!

Las piernas corrían y saltaban, los brazos subían y bajaban y el cuchillo encontraba la carne.

—¡Urrala! ¡Bagwán!

Prefirieron la muerte a la captura y acabaron ensartados en lanzas. Cuando Fantiño llegó al lugar de los hechos venía con la espada en la mano.

—¿Qué ha pasado? ¿Nos ataca la hueste de Bagwán?

—Poca hueste es, mi señor —le dijo un soldado, mientras señalaba un cadáver cubierto con ropones negros—. Son tres locos que

apuñalaban y soltaban tajos por doquier. Menos mal que solo tenían una daga. No creo que hayan matado a muchos.

—¿Una daga? —gritó Gazsi—. ¡No!

Tomó con un cuidado infinito la gumía del asesino y luego miró al soldado.

—¿También te hirió a ti?

El hombre asintió mientras se llevaba una mano a la garganta. Empezó a toser.

—Sí. —Parecía faltarle el aire—. ¿Por qué?

—Lo siento, muchacho. Que tu dios te lleve a la gloria.

El guerrero cayó de rodillas y así murió, sin entender por qué un simple rasguño lo enviaba al reino de la muerte.

—Veneno —dijo Gazsi.

—¡Que los heridos vayan a ver al médico! —ordenó Fantiño—. ¡Rápido!

—Es inútil. Antes del alba estarán muertos.

El amanecer trajo cuarenta y un cadáveres brajairios.

—¡Mal rayo parta a esos locos! —gruñó Fantiño en el pabellón del Estado Mayor—. ¡Cuarenta y uno de los nuestros por tres de los suyos! —Miró a Casatra—. ¿Cómo es posible que nos hayan atacado si dijisteis que no había más puerta en el castillo que la de la barbacana? Hay hombres que la vigilan día y noche y no han visto salir a nadie. ¿Es que se han descolgado por las murallas o por el barranco?

—No lo creo. La respuesta ha de ser más sencilla. Si no los hemos visto salir es porque ya estaban fuera. Como sabía de nuestra llegada, puede que el Viejo ordenara a los asesinos esconderse en estos bosques. Nos esperaban. Solo gracias a los vigilantes la tragedia no ha sido mayor. Esto es solo el principio. Van a atacarnos cada noche. No son bastantes como para vencernos de una sola vez, pero querrán sangrarnos poco a poco y acabar con la moral de la tropa.

Fantiño plantó las manos en la mesa y clavó sus ojos en ella, furioso y agotado.

—Hay que avisar a los exploradores —intervino Gazsi—. Corren mucho peligro.

—Lleváis razón. —Fantiño los miró—. A partir de ahora todos los exploradores irán en grupos de cinco. En el campamento los soldados dormirán con la armadura puesta y tendrán el arma en la mano. Aumentaremos el número de vigilantes.

—Es difícil detener a quien no teme morir —gruñó Erejna.

—También es difícil matar al que está sobre aviso. No volverán a tomarnos por sorpresa.

—Quizás podamos devolverles el golpe —dijo Gazsi, pensativo.

—Hablad.

—Por muy fanáticos que sean han de alimentarse, así que deben

tener un campamento con las provisiones. Vuestros mejores exploradores, los más hábiles y sigilosos, pueden batir la fronda en su busca.

—Bien pensado. —Fantiño miró al líder de la infantería ligera—. Quiero que vuestra gente encuentre el cubil de esos demonios y que nos lleven allí para aplastarlos.

—Tengo las personas adecuadas, general.

Los ataques continuaron durante otras seis noches, pero no causaron tantas bajas porque las precauciones de Fantiño hicieron efecto. No obstante, siempre morían más brajairios que sectarios y eso minaba la moral de la tropa, que además, al no entender nada de magia, no acababa de comprender por qué no volvían a asaltar la barbacana de una vez por todas. En esas estaban cuando un explorador pidió ver a Fantiño:

—Mi general, esta mañana los batidores han vuelto con nuevas.

—¿Han encontrado el campamento de los asesinos?

El hombre asintió.

Fueron enviados ochocientos soldados, sobre todo exploradores y escaramuzadores; no llevaban armadura y la panoplia estaba compuesta de dagas y cuchillos, pues era más importante el sigilo que la contundencia. Más de un tercio eran arqueros consumados. Se dividieron en cuatro grupos y con lentitud se acercaron al campamento enemigo, en un claro salpicado de piedras musgosas, cerca de un río que hendía el bosque y lo convertía en una garganta de laderas suaves. Los brajairios se aproximaron agachados e incluso a rastras. Hubo silbos no de ave, sino de labios humanos, y entonces echaron a correr sin disimulo. Los centinelas de la secta dieron la voz de alarma, pero era tarde porque ya estaban rodeados. Se trataba de un campamento sin pabellones ni tiendas y los hombres de Bagwán descansaban bajo el techo de ramas y hojas, tirados sobre la frazada. Aquellos ciento cincuenta hombres devinieron un caos de gritos y aceros y echaron a correr, pero los brajairios habían dispuesto líneas de arqueros y más de cuarenta sectarios fueron asaeteados; algunos intentaron alcanzar a los arqueros con el nombre de su señor en la boca y la flecha les atravesó la cara, el cuello o el pecho, y los envió rodando por las laderas cubiertas de hojarasca. Los que consiguieron huir de los arqueros hallaron una fuerza enemiga que les cerraba el paso por todas partes. Los brajairios sabían que los sectarios no se rendirían jamás, así que se dejaron de peticiones de rendición y atacaron de inmediato. La batalla parecía más bien una trifulca de taberna, pues no había allí armamento pesado y los hombres se acuchillaban en las rocas, contra los troncos, en las aguas del pequeño río y a través de los arbustos. La aplastante mayoría brajairia aniquiló a los asesinos, que pelearon como diablos y causaron muchos muertos

antes de ser eliminados.

Fantiño se sintió satisfecho porque ya no habría más asesinatos que minaran la moral de sus gentes. Felicitó al batallón de exploradores y enterró con honores a sus caídos. Gazsi y Casatra pidieron, o más bien exigieron, que los cadáveres de la secta no recibieran sepultura. Fantiño les permitió ese torvo placer.

Esa tarde se reunió con Ñascón y Erejna.

—¿Están ya preparadas vuestras gentes para el siguiente asalto al castillo?

—Dejadnos dos días más y entonces destruiremos sus defensas de una vez por todas.

Había un clima optimista en el campamento porque ya se conocía que en breve se daría la batalla suprema; los hombres tenían ganas de acabar por fin esta maldita campaña.

Pero la criatura se deslizó apenas dos horas después de que empezara el nuevo día. Su superficie onduló sobre la tierra y atravesó el ramaje y el sotobosque, atravesó los árboles y las piedras, atravesó el aire, lo absorbió dentro de sí, lo corrompió y lo expulsó en vaharadas de tiempo decrépito. La criatura no hacía ruido, pero las mentes humanas sufrieron el mugir de su vida palpitante, ciega y ávida, un pensamiento intruso, sucio como las heces y pringoso como la melaza. La vastedad había emergido del lago y rodó y se arrastró y pateó sobre las orillas, sobre la hierba fresca y ya violada para siempre, sobre los tréboles y las flores y las pequeñas criaturas que eran demasiado lentas o torpes para huir y que o bien morían rápido o agonizaban siglos en latidos. Antes de que la enormidad llegara como una ola los hombres empezaron a temblar y a temer estar vivos. Muchos cayeron de rodillas, otros se aliviaron en las piernas, los hubo que desenvainaron las espadas y las agarraron con tal fuerza que se les agarrotaron los antebrazos, y otros echaron a correr bosque adentro. Los sacerdotes y los caballeros de la Fuente ya se movían con rapidez, se gritaban, dominaban su espanto para conseguir entrar en trance o para invocar a dioses y demonios. El campamento se convirtió en un caldero de personas gemebundos y chillonas. Se levantó una grita en la que bullían las maldiciones, las peticiones de ayuda a la divinidad, los insultos, los reniegos, los llantos desesperados y las amenazas histéricas.

—¿Qué está ocurriendo? —vociferó Fantiño, haciendo un esfuerzo para no sumarse a la locura colectiva. Los soldados le pedían que los ayudase, exigían que la jerarquía salvase no solo sus vidas, sino sobre todo su cordura—. ¡Ñascón!

El sacerdote se volvió hacia el general con una autoridad nacida no del poder, sino del miedo, o más bien del conocimiento.

—¡General, sacad a los hombres de aquí! ¡Lleváoslos!

—¿Adónde?

—¡Lo más lejos posible! ¡Todos morirán si se quedan! ¡Solo nosotros podemos ocuparnos de esto!

Fantiño se aferró a la idea de que aquel hombre sabía de lo que hablaba —*tenía* que saberlo— y por tanto empezó a ladrar a los capitanes para que se llevaran las tropas camino abajo. Se marcharon no en formación, sino corriendo como una turba sin disciplina.

Solo quedaron los magos y los sacerdotes, que incluso rebasando las seis centenas parecían un grupito miserable, en medio del silencio aplastante del campamento abandonado.

—¿Qué es eso que se acerca? —le preguntó Erejna a Ñascón.

—Es mejor que no lo sepáis. Decidle a vuestros magos que levanten sus defensas más poderosas y castiguen al ser con todo lo que tengan. Hay que destruirlo.

El maestre del Alba Dorada había pasado por muchas pruebas en los sesenta y un años de su azarosa vida, pero nunca se enfrentó a una como esta, que exigía rebasar los límites de su voluntad. No vio, sino que *intuyó* al ente. Perspectivas, formas y colores fueron estrangulados, masticados, escupidos. Una vez atravesada la membrana del miedo, los magos y los sacerdotes quedaron clavados al suelo por los pies y lucharon para aferrarse a los constructos mentales de la realidad que habían conocido hasta ahora y que se les escurrían como el agua entre los dedos. Levantaron defensas, arrojaron su poder cegador y sus llamas incandescentes fustigaron como látigos sobrenaturales. La imposibilidad manifiesta se detuvo y se agitó, envió oleadas de epidermis inmaterial en todas direcciones, palpó y atrapó a muchos de esos insectos humanos que le picaban con sus aguijones de magia, los redujo a cenizas, los convirtió en cascadas de carne o los dejó en el suelo riendo y llorando, con la mente convertida en mermelada de locura. El ser vociferó colores y eyaculó sonidos que se colaban entre los pensamientos. La batalla persistió.

Lejos, los guerreros que se refugiaban en la ingenua dictadura de la espada y el músculo contemplaban la nube de colores y de centellas que se elevaba por encima del bosque, y se felicitaban por no saber nada acerca de cosas que no debieran ocurrir. Muchos cayeron de rodillas y se hundieron en el rezo. Esa lucha remota les hacía sentirse pequeños, niños impotentes en un mundo de adultos. Comprendían por fin que Dirtán era, sobre todo, un lugar desconocido.

Al final, el ser que no tenía derecho a ser, pero era, se deslizó, rodó, se arrastró hacia atrás. Reculaba como una maraña de humos que pretendían ser carne, llegó a las orillas del gran lago y se introdujo no solo en el agua, ni siquiera en el fondo de barro y de plantas que bailaban danzas sedosas, sino aún más adentro, se introdujo en las simas de Dirtán, y pudo salir de este mundo y volver

al ámbito del que había sido arrancado. No había muerto. Solo se marchaba.

Los magos y sacerdotes habían vencido, pero a un alto precio. Había muchos cadáveres retorcidos hasta lo inverosímil, como deformados por los dedos de un dios loco. Y los vivos parecían muertos en vida, devastados no solo por el esfuerzo físico y mental, sino también —y aún peor— por haber presenciado algo que nunca debieran haber visto. Algunos lloraban en silencio, otros parecían confusos y perdidos, otros habían perdido para siempre la alegría del alma. Erejna cerró los puños hasta que el temblor le resultó tolerable. Ñascón tenía más arrugas en la cara y su pelo se había vuelto blanco.

—Hay que decirle a Fantiño que ya pueden regresar —dijo, con voz átona—. El campamento vuelve a ser seguro.

El ejército retornó y miró el bosque con recelo… Pero todo parecía igual que siempre, así que se hicieron los esfuerzos necesarios para recuperar la rutina salvadora. Fantiño se reunió con Erejna, Ñascón y los otros mandos.

—¿Puedo preguntar qué era… *eso*?

Ñascón tomó la bota y se echó a las fauces un chorro larguísimo de vino. Se limpió la boca.

—No solo existe este mundo, este plano de realidad. Hay muchas otras esferas y la hechicería permite abrir portales. Los que nosotros llamamos *demonios* provienen de algunos de esos ámbitos. Y esas criaturas tienen sus propios soldados y capitanes.

—Queréis decir que esa cosa era un general entre los demonios.

—No general, sino rey. De algún modo conseguimos vencer a la criatura; tal vez la herimos, o simplemente se cansó de pelear…, y ha vuelto a su casa. Los brujos de Bagwán la invocaron, pero nosotros rompimos la correa, o al menos conseguimos que el propio mastín la rompiese. No volverá.

—¡Loado sea Braladur! —exclamó Fantiño.

—En efecto, podemos dar gracias al Padre porque no creo que pudiéramos resistirlo otra vez. No sé ni cómo hemos podido rechazar a esa criatura. Pero está hecho.

—Señor Ñascón —intervino Gazsi—, si Bagwán y los suyos pueden hacer estas cosas, ¿cómo podremos vencerlos?

—Les venceremos porque han muerto más de ellos que de los nuestros. Y los que aún viven están agotados.

—No lo entiendo —objetó Catrava—. Ellos no lucharon.

—Sí lo hicieron —repuso Erejna—, pero no lo vimos.

—Así es —dijo Ñascón—. Para atraer a una criatura tan enorme no basta con agotar el cuerpo o la mente, sino que debe pagarse con la moneda suprema.

—¿Queréis decir que se sacrificaron para invocarla? —se asombró

Fantiño.

—Es imposible que el precio fuera más bajo. Y no solo para hacerla venir, sino para dirigirla. Estoy seguro de que la mayoría de los brujos de Bagwán ha muerto. Se lo jugaron todo en este último lance. Casi lo ganan.

—¿No encontraremos defensas sobrenaturales en la fortaleza? —preguntó Fantiño—. ¿Podremos atacarla de una vez por todas?

—Aún hay barreras, pero son débiles. Los magos y los sacerdotes las romperemos y entonces vuestras tropas tomarán la plaza, aunque eso ha de suceder dentro de muchos días. Tenemos que recuperarnos.

—De nuevo nos ponemos en vuestras manos, con mayor confianza que nunca.

No sucedió nada durante diez días.

Al siguiente, el ejército subió por el camino. De nuevo los caballeros del Alba Dorada y los hechiceros de Braladur se adelantaron y golpearon, y esta vez, en efecto, rompieron las defensas mágicas del bastión. Después, reventaron en pedazos el portón de la barbacana. Los brujos de la secta se habían replegado y la segunda puerta también saltó por los aires. Esta vez los de Bagwán sí dieron la batalla. Eran menos y estaban muy quebrantados, pero aun así lucharon con el coraje que da el amor a la muerte. Fueron aniquilados y el ejército penetró por fin en el patio de armas y la plaza principal. Allí no había nadie, pero vieron movimiento sobre las almenas de la segunda muralla.

—Ya no tienen brujos —dijo Ñascón—. Forzaremos la entrada para acelerar las cosas y después será vuestro turno, general, porque nosotros estamos agotados.

Fantiño le dio una palmada en el hombro.

—Habéis llevado a cabo vuestra encomienda con la mejor de las notas. Haced lo que tengáis que hacer y luego descansad, que las tropas se ocuparán del resto.

El siguiente umbral quedó expedito y rodeado de llamas. Fantiño desenvainó su acero.

—¡Tomemos la plaza de una vez por todas! ¡Por Brajairi! ¡Por el rey!

Los guerreros cargaron profiriendo gritos, cruzaron la entrada y fueron recibidos por un muro de escudos y hojas de acero. Los sectarios gritaban loas a Urrala y a Bagwán; peleaban tan duro que lograron contener la oleada durante algún tiempo, pero al final se impuso la superioridad numérica y los brajairios los arrollaron y los exterminaron. La batalla prosiguió dentro del edificio de la torre. En los espacios cerrados la algarabía era ensordecedora y el eco la multiplicaba y deformaba hasta convertirla en una monstruosidad de mil voces confusas. Fantiño iba al frente de los guerreros, así como

Gazsi, Casatra y los demás líderes; era de la vieja guardia y se resistía a permanecer lejos de la gresca. Los sectarios fueron aniquilados y el suelo de baldosas quedó sembrado de cadáveres. Fantiño sospechaba que los asesinos iban a hacerse fuertes en cada pasillo y habitación, así que distribuyó a sus gentes en cuatro grupos, que a su vez se dividirían en secciones y pelotones; debían limpiar de enemigos el primer piso, el más grande. No podrían subir si dejaban atrás un solo asesino.

La tarea les llevó su tiempo porque los sectarios se encerraban en cada sala y no quedaba otro remedio que romper las cerraduras a hachazos. Hallaron los cadáveres de lacayos y sirvientes e incluso del pequeño harén de mancebas que distraían a los hombres del castillo. Todas esas gentes pacíficas habían sido degolladas por los asesinos y yacían sobre láminas de sangre.

Pasado el mediodía la fuerza invasora subió por la torre del homenaje. Allí la cosa tampoco resultó sencilla. Los sectarios peleaban con salvajismo en las escaleras. En cada piso se producía el mismo asedio de las grandes salas, la misma batida de las puertas a hachazos y la misma liza sin cuartel.

Fantiño lideraba la subida y, aunque sus hombres casi no le permitían exponerse, había intercambiado golpes varias veces con los asesinos. Llegaron por fin al salón de honores de la torre del homenaje, un nivel por debajo de la azotea. Casatra señaló la puerta con su espada.

—Ahí dentro ha de estar el demonio.

—¡Adelante! —exclamó Fantiño—. ¡Hacheros!

Mientras sus hombres trabajaban Fantiño retrocedió y se llevó una mano a la frente. La vista se le nubló. Sintió un espasmo de angustia y con discreción se inspeccionó el cuerpo, protegido por una túnica de mallas de manga y faldones largos, guanteletes metálicos y un almófar bajo el yelmo. Eso le hacía sudar como un pollo, pero en este caso toda protección era poca. Se inspeccionó las piernas y halló un tajo bajo la rodilla, un corte leve aunque aparatoso. En el caos de la batalla ni siquiera lo había notado y coligió que algún enemigo debió acuchillarlo desde el suelo. Sintió que una ola de desesperación se batía sobre él. Luchó para que su visión fuese de nuevo clara. Carraspeó y tosió. Se preguntó cuánto tiempo le quedaría. El final siempre había estado cerca, pero ahora comprendía que nunca se estaba preparado para afrontarlo. Recordó a su mujer y sus hijos y sintió un cuajo de dolor al comprender que no volvería a verlos jamás. Eludió preguntarse si su vida había tenido sentido porque la pregunta en sí misma era una estupidez. La nada se le acercaba y él se aferró a los mismos valores de siempre, tal vez ciertos, tal vez erróneos, pero siempre suyos, en todo caso. Acunado por el tronar de las hachas en la

madera, Tacho Fantiño cerró los ojos y apenas movió los labios para emitir un fantasma de voz:

—Padre Braladur, me pongo en tus manos y acato tu voluntad. Te doy gracias y te alabo como siempre he hecho. Muchos han sido mis yerros y solo tú puedes juzgarme. Diré en mi favor que he intentado vivir con honor y dignidad. Solo pido que me permitas morir de igual forma. Cuida de mi familia y concede grandeza y triunfos a mi señor el rey.

Se llevó una mano a la frente y a la entrepierna, inspiró fuerte y clavó la mirada en la puerta medio abierta.

—¡Dejadme pasar! —gritó. Se abrió paso a empujones y codazos. Los hombres lo miraron sin asombro, pues en el caos del combate la temeridad no era cosa rara—. ¡Entraré el primero!

Abrieron a patadas y empujones, desplazando los muebles, y entraron en un salón sin candiles donde las ventanas, pocas y estrechas, apenas ahuyentaban la oscuridad con sus haces dorados. Entre las sombras adivinaron un cúmulo de cuerpos y aceros. Tacho corrió hacia los últimos enemigos, tal vez la guardia de élite de Bagwán. Pelearon recio y murieron igual. Tacho sentía el dolor de un racimo de golpes, pero por encima se alzaba el leviatán del mal que lo carcomía. Parpadeó, levantó las cejas y se limpió el sudor con la mano enguantada.

—¿Dónde está Bagwán? —preguntó, ronco.

Los guerreros buscaban por todas partes. Encontraron una puerta que conducía a un cuarto anejo. Estaba cerrada.

—¡Echadla abajo! —ordenó.

Así lo hicieron y de nuevo empujó a sus hombres para entrar el primero y cobrarse la pieza. Lo único que alejaba el miedo al abismo era el ansia de gloria, ese pedazo de inmortalidad que legaría a sus descendientes.

Descubrió sombras mal ahuyentadas por la luz espectral de los cirios, alfombras, una ventana que chorreaba sol, bibliotecas y librerías preñadas de volúmenes y rollos, tapices con motivos lánguidos y siniestros, figuras que a la vista le costaba desentrañar y que se movían con lentitud, como serpientes… Algo retuvo a los invasores en el umbral, una barrera invisible. Allí estaba el Viejo de la Montaña, verdugo de nobles y reyes, dios para los sicarios que morían gritando su nombre, amo de asesinos, leyenda macabra, mito cosificado, esclavizador de estados y reinos. Ficción hecha solidez.

Tacho se apoyó en el quicio, reprimió la náusea y domeñó el mareo que parecía tirar de su cabeza y sus pies en distintas direcciones. Agarró con la zurda un pie de bronce sobre el que reposaba una lámpara de sebo. La luz se deslizó por la habitación y dibujó un caos de sombras. En la diestra aún tenía la espada. Se

acercó a lo que había allí, en el fondo, sobre los cojines. Vio venir hacia él una criatura que se desplazaba a cuatro patas y que bufaba y siseaba. La iluminó con la lámpara y descubrió algo que quizás fuera un hombre, depilado de la cabeza a los pies, desnudo, con la piel asquerosamente pálida. La criatura tenía un aro metálico en el cuello y una cadena partía de él y se perdía en algún lugar bajo la masa de cojines. Volvió a ladrar y rugir y Tacho lo miró con más repulsión que miedo. El ser intentó morderle y Tachó le abrió la cabeza con la espada. Pasó por encima del esclavo muerto. Sentía a su espalda la presencia de los guerreros, tan remotos… Algo ocurría con las cosas y su lugar en el espacio. Estaban inmóviles, cada una su sitio, y al mismo tiempo se expandían como flores que se abrieran a velocidad innatural. Tacho adelantó el candil. La luz iluminó durante unos pocos latidos al *hombre* sentado en los cojines, iluminó su figura delgada hasta la caricatura, el cuerpo desnudo a excepción del taparrabos, con las piernas cruzadas y los tobillos encima de las rodillas, toda esa arquitectura de fibras musculares reducidas a su mínima expresión, una tela epidérmica tan fina que los huesos parecían a punto de rajarla. Las costillas se marcaban como el tingladillo de un barco y las tibias y los fémures eran ramas de un arbusto muerto. Había más de insecto que de hombre en esa figura. El cabello formaba una especie de serpiente de heces apelmazadas que bajaba por su espalda, rodeaba su cintura y se perdía bajo los cojines. La barba era un vómito piloso sobre el pecho escuálido. Las manos estaban caídas y algo le había pasado a los hombros, como si las articulaciones se hubieran fundido y luego solidificado en amasijos grotescos. Esos brazos, el cuerpo entero, no se había movido de allí en mucho tiempo. Años, tal vez. Las uñas habían crecido hasta formar curvas y espirales prodigiosas. El candil también iluminó su cara, un rostro cadavérico, surcado por miles de arrugas diminutas, como la piel cuando se sumerge en agua durante horas. Los labios estaban despellejados, recubiertos de baba reseca, entreabiertos, como si respirase por ellos y no por la nariz. Los ojos estaban desorbitados. Tenía las pupilas tan dilatadas que apenas había una línea de marrón alrededor del negro. Estaban enrojecidos por los derrames internos y salpicados de puntitos oscuros.

Tacho quedó inmóvil. Esos ojos no lo miraban a él. Conquistaban el espacio circundante, lo absorbían. Eran pequeños soles y su insania creaba sus propias reglas, por completo extrañas a la razón, o, mejor dicho, creaba una segunda razón, un patrón personal de normas ajenas a las de la cordura pero capaces de suplantarla con éxito. Encima de Bagwán había una especie de sustancia borrosa, una mancha aceitosa que flotaba en el aire. Dolía contemplarla.

—Es Urrala —susurró alguien, a su lado—. El dios de la oscuridad. El Viejo llama a su señor.

Tacho se volvió y vio a Casatra, a Gazsi y a los otros elamosios de su ejército. Se habían adelantado para enfrentarse a la némesis no solo de la estirpe de reyes a la que obedecían, sino también la némesis del dios al que adoraban.

—¡Sesac! —gritó Gazsi—. ¡Sesac, Tus hijos te suplican que los ayudes!

Algo escapó por una herida diminuta de la realidad, una hemorragia de luz que dibujó hilachas ensortijadas y luego líneas rectas, un brillo que, como una lanza vindicadora, atravesó la mancha brumosa sobre Bagwán. Tacho no pudo soportarlo y apartó la vista, pues había cosas vedadas a los mortales, o al menos a los que, como él, creían poder atar al universo con las correas de la comprensión. Dejó el pie de la lámpara en el suelo y se apoyó en la propia espada para no caerse de una vez por todas. Sentía el sudor resbalando por la nariz, por la barbilla, por el surco de la espalda bajo la túnica. Respiró fuerte para controlar el mareo y hacer sólidas sus tripas de gelatina. La ola tenebrosa venía hacia él, pero la contuvo. Aún no. Tenía que verlo.

La luz y la oscuridad que no eran de este mundo habían desaparecido. Bagwán ya no tenía patrón que lo defendiera y por tanto su cuerpo huesudo se licuó, se deshizo en una cascada de carne blanda, tan maloliente que todos retrocedieron un paso, y del Viejo de la Montaña solo quedó sobre los cojines un compendio de icores, pastas y líquidos que ofendían a la vista, por entre los cuales asomaba la trama de huesecillos, las vísceras petrificadas, jirones de pellejo rugoso, el pelo apelmazado y grasiento y la tela del taparrabos.

En un movimiento espasmódico de repugnancia, como el que aplasta una cucaracha con el pie desnudo, Tacho agarró el pie de bronce y lo arrojó sobre los cojines. Nadie intentó impedir que las llamas se extendieran sobre las telas y sobre la carne que ya no era carne y que desde hacía mucho perdió el derecho a serlo.

—El fuego limpiará —dijo Gazsi. Las llamas hacían brillar el sudor de su rostro.

—Fuera —dijo Tacho Fantiño, ronco, estrangulado.

Echó a andar y se abrió paso entre la maraña de hombres. Pasó al salón cuajado de cadáveres, encharcado en sangre, sucio, hediondo. Los soldados se apartaban a su paso. Tambaleándose, arrastrando los pies, llegó hasta un chorro de luz blanca y cegadora que entraba por un ventanal. Se bañó en la claridad, soltó la espada y se dejó caer de rodillas. Así postrado, levantó la cara.

—Padre —dijo—. Perdóname.

La luz besó sus ojos durante un instante precioso y eterno.

El cuerpo cayó sobre las baldosas.

9

—Mi señor, acaban de llegar noticias. Malas. Las fortalezas de Isín y Erudi se han entregado al enemigo. Sus guarniciones se rindieron y todos los soldados y la mayor parte de los oficiales han jurado fidelidad al hermano del rey.

Parviz llevó una mano a su frente sudorosa y cerró los ojos. Suspiró. Miró a Nouri Dumuci, el líder del ejército que protegía Élamos capital.

—¿Cuántos hombres hemos perdido? —preguntó.

—Unos dos mil entre las dos plazas. Lamento decirlo, pero eran el último refuerzo que podíamos esperar.

—Los invasores aún no están aquí.

—Vendrán tarde o temprano —repuso Dumuci—. No seremos capaces de hacerles frente, ni siquiera tras las murallas.

—¡Ya lo sé, maldición! ¿Cuántos soldados tenemos en los acuartelamientos de Élamos?

—Unos cuatro mil.

Parviz estuvo a punto de añadir el fatídico *por ahora*, pero se contuvo. Fue el general Dumuci quien tocó ese tema aciago:

—Señor, he impuesto una disciplina de hierro para evitar nuevas deserciones, pero cada vez resulta más difícil ocultarles a los soldados que estamos perdiendo la guerra.

Parviz lo miró con severidad, pero ya ni siquiera tenía sentido contradecirle. Solo en este despacho del Palacio Real podían hablar sin tapujos.

—Pues debéis conseguirlo. Sois el responsable de la seguridad no solo en los cuarteles, sino también en las calles. Debéis apretarle la correa al ejército y al pueblo.

—En cuanto a los civiles, seguimos haciendo ejecutar a todos los que critican al rey, pero las hablillas son imparables y los tumultos ocurren casi a diario.

—Hay que mantener el orden a cualquier precio. A cualquier precio, ¿entendéis?

—Lo entiendo. —Dumuci lo miró con astucia—. Mi señor, ¿habéis pensado en pactar con el enemigo?

Parviz apretó los labios y al final desvió la mirada.

—No lo descarto, pero los invasores todavía no han ganado. Tenemos la capital y hasta que no la conquisten habrá guerra. Tal vez

aún pueda suceder algo que cambie las tornas.

La voz del general no se elevó, pero sonó dura:

—Entonces rezadle a Sesac porque ya solo podemos confiar en los milagros.

—Podéis retiraros. Agradezco vuestros servicios. Estoy seguro de que continuaréis haciendo vuestra labor con el mismo empeño y lealtad de siempre.

—No lo dudéis. —Dumuci asintió y se fue.

Parviz volvió a llevarse la mano a la frente y luego la deslizó sobre la calva mojada. En los últimos tiempos no paraba de sudar, a pesar del frío del invierno. Mojaba las axilas y sentía la humedad en la espalda, pegada a la túnica, como una presencia pegajosa y desagradable. Por las mañanas despertaba sobre una almohada empapada. Jamás había sudado tanto. Fue hasta una ventana. La ciudad parecía tranquila, pero bajo la superficie bullían el miedo, el odio y la traición. Parviz era el privado de un rey loco y por tanto en sus manos tenía el control del país, pero ese control se le escapaba día tras día… En el verano los invasores conquistaron Uruca y Larsa, lo cual fue un duro golpe, aunque no insoportable. Lo peor fue la muerte de Bagwán y por tanto la destrucción de la secta de los asesinos, la base del poder de Bauán IV el Divino y de su consejero, Parviz. Aquello sí fue como un puñetazo en plena mejilla, les había dejado mareados y débiles y desde entonces se habían limitado a aguantar uno tras otro el resto de los golpes, luchando no para vencer, sino para no caer sin sentido de una vez por todas. Además, el enemigo se había comportado con una astucia demoníaca, pues no bajó a la capital para rendirla de una vez por todas, sino que demoró el asalto definitivo para que en todo el país calara la idea de que Rayán Arisai estaba dispuesto a recuperar el trono que el Divino le había arrebatado por la fuerza. De nada sirvió la represión: las traiciones se multiplicaron por todo el país y batallones, regimientos y por último ejércitos enteros se unieron al enemigo. En las aldeas se aclamaba al tal Rayán Arisai. Pocas luchas hubo después de Uruca, Larsa y Quisna, pues los elamosios recibían a los brajairios ya no como invasores, sino como libertadores. El Divino jamás tuvo legitimidad propia y hubo de imponerla por la fuerza, generando una semilla de rencores que ahora florecían por doquier. Además, había muchos enemigos de Bagwán y su secta entre los nobles, los mercaderes y los guerreros, y todos ellos premiaron la muerte del Viejo con su apoyo al invasor. Los brajairios dejaban que las cosas ocurrieran por sí solas, no las forzaban, no buscaban ninguna gran batalla que pudieran perder. El tiempo jugaba a su favor y por ello aún no estaban frente a las murallas de Élamos. Querían que el país entero les hiciera el trabajo sucio. Y lo estaban consiguiendo, pues Parviz temía a diario un alzamiento en la capital e

incluso en el propio palacio. Contaba con hombres como Dumuci, hombres de fidelidad forzosa porque ascendieron junto a Bauán IV y Parviz, durante aquel lejano golpe de Estado en el que fue asesinada casi toda la Familia Real —el *casi* le dolía en el alma al eunuco—. Dumuci en concreto llevó a cabo una purga tan cruel entre sus colegas que no esperaba el perdón del enemigo. Parviz tampoco tenía muchas esperanzas en cuanto a su futuro.

No obstante, seguía haciendo sus planes…

Por supuesto, la guerra estaba perdida y solo era cuestión de tiempo que atacaran la capital. El eunuco deseaba un asedio largo y difícil para así pactar una entrega con condiciones. Y una de ellas —en realidad la única que le importaba— era que le dejaran a él con vida y con suficiente dinero como para largarse de un país donde le esperaban mil y un puñales. A cambio, entregaría el imbécil coronado a los brajairios y todo lo demás que pidieran. Pero para que eso ocurriera era imprescindible una lucha en la ciudad, lo cual hacía necesario a su vez el control del ejército y de la plebe, un control ejercido con mano de hierro por generales como el que acababa de salir.

Parviz se dijo que, pasara lo que pasara, él sobreviviría.

Las semanas se sucedieron una tras otra, sin señal alguna de los brajairios. Los tumultos proseguían en las calles, pero ya eran cosa banal, arengas de viejos más que violencia de grupos. Parecía que los opositores al rey estaban mansos… o que esperaban con paciencia su momento. El estancamiento terminó casi a finales de año, cuando se recibió la noticia de que por fin los brajairios se dirigían a Élamos capital. Estarían frente a las murallas en menos de ocho días. Parviz ordenó que la urbe quedara sometida a una disciplina aún más recia. Dumuci dispuso sus fuerzas de la mejor manera posible para ofrecer una resistencia enconada y se multiplicaron las ejecuciones de sediciosos y pesimistas. Llegaron mensajeros del enemigo, pidiendo una rendición incondicional. La respuesta fue un no rotundo.

Mientras, Bauán IV el Divino se desentendía de la guerra. Aseguraba que sus valientes soldados destrozarían a los brajairios porque cada uno de ellos valía por cien extranjeros, y que si eso no fuera suficiente él mismo desintegraría a las tropas enemigas con sus rayos. Últimamente consumía mucha hierbadulce, influenciado por su esposa, la reina Lisca. Eso daba alas a sus delirios, pero también le hacía indolente y soñoliento y menguaba su gusto por la sangre y el asesinato. A Parviz no le importaba lo que hiciese mientras no molestara, pues tenía que organizar los asuntos del próximo asedio. Apenas dormía unas pocas horas y su sueño, además de remojado en sudores, no era apacible.

Una noche despertó al oír murmullos inquietantes. Gritos. Se

levantó de un salto, se puso una bata y no tuvo tiempo de llegar a la puerta antes de que se abriera de golpe para mostrar el rostro preocupado de uno de sus guardias personales.

—¡Mi señor, hay lucha en el palacio!

En efecto, sonaba un bullicio de hombres furiosos, golpes brutales de puertas y el chascar de los aceros. Parviz experimentó miedo, pero aun siendo eunuco no era en absoluto un cobarde, así que empezó a ladrar órdenes:

—¡Ve a buscar al general Dumuci y dile que venga al palacio con sus tropas porque hay un golpe de Estado que tenemos que atajar cuanto antes! ¡Los demás, venid conmigo! ¡Debemos buscar al comandante de la guardia palaciega!

Parviz caminó rápido, casi al trote, seguido de los guerreros.

—Dame tu espada —le dijo a uno.

El hombre obedeció y Parviz, que nunca había empuñado un arma, la tomó con mano firme. Fueron por diversos corredores, pero se detuvieron al oír un griterío infernal en el que se mezclaban las voces furiosas y los chillidos de terror. Los sirvientes y los funcionarios salían de sus alcobas y pedían auxilio a Parviz. Él se los quitaba de encima casi a empujones.

—¡A mí la guardia! —aulló—. ¿Es que ya no hay guerreros en el palacio?

Les llegó una tormenta de pisotones, reniegos, jadeos y gemidos. Cuatro soldados aparecieron tras una esquina. Dos caminaban con dificultad y chorreaban sangre.

—¡Traición, señor! ¡Nuestras propias tropas nos han diezmado!

Parviz le agarró de un brazo.

—¡Tente, imbécil! ¿Cuántos hombres nos quedan?

—No lo sé, señor… Nos han atacado en los recodos, las escaleras, las garitas y los caminos de ronda… ¡Incluso mientras dormíamos! La mayoría se rindieron para salvar la vida y los que no lo hicieron fueron exterminados. Nosotros hemos escapado, pero los traidores vienen hacia aquí…

—¿Pero qué dices, loco?

Entonces vio llegar a decenas de soldados armados hasta los dientes. La guardia del Palacio Real.

—¡Vosotros! —rugió Parviz—. ¿Qué significa esto?

Los hombres se detuvieron. Uno de ellos, sin duda el líder, un capitán que Parviz conocía, se adelantó y lo señaló con la lanza.

—Significa que debéis tirar la espada y ordenar a vuestros hombres que se entreguen. Ya no os debemos obediencia, ni a vos ni al desquiciado que nos ha tiranizado durante tanto tiempo.

—¡Felón! ¡Debes obedecer a tu rey! ¡Hiciste un juramento!

—Juré servir al rey de Élamos y cumplo lo prometido porque sirvo

a Rayán V, ¡y a nadie más!

—Las tropas del general Dumuci vienen hacia aquí y van a acabar con este levantamiento.

La risa cruel del capitán provocó en Parviz un escalofrío.

—¿Acaso crees que esto es un hecho aislado? Llevamos tiempo preparando la rebelión. Dumuci debe estar ya sin cabeza y sus acuartelamientos en nuestro poder. Cuando el rey legítimo llegue a Élamos encontrará una ciudad leal y sumisa. ¡Vamos, tira la espada, castrado asqueroso!

Hacía años que Parviz no era insultado con tal brutalidad y aquello le dejó helado durante un instante. Pero el estupor se transformó en una ira que le sorprendió y le alegró de una manera torva.

—¡Soldados, luchad contra los felones! —ordenó a sus últimos guerreros.

—¿Vais a perder la vida para proteger a un maldito eunuco? —les dijo a su vez el capitán—. Nada tenemos contra vosotros. Rendíos y juro que respetaré vuestras vidas.

Los últimos fieles a Parviz titubearon, pero al final se alejaron de él y tiraron las armas, que restallaron contra las baldosas.

Parviz estaba solo frente a muchos enemigos. Funcionarios, sirvientes y esclavos de palacio se habían acercado y lo miraban con asombro. Calvo, rechoncho y bajo, bañado en sudor y vestido con un camisón y una bata, empuñaba aún la espada, que en sus manos blandas y gorditas parecía una cosa rara, inútil. Vio en el capitán y en sus hombres que no respetarían su vida; si no ellos, algún otro lo mataría, y además lo harían entre tormentos, riéndose de él, pues antes mostrarían respeto por una cucaracha que por un eunuco. Siempre había sido así. Nunca importó lo mucho que trabajara y peleara, para todos él era solo una aberración. Junto a sus atributos sexuales se llevaron también toda posible dignidad. Cualquier hombre podía ser un héroe si decidía morir peleando, pero él solo sería una anécdota graciosa que contar en la taberna. Aquella injusticia le atravesó el pecho y le humedeció los ojos, no de miedo o tristeza, sino de rabia.

—No me rindo —contestó.

—Si no lo haces te mataremos.

—Antes o después todos vamos a morir.

El capitán lo miró sin entender nada. Tampoco Parviz se comprendía a sí mismo. Sintió un alivio inmenso, una libertad que elevó su espíritu y le dio la gracia que ninguno de sus muchos triunfos políticos le había dado. Las lágrimas rodaron por las mejillas rollizas y se mezclaron con el sudor. Echó a andar hacia los soldados y levantó la espada. A la luz de los candiles su cuerpo pequeño y rotundo paría una sombra que se alargaba sobre el muro y llegaba hasta el techo.

Durante un solo instante los hombres vieron en él algo que les obligó a atrasar la cabeza.

El instante pasó.

Mientras…

—¡Deteneos, traidores! ¡Apartaos del dios hecho carne! ¡Tirad vuestras armas, o mejor aún, degollaos entre vosotros con ellas!

Pero los soldados rebeldes seguían avanzando hacia Bauán IV.

Las gentes de aquella fiesta habían echado a correr en cuanto vieron entrar a los guerreros. Los místicos, astrólogos y juglares, los inútiles y lisonjeros de toda catadura y condición que acompañaban al monarca en sus jaranas, todos ellos estaban desnudos, pues el rey había ordenado que en sus celebraciones debían quitarse la ropa y mostrarse puros, como recién nacidos ante la madre que los parió. Aquellas personas tiraron las copas de vino y las bandejas con distintas drogas, dejaron de ayuntarse y darse gusto, y profiriendo chillidos salieron en estampida: un caos de brazos, piernas, troncos, melenas, calvas, mostachos, barbas, papadas, espaldas, nalgas gruesas y enormes, blancas como la nieve, nalgas monstruosas y titánicas o bien pequeñas y graciosas, como los mofletes de una ardilla, pechos bamboleantes de pezones oscuros, ya fuesen tetas firmes o pellejos blandos y rugosos, escrotos mal equilibrados y en movimiento pendular y frenético, falos reducidos a su mínima expresión que subían y bajaban con afán enloquecido y emitían chasquidos tenues, con el bálano al aire o cubierto por su capucha, mostrando apenas el ojito soñoliento, rollos y almohadillas de grasa, molla y adiposidad, andorgas, mondongos, panzas majestuosas y duras o flojas y trémulas, abdómenes planos de delgadez enfermiza y repelente, granos, forúnculos, verrugas, espinillas, ronchas, orzuelos, golondrinos, lunares con pelitos, epidermis con aspecto de cáscara de naranja, hinchazones diversas, matojos de pelambre espesa y enmarañada, por lo común oculta, y carnes trémulas que hedían a sexo, a sudor húmedo y joven o rancio y viejo, al aliento a vino y comida fuerte, a eructo, a axilas e ingles peludas y poco limpias, a ventosidades diversas y a otros muchos y diversos tufos corporales… Y todos escaparon por las puertas del salón. Solo quedaron aquellos tan borrachos como para no enterarse de nada, y los dormidos. El rey presidía también desnudo sus propias bacanales; según decía, su cuerpo era tan hermoso que no podía privar a ningún mortal del placer de contemplarlo. Sin embargo, la vida disipada había hinchado

las blanduras, redondeado las mejillas y amoratado la piel bajo los ojos. Los guerreros que venían a detener al rey quedaron sorprendidos cuando vieron a Su Divinidad levantarse de los cojines con todo al aire. Una esclava le había estado entreteniendo, así que el miembro viril estaba enhiesto y los apuntaba cual lanza en ristre; él desorbitaba los ojos y alzaba los brazos en gesto amenazador. Sobre el pelo sudoroso estaba la corona, algo torcida.

—¡Deteneos, salvajes! —aulló, y en efecto ellos quedaron inmovilizados, no por sus poderes sobrenaturales, sino por su imagen grotesca—. ¡De mis manos saldrán rayos y centellas que os convertirán en ceniza! ¡Sacrílegos! ¡Bribones! ¡Granujas!

Los guardias que siempre le acompañaban habían decidido rendirse, así que el monarca se enfrentaba sin protección a unos veinte hombres armados. Pero no mostraba miedo mientras les apuntaba con sus dedos y su miembro viril.

—¡Os rustiré con mis llamas divinas! ¡Habéis despertado la ira no de los dioses —levantó las cejas y el dedo índice—, sino *del* dios! ¡El único! ¡No solo vuestro cuerpo mortal sufrirá mi poder, sino también vuestras almas!

—¡Rendíos! —ordenó el líder de los guerreros—. ¡Venid con nosotros de buena gana y nadie os hará daño!

El Divino abrió mucho los ojos y la boca y profirió un grito tan agudo que dejó a sus enemigos asombrados. Después, aulló:

—¡Experimento la furia vindicadora! ¡Ahora domino las potencias elementales del universo! ¡Los dioses todos se inclinan ante mí! ¡Mi mente infinita ha desentrañado los enigmas últimos y arcanos! —Su faz se contrajo en una mueca de ira, mostró los dientes, apretó los codos contra las costillas y cerró los puños. Todo su cuerpo temblaba. Su rostro adquirió un matiz violáceo. El miembro masculino parecía aún más duro y desafiante—. ¡La energía se concentra en mí! ¡Os la arrojaré como una cascada ultraterrena, una avalancha imparable, una riada de materia cósmica! ¡Mis chorros celestiales os barrerán y aniquilarán! ¡Ya viene! ¡Ya viene! ¡Siento el poder! ¡El podeerrrriaaaá! ¡Aaaá! ¡Aaaaá! ¡Aaaaaá!

Los guerreros retrocedieron con asco. El Divino estaba tan tenso que los músculos del cuello parecían cables. Puso los ojos en blanco, cayó y quedó postrado de rodillas, con las manos alzadas.

—Aaa… Aaa… Aaá. —Levantó el rostro y frunció el ceño al ver que los soldados aún estaban allí, mirándolo con asombro y repulsión —. ¿Qué…?

Se miró las manos. Chilló, se puso en pie de un brinco y echó a correr como una liebre, resbalando y casi cayendo, pero recuperando milagrosamente el equilibrio. Desapareció por una puerta secundaria.

—¡Cogedlo! —gritó el oficial.

Sus hombres persiguieron al hombre desnudo y coronado.

Mientras…

La reina Lisca no había asistido a la fiesta. De hecho, hacía días que no veía a su esposo. Lo prefería así. Lo había introducido en el consumo de hierbadulce y otras drogas exóticas, y mientras él sufría sus delirios ella le convenció con voz sedosa de que el dios no debía tocar a su esposa mortal para no contaminar su esencia divina; por tanto, debía encontrarse siempre lo más lejos posible de ella y desahogarse solo con las esclavas de palacio. El rey aceptó dicha argumentación sin reparar en sus contradicciones intrínsecas y envió a su mujer a vivir a otro sector de la fortaleza. Solo entonces Lisca volvió a respirar tranquila.

Su vida junto al Divino había sido un horror y cada instante fue un esfuerzo para sonreír a pesar del miedo. Nadie estaba a salvo de los arrebatos de crueldad del monarca, ni siquiera ella. Se había ayuntado con él frecuentes veces tras el casamiento, sobre todo presionada por su padre, que le exigía un hijo, pero en los últimos tiempos la relación íntima con su esposo se le hacía intolerable, no tanto porque le repugnara su cuerpo, sino porque le temía. No pocas amantes del rey habían sido golpeadas o incluso asesinadas solo por culpa de un capricho. Estar junto a ese hombre poderoso y trastornado era como hacer equilibrios en una cuerda sobre el abismo.

No obstante, Lisca estaba ya hecha a la vida peligrosa y amarga. Desde que su padre fuera expulsado de Brajairi, diecinueve años atrás, su existencia había sido una sucesión de carreras, huidas, tropiezos y tumbos entre periodos más o menos extensos de reposo. Desde niña había comprendido que su matrimonio sería de conveniencia y que debería casarse con quien su padre designara, como era su deber. Pero su progenitor siempre le aseguró —al principio con determinación sana, después con tozudez— que ella *tenía que ser* la reina de Brajairi. La personalidad de Lisca fue construida en ese molde y toda ella se debía a dicha causa, pero era una Lisca siempre en potencia, nunca en acto, porque el triunfo del cual su padre hablaba tan a menudo nunca llegaba. La había llevado de un lugar a otro, de un barón a otro, de un noble amigo a otro, de castillo en castillo, de fortaleza en fortaleza, pues a todos les había exigido, pedido y hasta suplicado la ayuda necesaria para consumar sus planes. Lisca no tuvo amigas, no tuvo otro hogar que ese sueño cada vez más nebuloso del trono amado. Solo en una ocasión ella había osado discutirle a su padre que algún

día consiguiera ser la reina de Brajairi, y él montó en cólera y le dio una paliza. Lisca no volvió a expresar ningún titubeo. Lo que vio entonces en su padre no fue la furia contra ella, sino contra él mismo, contra el miedo espantoso que poco a poco había ido escalando desde las profundidades, el temor a perder esta partida tan larga. Lisca comprendió que también su padre se había moldeado a sí mismo con manos de artesano cruel, que no podía concebirse más que como el padre de la futura reina de Brajairi. Empezó a temerlo porque estaba volviéndose loco. Mientras peleaba por lograr apoyos en el país extranjero, su padre no cesaba de hablar con los demás de la gloria futura de su hija y de su familia, y de la venganza que llevaría a cabo sobre los malditos Agrate, los Injeca y hasta los Ertalce. Los diálogos fueron tornándose monólogos y él a veces hablaba consigo mismo, deliraba sobre el porvenir, hacía planes en voz alta e incluso reía sin importarle que los demás —sobre todo Lisca— lo miraran con espanto. Lo más trágico y patético era que cuanto más luchaba su padre por su sueño más se hundía en el pozo del fracaso, como si intentara escalar una cuesta embarrada y resbalara y rodara por ella, una y otra vez. Además, el consumo de sus drogas era cada vez más fuerte, lo cual aumentaba sus fantasías y obsesiones. Barac Tiyadara veía enemigos por todas partes, incluso en su propia hija. Empezó a mirarla con una sospecha que la aterraba y, a pesar de que ella le obedecía en todo, él volvió a pegarla, no con mucha frecuencia, pero sí de vez en cuando, reprochándole traiciones inverosímiles.

Lisca se encogió, se hundió en sí misma y se perdió para el mundo. Era un peón en manos de jugadores sin escrúpulos y aceptó ese rol por el bien de su integridad física y mental. Se convirtió en un ser pasivo. Cuando su padre quedó sin apoyos y buscó a los nobles de Élamos no dudo en entregársela a unos y otros, no como esposa, sino como simple ramera. Se cuidó de que ella tomara precauciones para no quedar encinta —no porque ella le preocupase, sino porque su nieto debía ser príncipe o rey, nunca bastardo—. La mente de Lisca terminó de compactarse y de gel pasó a sólido. Sabía cómo abstraerse e irse lejos de la realidad, al principio gracias a mecanismos naturales y después mediante las drogas. Su padre no solo no se las prohibió, sino que se las proporcionó, ya que eso la hacía más manejable. Por fuera mostraba dignidad, la que Barac le obligaba a adoptar ante todos, pero por dentro lo único que deseaba era que la dejasen en paz, meterse en su refugio interno o volar hacia los paraísos del humo o la pastilla sebosa. El tiempo dejó de tener importancia; el pasado dolía y el futuro causaba angustia, así que vivía en una burbuja de presente continuo en la que podía sentirse cómoda.

No le importó cuando su padre le informó —con alegría demencial — sobre la subida al trono de Élamos de un rey que por fin lo

apoyaría. Tampoco le importaron esos planes de asesinato del rey de Brajairi —el perenne enemigo—. La boda con el monarca apenas le sorprendió; era como si le ocurriera a otra Lisca superficial, pues la auténtica se hacía un ovillo en las profundidades. Pero volvió a sentir miedo. Le aterraba su nuevo esposo, capaz de degollar a un hombre solo porque su cara ofendía a su sentido estético o porque era tan bello que sentía celos de su hermosura. Hasta entonces sus pesares encajaban en los moldes de la ambición humana, algo que ella podía entender, pero el Divino hería y mataba, o perdonaba y regalaba, por azar. No había reglas para tratarlo. Eso la sacó de su refugio y la arrojó de nuevo al ciclón. Y sin embargo, de algún lugar extrajo la habilidad para convencerle de que debía alejarse de ella.

Solo entonces volvió a gozar del reposo y el aturdimiento. Para colmo de bienes apenas veía a su padre, pues él ya la tenía bien casada y estaba enfrascado en sus cosas, en esa maraña interminable de planes y artificios en busca del poder supremo. De vez en cuando le exigía quedarse preñada del rey elamosio, aunque no a menudo, pues él hacía frecuentes viajes por todo Élamos y pasaba mucho tiempo lejos del palacio. Eso tranquilizaba a Lisca. Sus sirvientas hablaban sobre una guerra y un ejército brajairio que venía hacia la capital. A ella no le importaba. Lo único que había hecho la política era arruinar su vida, así que cuanto menos la tuviera en mente, mejor. El animalito volvía a hibernar en su madriguera.

Ese día Lisca estaba en sus aposentos, adormecida por una pastilla de hierbadulce. La realidad iba deshilachándose con una lentitud tan agradable como sucia. Sus dos esclavas también estaban drogadas y una de ellas reía con suavidad, de un modo estúpido y en cierto modo triste.

Las puertas se abrieron de golpe y entraron hombres armados.

Lisca se incorporó en el lecho y el miedo desintegró el delirio. Las sirvientas gritaron y echaron a correr. Los guerreros las dejaron ir.

—Estáis detenida, Majestad. Acompañadme.

Ella no descubrió deseo en sus ojos, sino un deber gélido. Eso la hundió en el horror, pues si no querían violarla era porque veían en Lisca no a la mujer, sino al símbolo político. Era un golpe de Estado y Lisca sabía cómo acababan estas cosas. Ni siquiera pudo llorar por culpa del horror que helaba sus emociones. Un mecanismo de supervivencia le llevó a meterse en la boca un par de taquitos de hierbadulce. Eso le ayudaría a soportar no la muerte, sino la idea de la muerte.

Se dejó llevar por los soldados.

Seis días después…

El invierno elamosio no era tan severo como el brajairio, pero el viento áspero ya obligaba a los hombres a cubrirse con el capote. Ese aire frío ululaba en las llanuras y levantaba nubecillas de polvo del camino por el cual se deslizaba la serpiente de hombres y caballos. El ejército brajairio descendía hacia la capital para finalizar su misión. El país estaba rendido a los pies de Rayán V, el nuevo rey de Élamos.

Llegaron hombres a caballo con los pendones de la Casa Real Elamosia y de la propia capital. Aquellas gentes pidieron audiencia con Argaut III y Rayán V, así que las tropas se detuvieron y los dos monarcas se reunieron con los recién llegados en el claro de un bosque. Allí, los prohombres se arrodillaron y se presentaron como enviados del gobierno provisional tras la caída del usurpador. Argaut y Rayán intercambiaron una mirada. Rayán animó con una mano a los embajadores a levantarse.

—En pie. ¿Qué ha ocurrido en la capital?

—Majestad, ha habido una rebelión. Muchos patriotas, hartos de la tiranía del usurpador, dieron el golpe en cuanto supieron de vuestra venida. Casi todo el ejército y las personas fuertes de la ciudad estaban en ello. El éxito fue abrumador y apenas hubo derramamiento de sangre. El pueblo está deseoso de rendiros lealtad. La guerra ha terminado. Élamos es vuestro.

Rayán se le quedó mirando durante muchos latidos, sin poder decir una sola palabra. Argaut se le acercó, sonrió y le apretó el hombro con una mano.

—Majestad —prosiguió el embajador—, os hemos traído unos presentes que sin duda os darán placer, o al menos satisfacción.

Rayán todavía no podía hablar, así que se limitó a asentir. Se adelantaron dos hombres con sendos cofrecillos. Rayán abrió el primero con lentitud. Su expresión se tornó severa al descubrir la cabeza de su propio hermano.

—Los físicos la han conservado lo mejor posible para retrasar su putrefacción —explicó el diplomático—. Pensamos que desearíais tenerla.

Rayán la miró durante muchos latidos, tan inmóvil como una estatua. Mil y una cosas pasaron por sus ojos y al final triunfó la dureza.

—¿Y el resto del cuerpo? —preguntó.

—También está conservado.

—Tiradlo en un zanja para que se lo coman las alimañas. En cuanto a la cabeza, será puesta en la picota de la plaza central de Élamos, a la vista del pueblo, durante diez días. Después servirá

también de pasto a los carroñeros.

Cerró el cofre y se lo devolvió al lacayo. Le dieron el segundo presente y al abrirlo descubrió otra cabeza bien conservada. Incluso habían cosido el tajo de la frente. Rayán sonrió de lado.

—El eunuco.

—Instigó muchas de las maldades del usurpador y merecía por tanto el mismo destino.

—Poned su cabeza junto al amo, en la picota. En diez días, echadlo también a una zanja.

Rayán puso las manos en los hombros del embajador.

—Recompensaré a los soldados y los civiles que tomaron el poder en la capital. Nos han ahorrado mucho tiempo y disgustos.

—Majestad, vivimos para serviros. El usurpador había cometido tantas tropelías que todo el mundo deseaba su fin. En realidad hemos de agradeceros a vos que hayáis venido a liberarnos.

—Tenéis que agradecérselo todo al rey de Brajairi y a sus hombres. Ellos han soportado el esfuerzo y el sacrificio de esta campaña.

El embajador y sus gentes se arrodillaron ante Argaut.

—Señor de Brajairi, los elamosios jamás podremos agradeceros lo bastante cuanto habéis hecho por nuestro país.

—Me comprometí a ayudar a vuestro señor y mi palabra es sagrada.

—Hemos traído también un presente para vos. Permitidme mostrároslo.

—¿Para mí? Está bien. Adelante.

Le entregaron un tercer cofre. Al abrirlo frunció el ceño, no tanto de disgusto como de curiosidad.

—¿Quién es?

—La esposa del usurpador, Majestad. Tenemos entendido que esta mujer perversa suponía un problema para vos, o al menos una preocupación.

Argaut abrió mucho los ojos mientras sostenía en sus manos la caja con la cabeza de su hermanastra. La observó durante un buen rato y luego miró con dureza al embajador.

—Compruebo que en Élamos no os andáis por las ramas.

El diplomático se puso nervioso.

—¿Nos hemos precipitado, Majestad? Ruego vuestro perdón. Pensamos que os agradaría.

—Por favor, Majestad, no seáis duro —intervino Rayán—. En mi tierra esto es lo natural.

—Está bien —dijo Argaut—. ¿Y el resto del cuerpo?

—Lo hemos conservado por si queríais someterlo a escarnio público.

—No. Que le den a esta mujer exequias correctas, pero anónimas.

Cerró el cofre y se lo devolvió al lacayo.

—¿Y su padre? —preguntó.

—No estaba en la capital, Majestad. No hemos dado aún con él.

Argaut agarró al embajador por el cuello de la túnica.

—¿Pero qué decís, insensato? ¿Habéis dejado que se os escapara?

—¡Perdón, Majestad! ¡El señor Tiyadara estaba lejos de Élamos mucho antes de que supiéramos que veníais!

Argaut lo soltó de un empujón que le hizo retroceder y trastabillar.

—¡Maldición! —rugió Argaut—. ¡Ese hijo de mil padres se me ha vuelto a escurrir por entre los dedos!

—¡Hemos enviado gentes en su busca, Majestad! Le siguen la pista porque sin duda ha de estar con algunos de sus amigos nobles.

—Majestad, perded cuidado —dijo Rayán—. El traidor no puede escapar porque ahora que Bagwán está muerto nadie le ofrecerá ayuda.

—Más vale que sea así y que me lo traigáis cargado de cadenas cuanto antes —advirtió Argaut—. No he hecho toda una maldita guerra en tierra extraña para que ahora ese malnacido se salga de nuevo con la suya.

—Amigo mío, yo os juro por lo más sagrado que mi primera acción como rey de Élamos va a ser mover cielo y tierra hasta dar con él. —Miró al embajador—. Quiero que hoy mismo los escribas redacten mil y una cartas que han de ser entregadas en todos y cada uno de los bastiones del país. Daré una recompensa fabulosa por el señor Barac Tiyadara, vivo o muerto. Y además el ejército entero se desplegará para buscarlo. Lo quiero a los pies del rey de Brajairi en semanas, o mejor dicho, ¡en días!

—¡Seréis obedecido, Majestad!

Argaut suspiró para domar su malhumor.

—Y hay un último presente —dijo el embajador, frotándose las manos y sonriendo obsequioso. Miró a Rayán—. Majestad, hemos osado traeros una última cosa.

—¿Otra cabeza? —ironizó Argaut.

—No, Majestad, aunque también tiene que ver con cabezas.

El lacayo trajo una arqueta plana. Al abrirla, Rayán quedó helado. Cerró los ojos y cuando los abrió estaban hinchados de humedad. Inspiró y las lágrimas cayeron. En aquel claro entre grandes árboles se hizo el silencio, roto solo por el silbido del viento y los mil y un murmullos de la naturaleza. Rayán miró a Argaut, que sonreía con amabilidad.

—Adelante, señor de Élamos. Este es vuestro momento.

Las manos temblorosas de Rayán llevaron el aro enjoyado a su cabeza y la corona brilló sobre sus cabellos, que tenían la suciedad de las batallas y los caminos. Levantó la barbilla para mirar al cielo.

Argaut asintió en señal de respeto y los demás pusieron una rodilla en tierra ante Rayán V, rey coronado de Élamos.

Veinte días después…

Sentado en la butaca, Barac Tiyadara miraba la pared.

Intentaba dejar de hacerlo, pero le resultaba imposible. La pared había lanzado sus ganchos y había atravesado sus ojos para que no pudiera desviarlos de ella. En su mente esto no era una metáfora. No veía los anzuelos porque la pared los había vuelto invisibles. Era la primera fase de la venganza de las esencias. Primero le fascinaban, luego atrapaban sus sentidos, después lo devoraban y por último lo escupían convertido en una masa de carne sollozante y temblorosa. Le había ocurrido ya otras veces, había sentido cómo salía de su propio cuerpo y era succionado por lo que había detrás de cada cosa, por las criaturas que anidaban no en el espacio, sino *entre* los espacios, o, mejor dicho, *tras* el espacio. Para protegerse, Barac había dividido su propia identidad en tres distintas: una era su mayor enemiga porque era pasiva y se dejaba poseer por las esencias de los objetos; otra era estratégica —aunque no activa— y le permitía descubrir los patrones del enemigo agazapado en las grietas de la realidad; y la tercera ejecutaba las órdenes y era, por así decirlo, su parte guerrera, la que luchaba contra las esencias depredadoras, la que las empujaba fuera de su campo de percepción y las devolvía a sus cubiles. Aplicando su propio método de defensa psíquica, Barac había conseguido sobrevivir en un universo plagado de criaturas malévolas que solo él y unos pocos elegidos más podían discernir. Si se concentraba incluso empezaba a distinguir los tentáculos vibratorios entrando y saliendo de cada persona con la que hablaba, podía descubrir cómo las esencias los esclavizaban y poseían, cómo anidaban en el cerebro de los hombres y las mujeres —veía dichos entes invasores porque tenía el poder de convertir en translúcidas a las personas—. Las entidades malignas que poblaban el universo eran parásitos hipertrofiados que no cesaban de temblar y palpitar, y que devenían una amalgama confusa de colores. Ante él la humanidad era un conjunto de siervos de las esencias, cargaban con ellas día y noche, las tenían dentro del cráneo igual que sanguijuelas que les chuparan la energía y la felicidad. Pero los hombres ni siquiera lo sabían. Es más, él sabía que ningún esclavo de las esencias le creería —ni siquiera le entendería— si le revelaba la verdad. Las esencias los habían dominado por completo y habían levantado una barrera de color gris azulado —

violeta y brillante cuando él, alguna vez, había comentado el tema de pasada—. Esa barrera les tornaba escépticos hasta el absurdo. Barac se había acostumbrado a vivir en un mundo invadido por esencias malignas escapadas de la materia sólida, se había acostumbrado a percibirlas en los demás y a tratar con ellos como si no ocurriese nada extraño. Lo que definía el campo de percepciones de la humanidad eran la mentira y el falseamiento. Con los años, Barac había ido comprendiendo y asimilando que la propia realidad no era algo neutro, sino un ente vivo y consciente de sí mismo. Un ente *malévolo*. Él estaba muy orgulloso de haber descorrido el velo para alcanzar la verdad, pero eso la realidad no podía consentirlo y, vengativa, enviaba sus esencias para dominarlo.

Dejó que su identidad guerrera emergiera de su nariz, como una larga serpiente de figuras fractales brillantes y coloridas —rombos, cuadrados, círculos y elipses, todos perfectos, todos girando sobre sí mismos a velocidad enloquecedora—. El gusano combativo se deslizó por el espacio y con sus mandíbulas de cangrejo cortó los ganchos invisibles que mantenían inmóviles los ojos. La pared entera no se movió de su sitio, nada cambió en ella, pero de pronto sufrió un movimiento de sístole y diástole, se extendió y luego se contrajo, y volvió a ser un simple muro. La serpiente de diminutas figuras geométricas giró en torno a Barac y luego se introdujo por el ojo místico de la frente. Había vencido otra vez.

Parpadeó. Se limpió el sudor que empapaba su cabeza. Todo su cuerpo enteco y delgado estaba mojado. Notó que había dejado de masticar su pastilla de hierbadulce, así que volvió a rumiar. Rebuscó con dedos convulsos en el bolsito que siempre llevaba encima, tomó otra pastilla sebosa, se la metió en la boca y empezó a chuparla y morderla con ganas. Consumía hierbadulce a todas horas. Su boca nunca descansaba, su lengua y sus dientes estaban cubiertos de una negrura terrosa y había una costra marrón sobre los labios que volvía rígido el bigote y los pelillos de la nariz. No se sacaba la pelota sebosa ni siquiera cuando iba a dormir y al despertar la encontraba como un bulto pegado a los dientes, duro y reseco; entonces empezaba a mascar otra vez y además buscaba una nueva pastilla. A veces sentía una humedad densa en la cara y el cuello y se daba cuenta de que había salivado tanto que la baba oscura se había salido por las comisuras de la boca y había convertido la barba en un barrizal peludo. Entonces se limpiaba de manera distraída con el dorso de la mano y continuaba mascando. En los últimos tiempos su consumo de hierbadulce se había disparado de tal manera que nunca tenía hambre. De hecho, comer le parecía algo nauseabundo. Además, tenía mucho miedo de sacarse la pasta porque entonces quedaría indefenso ante el ataque de las esencias esclavizadoras. Había tomado la

decisión de comer sin dejar de masticar la droga, mezclándola con el bol alimenticio. A menudo tenía sed, mucha sed, pero el agua ya se le hacía intolerable —pocos días atrás había descubierto unos filamentos azulinos y sedosos en un abrevadero de caballos y había tenido que controlarse para no chillar de horror—, así que procuraba beber vino, cerveza o licores. Eso le producía una jaqueca bestial, aunque también, en cierto modo, tranquilizadora. Cuando los demás hombres estaban ya tan borrachos que se caían al suelo él continuaba despierto y lúcido, y si empezaba a desvariar esparcía sobre el dorso de su mano un puñado de polvo de dragón y lo aspiraba con fuerza por la nariz. Eso tornaba su mente poderosa, aunque también irritada y trémula. Consumía polvo de dragón sobre todo cuando empezaba a sentirse deprimido, triste o pesimista —lo cual ocurría a menudo—. Tomaba una pizca de su querido polvo y se lo metía con los dedos en la nariz, o lo aspiraba con fuerza desde la mano. Tras tantos años de relación con estas sustancias su organismo se había acostumbrado a ellas y el umbral de sensibilidad estaba ya por las nubes. A veces debía aspirar cantidades descomunales de polvo de dragón, lo cual le producía durante días una opresión en el pecho —de nuevo las esencias malévolas—.

Por otro lado, cuando quería sentirse lúcido e inteligente se metía en la boca un puñadito de hongos de la visión, también llamados hongos de plata, o el tercer ojo, o el ojo plateado, pues abrían el orificio místico en la frente, mediante el cual la persona discernía la segunda realidad —la auténtica— tras la realidad sensible —la engañosa—. Barac había conversado con los dioses y con la propia muerte, había contemplado sus vidas pasadas, había dominado el tiempo para ralentizarlo o hacerlo correr a mayor velocidad, había extendido los sonidos ante él como un tapiz de figuras geométricas diminutas y giratorias, etcétera. Si se esforzaba podía hacer saltar su propia consciencia fuera de su cuerpo físico para convertirse en una mota de polvo, una hormiga del suelo, un pedacito de pan o el astil de un pendón.

Por desgracia, también había desenmascarado la parte más tenebrosa de la realidad. Muchas veces había tenido que esconderse de sus hombres para que no lo vieran hacerse un ovillo en el suelo, morderse una mano para contener los gritos y sollozar como un niño perdido, mientras descargaba las heces y la orina en las piernas. En ocasiones se había sentido asfixiado cuando los objetos se apelmazaron alrededor de él sin salirse de sus formas, aplastándolo, comprimiéndolo, encerrándolo en un universo que implosionaba y cuyo núcleo era su propio organismo. Había experimentado horrores que jamás podrían ser descritos mediante la palabra. Había descubierto que en la periferia de su visión se apretujaban manchas

que en ocasiones eran rostros enfermizos. Se había acostumbrado a vivir con miedo, un miedo húmedo y pegajoso que no se podía quitar de encima, un miedo no a una idea o acto concretos, sino miedo indefinido e indefinible, miedo descarnado, desligado de todo atributo para erigirse en su propia esencia y razón, miedo a la nada, un temor a veces tan agudo que le obligaba a introducir en su boca y su nariz mil y una sustancias enloquecedoras con la vaga esperanza de lograr alejar la angustia, rezando a todos los dioses del universo para que la sensación se marchara, un miedo que le hacía jadear y disparaba su corazón hasta el punto de creer que de veras iba a estallarle dentro del pecho. Cuando el pánico llevaba su mente al borde de los abismos, bebía alcohol con ansia, hinchaba su estómago de fuego líquido, lo vomitaba por la boca y la nariz y después continuaba bebiendo. También le servía la hierbadulce como relajante y por tanto introducía pastilla tras pastilla en la boca, mascaba y mordía con nerviosismo, y si se cortaba la lengua con los dientes y la sangre se mezclaba con el barrillo grasiento tampoco le importaba, e hinchaba sus carrillos de hierbadulce como un ratón los llenaría de frutos secos. Entonces, el miedo se volvía de nuevo soportable. Rutinario.

Esta era la auténtica vida de Barac Tiyadara.

Todos los que le rodeaban sabían que consumía sustancias adictivas, sobre todo alcohol, pero ni siquiera podían llegar a imaginar lo que había entre las paredes de su cráneo, aquel universo aterrador y fascinante. Y no podían sospecharlo porque a pesar de todo él sabía mantener las apariencias. Era un maestro del dualismo. Ante los demás la criatura esperpéntica desaparecía y se convertía en un gran señor, un guerrero valiente en la batalla y un buen estratega político. Todos admiraban su voluntad de hierro. Aunque viejo, Barac Tiyadara todavía era un vector influyente en los hechos históricos. Aquel poder que le permitía separarse de su monstruo interior le había permitido sobrevivir a cada tormenta.

Por ejemplo, había buscado todos los apoyos posibles nada más empezar la maldita guerra contra los brajairios, sobre todo al hacerse público que apoyaban al hermano de su yerno. Esto hizo sonar gritos de alarma en su cabeza, pues ya no sería una invasión extranjera, sino una guerra civil. Tenía que consolidar amistades y cabalgó hacia el sur para entrevistarse con sus aliados, apuntalar su prestigio personal y mantenerlos sujetos al bando del Divino. La inútil de su hija no quedaba preñada, pero eso era secundario porque en primer lugar había que ganar la guerra y, a ser posible, capturar a su mil veces maldito hijastro. Entonces, se reuniría con Parviz para trazar juntos el plan que haría de su hija no solo reina de Élamos, sino también de Brajairi. Y al fin se haría justicia con su familia y con él mismo. Les haría pagar caro haberle expulsado de su país y obligarle a vivir como

fugitivo en tierra extraña.

Al principio todo había ido bien. Barac aseguró las alianzas de muchos nobles elamosios, sobre todo los vasallos de ese gran hombre que era Bagwán —otra mente liberada de los artificios de la perversa realidad—, pero empezaron a llegar nuevas sobre derrotas de elamosios en el norte, así como de ejércitos brajairios que iban en busca del Viejo de la Montaña. Como en una pesadilla, las piezas fueron resquebrajándose y al final el edificio de sus planes se desmoronó. Los enemigos conquistaron Uruca y Larsa y tomaron la fortaleza del Viejo. Se rumoreaba que Bagwán estaba muerto, pero eso era inconcebible, ¡no podía ser! Falsa o no, la noticia corrió por todo el país y lo que estaba atado y bien atado empezó a soltarse. Barac volvió a visitar a los señores amigos, que ahora se mostraban renuentes. Los traidores se multiplicaban como piojos, entregaban ciudades al enemigo y juraban lealtad a Rayán Arisai.

Barac comprendió al fin que la guerra estaba perdida, lo vio con sus certeros ojos políticos. Su hijastro lo estaría buscando, así que resultaría demasiado peligroso volver a Élamos capital. Tenía que esconderse y huir de nuevo, trazar más planes, renacer desde la derrota. Ya no podía hacer nada por su hija, aquella boba a la que él había convertido en reina y que tan poco se lo había agradecido. Estaba seguro de que ella había heredado no su carácter serio, sino el degenerado de su madre, y pensaba con amargura que a veces los padres debían sufrir a sus hijos como si fueran una maldición. De nada servía lamentarse. Tal vez el eunuco pudiera salvar la coyuntura, aunque lo dudaba, porque sabía que el capón no vacilaría en entregar a su hija y a su yerno a los brajairios para salvar el pellejo.

Esperaba el mazazo, pero no por ello dejó de doler. Un golpe de Estado había acabado con el Divino. Cuando lo supo, Barac tuvo que consumir aún más alcohol y hierbadulce de lo habitual; solo así consiguió serenarse. Pero la idea de la victoria final era una especie de bucle indestructible en su cabeza, se alimentaba de sí misma, no era solo una obsesión, sino el molde en el cual él se había rehecho una y otra vez. Algún día les vencería a todos. No importaban los obstáculos y los tropezones porque al final él ganaría. *Tenía que* ganar. Este dogma lo mantenía vivo a los setenta años, a pesar de todas las derrotas y de tener el cuerpo y la mente hechos papilla.

Se refugió en el bastión de un amigo, el señor Florión Mazuza, alguien que le prestaría los apoyos necesarios para huir de una vez por todas. Tenía que barajar si salir del país o no. Debía pensarlo con cuidado y por ello rebuscó en su bolsito de maravillas y se metió en la boca dos pedacitos de hongos de la visión. Los masticó solo por un lado —en el otro estaba la bola de hierbadulce— y los tragó. Cogió con dedos temblorosos la copa de vino y bebió también solo por un

lado de la boca. Relajó la mente y abrió las puertas que le permitirían expandirse hasta salirse de sí mismo. Al cabo de poco notó que el suelo bajo la butaca se deslizaba como un mantel del cual alguien estuviera tirando. Aquello le pareció no solo interesante, sino muy bonito. Las baldosas salían disparadas hacia la pared, pero no terminaban de llegar nunca. Empezó a reír en voz baja, haciendo burbujitas de saliva, como un rorro feliz. Se sintió en paz con el universo. Caminaba a cuatro patas. Estaba en el techo y movía sus alas membranosas. Se metió en sus propias honduras y sintió la profundidad cavernosa de sus vísceras y tubos. Tocaba la puerta. Sus dedos eran grandes como países y las rugosidades de la madera se convertían en cordilleras. Fascinante. La puerta vibró y palpitó. Estaba riendo y al mirar hacia arriba descubrió la lluvia de hilos de saliva, subiendo hacia el pecho y los pies. Intentó abrir la puerta, pero no lo consiguió. Eso hizo sonar alarmas y gritos, así que selló el umbral y volvió a la realidad mundana.

Le habían encerrado. Retrocedió y miró alrededor, luchando para vencer el miedo que le producían aquellos muros que intentaban aplastarlo.

¡Traición!

Se sentó en la butaca y dejó la mirada clavada en la puerta. Todo era tan estúpido e intolerable que decidió controlar el tiempo para detenerlo. Entonces él mismo se salió por una brecha y escapó del flujo.

La nada.

Latidos u horas después, la puerta se abrió. En el umbral estaba Florión Mazuza y le acompañaban dos hombres armados.

—¿Me vais a entregar al enemigo? —preguntó Barac Tiyadara, muy tranquilo, con los ojos desorbitados e inyectados en sangre.

Mazuza lo miraba con la impasibilidad de los felones.

—Un destacamento del nuevo rey ha entrado en mis tierras. Debo protegerme.

Barac asintió varias veces, despacio. Algo se resquebrajó en la cara de Mazuza y por la grieta asomaron las antenas y el cuerpo globular de un insecto de color verde brillante.

—¡Debo mirar por mis asuntos! —chilló la criatura con voz muy rápida y aguda, meneando las patitas—. ¡Me es ya imposible ocultar que estáis aquí! ¡Vos hubierais hecho lo mismo!

—Alto. —Barac levantó una mano—. Vuestras justificaciones son patéticas. Que cesen los farfullos. ¿Cuánto tiempo me queda antes de que vengan por mí?

—Una hora, a lo sumo dos.

—Podríais dejarme ir en un caballo rápido. Pero no me ayudaréis, ¿verdad?

Mazuza bajó la cabeza. El insecto se derramó como una especie de moco blando y luego escapó zigzagueando, se detuvo, saltó y quedó inmóvil en el aire, convertido en una masa de niebla que Barac ignoró con desprecio.

—Lo siento, señor Tiyadara. He de proteger mis intereses.

—Y buscar el perdón y hasta el favor del nuevo rey. Si así ha de ser, que sea. Pero sabed esto: quedaréis maldito durante dos mil trescientos veintiocho años y ciento ocho días, señor Mazuza. He consultado con autoridades en la materia y así me lo han asegurado.

Mazuza parpadeó asombrado, apretó los labios y al final suspiró. El insecto brillante despertó de su letargo, se metió por su ojo derecho y desapareció de una vez por todas.

—Debéis poneros a bien con los dioses antes de que os detengan, por si… —Mazuza calló—. No puedo dejaros salir de esta habitación, pero haré que os traigan lo que deseéis: comida, vino…

—Lo único que quiero es que dejéis de infectar el aire que respiro con vuestra presencia. Largo.

Mazuza levantó la cabeza, más sorprendido que enojado. Había tal dignidad en aquel hombre viejo, esquelético, sucio, hediondo y desquiciado que resultaba imposible no tomarlo en serio. De hecho, fue Mazuza quien, extrañamente, se sintió derrotado.

—Adiós, señor Tiyadara. Que los dioses os guarden.

Barac lo fustigó con su silencio. Florión Mazuza salió y cerró la puerta.

El señor Tiyadara quedó inmóvil durante mucho tiempo, mirando al vacío. La cabeza descendió con lentitud y la barbilla tocó el pecho. Cuando la levantó había tal espanto en sus ojos que si alguien lo hubiera visto habría huido de allí. La boca se le abrió y se dobló en una mueca extraña. Emitió un mugido larguísimo.

Más tarde que temprano, volvió el silencio. Barac cerró con fuerza los ojos. Los abrió. Su espíritu había recuperado la serenidad y el poder.

—No lo intentéis —le dijo a la puerta—. Ninguna de vosotras va a dominarme. Soy invencible.

Enterró la mano en el bolsito, lo sacó todo y se lo metió a puñados en la boca. Casi no le cabían la hierbadulce y los hongos, pero empujó hasta que las sustancias llegaron a la garganta. Se levantó y fue a otro bolso parecido, también lleno de tesoros. Uno tras otro, inhaló diez montoncitos de polvo de dragón. Eso le hizo toser y jadear, y escupió puñados de la masa, pero se agachó, los recogió y los devolvió a los dientes. Tomó el polvo de dragón restante con las dos manos, miró hacia el techo y lo volcó en la nariz, hundiéndolo en las fosas con los dedos. Más toses, esputos, etcétera. Volvió a la butaca, tomó la jarra de vino y logró hacer pasar aquel asqueroso mazacote de pasta a

fuerza de tragos. Rebuscó en el bolsito y consumió hasta la última migaja escondida en los pliegues del cuero. Apuró la jarra y luego deambuló por el cuarto. Encontró más vino y lo engulló. Se tambaleó, rio, orinó micciones de palabras. Se sentó otra vez en la silla.

Abrió mucho los ojos y la boca, pero no emitió grito alguno. Estaba congelado en un hieratismo agónico. De pronto, se agarró el pecho como si el corazón le doliese de manera indecible.

—¡No me venceréis! —vociferó.

Sufrió una convulsión y vomitó por la boca y las fosas nasales una sustancia gruesa y pesada, negra como la pez. Hubo un estampido brutal, grotesco, y las tripas descargaron su río pestilente de heces. La vejiga se sumó a la revolución. Su cuerpo soltaba por abajo y por arriba todo lo que podía ser expulsado, casi a chorros, con una visceralidad y una violencia pasmosas; ya no era un hombre, sino dos agujeros unidos por una trama de materia vibrante, dos cornucopias que echaban al mundo un torrente no de joyas y oro, sino de sustancias inmundas. Aquello era insoportable, pero a la vez era un éxtasis, una epifanía física. Una oruga fabulosa —*supo* que era una oruga— empujaba las cosas hacia los orificios para que salieran cuanto antes. Cada arcada era un empalamiento. Se agarró el abdomen, cayó de rodillas y luego quedó tumbado sobre el inmenso charco de heces, sangre, orina, saliva y vómitos. Todo había terminado. En cada arcada solo expulsaba jugos y saliva. Sintió una fractura y un desgarrón primero físico, como si se abriera y descosiera con lentitud algo entre sus vísceras, y luego se rompió algo más hondo y sutil, pero no menos inquietante. Cayó la última de las torres y el viento se llevó su eco de campanillas siniestras.

Levantó una mano hacia arriba, como si quisiera retener algo precioso que se le escapaba. Algo lejano… Tan lejano… Tan lejano…

10

Tras la caída de Élamos capital, a finales del 1592, la guerra quedó sentenciada. Rayán V el Libertador se ocuparía de cortar los últimos flecos y todo terminaría en el verano del año 1593, cuando el último bastión rebelde fuera expugnado y la estatura de sus líderes quedara reducida en una cabeza.

Pero a principios de aquel año todo era fiesta y mojiganga en la capital. Élamos recibió entre ovaciones al rey legítimo y a su amigo Argaut III el Justiciero. Los soldados brajairios fueron agasajados y los caídos en la batalla recibieron mil y un honores. Argaut suspiró de alivio cuando recibió la noticia del fin de Barac Tiyadara, una muerte al parecer tan grotesca como también lo fue la vida de este hombre peligroso y escurridizo. Todos le felicitaron y, después, se retiró a un lugar íntimo para rezar por el alma de su querida madre, destruida por aquel hombre odioso que acababa de morir.

Como remate de alegrías, Rayán le dijo que había mandado venir a su hermana Mumtaz, en paradero desconocido y seguro durante toda la guerra. Argaut por fin conocería a su futura esposa y por tanto Rayán le pidió que se quedara con ellos para que los dos prometidos se vieran en Élamos capital. Argaut accedió de buena gana.

A comienzos del segundo la infanta Mumtaz llegó a la capital y en un banquete le fue presentada a Argaut:

—Majestad —dijo Rayán—, aquí tenéis a Mumtaz Arisai, la mujer más valiente de todo Élamos. La joya de mi familia.

Argaut miró con mucho interés a la mujer baja y esbelta que asintió en señal de respeto ante su futuro marido. Mumtaz tenía veintitrés años, pero no era ninguna damisela frágil. Había contemplado el asesinato de casi toda su familia a manos de su propio hermano y había tenido que abandonar el palacio para entregarse a la vida del rebelde, huyendo de un sitio a otro, siempre con el peligro delante y la muerte detrás. Según contaba Rayán, ella apenas se había quejado y en todo se había portado como un compañero fiel antes que como una chiquilla de palacio. Esa noche vestía un traje colorido y hermoso que realzaba su busto y sus formas femeninas, evidentes a pesar de su delgadez. Tenía un rostro parecido al de su hermano, aunque más suave en los pómulos, con una nariz respingona y graciosa y unos labios que Argaut consideró sensuales, dignos de ser besados. Pero lo más sobresaliente eran los ojos, muy grandes y un

poco rasgados, del azul propio de los Arisai. Su piel era algo aceitunada, y al contraste con esos ojos zarcos, le daba a la joven cierto aire exótico y aventurero. Tenía un cabello oscuro, sedoso y fino, recogido en un peinado enrevesado y señorial. A Argaut le pareció muy hermosa. La imaginó como compañera de alcoba y deseó su cuerpo, deseó despojarla de sus vestimentas, abrazarla y penetrarla con lentitud. Poco a poco empezaba a cerrarse la herida de Queila y necesitaba un bálsamo, una mujer que diese alegría a sus días y dulzura a sus noches.

Pero aunque bella, Mumtaz Arisai también era dura. En sus ojos había acero y no parecía en absoluto amable. Rayán le había asegurado a Argaut que ella le había pedido a su hermano acompañarlo durante la guerra, pero él se negó. La vida de nómada no la había achicado, sino más bien todo lo contrario, pues se entregó a sus placeres como un mozo lleno de energías; de hecho, sabía tirar con arco, manejar la daga y montar a la manera de los hombres. Los guerreros que acompañaran a Rayán en su proscripción al principio se extrañaron de su comportamiento, pero terminaron por querer entrañablemente a esta chica que no temía a las arañas ni a las culebras, que sabía escupir por un lado de la boca y que estaba dispuesta a darse de puñetazos con cualquier varón —cosa que había hecho, recibiendo golpes y dándolos antes de quedar tirada sin sentido en el polvo—. Argaut comprendió que no sería una mujer dócil. Por supuesto, ella le demostró en todo momento el debido respeto y no dijo nada impertinente o fuera de lugar, pero no dio muestra alguna de cariño. Desde el primer instante, había alzado una barrera invisible entre los dos.

Rayán les dejó a solas para que se conocieran mejor y Argaut le preguntó acerca de su vida, pues quería saberlo todo sobre ella. Mumtaz respondía de manera correcta y en tono frío. Cuando ella notó que intentaba ganarse su confianza se retrajo aún más. Lo miró de modo casi impertinente, con los ojos entrecerrados.

—¿Mi señor quiere tomarme esta misma noche? —le preguntó.

Argaut parpadeó con sorpresa, pero recordó que este país tenía otras costumbres.

—¿No preferís esperar hasta la noche de bodas?

—No es necesario, mi señor. No sé cómo sucederá en vuestra tierra, pero en Élamos el hombre puede poseer a la mujer en cuanto le es prometida. Tal vez queráis hacerlo ahora, en una alcoba de este palacio.

Lo había dicho con tal frialdad y desprecio que Argaut antes abrazaría unas zarzas.

—Podemos esperar al momento que más os guste.

—Eso no he de decidirlo yo, sino mi señor.

Él apretó los labios.

—Entonces *vuestro señor* decide que sea cuando vos misma decidáis.

Ella lo miró con sus grandes y duros ojos azules.

—Como mi señor guste.

—Mumtaz, ¿por qué me llamáis siempre *mi señor*?

—Porque lo sois.

—También desearía ser… —Buscó algún puente, sin éxito—. Está bien. Me gustaría que os dirigierais a mí con menos formalidad, pero podéis llamarme como os plazca.

—Entonces prefiero dirigirme a vos como *mi señor*. Así no daremos lugar a equívocos.

—¿Qué clase de equívocos?

—Equívocos del corazón —respondió ella, con voz tajante—. Para vos yo seré vuestra esposa y para mí vos seréis mi marido, al que en Élamos las mujeres honestas deben dirigirse de tal modo. Y nada más.

Argaut asintió varias veces, en silencio.

—Como deseéis. ¿Me permitís tutearos?

—Esa pregunta es absurda, mi señor.

—Entiendo. Supongo que también resultará absurdo preguntarte… *preguntaros* si os molestaría que yo os tutease.

Su mirada azul se endureció aún más.

—Os ruego que no juguéis conmigo, mi señor.

Argaut se sentía como si un matón de taberna le estuviera dando una paliza y él no supiera ni siquiera cómo estaba sucediendo. Suspiró y dijo:

—Creo que será mejor que sigamos hablando y conociéndonos mañana. Hoy ya es tarde y debemos descansar.

Ella se encogió de hombros. Pareció recordar algo y quedó inmóvil, con los ojos clavados en él. A pesar de que no movía un músculo, titubeaba.

—¿Deseáis decirme algo? —preguntó Argaut.

Ella abrió la boca, la cerró, la volvió a abrir, tomó aire y dijo:

—Mi señor, he de informaros de algo que quizá sea importante para vos.

—Decid.

—Desconozco las costumbres de Brajairi, pero he oído decir que para ciertas cosas los vuestros son puntillosos.

—Podéis hablar con libertad.

—¿Seguro?

—¡Claro que sí! No temáis decirme nunca nada.

—Muy bien. No soy virgen.

Argaut quedó inmóvil durante muchos latidos. Ambos parecían dos estatuas, uno junto al otro, sentados en el banco del jardín florido.

Quienes los vieran desde lejos creerían ver a dos enamorados a punto de besarse. Rayán Arisai, Guarner Injeca y otros hombres elamosios y brajairios se relamían de gusto al verlos en circunstancias tan románticas. Qué errados estaban.

Argaut se agarró la boca con una mano y luego se acarició la barba. Quedó inmóvil y sus ojos se espantaron.

—No estaréis encinta, ¿verdad?

—¡No! ¡Tomé mis precauciones! ¿Acaso pensáis que iba a quedarme preñada de cualquiera y parir un bastardo?

—Compruebo que sois clara y directa. Me alegro de que por ese lado no haya *equívocos*. Pero me gustaría saber si estáis enamorada de otro hombre.

—¿Y qué importancia tendría eso para mi señor? —replicó ella con el ceño fruncido.

—Contestad a mi pregunta, por favor.

—No, solo fueron entretenimientos para el cuerpo.

—Ajá. ¿Y cuántos entretenimientos distintos habéis tenido?

—¿Amantes? Cinco hombres.

Argaut levantó las cejas y frunció los labios. Ella dijo:

—Si os preocupa haber elegido a una mujer alegre, erráis. Sé cuál es mi sitio y nunca os seré infiel. Antes me dejaría matar que deshonrar a mi familia convirtiéndome en una reina sucia y casquivana. Perded cuidado. Sé controlarme. No estoy dispuesta a enamorarme de ningún hombre.

—¿De *ningún* hombre?

—De ninguno —contestó ella.

—Bueno es saberlo —respondió él, con voz agria.

—Os lo he dicho para que no os llevéis una sorpresa cuando nos acostemos por vez primera. He oído decir que en Brajairi hay mujeres de la nobleza que suelen comprobar si la novia llega entera al tálamo. Podéis decirle a tales señoras que ya he conocido varón para que se ahorren la molestia de tocarme. Además, primero tendrían que pasar por encima de mi cadáver.

Argaut medio tosió, medio rio.

—Agradezco vuestra claridad.

—Estas cosas hay que tratarlas sin tapujos. También os digo, mi señor, que estoy por completo sana y que con ayuda de Sesac, y si lo deseáis también de vuestros dioses, mis hijos serán fuertes y sanos.

—Bien.

—Celebro que este asunto no dé lugar a situaciones difíciles. Agradezco la comprensión de mi señor. —No había calor en sus palabras, sino aquella cortesía helada que Argaut empezaba a odiar—. Si no queréis tratar más cosas, pido a mi señor que me permita retirarme.

—Como gustéis.

Mumtaz se levantó y se alejó, dejándole solo en el banco del jardín.

La partida de Élamos se demoró porque había que ultimar los detalles de la alianza entre las dos naciones. De hecho, Rayán insistió en pagar en ese momento la compensación de guerra de aquel año, sin esperar hasta la fecha correcta, y Argaut se lo agradeció. En varias ocasiones volvió a entrevistarse con su prometida y le pidió que le mostrara los lugares más bellos e importantes de la capital y sus alrededor. Ella lo hizo de manera cortés, pero se mostró tan fría e impersonal que a Argaut le pareció casi insultante. Hubo una primera ceremonia de enlace matrimonial ante los ojos de Sesac; Argaut no se opuso porque era tolerante en cuanto a religiones y además le interesaba no ofender a los elamosios. Además, todos sabían que la auténtica boda ocurriría en Brajairi. Tras el banquete Argaut llevó a Mumtaz al tálamo. Ella no se negó y en la intimidad se desnudó, se tumbó y se abrió de piernas sin resistencia y sin pasión. Argaut cumplió sus deberes, pues urgía tener un heredero, y después los dos se echaron a dormir dándose la espalda. Aquel ayuntamiento fue tan protocolario como deprimente.

Mumtaz Arisai llevaba siempre puesta ante él su máscara de impasibilidad, pero solo cayó el día de la partida, pues abrazó a su hermano con lágrimas en los ojos y no dejó de llorar mientras se alejaba de su país.

—Siento que os marchéis de vuestra tierra —le dijo Argaut—. Espero que las bondades de mi país, que va a ser también el vuestro, os hagan más llevadera la melancolía. —Ella lo miró, se limpió los ojos con el dorso de la mano y asintió—. Podréis volver a visitar a vuestra familia y vuestra gente cuando lo deseéis, siempre que aviséis en la corte con tiempo.

Mumtaz lo miró, dudó muchos instantes y al final susurró:

—Gracias.

—Haré cuanto esté en mi mano para haceros lo más grata posible vuestra vida como reina.

—Mi señor, querría pediros… ¿Podré montar a caballo?

—¡Por supuesto! Vais a tener las cuadras reales a vuestra disposición.

Ella logró sonreír.

—Muchas gracias. Adoro los caballos. Permitidme cabalgar cuando lo desee y seré la más fiel y cortés de las esposas.

Argaut acercó su caballo, la miró a los ojos y la tomó de una mano.

—No solo me gustaría tener vuestra fidelidad.

Ella se retrajo de nuevo. No apartó la mano, pero la dejó muerta entre los dedos de él. Un poco malhumorado, Argaut se despidió con

un asentimiento y fue a buscar a su tío Guarner o a cualquier otro amigo con quien distraer la mente.

En Brajairi tuvieron un recibimiento fastuoso. Volvía el rey, con oropeles de victoria tras ganar una guerra en país extraño. ¡Y le acompañaba la futura reina! Esto despertó una curiosidad salvaje tanto en nobles como en plebeyos. Todos ardían en deseos de observar, escrutar, estudiar y analizar a esa princesa exótica del sur. En los desfiles ella se mostró altiva y lejana, sin sonreír ni devolver los saludos, y eso le granjeó el respeto del pueblo, pero no su amor. Menudearon las hablillas, los bulos, las críticas de los envidiosos —sobre todo *envidiosas*, pues Mumtaz Arisai era muy bella— y los prejuicios contra los extranjeros. Argaut estuvo en todo momento junto a ella, llevándola de la mano. Quería dejarles claro a todos que quien se enfrentara a ella se enfrentaría a él.

Argaut abrazó a los miembros del Consejo, que le felicitaron y se mostraron alegres por su llegada venturosa. También recibió el amor de sus amigos y de los nobles de palacio. Demayara le dio una acogida cortés, pero distante. Aún no le había perdonado la muerte de Rafucio. En contraste, su tía abrazó con lágrimas de emoción a su marido y no quiso despegarse de él en ningún momento. Eran la viva imagen de un matrimonio dichoso. Argaut se sintió muy dolido por la lejanía de su tía, pero no lo expresó en modo alguno. Sin embargo, captó la mirada seria y pensativa de Mumtaz. La recibieron con amabilidad y ella se portó a la perfección, pero sin afecto. Le acompañaba un séquito de nobles elamosios, todos varones. Su única dama de compañía era una mujer también joven que respondía al nombre de Parastu. Tenía una tez muy morena, ojos y pelo negrísimos y era alta y ancha de hombros. Era hermosa, pero había en ella algo masculino, severo, casi violento. Argaut a veces la descubrió dirigiéndole miradas de animadversión e incluso de odio, miradas que Parastu borraba desviando la vista. Mumtaz le había dicho que Parastu era no solo su amiga, sino incluso su guardiana. La mujer procedía de una tribu elamosia en la que a las hembras se las enseñaba a pelear y guerrear como si fueran machos. Durante la época de proscripción Rayán le impuso a su hermana una centinela femenina que pudiera acompañarla a todas partes y que la protegiera de cualquier peligro. Parastu era rabiosamente fiel a su señora y Mumtaz sentía una profunda satisfacción teniéndola a su lado. No estaba dispuesta a abandonarla por ser reina de Brajairi y Argaut no se opuso, a pesar de sentir una antipatía natural e inmediata hacia la compañera de su mujer.

Se celebró la boda por todo lo alto y la primavera les concedió unos días maravillosos. Las Cortes no tardaron en hacer honores políticos a la reina Mumtaz I de Brajairi. Ella procedió con una

dignidad y un saber estar maravillosos y Argaut supo que como reina sería perfecta.

Mumtaz no pretendía inmiscuirse en los asuntos de gobierno porque en Élamos la habían educado para dejarlos en manos de los hombres. Incluso se había escandalizado un poco cuando Argaut le propuso asistir a las reuniones del Consejo Real y casi no podía creer que hubiera mujeres en puestos de poder. Ella prefería mantenerse al margen, pero Argaut le hablaba de política porque pensaba que la reina debía sentirse también implicada en el gobierno. Además, estaba claro que su mujer no era débil, tonta ni frívola. Le gustaban las opiniones de Mumtaz, aunque le parecían un tanto bruscas. Ella opinaba que Brajairi, un país tan fuerte, debía aumentar la gloria por la vía militar, es decir, mediante la conquista. El coste en vidas humanas no le importaba porque veía a los hombres y mujeres de un reino más como esclavos o propiedades físicas que como seres que respetar y proteger. Pero Argaut deseaba mantener la paz por encima de todo, no una paz ingenua, sino fuerte. Sabía que una paz sin espadas que la guardaran era un delirio infantil, pero Mumtaz iba un paso más allá y afirmaba que la guerra era el cauce natural de todo país vigoroso. Se mostraba apasionada y no admitía que le llevaran la contraria, ni siquiera su marido. Argaut amaba los vericuetos de la dialéctica, pero Mumtaz prefería la inmediatez innegable de los hechos consumados, se enojaba con él y entonces tenían que abandonar la discusión.

Ella no congeniaba con las damas brajairias. Las trataba con desdén y a veces incluso parecía disfrutar asustándolas soltando algún comentario grueso. Más horror causaba a las delicadas nobles su compañera, Parastu. Aquella mujer salvaje no hablaba mucho, pero miraba a las otras con tal ferocidad que salían huyendo como gallinas ante un lobo. Para colmo de escándalos la reina montaba a caballo como un varón e incluso… ¡se adiestraba con las armas! Parastu y Mumtaz pasaban horas en el patio del castillo manejando la daga, la espada corta, la lanza y el arco. Las damas daban chillidos de horror al asegurar que Mumtaz y Parastu incluso habían sido vistas peleando a puñetazo limpio, revolcándose por los suelos como rufianes en una taberna. Argaut la dejaba hacer y la contemplaba desde lejos, pues él también se adiestraba a menudo en el patio de armas. Si bien las damas echaban pestes de las costumbres marciales de la reina, los hombres acabaron por comentarlas con agrado. Los soldados primero vieron a Mumtaz con extrañeza, después con diversión y por último con respeto. La reina se había acostumbrado a vivir con hombres rudos y violentos cuando era una fugitiva y los trataba de un modo natural. Incluso le reveló a su esposo que prefería la amistad masculina a la femenina, pues las damas de palacio le parecían un

puñado de arpías hipócritas.

La excepción asombrosa era Demayara Agrate, pues había roto su distanciamiento para acercarse a Mumtaz —en realidad se moría de ganas de conocerla—. Argaut imaginó que el encuentro acabaría en desastre, pero las dos hicieron buenas migas y se reunieron muchas veces para conversar y tratar temas de los que Mumtaz nunca le hablaba. Argaut no acababa de decidir si todo esto le gustaba o no, pero no se entrometió. Seguía dándole una libertad absoluta para hacer lo que le viniera en gana mientras no menoscabara sus deberes regios. Y Mumtaz no los descuidaba porque fue criada desde niña para ser princesa e incluso reina.

Los dos fornicaban varias veces a la semana, pero ella no quedaba encinta. Mumtaz se limitaba a abrirse de piernas y poco más. Todo aquello parecía rutinario y Argaut a menudo pensaba que la mano era más satisfactoria que el cuerpo frígido de su mujer.

Una mañana, mientras se adiestraba con la espada en el patio de armas, miró el extremo lejano donde la reina y Parastu estaban ejercitándose con dagas de madera. Algunos soldados rodeaban a las dos mujeres y las miraban con curiosidad profesional.

—Alto —dijo Argaut, y su compañero bajó la espada—. Quiero ver qué hace mi mujer.

Se quitó las protecciones corporales y fue al corrillo. Parastu y Mumtaz llevaban ropas amplias y chalecos de fibra vegetal y tenían el pelo recogido. Estaban manchadas de polvo y sus caras brillaban de sudor. Sonreían con alegría amistosa y eso le hirió de un modo extraño.

—Majestad, señora Parastu, compruebo que sois expertas en el uso de la daga.

Las dos dejaron de luchar. Parastu hacía esfuerzos para doblegar su odio mientras agarraba muy fuerte la daga de madera, pero asintió con respeto.

—Mi señor —dijo la reina—, si os incomoda que esté haciendo ejercicio me iré a mis aposentos. Pero recordad que vos me lo permitisteis.

—No me molesta en absoluto. Me parece bien que una reina sepa defenderse. Ha habido reinas luchadoras en la historia de Brajairi. Mi propia tía Serela II emprendió guerras y mi tía Demayara, durante la regencia, tomó decisiones militares. Tal vez no empuñaran ellas mismas la espada, pero en mi familia lo militar no ha sido cosa solo de hombres.

—Entonces, ¿por qué habéis venido? —preguntó Mumtaz.

—Me gustaría compartir vuestros conocimientos de esgrima. Yo soy más de espada, pero algo sé de dagas y cuchillos. ¿Me permitís participar?

Mumtaz lo miró con nerviosismo.

—Esa pregunta sobra. Sois el amo de todos los hombres y mujeres de este castillo, incluida yo misma.

Parastu desvió la cabeza con lentitud y apretó los labios.

—Dadme una daga de madera, pues —dijo Argaut.

Le pasaron una. Se acercó a su esposa, que lo miraba con los ojos entrecerrados.

—¿No os vais a poner un chaleco de protección? —preguntó ella.

—No. Este arma no tiene filo.

Ella se encogió de hombros.

—Si os parece bien, mi señor, el primero que marque tres veces al enemigo en el cuerpo o la cabeza, gana.

—¿Qué reglas queréis?

—Ninguna —contestó Mumtaz.

Argaut asintió.

Se aproximaron uno al otro y se rodearon, estudiándose. Argaut se dio cuenta de que ella sabía manejar la daga y de que su posición era correcta. El experto en este tipo de luchas fue Rafucio e intentó recordar lo que su primo le había enseñado. Amagó varias veces y Mumtaz retrocedió un poco agachada, mirándolo con esos ojos azules tensos, empotrados en el rostro impasible y sudoroso. Argaut volvió a acercarse con pasos rápidos y ella lo rehuyó. En el siguiente lance hubo un intercambio de golpes, pero solo en los brazos. Argaut se sorprendió por la fuerza con que ella lo había marcado y no se le escapó que había ido a por su codo, quizás para romperlo. La reina no se había quejado al sentir el filo romo en su carne. Argaut volvió a atacar y esta vez Mumtaz entró a fondo, los dos se llevaron un tajo en un costado y Argaut retrocedió con dolor. Ella había buscado romperle las costillas y lo hubiese logrado si él no hubiera hurtado el cuerpo en el último instante. Sin embargo, el chaleco de fibra vegetal había impedido que ella sintiera el golpe. Argaut comprendió que había algo más en todo esto y que no era una simple distracción física. Se obligó a concentrarse en la pelea y experimentó una sensación de irrealidad al enfrentarse de tal modo a una mujer, pues nunca había conocido a una tan dispuesta a combatir. Volvieron a cerrar y esta vez ganó Argaut, pero al retroceder ella le dio una patada que no le desgració los testículos de milagro; él se había apartado en el último momento y la bota solo impactó en el muslo. Argaut la miró con asombro.

—Si queréis podemos dejarlo aquí, mi señor —dijo ella—. Habéis vencido.

—Solo habéis recibido dos tajos, no tres. La pelea continúa.

—Como queráis.

Los dos se aproximaron con las piernas ágiles y flexibles. Amagaron varias veces sin entrar a fondo, tanteándose, dando

mojadas al aire. Al fin, Argaut atacó, ella atrasó la cabeza y el arma pasó a dos dedos de su mejilla. Se agachó y avanzó, clavando lo más fuerte posible en el abdomen, Argaut le dio un tajo en el pecho y ella se le echó encima, metió su pierna detrás de él y lo empujó con un giro de su cadera. El rey perdió el equilibrio y cayó sobre la espalda. Ella se le echó encima con la rodilla por delante y se la clavó en la boca del estómago. Puso la punta roma de la daga en la garganta de su esposo y la hundió hasta hacerle gruñir de dolor.

—Podría matarte ahora mismo —advirtió ella, en voz baja.

Argaut abrió las manos en señal de rendición. Empezó a jadear porque le faltaba el aire.

—Se acabó el combate —masculló con voz ronca. Vio la sed de sangre en los ojos de ella—. Quitaos de encima.

Mumtaz parpadeó como si saliera de un trance, se levantó y retrocedió.

—Ruego que me perdonéis, mi señor. No sé lo que me ha pasado.

Argaut se levantó y se frotó el cuello amoratado. Tosió con fuerza y al final recuperó la voz:

—Lo que os ha pasado es que peleasteis para ganar y yo no me empleé a fondo. Me habéis dado una lección de humildad. —Tosió varias veces—. Nunca volveré a menospreciar a nadie solo por su aspecto.

Ella lo miró con cautela, pero no dijo nada. Argaut agarró la daga caída.

—Quiero la revancha.

—¿Revancha? Me disteis tres tajos antes de caer sobre vos. Habéis ganado.

—Tres tajos menores contra un cuchillo hundido en el cuello. ¿Vos creéis que eso es ganar? Pero llevad cuidado porque esta vez no me pillaréis por sorpresa. Y os advierto que yo también conozco algunos trucos.

Le sonrió desafiante y ella también terminó por sonreír con la boca y con los ojos, con un calor genuino, inédito.

—Sea, Majestad, pero no volváis a confiaros. ¡No quisiera enviudar tan pronto!

Los hombres rieron la broma y la aplaudieron. Argaut asintió de buen humor y los dos volvieron a enfrentarse. Nadie se fijó en Parastu, que se marchaba del grupo con los ojos llenos de ira.

11

Esa tarde, cuando Mumtaz se disponía a ensillar su caballo favorito para dar su paseo diario, Argaut fue a buscarla a las cuadras.

—Esperad. Me gustaría ir con vos.

Ella lo miró con una ceja levantada. Le acompañaban los cinco guardias reales que la escoltaban en sus paseos a caballo y —por supuesto— Parastu. La mujer tribal quedó rígida al oír las palabras del rey, pero no dijo nada.

—Supongo que no querréis volver a pelear conmigo, mi señor —contestó Mumtaz de buen humor, mientras colocaba la silla sobre la manta. Empezó a asegurar las correas con movimientos enérgicos y expertos—. Ya me disteis una buena paliza esta mañana. —Se frotó la cadera—. Pocas veces me han arrojado al polvo tantas veces.

—Pero en ningún momento pedisteis tregua —dijo Argaut.

Ella lo miró sin perder del todo la sonrisa desafiante y sus ojos se volvieron más profundos.

—Yo jamás pido tregua, mi señor.

—Vos también me habéis enseñado algunas cosas con la daga.

Mumtaz se encogió de hombros mientras colocaba el bocado y las riendas.

—Como queráis, mi señor. Venid a dar un paseo conmigo si os place. Hay unas llanuras hermosas cerca de la ciudad. Vámonos todos, pues.

—No todos —dijo Argaut—. Parastu, vos os quedáis.

La aludida abrió la boca y los ojos, consternada.

—Majestad, yo siempre voy con mi señora.

—Pues hoy os quedaréis aquí —repuso Argaut, tranquilo pero inflexible, mientras agarraba una silla y llamaba con los dedos al mozo—. Y a partir de ahora trataréis a la reina de *Majestad*, como es vuestro deber.

La mujer quedó atónita y se volvió hacia Mumtaz en busca de ayuda, pero la reina asintió en silencio. Parastu miró al rey y apretó los labios y arrugó la nariz en una mueca de furia.

—Como vos ordenéis. *Majestad*.

—No volváis nunca a mirarme o hablarme en tono hostil —dijo Argaut—. Es la última vez que os lo advierto.

El miedo penetró en los ojos de Parastu y agachó la cabeza.

—Perdón, Majestad.

Mumtaz intervino:

—Por favor, mi señor, no os enojéis con…

—En cuanto el mozo coloque mi silla en un buen caballo iremos fuera. Hace un día maravilloso para trotar.

Mumtaz asintió con nerviosismo y Parastu se retiró discretamente.

En efecto, el día era un prodigio primaveral, así que los reyes y su escolta bajaron por las calles de Longaza y salieron al campo exterior. Permitieron a los caballos ir al paso sobre las planicies untadas de hierba y flores y entraron en un bosque de pinos altos y recios cuyas ramas dibujaban telarañas confusas en la tierra. Dejaron las riendas sueltas y animaron a sus caballos, que corrieron más rápido y por fin galoparon como demonios. Argaut vio a su mujer reír mientras manejaba a su animal con destreza y determinación, la vio soltarse el pelo, que se desparramó en el aire, vio sus ojos brillantes de vida y velocidad, como los de una criatura bárbara. La siguió en medio de una nube de truenos de cascos y de terrones alzados por los aires. La escolta de guardias reales iba tras ellos, a la distancia precisa para proteger sin agobiar.

Se detuvieron todos en un claro cerca de un riachuelo y los reyes se miraron con una sonrisa.

—Cabalgáis como una diosa —dijo Argaut.

—Gracias, mi señor. Siempre me gustaron mucho los caballos. Me entiendo con ellos mejor que con las personas. Además, tuve la mejor escuela: la necesidad. En más de una ocasión hube de huir junto a mi hermano al galope, mirando cada poco tiempo hacia atrás en busca de enemigos.

—El peligro es buen maestro, pero ahora podemos relajarnos y disfrutar de este lugar hermoso. ¿Qué tal un descanso?

—Como deseéis.

Bajaron de los caballos y los ataron a un tronco. La escolta de guardias reales llegó también al claro, desmontaron y tomaron posiciones para tener siempre controlada la zona. Ajenos a ellos, Argaut y Mumtaz caminaron hasta un pino gigantesco. Argaut puso una mano sobre la corteza negra y miró el techo de ramas. Se volvió hacia la reina y le sonrió de nuevo, pero la animación de ella se fue desvaneciendo. Volvía a meterse en su cubil de frialdad.

—Sentémonos —dijo Argaut.

Los reyes se acomodaron en la hierba, uno cerca del otro, pero sin tocarse. Argaut la miraba pensativo. Ella tenía la espalda apoyada en el inmenso tronco y se abrazaba las rodillas. Sus ojos contemplaban el vacío ante ella. Se oían los chirridos de los pájaros y el murmullo de un riachuelo. La quietud, el verdor y la brisa apaciguaban las mentes, las adentraban en ese espacio delicioso que solo puede encontrarse en los parajes salvajes.

—Me gustaría tutearos —le dijo él.

Ella no se volvió para mirarlo.

—Hacedlo si queréis, mi señor.

—Y os pido que también vos lo hagáis, al menos en la intimidad, pues en público debemos tratarnos acorde a la etiqueta.

Ella soltó el aire y asintió.

—Mumtaz… ¿Por qué me aborreces?

Ella quedó inmóvil.

—Yo no os… Yo no te aborrezco, mi señor.

—Deja de llamarme *mi señor*. Te lo ruego.

—Yo no te aborrezco. Si tenéis… Si tienes alguna queja de mi comportamiento procuraré enmendarme. He intentado comportarme como ha de hacerlo una reina.

—Pero en lo personal no hay acercamiento.

Ella apretó los labios y no lo miró.

—Te aseguro que hago todo lo posible para quedarme preñada.

—No es eso.

—Entonces no entiendo a qué te refieres.

Argaut desvió la mirada mientras buscaba las palabras correctas.

—A tu frialdad conmigo.

Ella pareció retraerse aún más.

—Ahora lo estás haciendo —dijo Argaut—. ¿Lo ves?

—No estoy haciendo nada.

—Eso es lo que me enerva: ¡tu nada hacia mí! Maldita sea, sabes muy bien de qué hablo, pero no me lo pones fácil. —Hubo una pausa incómoda. Argaut se mordió el labio inferior y tras muchas dudas, dijo —: ¿Es por Parastu?

—¿Qué tiene que ver Parastu en todo esto?

—¿Qué hay entre vosotras dos?

Mumtaz soltó una especie de tos. Se volvió hacia Argaut con un asombro tan mayúsculo que no le cabía en la cara.

—¿Parastu y yo? ¿Parastu… y *yo*? ¿Qué has imaginado? —Levantó las cejas, su boca se hinchó y al final soltó una carcajada—. ¡Es la idea más loca que he oído en toda mi vida! Puedes estar tranquilo, mi…, Argaut, porque no hay *nada* entre ella y yo. ¡Nunca me han gustado las mujeres!

—¿Y a ella le gustan? ¿Está prendada de ti? He visto cómo te mira. Y cómo me mira.

—No te inquietes. Estoy segura de que no se siente atraída por ninguna mujer, ¡y menos por mí! De hecho ya ha encontrado un par de amantes entre los soldados de la Guardia Real. ¡Es muy fogosa!

—¡Vaya! —Argaut arrugó la frente—. Parece que he metido la pata hasta el corvejón.

—¡Desde luego! Escuchad bien, mi…, Argaut. Durante mucho

tiempo Parastu ha sido algo así como mi madre, mi hermana mayor, mi mejor amiga… ¡y hasta mi padre! Me quiere muchísimo y es tan protectora como una leona con sus cachorros. Por supuesto que tiene celos, pero no *esos* celos. Ella odiaría a cualquier hombre con el que me casara, aunque fuera el mejor del mundo. Por favor, sé paciente y no te enfades con ella.

—Ahora que no la veo como a un rival ya no me disgusta. Pero dile que se comporte como debe ante su rey. Y en cuanto a lo que hemos hablado, mejor no le cuentes nada.

—No lo haré.

Sin embargo, por su mueca socarrona él comprendió que se lo contaría todo en cuanto la viera. Al final, él también acabó por sonreír.

—Estás preciosa cuando muestras alegría. ¿Por qué no lo haces más a menudo?

Ella bajó la cabeza y su sonrisa se borró. Pero ya no había tanta dureza en sus ojos.

—Mi vida no ha sido fácil.

—Mumtaz, tú tienes veintitrés años y yo treinta y cuatro. A tus ojos tal vez te parezca un viejo, pero… No por favor, déjame decírtelo. Yo sé que tal vez te parezca mayor y que quizás te gustaría más otro tipo de persona. Pero ni tú ni yo podemos elegir con quién casarnos. Aceptar a nuestros respectivos compañeros de vida forma parte de nuestro deber. Es duro. —Los dos se miraron a los ojos—. Pero es lo que tenemos y no podemos cambiarlo.

—No me he quejado. Y tú no me pareces en absoluto un viejo, Argaut.

—Para mí tú tampoco eres una niña. Eres una mujer hermosa, fuerte e inteligente, y vas a ser una gran reina. Te diré algo que he aprendido durante mis muchos años de reinado. La vida es tan amarga que la mayor necedad consiste en no aprovechar lo poco que pueda hacerte dichoso. El poder y la gloria pueden darte orgullo y satisfacción, pero no te dan la dicha. En realidad, te la quitan. He perdido a muchos seres queridos y he descubierto que solo puedes gozar de las personas mientras las tienes cerca. Después, ya es tarde. Me gustaría quererte y que tú me quisieras. El amor no viene de la pasión. La pasión está sobrevalorada por los poetas, que en realidad nada saben de estas cosas. El amor genuino aparece con el tiempo y es una especie de amistad muy hermosa. Mumtaz… ¿tú quieres ser mi amiga?

Ella no osaba mirarlo. Estaba muy nerviosa y respiraba con agitación.

—Yo… Mi señor, ¿dónde encajaría yo en vuestro mundo?

—Ya te dije que no me llamaras…

—He de hacerlo, mi señor —respondió ella con enojo—. ¿Seré la mejor de las amigas de vuestro harén?

—¿*Qué*? ¡En Brajairi no hay harenes!

Ella clavó sus ojos en él.

—Pero sí hay cortesanas, y mancebas, y mujeres dispuestas a agasajar al rey. Decid, mi señor: ¿dónde voy a encajar yo en ese rebaño? ¿Seré mejor o peor amiga que todas vuestras otras *amigas del alma*?

Él la miró con el ceño fruncido.

—Soy hombre de una sola mujer. Y esa mujer eres tú.

—¿Yo? —Sonrió de manera cruel—. ¿Una salvaje extranjera que no sabe bailar, ni vestir con elegancia, ni haceros fiestas ni zalamerías? Si queréis mi amistad no me mintáis.

—¡Por todos los dioses, no te hagas tanto de menos! Cualquier hombre os hallaría encantadora y atractiva.

Ella torció la cara con sarcasmo y su voz se tornó un susurro furioso:

—¿Y qué pasa con la otra, con la que os ha dado ya dos hijos? ¿También habré de competir con ella por vuestra *amistad*?

—Yo amaba a Queila Nicario y la he abandonado por ti.

—No, mi señor, la habéis abandonado para no mancillar a la reina de Brajairi, no *a mí*. Es distinto. Además, sé que os veíais con ella durante vuestro anterior matrimonio. ¿Y aún me decís que sois hombre de una sola mujer?

Argaut abrió un poco la boca. Después bajó la mirada.

—Llevas razón. Lo hice.

Ella vio el dolor en sus ojos y se ablandó.

—Entendedme, mi señor. No deseo juzgaros. Jamás osaría juzgar a mi rey. Sois el varón y por tanto podéis hacer cuanto os plazca. Tal vez en Brajairi sea distinto, pero a mí me educaron de tal modo y me resulta difícil pensar de otra manera y adaptarme a vuestros usos. Puedo aguantar muchas cosas, pero no puedo daros más de lo que soy capaz de daros.

—¿Que es…?

—Mi lealtad a vos y al país del que soy reina y mi cuerpo para engendrar hijos sanos y fuertes. Y nada más.

—Luego entonces no confías en mí.

—Confío en el rey. Pero no en el hombre.

Argaut desvió la mirada y guardó silencio durante muchos latidos.

—Me hubiera gustado enamorarme de ti, Mumtaz, pero yo no puedo querer a una estatua fría. No voy a caer en ese pozo. Si me abres la puerta entraré, pero si no lo haces llamaré a otra. —La miró —. Solo tengo una vida y quiero disfrutarla.

Ella lo miró con pesar.

—Lo entiendo. Y jamás os reprocharé nada, mi señor.

Al cabo de algún tiempo, Argaut se levantó.

—Creo que deberíamos volver al palacio. Parece que todo está ya aclarado entre nosotros dos. Lamento haberte producido tanta incomodad. Y no temas… No temáis. Nunca volveré a tutearos.

—No —fue el susurro—. Esperad. Por favor.

Argaut se volvió. Ella seguía en el mismo sitio y en la misma postura. Sin embargo, la entereza se había marchado y solo había angustia y miedo. Se sentó de nuevo junto a ella.

—¿Qué os pasa? —le preguntó—. ¿Por qué no me lo contáis de una vez por todas?

A Mumtaz le temblaban un poco los labios.

—Yo también quiero amaros. Pero *no puedo*.

Argaut la interrogó con la mirada y esperó.

—Mi señor. —Mumtaz cerró fuerte los ojos. Suspiró—. ¿Recordáis la primera vez que hablamos, en ese jardín del Palacio Real de Élamos?

—Sí.

—Entonces os dije que había tenido cinco amantes. Vos me preguntasteis si habían sido otra cosa que distracciones y yo respondí que no.

—Más o menos fue así, creo recordar.

—Os mentí.

Argaut frunció el ceño.

—¿Cuál fue la mentira?

—Amé a uno de esos hombres. Al primero de todos. Él tomó de mí lo que vos no pudisteis tomar en la noche de bodas.

—Ah. ¿Y aún seguís queriendo a ese hombre?

Ella desvió la mirada.

—Eso es imposible porque está muerto. —Sonrió sin alegría, al calor de los recuerdos—. Fue al principio de mi vida como fugitiva. Él pertenecía a una de esas tribus salvajes que tanto nos ayudaron. Yo estaba asustada, era una chiquilla y él… —Se encogió de hombros—. Bueno, todo ocurrió muy rápido. Sabía que estaba traicionando a mi familia, pero me entregué por completo. Me aseguró que me quería y que cuando llegara el momento se lo diría a mi hermano, aunque lo matara allí mismo. Pero a mí no me importaba ya ni mi hermano, ni su venganza, ni Élamos, ni todo el maldito Dirtán. Durante algunas semanas viví solo para él. Estaba como borracha. Era mi primer amor. —Su voz y sus ojos se volvieron lúgubres—. Una noche lo descubrí con otra. Era una fulana, una cualquiera de un poblado donde hacíamos noche. Entonces supe que de veras a una se le puede romper el corazón.

Mumtaz echó la cabeza hacia atrás, hasta apoyar la coronilla en el

tronco. Los haces de luz sacaron lustre a sus lágrimas. Argaut continuaba mirándola en silencio.

—La cosa no acabó en el simple desengaño de una cría ingenua. Yo llevaba siempre conmigo una daga. —Ella hizo una pausa. Argaut abrió mucho los ojos, pero nada dijo—. Estaban tan borrachos que ni siquiera me oyeron acercarme. No tuvieron ninguna oportunidad. Yo hubiera besado cada huella que él dejaba en el polvo, y sin embargo…

Se cubrió la cara con las dos manos.

—No fue maldad, Mumtaz, sino arrebato.

A duras penas, ella consiguió tranquilizarse. Se limpió la cara con las manos, respiró hondo y recuperó la compostura.

—Mi hermano tuvo que pagar una compensación a las familias de él y de ella. Y a mí me dio una soberana paliza. No le guardo rencor porque yo no solo había deshonrado a mi familia con mi comportamiento indecente, sino que además le había causado muchos trastornos al… Al hacer lo que hice. Además, apenas podía sentir nada. Estaba metida en un hoyo de tristeza. Cada noche rezaba para que nuestros perseguidores nos encontraran y nos mataran. Pero los hombres y las mujeres somos como las cucarachas: sobrevivimos a todo. De algún modo encontré las fuerzas para seguir adelante y me refugié en el deber hacia mi familia y mi país. Me hice dura como la piedra y mi hermano volvió a respetarme. Luego encontré a Parastu. —Sonrió con malicia—. En realidad mi hermano me la echó encima para que no volviera a liarme con ningún hombre, pero todo resultó al revés porque Parastu me aseguró que lo que necesitaba precisamente eran otros hombres que me ayudaran a olvidar al primero. Ella me taparía. Vinieron los cuatro siguientes, que *sí* fueron distracciones. —Lo miró—. Y después de ellos, vos.

—Otra distracción.

—No. Y por eso debéis dejar las cosas tal como están. No os aconsejo enamoraros de mí.

—¿Por qué?

—Porque yo no soy mansa.

Se produjo otro silencio, el más largo de todos.

Argaut dijo:

—Deberías confiar en las personas, Mumtaz.

—¿Por qué hacerlo cuando te pueden traicionar y hacerte tantísimo daño?

—Precisamente por eso, porque pueden hacerlo. De otro modo la confianza no sería tan valiosa.

Ella frunció el ceño. Entre los dos se había levantado una barrera invisible y ni siquiera sabían de dónde había salido.

—Creo que deberíamos volver a palacio, mi señor.

Argaut asintió y se levantaron. No cruzaron palabra durante todo

el camino de vuelta.

12

—Majestad, dama y caballeros del Consejo Real —dijo Sofredo Eñanca, mientras reprimía el gemido que le producía su estómago torturado—, deseo presentaros al que propongo como mi sucesor en el gabinete de economía cuando yo abandone el puesto, por culpa de mis achaques. La mayoría lo conocéis, o al menos sabéis de él por lo bien que he hablado de sus méritos. Se trata de mi secretario personal, Jarón Valtaro.

Estaban allí la tesorera real Liyoba Farica, Medardo Armigino —general del Ejército Real que se distinguió con honores en la campaña de Larsa, en Élamos, y que había sustituido a Tacho Fantiño, muerto durante la campaña de Quisa y llorado por todos—, el jefe de diplomáticos Brelán Etgula, el mayordomo real Guarner Injeca y el propio rey. Todos miraron a Eñanca sin mucha sorpresa, pues ya sabían de sus problemas físicos. Desde principios de año su salud había menguado estrepitosamente: sus ardores y dolores gástricos arreciaban y no pocas veces había faltado a las reuniones. Demacrado y amarillento, parecía más que nunca un buitre viejo y achacoso.

Después se fijaron en Valtaro. Ya sospechaban que cuando Eñanca se retirase él tomaría los mandos de su imperio comercial. Valtaro era joven, pero la vida sedentaria y las muchas noches sin dormir habían redondeado su cintura, abotargado su rostro serio y duro y oscurecido la carne bajo los ojos. Asintió con agradecimiento ante las palabras de su señor.

—Mi decisión —prosiguió Eñanca— queda condicionada por la voluntad de la señora Farica, que tiene la última palabra en todas las cosas de la economía brajairia, y por supuesto por la voluntad de Su Majestad.

—Por mi parte —dijo Argaut— no me opondré a vuestros designios ni a los de la secretaria y tesorera. Me pongo por completo en manos de mis dos consejeros económicos. —Miró a Liyoba—. ¿Qué opináis vos?

Ella contempló a Eñanca. Todos esperaban su decisión y no sabían cuál iba a ser, pues conocían las muchas desavenencias que ambos habían tenido. La tesorera jamás había confiado del todo en él y además ella en su fuero interno nunca podría olvidar el chantaje que le hizo a su antecesor en el cargo, Gregar Farica. Este era el momento adecuado para negar la entrada de Valtaro; de este modo acabaría con

la línea que había representado Eñanca, pues los métodos del polluelo serían los mismos que los del buitre.

—El relevo me parece bien —dijo Liyoba—. El señor Valtaro tendrá buena acogida en el Consejo de Economía, siempre que trabaje con lealtad y celo en pro del país, y de nadie más.

—Esa será mi única determinación, señora —repuso Valtaro con humildad.

—No tendréis nunca queja de este hombre —dijo Eñanca—. Enriquecerá las arcas de Brajairi y fortalecerá nuestra economía.

—Así lo espero —dijo ella—. Pero supongo que el relevo no se formalizará de inmediato, ¿verdad?

—Ha de suceder cuanto antes. —Eñanca llevó una mano al estómago y torció la boca—. No es ningún secreto que estoy enfermo. No sé cuánto tiempo me queda en Dirtán.

—¿Tan mal estáis? —se interesó el rey—. Si queréis puedo hacer que os visite mi médico personal. Es un hombre doctísimo.

—Os lo agradezco, Majestad, pero no es necesario. Mi propio médico me trata desde hace mucho y sabe que mis males son irreversibles. Es posible que acuda al Consejo algunas veces, pero para mí ya es mucho esfuerzo. De ahí que haya traído al señor Valtaro.

—Lo lamento —dijo Argaut—. Sois un servidor magnífico. Si está en mi mano hacer cualquier cosa por vos, decid.

—Gracias, Majestad, pero ya habéis hecho mucho. Siempre confiasteis en mí. Ese es mi premio más dulce.

—Señor Eñanca —intervino Guarner—, sé que no hemos sido los mejores amigos en este Consejo y que habéis debido tolerarme muchas palabras agrias, pero ahora quiero expresaros mi admiración, como honorable adversario y como leal compañero.

Eñanca lo miró durante mucho tiempo, visiblemente conmovido. Al final sonrió con amabilidad y asintió.

—Gracias, señor Injeca. Para mí también ha sido un honor.

Los otros miembros le dirigieron palabras parecidas e incluso Liyoba terminó por ablandarse y loar sus virtudes. Eñanca no estaba acostumbrado a los halagos, y menos de sus viejos enemigos, así que se emocionó un poco.

Después, en su despacho y a solas con Valtaro, pudo relajarse y agrietar su cara en una expresión de sufrimiento.

—Maldito sea este estómago que no me da tregua —gruñó.

—Mi señor, ahí tenéis la infusión del médico. Quizá os alivie.

Eñanca tomó un sorbo y suspiró.

—Gracias. Si ya solo puedo tomar sopicaldos e infusiones, por lo menos que me calmen este ardor de mil demonios. A veces creo que me voy a romper en dos de una vez por todas.

—Mi señor, ¿queréis acostaros?

—Sí, pero antes he de tratar contigo sobre lo que te espera.

—Una tarea ardua. Pero nunca le he temido al trabajo duro.

—Lo sé, lo sé… —Eñanca le puso una mano en el antebrazo—. Escucha, Jarón. Permíteme una vez más que te tutee porque has sido el hijo que nunca tuve. Siéntate ahí. —Los ojos ancianos ganaron tristeza—. Me muero. No me contradigas ni protestes porque es la verdad. Cada día estoy más débil. Hasta ahora he ignorado los coqueteos de la Señora, pero ya empiezo a desearla. No sé qué me depararán los dioses, pero al menos sí sé lo que debe ocurrir en Dirtán cuando yo falte.

El pupilo bajó la cabeza.

—Mi señor, decid y yo lo cumpliré todo con gusto. Habéis sido el mejor maestro.

—Cosa fácil con alumno tan espabilado. —Eñanca sonrió, pero de nuevo apretó los labios por el dolor—. Escúchame, hijo. La señora Farica no te ha vetado.

—Sí, y me parece cosa rara. A ella no le ha gustado nunca teneros en el gabinete económico.

—Jamás me perdonará el modo como manejé a su pariente, Gregar Farica. Siempre desconfió de mí y también desconfiará de ti.

—Entonces, ¿por qué permite mi entrada en el Consejo?

—Porque es una patriota. No antepone sus sentimientos personales al bien del país. Somos un grano en su bello trasero, pero nos soporta porque nos necesita. Esta nación está cambiando a gran velocidad. Los viejos castillos caen, la nobleza se marchita y la sangre más importante ya no es la azul. Ahora nuestra casta es el corazón de la economía. Debes liderar a los nuestros y defender sus aspiraciones. —Sus ojos se tornaron tan severos que Jarón apartó la mirada—. Pero cuidado. El apoyo que se nos da no es incondicional. Tendrás que controlar a nuestras gentes y obligarlas a servir al país, no al contrario. Mantener a raya a los mercaderes, los banqueros y los terratenientes no es tarea sencilla. En este mundillo abunda la gente cabal, pero también hay mucho aventurero sin escrúpulos. Incluso el rey comprende que resulta imposible evitar del todo la corrupción, pero tendrás que controlarla con mano de hierro, pues ya sabes el disgusto que a Su Majestad le producen quienes meten la mano en la bolsa. —Su voz se endureció—. Tu ambición te ha ayudado, pero puede ser tu peor enemiga. Si no le pones coto te colocará la soga en el cuello antes de que te des cuenta. Maneja bien a los nuestros. Permite a los laboriosos y hábiles que se enriquezcan, pero sin dejar nunca de mirar a largo plazo. Siempre he creído que la prosperidad del individuo y la del grupo no han de ser por fuerza incompatibles. Por mucho que mis enemigos me vean como un monstruo egoísta, yo también busco sinceramente el bienestar de las personas de este reino.

Quiero que medren, que enriquezcan y que consigan lo mejor para ellos y para sus familias. —Sonrió de lado—. A ti siempre te mirarán por encima del hombro en la corte porque tu apellido no es ilustre. No respondas a su desprecio y sus insultos. No juegues su juego. Trabaja el doble, hazte indispensable y al final tú les vencerás a todos. Tu humildad laboriosa los humillará. —Cerró los ojos y suspiró—. Estas son mis últimas lecciones, hijo mío. Las más importantes. Síguelas a rajatabla y tu estancia en el Consejo Real será venturosa.

Jarón Valtaro lo miraba a los ojos.

—Gracias, mi señor. Mi maestro.

—Y una última cosa: ¡no seas tan serio, maldición! Muestra regocijo de vez en cuando. —Valtaro sonrió un poco y asintió—. Ahora ayúdame a llegar al lecho. Quiero descansar.

Apoyado en el brazo del discípulo, Eñanca fue hasta la cama y entró en ella sin desnudarse, pues no tenía ganas ya ni de ponerse el camisón. Sus ardores gástricos le impedían dormir tumbado y quedó sentado sobre un muro de almohadas.

—Si me excusáis, mi señor, he de ir a trabajar. Hay muchas cosas que hacer. Si necesitáis cualquier cosa ahí tenéis la campana para llamar al criado.

—Ve, ve… Si Braladur es piadoso conmigo podré dormir un poco, aunque dudo que mi estómago me lo permita.

Eñanca quedó solo en la habitación. Era una figura pequeña y arrugada en la cama inmensa. Había ordenado orientar el mueble hacia la ventana para ver su querido jardín. Aquel oasis de naturaleza salvaje le sosegaba y le ayudaba a olvidarse de su cuerpo. Al cabo de poco sintió un peso moviéndose sobre sus pies y descubrió a su gato Blanquito. Se le acercaba con los ojos muy abiertos, disfrutando del tacto de las mantas.

—Tú también estás viejo, querido amigo. ¿Vienes a hacerme compañía?

Blanquito se subió sobre las piernas de Sofredo, lo miró con ojos entrecerrados y empezó a amasar la manta y a ronronear. Sofredo le dejó hacer mientras contemplaba el jardín.

Su estado fue agravándose hasta el punto de que su médico personal informó a las gentes de palacio que le quedaban días. No podía levantarse de la cama y allí recibió a la larga hilera de nobles, ricoshombres, banqueros, prestamistas, grandes burgueses y toda la gente con la que había tratado durante su vida llena de triunfos.

—Ni un solo amigo entre ellos —le confió a Valtaro en un momento de intimidad—. Los buitres se arremolinan en torno a la carroña.

Pero sí le agradó la visita fuera del protocolo del rey y la reina, con quienes departió amablemente. También se sorprendió cuando

vinieron a verlo Guarner y Demayara, así como Rafucio y Etgula. Liyoba Farica no apareció. El gran economista se consumía por momentos. Verlo era ver a la muerte. Siempre había uno o dos gatos en la alcoba, pues Eñanca había ordenado que no faltaran allí cuencos con comida y agua. Algunos felinos lo observaban desde la distancia, pero otros, sobre todo Blanquito, habían hecho de la cama su propio feudo.

Esa mañana radiante de principios de verano, Eñanca tomó su última comida. Apenas había probado la sopa, cuyo cuenco estaba casi lleno, en la mesa colocada sobre la cama.

—Es el fin —le dijo a su pupilo—. Muero.

Cerró los ojos y exhaló un largo suspiro. Los abrió y entonces advirtió la sonrisa satisfecha de Valtaro, que se deshizo al instante, relevada por la habitual mueca seria y compungida. Eñanca frunció el ceño.

—¿Por qué sonreías?

—Mi señor, no estaba sonriendo. ¿Cómo podría hacerlo en este momento de dolor?

Eñanca parpadeó. Tosió y pareció esforzarse por seguir despierto. Frunció aún más el ceño mientras estudiaba a Valtaro, que parecía estar poniéndose nervioso.

—Mi señor, tal vez deseéis acabaros la sopa. —Se apresuró a coger el cuenco y la cuchara y la puso sobre la tabla que hacía las veces de mesa en la cama—. Os reconfortará en vuestros últimos momentos.

Sofredo miró la sopa y luego miró a Valtaro. Tosió. Parpadeó más veces, como si luchara contra un cansancio enorme. Abrió mucho los ojos. Los entrecerró al fijarse de nuevo en su pupilo.

—No —dijo, con su voz resquebrajada—. Mejor tomadla vos, señor Valtaro. Probadla. Está deliciosa.

—Gracias, mi señor, pero no tengo hambre.

—Pruébala, Jarón. Te lo ordeno.

Valtaro miró el cuenco y luego a su señor. El pupilo retrocedió un paso y algo pareció caer de su rostro, algo invisible. Se pasó la mano por la frente. Había empezado a sudar.

—Traidor miserable… —gruñó Sofredo Eñanca.

—Yo solo… —Jarón echó a hablar con rapidez, sin mirar nunca a los ojos a su maestro—: Yo solo he acelerado lo que la naturaleza había designado ya para vos. Como mucho os quedaban cinco, cuatro años, tal vez uno… Estabais muy quebrantado y débil… ¡No sois más que un viejo! ¡Puede que incluso vuestra ancianidad os hubiera llevado a cometer errores! Además… ¡Además, sufríais mucho! ¡Yo os he librado de años de tortura! —Acabó por gritar—: ¡Deberíais estarme agradecido!

Eñanca aún lo miraba de hito en hito, sin parpadear, mientras su

rostro arrugado y huesudo se iba llenando de una tristeza y una repulsión indescriptibles.

—Y encima pretendéis justificaros. —Negó con la cabeza—. No podéis justificar nada, asesino felón. Ni en mil años lo conseguiríais. Tendréis que vivir con el recuerdo de mi mirada hasta el último de vuestros momentos. Y os… Te aseguro que por muchas maldades que cometas, nada pesará tanto en tu conciencia como mi última mirada. Mírame mientras muero. ¡Mírame!

Jarón Valtaro ya no existía. Solo había un hombre huidizo que, sin embargo, no podría jamás huir. Bañado en sudor, tembloroso, buscando un enojo que se le escapaba por entre los dedos y empujando un temor que no quería irse, contemplaba a su señor.

—Mi médico encontrará los rastros del veneno —masculló Sofredo.

—Él también lo sabe.

Eñanca abrió un poco la boca. La desesperación le había enmudecido, así que Valtaro sonrió con furia y prosiguió:

—Vuestro médico preparó cada una de las dosis que os he ido suministrando durante meses. El proceso fue largo para que la ponzoña no resultara evidente. ¿Creíais que él era un buen hombre? *Todo buen hombre tiene también su precio*. ¿Recordáis esa frase? Me la enseñasteis vos… ¡Vos! ¡Vos me lo habéis enseñado todo! ¡También esto!

Eñanca apartó la vista, devastado. Se fijó en el cuenco y en un movimiento involuntario y espasmódico lo golpeó. El líquido se derramó sobre la manta. Blanquito sintió el movimiento en los pies y se fue en busca de un lugar donde poder dormir sin interrupciones.

—¿Qué he hecho? —gimió Eñanca—. He criado a un monstruo. El rey… Debo advertirle.

—Ya es tarde. No podéis ni levantaros. En menos de una hora o dos vais a reuniréis con Braladur. Y como es lógico, yo no voy a permitir que salgáis de este despacho que habéis convertido en alcoba. No intentéis coger la campana para llamar al criado. Estáis demasiado débil y yo os lo impediría.

Eñanca lo miró con tal tristeza que Valtaro apartó la vista. Había una especie de sufrimiento inesperado en sus ojos de asesino, como si estuviera contemplando una visión espantosa, intolerable.

—Hijo mío —musitó Sofredo—. Te has perdido.

Jarón lo miró con una expresión de espanto. Una furia de orgullo lo conquistó y vociferó con rabia:

—¡Al contrario! ¡Vos me lo legasteis todo en vuestro testamento! ¡Vuestras riquezas, vuestro imperio, todo será mío! ¡Y además os relevaré en el Consejo! ¡No solo tendré el poder económico, sino también el político! ¡No he perdido nada! ¡He ganado! ¿Te enteras, viejo? ¡He ganado!

Pero la mirada compasiva de Sofredo lo silenció. Confuso, Jarón se limpió la saliva de los labios y el sudor de los ojos. Con manos temblorosas, se alisó la túnica.

—Tenía que ser así —dijo—. La vejez debe dejar paso a la juventud. Es el ciclo natural.

—Abandónalo todo.

—¿*Qué*?

—Déjalo ahora que aún puedes. Todavía eres joven. Tienes una esposa y unos hijos. Disfruta de ellos. Disfruta de la vida. No sigas el mismo camino que yo seguí. Aún estás a tiempo, hijo mío.

—¿Y por qué iba a hacerlo cuando ahora lo tengo todo?

—No tienes nada.

Jarón atrasó la cabeza, con el ceño fruncido y la frente cuajada de arrugas.

—Estáis desvariando, lo cual es lógico porque os queda poco tiempo de vida.

Con lentitud, Sofredo volvió la cabeza hacia la ventana.

—Te pido una última cosa.

—¿Qué queréis? —preguntó Jarón, cauteloso.

—No quiero morir en el despacho. Llévame al jardín.

—¿Al jardín?

—Al jardín. —Sonrió sin alegría—. ¿Titubeas? ¿Acaso crees que me voy a vengar? No tengo fuerzas ni para doblar una hoja. Solo quiero un brazo en el que apoyarme.

Jarón se acercó a la cama, quitó la mesita y corrió las mantas. Ayudó al viejecillo a ponerse en pie y le prestó su cuerpo para apoyarse. Así, con mucha lentitud, salieron al jardín frondoso. Sofredo levantó un poco la cabeza, aspiró el aire y sonrió.

—Llévame hasta el árbol grande, ese de ahí.

Apartando las ramitas de los arbustos, Jarón llevó a Sofredo hasta el lugar y le ayudó a sentarse con la espalda apoyada en el tronco.

—¿Estáis cómodo así? ¿Queréis una almohada?

—No —respondió Sofredo, con los ojos cerrados—. Es perfecto.

—Adiós, mi señor.

—Espera, Jarón, déjame decirte algo. —Abrió los ojos y lo miró—. Perdóname.

El hombre joven parpadeó, sin entender nada de nada. Asintió una última vez y se marchó.

Sofredo Eñanca quedó quieto, con los ojos entrecerrados. Los pájaros trinaban y armaban su escándalo de siempre. Se fijó en la vida bulliciosa que le rodeaba, la vida invencible, perfecta en su inocencia infinita y amoral. Otra vez se maravilló con lo diminuto, el universo de cosas pequeñas y frágiles que se movían sobre sus patitas. Cada granito de tierra y cada brizna se le antojaron no solo hermosos, sino

necesarios. Lo frágil era glorioso.

—Auuu…

Adormecido, Sofredo vio acercarse a Blanquito. El gato se frotó contra su mano, le dio un par de cabezazos y luego se hizo un ovillo junto a él para disfrutar del sol que pasaba entre las ramas. El sol que los bañaba a ambos. Sofredo sonrió un poco y quiso acariciarlo, pero no encontró las fuerzas. Su cuerpo se endurecía y se enraizaba en lo inerte, como un nuevo árbol del jardín. Miró hacia arriba. En sus pupilas se reflejaban las ramas que el aire mecía con parsimonia y la mitad de una nube.

Cuando el criado lo encontró las hormigas rayaban su pecho, sus piernas y su rostro.

El día siguiente al del entierro, el señor Valtaro fue admitido como miembro de pleno derecho del Consejo Real de Brajairi.

—Juro servir a Su Majestad el Rey y a Brajairi con lealtad y determinación.

—Y Nos confiamos en vos como lo hicimos en vuestro maestro —respondió Argaut—. Que Braladur lo tenga en su gloria. A partir de ahora sois Consejero del Rey y tenéis arte y parte en los asuntos principales del país. Os habéis convertido en una de las personas más fuertes del reino. Eso es grande orgullo, pero también grande responsabilidad. Tenedlo en cuenta.

Valtaro casi no pudo reprimir su sonrisa de victoria.

—Que comience la sesión del Consejo —dijo Argaut.

Cuando hubo acabado y todos salieron, Argaut mandó a buscar a Liyoba Farica. Ella entró en la sala y los dos quedaron solos.

—Tomad asiento, señora Farica. Os he hecho llamar a destiempo para que nadie supiera de esta reunión.

La tesorera lo miró con cautela y se acomodó en la butaca.

—¿En qué puedo serviros, Majestad?

—¿Qué opináis del señor Valtaro? Hablad libremente.

—Nos resulta necesario porque domina la organización del difunto señor Eñanca y porque es nuestro mejor enlace con el mundo de los mercaderes. Pero no me gusta.

Argaut no pareció sorprendido.

—¿Tenéis alguna razón concreta para sospechar de él?

—No. Es algo intuitivo. De hecho puede que me equivoque, pues tampoco confiaba en Eñanca y sin embargo prestó un buen servicio a la Corona. Sus métodos eran… *heterodoxos*, pero fue un hombre útil. Y

leal. Tal vez ocurra lo mismo con Valtaro. Al fin y al cabo, vienen de la misma escuela.

—Voy a deciros algo que jamás contaréis a nadie.

—Podéis confiar en mí, Majestad.

—Di poderes a mi médico personal, y no al del señor Eñanca, para que inspeccionara su cadáver en busca de veneno.

Liyoba quedó inmóvil. Sus ojos centellearon.

—¿Y…?

—No se encontraron rastros de ponzoña, pero Eñanca tenía el cuerpo lleno de medicinas raras y pesadas que bien pudieran haber servido para atenuar las huellas de cualquier veneno… O tal vez el físico de Eñanca trabaje de un modo distinto al mío. No se podía demostrar que fuera un asesinato y tampoco que no lo fuera. Ordené a mi médico que nadie supiera de tal análisis, y mucho menos el señor Valtaro y el médico que trató a Eñanca. Estos hechos los conocemos mi médico, vos y yo. Nadie más.

—Y a pesar de todo… ¿Habéis permitido a Valtaro entrar en el Consejo?

—No puedo condenar a nadie sin pruebas. Pero yo, como vos, confío en mis intuiciones, y ese hombre tampoco me gusta. —Su mirada cobró dureza—. Voy a encomendaros una misión.

—Decid.

—Valtaro forma parte del Consejo de Economía que vos lideráis. Sé que Eñanca trabajaba por libre y que luego os transmitía sus propuestas y líneas de trabajo. Eso no ocurrirá con su pupilo. Vais a vigilar todas y cada una de las cosas que haga, todos sus movimientos, lo que esté a la luz y lo que esté en las tinieblas. Poned a trabajar a cuantas personas hagan falta, pues nada, *absolutamente* nada de ese hombre ha de escapar a vuestros ojos y oídos. Y después, vendréis a darme los informes en privado, sin pasar por el Consejo.

Ella asintió en silencio.

—Majestad, cumpliré a la perfección vuestra encomienda.

—Confío en vos, señora Farica.

Aquello daba por concluida la reunión, así que Liyoba se levantó, asintió con respeto y se fue.

13

El verano pasó con lentitud y llegaron las primeras brisas frescas del otoño y la rojez de las hojas liberadas de sus ramas. Aún hacía buen tiempo para el ejercicio físico, así que la reina, tan lozana y enérgica como de costumbre, seguía efectuando sus paseos a caballo, y el rey le acompañaba cuando se lo permitían los asuntos del gobierno. Seguían intentando traer a Dirtán un vástago, pero todavía les separaba aquella barrera de emociones que no podían atravesar. No obstante, empezaban a considerarse buenos amigos y Mumtaz cada vez sonreía más en su presencia.

Argaut le dijo que esa mañana iría con ella a la pradera y Mumtaz lo miró con ojos atrevidos.

—Me parece bien, mi señor, pero hoy no solo trotaremos. Haremos algo diferente.

—¿Qué?

—Os voy a enseñar a combatir a caballo.

Argaut levantó las cejas y la miró con una mezcla de compasión y burla.

—Señora mía, cuando queráis podemos practicar con el estafermo. Dudo que podáis enseñarme gran cosa. Os recuerdo que he luchado en batallas campales.

Ella sonrió, fue a un rincón de las cuadras y volvió con dos pequeños arcos compuestos de doble curva. Arrojó uno y Argaut lo atrapó en el aire.

—No me refería a cargar con la lanza o la espada, mi señor, sino a tirar con arco.

—¿Arco? ¿Y para qué sirve el arco cuando se tiene una lanza o un mandoble?

—¿Y para qué chocar con el enemigo cuando le puedes abatir desde la distancia?

Argaut se encogió de hombros.

—Muy bien. No soy un experto en disparar sobre el caballo, pero no tiene que ser difícil.

—¿No sois un experto? —preguntó ella, zalamera—. ¡Vaya, así que *aún* no sois un experto! ¿Cuántas veces habéis tirado desde la silla?

—Eeee… Mejor vayámonos cuanto antes. Debemos aprovechar la mañana.

Por toda respuesta ella emitió una risa zumbona que a su esposo

no le gustó mucho.

Fueron lejos de la ciudad, acompañados de los guardias reales y Parastu —ella trataba al rey con cortesía, así que se habían acabado los problemas—, hasta una pradera soleada en cuyo centro había un olmo.

—Será nuestro blanco —dijo Mumtaz—. Tres flechas en una sola pasada. Empezad vos, mi señor.

—Muy bien —aceptó Argaut, fingiendo indiferencia.

Abrió el estuche de la silla y dejó que el caballo fuera al paso, despacio. Sacó una a una las tres flechas, las puso sendas veces en el arco, apuntó y disparó, balanceándose peligrosamente por haber soltado las riendas. Logró clavar una en el tronco. Cuando volvió junto a Mumtaz ella lo miraba impasible.

—No ha estado mal, creo —dijo Argaut con el ceño fruncido—. He de advertiros que debéis cuidar el equilibrio, así que no hagáis trotar al animal.

—Lo tendré en cuenta, mi señor.

—Espero que al menos consigáis meter una en el blanco, pero si no lo lográis tampoco pasará nada. Si queréis podéis incluso detener al caballo para así apuntar mejor.

—Quizás lo haga porque parece cosa difícil.

—¡Harto difícil! —exclamó Argaut—. Id con calma para no caeros al soltar las riendas. No me gustaría veros rodar por el suelo.

—Intentaré no caer, mi señor.

—Si perdéis el control y os entra el pánico gritad y os socorreré.

—Gracias.

—Id, pues —animó Argaut, con una sonrisa condescendiente.

Ella se detuvo al cabo de poco y lo miró con angustia.

—La verdad es que me da un poco de miedo, mi señor. No sé si hacerlo. Tampoco yo soy una experta, por así decirlo.

—Hacedlo lo mejor que podáis.

—¡Por favor, no os riais de mí si hago el ridículo! Con vos cerca me siento más segura.

Argaut sonrió satisfecho. Mientras la veía alejarse, meneó la cabeza y suspiró.

Mumtaz empezó llevando el caballo al paso, después lo puso al trote y por fin al galope. Dio una vuelta entera al olmo.

—¡Cuidado! —gritó Argaut—. ¡Vais muy rápido!

Mumtaz volvió al punto de partida e hizo que su caballo aumentara aún más la velocidad. Argaut abrió la boca y su horror creció al verla soltar las riendas. Pero no cayó. Ni siquiera se bamboleó en la silla. Parecía clavada en ella. No sacó las flechas una a una, sino que tomó las tres a la vez y con una velocidad pasmosa las agarró con la mano que sostenía el arco, las puso en la cuerda y las

disparó de seguido. Todas quedaron clavadas en el árbol, a poca distancia unas de otras.

Cuando volvió con el rey y vio la cara pasmada de su esposo no pudo ya contenerse y estalló en carcajadas.

—¡Me habéis burlado! —protestó él—. ¡Sois una maestra!

—¡Vuestra cara…! —Ella seguía riendo, doblada sobre la silla—. ¡Tendríais que haberos visto! ¡Estabais tan gracioso…!

Al final Argaut no pudo sustraerse al hechizo de su belleza y su alegría y acabó por fingir su malhumor.

—¿Y dónde carajo habéis aprendido estas cosas?

—¿Dónde va a ser, mi dulce esposo, sino en esa vida agitada que llevé hace tiempo? —Recobró algo de su seriedad habitual—. Algunos hombres de las tribus que nos ayudaron conocían las técnicas de los jinetes irlúes y me instruyeron. ¡Me encanta tirar con arco y me encantan los caballos, así que miel sobre hojuelas!

—¡Pues si vos podéis hacerlo yo también podré! ¡Enseñadme!

—Muy bien, pero no es fácil.

—No creo que me cueste mucho aprenderlo.

Casi una hora después, Argaut levantó los brazos en señal de victoria al ver sus tres flechas clavadas, aunque no agrupadas, y un poco torcidas.

—¡Lo conseguí! —aulló.

Mumtaz hacía esfuerzos para permanecer seria. Lo había visto agitarse como un pelele y hasta caérsele las flechas mientras intentaba colocarlas en el arco al mismo tiempo que ponía el animal al trote. Decidió ser piadosa.

—No ha estado mal, mi señor. Aunque no con mucha elegancia, lo habéis conseguido.

—¿Y qué cuernos tiene que ver la elegancia? —protestó Argaut, sudoroso y sofocado—. ¡Le he metido tres flechas en el cuerpo al bellaco! ¡Está muerto!

—Creo que el pobre en realidad se murió de aburrimiento. Pero no os enojéis. Lo que cuentan son los resultados, aunque tarden un lustro en llegar.

—Detecto cierto tonillo guasón en vuestras palabras.

—¿Quién, yo? —Abrió mucho sus grandes ojos azules—. ¡Nada más lejos de mi intención, señor mío! ¡Bien! Ya veo que habéis aprendido a tirar con arco sobre un caballo. No habéis sido el mejor de los alumnos, pero con tenacidad todo se consigue en esta vida.

—¡Gracias! —respondió Argaut, glacial.

—Ahora ya estáis preparado para una nueva técnica. ¿O estáis cansado? Tal vez queráis reposar o tomar un refrigerio.

—¿Reposar, yo? ¡Quia! Me veo capacitado para ejecutar con éxito cualquier otro ejercicio de esta disciplina. ¡Adelante, mi señora!

—¡Sea! —contestó ella, sonriendo—. Mirad y haced… Si sois capaz.

Echó a trotar hacia el árbol, lo cual extrañó a Argaut, pues se trataba de disparar al blanco desde la distancia y no de cargar contra él. Pero Mumtaz puso el caballo al galope, sacó las tres flechas del estuche y rebasó el olmo pasando por su derecha. Cuando estuvo a cierta distancia, y de espaldas al árbol, giró todo el cuerpo sobre la silla y disparó tres veces. Argaut parpadeó con asombro y cuando ella volvió recordó que debía cerrar la boca.

—Disparar tras rebasar al enemigo, cuando lo tienes a tu espalda… —dijo el rey, poco feliz. Ella en cambio parecía muy contenta.

—¡En efecto! Es otra técnica de la caballería ligera irlú. También me la enseñaron. Como habéis visto, hay que girar lo máximo posible el cuerpo sobre la silla en el momento de apuntar y disparar.

—Desde aquí no lo veo, pero supongo que habréis acertado las tres flechas…

—Comprobadlo vos mismo, mi señor.

—No hará falta —gruñó Argaut. Apretó las mandíbulas—. ¡Bueno, seguro que no es muy difícil! ¡Allá voy!

—¡No olvidéis relajar los hombros! ¡Doblad al máximo la cintura, pero no mováis las piernas, que han de estar apretadas contra la silla! ¡Si os incliná is hacia el lado del giro perderéis el equilibrio! ¡Sed una escalera de caracol, recta, pero girada en torno a sí misma! ¡Y procurad no caeros!

Ella lo veía trotar con ojos pensativos y brillantes. Pasó otra hora y al fin Argaut consiguió el objetivo, aunque no con la excelencia de su esposa.

—¡A fe mía que esto no es cosa fácil! —exclamó él, mientras los dos frenaban sus caballos, que casi se tocaban por los costados. Sonreían, amigados por el ejercicio físico.

—He de reconocer que no lo habéis hecho mal del todo, mi señor.

—También es cierto que no tuve mala maestra.

—¿Mala maestra? ¡Me atrevería a decir que tuvisteis a la mejor!

—No es imposible. Si os parece vamos a descansar un rato.

—Perfecto. ¡Tengo las posaderas despellejadas!

Desmontaron y buscaron la sombra del olmo.

—Debéis contarme qué más artes marciales aprendisteis en esa época turbulenta.

—Lo que más me gustan son los caballos, así que también aprendí a pasar la pica por el anillo.

—¡Vaya! Eso tenemos que probarlo en el patio de armas. Y yo voy a enseñaros algunas cosillas con la espada.

—Me parece bien.

Estaban demasiado cerca, así que las bocas tiraron de ellos para

unirlos en un beso. Ella se le pegó y él acerrojó su cintura con los brazos. Sus respiraciones se hicieron más pesadas y él sintió en ella una entrega que trascendía la carne. Separaron sus bocas y se miraron a los ojos. Argaut le pasó una mano por el pelo, volvió a hundir sus labios en los de ella y la exploró con su lengua. Luego los deslizó por su garganta y Mumtaz cerró los ojos y suspiró.

—Argaut, ese bosque de allí puede servirnos —susurró en su oído, mientras él continuaba acariciando su espalda y lo que no era su espalda, y besando su cuello, sus mejillas, su boca y de nuevo su garganta—. Vamos.

—Puedo decirle a los hombres que se alejen un poco para darnos intimidad.

—Sí, pero date prisa… —susurró ella con voz pesada. Sonrió contra su piel y acarició y agarró el miembro endurecido, bajo la túnica—. Le diré a Parastu que no incordie.

—Al que nos interrumpa lo mando a la horca.

Los dos rieron y se besaron. Sintieron que la urgencia se volvía casi intolerable, pero Argaut atrasó la cabeza para mirarla a los ojos.

—Vaya, vaya, así que ahora me tuteas… Ya no me llamas *mi señor*.

—Jamás volveré a llamártelo —susurró ella, con una sonrisa dichosa.

Argaut la aplastó entre sus brazos, la besó y sintió su respiración jadeante en las mejillas y la nariz. Se separaron, entrelazaron los dedos de una mano con la otra, tomaron las riendas de sus monturas y echaron a andar hacia el bosque.

14

La paz y la prosperidad de Brajairi eran la guinda en el pastel de felicidad de sus reyes. Por sus miradas, conversaciones y sonrisas a nadie le cabía ya duda alguna de que cada uno disfrutaba de la compañía del otro. Lo que había empezado por conveniencia terminó en una historia de amor que hacía suspirar a las doncellas. Mumtaz iba abriéndose también al resto de la gente, no solo de la corte sino también del pueblo llano, pues no era una reina estirada y distante sino espontánea y directa; solía detenerse durante sus paseos para hablar con las gentes sencillas, se interesaba por sus cosas y no lo hacía por cálculo político, sino por deseo natural, pues al fin y al cabo había conocido a mucha gente ya no humilde, sino casi salvaje, durante su mocedad turbulenta. Se sentía cómoda entre quienes no mostraban refinamiento ni diplomacias y de hecho los prefería a las personas de alcurnia. De manera recíproca, este comportamiento le granjeó el cariño del pueblo. El ejército también la apreciaba, pues todos sabían que a ella le gustaban la equitación, el tiro con arco y algunas otras disciplinas marciales, y a menudo visitaba los cuarteles para contemplar las maniobras de la soldadesca y sus simulacros de batalla.

Mumtaz le pidió a Argaut ver el reino. Aún tenían tiempo porque no habían llegado los hijos —aunque los intentos de ambos eran tan frecuentes como placenteros— y ella quería recorrer Brajairi de un extremo a otro para conocer sus regiones y a sus habitantes. Al rey le gustó mucho la idea, así que en la primavera la pusieron en práctica y pasaron medio año visitando los parajes naturales de Brajairi, sus aldeas, burgos y ciudades, así como las fortalezas y bastiones. El viaje adoptó tintes oficiales porque era la presentación de la reina a sus súbditos. Su llaneza y sinceridad conquistaba a la gente común, pero también sabía adoptar el tono regio que tranquilizaba a los Grandes. Sin embargo, no todo fueron buenos recibimientos. En el Señorío de Ertalce se les trató de manera correcta, pero fría. Al pasar cerca de Gunabar Argaut sintió una mezcla de amor por aquella tierra y sus gentes maravillosas y de amargura por todo lo que esa familia vetusta le había hecho sufrir. La lideresa seguía siendo Urguna —con setenta y tres años aún tenía la mente y la voluntad fuertes— y su lugarteniente era su hijo Rayún, pues Gotraigo Tilat había muerto años atrás. Ni Urguna ni Rayún quisieron recibir a los reyes y, pretextando asuntos

por resolver, enviaron subordinados a saludarlos. Además, les rogaron que hicieran noche en la ciudad, no en el castillo, por culpa de ciertas reformas que hacían inadecuadas las habitaciones de los invitados. Por supuesto, las excusas vinieron envueltas en sedas de diplomacia.

—¡Es intolerable! —exclamó Mumtaz, en la alcoba de la villa donde habían hecho parada y fonda—. ¡No quieren recibirnos! Pues te digo una cosa, amor mío: ¡deberíamos exigir entrar en su fortaleza y ser atendidos por esa vieja que tanto te hizo sufrir!

Ya no había secretos entre ellos y Mumtaz conocía los trapos sucios de su niñez.

—No —replicó Argaut, frío y sereno—. Dejémoslo por ahora. No me gusta empezar una lucha cuando no tengo todas las de ganar. No visitaremos Gunabar, ni siquiera el burgo. Hoy mismo nos iremos del Señorío de Ertalce. Pero esto no voy a olvidarlo. Algún día van a pagarlas todas juntas.

—¡No puedo creerlo, Argaut! —se enfureció Mumtaz—. ¡Son tus vasallos! ¡Debes imponerte!

—¿Acaso crees que no pienso lo mismo? Pero hay que hacerlo con tiento, no a lo loco. Enfrentarse a los Ertalce no es cosa baladí.

—Tampoco es baladí la desobediencia de un vasallo. En todo el país, salvo en el dominio Ertalce, actúan las Hermandades de Justicia, y eso por no hablar de los ridículos impuestos que pagan. Te están ninguneando.

—¿Y qué quieres que haga? El primer desencuentro provocará una guerra.

—Pues que haya guerra.

—Solo hace dos años desde la guerra de Élamos. ¿No te parece bien un poco de paz, para variar?

—No cuando las circunstancias justifican el conflicto. Tu ejército es poderoso y tus finanzas están saneadas. Es en este momento cuando debes someter a esa asquerosa familia. ¿Acaso crees que habrá mejor ocasión? No mires hacia el futuro creyendo que el futuro te va a solucionar el problema. ¡Tienes que arreglarlo ahora!

Argaut apretó los labios, exasperado.

—Tú no lo entiendes. Es un asunto de estrategia.

—No. Es un asunto de miedo.

Él la miró con el ceño fruncido.

—¿Estás diciendo que les tengo miedo a los Ertalce?

—Sí.

—¡Qué locura! ¡He peleado contra enemigos más fuertes y en inferioridad de condiciones, y he ganado siempre!

—Cierto, y aun así sigues temiendo a los Ertalce. En realidad te tienes miedo a ti mismo, a una parte profunda de ti. Ellos personifican si no la peor, al menos una de tus peores pesadillas. Y eso te hace

adoptar excusas.

Argaut la miró sin saber qué responder.

—¡Sandeces! —explotó—. ¡No sé ni por qué me molesto en escucharte!

—Deberías hacerlo porque algún día vas a tener que echar abajo esa barrera. —Lo señaló con el dedo—. No voy a permitir que se la transmitas a mis hijos.

Los dos se miraron, ella muy serena y sin embargo inexpugnable, y él furioso, pero también, de algún modo, frustrado.

—La decisión está tomada. Nos iremos de aquí y se acabó.

Ella se encogió de hombros, desdeñosa.

—Como ordene Su Majestad.

Igual que cualquier otra pareja, tenían su propia dinámica en las discusiones, así que estuvieron sin hablarse ni tocarse durante un día y la burbuja de orgullo estalló por sí misma cuando empezaron a conversar sobre un tema cualquiera, como si nada hubiera ocurrido. Una vez fuera del Señorío de Ertalce, los dos volvieron a mostrarse tan unidos como de costumbre.

El año 1595 amaneció con una buena noticia: la reina por fin estaba embarazada. Todo fue como la seda y dio a luz un varón al que llamaron Argaut, como su padre. La nobleza y el vulgo se regocijaron y muchos en la corte suspiraron de alivio porque el país al fin tenía un heredero claro e indiscutible. El niño se parecía más a su madre que a su padre y al cabo de poco sus ojos se tiñeron del azul característico de los Arisai.

No obstante, una sombra oscurecía la dicha de aquel nacimiento: Guarner Injeca estaba muriéndose. Tenía setenta y dos años y aunque su mente estaba lúcida, la naturaleza se cobraba la deuda sobre el cuerpo. Muchos fueron los que pasaron a verlo en sus últimos días. Demayara siempre estaba en la alcoba, velándole día y noche, sin lágrimas ya en los ojos. Decenas y decenas de Grandes del país vinieron a despedirse del mejor caballero de Brajairi. Débil, demacrado, con las vísceras lentas y torpes y el organismo queriendo echarse un último sueño, Guarner yacía en cama, pero para todos tenía una palabra firme y amable. Argaut le visitaba y departía a menudo con él, pero no con su tía Demayara, que seguía rechazándolo. Mumtaz se acercaba en ocasiones, con el pequeño Argaut en brazos. En una de ellas el anciano levantó su mano trémula, la misma que había empuñado tantas veces la espada y que ahora no podía sostener ni la cuchara para llevarse la comida a la boca, y tocó la pelusa suave de la criatura.

—Aquí está el futuro —murmuró, con una sonrisa cansada—. Majestad, cuidad de este pequeño. Sus hombros tienen que ser lo bastante fuertes como para sostener el país.

—Lo haré, señor Injeca —dijo Mumtaz. El príncipe Argaut frunció su ceño diminuto y empezó a dar manotazos a los dedos del moribundo—. Como veis, no le faltan energías.

—Mejor, porque no es sencilla su encomienda. —Miró a los reyes —. Aunque tiene los mejores padres.

—Y yo tuve al mejor mentor —dijo Argaut.

Guarner entrecerró sus ojos cansados y se volvió hacia Mumtaz.

—Majestad, he de confesaros que siempre quise una reina de la Casa Injeca. Pensé que ninguna otra mujer serviría para el puesto. Ahora veo que estaba errado. Y me iré de Dirtán tranquilo sabiéndoos como guía del príncipe.

—Gracias, señor Injeca.

El anciano tocó la mejilla regordeta del príncipe, que soltó de pronto un grito enérgico y agudo, extraño en aquel lugar de recogimiento.

—Fijaos —dijo Guarner—. Tan pequeño y ya dando órdenes… —Miró a Argaut—. En eso se parece a vos, Majestad.

Todos rieron.

—Si me lo permitís, he de ausentarme —dijo Mumtaz, sonriendo por lo bajo—. Tengo que alimentar al pequeño.

—Id. No quiero ni imaginar el mal genio del principito si no le agasajáis como merece.

Mumtaz se levantó y se reunió con Demayara, que se había hecho amiga suya. Argaut y su tío quedaron solos.

Guarner suspiró.

—Ha sido un camino largo.

—Muy largo.

—La vida es extraña. Siempre, desde que era un mozo, pensé que iba a morir en combate. Estaba seguro. Casi se podría decir que me he pasado la vida entera…, no sé, buscando la muerte en la lucha. No porque así lo quisiera ni porque fuera un valiente, pues bien sé que el valor y la cobardía ni siquiera se eligen y que nadie es culpable de ser una cosa o la otra. Simplemente… Algo me impulsaba. Lo había aceptado como cosa segura. Muchas veces incluso me imaginaba tirado entre los otros guerreros, y la idea no me causaba espanto. Me daba igual. —Levantó las cejas—. Y heme aquí, aplastado bajo las mantas, postrado como un anciano decadente, corroído por los achaques. Casi me avergüenza. —Sonrió con tristeza e ironía—. Las cosas nunca salen como se supone que han de salir, ¿no es cierto?

Argaut le devolvió la sonrisa y asintió. Tomó la mano arrugada y débil entre las suyas.

—Así es, querido tío.

Guarner cerró los ojos y suspiró. Argaut se le acercó, con un miedo no menos fuerte por ser ya esperado.

—Tranquilo —musitó Guarner, sin abrir los ojos, con su voz baja y pedregosa y aun así firme—. Aún no ha caído la guadaña. Es solo que… Es tan difícil tener los ojos abiertos…

—Entonces no los abras, tío. Descansa.

—No. —Los párpados subieron con lentitud—. Prefiero mirar a las personas a los ojos cuando les hablo. Y lo que veo en los tuyos me gusta. —Hizo una pausa—. ¿Lo recuerdas?

—¿Qué?

—La primera reunión del Consejo a la que acudiste. —Los ojos giraron para mirar hacia el techo. Hacia el pasado—. Estábamos tu tía Demayara, mi hermano Baor, el señor Elfego Farica, y también Barac Tiyadara y sus hijos Furta y Yabatag, que por entonces eran el secretario y el mayordomo… También estaban Gotraigo Tilat y Rayún Ertalce. Y yo, claro.

—¡Es verdad! —se maravilló Argaut—. ¡Qué memoria!

—Cuando seas tan viejo como yo empezarás a olvidar lo próximo y a recordar lo lejano… Ese día le apretamos la correa a tu padrastro y a sus hijos, ¿eh? Y Barac Tiyadara nos amenazó con la guerra… ¿Cuánto hace de eso? ¿Veinticinco años? ¿Treinta? Parece mentira lo rápido que pasa el tiempo; parpadeas y de pronto han pasado veinticinco años, como páginas de un libro que ya vas a terminar de leer. —Volvió a sonreír—. Recuerdo que tu tía Demayara le quitó el puesto de mayordomo y de secretario a los cachorros de Barac Tiyadara… Qué cara pusieron los pobres desgraciados, jejejé…

Argaut sonrió.

—Es cierto.

—Tu tía, que era la regente, me nombró a mí mayordomo real, y yo permanecí serio e impasible, pero por dentro me estaba ciscando, ¿sabes? Pensé: *¿Y ahora cómo demonios voy a dirigir este barco? ¿Cómo se le ocurre a la loca de mi mujer convertirme en mayordomo real si yo lo único que sé es pelear?*

—No se equivocó porque lo has hecho maravillosamente bien.

—Por cierto, recuerdo que al verte pensé: *¿Y voy a tener que tratar con respeto a este mocoso? ¿Voy a tener que acatar sus órdenes? ¡La madre que me parió!*

Soltó una risa cascada y Argaut también se echó a reír.

—Sin embargo, qué buen rey has sido… Y serás, porque aún te queda mucho por delante. Tienes que terminar de poner orden en el país. —Argaut bajó la cabeza y la sonrisa fue desapareciendo—. Tal vez parezca lo más difícil, lo sé, pero tendrás que enfrentarte al clan Ertalce. Ha pasado un cuarto de siglo y sigue siendo lo mismo: ellos o nosotros.

—¿Nunca habrá un término medio? ¿No hay forma de evitar esa guerra?

—No.

Permanecieron silenciosos durante un buen rato.

—Escúchame, Argaut.

—Dime, tío.

—Te voy a dar mis últimos consejos. Habrás de soportar las lecciones del viejo de turno, y encima moribundo. —Argaut sonrió, todavía cogiéndole la mano. Guarner suspiró—. Sé que los tiempos cambian. La nobleza, los burgueses, los mercaderes, el pueblo… Antes todo estaba muy definido y ahora… En fin, ahora ya no entiendo nada de nada. Mi mundo se deshace. Supongo que así ha de ser. Al final uno se resigna y lo acepta. Pero quiero que recuerdes algo. Cuando lo viejo se haya ido, cuando el viento se lo haya llevado todo, al menos, no desprecies su recuerdo. Todo cambia, pero en el fondo no cambia nada. Lo importante no tiene edad. Lo bueno y lo malo eran ya lo bueno y lo malo no solo antes de tu época o la mía, sino mil años antes de que naciéramos tu y yo. No te embarulles en el torbellino del presente ni en el espejismo del futuro. Busca lo imperecedero, encuéntralo y deja que te guíe. Mis palabras son confusas, pero no encuentro otro modo de decírtelo. Tal vez no lo haya.

—Tus palabras son perfectas. —Argaut venció la tentación de limpiarse las lágrimas porque no quería soltar la mano—. Siempre lo han sido.

Guarner cerró los ojos.

—Me alegra oír eso. Parece que no he sido tan torpe como creía. No te puedo enseñar más porque ya lo sabes todo. La fuerza, los valores… Todo lo tienes ya dentro. —Lo miró—. Confío en ti.

Argaut no encontró voz con que responderle.

—Ahora… —Guarner cerró de nuevo los ojos—. Llama a tu tía. Me gustaría hablar un rato con ella.

Argaut asintió y le soltó la mano. Tosió, respiró fuerte varias veces, se tranquilizó, se limpió la cara y fue a buscar a su tía.

Al cabo de poco Demayara estaba sentada junto a su esposo. A sus sesenta años había perdido la delgadez y tenía el rostro hinchado y arrugado, pero mantenía el espectro de la belleza propia de las mujeres Agrate y todavía mostraba esa elegancia natural que siempre había hecho de ella una auténtica dama.

—Tan bonita como el primer día… —le dijo Guarner.

Ella apretó los labios y, sorprendida de sí misma porque pensaba que no le quedaban lágrimas, sus ojos enrojecieron y se hincharon de humedad.

—Espero que esto no sea una despedida —dijo ella, con voz frágil—. Aún te queda mucho por delante, así que ni se te ocurra despedirte.

—Es despedida, Demi, pero también es otra cosa. Parece que no

me conoces. Siempre he tenido que echarte un piropo antes de pedirte algo difícil.

—¡Acabáramos! —exclamó ella, medio riendo y medio llorando—. A ver, ¿qué quieres?

La sonrisa de Guarner no desapareció, pero se volvió profunda.

—Que hagas las paces con Argaut.

Ella apartó la vista y respiró fuerte.

—Demayara, tienes que perdonarle de una vez por todas. No se merece tanto castigo.

Ella se pasó la mano por la frente.

—Me es difícil perdonarle. No puedo olvidar lo que… No puedo olvidar a nuestro hijo.

—Nuestro hijo se fue hace mucho. Siempre fue un alma libre e hizo lo que le dio la gana. Por mucho que quieras, ahora tampoco puedes retenerlo. Ya no está aquí. Y si él te viera te diría que perdonaras a Argaut.

—Me lo arrebató —dijo ella, sin mirarlo, con voz dura—. Argaut me lo arrebató. Yo se lo advertí y aun así le envió a la muerte. Me es difícil olvidarlo.

—No eres tú quien hablas.

Ella lo miró, confundida.

—Es tu orgullo —dijo Guarner—. Yo sé mucho sobre el orgullo, Demi. Conozco todas sus trucos. Es un perro rabioso que te ayudará cuando tengas que luchar, pero luego tendrás que dejarlo irse porque si lo retienes te morderá y te destrozará. ¿Acaso no deseas con toda tu alma volver a abrazar a tu sobrino? ¿A nuestro *segundo* hijo? —Cerró los ojos, tragó saliva y volvió a mirarla—. El rencor no te hará feliz.

Demayara acabó por bajar la cabeza. La levantó, se echó el pelo hacia atrás y sonrió.

—Al final siempre obtienes lo que quieres. Te aprovechas de tu situación. Eso se llama hacer trampas.

—Por supuesto —reconoció Guarner, sonriendo.

Ella se puso seria.

—¿Qué quieres que haga?

—Quiero que vayas ahí fuera y le des un abrazo. No es tan difícil, ¿eh?

Demayara lo miró con angustia.

—No me puedes pedir eso. No sé cómo hacerlo.

—No se saben hacer las cosas hasta que se hacen. Vamos, Demi, ¿vas a demostrar cobardía a estas alturas?

Ella besó la mano de su esposo y asintió. Se levantó y le costó lo indecible dar los primeros tres pasos, pero de pronto se sintió lanzada. En la antesala estaba Argaut, como de costumbre en estos días, sentado en una butaca, meditabundo. Se dio cuenta de que ella lo

miraba fijamente y levantó la cabeza, primero sorprendido y después asustado.

—¿Ha…?

—Tu tío está bien —dijo Demayara, con una sonrisa cálida. De pronto, le pareció todo muy fácil y natural. Abrió los brazos—. Anda, ven aquí y dame un abrazo.

Argaut parpadeó un par de veces, se levantó de la silla, dio un paso, otro, y de pronto se halló a sí mismo abrazando a su tía con todas sus fuerzas.

—¡Me vas a matar!

—¡Lo siento! —dijo él, y aflojó la presa. Hundió su cara en el hombro rollizo y el cabello de la mujer y le salió una voz estrangulada —: Lo siento, tía, ¡lo siento tanto…! Perdóname, por favor, te lo suplico. No hay día que no me acuerde de él. ¡No hay día que no recuerde…!

—Cálmate, Argaut. —Demayara le acarició el pelo. Separó con cuidado su cabeza y le pasó una mano por la mejilla mojada—. Serénate. Yo también me acuerdo de él todos los días.

—Le echo muchísimo de menos. ¡Ojalá no lo hubiera enviado a esa misión!

—No tuviste la culpa, Argaut. Ni yo tampoco. Él fue quien quiso ir. Ni tú ni yo éramos sus amos. Nadie podría serlo. —Argaut cerró fuerte los ojos y se tragó un sollozo—. No llores por Rafucio, Argaut. Esté donde esté, él no querría verte así. Estoy segura de que en estos momentos lo estará pasando en grande en alguno de esos… *sitios* que tanto le gustaban. Él era alegre por naturaleza. —Sonrió, resplandeciente—. Imitémoslo.

Argaut asintió y sonrió. Volvieron a abrazarse.

Cuatro días después Guarner dejó Dirtán y al quinto lo enterraron, tras unas exequias majestuosas y un desfile. La familia Injeca era una de las más antiguas y fuertes del país y siempre estuvo rodeada de un halo de batalla y gloria que personas como el propio Guarner habían alimentado. Esta Casa estuvo entrelazada en los últimos tiempos con la Dinastía Real de los Agrate y los cuatro hermanos Injeca habían ocupado cargos altísimos: Debrión fue rey consorte por su matrimonio con Serela II la Rebelde; Argaut fue el rey consorte de Gamira I la Alegre, y padre del actual rey, Argaut III el Justiciero; Baor fue maestre de la Orden del Alba Dorada, y Guarner fue esposo de la regente Demayara Agrate y además fue mayordomo real. Tres de los cuatro tuvieron una muerte turbulenta —dos en batalla y uno asesinado— y solo Guarner murió por los achaques de la vejez. Pero su vida había sido de todo menos aburrida, pues estuvo llena de intrigas políticas, decisiones difíciles, poder y, sobre todo, la dirección de las tropas en la guerra y su propia participación en las batallas,

como un soldado más. Podría decirse que era la última de las viejas instituciones vivas que quedaban en Brajairi. Con él se marchaba toda una época, la del dominio de la nobleza y sus ideales, a veces sinceros y a veces una simple coartada moral para que el fuerte hiciese cuanto le viniera en gana con el débil. Los valores antiguos se iban con el último de los grandes caballeros brajairios: Guarner Injeca, *el Gran Señor*. No solo los nobles, sino también los soldados anónimos y veteranos, se acercaron al desfile para dar su último adiós al hombre con el que se identificaban. Muchos pensaron que era el propio país, tal y como lo habían conocido hasta el momento, lo que estaba en el ataúd. A partir de ahora no sabían qué les depararía el futuro. Para todos ellos, su tiempo había pasado.

Demayara no lloró durante los actos oficiales. Una especie de pudor protocolario se lo impidió, como si fuera un deber para con su esposo —tan amante de la etiqueta—. Pero estuvo siempre apoyada en el rey, que se mantenía firme, aunque devastado por el dolor.

Cuando todo quedó atrás los dos pasearon cogidos del brazo. El día era sombrío y el cielo preñado no acababa de romper aguas. Los pájaros chirriaban en los árboles y las botas hacían crujir la tierra del camino.

—Me gustaría que volvieras al Consejo —le dijo Argaut.

Demayara soltó una carcajada y meneó la cabeza.

—No, Argaut, no volveré.

—Aún tienes la mente afilada. Me prestarías un buen servicio.

—Ya no estoy para los trotes de ese caballo. Te lo agradezco, querido mío, pero no puedo volver. Me he vuelto perezosa y ahora solo quiero estar con mis amigas de la corte, con mis hijas y mis nietos. Quiero disfrutar con serenidad lo poco que me queda de vida.

—Por favor, no te pongas trágica —le regañó Argaut—. Aún te queda mucho por vivir.

—No tanto, hijo mío, no tanto… Siento que se me van las fuerzas y Guarner ya no está aquí para darme las suyas. Pero no te aflijas. —Le dio unas palmaditas en la mano—. Todo tiene que suceder de esta manera. Nada falta y nada sobra. —Levantó un dedo—. No obstante, debes contarme todo lo referente a la gobernanza del reino. Aún puedo darte uno o dos consejos valiosos.

—Claro. —Argaut frunció el ceño y suspiró—. Es una lástima porque ahora que mi tío no está alguien ha de ocupar su cargo. Había pensado en ti.

—Tendrás que elegir a otra persona. Medítalo bien porque es un puesto de suma importancia.

Al día siguiente, en su despacho, Argaut dijo:

—Vos ocuparéis la mayordomía real.

Liyoba Farica levantó las cejas. Parpadeó. Buscó la voz, carraspeó y

dijo:

—¿Yo, Majestad? Ya tengo en mis manos la secretaría y la tesorería…

—Así es, y además seréis mayordoma real. En vuestras manos estarán los tres puestos más preciados de la corte, algo inédito en la historia de Brajairi. Vais a ser la persona con más poder del reino, solo superada por mi esposa y por mí. Entre otras cosas, tendréis la regencia de los asuntos de la capital y la corte cuando yo me ausente, por ejemplo si he de viajar con mis ejércitos en caso de guerra. Entonces habréis de tomar vos las decisiones, aunque sería conveniente que la mayoría del Consejo estuviera de acuerdo. Pero Braladur sabe que a veces yo mismo he decidido con la oposición de todos.

Liyoba permaneció silenciosa durante muchos instantes. Dijo:

—Majestad, ¿puedo sentarme?

—Por supuesto.

Ella buscó una silla y casi se desplomó en ella. Se llevó una mano al cuello y se tranquilizó.

—Perdonadme. No me lo esperaba.

—Si no lo visteis venir es solo por culpa de vuestra humildad. —Argaut sonrió—. Me atrevo a decir que ahora os hace falta una copa.

—Cuanto más fuerte mejor, Majestad.

—Desde luego.

Ordenó al criado servirles un licor potente y los dos bebieron y sintieron el fuego en las tripas. Argaut dijo:

—Tenéis menos de treinta y cinco años y habéis subido más alto que la mayoría de los hombres que os sacan diez o quince. En eso vos y yo nos parecemos. Pero joven o no, sois la persona indicada. Os avalan vuestra increíble capacidad de trabajo y vuestro buen juicio.

—Majestad, no encuentro palabras para agradecer el honor que me hacéis.

—No las busquéis porque me lo agradeceréis de una sola forma: haciendo bien vuestro trabajo, día tras día.

—Tal es mi única determinación, Majestad.

—Me alegro. —Sonrió otra vez, pensativo—. Os veo alterada y lo entiendo. Todos desean el poder, pero una vez que de veras se tiene, llega el miedo. Es como caminar en la cuerda floja sobre un abismo. No podemos ver el fondo y a veces ni siquiera vemos la otra orilla del barranco.

Ella asintió y suspiró.

—Lo habéis descrito a la perfección, Majestad. Es… mareante.

—Os acostumbraréis al vértigo. Lo haré público mañana, en la próxima reunión del Consejo. He dado órdenes a las gentes que servían a mi tío Guarner para que os faciliten el relevo y os informen

de cuanto sea pertinente. No pondrán ninguna objeción, pero por si acaso no mostréis tibieza con ellos, sobre todo al principio. Aunque no sé por qué os digo estas cosas, ya que dirigís el Consejo de Economía y sois veterana en estas lides. —Los dos sonrieron—. Podéis consultarme acerca de cualquier duda o problema que tengáis, aunque siempre en privado. Jamás mostraréis indecisión ante el resto del Consejo Real.

—Lo entiendo.

—Y no estaría mal que de vez en cuando hablarais con la reina y con mi tía Demayara, que fue también Consejera.

Ella lo miró cautelosa.

—¿Su Alteza volverá al Consejo?

—No, pero… Digamos que ahora Su Alteza y yo volvemos a estar en buenas relaciones.

—Me alegra mucho oír eso, Majestad —dijo Liyoba, con una sonrisa cálida y sincera.

Argaut asintió, satisfecho. Recuperó la gravedad.

—¿Y qué me decís de Valtaro?

Ella adoptó sin transiciones un aire serio y preciso.

—Como pedisteis, he ordenado que vigilen todos sus movimientos y no he encontrado nada punible. Además, se muestra colaborativo y sumiso en el Consejo de Economía…

—¿Pero…? —se interesó Argaut, interpretando correctamente la pausa de Liyoba.

—Sigo sin confiar en él. Se puede leer entre líneas que aprovecha su cargo para fortalecer su propia posición personal. Por supuesto, no ha dado ningún paso en falso, no ha cometido ningún error que merezca el castigo, sus operaciones son honestas de cabo a rabo y además está haciendo ganar dinero a la Corona. Sin embargo, estoy segura de que su celo no se debe tanto al patriotismo como a saberse vigilado.

—Tal vez no haya nada malo en el fondo. Al fin y al cabo, Eñanca hacía lo mismo.

—Puede ser. Pero si la ambición de Eñanca era *sana* la de Valtaro es perversa, pues desconoce límites. Tales son mis intuiciones y una vez me dijisteis que no debía echarlas en saco roto, Majestad.

—Desde luego. ¿Qué vais a hacer?

—Valtaro nos es útil, así que no solo sería injusto, sino además torpe, apartarlo de su cargo. Seguiré vigilándolo. Mientras, quiero estrechar lazos con la burguesía mercantil y buscar otros consejeros y servidores en ese mundillo. De ningún modo permitiré que Valtaro se haga imprescindible y además quiero que él sepa que nosotros sabemos que no lo es. Si se siente inseguro en su puesto será más fácil controlarlo.

—Me parece bien. Seguid por ese camino y no vaciléis en

informarme sobre cuanto consideréis necesario. —Sonrió—. Todo esto me confirma que tomé la decisión correcta convirtiéndoos en mayordoma real.

—Gracias de nuevo.

La sonrisa de Argaut se fue atenuando hasta desaparecer.

—Hay una última razón por la que os he dado el cargo: vuestra prudencia. Y la forma más exquisita de prudencia es la lealtad. —La mirada se volvió amenazante—. No lo olvidéis nunca.

Liyoba sintió una racha de miedo helado. De pronto, el rey ya no le parecía una persona cordial, sino el mandatario inflexible que había enviado a la horca a tanta gente poderosa del país.

—Majestad, os juro por mis hijos que me mataría yo misma antes de…

Argaut levantó una mano, volvió a sonreír y disipó las tinieblas.

—No es necesario que digáis nada. Confío en vos.

—Gracias, Majestad.

—Y ahora, si no hay otros temas que debatir, creo que podemos dar esta reunión por concluida.

Ella se levantó, asintió con respeto y se fue.

15

Los años fueron deslizándose entre cosechas de paz y ventura. Tras el príncipe Argaut llegó la infanta Asenet, llamada así en nombre de la madre de Mumtaz, y paradójicamente sus ojos lucieron el oscuro de los Agrate y no el azul de los Arisai.

Mientras, los hijos que Argaut tuvo con Queila seguían creciendo y haciéndose más fuertes y hermosos. A sus doce años Brelán era un muchacho risueño y decidido y se veía en él un futuro líder de guerreros. Raulia era una niña encantadora de ocho años a la que se la estaba educando para ser algún día la reina de Élamos —Rayán IV ya tenía un hijo de tres años, su futuro esposo—. Los bastardos reales aún vivían con su madre, pero visitaban a menudo la corte. Argaut no había vuelto a ver a Queila desde aquella lejana despedida, unos cinco años atrás; prefería dejar las cosas tal como estaban no solo para tranquilidad de su propio corazón, sino también para no soliviantar a Mumtaz, que no soportaba que nadie mencionara a *la Otra* en su presencia. La reina también odiaba en silencio a los dos bastardos de su marido, así que por el momento Argaut los mantenía fuera de la vista de su mujer. Pero Mumtaz tarde o temprano debería acostumbrarse a ellos porque el rey quería que ocuparan puestos importantes tanto en Élamos como en Brajairi.

Pero estas cuitas eran una mota de polvo en la superficie encerada de la felicidad de los reyes tras el nacimiento de Asenet. Además, los asuntos del reino iban viento en popa, la economía seguía creciendo y no había tensiones con los países vecinos.

Sin embargo, Demayara Agrate enfermó y los médicos le dijeron a Argaut que no había remedio posible. Los achaques estaban quebrantando a esta mujer de sesenta y dos intensos años. Parecía como si tras la muerte de Guarner los males se hubieran ensañado con ella, o, mejor dicho, como si esos males hubieran estado controlados por una mano férrea y una vez viuda ella la hubiera abierto para dejarlos correr. Le fallaba la vista, le temblaban las manos y en ocasiones sufría mareos que doblaban sus piernas y la dejaban sin sentido. Pero se negaba a guardar cama, pues lo que más le gustaba eran los jardines reales, donde caminaba un poco y pasaba el resto del tiempo sentada en los bancos, hablando con los numerosos amigos y familiares que deseaban verla en sus últimos días. Demayara estaba casi ciega cuando nació la pequeña Asenet, pero sus manos arrugadas

y temblorosas fueron sus ojos cuando acariciaron a la criatura, que gorjeó y rio muy fuerte.

El rey acompañaba a su tía al menos durante una hora en su paseo diario por los jardines del Palacio Real. Argaut tenía treinta y ocho años y aún estaba delgado y fuerte porque no había perdido la costumbre de adiestrarse en las artes guerreras. La mitad de su cabello y su barba eran grises, pero no había entradas en su frente; no obstante, el poder y la responsabilidad habían trazado líneas de tensión y las primeras arrugas. Demayara se había ido doblando y caminaba apoyada en él. Cuando iban juntos, tía y sobrino parecían una seta retorcida y una torre de piedra. El rey nunca faltaba a la cita, pues intuía que quedaba poco para que la guadaña los separase de una vez por todas. Charlaban sobre el futuro del país, aunque eso era lo de menos, porque al final menudeaban los chismes, las cosas de familia y los recuerdos entrañables.

—Me iré sosegada —decía ella— porque te casaste con una mujer buena y has traído a Dirtán dos niños que brillan como soles. No solo me alegro por el reino, sino sobre todo por ti. —Lo miró con sus ojos medio ciegos—. ¡Cuántas veces me llevaste la contraria! ¡No había forma de que dieras el brazo a torcer! Pero creo que al final mi querido Guarner y yo no hicimos de ti un rey del todo malo, ¿verdad?

—Claro que no, tía. Pero descansa un poco, que vas a fatigarte.

—¿Fatigarme yo? ¡Quia! No te preocupes tanto por mi reposo, que me espera uno muy grande. Por ahora déjame seguir andando, así, como una tortuga. Por cierto, las tortugas llegan más rápido a la meta que las liebres, ¿o no has oído ese viejo cuento teremio?

—Sí, e incluso hay una explicación lógica para ese problema.

—No me hacen falta explicaciones complicadas, querido Argaut, porque yo misma lo he visto a lo largo de mi vida; las tortugas llegan más rápido y más lejos, sí que lo hacen, sí, las tortugas, pasito a pasito… Bueno, venga, vamos a sentarnos, que ya estoy cansada. Guíame hasta algún banco porque ya no veo tres en un burro… ¡Ay, mis pobres ojos…! Pero no me quejo. A los ancianos que están todo el día quejándose y presumiendo de sus achaques habría que llevarlos a la celda, o mejor aún al verdugo para que les cortasen la cabeza y se callaran de una vez por todas. ¡No los soporto! Tendrías que firmar una ley que así lo ordenara, jejejé… Lo peor no es tener achaques, querido mío, lo peor es no llegar a viejo. Hay que llegar como sea, porque he visto a muchos quedarse por el camino. Y eso sí es triste.

Como muchos ancianos, Demayara se había vuelto parlanchina con la edad. Pero al rey no le importaba y la escuchaba con cariño y cierta diversión.

—Ay, cuántos buenos hombres y mujeres, e incluso niños, he visto morir… —prosiguió Demayara—. Tanta lucha y tanta guerra… ¿Y

para qué? Pero no soy yo quien ha de juzgar las cosas del mundo. El Padre nos hizo tal y como somos y debemos ceñirnos cada uno a nuestro deber, y que después él decida. Ay, sí, ayúdame a sentarme, querido, porque mis pobres piernas no pueden sostenerme. Estamos al sol, ¿verdad? Sí, sí, lo siento, el buen, viejo y gordo sol. Cuánto gozo de su calor ahora que ya no puede cegarme. No aprendemos a disfrutar de las cosas sencillas, las cosas que de veras importan, hasta que ya es demasiado tarde. Pero no me quejo, ¡yo no me quejo! Déjame aquí, sentadita y apoyada en la celosía. ¡Ah, qué bien huelen las flores! Son rosas, ¿verdad?

—En efecto, cerca hay un rosal.

—Tu tío Guarner, que el Padre lo tenga en la gloria, me regaló una vez unas rosas, no cuando se me declaró, sino después. Él era una delicia de hombre, pero para las cosas románticas era un completo desastre, ¡jajajá! Una vez se le ocurrió escribir una poesía de amor para mí, cuando éramos unos mozos, y yo tuve que hacer esfuerzos para no reírme en su cara de lo mala que era, ¡jajajá!

—¿En serio? —preguntó Argaut, asombrado y divertido— ¿El tío escribió un poema?

—¡Claro! Pero eran los versos más espantosos que yo había oído jamás. Mantuve el tipo porque si no le hubiera hecho añicos al pobre; sin embargo creo que él lo notó porque estuvo enfurruñado el resto del día, a pesar de que yo le aseguraba que me había gustado mucho. Y lo cierto es que me encantó lo de la poesía, no porque la poesía fuera buena, que era malísima, sino por el hecho de que se hubiera roto los cuernos para componer una para mí. Así era tu tío Guarner, todo hierro por fuera pero blandito por dentro. ¿Y por qué demonios te cuento esto? ¡Ah, sí, por las rosas! Pues verás, un día paseábamos por un jardín parecido a este y él me dijo —engrosó la voz—: *Demayara, esperad, que voy a traeros algo*, y se fue casi corriendo, y volvió con un puñado de rosas. Ocurrió pocos días después de que se me hubiera declarado y hubiéramos formalizado el compromiso ante nuestros padres. Ya se nos permitía pasear juntos, pero nada de tocarnos, no como ahora, que los jóvenes se hacen de todo antes de pasar por el templo… ¡Era otra época! Y como te decía, mi amado Guarner vino con rosas y yo en ese momento me enfadé con él. Por dentro me deshacía de gusto, pero por fuera le eché en cara que no me hubiese regalado las rosas cuando se me declaró, le dije que este no era el momento adecuado, que las flores habían llegado tarde, y algunas otras lindezas. No sé por qué lo hice, pero así fue, no pude evitarlo, ya me conoces y sabes que tengo un poco de mal genio a veces, pero solo un poco, ¿eh?

—Sí, sí, claro, solo un poco, querida tía.

—¡A lo que íbamos…! Tu tío me trae rosas y yo le suelto una

reprimenda de tres pares de narices, y el pobre se me queda mirando con el ramillete en las manos, casi en posición de firmes, como si yo fuera un capitán y él un soldado al que le estuvieran abroncando, ¡jejejé! Como no nos conocíamos mucho él no sabía aún cómo tratarme y debió quedarse helado de la impresión. Y entonces, muy grave, me pregunta cómo puede deshacer ese entuerto. Y yo, presa del mismo arrebato, sin poder contenerme, le digo con la misma seriedad que para resolver tamaña ofensa debe comerse una o dos rosas. Y entonces…, entonces…, ¡jajajajá! ¡*Entonces empezó a comerse una*!

—¿*Qué*?

—¡Ay…! ¡Jajajá! Parece que lo estoy viendo aquí, ahora mismo… ¡Pobrecito mío! Se llevó una rosa a la boca y con…, ¡jajajá!, con toda la seriedad del mundo la mordió sin dejar de mirarme, ¡jajajá! Muy serio, tan serio como podía serlo él, ¡jajajá! ¡Se la comió entera! ¡Enterita! ¡Y la nuez subía y bajaba al tragarla!

—¡Jajajá! ¿El tío Guarner hizo eso? ¡Aaaajajaá!

—Claro que sí, ¿no te lo estoy contando? Yo me había quedado de piedra mientras él engullía la rosa, más tieso que una estatua… No me podía reír, ni decir nada, ni moverme, solo podía verlo rumiar la flor como si fuera una… una… unaaa vaaacaaa, ¡jajajajá! ¡Aaajajajá! ¡Aaaaá! ¡Jajajá!

—¡Jajajajá!

—Ay, sí, así fue, ¡te lo juro, querido Argaut! Incluso se le quedó pegado un pétalo al bigote y le tapó el agujero derecho de la nariz, y ahí se quedó el pétalo dichoso, pues él no se lo quitó. Tenía la mitad del pétalo de color rosa metida en el agujero y la otra mitad fuera, y se agitaba como una bandera diminuta cada vez que él respiraba. Y yo no podía dejar de mirarlo sin creer lo que estaba viendo. Pero le detuve porque iba ya a comerse el tallo, que tenía espinas. Y él me dijo algo así como: *Demayara Injeca, ¿ha quedado deshecho el entuerto? ¿Seguís sintiéndoos ofendida?*

—¡Pobre tío Guarner! ¡Jajajá!

—Sí, sí, eso me dijo, o algo parecido, ya no lo recuerdo bien del todo. Y yo le respondí con la mayor seriedad que pude reunir que en efecto todo estaba perdonado y olvidado. Pero no lo miraba a él, sino al pétalo que se le iba metiendo cada vez más adentro de la nariz… ¡Ese pétalo me tenía hipnotizada! En realidad quería gritarle que se lo sacara de una vez por todas antes de que lo aspirase hasta los pulmones, pero él parecía esperar solo una respuesta formal y yo se la di. De pronto… ¡El pétalo se hundió del todo! ¡Desapareció! ¡Y él ni siquiera tosió, ni estornudó, ni nada de nada! ¡Lo aguantó todo como si estuviera en un desfile! ¡Jajajajá! —Demayara meneó la cabeza y se secó las lágrimas—. Ay… Ay… Así era tu tío de joven. No conocía a las mujeres y creo que él estaba mucho más aterrado que yo mientras

se acercaba la fecha de la boda… No porque no me quisiera, pues yo estaba segura de que me amaba, sino porque temía hacer algo que estropeara el protocolo y la etiqueta. ¡Incluso en eso era seguidor de las normas! Sí, recuerdo ese día como si fuera hoy mismo… —Asintió, sonriendo—. ¡Qué guapo estaba mientras se comía la rosa y se le metía el pétalo entero por la nariz, tan serio y tan gallardo! Recuerdo que pensé: *Este hombre no se me va a escapar. Este es para mí, para siempre*. Creo que en ese preciso momento me enamoré como una loca de él. Esto demuestra que los poetas no tienen ni idea de lo que hablan. Antes le conquista a una la risa que los besos apasionados. ¡Te lo digo yo, que ya tengo una edad!

Los dos siguieron riendo por lo bajo, al calor de los recuerdos y del sol glorioso.

—Argaut, hazme un favor, querido… Tráeme una de esas rosas que ya olfateo como un lebrel. Estoy más ciega que un topo, pero me gustaría sentir su frescura y su suavidad en la mejilla. Siempre me han hechizado las rosas. Ve por una, anda.

—Como desees, tía.

El rey se metió en el rosal. Tocó varias flores con la punta de los dedos y al final eligió una enorme, de color blanco, con manchitas rosadas. La tomó con cuidando para no pincharse con las espinas.

Al salir del macizo de arbustos quedó inmóvil. Sintió que las piernas se le agarrotaban y se le volvían de madera durante un primer instante, pues al siguiente, mientras los ojos se le hinchaban igual que globos de humedad, esas mismas piernas temblaron. Pero aguantó en pie.

Su cuerpo yacía sobre el banco, caído sobre uno de aquellos hombros tan pequeños. La cabeza estaba apoyada en el granito y había paz en el rostro de arrugas de seda. Unos mechones blancos, finos como hebras de telaraña, caían sobre su frente. Parecía que estuviera durmiendo, que se hubiera quedado traspuesta, pero la inmovilidad tiránica de su cuerpo fue la proclama inexorable de que no habría ya ningún despertar. Y toda ella estaba bañada en sol.

La rosa se deslizó por entre los dedos aturdidos.

16

La intrincada alfombra y sus innumerables geometrías seguía desenrollándose, esa alfombra desconocedora de principios y finales.

Tras la muerte de Demayara, y por haber sido ella lideresa del clan Injeca tras la muerte de Guarner, la gobernanza de la Casa pasó a manos de la hija mayor, llamada también Demayara. Era esta una señora de cuarenta y tres años, estaba casada con un noble de la Casa Erejna y tenía cuatro hijos. Era una mujer rolliza, de sonrisa fácil, con el poso de belleza de las Agrate. Permitió que los Injeca continuaran por la vía de servicio a la Casa Real y se desentendió por completo de tales asuntos, pues anteponía los placeres sencillos de su vida familiar al laberinto tortuoso de la política.

Brelán Etgula, embajador veteranísimo, muñidor de mil pactos en Brajairi y en el extranjero, líder del Consejo Diplomático y miembro del Consejo Real, hubo de retirarse de la vida pública porque a sus más de cincuenta años la gota lo martirizaba sin piedad. El rey le concedió rentas y honores por los servicios prestados a la Corona y lamentó mucho su despedida. Juntos habían pasado por todas y cada una de las crisis y era más un amigo que un servidor.

Los asuntos del reino marchaban con prosperidad y mansedumbre, cosa aburrida en los libros de historia pero maravillosa para quienes los viven.

El año 1599 trajo la dicha de otro vástago regio, una niña a la que llamaron Gamira en honor a la abuela paterna. Pero casi dos años después la bonanza se trocó en desgracia porque el cuarto hijo murió en el vientre de Mumtaz. Al menos la madre sobrevivió, y tras la recuperación volvió a ser la misma mujer fuerte de siempre; pero hubo de soportar otro mazazo, ya que el médico le aseguró que no podría volver a quedar encinta. Ella amaba los niños y lloró junto a su esposo, pero al final ambos dieron gracias a los dioses por los tres hijos sanos que ya tenían. En ellos residía su dicha como padres y su tranquilidad como reyes.

Mientras, los dos bastardos seguían creciendo con salud. A sus dieciséis años Brelán Nicario tenía ya un cuerpo de veinte; era recio, gallardo, de carácter alegre y mente despierta. Los mozos lo seguían como en el futuro lo seguirían los guerreros. Argaut no cabía en sí de orgullo.

Un día se reunió con Brelán en el patio de armas y tomó la espada

de prácticas.

—Hijo, vamos a entretenernos un poco. Quiero ver qué te han enseñado tus instructores.

Brelán sonrió.

—Como queráis, Majestad, aunque poco puedo hacer contra vos, una de las mejores espadas del reino.

—No pierdas la energía en halagos, muchacho, y ni se te ocurra darme ventaja.

El chico asintió de buen humor y los dos contendieron durante un buen rato, mientras los soldados los veían hacer y comentaban que ambos eran buenos luchadores. A Argaut le sorprendió la rapidez y la destreza de su hijo y, amoscado, hubo de emplearse a fondo. Pero a Brelán le faltaba la picardía de los viejos y le sobraba el arrojo de los jóvenes, así que el rey empleó un par de añagazas y venció.

—Me inclino antes vos, Majestad —dijo el muchacho.

Argaut le dio una palmada en un hombro.

—Bien peleado, hijo. Dentro de poco ya no podré vencerte.

—Permitid que lo dude.

—Ven conmigo. Tengo algo que decirte.

Fueron a un lugar apartado, se quitaron el sudor de la frente con un paño y tomaron agua fresca.

—Voy a meterte en el Consejo Real —dijo Argaut.

Brelán quedó boquiabierto.

—Majestad, es un honor tan grande… No sé qué decir.

—Entonces no digas nada. —Argaut le guiñó un ojo—. Disfrútalo en silencio.

Brelán sonrió, pero enseguida se volvió grave.

—Majestad, os lo agradezco infinito, pero permitid que os diga que no lo entiendo. Soy muy joven y no tengo cargos de responsabilidad. No me veo digno de tal merced.

—Escúchame, Brelán. Si yo no fuera un buen juez de hombres no duraría ni dos semanas en el trono; por eso te garantizo que llegarás alto. Tendrás en tus manos una capitanía, un generalato o algo aún más importante; puede que seas incluso diplomático, pues muchos embajadores empuñaron la espada, como mi primo Rafucio Injeca o el señor Brelán Etgula. Estoy seguro de que lo conseguirás por tus propios méritos y no por ser el hijo de quien eres. —Lo miró con gravedad—. Pero tampoco has de olvidar de quién vienes. Tu bastardía te granjeará envidias, rencores y enemistades, y debes estar preparado para enfrentarte a todo ello no solo con el puño, sino también con la cabeza. Debes aprender sobre la gobernanza del reino porque, aunque nunca subirás al trono, siempre estarás cerca de él. Voy a permitir que asistas a las sesiones del Consejo Real, no a todas, pero sí a las que considere importantes para tu formación. Por el

momento te limitarás a escuchar; así aprenderás a tener paciencia y prudencia. ¿Me has entendido?

Brelán palideció porque aquello le superaba, pero hizo un esfuerzo para abarcarlo todo con su voluntad.

—No os defraudaré, Majestad.

—Estoy seguro de ello, hijo mío. Ahora vuelve con los instructores y con tus amigos y sigue preparándote. Y no le cuentes esto a nadie. Ya te avisaré cuando llegue el momento.

Brelán asintió respetuoso y volvió con su gente. Argaut lo vio marchar con los ojos brillantes de amor y orgullo.

Al cabo de una semana Brelán asistió a su primera reunión del Consejo y fue tratado con respeto, pues nadie que tuviera aprecio por su cabeza se atrevería a hacerle un desdén por ser bastardo, y menos delante de su padre. Brelán se comportó de manera correcta, escuchó, no dijo nada y todos le tomaron por un chico callado y juicioso.

Esa misma tarde la reina se presentó sin avisar en el despacho del rey. En ese momento Argaut estudiaba junto a Liyoba ciertas tasas y aranceles.

—Señora Farica, haced el favor de salir porque quiero hablar con mi marido.

Liyoba miró a Argaut, que asintió, y se fue tras hacer una cautelosa reverencia a la reina. Una vez solos, Argaut contempló a su mujer. Mumtaz estaba inmóvil y lo asesinaba con sus ojos azules.

—No sueles interrumpir mis reuniones de trabajo y además conozco bien esa mirada. No tienes el ánimo tranquilo.

—Desde luego que no. ¿Se puede saber por qué lo has hecho? ¿Qué pretendes?

—¿A qué te refieres?

—Lo sabes muy bien. Me han contado que el…, que Brelán Nicario, ese joven, ha sido incluido en el Consejo Real.

Argaut levantó la cabeza.

—Ya. Es eso. Por favor, siéntate y sírvete una copa de vino. Será mejor que lo hablemos con calma.

Mumtaz se acercó a la mesita que su esposo le señalaba y con semblante impasible tomó la jarra y la arrojó contra una pared. Sobre el muro quedó el manchón rojizo. Argaut echó el aire con fuerza por la nariz y se preparó para la tormenta. Cuando su mujer se enojaba Dirtán entero se echaba a temblar.

—Ahí tienes tu maldito vino —dijo Mumtaz—. Has llevado al bastardo al Consejo.

—Cuidado con lo que dices. Es mi hijo.

—Un hijo bastardo. Un hijo ilegítimo, fruto de la lujuria con una barragana. Esa es la verdad, la aceptes o no.

Argaut hizo un esfuerzo por calmarse. Sabía por experiencia que

Mumtaz buscaría los términos más hirientes y que lo peor que podía hacer era enfurecerse porque entonces acabaría por hacer el ridículo y perder la discusión.

—En efecto, he incluido a Brelán Nicario en las sesiones del Consejo Real.

—Así como lo has metido, lo sacarás. El bastardo no merece tantos honores.

Argaut entrelazó sus temblorosos dedos en un puño de dos manos.

—Ese joven ha demostrado cualidades altísimas y no entiendo por qué no…

—¡Déjate de artificios! —rugió Mumtaz—. ¡Lo incluyes en el Consejo solo porque es tu hijo, pues sobran los jóvenes que manejan bien las armas! ¡Los hay a patadas en la corte! ¡Pero solo le has llevado a él! ¿Y tú te haces llamar el Justiciero? ¡Ja! ¡Vaya asco de justicia la tuya!

—¡Basta! —Arrepintiéndose, pero sin poder evitarlo, Argaut golpeó con sus manos los brazos de la butaca y se puso en pie—. ¡Sí! ¡Lo he llevado al Consejo porque es mi hijo! ¡El hijo del rey de Brajairi!

—Un hijo bastardo, una corrupción que jamás debió haber nacido, fruto de una ramera y de la lujuria de un monarca infiel.

—¿Infiel, yo? ¿Cuándo te he sido yo infiel? ¡Jamás!

—A saber si no has vuelto a ver a la fulana esa y si no estará ya preñada de más bastardos… Pero aunque no hubiera sido así, traicionaste a tu antigua esposa, la que se mató.

—Solo buscas hacerme daño, así que no voy a ir por ese camino. Ciñámonos a la presencia de Brelán Nicario en el Consejo. ¿Por qué te molesta tanto?

—¡Porque me ofendes a mí y ofendes a tus hijos!

—Él también es mi hijo.

—Me refiero a tus hijos *legítimos*.

—¡Por favor! —El rey levantó los brazos, exasperado—. ¡Argaut, Asenet y Gamira son unas criaturas! ¿Cómo podría ofenderles lo que ocurra en el Consejo?

—Les ofendes haciéndoles de menos al ponerlos al mismo nivel que a un bastardo. ¡Ellos son los únicos hijos tuyos que debieran obtener mercedes! Bastante malo es que a los dos bastardos se les vea por la corte… ¡Bastante malo es que esa niña algún día sea la reina de mi propio país! Pero si ya he de soportar semejante afrenta, debo aguantar no solo que se te vea junto a ellos, ¡sino que encima les concedas honores!

—¿Por qué no he de querer el mayor bien para ellos? Son también hijos míos. ¡Nacieron de mi sangre! Y además los concebí cuando ni siquiera te conocía. Jamás te he traicionado con ninguna mujer y lo sabes bien.

—Puedo comprender que quieras a esos hijos bastardos tuyos, pero primero te debes a los otros. No puedes ofenderlos.

Argaut se cruzó de brazos.

—No es a ellos a quienes ofendo. Es a ti, ¿verdad?

—¡Sí, también me ofendes a mí! ¡A la reina de Brajairi! ¡Me pones al mismo nivel que a una cortesana! ¡Llevas al fruto de su vientre al Consejo! ¿Es que no lo entiendes? ¿No entiendes cómo me hace sentir eso?

Argaut la miró durante mucho tiempo y al final asintió.

—Está bien. Comprendo que pueda ser duro para ti y te pido perdón si eso te agravia.

—No basta con disculparse. Tienes que enmendar el error. Saca a ese chico del Consejo. Envíalo lejos de la corte, junto a la niña. Que estén siempre con su madre.

Argaut levantó la mirada y la clavó en Mumtaz.

—Si quieres puedes culparme a mí por haber tenido amoríos con mujeres que no eran reinas, pero mis hijos no tienen la culpa de nada y no voy a permitir que ni tú ni nadie les ponga una marca deshonrosa en la frente. Precisamente para que eso no ocurra yo he de ser el primero que no se avergüence de ellos.

—No es eso, Argaut. Tergiversas mis palabras. No les deseo ningún mal a esos dos chicos, que son inocentes de todo, pero cada cual debe ocupar el sitio que le corresponde. Te lo digo no solo por el bien de tus hijos legítimos, a los que tan pronto olvidas, sino por el bien de esos dos muchachos.

—Jamás olvidaré a nuestros tres hijos. Nadie va a ningunearlos. Serán reyes y reinas de este país y de otros. ¡Por todos los dioses, los quiero más que a mi propia vida! Pero también los otros dos son hijos míos, así que te aseguro que continuarán instruyéndose en la corte. Y no solo Brelán asistirá a las reuniones del Consejo, sino también Raulia, cuando tenga edad suficiente, y con más razón aún porque está destinada a ocupar un trono.

Mumtaz pareció petrificarse y su ira se volvió fría y por tanto más peligrosa.

—¿Es tu última palabra?

—Lo es.

—Cometes un grave error, Argaut. Y los errores se pagan.

Sin esperar la respuesta de su marido dio la vuelta y salió del despacho. Cerró con mucha suavidad y por alguna extraña razón al rey eso le pareció más temible que un portazo.

Pasaban las semanas y el desencuentro entre ambos era ya evidente. Apenas cruzaban palabra en público y cuando lo hacían más bien soltaban gruñidos. Nadie quería imaginar lo que se dirían en la intimidad. Se evitaban, hasta el punto de verse solo en las ocasiones oficiales. Ya se conocía la inclusión de Brelán Nicario en el Consejo Real y hasta el más lerdo podía sumar dos más dos.

También lo hizo el motivo de la disputa, el propio Brelán. Tras una reunión del Consejo pidió a su padre hablarle a solas.

—¿Qué ocurre, hijo?

—Majestad… —Brelán dudó unos instantes y al fin lo miró a los ojos—. Tal vez sería mejor que me sacarais del Consejo.

—¿Pero qué carajo dices? ¿Acaso hay algo que no te gusta del Consejo Real? Si alguien te ha agraviado…

—¡No, no es eso! Todos se han comportado conmigo de manera exquisita.

—¿Entonces…?

—Se trata de… la reina.

Argaut puso las manos en las caderas, levantó la mirada hacia el techo y soltó una especie de bufido.

—¿*Qué* pasa con la reina?

—Majestad, no quiero ser motivo de discusiones.

Argaut le clavó el índice en el pecho.

—Escucha, jovencito, tú vas a hacer lo que te ordene tu padre, ¡y a callar!

Brelán bajó la mirada.

—Por supuesto, Majestad. Perdonadme si os he disgustado.

—Levanta la barbilla. Nunca pidas perdón por nada. Y ahora lárgate a instruirte, a perseguir a las mozas, a divertirte con tus amigos o lo que sea que hagas con tu tiempo libre… Pero quiero verte más tieso que un palo en todas las reuniones del Consejo a las que yo te diga que vayas. ¿Entendido?

—Sí, Majestad.

Argaut se alejó con mucho disgusto.

No obstante, poco a poco iban desapareciendo las asperezas entre los reyes. Cada vez hablaban más y las conversaciones empezaron a desenrollarse como madejas de hilo. Pero no todo estaba solucionado, pues a Mumtaz le costaba mucho perdonar y aún más olvidar, y tenía que hacer esfuerzos para apartar de su mente la imagen corrosiva del bastardo convertido en Grande del reino. Intentaba no cruzarse en su camino y el muchacho le ayudaba evitando siempre su cercanía. Pero resultaba ya imposible esconderlo porque se ganaba las simpatías de todos en la corte y su desempeño en las artes militares era excepcional. Se le invitaba a las fiestas más importantes, así que también recibió permiso para asistir al gran Baile de los Hijos del año

1601.

La Fiesta de los Hijos estaba dedicada a los cinco vástagos del Padre Braladur y la Madre Matuma: Tagma el Campesino, Bati la Bella, Joldar el Bardo, Calabar el Jugador y Aquir el Guerrero. Por extensión, en ella se celebraba la llegada al mundo de todos los niños, e incluso se aplaudía la fertilidad no solo de dioses y humanos, sino de la propia naturaleza. Tenía lugar a finales del tercero, cuando los campos verdeaban y las praderas florecían. En los pueblos los labriegos hacían banquetes al aire libre, en los burgos las calles se llenaban de banderines y las plazas bullían de danzas y juegos, y en las mansiones había galas más finas pero en el fondo igual de alegres. Atrás quedaba el invierno sombrío y había que saludar con risas a la primavera brillante.

Aquella noche, la del Gran Baile de los Hijos, el salón de celebraciones del Palacio Real hervía de invitados con ganas de divertirse, olvidar las penas y quitarse de los hombros el peso de la rutina. Las familias cortesanas traían a sus hijos y había niños chillando y enredando por doquier. Estaban los tres hijos del matrimonio regio y los dos bastardos, pero Argaut se preocupó de no colocar a Brelán y a Raulia cerca de la reina. Tras el banquete el rey alzó la copa, ofreció alabanzas a Braladur y Matuma y a sus cuatro divinos hijos, e inauguró el baile. Los criados se apresuraron a dejar libre el espacio central, una orquesta empezó a tocar piezas vivarachas y las parejas de diferentes edades dejaron las mesas para danzar con alegría. La ocasión permitía que el baile de etiqueta se convirtiera en un sarao en el que las madres bailaban con sus hijos pequeños, los propios niños saltaban, daban vueltas como peonzas, hacían aspavientos y se perseguían esquivando las piernas de los adultos, y se hiciera el intercambio de parejas aun antes de que acabara cada pieza, entre risas y comentarios divertidos. Argaut decidió echar por la borda el orgullo y le pidió bailar a su mujer. Mumtaz lidió contra su enojo, pero al final ganó el amor inmenso que sentía por él y le concedió su mano. Todos se detuvieron para aplaudirles y la orquesta tocó una música señorial y delicada. Los reyes bailaron y al fin se les vio hablar con genuino buen humor. Después, algunos caballeros bailaron con la reina y Argaut hizo lo propio con las damas. Pero él no era buen bailarín, así que enseguida se excusó y se retiró, en busca de conversación interesante. Mumtaz, a la que sí le encantaban las danzas, siguió bailando. Los presentes rieron cuando su hijo Argaut le pidió permiso con una reverencia. Ella se la devolvió y el niño, que le llegaba por el estómago, fue su nuevo compañero.

Argaut departía con varios hombres de linaje cuando, de pronto, enmudeció. Allí estaba ella, sentada en un rincón lejano, hablando con un par de señoras. La conocía bien y sabía que habría hecho todo lo

posible por pasar desapercibida, incluso mediante una vestimenta recatada y sobria. Pero era imposible no fijarse en ella porque continuaba siendo hermosa a pesar de su madurez. Argaut la contempló con atención, ella notó su escrutinio y los dos intercambiaron una mirada que contenía muchas cosas. Argaut se disculpó, abandonó a sus contertulios y se reunió con ella.

—Estoy encantado de veros —le dijo, sonriendo con la boca y los ojos.

Las señoras que la habían acompañado leyeron entre líneas y se marcharon para dejarlos solos, o al menos todo lo solos que podían en aquel salón, donde muchas orejas hacían esfuerzos para estirarse y no perderse una sola palabra.

—Gracias, Majestad —respondió Queila—. Ha sido culpa de Brelán. Insistió en que viniera a la corte, a esta celebración. Creo que incluso ha intrigado para que me concedieran una invitación oficial.

—Con invitación o sin ella, sois siempre bienvenida a palacio.

Los dos se miraron sin poder hablar, con un ansia devoradora de descubrir cada uno en el otro qué había hecho el tiempo con sus rostros y sus almas. Todo surgió, todo volvió y subió como la espuma de la cerveza fresca y sabrosa, y aunque no lo quisieran la mente se les llenó de los recuerdos que habían contenido durante años. Ella al fin se dio cuenta de que debían romper el hechizo y apartó la mirada.

—No he debido venir, Majestad. Lo siento.

—No lo sientas… No lo sintáis, señora Nicario. Tenéis todo el derecho del mundo a visitar la corte por la alta posición de vuestros hijos y por la amistad que os une a mí.

—La amistad —musitó ella, sin poder evitarlo.

La burbuja había estallado. Ya no había peligro porque de nuevo los puentes estaban alzados y se interponían las barreras del presente. Sin embargo, aún podían disfrutar del placer del pasado, del goce sedoso de verse uno al otro sabiendo que no volvería a haber nunca nada entre ellos. Eso les producía un poco de tristeza, pero también cierta satisfacción, o, mejor dicho, paz. Aquello también acabó y le relevó un silencio incómodo. Los dos respiraron, sonrieron y al final él preguntó:

—¿Y cómo os van las cosas, señora Nicario?

—¡Oh, van muy bien! Los negocios de mi familia navegan viento en popa. No puedo quejarme. Además, vuestra legislación ha favorecido el intercambio de productos entre las regiones.

La discusión transcurrió por aguas mansas.

Mumtaz se detuvo y su pequeño hijo dio con la cabeza en su cintura. Mumtaz los había visto por entre el barullo de gentes, había captado en un solo latido la cadena que unía los ojos de su marido y de la otra. La Otra. Sintió que le serraban el pecho y un vacío

horrendo invadió su mente. La escena se tornó borrosa y húmeda.

—¡Ay, madre, me hacéis daño! —se quejó su hijo—. ¡Me apretáis mucho!

Ella aflojó la presa que sus dedos delgados y fuertes habían hecho en las manitas del niño, tragó saliva e hizo un esfuerzo para que no se le cayeran las lágrimas, sintiéndose como una gigantesca y patética imbécil.

—Perdóname, hijo mío. —Se dio cuenta de que muchos habían comprendido la causa de su inmovilidad, así que sonrió lo mejor que pudo y tragó saliva—. ¡Sigamos bailando, mi niño! ¡A bailar!

—¡Sí! —gritó el pequeño—. ¡A bailar!

La reina continuó danzando, con piernas temblorosas, echando miradas furtivas hacia ese núcleo remoto que bombeaba corrientes de dolor y rabia, un flujo que la abrasaba como el ácido. Al cabo de un rato vio al rey despedirse de la Otra, que sonreía por lo bajo —*sonreía*, eso pudo verlo Mumtaz por entre el laberinto de personas, ya con claridad, pues las lágrimas se habían secado como por arte de magia en sus ojos—. La Otra volvió a hablar con sus amigas.

Mumtaz se detuvo, se agachó y le dijo a su pequeño:

—Mi príncipe hermoso, muchas damas suspiran por bailar con vos. Por favor, no las hagáis sufrir.

—Pero yo quiero bailar solo contigo, madre, ¡digo, Majestad!

Ella sintió un achuchón de cariño que le dictaba apretujarle contra su pecho y cubrirle de besos hasta quedarse a gusto, pero decidió que eso no sería conveniente en este lugar y además su hijito no se lo perdonaría en aproximadamente un cuarto de hora, así que se controló y le dio un solo beso en la frente.

—A veces hay que sacrificarse, señorito. Diviértete, mi amor.

—Bueeeeno.

En cuanto lo soltó una mujerona empezó a dar gritos de alegría y se llevó a bailar al príncipe.

Mumtaz caminó entre las parejas de baile, que le dejaban paso antes de que ella se les echara encima. La Otra acababa de salir del salón junto a sus dos amigas, ella las siguió y las encontró en un pasillo.

—¡Señora Nicario! —exclamó.

La Otra se volvió con una sonrisa que de inmediato se retorció y devino una cosa absurda que le colgaba de la cara. Se apresuró a inclinar la cabeza ante la reina, que se le acercaba con la barbilla alta, los ojos azules muy abiertos y una sonrisa enorme. Las dos amigas de Queila también mostraron respeto, pero entendieron que ellas estaban de más, así que se apartaron un poco.

—Vosotras, idos —dijo la reina, y las dos se esfumaron.

—Majestad —dijo Queila, sin osar levantar la vista. Deseaba que la

tierra se abriera bajo sus pies para escapar de esta situación tan embarazosa.

—Me alegro mucho de conoceros, señora Nicario. —En la voz aterciopelada había algo que ya no solo incomodaba a Queila, sino que le metía el miedo en el pecho—. Veo que los halagos que se escuchan sobre vos son justos. Ya no sois joven, pero aún sois bonita. Levantad el rostro. Quiero apreciar mejor vuestra belleza.

—Majestad, agradezco el cumplido, pero no lo merezco.

—He dicho que levantéis la cara. ¿Vais a desobedecer a vuestra ama y señora, la reina de Brajairi?

Queila levantó la cabeza. Al ver los ojos de Mumtaz sintió que caía en un pozo de horror e hizo un esfuerzo para continuar impasible. La reina esbozaba una sonrisa tenue, pero en su mirada inmisericorde encontró no ya una promesa de agravios, sino de algo bastante peor.

—Ahora entiendo lo que vio en vos mi esposo… —dijo Mumtaz, con aquella voz suave y afilada—. Pero quiero comprender también lo que sentía, así que poneos de rodillas.

Queila abrió mucho los ojos, horrorizada.

—De rodillas —ordenó la reina.

Como un ratón hipnotizado por la serpiente, Queila fue agachándose poco a poco, sin lograr apartar la vista de aquella mujer, más baja que ella y sin embargo tan temible, no ya solo por la corona, sino sobre todo por el halo de sangre que la rodeaba. Queila quedó postrada ante ella, humillada, en una posición de inferioridad, y los ojos se le humedecieron sin poder evitarlo. Eso levantó los hermosos labios de la reina. Le tomó la barbilla con dos dedos y alzó un poco su cabeza para contemplarla mejor. Queila tuvo la horrible sensación de que la reina estaba decidiendo lo que hacer con ella, que la miraba como un niño contemplaría el animalito que va a destripar, con esa mezcla de placer juguetón e interés científico.

—No sabéis cuánto me alegro de veros —le dijo Mumtaz—. Tenemos mucho de que hablar, vos y yo. Seremos buenas amigas.

Queila apenas consiguió balbucir:

—Gracias, Majestad.

Mumtaz la contempló a gusto durante un buen rato.

—Volveremos a encontrarnos, señora. No lo dudéis.

La reina soltó su barbilla, que estaba roja por el apretón. Le dirigió una última mirada, esta vez llena de desprecio, dio la vuelta y se marchó por el pasillo.

Queila seguía arrodillada, inmóvil, bañada en lágrimas de miedo y vergüenza. Aspiró aire muy fuerte, como si hubiera estado bajo el agua y acabara de emerger. Era como si una cuchilla hubiera cortado el aire junto su cuello. Se levantó sobre piernas inseguras y se alejó mientras en sus oídos sonaban las melodías de la fiesta, como un

rumor alegre.

17

Queila se sentó en el asiento sumergido de la piscina y apoyó la cabeza en el borde. Cerró los ojos y se relajó, abandonándose al placer de sentir la caricia adormecedora del agua caliente.

En las naciones escaldraias no eran comunes los baños de agua como fuente de placer, antes que de limpieza, pero en el Terem eran cosa común; ella tenía ascendencia teremia y conocía estos usos, así que muchos años atrás, cuando vino a vivir a Vibriosa, pagó a ingenieros teremios para que construyeran en su propia casa unas termas donde disfrutar del líquido cálido y acogedor. En aquellos lugares íntimos y hermosos no había hecho el amor con su primer marido, con quien al fin y al cabo solo se ayuntó para procrear, pero sí con Argaut.

De inmediato Queila envió fuera de su mente estos ecos, no porque le dolieran, pues tenía sujetos sus sentimientos hacia el rey, sino porque introducían una cuchilla de miedo. Todavía recordaba con horror cómo la reina la había humillado en los pasillos del Palacio, nueve noches atrás. Queila había comprendido el mensaje —cuyos turbios límites prefería no explorar— y no volvería jamás a poner el pie en la corte y ni por asomo vería a Argaut de nuevo. Había sido un error descomunal ir a la fiesta, pero su hijo insistió y ella fue tan tonta como para desoír las voces de alarma que la prevenían contra semejante dislate. Lo último que deseaba era el odio de aquella mujer no solo mil veces más fuerte que ella por llevar la corona, sino también por su pasado de riesgo y violencia.

Y sin embargo, no resistió la tentación de acariciar con las yemas del recuerdo el reencuentro con Argaut. Los dos se sintieron otra vez enlazados, ahora sin peligro, pues él también sabría mantener a raya sus emociones. Conectados. Todo esto le producía a Queila un placer agridulce que ya no la hería. Era no solo lo correcto, sino lo mejor para todos. Queila no se había vuelto a casar y era una *viuda feliz* que tenía sus propios amantes —pocos, pero bien escogidos—. Gozaba de su propia libertad, tanto emocional como económica, y no temía a la soledad. Además, tenía a sus hijos. Sabía que algún día se irían de su lado y eso sí le causaba un dolor agudo y profundo, pero no podía ni siquiera concebir interponerse entre ellos y su deber. Lo aceptaba como lo hacían todos los padres y las madres de Dirtán, fueran hortelanos o reyes.

Suspiró, adormecida en la piscina de agua cálida. Raulia dormía en sus aposentos y Brelán pasaba la noche fuera —en teoría en la mansión de un amigo de la nobleza, pero en la práctica… En fin, mejor no saberlo—. Había unos pocos criados en la villa, sin duda dormidos, y en las termas ella estaba sola, a excepción de su amiga y sirvienta Clarana, que había ido en busca de los útiles necesarios para darle un masaje. La quietud y la paz eran absolutas.

Se felicitó por su ascendencia y costumbres teremias. En Brajairi, para bañarse había solo tinas y cubas; además, el agua caliente era un lujo y por tanto casi siempre estaba fría o como mucho templada. No era lo mismo una bañera, en la que apenas cabía el cuerpo, o la ducha de agua del cubo, que una piscina llena de líquido caliente, donde una podía estirarse cuan larga era o permanecer sentada en el poyete sumergido y descansar. Además de aquella cisterna de agua caliente había otra de agua fría, así como una estancia cuyos asientos y paredes estaban siempre tibios. Lo más chocante y hasta humorístico de sus pequeñas termas era la pequeña habitación donde el usuario podía defecar sentado sobre un asiento con borde de baldosas, y no acuclillado en la palangana, como hacían todos, desde el monarca al labriego; en cada asiento había un agujero y el lugar estaba aromatizado, así que era un placer de dioses. Queila jugueteó con la idea fantástica de que las heces tendrían que descender hasta los abismos infernales de Blica, pero en realidad sabía que se vaciaban en una letrina subterránea. Además, había paños finos para limpiarse y no las piedras de río de tacto suave que luego debían enjuagarse en agua.

A Argaut y a los otros hombres que había traído a las termas les pareció cosa de magia todo aquel calor, pero ella sabía que había hornos subterráneos que calentaban el aire, que a su vez circulaba por un sistema de túneles bajo el suelo y tras los muros de las habitaciones. Esos hornos también caldeaban depósitos metálicos de agua, que llegaba mediante tuberías a las piscinas. Queila deseó que esto se popularizase en todo Dirtán porque si las personas se dedicaran más a relajarse en los baños y menos a pelear entre sí, el mundo sería un lugar más tranquilo y hermoso. Pero en el Terem también había guerras, así que las termas quizás tampoco pudiesen cambiar a los seres humanos. Suspiró, pensando que era una lástima.

Abrió los ojos y se deleitó en el mosaico del techo, una rosa roja e inmensa que se abría voluptuosamente, recorrida por las perezosas ondas de calor que emergían del agua. En el fondo de la piscina había otro mosaico: tres peces verdosos que se perseguían en círculo, cada uno a punto de atrapar con su boca la cola del siguiente. Queila se preguntó si aquello tendría algún significado —¿el sentido circular de la existencia?— o si fue solo un capricho estético del diseñador. En las

paredes había mosaicos que representaban al dios Tumar en los lugares comunes de la cosmogonía teremia: el disco solar que con sus rayos de luz deshacía las sombras de la oscuridad primordial, y que tras varias etapas se transformaba en un guerrero que hacía derramar su sangre, semen y sesos y creaba así la materia sólida y las aguas del universo dirtanio.

Queila se adormecía. El calor del agua envolvía su piel desnuda y la sumergía en una calma etérea. Sentía el peso de sus cabellos húmedos y las gotas de sudor que perlaban su frente. Levantó una mano y vio el agua caer desde sus dedos, la vio deslizarse por el brazo como una cortina en la que brillaba la luz de los candiles. Miró sus uñas perfectas y tomó del borde de la piscina la lima de hierro, con uno de sus bordes afilados y serrados para cortar los brotes de pellejo entre la uña y la carne. Se pasó la lima por la uña. *Rsss, rsss*, decía la lima. *Chsss, chsss*, decía el agua. Todo lo demás era silencio, salvo su respiración tranquila. Devolvió la lima al borde y sumergió la cabeza un poco, hasta que la superficie cubrió sus orejas. Solo oía el eco moribundo y fantasmal del líquido. Fuera estaban la mitad del rostro y su pelo largo y mojado. Dentro, solo había paz. Así debían sentirse los peces y los pulpos y las estrellas de mar y las morenas y los delfines y las medusas y las algas, moviendo sus cabellos verdosos al vaivén de las mareas. Los envidió, deseó ser uno de ellos y dejarse llevar por las corrientes profundas, sin tener que desear nada ni luchar por nada, limitándose a flotar y flotar y flotar y flotar hasta el fin de los tiempos, hasta que la muerte la llevase a otro océano y otras mareas.

Notó un movimiento, una vibración en el agua, y sin abrir los ojos sonrió al pensar que debía ser su sirvienta Clarana. Sintió las yemas de los dedos en su cabello, dedos fuertes pero suaves. Los notaba acariciando su cráneo con insistencia indolora, abriendo surcos entre los mechones, dibujando caminos invisibles en el cuero cabelludo. Los dedos bajaron por la frente y las yemas tocaron los párpados, apretándolos un poco y deshaciendo la sonrisa de Queila. Pero la presión terminó y los dedos conquistaron los pómulos, se introdujeron en el agua y acariciaron sus orejas, cosa que casi le hizo cosquillas. Queila decidió no abrir los ojos para que la vista no empañara los placeres del tacto. Los dedos ávidos, cada vez más tensos, bajaron por su cuello y tocaron su garganta. La rodearon. Se demoraron en ella. A Queila el tacto de Clarana le pareció un poco distinto, como si le transmitiera cierta ansiedad, o, mejor dicho, *hambre*. Pero pensó que ella también tenía derecho a tener sus propias motivaciones. Las manos se cerraban con lentitud en torno al cuello. Lo acariciaban de una manera sensual. Se abrían. Se cerraban. Tensión y lasitud. Como si estuviera deleitándose en alguna acción futura, como si calentara los músculos fuertes y pequeños de los antebrazos y las propias manos

en previsión de un ejercicio vigoroso. Queila volvió a sonreír porque aquello, aunque era muy extraño, empezaba a gustarle de una manera turbia y sospechosa. Debía tratarse de un nuevo tipo de masaje, dominante, ávido e íntimo. Frunció un poco el ceño, sin abrir aún los ojos, cuando las manos de Clarana se cerraron con más fuerza de lo debido en torno a su cuello. Pero enseguida se relajó al sentir que otra vez lo soltaban. Los dedos fueron bajando hasta el contorno de sus pechos sumergidos. Los exploraron en toda su superficie y jugaron con ellos, los acariciaron y pellizcaron los pezones con suavidad, lentitud y firmeza, hasta endurecerlos y dejarlos extremadamente sensibles. Queila suspiró y su respiración se hizo pesada. Los dedos subieron por la garganta, hasta la barbilla, acariciaron la boca, pasaron las yemas por los labios y la abertura entre ellos, de un modo que hizo a Queila llevar un poco la cabeza hacia atrás en el borde, como si expusiera la boca para que su sirvienta jugueteara aún más. Las manos volvieron a concentrarse en el cuello. Lo agarraron y lo envolvieron en una zarpa no dolorosa, pero próxima a la incomodidad. Queila decidió darle completa libertad a Clarana. *Que me haga todo lo que quiera*, pensaba ya a estas alturas. Las manos se cerraron un poco más en torno al cuello. En la cara notó las puntas de los cabellos de su sirvienta e imaginó que debía haberse soltado el pelo. Sonrió.

Entonces, al fin, abrió los ojos.

Vio, rodeada por la rosa del techo, una cara horrenda, broncínea, una faz femenina cuya mirada cruel estaba clavada en ella. Sonreía.

Las manos se cerraron en su cuello con la fuerza de un cepo y empujaron su cabeza hacia abajo. Queila chilló y la boca se le llenó de agua. Un cuerpo delgado y fibroso, muy fuerte, cubierto por un vestido liviano, se metió en la piscina, sin soltarla jamás. Las manos la llevaron hacia el fondo, la empujaron con una energía demoniaca, una fuerza telúrica vomitada desde las simas del mundo. El miedo aulló en el cerebro de Queila y tragó más agua, la tosió, devolvió el agua al agua, la engulló, la mordió, la sintió envolviendo su lengua con un paño de burbujas. Contra el horizonte subacuático de baldosas vio un cuerpo femenino, cubierto por una túnica empapada que se pegaba a las caderas sinuosas, al vello púbico, a los muslos fuertes, a los senos pequeños de pezones que eran soles remotos y oscuros. Queila se revolvió y agarró las dos ramas de árbol cuyas hojas de hierro atrapaban su cuello. Allá arriba había luz y aire y un rostro furioso, y una superficie que ondulaba, y aquí abajo solo había muerte y terror y una debilidad que luchaba contra la fuerza asesina que la mantenía atrapada en la profundidad caliente, como la mariposa clavada en el tablero del coleccionista, aleteando moribunda con sus alasbrazos nerviosos, arañando la piel de madera de aquel árbol de muerte, arañando y pataleando contra los muslosraíces que se hundían en las

baldosas, en la vorágine de ese torbellino que eran los tres peces ondulantes del fondo, persiguiendo cada uno la cola del siguiente, ya no sumidos en juegos o bailes amables, sino en una danza histérica de ojos desorbitados y bocas que jamás podrían cerrarse, y sintió la carencia de aire como un ramo de cuchillas que se clavaran en lo más hondo del pecho, horadando y horadando, gusanos de cabeza cortante hundiéndose en la manzana, compitiendo para ver quién se comía primero los pulmones, y allá abajo sus propios gritos de pavor eran los mugidos de un animal enfermo que no logra despertar de su peor pesadilla, y el calor del agua se transformaba en el aliento abrasador de la muerte. El pie de Queila salió catapultado hacia delante, lejos de su voluntad o su falta de voluntad, se hundió en el abdomen del árbol y, ¡oh maravilla del universo!, el árbol de madera oscura y asesina se dobló y sus hojasdedos de hierro se deslizaron sobre el cuello de la mariposa, que movió su cuerpo y escapó de las garras y llegó al universo de la luz y el aire.

Queila jadeó con los ojos desorbitados, pestañeando como quien acaba de quedarse ciego, y tragó aire en un éxtasis de dolor y de vida. Hacía ruidos convulsos que emergían como arcadas del cuello rojo y lacerado, marcado por las veredas sangrientas de la uña. El mundo estaba ahora lleno de ruidos: el agua que chapoteaba, el gruñir de la asesina a su espalda y el *pop* de un oído destaponado. Al fin emergió el chillido de horror, pero la muerte se le vino encima de nuevo. Otra vez la vorágine y el miedo aullando en sus oídos y la presa y el depredador y la víctima y el asesino en un juego antiguo como la naturaleza y la mariposa continuó aleteando para escapar de aquella pegajosa tela de agua la araña la atrapó de nuevo con sus fuertes patas cubiertas de vello oscuro allá la tenía de nuevo pobre mariposa condenada a la muerte vil mirando el rostro de múltiples ojos en los que se reflejaba su propio rostro brillante de agua y de terror aquellas dos mandíbulas que chasqueaban y querían cerrarse en su cuello para comerse con parsimonia la carne joven y jugosa la carne que sería la vida de la vieja araña bajo un cielo de pétalos desplegados y voluptuosos las alas se movieron con nerviosismo golpeando las hebras de granito pegajoso las delicadas patitas resbalaron en el suelo de peces danzarines y enfermizos tropezaron con los escalones de la telaraña y el cuerpo segmentado se retorció y la pequeña boca recubierta de vello suave y húmedo húmedo jadeos de pánico pánico que enervaban a la bruja araña y la llevaban a carcajearse y a hacer temblar su panza gorda hambrienta como un pozo sin fondo *schurrp shscmss shhcrrup hmm hmmaaa* las alas resbalaron sobre el borde de la telaraña fueron aquí y allá levantaron las gotas del rocío matutino alrededor los dioses creaban con sus flujos el universo y la carne la mariposa los veía girar en torno a ella y su asesina girando girando

igual que giraban los peces del fondo los dioses con cuerpo de sol también locos y asustados e histéricos en aquel sinsentido de vida y muerte muerte muerte un ala encontró un objeto un pequeñísimo diamante una aguja de solidez y luz que esparció brillo en la oscuridad con él golpeó las patas y la cara de la araña que sufrió y ya no cantó más su *jojojojó* divertido y asesino sino que gritó con voz grave y cavernosa *aaa aaa* más de ira que de dolor retrocedió un paso para luego golpear la cara de la mariposa su linda cabecita dio contra la telaraña de granito atontada mecida lejana pero aún tuvo fuerzas la pobre mariposa para moverse sobre las hebras sobre el terror y el vértigo vértigo sufriendo un retroceso para volver a ser gusano que arrastraba su cuerpo sobre el suelo fuera de la telaraña dejando un reguero de babasaguababasaguababasagua llevando tras de sí las alas colgantes y ya inútiles su cabecita latía con un dolor ardiente reflejo del latir salvaje del centro núcleo de su ser el corazoncito que deseaba escapar vomitado por la boca entre chillidos de espantoterrorpavormiedopánico siguió arrastrándose el gusanito buscando recomponer la crisálida y encerrarse en su capullo del que jamás debiera haber salido se vive más tranquilo y caliente siendo feo gusano que bella mariposa la araña salió de su tela chorreaba un icor oscuro y fétido que escapaba de cien heridas rugía una tormenta de insultos como la primera criatura viva degustando el sucedáneo del lodo y el cielo y tragándose las larvas con avidez moviendo sus ocho patas por la tierra húmeda y embarrada del bosque oscuro haciendo oscilar la panza de un lado a otro y mordiendo el aire con sus mandíbulas *chaschaschaschaschas* el gusano arrastrándose la araña correteando detrás bajo el cielo de hojas voluptuosas y rojas el horizonte de dioses locos locos que reían y lloraban creaban un mundo carente de lógica del cual ni siquiera ellos podían escapar el gusanito sin alas doblando su cuerpo arriba abajo arriba abajo arriba abajo vamos gusanito huye huye gusanito bonito de la fea araña aña aña la araña embadurnada sangrehecesbabaodiomuertehambre quiere comerte gusanito huye huye bonito contra la corteza de un árbol impenetrable pobre gusanito bonito sentenciado a muerte a carnaza desgarrada mandíbulas luego saboreada deglutida asimilada por último defecada en chorro negro maloliente denso no había escapatoria para el miserable gusano la araña *jojojojó* como un trueno en la noche profunda la araña dejó de *jojojó* no había truenos bosque oscuro sus muchos ojos inyectados rojo se miraron patas gruesas feas peludas salpicadas icor chorreaban vino vida precioso vino araña no podía comprender no podía asimilar no podía no podía no podía araña comprendió por qué dioses reían lloraban creaban universo por qué peces giraban locos enfermos no pueden escapar destino girar girar araña vieja sabia maligna no sabía ahora comprendía ahora morir

comprendía nada tenía sentido al final todos fichas desechables en el tablero de un juego sin más reglas que las de un azar risueño enfermo baboso.

La asesina cayó al suelo húmedo, pero no se desplomó del todo, sino que quedó arrodillada, mirándose con ojos confusos la muñeca abierta, por la que se le escapaba a chorros la vida. Luego miró a su víctima, que jadeaba y temblaba sin control mientras agarraba con fuerza la lima de uñas, con la cual y por pura suerte había cortado las arterias de la muñeca de su enemiga. La asesina de piel de bronce lo comprendió, su rostro se contrajo en una mueca de miedo y se agarró la muñeca cortada, intentando detener el flujo de sangre. Pero era tarde, el corazón bombeaba a demasiada velocidad y tal vez ni la más fuerte venda restañaría aquellos cortes profundos. La asesina miró a Queila y en su rostro se dibujó una sonrisa incrédula. Había tenido tan mala fortuna al intentar ahogar a esta guarra inofensiva que la cosa le parecía incluso cómica… ¡Vaya una mala suerte! Emitió un par de carcajadas temblorosas, luego la risa se le descolgó de los labios exánimes, los ojos se le pusieron en blanco, como a una mala actriz de comedia bufa, y se desplomó, haciendo crujir los dientes contra el suelo. Quedó inmóvil boca abajo, mientras a su alrededor crecía una mancha roja y oscura, como un ser vivo, impaciente por escapar de su prisión. Esa negrura se volvía rosada al mezclarse con el agua encharcada en las baldosas. La flor del techo se reflejaba distorsionada en la inmensa y creciente mancha de abajo. Una simetría hermosa y terrible.

Queila seguía temblando, pero el miedo fue relevado por la fascinación, pues más allá del miedo hay un sentido de la maravilla descarnado. No podía apartar los ojos del cadáver. Mientras sostenía aún la lima roja con dedos crispados y encogía su cuerpo contra la pared, se sintió aplastada por una sensación mastodóntica de irrealidad. Sintió que su cordura pendía de un hilo y que la histeria escalaba por sus tripas y su garganta como un millón de insectos que pretendían salir en avalancha de gritos. Pero *sabía* que si dejaba escapar el primer grito no recuperaría la cordura jamás, así que se agarró la boca con fuerza, obligándose a callar, con dos ojos desorbitados por encima de los dedos y por debajo de los cabellos chorreantes. Respiró fuerte y en un acto heroico empujó a los insectos y los devolvió a sus colmenas. Había recuperado el control de su mente.

Con la lentitud de una anciana se levantó, apoyándose en la pared, sin separar la vista del cadáver de la mujer broncínea. Esperaba que en cualquier momento el cuerpo ensangrentado se levantara dando un bote, como una marioneta tirada por hilos invisibles, para lanzarse de nuevo sobre ella. Entre las dos solo había una diminuta lima de hierro

con trocitos de pellejo en sus dientecillos de sierra.

Entonces una idea cristalizó en su mente y la locura y la indecisión se fueron por el desagüe de otro miedo aún más grande.

—Clarana… —musitó, con voz tan temblorosa que resultaba ininteligible. Y a la primera idea le siguió otra, aún peor—: ¡Raulia!

Echó a correr, resbalando, hasta una sala aneja. Al ver el cuerpo sin vida de su sirvienta sintió que sus piernas desfallecían, pero no se detuvo y siguió corriendo en busca de su hija, sintiendo sus propios gritos como empujones en la espalda.

18

Uno de los grandes placeres del rey era la lectura, siempre lo había sido y suponía que continuaría siéndolo hasta que le faltaran la vista, o el discernimiento, que le permitían disfrutar de cada párrafo, línea y palabra. Ahora que el país estaba en paz Argaut se tomaba media hora, o una hora entera, antes de ir a la cama con su mujer, para ensimismarse en los libros de su despacho particular, que tenía las paredes cubiertas por estanterías preñadas de volúmenes, mamotretos y rollos. Dado que las finanzas estaban saneadas y las arcas llenas, podía permitirse el lujo de enviar agentes a los zocos no solo de Brajairi, sino también de los países vecinos, en busca de libros nuevos y raros, ya fuesen poemarios, novelas o tratados de historia, economía, filosofía o ciencias naturales. Sus favoritas eran las obras del Terem, cuyos pensadores —envidia sana— eran mucho mejores que los de Escaldrai. Le gustaban sobre todo las tragedias que se representaban en los teatros teremios y que, en contraste con las comedias superficiales tan al gusto de los escaldraios, trataban sobre las ideas y los sentimientos profundos, sobre las grandes decisiones y las honduras del ser humano. Argaut acariciaba la idea de hacer construir un teatro teremio en Longaza, pero sabía que muchas mentes cerradas no lo verían con buenos ojos; además, como toda persona que ha conocido estrecheces económicas —no faltaron en Brajairi en los primeros tiempos de su mandato—, sentía escrúpulos a la hora de invertir en los placeres de la vida. Por el momento, se contentaba con aumentar la biblioteca del palacio y su propia biblioteca particular. Todavía deseaba leer cuanto cayera en sus manos; es más, su experiencia vital, tan intensa, le permitía saborear con mayor conocimiento muchas de las cosas que leía.

Ahora, pues, estaba en su despacho, solo, inmerso en una obra filosófica teremia en verso que hablaba sobre el cambio continuo de todas las cosas, hasta el punto de afirmar que, así como un río nunca era el mismo en dos momentos distintos, Dirtán entero no cesaba de mutar. El devenir, no la quietud, era la esencia del universo.

Llamaron a la puerta. Argaut miró el reloj de arena —era disciplinado y metódico también para sus placeres— y se dio cuenta de que faltaba aún más de media hora para irse a acostar. Le enojó que alguien viniera a quitarle tiempo de lectura. Pero volvieron a llamar.

—¡Majestad! ¡He de hablar con vos! ¡Es un asunto urgente!

El rey puso la cinta marcadora, se levantó y dejó el libro en una mesa.

—¡Pasad! —dijo.

La señora Farica entró, vestida con atavíos sencillos y el pelo recogido en una coleta coyuntural; sin duda, había sido arrancada hacía poco de la cama. Cerró tras ella y el rey vio en su rostro algo más grave que la preocupación, algo que saltó de aquellos ojos a los suyos y se le metió dentro, como una alimaña parasitaria.

—¿Qué ocurre?

—Majestad, un capitán del cuerpo de la guardia de palacio envió un hombre a buscaros con un mensaje importante. Como vos mismo me dijisteis, yo tengo permiso para ocuparme de los asuntos de la capital y el palacio mientras vos pasáis tiempo en vuestro despacho, así que el asunto vino a mis manos, a través de otras gentes de confianza. Dada la naturaleza de lo ocurrido me encargué yo misma de todo.

—Sed concisa, por favor.

—Está bien. Se trata de la señora Queila Nicario. —Argaut quedó inmóvil por la sorpresa. Liyoba inspiró fuerte y continuó—: Vino acompañada de unos lacayos de su villa, esta misma noche, para veros. Pedía vuestra protección. Y traía también a vuestra hija Raulia. La señora Nicario estaba muy alterada, tanto, que hice buscar a vuestro médico personal para que la tratase. Ahora se encuentra en una habitación segura, descansando junto a la niña. Os aseguro que las dos están fuera de peligro. He llevado todo este asunto con discreción y nadie salvo dos o tres hombres de confianza de mi gabinete, y unos pocos de la guardia de palacio, saben nada. Les he ordenado a todos guardar silencio.

—¿Por qué pide protección la señora Nicario? —Los ojos del rey se volvieron lúgubres y amenazadores—. ¿Qué le ha ocurrido?

—Han intentado asesinarla.

Argaut no pudo hacer otra cosa que parpadear.

—¿Quién fue? ¿Cómo ocurrió?

—Fue una mujer que se introdujo con sigilo en la casa y que trató de ahogarla en las termas, mientras se daba un baño. Por fortuna, la señora Nicario la mató para defenderse. Pero antes, la invasora asesinó a una sirvienta.

Argaut frunció el ceño. Su rostro se inflamó de cólera.

—Ha sido uno de esos malditos asesinos del Viejo de la Montaña. Creía haber acabado con ellos cuando lo matamos durante la guerra de Élamos, pero aún deben quedar algunos sueltos. Por todos los dioses, hay que enviar soldados para que protejan también a la reina y a mis hijos. Pero… ¿por qué atacaron a Queila?

—Majestad, es mejor que por el momento no tratéis el tema con vuestra esposa. Ya conocemos la identidad de la atacante.

—¿Quién es?

—Parastu. La guardiana personal de la reina.

Esta vez fueron muchos latidos de incredulidad, que después se tiñeron de una idea demasiado terrible. Farica se dio cuenta de lo que pasaba por la cabeza del rey y habló con suavidad, pero también con firmeza:

—Majestad, lo mejor es que antes de tomar cualquier decisión vayáis a ver a la señora Nicario y a vuestra hija Raulia. Os iré comentando todos los detalles por el camino.

Argaut asintió en silencio. Tragó saliva y echó a andar con rapidez hacia la puerta. Liyoba lo siguió.

Entró como un huracán en la habitación y halló a Queila tumbada en la cama, arropada hasta el cuello. Estaba despierta, lívida, ojerosa y con las mejillas hundidas y huesudas. Parecía un alma en pena. También estaba allí el médico del rey, cuatro guardias armados y Raulia.

—¡Padre! —gritó la niña, que también estaba muy pálida y asustada. Corrió hacia Argaut y él la abrazó con fuerza. La tomó de las mejillas y estudió su cara con una preocupación salvaje.

—¿Estás bien, mi niña?

—¡Sí, padre! ¡Pero madre está malita!

Argaut, aún con la niña en brazos, se volvió hacia el médico.

—Vuestra hija está bien, Majestad, y también se encuentra bien la señora Nicario, aunque ha sufrido un susto enorme y necesita reposo.

Argaut le dio un beso a la niña en la coronilla y luego la dejó en el suelo.

—Princesita, ve con ese señor, anda, que yo he de hablar con tu madre. Después me reuniré contigo.

La chiquilla asintió, Argaut se la entregó a uno de los guardias y el hombre, que también era padre de sus propios chiquillos, le sonrió a la cría, la tomó de la mano y se la llevó fuera. Liyoba y el médico se apartaron para dejar paso a Argaut, que cruzó la estancia y casi se arrojó sobre la cama, sentándose en ella sobre un muslo y la cadera. Sin poder contenerse tomó a Queila de los hombros y la abrazó.

—¡Argaut! —Queila se agarró a él y apretó la cara contra su hombro.

—Tranquilízate, amor mío… —susurró Argaut, a pesar de que él sintiera de todo menos tranquilidad. Había un huracán de emociones rugiendo, zarandeándole de un lado para otro, como si fuera un pelele. Apretó su rostro contra el pelo largo y todavía húmedo, lo besó y aspiró de él como si le hubiera faltado el aire—. Todo acabó, Queila. Ya nadie puede hacerte daño. ¿Qué ha ocurrido?

Los ojos de Queila se llenaron de lágrimas y dijo con voz temblorosa e infantil:

—La mató, Argaut, mató a Clarana, a mi amiga querida…

Se aferró a él y Argaut la apretó de nuevo contra sí, acariciándole el cabello. Liyoba y el médico se miraron y apartaron la vista. Pero el rey se había olvidado de todos. Descubrió entonces marcas en el cuello y la espalda de Queila, bajo el borde del camisón. Con suavidad apartó el cuerpo, levantó la cabeza con una mano y vio su garganta hinchada y violácea, con arañazos profundos y negros. La ira estuvo a punto de ahogarlo. Se volvió hacia Liyoba y el médico y los taladró con una mirada de furia que en realidad no iba dirigida hacia ellos.

—¿Cómo ha podido ocurrir esto? —preguntó con voz fría y amenazadora. Ya sabía las respuestas, pero no se atrevía a pronunciarlas por sí mismo—. ¿Quién es el culpable?

—Tal vez esa mujer solo estuviera loca —dijo el médico, aunque sin mucha convicción.

—No fueron celos ni locura —dijo Queila, y todos la miraron. Levantó sus ojos llorosos hacia el rey—. Fue tu mujer, Argaut, ¡tu mujer! ¡Ella quiere verme muerta y envió una asesina para hacer el trabajo sucio! ¡La reina me odia y no parará hasta matarme!

Argaut apartó la vista con horror no porque no la creyera, sino porque, desgraciadamente, la creía. Queila le agarró de la pechera de la camisola y lo zarandeó con la rabia de su propio miedo.

—¿Es que no lo comprendes? ¡Ella quiere matarme! ¡Y a nuestros dos hijos! ¡Quiere matarnos a los tres! ¡Si yo no hubiera acabado con esa mujer horrible después habría ido a por Raulia! ¡Y también a por Brelán, de haber estado en la mansión! ¡Por fortuna él pasa la noche fuera!

—Tal vez no sea… —empezó a decir Argaut, apesadumbrado.

—¡Es la reina! ¡Es la reina, maldición!

Argaut se pasó una mano por la cara, de arriba a abajo, y se apretó con fuerza la barbilla. Queila le agarró la cabeza y le obligó a mirarlo.

—Fue tu mujer, Argaut. Protégeme de ella. Protege a nuestros hijos de ella.

El rey la miró a los ojos y toda su zozobra desapareció.

—Te juro por lo más sagrado que jamás permitiré que nadie te haga daño alguno. Ni tampoco a nuestros hijos.

Ella escrutó en sus pupilas y pareció satisfacerle lo que veía. Un poco más calmada, pero aún nerviosa, asintió y desvió la cabeza. Suspiró, agotada.

—Ahora tienes que reposar, mi amor —dijo Argaut—. Descansa.

Queila volvió a acostarse y cerró los ojos. Argaut tomó entre sus manos una de las suyas y la besó. Ella respiraba profundamente, aliviada por la promesa no del rey, sino del hombre que conocía bien

y que antes se dejaría arrancar el pellejo que romper aquel juramento. Con cara de pocos amigos, Argaut se volvió hacia el médico.

—Curadla.

—Majestad, es una mujer fuerte y, aparte de la lógica impresión, solo tiene unos rasguños. Con el descanso y mis infusiones se recuperará enseguida.

Argaut miró a Liyoba.

—Señora Farica, enviad un criado a los aposentos de mi esposa la reina y decidle que le ordeno reunirse conmigo, ahora, en mi despacho particular. No admitiré excusas ni demoras. Si es necesario, traedla a punta de lanza. ¿Lo habéis entendido?

—Perfectamente, Majestad.

Argaut miró una última vez a Queila, que empezaba a sumergirse en las aguas de un sueño reparador. Luego se levantó y salió con andar pesado.

Olvidado estaba el libro que había empezado a leer esa noche, aquel tratado filosófico sobre la esencia mutable del universo. Hacía menos de media hora que Argaut lo dejara allí y en ese tiempo había pasado una vida entera de cambios. El rey estaba sentado en la misma butaca, inmóvil, con las manos apoyadas en sus brazos de madera y la mirada iracunda y gélida clavada en la puerta. Cuando sonaron los golpes tuvo que hacer un esfuerzo para que su voz no reventara en un grito.

—Pasad —ordenó.

Entró la reina, a solas, y cerró a su espalda.

Se miraron durante muchos latidos, él en la butaca, ella de pie, en el centro del despacho. La reina llevaba una bata de color escarlata sobre la ropa de cama y ni siquiera había recogido su cabellera. Argaut se tildó a sí mismo de idiota por haber tenido la esperanza de que su mujer mostrara arrepentimiento, pues no encontró en ella ni el más miserable síntoma de debilidad o nerviosismo. *¿Mumtaz confesando sus yerros y pidiendo perdón? Qué estupidez*, se dijo. Ella no le pediría perdón a nadie, y menos que a nadie, a él. Permanecía firme, fuerte, serena y altiva, con una punta de desprecio en sus ojos azules. Odiándose a sí mismo, Argaut la consideró ahora, precisamente ahora, más hermosa que nunca, aunque no llevara cosméticos ni joyas, ni pendientes, ni vistiera vestidos bonitos, aunque la bata cayera ancha y no realzara los encantos de su cuerpo. Comprendió que estaba condenado a amarla. Pero también estaba condenado a odiarla.

—¿Sabes por qué te he hecho venir? —preguntó.

—Eres el rey. Puedes ordenar lo que se te antoje.

—Repetiré la pregunta: ¿sabes por qué te he hecho venir?

Ella no desvió la mirada.

—Lo sé.

—Ni siquiera vas a negarlo —dijo él—. Ni siquiera eso.

Ella no respondió.

—Fue por aquella fiesta, ¿verdad? —dijo Argaut—. Allí nos viste hablar a Queila a mí. Hablar. *Solo* hablar. Y sin embargo te has puesto tan celosa que has mandado a esa bestia tuya a matarla. Yo jamás te he sido infiel. ¡Jamás! ¡Y nunca lo habría sido! Tú estás enferma, Mumtaz. Estás loca. Pero no tengo por qué aguantar tu insania.

Ella levantó las cejas con diversión, cosa que lo hundió en un pozo de incredulidad. La boca de la reina se fue curvando en una sonrisa de desprecio y estalló en una carcajada. Argaut no pudo más, dio un puñetazo en el brazo de la butaca y se puso en pie.

—¡Y aún tienes la desfachatez de reírte después de lo que has hecho!

—¡Sí! Me río porque eres muy gracioso. —Ella puso las manos en las caderas y volvió a mirarlo con desdén—. ¿Crees que voy a matar a cada guarra con la que quieras encamarte? Eres el rey, así que puedes fornicar con cualquier ramera de la corte o de la mancebía más baja. Por mí como si las revientas a todas, empezando por la que parió dos hijos para ti. Lo único que exijo como reina es que no se me ponga en evidencia en público. Antes todo esto me hubiera hecho daño, pero ahora ya no. No te creas tan importante para mí.

Él la miró con el ceño fruncido.

—Si no fue por celos, ¿por qué fue?

Mumtaz se cruzó de brazos con enojo.

—¡Qué tonto eres! Aún no entiendes por qué esa fulana debe morir, ¿verdad?

—Haz el favor de aclarármelo. Al menos, desearía saber qué extraña lógica hay en esa mente perversa tuya.

—Mente perversa. Claro. Pero tú has provocado esto, Argaut. La culpa es tuya.

Esta vez fue él quien rio, aunque sin alegría.

—¡Ahora la culpa es mía! ¿Y por qué demonios he de sentirme culpable?

—Por amenazar el futuro de nuestros tres hijos encumbrando a tus bastardos.

—¿Era eso? ¿Eso? —La amenaza se concentró de tal modo en los ojos del rey que un rayo de miedo cruzó por los de su esposa—. Ahora lo entiendo. Has enviado a una asesina para acabar no solo con mi antigua amante, sino también con mi hija Raulia. Pretenderías hacer

pasar esto por un robo en la casa de Queila, un robo con violencia. Tu sicario lo hubiera hecho de tal modo que todo pareciese obra de ladrones. No era mal plan, dado que en estos tiempos seguros muchas villas como la de Vibriosa no cuentan con guardia armada. Y más tarde, en algún momento del futuro, habrías hecho otro tanto con mi hijo Brelán. Un asesinato que no te relacionara. ¿No es así? —Prosiguió sin dar tiempo a responder—: El problema es que Parastu falló. Pero ahora tienes un problema mayor. Ahora conozco tus planes.

Ella estaba cada vez más pálida.

—Pretendías matar a mis hijos —dijo él, con la voz y la mirada muertas que preceden a la violencia y la sangre.

—Escúchame, Argaut. —Mumtaz levantó una mano y su mirada cobró toda la sinceridad del mundo—. Puedes hacer conmigo lo que quieras, pero primero atiéndeme. Le ordené a Parastu que matara solo a Queila Nicario. Ella debía dejar en paz a tu hija. Te lo juro por el buen nombre de mi familia.

Ablandado a su pesar porque sabía que Mumtaz jamás juraría en falso sobre su estirpe, Argaut la miró con más atención.

—Parastu mató a una mujer inocente.

—Era solo una esclava que se cruzó en su camino —respondió Mumtaz.

—¿Esclava? ¡Era una mujer libre! ¡Ya no estamos en tu país de bárbaros, sino en Brajairi, donde no hay esclavitud!

—Puede que seamos bárbaros, pero al menos llamamos a las cosas por su nombre. Argaut, yo no puedo permitir que esa mujer vuelva a conquistarte, y no por celos, pues eso podría soportarlo, ¡sino por mis hijos! Ella te manipularía para encumbrar a los suyos sobre los nuestros. —Abrió los brazos, exasperada—. ¿Pero es que no lo ves? Yo sí lo veo. Lo vi en mi infancia, vi a mi madre en ese nido de arpías del Harén Real de Élamos, la vi pelear de mil y un modos, la vi luchar con uñas y dientes para defender a sus propios hijos frente a todas las otras rivales, que pretendían llegar a lo más alto para que sus hijos alcanzaran el poder y la gloria.

—¡Por todos los dioses, Mumtaz! ¿Es que no te das cuenta de que no estás ya en tu tierra, que aquí no hay harenes ni mujeres que se maten entre sí para que sus hijos lleguen al trono? Queila solo quiere una cosa: apartarse de esta mierda gigantesca que es el poder. Y quiere lo mismo para sus hijos.

—¡Ja! ¡Echen a correr los propios dioses cuando una madre defiende los intereses de sus hijos! Y ella es tan madre como yo.

—Te equivocas. Ella no es como tú.

—¿Estás seguro? ¿Cómo puedes estarlo? ¿Y cómo puedo estarlo yo? ¿Cómo puedo estar yo segura de que en uno, dos o diez años no cambie y empiece a intrigar para que sea Brelán y no Argaut quien

alcance el trono?

Argaut se llevó las manos a la cabeza.

—¡Estás loca de atar! ¿Crees que yo permitiría eso?

—No lo sé. Tu mente tal vez no lo quiera, pero… ¿y tu corazón? ¿Te negarías si ella te lo susurrara al oído en el tono adecuado y en el momento adecuado, cuando seas más vulnerable, cuando pueda hacer contigo lo que se le antoje?

—Ella jamás me engatusaría de tal modo. Además, Brelán no se prestaría. Sabe perfectamente que no puede convertirse en rey de Brajairi.

—Ese chico lleva sangre real en sus venas y solo por eso ya sería un peligro evidente para nuestro Argaut… ¡pero es que, *además*, le estás dando todo tipo de honores! ¡Le estás convirtiendo en un noble en lugar de mantenerlo lejos del ajedrez de palacio! ¡Le has incluido en tu Consejo Real! ¡Y peor aún, tienes previsto convertirle en un capitán del ejército! ¿Sabes lo que supone eso? Yo te lo diré, Argaut, pues tú estás cegado por tu amor de padre: tendrá la admiración y la fidelidad de muchos guerreros y tendrá mando sobre huestes y mesnadas. En la próxima guerra, y no dudes que alguna vez tendrá que participar en alguna, llevará a cabo grandes acciones, y al ser competente con las armas no pocos estarán dispuestos a seguirlo en cualquier aventura enloquecida.

—¡La única enloquecida aquí eres tú! ¿Cómo se te ocurren semejantes disparates? ¡Tira del freno de tu imaginación de una vez por todas!

—¿Imaginación? ¡Imaginación! —Mumtaz se cruzó de brazos otra vez, levantó la barbilla y soltó el aire con lentitud. Su voz sonó más tranquila, pero igual de firme—: Mi hermano Bauán era un buen muchacho. Siempre tuvo aficiones raras, pues le gustaba la astrología, la mística y las cosas prohibidas y exóticas, y además era perezoso y soñador. Pero yo le recuerdo como un niño alegre con el que yo jugaba en los jardines del palacio. Creo que mis padres, y tal vez también sus hermanos mayores, lo descuidamos, y en su adolescencia empezó a frecuentar malas compañías: prestidigitadores, aduladores y charlatanes que lo intoxicaron con cuentos y sobre todo con drogas, furcias y alcohol. Pero lo peor aún estaba por llegar, pues gentes aún más siniestras se le acercaron, gentes con intereses políticos. Ellos fueron quienes le volvieron loco, o al menos quienes cebaron y después soltaron al monstruo que él guardaba en su jaula. Y un día inesperado Bauán ordenó asesinar a mi familia y se hizo coronar rey de Élamos. Solo conseguimos escapar con vida Rayán y yo. El resto ya lo conoces. Ese niño risueño y atolondrado que fue Bauán había desaparecido, se había perdido en un mar de intrigas y ambiciones. En mi mente y en mi corazón se transformó en un enemigo al que abatir.

»Ahora imaginas conocer a tu hijo Brelán. Pero la gente cambia. Y a menudo lo hace a peor.

Argaut permaneció silencioso mientras los dos se miraban fijamente. El rey dijo:

—No permitiré que Brelán suba al trono y además me ocuparé de que no lo haga incluso faltando yo, pues nadie salvo mis tres hijos legítimos pueden llevar la corona de Brajairi. Pero también afirmo que ni tú ni nadie va a arrebatarle a Brelán y a Raulia ni una pizca de toda la gloria que, dentro de sus propios límites, puedan alcanzar.

—Ya te lo dije una vez, Argaut: cometes un error grave.

—Has hecho asesinar a una mujer inocente. Ordenaste matar a la señora Nicario. —Su voz se tornó lúgubre—: Pusiste en peligro a mi niña querida.

—Argaut, yo jamás le haría daño a tu hija, ya te lo he…

—Cállate. Esta noche me has dejado claro que eres un peligro para Brelán y Raulia. Y son hijos del rey de Brajairi.

Mumtaz parpadeó y de nuevo el temor cruzó por sus ojos azules, como la sombra de un insecto diminuto. La piel pareció pegarse aún más a los pómulos y se volvió lechosa. Pero conservó la entereza.

—¿Vas a hacerme ejecutar? —preguntó, y no había ironía ni sarcasmo en su voz.

Argaut continuó mirándola durante un buen rato. Desvió la vista, retrocedió, se sentó en la butaca y apoyó sus manos en los vetustos brazos de madera. Estudió el vacío durante mucho tiempo, como una estatua. Se llevó una mano temblorosa a la frente y dejó que resbalara sobre su rostro, hasta taparse la boca. Luego se miró aquella mano incontrolable, la tomó fuerte con la otra hasta calmarla y por fin devolvió ambas a los brazos de la silla. Dirigió a Mumtaz una mirada muerta. Ella desorbitó los ojos con horror. Los cerró. Argaut apretó los labios, tragó saliva y dijo:

—Tentado estoy de… Pero no. La reina de Brajairi no puede colgar de una soga o terminar descabezada en el tajo. —Mumtaz suspiró aliviada y abrió los ojos enrojecidos—. No obstante, ya es imposible que sigáis aquí, Majestad. Seréis llevada al Palacio de Verano, que no dista mucho de esta fortaleza, y allí viviréis con todos los lujos y honores correspondientes a vuestro rango. Se os permitirá abandonarlo y podréis salir de él y hasta viajar a otras regiones de este reino cuantas veces queráis, pero primero deberéis comunicárselo a las personas que enviaré para que os vigilen. Tendréis libertad para hacer allí cuanto queráis con vuestra vida, siempre que no suponga mella a vuestra dignidad y deberes como reina. —La miró a los ojos—. Jamás volveréis a pisar esta corte, salvo para acudir a eventos y reuniones oficiales, cuando sea imprescindible que los dos aparezcamos juntos ante los nobles del país o los dignatarios extranjeros. Cualquier asunto

que deseéis consultarme lo haréis mediante canales burocráticos. Fuera de los actos oficiales, vos y yo no volveremos a vernos ni hablarnos nunca más. Partiréis al alba.

Ella lo miró a los ojos.

—Argaut, solo te pediré una cosa. No me arrebates a mis hijos.

—No lo haré, Majestad. Ellos no merecen el dolor de ser arrancados de su madre, por muy… —Respiró fuerte y se calmó—. Podréis verlos la misma cantidad de tiempo que yo, pues vivirán a caballo entre los dos palacios. Pero escuchadme con atención: ya he dicho que habrá gente vigilándoos de día y de noche, y si recibo un solo informe, aunque no sea concluyente, una miserable sospecha de que pretendéis manipular a mis hijos para ponerlos contra mí, yo os juro que el hacha conocerá vuestro cuello y que pondré vuestra cabeza en la picota. Y eso también se extiende a cualquier insidia contra mis hijos Brelán y Raulia o contra la señora Nicario. Una vez habéis errado sin pagar las consecuencias. Solo una. Y lo último: os ruego que no volváis a tratarme con familiaridad.

Ella asintió.

—Vos ordenáis y yo tengo el deber de obedeceros.

—Me alegro de que lo entendáis. Eso nos evitará malentendidos.

—No debéis temerlos por mi parte, Majestad. Ni uno.

—Muy bien. Si no tenéis ninguna pregunta podéis volver a vuestros aposentos y prepararos porque os iréis al amanecer. Yo me quedaré el resto de la noche en este despacho.

Ella lo miró durante muchos latidos, impasible, mientras él seguía contemplando las sombras del vacío. La reina se fue.

Una vez solo, Argaut continuó sentado, inmóvil. Miró el reloj. La arena yacía muerta en la segunda clepsidra. Se fijó en el libro que había estado leyendo. Lo tomó y lo abrió por la misma página donde había dejado la cinta. Como si nada hubiera ocurrido. Pero al cabo de tres líneas levantó la cara, miró hacia el techo y los músculos de su cuello se hincharon como cables. Subió desde las tripas un gemido que se convirtió en grito desgarrado. Se levantó y arrojó el libro contra una estantería. Luego volvió a rugir, enfermo de tristeza y rabia, y volcó la mesa con gran escándalo. Le dio patadas a todos los objetos que había cerca. La puerta se abrió y entraron los guardias, con la alarma pintada en el rostro.

—¡Majestad! ¿Qué ocurre? Hemos oído…

—¡Fuera! ¡Fuera de mi vista! ¡Dejadme en paz!

Los guardias asintieron con espanto, salieron y cerraron.

Argaut se llevó las manos a la cabeza. Miró el caos en torno a él y se fijó en el libro que había tirado. El volumen estaba desarbolado y había una doblez muy fea en el lomo. Jadeante, caminando como un oso enfermo, lo cogió y lo depositó con cuidado en una segunda mesa,

todavía en pie. Cogió la jarra de vino y se la bebió entera de tres sorbos. La devolvió a su lugar. Llevó una mano a la frente y la dejó allí durante mucho tiempo.

Fue a la puerta y la abrió.

—Que alguien llame a la mayordoma real. He de hablar con ella.

Poco después, la señora Farica, que no había pegado ojo, miró con horror la mesa volcada y los objetos tirados por los suelos, pero también vio al rey, tranquilo y devastado en su butaca, y prefirió guardar un silencio cauteloso. Argaut le transmitió las disposiciones que había tomado en cuanto a la reina y le ordenó que ella se ocupara de todo.

—Así lo haré, Majestad —prometió Liyoba.

—Hablad con la Guardia Real para que envíe un pelotón de hombres a Vibriosa. Cuidarán de la vida de la señora Nicario y pagarán con sus vidas si ella o mis hijos sufren el más mínimo daño.

—Nada volverá a sucederles, Majestad, os lo garantizo. Y precisamente en cuanto a la señora Nicario, ¿qué disponéis?

—Guardará cama en este palacio hasta que se recupere. Después volverá a su villa.

Liyoba asintió.

—Señora Farica, os ocuparéis de que nadie sepa ni una sola palabra sobre este asunto. Nadie debe relacionarlo con la reina. ¿Me entendéis?

—Os entiendo, Majestad.

—Hablaré con la señora Nicario para que nada de esto salga a la luz. Vos haréis que entreguen una compensación a la familia de la mujer muerta. Tiene que ser lo bastante generosa porque nunca se encontrará a los ladrones que la asesinaron.

—¿Y si sus familiares quieren que se investigue mejor?

—Les meteréis el miedo en el cuerpo.

—También podéis estar tranquilo respecto a eso, Majestad.

—Bien. Ahora podéis retiraros, señora Farica. Gracias por todo.

Ella asintió y salió.

Tras abandonar el despacho del rey, Mumtaz volvió a sus aposentos. Caminaba con serenidad y su sombra esbelta se alargaba en los muros y serpenteaba por los escalones. Su faz estaba impasible.

Entró en la habitación y cerró. Se le agarrotó la mirada al contemplar la cama de matrimonio, con las sábanas y mantas aún corridas. Los hombros se le cayeron y los pies la condujeron, como

diminutas criaturas malévolas ajenas a su voluntad, al tálamo. Se apoyó en una de las cuatro pequeñas columnas de las esquinas del mueble. Las piernas se le doblaron durante un solo latido y al siguiente recuperaron su firmeza. Permaneció en pie un rato, se sentó en el borde de la cama y se abrazó a sí misma.

El vacío de la alcoba se tragó sus sollozos.

19

Nadie en la corte preguntó al rey por la marcha de su esposa a la cercana, pero no aneja, Residencia de Verano. No se necesitaba mucho seso para entender que aquel hombre sombrío y amenazador no recibiría bien las preguntas. Ni siquiera sus cercanos le interrogaron y él tampoco tocó el asunto. La reina se fue junto a sus damas y sobre la escena descendió el telón cómodo y cobarde del tabú. La señora Farica no fue interpelada, pero si alguien tanteaba el tema en su presencia ella respondía que aquello incumbía solo al matrimonio real; y no era el fondo de la frase lo que les convencía de abandonar las pesquisas, sino la frialdad cortante y amenazadora del tono. Triunfó la versión oficial del ataque a Villa Vibriosa perpetrado por bandidos, o quizás por *un* solo bandido —¿tal vez una mujer de piel cobriza? No, imposible—. Se entregó una cantidad fabulosa a los familiares de la sirvienta asesinada y los ojos acerados les convencieron de que era mejor coger el dinero y no hacer preguntas. El rey y su hijo Brelán tuvieron una discusión a puerta cerrada —hubo un rumor de gritos furiosos— y el joven salió de allí con el rostro rojo de ira; pero no se interesó más por el asunto. En cuanto a la señora Nicario, tampoco se salió del camino: volvió a Vibriosa y recuperó su vida de antes, aunque ahora escoltada en todo momento. Argaut y ella ni siquiera intentaron enderezar lo que —de modo comprensible o no— ya estaba doblado por completo e incluso roto.

El rey se enfrascó en las tareas de gobierno. Ya no sonreía y detrás de sus ojos había un animal viejo y herido. Bebía mucho y en ocasiones la voz se le resbalaba por los labios, pero nadie le recomendó apartarse del vino, que por cierto estaba siempre a su lado. Incluso bebía durante las sesiones del Consejo Real, cosa que jamás había hecho. Habían pasado dieciséis días desde el ataque a la señora Nicario y ni una sola noche durmió en la alcoba real. Ni siquiera entró en ella. La mayor parte de las veces dormía en su propio despacho, pues allí pasaba las noches, leyendo y bebiendo hasta que la cabeza se le caía sobre la página. Otras veces, las menos, dormía en algún cuarto de invitados. La habitación de matrimonio permanecía sellada, como si estuviera maldita, como si allí se hubiera cometido un crimen espantoso y los espectros hubieran hecho de ella su cubil.

Pero una noche Argaut volvió a ella, tambaleándose, con una jarra en sus dedos. La alcoba inmensa y oscura estaba impoluta gracias a las

sirvientas que cada día la visitaban para no hacer prácticamente nada. Argaut se sentó en la cama. Dejó la jarra en el suelo, acodó los brazos en las rodillas, puso la barbilla sobre los dos puños y dejó que los instantes pasaran, uno detrás de otro. Echó una mirada alrededor, hizo una mueca extraña, se levantó y salió. Volvió a su despacho y cerró con fuerza. Agarró otra jarra de vino y se la bebió entera, sin importarle derramar líquido por la pechera. Miró el fondo de la jarra vacía y la tiró por encima de un hombro.

—¡Criados! —rugió—. ¡Traed más vino! ¡Obedeced al rey!

Al día siguiente no se presentó a la sesión pertinente del Consejo y Liyoba envió un secretario a buscarle.

—El rey se encuentra recluido en sus aposentos —fue la respuesta—. Así me lo ha comunicado su médico personal.

—¿Qué le ocurre?

—El médico dice que es algo pasajero.

Ella lo miró con ojos acerados.

—Decid al médico que devuelva la salud al rey cuanto antes. El país lo necesita.

Al día siguiente tampoco apareció por el Consejo. Esta vez Liyoba, tras presidir la reunión y dar unas excusas tan hipócritas como comprensibles para todos, fue a ver al médico.

—El rey sufre unas fiebres por culpa de lo mucho que Su Majestad ha…

—Bebido —terminó Liyoba, y el médico asintió con embarazo pero también con gratitud.

—Ya sabéis que ha sufrido algunos disgustos personales y eso, unido al consumo exagerado de vino, le ha indispuesto. Es mejor que nadie lo vea porque las visitas pueden agotarlo. No es grave. Estará bien en unos pocos días.

Liyoba lo miró a los ojos y él apartó la vista.

—Haced que de veras sean pocos —fue la advertencia.

El médico farfulló una despedida cortés y se alejó. Liyoba no separó la mirada de él hasta que desapareció por una esquina.

Al cabo de cinco días de falta le hizo llamar de nuevo.

—Llevadme con el rey.

—Señora, eso no puede ser. Tiene que recuperarse. Está…

—Basta. —Liyoba levantó el puño y mostró el sello regio—. Este anillo hace de mí la persona más fuerte de Brajairi. El único por debajo de mí es el propio rey.

El médico enmudeció.

—Quiero verlo —dijo ella—. Ahora.

El hombre tragó saliva y asintió. Al cabo de poco estaban ante las puertas del despacho del monarca. Había dos guardias en la puerta y sendos criados que esperaban en las cercanías, aburridos. Todos se

cuadraron al ver venir a la mayordoma real.

—¿Pero qué es esto? —exclamó Liyoba—. ¿Por qué el rey no está en cama, sino en su despacho?

—Vos pedisteis verlo, señora, y aquí es donde se encuentra.

Liyoba miró con el ceño fruncido al médico y luego se volvió hacia los guardias.

—¡Abrid!

Así lo hicieron. Ella penetró y se detuvo de golpe, como si hubiera chocado con un muro invisible. Se llevó una mano a la boca.

—¡Qué peste inmunda! —gruñó. Por encima de los dedos los ojos se desorbitaron—. ¿Qué demonios ha sucedido aquí?

Parecía haber pasado por la estancia un pequeño huracán que lo hubiera puesto todo patas arriba: mesas, escabeles y butacas tiradas —una silla incluso parecía medio destrozada, como si alguien hubiera golpeado los muros con ella—, cortinas arrancadas de sus rieles, un surtido de los más diversos objetos desparramados por los suelos y —lo más espectacular— una librería entera no solo separada del muro, sino volcada. La impresión de caos violento era tan intensa que Liyoba se sintió un poco mareada. Pero lo más terrible era aquel hedor espantoso, una mezcla de sudor, orina, vómito y el aroma pesado del tinto fuerte.

Liyoba entró despacio, procurando no pisar los objetos tirados, y vio algo que parecía un hombre en un rincón oscuro, sentado en el suelo y apoyado en la pared, con las piernas abiertas y estiradas y una tinaja de barro entre ellas, rodeada por las manos en una especie de abrazo protector. El hombre llevaba una bata y debajo tenía ropas largas de dormir, atavíos lujosos, pero muy sucios. Estaba descalzo y tenía la barba y los cabellos sueltos y estropajosos. La barbilla estaba hundida en el pecho y había una corona de oro y piedras preciosas, torcida, en la cabeza.

Liyoba lo contemplaba con unos ojos que deseaban escapar volando y una mandíbula abandonada por los músculos faciales. Giró el cuerpo y el doctor casi retrocedió ante su mirada furiosa.

—Mi señora, os juro que he intentado convencerle para que abandone el despacho, ¡pero es imposible! No quiere salir y además ha ordenado que nadie, bajo ningún concepto, venga a verlo. En cuanto alguien se le acerca o intenta ponerle la mano encima se revuelve como una fiera y promete todo tipo de torturas y castigos.

—Le habéis dejado beber sin parar durante cinco días —dijo Liyoba.

—¡Es el rey! ¡Debíamos obedecerle!

—¡Ahora no se le debe obedecer! ¡Está enloquecido por el vino! En realidad no os preocupa su salud, sino las consecuencias que sobre vos pudieran caer después. Sois un mal servidor.

—Mi señora…

—¡Miradlo! ¡Apesta! ¡Quizá ni siquiera haya comido en todo este tiempo!

Concentró su mirada en el médico y él bajó la vista con vergüenza. Liyoba se volvió para mirar a Argaut, hizo un esfuerzo para soportar la peste y se le acercó.

—¡Majestad! ¡Despertad de una vez!

Argaut agitó un poco la cabeza y consiguió alzarla. Tenía el rostro blanco, casi azul, demacrado, filoso en los pómulos. Los ojos eran pozos de locura y tristeza y bajo ellos había zanjas moradas. Los labios tenían una costra de vino y la barba estaba salpicada de pedacitos de vómito seco. Guiñó los ojos al mirarla.

—Aaa… Sois vos, señora Farica. Buen día… tengáis.

—¡Majestad, por todos los dioses! ¿En qué estado os encuentro? ¿Cómo habéis podido hundiros en esta penosa situación?

—¿Cómo? No… No lo sé. O sí. —Se encogió de hombros—. Qué más da.

—Levantaos. Poneos en pie de una vez. Es del todo punto imposible que sigáis aquí recluido, ofreciendo esta imagen bochornosa. Tenéis que recuperaros para haceros cargo de vuestros deberes.

—¿Deberes? ¿Y por qué tengo yo ningún deber?

—¡Porque sois el rey!

—¿El rey? Ah, sí, eso. El rey.

—¿Qué dirían vuestros mayores si ahora pudieran veros? ¡Sentirían vergüenza de vos! Debéis recuperar la cordura. Tenéis la responsabilidad de gobernar todo un país y a sus cientos de miles de habitantes. Apartad de vos ese vino que tanto mal os ha hecho, serenaos, aseaos, descansad y luego retornad a vuestras tareas.

—El rey. Es verdad. Creo que soy el rey. El rey de… algo.

Bajó la cabeza, echó el aire por la nariz, apartó la tinaja, cuyo vino se derramó sobre la alfombra y mojó su pierna sin que le importase, y empezó a levantarse con poca energía y coordinación. Liyoba inspiró, le agarró de un brazo y permitió que se apoyara en ella para alzarse desde el suelo. El rey consiguió ponerse en pie y quedó quieto, con un brazo sobre los hombros de la mujer, la cabeza baja y la espalda apoyada en el muro.

—Gracias, señora… Por ayudarme a… A.

—Majestad, tenéis que permitir que estos hombres os ayuden. Os lo ruego.

—El rey. —Argaut se llevó una mano sucia a la cabeza, los dedos rascaron la oreja y el pelo apelmazado, y encontraron la corona. Se la quitó y la miró con la concentración inexpugnable de los borrachos—. Fijaos, señora Farica. Fijaos en esto. En realidad es un aro. Un aro con

adornos. Esta cosa se interpone siempre entre mi felicidad y yo. Me ha arruinado la vida. Un simple aro.

Sonrió sin alegría, se encogió de hombros y lanzó la corona hacia las sombras. El metal emitió un tintineo alegre al chocar con la pared y el suelo. El movimiento casi le hizo caer y Liyoba logró sujetarlo a duras penas e impedir que se fuera al suelo de una vez por todas.

—¡Majestad, no puedo con vos! —Se volvió hacia el médico y los otros hombres—. ¡Y vosotros, inútiles, recoged la corona!

Un soldado salió de su estupor y echó a correr para cumplir la orden.

Argaut se dejó llevar hasta una mesa volcada, con la tabla en posición vertical, y medio se sentó en el borde. Miró con más atención a Liyoba y lo que ella vio en sus ojos la asustó.

—Sois atractiva. Os llevo deseando desde hace mucho tiempo. —La agarró y la atrajo hacia sí—. Quiero que me calentéis la cama. Quiero poseeros.

Intentó besarla y ella, sofocada y espeluznada, puso la mano en la cara del rey, la empujó hacia atrás, forcejeó y se separó de él con los ojos enrojecidos. Retrocedió, casi tropezando con un libro del suelo, sin lograr apartar la mirada del rey.

—Quiero una furcia… —El rey empujó la mesa y luego le dio una patada que sonó como un trueno. Arrugó la cara con ira y vociferó—: ¡Quiero una manceba! ¡Traedme una hembra para hundirle el miembro, hijos de mala madre! ¡Obedeced al rey!

Abrió mucho los ojos, sufrió una, dos arcadas, y a la tercera vomitó por la boca y la nariz unos chorros negros. Cayó y quedó a cuatro patas, con la cabeza baja, unido al suelo por hilos de saliva. Resolló y tosió. Dejó caer la cara sobre el charco de sus vómitos y pareció hundirse en alguna especie de sueño.

Todos lo miraban con estupefacción. Liyoba tenía una mano en el pecho, que subía y bajaba descontrolado. Hizo un esfuerzo para serenarse, carraspeó y se volvió hacia los otros hombres con una ira que a duras penas lograba contener.

—Escuchadme bien. Vais a llevar al rey a un lugar discreto y allí lo bañaréis, lo asearéis y le pondréis ropas limpias. Si es necesario usaréis la fuerza para reducirlo, pero sin hacerle daño. No será difícil porque el vino le ha dejado muy débil. No debéis hacer caso de sus mandatos ni sus amenazas. Yo os doy estas órdenes y os libero de toda culpa. En cuanto a vos… —Miró al médico—. Obligaréis al rey a guardar cama. Si es necesario lo ataréis para que no se mueva. Os llevaréis el alcohol lejos, lo cuidaréis, le daréis infusiones, medicinas o lo que creáis conveniente, y le devolveréis la salud y la cordura. Os hago responsable de cuanto le ocurra a Su Majestad. Cumplid esta encomienda a la perfección y tal vez consiga olvidar vuestros

anteriores yerros.

El médico asintió, compungido.

—¡A trabajar! —gritó Liyoba, y ellos empezaron a moverse.

El soldado le mostró la corona.

—Mi señora, ¿qué hacemos con esto?

La mayordoma real tomó el aro y lo estudió con el ceño fruncido.

—Yo lo guardaré.

Echó una última mirada apesadumbrada al rey y salió de la estancia.

Al cabo de dos días Argaut volvió a presidir el Consejo Real. Parecía más cansado y viejo, pero su voz sonaba firme y su mirada ya no era turbia. Nadie hizo ningún comentario sobre su ausencia, como si no hubiera sucedido nada desde la última sesión presidida por él. Tampoco Argaut mencionó el asunto y trató las cosas del reino con la misma seriedad de siempre. En el aire flotaban no solo la tranquilidad, sino sobre todo el alivio.

Cuando todo hubo acabado, Argaut se dirigió a Liyoba:

—Señora Farica, quedaos. Deseo hablar con vos.

Ella asintió y, una voz solos, preguntó:

—¿Qué deseáis, Majestad?

Argaut miró hacia abajo y frunció el ceño. Parecía que le resultara difícil encontrar las palabras. Liyoba dijo:

—Si es por lo ocurrido durante los últimos días, no hace falta que digáis nada. Todo ha vuelto a la normalidad y eso es lo único que importa.

Al fin, se decidió a mirarla a los ojos.

—No. Quiero hablar de ello. Al menos, quiero aseguraros que no volveré a cometer ese tipo de excesos con la bebida. Jamás volveré a descuidar los asuntos del país.

—Estoy segura, Majestad. También os informo de que todo ha quedado en la sombra. Me he ocupado personalmente de ello.

—Bien. —Argaut titubeó—. Hay otra cosa. Quiero disculparme personalmente con vos por mi comportamiento intolerable y por las cosas que os dije.

Liyoba desvió la mirada y su cara enrojeció.

—Majestad, no es necesario hablar de esas cosas. Por mi parte, está olvidado.

—Pero no por la mía. No dormiré tranquilo hasta que aceptéis mis disculpas. Vos os desvivís por ayudarme y a cambio yo me comporto

como un rufián. Quiero que no alberguéis ninguna duda sobre mí. Jamás volveré a molestaros.

Ella lo miró con una sonrisa amable y sabia.

—Majestad, os conozco muy bien y sé que no fuisteis vos, sino el vino. Pero si tanto necesitáis mis disculpas, os las doy.

—Gracias.

Ella fue ahora quien dudó unos latidos, antes de decir con voz cuidadosa:

—Majestad, tal vez me inmiscuya en algo que no me importa, pero me gustaría deciros algo.

Argaut la miró con interés.

—Tenéis total libertad para hablar conmigo, señora Farica.

—Sé que habéis sufrido una pérdida inmensa. —A los ojos del rey afloró un nubarrón de tristeza y desvió la vista. Ella se dio cuenta y no pudo evitar acercarse a la butaca en que él estaba sentado y ponerle una mano en un hombro y otra en el antebrazo—. Si os sirve de algo mi consejo, ahora tenéis que volcaros en el trabajo. Será vuestra tabla de salvación.

Él levantó la cabeza y la miró a los ojos. Puso su mano en la de ella.

—Sois una maravilla. No sé qué haría sin vos.

—Solo vivo para serviros —respondió Liyoba con voz muy dulce.

Sus miradas se espesaron, igual que el contacto de las manos, cada vez más íntimo y sensual. Ella bajó la mirada.

—He de irme, Majestad.

Él asintió y ella separó la mano de su brazo en una caricia lenta y quejosa. Liyoba le dio la espalda y empezó a caminar hacia la puerta. Cuando ya tocaba el pomo, el rey dijo:

—Una última cosa, señora Farica.

Ella se dio la vuelta y lo miró.

—Gracias —dijo él.

Liyoba sonrió con la mitad de la boca. Después salió y cerró.

Se detuvo al cabo de cinco pasos y quedó inmóvil en aquel pasillo, con la mirada clavada en el suelo. Pasaron muchos latidos, uno detrás de otro, y solo su respiración agitada y el movimiento de sus ojos traicionaba su inmovilidad. Miró hacia atrás. La puerta cerrada del salón del Consejo, flanqueada por dos guardias ajenos a todo excepto a su propio universo interior, seguía a su espalda.

Tan cerca…

Al final, Liyoba giró la cabeza y reanudó el movimiento para volver a su propio despacho, a su vida habitual, cómoda y predecible.

20

El tiempo siguió caminando con su lentitud engañosa habitual.

El rey y la reina solo se veían en aquellas ocasiones que la etiqueta hacía imprescindibles y entonces hablaban lo mínimo. No había miradas aceradas, ni pullas, ni ironías, ni sarcasmos, ni comentarios con segunda, tercera y hasta cuarta mala intención. Eso les hubiera redimido. Ahora solo quedaban el vacío y el pesar. Todo se había vuelto civilizado y remoto.

Argaut no volvió a descuidar la gobernanza del país y, en efecto, se concentró por completo en sus tareas. Estaba encima de todos los asuntos y nada escapaba a su mirada de águila. Pero sobre todo se entregó a su instrucción de guerrero, que en los últimos tiempos había descuidado. Cada día se adiestraba con sus soldados con un ardor y un arrojo que nacían no del amor por las armas, sino de una rabia amarga que no desaparecía nunca. Pero también la ira descendió con el paso del tiempo y al marcharse dejó un vacío doloroso que debía rellenar con el agotamiento físico. Argaut no daba ni pedía tregua, obligaba a sus hombres a hacer marchas extenuantes y simulacros de batalla en los que no faltaban los contusionados y heridos. Pero él era el primero en todo y el más esforzado y por eso los guerreros no lo odiaban, sino que lo idolatraban.

No era raro verlo practicar con su propio hijo, Brelán. No tenía compasión y el muchacho acababa lleno de moretones. Argaut se enfurecía cuando su hijo mostraba debilidad y entonces le golpeaba el casco con saña y le hacía caer al suelo. Quienes los observaban se alegraban de no tener un padre tan temible.

—¿Qué haces, inútil? —rugía Argaut—. ¡Levántate y sigue peleando, holgazán! ¿Es que piensas que los enemigos te van a dar cuartel? ¡Levántate y lucha!

El joven se ponía en pie sin emitir quejas —antes morir que defraudar a su padre— y alzaba la espada con brazos temblorosos. De algún lugar extraía las fuerzas y arremetía. Las espadas sin filo se encontraban una y otra vez y Argaut desviaba y detenía los golpes con una mueca de regocijo insano.

—¡Así! ¡Así quiero verte luchar, maldito seas! ¡Con valor! ¡Metiendo el alma entera en cada golpe! ¡Vamos!

Cuando Argaut se hartaba le daba una estocada en un costado que le arrancaba el aliento o un varapalo temible en la pierna, y lo

enviaba otra vez al polvo. Entonces le ponía la punta roma en la garganta y apretaba lo suficiente como para causarle el mayor dolor posible sin romperle nada. Sobre todo, quería humillarlo.

—Estás muerto El enemigo te acaba de ensartar como a un pollo en el espetón.

—Lo… siento… —jadeaba Brelán.

El rey apartaba la espada y lo miraba desde arriba con desprecio, cosa que a su hijo le dolía más que todos los golpes del mundo juntos.

—No quiero que te disculpes. Quiero que trabajes con más ganas. En pie. Seguiremos durante un rato más.

Y Brelán conseguía levantarse.

—No puedes ni con tu alma, ¿eh? —Argaut sonreía con maldad—. Cuando yo era un mozo mi instructor me enseñó a rebasar mis límites, un día sí y otro también. Te aseguro que él era mucho más severo que yo, así que no te quejes. Ahora vas a continuar luchando o te hago pedazos aquí mismo. ¡Vamos, holgazán!

Una de esas veces, cuando todo acabó, Argaut le tendió la mano.

—Anda, levántate.

Brelán se dejó ayudar. Argaut lo miraba con una especie de cariño tenebroso.

—Escúchame bien. No creas que te martirizo por gusto. Hay muchos malparidos en esta corte que intentarán aplastarte por ser mi bastardo. —Brelán bajó la vista, pero Argaut le agarró de la barbilla y la levantó—. No apartes la mirada y no te sientas nunca avergonzado cuando oigas esa palabra. Eres un bastardo, sí, pero también eres mi hijo. Llevas mi sangre, así que no muestres debilidad ante nadie, por muchos golpes que lluevan sobre ti. Sé tú más fuerte que todos ellos juntos y solo entonces te respetarán e incluso te obedecerán. ¿Me has entendido?

—Sí, Majestad.

—Dame un abrazo. —Lo apretó contra él con todas sus fuerzas y luego le agarró de los hombros—. Ahora ya puedes ir a descansar. Pero mañana volveremos a vernos.

Brelán asintió y se marchó, cojeando. Argaut se acercó al capitán que también instruía a su hijo.

—Apretadlo y no tengáis compasión con él. Quiero que sea el mejor de todos.

—Muy bien, Majestad.

El rey bebía a menudo y prefería el tinto cabezón a cualquier otro caldo. Fuese por el vino o por otras razones que nadie en su sano juicio investigaría, tenía el ánimo pesado y melancólico y con frecuencia se mostraba huraño e impaciente con sus consejeros, que aprendieron a tolerar su malhumor. La sonrisa luminosa y limpia de otros tiempos había desaparecido de su cara, así como la piedad con

quienes incumplían las leyes. La justicia del reino era tan efectiva como cruel y ningún criminal recibió el indulto que lo salvaría del patíbulo. Sin embargo, aunque la jarra y la copa nunca estaban lejos, no volvió a emborracharse hasta perder los estribos y su voz, aunque ronca, nunca temblaba. Tampoco disminuía su discreción y criterio, pues trataba todos los asuntos con mente rápida y filosa. Cuando de veras se embriagaba no se convertía en un patán, sino en un borracho tranquilo, reposado, meditabundo y triste, y sus cercanos, que habían aprendido a conocerlo bien, le dejaban en paz. Pero ello ocurría siempre en su tiempo libre, pues su sentido del deber se imponía a su ebriedad.

Ya no tenía amigos en la corte, pues todo aquel que le mostraba simpatía topaba con su desdén o, en el peor de los casos, sus palabras secas e hirientes. Solo parecía hallar placer en la compañía de sus hijos: a los tres niños —Argaut, Asenet y Gamira— los trataba con un cariño de oso viejo, y a los adolescentes —Raulia y Brelán— les endiñaba charlas y consejos sobre las responsabilidades y la necesidad de labrarse un carácter poderoso. La separación de su esposa no le había convertido en un hombre promiscuo. Nunca volvió a visitar a Queila Nicario y no tomó ninguna amante fija. Unas pocas veces hizo traer a una furcia para desahogarse, pero hacerlo con obreras sexuales le provocaba una vergüenza íntima y amarga, así que al final la mano sustituyó a las mancebas. La rueda de la libido empezaba a rodar más despacio y a veces incluso se detenía. El sexo dejó de atraerle, como si su propio cuerpo estuviera quedándose dormido. Nunca había sido un huracán con las mujeres y lo que siempre había buscado en ellas ahora le estaba negado. Sorprendido, resignado, aliviado y por último indiferente, aceptó la ataraxia carnal y se dedicó a otras cosas.

No había perdido el amor por la lectura y todas las noches se encerraba durante horas en su despacho, donde leía las nuevas obras que se hacía traer o bien releía las antiguas. Recuperó su costumbre de dormir allí dentro e incluso hizo instalar un catre; en realidad, pasaba más noches en su pequeña biblioteca que en el cuarto cómodo que ahora ocupaba. Jamás volvió a la alcoba de matrimonio, siempre limpia y vacía.

A menudo salía a pasear a caballo. Solía trotar y cabalgar hasta agotarse y después se sentaba a la sombra de algún árbol con una bota de vino por toda compañía. Así dejaba pasar las horas, mirando el horizonte, bebiendo y pensando, siempre solo.

De tal manera transcurrieron dos años.

Aquella mañana del segundo del año 1604 de la Era de la Gultrutana, Argaut estaba sentado en su butaca y contemplaba pensativo el cielo frío y claro que mostraba la ventana del salón del Consejo Real. Allí se encontraban sus principales consejeros. Medardo

Armigino seguía siendo el general en jefe del Ejército Real. Gapacho Ñuño era el líder de los embajadores y diplomáticos, un hombre de modales encantadores y aspecto elegante —también era soldado y conocía las armas— que creció a la sombra de gigantes como Rafucio Injeca y Brelán Etgula, y que este mismo había recomendado como su sucesor. Jarón Valtaro aún ocupaba su silla del Consejo; al contrario que su mentor Sofredo Eñanca, Valtaro había expandido sus carnes hasta rozar la obesidad y además lucía ajorcas, anillos y cadenas de oro y plata, con ostentación vulgar; su faz ancha y grave recordaba la de un cocodrilo que acabara de zamparse a su presa. También estaba allí Liyoba Farica, que había cogido peso, tenía papada y unas pocas arrugas. Brelán Nicario era capitán del Ejército, un mozo de diecinueve años, alto y fuerte, tan apuesto como su padre a su misma edad; pero no iba por ahí levantando faldas y su cara de líneas rectas estaba siempre grave, como si tuviera la mente ocupada en una meta lejana y absorbente. Raulia era una linda muchacha de quince años que se parecía más a Queila que a Argaut. Aún faltaban cinco años para que el príncipe Navid Arisai llegara a la mayoría de edad y se casara con ella, pero Argaut quería que aprendiera sobre política y la traía a las reuniones del Congreso, aunque por ahora debiera limitarse solo a escuchar. Raulia era más alegre que su hermano, y muy despierta, a juzgar por las conversaciones sobre el reino que tenía en privado con su padre. Argaut la adoraba y sentía a veces punzadas de dolor porque algún día su amada princesita se casaría con un extraño y se iría para siempre a un país de costumbres distintas, donde las mujeres estaban peor valoradas que en Brajairi. Sin embargo, Raulia parecía deseosa de viajar, conocer otras culturas y otras gentes. Argaut no tenía ninguna duda de que, fuese ella feliz o no con su esposo, sería una reina muy amada por todas las gentes de Élamos. Era imposible no encariñarse de aquella jovencita guapa, bromista y vital.

Todo lo contrario de su padre, que antes despertaba respeto que amor. Su afición por las armas había cincelado su cuerpo y tenía el aspecto de un titán de hombros y espalda enormes, sin pizca de grasa y con el abdomen convertido en una tabla. Su expresión era sombría y lúgubre. Sus ojos atemorizaban, no porque él deseara imponer el temor, sino porque lo imponía de modo natural. Le gustaba clavar la mirada en los demás en busca de manipulación o mentiras, sin importarle lo más mínimo la incomodidad del otro. Tenía ojeras oscuras y profundas, el gris de su barba y sus cabellos tendía hacia la blancura y los pómulos se le empezaban a marcar agresivamente, como si la vejez diera los primeros aldabonazos en la puerta.

Esa mañana, mientras echaba una mirada a los miembros del Consejo, sufrió una de esas punzadas, la sensación de velocidad del tiempo y del vacío de la existencia humana. Era como si en un solo

parpadeo hubiera perdido sus cuarenta y cinco años de vida, o, mejor dicho, como si un ladrón se los hubiera robado sin darse él cuenta. Esa era la palabra: *robado*.

Se quitó de encima tales pensamientos y dijo:

—Vamos a ver, ¿qué asuntos tenemos hoy?

Los de siempre, pues en líneas generales pocas cosas habían cambiado. Las reuniones del Consejo Real habían perdido la intensidad de otros tiempos porque ya no había crisis que resolver. Eso lo hacía todo fácil, aunque también aburrido.

—Majestad —dijo Gapacho Ñuño—, hemos vuelto a recibir peticiones de ayuda del extranjero. En concreto, se nos pide la intervención en un conflicto nobiliar, casi una guerra civil, en Brenit. Por otro lado, el rey de Ceiracán quiere nuestra alianza, pues se encuentra aún enzarzado en su guerra contra Gricur, una guerra que va perdiendo, por cierto.

—Y por eso quiere que nosotros le saquemos las castañas del fuego. Mal negocio haríamos. Decid a los diplomáticos brenitios y ceiracanos que no nos interesan sus problemas. Que los resuelvan ellos. Por mí como si se van todos al infierno de Blica. —Levantó un dedo amenazador—. Pero que no se les ocurra traspasar mis fronteras, eso dejádselo claro.

—Así lo haré, Majestad —respondió Ñuño.

Argaut miró a sus hijos Brelán y Raulia.

—Mi política internacional se basa en dos palabras: fuerza y neutralidad. No voy a meterme en ninguna guerra extranjera si puedo evitarlo, por mucha ganancia que me ofrezcan. Los cebos no me gustan. Todos nos quieren como aliado y nadie como enemigo y solo hay una razón para ello: nuestro poder. Yo no ataco a nadie, pero si alguien me ataca lo aplasto y luego arraso la mitad de su país a sangre y fuego, para que aprendan. —Cogió la copa y dio un trago. Se limpió la boca con la mano—. La paz de las armas. La única posible. Señor Ñuño, ¿qué hay de Bratmur?

—En teoría sigue bajo el control de Bestair, pero la desintegración del Imperio bestairo es ya imparable. En Bratmur los gobernadores provinciales apenas mantienen una ilusión de autoridad.

—Cuando yo era niño el Imperio de Bestair estaba ya desfondado, pero los bestairos siempre han logrado mantener el control de sus provincias. ¿Estáis seguro de que ahora las cosas son graves?

—Sí, Majestad. El rey bratmurio que gobierna en nombre del emperador es un títere en manos de las distintas facciones y no hay ya legiones que impidan el caos. Bratmur bulle de luchas intestinas.

Argaut asintió con lentitud.

—Si el imperio no tiene fuerza en Bratmur habrá una pelea de perros salvajes y dudo que el ganador se quede quietecito en su jaula.

General, ¿las fronteras occidentales están bien defendidas?

—Lo están, Majestad —respondió Armigino—. No hay peligro de invasiones.

—Bien. No obstante, quiero que desplacéis más tropas hacia allí. En Bratmur las aguas están revueltas y no sería raro que las banderías de unos u otros se tomen la libertad de meterse en Brajairi. Si eso ocurre no haremos prisioneros y además se llevarán a cabo ataques de castigo dentro de Bratmur. Después, señor Ñuño, vos lo arreglaréis con palabras bonitas de diplomático para que las cosas no vayan a más y no haya guerra. Ellos captarán el mensaje y en el futuro nos dejarán en paz.

El embajador y el general asintieron. Argaut miró a Liyoba.

—Señora Farica, ¿hay nuevas respecto a las arcas del Estado?

—No, Majestad. Las cosas siguen bien. El comercio continúa siendo fluido y próspero, lo cual nos enriquece. Además, han llegado los últimos tributos de los señoríos.

—¿Algún problema con eso?

—No, Majestad. Los nobles pagan a tiempo. —Hizo una mueca de disgusto y resignación—. Salvo los Ertalce. De nuevo se retrasan y además han pagado menos de lo estipulado. Como de costumbre.

Argaut permaneció callado y su rostro fue ensombreciéndose cada vez más.

—¿Ocurre algo malo, Majestad? —se interesó Liyoba.

—Los Ertalce se retrasan y además no pagan todo lo que debieran.

—Sí, pero es lo habitual.

Argaut apretó los labios, cosa que intranquilizó a todos, pues lo conocían. Bebió un trago y luego dijo:

—Me habéis preguntado si ocurría algo malo y luego habéis dicho que esto es lo habitual. Ahí tenéis la respuesta: lo malo es que es habitual.

Se levantó como si la butaca fuera una jaula recién abierta. Se detuvo ante la ventana, dándoles la espalda para observar el cielo claro y azul. Unos y otros se miraron sin saber qué decir.

—Majestad —dijo Liyoba—, ¿qué os ocurre?

—Estoy harto.

Hubo silencio. Volvió a su butaca.

—En el Señorío de Ertalce no actúan las Hermandades de Justicia y ni un solo funcionario tiene allí poder para imponer mis leyes. Cada vez que he ido en visita oficial los Ertalce y sus vasallos me han mostrado una frialdad grosera. Ellos hacen y deshacen como les viene en gana sin pedir permiso ni perdón, ponen y quitan los tributos y tasas que se les antoja y las pocas normas del rey que allí deben imperar se las saltan como un caballo salta la valla. Pagan menos que el más humilde de mis vasallos feudales. La gota que colma el vaso es

que, *además*, no pagan todo lo que deben, y encima con retraso. ¿Acaso les resulta tan difícil satisfacer los impuestos? No, no les causa trastorno porque son muy ricos. Se retrasan solo por su costumbre de insultarme, para demostrar que son mejores que el rey. Por desgracia, se ha convertido en algo rutinario. Esto no puede seguir así. Mi paciencia tiene un límite y Urguna Ertalce y su familia lo han rebasado.

Jarón Valtaro intervino con cautela:

—Majestad, lo que decís es cierto, pero hay que reconocer que, aunque tarde, siempre acaban por satisfacer la deuda. Todavía no han dado muestras de verdadera rebeldía.

—Son demasiado astutos como para hacerlo. Prefieren dar una tras otra sus bofetadas y luego esconden la mano. Ahora me toca a mí devolver el golpe.

De nuevo se miraron entre sí, esta vez con alarma.

—Majestad… —empezó a decir Valtaro.

—Silencio. Señora Farica, ¿qué razones han dado esta vez para no entregarlo todo, y además con retraso?

—Me temo que no han dado ninguna razón.

—¿Pero qué me decís? —exclamó el rey—. ¿Ninguna? ¿Y qué hizo el contador real?

—Pidió explicaciones, pero ellos no se las dieron. Simplemente, se marcharon.

—Y por supuesto nadie los detuvo.

—Nadie. Ha ocurrido lo mismo durante los últimos tres años. Antes ofrecían excusas, aunque un tanto peregrinas. Ahora, ni eso.

—Hay otro asunto referente al Señorío de Ertalce —intervino Ñuño—. Hace tiempo que se vienen oyendo rumores sobre la implantación del culto de los túnicas rojas.

—¿Qué es eso? —preguntó Brelán.

—Es una perversión de la religión escaldraia —contestó Argaut—. Los túnicas rojas no adoran al Padre, sino a su enemigo Tarumara. Ofician ritos tenebrosos e incluso cometen sacrificios humanos. Los primeros reyes Agrate combatieron esta secta enloquecida y la extirparon del país. Sabía que aún quedaban algunos focos e incluso, cuando yo era un niño, vi adoradores de Tarumara en Gunabar. Pero no imaginé que la cosa pudiera ir a mayores.

—Cada vez hay más informes sobre el apoyo de los Ertalce a los túnicas rojas —remachó Ñuño.

—Además de morosos y desleales, herejes. —Argaut respiró con fuerza—. Se acabó. Basta de tonterías. Miembros del Consejo Real, os comunico que voy a establecer una nueva legislación que atañerá a los dominios de la familia Ertalce.

—¿Cómo será? —preguntó Ñuño.

—Será exactamente la misma que rige en los otros señoríos. No habrá distinción entre esta y las demás Casas. Ellos pagarán el mismo porcentaje, permitirán que las Hermandades de Justicia actúen en su jurisdicción y estarán sujetos a la voluntad del rey en cuanto a los tributos y tasas, tanto particulares como generales. Todo esto se va a redactar a la mayor brevedad y se llevará a Cortes antes del verano. A partir de ese momento los Ertalce van a comportarse como cualquier otro aristócrata del país.

Hubo un silencio tremendo. Armigino sonrió.

—Ni que decir tiene, Majestad, que esas medidas gozan de mi apoyo.

—Majestad, si se me permite opinar… —intervino Valtaro—. Esas medidas pueden ser… *justas*, pero tal vez debiéramos tratarlas antes con los Ertalce.

—¿Tratarlas? —se indignó Brelán. Argaut lo miró, pero no le mandó callar. Últimamente le permitía hablar en el Consejo—. Aquí no hay nada que tratar. El rey ordena y sus vasallos tienen que obedecer. ¡Y por supuesto que son justas! ¿Acaso lo dudáis?

—No, señor Nicario, pero incluso para administrar la justicia hay que ser cabal y mesurado. No debemos olvidar que los Ertalce son poderosos.

—¿Estáis insinuando que debemos temerlos? —preguntó Brelán.

—Nada más lejos de mi intención, pero es una de las familias más antiguas y honorables del país. No van a aceptar de buen grado tantas imposiciones, y además con tanta brusquedad.

—Señor Valtaro —dijo el rey—, no es la primera vez que se les ha ofrecido cambiar las cosas de buenas maneras y siempre han respondido con bellas palabras y malos actos. Los conozco desde hace mucho y os aseguro que cualquier muestra de cortesía, cualquier intento de suavizar las cosas, cualquier negociación, ellos lo toman por debilidad. Y si hay algo que un Ertalce no perdona es la debilidad. Esto que pongo sobre la mesa no es capricho ni arrebato, sino algo que llevo meditando desde hace mucho tiempo y que he ido dejando siempre para más adelante, esperando que las cosas cambiaran por sí solas. Pero nunca cambian. No se puede demorar más. Si no empiezo a controlarlos ahora me temo que ya no pueda conseguirlo nunca.

—Comprenderéis que esto traerá consecuencias…

—¿Cuáles?

El rey clavó en él una mirada terrible y Valtaro desvió la vista.

—Lo que el señor Valtaro no osa decir —intervino Armigino— es que los Ertalce quizás no se sometan a la ley de Su Majestad.

—¿Cómo es posible eso? —exclamó Brelán—. ¡Serían unos vasallos felones!

Argaut sonrió sin alegría.

—Señor Nicario, sois joven y por eso creéis que la nobleza ha sido siempre mansa. Pero en otras épocas los nobles desobedecieron todas y cada una de mis órdenes.

—¿Y cómo les convencisteis, Majestad?

—Yo no les convencí. Lo hizo la espada.

—Hubo guerra, pues.

—Exacto. Y lo más probable es que la haya de nuevo. Creía que esos tiempos habían quedado atrás y compruebo que no es así. El Padre Braladur sabe que jamás he deseado la guerra, pero la paz tiene sus propios límites. Después, la política ha de continuar por otros derroteros.

Tras oírse la palabra fatídica una barrera invisible se había hecho añicos. El tabú estaba roto.

—Su Majestad lleva la razón —dijo Ñuño—. Los Ertalce no van a pasar por el mismo aro que los demás. Son orgullosos y, no lo olvidemos, son muy fuertes. Su señorío es con mucho el más grande y su fortuna la mayor de toda la nobleza brajairia. Forman un aglomerado de Casas que les rinden vasallaje y que unirán sus mesnadas a las suyas, que, por cierto, no son cosa baladí. Quizás el señor Valtaro no ande tan descaminado. ¿No sería mejor ofrecerles una negociación?

—No —contestó Argaut—. No tendrán intención alguna de ceder nada, ni en mil años ni tras mil acuerdos, aunque por supuesto prometerán cualquier cosa para aplacarnos, luego lo incumplirán todo y nosotros nos habremos quedado con un palmo de narices y con cara de idiota. Cualquier demora juega en contra nuestra. Se convocarán Cortes en el tercero o el cuarto, se aprobará todo en ellas y se les notificará que en menos de veinte días los funcionarios reales y las Hermandades irán a su señorío. Si no colaboran o impiden el paso de mis servidores lo consideraremos un acto de lesa majestad.

—Eso se pena con la horca —dijo Ñuño.

—En efecto. El tiempo de las componendas se ha acabado. O acatan la misma ley que todas las grandes familias o los destruyo. Y al infierno con todo.

—Respecto a las Cortes —dijo Ñuño—, no habrá problemas en conseguir el apoyo de la mayoría de los nobles del país; excepto los vasallos personales de los Ertalce, que disfrutan de sus mismos privilegios, el resto les tienen ojeriza. Muchos han de sumar con gusto sus tropas a las nuestras.

—Mejor que mejor —dijo Argaut.

—Yo también veo motivos para dominar por las malas a los Ertalce —dijo Armigino—, pero hay que hablar claro. Debemos ser realistas. No será un paseo militar. Aparte de su fuerza bélica y sus riquezas, que les permitirían contratar mercenarios extranjeros, habremos de

invadir un señorío tan grande que la cosa tendrá visos de guerra civil. Tendremos que expugnar una tras otra decenas de fortalezas en un territorio arisco que ellos conocen como la palma de su mano. Recordemos, además, que tienen sus propias órdenes de magos de la Fuente. Puede llevarnos un precio alto en vidas. Puede durar años. Y la victoria no es segura.

—La victoria en una guerra nunca es segura —contestó Argaut—, sino una cuestión de probabilidades. Nosotros las tenemos altas, pero no se pueden descartar ni los imprevistos ni el azar. Hacéis bien en señalarlo. Sin embargo, no veo la forma de evitar el conflicto.

—Tal vez si negociáramos… —repitió Valtaro.

—No. Señora Farica, vos lleváis las cuentas del reino. ¿Es posible esta guerra?

—Hay de sobra para sostener el conflicto, aunque se alargue. Por lógica supondrá una merma de las arcas, pero ya no como tesorera, sino como mayordoma real, afirmo que resultará más oneroso a la larga no resolver cuanto antes el problema de la nobleza rebelde. O lo hacemos nosotros o nuestros hijos, pero alguien tendrá que hacerlo.

—Sabias palabras, señora Farica —dijo Argaut.

—Quizá incluso podamos atacarlos desde dentro —insinuó Ñuño.

—¿A qué os referís? —preguntó Argaut.

—A que los Ertalce no pueden haberse impuesto siempre por las buenas en sus territorios. Tienen que tener su propia lista de nobles sumisos, pero humillados. Tal vez podamos avivar la llama del rencor.

El rey sonrió con astucia.

—Bien pensado. Vuestros agentes se ocuparán de buscar amigos entre sus vasallos descontentos. Prometedles que ocuparán el trono de los Ertalce, prometedles el sol y las estrellas, lo que queráis, pero atraedlos a nuestro bando. Y si pueden dar la puñalada por la espalda, mejor.

—Me ocuparé de ello, Majestad.

Al oír la última frase de su padre, Brelán había torcido el rostro. Argaut se dio cuenta, le dirigió una mirada severa y el joven bajó la vista.

—Dama y caballeros del Consejo Real —anunció el rey—, vamos a hacer un descanso. Volveremos a reunirnos en una hora para seguir perfilando la estrategia y esta tarde me reuniré con vos, señora Farica, para empezar a redactar las nuevas ordenanzas. Traeréis a los mejores letrados.

—Como ordenéis, Majestad —contestó Liyoba.

—Gracias. Vos quedaos aquí, señor Nicario.

Brelán se detuvo. El resto salió de la estancia y su hija Raulia no pudo evitar guiñarle un ojo al rey, cosa que le hizo sonreír a su pesar. Se prometió a sí mismo regañar a su dicharachera hija, sabiendo que

por supuesto no lo haría.

Argaut cerró la puerta y se cruzó de brazos ante Brelán.

—Vamos a ver, ¿qué ocurre?

Brelán sabía que su padre no toleraba las excusas, así que lo miró a los ojos y respondió:

—Habéis hablado de intrigar y de provocar la traición entre nuestros enemigos, Majestad. Quizá os parezca un ingenuo, ¿pero es esa la forma correcta de gobernar y de dirigir un país? ¿Es esa la nobleza de espíritu y el honor de los que me habéis hablado tantas veces? ¿Dónde queda la coherencia entre las palabras de un caballero y los actos de un felón?

Argaut lo miró con enojo, pero su hijo no apartó la mirada ni mostró debilidad. De pronto, el rey se relajó y experimentó respeto hacia Brelán. Y mucho amor.

—No os faltan agallas para hablarle así a vuestro rey, señor Nicario.

—Siempre me habéis dicho que debía haber confianza entre nosotros. Además, vos preguntasteis.

—Llevas razón, hijo mío. Esto me pasa por bocazas.

Brelán parpadeó sorprendido.

—Majestad, yo no pretendía…

—Tú no pretendías, tú no pretendías… Anda, cierra el pico y toma un trago de vino con tu viejo y cascado padre. Y trátame con familiaridad solo por esta vez, carajo. Siéntate ahí, mozo impertinente.

El rey tomó la jarra y las dos copas, las llenó, invitó a Brelán a sentarse y plantó la bebida ante él con un golpe. Se sentó en una silla corriente, no la presidencial, y levantó su copa.

—Brindo por la hermosa juventud y sus ideales.

—No os… No te burles de mí, padre.

—No me burlo. Brindo por lo que tú aún tienes y yo perdí hace años. Brindo porque vas a disfrutarlo durante algún tiempo, poco o mucho, antes de que la vida te lo arrebate. Vamos, alza la copa y bebamos de una vez.

Golpearon las copas con un chasquido vibrante y bebieron. Brelán frunció el ceño y clavó los ojos en la mesa.

—Soy un necio. En realidad no existen ni el honor, ni la nobleza de espíritu, ni todas esas patrañas. De algún modo lo imaginaba, lo veía cada día, pero quería creer otra cosa. ¿Es así, padre? Todo eso no es más que un puñado de hojas en el viento, ¿verdad?

Argaut lo contemplaba con una sonrisa pensativa, burlona y seria a la vez, como un viejo mastín lleno de cicatrices, cojo y medio ciego, contemplaría el mal genio de un cachorro.

—¿Tú qué crees? —le preguntó a su vez.

—Yo no sé ya qué creer. Por un lado está la teoría y por otro la

práctica, y pocas veces cuadran. ¿Cuál es la respuesta?

—¿La respuesta? —Argaut dio un sorbo y dejó la copa a un lado—. Yo sé y no sé la respuesta.

—No hables en acertijos.

—No lo estoy haciendo. Conozco mi respuesta, pero eso no quiere decir que sea la tuya. Tendrás que descubrir las respuestas por ti mismo. Tal vez jamás las encuentres, tal vez cambien cada dos por tres o tal vez al final decidas que no merece la pena el esfuerzo. Pero yo no te haré el trabajo sucio. Y espero que no permitas que nadie lo haga por ti, porque entonces, sea cual sea dicha respuesta, no tendrá ningún valor.

Brelán guardó silencio. Argaut lo observaba con tranquilidad y de vez en cuando bebía de la copa.

—Padre, ahora quiero tu respuesta, solo la tuya: ¿se puede tener honor siendo rey?

—Si quieres ser un rey heroico, glorioso, derrotado y muerto, sí. Pero si quieres que tu reino venza sobre todos sus enemigos y que tenga prosperidad y paz… No, entonces es mejor no tener honor alguno.

—Entonces, vos…

—Muchacho, yo he vendido el alma por mi reino.

Brelán miró aquel rostro duro y tranquilo.

—¿Y merece la pena?

—Si te haces esa pregunta es que no tienes madera de rey.

El joven desvió la vista y volvió a guardar silencio.

—Pero eso no ha de tener importancia para ti porque nunca vas a reinar —prosiguió Argaut—. Eres un bastardo y lo serás hasta que te mueras.

—Lo sé —repuso Brelán con enojo—, sé que soy… eso. No es necesario que me lo repitas.

—Te lo repetiré un millón de veces y luego seguiré repitiéndolo. Quiero que cuando yo no esté mi voz siga repitiéndolo sin descanso en tu cabeza para que jamás lo olvides. Eres un bastardo y lo sabes, pero te avergüenzas. Tu vergüenza te hace débil y cuando te sientes débil tus enemigos lo aprovechan y te clavan los colmillos. En tu fuero interno has de sentirte orgulloso de ser el bastardo del rey. Pero si alguien que no sea yo te lo dice a la cara no dudes ni un momento en exigirle disculpas y, si no lo hace, retarle para que lo pague caro.

—Suena contradictorio —dijo Brelán, con una sonrisa.

—Bienvenido a la vida. Puedes echar en saco roto todo lo demás, no me importa, pero grábate esto en la cabeza: nunca. Serás. Rey. ¿Lo has entendido?

—Te juro que nunca seré rey.

—No sabes cuánto me tranquiliza oírte decir eso.

Brelán apretó los labios y miró a Argaut.

—Padre, voy a ir a esa guerra. No puedes prohibírmelo.

Argaut apartó la mirada y frunció el ceño.

—Llevas razón. No puedo prohibírtelo.

—Ya sabes que he de hacerlo.

Argaut asintió.

—Yo también iré —dijo.

Brelán soltó una carcajada.

—¡Magnífico! ¡Será grandioso!

—No. Será una gran bola de mierda sangrienta, como de costumbre. No te alegres nunca por la llegada de una guerra. No seas tan idiota.

El joven torció la boca y se le quebró la dicha. Argaut pareció ablandarse un poco y sonrió, astuto.

—Oye, algo he oído por ahí sobre tus líos de faldas. Me lo vas a contar todo ahora, cuando aún queda un rato antes de que se reanude la sesión del Consejo.

—¡Por favor, padre! —protestó Brelán.

—¡A obedecer, chico! Venga, desembucha.

Algún tiempo después, cuando entraron de nuevo los consejeros, el rey ocupaba la silla presidencial, la jarra y las copas estaban vacías y Brelán luchaba contra su propio mareo.

21

El rey convocó las Cortes en Longaza para finales del cuarto. Los rumores se habían propagado por todo el país y ya se barruntaba un ajuste de cuentas de la Corona sobre los Ertalce, así que vinieron representantes de todas las Casas que tenían o querían hacerse un nombre en el país. Y por supuesto, acudieron los propio Ertalce y sus clanes vasallos. Esta vez no enviaron segundones, pues se cocía algo que les incumbía. Acudió el mismísimo Rayún Ertalce, el hijo de la matriarca Urguna y de su fallecido esposo Gotraigo Tilat. Rayún tenía sesenta y seis años y para los cánones de la época debiera ser un anciano con un pie en la tumba, pero —igual que su madre— parecía inmune a los achaques de la edad. Alto y fuerte, había engordado mucho y recordaba un poco a su padre; pero tenía aún aires de guerrero y parecía capaz de partir en dos a cualquier soldado de un mandoble. Sombrío y enojado, ocupó su sitio en el salón del palacio donde se celebrarían las Cortes.

Cuando la mayordoma real leyó con voz grave las leyes que igualaban a los Ertalce al resto de las familias, la jauría de Rayún estalló en una algarabía furiosa que tuvo como respuesta, a su vez, los gritos de satisfacción de los demás aristócratas. Liyoba le hizo una seña a la Guardia Real y los soldados y ujieres ordenaron callar a los presentes y dieron golpes con la contera de la lanza en las baldosas. La grita cesó y la mayordoma siguió leyendo cada punto de la normativa.

Después, Rayún no pidió permiso para hablar, sino que se adelantó hasta el espacio central y se encaró con el mismísimo rey. No le hizo reverencia ni señal de respeto.

—Majestad, en nombre de la señora Urguna Ertalce, lideresa de nuestra Casa y de todas las demás que nos rinden fidelidad, os ruego que retiréis de inmediato esas leyes injustas.

—No —respondió Argaut.

—Son un ataque directo contra nuestra familia e incumplen tratados anteriores.

—No voy a embrollarme con argumentos peregrinos ni tratar de convenceros mediante una discusión larga, enconada y en el fondo absurda. La ley ha de cumplirse y la ley ha de ser igual para todos. También para los vuestros.

—Recordad que no somos como los demás. Somos los Ertalce. —Hubo murmullos indignados por doquier, pero nadie osó

contradecirle. Había demasiada autoridad en aquel hombre—. Recordad que nuestro señorío es el más extenso. Recordad nuestros castillos inexpugnables y nuestras mesnadas. No os conviene continuar por este camino y por eso os ruego por última vez que retiréis esas leyes agresoras.

—No.

—Vais a morder una piedra y se os van a romper los dientes, Majestad.

Esta vez sí hubo palabras escandalizadas, pero Rayún no les prestó atención y continuó mirando al rey. Argaut levantó la mano y el silencio fue cayendo poco a poco.

—Ya sois mayor para las bravuconadas, señor mío. —Rayún palideció de ira. Argaut echó una mirada a las decenas de hombres de alcurnia allí presentes y luego se fijó otra vez en él—. Tras oír y responder a todas las críticas, dudas y opiniones la nueva ley será aprobada y llevará mi sello. Daré un plazo de veinte días a la familia Ertalce para que ponga en orden sus asuntos y antes del sexto los funcionarios regios y las Hermandades de Justicia empezarán a hacer su trabajo en ese feudo grande y noble, que sigue siendo propiedad de la Corona. Los Ertalce y sus vasallos tendrán el deber y el derecho de facilitarle el trabajo a mis enviados. Si cumplen bien dicho cometido demostrarán su lealtad al rey de Brajairi, quien ha de tratarlos con el mismo respeto y generosidad que prodiga a todos sus buenos vasallos.

»Pero si se muestran rebeldes e insumisos serán acusados de lesa majestad y habrán de sufrir las consecuencias.

—Vos también las sufriréis —contestó Rayún—. Y como veo que no me queda más por hacer en esta farsa, abandono la sesión.

—¡Señor Ertalce! —intervino Liyoba—. ¡No tenéis derecho a dejar la sala hasta que Su Majestad no os dé su permiso!

Rayún la miró con odio y luego se volvió hacia el rey.

—¿Vais a detenerme, pues?

—Podéis iros. Pero si salís por esa puerta quedaréis expulsado de estas Cortes. No os molestéis en volver.

—No pensaba hacerlo.

Rayún caminó con energía y atravesó el umbral, seguido por más de una decena de nobles. Una vez que se hubo marchado el gentío devino una cazuela de comentarios en ebullición.

Las cosas sucedieron aún peor de lo que se esperaba, pues la pequeña tropa de escribanos, contadores, auditores y cuadrilleros de la Corona no recibió alojo ni acomodo en uno solo de los castillos, motas, burgos y ciudades del Señorío de Ertalce y hubieron de hacer noche extramuros. Es más, se les aconsejó abandonar aquellas tierras porque estaban lesionando los derechos de sus gentes y se les advirtió que si no lo hacían no habría otro remedio que considerarlos invasores

y tratarlos como a tales. Así pues, todos ellos retornaron. Esta disposición no era particular ni espontánea, sino que obedecía a una orden personal de Urguna Ertalce. Envió además una carta al rey en la que se le pedía cortésmente que no volviera a tomar tales medidas, pues podían provocar malentendidos y resquemores con su familia, que siempre había servido con lealtad a la Corona, una lealtad en la que por supuesto se reafirmaba.

Argaut leyó la carta, la estrujó en su mano y la echó al fuego. Llamó a sus gentes y ordenó hacer pública una orden de captura contra Urguna Ertalce por desacato de las leyes del país. Era el 25 del quinto de 1604.

Dos días después, y tras la vorágine de reuniones del Consejo para ultimar los preparativos de la campaña, Liyoba se reunió con el rey en privado.

—¿Qué asunto me traéis? —dijo Argaut, sentado en su butaca predilecta y con su habitual jarra de vino y su copa—. ¿Algunos ajustes económicos más en cuanto a la guerra?

La invitó con una mano y ella se sentó al otro lado de la mesa. Llevaba dos rollos de lo que parecían documentos oficiales y los dejó ante él. Parecía cansada. Todos dormían poco a causa del trabajo enorme que suponía el conflicto con los Ertalce.

—Ojalá fuera eso, Majestad. Todo está planificado y al menos en lo económico no hay cabos sueltos.

—Entonces, ¿de qué se trata?

—¿Recordáis que hace tiempo, cuando el señor Valtaro entró en el Consejo Real, me pedisteis que lo vigilara?

—Lo recuerdo.

—Nunca he bajado la guardia con ese hombre, pero él sí la ha bajado conmigo. Tal vez porque pensaba que yo había dejado de acecharlo, o por un exceso de confianza, o por cualquier otra razón que solo Braladur conoce, su comportamiento ya no es impecable. Mirad estos documentos. Son las pruebas.

Argaut abrió los rollos y los leyó por encima.

—Por favor, hacedme vos el resumen.

—Desde hace medio año Valtaro ha estado robando a la Corona. Se le habían entregado unas partidas sustanciosas a cuenta del Estado para que hiciera inversiones en negocios que pudieran rendir beneficios para nuestras arcas. No es cosa rara, de hecho lo lleva haciendo desde hace mucho tiempo. Otros grandes mercaderes también han trabajado para nosotros y todos ellos, igual que Valtaro, se llevaban una comisión jugosa. Pero mis gentes han descubierto que en los últimos tiempos Valtaro desvió buena parte de nuestro dinero hacia sus propias arcas y que además no declaraba todos los beneficios de tales negocios. También se ha aprovechado de su puesto en el

Consejo Real para crear una red de contactos y amistades beneficiosas para él, no para vos.

—¿Estáis segura?

—Por completo. Jamás basaría una acusación en rumores. Estos documentos que veis solo son una pequeña parte. Hay mucho más.

—Y esto ocurre ahora, cuando vamos a una guerra.

—Os aseguro que de haberlo sabido antes no me lo hubiera callado, pero hasta el momento mis pesquisidores, que son muy competentes, no encontraron nada. Valtaro es hábil.

Argaut suspiró.

—Decidme, señora Farica: ¿vos creéis que hay fondo en el pozo que es la estupidez humana?

Ella sonrió, irónica.

—Cada vez estoy más convencida de que no lo hay.

—Lo pregunto porque me es imposible entenderlo. Aquí tenemos a un hombre riquísimo. Un miembro del Consejo Real. ¿De veras necesitaba enfangarse en estos negocios sucios? ¿Era tan importante para él? ¿Necesitaba arriesgarlo todo por aumentar un poco más su ya gigantesca fortuna privada? ¿Está loco?

—La ambición desbocada es otra forma de locura, Majestad. Lo he visto en algunas personas y Valtaro es una de ellas.

—¿Podemos prescindir de este loco?

—Desde luego, pero no es el momento más apropiado, Majestad.

—¿Por la guerra?

—Por la guerra. Aunque partimos de una buena situación económica, ante un conflicto como este no podemos descuidar ni una sola moneda que podamos obtener. Valtaro nos hace ganar mucho dinero, por muy ladrón que sea. Si estuviéramos en paz os aconsejaría enviarlo de inmediato al patíbulo, pero ahora, aunque no es imprescindible, sí resulta valioso.

—En resumidas cuentas, es el corrupto que nos conviene.

Liyoba sonrió con diversión perezosa.

—Yo no lo expresaría de tal modo, pero en el fondo es lo que pienso.

Argaut bebió de nuevo y meditó durante unos instantes.

—Por favor, señora Farica, enviad un criado en busca del señor Valtaro. Quiero que venga ahora para hablar con nosotros dos. ¿Os parece bien?

—Me parece perfecto, Majestad —respondió ella, muy satisfecha.

Al cabo de poco Valtaro aparecía en el despacho. Como de costumbre, vestía ropas lujosas y se hacía adornar con oro y plata. No se le había advertido que también estaría allí la mayordoma real y su sonrisa se convirtió en una extraña mueca que pretendía ser amable y no lo conseguía.

—Majestad, me habéis hecho llamar.

—Tomad asiento en esa butaca, junto a vuestra superiora.

Valtaro la saludó con respeto y ella lo miró con calma despectiva.

—Mi querido amigo —dijo el rey—, quiero que le echéis un vistazo a estas cuentas. No soy hombre de números y deseo que me ayudéis a interpretarlas mejor.

Cauteloso, Valtaro empezó a leer. De inmediato su rostro quedó rígido y escapó de él toda la sangre; los ojos se agrandaron por culpa del horror y en el silencio se oyó el descenso de la saliva por su garganta. Miró al rey e intentó sonreír.

—Majestad, yo no entiendo qué es todo esto. O se trata de un error o de una calumnia contra mi persona.

—Señor Valtaro, al delito de latrocinio y corrupción podéis añadir el de ofensa a vuestro rey, pues quien me toma por tonto me ofende. Así pues, elegid con cuidado vuestras palabras. Y si no encontráis las adecuadas, mejor callad.

Valtaro iba a decir algo, pero se reprimió. Muy alterado, se pasó una mano temblorosa por los labios. Se le escapó una mirada de odio hacia Liyoba, cuyo sereno desprecio no había disminuido.

—¿Sabéis cómo trato a quienes me roban, señor Valtaro? —preguntó el rey—. Sí, ya lo sabéis, así que os ahorraré los detalles escabrosos. Lo único que puede ayudaros en este trance es saber que será rápido. No del todo indoloro, pero sí rápido.

—¡Majestad! —gimió Valtaro. El temblor de su mano se había extendido por todo el cuerpo—. ¡Os imploro el perdón! ¡Os lo suplico!

—¿Y por qué habría de dároslo?

—¡Porque a partir de ahora os serviré como ningún otro vasallo! ¡Triplicaré las ganancias que conseguía para vos, las cuales no eran pequeñas, por cierto! ¡Ahora que estamos en guerra necesitaréis más dinero y yo os lo conseguiré! ¡Sé cómo hacerlo! ¡Permitidme enmendar mi error! ¡Nunca volverá a suceder! ¡Lo juro!

—¿Me pedís la misma confianza que depositó en vos vuestro maestro, Sofredo Eñanca?

Los ojos de Valtaro se desorbitaron de sorpresa y luego de un horror indecible, pues comprendió que en su expresión el rey había encontrado la respuesta a la pregunta que sobre él se había hecho muchas veces.

—Majestad…

—Os revelaré algo. —Argaut tomó el último sorbo de la copa y la llenó otra vez. Dejó la jarra con suavidad en la mesa y lo miró—. Cuando yo era un rey joven quería rodearme de gentes limpias y no de gusanos como vos. Quería que mi reino resplandeciera de honradez y me prometí a mí mismo no tolerar jamás la corrupción ni el envilecimiento. —Sonrió con tristeza—. Pero el tiempo ha ido

moldeando mis convicciones. Ahora me doy cuenta de que a veces los gusanos son necesarios. Los gusanos cumplen su función en la naturaleza. Por ejemplo, ayudan a acelerar la descomposición de un cadáver podrido, ya que de otro modo apestaría por toda la eternidad. No es una lección hermosa ni elegante, pero también es cierta. Por ello ahora elijo bien qué gusanos he de aplastar, o no, cuando paseo por mi jardín. —Sus ojos se endurecieron—. Os voy a dar una segunda oportunidad. La última.

—¿Vais a perdonarme, Majestad?

—En efecto. Servidme con limpieza y eficacia y no mancharéis la suela de mi bota.

Valtaro se limpió el sudor de la frente con la mano llena de anillos. El miedo había aplastado su orgullo y la vida, ahora que la guadaña estaba lejos, le parecía de nuevo fresca y dulce.

—Gracias, Majestad. Nunca volveré a defraudaros.

—Largo.

Él se levantó, hizo una reverencia y se marchó con prisa. Una vez solos, Argaut miró a Liyoba.

—Le dejaremos vivir mientras dure la guerra para extraer de él la mayor ganancia posible. Una vez acabado el conflicto el señor Valtaro ya no nos será tan útil y lo eliminaremos. Os encargaréis vos misma, con estas pruebas que me habéis traído, de llevar a cabo el proceso que lo envíe a la horca. Todo su patrimonio y su fortuna irán a parar a las arcas del Estado.

—Me parece una medida juiciosa —respondió ella, con una ligera sonrisa.

—Este asunto queda resuelto. No obstante, me gustaría comentaros otro.

—Os escucho.

—Quiero tratar con vos lo que puede ocurrir si yo muero en la guerra.

—Eso no va a suceder, Majestad. Venceréis a los Ertalce, retornaréis victorioso y el reino, por fin, tendrá las mismas leyes para toda la aristocracia.

—Señora Farica, ni yo soy indestructible ni vos sois vidente. Sería un loco si no lo dejara todo preparado.

—Está bien. ¿Y cómo lo habéis dispuesto?

—Como ya sabéis, hice testamento años atrás. Vos lo habéis leído. Pero he hecho cambios de última hora. Mi dinero personal…

—Que es mucho menos del que debierais tener, como tantas veces os he dicho.

—Por favor, no me regañéis. No soy como ese loco que acaba de salir; ¿para qué quiero una fortuna privada cuando vivo en un palacio y las arcas del Estado me lo pagan todo? En fin, como iba diciendo, he

dispuesto que mi dinero se divida entre mi esposa y mis hijos, no solo los legítimos, sino también los dos bastardos. Raulia recibirá menos porque será reina de Élamos y no le faltarán los lujos. Brelán es un Nicario, miembro de una familia pudiente, pero es orgulloso y no querrá que su madre lo mantenga, así que hay una cantidad para él, pues tendrá que comprarse un buen equipo de caballero. Además, le entregaré un título nobiliar y la tenencia de un pequeño feudo cerca de Longaza. Y hay otras personas que recibirán su merecida recompensa. Por ejemplo, los miembros del Consejo Real.

—Majestad, eso no es necesario.

—¡Ya sé que no es necesario, demonios, pero sí justo! ¿Es que nadie puede aceptar un premio sin repetir una y otra vez que no lo merece? Y si a los consejeros no os gusta, tendréis que soportarlo.

Liyoba sonrió.

—Si os ponéis así, lo soportaremos gustosos.

—Desde luego, no he incluido a Valtaro, que está podrido de dinero y además es carne de soga. —Argaut clavó sus ojos en ella—. Vos vais a recibir tierras que engrandecerán vuestro linaje.

—No, por favor, Majestad, eso no puedo consentirlo.

—Lo consentiréis, no solo porque los Farica siempre me prestaron un buen servicio, sino porque vos fuisteis mi ancla en la tormenta y mi antorcha en la oscuridad. Vos y yo compartimos una visión y nos une un vínculo extraordinario. Vos sois el único amigo de verdad que me queda.

Liyoba lo miró sonriendo con la boca y los ojos.

—Vuestras palabras me llenan de dicha. Son el mejor de los regalos.

—Sé que no mentís, amiga mía, y por eso lo merecéis todo, y más aún. Además, vuestra labor no será ligera ni sencilla cuando yo falte.

—¿Alguna vez lo ha sido?

—Nunca, desde luego. Si yo muero me sucederá como soberano de Brajairi mi pequeño hijo Argaut, el siguiente con sangre Agrate en las venas, y mi esposa tendrá la regencia hasta su mayoría de edad. Vos tenéis en vuestras manos todos los resortes del poder, así que vuestro cometido será guiarla. Si creéis que yo soy testarudo esperad a tratar con la reina. —Su mirada se ensombreció y entristeció—. Debéis mostrar con ella la paciencia que yo no supe tener. Mi esposa es pasional, pero no tonta, y escuchará vuestros argumentos. Tiene una idea muy distinta de la gloria y cree que se obtiene conquistando, pero nuestra mayor prioridad es mantener la neutralidad en la vorágine sangrienta de los países. Hay que evitar la guerra con otras naciones a todo trance, aunque esto suene raro, estando como estamos ahora. Paz con fuerza. No permitáis que ella arruine lo que tanto me ha costado construir.

—Yo os juro que nada de ello se perderá.

—Haceos imprescindible como ya lo sois y tendréis a mi esposa comiendo de vuestra mano. Y amadla, señora Farica, porque a pesar de sus defectos es una buena mujer.

Ella asintió y sus ojos se dulcificaron.

—Ojalá las cosas hubieran acabado de distinto modo entre ella y vos.

—Hay tantos *ojalas*… —Argaut entrecerró los ojos con pesadumbre —. No podemos estancarnos en ellos. —Recuperó el aire grave—. Hay otra encomienda para vos en caso de que yo muera. Proteged a mi hijo Brelán. Muchos intentarán pisotearlo y uno de ellos será mi propia esposa, cuyos miedos insensatos habréis de aplacar una y otra vez. No obstante, el peor enemigo de mi hijo será él mismo. La naturaleza le ha creado para ser rey. Yo puedo verlo y él también lo verá. Pero un bastardo no debe llevar la corona. Sería un desastre.

—Perded cuidado, Majestad —dijo ella, poniéndole una mano en el brazo—. No lo permitiré.

Él escudriñó en sus ojos, tomó la mano de ella y la apretó con cariño.

—Ya solo confío en vos.

—Podéis hacerlo, Majestad.

Argaut soltó la mano.

—Bueno, estoy harto de hablar de mí. Sois reservada, pero me gustaría que por una vez me contarais acerca de vuestra vida fuera de los asuntos de Estado.

—Majestad, los asuntos de Estado son mi auténtica vida. Vos tenéis que entenderlo mejor que nadie.

—A veces se odia, pero no se puede vivir sin ello.

—Exacto.

—He oído que vuestro marido está muy quebrantado.

—Así es. Le queda poco tiempo de vida y lo único que se puede hacer por él es reconfortarle en sus últimos momentos.

—Lo siento mucho, señora Farica. Si hay algo que pueda hacer por él y por vos, decídmelo. Tal vez queráis estar más tiempo junto a él.

Ella negó con amargura.

—No he sido buena mujer para tan buen hombre y ahora ya es tarde para empezar a serlo. Lo más extraño es que aún me quiere, incluso después de haberle dedicado tan poco tiempo y de haberle hecho tantísimo daño en otras épocas. —Ella pareció arrepentirse por haber hablado de más y le quitó importancia con una mano—. De cualquier modo, todos los días estoy con él durante una o dos horas. No siempre fue así, me temo… Gracias por vuestro interés, Majestad.

—Vuestro marido ha de estar muy orgulloso de vos.

Ella intentó sonreír, pero no pudo. Miró al rey con seriedad.

—Si me consideráis vuestra amiga, atenderéis al mejor de mis consejos.

—¿Cuál? —preguntó Argaut, mientras llevaba la copa hacia los labios.

—Dejad de beber de una vez por todas. —El rey detuvo la mano cuando el borde rozaba sus labios y así, inmóvil, la miró—. Mi marido también sentía una afición desmedida por el vino y eso le está llevando a la tumba. No cometáis el mismo errar. Como bien dijisteis antes, no sois indestructible. No le hagáis el trabajo sucio a vuestros enemigos.

Argaut dejó la copa en la mesa y bajó la mirada.

—Tengo que beber para soportar mi infelicidad.

—No. Bebéis porque tenéis miedo de abandonar vuestra infelicidad. Se necesita mucho valor para ser feliz. La desdicha es más cómoda. Vos y yo lo sabemos bien.

Argaut acabó por sonreír.

—Intentaré seguir vuestro consejo, señora Farica. Gracias.

Ella asintió complacida y se levantó.

—Es tarde, Majestad. He de irme.

El rey quedó solo en su despacho. Tomó la copa, pero detuvo el movimiento antes de que llegara a su boca, la miró con una ceja alzada y la devolvió a la mesa. Se levantó y fue a acostarse, pues se sentía muy cansado.

22

A comienzos del verano el monstruo bélico de la Corona Brajairia estaba preparado para embestir. Se componía de más de sesenta mil hombres, entre las gentes del Ejército Real, las Hermandades de Justicia, las mesnadas nobiliares, un regimiento de caballería de Élamos —concedido por Rayán V en virtud de los acuerdos entre los dos países— y magos de las órdenes de Telliuna, la Serpiente y el Cascabel, el Triángulo de Plata, Castaia, el Zorro, el Nuevo Día, Saberna, el Arbol Brillante, Grinaia, el Cuerno Blanco, Gamota, los Guardianes del Orden, Gatbura, Gatmós y por supuesto el Alba Dorada, la más fuerte y la que más hombres aportaría. El objetivo era Gunabar, el núcleo político y moral de los Ertalce. Pero debido a la extensión enorme del territorio enemigo y su complicada geografía sería una locura enviar todas las tropas a Gunabar sin haber asegurado primero las posiciones a sus espaldas; además, debían proteger sus propias fronteras para que las huestes de los Ertalce no conquistaran plazas importantes de la Corona e incluso tomaran Longaza, la capital. Había que hacerse con las fortalezas a lo largo de toda la frontera meridional del Señorío de Ertalce y después avanzar hacia el norte como un peine gigantesco. Por otro lado, al ensanchar el frente de ataque obligarían a los enemigos a dispersar sus fuerzas y no concentrarlas en la defensa de Gunabar, ya de por sí un hueso duro de roer.

Por tanto, las fuerzas del rey se dividieron en tres columnas. El Ejército del Oeste, liderado por el general Armigino, debía conquistar la fortaleza de Bosco, la puerta de entrada occidental al Señorío de Ertalce; después, continuaría avanzando hacia el norte, tomando los castillos más importantes, doblaría hacia el este para pasar entre la Sierra de Goldro y los Montes Negros, cruzaría el río Goldro y seguiría hasta Gunabar. El Ejército del Centro, liderado por el propio rey, partiría desde Longaza y marcharía hacia Gunabar, pero por el camino tendría que tomar primero Eilestag y Gunflac, cosa nada fácil; también por el centro, desde el puerto de Gobón una flotilla bajaría para aislar el bastión de Bosco y ayudar al Ejército del Oeste, y otra flotilla iría río arriba para atacar el puerto Ertalce de Irioca. El Ejército del Este estaría liderado por el general Garzur Mindosindo y por el gran diplomático y militar Gapacho Ñuño; tendría que conquistar Isenburo, el umbral de los Ertalce en el este, luego Jaicén, después cruzar el río

Tarmag y seguir hasta Gunabar. Era dudoso que los tres ejércitos llegaran a Gunabar a la vez, pues los de los flancos tenían mucho más trabajo; más bien, se trataba de ir ahogando a los Ertalce por el este y el oeste mientras por el centro subía la fuerza arrolladora del rey, la que de veras tenía que alcanzar la capital enemiga.

Cerca de la primera disyuntiva en la Senda del Norte, a pocas horas de Longaza, los líderes se detuvieron para despedirse y continuar después por separado, con sus respectivas columnas. El rey, los generales y los grandes capitanes se reunieron en un llano, a la vista de las tropas. No llevaban puesta la armadura de malla por culpa del calor, pero sus ropas ya no eran de corte, sino de campaña.

—Caballeros —dijo Argaut, y sus lugartenientes guardaron silencio—, cada uno conoce ya sus instrucciones, así que no es necesario repetirlas. Más bien espero llegar a vuestro ánimo antes que a vuestra razón. Estamos a punto de separarnos para llevar a cabo una tarea que debía haberse hecho hace tiempo, que es ingrata para mí y que he esquivado muchas veces creyendo que podría arreglar las cosas por las buenas. Pero dada la naturaleza del enemigo, eso es imposible. Siendo realistas, es muy improbable que conquistemos Gunabar antes del invierno. Braladur no lo quiera, pero tal vez nos enfrentemos a un conflicto largo y enconado. Por eso demando de vosotros no solo la lealtad que ya doy por segura, sino la tenacidad, la paciencia y el arrojo, pues en vosotros la soldadesca se mirará a sí misma. Si desfallecéis desfallecen miles de hombres. Nunca mostraréis la más mínima duda en vuestra fe de culminar esta empresa con éxito. Aunque sintáis titubeos, nadie ha de conocerlos. Os los tragaréis y seguiréis adelante.

Apoyó el puño en la espada envainada.

—No quiero que nadie se confíe por culpa de nuestra superioridad numérica. Conozco muy bien a los Ertalce y a sus aliados. Son inteligentes y lucharán con todas sus energías, que no son pocas, para no ceder ni un palmo de terreno. Habremos de sudar sangre si queremos vencer. Cuando uno se enfrenta a ellos descuidarse una sola vez equivale a morir. El señor Ñuño —miró al diplomático, que lo contemplaba con faz impasible— nos ha dicho que sus agentes han logrado la defección de muy pocos de sus vasallos. ¿Y sabéis por qué? Porque el ser humano siempre acaba siguiendo al más fuerte, lleve o no la razón. Eso os dará una idea del poder de los Ertalce en su señorío. Además, y aunque nosotros seamos más, tendremos que expugnar decenas de bastiones, castillos, motas y burgos. Y la muralla y la almena son de por sí un ejército temible.

»Digo todo esto no para desanimaros, sino para que tengáis siempre en mente la dificultad de nuestra misión. —Levantó la barbilla y su rostro cobró dureza—. Ahora bien, también os diré esto:

nosotros también somos duros. Luchamos por nuestra patria, que ha vencido a enemigos muy bravos. Ella nos sostendrá en lo peor del combate y mantendrá encendido el candil en la hora más oscura, la que precede al amanecer. No desfalleceremos y al final, por muchos sacrificios que tengamos que hacer, incluido el sacrificio supremo de la vida, y por muchas lágrimas o sangre que tengamos que derramar, obtendremos la victoria. Clavaos esto en la cabeza: no solo vamos a vencerlos —Su nariz se arrugó como el hocico de un lobo rabioso—. Los vamos a triturar.

Desenvainó la espada con un siseo metálico y la hoja brilló al sol. Todos los presentes desnudaron sus aceros.

—¡Caballeros! ¡Por la victoria!

—¡Por la victoria!

—¡Por Brajairi!

—¡Por Brajairi!

El capitán Brelán Nicario dio un paso al frente y levantó la espada.

—¡Por el rey!

—¡Por el rey! —gritaron los demás.

Envainaron, se abrazaron unos a otros —también el rey los abrazó con una familiaridad emotiva—, se despidieron y se marcharon hacia sus respectivas mesnadas. Argaut llamó aparte a Armigino y a Brelán.

—General —dijo, mientras miraba a su hijo—, con vos irá una de las personas que más quiero en este mundo. Como señor vuestro os ordeno que le obliguéis a rendir buen servicio de soldado. Y como padre y amigo os pido que no le perdáis de vista.

Armigino sonrió y asintió.

—Me ocuparé personalmente de ello, Majestad.

—Gracias. Y en cuanto a ti, hijo mío… —Argaut puso las manos en los hombros de Brelán—. Por fin vas a conocer la guerra, que es la mayor locura y necedad de los hombres. Has elegido este camino y no tengo derecho a apartarte de él. Ya no será un adiestramiento, sino algo que ahora ni siquiera llegas a imaginar. Saborearás la sangre y la victoria, así que te daré mi último consejo: no te dejes embriagar por esos vinos. Mantén la cabeza fría y no hagas locuras. Vuelve a mí con el triunfo, pero sobre todo, vuelve. Te lo suplico.

—Lo haré, Majestad. Quiero que estéis orgulloso de mí.

—Por eso no has de preocuparte, pues ya lo estoy.

Argaut lo abrazó muy fuerte, hundió la cara en el cabello de su hijo y aspiró hasta llenar los pulmones. Echó el aire mientras se separaba de Brelán. El joven asintió en señal de respeto y se fue con Armigino. Argaut lo miró durante muchos latidos y al final también dio la vuelta para retornar con sus tropas.

Y no muy lejos en el tiempo pero sí en el espacio, tenía lugar una reunión importante en un despacho del castillo de Gunabar.

—Acabamos de saber que el ejército del tirano ha salido ya de la capital de la infamia y la degeneración, y todo es un asco. Su enjambre de alimañas ha de estar ahora hollando los caminos que conducen a nuestras tierras para apoderarse de ellas, como bárbaros conquistadores. ¡Ay, qué mal hice dejando vivir a ese niño cuando estuvo con nosotros, hace tantísimo tiempo…! Y todo es un asco. Sí, yo lo traje aquí, lo protegí de las insidias de la corte, lo salvé de los asesinos e incluso traté de enseñarle las buenas costumbres de mi altísima familia, ¡la más pura de todo mi amado Brajairi, aquella por la que corre la sangre inmaculada, pues nosotros somos el auténtico país y nación de Brajairi, no la cosa degenerada en que los impuros han convertido a esta patria querida! ¡Mi Brajairi es la ramera del mundo escaldraio, y todo gracias a los Agrate! ¡Vergüenza y escarnio para mi nación, y todo es un asco! Yo le entregué mis mesnadas para que lucharan contra los Tiyadara. ¡Yo lo aupé al trono del país! Pero poco se puede esperar de quien no tiene ni nobleza, ni buen linaje, ¡ni nada de nada! Ya nos engañó cuando no se casó con esa niña, la que fuese mi nieta, Eldrid Colusc, mil veces maldita por rechazar el matrimonio, traidora e hija de una traidora, mi propia hija Gricel, y todo es un asco, esa boba con la sangre sucia que le transmitió mi esposo Gotraigo, que ahora está en la gloria de Braladur… Sí, esas dos me traicionaron, pero yo las desheredé en pago de su felonía, y todo es un asco, les quité el buen nombre de Ertalce, las dejé con su desnudez de hembras sucias, las mandé con la familia inmunda de su marido borracho, los Colusc. Ay, yo pensé que tras tantos desmanes cometidos contra los Ertalce el hijo de la ramera, ¡mal rayo le parta!, tendría al menos la delicadeza de dejarnos vivir en paz… Pero ese rey de los villanos ahora quiere invadirnos, y todo es un asco, quiere pasar por encima de nuestros sagrados derechos, ¡aquellos por los que murieron mi padre y mi esposo y tantos buenos hombres que nos sirvieron! ¡Todo es un asco! No me cabe duda alguna de que si no vino antes a por nosotros no fue por mantener los pactos… ¡Ese qué va a saber de códigos ni de honor, si lo echó al mundo una mala reina que se abría de piernas ante cualquier mozo de la corte, la grandísima guarra! Un cobarde mal engendrado y peor parido, eso es el rey de nuestro amado Brajairi, y todo es un asco… ¡Eso es! Qué vergüenza para Brajairi, qué vergüenza y qué pena que no estuviera en el trono un buen Ertalce, como por ejemplo mi querido hijo Brelán, al que me lo mataron los asesinos en esa corte de maldades sin cuento, ay, mi querido hijo… Yo apretujé contra mis pechos al hijo de la ramera, y

todo es un asco, sí, lo amparé en mis senos cuando era un mocoso, le permití aprender modales, y todo es un asco, y disciplina y buenas costumbres… ¡Y así me lo paga! Si llego a saber que algún día cometería tanta traición e infamia contra Brajairi y sus buenas gentes, ¡ay, si lo hubiera llegado a saber…! ¡Entonces yo misma le hubiera desgraciado con este bastón, con el mismísimo bastón que me dio mi madre, que en gloria esté! Qué asco, por todos los dioses… ¡Qué asco!

»Bien, pues si esos bastardos de sangre impura pretenden atacar, que lo hagan. Que vengan, sí, vamos, venid, cerditos, y todo es un asco, venid al matadero… Los recibiremos como se merecen. Rayún, hijo mío, ¿está todo preparado?

Urguna Ertalce parecía haber ido encogiéndose aún más a medida que su cuerpo buceaba en la vejez. Contraída, casi agarrotada, se había convertido en una sombra de la sombra que fue siempre. Su imagen evocaba un insecto cubierto por vestidos lujosos o una niña esquelética y demoníaca. No había un trozo de su piel que no hubiera sido conquistado por la arruga. Su rostro era el mapa de los incontables surcos y zanjones que el tiempo había labrado en la carne. Apenas le quedaba cabello, solo unos mechones de pelusa blanquecina, como el nimbo traslúcido de una calavera, unos mechones níveos que dejaban casi desnudo el cráneo espolvoreado de topos y lunares. Pero lo más notable seguían siendo aquellos ojos de un azul glacial. Estaban algo enrojecidos en los extremos, pero por lo demás el tiempo no los había dominado. Aún eran vitales y ardían en su hoguera de rencor. A la vez que su cuerpo implosionaba hacia un núcleo de decadencia, sus ojos se expandían como estrellas jóvenes. El contraste era aterrador y fascinante. La sombra de la muerte cubría su cuerpo, pero no su espíritu. Su rabia existencial la mantenía a flote cuando ya las personas de su generación eran solo carnaza para la memoria. Tampoco la mente había degenerado, pues se mostraba por completo lúcida y no sufría ningún tipo de demencia. Por supuesto, el carácter se le había agriado aún más; si antes era un limón ácido pero fresco ahora lo era reseco y mohoso.

A sus ochenta y tres años, Urguna Ertalce era un cadáver que explotaba de vida. La guerra, en lugar de entristecerla o agotarla, calentaba aún más sus hornos.

En el mismo salón estaban su hijo Rayún Ertalce y sus nietos Arlago, Tibal y Laurón, como los machos fuertes de la manada en torno a la madre loba.

Arlago, el hijo de Rayún, era un hombre de cuarenta y siete años, alto y delgado, que conservaba cierta donosura, la misma que le había hecho ganarse el favor de muchas damas, para placer de su cuerpo y disgusto de su callada esposa, que le había dado tres hembras y un macho. Era uno de los mejores capitanes de la Casa Ertalce y además

era un embajador hábil. Se parecía mucho a su padre, salvo por aquella nariz torcida que Argaut le rompió al darle una paliza, cuando los dos eran niños.

Tibal y Laurón tenían, respectivamente, cuarenta y ocho y cuarenta y seis años. Los dos habían nacido de Gricel Ertalce y Derc Colusc e igualmente fueron repudiados por Urguna cuando Gricel apoyó la decisión de su hija de no casarse con el rey. Tibal y Laurón fueron desheredados y excluidos de todo lo que atañía a los Ertalce, fueron expulsados de Gunabar y obligados a vivir en el feudo de los Colusc, un lugar gris y aburrido en comparación con su hogar anterior. Los dos chicos no perdonaron ni a su madre ni a su hermana —ni tampoco a su padre, sospechosamente contento—, a quienes echaban la culpa de todo. Al cabo de un año pidieron a su abuela que les dejara volver a Gunabar. Estaban incluso dispuestos a renegar de los Colusc. Urguna se lo permitió y les devolvió el apellido y las prerrogativas de su clan. Tal vez quería a esos dos chicos con una especie de amor tosco o tal vez —lo más probable— deseara vengarse de su hija Gricel separándola de ellos. Gricel suplicó a su madre que se los devolviera, se humilló como en tiempos antiguos y prometió hacer cualquier cosa a cambio, pero entonces Urguna le señaló con satisfacción que enfrentarse a una madre —y por ende a una como ella— tenía su precio. Le aseguró que no volvería a ver a sus dos hijos y le ordenó irse con la traidora de su hija Eldrid y con el degenerado de su esposo. Gricel salió de Gunabar con el corazón hecho pedazos.

Urguna crio a Tibal y Laurón como si fueran otra vez sus nietos y les colmó de atenciones, honores y privilegios. A cambio, ellos la sirvieron con ahínco para limpiar la mancha de su propia familia.

Fiel a su vocación religiosa, Tibal eligió el sacerdocio. Pero no amaba el culto oficial brajairio, sino el de los túnicas rojas. Urguna los apoyaba y por tanto los adoradores de Tarumara dominaban los templos de su tierra y arrinconaban y hasta asesinaban a los sacerdotes de Braladur. Tibal había luchado contra ellos tanto con la palabra como con el acero y ahora era el sumo sacerdote del culto de Tarumara. Era un hombre alto, delgado, de rostro descarnado y filoso, muy serio, medio calvo, con dos ojos impasibles que podían convertirse en soles de fanatismo. Llevaba la túnica carmesí, pues no deseaba ocultar su fe. Soñaba con el día en que su religión se extendiera por todo Brajairi y pensaba que para que ello ocurriese debían vencer a este rey valedor de la doctrina enemiga. Tibal estaba casado y tenía tres hijas, a las que había convertido —sin tener en cuenta su opinión ni la de la madre— en sacerdotisas de Tarumara.

Laurón se le parecía, pero ya estaba calvo por completo y además estaba un poco gordo. No compartía la vocación religiosa, así que era uno de los principales capitanes de los Ertalce. Estaba casado y tenía

dos chicos y tres chicas, ellos en la mesnada y ellas unidas a señores vasallos.

—Sí, madre —contestó Rayún—. Todo está ya dispuesto. Empecé a trabajar en cuanto volví de esa farsa de Cortes.

—¿Ves? Te lo dije, y todo es un asco, ¿no recuerdas que te lo dije? El hijo de la ramera ya lo tenía todo pensado aun antes de convocar las Cortes, pues sabía que nosotros jamás nos humillaríamos ni nos dejaríamos atropellar por esas absurdas ordenanzas de nuevo cuño que se ha sacado de la manga, y todo es un asco. Si no hubiera tenido ya embridada la hueste no le habría dado tiempo a montarla en tan poco tiempo. ¡Quería tendernos una celada, el muy bastardo! —Dio un golpe con la punta del bastón en el suelo—. Ah, pero ya me lo olía yo, y todo es un asco, ¡olisqueaba su maldad con mis hocicos! Me cree una vieja chocha que no se entera de nada, pero yo hilo fino y a mí nadie me la pega. A ver, dime, hijo, ¿cuál es el monto definitivo de nuestras fuerzas? Dame todos los detalles, y todo es un asco, que yo sé de estrategia pero no de números.

—Tenemos unos treinta y ocho mil hombres repartidos por toda la frontera sureña de nuestro dominio, de este a oeste.

—Ajá. El hijo de la ramera y sus huestes van a atacarnos no por uno, sino por varios frentes, ya lo veréis, y todo es un asco. Antes de venir a Gunabar querrán tomar las otras plazas importantes para no dejarlas a su espalda. Bien, pues nosotros no vamos a permitírselo.

—Hemos reforzado las guarniciones en los bastiones y tenemos una flotilla de guerra en Irioca por si ellos suben por el Menar.

—Bien, bien, bien, y todo es un asco. Sobre todo, hay que ser dinámicos y escurridizos. ¡Nada de batallas campales! Los fijaremos en cada asedio, los atacaremos duro y rápido, cuando menos lo esperen, y luego a huir. Los sangraremos poco a poco, y todo es un asco. La guerra debe ser farragosa y enconada, con muchos escenarios a todo lo largo de nuestro señorío. Qué asco, dioses, ¡qué asco! Cuanto más largo sea el conflicto más probabilidades habrá de asestarles algún buen golpe, tal vez la muerte o la captura del mismísimo rey, y todo es un asco, o bien conseguir de ellos, por hartazgo, que firmen una paz que nos convenga. Debemos obtener el apoyo de los países vecinos. ¿Qué hay de eso?

Miró a Arlago y Laurón, que acababan de llegar de sus viajes diplomáticos.

—Abuela —repuso Arlago—, no hemos tenido suerte con Ceiracán y Gricur. Por ahora los dos países se enfrentan en una guerra fronteriza y no tienen tiempo para intervenir en un conflicto extranjero. Además, aliarnos con uno pondría al otro en nuestra contra y eso no nos conviene.

—Los ceiracanos y los gricurios siempre han peleado entre sí por

las fronteras del norte y creo que siempre lo seguirán haciendo, y todo es un asco, pero yo os aseguro que Gricur vencerá, siempre acaba venciendo porque al fin y al cabo es nación escaldraia mientras que Ceiracán es un país de irlúes comedores de estiércol. Los gricurios son guerreros por naturaleza y no soportarán durante mucho tiempo la paz, y todo es un asco. Si resistimos contra el hijo de la ramera al final obtendremos el apoyo de Gricur, ya lo veréis.

—No es imposible, abuela —concedió Arlago—. Pero por el momento ni siquiera he podido comprar compañías de mercenarios ceiracanos. Están todos metidos en esa maldita guerra.

—Paciencia, chico, paciencia, todo llegará, y qué asco. A ver, Laurón, ¿tú que dices?

—Brenit tiene problemas internos, pues hay rencillas señoriales que salpican al propio rey. Es imposible conseguir su alianza. Y en cuanto a Bratmur, aún menos, porque Bestair tampoco logra imponer su voluntad y el país se deshace en luchas internas. Sobre los bárbaros toranios de los bosques de Roldrj mejor ni hablar, son gentes tan atrasadas y tenebrosas que ni siquiera he intentado contactar con ellos.

—Es una lástima, pero así están las cosas, y todo es asqueroso. Por el momento tendremos que valernos por nosotros mismos, pero eso es suficiente porque somos más fuertes y astutos y a la larga venceremos. Y todo es un asco.

—Madre… —dijo Rayún, mientras se frotaba la barba, pensativo.

—¿Qué quieres? ¡Vamos, no titubees, suéltalo de una vez por todas! ¡No te he criado para que tengas miedo de hablar, y todo es un asco!

—Diré algo que no va a gustaros. Es posible que nos hayamos precipitado.

—¿Qué carajo de precipitación?

—Ya no vivimos en los tiempos antiguos, cuando el país estaba dividido en fracciones nobiliarias, los privados dominaban al rey y las arcas del Estado eran un desastre. Ahora la Corona controla todo Brajairi excepto nuestro señorío y este rey ha dado pruebas de que cuando empieza una guerra está dispuesto a ir hasta el final.

Urguna abrió sus labios agrietados y frunció el ceño.

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué demonios propones? No será lo que imagino, ¿verdad? No, no puede ser, y todo es un asco.

—Hablaré con franqueza. Los dioses saben que no soy ningún cobarde, pero tampoco un necio. Esta guerra es demasiado arriesgada. Tenemos que negociar.

—¡Nunca!

—Madre, escuchadme, os lo ruego. Vos me mandasteis no ceder en nada en Cortes y luego me ordenasteis prepararnos para la guerra. He

cumplido sin chistar y sabéis que pelearé hasta el último aliento por nuestra familia. Estoy convencido de que llevamos la razón y de que nuestra causa es justa, pero a veces ni la razón, ni la justicia, ni sacrificar la vida traen la victoria. Si pedimos parlamento y cedemos en lo menos lesivo puede que mantengamos la dignidad y la existencia. Pero si nos enconamos contra un ejército tan grande podemos perderlo todo.

—¡No! —exclamó Urguna. Señaló a su hijo con el bastón y su faz rugosa cobró más ira de la habitual—. ¡No voy a permitir que ni un solo funcionario del rey felón ponga las pezuñas en mis castillos! ¡Y todo es un asco! ¡Ni uno solo de esos bastardos, que ni siquiera son nobles, tocará las cuentas de mis fortalezas y burgos! ¡Nadie más que yo puede decidir qué cobrar en mis labrantíos y granjas! ¡Nadie más que yo imparte justicia en mi casa! Ni el rey ni todos los dioses del universo van a inmiscuirse en los asuntos de los Ertalce, y todo es un asco. Porque yo, y esto no lo olvides nunca, hijo, pues tu padre tampoco lo olvidó, *yo* soy quien toma las decisiones. —Dio un bastonazo en el suelo—. ¡Yo y no tú! ¿Te enteras?

Él la miró con ojos sombríos pero sumisos.

—Lo he comprendido.

—Muy bien. Jamás vuelvas siquiera a mencionar la posibilidad de la rendición.

—No dije rendición, sino…

—¡No contradigas a tus mayores! Sé bien lo que dijiste, y todo es un asco. —Pareció ablandarse un poco al notar el malhumor de su hijo —. Escúchame. Sé que buscas el bien de nuestra familia, pero estás equivocado. Cede una uña y acabarás perdiendo el brazo entero. No podemos mostrar debilidad. Nunca seríamos capaces de mirarnos en un espejo si nos humilláramos de tal modo. Prefiero ver morir hasta el último de los Ertalce, incluida yo misma, que entregar una onza de nuestro poder al hijo de la ramera, y todo es un asco. ¿Lo entiendes, hijo mío, mi querido hijo?

—Sí, madre. Perdonadme por causaros tanto disgusto.

—No importa. En los disgustos se forja el carácter. Y todo es un asco.

Tibal clavó la mirada en su tío Rayún.

—Señor, parece mentira que hayáis siquiera propuesto hacer componendas con el tirano. ¿Acaso no sabéis que esta guerra no solo es terrenal, sino también sacra? Ellos defienden el culto de Braladur, que tantas mentiras ha esparcido sobre Tarumara, tenido por dios de las tinieblas cuando es el auténtico señor de la luz y la dicha. ¿No entendéis que si vencen van a mantener su doctrina repugnante en todo Brajairi y que mantendrán a nuestra nación entera en la misma locura?

—Mi labor incumbe a la batalla y la diplomacia, no a la religión —contestó Rayún.

—Vamos a ganar porque nos ampara el dios más fuerte del panteón escaldraio y vamos a liberar a Brajairi de los falsos ídolos.

—Pues ve a rezarle a tu dios mientras yo trabajo y lucho, y ahórrame la monserga.

—¡Basta! —intervino Urguna—. No quiero ver pelear a mis hombres entre sí, y todo es un asco, sino contra el enemigo. A ver, Tibal, ¿qué puedes contarme de tus sacerdotes?

—Tengo un ejército de hechiceros que causarán mucho daño al enemigo. Todos están dispuestos a morir en el campo de batalla.

—Me place oír eso, y todo es un asco.

—Gracias a los túnicas rojas la ayuda sobrenatural está asegurada, querida abuela.

—No olvidéis a nuestros magos de la Fuente —dijo Arlago.

—No los olvidé —replicó Tibal—. Por desgracia, aún necesitamos a esos descreídos.

—Bueno, pues entonces asunto arreglado —dijo Urguna, para zanjar la discusión—. En diez o quince días las huestes del tirano vendrán a mis dominios. No imaginan el avispero en el que se van a meter. Y todo es un asco.

23

Las tres columnas del gran ejército de la Corona marcharon con rapidez para aprovechar el buen tiempo que les quedara en este año. Traspasaron las fronteras del Señorío de Ertalce y se dirigieron hacia sus respectivos objetivos. De inmediato, empezaron los problemas. En cada escenario no pasaba un día sin que las avanzadillas sufrieran los ataques de fuerzas emboscadas en las frondas y las gargantas, una rutina de escaramuzas entre compañías y batallones más que entre regimientos. Por otro lado, las gentes del rey encontraron los campos arrasados, las fincas vacías, los graneros quemados y los pozos cegados. En los montes los caminos estaban cortados por árboles talados y derrumbamientos de piedras, y los puentes estaban destruidos. Todo esto hacía la marcha lenta y pesada.

Pero al final consiguieron llegar a los tres bastiones: Bosco, Eilestag e Isenburo. No eran simples castillos, sino fortalezas gigantescas que dominaban ciudades. Tomarlas no iba a ser fácil ni rápido. Ni siquiera resultó sencillo montar los campamentos porque el enemigo no presentaba una resistencia pasiva, sino activa, así que las gentes del rey sufrían los ataques de bandas que merodeaban por las cercanías y que a su vez provenían de otros castillos menores. En ocasiones se les unían fuerzas emergentes de las grandes plazas en un ataque rápido y contundente, al que seguía una huida veloz. Los distintos generales y el rey llegaron a la conclusión de que sería imposible tomar los objetivos sin antes dominar los castillos del entorno, lo cual a su vez les llevaría más esfuerzo y alargaría el conflicto. El rey ya se lo esperaba, así que cruzó mensajes con sus lugartenientes del este y el oeste y les ordenó llevar adelante el nuevo plan. La guerra se convirtió en una suma de cabalgadas, asedios menores y trifulcas en las que pocas veces había un vencedor claro. Cada castillo, incluso cada mota, presentaba una resistencia tenaz, y los estrategas del rey debían llevar cuidado porque, además, podían ser atacados en cualquier momento.

Por ejemplo, en el oeste, el ejército acampado frente a la fortaleza de Bosco había sufrido las correrías de los enemigos, que incluso habían destruido las catapultas que se estaban construyendo. Armigino convocó a sus capitanes y desplegó un mapa de la zona.

—Es prioritario conquistar las plazas de Oliano, Gogopa y Arlión, que están a menos de cinco jornadas de aquí. Son las bases de ese pequeño ejército ambulante que tantos quebraderos de cabeza nos está

dando. Así pues, señores, os asignaré tropas para que las expugnéis y para que exterminéis o dominéis a sus guarniciones. Con el fin de superar las defensas llevaréis magos de la Fuente. Tenéis diez días.

El capitán Brelán Nicario esperó su turno, pero no fue incluido en ninguna misión.

—General —dijo cuando todos los otros se hubieron marchado—, ¿puedo hablar con vos?

—¿Qué queréis?

—Me he dado cuenta de que mi capitanía no está entre las que irán a tomar esos fuertes.

—Os prefiero junto a mí. Necesito gente como vos aquí en Bosco para preparar el sitio, que no es cosa fácil.

—Mi señor, pido formar parte de esas misiones.

Armigino puso los puños en las caderas.

—¿Cuestionáis mis órdenes, capitán?

—Señor, ¿puedo hablaros con franqueza?

—Adelante.

—Desde que entramos en territorio Ertalce me habéis mantenido lejos del peligro. Todos los capitanes de caballería han liderado avanzadas y han allanado el paso del ejército. Todos salvo yo. No es por mi bisoñez, pues otros oficiales jóvenes sí han hecho tareas peligrosas. Y ahora tampoco me permitís ir en esas expediciones, a pesar de estar seguro de mi valía.

—Capitán, solo podéis estar seguro de una cosa: ¡de lo que yo os ordene! La conversación ha terminado. Volved con vuestros hombres.

Brelán dejó caer los hombros, asintió y echó a andar hacia el exterior. Pero antes de salir de la tienda se detuvo.

—No. No me iré sin deciros una última cosa, general. Mis compañeros ya recelan sobre esta falta sospechosa de destinos arriesgados. Las otras compañías casi se burlan de la mía. Mis hombres murmuran y no creen en mí. Me estáis convirtiendo en un inútil.

—Vuestra insolencia desconoce límites. Tentado me veo de aherrojaros y haceros pasar una o dos noches con los ladrones y los revoltosos. ¿Creéis que aquí no hay peligro? ¡Nos atacan cada dos por tres, maldición!

—Cierto, señor, pero *casualmente* yo nunca dirijo ninguna compañía que haga la guardia por la noche. Creo que habéis tomado demasiado al pie de la letra la petición de cuidarme que os hizo el rey.

Comprendió que se había propasado, así que calló.

—Capitán Nicario, si os obstináis en vuestra impertinencia voy a ataros a un árbol y ordenar que os azoten delante de todo el maldito ejército, como haría con cualquier soldado rebelde, y me es igual que seáis el hijo de quien sois. Así que os lo diré por última vez: jamás

volváis a contradecirme.

Brelán tragó saliva, asintió y se fue.

Once días después Armigino reunió otra vez a su Estado Mayor, menguado por culpa de las misiones secundarias que sangraban a su ejército de buenos líderes, y puso los puños sobre la mesa.

—Caballeros, ya sabéis que en los últimos días hemos ido recibiendo noticias de las plazas que servían de apoyo a Bosco y que ordené conquistar. Gogopa y Arlión fueron tomadas con rapidez, pero no sabíamos nada de Oliona, el tercero de los dichosos castillos. Pues bien, acaban de llegar noticias, y no son buenas. Tras una lucha larga y difícil, nuestra gente ocupó la plaza, pero al cabo de poco conocieron que se les aproximaba por el norte un contingente enemigo de unos cuatro mil hombres, magos de la Fuente incluidos. De sitiadores, los nuestros han pasado a estar sitiados. Muy quebrantados por la conquista de la plaza, ahora no pueden echar a sus nuevos enemigos, que pueden reconquistarla en cualquier momento. No podemos permitirnos perderla y tampoco podemos dejar a los nuestros abandonados, así que enviaré unos dos mil hombres, lo máximo que puedo sustraer de este campamento. Tendrán un líder de infantería, el capitán Casporro, y otro de caballería…

Titubeó y Brelán dio un paso al frente.

—Mi señor, si os parece bien iré yo. *Debo* ir.

Los dos sabían que allí no quedaban apenas hombres capacitados para la misión, así que Armigino torció la cara, malhumorado.

—Iréis vos, señor Nicario.

Se ultimaron los detalles y el general ordenó que el refuerzo saliera en menos de una hora. Cuando los demás hubieron abandonado la tienda, Armigino retuvo a Brelán.

—Capitán, vuestra encomienda es peligrosa. Ceñíos al plan y llevad cuidado. ¿Entendido?

—Sí, mi señor.

El contingente marchó hacia Oliona. Aquellas tierras todavía eran lo bastante llanas como para que la tropa marchara con rapidez, pero ya se alzaban aquí y allá algunos montes cubiertos de verde. Brelán dirigía un batallón de cuatrocientos caballeros y el capitán Guarner Casporro tenía el mando del resto, casi mil quinientas lanzas de infantería. No encontraron resistencia por el camino, pero los exploradores avisaron de que habían visto hombres a caballo en la lejanía.

—Ahora ya saben que vamos a Oliona —le dijo Casporro, un oficial veterano que parecía enfadado incluso al reír—. No permitirán que lleguemos a la fortaleza, señor Nicario. Vendrán por nosotros mucho antes. Y ellos son más. Vos no habéis participado aún en ningún combate auténtico.

—No, pero estoy preparado.

El veterano esbozó una mueca despectiva.

—Nunca se está preparado. Ya lo comprobaréis.

Brelán lo miró con dureza.

—No os gusto. ¿Podéis decirme por qué?

—Porque sois casi la mitad de joven que yo y ya tenéis una capitanía. Porque yo he tenido que tragar sangre y barro para llegar a este puesto y vos lo único que habéis hecho es salir de una amante del rey. Perdonad si os ofendo, pero no me he criado en la corte. En el fondo solo soy un maldito soldado. Además, vos preguntasteis. ¿Satisfecho?

—Lleváis razón. Soy joven y soy el bastardo del rey. Pero voy a dejarme el pellejo en esta misión, como cualquier otro, así que podéis meteros vuestros prejuicios por donde os quepan. ¿Satisfecho?

Casporro lo miró con una ceja levantada.

—Espero que tengáis los mismos cojones al combatir que al hablar. No quiero que mis hombres queden desprotegidos por una caballería inútil.

—Tal cosa no sucederá.

—Demostradlo cuando llegue el momento y es posible que empecemos a llevarnos bien. Hasta entonces seremos compañeros, pero no amigos.

Y se fue con sus sargentos mientras Brelán enrojecía y se tragaba la humillación. Pensó con amargura que tampoco sus propios hombres confiaban en él. No eran tan bruscos como Casporro, pero sus miradas resultaban igual de evidentes. Siempre había sido querido y respetado en la corte, pero aquí estaba solo. Aquí todos lo evitaban e incluso lo despreciaban. Luchó contra aquel sentimiento horrible de desamparo, sin dejar traslucir nada en su expresión.

Al día siguiente los exploradores volvieron con la noticia de que una fuerza enemiga de unos tres millares de hombres venía hacia ellos.

—Os lo dije —afirmó Casporro—. Tendremos que luchar en estos campos y vencerlos.

—¿Cuánta caballería tienen? —preguntó Brelán al mensajero.

—Unos quinientos jinetes. El resto es infantería.

—Señor Nicario —dijo Casporro—, vos os encargaréis de la caballería enemiga y mi gente resistirá la embestida de sus infantes.

—Ellos casi nos duplican.

—Entonces habremos de pelear con el doble de fuerza. Tenéis casi el mismo número de caballeros, así que vencedlos y luego venid en mi socorro.

—Hasta que eso ocurra no vais a resistir su empuje. Sois muchos menos.

—De la infantería me ocupo yo —atajó Casporro, muy enfadado—. Hacedme caso y ganaremos esta batalla.

—Aunque la ganáramos acabaríamos tan sangrados que de poca ayuda le seríamos a nuestros compañeros de Oliona.

—No os hagáis líos, señor Nicario. En el palacio podéis ser el hijo del rey, pero aquí no sois nadie.

Brelán lo miró con un ojo entrecerrado. Los sargentos los observaban y sabía que debía controlarse porque si se enfurecía estaría jugando el juego que le proponía Casporro. Miró el entorno natural que les rodeaba.

—Podemos hacer otra cosa. Fijaos en esos altozanos boscosos y en la llanura accidentada entre ellos. Propongo una celada. Unos trescientos caballeros podrían esconderse en el bosque mientras el resto de nuestros hombres pelea contra el enemigo, fijándolo al pie de los oteros. Entonces la caballería escondida haría una carga cuesta abajo, los golpearía por sorpresa en la retaguardia y los desfondaría, y la infantería lo remataría todo. Podríamos destruirlos a pesar de su superioridad numérica.

—¡No! —exclamó Casporro—. ¿Pretendéis que mi gente soporte lo más recio de la lucha sin apoyo alguno de caballería, en la esperanza de que los vuestros desciendan a tiempo? ¡Ni hablar! ¡No voy a confiar en un novato para que dirija esa carga!

—Yo no la dirigiré —repuso Brelán—. Me quedaré abajo, con vos, y con un centenar de jinetes, mientras el resto de mis caballeros atacan desde el bosque. El enemigo tiene que ver hombres a caballo, aunque sean pocos. De otro modo recelaría. Contendré aquí a los jinetes Ertalce, hasta que bajen los míos desde los montes boscosos.

—¿Estaríais dispuesto a hacer eso? —Casporro parecía confuso—. Seríais cien contra cuatrocientos o quinientos.

—No ha de ser mucho tiempo, lo justo para que las infanterías choquen. Entonces el grueso de la caballería saldrá del bosque y conseguiremos la victoria.

—O sois un valiente o un loco… Pero no voy a hacerlo. Obedeced y no habrá problemas.

—El mando es conjunto. No tengo por qué obedeceros si no estoy de acuerdo.

—¿Qué cojo…?

—¿Por qué no preguntamos a los sargentos qué les parece la idea? Señores, tenéis libertad para hablar.

La mayoría se decantaron por el plan de Brelán, pues enfrentarse sin artimañas a una fuerza tan grande era un suicidio. También Casporro lo entendía, y como era orgulloso, pero no estúpido, acabó por dar su brazo a torcer.

—Sea, Nicario. Pero no me la juguéis, ¿entendido?

El guía, un lugareño más amigo del dinero que de los Ertalce, les confirmó que había caminos naturales por donde los caballeros podrían subir a la fronda que los ocultaría hasta la batalla, pero les aseguró que eran senderos difíciles, así que debían ponerse en movimiento cuanto antes. Y así lo hicieron. En el llano, el resto se movieron hasta el lugar más conveniente para la batalla e hicieron noche en él. Al alba los exploradores volvieron con la noticia de la llegada del enemigo y cuando el sol estuvo alto los tuvieron a la vista. Los dos pequeños ejércitos se ordenaron para la batalla.

—Buena suerte, Casporro —le deseó Brelán cuando ya estaba sobre su caballo.

El veterano lo miró con desconfianza, pero sin poder ocultar su respeto.

—Buena suerte, Nicario. La vais a necesitar cuando os enfrentéis a toda esa gente a caballo.

Brelán fue con sus hombres y Casporro empezó a vociferar a los suyos. El ejército del rey se puso en marcha y la mesnada Ertalce lo imitó.

Brelán se adelantó con su menguadísima unidad de caballería, en la que había magos cuyas armas ya chisporroteaban y soltaban llamas brillantes. También había caballeros de la Fuente entre el enemigo, así como hombres con vestidos largos de color sangre, los túnicas rojas. Brelán sintió un miedo vertiginoso. Se preguntó de pronto qué diablos hacía allí. Lo más doloroso de todo era lo absurdo que le parecían ahora la patria, el reino, el deber, los ideales y todo ese pomposo etcétera. Solo había una verdad: la vida era maravillosa y él la ponía en riesgo. Ante el abismo de la muerte nada podía ayudarlo, nada salvo la obstinación. Deseaba dar la vuelta y huir como un conejo, convertido en un asqueroso cobarde, sí, pero un asqueroso cobarde *vivo*. Sin embargo, ya no había vuelta atrás.

La realidad lo abofeteó, tan nítida y cruda que hacía daño. El sinsentido cobró forma. Tenía la espada desnuda en el puño y la levantó.

—¡Por Brajairi! ¡Por el rey!

—¡Por Brajairi! —tronaron sus hombres—. ¡Por el rey!

Y ya no hubo lugar para el temor, ni siquiera para el pensamiento. La mente se entregó a la inmediatez de los actos. La caballería del rey y la de los Ertalce chocaron, las espadas chillaron, rugieron, tañeron contra los escudos, hendieron la carne desnuda, los animales relincharon y bufaron, se alzaron de patas y golpearon el aire, cocearon, caracolearon. Brelán recuperó el control de sí mismo en el seno de la violencia y en realidad todo le pareció muy fácil. Ya no temía morir, ni tampoco vivir. Un arrebato hizo presa en él y cuando mató al primer hombre, cuando le hundió la espada en la cara y abrió

aquella nariz en dos y vio sus ojos llenarse de sangre, experimentó una alegría tan furiosa que se supo dispuesto a morir por gozar de esta sensación. Comprendió que volvería una y otra vez al campo de batalla, herido, tullido, desmembrado, y que en realidad le parecía mejor acabar entre cadáveres sucios antes que en una cama limpia y rodeado de nietos; todo lo soportaría con tal de beberse este néctar maligno, este romper, tajar y asesinar. Siguió peleando y dio y recibió muchos golpes, hirió a otro hombre y —estaría dispuesto a jurar— mató a otro, pero al fin recuperó la cordura, tiró de las riendas y agitó su espada.

—¡Retroceded, caballeros de la Corona! ¡Seguidme!

Debían hacerlo porque no podrían resistir más tiempo a un enemigo tan grande. Apartó con golpes de espada e incluso de escudo a un contrario, esquivó a otro y salió por fin de la turba. Vio hombres en llamas y el hedor a carne abrasada le revolvió el estómago. Crujía el relámpago y bramaba el fuego. Los magos se enzarzaban en su propia lucha. A decenas, los hombres seguían a Brelán. La caballería enemiga empezaba también a reagruparse. Sin duda pensaban que Brelán y los suyos se darían a la fuga, pero él ordenó a sus gentes detenerse. Miró hacia el bosque elevado y se le cortó el aliento. No salían jinetes de él… ¡Nadie venía a socorrerlos!

—¡Capitán! —le gritó un caballero—. ¡Los refuerzos no llegan! ¡Debemos abandonar el campo ahora que aún podemos!

Brelán echó una mirada a la infantería regia, casi rodeada por su enemiga. En algún lugar, ahí dentro, se encontraba el endemoniado Casporro.

—¡Reagrupaos! —gritó Brelán—. ¡Vamos a contener de nuevo a la caballería Ertalce!

—¡Pero nos van a hacer pedazos!

—¡De aquí no se va nadie! ¡A callar y a obedecer!

Sus gentes lo siguieron, pues resulta difícil no ir tras un líder que no muestra dudas.

—¡Al infierno! —gritó—. ¡Cargad!

Su patética caballería empezó a moverse de nuevo hacia la oleada de jinetes. Otra vez el choque, otra vez la refriega caótica, cada vez más apurada porque estaban ya rodeados de enemigos. A Brelán le llovían golpes por doquier y apenas podía repelerlos con su espada y su escudo, tan abollado que pronto resultaría inservible. Los enemigos se apelotonaban contra ellos. No había estrategia ni táctica, pues iban a morir de todos modos. Esto, en lugar de hacerle sentir miedo, relajó su mente y le permitió pelear con una ira fría y precisa. Sintió un trallazo en el casco, un pitido interno le ensordeció y estuvo a punto de caer al precipicio de la inconsciencia. Se agarró a las bridas, el caballo relinchó bajo el sol y tuvo un pensamiento certero, sin

emociones: *Se acabó.*

Hubo empujones, otra violencia distinta, y hombres que escapaban. Atontado, Brelán oyó las voces:

—¿Qué es eso? ¿De dónde salen?

—¡Vienen del bosque!¡Son muchos! ¡Huyamos!

Brelán sonrió, se tragó su propia sangre y soltó una carcajada furiosa. Cargó contra un enemigo, casi lanzando su caballo al suelo. Los jinetes Ertalce empezaban a huir. Se gritaban unos a otros que los atacaban jinetes: cientos… ¡miles!, regimientos enteros que salían del bosque. El terror daba alas a la imaginación y en aquella locura no había forma de comprobar qué era verdad y qué mentira.

Los jinetes emboscados deshicieron la caballería enemiga y de inmediato echaron a trotar hacia la infantería Ertalce, que al verlos venir empezó a deshacerse en grupúsculos aterrados. Brelán era un racimo de dolores y agotamiento; jamás había imaginado tener una consciencia tan pura y torturada de su propio organismo; pero avanzaba junto a sus hombres, les gritaba y se les unía en la carga final, otra vez movido por fuerzas que le superaban. La caballería del rey golpeó a la infantería Ertalce por la retaguardia, como un mazo, y la obligó a huir de una vez por todas. Y la maltrecha infantería de Casporro presionó con renovadas fuerzas. Ocurrió la típica carnicería. Brelán volvió a matar seres humanos y la poca inocencia que quedara en él se fue por el sumidero.

La victoria fue rotunda y los mandos tuvieron que detener la degollina. En realidad hubo pocos prisioneros porque la mayoría de los vencidos se desparramó por los bosques cercanos. La caballería Ertalce, por supuesto, había desaparecido del mapa. El ejército del rey no podía perder el tiempo persiguiéndolos, así que arrojaron los cadáveres en fosas comunes, hubo una ceremonia breve por los caídos y Brelán y Casporro concedieron dos horas de descanso antes de que el ejército volviera a ponerse en marcha. Ya dormirían por la noche.

Ahora que había pasado todo, Brelán no podía dejar de temblar. Se daba cuenta de lo cerca que había pasado la guadaña y los nervios, contenidos durante la lucha, podían ya crisparse y exigir su ración de zozobra. La armadura había impedido que lo hirieran, pero estaba lleno de moretones. Le dolían todos los músculos, le dolían hasta los cabellos y las uñas, y estaba tan cansado que apenas podía pensar. Logró escabullirse hasta un lugar lejos de la tropa, se sentó en una piedra y empezó a jadear sin control. Se agarró las manos para detener los temblores.

—Siempre es así la primera vez. Luego, uno se acostumbra.

Brelán quiso que la tierra se lo tragara al ver a Casporro, con media cara hinchada y oscura, tan sucio como debía estarlo él, y con una bota de vino en la mano.

—Lamento que me veáis en este estado bochornoso —dijo Brelán.

—No os avergoncéis de nada. Echad un trago. Lo necesitáis.

Brelán agarró la bota que Casporro le tendía y bebió un chorro larguísimo.

—Gracias.

—Gracias a vos, señor Nicario. Aguantasteis con firmeza cuando otros se hubieran ido. No me dejasteis en la estacada.

—¿Sabéis por qué lo hice? Porque imaginaba vuestra cara mientras os decíais algo así como *Lo sabía, ¡era un cobarde!*, justo antes de que os hicieran picadillo.

Casporro tronó una carcajada y Brelán también acabó por reír.

—Me alegro de haberos dado ánimo —dijo Casporro—, aunque de esa forma tan rara.

—Por cierto —dijo Brelán—, ¿sabéis por qué tardaron tanto mis hombres? Resulta que el imbécil del guía se perdió en el bosque y al final encontraron de milagro el lado del monte que daba a la batalla. Tuve que ordenar a mis caballeros que no mataran al pobre diablo.

—¡Increíble! Un descuido de un guía puede costar la vida de miles de compañeros, una batalla y puede que hasta una campaña. No somos más que una piedrecilla a la que los dioses van dando patadas por capricho.

—Así es.

—Bueno, venga, venid. Estamos celebrándolo, contándonos unos a otros la batalla, y faltáis vos.

—¿Falto yo? ¿Admitís en vuestro selecto grupo de tragones de barro y sangre al niño mimado del rey?

—Si queréis mis disculpas vais de cráneo, señor mío. O venís o me devolvéis la bota y me largo.

Brelán sonrió y se levantó.

—Voy.

Lo recibieron con palmadas en la espalda y le felicitaron por su comportamiento valeroso. Brelán estaba sorprendido, pues no se esperaba todo aquel afecto y respeto, y al cabo de poco estaba perfectamente integrado en el grupo.

Al cabo de tres días llegaron a Oliona, pero los enemigos ya no estaban allí, pues huyeron en cuanto supieron de la derrota de sus compañeros y la venida de los refuerzos del bando del rey. Estos se reunieron con sus compañeros del castillo con muchos abrazos, risas y palmadas en la espalda. A pesar del bullicio, Brelán no pudo dejar de oír una conversación de varios soldados, poco cuidadosos con el volumen de sus voces:

—¡Mirad, allí está el bastardo! —decía uno—. Tendríais que haberle visto en la batalla. ¡Peleó como un demonio! Se nota que lleva dentro la sangre de su padre. También él sería un buen rey. Si se

pusiera la corona yo mismo le seguiría a cualquier lugar. ¡Y también le seguirían todos los hombres de este ejército, os lo aseguro!

Brelán dejó de prestar atención al soldado y volvió a la charla con los otros líderes. Pero las palabras de aquel hombre no se iban de su mente. Algo le impedía borrarlas por completo, algo que le hacía sentir no mariposas, sino águilas en el estómago.

24

Durante los últimos meses del 1604 no hubo cambios sustanciales en la guerra. Ni Bosco, ni Eilestag, ni Isenburo caían de una vez por todas. A la dificultad de expugnar esos bastiones titánicos se añadía la acción irritante de los regimientos Ertalce que se movían entre ellos. Era ya evidente que la guerra no tendría lugar solo en esos pocos núcleos imprescindibles, sino también sobre la red de castillos que les servían de apoyo. Se lograron victorias menores, pero en el balance general las fuerzas del rey no estaban avanzando.

Entonces llegó el invierno, con su gelidez, sus vientos cortantes y sus nevadas cansinas. La guerra hibernaba hasta la primavera, lo cual dejaba a las tropas del rey en mala posición; aunque muchas hallaron cobijo en las aldeas, ciudades y castillos conquistados, la mayoría tuvieron que pasar las heladas en campamentos de tiendas de lona —a veces ni eso— que apenas les protegían del mal tiempo. Los hombres dormían pegados unos a otros, como gatos de una misma camada. Muchos murieron por culpa de los enfriamientos y la fiebre.

Pero al fin llegó la primavera. Argaut sabía que otro invierno más como aquel acabaría con ellos, así que debían aumentar la presión. Envió un mensaje a todos los nobles vasallos de los Ertalce prometiendo no solo la amnistía para quienes los abandonaran, sino también puestos de poder cuando conquistara el señorío rebelde; y advertía que no habría piedad si persistían en su revuelta, pues no solo los líderes, sino también los soldados, del primero al último, serían hechos degollar. Sin esperar la respuesta, ordenó reanudar las operaciones en todos los frentes. Y en efecto no hubo compasión en las motas y bastiones tomados, y decenas, cientos y hasta miles de hombres de armas fueron puestos de rodillas, degollados y arrojados a fosas comunes. Sobre toda aquella tierra se alzó un llanto de esposas, madres, hijas y hermanas privadas de sus hombres. Pero la crueldad dio sus frutos porque no pocos castillos y burgos abrieron sus puertas a los ejércitos de la Corona. A veces eran los propios soldados quienes se amotinaban y obligaban a los jefes a rendirse, pues ellos también acabarían muertos si perdían.

En respuesta, Urguna Ertalce dictaminó que todo soldado del rey hecho reo por sus gentes sería igualmente ejecutado.

Era una barbarie, una guerra sin cuartel. Las crueldades se multiplicaron y unos y otros se ensañaron, movidos ya no solo por el

deber, sino también por el odio.

No obstante, la severidad del rey daba sus frutos. Más y más vasallos de los Ertalce preferían rendirse a pelear. Al fin y al cabo, Argaut III tenía fama de no detenerse jamás cuando empezaba una campaña y su ejército era más poderoso, así que a la larga habría de ganar; era mejor congraciarse con él mientras aún hubiera tiempo. La merma de los rebeldes permitió a las huestes regias concentrarse en los lugares importantes y por fin, a principios del otoño, los generales Gapacho Ñuño y Garzur Mindosindo tomaron Isenburo. La puerta del este quedaba abierta. Aquello fue un golpe terrible para los Ertalce y las deserciones se multiplicaron. Además, el invierno no volvería a hacerles el trabajo sucio porque las gentes del rey tenían ya techos suficientes para que ni un solo hombre durmiera bajo la lona o al raso.

En Gunabar, los machos fuertes de la manada volvieron a reunirse con la madre loba para buscar una solución para aquella crisis. Rayún Ertalce cojeaba debido a una herida en un muslo. La guerra le había enflaquecido, como a todos, y se le veía más viejo y amargado.

—Repito lo que dije hace un año: hemos de negociar.

—¡No! —gruñó Urguna. Había empezado a sufrir temblores incontrolables en la mano izquierda, que semejaba una especie de araña nerviosa con dedos decrépitos en lugar de patas—. No vamos a ceder. Aún somos fuertes. Y todo es un asco.

—Mi padre lleva razón, abuela —intervino Arlago Ertalce, que, como Rayún o su primo Laurón, tenía unas cuantas cicatrices más en el cuerpo. Solo Tibal estaba igual que siempre porque no había salido de Gunabar—. Hemos perdido decenas de castillos y los traidores se multiplican como hongos.

—¡Entonces los castigaremos! ¡Deben cumplir con su deber y servirnos como buenos vasallos, y qué asco!

—No se puede sujetar a los hombres solo mediante el deber —dijo Rayún—. Nuestra gente nos seguía porque les ofrecíamos mejores condiciones que a los otros aristócratas del país, pero desde que empezó la guerra cada vez ven menos ventajas.

—Bastardos ingratos —masculló Tibal—. Así nos lo pagan.

—Exacto, sobrino, así nos lo pagan, y nosotros no podemos ignorarlo. Los hombres son de tal manera y hay que jugar con las cartas que se tienen. No podemos inventarnos otras distintas.

—¡Pero vos proponéis la rendición! —protestó Tibal—. Sé que no podéis entenderlo, pero aquí nos jugamos mucho más que unos territorios o la gloria de nuestra familia. Es una lucha entre los dioses de Brajairi.

Rayún resopló con fastidio, pero no le respondió. Los miró a todos con dureza.

—Dejémonos de tonterías. Ellos son más fuertes. Han conquistado

Isenburo, una de las joyas de nuestra corona. El próximo año caerá Bosco en el oeste y en el centro perderemos Eilestag. Ahora aún mantenemos una ilusión de victoria entre nuestros fieles, pero si perdemos uno solo más de los grandes bastiones los nuestros nos abandonarán, uno tras otro, y será el principio del fin. Si vamos a perder esta guerra es mejor que lo hagamos de la forma menos lesiva para nuestros intereses, ahora que aún podemos imponer condiciones. Debemos negociar con el tirano. Yo mismo me ofrezco para dirigir los parlamentos.

—Parecéis tener mucha prisa por rendiros —dijo Tibal, sarcástico.

—Si no estuviéramos donde estamos os daría lo que os merecéis: una soberana paliza. Y no lo haría con el puño, como se pega a los hombres, sino con la mano abierta, como a los niños.

—No tolero que…

—¡Silencio! —ordenó Urguna, dando un golpe de bastón en el suelo—. ¡Basta de riñas! Laurón, hasta ahora has permanecido silencioso, y todo es un asco. ¿Qué opinas de todo esto?

—El tío Rayún lleva la razón. Tal como están las cosas, no podemos ganar. Pero no pienso rendirme. Antes morir que servir a ese malnacido con corona.

—Bien dicho, mi querido nieto, bien dicho. La vida no merece la pena si no se vive con dignidad, y todo es un asco. No voy a permitir que mi familia se humille. No vamos a negociar, ni a parlamentar, ni a ceder nada, y todo es un asco. Alto, Rayún, que aún no he acabado de hablar. Tampoco estoy dispuesta a perder la guerra. Venceremos.

—¿Cómo? —preguntó Rayún.

—Con la ayuda de nuestros vecinos, y todo es un asco. —Los labios agrietados se curvaron en una sonrisa lenta al comprender que le prestaban toda su atención—. Gricur. Ya sabemos que los gricurios vencieron este mismo año a sus enemigos de Ceiracán. El rey Otón el Gordo es un hombre mayor, pero enérgico, y además está ebrio de victoria. Se siente invencible. Es el momento perfecto para pedirle que nos apoye.

—¿Gricur contra Brajairi? —se extrañó Arlago.

—Gricur contra el tirano que gobierna Brajairi, que no es lo mismo, y todo es un asco. Nosotros los Ertalce también somos parte de Brajairi, de hecho somos la auténtica Brajairi, la parte más sana y noble de nuestro país. Somos la raza elegida, y todo es un asco, la que debe liderar a todas las demás de esta bendita pero ultrajada patria. La tragedia es que nos gobierna un vil follonero de sangre sucia y no un brajairio de tomo y lomo. Pero no voy a divagar más. El rey de Gricur tiene una cuenta pendiente con el tirano. Recordad que la loca de su hija se suicidó al poco de casarse con él y, por lo que se oye, Otón VII no lo ha podido olvidar. Ofrezcamos a un padre la posibilidad de

vengar a su hija, y todo es un asco.

—No suena mal —dijo Rayún—. Pero eso no le convencerá para lanzarse a una guerra contra el rey de Brajairi. Habrá que darle algo más sólido.

—En efecto, hijo mío. Y todo es un asco.

—A cambio de vuestra ayuda nuestra familia os ofrece su vasallaje —dijo Rayún—. Eso significa que todo el Señorío de Ertalce pasaría a ser de vuestra propiedad. Por supuesto, nosotros lo administraríamos en vuestro nombre y lo haríamos con lealtad y con justicia. En resumidas cuentas, Majestad, os ofrecemos casi una quinta parte de Brajairi.

Otón VII de Gricur no movió un solo músculo de la cara, pero sus ojos oscuros, duros como la piedra, chispearon. O al menos eso le pareció a Rayún, que se contuvo para no sonreír. Uno y otro estaban a los lados de una mesa enorme, en un salón de una fortaleza sureña de Gricur, cercana ya a Brajairi. Rayún había viajado con prisa al país vecino tras aquella reunión en que su abuela expuso el plan, sin importarle la nieve que empezaba a cubrir los senderos. Mandó por delante mensajeros que pedían audiencia a Otón VII y que le proponían *una alianza para poner a sus pies al rey de Brajairi*. Rayún esperaba que eso le granjeara la atención del monarca victorioso y estaba en lo cierto, porque el propio Otón viajó hasta aquel castillo sureño para reunirse lo antes posible con el embajador de los famosos Ertalce de Brajairi, que, como todo el mundo sabía, se enfrentaban a su propio rey.

A Otón VII le llamaban *el Gordo*, pero nunca había sido flojo ni vago, sino más bien un mastodonte que se llevaba por delante cuanto entorpeciera su camino. Tenía cincuenta y ocho años y la vejez había ablandado sus rasgos, le había inflado la papada, le había robado el pelo del cráneo y había blanqueado el del rostro… Pero su espalda y sus hombros aún daban miedo y todavía tenía una mirada inteligente y agresiva. Este rey batallador había pasado la mitad de su reinado enzarzado en guerras contra sus dos grandes enemigos, Brenit y Ceiracán. Hacía mucho que Brenit había perdido las esperanzas y Ceiracán fue derrotado el año anterior. Otón VII estaba ahora en la cumbre de su gloria, pero no parecía más sereno ni satisfecho. Era de esa clase de hombres a los cuales la vejez no amansa, sino que vuelve rencorosos y agrios.

También estaba allí su hijo mayor, el príncipe Chabutaco. Tenía cuarenta y un años y había salido a la madre, no al padre. Era un

hombre alto y delgado, aunque con el estómago flojo. Tenía la nariz bulbosa, los ojos saltones y azules y las facciones colgantes, como las de un chucho tristón. Había luchado en las guerras de su país, a veces junto a su padre, pero se rumoreaba que le gustaban más los libros que las espadas. Resultaban célebres los desencuentros con el rey, que, sin embargo, confiaba en él y le dejaba al cargo del país cuando él iba a la guerra. Su mirada penetrante estaba clavada en Rayún Ertalce. Como su padre, guardó silencio durante muchos latidos, tras aquel ofrecimiento extraordinario.

Otón tomó la copa de bronce y dio un trago. Se pasó el vino de un carrillo al otro mientras meditaba y después lo tragó. Miró con dureza a Rayún.

—El vasallaje de los Ertalce. ¿Pero no sois ya vasallos del rey de Brajairi? ¿Y no os habéis revuelto contra vuestro señor? ¿Qué me asegura que no lo hagáis también contra mí en el futuro? ¿Por qué ibais a serme leales cuando ahora os comportáis como traidores?

Rayún contaba con que intentaran enfurecerle para así hacerle perder la calma y cometer algún error, pero era perro viejo en estos asuntos. Además, había heredado de su padre la templanza que su madre no tenía.

—Los Ertalce somos fieles hasta la muerte al señor que lo merece. Tratadnos con justicia y respeto y nuestra lealtad no tendrá una sola grieta. El tirano que gobierna mi patria ha incumplido los acuerdos que con nosotros firmara tiempo atrás. Los he traído conmigo por si queréis ver las pruebas. Pasa por encima de nuestros derechos y libertades y nos considera no sus servidores, sino sus esclavos. Y eso, Majestad, no podemos consentirlo.

—Ya. —Otón sonrió de lado—. Bueno, vamos a dejarnos de palabrería. Os habéis rebelado contra vuestro rey; que este sea malo o bueno, honesto o ruin, no es cosa que yo quiera valorar. Estáis siendo aplastados y por eso venís ahora a lamer mis botas y a suplicar ayuda.

—Suplicar no, Majestad, porque nosotros no le suplicamos nada a nadie. Pero sí pedimos; y a cambio, ofrecemos. Pedimos ayuda y ofrecemos una alianza jugosa. Os ofrecemos nuestro territorio.

—El territorio que pertenece a la Corona de Brajairi y que se os cedió en tenencia.

—Puede ser, Majestad, pero vos sabéis tan bien como yo que la tierra es de quien más fuerte empuña la espada que la defiende. Y esa tierra puede ser ahora vuestra porque vos sois el rey más fuerte de Escaldrai. Yo también soy hombre de discurso recto, Majestad, así que os diré que estamos perdiendo la guerra y por eso pedimos vuestra alianza. Pero no somos unos pordioseros. Somos el clan más poderoso de Brajairi, tanto, que ponemos en dificultades al rey de nuestro país. Os damos la posibilidad de incorporar nuestro señorío a la nación

gricuria.

—¿Y no os importa dejar de llamaros brajairios? ¿Estáis dispuestos a vender un pedazo del país a un reino extranjero?

—Los Ertalce amamos Brajairi. Pero a lo que más amamos los Ertalce es a los Ertalce.

Otón se pellizcó la papada.

—Y venís aquí a ofrecerme vuestra *lealtad*.

—Entre un tirano propio y un rey justo extranjero, elegimos al extranjero, que tendrá nuestra lealtad mientras nos trate con justicia y honor.

—¿Y si no lo hace así?

—Entonces nos tendrá frente a él con la espada desnuda, igual que ahora luchamos contra el tirano.

Otón guardó silencio.

—Basta —intervino el príncipe Chabutaco—. Venís aquí con arrogancia cuando deberíais ser humilde con aquel a quien pedís auxilio.

—Alteza, lamento haberos causado esa impresión —dijo Rayún—. Pido disculpas. Si queréis puedo usar términos más diplomáticos, pero creo que todos ya nos entendemos.

—Ir a la guerra contra Argaut III de Brajairi no es cosa baladí —dijo Chabutaco—. Pedís mucho para salvar a vuestra familia.

—También ofrezco mucho, Alteza. Y no debería mostrar dudas quien ha aplastado tanto a Brenit como a Ceiracán. Pensaba que los gricurios no temíais al rey Argaut III.

—¿Cómo osáis? —exclamó Chabutaco—. ¡Nosotros los gricurios no le tememos a nadie!

—Entonces demostradlo, Alteza —contestó Rayún—. Tenéis la oportunidad de aumentar vuestro patrimonio de un solo golpe. Si no lo hacéis es solo…

—Cuidado, señor Ertalce —intervino Otón, con voz ronca y ominosa—. Nuestra paciencia de anfitriones tiene un límite.

—De nuevo pido disculpas, Majestad. Si me apasiono es porque veo una oportunidad muy buena y me dolería que no la aprovecháramos todos. Nosotros os abriríamos las puertas para que vuestro ejército entrara en Brajairi y una vez en el interior, y con nuestra ayuda, el tirano sería incapaz de echaros. Al final habría de ceder y firmar una paz que reconociese vuestra presencia en Brajairi. Incluso podríais extenderos y conquistar otros señoríos. Pensadlo, Majestad. Imaginad la gloria que añadiríais a vuestra dinastía, a vuestro país y a vuestra propia persona.

Otón se pellizcó la barbilla globosa, pensativo, y Rayún reprimió una nueva sonrisa. El anzuelo tocaba la boca del pez.

—Otra guerra. Y contra Brajairi, que hasta el momento no era

enemigo declarado de Gricur.

—Majestad —prosiguió Rayún—, en el ajedrez de los países lo único importante son los intereses propios y cuando otros los obstaculizan se les convierte en enemigos.

—Sois un cínico —dijo Chabutaco.

—Mi lenguaje es brusco, pero no distorsiono las cosas. Las desnudo. Además, el rey Argaut III no ha demostrado ser nunca amigo vuestro, sino más bien lo contrario.

Otón entrecerró un ojo.

—¿A qué os referís?

—¿Me permitís hablar con franqueza, Majestad?

—Sí.

Era el momento de lanzar el golpe último y demoledor, el que pondría el collar a este perrazo para después hacerle pasear por donde él quisiera. Rayún aparentó pesadumbre.

—Majestad, todos sabemos lo que le hizo Argaut III el Felón a vuestra hija Isela, que fue reina de Brajairi.

Otón levantó la cara y abrió un poco más los ojos, pero nada dijo. Chabutaco los entrecerró con ira e iba a protestar, pero su padre lo contuvo con una mano.

—Gracias, Majestad —continuó Rayún—. Es un tema doloroso para vos, pero no puedo soslayarlo. La reina Isela fue muy querida por las gentes de Brajairi. El pueblo la amaba. Sí, es cierto, no exagero: la amaba. Y todos los brajairios saben también que el canalla de su esposo la humilló y vejó, que la traicionó acostándose con mujerzuelas. Incluso tuvo dos bastardos con una manceba, a la que por cierto encumbró por encima de todas las damas y hasta le dio títulos nobiliarios. Vuestra hija, la reina, debía soportar día tras día, hora tras hora y latido a latido el agravio de ver a su rival pasearse por toda la corte. Y cuando se lo reprochaba a su marido, él se reía de ella. Es notorio y público que se burlaba de vuestra hija a menudo y que ella tenía que huir a sus aposentos bañada en lágrimas, mientras el rey y la guarra que le calentaba la cama, bastante borrachos, se carcajeaban de ella sin recato. Eso la llevó a cometer el atentado contra su propia vida. Eso y no otra cosa. Y el tirano incluso ha tenido la osadía de achacarlo todo a una hipotética inestabilidad mental de vuestra propia hija… ¿Podéis creerlo? Pero… No, no puede ser… ¿Acaso os dijo a vos lo mismo? No sería capaz, ¿verdad? —Otón lo miraba con tal odio que Rayún estuvo a punto de callarse. Pero comprendió que ese odio no iba contra él, así que decidió explotar el triunfo. Además, su madre le había aconsejado que abriera la herida todo lo que pudiera—. ¡Por Braladur, qué canalla! ¡También os dijo eso a vos! ¡A *vos*! Ese rey felón esparció la hablilla de que vuestra hija estaba loca de atar y la convirtió en una enajenada ante todos, pero

fue *él* quien la arrastró a su triste fin. ¿Y sabéis qué hizo después el muy degenerado? Ese villano impúdico volvió de inmediato a encamarse con la furcia que le había dado los dos lechones adulterinos. Y tened en cuenta una cosa, Majestad: uno de esos bastardos, cuya presencia viva es el peor insulto para vuestra hija, uno de ellos, digo, *dirige uno de los ejércitos contra los que yo ahora peleo.*

—¿Pero qué decís, miserable? —bramó el rey—. ¡Eso no puede ser cierto! ¡No se atreverá a tanto ese malnacido!

—Se atreve, Majestad, ¡claro que se atreve! ¡Pero no acaban ahí la vileza y la ignominia! A la otra bastarda la va a casar con el rey de Élamos, cuya hermana, por cierto, es ahora la reina de Brajairi. Y este otro asunto tampoco es el moco de un pavo, pues ¿se puede concebir mayor horror que tener una reina elamosia en tu propia tierra, alguien que ni siquiera le reza a Braladur, sino a unos ídolos asquerosos que atentan contra toda sana moral y buenas costumbres? ¡Pues sí, se puede concebir! Es más, ¡sucede! La sucia bárbara ocupa el trono que debería ser de vuestra hija. ¡Tenemos a una salvaje en lugar de una buena reina escaldraia! ¡El país entero está avergonzado! No creáis que los brajairios os mirarán con malos ojos si venís a acabar con el traidor que ahora nos abochorna ante todo Dirtán.

Otón se llevó las manos a la cabeza.

—Los hijos bastardos… El fruto de la traición… No puede ser…

—Lo es, Majestad, ¡lo es! Un bastardo de la misma fulana que se reía de vuestra hija a mandíbula batiente y con voz chillona, ese bastardo ahora está mandando ejércitos. Y la otra bastarda va a ser reina de un gran país. Lamento deciros esto, pero el espíritu de vuestra hija no puede descansar tranquilo. ¡Esto clama venganza, Majestad!

—¡Callad de una vez! —explotó Chabutaco—. ¡Estáis hiriendo los sentimientos de mi padre! ¡Dejad de sembrar cizaña!

Rayún asintió con gravedad, aunque por dentro sonreía al ver la ira del rey. Sin duda había puesto en palabras todas las sospechas que aquel hombre no había osado explorar. Ahora que otro las vestía con trajes de voz, por fin las tomaba como reales.

—Me he propasado, Majestad y Alteza. Ruego vuestras disculpas.

—Salid, señor Ertalce. El rey y yo tenemos que deliberar.

—Por supuesto, Alteza. Espero vuestra decisión y de nuevo agradezco el interés que me habéis prestado.

Una vez fuera no pudo controlar su sonrisa de satisfacción. En el pasillo lo esperaba su hijo Arlago.

—¿Cómo ha ido, padre?

—Van a tardar un poco para hacerse los importantes, pero esta gente comerá de nuestra mano. Ya lo verás.

Dentro, Chabutaco se había puesto en pie y paseaba de un lado a otro con signos de inquietud.

—¿Vais a prestar oídos a ese follonero, padre? Lo único que quiere es nuestra ayuda para salvar el cuello de su gente y luego nos traicionará, como ha hecho con su rey.

—El rey de Brajairi… Ese infame.

—¡Por Braladur! ¿Es que no os dais cuenta de que quiere engatusaros con esos cuentos sobre mi hermana?

Otón lo miró con ira, pero al final suspiró.

—Ya lo sé, hijo, ya sé que ese hombre es un bribón redomado. Sé que contaría mil y una patrañas para asegurarse mi ayuda. Pero lo peor es que no son patrañas. Puede ser un canalla, pero ha puesto verdad sobre verdad. Es lo que yo siempre he creído: una hija mía *no puede* estar loca. Fue mi yerno quien la calumnió para que nadie le culpase a él. ¡En qué mala hora le entregué a mi niña inocente y pura! Y saber que ni siquiera ha tenido la vergüenza de esconder a sus bastardos y que los trata como a príncipes… Eso me envenena, hijo mío, ¡no puedo soportarlo! Rayún Ertalce es un liante, pero lleva razón en una cosa: mi querida niña no puede descansar en paz. Su alma pide justicia y yo he de dársela.

—No, Majestad. Vos creéis lo que deseáis creer. Solo Braladur tiene cuentas con los muertos; nosotros debemos ocuparnos de los vivos, de nuestros propias cuentas, no de las ajenas.

—En efecto, hijo, debemos ocuparnos de nuestras cuentas. Y yo tengo una que saldar con el asesino de mi hija.

—Él no mató a Isela, padre.

—¡La mató y tiene que pagar por el crimen! Tú tienes hijos. ¿Podrías vivir tranquilo si el verdugo de uno solo de ellos siguiera con vida? ¡Vamos, contéstame!

—Yo solo sé una cosa, padre: acabamos de terminar una guerra contra Ceiracán que nos ha dejado quebrantados. El ejército no es lo que era y además tenemos que mantener nuestra autoridad en los territorios que hemos arrebatado a los bárbaros. No es momento de luchas, sino de orden y sosiego. Ceñíos a la política, por favor.

—¿La política? Bien, hablemos de eso. El Ertalce nos daría la puñalada en cuanto pudiera, pero lleva razón en que esta es una buena oportunidad para Gricur. Ellos nos abrirían las puertas y nuestro ejército entraría en un país donde tendríamos ya ganado mucho territorio. El trabajo estaría medio hecho.

—Entrad en razón, os lo suplico. No es tiempo de más guerras.

—Para ti nunca es tiempo de guerras. En eso te pareces a tu madre, que Braladur la tenga en su gloria. Pero Gricur se ha hecho grande no por la pluma, sino por la espada. Ahora tenemos otra oportunidad y sería casi una traición a nuestro reino no aprovecharla.

—¿De veras queréis empezar otra guerra? —preguntó Chabutaco, consternado.

—Sí. Y la ganaré, como las demás. Yo mismo dirigiré la hueste.

—¿Vos?

—Sí, yo. No soy ningún viejo blando ni chocho. Estuve con mis ejércitos en Ceiracán el año pasado y me gusta esa vida. Además, he de ajustarle las cuentas al Rey Felón. No descansaré hasta poner su cabeza y la de su bastardo capitán de ejércitos en la picota. No me mires así, hijo mío, y no me regañes. Tú no lo entiendes, pero un día lo comprenderás. Te necesito aquí, en Gricur, para manejar los asuntos del reino en mi ausencia. Quiero que redactes un buen tratado de vasallaje. Al perro Ertalce hay que ponerle una correa corta. Pero por ahora no vamos a contestar a ese alborotador. Que espere unos días, o semanas. Además, hasta la primavera no podríamos ponernos en movimiento, pero cuando las nieves se deshagan yo mismo iré con la mesnada a Brajairi y entonces ese sinvergüenza pagará por lo que le hizo a mi niña. ¿Me ayudarás? ¿Cuento contigo? Recuerda que soy tu rey además de tu padre.

Chabutaco lo miraba con tristeza y resignación.

—Por supuesto que os ayudaré, Majestad. Siempre lo he hecho.

25

La primavera llegó con prisas, cálida y arrolladora, y deshizo a soplidos el diente de león del invierno. No habían acabado de fundirse las nieves cuando la hueste gricuria penetró en Brajairi. Trece millares de hombres del país vecino entraron desde el norte, como el gusano hambriento en la manzana. Pasaron por Mac y Craital y continuaron hacia el sur. Se les iban uniendo regimientos Ertalce y todos juntos avanzaban con rapidez, pues querían golpear al enemigo por sorpresa. Cruzaron el Tarmag por Neor y se aproximaron a Jaicén.

En las cercanías de aquel bastión estaba el ejército de los generales Ñuño y Mindosindo. Habían dispuesto el aparato sitiador y esperaban tomar la plaza ese mismo año, como hicieron el anterior con Isenburo. Después conquistarían Neor y Amila y seguirían marchando hacia el oeste, rumbo a Gunabar. Las perspectivas eran buenas.

Esa mañana Gapacho Ñuño contemplaba las torres de Jaicén. Los magos volverían a castigar las puertas de la muralla y sus defensas mágicas, pero si eso no funcionaba ya estaban casi listas las cinco catapultas. Lanzarían bolachas de piedra que destrozarían los muros, por la brecha penetraría la hueste y la plaza quedaría sentenciada. Tal vez no hiciera falta llegar a tanto, pues en cuanto los defensores vieran los ingenios de artillería quizás pidieran negociar. Y como además de militar era sobre todo diplomático, él siempre estaba a favor de los parlamentos, sobre todo cuando tenía todos los triunfos. El éxito se le antojaba cercano y además el día era soleado y hermoso. Se sentía feliz.

Llegó un hombre a la carrera, un ayudante de su camarada Garzur Mindosindo.

—¡Señor! ¡El general Mindosindo me ha enviado a deciros que desea hablar con vos cuanto antes! ¡Acompañadme, os lo ruego!

Ñuño lo miró con extrañeza y lo siguió.

Al cabo de poco estaba en el pabellón del Estado Mayor, donde lo esperaban el otro general y los principales capitanes y alféreces. Mindosindo estaba pálido, como si hubiera visto un fantasma. Dijo:

—Señores, tengo malas nuevas. Acaba de venir un explorador de nuestras avanzadillas del norte con noticias tan espantosas como sorprendentes. Se nos aproxima un gran ejército. Viene del norte, de Neor. No se sabe aún su tamaño exacto, pero sin duda supera las quince mil lanzas. Nuestras patrullas tuvieron que huir y no pudieron

averiguar más, pues ellos enviaron caballería ligera para cazarlos.

Los presentes se miraron unos a otros con asombro. Un capitán de caballería dijo:

—Pero si son los Ertalce, ¿de dónde han sacado tanta gente?

—No son Ertalce, o al menos no son solo ellos —respondió Mindosindo—. Los exploradores me han descrito sus banderas y no hay duda de que ese ejército viene de Gricur. Lo peor es que entre ellos también hay pendones de Casas vasallas de los Ertalce. Los gricurios se han aliado con el enemigo. *Son* el nuevo enemigo.

—¡Pero eso es un disparate! —exclamó otro capitán—. ¡Los gricurios no tienen cuitas con nosotros! ¿Por qué iban a atacarnos ahora? Quizá los exploradores están confundidos o han exagerado.

—No —intervino Ñuño—. Aunque es aterrador, en el fondo resulta lógico. Gricur acaba de terminar una lucha victoriosa contra Ceiracán. Tal vez se crea lo bastante fuerte como para atreverse ahora con nosotros, cuando estamos enzarzados en una guerra civil. Los Ertalce les han dejado entrar por sus fronteras, donde no hay castillos defensivos de la Corona.

—Luego se trata de una invasión —murmuró un alférez.

—No lo sabemos aún con exactitud —contestó Mindosindo—, pero hay que contar con ello. Por lo pronto, ese ejército viene hacia nosotros y a la mayor velocidad. Hasta un bobo comprendería que quieren romper el sitio.

—Y es posible que lo logren —repuso Ñuño—. Nosotros tenemos aquí apenas diez mil hombres. No podemos hacerles frente.

—Pues no tenemos otro remedio, porque estarán aquí mañana o en dos días a más tardar.

Hubo un silencio de horror.

—¡Por Braladur! —exclamó alguien.

—Señores —dijo Mindosindo—, tenemos dos opciones: huir o pelear. Si nos vamos perdemos Jaicén y tiramos por la borda todo el trabajo que hemos hecho aquí. Pero si nos quedamos lo más seguro es que nos venzan.

—Y no hemos metido en la cuenta a las tropas de Jaicén —intervino Ñuño—, que por supuesto saldrán a ayudar a sus salvadores. Es imposible ganar. Debemos abandonarlo todo e irnos de aquí cuanto antes. Perdemos Jaicén, pero conservamos nuestras fuerzas y nos preparamos para atacarlos en el futuro, cuando haya posibilidad de victoria. Si ahora nos destruyen, ¿quién protegerá todo el este de Brajairi de los invasores? Solo si volvemos a nuestras bases de Isenburo y Gocha levantaremos una presa que contendrá la avalancha. Y daremos tiempo al rey para que nos envíe refuerzos.

—El señor Ñuño lleva la razón —dijo Mindosindo—. Con todo el dolor de mi alma os digo que nos tenemos que ir. Pero ni siquiera eso

es fácil porque apenas tenemos tiempo para levantar este campamento de asedio antes de que nos alcancen. Y aunque lo consiguiéramos ellos nos perseguirán como perros de presa. Tal vez nos obliguen a dar la batalla incluso antes de que lleguemos a Gocha.

—Necesitamos tiempo… —murmuró Ñuño—. Ya sé lo que vamos a hacer, señores. Les enviaremos una embajada para parlamentar y eso les obligará a detenerse. Alargaremos esas conversaciones lo máximo posible para dar un tiempo precioso a nuestro ejército.

—Brillante —dijo Mindosindo—. Pero esos parlamentarios correrán peligro; si el enemigo se huele la añagaza los harán reos o incluso pueden matarlos. Los gricurios han invadido un país sin avisar, así que no respetan los códigos. No debéis ir vos, señor Ñuño. Se os necesita aquí.

—No iré, pero enviaré personas de mucha valía. Nos darán el tiempo que necesitamos.

La reunión no se alargó porque ahora cada latido era un lujo. Se dio la orden de levantar el campamento entero y Ñuño fue a hablar con un hombre en el que confiaba para liderar la misión diplomática. Luego, se unió a los otros mandos. Lo que había empezado como un día prometedor se había convertido en pesadilla.

Ni siquiera se les permitió escapar en paz. Jaicén abrió sus puertas y por allí salieron dos regimientos de caballería que los atacaron cuando empezaban a marcharse, es decir, cuando más vulnerables eran. Parecía claro que se les había avisado de la llegada de refuerzos y ya no temían enfrentarse al gigante. Los realistas intentaron repeler la correría mediante la caballería ligera, pero el enemigo causó mucha mortandad antes de escapar de vuelta a la plaza. Los realistas no podían perseguirlos, ahora que se tenían que ir, así que hubieron de tragarse la humillación, recoger a los heridos y partir sin enterrar a los compañeros muertos. Pero ese no fue el último disgusto: los jaicenenses estaban crecidos y su caballería se dedicó a perseguirlos desde la distancia, pues sabían que el ejército de la Corona no podía detenerse para plantarles cara. Mindosindo y Ñuño colocaron unidades de infantería para defender los costados y la retaguardia de la serpiente de hombres, así como regimientos de caballería ligera para frenar las cargas jaicenenses. Al caer la tarde se produjo un choque de caballerías que causó estragos en ambas partes y no dejó un vencedor claro. La acción de la caballería jaicenense hacía lenta la huida.

Al alba hubo otra batalla de jinetes. Pero esta vez los jaicenenses venían con mesnadas de bandera gricuria, así que los caballeros de la Corona fueron arrollados y tuvieron que escapar de vuelta con los suyos. Además, los exploradores traían las peores noticias: el gran ejército gricurio estaba tan cerca que los alcanzaría en menos de un

día, mucho antes de que llegaran a Gocha o a cualquier otro bastión amigo. Parecía evidente que el artificio de la embajada no había tenido resultado y lo más probable es que ahora el diplomático y su escolta fueran simples reos, o cadáveres.

Debían combatir. Era la única opción posible. Y era mala. Se eligió una extensa llanura. Ñuño y Mindosindo ya estaban ordenando las tropas en orden de batalla cuando el enemigo monstruoso apareció sobre la línea del horizonte. Era el 2 del tercero de 1606 y, por la cercanía a una aldea del mismo nombre, a lo ocurrido allí se le llamó después la Batalla de Alabaque.

La noticia le llegó al rey de Brajairi mientras dirigía las operaciones de asedio de Eilestag. Al bastión le quedaba poco para ser conquistado de una vez por todas y después le seguirían Gunflac y Gunabar. Por supuesto, Argaut no sabía nada de la invasión gricuria y todo se le vino encima al leer la carta que le había traído un jinete agotado. El rey tuvo que sentarse en la silla de su tienda. La releyó, incapaz de dar crédito a las noticias. Al final no tuvo más remedio que aceptar la horrible, la espantosa, la inconcebible verdad. Ordenó una reunión de los mandos de su ejército para darles cuenta de todo. Les habló sobre la invasión de Gricur, el abandono de Jaicén, la huida del ejército de Ñuño y Mindosindo y, por último, la batalla de Alabaque:

—Fue una catástrofe —dijo, con voz lúgubre—. El ejército invasor destrozó a nuestros guerreros. Muchos huyeron cuando las cosas se pusieron mal y consiguieron llegar a Gocha y a otros castillos de la zona, o bien se escondieron en los montes y los bosques. Por lo que se sabe hasta el momento, dos tercios de nuestro ejército oriental ya no existen. Esta carta —levantó el papel, muy arrugado porque lo había estrujado varias veces entre sus dedos— es de hace siete días. La escribió uno de los capitanes que pudo escapar junto a sus hombres. Dice que fueron enviadas otras misivas semejantes a Longaza y a todas las grandes ciudades del sur y el este de nuestro país. En estos siete días es posible que las cosas hayan empeorado. Puede que ya ni siquiera exista el tercio superviviente del Ejército del Este. Según algunos testigos, los generales Ñuño y Mindosindo murieron en la lucha.

El silencio se volvió trágico. Era como si algún parásito invisible les hubiera chupado las energías y les hubiera convertido en seres aturdidos.

Al rey la guerra le había avejentado, como a todos, pero ahora se

le veía demacrado por aquellas noticias aciagas; las ojeras negras y las arrugas de la frente eran más hondas y la piel se estiraba sobre los huesos. Levantó la cabeza y los miró de un modo que les obligó a apartar la vista.

—Nos han atacado a traición, señores. Mi país ha sido invadido.

—¡Esto es intolerable! —gritó alguien.

Fue la primera de las muchas exclamaciones que la siguieron y que convirtieron la tienda en un guirigay. Argaut comprendió que debía dejarles explayarse, pero al final levantó las manos.

—¡Silencio! Tengamos calma. Ahora conviene mantener la cabeza fría.

—Antes de nada, Majestad —intervino el general Rayún Coloncho, el segundo al mando en el Ejército del Centro—, debemos conocer la magnitud de la amenaza.

—Según esta carta, el ejército invasor tiene unos catorce o quince mil hombres. Por supuesto, se les han unido las mesnadas de los Ertalce que había por la zona. Hemos perdido Jaicén y los pequeños castillos que lo rodeaban e incluso podríamos perder Gocha e Isenburo.

—Es extraño… —intervino Argaut Farago, maestre del Alba Dorada—. Gricur es una nación rica y poderosa. Si deseara invadirnos por completo habría empleado a más gente.

—No tan raro —respondió Coloncho—; los gricurios se duelen aún de la guerra contra Ceiracán. Un país con tantos enemigos no puede emplear todo su ejército contra nosotros.

—Pero precisamente por eso, porque no puede invadir Brajairi entero sin emplear todas sus tropas, parece absurdo que embista de tal manera. ¿Acaso pretende tomar Longaza solo con quince mil hombres?

—No creo que ese sea su objetivo —repuso Argaut—. Creo que los gricurios solo quieren el Señorío de Ertalce. Esa familia y los suyos son sus nuevos aliados. Allí podrían establecerse sin dificultades.

—Y entonces nunca ganaríamos esta guerra —masculló Coloncho.

Argaut lo miró con el ceño fruncido, pero no dijo nada. Miró el mapa.

—¿Quién gobierna ahora Gricur?

—Otón VII el Gordo, Majestad —respondió alguien.

Argaut levantó las cejas. Asintió dos veces, despacio.

—Ahora lo entiendo. No se trata solo de política. Es también algo personal. Otón VII es el padre de mi anterior esposa, la reina Isela, que como todos sabéis se quitó la vida. Estaba enajenada, pero mi suegro me echó la culpa a mí, nunca me perdonó y de hecho me prometió que si algún día tuviera la oportunidad, me devolvería el golpe. ¡Y ahora este viejo rencoroso está cumpliendo la promesa! ¡Maldita sea la

madre que lo parió!

—¡Y malditos sean los Ertalce! —exclamó Farago—. Jamás un rey tuvo vasallos tan traidores. Gricur habrá exigido algo a cambio de su ayuda, así que deben de haberle entregado no solo su lealtad, sino todo su señorío. ¡Han vendido a un extranjero parte de Brajairi!

—No os extrañe tanto —dijo Argaut—. Los Ertalce entregarían Dirtán entero a Blica con tal de salvarse a sí mismos. Cuando creíamos tener ganada la guerra somos nosotros los amenazados. Esto es una pesadilla interminable.

—¿Qué vamos a hacer, Majestad? —preguntó el general Coloncho.

Cayó el silencio.

—La conquista de Eilestag o de cualquier otra plaza fuerte ha dejado de ser un asunto prioritario —dijo el rey—. En realidad, toda la guerra contra los Ertalce ha pasado a un segundo orden, pues ahora tenemos un invasor extranjero en Brajairi. Debemos abandonar todos los asedios, reunir un ejército formidable y llevarlo al este. Mañana mismo abandonaremos Eilestag. Se nos unirán tropas de Longaza y también las del Ejército del Oeste. Formaremos una fuerza aplastante que cruzará Ortanca por la Garganta y después buscará a los invasores para destruirlos. No podemos tolerar que sigan dentro de nuestra casa, haciendo de las suyas. Ya no se trata de una lucha contra nobles rebeldes. Ahora es una guerra internacional, país contra país: Brajairi contra Gricur.

Esa misma noche llegaron dos cartas más, procedentes del este.

Una estaba firmada por un alto mando brajairio, huido de la batalla de Alabaque y refugiado en Gocha. En ella se informaba que los gricurios habían ejecutado a todos los prisioneros. Se decía también que el ejército de Gricur no había iniciado ningún asedio contra Gocha, sino que estaba arrasando y devastando los campos de Brajairi, como haría cualquier horda bárbara. Actuaba con crueldad y los daños eran mayúsculos.

La segunda carta llevaba el sello real de Gricur e iba dirigida al rey de Brajairi.

Argaut la leyó delante de su Estado Mayor. En ella se decía en lenguaje cortés pero firme que, debido al comportamiento injusto que la Corona Brajairia había mostrado hacia sus leales vasallos de la familia Ertalce, el país de Gricur aceptaba la nueva oferta de vasallaje de esa familia noble y ultrajada y tomaba como suya la defensa de sus intereses. Por eso, se pedía al rey de Brajairi que declarase el fin de la

guerra y devolviera a los Ertalce los derechos y libertades que les había quitado, cuestión que originó el conflicto. Además, debía pagarles una compensación económica. Si ello sucediera, Gricur con gusto retiraría sus tropas fuera del Señorío de Ertalce —que ya era suyo por razones de vasallaje— y aceptaría con alegría la paz entre ambos países, que debían ser siempre aliados y amigos por razones de proximidad. Pero si el rey de Brajairi se obstinaba en su persecución contra la familia Ertalce, a Gricur no le quedaría otro remedio que seguir peleando por lo que consideraba un motivo justo y noble.

La firmaba el propio Otón VII.

—Esto es increíble —musitó el general Coloncho—. Ahora resulta que *nosotros* somos los que hemos cometido la injusticia y que hemos de pagarle a los Ertalce una multa, cuando son ellos los que han entregado un trozo de su propio país a un extranjero. ¿Se ha vuelto loco el rey de Gricur?

—No se ha vuelto loco, ni mucho menos —dijo Argaut, sombrío—. Sabe que no podemos aceptar unas condiciones tan intolerables. Busca la guerra.

—Si su objetivo fuera tan solo quedarse con el Señorío de Ertalce —intervino el maestre Farago— habría hecho las cosas con más suavidad. Pero su comportamiento es brutal; no tiene piedad con los prisioneros y está devastando nuestros campos.

—Ya os lo he dicho, señores —dijo Argaut—. No quiere acuerdos, tratos ni componendas. Quiere bronca. En realidad me quiere a mí. Aún respira por la herida.

—¿Y vais a aceptar el quite, Majestad?

Argaut frunció el ceño, pensativo.

—Podría haberse quedado quieto en el Señorío de Ertalce, donde estaría más seguro, pero ese canalla seguirá cometiendo tropelías en los campos y burgos que no son de los Ertalce, hasta que yo vaya por él. Aunque le concediéremos todo lo que pide buscaría otros modos de clavarme las espuelas. No solo no me queda otro remedio que responder a su desafío… Es que, además, *quiero* hacerlo.

—No os dejéis cegar por la ira, Majestad.

—No lo hago. En realidad el afán de venganza de mi querido suegro es bueno para nosotros porque limita esta guerra a un enfrentamiento personal entre él yo. Es algo que voy a explotar. Le responderé golpeándole donde más le duele, para que sepa lo que cuesta el intentar violentar a mi país.

—¿Cómo lo haréis?

—Contestándole que si pretende que me plegue a sus exigencias es que está tan loco como su propia hija, esa mocosa necia y malcriada a la que en otra época hube de soportar. —Sonrió, maligno—. Tales serán mis exactas palabras. Al leerlas, toda su capacidad estratégica

saltará por los aires y le fijaré donde yo quiero: en un campo de batalla. Es la mejor forma de acabar de un solo tajo con la amenaza de Gricur, o al menos de anularla durante bastante tiempo.

—Majestad —dijo Coloncho, cauteloso—, vuestros cálculos son correctos solo en caso de que ganemos dicha batalla. ¿Qué ocurrirá si la perdemos?

Argaut los miró a todos.

—Que yo moriré y habré entregado mi país a una familia de traidores y a un invasor extranjero. Por eso mismo, caballeros, habremos de poner el alma entera en el empeño de vencer.

—Majestad, no podéis tomar en serio sus palabras —dijo Arlago Ertalce—. Quiere enfureceros y obligaros a luchar. Esa no es la mejor opción.

Otón VII tenía la carta entre sus manos, temblorosas por culpa de la ira. Volvía a leer aquellas líneas una y otra vez, esas palabras, esas semillas de tinta que germinaban y daban frutos de odio.

Los dos estaban en el pabellón de Estado Mayor del ejército gricurio y Ertalce, al sur de Isenburo. Tras la victoria de Alabaque, quince días atrás, la hueste invasora se había dedicado a quemar cosechas, arrasar aldeas, entrar a saco en las ciudades sin protección y, en definitiva, hacer el mayor daño posible. Y ahora por fin había recibido la respuesta del rey de Brajairi.

—Ese canalla me desafía. —Miró a Arlago—. Quiere verse conmigo en el campo de batalla. ¿Acaso no debo responder, señor Ertalce? ¿Es que pensáis que puedo quedarme quieto tras recibir semejante bofetada? Como rey y como hombre, tengo que defender mi honor.

—Majestad, vos no necesitáis defender vuestro honor ante los tiranos felones. No están a vuestra altura. Vuestro honor queda por encima de esas machadas. Sois demasiado inteligente como para no ver la treta. Él busca un enfrentamiento directo contra vos y vuestra hueste porque sabe que de otra manera sería imposible venceros.

—¡Pues claro! ¿Acaso pensáis que soy un mentecato? Llevo toda la vida guerreando y conozco más artificios que mil generales juntos. ¡Por supuesto que ese hijo de mil padres quiere llevarme a una batalla campal!

Arlago abrió los ojos y la boca, sorprendido.

—¿Y aun así os prestáis a su juego?

—No es su juego, sino el mío. Soy yo quien quiere tenerle frente a mí.

Arlago buscó las palabras precisas porque tratar con reyes era cosa delicada. Se sabía buen diplomático, pero deseaba más que nunca la presencia de su padre, de quien lo había aprendido todo. Por desgracia, Rayún se encontraba en estos momentos lejos, al mando de la fuerza que asediaba Isenburo, plaza que su familia quería recuperar a toda costa. Antes de que se separaran ordenó a su hijo que dirigiera las tropas Ertalce que acompañaban al rey Otón, que vigilara a ese hombre orgulloso y difícil y que le disuadiera de cometiera ninguna torpeza…, justo lo que ahora iba a hacer.

—Majestad, escuchadme con la cabeza fría, os lo ruego. Esta misiva es injuriosa en grado sumo y por ello os suplico que hagáis un esfuerzo para no caer en la celada. —Levantó una mano implorando atención. El rey suspiró con enojo y asintió para dejarle hablar—. Gracias, Majestad. El problema es muy simple. Ni a vuestro país ni a mi familia le interesan este desafío entre reyes. No podemos arriesgarlo todo en una sola batalla. La mejor estrategia es alargar la guerra y sangrar a la Corona Brajairia hasta obligarla a ceder en todo. ¡Entonces tendréis al tirano a vuestro pies, rendido y humillado, algo que será para él cien veces peor que la muerte! Traed vuestras tropas a nuestro señorío, sentad en él las bases de vuestro poder en Brajairi y jamás podrán sacaros de allí. Si queréis hacer daño al tirano siempre podéis hacer correrías y algaras en sus terrenos fronterizos. De este modo podremos ir avanzando con firmeza, asegurando en cada momento los triunfos, hasta alcanzar la victoria final.

—Ah, ¿sí? Y mientras tanto yo puedo morir por el camino, pues soy un hombre mayor, dado a los excesos en el comer y el beber, como bien se ve, y entonces la gloria iría a parar a mis hijos y nietos. ¿Tanto trabajo para que lo disfruten otros? ¡No! Además, ¿quién me asegura que las cosas salgan como decís? La guerra es un negocio lleno de imprevistos. Prefiero el pájaro en la mano que lanzar flechas a una bandada de cientos. Y quiero el pájaro gordo, ¡el rey! Ya lo tengo al alcance de mis dedos. Además, dais por hecho que perderemos la batalla. Yo, sin embargo, confío en que venceremos. Entonces, lo habremos ganado todo, y de una sola vez.

—No es seguro, Majestad. Además, si el tirano muere subirá al poder su hijo pequeño, bajo la regencia de militares que en su nombre continuarán la guerra. Generales diestros no le faltan al Rey Felón. Ellos proseguirán lo que él empezó, y tal vez con más pericia.

—No insistáis, señor Ertalce. Voy a por la cabeza de ese malnacido y yo siempre obtengo lo que quiero. ¡Siempre!

Arlago sentía impotencia. ¿Cómo razonar con aquel buey? Su mirada se volvió cautelosa.

—Majestad, voy a hablaros con claridad y ruego vuestro perdón si os ofendo.

—¡Dejaos de dulzuras e id al grano!

—Bien. Lo que más os enervó de este desafío fue esa alusión a vuestra querida hija. El tirano está usándola para llevaros a su terreno. ¿Vais a permitírselo?

—Vuestro padre abrió una herida que yo creía cerrada, volcó sal en ella y ahora el escozor no me deja vivir. ¿Creéis que no veo todas vuestras manipulaciones? Primero había que correr a vengar a mi niña y ahora hay que frenarse. Pues se acabó. He dejado salir a la bestia y ya nadie puede dominarla. Ni siquiera yo puedo hacerlo. Solo volveré a estar tranquilo cuando muera el rey de Brajairi. Por tanto, no volváis a poner a mi hija en vuestra boca de follonero. Quedáis advertido.

Arlago palideció y al final asintió.

—Y ahora dejadme descansar, señor Ertalce. Todo esto me agota y he de reunir fuerzas para cuando me enfrente al canalla.

26

Durante todo el verano Argaut estuvo ocupado reuniendo fuerzas y llevándolas al este del país. A su vez, Otón VII hizo venir tropas de Gricur, pero no tantas como quisiera, pues los ceiracanos e incluso los brenitios contemplaban con ojos aviesos lo que hacía su enemigo ancestral. De nada sirvieron las llamadas a la razón del príncipe Chabutaco, pues Otón VII quería enfrentarse en persona al dueño de Brajairi. En una época donde las batallas campales entre ejércitos gigantescos no eran lo común, y la guerra era más bien un juego de asedios, escaramuzas, expediciones de castigo y quema de cosechas, en una época donde ya no había lugar para los duelos caballerescos entre los reyes —si es que alguna vez existieron—, este enfrenamiento personal entre Argaut III y Otón VII parecía algo sacado un romance.

Pero no hay romanticismo en la guerra. Los gricurios seguían arrasando el noreste del país y su límite era el río Blanco. No deseaban enfangarse en la toma de sus plazas y por ello no podían cruzarlo, pero estaban arruinando por completo aquellas extensiones. Los labrantíos estaban yermos, las aldeas eran un puñado de cenizas, las motas y villas eran cuarteles para el invasor y las muchedumbres del campo se apretujaban en el interior de los burgos amurallados, donde el hambre y las epidemias se cebaban con los humildes. Y mientras Otón VII causaba tanto daño en el este, los Ertalce aprovechaban para recuperar las plazas perdidas. Muchos castillos volvieron a sus manos y, aunque la Corona no retiró del todo las tropas que asediaban Eilestag y Bosco, las huestes Ertalce se mostraban cada vez más osadas. Por ejemplo, la mesnada de Rayún recuperó al fin Isenburo, que tanto costara expugnar a los fallecidos Ñuño y Mindosindo, y sitió Gocha. Si el rey no acudía pronto en su ayuda, esta plaza acabaría en manos de Urguna y los suyos.

Sin embargo, Argaut no quería cometer errores. Ardía de ganas de echar a los gricurios de su país y se preocupó de ir llevando tropas y más tropas al este, bien cruzando la Sierra de Ortanca por la Garganta o bien rodeándola por el sur. Cuando el otoño asomó la patita, se puso él mismo al frente del ejército y fue en busca del invasor.

Otón VII también reunió sus fuerzas y a ellas se sumó el grueso de los guerreros Ertalce, liderados por Arlago, pues también ellos se jugaban mucho en esta baza.

Los dos reyes se movían despacio, como luchadores que se

estudiaran para descubrir el punto flaco antes de atacarse de una vez por todas. Cada vez estaban más cerca, así que menudearon los enfrentamientos entre batallones y regimientos avanzados, las típicas escaramuzas que precedían al gran combate.

Al fin, el 18 del noveno del año 1606 de la Era de la Gultrutana los dos reyes se encontraron en las cercanías del diminuto castillo de Mondarón. Y así se conoció a esta jornada trascendental: la Batalla de Mondarón.

Tal vez los cronistas y los eruditos quieran emplear su tiempo en analizar los textos, comentarios y testimonios para recorrer ese laberinto engañoso, lleno de manchas, socavones y puertas falsas llamado *Historia*… Tal vez los estudiosos del futuro pretendan descubrir, y describir, lo qué va a suceder en esta jornada aciaga y turbulenta, en la que miles de hombres buscarán arrancarse la vida unos a otros a mordiscos y arañazos con sus dientes y uñas de acero…

Pero tú, ave invisible que recorres los cielos de Dirtán, que no solo te cuelas entre los muros de sus palacios, templos, cabañas y cuarteles, sino que también traspasas los muros de hueso de los cráneos de los hombres que los moran, tú puedes contemplar lo que ni los cronistas ni los eruditos podrán ver. Puedes sobrevolarlo todo con tus alas traslúcidas, hechas con mimbres de suspiro, retales de sueño y el aire tembloroso de los espejismos. Puedes absorber las imágenes con tus ojos penetrantes, chuparlas, tragarlas, asimilarlas y, en algún momento del más próximo que lejano futuro, olvidarlas por completo. Tú puedes estar allí, sobre la llanura que se abre entre los dos ejércitos, puedes dar vueltas sobre ellos y hacer chorrear tus miradas sobre esa parafernalia de cascos, yelmos, bacinetes, almófares, cotas, brigantinas, brazales, escudos, martillos, alabardas, lanzas, picas, espadas, mazas, mayales, guanteletes, dagas, arcos, flechas, ballestas y cuadrillos, toda esa maquinaria dedicada al asesinato que ya no es asesinato porque es muerte noble, en un campo anodino que ya no es anodino porque es el campo del honor, en una mentira que ya no es mentira porque los ideales la han bañado en confitura de sangre y chocolate de deber. Sin duda todo ello te pasma y te admira, y te llena de asombro esta grande y majestuosa locura humana, como una mella absurda en un universo forjado en herrerías de orden, belleza y precisión. Pero también esto lo olvidarás, pues en realidad, y al menos para ti, no tiene mucha importancia. Números, cifras, datos, esquemas, razones, estrategias y tácticas, todo ese tráfago que quiere ponerle harapos de lógica a un disparate desnudo y cegador, eso no te parece relevante. Puedes dejárselo a los esclavos del porqué, a los adictos al opio de la causa y el efecto, siempre rumiando su pasto de elucubraciones sesudas. De modo caprichoso flotas con una liviandad tan perfecta que hechiza no al verla, sino al intuirla, y planeas con

gracia y agilidad, hasta posarte sobre el estandarte que un hombre ceñudo con mente de piedra agarra con sus fuertes manos, un hombre ensimismado en la tarea de morir él antes de que caiga su trapo de colores, el trapo que se agita y flamea al ser acariciado por una brisa juguetona.

Y entre el sinsentido de voces puedes fijar tu atención en la de un guerrero concreto, cercano al estandarte y su esclavo humano, y cercano también a otro hombre con un objeto brillante y bonito que igualmente lo ha convertido en su esclavo: una corona.

—No será fácil vencer al ejército del rey Otón —decía el general Armigino—. Aunque lo superamos en unas tres mil lanzas, él tiene más caballería pesada.

—Así es —contestó el rey Argaut III—, pero recordad que nosotros tenemos el contingente de caballería ligera de Élamos. La he dividido en unidades de reserva que auxiliarán a nuestra caballería pesada si flojea contra la enemiga; son jinetes rápidos que pueden desplazarse a cualquier lugar de la batalla, allá donde se les necesite. Si nuestra caballería pesada resiste, ellos…

Esto te aburre, así que levantas la cabeza y te fijas en el cielo brillante y sus nubes de algodón, y en ese ojo cegador que todo lo ve, el testigo de cuantas cosas ocurren sobre los lomos de Dirtán. Pocos hombres pueden abstraerse al contemplar el hermoso cielo. No son tan inteligentes como se creen. Por eso y por otras cosas, tú les compadeces. Bajas la cabeza y emites un chillido que no puede oír ninguno de estos humanos feos, sucios y envueltos en un incomprensible plumaje de metal. Los dos que antes hablaban siguen haciéndolo:

—Contadme, Armigino: ¿cómo le va a mi hijo en el oeste?

—El capitán Nicario es un hombre notable. Estoy seguro de que ya os habrán hablado de él.

Argaut hizo un esfuerzo por ocultar su orgullo.

—Algo he oído, pero vos lo habéis tenido a vuestras órdenes. ¿Qué mejor juez de sus virtudes y defectos?

—Es un hombre valiente, quizás demasiado, y no teme emprender ninguna acción riesgosa. De hecho, las busca. Al principio quise templar su carácter, pero eso es imposible, Majestad. Resulta difícil ponerle el bocado y, una vez puesto, hay que tirar fuerte de las riendas si no quieres que se te escape. Pero aunque arrojado y un poco rebelde, no es necio. Ni loco. Se ha ganado a pulso la lealtad de unos hombres más exigentes que el propio Braladur. No solo lo admiran los de su compañía, sino los de las otras. Se trae de calle a los otros capitanes, y si me descuido también a mí. Resulta fácil seguirle porque es un hombre noble.

Argaut contempló la tierra de nadie entre los dos ejércitos con sus

ojos cansados y endurecidos. La grita de los oficiales mientras ordenaban las formaciones era ya rutinaria.

—Sí, es un chico noble. Y espero que lo siga siendo durante mucho tiempo. Todo el que este mundo le permita.

—Montó en cólera cuando le ordené quedarse. Quería venir para estar con vos, Majestad, para luchar en esta batalla. Como todos, se indignó al saber que nos habían invadido. Pero me ordenasteis dejarlo allí y así lo hice.

—Mi hijo tiene que quedarse en Bosco porque no podemos descuidar del todo el asedio de las grandes fortalezas Ertalce. —Le echó una mirada—. A vos sí os dije que vinierais porque sois buen general y hoy quiero tener conmigo a los mejores.

—Gracias, Majestad.

—Pero no solo dejé a mi hijo allí para tomar Bosco. Hay razones más profundas.

El general no dijo nada porque conocía al rey y sabía que no sería necesario preguntar nada.

—Es posible que yo muera hoy —continuó Argaut—. Es posible que todo esto acabe en fracaso. Si los gricurios y los Ertalce nos derrotan vendrán tiempos difíciles para este país. Necesitaré que los mejores enderecen lo torcido. Le necesitaré a él.

—Permitidme deciros algo, Majestad. Supongo que no estaréis pensando en…

—No. Brelán jamás será rey de Brajairi. No puede serlo. Pero tiene que estar a la diestra de mi hijo Argaut durante la regencia de mi esposa, y también después. El capitán Brelán Nicario ha de ser su mejor consejero. Su protector. Tiene que ser la espada del reino hasta que mi pequeño Argaut sea lo bastante fuerte. Por eso Brelán no está hoy aquí. Si yo muero él tendrá que sostenerlo todo e impedir que se derrumbe.

—Entiendo.

—Quiero que él también se pueda apoyar en hombres fuertes y leales, hombres como vos. Escuchad y no protestéis: si hoy las cosas empiezan a torcerse deberéis escapar y salvaros, pues mi esposa y mis hijos os necesitarán. No luchéis hasta el último aliento. Guardadlo para mi familia. ¿Entendido?

Armigino frunció el ceño y al final asintió.

—Sí. ¿Pero y vos, Majestad? ¿No vais a iros si hay dificultades?

Argaut negó con la cabeza despacio, sin mirarlo.

—Voy a quedarme hasta la victoria o la muerte. No hay medias tintas. Estoy cansado. Pocas cosas me atan ya a Dirtán. Una de ellas son mis hijos y otra es mi reino. No creo que pudiera soportar verlo en manos de gente a la que desprecio y odio. Si no venzo hoy, ¿para qué vivir?

—Me asusta oíros, Majestad.

—A mí también me asustaba oírme… antes. —Su rostro amargo se endureció—. Basta de cháchara. Vamos a preparar a los hombres. La batalla empezará casi sin avisar. Como siempre.

Todo se acelera, todo se mueve y tiembla y bulle. La malla extensa de hierro, bronce, carne y pelo sufre convulsiones. Bates las alas y vuelas como una flecha hacia el ojo blanco. Vueltas, giros, tierra arriba y cielo abajo. Es gozoso vencer la tiranía del mundo material. Desciendes y haces pasadas sobre el tumulto… Las espadas subiendo y cayendo, las hilachas y las nubecillas de sangre, el horror congelado en el brillo de un ojo, un brazo cercenado, una pierna que se dobla, un charco no de agua, los cuerpos entremezclados, los empujones y embates, los tajos y las estocadas, las lanzadas, los cuerpos volando desde las sillas, quedando colgados de los estribos, siendo arrastrados por el polvo, abierta la piel en mil y una tajaduras, los dientes que escapan de la boca, los pendones caídos, las masas abigarradas de decenas de cuerpos, la tela mugrienta, las narices chorreantes, las lágrimas de miedo, las carcajadas enloquecidas, los alaridos, los gemidos, las tripas liberadas, las vísceras rotas, los huesos tronchados, el pitido entre los oídos, los filos conquistando la madera y la carne, rechazados por el bronce y la malla metálica, las hachas como excrecencias del organismo, el avance, el retroceso, los hechizos, los relámpagos, las llamaradas, la explosión de algo que nunca debiera explotar en pedazos, los surtidores y chorros de tierra alzados por los aires, con un hombre hecho trizas en la cúspide, una cosa que era humana y que se desploma en el suelo con un golpe sordo, el marasmo y la suciedad y la locura y la sangre abajo, y el cielo y el sol y sus nubes arriba, y una cosa gira en torno a la otra, oscuridad y luz, luz y oscuridad, y el horizonte es un aspa que da vueltas y vueltas y vueltas…

Y luego… La huida y el terror y la furia homicida y la alegría vesánica, y cuerpos, cuerpos, cuerpos, y buitres golosos y cuervos como heraldos de la perdición, y ojos que son canicas inmóviles, sin brillo, hundidos en cuencas de bordes rígidos, y el avance de los gusanos, para quienes el rey y el mendigo son una y la misma cosa: simple comida.

Y deleitándose en su lento descenso llega la muerte, no de forma rotunda, pues ya había espolvoreado su polvo venenoso durante horas, y viene en forma de un manto gigantesco que se divide en porciones y tropas de un nuevo ejército que pasa sobre los restos de los ejércitos humanos, un ejército de diligentes segadores que hacen su trabajo sin prisa ni pausa, sin emoción, sin motivaciones personales, perfectos obreros, maravillosos labriegos que mueven la guadaña adelante y atrás, adelante y atrás, *zis*, *zas*, *zis*, *zas*, con una economía

de movimientos magnífica y deleitosa, *zis*, *zas*, manteniendo en perfecto equilibrio la balanza de este universo, *zis*, *zas*, y la muerte lo domina todo, la muerte callada y serena que pone sus manos frías en la boca del muchacho que solloza y llama a su madre, o del veterano que busca un espectro de honor mientras se agarra los intestinos, o del que estudia el cielo en busca de unos dioses para los que él es una hormiga, quizá menos, los dioses a los que reza con voz aguda y trémula, *zis*, *zas*, la muerte que arrebata lo que el canalla y el virtuoso llevaron dentro, la muerte dominante, inevitable, la señora de todos nosotros, la que nos espera al final del camino, sea más o menos largo, el sendero que para ella es apenas una mota de polvo blanquecino en su uña y que para nosotros lo es todo, la muerte en el campo de batalla yermo, apagado, roto, desangelado, estéril, grotesco y absurdo, *zis*, *zas*, *zis*, *zas*, *zis*, *zas*, la muerte, la muerte, la muerte…

La Muerte.

Este es su imperio.

27

El rey miró a su enemigo mientras le ponían la soga. Era el mismo hombre con el que había reído y jugado unos treinta y cinco años atrás. Aquella nariz chata y torcida era la misma que él había roto a puñetazos, con un odio que se disolvió al cabo de pocos días, pues los dos eran entonces unos niños y para los niños el odio es una estupidez pasajera.

Mas no para los adultos.

—Señor Arlago Ertalce —dijo el funcionario de la ejecución—, por vuestro crimen de rebelión y lesa majestad se os condena a la muerte. Penderéis hasta que se os parta el cuello y expiréis, y después, por la gracia de vuestro señor, Su Majestad Argaut III el Justiciero, al que tan mal servicio prestasteis, vuestro cuerpo será enterrado en una fosa común, junto al resto de vuestros hombres. ¿Tenéis algo que decir antes de reuniros con el Padre? ¿Os arrepentís de vuestros muchos yerros?

Arlago estaba montado sobre la silla del caballo y tenía puesta la soga. Tras él estaba el inmenso campo de batalla que había sido su perdición. Los hombres de la Corona no daban abasto para llevarse a tanto cadáver y todavía se veían figuras lejanas que cogían por las piernas a los caídos y los arrastraban, bajo la luz obesa y carmesí del sol moribundo. Delante de Arlago estaba el rey Argaut III, el vencedor. El monarca había aplastado a sus enemigos, pero no mostraba un aspecto triunfal. Estaba débil por culpa de un hachazo de alabarda en el cuello; el arma le dio de refilón y solo por eso aún conservaba la cabeza, pero sus hombres lo sacaron de la lucha más muerto que vivo, hecho un grifo humano. Horas después, apenas lograba sostenerse sobre la silla de su montura. Bajo la capa de terciopelo notaba la humedad que empapaba las vendas. Algún movimiento imprevisto había abierto la herida y ahora rezumaba sangre. Su respiración era pesada y le costaba mantenerse despierto, pero deseaba asistir al fin de los principales líderes enemigos, o, más bien, quería que los demás viesen que él lo veía. La constatación de su invencibilidad. Ni siquiera quiso esperar a que llegaran al castillo de Mondarón: había que castigarlos allí mismo. Hasta ahora habían ahorcado a veinte mandos, y al resto de los guerreros los ponían de rodillas y los degollaban. Este era el último aristócrata enemigo y ahora Argaut no podía reconocer en él a su amigo de la infancia. Su mirada enferma solo captaba otro

bulto de carne más.

Arlago estaba tan agotado tras la lucha que ya nada le importaba. Miró al funcionario que le había hecho la pregunta sin entender muy bien qué demonios estaba ocurriendo aquí. Lo único que sabía era que tenía el cuerpo molido a golpes y cosido a tajos y que aún podía meter y sacar aire de los pulmones. El cansancio no le permitía ir más allá de estos pensamientos de lombriz. Parpadeó, tosió y cerró los ojos. El verdugo le dio una palmada al caballo en la grupa, el animal se movió y el cuerpo se balanceó de un lado a otro como un pelele.

—Ya hemos terminado, Majestad —le dijo Armigino, que tenía la mitad de la cabeza vendada—. Es hora de que descanséis.

—El rey… Otón… Está vivo, me parece…

—Sí. Lo capturaron y ahora está preso.

—Bien… He de verlo.

—No, Majestad. Ahora tenéis que descansar. Estáis muy débil.

—He de… hablar con él. Hay que preparar los términos de la… rendición.

Armigino llamó a dos guardias reales. Uno sostuvo al rey para que no cayese de la silla y el otro tomó las riendas del animal.

—Llevad a Su Majestad con el médico.

La herida no era letal, pero tal vez se había infectado, o quizás el efecto combinado de los mil y un quebrantos de la vida en campaña se unieron al fin para devastar su organismo. Las fiebres no remitieron, sino que aumentaron. El médico hizo lo que pudo y logró no acabar con la enfermedad, pero sí, al menos, detener su avance. Sudoroso y macilento, Argaut consiguió levantarse de la cama a pesar de las protestas de su médico y de sus generales, y dijo que quería ver a sus escribientes y secretarios, y también a Otón VII.

Los dos reyes se encontraron tres días después del combate en el castillo de Mondarón, donde Argaut había tenido acomodo mientras se recuperaba. Otón ya no estaba tan gordo, pues la guerra y el fracaso le habían robado las carnes duras y majestuosas; ahora mostraba la flacidez decadente de los hombres corpulentos que han adelgazado demasiado rápido.

Ambos monarcas se sentaron frente a frente, separados por una mesa.

—Me alegro de veros vivo, Majestad —dijo Argaut, con el tono ronco de las fiebres.

—Os podéis ahorrar la hipocresía. Ya me tenéis reo. ¿Qué queréis?

—Muy bien. Al infierno la educación. Si os hubierais quedado quietecito en vuestro país nos hubiéramos ahorrado todo esto. Pero ahora estamos aquí, vos y yo, uno vencedor y el otro vencido. Leed.

Le tiró un documento enrollado y Otón lo cogió.

—Una paz humillante, ¿verdad?

—Leed.

Otón así lo hizo, con los labios apretados y los ojos convertidos en discos de metal oscuro.

—En efecto, una paz humillante. ¿Pretendéis que la firme?

—No tenéis otra opción. Vuestro ejército ha sido destruido. No podéis seguir peleando.

—Sí puedo. Ordenaré a mi hijo que me apoye en esta lucha.

—¿Y cómo le vais a ordenar nada si estaréis muerto, Majestad?

Otón lo miró con sorpresa y luego con ira.

—¿Es que acaso vais a matarme? ¡Soy un prisionero regio! ¡El honor os obliga a mantenerme vivo!

—Para quien ha invadido mi reino, ha matado a mis súbditos y ha quemado sus cosechas no hay honor que valga… *Majestad*. Os lo pondré muy claro: si firmáis eso tendréis la vida; si no, os esperan un tajo de madera y un hacha.

—Por todos los dioses… Sois un bárbaro.

Argaut sonrió con crueldad.

—No lo dudéis. Y bien, Majestad, ¿qué vais a hacer? ¿Vivir o morir?

Otón permaneció silencioso durante unos instantes.

—Firmaré.

—¿Y cumpliréis lo firmado?

—Sí.

—Juradlo por vuestro honor.

Otón lo miró a los ojos.

—No.

Argaut se pasó una mano por la frente.

—¿Pretendéis continuar con esa venganza vuestra aunque ya no tengáis casi ejércitos y aunque condenéis a vuestro país a la ruina? ¡Yo no maté a vuestra hija! ¡No lo hice!

—No os creo, canalla.

—No queréis creerme, que no es lo mismo. Sois testigo, juez y verdugo, todo en uno, y no vais a permitir que nada ni nadie os arruine el proceso. Ni siquiera la verdad. Ahora os ofrezco la paz y la vida, rey de Gricur. Pero si volvéis siquiera a amenazar mi reino no volveré a mostrar tanta generosidad.

Otón lo miró, impasible.

—Una pluma. —Se la dieron y firmó los pactos—. ¿Cuándo podré partir?

—En menos de una semana.

—¿Puedo retirarme para descansar?

Argaut hizo un gesto afirmativo y el rey de Gricur se levantó y salió, acompañado por sus guardianes.

Medardo Armigino y Rayún Coloncho se acercaron a la mesa.

—No va a cumplir los acuerdos —afirmó Coloncho—. Ese hombre está enfermo de rabia.

—Lo sé —gimió Argaut—. Pero si le cortara la cabeza no sé lo que podría suceder…

—¿Creéis que el siguiente rey de Gricur, el hijo de este hombre, ayudará al padre en esta guerra absurda?

Argaut entrecerró los ojos, pensativo.

—Señores, quiero que busquéis al hombre de este ejército que más sepa de la Casa Real Gricuria. He de hablar con él en privado.

Dos horas después se presentaba ante él Trogo Saram, un noble que había viajado mucho y que había llevado a cabo labores diplomáticas en diferentes países.

—Señor Saram, tomad asiento.

—Es un honor, Majestad. ¿Puedo preguntaros si os encontráis bien? No tenéis buen aspecto.

—La maldita jaqueca, que no me abandona desde la batalla.

—Permitidme felicitaros por el triunfo, Majestad.

—Gracias. Servíos una copa. —Él mismo dio un trago a la suya y miró al noble a los ojos—. Me han dicho que vos erais hombre de confianza del general Gapacho Ñuño, que dirigía el gabinete diplomático y que murió como un héroe en Alabaque.

—Trabajé para él, Majestad, y me dolió mucho su muerte.

—Como a todos. ¿Conocéis los asuntos de Gricur?

—He estado allí varias veces, Majestad, haciendo labores de información.

Argaut sabía que era un espía, pero decidió respetar el eufemismo.

—Bien. Quiero que me habléis sobre el hijo del rey de Gricur.

—¿El príncipe Chabutaco? ¿Qué deseáis saber sobre él?

—¿Es un hombre rencoroso?

—No especialmente, creo. No es cruel, o al menos no tanto como su padre. Le gusta la cultura y el arte, pero no desprecia la política. Y ha manejado la espada.

—¿Diríais que ama la guerra?

—No. De todos es conocido que estuvo en contra del último conflicto contra Ceiracán. Pero aunque no congeniara con su padre en tales cosas, siempre ha sido un hijo fiel. —Saram miró al rey a los ojos—. Majestad… Si me decís exactamente qué deseáis conocer, podré ayudaros mejor.

—Lo que quiero saber es qué haría el príncipe Chabutaco si su padre muriera y él recibiera la corona. Quiero saber si él proseguiría con la guerra que ha empezado Otón VII.

—Pero el rey Otón aún está vivo, Majestad…

—*Aún* —dijo Argaut, con la mirada clavada en el embajador, que era hombre de mundo y de inmediato lo comprendió todo.

—Majestad, mi opinión es que el príncipe…, el rey Chabutaco no continuaría la guerra. Prefiere la paz y además han perdido casi un tercio del ejército del país en la invasión de Brajairi. Es un hombre cabal y antepondría el interés del reino a cualquier otro sentimiento personal. Incluido el de la venganza.

—¿Estáis seguro?

—Muy seguro.

Argaut tomó la copa, saboreó el vino y lo tragó.

—¿Sois un hombre discreto, señor Saram?

—Majestad, nada de lo que me digáis saldrá de las paredes de este cuarto. Lo juro por mi familia.

—Voy a haceros otra pregunta. ¿Sabéis cómo causar la muerte de alguien sin que parezca un asesinato?

—Conozco a la persona adecuada. Y también es discreta.

—Entonces tengo una encomienda para vos. Cumplidla bien y os recompensaré.

Veinticinco días después, cuando el otoño empezaba a desnudar las ramas y teñir de cobre las hojas, una embajada de Brajairi penetró en el país de Gricur. Estaba compuesta de cuarenta soldados y liderada por Trogo Saram, y todos juntos escoltaban un carro enorme, cerrado. Los recibió un destacamento del ejército gricurio y los llevaron a una fortaleza del sur del país. Una vez dentro, la guardia del castillo extrajo del carro el féretro de mármol y lo depositó en el patio de armas.

El rey Chabutaco II de Gricur caminó hasta el ataúd y pasó una mano sobre la superficie clara y suave, adornada con relieves exquisitos. Había tristeza en sus ojos, una pena que se convirtió en ira al mirar a Saram.

—¿Quién sois vos? ¿Os envía el rey de Brajairi?

Saram humilló la cabeza.

—Majestad, vengo en nombre de mi señor, Su Majestad Argaut III. Le represento porque él no ha podido venir en persona. Se encuentra enfermo.

—¿Está mi padre en el ataúd?

—Así es, Majestad. En cuanto supimos de la muerte del rey Otón VII mi señor ordenó que su cuerpo fuera conservado lo mejor posible y quiso que lo recibierais para darle las exequias regias que merece y después enterrarlo en tierra gricuria.

Chabutaco lo asesinaba con los ojos, pero Saram continuaba

impasible.

—Soldados, abridlo. Quiero ver si de veras es mi padre.

Los hombres le obedecieron y el rostro del rey de Gricur se contrajo de dolor y espanto cuando vio el cuerpo, aún reconocible.

—Cerradlo —dijo, con voz queda—. Es él.

—Majestad —dijo Saram, apenado—, permitidme mostraros condolencias en nombre de mi señor el rey de Brajairi. Y aunque el momento sea triste, el rey quiere felicitaros por vuestra coronación y desearos la mayor ventura en vuestro reinado.

—Me han dicho que mi padre murió mientras era prisionero de vuestro rey —dijo Chabutaco.

—Así fue. Sufrió una indigestión, que se complicó y provocó el fatal desenlace. Pero podéis estar seguro de que se le aplicaron los mejores tratamientos y os puedo jurar por mi familia que los médicos lucharon para salvarlo. Pero nada se pudo hacer. —Levantó las cejas y suspiró—. Lo que Braladur nos da, Braladur nos lo quita. Hemos de resignarnos. Eso sí, vuestro padre no sufrió, pues los médicos le dieron calmantes, y un sacerdote le visitó para dar sosiego a su conciencia. El paso a la otra vida fue plácido.

—Y por supuesto nadie investigó sus tripas en busca de veneno.

—¿Veneno? —Saram parecía confuso y sorprendido—. No os entiendo, Majestad.

—Sí me entendéis, pero ya no importa. Dado el estado de descomposición tan avanzado cualquier signo de ponzoña habrá desaparecido. O quizás fue limpiado a conciencia.

—Majestad, no sé…

—Silencio. Venid. Hemos de hablar.

Saram asintió con respeto y siguió al rey. Los soldados metieron el féretro de nuevo en el carro, que al día siguiente partiría junto al recién coronado monarca a la capital, donde se celebrarían las exequias.

Pero por el momento, Chabutaco II de Gricur llevó a Trogo Saram a un despacho de aquella fortaleza.

—Majestad, la intención de mi señor el rey de Brajairi es acabar con esta disputa horrible entre las dos naciones —dijo el diplomático—. Debemos ser aliados, no enemigos. Mi señor os propone la paz, una paz que apoyaba vuestro propio padre, que en gloria esté, pues él mismo la firmó.

—¿*Qué*?

—El rey Otón VII selló con su firma los acuerdos de paz entre vuestro país y el mío. Por desgracia, la muerte lo alcanzó poco después. Pero sin duda su voluntad sería que vos, como heredero de su corona y su reino, los cumplierais. Vedlo, Majestad.

Le entregó el documento, Chabutaco lo desenrolló y lo leyó con un

asombro mayúsculo.

—Como veis —señaló Saram—, ahí está la firma de vuestro padre. No hay lugar a dudas.

Chabutaco contemplaba el documento con sus ojos saltones desorbitados.

—Pero esto… ¡Esto es una infamia!

—Majestad, no os…

—¡Bellacos! ¡Sois todos unos sinvergüenzas! ¡No os bastó con asesinar a mi padre, sino que, además, primero le obligasteis a firmar este tratado!

—¡Majestad! —Saram se puso en pie y de inmediato los guardias desenvainaron y le pusieron las espadas en el cuello. Pero el diplomático no se inmutó—. Os ruego que retiréis esas palabras tan gruesas. Comprendo que pasáis por un trance penoso y por tanto no las repetiré ante mi señor.

—¿Retirar qué? ¿La verdad? Ahora entiendo que mi padre siempre estuvo en lo cierto. Vuestro señor es un traidor y un miserable embustero que no sabe nada de honor ni de códigos. ¡No en vano se le conoce en muchos sitios como el Rey Felón!

—¡Majestad! —se indignó Saram.

—¡Silencio, impertinente! —ordenó el líder de los guardias—. Majestad, ¿queréis que lo encerremos? ¿Le damos una lección?

Saram levantó la barbilla y la suavidad abandonó sus ojos.

—Majestad, yo represento al rey de Brajairi. Agraviarme a mí es agraviarlo a él.

Chabutaco titubeó, aún furioso, y Saram le mantuvo en todo momento la mirada.

—Guardad las armas. Y vos, sentaos.

El diplomático estiró sus ropas y tomó asiento de nuevo.

—Gracias, Majestad. Esto ha sido un malentendido y estoy seguro de que no volveré a provocar vuestro enojo. Ahora debo hablaros de asuntos políticos. Como comprenderéis, mi rey quiere conocer vuestra opinión sobre estos pactos. Recordad la mala situación en que ha quedado vuestro ejército. Y por otro lado, sé que las cosas con Ceiracán no son todo lo seguras que parecen. ¿Consideráis juicioso continuar esta guerra? Mi rey os ofrece la paz y la amistad entre nuestras dos naciones. Os aseguro que es un hombre generoso… Pero también es implacable cuando lo atacan. Como bien sabéis.

—Por mucho que merezcáis ser invadidos y arrasados no voy a iniciar una guerra lesiva para mi país. En estos momentos Gricur necesita paz y orden.

—Lo celebro, Majestad. Estamos dispuestos a no pediros compensación alguna, como se suele hacer en estos casos. Solo queremos una cosa que os resultará fácil de cumplir.

—¿Qué? —gruñó Chabutaco.

—Debéis romper todos los acuerdos que vuestro padre firmó con esa familia, los Ertalce. Ha de quedar por escrito, de vuestro puño y letra, que Gricur jamás volverá a aliarse con ellos. No los ayudará de ningún modo, de manera directa o indirecta.

—Eso no me costará firmarlo porque esa alianza solo nos trajo disgustos. Haré venir a mis escribientes para que redacten el documento ahora mismo, firmaré y luego os marcharéis de mi país para no volver jamás.

Saram sonrió, satisfecho.

—Entonces todo está solucionado, Majestad. Os doy las gracias por vuestra comprensión y en nombre de mi señor el rey de Brajairi os deseo la mayor ventura en vuestro reinado.

28

Una vez que Gricur quedó fuera del tablero las esperanzas de los Ertalce se desplomaron. No habría ya ningún otro valedor poderoso que los cubriera bajo un techo de decenas de miles de lanzas. Estaban solos. Y cualquiera podía comprender que Argaut III no pararía hasta aplastarlos bajo su bota.

No obstante, el rey seguía quebrantado por la enfermedad, que lo roía por dentro. La calentura no lo abandonaba y las fiebres empezaban a ser peligrosas. En aquella época más hombres morían de cualquier infección o epidemia —fuesen monarcas o labriegos— que por cualquier otra causa. No podía abandonar en su estado el castillo de Mondarón, y menos ahora que el otoño empezaba a agonizar, pero se negaba a dejarlo todo en manos de los subordinados, en concreto sus generales Armigino y Coloncho, que le acompañaban en la dirección de la campaña. Ordenó que no se diera respiro al enemigo y por tanto se reanudaron las operaciones bélicas incluso cuando aún no se sabía —pero sí se sospechaba— la decisión del nuevo rey de Gricur, al que habían enviado al señor Saram en busca de una paz ventajosa. Había que rebañar el otoño porque el invierno paralizaría de nuevo la guerra. Las tropas volvieron a sus destinos iniciales, las tres grandes fortalezas de Bosco, Eilestag y la perdida Gocha.

Pero ya no encontraron tanta resistencia, pues se habían multiplicado las deserciones entre los vasallos de los Ertalce. Muchos preferían la mano abierta al puño del rey. Rayún Ertalce tuvo que huir de Gocha porque una facción traidora quiso hacerle preso y entregarlo a los realistas; Eilestag resistía a duras penas y Bosco sufría las embestidas de unos sitiadores cada vez más crecidos.

Allí, en Bosco, casi un tercio de la guarnición se rindió a las gentes de la Corona y además las grandes catapultas hicieron llover piedra y fuego sobre el puerto. Después, abrieron una brecha en la muralla. Ya tenían un paso al interior. Brelán Nicario fue uno de los capitanes que dirigió el asalto final. La guarnición estaba muy reducida a causa de las defecciones, pero todavía quedaban algunos miles de guerreros ahí dentro, y por ser los últimos eran los más duros. Brelán era capitán de caballería, pero se ofreció voluntario, como muchos otros jinetes, para ascender con la infantería por las cuestas pedregosas que rodeaban el castillo. Sus mandos le dejaron porque era un líder muy querido. Había llevado a cabo con éxito muchas acciones arriesgadas y todos le

consideraban arrojado y valiente, pero sin locura. Su bastardía, que al principio le perjudicó, ahora le daba una especie de aire legendario, pues los soldados veían en ese joven indómito el espíritu de su rey batallador.

Brelán subió con el escudo en una mano y la espada en la otra, junto a miles de hombres, como hormigas en un pastel. Allá arriba estaba la brecha en el lienzo y distinguió en ella una ola de muñequitos, los enemigos. No sería fácil, pero dio ánimos a gritos a sus hombres y siguió ascendiendo. Todavía le escocía no haber sido llevado al otro lado del país, a Mondarón, para participar en la gesta que había desfondado al gigante gricurio. Ahora idolatraba a su padre todavía más y también se sentía un poco celoso de su gloria, pues él quería destacar y tener también su propio pedazo de fama. Se juró por todos los dioses que en este día lo haría tan bien que el rey se sentiría orgulloso de su bastardo.

La pelea empezó como de costumbre, entre magos, relámpagos, fuego y alaridos. Los de la Corona acabaron por vencer a sus rivales. Entonces, los caballeros de la Fuente del bando regio se apartaron para dejar pasar a la turba de guerreros mundanos. La lucha fue dura en la brecha; los defensores aguantaron a pie firme e incluso hicieron retroceder dos veces a los invasores, pero al final estos se impusieron por la fuerza del número y los arrollaron. Brelán peleó como cualquier otro guerrero, sobre la masa de sillares y escombros. Luchó con esa ira helada tan acostumbrada en él, economizando los movimientos para no agotarse antes de tiempo. Lideraba un centenar de sus propios caballeros y se introdujo con el resto de las tropas en las honduras de la fortaleza. Habían entrado, sí, pero todavía quedaba trabajo porque los defensores parecían dispuestos a resistir en cada barracón y, por supuesto, en el edificio de la torre del homenaje. Hacia allí se dirigió con sus hombres, caminando con rapidez por las avenidas empedradas, y se unió a la muchedumbre de primera línea, donde los soldados manejaban un ariete para batir las puertas del edificio principal. Desde los ventanucos y las aspilleras volaban flechas que picaban en los escudos. Sonó un crujido ominoso y la puerta cedió. La hueste regia entró como una nube de mosquitos. Brelán cargó junto a los suyos y peleó en el zaguán y los pasillos, donde estaban los últimos defensores, más amantes del honor que de la vida.

Terminó la batalla y los conquistadores levantaron las armas y rugieron su victoria. Brelán se unió a los abrazos, pero el descanso duró poco porque recibió la orden de llevar a cabo la limpieza de cierta ala del edificio, donde podrían quedar enemigos ocultos. Así lo hizo, alegrándose de haber culminado por fin aquel asedio tan largo y esforzado. Estaba deseando reunirse con su padre para contárselo todo, pensaba en ello y sonreía, y entonces sintió el golpe en el cuello,

y oyó los gritos de alarma a su alrededor. Comprendió que algo iba mal. Algo irreversible había sucedido. Se apoyó en una pared, contempló los rostros asustados de sus compañeros y vio a los hombres que corrían para matar a alguien, un enemigo tal vez, una persona medio oculto tras unas cortinas, y vio la ballesta que caía, y se llevó una mano a la garganta, el núcleo desde el que partía lo que no era exactamente dolor, sino más bien un aturdimiento que se expandía por toda su cabeza, como si le hubieran echado encima un cubo de agua muy fría, y sus dedos palparon el asta que emergía de su cuello.

—No puede ser —susurró—. Esto no…

Murió.

29

El invierno cayó como un hachazo. Las ventoleras alzaban las hojas crujientes y las hacían girar en círculos vertiginosos y las rachas de aire cortaban la piel y helaban las fosas nasales y los pulmones. Después llegó la nieve, que no descendió con dulzura, sino en copos tan gruesos que parecían bolitas de granizo. El frío lo aplastó todo bajo su mano invisible. Los labios temblaban, las voces sonaban gemebundas, los dientes castañeteaban y el aliento era un paño fino y sutil.

El rey seguía en Mondarón. No mejoraba. Persistían las calenturas y las fiebres y, por si eso fuera poco, un enfriamiento le hacía toser y moquear. Se pasaba los días y las noches ante el fuego, en su alcoba, que era también despacho y sala de reuniones, pues seguía sin dejar la gobernanza de la guerra en manos de otros. A veces parecía a punto de desfallecer por el esfuerzo mental y entonces casi creían que se desplomaría sobre los mapas, pero de algún modo encontraba la manera de seguir en pie. El médico le reprochaba una y otra vez que no se metiera en la cama y se quedara quietecito para darle tiempo al cuerpo a curarse.

—Reposaré cuando la guerra haya terminado —contestaba, ronco y entre toses—. No antes.

Aquella tarde se encontraba reunido con sus estrategas Armigino y Coloncho.

—Poco más se puede hacer, Majestad —dijo Coloncho, mientras miraba el mapa del país, sujeto por piedras romas y salpicado de fichas de madera, que representaban los distintos ejércitos—. El invierno ha llegado, así que todo queda parado hasta la primavera. Pero las cosas van bien. El rey Chabutaco II de Gricur firmó la paz y los Ertalce están solos y son cada vez más débiles.

—El próximo año caerán —afirmó Armigino.

El rey los miró con sus ojos entrecerrados y febriles y pareció arrebujarse dentro del capote pesado que le abrigaba. El fuego de la chimenea caldeaba la habitación y hacía sudar a los otros, pero él estaba destemplado.

—Quiera Braladur que el 1607 traiga por fin la derrota de mis enemigos —dijo.

Tosió y tomó un trago del caldo que le había preparado su médico. Era lo único que aliviaba su garganta dolorida, eso y el vino, pero el

médico se lo había prohibido y Argaut no tenía fuerzas para imponer su voluntad en estos asuntos domésticos. Dijo: —Gocha ya es nuestro y Eilestag y Bosco deben estar a punto de caer, si no lo han hecho ya.

—El último despacho que llegó de mis lugartenientes en Bosco decía que estaban ultimando los preparativos de la embestida —dijo Armigino—. Es posible que en estos momentos la plaza esté en nuestro poder.

—Ojalá sea así —suspiró Argaut—. Terminaríamos el año con un triunfo importante.

—Uno más —señaló Coloncho—. Solo con haber expulsado a Gricur de nuestro país ya podemos darnos por satisfechos.

—En efecto, no fue un asunto menor. Por cierto, mi hijo está en Bosco.

—Y si hay un asalto no dudéis que él irá de cabeza, Majestad —contestó Armigino, de buen humor—. Si me permitís decirlo, es un potro salvaje.

—Os lo permito porque es verdad. Mi hijo querido… Me ha dado muchas alegrías con sus éxitos en el campo de batalla. Estoy deseando volver a verlo.

—Lo veréis, Majestad, el próximo año lo veréis, e intercambiaréis con él relatos de armas.

—Más me place intercambiar abrazos con él. Pero dejemos eso, señores, que no quiero aburriros con mis tonterías de padre viejo y chocho.

Los otros dos hombres se miraron y sonrieron.

Continuaron charlando en el despacho. Hablaron no tanto de la guerra como de otros asuntos de la vida, como amigos, hasta que llamaron con fuertes golpes. Entró un hombre de la guardia con una carta.

—Majestad, generales, acaba de llegar un mensajero del Ejército del Oeste, en concreto de Bosco. —No pudo reprimir su sonrisa—. Ese hombre me reveló que la plaza ya está en vuestras manos, Majestad, pero en este despacho oficial están los detalles de la conquista.

—¡Magnífico! —exclamó Coloncho. Armigino también aplaudió y el rey, sentado en su butaca y envuelto en mantas, sonrió débilmente —. Muy bien, capitán, dadme el documento y retiraos. Que el mensajero reciba comida y que descanse en cama.

Cuando el oficial se hubo ido Coloncho le tendió la carta al rey.

—No, señor, leedla vos, que yo tengo la vista fatigada.

—Como deseéis, Majestad. —Coloncho quitó la cinta, desenrolló la carta y empezó a leer con una sonrisa—. Ajá, aquí se dice que hace ocho días las catapultas abrieron una brecha en cierto muro de la plaza y que por allí penetró nuestra infantería, y que…

La sonrisa desapareció. Echó una mirada furtiva al rey, que sí

sonreía, con los ojos cerrados, y luego tragó saliva y continuó leyendo en silencio.

—¿Qué ocurre? —preguntó el rey—. Seguid hablando, general. Vamos.

—Majestad, aquí se dice que el triunfo ha sido absoluto. Bosco está por completo en nuestras manos. Eso es lo único importante. Ahora estáis cansado, así que mejor os dejo reposar y luego Armigino y yo —intercambió una mirada con su compañero y este lo entendió todo y asintió— volveremos para seguir dándoos cuenta de los hechos.

—Tampoco estoy tan cansado —dijo Argaut. Carraspeó y tosió—. No me hurtéis la satisfacción. ¿Se dice ahí algo sobre mi hijo Brelán? Sin duda estuvo en el ataque ¿Ha ganado honores? Tal vez le hayan ascendido. Él jamás aceptaría un ascenso que no se hubiera ganado a pulso; es orgulloso, mi buen muchacho… —Argaut frunció el ceño al ver el rostro apesadumbrado de Coloncho—. General, ¿se dice algo ahí sobre mi hijo? Responded. Os lo ordeno.

Coloncho titubeó unos instantes y al final asintió.

—Sí. La carta cuenta lo que le ha ocurrido al capitán Brelán Nicario.

Argaut abrió mucho los ojos, que se le inflaron de terror. Empezó a jadear y a temblar, pero consiguió levantarse de la butaca y tiró las mantas al suelo. Se acercó a Coloncho y le arrancó el documento de las manos. Lo leyó una, dos, tres veces. El silencio espantoso solo quedaba roto por la respiración agitada del monarca y los chasquidos de la madera devorada por el fuego.

—No es posible… —gimió Argaut, con una voz aguda, casi infantil, una voz que le puso los pelos de la punta a los veteranos hombres de armas—. Tiene que ser un error… Mi hijo… Hijo mío…

Dio unos pasos hasta la mesa y se apoyó en ella para no caer. Dejó la carta, levantó la cara hacia el techo y sus ojos febriles e hinchados de lágrimas parecieron buscar algún sentido, una respuesta en la trama de vigas del techo. Luego miró hacia delante, al vacío, como si estuviera contemplando una imagen tan insoportable como esclavizadora, y la boca empezó a abrírsele poco a poco, hasta quedar desencajada en un grito mudo de horror. Las rodillas cedieron y el rey se desplomó inconsciente. Coloncho y Armigino corrieron a auxiliarlo y llamaron a voces al médico.

El rey guardó cama de una vez por todas. Ya no contradijo al médico. En realidad apenas cruzó más de cuatro o cinco frases con nadie. Se

pasaba las horas de vigilia mirando el techo o las paredes, o al fuego de la chimenea, cubierto de mantas hasta el cuello. No había nada en su expresión. Nada en sus ojos. Era como si su mente hubiera quedado vacía. Quienes lo veían quedaban espeluznados. Armigino, Coloncho y otros lugartenientes intentaron animarle con las historias de la política, la guerra y la gobernanza del reino, pero Argaut apenas les hacía caso. Miraba a uno, a otro, y después regresaba al vacío.

—Majestad, vuestra gente os necesita —le dijo Armigino—. Hemos de ganar esta guerra y traer la paz al reino. Vuestro reino.

Argaut repuso con voz átona, sin mirarlo:

—Ganadla vos. Que la ganen otros. Otros lo harán, sí. Otros lo harán. Yo no.

Y no volvía a decir nada, a pesar de los ruegos y las suaves protestas. El médico se llevó aparte a los generales.

—El rey estaba ya muy enfermo antes de conocer la noticia de la muerte de su hijo. Esto ha agravado su dolencia y por tanto necesitará todo el reposo del mundo. Os ruego, señores, que no le importunéis con los asuntos del reino.

—Vos sois el experto en temas de salud —le dijo Coloncho—, así que os obedecemos. Por favor, dadnos cuenta de su estado a diario.

El médico asintió y ellos salieron. A partir de entonces, Argaut solo se vio con su médico y los ayudantes de este. El físico no salía del cuarto e incluso dormía en él, en un catre. Vigilaba el estado del rey en todo momento y él mismo le administraba los caldos y las medicinas. Pero Argaut no mejoraba. De hecho, empeoraba. Las cosas empezaban a pintar muy mal.

—Majestad —le dijo—, debéis elevar vuestro ánimo. ¿Hay algo que pueda serviros de ayuda, algo que os permita pasar mejor este mal trance?

Argaut giró la cabeza con lentitud sobre la almohada para mirarlo.

—Dadme vino.

—No. De ninguna manera, ni aunque me amenacéis. Ya cometí una vez ese error y no volverá a pasar. Estoy aquí para curaros, no para acelerar vuestra destrucción.

—Soy vuestro rey.

—Y yo soy vuestro médico.

Argaut lo miró durante unos instantes y luego torció la cabeza.

—Haced lo que os dé la gana —susurró.

—Majestad, escuchadme. Puedo atenderos y auxiliaros hasta cierto límite, pero si vos no ponéis algo de vuestra parte es imposible que mejoréis. Todas las medicinas de Dirtán no servirán de nada si vos no lucháis para recuperaros.

Argaut estaba despierto, pero no le contestó.

—Majestad, miradme, os lo suplico.

El rey tosió un par de veces, cerró los ojos, volvió la cabeza otra vez hacia el médico y los abrió.

—Majestad, debéis cambiar vuestro estado de ánimo porque de otro modo vais a morir.

Se miraron en silencio y al fin Argaut abrió un poco la boca, pero de nuevo la cerró.

—Podéis hablar conmigo con entera confianza, Majestad.

—Tengo miedo… —dijo el rey, con voz quebradiza.

—No debéis temer a la muerte. ¡Vais a vivir, Majestad! ¡Luchad y viviréis!

—No comprendéis nada. No tengo miedo a la muerte… Tengo miedo a la vida.

El médico echó la cabeza hacia atrás, sorprendido.

—No puedo más… —dijo Argaut, y los ojos se le humedecieron—. Queila… Mumtaz… Brelán… Todo lo bueno que he tenido… Todo me lo han quitado. Ya no puedo soportar más golpes. Prefiero morir.

El médico lo miró con tristeza y al final Argaut volvió la cabeza de nuevo sobre la almohada.

—Dejadme solo —murmuró—. Por favor.

El hombre asintió, se levantó y salió de la alcoba.

Estuvo mucho tiempo pensando lo que debía o no hacer y al final, esa misma noche, llamó a Armigino y Coloncho.

—Señores, he hecho todo lo posible por salvar al rey, pero él ha perdido la voluntad de vivir. Cuando eso ocurre ni el mejor médico del mundo puede curar a su paciente. Por supuesto, yo voy a continuar luchando con todas mis fuerzas por su mejora, pero debemos empezar a pensar en lo peor.

—¿Estáis seguro? —preguntó Armigino.

—Sí. Yo no entiendo de esas cosas, pero creo que deberíais enviar un mensajero a la capital. Hay que empezar a preparar la sucesión.

30

A pesar de la escarcha y los cristales de hielo que cubrían los caminos, Liyoba Farica se puso en marcha, acompañada de una escolta de guardias reales. Llegó a la Residencia de Verano, a menos de una jornada de la capital y su palacio, y una vez allí la mayordoma, secretaria y tesorera real pidió ver a la reina porque debía hablarle de un asunto urgente. Mientras esperaba se quitó la capa, se acercó al fuego y casi tocó las llamas con las manos para disipar el frío que atería su cuerpo. Pero el frío en su ánimo era más difícil de eliminar.

La reina no le hizo esperar porque sabía que Liyoba no era una mujer frívola; si había venido hasta aquí desde Longaza, con este tiempo horrible, no sería por capricho. Cuando vio el rostro pálido y tenso de la mayordoma real comprendió que el asunto debía de ser muy grave.

Mumtaz había engordado un poco, pero seguía siendo hermosa y atractiva. Tenía algunas arruguitas y líneas de tensión en la cara y, aunque no parecía vieja, sí se percibía el paso del tiempo, sobre todo en su rostro, que había perdido la frescura de la juventud, y en sus ojos, tan azules y hermosos como siempre, pero duros, disciplinados y cubiertos de una leve capa de tristeza que nunca conseguía borrar del todo. Llegó acompañada de sus tres hijos: Argaut, un muchachito de once años, alto, más parecido a su madre que a su padre, y las niñas Asenet, de nueve, y Gamira, de siete, dos muñecas que eran el vivo retrato del padre y que saludaron con alegría a la mayordoma. Liyoba asintió en señal de respeto.

—Majestad, Altezas. Lamento molestaros, pero hay asuntos importantes que atender.

—Señora, decidme cómo está mi padre —no pidió, sino que ordenó, el príncipe Argaut.

Liyoba miró a Mumtaz y la reina intervino:

—Argaut, no importunes a la señora Farica. Ella y yo tenemos que hablar, así que ve a jugar con tus hermanitas.

—¿Jugar con niñas? ¡Yo seré el rey del país! ¡Quiero saber cómo está mi padre! ¡Quiero verlo! Ha ganado una gran batalla, ¿verdad? ¡Señora Farica, os ordeno que me habléis de mi padre!

—Y yo te ordeno que vayas a jugar —dijo Mumtaz, y le guiñó un ojo—, o mejor aún, a ver a tu instructor de esgrima. Me ha dicho que eres un buen espadachín.

—¡Seré un gran guerrero, como mi padre! —gritó el príncipe.

—Entonces tendrás que practicar sin descanso. Vamos, ve, hijo mío.

Argaut asintió con formalidad a su madre y a Liyoba y se fue, más tieso que un palo. Las dos niñas hicieron sendas reverencias y luego se marcharon también, entre cuchicheos, risas y brincos. Las dos mujeres quedaron a solas.

—Muy bien, señora Farica, ¿qué os trae por aquí? Tomad asiento, por favor. ¿Queréis un vino?

—No me vendría mal un licor, Majestad. Hace un frío espantoso.

—Desde luego. Es un invierno duro. —La reina se sentó y alisó su falda—. ¿Qué ocurre, señora Farica?

Liyoba tomó un trago y dejó que el aguardiente le calentara las tripas.

—Majestad, he recibido una misiva del noreste, del castillo de Mondarón.

—Allí es donde ocurrió la batalla contra Gricur. ¿Qué está pasando? Habladme de manera recta y sin obviar nada.

—Ya que me lo pedís, así lo haré, Majestad. Se trata del rey.

Mumtaz quedó rígida en la silla y clavó sus ojos en los de la mayordoma.

—El rey contrajo fiebres después de la lucha —dijo Liyoba—. Está muy grave.

—¿Cómo de grave?

—Su médico afirma que puede morir en cualquier momento.

En el rostro de Mumtaz la fachada de dureza se resquebrajó y se llevó una mano al cuello. Pero consiguió sobreponerse y dijo:

—Comprendo los recelos del físico, pero estoy segura de que el rey sobrevivirá a esta enfermedad, como lo ha hecho a otras en el pasado. Ya sabéis que hace mucho que estamos separados, pero aun así puedo recorrer a ciegas todos los recovecos de su alma. Le conozco muy bien y sé que hallará las fuerzas para reponerse. Y más ahora, cuando acaba de librar a su reino de una invasión. Si tiene por delante una guerra que ganar no hay fuerza capaz de arrancarlo de este mundo. —Mumtaz sonrió con tristeza y Liyoba comprendió que aquella mujer había expulsado el rencor de su corazón—. Creedme, señora Farica: el rey luchará y saldrá de esta.

—El problema es que Su Majestad ha perdido las ganas luchar.

Mumtaz frunció el ceño.

—No os entiendo.

—En el mensaje que he recibido se me transmiten las palabras de su médico. Dice que el rey se está dejando morir a sí mismo.

—¿Argaut dejándose morir? ¡Pero si es más terco que una mula…! ¡No lo creo!

—Hay algo más que debéis saber, Majestad. Cuando estaba enfermo recibió la noticia de la muerte del capitán Nicario.

Mumtaz abrió mucho sus enormes ojos azules.

—¿Brelán? ¿El hijo bastardo del rey? ¿Ha muerto?

—Sí, Majestad. Murió durante la conquista de Bosco. El rey recibió la noticia en el peor momento, atacado de fiebres. Su Majestad ha entrado en una depresión de la que nadie ha podido sacarlo. Por eso se muere.

—Brelán muerto… —Mumtaz se llevó una mano a la frente y la frotó con la punta de los dedos—. ¡Pobre Argaut! Él quería tanto a ese chico… —Los ojos se tiñeron de un horror que no solo la ahogaba, sino que sobre todo le sorprendía—. Entonces es cierto… *Puede* morir.

—Majestad, la carta fue escrita hace nueve días. Debía haber llegado en un tercio de ese tiempo, pero los caminos están casi impracticables. En estos momentos es posible que ya haya muerto.

Mumtaz se llevó una mano a la boca y jadeó. Poco a poco, sus ojos enrojecieron y se hincharon de humedad. Negó con la cabeza y las lágrimas se desbordaron y escaparon por entre las pestañas. Liyoba no pudo evitar mirarla con interés. *Por todos los dioses, aún le quiere*, se dijo, asombrada en su fuero interno. Bajó la mirada y musitó:

—Lo siento, Majestad.

Mumtaz se limpió los ojos, tosió un par de veces y halló la fortaleza para controlarse.

—Pero habéis dicho que aún no estaba muerto cuando escribieron esa carta…

—Así es, Majestad.

La reina, ya más calmada, miraba con el ceño fruncido hacia el vacío.

—Majestad —dijo Liyoba, con voz suave pero firme—, comprendo que este es un mal momento, pero hay un asunto que no admite demoras.

—¿Cuál?

—La sucesión. Es mi deber prepararos. El rey me lo encargó personalmente en previsión de que muriese en la guerra y yo he de cumplir su voluntad.

—La sucesión… Según las leyes de Brajairi mi hijo Argaut debe ser coronado en cuanto muera su padre porque es el siguiente Agrate de sangre limpia y no bastarda. Pero solo es un niño.

—Vos seréis la regente hasta que él cumpla quince años. Quedan cuatro para que eso ocurra y en ellos tendréis en vuestras manos la gobernanza del país. Además, tendréis que preparar a vuestro hijo. No es tarea fácil, Majestad, y mucho menos ahora, que estamos en guerra. Por eso el rey me ordenó que yo os guiara y por eso mismo he venido aquí, para ayudaros desde el primer momento. Soy la mayordoma

real, la secretaria y la tesorera del Estado Brajairio, y por tanto conozco muy bien todos los mecanismos del reino y del poder. Por favor, permitidme aconsejaros sobre la tarea que tenéis por delante.

—Sois una mujer noble, diligente y leal, señora Farica, y no encontraría mejor persona en la que apoyarme, cosa que sin duda haré cuando llegue el momento preciso… Pero mi esposo todavía *no* está muerto.

Mumtaz parpadeó, sorprendida.

—Majestad, todo parece indicar que el rey va a pasar a mejor vida cualquier día de estos, si es que no lo ha hecho ya. Deberíamos empezar a hablarlo todo entre nosotras dos. Debemos estar preparadas.

—Repito: mi esposo aún no está muerto. Solo cuando reciba esa noticia aceptaré todo lo demás. Seguiré hablando con vos, pero ahora me siento un poco… confundida. Dejadme a solas una o dos horas y después continuaremos. Mis criados os darán de comer y os atenderán.

Liyoba siguió mirándola durante algunos latidos, pero al final asintió y salió de la habitación.

Al cabo de esas dos horas la reina la recibió de nuevo. Liyoba notó de inmediato la mezcla de agitación y determinación que había en ella. Y eso no le gustó nada.

—Señora Farica, voy a ir a ver a mi esposo.

Liyoba levantó las cejas y permaneció unos momentos callada, sin saber qué decir. Después negó con la cabeza.

—Eso es imposible, Majestad. Se encuentra en Mondarón y en estos momentos los caminos son ya intransitables por culpa de la nieve y el hielo. El jinete que trajo la carta se las vio y deseó para llegar a Longaza; tuvo que pasar por muchas dificultades y casi se perdió porque en varias ocasiones le resultó difícil encontrar el camino bajo la nieve. Solo osó hacer ese trayecto peligroso por la urgencia de sus noticias. Tuve ocasión de hablar con él y me dijo que dejó atrás una ventisca horrible, así que ahora el tiempo incluso ha de ser peor.

—Voy a ir a ver a mi esposo —repitió Mumtaz, sentada en su butaca, con la mirada clavada en la otra mujer—. Tengo que estar con él en estos momentos. He de verlo antes de que ocurra lo peor.

—Majestad, con todos los respetos…, ¿es que no me habéis oído? Cuando llega el invierno la guerra entera se paraliza. Los soldados, que son los hombres más rudos de todo Brajairi, *incluso ellos* buscan refugio bajo techo porque por la noche se congelan bajo las mantas o dentro de las tiendas. Solo cuando llega la primavera reanudan las hostilidades.

—Voy a ir, señora Farica, y nada de lo que me digáis me hará cambiar de opinión. He de hacerlo. No puedo explicároslo, pero algo

dentro de mí me dice que *he* de hacerlo.

Liyoba contempló a la reina durante muchos latidos y su mirada se endureció.

—No, Majestad, no vais a hacerlo.

—¿Qué decís? ¿Acaso no sabéis con quién estáis hablando?

—Precisamente porque lo sé os digo que ni se os ocurra intentar semejante locura. La reina no puede arriesgar su vida, y menos cuando el rey está a las puertas de la muerte. Ya es bastante malo que Brajairi se quede sin el monarca en estos momentos delicados como para que, además, perdamos a la regente. De ninguna manera. No iréis.

—¿Osáis darme órdenes?

—No puedo daros órdenes, Majestad, pero sí convenceros. ¿Qué me decís de vuestro hijo? ¿Qué pasaría con él si vos murierais en esos caminos helados? Se quedaría no solo sin padre ni madre, sino también sin regente que lo guíe hasta la mayoría de edad. Ni vuestro hijo lo merece ni el país lo merece. Vos tenéis una obligación con el reino. No tenéis ni siquiera el derecho a olvidarlo.

Mumtaz vaciló un poco ante la ira contenida de Liyoba.

—Señora Farica, no voy a morir por el camino. Soy más dura de lo que pensáis. En mi juventud pasé por situaciones que ni siquiera podéis imaginar.

—No lo pongo en duda, Majestad, pero procedéis de una tierra cálida. Desconocéis cuán severo puede ser el invierno de Brajairi.

—Sobreviviré. Sé que voy a hacerlo.

—¿Cómo podéis saberlo, Majestad?

—Lo sé. No os puedo decir más.

Liyoba se llevó una mano a la frente y suspiró. Iba a decir algo, pero la reina levantó la mano.

—Si me ocurriera lo peor vos guiaréis a mi hijo.

—¿Pero qué demonios estáis diciendo, Majestad? —explotó Liyoba —. ¡Yo no soy su madre!

—No, pero seréis la regente del país hasta su mayoría de edad. Delego en vuestras manos tal responsabilidad si mi esposo y yo morimos. Confío tanto en vos que pongo la vida de mi hijo, que será el rey, en vuestras manos.

—Es un honor, Majestad, y con gusto llevaría a cabo dicha encomienda, pero eso no ha de ocurrir hasta dentro de mucho tiempo. No puedo permitirlo. Comprendo que estéis ofuscada y dolida por las malas noticias, pero si las dejáis reposar comprenderéis que no tenéis la obligación de estar con el rey durante sus últimos momentos.

—No se trata del cargo, sino del hombre. He de estar junto a él cuando muera.

Liyoba la miró con impaciencia y entendió que no podría hacerla entrar en razones. Era como discutir con una montaña. La reina la

miró a los ojos.

—Señora Farica, ¿habéis estado alguna vez profundamente enamorada?

Después de muchos latidos, Liyoba bajó la vista.

—Sí —susurró.

Mumtaz sonrió con tristeza.

—Entonces tenéis que comprenderlo. —Levantó la barbilla y sus ojos se endurecieron—. La única forma de impedir que vaya a ver a mi esposo será encerrándome en una mazmorra y no os recomiendo que empecéis esa guerra contra la reina de Brajairi.

Liyoba volvió a llevar la mano a su frente y estaba vez la pasó por el pelo, hasta la nuca, con los ojos cerrados. Suspiró. Miró a la reina con ojos de acero.

—Iréis acompañada de no menos de cuarenta hombres de la Guardia Real. Los mejores. Yo misma hablaré con su líder. Él estará al mando, no vos, así que le obedeceréis en todo y de manera perfecta.

—Os prometo que lo haré —respondió Mumtaz con voz sumisa—. No les daré ningún problema y no me quejaré nunca.

—¿Que no os quejaréis? —Liyoba sonrió con ironía—. Eso ya lo veremos, Majestad. Supongo que querréis salir lo antes posible, así que partiréis mañana por la mañana, cuando vengan aquí a buscaros. Traerán ropas, comida y una montura para vos, así que no os preocupéis por nada. Yo vendré con ellos porque antes de iros habréis de firmar, ante la presencia de testigos y notarios, los documentos que probarán que hacéis todo esto por voluntad propia, así como los poderes que harán de mí la regente si vos no volvéis.

—Volveré, señora Farica.

—Majestad… ¡Por Braladur, esto es una locura! ¿No hay forma de haceros cambiar de opinión?

—No la hay.

—¡Sea! Hablad con vuestros hijos, sobre todo con el futuro rey. He de ocuparme de muchas cosas, así que debo irme de inmediato.

—Lo entiendo. Y, señora Farica… Gracias.

Liyoba la miró con cara de pocos amigos, asintió con respeto y se fue.

La comitiva partió el día después y sin demora se dirigió hacia el este. Estaba compuesta de sesenta soldados, entre los cuales había buenos guías, expertos en las zonas por las que iban a viajar. El capitán se llamaba Olivenzo Borranco y era un hombre adusto y con cara de

pocos amigos. Advirtió a la reina que no iría ni una sola mujer más con ellos y Mumtaz asintió.

Ya desde el primer momento notaron el frío intenso, aumentado por un viento seco y cortante, un aire amargo que se metía por la garganta y la hería. Marchaban al paso, sin prisas, pues los guías y Borranco, que conocían bien el invierno de Brajairi, sabían que no llegaba antes el más rápido, sino el más cauto. No llevaban caballos, sino mulas, y Borranco las trataba con un cuidado exquisito, en contraste con la severidad que dispensaba a los humanos, incluida la reina. Aseguraba que en este viaje las mulas eran más valiosas que los hombres y por tanto no quería cansarlas; ni uno solo de sus soldados osaría azotar a su mula, por la cuenta que le traía. Casi todo el tiempo iban a pie y llevaban a los animales de las riendas. La reina quiso caminar también, pero Borranco se lo prohibió; por muy dura que ella fuese no estaba acostumbrada a las caminatas y él no quería que les retrasara ni que enfermara de agotamiento, así que le ordenó ir sobre la silla. Mumtaz no protestó, cosa que sorprendió al oficial, que había imaginado en esa mujer una reina caprichosa y quejosa. No obstante, sus ojos le decían que la odiaba, aunque tal vez odiara a todos los seres humanos, a juzgar por su comportamiento. Solo era amable con los animales.

Mumtaz tuvo tiempo de recordar los recelos de la señora Farica porque desde el primer día sufrió en sus propias carnes —envueltas en capotes y ropas gruesas— la gelidez espantosa. Cuando no corría el aire, el frío parecía un puño que se cerrara sobre ella y la estrujara con sus dedos helados, y entonces el frío se le metía bajo la piel y la hacía estremecerse. Hacía tanto frío que incluso *dolía*. Lo peor era el viento, pues cuando soplaba la sensación de frialdad aumentaba, y entonces el frío hacía llorar los ojos, acuchillaba la garganta y cortaba la piel. Cuando hicieron el primer alto para comer y los soldados encendieron una hoguera Mumtaz tuvo que contenerse para no lanzarse sobre las llamas y permitir que le calentaran las manos, las mejillas, todo el maldito cuerpo, y se reprimió para no hacer el ridículo ante esos hombres. Borranco puso un plato enorme ante ella.

—No creo que pueda comérmelo todo —dijo, luchando para que su voz no temblara.

—Majestad, quiero veros gorda y sebosa. Así resistiréis mejor el invierno. Perdonad mis palabras, pero… ¡a comer y a callar!

Sin esperar la respuesta, volvió con sus hombres. Mumtaz se lo comió todo. No le dejaron reposar la comida, sino que la obligaron a levantarse y proseguir. Cuando llegó la noche Mumtaz creyó que realmente *se iba a morir de frío*. Sus dientes castañeteaban sin control y un entumecimiento que le daba mucho miedo rondaba su mente. Borranco le dijo que bajara de la mula y caminara. El movimiento de

las piernas provocó cierta sensación de vitalidad que alejó el sopor. No pararon a pesar de que casi no se veía nada, y al fin llegaron a una posada. Mumtaz dio gracias a todos los dioses del universo y cuando estuvo ante la chimenea y sintió el calor de las llamas puso los ojos en blanco y soltó un gemido de placer largo y ronco, demasiado femenino, que llevó a los hombres a mirarla con intensidad. Pero recordaron quién era y desviaron la vista. Borranco puso ante ella una cazuela de judías estofadas, acompañada de pan y tinto cabezón, y esta vez ella no puso reparos. Ahora sabía que cada pedazo de comida que no metiese en el estómago la acercaba un poco más a la muerte.

El viaje continuó de manera parecida. Poco a poco, Mumtaz iba endureciéndose y acostumbrándose a ese frío espantoso. El capitán incluso le permitió bajar de la silla y caminar como todos, e intercambió unas pocas frases con ella. Todo esto le recordaba aquella lejanísima etapa de proscrita en Élamos y, por primera vez en años, se sintió viva y despierta. No se comportaba como una dama estirada, hablaba con los hombres y, dejándose llevar por su carácter campechano, les preguntaba por sus esposas e hijos, sus hogares e incluso por sus amantes y aventuras femeninas. Enseguida se ganó la simpatía y el afecto de todos.

Cruzaron el río Lexán, una lengua de hielo que se podría golpear con un hacha sin problemas, y llegaron a los territorios cercanos a la Sierra de Ortanca. Entonces, las cosas empeoraron.

Mumtaz pensaba que ya lo sabía todo sobre el frío, pero cuando empezaron a adentrarse en estas tierras pedregosas, donde la vegetación desaparecía hasta desnudar el monte rocoso y después la montaña pura, comprendió que apenas conocía nada del invierno brajairio. A veces la gelidez se volvía *líquida*, como fuego helado en las venas, paralizaba la mente y quitaba el aliento, y entonces debía luchar contra la propia sensación, obligarla a retroceder hasta el borde de la mente y mantenerla allí, pues incluso pensar en ella era peligroso. Los pies y las manos desaparecían, era casi imposible sentirlos, y Mumtaz estaba segura de poder darse un martillazo en ellos y no experimentar nada. Ahora siempre caminaban, dando patadas en el suelo cada pocos pasos. Seguían un camino estrecho, una cuchillada de piedra en el manto de leche. A veces los guías se detenían e inspeccionaban el terreno en busca de la senda raquítica, casi desaparecida, pero al final siempre la hallaban. Humanos y mulas continuaban ascendiendo. Ya no había tierra, sino piedras. Aquella marcha era agotadora, pero al menos se agradecía el esfuerzo porque obligaba a la sangre a moverse, y disipaba el sopor. Al cabo de poco ya solo hubo nieve, blanca y cegadora. El camino había desaparecido y los guías únicamente podían orientarse a fuerza de señales remotas: una roca de una forma determinada o un picacho algo más alto o más

bajo que el resto. Se hundían en la nieve hasta los tobillos, luego las pantorrillas y por último casi las rodillas. Los exploradores tanteaban el terreno con sus bastones para evitar las hoyas y los pozos. Borranco impuso un ritmo cruel porque debían llegar antes de la noche al refugio; si les pillaba la oscuridad a la intemperie podrían amanecer todos congelados. Mumtaz estaba mareada por culpa del frío y el cansancio y el capitán le ordenó subir a la mula y continuar sobre ella. Al menos no era la única, pues dos hombres medio inconscientes también iban sobre los animales. Para la reina el resto del día transcurrió como en un delirio teñido de blanco y de un azul que se convirtió en oro y sangre. Borranco se le acercó y le dio un pellejo de aguardiente. Ella bebió, tosió y agradeció el fuego en las tripas.

Llegaron al refugio a tiempo. Era una casa de piedra abandonada que usaban los montañeros, con un establo para que las mulas descansaran y comieran su avena. Dentro de la casa los humanos estaban apretujados y había poco espacio libre, pero se agradecía porque eso aumentaba el calor. Limpiaron la chimenea de nieve, la secaron como mejor pudieron y tras mucho esfuerzo consiguieron encender fuego. Se echaron a dormir en las mantas, felices de dormir bajo techo y conscientes de la indefensión del insecto humano ante la gigantesca naturaleza.

Siguieron marchando por la Garganta, el único paso de la Sierra de Ortanca. Subieron los puertos y caminaron sobre laderas empinadas que a veces se convertían en precipicios. En ocasiones tenían que marchar por cornisas estrechas. Aquellos parajes eran tan aterradores y tan hermosos que cortaban el aliento. Las montañas elevaban el espíritu de Mumtaz, la arrojaban hacia los cielos, la hacían volar y le permitían olvidar el cansancio y el frío crónicos.

Una tormenta de nieve los detuvo, una ventisca que les obligó a apretarse unos contra otros y contra las mulas en busca de calor. El viento abofeteaba, escupía sus babas de nieve, dificultaba incluso la respiración, el viento ululaba con su voz profunda y espectral, el viento anciano y maligno, el viento acuchillador que parecía susurrarles en los oídos su letanía siniestra:

MOOOOORIIIIIIID… MOOOORIIIIIIIID… HUMAAANOOOOOOS… MOORIIIIIID… EEEN… MIIIII… SEEEEENOOOOOO… MOOORIIIIIIIIID… MORIIIIIIIID…

La tormenta no desapareció, pero sí se atenuó lo bastante como para que pudieran ponerse en marcha otra vez. Se ataron unos a otros y a las mulas para no perderse y caminaron zarandeados por el viento,

que ya no ululaba ni silbaba, sino que rugía en los oídos. Les cayó la noche encima y quedaron ciegos en su oscuridad. Pero Borranco no les permitió detenerse, pues debían llegar al siguiente refugio. Sucedió el milagro y distinguieron las sombras de otra cabaña de piedra y su establo. Mumtaz sintió ganas de llorar de alivio, pero estaba segura de que las lágrimas se congelarían en sus ojos. Hacía mucho que no sentía la muerte tan cerca y de nuevo sufrió el espanto de la fragilidad humana, aunque también el placer de la vida desbordante y salvaje, la vida en estado puro.

Cuando amaneció había tal niebla que apenas podía verse nada más allá del brazo extendido. Era como estar dentro de un mar viscoso donde no había personas, sino espectros. Tuvieron que esperar un día entero a que la bruma desapareciese y solo entonces volvieron al camino.

Siguieron recorriendo la Garganta, sin ganas de hablar, ni siquiera de razonar, agotados, ateridos, con la mente yerma y pegajosa, incapaz de llevar los pensamientos más allá del siguiente paso. Las montañas antiguas, pesadas y divinas les sorbían el espíritu como se chupa el tuétano de un hueso, les arrancaban la vanidad humana, el orgullo patético de los hombres, que en su necedad se creen los seres elegidos de la Creación. Allí solo eran tasajos con patas, aplastados en todo momento por los dioses de la piedra y la nieve, que alzaban sus cuerpos majestuosos hacia las alturas con una indiferencia aterradora. Y sin embargo, acabaron por amar el pico, el talud, el otero, el hielo y el cielo azul. Una vez liberados de las cadenas del engreimiento humano, experimentaron la plenitud de adorar sin reservas lo grande, lo sublime, el gigantismo de la roca y la eternidad de las nubes.

Por fin salieron de la Garganta y entonces todo les pareció más sencillo. Las cuestas suaves y las planicies eran naderías comparadas con la crueldad espantosa de la montaña. Los bosques espolvoreados de blanco les parecían el escenario de un cuento de hadas.

Pero el frío seguía acuchillándolos. Huraños, callados, hicieron noche en una última fonda y al día siguiente, por fin, llegaron al castillo de Mondarón. Mumtaz no pudo evitar abrazar a todos esos hombres que ya eran camaradas, incluso amigos, olvidándose de que ella era la reina de todos ellos. Incluso Borranco la abrazó y le dio una palmada en el hombro.

—No lo habéis hecho mal del todo, Majestad —gruñó, y Mumtaz comprendió que aquel sería el mayor elogio que podría salir de su boca.

Fue recibida por el teniente del castillo y por los generales Armigino y Coloncho, que se la quedaron mirando con pasmo.

—¡Majestad! ¡No sabíamos que llegabais! ¿Cómo habéis podido hacer este camino?

—Majestad, ¿habéis venido por la Garganta?

—Sí, señores, así fue, pero luego os lo contaré todo. Ahora debéis decirme cómo está el rey. ¿Sigue vivo?

El miedo estrujó su corazón y los latidos que tardaron en contestar le parecieron casi intolerables.

—Sí, Majestad, el rey se encuentra en las últimas, pero aún vive.

—¡Gracias a los dioses! ¡Llevadme con él! ¡Vamos!

—¿Pero no queréis asearos ni comer antes de verlo?

—¡No! ¡Llevadme con él!

Y la llevaron con él.

31

La visión de aquel cadáver viviente, aquella osamenta en la cama inmensa, detuvo a Mumtaz en seco, como si hubiera chocado con un muro invisible. Aquel moribundo no podía ser su esposo, el hombre que había amado tanto, el padre de sus hijos, el que la había hecho tantísimo daño al alejarla de él, infligiéndole una herida que nada, ni siquiera el tiempo, logró cerrar del todo. No, no podía ser el hombre al que no podía odiar por mucho que lo hubiera deseado tantas veces y al que tampoco podía olvidar, por el cual había arriesgado su vida en un viaje insensato a través del viento y la nieve.

Y sin embargo… Sí, de algún modo era él.

Mumtaz creía que iba a experimentar muchas cosas al verlo de nuevo, pero le sorprendió sentir solo compasión, una piedad enorme por aquel ser que sufría no la enfermedad física, sino el tormento del alma. Y todo volvió a ella, los años felices y los años amargos, todo aquello subió desde las profundidades, incluso lo que mantuviera siempre reprimido, y entonces se llevó una mano a la boca y empezó a llorar sin poder controlarse. El médico y los generales se le acercaron, pero Mumtaz los rechazó. Sumida en este llanto absurdo y tozudo, siguió acercándose a la cama y se sentó junto a la osamenta que se negaba a morir. No halló fuerzas para hacer otra cosa que dejar caer la cabeza sobre el hombro cubierto por las mantas.

—Es mejor que salgamos —dijo el doctor, y se llevó a los generales fuera de la alcoba.

Argaut no despertó de su muerte en vida, pues, tal y como le dijo el doctor a Mumtaz, estaba pegado a este mundo solo por hilachas de algo que quizás fuese un fantasma de su antigua voluntad, o simple inercia. Le daban la sopa nutritiva y él la tomaba sin hacer más movimiento que el de tragar, sin siquiera abrir los ojos. Le cambiaban las compresas de agua y lo vigilaban, pero la fiebre no decaía. No podían hacer más.

Mumtaz estaba siempre a su lado. Dormía en una butaca de la misma alcoba y veía cómo el doctor trataba de ayudar al rey moribundo, ajeno a todo y a todos. La habitación estaba sumida en sombras espesas y a la reina le disgustaban, así que dijo:

—Llevaremos al rey a una alcoba con vidrieras. Tiene que haber luz a raudales.

Su orden fue obedecida y el monarca fue depositado en la cama de otra sala, bajo una ventana enorme de vidrio blanco. El rey dormido estaba la mayor parte del día bañado por el sol.

—Traed aguardiente —dijo la reina—. El más fuerte.

—Majestad, eso puede dañar su delicado organismo —objetó el doctor.

—Dadle dos vasos grandes al día y veamos qué ocurre. Si sale mal, ¿qué podemos perder? De cualquier modo ya está más muerto que vivo.

Le dieron el aguardiente y el rey tosió, carraspeó y volvió a dormir. Pero ahora fruncía el ceño, lo cual hizo que Mumtaz sonriera.

—No os preocupéis —le dijo al médico—. Le conozco y sé que ese enojo es buena señal.

Al día siguiente Argaut abrió un poco los ojos e hizo una mueca de dolor. Mumtaz, sentada junto a él, los protegió del sol con su mano.

—¿Quién…? —gimió Argaut—. ¿Quién… eres?

Ella inspiró hondo y sonrió.

—Soy yo, Argaut.

—No veo nada… Estoy ciego.

—Espera.

Ella corrió los cortinajes para que él pudiese verla. Los ojos afiebrados se abrieron un poco más y permanecieron mucho rato inmóviles, contemplándola.

—Mumtaz.

La reina sonrió e intentó no llorar.

—Sí. Aquí estoy.

—Mumtaz… Brelán ha muerto. —El rostro enfermizo del rey se arrugó por culpa del sufrimiento, sus ojos se inundaron de lágrimas y el llanto hizo temblar todo su ser—. Mi querido hijo… Ellos lo mataron, Mumtaz… Me lo han quitado…

—Lo siento mucho, Argaut. Sé cuánto le querías.

Ella le tomó de la mano y él la agarró como si fuera el último asidero que lo salvara del abismo. La reina dejó que él llorara hasta que, agotado, empezó a tranquilizarse. Su mano quebradiza continuaba entre las de ella.

Argaut la miró como si quisiera retener su rostro para siempre en las redes del recuerdo.

—Creí que nunca volvería a verte.

—Yo también lo creía hasta hace muy poco. La vida da muchas vueltas. —Mumtaz bajó la vista y pasó mucho tiempo de silencio antes de que volviera a mirarlo—. Argaut, quiero saber si podrás perdonarme algún día. Yo he hecho limpieza en mi corazón. Tengo

que saber si la harás tú.

—Jamás creí que te oiría decir estas cosas… —respondió él, con una sonrisa que ella agradeció.

—El orgullo no me ha servido de nada. Estoy harta de sus cadenas. No vuelvas a alejarme de ti.

—¿Cómo podría alejarte si yo te quiero con toda mi alma?

Ella sonrió. Sus dedos acariciaron de manera distraída la mano lacia y huesuda.

—Vaya par de idiotas que somos.

—Sin duda. —La sonrisa del rey menguó hasta desaparecer—. Pero ya es demasiado tarde para mí, amor mío.

—No. Te curarás y saldrás de esta.

—Mil veces le he dicho lo mismo a un soldado moribundo.

—Saldrás de esta, Argaut.

El rey se hundió en sus ojos azules. Todo volvía… Todo.

—¿Crees de veras que las cosas pueden cambiar?

—Sí.

—Por favor, abre del todo las cortinas. Yo no puedo levantarme. Aún estoy débil.

Ella lo hizo y el sol bañó la cama. El rey entreabrió los ojos para admirar la luz. Vio a su esposa venir hacia él con una sonrisa resplandeciente, como tantas veces la vio en los mejores tiempos, y sintió una felicidad que había creído perdida y que retornaba para desbordarse por encima de los diques y barrerlo todo a su paso.

32

Tibal Ertalce, sumo sacerdote del culto de Tarumara, levantó las manos hacia el techo. Sus dedos empezaron a chorrear su color y su materia fuera de sí mismos y subieron hacia las alturas sombrías, se fundieron unos con otros, vibraron y dibujaron curvas de luz borrosa. El techo se contrajo y luego se abrió en una explosión de claridad. Había un cielo cuajado de estrellas en el que aparecían y desaparecían rostros y cosas que intentaban ser rostros y jamás lo conseguirían. Se dijo que aquello no era importante, así que su voluntad lo encerró de nuevo dentro de los límites de la esfera inferior. Sentía el sudor que bañaba su cabeza, el ardor de cirios, hachones y lámparas de sebo. El calor daba vueltas en torno a un núcleo que latía y lo creaba y recreaba a cada instante. Contrajo su voluntad. Cruzó diferentes niveles, pasando a través de cúmulos esenciales mientras a su alrededor caía la farsa de las formas. Los borrones seguían entonando el cántico ceremonial y las sospechas giraban sobre ellos como hélices alocadas, pero él no les prestaba atención. Era fuerte. Se contenía. Metió las manos en la gran charca grasienta y humeante y las llevó muy adentro, hasta el núcleo, lo acarició y besó y se apretó contra él. Ebrio de poder y gloria, volvió a los límites externos. Podía sortear los obstáculos y las trampas. Sabía cómo esquivar los pozos de vacío. Era. Se deslizó por la membrana, hasta alcanzar el esfínter que lo arrojó al espacio en forma de voz:

—¡Tarumara! ¡Padre! ¡Señor de la verdad, tantas veces calumniado, agraviado y rechazado! ¡Pero nunca vencido! ¡Te damos la ofrenda! ¡La ofrenda!

Los borrones aullaron, víctimas del frenesí. El cántico perdió sentido, devino un monstruo de mil cabezas y tentáculos, una criatura borrosa que reptaba y dejaba un reguero de color violeta. Algunas manchas se retorcían, caían sobre sus extremidades, sufrían convulsiones, sollozaban. El griterío era majestuoso, lo alzaba en columnas de espuma. Para convertirse en señor del orden primero debía navegar el caos. Otra vez sorteó las puntas y los temblores en el tapiz de la realidad, las rugosidades nauseabundas por las que entraban y salían el color y la forma, de manera rítmica. El sudor era el ancla. La criatura temblaba y se le acercaba dando saltitos, una especie de sapo rojo; los ojos escapaban de su faz y luego volvían a ella, los dedos eran lombrices que pedían ser cercenados, la boca era

una letrina con heces rojas. Se le acercó arrastrándose, gimoteando, ladrando como un perro deforme. Él tocó su frente con un solo dedo, solo un roce divino, el contacto, la sabiduría del maestro, y la cosa empezó a aullar y a chillar, y en un acto de amor y piedad el ente que en las esferas mentirosas fuera Tibal Ertalce, pero que ahora era otra cosa muy distinta y por supuesto mejorada, sacó el objeto y lo hundió en el cuello de la cosa que gritaba, y saltó una luz brillante que se deshizo en pétalos, rombos, círculos y cuadrados diminutos, siempre roja, maravillosa, bellísima, y la cosa se retorcía en sus manos y él lloraba de dicha y amor mientras continuaba abriéndola, extrayendo una miríada de chispas oscuras, y en lo alto los rostros continuaban luchando para convertirse en algo comprensible, y para pintarse a sí mismos utilizaban tinta de estrellas.

—¡Tarumara! —aulló—. ¡La ofrenda! ¡Te damos la ofrenda! ¡Y te pedimos a cambio tu ayuda, Padre Celestial!

La cosa dejó de temblar, se derramó fuera de sí misma y quedó tirada en el suelo, como un charco inútil. Había otra cosa cerca que se abría de piernas y hacía algo entre ellas con sus manos. Sus pechos se levantaban como columnas de carne, coronadas por pezones de metal; tenía los ojos desorbitados y lloraba y reía a la vez. Él dio un salto, dos, giró movido por fuerzas superiores, cantó, ejecutó una pirueta, cayó sobre la cosa y también la abrió bajo la barbilla para que soltara su chorro de constelaciones. Rio. Las manchas de color escarlata aplaudían, cantaban, daban saltos, agitaban los brazos y las piernas y se agachaban para ponerse en cuclillas, y entonces andaban de un lado a otro y meneaban la cabeza. Ofrendas, más ofrendas, más ofrendas, ofrendas, más ofrendas, ofrendas, ofrendas, ofrendas, más ofrendas, ofrendas y ofrendas y ofrendas. Sufrió un tirón que se lo llevó lejos y lo condujo por un atajo entre instantes, de tal modo que apareció de repente en su alcoba personal. Allí las paredes se retorcían, aunque sin mucha fuerza. Él las miró y detuvo sus evoluciones. Los efectos menguaban. Estaba otra vez en la esfera de las calumnias y debía someterse a las reglas del juego. Se desnudó y se metió en una tina llena de agua. Salió del recipiente con la mente hundida en lagos de paz. Un ayudante se arrodilló ante él y levantó un paño blanco e inmaculado. Tibal se secó y después limpió con cariño la daga. Pasó mucho tiempo absorto en la tarea, silbando una tonada alegre. De vez en cuando gorjeaba y reía con voz suave. No le importaba demorarse porque sabía que el tiempo era una ilusión: muchas veces lo había estirado y contraído entre sus dedos. Metió la daga en su funda y la entregó a su ayudante. Le trajeron una túnica roja, perfectamente doblada.

Vestido, con la mente en una moldura de parámetros mundanos, recorrió los senderos de piedra de Gunabar, ahora desiertos y yermos,

silenciosos, sucios porque no había ya criados. La mayoría de las lámparas estaban apagadas y las sombras navegaban los corredores y las escaleras. El sacerdote se detuvo junto a un ventanuco por el que entraba la brisa fresca del otoño. Del burgo subían una o dos hilachas de humo. Apenas había signos de tumulto ni batalla. Los traidores se habían rendido sin apenas combatir. Podía oír las voces iracundas de los últimos defensores de la fortaleza. Tibal sonrió, o más bien compuso una mueca que desnudó los dientes. Los lerdos no entendían nada. Había pasado el tiempo de los aceros y ahora empezaba el de los dioses.

Llegó a la puerta del salón de audiencias y la abrió.

Dentro estaban su abuela Urguna y su tío Rayún, ella sentada en su butaca y medio cubierta por las mantas y él en pie, con la túnica recia de los guerreros, la cota de malla y los guantes. De los correajes pendían la espada y la daga. El casco reposaba en la mesa. A pesar de su edad aún se le veía fiero y enérgico. No solo la guerra, sino el sufrimiento de haber perdido a su hijo, ahorcado por el tirano el año anterior, habían labrado más arrugas en su rostro. Su mirada era amarga y digna.

—¿De dónde vienes? —preguntó a Tibal—. ¿De alguna de esas orgías enloquecidas tuyas?

Tibal levantó la barbilla con aire ofendido.

—Son liturgias en nombre del dios auténtico. Gracias a ellas venceremos al enemigo.

Rayún le dirigió una mirada acerba y burlona.

—El enemigo ya está a las puertas. Ahora solo podemos hacer dos cosas: rendirnos o luchar hasta el fin. Y yo ya he decidido lo que hacer. No voy a dejar que me atrapen vivo para acabar colgado de un soga.

—Hay formas y *formas* de luchar. Yo tengo la mía y os aseguro que nos dará el triunfo.

—La religión te ha sorbido el seso. Ningún dios va a ayudarnos. ¡Los maldigo a todos! La razón está de nuestra parte, pero ni Braladur ni ese dios de la oscuridad al que adoras nos hacen justicia, así que déjate de cuentos, agarra una espada y ven conmigo. Más vale un brazo fuerte que esos sortilegios inútiles que te gastas. Únete a mis hombres y al menos morirás con dignidad.

—Os equivocáis. Seré yo quien salve a los Ertalce. Le hemos hecho una ofrenda a Tarumara para que venga en nuestro auxilio.

Urguna levantó la mirada, pues hasta entonces había estado absorta en sus propios pensamientos.

—Sacrificios humanos. Como en los viejos tiempos, y todo es un asco.

—En la sangre está el poder, abuela. —Los ojos de Tibal brillaban

—. ¡No lo creéis, pero os demostraré que llevo la razón! ¡El dios se levantará desde las entrañas de la tierra y barrerá a nuestros enemigos! ¡Empezará una época de esplendor y gloria! ¡Volveremos a gobernar, no solo en nuestras tierras, sino en todo nuestro amado Brajairi! ¡Reinaremos sobre Dirtán entero!

Rayún lo miró con desprecio y la lástima que se reserva a los locos. Los ojos azules de Urguna lo miraban sin pestañear, entrecerrados.

—Estás borracho o drogado —dijo Rayún—. O ambas cosas. Pero no te lo reprocho, sobrino. Este no es un mundo para los cuerdos. Adiós, pobre loco. Espero que con tus hechizos te lleves al menos uno o dos bastardos al abismo.

—Señor, ojalá podáis llegar a ver mi triunfo. El de mi dios.

Rayún meneó la cabeza y luego se volvió hacia Urguna.

—Madre, tengo que despedirme. La hueste del tirano va a entrar en la fortaleza y mis hombres me necesitan.

—Ve, hijo mío, ve —dijo Urguna—. Cumple con tu deber en este día terrible, y todo es un asco.

—Necesito vuestra bendición.

Ella asintió en silencio. Rayún puso una rodilla en tierra y bajó la cabeza. Urguna llevó su mano esquelética y temblorosa hasta la cabeza medio calva de su hijo y la posó allí. Los ojos de hielo azul se empañaron de lágrimas.

—Tienes mi bendición, hijo mío… Mi querido hijo… Y todo es… un asco.

Rayún levantó la cabeza y la mano de su madre acarició su rostro con dulzura.

—No lloréis por mí, madre. Mejor morir con dignidad que vivir como un esclavo. Es lo que vos me habéis enseñado. No me arrepiento de nada. No ha sido una mala vida y así como la he vivido, así he de morir.

Ella asintió, sin poder hablar. Las lágrimas mojaban su mapa de arrugas.

Rayún se puso en pie, tomó la mano trémula de Urguna y la abrió. Puso en ella una daga envainada y cerró los dedos de su madre en el puño.

—Esto es para quitaros la vida cuando vengan los invasores. Si tuviera valor yo mismo os la arrebataría ahora, pero no puedo. Perdonadme. Tendréis que hacerlo vos.

Urguna miró la daga durante muchos latidos, asintió y la metió bajo las mantas que la cubrían. La lideresa del clan Ertalce endureció sus facciones.

—Mata a todos los que puedas, Rayún. Hazles pagar caro este momento. Que muchas madres lloren igual que yo estoy llorando ahora, y todo es un asco. Me siento orgullosa de ti, hijo mío. Contigo

va la pureza de nuestro Brajairi y de nuestra raza escaldraia.

—Adiós, madre.

Rayún cogió el casco y salió de la estancia con paso enérgico.

—Yo también tengo que irme —dijo Tibal—. He de preparar a mis sacerdotes para la llegada del dios. Pero cuando hayamos alcanzado la victoria, volveré.

Urguna lo miró con sus ojos húmedos, serenos, despectivos.

—Ven aquí. Qué asco. Arrodíllate para que te dé mi bendición.

—Pero voy a volver, abuela.

—Arrodíllate, y todo es un asco.

Ella puso la mano en la cabeza de su nieto.

—A tu manera, con tus armas, y todo es un asco, tú también debes matar a la mayor cantidad de miserables.

—Lo haré, abuela.

—Ve.

Urguna Ertalce quedó sola.

A Rayún solo le quedaban doscientos hombres, los mejores guerreros, los irreductibles. Todos los demás soldados del castillo, e incluso aquellos que sin serlo pudieran haber empuñado un arma, todos habían huido. Hombres que Rayún había considerado sus amigos durante tantos años se habían convertido en traidores y desertores, cobardes, alimañas sin nobleza ni dignidad. Pero aquí estaban los últimos luchadores del Clan Ertalce, algunos viejos, algunos jóvenes, algunos curtidos y algunos bisoños. Fieles hasta la muerte. De un ejército de decenas de miles de hombres, solo quedaban ellos.

—¡Los enemigos ya han destruido el portón! —gritó un hombre que acababa de llegar a la carrera—. ¡Son miles!

—Eso ya lo sabíamos —dijo Rayún—. Está bien. Nos haremos fuertes en el recibidor de la torre del homenaje. No tiene sentido retroceder más. ¡Vamos!

Echó a andar y ellos le siguieron. Llevaban puesta la cota de malla y estaban armados hasta los dientes. Ya podían oírse las explosiones de los magos del tirano. Sus propios caballeros de la Fuente, esos traidores de la Orden de Guzga, también se entregaron al enemigo en cuanto llegó la primavera. Rayún había vivido malos años, pero ninguno tan horrible como este de 1607…

Tras la expulsión de los gricurios los Ertalce se habían quedado solos contra la Corona. No sirvieron de nada las embajadas a Brenit e incluso al propio Gricur, cuyo nuevo rey, Chabutaco II, se desentendió

de ellos. Nadie quería aliarse con los Ertalce. Desde la primavera, Rayún se había sentido como el jugador de ajedrez que se sabe derrotado en diez o doce jugadas y aun así intenta reconducir la partida, perdiendo una tras otra sus fichas ante un adversario que no cometía errores. Las Casas vasallas se habían pasado en masa al enemigo, pero quien más le decepcionó fue su sobrino Laurón, que había huido de Gunabar hacía menos de veinte días, tal vez pensando que podría burlar el cerco del tirano. Vana esperanza, pues acabarían atrapándolo y lo ahorcarían de todos modos. A Laurón al final el miedo le había quebrantado, le había convertido en un cobarde y un necio. Incluso su desquiciado hermano Tibal era más noble que él. Rayún, que al principio de la guerra estuvo a favor de pactar con el enemigo, cambió de parecer tras la muerte en la horca de su hijo Arlago. Al saber que el rey lo había hecho colgar de una soga, como si fuese un villano de aldea, sintió que algo se le endureció por dentro, algo se le congeló en el pecho y luego en la cabeza. Esa noche fue la más negra de toda su vida. El tirano no solo mancilló el cuerpo de su hijo al darle un fin tan vil, sino que también violentó su espíritu, su memoria. A Rayún le resultaría ya imposible pactar nada; no solo eso, sino que malograría cualquier negociación. Antes morir mil veces que humillarse ante ese malnacido. Solo gracias a sus esfuerzos la guerra había sobrepasado el verano, cuando hubiese debido acabar en la primavera. Por supuesto, su abuela le había apoyado en todo. También prefería morir a negociar.

Sus hombres y él entraron en el edificio de la torre del homenaje, cerraron, corrieron la tranca y apoyaron muebles pesados contra las puertas. La antesala era enorme y señorial y de ella partía un corredor que se internaba en el primer piso y dos escaleras majestuosas que llevaban al segundo. Los guerreros se colocaron frente el portón y formaron una barrera de escudos. Tras la baranda de las escaleras se habían apostado los arqueros y ballesteros, que ya tenían la flecha en la cuerda y el cuadrillo en la guía. Gracias a las lámparas de sebo en las paredes y a una ventana circular con un cristal blanco, en el mismo muro del portón doble, el lugar gozaba de una buena iluminación.

Rayún Ertalce desenvainó su espada.

—¡Nobles guerreros! ¡Es para mí un honor y un privilegio luchar junto a vosotros! ¡Nosotros somos lo mejor de nuestro país! ¡Somos el auténtico Brajairi! ¡Somos los Ertalce y los aliados de los Ertalce! ¡Caemos, pero no nos rendimos! ¡Así pues, vamos a enseñar a esos malnacidos cómo se ha de pelear y cómo se ha de morir!

Los hombres aullaron con un fervor desesperado.

—¡Ya vienen! —gritó alguien.

El silencio fue cayendo. Podían oír los gritos de los mandos allende las puertas, y un oleaje de miles de pasos y tintineos. El ejército se

aproximaba. Tronaron los golpes en la madera.

—¡Abrid! —rugió una voz—. ¡Por orden de Su Majestad Argaut III, rey de Brajairi, debéis abrir la puerta y entregar las armas!

—¡Fuera de mi casa, bastardos! —bramó Rayún.

—¡Abrid o echaremos abajo la puerta!

—¡Pues adelante! ¡Aquí estamos! ¡Y decidle al tirano que algún día él y yo nos encontraremos en el abismo de Blica y que entonces le ajustaré las cuentas!

No hubo respuesta. Dentro, el silencio se hacía opresivo. En él flotaban las respiraciones agitadas de los hombres.

Sonaron gritos en el exterior, crujidos y pasos apresurados. Hubo un trueno espantoso y la puerta se combó hacia dentro; pero la tranca resistió. Más correteo y otro golpe que movió los muebles e hizo crujir la viga de madera. Los hombres de Rayún estaban inmóviles, con los ojos muy abiertos, empapados de sudor a pesar del frescor del otoño, con las espadas desnudas y las lanzas apuntadas hacia delante. Hubo más golpes brutales y por fin la tranca se partió y las puertas cedieron. Por el hueco penetró la punta de un tronco desbastado y tocado de bronce que sujetaban veinte hombres fornidos. En el interior, hasta el más valiente sintió el frío del miedo, en el corazón y en las tripas. La abertura dejaba entrever una muchedumbre armada hasta los dientes. Los soldados de la Corona se abalanzaron contra las puertas y empezaron a hachear y a empujar para terminar de romper la tranca y apartar los muebles.

—¡Atacad! —gritó Rayún.

Los primeros hombres avanzaron y dieron estocadas a los de fuera, pinchándoles la cara y las manos y haciéndoles retroceder. Pero muchos más llegaban y la gresca se volvió enconada y farragosa. Hubo más empellones en la puerta, que al fin se abrió del todo, y los soldados de la Corona corrieron los muebles.

—¡Retroceded! —bramó Rayún, y los que habían avanzado y seguían vivos así lo hicieron—. ¡Arqueros y ballesteros! ¡Disparad!

Desde las escaleras volaron los proyectiles y los invasores retrocedieron acribillados. Pero otros les seguían y empujaban desde atrás, así que se formó un barullo de cuerpos en la entrada. Los hombres de la Corona pasaron sobre los muebles y los compañeros caídos mientras seguían lloviéndoles las flechas.

—¡Todos! —gritó Rayún—. ¡Luchad! ¡A matar y a morir, nobles guerreros!

Avanzó con sus hombres, como uno más en el rodillo de escudos. Los tiradores de la escalera desenvainaron la espada y bajaron para unirse a la bronca. Las gentes de Rayún llevaron a cabo un esfuerzo supremo y rechazaron a los invasores, empujándolos con los escudos y ensartándolos en moharras y espadas, pero llegaba más gente desde el

exterior y, tras un combate violentísimo en la misma puerta, los defensores retrocedieron, fueron arrollados, empujados, lanzados por el suelo y pisoteados, y las lanzas y espadas cayeron sobre ellos. Los que aún estaban vivos retrocedían y subían por las escaleras, sin dejar nunca de pelear. Rayún se vio rodeado de enemigos, tan apretujado en la masa que no podía ya dar tajos de espada, así que sacó la daga y comenzó a acuchillar en la cara y la ingle. Los enemigos retrocedieron uno o dos pasos y él los empujó a golpes con el escudo, mientras a su alrededor propios y extraños resbalaban en la sangre de las baldosas y tropezaban con los caídos. Una moharra le atravesó la mejilla y Rayún sintió el acero como una cosa extraña y enorme dentro de la boca, moviéndole los dientes. Miró alrededor mientras volvían a hundirle la lanza en la cara, esta vez bajo la nariz, y lo último que vieron sus ojos fue la trama de vigas del techo.

Arriba, en la azotea de la torre del homenaje, Tibal levantó los brazos hacia el cielo cubierto de nubes largas y oscuras, como lanzas gigantescas.

—¡Ven a mí, dios de dioses, señor de Escaldrai! ¡Ven a mí!

Las decenas de sacerdotes con la túnica escarlata que le acompañaban repitieron:

—¡Ven a mí!

Tibal subió sobre el merlón y luego sobre la propia almena cuadrada y, al borde del precipicio, alzó los brazos.

—¡Tarumara! ¡Tus hijos te necesitan!

Abajo, los realistas divisaron los muñequitos con los brazos abiertos en lo alto de la torre…

Y el viento cesó. Toda racha de aire murió, o más bien se metió por algún agujero entre los espacios. Ni una sola hoja se movía, ni una brizna de hierba temblaba. La quietud cayó a plomo sobre la ciudad y el castillo que la coronaba y los burgueses y los hombres de las huestes de la Corona doblaron el espinazo con temor. Los caballeros de la Fuente olisquearon las primeras hebras invisibles que salían del vórtice y notaron que algo grande iba suceder. Pero quienes más se inquietaron fueron los hechiceros de Braladur que el rey había traído en esta última fase de la campaña, pues nadie mejor que ellos conocían a sus reflejos inversos, los túnicas rojas; sabían —*sentían*— que su núcleo de poder estaba allí, en Gunabar.

Un hilo de negrura salió nadie sabía de dónde y culebreó en el aire. Su cuerpo delgado y minúsculo se abrió en un abanico de nuevos

hilos, una trama de oscuridad tan brillante que hería los ojos. Y de cada hilo partían muchos más, y la telaraña de tiniebla se extendía por doquier. Aquel patrón se deslizaba sobre las torres y los tejados, bajaba a los patios, culebreaba sobre los muros y por fin encontraba resquicios minúsculos en la piedra, y la penetraba. No era un color, o la ausencia de colores; ni siquiera era la falta de luz, sino un vacío que se abría en el tapiz de la realidad, una herida tenebrosa. La trama subía y bajaba de forma elegante, pero había algo amenazador en ella. Excepto los sacerdotes de la túnica roja de las alturas, los humanos sentían horror y tristeza al verla y olvidaban todo lo hermoso, bello y amable que pudiera haber en sus vidas, se echaban a temblar y sentían deseos de gimotear como perros abandonados.

La negrura se levantó sobre la fortaleza y la ciudad. Parecía al mismo tiempo una garra, una araña, un ave y un pañuelo con mil arrugas. Su sombra cubrió los edificios y las calles. El ente se hizo más compacto, se apretó contra sí mismo y devino un puño, algo ovalado, una especie de corazón deforme. Empezó a latir. Sístole y diástole. Contracción y expansión. Dentro y fuera. Lanzaba y recogía. Daba y tomaba. Arrojaba desesperanza, se apoderaba de ilusiones. Escupía condenación, chupaba alegría. Bajo las nubes largas el corazón del dios había empezado a extender su red de arterias y venas sobre Gunabar, sobre Brajairi, sobre el Dirtán escaldraio. Quería recuperar lo que le quitaron en tiempos remotos.

Él dormía en las piedras, los montes esmeraldinos, los bosques profundos, las cascadas y los torrentes. Soñaba sueños que desharían las mentes de los hombres porque eran los sueños de un dios. A veces emergía una parte de sí mismo, una parte pequeña, diminuta, que visitaba a los hombres que lo adoraban, para pagar la vieja deuda o quizás solo como diversión. Hoy experimentó un tirón más fuerte y sus pensamientos de magma giraron sobre sí mismos en mil y un torbellinos que definían un mosaico de rosas de fuego. Hoy estaban invadiendo su casa, su hogar, estaban ensuciando los senderos que él mismo había labrado, los innumerables caminos que los espectros, los demonios y los hombres transitaban. Hoy debía echar al intruso y por ello tiró de sí mismo y emergió en forma de una llamarada translúcida, una cascada de luz cegadora, y en ese torrente de fuego había figuras majestuosas y terribles, seres grotescos pero necesarios, esclavos de esferas inferiores que jamás le pagarían la deuda, y todo ello nunca cesaba de moverse, como si fuera un nido de lombrices, gusanos ígneos que daban cuerpo al gran chorro que se elevaba desde la buena y vieja tierra escaldraia. Su tierra. Debía expulsarlo de nuevo. No era un deseo ni una volición, sino una necesidad, pues no podían convivir los dos en el mismo ámbito. Ya pelearon en el pasado y volverían a hacerlo en número infinito de veces, y entre cada dos

combates se extendería una alfombra de siglos o milenios. Pero eso para él no significaba apenas nada, pues el tiempo es un débil chasquido en el templo vastísimo de la consciencia de un dios. Sus ideas llameantes dibujaron caminos de recuerdo y entonces lo reconoció, lo vio como una mancha odiada, un agujero de ponzoña en la trama de partículas que vibraban y giraban y aparecían y desaparecían y copulaban para formar la totalidad del mundo.

Los entes que los humanos llamaban Tarumara y Braladur se acercaron uno al otro. Ejecutaban danzas hipnóticas y amenazadoras, giraban, implosionaban y se expandían. Pero al fin chocaron y devinieron un torbellino de fuego y tinieblas, hélices de luz y sombra, penachos, nubes de chispas, relámpagos, rayos, siempre girando uno alrededor del otro, saliendo y entrando uno en el otro, abriéndose, hiriéndose, cortándose, mordiéndose, chorreando demonios de formas cambiantes que también se desgarraban con sus uñas inmateriales. Intentar describir esto no solo resultaría inútil, sino incluso ofensivo.

Sonó el crujido de un trueno, hubo una luz brillante y azulada y los dos entes desaparecieron en una lluvia de partículas blancas y negras que se hicieron más y más pequeñas y que por fin fueron absorbidas por la esponja de la realidad.

Los animalitos humanos levantaron la cabeza y miraron al cielo. Allí solo había nubes. Lloraron de alivio. Los dioses deben ser siempre adorados, pero líbrense los mortales de contemplarlos.

En la azotea de la torre del homenaje los túnicas rojas se taparon la boca con horror. Algunos caminaron hasta que ya no hubo piedra bajo sus pies y cayeron al vacío. Tibal quedó sentado en el suelo, con la espalda pegada a la almena. Una incredulidad dolorosa agrandaba sus ojos.

—Nos ha abandonado… —gemía—. Nos ha abandonado…

33

Urguna había oído los ruidos de la batalla. Los percibió como un rumor fantasmal sobre las piedras del castillo. Luego el murmullo fue atenuándose y al final desapareció. También sintió la zozobra no de ver, sino de intuir, la lucha de los dioses, y durante un instante estuvo a punto de romper la cadena de su orgullo para sentirse un pobre insecto humano, libre en su indefensión. Pero la lucha divina acabó y adivinó que Tibal había fracasado. Los Ertalce habían sido condenados y ni siquiera los dioses podían cambiar el veredicto.

Tenía frío. Ya no había nadie que alimentara las chimeneas. Todos los criados la habían abandonado. Pronto los soldados del hijo de la ramera vendrían a buscarla. Removió las mantas que la cubrían, levantó la daga y la desnudó con un siseo metálico. La miró con mucha atención, como si en el fondo del acero hubiera una respuesta que ella necesitara por encima de todas las demás cosas del mundo. Tiró a un lado el arma, que tintineó en el suelo con alegría. Sus manos temblorosas apartaron las mantas, con la lentitud de quienes sienten la muerte como un cuervo en el hombro. Se levantó, gruñó y farfulló un reniego. Dio un paso, luego otro, y después un tercero, siempre apoyada en aquel bastón que era parte de sí misma, un hueso de madera emergente de la palma de la mano. El insecto viejo y lento movía sus tres patas. El bastón hablaba con las baldosas. Demasiadas personas en Gunabar temieron aquellos chasquidos rítmicos, pero ya no había nadie a quien ella pudiese doblegar. Era la última Ertalce.

Siguió andando, despaciosa, concentrada en los movimientos. Se oían las voces lejanas de los invasores, preguntándose a gritos si había enemigos a la vista. Ese escándalo mancillaba Gunabar. La mujer pequeña y decrépita caminaba por los pasillos desiertos de su casa. Miraba los tapices pesados y a veces incluso tocaba alguno. Contemplaba los cuadros de los antiguos señores Ertalce, los grandes guerreros, las damas bellas e implacables. Alzaba la cabeza para estudiar los bustos de mármol y granito que ahora la juzgaban. Entró en el salón donde tuvieron lugar tantos banquetes, reuniones, fiestas y celebraciones de boda y de victorias en la batalla, de grandes pactos entre familias poderosas de la región… o simples cenas familiares. Se acercó a la mesa y acarició la madera vetusta y barnizada. Levantó sus cejas y sonrió hacia abajo. Los dedos temblorosos se deslizaban sobre la superficie mientras ella caminaba con lentitud. Al fin llegó al

extremo y se sentó en la butaca presidencial. Si se esforzaba podía verlos a todos: padres, hijos, hermanos, nietos, abuelos, amigos, aliados… Todos comiendo y hablando y riendo y brindando por la gloria del clan. Pero nunca había sido amiga de la imaginación, así que decidió ver solo la realidad: la soledad y la oscuridad.

Cansada, Urguna suspiró y cerró los ojos.

Los abrió al oír pasos apresurados. Los soldados entraron dando sus berridos habituales y descubrieron la figura pequeña y medio retorcida, sentada en la silla presidencial.

—¿Quién es esa niña? —exclamó uno.

—¿Niña? —dijo otro—. ¿No ves que es una anciana? ¡Aquí no hay guerreros, sino una vieja!

—Silencio —gruñó Urguna.

—¿Qué ha dicho la vieja?

—Señora, ¿qué habéis dicho?

Urguna tensó sus facciones afiladas, mostró los colmillos y levantó el bastón. Lo dejó caer con un golpe seco que el eco multiplicó por mil.

—¡Silencio! ¡Y todo es un asco!

Los guerreros quedaron inmóviles. No sabían qué hacer. Al fin, el que parecía su líder se adelantó.

—Señora, ¿quién sois?

Ella levantó un poco la cabeza y lo miró con un ojo entrecerrado, con tal odio que el hombre casi retrocedió.

—Soy Urguna Ertalce. Y todo es un asco.

La celda en realidad no era una celda, sino una habitación para invitados, pequeña, pero dotada de cierto lujo. Había una ventana baja de cristal fino que dejaba ver los campos allende la ciudad. También había una chimenea, cosa que Urguna agradeció. Ordenó a los soldados que la habían custodiado hasta allí que pusieran una butaca cerca del fuego y les golpeó las piernas con su bastón, sin malicia, solo por inercia. Le pusieron mantas sobre el regazo y con gusto se fueron de allí para dejarla sola.

Urguna estaba quieta y contemplaba el fuego.

Ni siquiera torció la cabeza para ver quién acababa de entrar.

—Saludos, señora Urguna Ertalce.

Ella al fin se volvió, poco a poco. Lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Quién sois vos? —gruñó.

—No me reconocéis, ¿verdad? Hoy he conquistado vuestro castillo.

Ella levantó una ceja y casi sonrió.

—El hijo de la ramera. Así que al fin has vuelto. Qué asco.

Argaut vestía ropas militares. No tenía la corona, ni mantos de terciopelo, ni capa con ribetes de oro. No lo necesitaba cuando estaba en campaña, con sus tropas. Parecía otra vez fuerte y enérgico, pero desde la enfermedad del año pasado había cierta palidez en su rostro que ya no lo abandonaría nunca.

—El tiempo no ha sido amable con vos —dijo Argaut.

—No ha podido vencerme y por eso se muestra rencoroso, y todo es un asco. Tampoco tú eres un dechado de bellezas, hijo de la ramera.

—Urguna Ertalce. Odiosa hasta el final.

—No lo dudes, y todo es un asco. ¿Por qué has venido?

—Sentía curiosidad. No por vos, sino por mí. Quería saber qué sentiría al veros.

—¿Y…? —preguntó ella, burlona.

—Nada ha cambiado. O tal vez sí, aunque a peor.

—Si ya has contestado a tus propias preguntas, y todo es un asco, puedes largarte de una vez por todas, hijo de la ramera. Turbas mi reposo.

—Disfrutadlo porque no os queda mucho tiempo de vida. Seréis juzgada por vuestros crímenes y si hay justicia en Dirtán yo mismo presenciaré vuestro ahorcamiento.

—¿Justicia? ¿Qué justicia? ¡La única justicia es la que tú has impuesto a sangre y fuego! ¡Y todo es un asco! —Lo señaló con el bastón y entrecerró un ojo—. Tú…, tú, rey de todas las felonías, sangre sucia, hijo de una furcia borracha y adicta a las drogas, tú das asco. Todo el asco del mundo sería la caricia más agradable comparado contigo.

—Tras vuestro ahorcamiento se os descuartizará y se enviarán los pedazos a distintos confines del reino. Pero la cabeza estará en una picota en el centro del burgo de Gunabar.

Ella abrió mucho los ojos, incrédula.

—¡No te atreverás a hacer eso! ¡Bastante infamia es que no me des una muerte limpia, pero además osas tratarme como a un criminal, y todo es un asco!

Argaut sonrió con dureza.

—Eso es lo que haré. Y haré lo mismo con vuestro hijo Rayún.

Urguna quedó inmóvil.

—¡No! ¡No lo hagas! ¡Él no! ¡Mancha mi memoria, pero no la suya!

—Vuestras dos cabezas estarán en la picota para que el pueblo las contemple y se ría.

—¡Canalla! —gimió Urguna, y los ojos se le humedecieron—. ¡Miserable! ¡Él no lo merece, y todo es un asco! ¡Luchó con valentía y

honor! ¡Tú también has peleado! ¿Es que no tienes entrañas?

—¿Que si tengo entrañas? Las tenía antes de que me obligarais a empezar esta guerra tenebrosa. No muchas, pero alguna me quedaba. Ahora ya no tengo ninguna.

—¡No lo hagas! ¡No humilles a mi hijo! ¡Humíllame a mí, pero no a él! ¡Qué asco! ¡Por favor!

—Imaginadlo mientras aún tengáis tiempo —repuso Argaut—. Quiero que sea el último pensamiento que os llevéis a la tumba.

—¡Tú! ¡Malnacido! ¡Salvaje! ¡Qué asco! ¡Tenía que haberte matado! ¡Tenía que haberte machacado la cabeza cuando te trajeron aquí! ¡Con este mismo bastón!

Argaut apretó los labios, se acercó a ella y le arrancó el bastón de las manos.

—Tuve tiempo de sentir este maldito bastón en los lomos muchas veces. ¡Con él me arruinaste la vida, vieja asquerosa!

—¡Devuélvemelo! ¡Me lo dio mi madre! ¡Era de ella!

—¿Lo quieres?

—¡Dámelo!

Argaut lo rompió contra su rodilla y tiró los dos pedazos al suelo.

—Ahí lo tienes.

Urguna miró el bastón dividido en dos, sin dar crédito a lo que veía. Miró a Argaut con tal desesperación que el rey la observó con un poco de extrañeza. Ella se echó a llorar y agarró las mantas que cubrían sus piernas endebles. Su cuerpo sufría convulsiones por culpa de un llanto que se alimentaba de sí mismo.

Argaut no podía dejar de mirarla. Retrocedió con el ceño fruncido, como si no entendiera los sentimientos que lo recorrían por dentro. Bajó la vista. La levantó.

—Señora Urguna Ertalce. Escuchadme.

Ella negaba con la cabeza.

—Escuchadme. Vuestro hijo no será ahorcado. Recibirá exequias dignas. Todo él reposará en el panteón familiar de los Ertalce. No humillaré su memoria.

Urguna levantó la cabeza y lo miró con unos ojos devastados, pero esperanzados.

—¿Estás mintiendo?

—No. Lo juro por lo más sagrado, lo juro por mis hijos y mi esposa y mi reino entero. Lo juro por mi alma inmortal.

Ella lo miró, pero no dijo nada.

—Y empleo el mismo juramento para aseguraros que tampoco os humillaré a vos. No habrá un proceso público. Ni siquiera os colgaré. Tendréis una muerte privada y anónima. No haré de vuestro final un espectáculo. Tomaréis un veneno indoloro, algo rápido y suave, y después se os enterrará con vuestros antepasados. Con vuestro hijo.

—Juradlo otra vez, y todo es un asco —ordenó ella, entre jadeos.

—Lo juro.

Urguna se limpió las lágrimas con sus manos temblorosas. Aún lloraba, pero no con violencia.

—¿Cuándo vendrá el verdugo con el veneno?

—Mañana, horas después del amanecer. ¿Deseáis algo? ¿Un sacerdote? ¿Una última comida de vuestra elección?

Ella negó con la cabeza, sin mirarlo.

—Si es así, me voy. Adiós, señora Urguna Ertalce.

Ella no respondió, ni siquiera con la mirada.

Urguna quedó sola, inmóvil en la silla, contemplando el bastón roto en el suelo. No podía apartar la vista de aquellos dos pedazos. Las lágrimas dejaron de fluir y el calor del fuego del hogar las secó en las mejillas arrugadas. Los pensamientos se apelmazaban en su cerebro y se retorcían como sapos enfermizos. Su mano derecha se abría y cerraba como si buscara la columna en la que se había apoyado durante toda su vida, el objeto que ya no era simple objeto, sino signo y símbolo de su existencia. Urguna miró las paredes y el techo con los ojos muy abiertos y llenos de angustia, como un animal salvaje que acabara de ser atrapado y pasara su primera noche en la jaula. La mano se abría y cerraba, pero ya no había nada. El viento y la desgracia se lo habían llevado todo. No tenía su escudo, la barrera que la protegería de la idea de la muerte.

Todo por lo que había luchado había sido destruido, arrasado, arruinado y convertido en polvo. Su familia acababa con ella, o, si persistía de algún modo, si algunos parientes lejanos sobrevivían a la horca, serían esclavos del rey, y eso sería aún peor que la muerte. Los Ertalce habían jugado y habían perdido. Siglos de nobleza, honor, lucha, dignidad y sobre todo poder… Nada quedaría de ello. No había futuro no para ella, que en realidad nunca temió por su desaparición física, sino por su ideal. No había esperanzas. No había nada. Ella entera estaba cosificada en el concepto de su familia y las matemáticas del espíritu no podían errar: si su familia dejaba de tener sentido ella también dejaba de tenerlo. Por tanto, ella no era nada. Nada.

Volvió a llorar.

Pero incluso ese dolor pasó, consumido hasta las cenizas, y después llegó una desesperación mansa. Y después ni siquiera hubo desesperación, sino reposo. Se fijó en las llamas. Las miró con aire triste, libre de las cadenas del orgullo y del pensamiento controlado por la voluntad, y se dejó hechizar por la magia eterna del fuego, la misma belleza que había atrapado a todos los hombres y mujeres que se habían sentado ante un hogar de piedra o ante la hoguera bajo el cielo estrellado. El fuego vivaracho, el amarillo y el blanco bailarines, esa fluidez luminosa que devoraba la leña poco a poco, hasta

consumirla. El fuego que cambiaba, mutaba y transformaba. El fuego que lo removía todo.

Sin fuerzas, se dejó llevar por las corrientes del recuerdo. Llegaban imágenes, visiones, sentimientos, palabras, escenas… Algunas eran vívidas, pero la mayoría estaban deformadas por la memoria, que nunca es infalible. En ocasiones sonreía y en ocasiones sentía otra vez deseos de llorar. Su mente viajó a lo remoto, a épocas que no había tocado en años, no borradas del recuerdo, sino más bien apartadas porque le parecían molestas y le hacían sentirse vulnerable…

Por ejemplo, se vio otra vez a sí misma cuando era una niña, la pequeña Urguna. Fue una chiquilla risueña y feliz, de una manera absurda y por lo tanto correcta, pues solo los necios niegan su felicidad por ser absurda…, los necios y los adultos, términos sinónimos en muchas ocasiones. Los niños nunca se niegan a sí mismos la dicha por no ser lógica; son más sabios. La pequeña Urguna gozaba de los placeres simples y eternos que los adultos, en su estupidez, van olvidando a medida que crecen: el colorido de las flores, la gracia de los animales, el susurro de las hojas en el viento o el azul infinito de las alturas. Todo eso la maravillaba. Podía pasar horas paseando por los bosques y las praderas que rodeaban Gunabar, jugando con otras niñas o inventando sus propias aventuras. Le gustaban los gatos y los perros, a los que trataba con cariño y a los que hablaba como si pudieran entenderla —y tenía razón porque a su manera los animales la entendían y por tanto buscaban su compañía—. Urguna siempre tenía una mirada chispeante y una sonrisa. Amaba a su familia sin ninguna razón concreta, simplemente porque el cariño rebosaba los bordes de su corazón. Sus padres eran serios y adustos, aunque su madre de vez en cuando le sonreía, y eso a ella le parecía un sol y entonces abrazaba sus faldas y las besaba.

Todo cambió un día lejano, no sabría decir cuál y ni siquiera podría describir bien los hechos. Su mente infantil solo pudo entender que su padre había vuelto de alguna de aquellas guerras que hacían los hombres adultos, quizás contra vasallos rebeldes de su familia o contra gentes extranjeras. Se había hablado de atrocidades y de matanzas, de cosas que ella aún no podía entender y muchos menos imaginar, cosas nebulosas que se arrastraban por el mundo de los adultos, prohibidas para los niños. Su padre nunca había sido un hombre hablador ni alegre, pero volvió… *distinto*. Había algo en sus ojos que a Urguna le daba miedo. Su padre permanecía quieto durante horas, absorto en el fuego de la chimenea, y bebía sin cesar, un vaso tras otro. A veces farfullaba cosas incomprensibles e incluso una vez lo vio llorar sin hacer ruido, y cuando iba a preguntarle si estaba malito o triste su madre le ordenó que saliera. Aquel día… ella estaba en el salón, jugando con una muñeca de trapo. Su madre cosía junto a las

criadas. Entonces entró su padre con el pelo alborotado, oliendo a vino, con esa mirada tenebrosa y doliente. Le dijo algo a su madre, no recordaba muy bien qué, y de pronto le dio un bofetón, y luego otro, y las sirvientas se marcharon a la carrera. Su padre agarró a su madre del hombro y ella se dejó llevar con una sumisión aprendida a través de otras madres, abuelas y hermanas. Pero Urguna aún no entendía nada, así que se levantó y entre lágrimas preguntó a su padre qué le pasaba, por qué había pegado a su madre, y él le gritó algo tan horrible que Urguna chilló y huyó como una liebre, sin dejar de llorar.

Fue la primera vez. Le siguieron otras, tantas, que aquello se volvió rutinario. Su padre, hediondo a alcohol, agarraba a su madre del hombro, o quizás ni siquiera la agarraba, sino que le daba la orden de seguirlo, y ella lo hacía con la cabeza baja, y todos miraban hacia otro lado, y Urguna no osaba ni siquiera levantar la mirada del suelo, y algún hermano o hermana, o una sirvienta, se la llevaban de allí. Pero en ocasiones no lo hacían lo bastante rápido y podía escuchar los primeros golpes, como chasquidos en la piel, y los gritos de dolor de su madre y los mugidos inconexos de su padre. Nadie hablaba de ello. Nadie decía nada. Era como si no ocurriera. Pero ocurría. Su madre se aplicaba cosméticos lo mejor posible para disimular los moretones y seguía con sus faenas, como si tal cosa. Al principio Urguna la oía llorar, pero después incluso eso acabó. Su madre quedó envuelta en una frialdad externa que se le introdujo bajo la piel y se apoderó de su alma, un frío que aterraba a Urguna. Su madre ya no era su madre, sino una criatura que vestía su carne. A veces miraba a la niña de tal modo que Urguna sentía el deseo de correr hasta caerse por el borde de Dirtán.

Una tarde —y esto Urguna sí lo recordaba detalle a detalle— su madre la miró de esa manera escalofriante, con los ojos muertos. Solo estaban ellas dos en la habitación y Urguna se levantó para marcharse, pero su madre le dijo que se quedara. Dejó las labores y con mucha tranquilidad tomó un bastón de madera barnizada, elegante pero robusto, un bastón que le había entregado su propia madre.

—Todo es un asco —dijo, con voz sepulcral.

Y le dio un bastonazo a Urguna. La niña chilló y quiso huir, pero su madre gruñó como una alimaña, con los ojos enloquecidos, y le dio otro golpe, y otro más, y a cada golpe le acompañaba la misma frase, no en forma de grito o exclamación, sino —y eso era lo más terrorífico — en forma de sentencia tranquila:

—Todo es un asco… Todo es un asco… Todo es un asco…

Cuando acabó dejó a la niña tirada en un rincón, hecha un ovillo y deshecha en lágrimas, el llanto desgarrado de los niños que no comprenden la locura y la crueldad de los adultos.

Aquello también se hizo rutinario. Cada tres o cuatro días, a veces

menos, su madre ordenaba a Urguna quedarse con ella a solas, cogía el bastón y la golpeaba no con furia ni de manera torpe, sino fríamente, de modo sistemático, observándola con esos ojos muertos que aterrorizaban a Urguna mucho más que los golpes. Y no hubo un solo bastonazo que no viniese acompañado de la sentencia, tan enigmática como esclarecedora. Su madre no decía otra cosa mientras le pegaba. Urguna no podía escapar, no podía desobedecer, no podía esconderse. Al principio suplicó a su madre que le perdonara por todas las cosas malas que sin duda habría hecho y que le hacían merecedora de tal castigo; también le aseguró que la quería muchísimo, que era una niña mala y que cambiaría. No dio resultado. Era como si su madre en aquellos momentos entrara en un túnel y fuese catapultada a una dimensión distinta, un lugar en el que no era la mujer que la había parido, la había amamantado y cuidado… como si algo atroz se hundiera en su mente y la ocupara.

De algún modo, la personalidad infantil se adaptó a las palizas. También Urguna se marchaba lejos, a un limbo donde no pensaba y donde apenas sentía los bastonazos, que se convirtieron en vibraciones lejanas, pues su cuerpo también estaba endureciéndose. Ya no lloraba, no hablaba, no chillaba. Ni siquiera se movía. Se hacía un ovillo y se tapaba la cara y la cabeza con los brazos, dispuesta a recibir los golpes. Sabía que todo pasaría en algún momento y quedaba inmóvil, con los ojos muy abiertos, mirando la nada, convirtiéndose en nada. La sentencia, incontables veces repetida, iba penetrando en su mente:

—Todo es un asco… Todo es un asco… Todo es un asco…

Urguna ya no reía. No disfrutaba del sol, los árboles ni las flores. Sus ojos empezaron a vaciarse, igual que los de su madre. Pero en ella se produjo una transformación distinta. En su interior germinó un núcleo de ira, una furia y un odio sin nombre que, paradójicamente, no iba destinado a los adultos —su mente infantil le decía que era imposible que un adulto se equivocara y que solo ellos, los niños, tenían la culpa de todo—, sino hacia los críos. Pegaba a sus amiguitos y amiguitas, les tiraba del pelo, les arañaba y les daba patadas. Incluso los chicos mayores empezaron a temerla, pues ella desconocía límites y si el otro la superaba en tamaño ella empleaba un atizador, una piedra o incluso un cuchillo. Gozaba haciéndoles daño. También le gustaba martirizar de palabra y sentía un placer inmenso cuando humillaba con sus insultos a los otros niños. Sobre todo, le encantaba torturar y asustar a los más pequeños, los que no se podían defender. Su crueldad se hizo extensiva a los animales: todo perro o gato que cayera en sus manos recibiría un trato tan maligno como imaginativo, así que las bestias la rehuyeron. Desarrolló un carácter tan autoritario que cierta clase de niños y niñas la seguían a todas partes, hechizados por su determinación y su falta de escrúpulos.

Un día, tal vez uno o dos años desde que comenzaran las palizas, las cosas se detuvieron. Su padre cayó en una depresión de la que no saldría jamás, una tristeza que el vino apelmazaba, y no volvió a golpear a su mujer. Y a su vez, la madre guardó el bastón. No hubo palabras ni miradas de tránsito, como si no hubiera sucedido nada raro en todo ese tiempo de pesadilla. Los esqueletos quedaron sepultados en el arcón familiar.

A Urguna la casaron a los quince años y el día de su boda, cuando ella estaba poniéndose el vestido blanco, su madre vino a verla y despidió a las damas de compañía.

—Ya sabes que tu padre estaba luchando heroicamente por nuestra familia contra los bárbaros irlúes del este —le dijo Yimera—. Hoy me ha llegado la noticia de que murió en la batalla de Tayaur, peleando como un auténtico Ertalce. Debemos estar orgullosas de su valor.

Urguna no dijo nada porque en realidad no sentía nada. Y a juzgar por los ojos de su madre, tampoco ella lo sentía: ni alivio, ni alegría, ni tristeza. Nada.

—Hay que honrar a tu padre y dar gracias a los dioses porque él ha dado lustre a nuestra familia con su muerte gloriosa. Debemos rendirle respeto. Por tanto, te quitarás estas ropas festivas y vestirás de luto riguroso.

—Es el día de mi boda.

—Te casarás de negro.

Urguna no protestó y con sus quince años recién cumplidos llevó ropas oscuras en su propia boda. El novio, Gotraigo Tilat, un joven noble de una familia vasalla, lo comprendió porque ya sabía de la muerte de su suegro. En realidad aquel hecho le quitó protagonismo a la propia boda, pues no se vitoreó a los recién casados, sino al padre de Urguna. Ella lo aceptó sin quejarse. Era su deber. También lo fue yacer para que aquel hombre que le resultaba indiferente pusiera en su cuerpo la semilla de otro Ertalce que quizás también muriera en una batalla futura, lejana y gloriosa. Cuando ya iba a marcharse a la mansión de los Tilat para conocer mejor a su familia política, Urguna recibió un regalo de su madre.

—Hija mía, quiero que jamás olvides el afecto y sobre todo el respeto que siento por ti. Eres una Ertalce de pura cepa: tus ojos azules acreditan la sangre limpia, la sangre de los nuestros, la raza más pura de nuestro amado Brajairi. Quiero hacerte un regalo.

La llevó hasta el viejo armario, lo sacó y se lo dio.

—Llévalo con orgullo, hija. A mí me lo dio mi madre y tú se lo entregarás a tus descendientes. Habrás de apoyarte siempre en él. Simboliza tu deber sagrado como miembro de nuestro clan.

Urguna abrió las manos para recibir el bastón. Su mente estaba congelada. Miró a su madre, que la contemplaba con orgullo. ¿Lo

habría borrado todo de su memoria? ¿O lo recordaba y sin embargo no le importaba lo más mínimo?

—Anda, hija, vamos con tu esposo, que está esperando. ¿Cómo fue todo en la noche de bodas?

—Bien —dijo Urguna, mirando el bastón que llevaba en las manos—. He vomitado. Creo que estoy preñada.

—Magnífico. Me das una alegría, hija. Vamos, sígueme, que vas muy despacio.

Urguna la vio adelantarse y dirigirse a las escaleras, y todo ocurrió demasiado rápido, todo sucedió como si ella lo viese desde fuera, como en un sueño. No sabía por qué, pero su mano de pronto estaba extendida hacia delante y había un cuerpo que rodaba y rodaba y rodaba y rodaba, escaleras abajo. Entonces, Urguna parpadeó.

—¡Madre! —gritó.

Y bajó por las escaleras, sin soltar el bastón.

Yimera Ertalce no se recuperó nunca. Debió golpearse la cabeza en la caída porque desde entonces sufría desvaríos y pérdidas de memoria, no podía dejar de temblar y le costaba decir cosas inteligibles. Con los años el trastorno se iría agravando y mezclando tal vez con otros que la edad producía. Cuando recuperó la consciencia tras la caída, la primera persona a la que vio fue a la propia Urguna, que había atrasado el viaje a la mansión de los Tilat solo para estar con ella —todos alabaron el amor que prodigaba esta hija a su madre—. Urguna se sentó junto a Yimera, que guardaba cama y ya temblaba y tenía esa mirada angustiada que jamás la abandonaría. Urguna empuñaba en su mano derecha el bastón. Yimera empezó a jadear y a mugir algo incoherente, como si su propia hija le diera miedo.

—Pobre mujer —dijo Gotraigo Tilat, que también estaba allí—. Hace poco perdió a su esposo y ahora… Esto.

—Son los designios de Braladur y nosotros hemos de aceptarlos —dijo Urguna, sin apartar sus ojos azules y enormes de su madre. Había una sonrisa leve en su rostro, la misma que mostró tantas veces cuando era una niña y se disponía a pegar o humillar a otro chiquillo—. No te inquietes, madre. Todo va a ir bien. —Le acarició la mejilla y la mujer se agitó con miedo—. A partir de ahora yo estaré siempre junto a ti. Te cuidaré como tú me cuidaste a mí. Y todo es un asco.

Los ojos de Yimera se desorbitaron con horror y la sonrisa tenue de Urguna fue creciendo más y más.

Ahora, setenta y un años después, Urguna contemplaba el mismo bastón que le regalara su propia madre y que a esta le había legado la suya, el bastón partido en dos, sobre las baldosas, el bastón roto, iluminado por las llamas del hogar. Los ojos ancianos lo miraron de un modo que las palabras no pueden expresar, pues las palabras al final

son impotentes.

Empezó a reunir fuerzas para levantarse. Una vez en pie, dejó caer las mantas y echó a andar. Con lentitud llegó hasta el bastón partido en dos y a duras penas, gruñendo por el esfuerzo de sus huesos quebradizos, se agachó. Cogió los dos fragmentos y se levantó. Los miró durante muchísimo tiempo. Se acercó a la chimenea y los echó al fuego. Volvió a la silla, se sentó y contempló las llamas.

Su rostro fue distendiéndose y suavizándose, como si empezara a fundirse algo en él. La mirada se volvió soñadora. Emitió un suspiro en el que expulsaba demasiadas cosas, demasiado grandes.

Cuando llegó el amanecer la luz bañó su rostro relajado y sonriente. Era anciana y le dolían las mil y una heridas de la vida, pero también era de nuevo aquella niña lejana que se perdió en la oscuridad. El fuego la había sacado de las tinieblas. El fuego le había quitado una cosa y le había dado otra.

Horas después, el verdugo abrió la puerta. Era un hombre amable que traía una bandeja con un cuenco que humeaba.

—Señora Ertalce —dijo—. Tomadlo, os lo ruego. Es rápido e indoloro.

—Dejadme unos momentos más —dijo Urguna. Miraba el cielo inmenso y el paisaje de árboles y praderas allende Gunabar—. Solo unos momentos más para contemplar el mundo. Después lo beberé todo.

—Como deseéis, señora.

—Fijaos… —dijo Urguna. No había dolor ni miedo en su sonrisa, sino paz y aceptación. En sus ojos brillaba la misma dicha absurda de hacía tantos años, aquella felicidad que no necesitaba razones ni lógica, el goce espontáneo de los niños que lo saben todo, no de los adultos que no saben absolutamente de nada—. Fijaos, señor, en este maravilloso mundo que nos rodea. Y todo es… Todo es hermoso.

34

El rey Argaut III deambulaba por el castillo de Gunabar, conquistado el día anterior. Habían pasado ya horas desde el alba, así que Urguna Ertalce debía estar muerta. Los médicos estarían preparando su cuerpo para las exequias honrosas y breves y el enterramiento en el panteón familiar de los Ertalce, tal y como él prometiera. Se sacó aquello de la mente. No quería pensar en esa mujer.

Sus pies lo llevaron por los pasillos y los corredores, por las grandes salas de la fortaleza ahora casi desierta, transitada solo por algunos oficiales y soldados de su propio ejército. Ya habían sacado los cadáveres de la batalla de ayer y estaban dándoles sepultura. También Rayún Ertalce sería enterrado en el panteón familiar, cerca de su madre.

El pasado volvía.

Aquellos eran los mismos suelos que él había pisado en su infancia, unos treinta y ocho años atrás. Los recuerdos llegaban de golpe y le arrancaban el aliento. Entró en el salón familiar donde tantas veces cenó junto a las gentes de esta Casa, donde —jamás lo olvidaría— Urguna Ertalce le pegó y humilló por primera vez, donde recibió el bofetón que le hizo comprender mejor que mil palabras cuál sería su sitio a partir de entonces. Visitó la alcoba en la que durmiera y al pasar la mano por la cama le pareció volver a sentir cada despertar, la llegada de otro día de pesares y de miedo. Recorrió las habitaciones y los pasillos y los recuerdos no solo fueron agrios, sino también dulces, con esa tristeza suave de la melancolía. Caminó por los senderos de tierra y atravesó los jardines, en los cuales quedaban muy pocos árboles de aquella época lejana. Ahora casi todos eran nuevos. Sintió un vacío doloroso al reencontrarse con los mismos rincones en los que él se había escondido cuando le perseguían los otros niños, para pegarle y humillarle. Esas cosas se alzaban desde sus tumbas. Experimentó un nudo en el estómago al contemplar el patio de armas, el mismo lugar donde día tras día Ugor Socrom le había ayudado a descubrir, a través de un camino de dolor y cansancio, su propio coraje. Un viejo lacayo del castillo al que Argaut había preguntado le contó que Socrom murió más de un decenio atrás, siempre al servicio de los Ertalce, sin que ellos le permitieran participar en sus batallas. Hoy, el patio estaba ocupado por las tropas de la Corona, pero el rey podía ver a un niño luchando con espadas de madera contra su

maestro, un niño que jadeaba y sudaba y se obligaba a sí mismo a no rendirse, un niño en busca de algo que pudiera alejar su miedo. Aquí lo habían destruido y aquí había vuelto a renacer desde las cenizas. Aquí estaba la base de todo, la fuente y el origen de todo.

También visitó el lugar más amado de Gunabar. La inscripción aún se conservaba entre las dos esfinges teremias, aunque manchada y deslucida:

No entrará quien no venere el saber

Argaut sintió que los ojos se le humedecían. Entró y sonrió con la misma dicha al ver las grandes estanterías llenas de libros. Volvía la misma sensación de maravilla de su infancia. Todo estaba descuidado y lleno de polvo. Estaba seguro de que ninguno de los sucesores de Telios Carán habría cuidado con tanto amor esta biblioteca. Nadie podría superarlo. Nadie. Argaut pasó los dedos por el canto de los tomos y jadeó al descubrir los mismos libros que él abriera y leyera, hacía tantísimo tiempo. Casi se caían a trozos, pero ahí estaban, desafiando al tiempo y a la estupidez y maldad humanas. Se detuvo al ver el volumen que él tantísimas veces había visitado, el umbral que llevaba una mente infantil a tiempos remotos, a una historia tan fascinante como trágica. Allí estaba: la magia inmortal de los libros. La más grande. Tomó la Gultrutana, lo abrió, sintiendo el deleite de las yemas de los dedos en el papel vetusto y crujiente, y empezó a leer las primera líneas del primer capítulo del primer libro, *La caída de Gricur*:

…Allí, en la Sagrada Tipi, La Joya Oscura*, bella y prodigiosa ciudad paridora del mal y las tinieblas amadas por la especie wraglu, allí, digo, se reunieron los nobles caballeros de pálida piel, gran serenidad y enrojecidos y ávidos ojos, ojos que veían más allá de las nieblas que ofuscaban la mente de los humanos. Brillantes eran sus armaduras y afiladas sus espadas, viril y altivo el porte, suaves las sedas de color rojo y negro, profundas las sombras de sus capas, sombras que parecían pozos sin fondo y agujeros de tiniebla, cuchilladas tenebrosas en el telón de la realidad. Allí, digo, ¡allí!, grito con mi voz quejosa y teñida de espanto y de fascinación, estaban los reyes y príncipes de la especie tenebrosa, la que ama la negrura como el hombre ama el sol, los que hacen de cada crepúsculo su amanecer. Allí estaban los reyes y príncipes bariquios del Mar de Wronga, con peces cincelados en su armadura y grandes cascos de penachos negros, y allí estaban los tgwliyanos del oeste del Urgán, contra quienes los propios y valientes bacacus sostuvieron frecuentes guerras, por conquista de tierras y por herejías y blasfemias de religión. Allí estaban las*

gentes orgullosas y salvajes de Awacuwa, en el gran bosque de Roldrj, esclavizadoras de hombres escaldraios, constructoras de fortalezas en lo más umbrío de la umbría espesura. Allí, sí, los matalios del bosque de Carjún, y los lepwanos y bilaquíreos de la cordillera de Abrateram, también ellos dejaron sus níveas alturas y las graníticas moles que las coronaban para venir a exaltar a Ernearán III y la malvada Trañur, portal entre mundos y espacios, y allí se encontraban los tabazulios de las orillas del Mar de Wronga, todos con la cabeza rasurada y espantosos jeroglíficos en el cráneo, el terror de los hombres del Alto Ilnar, ya fueran teremios, escaldraios o nómadas irlúes montados en sus peludos caballos, y allí estaban también los goszagios del río Escurbaj, bravos luchadores, descendientes de aquellos que no solo domaban hombres sino también cindus…

Más que leerlo, Argaut había mirado las palabras porque se sabía el trozo de memoria e incluso lo había ido recitando en susurros. ¿Cuántas veces lo habría leído cuando era un niño, en este mismo lugar? Incontables.

Cerró el volumen, acarició su tapa con los dedos y luego frotó las yemas entre sí para sentir el polvo anciano. Lo devolvió a su sitio. Siguió recorriéndolo todo, mirándolo todo, perdiéndose en el laberinto de los recuerdos, y después salió a la luz y a la frescura del otoño.

Otra vez en el patio de armas, contempló el castillo gigantesco que se alzaba ante él. Estaba aquí para terminar lo que había empezado incluso antes de que él mismo supiera que había empezado.

Se había cerrado el círculo.

Echó a andar hacia la salida del castillo, sabiendo que jamás volvería a pisarlo. Otros lo harían en su nombre. Se dirigía hacia el burgo. Allí le esperaba Mumtaz.

Todo acababa. Todo empezaba.

EPÍLOGO

Era el año 1621 de la Era de la Gultrutana.

El anciano miró las nubes de las alturas. Un viento suave se las llevaba hacia el este, con lentitud. Eran blancas, alargadas, enormes, y se movían perezosas sobre el océano calmo y celeste. Se oía el zumbido pesado y dulzón de los abejorros en las flores. En el aire flotaba el tañido de una campana lejana, la de la torre más alta del pueblo, una manchita de tejados sobre la línea del horizonte.

El anciano hizo descender su mirada hasta las páginas del libro del atril sobre la mesa de madera, en estos jardines bien cuidados. Quería sumergirse de nuevo en el placer de la lectura. En realidad casi no le hacía falta leer porque se sabía de memoria muchos de los párrafos de aquel tratado filosófico. Estuvo inmerso en esta actividad durante un buen rato y al final se fue cansando y empezó a dormitar, narcotizado por el zumbido pegajoso entre las flores. Los chirridos y trinos de los pájaros, lejos de animarlo, también le invitaban a dormir.

Despertó al oír pasos en la tierra y levantó la mirada.

—Alteza —dijo el soldado de la Guardia Real—, tenéis visita. Ha venido una mujer a veros.

Argaut carraspeó mientras se sacaba el sueño de encima. Se frotó los ojos con sus dedos gruesos y dijo:

—¿Quién es?

—Dice llamarse Eldrid Colusc. Es una dama noble y adinerada.

—Eldrid Colusc… Eldrid… ¡Oh, sí! Que venga, sí, que venga.

Al cabo de poco, ella aparecía por la vereda que desembocaba en ese patio de aquellos jardines, los de la Residencia Veraniega de la Familia Real Brajairia, una señora muy mayor, arrugada y entrada en carnes, que caminaba despacio pero por sí misma, sin ayuda de nadie.

—¡Eldrid! ¡Eldrid Ertalce! ¡Dichosos los ojos que os ven, señora mía!

Ella sonrió alegremente y humilló la cabeza.

—¡Majestad! ¡Es para mí un placer y un honor veros! Pero podéis llamarme por el apellido de mi padre: Colusc.

—Para mí seréis siempre Eldrid Ertalce. La original. Por favor, tomad asiento en esta mesa. Y hablando de cómo llamarnos o no, no tenéis por qué tratarme de Majestad, sino de Alteza. Hace ya dos años que dejé la corona en manos de mi hijo.

—Majestad, para mí siempre seréis el rey.

—¡Bien, pues entonces nos llamaremos uno al otro como mejor nos parezca, jajajá! ¡Por favor, sentaos!

—No os levantéis, Majestad, no es necesario.

—¡Vaya, aún no estoy tan decrépito como para no levantarme ante una dama! ¿Queréis un vino o algo para picar?

—Gracias, Majestad —dijo Eldrid, mientras tomaba asiento al otro lado de la mesa—, pero no molestéis a la servidumbre con esas cosas. Además, no puedo hacer excesos a esta edad mía.

—¡Decídmelo a mí! El médico me ha prohibido la bebida y casi toda la comida que me gusta. Solo me deja tomar sopicaldos y algún mendrugo. En fin, ¿qué se le va a hacer?

Argaut cerró el libro, lo dejó sobre la mesa y apartó el atril para que los dos pudieran contemplarse a gusto.

Eldrid tenía el pelo fino y largo recogido en un tocado señorial y aún quedaban restos del castaño oscuro entre el manto de blancura. Su rostro orondo era simpático y los ojos marrones, chispeantes y sabios, sonrieron con sinceridad mientras miraba a su anfitrión. A sus setenta y un años Argaut también se había puesto un poco gordo y tenía el rostro flácido y arrugado, con sus ojeras de siempre. Apenas le quedaban cabellos y el bigote, la barba y las cejas eran blancos. Si bien los médicos le prohibían hacer todo tipo de ejercicio físico violento, se movía con energía y desenvoltura. Bajo sus cejas pobladas los ojos miraron con maravilla a la mujer.

—Por todos los dioses… ¡Eldrid Ertalce! ¿A qué debo el placer de vuestra visita?

—Tenía que visitar a unos parientes en Longaza y… Bueno, quise veros, Majestad…

—Antes de que me muera —dijo él, asintiendo y sonriendo de manera amable—. Podéis decirlo así, señora.

—No era mi intención, Majestad —repuso ella, un poco avergonzada.

—Por favor, señora Eldrid, habladme con libertad.

—Bien, pues… En fin, había llegado a mis oídos que vuestro estado de salud era delicado y quería haceros una visita, aprovechando que tenía que pasar por Longaza. Fui al Palacio Real y allí me informaron de que estabais aquí, en la Residencia de Verano, así que dejé a mis hijos haciendo algunas gestiones en Longaza, me hice acompañar de unos lacayos y he venido aquí. No esperaba que me recibierais, pues suponía que estaríais muy ocupado. Pero he tenido suerte. Os agradezco la deferencia.

—En realidad ya no estoy tan ocupado. Desde que abdiqué mi vida ha cambiado por completo. No hay asuntos que resolver y ya no tengo un enjambre de personas a mi alrededor. En realidad, es bastante aburrido. Pero uno se puede acostumbrar a esto y al final se agradece

la paz tras la bulla del palacio. Ya no viene mucha gente a verme, salvo mis nietos, de vez en cuando, y algún que otro viejo amigo, como vos… Me gustaría poder trataros como amiga, si no os incomoda.

—Claro que no, Majestad —dijo ella, sonriendo—. Para mí no es solo un honor, sino también un placer. —Se puso un poco más seria—. ¿Cómo os encontráis, Majestad?

Argaut suspiró.

—Bien, por el momento. No sé si os lo dijeron, pero mi corazón ya no es el que era. Hace dos años empezó a darme sustos, a pararse cuando yo me movía y a correr cuando yo estaba quieto. Los médicos me ordenaron que no debía forzarlo y fue entonces cuando abdiqué en favor de mi hijo Argaut.

—Será un gran rey, como vos.

Argaut hizo una mueca desabrida, como si algún pensamiento le doliera. Chasqueó los labios y apartó la idea con un movimiento de los dedos.

—¡Ah, no tiene importancia! Y vos, ¿cómo os encontráis? ¿Cómo os ha tratado la vida?

—No me puedo quejar, Majestad. Me casé hace muchos años con un buen hombre, un mercader del norte, de Zulpich. El Padre se lo llevó hace diez años.

—Lo siento.

—Enfermó y tuvo una muerte apacible. Me atrevo a decir que vivió una vida dichosa. Juntos creamos una hermosa familia. Ahora tengo tres hijas, dos hijos y diecisiete nietos.

—¡Vaya! ¡Toda una prole!

—¡Sí! —rio ella—. Ya sabéis que los abuelos somos insaciables y siempre queremos más nietos.

—Yo tengo nueve, pero a dos de ellos no puedo verlos porque viven en Élamos. Son de mi hija Raulia, que en gloria esté, y que fue reina de ese país. —Sonrió con orgullo—. Uno es ahora el propio rey de Élamos: Navid IX.

—Magnífico, Majestad. —Eldrid se puso seria—. Siento que no esté ya vuestra esposa con vos. Fue una gran reina.

—Y mejor compañera. Hace tres años que murió y aún la echo de menos. A veces incluso la siento como si estuviera cerca de mí, a punto de hablarme, y me vuelvo a buscarla… y no la veo. Entonces me entristezco, pero pienso que al menos estuvimos juntos durante muchos años, más de los que pueden disfrutar la mayoría de los matrimonios que he conocido. Nos quisimos mucho. Hubo tiempos turbulentos y alguna que otra separación, pero después recuperamos lo perdido. Cuando ella se fue de este mundo llegué incluso a maldecir a los dioses, pero al final he aprendido a aceptarlo todo, a intentar

dejar de ser rey también de la vida y la muerte. Lo que se nos da tarde o temprano se nos quita. Solo se acepta cuando se entiende que en realidad no nos pertenece. Es un regalo temporal. He aprendido a valorar lo bueno que hubo y a no lamentarme por lo que me falta.

—También yo pienso así. Es la manera correcta. Majestad…, ¿de que murió la reina?

—Tumores malignos. Ningún cirujano pudo curarla. Sufrió mucho antes de morir, pero era muy fuerte, incluso terca, y lo disimuló bien ante todos. No obstante, yo la conocía y no me lo podía ocultar. Una vez, hace mucho tiempo, ella atravesó un país de nieves y de ventisca y lo arriesgó todo para salvarme. Entonces ella soportó mi dolor y consiguió que me curase. Yo también estuve junto a ella mientras sufría, pero no pude salvarla.

—Si los médicos no pudieron lograrlo vos tampoco podríais haber hecho nada. Y la mayor parte de las veces hacer lo más que se puede es hacer lo suficiente.

—Gracias, amiga mía. Vuestras palabras me reconfortan. Pero yo hablo mucho. La vejez me ha vuelto parlanchín. Me gustaría saber cómo os fue a vos tras separarnos, hace tantísimos años.

—¡Ay, sí que ha corrido el tiempo desde entonces! Éramos unos críos, ¿verdad? Como supongo que ya sabréis, Urguna Ertalce nos repudió a todos, a mis padres, a mis dos hermanos y a mí, por no aceptar casarme con vos.

—Si lo hubiera sabido entonces habríais venido a la corte conmigo. Hubierais tenido la vida palaciega que merecíais.

—Majestad, era mejor no tensar más las cosas. Creedme. Mi abuela nos lo quitó todo, incluso el apellido Ertalce, y tuvimos que vivir de las rentas de la familia Colusc. Su clan nos ayudó cuando nadie lo hizo, cuando todos nos miraban por encima del hombro, cuando nos despreciaban en todas partes y hasta nos negaban la palabra. Fue duro, sobre todo para mi madre.

—Recuerdo que fue muy buena conmigo. Fue una de las pocas personas que me trató con cariño y cortesía en Gunabar.

—Además de buena mujer, era valiente. Siempre me apoyó y por eso le estoy tan agradecida. La tengo en mis oraciones y no me cabe duda de que Braladur le habrá dado un buen destino, igual que a mi querido padre. Ella lo soportó todo hasta que mis dos hermanos nos abandonaron. Querían volver a ser Ertalce y renegaron de sus padres para regresar con mi abuela, que los acogió otra vez bajo sus alas. Aquello fue demasiado doloroso para mi madre y murió pocos años después. Le siguió mi padre, que la amaba mucho. Ni Tibal ni Laurón fueron siquiera a sus funerales. Los habían desterrado de su corazón, y a mí también, claro, pues yo en el fondo era la culpable de todo.

—No lo fuisteis. Tibal y Laurón tomaron aquella decisión por sí

mismos. No os hagáis responsable de los actos de los demás.

—Tal vez llevéis razón, Majestad, pero aun hoy, después de tanto tiempo, me resulta difícil pensar en ello sin entristecerme.

—Lo entiendo. —El rey la miró a los ojos—. Eldrid, ¿sentís algún rencor hacia mí por lo que le sucedió a vuestros hermanos? Ellos murieron en la guerra contra los Ertalce. Pelearon contra mí.

—No, Majestad, vos tampoco sois culpable de eso. Como bien habéis dicho, ellos tomaron sus propias decisiones. Los odié durante mucho tiempo, pero al final he acabado lamentando sus muertes. Además, las cosas no podían acabar de otro modo entre los Ertalce y vos. Ni mi abuela ni mi tío Rayún hubieran aceptado jamás la autoridad de la Corona. La guerra era solo cuestión de tiempo.

Argaut quedó pensativo.

—Siempre me decía que era mejor evitar esa guerra, pero una parte de mí la buscaba. Tal vez quería vengarme.

—Majestad, como rey no podíais hacer otra cosa.

—Como rey y como hombre se pueden hacer miles de cosas, pero nos convencemos a nosotros mismos de que siempre hacemos lo que se debe hacer. Así, nos justificamos.

Fue Eldrid quien guardó silencio entonces.

—Mi esposo —dijo tras la pausa—, que pertenecía a la alta burguesía de Zulpich, se mantuvo siempre neutral durante esa guerra, incluso cuando los Colusc se unieron a la Corona.

—Vuestro esposo era un hombre cabal. ¿Nunca quiso entrar en la política de los concejos? En ellos abundan los comerciantes ricos.

—No le gustaba la política y no sentía atracción por el poder. Deseaba la riqueza para darle una buena vida a los suyos, pero en el fondo era un hombre sencillo.

—Que a vuestro esposo no le gustara el poder significa que era discreto. El poder no trae nada bueno, y os lo digo yo, que sé bien de lo que hablo. Al final uno se da cuenta de que solo los necios desean el poder. Las personas inteligentes están demasiado ocupadas disfrutando de los placeres de la vida, como su familia o sus aficiones, o simplemente holgazaneando. Todos creen que son bobos, pero en realidad son los más listos. Vuestro esposo era un hombre sensato.

—Gracias, Majestad. Si vos lo decís debe ser cierto.

—No lo dudéis. ¿Sabéis una cosa? He ganado todas las guerras. He derrotado a los grandes nobles del país: a los Tiyadara, a los Ertalce, a todas las Casas que osaron contrariarme; he vencido a quienes intentaron invadir Brajairi: gricurios, bratmuriós y ceiracanos, a todos los eché a patadas de mi reino y no han vuelto nunca. En las crónicas figuro como un monarca victorioso, un rey guerrero que empuñó con fuerza la espada y que siempre impuso su voluntad. —La miró con una sonrisa irónica—. ¿Y sabéis qué? Que todo eso nunca me hizo feliz. La

grandeza y la gloria que los hombres envidian… ¡Todo miseria y disgustos! Cambiaría mil veces el tiempo que pasé enfangado en los asuntos de Estado y en la guerra por el equivalente en horas de lectura. He llegado a la conclusión de que no me siento tan orgulloso de mi reinado. Debería estarlo, pero en el fondo no lo considero tan importante. Lo que más valoro fue el tiempo que pasé con las dos mujeres de mi vida, Queila Nicario y Mumtaz Arisai, y el que pasé con mis libros. Solo eso me parece una existencia auténtica y real. Lo demás es como el agua, a veces turbulenta y a veces calma, pero en el fondo insípida. —Suspiró—. Cuanto más leía más deseaba cambiar las cosas, hacerlo todo mejor, ayudar a las gentes sencillas y traer el orden y la justicia al reino… Y eso me alejaba de los libros. Una paradoja.

—Lo conseguisteis, Majestad. Le disteis dignidad y prosperidad a los humildes. Le parasteis los pies a los nobles y concedisteis derechos a los débiles. Vuestras Hermandades permitieron que también los labriegos, los granjeros y los trabajadores se sintieran protegidos por la ley, una misma ley para todos.

Argaut volvió a sonreír con ironía y tristeza.

—Eso me dicen, pero yo no estoy tan seguro de que fuera un rey tan bueno.

—Fuisteis un buen rey. Eso os lo aseguro.

—Ojalá fuese cierto. Sí, hice de mi país un lugar más rico y justo, pero también ordené que se llevaran a cabo guerras en las que murieron muchos inocentes, guerras que trajeron el hambre y la peste, guerras en que fueron arrasadas aldeas y burgos. Yo también hice eso.

—No entiendo mucho de política, pero creo que las causas de tales guerras fueron las correctas.

—Las guerras pueden tener una causa correcta, pero es imposible que un buen hombre las ordene. Incluso aunque no se tenga elección, es imposible seguir siendo un buen hombre después de hacerlo. El poder destruye la bondad del alma humana. Muchos me consideran un buen rey y quizás lo sea. Pero no soy un buen hombre. No lo soy.

—Sois duro con vos, Majestad.

—Soy sincero y realista. En los libros se me conoce como el Rey Justiciero, pero muchos también me han llamado el Rey Felón. Señora mía, no podéis ni imaginar las cosas que he hecho y he ordenado hacer. Y es mejor que no preguntéis por ellas.

—No lo haré, Majestad. Pero si os sirve de consuelo, tal vez la diferencia esté en el reconocimiento de las propias maldades; quizás quien ni siquiera las vea, o no las quiera ver, sea el auténtico malvado.

Argaut sonrió.

—No es imposible. Sois buena en los lances filosóficos. Ojalá pudierais venir más a menudo. Aquí casi nadie habla de estos temas y

cuando lo hacen conmigo no son sinceros. Todos temen ofenderme y siempre me dan la razón. Es horrible.

—¡Muchos no lo considerarían tan malo! —dijo Eldrid, con una carcajada.

—Son unos necios —gruñó Argaut. La miró con astucia divertida —. Ahora mismo estoy recordando aquella noche lejana, cuando rechazasteis casaros conmigo delante de toda la corte.

Eldrid rio y enrojeció.

—¡Por favor, Majestad, no me lo recordéis! ¡Fue vergonzoso! ¡Me comporté como una cría estúpida!

—Yo, sin embargo, pienso lo contrario. Fue una de las cosas más asombrosas que he visto jamás, y os aseguro que he visto muchas… Una mocita osó desafiar a todas esas gentes poderosas: la Familia Real, los Ertalce, los cortesanos, los políticos… Se había librado una guerra entera solo para que nos casáramos vos y yo, todos los planes estaban hechos, el destino del reino parecía ya consumado… Y he aquí que una doncellita les deja a todos con un palmo de narices. Dio el *no* y no hubo manera de hacerla cambiar de parecer.

—¡Qué vergüenza, por todos los dioses! Prefiero no recordarlo.

—Pues yo lo he recordado miles de veces, amiga mía. Es una de las cosas más hermosas que he visto en toda mi vida y me ayudó en el futuro. A veces pensaba: *Si esa chica pudo resistir contra todos yo también podré hacerlo.* Mostrasteis mucha valentía.

Eldrid levantó las cejas y suspiró.

—No sé si fue valentía. Para bien o para mal, creo que a veces no podemos elegir hacer lo que hacemos. En aquellos tiempos hubiera muerto mil veces antes que ceder. Ni siquiera podía concebir otra cosa, como tampoco podría concebir echar a volar. Supongo que vos habréis conocido esa sensación.

—Sí. La he conocido. Qué distinto hubiera sido todo si vos hubierais dado el *sí* y nos hubiéramos casado…

—Desde luego. —Eldrid asintió con una sonrisa soñadora. Hubo una pausa larga y tranquila. Su rostro cobró seriedad—. Si creéis que demostré coraje es porque no visteis a mi madre después. Ella, que era una mujer sumisa, se alzó contra mi abuela y estuvo a punto de clavarle un cuchillo, o un abrecartas, o tal vez golpearle con un atizador, ya no lo recuerdo bien… Me sentí muy orgullosa de ella.

—Os aseguro que había mucha gente deseando golpear a la grandísima Urguna Ertalce.

—¡Vaya una arpía! Nos hacía a todos la vida imposible, ¿lo recordáis? No cesaba de golpearnos con su maldito bastón. A mí me tenía aterrorizada.

Argaut frunció el ceño, pensativo y apenado.

—Os contaré una cosa que nunca le he dicho a nadie. En Gunabar,

un día me peleé con vuestro primo Arlago. Éramos dos críos y la verdad es que ya no recuerdo muy bien lo que pasó… Puede que yo le insultara a él, o al contrario. En fin, eso no importa. Lo importante es que le di una paliza e incluso le rompí la nariz, y por eso siempre la tuvo torcida desde entonces. El muy traidor se chivó a la vieja y Urguna me hizo llamar. Creí que me iba a tundir a bastonazos o que me iba a encerrar en una celda oscura, como hacía a menudo, pero ella le pegó al pobre Arlago, sí, le zurró por no haberme podido vencer. Sin embargo, no sería Urguna Ertalce si no me humillara también a mí, así que insultó a mi madre…

—Era una mujer horrible. Oí que no murió en la horca. Creo que fuisteis demasiado generoso, Majestad.

—Sobre eso también hablaré, pero al final de este relato. Pues bien, como iba diciendo, esa noche en que la vieja insultó de nuevo a mi madre me hice un juramento a mí mismo. Me dije que cuando fuera rey jamás sería como Urguna Ertalce, que no usaría nunca el poder para humillar y aplastar a los débiles, sino para protegerlos y ayudarlos. No sería una criatura vil y maligna como ella. Jamás.

»Y tras muchos años, después de un reinado turbulento, cuando vencí a los Ertalce de una vez por todas y entré como un conquistador en Gunabar, fui a verla. Fui a ver a esa mujer que lo había perdido todo. Mi prisionera. Y entonces la humillé. La herí con saña. Busqué la manera de hacerle el mayor daño posible, cuando ella no tenía ya ningún poder y era solo una anciana inofensiva y amargada. No tenía por qué haberla hecho sufrir, pero lo hice. En ese momento, cuando la vi deshecha en sollozos, comprendí que me había convertido en un ser vil, rencoroso, malicioso y vengativo. Tal vez llevaba siéndolo durante mucho tiempo y ni siquiera lo había notado. Me vi reflejado en ella. Me había convertido en lo que más odiaba. Rompí el juramento. Le fallé a ese niño.

»Por ello retrocedí al verla de ese modo y le di una muerte digna y discreta. ¿Pudo eso redimirme? No lo sé. No lo sabré jamás.

Los dos guardaron silencio durante muchos latidos.

—Lo siento, Majestad —dijo Eldrid.

—No importa. A nuestra edad todo es agua pasada, o debería serlo. —Argaut sonrió—. Hablemos de algo agradable. Contadme acerca de vuestra familia.

Continuaron hablando durante horas, hasta que Eldrid dijo:

—Majestad, se está haciendo tarde y he de volver con los míos.

—Me priváis del grandísimo placer de vuestra compañía, pero lo entiendo. No quiero reteneros más.

—Gracias, Majestad. ¡Oh! ¿Qué es eso?

—¿Qué habéis visto, señora?

—Creí ver una especie de ave, quizás una paloma, o un halcón.

Parecía de cristal o de algún material casi transparente. Movió las alas, quedó quieta y de pronto se confundió con las hojas. En fin, está claro que no había nada. ¡Por todos los dioses, qué vieja tonta debo parecer! —Soltó una carcajada—. ¡Incluso chocheo!

—Tal vez ha sido una paloma torcaz. Por esta zona hay muchas. Pero yo no veo nada.

—Habrá sido el aire al mover los arbustos. Olvidadlo, por favor. En fin, Majestad, debo irme. Ha sido hermoso hablar con vos. Os agradezco la familiaridad y la sinceridad que me habéis mostrado.

—No, Eldrid, soy yo quien os da las gracias. Vos me habéis alegrado el día. Mi esposa, Liyoba Farica, Armigino, Coloncho, los otros compañeros del Ejército Real…, todas las personas con las que podía sincerarme y que me entendían están ya muertas. Estos son los únicos amigos que me quedan. —Puso los dedos en el libro que había estado leyendo—. Los mejores que he tenido.

Eldrid se acercó al volumen.

—Tiene un título extraño: *El viento de hierro*. ¿Cómo un viento puede ser de hierro?

—El título tiene su explicación, pero es larga y no deseo reteneros más. Volved otro día y os la contaré.

—Os tomo la palabra, Majestad. Ha sido un honor.

—El honor fue mío, Eldrid Ertalce.

La mujer se marchó y el rey quedó solo en el jardín. Se sentó y pensó acerca de todas aquellas cosas de las que habían hablado.

Y así pasaba los días el viejo rey sin corona, en su jardín, leyendo y meditando, dos cosas que a menudo eran la misma. A veces recibía visitas, pero casi siempre estaba solo. No le dolía aquello porque no temía a la soledad. Había aprendido a valorarla y a considerarla una amiga amable, tan vieja como él. Además, en realidad nunca estaba solo. Tenía a sus buenos amigos de papel y tinta, los que le habían deparado las mejores conversaciones, las más ricas e interesantes. Se sentía tranquilo y satisfecho, pues había hecho las paces consigo mismo y con el mundo.

Una tarde, cuando el verano empezaba a hacerse notar, dejó quieto el dedo sobre la página. Pero la mano quedó tensa y agarrotada y apretó el papel, arrugándolo un poco. Luego se deslizó suavemente sobre la página, como si unos hilos invisibles la movieran, hasta caer fuera de la mesa. La mano quedó colgando, inmóvil.

Los abejorros seguían emitiendo su pegajoso y manso zumbido. En la lejanía un perro ladraba. La hierba verde y fresca crecía y crecía y crecía. El polvo se depositaba con lentitud majestuosa en cada pulgada de solidez. La luz no cesaba y la sombra rumiaba sus mil y un pensamientos. Las flores estallaban de vida y alegría, latido a latido. Por los tallos fluía el mismo ritmo incansable de todas las cosas que

han sido y quieren ser, el ritmo cambiante, pero nunca extinto. Ese ritmo que no cesa. El viento suave de principios de verano acarició el cuerpo inerte, sus ropas, y pasó sobre la mesa y el libro abierto. Al cabo de poco el viento se hizo travieso, se achispó, brincó y movió las páginas del libro huérfano, las hizo subir y bajar, el viento las iba pasando, sus dedos invisibles las toqueteaban, las acariciaban y palpaban. Hacía volar las palabras en sus senderos de tinta. Los abejorros aún zumbaban. El perro dejó de ladrar. Los pájaros emitían sus chirridos. En los ojos abiertos se curvaba el cielo pletórico y azul. El cielo feliz. Y las nubes pasaban… Las nubes pasaban… Pasaban…

LA TORMENTA Y EL AMANECER

EL NIÑO REY

EL REY JUSTICIERO

EL VIEJO REY

APÉNDICE 1: LOS REYES AGRATE DE BRAJAIRI

1. Periodo inmediatamente anterior a los Agrate (dinastía Uldraga).

1251-1265: Reinado de Blaya XVI el Rojo. A este soberano de la dinastía Uldraga se le recuerda sobre todo por estatalizar el culto a Tarumara de los Túnicas Rojas, que ahora pasa a estar protegido por la Corona, en detrimento del culto a Braladur. El rey apenas convoca a las Cortes y cuando lo hace desprecia las posiciones de sus miembros, por lo que se puede considerar este reinado prácticamente una tiranía.

1265-1275: Reinado de Urbaio XX el Piadoso, llamado de tal modo por su fe en el culto a Tarumara. No solo mantiene la política religiosa de su padre, sino que incluso la intensifica. Por tanto, el Estado continúa apoyando y fortaleciendo a los Túnicas Rojas y además se hace oficial la prohibición, y por tanto persecución, del culto a Braladur. Vuelven a permitirse los sacrificios humanos, ilegales desde hacía casi un siglo.

1275-1286: Reinado de Garzur XII el Loco, último rey de la dinastía Uldraga. Con él, la política religiosa se vuelve aún más extremista; pero a pesar de la fuerte represión oficial, los seguidores de Braladur incumplen las leyes del monarca y continúan practicando su religión. En sus últimos años, y ya fuera por sufrir un trastorno circunstancial o por el agravamiento de algún problema mental ya existente, Garzur XII se vuelve definitivamente loco y su comportamiento se torna delirante y maniático. Hace de la represión religiosa el asunto central de su gobierno y se aplica a dicha tarea de forma obsesiva.

Así, en 1283 firma un decreto que disuelve todas las órdenes de magos de la Fuente, algo casi inconcebible no solo en Brajairi, sino en cualquier país del entorno escaldraio. Esto tensa aún más las cosas en el país y a los fieles de Braladur se suman los magos de la Fuente y

gran parte de la nobleza brajairia. Todo esto desembocará en un gran conflicto armado: la Guerra Civil o Guerra de las Túnicas Rojas (1283-1286).

El conflicto se desarrolla en distintos focos del país y después de tres años de luchas el bando rebelde destroza al ejército del rey en la Batalla de Gunyabat (1285). Tras el combate se produce una persecución general de los Túnicas Rojas en todo el país y la mayoría de los Túnicas Rojas son eliminados, pero un grupo importante consigue huir al extranjero junto al príncipe Urbaio. Tras la Batalla de Gunyabat el aparato regio esta desfondado y el bando rebelde domina ya casi todo el país, pero Garzur XII se niega a rendirse y se encastilla en su fortaleza de Atvir, junto a sus últimos seguidores. El monarca muere durante la expugnación de la fortaleza y con él acaba el largo periodo de la dinastía Uldraga en Brajairi.

2. Periodo Agrate

1288-1294: Reinado de Baruga I el Fuerte.

Elegido por los nobles en Cortes entre los principales generales de la guerra civil, el primer rey Agrate comienza su reinado con problemas, pues el vecino país de Brenit apoya al príncipe Urbaio Uldraga (hijo de Garzur XII el Loco), que huyó a Brenit tras la Batalla de Gunyabat, y que se autoproclama Urbaio XXI de Brajairi y es apodado como *El Rey en el Exilio*. A cambio de la ayuda brenitia, Urbaio promete convertir a Brajairi en un estado vasallo de Brenit. El conflicto entre las dos naciones se intensifica y desemboca en la Guerra Brajairia-Brenitia (1288-1296). Baruga I el Fuerte muere en la batalla de Saldere, peleando contra los brenitios.

1294-1322: Reinado de Darla I la Pacificadora.

Cuando sube al poder la princesa Darla, hija mayor de Baruga I, el conflicto bélico entre Brenit y Brajairi dista mucho de quedar resuelto, pues ambos países han quedado estancados en una larga y agotadora guerra de posiciones, sin que ninguno consiga avances importantes.

No obstante, a partir de 1295 todo se acelerará. Ese mismo año, el joven rey de Brenit se casa con una princesa gricuria, lo cual hace temer a los brajairios la unión de ambas potencias contra su país. En efecto, se prepara una invasión de Brajairi reforzada con las tropas de Gricur, que por fin colocaría en el trono a Urbaio Uldraga, *el Rey en el Exilio*, y convertiría así a Brajairi en un estado controlado no solo por Brenit, sino también por Gricur. Pero la reina Darla I responde con rapidez y antes del final de 1295 se divorcia del rey consorte y se casa con un príncipe del vecino y sureño país de Élamos. Este enlace

matrimonial sella una alianza política y militar entre Élamos y Brajairi y, dada la fortaleza de Élamos, Brenit y Gricur dudan y por fin paralizan la futura invasión de Brajairi.

En 1296 las potencias en lucha buscan una solución política a la guerra, pues tanto Brenit como Brajairi están agotados y parecen incapaces de continuar el conflicto, a pesar de sus respectivas alianzas con Gricur y Élamos. Se logra dicha paz y Brenit entrega a los brajairios a Urbaio Uldraga y a los Túnicas Rojas que le acompañaban. Tanto el Rey en el Exilio como sus últimos seguidores son ejecutados en un gran acto público en Brajairi. El final físico de Urbaio señala el fin político definitivo de la dinastía Uldraga en Brajairi. A pesar de que el culto a Tarumara está ya prohibido en Brajairi, la religión de los Túnicas Rojas sobrevivirá en determinadas zonas del norte de Brajairi y el sur de Brenit, pero siempre en secreto y perseguida por las autoridades. La Paz de las Fronteras (1296) ha puesto fin a la guerra entre los dos países, pero determinados sectores de la nobleza brajairia consideran estos acuerdos demasiados ventajosos para los brenitios. A causa de esta polémica paz a la reina Darla I algunos la llamarán *la Pacificadora* y otros *la Traidora*.

Terminada la guerra, el sur de Brajairi se abre comercialmente al Alto Ilnar (todo esto facilitado por el enlace matrimonial entre la reina Darla y el príncipe elamosio). Hay un tiempo de prosperidad y enriquecimiento de Brajairi, pero esta bonanza acabará pronto, pues el rey consorte, y a pesar de su origen elamosio, apoya al partido de los condes y barones del norte, aún descontentos por la Paz de las Fronteras del 1296. La reina decide solucionar este asunto por la fuerza y hay un periodo de lucha armada contra los nobles rebeldes, a los que la reina domina por completo en 1300. En el transcurso del conflicto muere su propio marido, el rey consorte elamosio, y también muere el hijo mayor del matrimonio regio, que apoyaba a su padre y por tanto a la facción rebelde. Gracias a los esfuerzos de los diplomáticos brajairios se consigue evitar la guerra con Élamos, pero este país y Brajairi rompen sus relaciones amistosas.

Darla I no vuelve a casarse y permanece viuda durante el resto de su largo reinado, durante el cual, y salvo contadas y poco importantes excepciones, mantiene su política de control de la nobleza en el interior y de paz con los países del exterior. En su labor de gobierno se apoya sobre todo en su segundo hijo, el príncipe Garzur, que a la muerte de la reina será coronado rey.

1322-1329: Reinado de Garzur I el Buen Hijo. En líneas generales, prosigue la misma estrategia de su madre de control sobre la aristocracia, lo cual aumenta la tranquilidad del país y su bonanza

económica. Para afianzar la paz con los países del entorno se embarca en una ambiciosa política de matrimonios con la realeza extranjera. Para empezar, él mismo se casa con la princesa de Gricur; y después, casa a una de sus hijas con un príncipe de Élamos, acabando así con la mala relación entre los dos países desde la muerte del rey consorte, de origen elamosio, en tiempos de Darla I, durante la rebelión de los nobles norteños del 1300. Sin embargo, el rey brajairio no consigue la alianza política con Brenit al rechazar la realeza de ese país una boda con el hermano pequeño del soberano. Garzur I muere por causas naturales, dejando un país tranquilo y saneado al príncipe Argaut, su hijo mayor.

1329-1366: Reinado de Argaut I el Sureño. Su apodo se debe a la intervención de Brajairi en la guerra entre Élamos y Temhar, una intervención provocada por los acuerdos firmados tiempo atrás con Élamos por su padre Garzur I, y sellados por la boda entre una hermana de Argaut y un príncipe elamosio.

Durante una buena parte del reinado de Argaut I Brajairi está en paz, pero las tensiones fronterizas entre Élamos y Temhar desembocan en un conflicto armado (Guerra Elamosio-Temharia, 1353-1357), que empieza debido a la invasión de un ejército temhario sobre territorio elamosio. De inmediato, el rey elamosio exige a Brajairi ayuda militar, en cumplimiento de los pactos firmados por Garzur I, el anterior rey de Brajairi. Argaut I emplea durante casi cuatro años subterfugios legales para no auxiliar a su vecino del sur, pero al final (y sobre todo debido a la presión de la nobleza sureña brajairia y a la casta de mercaderes del país, que se verían muy perjudicados si Élamos perdiera esta guerra), el rey Argaut accede a prestar ayuda militar a Élamos y envía un ejército al sur. Esta intervención de Brajairi provoca el final de la guerra en 1357, dando la victoria al país aliado. Élamos y Temhar firman una paz muy ventajosa para los elamosios y el astuto Argaut I también obtiene beneficios, pues a cambio de su ayuda militar Élamos debe pagar fuertes compensaciones económicas y además concede a los mercaderes y a la Corona brajairios el monopolio sobre un buen número de rutas de mercadeo. Esto provocará un enriquecimiento incluso mayor del sur brajairio, en contraste con un norte más empobrecido que todavía no puede olvidar la represión que sobre ellos ejecutó la reina Darla I la Pacificadora, a finales del siglo pasado.

Tras la excepción de la Guerra Elamosio-Temharia, Argaut I mantiene la misma política internacional pacífica de su padre Garzur I y su abuela Darla I y no lleva a cabo más conquistas ni incursiones en tierras extranjeras.

1366-1383: Reinado de Serela I la Ejecutora. Tras la muerte de Argaut I sube al trono su hija mayor, Serela, que será recordada sobre todo por la aplicación de un régimen muy duro para mantener a raya a las grandes casas nobiliares del sur, muy favorecidas por el comercio con el Alto Ilnar. Dicha nobleza, al sentirse cada vez más poderosa y rica (lo cual le permite contratar huestes mercenarias extranjeras), pretende imponer sus propias condiciones al Estado, a veces de manera diplomática y sensata y a veces de manera agresiva e irracional. Si a esto sumamos que la reina Serela I no goza de la misma paciencia y flexibilidad de su padre Argaut I, su abuelo Garzur I y su bisabuela Darla I, y que prefiere la acción directa a la negociación, en consecuencia su reinado está plagado de conflictos breves pero crueles entre la Corona y la nobleza (no solo del sur, sino también del norte). Hasta el final de su reinado, la enérgica Serela mantiene siempre el poder del Estado y controla por la fuerza a toda la aristocracia del país. Pero bajo la superficie de la paz quedan corrientes de odio contra la realeza, que desencadenarán grandes males en cuanto suban al poder reyes menos fuertes, lo cual, por desgracia, sucederá justo después de la muerte de la Reina Ejecutora.

1383-1414: Reinado de Brelán I el Indolente. El nuevo rey es todo lo contrario de su madre: un hombre débil y dubitativo que para gobernar se apoya en los nobles, sobre todo los del sur. Si bien la aristocracia sureña se fortalece gracias al favor real, las casas norteñas también se tornan más fuertes al no sufrir ya la mano de hierro de la Corona. Pero a diferencia de la nobleza sureña, la norteña no presenta un frente común, sino que está muy fragmentada en distintos clanes belicosos, y al faltar el control regio, estos clanes se enzarzan en guerras privadas que desencadenan una pequeña guerra civil. El Rey Indolente no puede o no quiere zanjar esta lucha, que devastará el país allende el río Goldro, desde el principio al final de su aciago gobierno.

Brelán I muere sin descendencia y la aristocracia presiona para que Garzur, hermano mayor de Brelán, no consiga el poder, pues Garzur sí es un rey fuerte al que la nobleza teme. Pero Garzur se apoya en el Ejército Real y en ciertas Casas cercanas a la Corona y consigue la corona.

1414-1415: Reinado de Garzur II el Desdichado. Durante ese único año de reinado, Garzur muestra una increíble energía e impone el

orden de manera severa, con ataques militares fulminantes y ejecuciones de los nobles capturados. Él mismo dirige la guerra y sus esfuerzos se ven coronados con la paz en el norte. Pero muere asesinado por su hija Darla, que a su vez es apoyada por ciertas casas nobiliares del sur. Este es el primero de los regicidios que, por desgracia, serán tan frecuentes en el futuro.

1415-1428: Reinado de Darla II la Elamosia. Debido a la muerte criminal del rey Garzur II, medio país se niega a aceptar la subida al trono de su hija Darla. La oposición a Darla está liderada por su propio hermano, el príncipe Denecaro. Se produce una corta guerra civil (1415-1416), que gana la facción de Darla y que termina con la ejecución pública de su hermano Denecaro.

Darla II no solo mantiene la sensata política de amistad con Élamos, sino que, fascinada por el Alto Ilnar, se casa con el rey elamosio, traslada la capital a Estel, en el sur de Brajairi, llena la corte de funcionarios y militares elamosios e introduce usos exóticos ilnarios que contrastan con las austeras tradiciones brajairias. Incluso legaliza el hasta entonces prohibido comercio de esclavos (actividad que condenan las instituciones religiosas, pero que beneficia a los nobles sureños).

Todos estos vertiginosos cambios políticos y sociales desembocan en una nueva guerra civil (1418-1419). El bando rebelde está liderado por Brocasto, otro hijo de Garzur II y hermano pequeño tanto de Darla II como del ejecutado Denecaro. Pero los ejércitos de Darla, apoyados por la poderosa aristocracia del sur y por Élamos, aplastan a los insurrectos en la Batalla de Lobriga, donde muere el propio Brocasto.

Ganada la guerra, Darla endurece aún más su política, desprecia por completo las Cortes y otras instituciones políticas brajairias y convierte su gobierno en una monarquía absoluta, casi una tiranía, muy al estilo de sus admirados países del Ilnar. Las casas nobiliares sureñas siguen ganando poder gracias al beneficioso comercio con el sur y la reina se apoya en ellas para controlar las rutas mercantiles, que también producen, indirectamente, ganancias para la Corona. Pero este apoyo al sur del país lógicamente intensifica el odio de un norte dominado y humillado, así como empobrecido (aunque de esto último tienen más culpa sus propias luchas internas que la labor de la realeza; no obstante, los demagogos sin escrúpulos manipularán cualquier tipo de descontento para dirigirlo contra la Corona).

Darla II está casada con el rey de Élamos, Yarnblano XVIII, y ambos mandatarios coinciden no solo en su visión absolutista de la política (Yarnblano es un tirano en su propio país), sino en lo personal, pues resulta evidente que los dos están muy enamorados.

Sin embargo, el dulce reinado de Darla II pronto se convertirá en una amarga pesadilla, y los males no nacerán en su propio país, sino en el vecino Élamos. Durante una estancia en la corte elamosia del rey Yarnblano y de sus hijos (e hijos también de Darla), se produce la llamada *Semana Sangrienta*: hay una revuelta palaciega y un golpe de Estado y tanto Yarnblano como sus hijos son cruelmente asesinados. Los asesinos cuentan con el apoyo de muchos sectores del país, descontentos con el gobierno brutal de Yarnblano, y además tienen el apoyo del vecino país de Temhar, que, como se ha visto ya, en el pasado entró en guerra con Élamos y aún tiene cuentas pendientes con este país. Al trono de Élamos sube un general usurpador y se produce un cambio de dinastía. Este nuevo rey intenta aplacar a Brajairi para mantener la paz, mediante la promesa de compensaciones en tributos y la concesión de beneficios comerciales, pero la enfurecida reina Darla emprende sin dilaciones la guerra. Envía al sur sus tropas, que, unidas a los supervivientes de la depuesta dinastía elamosia, sufren una estrepitosa derrota en la Batalla de Hasyina, y son perseguidas y rematadas en la posterior batalla de Enaja. Tras estos reveses el rey de Élamos vuelve a ofrecerle la paz a Brajairi y Darla II no tiene más remedio que aceptarla en 1423.

La breve y desastrosa guerra contra Élamos ha mermado no solo el prestigio de la reina Darla, sino también su poder real, al quebrantar su poder militar y económico. Esto es aprovechado por las casas nobiliares norteñas para rebelarse (Guerra Civil Brajairia, 1427-1428). Por si fuera poco, los rebeldes están liderados por Baruga Agrate, hermano pequeño de Darla y último hijo de Garzur II el Desdichado. Baruga vence en sucesivas batallas a la reina, que a pesar de todo se niega a abdicar y se refugia en sus bastiones del sur. Pero la guerra parece perdida, así que son sus propios seguidores quienes la traicionan y entregan a Baruga, para así congraciarse con el líder victorioso. Darla es encerrada y posteriormente decapitada en acto público.

1428-1458: Reinado de Baruga II el Implacable. El gobierno del país da un giro violento y se apoya ahora en las casas nobiliares norteñas y en las órdenes de magos guerreros de la Fuente (dichas órdenes mermaron su fuerza debido a la política social y religiosa pro-elamosia de la reina Darla II). Baruga parece digno hermano de la reina que él mismo ha hecho ejecutar, porque impone por la fuerza sus planes, sin buscar nunca el diálogo ni la negociación con sus contrarios políticos. Lejanos quedan aquellos tiempos de Darla I la Pacificadora, Garzur I el Buen Hijo y Argaut I el Sureño, que en el siglo anterior se dejaron guiar por la sensatez y pusieron la paz y la

prosperidad del país por encima de sus propios gustos e intereses personales.

Por tanto, durante el Decenio del Terror (1428-1438) el gobierno de Baruga II no es otra cosa que una tiranía brutal que basa su poder en las detenciones y ejecuciones. Caen muchas familias nobiliares, sobre todo del sur, cuyas propiedades y riquezas son confiscadas y se reparten entre la Corona y sus aliados. El rey prohíbe el comercio de esclavos que había introducido Darla II. Impone una férrea unidad religiosa, la de los dioses escaldraios, y se prohíben todos los demás cultos (especialmente los exóticos del sur), mostrando un grado de intolerancia que no se veía desde hacía dos siglos, cuando los últimos reyes de la dinastía Uldraga favorecieron a los Túnicas Rojas. Pero aunque Baruga II apoya el culto a Braladur, limita el poder de la casta sacerdotal para que sea el rey quien tome las principales decisiones religiosas. Su evidente castigo al sur produce no solo un empobrecimiento de dicha zona, sino además un empobrecimiento general del país, pues desmantela la preciosa red de rutas comerciales con el vecino Élamos, de la cual se beneficiaba todo Brajairi. Reprime las revueltas (1432, 1433 y 1435) con extrema severidad y a cada una le sigue otro periodo de terror y ejecuciones. En 1437 sufre un intento de asesinato al que sobrevive, pero en el atentado muere su esposa (perteneciente a la nobleza norteña) y uno de sus hijos. A raíz de ahí la represión se vuelve todavía más sangrienta: al rey ya no le basta con la muerte de cada noble culpable, sino que debe producirse la destrucción total y absoluta de la casa nobiliaria a la que pertenece, con el ajusticiamiento o encierro de todos sus miembros, incluso los lejanos… Algo inédito en el país.

Sin perder tiempo, en 1437, el mismo año que enviuda, el rey se casa con una princesa gricuria, lo cual afianza su poder al contar con un buen aliado exterior.

Tras la larguísima represión, que ha eliminado (literal y físicamente) a casi todos sus opositores, se produce cierta relajación y en 1439 se suavizan las leyes y se permite la libertad religiosa (aunque los cultos que no adoren a Braladur deberán pagar un impuesto). Se bajan las tasas y se permite cierta libertad económica a los mercaderes.

Pero la tranquilidad dura poco. En 1440 ocurre un ataque ceiracano a las fronteras orientales del reino, algo que no sucedía desde hacía siglos. Baruga II, apoyado por huestes gricurias, responde con su salvajismo habitual y él mismo lidera la campaña contra los enemigos, que no son exactamente las fuerzas oficiales de Ceiracán, sino una de las numerosas hordas nómadas que pueblan este caótico país.

Durante la Guerra Brajairio-Ceiracana (1440-1442), Baruga II gana

la Batalla de Tayuqui (1441) y es derrotado en la de Grimata (1441). Pero a principios del 1442, y en la batalla de Leuganar, el ejército brajairio-gricurio asesta una pavoroso golpe a los bárbaros ceiracanos. Los brajairios penetran aún más en el país y llegan incluso hasta la capital occidental ceiracana, Grimaqui, que toman al asalto. Baruga ordena arrasar a sangre y fuego la ciudad, que sufre un saqueo de cinco días durante el que mueren decenas de miles de personas, y del cual jamás se recuperará. Baruga el Implacable vuelve a derrotar al ejército ceiracano en Bomai y durante meses hace correrías por la mitad occidental del país. A finales de 1442 los vapuleados ceiracanos firman la paz, mediante la cual pierden la provincia de Gayatamu y además se convierten en reino vasallo de Brajairi, un éxito guerrero para Brajairi que no se veía desde épocas remotas.

Se produce el periodo llamado *La Paz de Hierro* (1443-1454). A pesar de la ventajosa paz con Ceiracán, Baruga II hace construir líneas de castillos en las fronteras del país para defenderse de futuras agresiones. Por otro lado, también servirán como cabezas de puente para posibles invasiones futuras.

Aunque ya envejecido, Baruga sigue siendo un hombre duro y enérgico, y durante los últimos años de su reinado entra en guerra con el norteño Brenit, por culpa de territorios fronterizos que reclaman ambos reinos (Guerra Brajairio-Brenitia, 1454-1462). Pero si Baruga II es un monarca batallador, los reyes de Brenit no le van a la zaga: Bractarán VI y su hijo Bractarán VII derrotan una y otra vez al ejército brajairio y Baruga el Implacable muere en la Batalla de Ayoquest.

1458-1471: Reinado de Demayara I la Guerrera.

La hija mayor de Baruga II prosigue la guerra contra Brenit tras la muerte de su impetuoso progenitor. Digna hija de su padre, esta notable mujer se caracteriza por haber recibido adiestramiento armado, e incluso acompaña ella misma a sus huestes en las empresas bélicas. Hay victorias y derrotas por ambos bandos, pero al final los dos países, agotados por completo, se ven obligados a firmar la Paz de las Dos Reinas (1462), llamada así porque Brenit está gobernado en ese momento también por una mujer: Grijone II. No se ha conseguido prácticamente nada tras el largo enfrentamiento, ninguno de los dos países ha aumentado sus territorios en litigio y ambas naciones están muy mermadas, militar y económicamente. El conflicto arroja, pues, un resultado tan sangriento como inútil.

Para colmo de males, Ceiracán aprovecha la debilidad brajairia para dejar de pagar el tributo anual a Brajairi, impuesto por Baruga II el Implacable en 1442, tras la exitosa invasión del país oriental.

A pesar de las dificultades por las que pasa Brajairi, Demayara I no

duda y se lanza ella misma con su ejército sobre el país feudatario; estalla una nueva y sangrienta guerra entre ambas naciones (Guerra Brajairio-Ceiracana, 1463-1466). La reina no consigue penetrar tanto como su padre en la nación vecina, pero a pesar de todo sus ejércitos se imponen y al final gana. Brajairi recibirá poderosas compensaciones del país vencido y recupera el vasallaje de Ceiracán.

Tras las guerras con Brenit y Ceiracán el país está desfondado y al borde de la ruina. Mucha culpa de este mal estado económico se encuentra en el apoyo a la nobleza norteña tanto de Baruga II como de Demayara I, que han empobrecido el sur del país y laminado el antiguo y rico tráfico con el ahora hostil Élamos. Las prósperas caravanas eligen otros países de paso para sus productos; Brajairi ha dejado de ser el umbral comercial entre el sur ilnario y el norte escaldraio.

A los problemas políticos y económicos se suman los personales de la reina, que a su vez generan zozobra institucional. La independiente reina Demayara desprecia públicamente a su esposo, el rey consorte, originario de la familia real de Gricur, aunque no se divorcia de él para no perder la alianza con dicho país. Ambos llevan vidas separadas y Demayara no hace ningún esfuerzo para ocultar las relaciones que tiene con diferentes amantes de la corte, sobre todo entre los generales norteños. Uno de estos amoríos resulta especialmente escandaloso, pues se trata de Urcán Lodos, maestre de la Orden del Alba Dorada, la más poderosa de Brajairi, un cargo que en teoría (aunque no siempre en la práctica) obliga al celibato. En 1470 el rey consorte pide la separación definitiva y Demayara la acepta, a pesar de todos los esfuerzos de los diplomáticos para mantener, al menos legalmente, este matrimonio en pie. El divorcio provoca la ruptura de la alianza brajairio-gricuria y, una vez soltera, y desoyendo a todos, la reina se casa con su principal amante, el maestre del Alba Dorada. Pero este matrimonio solo dura un año porque en 1471 la reina muere tras dar a luz a su última hija, también llamada Demayara.

La sucesión traerá problemas, porque en teoría el gobierno ha de pasar a Istacar, hijo mayor de la reina (e hijo también del rey-consorte gricurio, del cual se divorció), pero en la última actualización de su testamento la reina mostró la inflexible voluntad de dejar la corona a su hija Demayara (hija también de Urcán Lodos, maestre del Alba Dorada), con una regencia ejercida por el padre hasta la mayoría de edad de la niña.

1471-1474: Reinado de Demayara II la Inocente.

La nueva monarca es una criatura de pecho, así que en efecto la

regencia cae en manos de su padre, Urcán Lodos.

De inmediato, gran parte de la nobleza del país se rebela porque exige que se respete la línea sucesoria y suba al trono Istacar, el hijo mayor de la reina Demayara. Y por la ascendencia paternal gricuria de Istacar, Gricur apoya las aspiraciones del príncipe.

Las tensiones desencadenan la Guerra de Sucesión Brajairia (1471-1473). En una primera fase Gricur se impone a los ejércitos de la regencia y todo parece apuntar a que Istacar acabará subiendo al trono. Pero si esto ocurriera, en algún momento del futuro podría convertirse a la vez en rey de dos países: Brajairi y Gricur, algo que no convendría nada a los otros reinos de la zona, temerosos de esta gran potencia conjunta. Por ello, en 1472 Brenit apoya a Brajairi y la alianza queda sellada con el futuro enlace de un pequeño príncipe brenitio con la reina niña. Gracias a la intervención brenitia, en 1473 el bando del regente gana la guerra y en la Paz de Emiata se estipula que ningún miembro de la realeza gricuria volverá a aspirar al trono de Brajairi, y que además Gricur nunca volverá a apoyar a ningún otro aspirante. Por desgracia, esta victoria no le sale barata a Brajairi, porque debe pagar unas fuertes compensaciones a Brenit por su ayuda en la guerra. Además, Ceiracán no solo declara roto su vasallaje (que ya nunca volverá a ser impuesto por el débil Brajairi), sino que además aprovecha la debilidad del país vecino para atacar y arrasar sus fronteras. A pesar de todo, Brajairi consigue repeler a los agresores y mantener la integridad del país, gracias a la línea defensiva de castillos del previsor Baruga II el Implacable. Los bárbaros son rechazados, pero Ceiracán no recibe castigo alguno por sus tropelías. Los tiempos en que Brajairi era un país atemorizador han quedado atrás.

La Guerra de Sucesión ha dejado al reino maltrecho, más aún que en los últimos tiempos de Demayara I. Hay un fuerte movimiento en contra del rey regente y las casas nobiliares sureñas se enfrentan a las norteñas en distintas guerras privadas que el regente no consigue atajar, ni siquiera arbitrar. La tragedia se consuma cuando en 1474 tanto la niña reina como su padre mueren en circunstancias sospechosas, quizás envenenados o incluso hechizados (hay quienes asignan la autoría del crimen a miembros descontentos de la orden del Alba Dorada). La soberana del país ha vivido solo tres años, durante los cuales ha tenido tiempo de comprobar hasta dónde llegan la locura y la crueldad de los adultos cuando luchan por el poder.

1474-1509: Reinado de Baruga III el Sereno.

Tras el corto pero violentísimo reinado de Demayara II la Inocente, son los propios nobles del país, al margen de la realeza, quienes

deciden la persona que será convertida en monarca. La devastación en todos los órdenes del país, y sobre todo la extenuación de la propia aristocracia, ha logrado lo imposible: la unión de los nobles en aras de un objetivo que beneficie a todos. Reunidos en Cortes, y tras un intenso y enconado debate, se logra una solución bastante consensuada. Se obvia la línea sucesoria ordinaria, que daría el reino al abandonado pero aún presente príncipe Istacar (hijo mayor de Demayara I), y la nobleza corona a su tío Baruga, hermano de la reina Demayara I. Istacar protesta en Cortes, pero Gricur ya no lo apoya y, sin ejércitos, su acción no pasa de una mera pataleta; al final se aviene a razones y acepta una baronía en el norte, como pago de su silencio y mansedumbre. Pero poco tiempo disfrutará de este premio, porque un año después muere en circunstancias sospechosas, tal vez envenenado para no dar problemas en el futuro.

Baruga III es un hombre débil, elegido para el cargo precisamente por eso, por ser tan débil. Es controlado por la nobleza y va dejando la labor de gobierno en manos de privados y consejeros de las distintas Casas. Cambia las leyes de sucesión para que el rey solo pueda subir al trono si es aceptado en Cortes, controladas por las principales casas nobiliares y las ordenes de magos de la Fuente. Se recorta de manera drástica el poder regio, hasta el punto de que el rey deja de tener ejército propio y se convierte en una figura casi decorativa cuyo único cometido es firmar las leyes y disposiciones dictadas por sus consejeros de la aristocracia.

Con Baruga III acaba la época de los grandes reyes de Brajairi, capaces de imponer su voluntad tanto dentro como fuera del país, y empieza la época del dominio de la nobleza. Por ejemplo, las Cortes podrán decidir con quién ha de casarse el rey, y, como muestra, en ellas se decreta que Baruga III se case con una aristócrata del país, rompiendo la larga tradición de bodas con príncipes, infantes e incluso reyes extranjeros. Esto favorecerá el aislamiento de Brajairi, que ya no es importante en el gran juego internacional. Ahora, todas las energías de la nación parecen concentradas en la eterna lucha entre los clanes por ver quién domina la corte y por tanto el país.

1509-1541: Reinado de Argaut II el Cazador.

Hijo mayor de Baruga III, Argaut mantiene la política de su padre de no inmiscuirse en los asuntos del poder y dejarlo todo en manos de sus privados. Brajairi entra en un periodo de anarquía, pues las casas nobiliares están enzarzadas en distintas guerras privadas, sin arbitrio ni control del monarca, dedicado solo a la caza y otros placeres cortesanos. Las luchas intestinas devastan el país, una tras otra. Además, las órdenes de magos de la Fuente sufren un periodo de

corrupción y como consecuencia se emplean casi como ejércitos mercenarios, a las órdenes de quien más les convenga. Por si fuera poco, el país sufre además una horrible epidemia de peste. Dentro de este escenario caótico estalla una guerra civil larga y especialmente virulenta (1528-1536), ganada por el rey, que en realidad está dirigido por las casas nobiliares sureñas, amigas del comercio con Élamos. El sur se enriquece, el país recupera parte de su atractivo comercial de antaño y, poco a poco, va saliendo de la pobreza. Pero la facción perdedora se venga en 1541 cuando el rey es secuestrado durante una cacería, su cadáver es descuartizado y aparece su cabeza clavada en una pica en la propia capital.

1541-1552: Reinado de Serela II la Rebelde.

La hija mayor de Argaut II sorprende a todos al romper con la dinámica de su padre y su abuelo, pues consigue dotar de poder al Estado para así hacer frente al caos nobiliar. Se apoya sobre todo en la orden del Alba Dorada y en la poderosa familia Injeca (la propia reina se casa con un dignatario de este clan), que a partir de entonces será un buen soporte para los próximos reyes. La enérgica Serela se asemeja a su famosa antepasada, la legendaria Demayara I la Guerrera, y aumenta el poder del Ejército Real, a la vez que elimina todas las leyes que recortan los poderes del soberano. Podría decirse que esta vez es una reina, y no el pueblo o la nobleza, quien lleva a cabo la revolución.

Lógicamente, la aristocracia más boyante se le opone y estalla una nueva guerra civil (1542-1545). Contra todo pronóstico, la reina acaba ganándola. En realidad, su victoria demuestra el hartazgo de gran parte de la baja y media nobleza, que apoya a la reina porque ya le resultan insoportables los sangrientos tejemanejes de los grandes clanes. La reina paga un alto precio por su triunfo porque el rey regente muere durante el conflicto. Ella no volverá a casarse y permanecerá viuda hasta su muerte.

Hay un periodo de paz y estabilidad, pero lo que no lograron sus enemigos en el campo de batalla lo consiguen mediante el crimen, porque unos asesinos enloquecidos matan en 1552 a Serela y a todos sus hijos. Todo apunta a que la sureña Casa Tiyadara está detrás del magnicidio, pero no puede probarse nada en la posterior investigación.

1552-1569: Reinado de Gamira I la Alegre.

Al estar muertos todos los hijos de Serela II, la corona pasa a su siguiente hermana, Gamira. La nueva reina deshace toda la labor de su

hermana mayor y abraza la política de sumisión a los nobles de su abuelo Baruga III el Sereno y su padre Argaut II el Cazador. Le quita casi todo su poder al Ejército Real y de inmediato el país vuelve a sufrir la lacra de las guerras privadas entre nobles. Solo en el centro y el sur hay cierta estabilidad. El auténtico poder queda polarizado entre las dos familias más grandes y ricas: los Ertalce en el norte y los Tiyadara en el sur. Para aplacar a esta agresiva nobleza la reina se casa primero con un Injeca, luego con un Ertalce y por último con un Tiyadara. Los dos primeros reyes consortes mueren asesinados (de nuevo se sospecha de los Tiyadara, aunque otra vez no hay pruebas que los incriminen).

A la muerte de Gamira I la corona debe pasar a su hijo Argaut (el futuro rey Argaut III el Justiciero), pero al ser un niño el país debe estar gobernado por un regente hasta su mayoría de edad. Todo lleva a pensar que Barac Tiyadara, el último rey consorte y padrastro de Argaut, será dicho regente, pero salta la sorpresa al conocerse que la reina Gamira cambió su testamento para dejar la regencia en manos de su hermana pequeña, Demayara. Estas circunstancias serán fuente de problemas y conflictos que acompañarán al pequeño Argaut hasta su mayoría de edad, y también después, durante el resto de su largo y turbulento reinado.

Últimos reyes de la dinastía Uldraga:

Blaya XVI el Rojo (1251-1265)
Urbaio XX el Piadoso (1265-1275)
Garzur XII El Loco (1275-1286)

Reyes de la dinastía Agrate (hasta Gamira I la Alegre):

Baruga I el Fuerte (1286-1294)
Darla I la Pacificadora (1294-1322)
Garzur I el Buen Hijo (1322-1329)
Argaut I el Sureño (1329-1366)
Serela I la Ejecutora (1366-1383)
Brelán I el Indolente (1383-1414)
Garzur II el Desdichado (1414-1415)
Darla II la Elamosia (1415-1428)

Baruga II el Implacable (1428-1458)
Demayara I la Guerrera (1458-1471)
Demayara II la Inocente (1471-1474)
Baruga III el Sereno (1474-1509)
Argaut II el Cazador (1509-1541)
Serela II la Rebelde (1541-1552)
Gamira I la Alegre (1552-1569)

APÉNDICE 2: LAS GUERRAS DE LOS DIOSES Y LA GULTRUTANA

1. Hechos históricos: Guerras de los Dioses y Guerras de la Venganza.

La Batalla de los Dioses (*Gultrutana*, en lengua wraglu) marcó un antes y un después en Dirtán. Afectó no solo cultural y políticamente a todos los pueblos de las diferentes especies inteligentes que lo habitaban, sino también al propio territorio físico, al crear dos grandes devastaciones inhabitables —el Desierto Gris en el Bajo Ilnar y la Distorsión en el Alto Ilnar—, que ya no volverían a quedar sometidas a las leyes naturales imperantes en el resto del planeta.

Por todo ello, el momento crucial de estos hechos, la propia Batalla de los Dioses o Gultrutana, fue señalado como el cero desde el que partía una nueva era, la Era de la Gultrutana.

Todo comenzó más de cinco siglos atrás. En el siglo sexto antes de la Gultrutana (siglo VI a. G.) tres especies inteligentes dominaban Dirtán: humanos, cindus y wraglus.

La especie humana, la más joven y enérgica, se había extendido por todo el planeta y levantado una compleja trama de imperios y reinos. Una de sus principales razas era la ilnaria, entre el Mar de Izuln, el río Escoyolm, el Mar de Wronga, la Cordillera de Abrateram, el desierto de Anajarai y el río Etioya. Aquellos territorios quedaron divididos por el río Jastm, dando lugar al Alto y Bajo Ilnar. Otra raza humana importante era la teremia, limitada al oeste por el río Escurbaj, al norte por los bosques de Carjún y Roldrj, al este por el río Escoyolm y al sur por el Mar de Izuln —en cuyas costas alzarían con el tiempo numerosas colonias—. Al norte estaba la raza escaldraia, que ocupaba los fríos y duros territorios cercanos a los bosques de Carjún y Roldrj, las faldas sureñas de Urgán y las cercanías del Mar de Wronga. Los tarengos eran los humanos más orientales y habían levantado sus imperios y naciones al este de la cordillera de Abrateram, hasta tocar la orilla del Océano Bartigano. De la mezcla escaldraia y tarenga nació la raza irlú, un pueblo bárbaro y al principio nómada, que se extendió sobre los pastos del Mar de Hierbas. Al sur, en el gigantesco Desierto de Anajarai, estaba la raza goramia. El mestizaje físico, político y social hizo todas esas

diferencias más históricas y culturales que genéticas, pudiéndose hablar al final de pueblos y familias de pueblos, antes que de razas.

La especie cindu era más antigua y fuerte que la humana, debido a sus poderes físicos y su mejor conocimiento de la magia de la Fuente. Pero los cindus no eran expansivos ni conquistadores. Vivían recluidos en sus ciudades-estado, dedicados a placeres espirituales e intelectuales, e ignoraban y despreciaban a los hombres. Las ciudades-estado cindus estaban repartidas por todo el Dirtán conocido y, aunque existía cierta comunicación entre ellas, vivían en pacífica independencia, sin imperio ni alianza que las uniera en una estructura mayor. Las más importantes eran Tubda, Macaru y Traiaquil, en el Alto Ilnar, conocidas como *Los Tres Gigantes*.

La tercera especie inteligente dirtania era la wraglu, amante de la sangre y la oscuridad. Durante la Alta Antigüedad sí habían atacado a cindus, pero salvo contadas excepciones fueron rechazados una y otra vez. Los humanos fueron durante milenios esclavos y alimento para los wraglus, pero durante las Guerras de la Cadena del milenio VI a. G. los escaldraios se liberaron del yugo wraglu y fundaron sus propios reinos. No obstante, dentro de las naciones wraglus los humanos seguían estando bajo el yugo del miedo. Los majestuosos reinos e imperios wraglus se estiraban en una gran franja al norte del Terem y el Alto Ilnar: Baric en las riberas del Mar de Wronga, Bacacu y Tgwliya en la cordillera de Urgán, Matal en los bosques de Carjún, Awacuwa en los de Roldrj, Lepwa y Bilaquir en la cordillera de Abrateram, Tabazul al suroeste del Mar de Wronga y Goszag en la ribera del Escurbaj.

Los wraglus conocían la Fuente y hacían uso de ella a su depravada manera, pero a mediados del milenio I a. G. los magos bacacus descubrieron un nuevo tipo de magia, la Brecha o *Trañur*, que permitía abrir portales entre universos. Incorporaron este saber mágico a la religión imperante en la civilización wraglu, el tamma, aunque no sin tensiones, pues se produjeron conflictos religiosas, las llamadas *Guerras de la Brecha* (532-424 a. G.). Vencieron los heterodoxos y la Trañur se extendió por todos los reinos wraglus. En el 417 a. G. el emperador mago Ernearán III de Bacacu usó la Trañur para entrar en contacto con los Exteriores o *Gultru*, unas entidades de poder pavoroso. Uno de esos Gultru era *Bogrod* —a quienes los hombres llamarían después *el Gusano*—. Los wraglus lo consideraron la personificación de su gran dios Toyu y lo incorporaron al tamma. Ernearán III y sus magos comenzaron a trabajar para hacer pasar a Bogrod a través de la Brecha. Los reyes wraglus se unieron en una alianza, el Pacto de la Sangre Negra del 403 a. G., comprometiéndose a librar una guerra santa mundial en cuanto Bogrod llegara a Dirtán. Tras diez años, Ernearán III logró su objetivo y los tres *Gultru-Alzal* —

conocidos más tarde como los *Exteriores Malignos*— penetraron al fin en Dirtán: Bogrod, *Vulmayatar —la Mancha*— y *Criliyi —el Nido de Serpientes*—. El emperador recibió del Gusano la vida eterna y un poder inédito entre los hechiceros de Dirtán.

La existencia de la Brecha y las maquinaciones de los wraglus para traer a los Malignos a este universo no habían pasado desapercibidas para el resto de los magos. Pero todo ocurría en el seno de la tenebrosa y hermética civilización wraglu y, aunque unos pocos avisaron del peligro, una invasión de wraglus parecía una locura. Los más sensibles al peligro fueron los magos cindus; así, cuando los Exteriores Malignos penetraron, los hechiceros más poderosos de cada ciudad-estado cindu se reunieron por fin en Macaru. Fue el primero de todos los grandes cónclaves cindus. Allí crearon las primeras grandes armas mágicas de esos tiempos: la Corona del Poder, la Corona de la Hermandad y la Corona del Recuerdo.

Los wraglus estaban ya organizados y dispuestos para la guerra santa. No solo contaban con sus temibles ejércitos, sino que habían creado una raza deforme y siniestra, los *hombres-gusano*. Extenderían la nueva fe a sangre y fuego y abrazarían por fin su destino de especie dominante, bajo la sombra del Gusano y sus dos lacayos, la Mancha y el Nido de Serpientes, que volaban libremente por los cielos de Dirtán.

La Primera Guerra de los Dioses transcurrió durante los años 395 a 380 a. G., en diversos frentes.

Gricur, un país escaldraio del Alto Ilnar, fue el primer lugar no wraglu donde triunfó la adoración del Gusano, impuesta en 418 a. G. por el rey Blaat III. En el 392 el Gusano chorreó un icor —la sangre del Gusano— sobre la capital de Gricur, Tjulba, creando así a los *reidores*, criaturas malignas y enloquecidas que provocaron una matanza en la ciudad. Una vez exterminados los reidores, hubo una rebelión interna y los seguidores del Gusano fueron expulsados de la nación. Los ejércitos wraglus de Baric y Bacacu se apresuraron a reconquistarla, enfrentándose a una alianza de humanos —brajairios, cutnayáneos, ceiracanos, deirasios, bratmurios, togranos y por supuesto gricurios— y cindus procedentes de Mirlay y los Tres Gigantes: Macaru, Tubda y Traiaquil. En el 383 el Gusano dejó caer de nuevo su sangre, creando miles de reidores que provocaron la derrota humana y cindu. Gricur fue ocupado por los wraglus y rebautizado como *Bogrodami*.

En las costas sureñas del Mar de Izuln la Sangre del Gusano creó a los *profundos*, una raza monstruosa que atacó las ciudades costeras. Los humanos de Telneg, Axalti, Omtabarón, Xelún y Awariyi y los cindus de Pumu, Iedami, Taldula y Tuiaala se unieron en la Alianza del Mar y destruyeron a los profundos en la Batalla del Etioya del año 393 a. G.

En el Terem, entre los ríos Escurbaj y Escoyolm, se produjeron choques entre humanos y cindus aliados, y wraglus, al intentar estos invadir las ciudades de los hombres (Guerra de los Dioses del Terem, 393-380 a. G.). No lo consiguieron y fueron rechazados una y otra vez, aunque con graves pérdidas para los defensores.

Los magos cindus del Cónclave no habían permanecido ociosos durante la guerra y comprendieron que, si bien los wraglus y sus esclavos degenerados tal vez pudieran ser vencidos, el poder del Gusano, el Nido de Serpientes y la Mancha era demasiado grande para los hechiceros de la Fuente. Había que vencer al fuego con el fuego, así que usaron la Brecha para buscar aliados Exteriores en el mismo ámbito del que procedieran aquellos tres, e hicieron venir a los *Gultru-Tem* o *Exteriores Benignos*: *El Perro* —*Birwir* en lengua wraglu—, *el Aullador* —*Vjomuur*— y *la Llama* —*Calabindar*—. Los dos bandos de Exteriores se enfrentaron en la Batalla de los Truenos del 380, en el Terem, entre los ríos Dedalta y Escoyolm. El resultado no quedó claro, pero al menos unos y otros huyeron por la Brecha y no se los volvió a ver durante mucho tiempo en Dirtán. Sin el Gusano para guiarlos, los wraglus perdieron su moral combativa y retrocedieron. La Primera Guerra de los Dioses había terminado.

El balance del conflicto era desolador para ambas partes, porque a pesar de la sangría de vidas no había un vencedor claro. La guerra sagrada wraglu había acabado en nada, con la única excepción de Bogrodami, la antigua Gricur humana, en el Alto Ilnar. Los dos bandos estaban demasiado cansados como para reanudar las hostilidades y durante trescientos veintisiete años se mantuvo la paz entre las especies.

Pero era una paz ficticia. El emperador bacacu Ernearán III seguía invocando a los Gultru-Alzal, sus hechiceros creaban más hordas de hombres-gusano y los reyes wraglus preparaban las tropas para la próxima guerra sagrada. Ernearán III viajó hasta los confines norteños de Dirtán para atraerse a los cinco dragones utirigaianos, capaces de arrojar fuego y hacer magia, y a sus hijos los pequeños dragones yirimagaianos. Este gran triunfo convirtió a Ernearán III en señor absoluto de toda la civilización wraglu.

Mientras, los cindus también se preparaban para el inevitable enfrentamiento. En el 125 a. G. fue convocado el Segundo Cónclave de Magos, que de inmediato empezó a invocar a los Exteriores Benignos. En contraste, los hombres tenían demasiado miedo y se desentendieron de la amenaza. La excepción lógica eran los pueblos escaldraios, los más próximos a las naciones wraglus.

La guerra empezó pronto, pues los adoradores del Gusano lanzaron su ataque cinco decenios antes de que entraran de nuevo los Exteriores en Dirtán. Daba comienzo la Segunda Guerra de los Dioses

(53 a. G.-0).

La primera etapa fue conocida como *La Devastación* (53-22 a. G.) y se caracterizó por un ataque masivo a naciones humanas y cindus. Igual que en la Primera Guerra de los Dioses, sucedió en varios frentes: Los wraglus tgwliyanos se lanzaron sobre Brajalc, entre los Montes Eisofos Superiores y la cordillera de Urgán, devastándolo, conquistándolo y rebautizándolo como *Dronaga* (Guerra Brajalquia, 53-47, a. G.).

Los wraglus goszagios y tgwliyanos bajaron por el valle del Escurbaj y conquistan Belya, rebautizándola como *Aculi* (Aguas Rojas). Pero son frenados por los cindus de Bumaru en la Batalla del Escurbaj (Guerra del Escurbaj, 53-49 a. G.).

Wraglus carjúneos y bacacus atacan los territorios del Imperio de Brac, en el Terem. Conquistan su capital, rebautizándola como *Umalja*; conquistan Trulna y la llaman *Alapurg*; toman Drayabur y la llaman *Bogrodaru*; y por último Elarolán, a la que llaman *Briquia*. El único reino humano de la zona que resiste es Sacul (Guerra Braquia, 53-43 a. G.).

Wraglus roldrjios y bacacus destruyen las ciudades humanas de Timiri y Estega (Guerra de los Dos Ríos, 53-40 a. G.).

Wraglus de Roldrj conquistan Ardoyán y la rebautizan *Esblasta* (Guerra del Escoyolm, 53-48 a. G.).

Mientras se cosechan todas esas victorias en el Terem, una pavorosa invasión de bogrodarus bacacus, bariquios y bogrodamios asolan las tierras altoilnáreas (Guerra del Alto Ilnar, 52-40 a. G.). Durante la Primera Oleada (52-46 a. G.) conquistan Brajairi, Cragta y Ceiracán. Se extienden por el Mar de Hierbas y toman las tres grandes capitales irlúes: Bardiya, Ustrag y Dagabai. En la ribera del río Gorm se hicieron con Lalbi. A todas estas ciudades humanas las rebautizaron con nombres wraglus, como ya hicieran en el Terem. Pero la Segunda Oleada (46-40 a. G.) fue aún peor porque los wraglus se lanzaron sobre las poderosas ciudades cindus, algo que no ocurría desde las ancestrales guerras entre cindus y wraglus de la Alta Antigüedad. En la coalición invasora participaron prácticamente todas las naciones wraglus: tgwliyanos, bacacus, bariquios, lepwanos, bilaquíreos y tabazulios. Cayeron sobre los Tres Gigantes: Macaru, Tubda y Traiaquil; también atacaron Cesla y las ciudades al sur de la cordillera de Abrateram: Soldrani, Vimar y Dulca. En todas partes fueron rechazados, pero el combate se volvió encarnizado en Macaru, que lograron conquistar en el 40 a. G., llamándola *Criliyibara* en honor a Criliyi, el Nido de Serpientes.

Tras la Devastación, los dos bandos estaban agotados. Los wraglus perdieron el impulso agresivo y comprendieron que no podrían continuar expandiéndose al menos hasta que no aparecieran de nuevo

los Gultru-Alzal —se sabía que vendrían en cuarenta años—. Aunque habían llegado al límite de sus fuerzas, el resultado no era ni mucho menos malo, pues habían conquistado doce grandes capitales humanas y destruido dos, desarbolando el poderío de los hombres en gran parte del Alto Ilnar, el Mar de Hierbas y casi todo el Terem. Pero su triunfo más espectacular fue la conquista de Macaru, la ciudad-estado más importante cindu, la que de algún modo representaba a las demás por haberse reunido allí el Cónclave, que debió huir cuando las defensas cayeron. Durante dieciocho años los aliados humanos y cindus libraron combates menores para reconquistar lo perdido, pero fueron descoordinados e infructuosos, como si la suerte de la guerra sonriera a los wraglus.

En el año 22 a. G. las cosas empezarían a cambiar. Ese año se forjó el llamado *Escudo de Pueblos*, una gigantesca alianza de humanos y cindus. El Escudo de Pueblos se fundamentó a su vez en tres grandes pactos, todos ellos firmados durante el mismo 22 a. G. El Pacto de Traiaquil unió a las ciudades cindus no solo del Alto Ilnar, sino también del Bajo, las costas del Mar de Izuln y el sur lejano. En el Pacto de Gotagorán se hizo lo propio con las potencias cindus del Terem. Y en el Pacto de los Pueblos —también en Gotagorán— se les sumaron las más importantes naciones humanas del Terem, el Alto y Bajo Ilnar y el Mar de Hierbas, así como los supervivientes de los reinos y ciudades-estado conquistadas por el enemigo. El Escudo de Pueblos era una alianza como no se había visto en Dirtán en miles de años. No solo se sumaron a él las regiones directamente involucradas en la gran guerra, sino territorios lejanos que enviarían sus ejércitos al combate. Tanto los hombres como los cindus comprendían al fin que si no se paraba a los wraglus cuanto antes, la marea invasora tarde o temprano los cubriría a todos.

El Escudo de Pueblos concentró su acción en dos lugares: Macaru, que debía ser recuperada a toda costa, y la zona próxima a la ciudad cindu de Gotagorán, donde se habían firmado dos de los tres grandes Pactos. Fueron los focos respectivos de la lucha en el Alto Ilnar y el Terem, en torno a los cuales sucederían las más importantes batallas. Pero los wraglus no iban a ceder un ápice, se sabían fuertes y poderosos y confiaban en una victoria final absoluta cuando en tan solo veintiún años —la décima parte de la vida de un wraglu o un cindu— el Gusano viniera otra vez en su ayuda. Hasta ese momento, el conflicto se estancó en una larga guerra de posiciones, y aunque los aliados asestaron brutales golpes al enemigo en campo abierto, no lograron arrancarle una sola ciudad.

Llegó el momento temido por unos y ansiado por otros. El día 150 del año 1 a. G. la Brecha fue abierta y por ella penetraron los Gultru-Alzal invocados por los wraglus, y los Gultru-Tem llamados por el

Cónclave. Los dioses se enfrentaron en los cielos y su violencia galvanizó a los mortales, que sobre la tierra redoblaban sus esfuerzos en cada asedio y batalla campal. Empezó la auténtica *Gultrutana*, o *Batalla de los Dioses*.

Durante los días 150 a 72 de ese año 1 a. G. el Gusano y la Llama pelearon en los cielos del Alto Ilnar. Venció el Gusano y el cadáver de la Llama devastó una vastísima porción de terreno, destruyendo por completo la ciudad cindu de Traiaquil y el reino wraglu de Cragta —antes el humano Cutnaya, conquistado durante la Devastación—, matando a todos sus habitantes y los ejércitos que allí peleaban. Al yermo se le llamó *la Distorsión* y en él quedaría un remanente de la Llama, pues incluso más de un milenio y medio después las leyes naturales no funcionaban como debieran en su interior, seguía siendo un lugar maldito para cualquier humano, cindu o wraglu y nadie sabía qué clase de criaturas lo habitaban.

Entre los días 150 a 48 el Aullador peleó contra la Mancha en los cielos del Terem. El Aullador desintegró por completo a la Mancha, pero tras el combate, quizás malherido o por cualquier otra razón desconocida, se fue por la Brecha y no se le volvió a ver nunca más.

Sobre el Terem, durante los días 150 a 45 el Perro se enfrentó al Nido de Serpientes y acabó por destruirlo.

Y al fin, los dos últimos Exteriores que quedaban en el planeta, los dos campeones de sus respectivos bandos, el Perro y el Gusano, pelearon en los cielos del Bajo Ilnar, entre los días 44 a 0. Al mismo tiempo, se producía la gran batalla para reconquistar Macaru. Allí estaba el grueso de las fuerzas aliadas del Alto Ilnar, lideradas por el mismísimo Cónclave de magos cindus. Se enfrentaban no solo a las tropas de wraglus, reidores y hombres-gusano, sino al mago emperador Ernearán III, el hechicero más poderoso del planeta, y a los cinco dragones utirigaianos y sus hijos los mirigaianos. El Perro hundió sus colmillos en el Gusano y lo malhirió, mientras que los ejércitos aliados vencían por fin la resistencia y entraban en Macaru, reconquistándola. Sobre la ciudad, los magos y los dragones también luchaban. Muchos hechiceros cindus murieron, pero el Cónclave dio por fin muerte a Ernearán III y también mató a los dragones utirigaianos Murlica y Blacalayai. Los tres utirigaianos restantes —Bardasai, Yimbayai y Tecno— huyeron de vuelta a los confines helados de los que provenían, llevándose con ellos a sus hijos los mirigaianos. El diezmado pero vencedor Cónclave no los persiguió, por falta de fuerzas o porque debía consolidar el triunfo en Macaru. Desde entonces, los tres últimos grandes dragones y sus decenas de hijos no volvieron a aparecer por las tierras de los hombres de Dirtán. Antes de morir, el Gusano lanzó su maldición sobre los cindus y después voló hasta el Bajo Ilnar y cayó a tierra, creando una inmensa

devastación que desintegró la ciudad axaltia de Gunta, los reinos de Sehlaya y Amboriyaz y la ciudad-estado cindu de Butchuca. Fue el origen del Desierto Gris. El Perro había sido herido y sangró un icor, la Sangre del Perro, que al depositarse en tierra dio lugar a una montaña mágica en el Alto Ilnar, el Monte Rojo o Monte del Perro. Estaba compuesto de un mineral de extrañas propiedades, una roca alienígena a la que tiempo después se le llamaría *Oro Rojo*. Después de aquello el Perro salió por la Brecha y no volvería nunca más a este mundo, o quizás universo. Después, el Cónclave cerró de una vez por todas aquella herida en el tapiz de la realidad.

Si el Gusano hubiera destruido al Perro y continuara aún en Dirtán tal vez la especie wraglu hubiera impuesto un nuevo orden en el mundo, así que no parece exagerado afirmar que la Gultrutana marcó no solo el punto álgido de la II Guerra de los Dioses, sino también el comienzo de una nueva era.

Aunque los wraglus habían sido vencidos no fueron perseguidos y rematados: ambos bandos estaban tan cansados que hubo una especie de tregua natural de veintiséis años, la llamada *Paz Débil*.

Pero los vencedores no olvidaban. En el año 22 fue creado el Tercer Cónclave en la ya recuperada Macaru y una coalición de hombres y cindus retomó la lucha. En el año 26 se firmó el Pacto de la Venganza, una alianza de humanos y cindus con el objetivo de recuperar todo lo perdido durante la II Guerra de los Dioses. Así empezaron las Guerras de la Venganza, una sucesión de conflictos en diferentes escenarios, separados por paces inestables, de más de tres siglos de duración.

La Reconquista (26-48) fue todo un éxito y los wraglus fueron expulsados de las ciudades y reinos conquistados, que recuperaron sus nombres y dueños originales. Muchos humanos (sobre todo los escaldraios, quienes más habían sufrido durante la Devastación del siglo I a. G., y no pocos cindus) querían continuar la lucha y llevarla hasta los propios imperios wraglus para hacer un genocidio con esa especie. Pero aquello era demasiado para todos los otros aliados, que ya solo deseaban volver a sus tierras tras la lógica ayuda prestada. Así pues, hubo una larga paz de treinta y dos años durante la cual muchos aún rumiaban su odio. Tal vez esos rencores se hubieran ido diluyendo hasta desaparecer, a medida que humanos, cindus y wraglus permanecieran cada cual en su ámbito, sin inmiscuirse en los ajenos…

Pero en el año 80 subió al trono de Bacacu Ernearán VI, tras un golpe de estado en el que mató a su padre. El nuevo emperador quería emular al legendario Ernearán III y convocó a sus hechiceros para abrir de nuevo la Brecha y así contactar con otras entidades, tan poderosas y oscuras como el malogrado Gusano, hacerlas venir a

Dirtán y comenzar una nueva guerra sagrada. De inmediato los cindus convocaron el Cuarto Cónclave y se firmó el Segundo Pacto de la Venganza, al que acudieron no solo los del primero, sino legaciones de otros muchos reinos del Alto y Bajo Ilnar, el Mar de Hierbas y las costas del Izuln. Bajo ningún concepto se podía permitir una nueva penetración de Exteriores, así que por fin fueron escuchados los que deseaban un exterminio de la especie wraglu.

Esta segunda fase de las Guerras de la Venganza fue mucho más larga (84-198), pero seguía la tónica habitual de librarse en diferentes escenarios y en forma de conflictos intermitentes, separados por paces irregulares y quebradizas. Ernearán VI no era ni mucho menos tan hábil ni fuerte como su majestuoso antepasado y además los wraglus ya no estaban tan unidos ni motivados. Esta vez debían resistir, no atacar. Aunque la Brecha fue abierta no se logró atraer a ningún Exterior, la intentona fue un fracaso y provocó una hecatombe wraglu. Perdieron Matal, Awacuwa, Tabazul, Baric, Lepwa y Bilaquir y sus habitantes fueron exterminados sin piedad. Sobre las ruinas los invasores humanos, sobre todo de la raza escaldraia, levantaron nuevos y diferentes reinos. Solo Bacacu y Tgwliya, ambos en la cordillera de Urgán, resistieron las acometidas y se convirtieron en refugio para los miles de supervivientes de la gran masacre. También se salvaron comunidades lepwanas y bilaquíreas de Abrateram, que escaparon hacia el noreste por los ríos Ogaya y Mogurana y crearon los reinos de Sipjuca y Wramata. Junto al Mar de Wronga los cindus fundaron en el año 130 Nueva Traiaquil, en recuerdo de la primera Traiaquil, destruida por la caída de la Llama durante la Gultrutana. Los cindus también ocuparon Tabazul, en sus orígenes una ciudad-estado cindu, conquistada por los wraglus en el lejanísimo milenio VIII a. G., y le devolvieron su nombre original: Usán.

Ernearán VI hubo de aceptar la derrota y cerrar la Brecha. Hubo una paz de cuarenta y tres años durante la cual los aliados consolidaron sus conquistas y por fin el viejo y amargado emperador wraglu murió en Tipi, la capital de Bacacu.

Su sucesor Acjurai II era aún más necio que él, porque a pesar de todo anunció que abriría la Brecha, atraería a los Exteriores, junto a ellos recuperaría para los wraglus lo perdido y además invadiría todo Dirtán. Hubo movimientos internos para detenerlo, pero el ejército y los magos estaban de su parte, así que la locura prevaleció. Esto provocó el Quinto Cónclave, celebrado esta vez en Tubda, y un Tercer Pacto de la Venganza al que se suscribieron de nuevo todos los firmantes del segundo, pero ofreciendo mucha menos ayuda, ya que esta larga dinámica empezaba a cansar a todos y además los wraglus no eran ya una amenaza tan terrible. Sucedió lo que debía suceder: Acjurai II también fracasó en su intento de atraer nuevos Gultru-Alzal

y los aliados invadieron y destruyeron los imperios de Tgwliya y Bacacu, sobre los que los hombres escaldraios levantaron nuevas naciones. Acjurai II al menos tuvo suerte porque murió pronto en batalla y no tuvo tiempo de ver el fracaso de su plan. Muchos supervivientes de la carnicería ya no tenían ningún reino civilizado wraglu al que huir y se metieron por tanto en los gigantescos bosques norteños de Eilutar. Allí vivían también wraglus, pero eran pueblos bárbaros, enemigos de sus congéneres del sur; nunca se habían mezclado con ellos y se mantuvieron al margen de las Guerras de los Dioses; ni siquiera tenían la misma religión y adoraban a otros dioses. Recibieron con acero a los escapados que pedían asilo y acabaron el trabajo de exterminio que hombres y cindus dejaran a medias en Urgán. Tan solo sobrevivió una comunidad wraglu en Urgán, Jmalca, en el norte de la rama oriental urgania, en los rincones más oscuros de unas montañas casi inaccesibles. Sus habitantes no osarían nunca salir jamás de su refugio. Junto a las remotas comunidades de Sipjuca y Wramata, eran los posos de una civilización maligna pero grandiosa, caída en desgracia, pisoteada, destruida hasta los cimientos y al final olvidada, convertida en materia de cuentos y leyendas.

Ocho siglos atrás Ernearán III había descubierto la Brecha e hizo entrar por ella al Gusano, la Mancha y el Nido de Serpientes, pensando que sería el primer paso para conquistar todo Dirtán. Sin saberlo, en realidad había empezado a cavar la tumba de su propia civilización, arruinada y desaparecida como consecuencia de las Guerras de los Dioses y las Guerras de la Venganza. Los wraglus civilizados habían sido víctimas de su propia avaricia: lo quisieron todo y acabaron en nada. Ya solo quedaban congéneres en el oscuro bosque de Eilutar, pero eran bárbaros, atrasados, hoscos y celosos de su independencia. Los cindus, aunque vencedores, se deslizaban por su propia cuesta hacia el abismo de la extinción, en una caída lenta y sosegada. Al comienzo del segundo milenio después de la Gultratana las dos especies más antiguas prácticamente habían desaparecido y Dirtán estaba en manos de los hombres.

2. La Gultrutana como obra épica.

Las crónicas referentes a las Guerras de los Dioses, la propia Batalla de los Dioses y las Guerras de la Venganza son confusas y ambiguas; cuando se escribieron no existía ninguna ciencia histórica y

la exageración, la mitología y la leyenda eran algo tolerado y hasta fomentado. Todo quedó recogido en una pequeña y contradictoria legión de cantos, baladas, cuentos, narraciones y epopeyas caóticas. Solo los cindus habían sido estrictos al tomar nota, pero la especie se iba extinguiendo y sus ciudades vacías estaban hechizadas y prohibidas para los hombres.

A medida que los participantes en las Guerras de la Venganza iban muriendo, estos hechos eran cada vez menos importantes en la vida dinámica y turbulenta de los reinos humanos, demasiado ocupados en el presente como para prestar atención a los cuentos del pasado. De seguir así las cosas, incluso la Batalla de los Dioses en sí misma hubiera sido olvidada, salvo como punto de partida de la era presente.

Pero en el siglo IX un hombre escribiría una obra épica sobre aquel legendario enfrentamiento de dioses, una saga que sería mundialmente famosa. El título sería precisamente *La Gultrutana*, el término en la desaparecida lengua wraglu. Y el hombre se llamaba Merlat.

Su fecha de nacimiento no está clara, pero es posible que gire en torno al 780. La de su muerte no arroja dudas: 840. Se desconoce su lugar de nacimiento, aunque casi todas las ciudades del oeste del Bajo Ilnar se lo disputaron. Lo más probable es que naciera en Tubwa, Mahtaquir o Amana. Es seguro que murió en el pequeño pueblo de Bingata, perteneciente a Mahtaquir. Según la versión axaltia, Merlat era un sacerdote del dios Etioya, pero para los mahtaquíreos y amanos su vida estuvo dedicada a Sesac. Lo que sí parece cierto es que se trataba de un erudito, experto en historia y religión, pero no un hombre rico, por lo que tal vez fuese un escriba, un copista, un funcionario estatal, un letrado o un sacerdote menor. De cualquier modo, a la edad de cuarenta años empezó a sufrir unas visiones poderosas y extraordinarias que no lo abandonarían hasta la muerte. Iluminado (o enloquecido) por ellas, dejó su vida cómoda y su familia y se marchó a las llanuras, en concreto a un poblacho llamado Bingata, en Mahtaquir. Había empleado todos sus ahorros en comprar tinta y papiro y durante los siguientes diez años escribió los cinco libros que componen su famosa obra, conocida después como *La Gultrutana*, aunque realmente solo hay uno, el quinto y último, que lleva ese nombre.

Después de escribirlos los entregó a Taril Aloc, un amigo, humilde sacerdote de Sesac que vivía en Bingata y era la única persona que lo cuidaba y atendía, pues el resto de la aldea consideraba a Merlat una especie de loco huraño. Merlat no deseaba que nadie los leyera, pero Taril Aloc tuvo la precaución de ordenar a un escriba que hiciera tres copias. El escriba a su vez hizo una cuarta copia secreta que después vendió a un rico y culto mercader de la zona, quien a su vez ordenó

copiar el libro a otros escribas y lo entregó como regalo a diferentes amigos mercaderes y sacerdotes. De este modo el libro se fue extendiendo de manera imparable, como una gran mancha o un ente vivo. Adquirió cada vez más fama y se pagaban pequeñas fortunas por cada copia.

Mientras, Merlat no quería saber nada de su obra. Aseguraba que había surgido de las espantosas visiones que le llegaban desde el pasado, que era un libro maldito y que debía protegerse a la humanidad de él. Tras escribirlo cayó en un estado de locura febril del que ya no se recuperaría jamás. A veces sufría arrebatos durante los cuales gritaba en diferentes idiomas, algunos de ellos desconocidos para los ilnarios, lo que hacía suponer que de veras había vivido lo que narraba, pues hablaba las lenguas de las distintas razas y especies de la lejana época de la Gultrutana. Tiempo después se contrastaron los hechos descritos en la obra con las crónicas de cada reino y se concluyó que efectivamente lo narrado —al menos lo referente a los humanos— era verídico. Todo parecía indicar que Merlat de veras fue *poseído* por el pasado.

La locura del escritor aumentaba a la par que crecía el número de sus admiradores. Muchos de ellos acudían a Bingata para verlo en persona, pero él estaba postrado en cama y su locura asustaba a todos. No obstante, la locura era considerada por muchos como un toque de los dioses, así que se le empezó a considerar no solo un gran escritor épico, sino también un místico y un iluminado. En un arrebato se arrancó con los dedos sus propios ojos para, según él, dejar de sufrir las visiones que le acosaban. Tras aquello solo duró cuarenta días más y murió postrado en cama, famoso y admirado, aunque también febril y enloquecido.

No dejó constancia de dónde debían enterrar su cuerpo o dejar reposar las cenizas, así que el cadáver fue disputado tanto por Mahtaquir como por Axalti y Amana, que ya aseguraban también ser la cuna del escritor. Al final fue enterrado en Bingata, perteneciente a Mahtaquir. El lugar se convirtió de inmediato en centro de peregrinación para los seguidores y estudiosos de la Gultrutana y allí floreció un culto que lo consideraba no ya un sabio iluminado, sino un auténtico dios hecho carne y hueso. En el 842 su tumba fue profanada y sus restos desaparecieron. Nunca se descubrió a los culpables, aunque se especulaba que los axaltios o los amanos lo habían robado para enterrarlo en secreto en su propio territorio. También se rumoreaba sobre hombres ricos y poderosos que deseaban tener para sí los restos del cadáver… A tal punto había llegado la atracción por aquel hombre y su obra.

En el 850 nació un culto religioso en su nombre con centro en Bingata: el merlatismo. Según los merlatistas, el autor de la Gultrutana

era efectivamente un dios encarnado y la desaparición de su cadáver no se debía a ninguna profanación, sino a su resurrección, pues él mismo abrió la tumba y subió a los cielos. El merlatismo fue siempre un culto o secta menor y muchos de sus fieles también lo eran de los grandes dioses del Ilnar, como Sesac o Etioya.

Mientras, la fama de la Gultrutana no dejaba de crecer. En algunos lugares los poderes oficiales y religiosos intentaron prohibirla, pero las copias ilegales circulaban sin freno. Su tono apocalíptico, trágico y épico fascinaba tanto a ricos como a humildes, a sacerdotes, mercaderes, guerreros, gobernantes, artistas o artesanos. El libro se extendió no solo por todo el Alto y Bajo Ilnar, sino también por el Terem y las costas del Mar de Izuln.

A principios del siglo X apareció una continuación, *El Libro de la Venganza*, que narraba las Guerras de la Venganza de los cuatro primeros siglos. El supuesto autor era también Merlat, pero enseguida se descubrió la falsedad, pues los hechos narrados no se correspondían con los históricos y el estilo era una burda imitación. Los merlatistas lo consideraron una obra blasfema contra su dios y quemaron todas las copias del *Libro de la Venganza*, hasta el punto de que muy pocos ejemplares se salvaron. También los gobiernos apoyaron la ira merlatista y durante siglos la posesión del *Libro de la Venganza* fue considerada un delito. Hoy, seis siglos después de su aparición, la única copia conocida se conserva en la Biblioteca de Ambaxi. Nunca se conoció quién fue el auténtico autor del *Libro de la Venganza*, lo cual sin duda le salvó la vida.

El estilo de la Gultrutana es rico y culto, e innovador porque se aleja de las maneras un tanto empalagosas e idealistas de las obras épicas del Bajo Ilnar del siglo IX. El autor no rehúye la crudeza y las atrocidades de las batallas y la guerra, pero lo más sobrecogedor es la descripción de seres espectrales y espantosos como los wraglus, los reidores y hombres-gusano y los propios *Gultru* o Dioses Exteriores. Ni siquiera los Benignos parecen criaturas bondadosas y solo son considerados de tal manera por su oposición a los escalofriantes Malignos. La Gultrutana es en cierto modo una obra blasfema porque demuestra que los dioses de los hombres no hacen acto de presencia ante los Exteriores, como si los temieran. Sin embargo, los sacerdotes de todas las religiones consideraron este libro como algo precioso, un tesoro que guardar y mantener. Además es pesimista en un sentido íntimo y profundo, pues descubre que en este y otros universos hay criaturas ante las cuales los hombres son insectos o muñecos indefensos e impotentes, que pueden enloquecer solo por contemplarlas. La Gultrutana hace ver la pequeñez de los hombres y de los dioses de los hombres y convierte el universo en un lugar enigmático y peligroso. A pesar de todo ello —o tal vez a causa de ello

— la obra no dejó de fascinar a miles y miles de personas, y aún sigue haciéndolo.

Por otro lado, habla sobre una gran guerra en la que se aliaron todos los hombres del Dirtán conocido, en la que las naciones y los pueblos —algunos de ellos aún presentes y otros los padres y los abuelos de los actuales— dejaron de pelear para unirse en un objetivo común: la supervivencia de la especie y quizás de todo el planeta. Hay en ello un canto de esperanza en medio del horror más absoluto y al leerlo todos los hombres sienten orgullo por sus antepasados y por su propia condición humana. Pero en la obra no solo los hombres son protagonistas, a veces son personajes secundarios, ya que el conflicto está tratado desde diferentes ángulos —algo revolucionario en la literatura de la época— y hay capítulos protagonizados no solo por cindus, sino incluso por wraglus, descritos con un espantoso realismo, pero también con una oscura admiración.

Lo narrado en la Gultrutana abarca una larga época, desde el siglo V a. G. a la propia Batalla de los Dioses del año 1 a. G. No es una relación de hechos históricos, sino más bien una descripción de hechos puntuales, algunos de importancia crucial y otros casi anecdóticos en el gran contexto, pero siempre con valor literario o emocional para el escritor. Esto incrementa la sensación de que los sucesos no proceden de un análisis ordenado, sino más bien de la inspiración espontánea de un artista, pues el propio Merlat sostenía que surgían a partir de visiones que él no podía controlar.

La obra se compone de cinco libros, cada uno a su vez dividido en un mínimo de siete largos capítulos y un máximo de diez. Cada libro está basado en una etapa determinada de las Guerra de los Dioses y junto a la descripción de los hechos grandiosos encontramos pasajes sobre la vida particular de sus protagonistas. La política, la táctica y la estrategia quedan fuera del texto, así como cualquier otro enfoque frío y lógico, y lo que impera es la riqueza literaria y la carga emocional, incluso en la descripción de campañas militares y el devenir de ciudades y reinos.

A continuación se expone una descripción somera de cada libro, con las fechas históricas de lo que en ellos acontece.

Libros de la Gultrutana:

1. *La Caída de Gricur.*
2. *La Bayauntana*
3. *La Ernearantana.*
4. *La Devastación.*

5. *La Gultrutana*.

Libro I: *La caída de Gricur*.

El primero de los cinco libros empieza con una descripción del mundo wraglu durante la época en que el culto de la Brecha se extiende triunfal sobre toda la civilización wraglu, para después centrarse en el reino humano de Gricur, su caída en la órbita wraglu y la adoración al Gusano. También es narrada la llegada del propio Gusano a Dirtán. Se compone de ocho capítulos: Capítulo I: *Los adoradores de la Brecha* (aproximadamente el año 424 a. G.). El emperador wraglu Ernearán III de Bacacu ha impuesto la religión de la *Trañur* (la Brecha) en el territorio wraglu y preside una reunión en la ciudad santa de Tipi (Bacacu), a la que acuden reyes de todos los pueblos de su civilización: bariquios de Wronga, bacacus y tgwliyanos de Urgán, matalios de Carjún, awacuwanos de Roldrj, lepwanos y bilaquíreos de Abrateram, tabazulios de Wronga y goszagios del Escurbaj. Ernearán III es glorificado por todos ellos.

Capítulo II: *La Tentación de Blaat de Gricur* (aprox. 424 a. G.). El príncipe Blaat de Gricur es tentado por el propio Ernearán III, que le muestra el poder de la Brecha. Se produce un diálogo filosófico y fatalista del príncipe consigo mismo y al final se rinde a la tentación. Su corazón se pudre pero mágicamente sigue latiendo al someterse a la Trañur.

Capítulo III: *La Muerte de Crila IV* (426-418 a. G., Guerra de la Brecha de Gricur). El príncipe Blaat gana la guerra civil contra su padre Crila IV y lo asesina, tras un largo diálogo final entre los dos (ambición contra amor y honor). Se impone la Brecha en Gricur.

Capítulo IV: *La Llegada del Gusano* (399 a. G.). Tras firmar el Pacto de la Sangre Negra en 403 a. G., Ernearán III hace entrar en Dirtán al Gusano, la Mancha y el Nido de Serpientes, y gana la vida eterna.

Capítulo V: *La sangre del Gusano* (392 a. G.). El icor mágico del Gusano cae sobre Tjulba (capital de Gricur) y crea la raza de los reidores, que devastan el país.

Capítulo VI: *La liberación de Gricur* (391 a. G.). Turga (hermano del rey Blaat III) derroca al rey Blaat; tras el diálogo dramático y la lucha entre ambos, el alma de Blaat es arrancada del cuerpo y llevada por los demonios de la Brecha. Gricur escapa de la órbita wraglu.

Capítulo VII: *La Guerra de los Dioses de Gricur* (391-383 a. G.). Se describe este conflicto, ya perteneciente a la I Guerra de los Dioses.

Capítulo VIII: *La Exaltación de Turga I* (383 a. G.). El texto se centra en el monólogo fatalista y trágico de Turga I, el rey caído, que

degüella a su mujer y sus hijos y se suicida lanzándose desde las almenas de su fortaleza en Tjulba, antes que caer en manos de los wraglus. Su alma es llevada a los cielos por los dioses. El país es rebautizado como *Bogrodami*, *La Sangre de Bogrod.*

Libro II: *La Bayauntana*.

En él se prosigue la exposición de determinados hechos de la Primera Guerra de los Dioses. Se narra también la odisea del mago cindu Bayaún, líder del Primer Cónclave, que encuentra a los Exteriores Benignos y los trae a Dirtán. Está compuesto de ocho capítulos: Capítulo I: *El alarido de la guerra* (395-380 a. G.). Se describe la guerra entre los seguidores del Gusano y sus enemigos en dos escenarios: las costas del Mar de Izuln y el Terem.

Capítulo II: *Bayaún abre la Brecha* (380 a. G.). El mago Bayaún de Tubda usa la magia de la Brecha para rasgar el tejido de la realidad.

Capítulo III: *El vuelo del alma* (380 a. G.). El alma de Bayaún escapa del cuerpo físico y viaja por las regiones astrales del universo en el que moran los Exteriores. Allí vive diferentes experiencias cósmicas.

Capítulo IV: *Bayaún y los Benignos* (380 a. G.). Bayaún descubre a los Exteriores Benignos, enemigos del Gusano: el Perro, el Aullador y la Llama. Les pide venir a Dirtán para acabar con ellos.

Capítulo V: *La llegada de los Benignos* (380 a. G.). Los tres Exteriores Benignos llegan a Dirtán junto al alma de Bayaún, que despierta de su letargo. Al contemplarlos, los humanos y los cindus quedan asombrados y maravillados.

Capítulo VI: *La Adoración de los Benignos* (380 a. G.). Los reyes cindus y humanos se unen en un gran ejército y proclaman su devoción hacia los Benignos.

Capítulo VII: *La Primera Batalla de los Dioses* (380 a. G.). Los Exteriores Benignos y Malignos se enfrentan en la Batalla de los Truenos, en el Terem, entre los ríos Dedalta y Escoyolm. El Perro y sus compañeros vencen y hacen huir a los Malignos, de vuelta a su universo. Los ganadores también acaban por irse y los magos cindus cierran la Brecha. Al mismo tiempo, la alianza de humanos y cindus derrota a los seguidores del Gusano, pero no logran expulsarlos de los territorios que estos conquistaron.

Capítulo VIII: *La exaltación de Bayaún* (380 a. G.). Hay un diálogo dramático y un enfrentamiento épico entre los dos hechiceros más fuertes del planeta: Bayaún y Ernearán III. Aunque ha perdido la guerra, el emperador wraglu mata a Bayaún, cuya alma se llevan los dioses.

Libro III: *La Ernearantana.*

Narra el viaje de Ernearán III a los confines norteños de Dirtán y su odisea para contactar con los dragones utirigaianos y conseguir su ayuda (380-305 a. G.). Está compuesto de diez capítulos: Capítulo I: *La Invocación de los Malignos* (380 a. G.). El mismo año de la derrota en la I Guerra de los Dioses, Ernearán III y sus magos contactan de nuevo con los Malignos y los invocan. Los Gultru-Alzal vendrán de nuevo cuando pasen 380 años.

Capítulo II: *El Juramento Erneárida* (371 a. G.). Ernearán tiene un sueño que dura cincuenta días, durante el cual recibe la iluminación sobre lo que hacer: ha de ir al norte para conseguir la ayuda de los dragones utirigaianos. Al despertar hace el sagrado juramento de lograrlo.

Capítulo III: *Los bárbaros de Eilutar* (371-367 a. G.). Ernearán y su ejército de élite, los diez mil *Fuertes,* cruzan el bosque de Eilutar, peleando contra las tribus wraglus bárbaras, hasta que emerge por su extremo norteño.

Capítulo IV: *El Mar Blanco* (367-365 a. G.). Ernearán III y los Fuertes deben pelear contra los piratas del Mar Helado, las tribus isleñas y los monstruos marinos. A pesar de todo consiguen cruzar el Mar Blanco y llegan al casquete polar.

Capítulo V: *Las Tierras del Hielo* (365-363 a. G.). Ernearán y su ejército se internan en las Tierras del Hielo y descubren las ciudades de cristal, habitadas por la especie inteligente de los mrumios y los últimos uotgalas dirtanios, así como otras bestias fantásticas. Les vencen a todos y llegan por fin a la Barrera del Mundo, la cordillera más alta del planeta.

Capítulo VI: *La Barrera del Mundo* (363 a. G.). Ernearán y sus Fuertes suben por la cordillera, pero son hostigados por gigantes, serpientes del hielo y otros monstruos. También les atacan los yirimagaianos, los dragones menores. Ernearán invoca la Brecha y ofrenda sus propios ojos al Gusano, que le da las fuerzas para matar a todos los enemigos.

Capítulo VII: *El Monte de la Agonía* (363 a. G.). El emperador, ciego y apoyado en el último de los Fuertes, un titán wraglu llamado Crula, sube penosamente por el Monte de la Agonía, la montaña más alta de la Barrera del Mundo. Crula muere congelado y Ernearán, tras una declamación furiosa contra el viento, el hielo y la piedra, se rodea a sí mismo con un hechizo de sueño que lo protege del frío.

Capítulo VIII: *El despertar del Emperador Mago* (305 a. G.). Ernearán

permanece dormido y congelado durante cuarenta y dos años, tras los cuales despierta y destruye en su furia la pequeña montaña de hielo bajo la que fue sepultado.

Capítulo IX: *Los cinco dragones* (305 a. G.). Ernearán encuentra al fin a los cinco Padres Dragones: Bardasai, Murlica, Yimbayai, Tecno y Blacalayai. Invoca la Brecha y así pueden contemplar al Gusano, por quien de inmediato sienten fervor. Los dragones juran aliarse con los wraglus cuando los Gultru-Alzal penetren en Dirtán y le dan a Ernearán dos diamantes mágicos, que serán sus ojos a partir de entonces. El capítulo termina con una declamación épica del emperador mago.

Capítulo X: *La gloria de Ernearán III* (305 a. G.). Vuelve a Bacacu a lomos del dragón Blacalayai (el más joven de los cinco), extermina a los usurpadores que habían aprovechado su ausencia y recupera el trono. Las naciones wraglus lo proclaman su señor supremo.

Libro IV: *La Devastación*

Empieza la II Guerra de los Dioses y se produce una invasión masiva wraglu sobre las tierras de los hombres y los cindus, la etapa conocida como *la Devastación* (53-22 a. G.). El libro está compuesto de siete capítulos: Capítulo I: *La caída de Brajalc.* (53-47 a. G.). Narra la Guerra Brajalquia del Alto Terem, que termina con la fundación del reino wraglu de Dronaga y la muerte heroica del rey Astel V de Brajalc.

Capítulo II: *Aculi de las aguas rojas* (53-49 a. G). Describe la conquista wraglu de Belya, en el río Escurbaj, y la matanza de sus habitantes. El reino es rebautizado como *Aculi* (*Aguas Rojas*). También se narra el resto de la Guerra del Escurbaj, incluida la victoria de los cindus bumarus en la Batalla del Escurbaj.

Capítulo III: *La exaltación de Tiro VI* (53-43 a. G.). En el Terem, el Imperio Braquio y sus ciudades van cayendo una tras otra en manos wraglus. Solo resiste Sacul, cuyo rey Tiro VI muere gloriosamente en la batalla que da la victoria a su pueblo.

Capítulo IV: *La Caída de Estega* (53-40 a. G.). El marco es la Guerra de los Dos Ríos (Dedalta y Escoyolm). Estega es conquistada y arrasada gracias a una traición interna (este episodio está protagonizado por el traidor, un noble llamado Isadana, que al final enloquece por la culpa y se ahorca). También aparece la destrucción del reino de Timiri.

Capítulo V: *La caída de Ardoyán* (48 a. G.). Los wraglus conquistan el reino escaldraio de Ardoyán (en la ribera del Escoyolm) y lo rebautizan con el nombre de *Esblasta*.

Capítulo VI: *La Primera Ola de la Muerte* (52-46 a. G.). Si los

capítulos anteriores están destinados a la Devastación en el Terem, este y el siguiente narran la invasión del Alto Ilnar. El VI trata la primera fase de la penetración, haciendo hincapié en la conquista de la ciudad de Lalbi, en el Mar de Hierbas.

Capítulo VII: *La Segunda Ola de la Muerte* (46-40 a. G.). Trata la segunda fase de la invasión del Alto Ilnar, centrándose en el episodio de la caída de la ciudad cindu de Macaru, rebautizada como *Criliyibara* en honor a Criliyi, el Nido de Serpientes.

Libro V: *La Gultrutana, la Batalla de los Dioses*.

El último libro de la saga narra la respuesta de humanos y cindus contra la invasión wraglu, mediante su unión en el Escudo de Pueblos, y la llegada de los Dioses Exteriores y su lucha el año 1 a. G. El libro está compuesto de siete capítulos: Capítulo I: *El Escudo de Pueblos* (22 a. G.). Los reyes humanos y cindus se unen en una gran alianza para luchar contra los adoradores del Gusano, el Escudo de Pueblos, mediante los Pactos de Traiaquil y Gtgorán. La coalición está liderada por el rey cindu Asbalc III de Traiaquil y el mago cindu Belerna.

Capítulo II: *La batalla de Gotagorán*. (20-1 a.G.). En el Terem, la lucha entre wraglus y aliados se concentra en torno a la ciudad cindu de Gotagorán.

Capítulo III: *La llegada de los dioses* (día 150 del año 1 a. G.). Ambos bandos abren la Brecha y los Exteriores entran en Dirtán por diferentes puntos de su geografía.

Capítulo IV: *La exaltación de la Llama* (días 150-72 del año 1 a. G.). El Gusano y la Llama se enfrentan en el Alto Ilnar. La Llama muere y su cadáver al caer crea la Distorsión, destruyendo la ciudad cindu de Traiaquil y el reino wraglu de Cragta (antes Cutnaya, humano).

Capítulo V: *La Victoria del Aullador* (días 150-48 del año 1 a. G.). El Aullador vence a la Mancha en los cielos del Terem y después sale por la Brecha, tal vez herido, de vuelta a su propio ámbito.

Capítulo VI: *La Victoria del Perro* (días 150-45 del año 1 a. G.). El Perro vence y destruye al Nido de Serpientes.

Capítulo VII: *La Caída del Gusano* (días 44-1 del año 1 a. G.). El Perro se enfrenta al Gusano en el Bajo Ilnar mientras sus respectivos seguidores mortales luchan en tierra. El Perro malhiere al Gusano y este, antes de caer moribundo, arroja una maldición sobre toda la especie cindu. Se desploma por fin, aplastando y destruyendo la ciudad axaltia de Gunta, los reinos de Sehlaya y Amboriyaz y la ciudad-estado cindu de Butchuca; tal devastación es el origen del Desierto Gris. Su muerte acaba con la moral de los bogrodarus de todo

Dirtán, a la par que aumenta el empuje victorioso de los aliados. En Criliyibara, el mago Belerna mata al emperador Ernearán III, lo que termina de romper el espíritu combativo wraglu. Los magos del Cónclave eliminan a dos Padres Dragones, Murlica y Blacalayai, y hacen huir a los otros tres de vuelta al norte remoto, junto a sus hijos los dragones mirigaianos. Los ejércitos del Escudo de Pueblos reconquistan Criliyibara, que vuelve a ser la Macaru cindu. El Perro, último Exterior que quedaba en Dirtán, se marcha a su propio universo y los magos del Cónclave cierran la Brecha.

Fragmentos de la Gultrutana.

Libro I: *La Caída de Gricur.* Capítulo I: *Los Adoradores de la Brecha:*

«…Allí, en la Sagrada Tipi, la Joya Oscura del Todopoderoso Dios Toyu, bella y prodigiosa ciudad paridora del mal y las tinieblas amadas por la especie wraglu, allí, digo, se reunieron los nobles caballeros de pálida piel, corazón sereno y maligno y ojos de ávido bermellón, ojos que veían más allá de las nieblas que ofuscaban la mente de los humanos. Brillantes eran sus armaduras y afiladas sus espadas, viril y altivo el porte, suaves las sedas de color rojo y negro, profundas las sombras de sus capas, sombras que parecían pozos sin fondo y agujeros de tiniebla, cuchilladas en el telón de la realidad. Allí, digo, ¡allí!, grito con mi voz quejosa y teñida de espanto y de fascinación, estaban los reyes y príncipes de la especie tenebrosa, la que ama la negrura como el hombre ama el sol, los que hacen de cada anochecer un alba radiante. Allí estaban los reyes y príncipes bariquios del Mar de Wronga, con peces y calamares grabados en su armadura y grandes cascos de penachos negros, y allí estaban los twgliyanos del oeste del Urgán, contra quienes los propios y valientes bacacus sostuvieron frecuentes guerras, por conquista de tierras y por herejías y blasfemias y cuitas de religión. Allí estaban las gentes orgullosas y salvajes de Awacuwa, en el gran bosque de Roldrj, esclavizadoras de hombres escaldraios, constructoras de fortalezas en lo más umbrío de la umbría espesura. Allí, sí, los matalios del bosque de Carjún, y los lepwanos y bilaquíreos de la cordillera de Abrateram, también ellos dejaron sus níveas alturas y las graníticas moles que las coronaban para venir a exaltar a Ernearán III y la malvada Trañur, portal entre mundos y espacios, y allí se encontraban los tabazulios de las orillas del Mar de Wronga, todos con la cabeza rasurada y espantosos jeroglíficos en el cráneo, el terror de los hombres del Alto Ilnar, ya fueran teremios, escaldraios o nómadas irlúes montados en peludos y ligeros caballos, y allí estaban también los goszagios del río Escurbaj, bravos luchadores, descendientes de aquellos que no solo domaban hombres sino también

cindus.

¡Allí estaban todos, sí, los emperadores y los reyes y los nobles y los paladines y los campeones y los grandes sacerdotes y los brujos y los hechiceros de la gran familia wraglu! En el gigantesco patio de baldosas del palacio imperial de Bacacu, allí estaban, y decenas de miles de guerreros fanáticos esperaban una sola palabra para lanzarse a la guerra y extender la sábana roja sobre el lecho de Dirtán. Por primera vez se unían los wraglus, atraídos por el nuevo poder del que las excitadas bocas hablaban en todas partes, el poder de la Trañur, el portal que atraía entidades a las que adorar y de las que servirse.

Y todos, reyes y nobles y lacayos, guardaron silencio cuando apareció la alta y majestuosa figura de Ernearán III, emperador de Bacacu, la nación wraglu más poderosa, imperio de imperios. El silencio se extendió como hierro líquido sobre las finas baldosas, el granito pulido, el mármol suave y deleitoso para las yemas de los dedos. En el silencio restallaban los pasos del emperador, como verdugazos sobre la tersa piel del mundo. Y todos bajaron la cabeza, incluso los más orgullosos de aquella raza orgullosa, pues Ernearán III los miró con autoritarios y sabios ojos, y sintieron la gloria de la sumisión a un poder mayúsculo. Ernearán se detuvo y levantó sus manos. Su voz tronó en la estancia y llevó sus palabras hasta los rincones más oscuros… ¿Qué palabras dijo? Yo no las sé exactamente, recuerdo algunas, pierdo otras en el agujero del olvido, se mezclan y diluyen y copulan y hacen su mestizaje de realidad e imaginación y ya no sé cuáles son las verídicas y cuáles las que mi propia mente añade. Le escuché y enloquecí, pues en mi horror estuve allí presente y no podía escapar, un espíritu invisible del futuro entre las capas y los yelmos y las hombreras de acero. Sus palabras no son reproducibles porque las palabras eran lo de menos, eran una delicada seda que dejaba entrever la desnudez que había debajo, y esa desnudez se introducía en las mentes, pensamiento sobre pensamiento, y Ernearán III decía que había un nuevo poder en Dirtán, un poder que convertiría por fin a los wraglus, los Hijos de Toyu el Oscuro, en señores absolutos de este y otros mundos, que los conduciría al destino merecido y hurtado por una broma cruel. Y sus palabras no eran vanas ni vano su mensaje. ¡La guerra y no la paz!*, decía.* ¡La violencia y no la suavidad! ¡El látigo y el puño de hierro y el martillo y la filosa espada y la maza claveteada! ¡El azote, nunca la caricia! ¡Venceréis y venceréis y volveréis a vencer! ¡Vuestra prueba no será el fracaso, sino el éxito! ¡Tragaréis el dulce néctar de los cálices de sangre, y los aullidos de hombres y cindus serán el más armonioso canto en vuestros oídos, y toda piedad y duda quedará desterrada de vuestros valientes corazones, hermanos, vosotros seréis no quietud, sino acción! ¡Triturar bajo las botas los cráneos del enemigo, ver sus ciudades en llamas, devorar a sus recién nacidos, desgarrar y morder el cuerpo de sus mujeres, partirles las

articulaciones, tironear de los finos nervios para oírlos aullar de dolor! ¡Que los nudillos de metal conviertan la carne en pulpa húmeda, que los dedos de acero partan sus huesos como ramas de madera seca, que la filosa espada hienda la carne débil! ¡Echar a la hoguera su cultura, su religión falsa, todo lo que más aman para que se consuma y desaparezca, encadenar al prisionero y tirar con fuerza del aro de hierro en su garganta, obligar al mundo a ponerse de rodillas y conquistar, siempre conquistar sin pedir permiso ni perdón! ¡Proceder con toda brutalidad, porque la prueba de nuestra fuerza será el exceso de nuestra fuerza! ¡Tal es el dictado del Dios Toyu, *La Oscuridad Que Resplandece,* nuestro señor todopoderoso de la guerra y la verdad! ¡El mundo está sucio, sucio de humanos y de los horribles cindus, su fealdad ofende la vista, sus ciudades son pústulas, granos brillantes de infección, bulbos hinchados de pus cremoso y maloliente, tumores, inflamaciones, diviesos y purulencias sobre la piel de nuestro hermoso y amado mundo! ¡Son un insulto contra toda belleza y felicidad! ¡Hay que limpiar Dirtán y ahora tenemos el poder para conseguirlo! ¡Contemplad el futuro! ¡Miradlo porque yo rasgo el velo del tiempo y os lo muestro…!

…Y Ernearán III cantó una canción que desnudaba el alma y la llevaba al éxtasis y el dolor, que entumecía el pensamiento y rompía el carácter para forjarlo de nuevo en una fragua de adoración. Cantó una magia distinta a la de la Fuente y algo se abrió ante ellos, una rajadura en el aire que les hizo retroceder y llevar trémulas manos a las empuñaduras de los filosos y brillantes sables. Ernearán III tenía ojos febriles y mandíbula tensa, su canto había terminado y su rostro era el triunfo de la voluntad. ¡Allí estaba la Trañur, una llama ardiente de oscuridad, una ventana a otros mundos, un portal por el que se percibían maravillas indescriptibles, lugares que desafiaban la ley natural y la divina, y los wraglus tuvieron el atisbo de un poder que los maravilló y horrorizó al mismo tiempo, una fruta prohibida que deseaban morder y tragar, envenenándose con su jugo abrasador y lúbrico…!

…El mago emperador abrió los brazos y vomitó un trueno. La Trañur desapareció, la Brecha se cerró y Dirtán y el universo entero gimieron porque habían sido heridos y violados, y su forzador sonreía con ojos dominantes, allí mismo, el grande y fabuloso Ernearán III.

Y los reyes y príncipes wraglus se arrodillaron ante él y gritaron su nombre con recia voz, y Ernearán III se emborrachó de gloria, sabiendo que aquello no era más que un miserable bocado antes del festín de satisfacciones, gozos, fuerzas y plenitudes, la cascada inagotable de justicia y felicidad para su especie y para él mismo, la grandeza que alzaría el vuelo en el huracanado viento del futuro…»

Libro I: *La Caída de Gricur*. Capítulo IV: *La llegada del Gusano*:

«…*Y por la Brecha desgarradora de universos penetró Bogrod, llamado después por los hombres como* el Gusano*, una columna de oscuridad zumbadora que no dejaba de girar, un sol oscuro que cegaba y al que no se podía mirar de frente, una entidad ávida y hambrienta, cuya inteligencia tal vez solo el emperador de los wraglus podía entender. Grande como veinte castillos, sin torre alguna que pudiera comparársele, más alto que las montañas, masa de oscuridad sinuosa y temible, matador de la esperanza y la alegría e instigador de los peores deseos, aquella entidad que nunca debió existir penetró en Dirtán y se levantó siempre girando sobre sí misma y siempre retorciéndose como una serpiente titánica ante las decenas de miles de wraglus fanáticos que se arracimaban en aquella gran llanura de piedra cercana a Tipi la Sagrada, capital de Bacacu. Todos se arrodillaban salvo Ernearán III, que con voz profunda y terrible y gozosa cantaba y tenía en sus manos el Emog Akka,* el Libro del Éxtasis*, texto impío que él mismo había escrito y que cantaba las glorias de Bogrod…*

…*Y los wraglus pensaron que Bogrod era la encarnación de su dios Toyu, y rezaban oraciones del Buacuraj,* el Libro*, escrito en la Alta Antigüedad por el santo profeta Bjca. Toyu y Bogrod eran Uno, la Idea y la Fe presentes en la tierra, y traía las Seis Revelaciones de la Oscuridad: Poder, Placer, Humildad, Discernimiento, Determinación, Creencia y Fe, los Siete Pilares del tamma, la religión wraglu. Ahora había un nuevo profeta, Ernearán III, y un nuevo Libro, el Emog Akka que tenía en sus fuertes manos y cuyos salmos cantaba. Y los wraglus se convirtieron en bogrodarus, los hijos de Bogrod…*

…*Tras aquellas horas de feliz exaltación a Bogrod Todopoderoso, por la Brecha entraron también sus dos heraldos, Vulmayatar y Criliyi…*

…*Horrenda era la visión de Vulmayatar, una nube gigantesca y difuminada de imprecisos colores que hacían daño a la vista porque herían la mente; como todos los Gultru, incluso los Benignos, a Vulmayatar no se le podía mirar demasiado tiempo de modo directo porque cegaba como un sol. Imposible de describir era la materia de que estaba hecho, pues pertenecía a un universo con diferentes normas y sustancias. Vulmayatar era* la Mancha, la Nube, la Negrura Voladora, el Pájaro de Suciedad, la Suciedad, la Desesperación, la Pesadez Que Se Desliza*, y todos esos nombres tenían algo de él, pero no podían representarlo ni detallarlo por completo, eran toscos porque inútiles son las palabras para describir a los Dioses Exteriores…*

¡…*Criliyi era todo acción, convulsión, movimiento, una cabeza o globo difuso en el cielo, rodeado por tentáculos y esferas, vertiginoso remolino de figuras que nunca cesaba y que al pasar deshacía la materia sólida y la transformaba en nubes de polvo, como las cuchillas del carro de un dios de la guerra! ¡Criliyi también hacía girar los alados pensamientos, despertaba la histérica locura y hacía a los bravos reír y llorar al mismo tiempo!*

Criliyi el Nido de Serpientes, el Horror de Mil Brazos, la Cabellera de Serpientes, El Millón de Ojos…»

Libro II: *La Bayauntana*. Capítulo IV*: La adoración de los Benignos.*

«…*Allí estaban los tres Gultru Tem o Exteriores Benignos, flotando majestuosos ante miles de hombres y cindus arrodillados en agradecida y maravillada postración. Los lideraba el Perro, llamado por los odiosos wraglus como* Birwir. *Tenía una vaga forma de lobo o perro de seis patas y emanaban de él poder y gloria indescriptibles. Le llamaron también* el Fiero, el Valiente, el Osado, el Terrible *y* el Valor. *Abría sus fauces tragadoras de bosques y emitía un gruñido profundo y amenazante que deshacía el cerebro en los cráneos…*

…*Por la Brecha entró* el Aullador, el Caminante del Viento, el Azul, el Silbador, *llamado* Vjomuur *por los wraglus, una gasa inmaterial, un torbellino que centelleaba y espejeaba como un mar que hubiera tomado alas, un torbellino que podía murmurar con suavidad pero también gritar y resquebrajar las piedras y hacer estallar el mármol y el granito y no solo ensordecer, sino matar a hombres, cindus y wraglus…*

…*Y por último llegó* el Fuego, la Llama, el Resplandor, la Estrella Caída*,* Calabindar *para los wraglus, un sol caído del día y una estrella escapada de la noche, un gran fuego fatuo, una llamarada que hendía los ojos, deshacía las sombras y sumergía al mundo en un mar de resplandores…*»

Libro III: *La Ernearantana*. Capítulo II: *El Juramento Erneárida.*

«…Por lo más sagrado para cualquier wraglu, por mis antepasados y mis sucesores, por el todopoderoso Toyu encarnado en el adorado Bogrod, por mi sangre y la sangre de toda mi especie, juro que no descansaré hasta conseguir la alianza de los cinco grandes dragones utirigaianos: Bardasai, Murlica, Yimbayai, Tecno y Blacalayai. Hace decenas de miles de años que se retiraron del Dirtán conocido y ahora descansan en el norte remoto, en el Monte de la Agonía de la Barrera del Mundo. ¡Así me fue hecho saber en mi sueño por inspiración del todopoderoso Toyu encarnado en Bogrod amadísimo…

…Yo convertiré a los dragones utirigaianos en amigos de los wraglus y estarán a nuestro lado cuando los Gultru-Alzal vengan de nuevo a Dirtán, trescientos ochenta años en el futuro…»

Libro IV: *La Devastación*. Capítulo VII: *La Segunda Ola de la Muerte.*

«…*La brillante Macaru, joya de la estirpe cindu en el Alto Ilnar, uno de los Tres Gigantes, agonizaba atacada e invadida, como la manzana en cuyas carnes frescas y dulces se abren paso los gusanos ávidos de morder su corazón y convertirla en nido de millones de huevos. La defendían sus habitantes, sus hijos de carne y hueso, los orgullosos y valientes cindus de hermosa cara y ojos profundos como el mar. Sus nobles espadas hendían las carnes y provocaban lluvias de sangre y tronar de dolores, por el aire volaban los miembros y cabezas cercenados de los wraglus altivos y tenebrosos y sus esclavos degenerados, los reidores y los hombres-gusano, que carcajeaban su locura y correteaban y se arrastraban como lombrices de músculo y metal…*

…Los cindus peleaban y cantaban loas a Cin Todopoderoso, el dios que les dio nombre: ¡sagrada era su lucha, sagrada aunque estuviera condenada a la amarga derrota! Demasiados enemigos para tan pocos defensores, demasiadas hordas bullentes que caían como chorros de muerte, que pasaban por encima de los cadáveres y que jamás retrocedían. Los cindus morían con las brillantes y rojas espadas en la mano, como héroes anónimos que solo el tiempo conoce, peleando sin esperanzas pero con orgullo imperecedero, en las almenas, las calles e incluso dentro de cada casa y cada habitación. Los magos cindus de brillantes dedos desencadenaban hechizos poderosos para contrarrestar a los hechiceros wraglus: columnas de fuego, nubes de chispas, torrentes de energía que desnudaban de carne a los esqueletos y de hueso a las almas. Los wraglus conquistaban, pero antes tenían que pagar un alto precio en sangre porque los cindus de fuertes brazos y ánimo enérgico pelearían con valor hasta el fin, a pesar de las lágrimas que nublaban sus ojos y el pesar que helaba su pecho…»

Libro V: *La Gultrutana*. Capítulo III: *La Llegada de los Dioses.*

«…*En las frías llanuras del interior de la diabólica cordillera de Urgán los magos wraglus cantaron otra vez las oraciones del Emog Akka, con voz henchida de esperanza y con el amor al mal de la especie diabólica; se hicieron sacrificios de esclavos, la sangre corrió, los demonios chuparon un tuétano de almas y por la palpitante rajadura en el tapiz de la realidad se metieron Bogrod y sus siervos Criliyi y Vulmayatar, y Dirtán entero se estremeció de pánico y horror mientras los wraglus lloraban lágrimas de*

alegría…

…El Cónclave liderado por el gran Belerna el Gotagoráneo, orgullo de sabiduría de la especie digna y noble, entonó también sus propias canciones y ejecutó los hechizos y recorrió los caminos de la Fuente, y aunque sus palabras no estaban teñidas de mal y de odio y de ansias de sangre y conquista, también estaban cargadas de poder y en ellas vibraba la energía de cielos tachonados de soles y de estrellas sin número…

…Y la Brecha quedó abierta en las cercanías de Traiaquil, una línea creciente de un brillo maravilloso y sublime que deshacía los pesares, y por ella entraron el Perro valiente, la Llama implacable y el Aullador rompedor de montañas, dispuestos otra vez, como siglos antes para los hombres y apenas latidos para ellos, a enfrentarse a sus enemigos el Gusano, el Nido de Serpientes y la Mancha…»

Libro V: *La Gultrutana*. Capítulo IV: *La exaltación de la Llama*.

«*…Bogrod y Calabindar, el Gusano y la Llama, llenaron de luz y tiniebla las alturas y proyectaron haces de oscuridad y brillo cegador sobre los ejércitos del suelo. La Llama palpitaba con fogonazos de un fuego arrasador y el Gusano la envolvía con su cuerpo alargado, se enroscaba como la serpiente que trata de romper la columna vertebral de su presa, un tubo de sombras, más ominosas y profundas y aterradoras que el más denso humo del peor de los incendios. Ejércitos de fuegos fatuos chocaban con legiones de sombras, cual bandadas de aves guerreras, mientras los dos grandes seres de las que emergían ora lo cubrían todo de oscuridad, ora de luz hiriente…*

…Pero tras setenta y ocho días de combate, Bogrod rompió el cuerpo incandescente de Calabindar y en Dirtán entero sonó un grito agónico. Las tinieblas sofocaron a la luz, las sombras engulleron los fuegos fatuos, las chispas incandescentes y las estrellas fugaces se apagaron entre chasquidos que estremecían el alma de las montañas. Y la Llama cayó deshecha desde las alturas, rota en jirones y heridas por las que sangraba ríos de fuego, cayó con lentitud, como una bestia herida de muerte o un árbol talado, se desplomó sobre el Alto Ilnar, su cuerpo de luz y centellas aplastó y engulló en un mar amarillo la gran ciudad cindu de Traiaquil y todo el reino antaño humano de Cutnaya, pero conquistado durante la Devastación y rebautizado con el nombre wraglu de Cragta. Muchos cindus, hombres y wraglus habían huido de la zona y entre ellos estaban los previsores y sagaces magos del Cónclave, pero otros tantos no lo hicieron y perecieron en aquel océano de llamas que ardieron durante días y días…

…Cuando el fuego se apagó aún quedaba allí la esencia de Calabindar, una esencia preñada de una magia distinta a la Fuente, una magia que ni

cindus ni wraglus podían entender, pues procedía de los abismos de los espacios más lejanos, y aquella gran zona quedó para siempre inhabitable porque allí las leyes de la naturaleza y las de la Fuente se rompían y quebraban, y a esa zona maldita se le llamaría la Distorsión…»

Libro V: *La Gultrutana*. Capítulo V: *La victoria del Aullador.*

«*…Aquella gran lámina deslizante de inmundicia alada, la Mancha para los cindus y Vulmayatar para los wraglus, fue en busca de Vjomuuur, el Aullador. La nube grasienta e inmunda, el océano sórdido donde se agitaban formas que enloquecían a los hombres tan solo con mirarlas, trató de envolver al Aullador,* el Caminante del Viento*, trató de arroparlo para así engullirlo y nutrirse de él e incorporar su esencia a la esencia de la que estaba formado. Pero el Aullador emitió su canto, un sonido que se oía dentro de cada cabeza sin ser transmitido por los aires, pues más que sonido era pensamiento, un pensamiento silbante y vociferante y sin embargo dotado de melodía y ritmos, una música indescriptible porque era propia de otro universo…*

…La Mancha lo rodeaba y el Aullador continuaba cantando, y las olas de grasienta inmundicia, sus cuerpos y rostros, vibraban y ondulaban al sentir el canto hiriente del Aullador. Su voz se hizo tan potente que engulló todos los otros sonidos…

…El grito deshizo a Vulmayatar en jirones nauseabundos, pedazos de inmundicia grandes como ciudades enteras, y el canto del Gultru-Tem rompió esos trozos en partes aún más pequeñas, y estas continuaron dividiéndose y temblando y girando sobre sí mismas de modo enloquecedor, hasta que se desintegraron y desaparecieron por completo…

…Y Vjomuuur victorioso dejó de cantar, pero estaba exhausto, tan cansado por el esfuerzo que volvió a la Brecha y desapareció por ella, deseando volver a su hogar lejano allende los vacíos y los soles, para dormir tras la victoria un sueño de milenios…»

Libro V: *La Gultrutana*. Capítulo VI: *La victoria del Perro.*

«*¡…Grandes eran la rabia y la osadía y el arrojo y el valor del Perro, Birwir el de los Largos Colmillos, cuando se lanzó sobre Criliyi, el Nido de Serpientes! Los rugidos de Birwir sonaban más profundos que los truenos en la tormenta y sus ojos brillaban como soles incandescentes. Criliyi lo envolvía con sus tentáculos, trataba de ahogarlo y aplastarlo y atraerlo a*

su boca de oscuridad, pero Birwir lo mordía y arrancaba pedazos de su cuerpo nauseabundo, que giraban por los aires y se deshacían en una lluvia ácida y maloliente. Uno giraba sobre el otro en un torbellino furioso, y a medida que la ira de Birwir crecía su cuerpo iba tornándose incandescente…

…Criliyi quería huir, presentía la muerte a manos del terrible señor de los Gultru-Tem. Pero Birwir lo mordía fuerte, no lo dejaba escapar, y los tentáculos se agitaban con pánico en las alturas, hasta que con un último chasquido el Perro partió el cuerpo y la esencia del Nido de Serpientes, lo mató de una vez por todas y después arrojó el cadáver hacia las alturas. Criliyi explotó en llamas al salir de Dirtán, pero después continuó girando como una masa de carne negruzca y helada, un pequeño mundo perdido, errante, huérfano de estrellas…»

Libro V: *La Gultrutana*. Capítulo VII: *La Caída del Gusano.*

«*…Las nubes mismas se apartaban con miedo pánico ante la presencia de los dos grandes monstruos de otro universo, otro ámbito, provenientes de los vacíos abiertos entre la materia, ellos dos, el Perro y el Gusano, magníficos y majestuosos en su furia indescriptible. Sí, las nubes se apartaban, pues ellos eran en sí mismos nubes solidificadas, esencia para una masa ajena a toda masa conocida por wraglus, cindus y hombres. Bogrod Oscuro,* Señor de Todos los Terrores*, ante cuya presencia el coraje se convertía primero en agua y luego en vapor, esa columna de tinieblas que giraba sobre sí misma y se retorcía, envolvía el gigantesco cuerpo luminoso e incandescente de Birwir el de los Largos Colmillos, como una voluta de humo que en lugar de ascender desde la llama de la vela, volviese a ella y tratara de ahogarla con afanes de serpiente. Bogrod atrapaba, ataba, maniataba, constreñía y aplastaba a Birwir, intentaba romperle el espinazo luminoso, partir sus costillas de lava, aplastar unos órganos internos en los que montañas serían tizones. Y el Perro se retorcía gruñendo y rugiendo con dolor y furia, su voz asustaría a los truenos de la tormenta, su voz fustigaba el mundo entero, no solo cruzaba los aires ágiles y límpidos, sino que resonaba en las mentes de los mortales, haciéndoles chillar, gemir, sollozar, agarrarse las sienes mientras caían de rodillas e imploraban que el tormento cesara. Los dos Gultru peleaban no solo en los cielos, sino también en el interior de cada conciencia, su violencia era un palo que removía engrudos de emoción y sentimiento, y el eco de su batalla hacía pedazos muchas mentes, como el soplo de aire deshace un diente de león…*

…Birwir hundió sus colmillos de fuego en el cuerpo de Bogrod, abrió sus carnes de negrura espesa, de mancha deleitándose en su corrupción, lo

hirió hasta lo más hondo, hasta los ijares de su cuerpo de torbellino. El Gusano se removió primero inquieto, luego víctima de un dolor insoportable, de una sensación cuya textura los mortales nunca podremos palpar con nuestras yemas. Porque eran dioses, auténticos dioses como jamás se había visto en Dirtán, dioses que emergían de la leyenda, el mito, el cuento, la oración, el primer miedo atávico del primer ser inteligente ante lo que le superaba, lo que era mayor y podía aplastarlo y, lo peor de todo, le resultaba incomprensible. Esas honduras estremecedoras, las bestias, los entes, los temores, las adoraciones en las simas abisales del alma y la imaginación… ¡habían cobrado vida! ¡Allí estaban, ahí arriba, arriba en los cielos y abajo en las mentes, una presencia parasitaria en el mundo y en la cabeza de cada criatura, peleando a vida y muerte como luchadores en la arena de los mundos…!

…El Perro soltó al Gusano moribundo, lo había atravesado con sus colmillos, hundiéndolos allí donde hubiera un centro de carne de dios, había tironeado de él, haciendo oscurecer el cielo con nubarrones de desesperación, la sangre que chorreaba Bogrod el Oscuro, Destructor de Dioses. *El Gusano moría y por eso el Perro lo dejaba ir, el Perro victorioso pero también herido, que chorreaba una savia que se derramó en el Alto Ilnar y se solidificó y convirtió en montaña, piedra preciosa mágica que los hombres llamarían* la Sangre del Perro *y* el Oro Rojo…

…Birwir se marchaba orgulloso pero cansado, una tormenta de nubes de fuego que se dibujaban y desdibujaban, trazo y esbozo, nunca pintura acabada, de una figura cánida o lobuna, extranjera de este mundo y universo, un monstruo parido por una naturaleza hinchada, preñada, a punto de romper aguas y expulsar titanes. El Perro victorioso, un rayo de ira y triunfo, un oasis de poder en el desierto de la desesperación, una idea, un éxtasis, se marchó de Dirtán, salió por la Brecha de vuelta a sus ámbitos, y los hombres no lo volvieron a sentir jamás…

…Árbol que cae empujado por la mano del leñador, avalancha que se desliza fragorosa por la montaña helada, ola gigantesca que se alza sobre las cabañas de la costa, frente de nubes que amenazan galerna, todo eso sería una uña de mediocridad comparada con la caída del Gusano. El dios moribundo chorreaba nubes de sangre, una llovizna negra y hedionda y ácida que deshacía la carne como cera derretida, carne que se desplomaba en charcos, mientras los hombres gritaban con un horror de perplejidad y locura, al verse a sí mismos derritiéndoseles las propias manos, los dedos cayendo desde pequeños muñones, la mandíbula bajando al ombligo y el tobillo subiendo hasta la rodilla, la cadera y el hombro, todo encharcándose en un caos de pasta rojiza, anegándose en un cenagal barroso que se abría en surcos, simas, grietas. Aun sin tocar la tierra, con su sola sombra Bogrod hacía morir todo lo vivo, su hálito agónico abrasaba bosques y secaba ríos y envolvía en negras llamas a hombres y animales. Las personas se deshacían, dibujaban una sombra espeluznante

de brazos alzados y manos abiertas, una sombra que gritaba sin voz…

…Un mugido cavernoso retumbaba en los huesos de los seres dirtanios, retumbaba en sus mentes y almas, las manchaba, las marcaba como a reses con el metal incandescente de pesadillas futuras, de ecos, memorias, imágenes que ninguna garnacha dulzona, ni tinto de guerreros, ni licor empalagoso y cabezón, ni cerveza obesa, podrían borrar del todo…

…Y al fin la monstruosidad oceánica dio contra el suelo, levantando una polvareda que ahogaba montañas, haciendo volar terrones de suelo que sostenían palacios. Saltó una nube que pudo ser vista en tres países a la vez, una flor tenebrosa, un hongo obstinado en tocar el sol. El fragor llegó a su propia plenitud, se tragó todos los demás ruidos y devino silencio…

…La marea de muerte creada por el abominable Bogrod había destruido la ciudad axaltia de Gunta, borrando sus edificios, sus templos, sus esfinges y pirámides milenarias…

…Desapareció el reino goramio de Sehlaya, entre rezos y alaridos de sus hombres de turbante y caftán y sus mujeres de cabellos cubiertos por pañuelos de seda…

…Amboriyaz, nación nenwili de orgullosos guerreros de piel negra, quedó aplastada por aquella inmensidad de muerte…

…Y ruina de ruinas, Butchuca, grandiosa y majestuosa ciudad-estado cindu, fue tragada por las olas de oscuro fuego y los huracanes de tierra…

…Un inmenso erial, una devastación sin precedentes, una tumba de naciones con sus decenas de miles de habitantes, aquello fue el Desierto Gris, un lamparón en el mapa, una sábana de tierra podrida y yerma en la que apenas crecía nada vivo… Y lo que lograse nacer estaría contaminado de maldad, sería algo retorcido y enfermizo. Un yermo temido y odiado por los hombres, susurrado con temor, allí donde la magia oscura aún pervivía como un remanente del dios muerto, una magia distinta y hostil a la Fuente y los demás saberes arcanos de Dirtán, pues provenía de otro universo. Y en el centro del Desierto Gris había un inmenso agujero, que Bogrod excavó en sus últimos momentos, satisfaciendo su instinto de lombriz antes de perecer de una vez por todas. Pero había quienes murmuraban que el Gusano aún estaba vivo, dormido, curándose de sus heridas, soñando mundos, porvenires, anhelos, y que algún día despertaría y se cobraría su venganza. Si tal hablilla malsana es cierta, solo nos libra de la locura saber que nosotros ya no estaremos allí para sufrirlo…»

SOBRE EL AUTOR

Andrés Díaz Sánchez es un escritor de Fantasía, Terror, Ciencia Ficción y Aventura. Esta es la lista de sus obras publicadas:

LIBROS

Los guerreros sin rostro (2003, Timun Mas/Planeta) La maza sagrada (2004, Timun Mas/Planeta)

El camino del acero (2006, Editorial Ábaco. 2010, Equipo Sirius. 2018, Createspace) El Imperio contra Dios (2010, Equipo Sirius. 2018, Createspace) Argar, el hijo del demonio (2013, Dlorean Ediciones) Burkran, el licántropo (2016, Dlorean Ediciones) El laberinto del gusano (2016, Ronin Literario) Skarrion Gunthar. Sangre en el hielo (2017, Libros.com) Los siete caballeros (2018, Createspace)

El niño rey (2018, Createspace)

El rey justiciero (2018, Createspace)

El viejo rey (2018, Createspace)

Serie de Skarrion Gunthar

Los guerreros sin rostro (2003, Timun Mas/Planeta) La maza sagrada (2004, Timun Mas/Planeta)

Burkran, el licántropo (2016, Dlorean Ediciones) Skarrion Gunthar. Sangre en el hielo (2017, Libros.com)

Trilogía La tormenta y el amanecer

El niño rey (2018, Createspace)

El rey justiciero (2018, Createspace)

El viejo rey (2018, Createspace)

Participación en antologías

Planeta Neopulp nº. 1 (2015, Dlorean Ediciones): Hierro y huesos nº. 1 (2016, Saco de Huesos)

Calabazas en el trastero: Casas embrujadas (2017, Saco de Huesos) Calabazas en el trastero: Distopías (2018, Saco de Huesos) Calabazas en el trastero: Libros malditos (2018, Saco de Huesos)

Sueños de la Gorgona: Ritos de sangre (2018, Saco de Huesos) Cantos de locura y horror (2018, Wave Books)

COMICS (guion)

El espartano (2004, Aleta Ediciones)